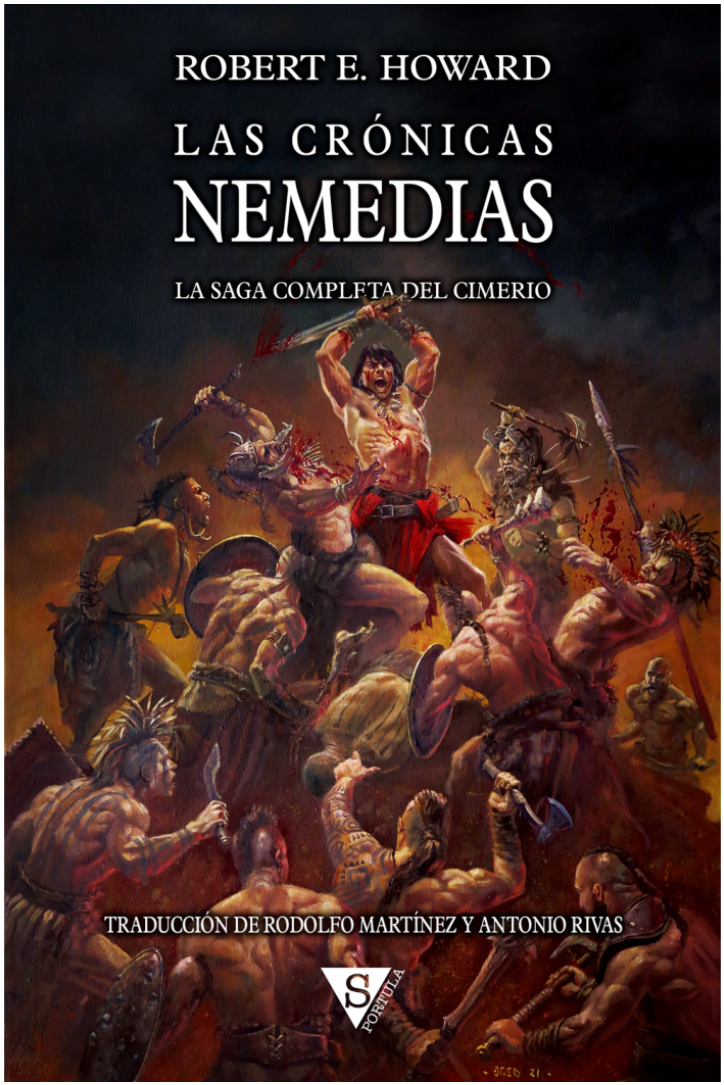

ROBERT E. HOWARD
LAS CRÓNICAS
NEMEDIAS
LA SAGA COMPLETA DEL CIMERIO
TRADUCCIÓN DE RODOLFO MARTÍNEZ Y ANTONIO RIVAS
PORTULA

**ROBERT E. HOWARD**

# LAS CRÓNICAS NEMEDIAS

## LA SAGA COMPLETA DEL CIMERIO

**traducción de rodolfo martínez y antonio rivas**

# ÍNDICE ALTERNATIVO POR FECHA DE CREACIÓN


1. Cimeria
2. El fénix en la espada
3. La hija del gigante de hielo
4. El dios del cuenco
5. La torre del elefante
6. La ciudadela escarlata
7. La Reina de la Costa Negra
8. Coloso Negro
9. Sombras a la luz de la luna
10. Xuthal del crepúsculo
11. El estanque del negro
12. Hatajo de rufianes
13. El valle de las mujeres perdidas
14. El diablo de hierro
15. El pueblo del círculo negro
16. La hora del dragón
17. Nacerá una bruja
18. Las joyas de Gwahlur
19. Más allá del río Negro
20. El extranjero negro
21. Clavos rojos

**Primera edición: Diciembre, 2022**

**© 2022, Sportula por la presente edición**

**© 2018, Rodolfo Martínez por «Bienvenidos a la Era Hibórea»**
**© 2018, Armando Boix por «Torres resplandencientes y altares ensangrentados»**
**© 2021, Antonio Rivas por «Mucho más que Conan»**
**© 2022, Santiago L. Moreno por «El peso de la corona»**

**© 2018, 2019, 2021, 2022, Rodolfo Martínez por la traducción de: «Cimeria», «La hija del gigante de hielo», «La torre del elefante», «El dios del cuenco», «Hatajo de rufianes», «La reina de la Costa Negra», «El valle de las mujeres perdidas», «Coloso negro», «Sombras a la luz de la luna», «Nacerá una bruja», «Sombras sobre Zamboula», «Xuthal del crepúsculo», «El diablo de hierro», «El pueblo del círculo negro», «El extranjero negro», «El estanque del negro», *La hora del dragón*, «La Era Hibórea», «Carta de Robert E. Howard a P. Schuyler Miller» y todos los poemas**

**© 2021, Antonio Rivas por la traducción de: «Clavos rojos», «Las joyas de Gwahlur», «Más allá del río Negro», «El fénix en la espada» y «La ciudadela escarlata»**

**Revisión de textos: Natalia Cervera, Rodolfo Martínez y Antonio Rivas**

**Ilustración de portada: © 2022, Breogán Álvarez**
**Diseño de cubierta: Sportula**

**Ilustraciones intteriores: © 2018, 2019, 2021, 2022, Juan Alberto Hernández**

**Mapa: © 2022, Rodolfo Martínez**

**ISBN: 978-84-18878-51-0**

SPORTULA
www.sportula.es
sportula@sportula.es

**SPORTULA y sus logos asociados son marca registrada de Rodolfo Martínez**

**Prohibida la reproducción sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Para obtener más información al respecto, diríjase al editor en sportula@sportula.es**

# BIENVENIDOS A LA ERA HIBÓREA

**rodolfo martínez**

**Robert E. Howard nació en 1906 en una pequeña población de Texas. Murió treinta años más tarde: se subió al coche y se pegó un tiro en la cabeza con un Colt calibre 38.**

**En esos treinta años hizo muchas cosas. Fue, especialmente, un prolífico autor de las revistas *pulp* de la época, las cuales inundó literalmente con sus relatos: de aventuras, históricos, picantes, de hazañas deportivas, de misterio, de terror, westerns… y especialmente narraciones fantásticas, concretamente del subgénero a menudo llamado «fantasía épica» (nombre propuesto por Michael Moorcock en 1961) o «fantasía heroica». Aunque en mi opinión el nombre más apropiado para el género es el de «espada y brujería», acuñado por Fritz Leiber, y que es lo bastante descriptivo de por sí para no tener que ahondar más en su significado.**

**En plena época de la Gran Depresión era el hombre más acaudalado de la pequeña población tejana en la que vivía, incluso teniendo en cuenta que varias revistas (especialmente *Weird Tales*, siempre con problemas de liquidez) le debían dinero. Era, también, un completo desconocido para la mayoría de los lectores ajenos al circuito de la literatura *pulp*, circuito del que intentó salirse varias veces (escribió *La hora del dragón*, su única novela de Conan, con destino a un editor inglés, pero el proyecto se malogró), siempre sin éxito. Era tremendamente prolífico y si unimos el material que publicó en vida con toda la obra que quedó inédita a su muerte tendríamos para llenar varias cajas de buen tamaño. Si a eso añadimos los poemas, las sinopsis de relatos que nunca llegó a escribir y los inicios de historias inacabadas, la fertilidad literaria de Howard resulta bastante apabullante.**

**Escribía relativamente de prisa, para un mercado que pagaba poco y con retraso, y que a menudo fraccionaba los pagos. Su estilo no siempre era pulido ni estaba bien acabado, y en ocasiones no le habría venido mal un repaso y la ayuda de un revisor de estilo competente. A veces era repetitivo, usaba clichés con frecuencia, tendía a reutilizar situaciones muy parecidas en relatos diferentes y a menudo abusaba de ciertos adjetivos, especialmente «dark» y «black».**

**No importaba, porque tenía algo no se podía suplir con revisiones y pulidos.**

**Era un narrador nato.**

**Sus páginas, incluso las de los relatos más manidos y rutinarios, rebosan vida, nervio, expresividad. Sus personajes, pese a ser delineados con rapidez a base de tres o cuatro rasgos destacados, parecen vivos y de carne y hueso. No importa lo que cuente: es capaz de meterse al lector en el bolsillo y mantenerlo enganchado e interesado de la primera página a la última.**

**Se pueden aprender muchas cosas en el oficio de escribir: el trabajo duro y la constancia pueden limar muchos defectos, ayudar en el manejo de numerosas técnicas y potenciar las cosas buenas que se tengan.**

**Pero se es un buen narrador o no se es. Y eso no se aprende; aunque puede mejorar, y mejora, con la práctica. Simplemente, algunas personas han nacido para**

**contar historias y otras no.**

**Howard había nacido para ello, sin la menor duda, y lo demostró con creces a lo largo de su vida. No todo su trabajo es bueno, no todo es notable, seguro que una parte de él no es merecedora de pasar a la posteridad. Pero incluso sus relatos más manidos, más de fórmula, tienen algo que aún hoy hace que el pulso se nos acelere y no podamos parar de leer.**

**En las páginas que siguen intentaré analizar sus principales características como narrador, especialmente aquellas referidas a su más famoso ciclo narrativo (al fin y al cabo, estás ante una edición de las historias de Conan, amable lector), pero que pueden ser fácilmente extrapoladas a toda su obra.**

## *Has de saber, oh príncipe*

**A lo largo de su vida Howard experimentó con varios personajes y creó distintos ciclos narrativos. Hay cierta tendencia a afirmar que todos los héroes howardianos están cortados por el mismo patrón y Sprague de Camp usó esa idea (quién sabe si fue el responsable de ella) como justificación para convertir relatos póstumos de Howard protagonizados por otros personajes en historias de Conan.**

**Al fin y al cabo, el mismo Howard lo había hecho. El primer relato de Conan, «El fénix en la espada», es la reelaboración de «¡Con esta hacha gobierno!», una historia de Kull que no había conseguido vender. «El extranjero negro», por otro lado, nació como historia de Conan; Howard no logró colocarle en ninguna revista y la transformó en un relato de bucaneros en el siglo xvii, con la misma fortuna editorial que la versión inicial.**

**Esa idea de los héroes intercambiables howardianos no es del todo falsa, aunque dista mucho de ser completa. Buena parte de sus protagonistas, es cierto, comparten abundantes elementos comunes que hacen que no sea complicado intercambiarlos entre sí. Son, casi siempre, personajes eminentemente físicos que desbordan un vitalismo feroz entreverado de melancolía.**

**Pero dentro de esa pauta encontramos diferencias evidentes. El exultante Conan de la Era Hibórea no es el meditabundo Kull de la era precataclísmica, el melancólico Bran Mak Morn de la Bretaña romana o el enloquecido Solomon Kane del siglo xvii, por citar algunos de sus personajes más famosos. ¿Han sido todos cortados de un patrón similar? Hasta cierto punto, pero cada uno tiene características diferenciadoras no solo por su entorno, su época y su biografía, sino por su carácter. A Conan le sería difícil comprender la tendencia a la meditación filosófica de Kull, y este a su vez no entendería el pesimismo brutal que permea cada pensamiento de Bran Mak Morn.**

**Como sea, de todos esos personajes Conan el cimerio es el más famoso; y sin duda a él dedicó Howard algunos sus mejores esfuerzos en la última etapa de su vida. Entre 1932 y 1936, gran parte del mejor material que salió de su máquina de escribir fue gracias a Conan.**

**De hecho, las aventuras y la biografía del bárbaro ocuparon suficiente espacio en la mente de Howard para que este se tomase la molestia de escribir un ensayo pseudohistórico con el fin de trazar las líneas maestras del escenario donde el cimerio habría vivido, esa ficticia Era Hibórea en la que «reinos resplandecientes se extendían por el mundo como mantos color zafiro tachonados de estrellas». Cuando los aficionados P. Schuyler Miller y John D. Clark le escribieron para**

hacerle llegar la biografía de Conan que habían desarrollado, Howard no tardó en responderles: dio por buenos gran parte de los eventos que ambos fans habían detallado, corrigió algunos y amplió otros, lo que demostraba que tenía claros los puntos principales del periplo vital de su personaje, incluyendo aquellos momentos sobre los que aún no había escrito… ni llegaría a hacerlo.

Por otro lado, en el momento de su muerte llevaba meses sin escribir ningún relato nuevo de Conan (el último sería «Clavos rojos»), en parte desanimado por el hecho de que la revista *Weird Tales*, que había publicado serializada su novela *La hora del dragón*, aún no le había pagado por ella.

Es muy posible que, de haber seguido vivo, hubiera dejado al cimerio abandonado a su suerte y se hubiera embarcado en un nuevo ciclo narrativo, sin duda algo relacionado con el wéstern, a juzgar por los intereses que mostraba en esa época, que incluso permean algunos de los mejores relatos de Conan. «Más allá del río Negro» y «Clavos rojos» no dejan de ser wésterns ambientados en la Era Hibórea. El segundo, de hecho, está inspirado en la guerra entre clanes que tuvo lugar en Nuevo México, en el condado de Lincoln, en 1878.

La popularidad de Conan, ya grande entre los lectores de fantasía *pulp*, aumentó poco a poco tras la muerte de su creador. Gnome Press publicó en los años cincuenta cinco volúmenes, algunos de ellos editados por el escritor de ciencia ficción L. Sprague de Camp, que recopilaban todo el material que Howard había llegado a publicar sobre el cimerio y recogían algún relato inédito. La edición se completaba con dos libros más: uno era un pastiche escrito por el sueco Björn Nyberg y revisado por De Camp y el otro incluía relatos inéditos de otros personajes de Howard que De Camp había transformado en historias de Conan.

En la siguiente década De Camp, ayudado por su colega Lin Carter, emprendió la tarea de compilar una nueva edición con aspiraciones de definitiva, al menos desde su punto de vista. Entre los dos prepararon para su publicación todo lo que Howard había escrito sobre el cimerio, tanto relatos publicados en vida como historias póstumas, desarrollaron las sinopsis de cuentos que no se habían llegado a escribir, completaron otros de los que solo existía el inicio y siguieron transformando relatos inéditos de diferentes personajes howardianos en aventuras de Conan. Además, completaron todo aquel material con historias propias que hicieron encajar en diferentes momentos de la biografía del bárbaro.

Hay mucho que decir sobre la pertinencia del trabajo de Carter y De Camp. Lo reprochable no es tanto la escasa calidad de sus pastiches conanescos (que ciertamente resultan rutinarios y apagados cuando se los compara con la exuberante vitalidad del material original) como el que metieran mano en los textos de Howard y cambiaran el estilo (a veces en pequeñeces absurdas que solo se justifican por el afán de cambiar el texto lo suficiente para argumentar una autoría compartida) además de alterar otras veces parte de la trama.

Eso es ir mucho más allá de lo que sería una labor meramente editorial, por no mencionar lo discutible de su proceder en cuanto a transformar relatos inéditos de Howard protagonizados por otros personajes en historias de Conan. En ocasiones la modificación a la que sometieron los textos originales fue excesiva, algo que quedó patente gracias a la edición de Berkley de 1977 coordinada por Karl Edward Wagner, en la que, por primera vez desde la publicación original de los relatos, el lector pudo asomarse a los textos del texano sin los añadidos ni las «mejoras» de Carter y De Camp.

Al respecto resulta revelador el relato «El extranjero negro», rebautizado por

Sprague de Camp como «El tesoro de Tranicos». Ya hemos dicho que Howard no logró vender esa historia de Conan y la transformó en una aventura de piratas en tiempos históricos, aunque no tuvo mejor fortuna que con la versión original.

De Camp recupera a Conan y su entorno y publica el relato en 1953 en la revista *Fantasy Magazine*. En el proceso realiza varios cambios de cierta importancia, además de podar con generosidad el texto para adaptarlo a una longitud más conveniente de cara a su publicación en una revista. Con el tiempo, De Camp recupera la longitud original del relato para su inclusión en *Conan el usurpador*, dejando, eso sí, las modificaciones que había efectuado en la primera versión.

De estas, una de las más relevantes es que exponga, nada más iniciar la novela corta, la identidad del personaje que aparece en la primera secuencia, dejando claro desde el principio que se trata de Conan, en una maniobra narrativa torpe y absurda que le resta buena parte del suspense al relato. No contento con eso, hace aparecer en escena a Tot-Amón (ausente del texto howardiano) y cambia el final: en lugar de hacerse con un barco y reemprender su carrera como pirata, en la versión de De Camp Conan decide ir a Aquilonia y unirse a la rebelión contra el rey. Estos dos cambios no afectan a la trama general del relato y tienen como objetivo darle más densidad y profundidad al entramado vital del cimerio, pero no dejan de ser de cierto calado y nada tienen que ver con lo que el creador de la historia tenía en mente.

Hay quien piensa que, con todos sus excesos y defectos, el trabajo de ambos autores fue fundamental para que el cimerio alcanzara la popularidad de que goza hoy, y que fue su edición de la saga de Conan la que lo llevó más allá de los fans de la literatura *pulp* y lo acercó al gran público. Patrice Louinet, en su *Guía de Robert E. Howard* (Sportula, 2022), sostiene que, en realidad, Conan se habría popularizado mucho antes sin De Camp. De hecho, esas historias tardaron tanto en publicarse porque muchos editores se negaban a aceptar los relatos de Howard si venían acompañados de los pastiches de De Camp. Donald A. Wollheim, por ejemplo, que habría estado encantado de publicar los relatos de Conan en la editorial Ace Books, no tenía ningún interés en los escritos por De Camp.

Quizá la popularidad del personaje fuera del mundillo del *pulp* tuvo más que ver con la acertadísima elección de un portadista que, además, cambiaría para siempre el paradigma visual de Conan y de la fantasía épica en general. Las espectaculares portadas de Frank Frazetta contribuyeron bastante más al éxito de la edición de Conan realizada por Lancer Books que el trabajo de Carter y De Camp, diría yo.

Roy Thomas, que había comprado los libros precisamente por las portadas de Frazetta, pero no los había leído, fue el responsable de que Marvel editase en 1972 un cómic basado en las aventuras del cimerio. Thomas no tardó en subsanar su error y, desde la primera palabra de Howard que leyó, se convirtió en fan incondicional del autor texano. Fue guionista de la serie regular durante diez años y algo más de cien números (a los que hay que añadir su trabajo en la revista en blanco y negro *La espada salvaje de Conan*, en las tiras de prensa y en los primeros números de *Conan Rey*) y puso su importante grano de arena en la popularización del personaje. Su actitud hacia el material howardiano fue siempre de respeto y su trabajo como guionista de las aventuras del más famoso de los bárbaros fue en general excelente, teniendo en cuenta las licencias que el mercado y las limitaciones del medio en esa época lo obligaron a tomar con la obra de Howard.

**De hecho, su Conan es bastante más cercano al personaje original, en espíritu y en fuerza narrativa, que el de Carter y De Camp.**

**Podemos discutir si versiones posteriores en cómic, como el Conan de Busiek o el de Truman para Dark Horse, son mejores que la de Thomas. O incluso si todos ellos son superados por la reciente versión de Glénat. Pero es innegable que, sin Thomas, Smith y Buscema, las demás versiones del cimerio en el cómic habrían sido muy distintas.**

**El espaldarazo definitivo a la popularidad del personaje se lo daría en 1982 la película de John Milius *Conan el bárbaro*, que de paso lanzó a la fama a Arnold Schwarzenegger. El filme contó con un excelente diseño de producción, un reparto interesante y un buen guion que recogía varios momentos icónicos de la vida de Conan, aunque en realidad tenía poco que ver con este y a veces estaba en las antípodas de personaje de Howard. Eso no le impidió ser durante casi veinte años, hasta el estreno en 2001 de *La comunidad del anillo* de Peter Jackson, el estándar por el que se medía cualquier producción audiovisual de fantasía épica.**

**Hubo después una secuela de menguante calidad y un *spin-off* infecto dedicado a Red Sonja, por no mencionar un reciente *remake* de escasa fortuna (pese a que Momoa es más Conan en medio segundo en pantalla que Schwarzenegger en dos películas completas), un par de series de animación tirando a patéticas y una de imagen real no mucho mejor. Pese a la poca suerte que ha tenido en la pantalla, más allá de la primera película, su aparición en los medios audiovisuales ha sido el toque final que lo ha convertido en un icono popular conocido en todo el mundo. Cualquiera que vea un individuo musculoso con melena negra al viento, vestido con un taparrabos y armado con una enorme espada piensa inmediatamente en Conan, lo quiera o no.**

## *Las claves del éxito*

**Cabría preguntarse qué tiene Conan que no tienen otros personajes de Robert E Howard, ni tampoco otros héroes de fantasía *pulp*.**

**Conan es, en cierto modo, la cristalización de buena parte de los personajes anteriores de Howard: en él confluye una amalgama de características definitorias (el salvajismo, la ruda caballerosidad, la amoralidad, la ética personal, la fuerza indomeñable, la melancolía que alterna con el júbilo desbordante, el empecinamiento que lo hace no rendirse jamás por apurada que esté la situación, la continua perplejidad ante las triquiñuelas de la civilización) y de elementos biográficos (a lo largo de su vida será ladrón, matón a sueldo, forajido, mercenario, bandido, pirata, capitán de la guardia real, proscrito, soldado, caudillo tribal, rebelde y, finalmente, rey) que solo estaban presentes en parte en personajes anteriores.**

**En una carta a Clark Ashton Smith fechada en julio de 1935, el autor texano dice:**

> **Puede parecer descabellado el uso del término «realista» en relación a Conan, pero, dejando a un lado los elementos sobrenaturales de sus aventuras, es el personaje más realista que jamás he creado. No es más que una combinación de diversos individuos que he conocido y creo que por eso es por lo que parece haber saltado directamente a mi pensamiento consciente cuando pergeñé el primer relato. De algún modo mi subconsciente tomó y combinó las características principales de diversos luchadores**

> profesionales, pistoleros, contrabandistas de licor, matones de campos de petróleo, jugadores de ventaja y hombres honrados a los que había conocido, y dio como resultado la amalgama a la que he llamado Conan el cimerio.[1]

Quizá ese «proceso inconsciente» que Howard describe no fue tan inconsciente como le quiere hacer creer a Smith, pero el mecanismo que refiere para crear a Conan es, en realidad, el que suelen usar muchos escritores y, aunque sin duda contribuye a que el cimerio nos parezca real (sus «componentes» lo son, al fin y al cabo), no responde a la pregunta de por qué este personaje en concreto se aferra con tanta facilidad a nuestra imaginación y se resiste a abandonarla. Volveremos sobre esto más adelante.

Hay que mencionar primero el escenario que sirve de telón de fondo a sus aventuras. Esa Era Hibórea que Howard inventó como trasfondo histórico para su personaje es una combinación inteligente de diversas épocas, ya sean históricas o legendarias, y de diferentes países, culturas y pueblos, y tiene la enorme virtud de ser sumamente exótica y resultar tremendamente familiar a la vez.

Así, el autor, ahorrándose la necesidad de situar al lector en el escenario mediante interminables parrafadas explicativas, lo deja transitar por un territorio conocido, pero en el que, al mismo tiempo, todo resulta lo bastante ajeno para parecer exótico, para estimular la curiosidad y despertar las ganas de saber más.

Al contrario que la Era Precataclísmica en la que corre sus aventuras el rey Kull y que apenas está esbozada, la Era Hibórea va ganando definición relato a relato, como un paisaje que se fuera dibujando poco a poco ante nuestros ojos y cada historia es una nueva pincelada que vuelve más complejo y creíble el escenario.

Como ya se ha visto, tras las primeras narraciones Howard se toma la molestia de escribir un ensayo pseudohistórico titulado «La Era Hibórea» en el que define los principales momentos y características de esa época (y, de paso, integra a Kull como parte de la «prehistoria» del escenario), lo que indica que sin duda el entorno iba creciendo en riqueza y complejidad en su mente. Escribir ese ensayo es la forma de fijarlo de un modo definitivo, de convertirlo en un marco histórico firme e inmutable que sirva de trasfondo para los relatos y les aporte una textura más rica y elaborada.

Hay que decir que eso de «fijarlo de un modo definitivo» no es del todo exacto. Por ejemplo, en el ensayo no hay la menor mención al imperio de Aqueronte, que por lo que sabemos gobernó con puño de hierro sobre los reinos hibóreos en el pasado. Ese imperio legendario y maligno es creado por Howard para *La hora del dragón*, la única novela de Conan, cuando el artículo sobre la Era Hibórea llevaba años escrito. Quizá Howard lo habría revisado con el tiempo y habría incluido un inserto mencionando el imperio aquerontio. Por desgracia, moriría el mismo año de la publicación de *La hora del dragón*. En su edición del primer volumen de los relatos de Conan, Sprague de Camp reedita la primera mitad del ensayo de Howard e introduce un párrafo de cosecha propia donde hace una referencia a Aqueronte; referencia, lamentablemente, no demasiado bien integrada con el resto de los acontecimientos y la cronología que se detallan en el ensayo.

Otro elemento que le da interés a Conan y ayuda a dotarlo de credibilidad y a hacerlo más atractivo es la sensación, que crece a medida que leemos cada relato, de que estamos contemplando distintos momentos puntuales en la dilatada

**biografía del personaje, narrados sin un orden determinado. En ese aspecto, Howard se movió con maestría por los diversos acontecimientos de la vida de Conan y nos lo supo presentar y caracterizar de la forma adecuada en cada momento, de modo que asistimos a su evolución como personaje, desde el adolescente bárbaro carente de sofisticación al que se le escapan las sutilezas civilizadas («La torre del elefante») hasta el maduro estadista que reina con mano firme sobre la nación hegemónica del oeste y que, aunque no ha perdido el fuego salvaje ni el carácter indómito, es capaz de mostrarse como un perspicaz diplomático cuando la ocasión lo requiere (*La hora del dragón*).**

**En cierto modo, toda la narrativa howardiana confluye en Conan y alcanza en él su cima. No es por tanto extraño que, de todos sus personajes, sea de lejos el más popular.**

**Sin embargo, eso no explica por qué ha traspasado las fronteras a las que estaba confinado y se ha convertido en un icono.**

**Como todos los iconos, despierta ciertos acordes en nuestra mente y nuestra sensibilidad y, de algún modo, apela a zonas primigenias de nuestro pensamiento. Hay mucho de catarsis en nuestra fascinación por Conan. Cuando el bárbaro se enfrenta a las triquiñuelas y complejidades del mundo civilizado, no pierde el tiempo preocupándose o agobiándose, no cae en una depresión ni se va al psicólogo. Se limita a blandir la espada y abrirse camino a tajos y estocadas. Baste como muestra este fragmento de «La reina de la Costa Negra»:**

> Anoche, un capitán de la Guardia Real ofendió en la taberna a la amante de un joven soldado, quien naturalmente se lo hizo pagar. Al parecer existe una absurda ley que prohíbe matar guardias, y la pareja de mozos tuvo que poner pies en polvorosa. Corrió la voz de que se me había visto con ellos, así que hoy me llevaron ante el juez, que me preguntó por su paradero. Le respondí que, dado que el soldado era mi amigo, no podía delatarlo. El tribunal se encabritó de rabia y el juez se puso a perorar sobre mi deber hacia el Estado, la sociedad y otras cosas que no entendí, y me ordenó revelarle adónde había huido mi amigo. Yo empezaba a enfadarme; ya había dejado clara mi postura, al fin y al cabo.
>
> Me tragué la cólera mientras el juez berreaba que había incurrido en desacato al tribunal y que debía pudrirme en una mazmorra hasta que delatase a mi amigo. Comprendí que estaban todos locos, así que desenvainé la espada, le partí la crisma al juez y me abrí paso a estocadas hasta salir del juzgado.[2]

**El humor lobuno, la rabia ante lo que no comprende, la violenta perplejidad cuando siente que le están tomando el pelo lo señalan como un bárbaro que, ante el nudo gordiano de la civilización, no se limita a cortarlo, sino que seguramente lo aplasta hasta hacerlo trizas. Y está claro que todo eso tiene mucho que ver con que el personaje cale y encuentre eco en ciertas partes de nuestra mente.**

**¿Quién de nosotros, al fin y al cabo, no ha deseado ante un abuso de autoridad o una arbitrariedad que nos perjudica blandir una espada y abrirle la cabeza al responsable de nuestro infortunio? Podemos mentir a los demás y decir que, como personas civilizadas, no es esa la forma adecuada de lidiar con las adversidades. Pero, por favor, no nos mintamos a nosotros mismos: el deseo es real, aunque estemos demasiado domesticados para ceder a él. La rabia veloz y sangrienta de Conan (brillantemente resumida en una sola frase: «Comprendí que estaban todos locos, así que desenvainé la espada») sublima ese deseo, nos ofrece una catarsis indolora, inocua y placentera y es, sin duda, una de las claves de su éxito.**

**Es una criatura primaria, que no se dejará avasallar por nadie y que**

**solucionará sus problemas de forma directa y sin pensárselo demasiado. Es, en cierto modo, la fantasía de un niño… como lo son en el fondo todas las fantasías, por complejas y elaboradas que sean. Y precisamente por eso, por lo que tiene de fantasía compensatoria, es por lo que acaba funcionando como icono.**

**Pese a lo que acabo de decir, Conan está muy lejos de la que es la fantasía compensatoria por excelencia: El Emperador de Todo de Norman Spinrad, que no hay que confundir con el arquetipo campbelliano de El Héroe de las Mil Caras, aunque comparte con él más de un elemento en común y puede considerarse una derivación deformada de este, una suerte de reverso tenebroso.**

**El Emperador de Todo es invencible y siempre se encuentra en una posición superior, ya sea física, moral o espiritual, cuando no las tres cosas a la vez; de hecho, a menudo el autor carga los dados para que la única decisión ética posible sea la que toma su personaje y para que nadie más pueda tomarla. Su destino manifiesto es controlar el universo que lo rodea y moldearlo a su imagen y semejanza y, encima, sus motivos para hacerlo son correctos, sus métodos los adecuados y su fin no podría ser más noble.**

**Poco en común tiene nuestro cimerio con ese arquetipo que se ha desparramado por la ficción popular en la segunda mitad del siglo xx. Y, como ya hemos dicho, tampoco se parece demasiado a su versión más positiva, El Héroe de las Mil Caras.**

**Si Conan guarda relación con algún cliché narrativo, algún arquetipo literario, está más cerca de la picaresca española que de la tradición heroica.**

**En cualquier caso, queda claro que hay algo en el personaje y su entorno que no tienen otros héroes de espada y brujería, un poder de evocación y una vitalidad primaria y desbordante de los que los demás carecen. Quizá, del mismo modo que Conan compendió y amalgamó buena parte de la creación anterior de Howard, haya compendiado y amalgamado a todos los héroes bárbaros.**

## *¿Una fantasía compensatoria?*

**Sin la menor duda. Si examinamos no tanto el comportamiento de Conan con las mujeres sino la reacción de algunas ante el cimerio, nos daremos cuenta de que el autor está usando el personaje para sublimar ciertas fantasías sexuales.**

> Lo temía; se decía que era por su fuerza bruta y su salvajismo indisimulados, pero había algo peligroso en él que le quitaba el aliento y le hacía querer acercarse más; el oculto acorde primitivo que se agazapa en el corazón de toda mujer resonaba con él y obtenía respuesta. Había sentido su mano en el brazo y algo dentro de ella hormigueaba al recuerdo del contacto. Muchos hombres se habían arrodillado ante Yasmela; a su lado iba uno que estaba segura de que jamás se arrodillaría ante nadie. Era como guiar a un tigre desencadenado; estaba aterrada y fascinada a la vez.[3]

**Sospecho que buena parte del público original que leyó «Coloso negro» en 1933 en las páginas de *Weird Tales* se sintió identificado (o le habría gustado) con ese hombre indómito que nunca se arrodillará ante nadie y cuya masculinidad salvaje volverá locas a las mujeres con una sola mirada.**

**¿Es esa fantasía un reflejo de los problemas emocionales de su creador o se trata de algo introducido deliberadamente en los relatos para captar la atención del público masculino?**

**No creo que la crítica psicológica, esa que intenta explicar las claves de una obra a través de la vida del autor y sus problemas, sea una llave maestra que encaje en todas las cerraduras y sirva para explicarlo todo. Pero es innegable que la obra, queramos admitirlo o no, es un reflejo de la personalidad del autor, por deformada y sublimada que esté.**

**Según los primeros biógrafos de Howard, L. Sprague de Camp, Catherine Crook de Camp y Jane Wittington Griffin, este fue un niño enfermizo, víctima habitual de los matones del colegio, que se dedicó posteriormente al perfeccionamiento físico del cuerpo, que vivía en un ambiente provinciano y seguramente agobiante (sobre todo para alguien con inquietudes intelectuales y creativas como las suyas) y que tenía una personalidad tímida, retraída, tendente a la melancolía y muy dependiente de su madre. Si aceptamos las premisas de sus biógrafos, no es difícil llegar a la conclusión de que nunca maduró del todo emocionalmente y de que sus relaciones con el sexo opuesto, si las hubo, debieron de ser esporádicas, breves y quizá poco satisfactorias. Resulta casi inevitable, entonces, pensar que el autor texano sentía una profunda insatisfacción ante su vida y el ambiente en el que vivía (reflejo claro de ello es Conan cuando habla de su Cimeria natal como un lugar al que no volvería ni borracho) y no lo es menos suponer que tal insatisfacción incluía también su vida sexual.**

**De hecho, si hacemos caso de lo que afirman sus biógrafos, Howard murió virgen:**

> Aunque no es imposible que en alguna visita en solitario a Brownwood sus amigos lo llevaran a «Casa de Sal», nombre de uno de los tres prostíbulos locales, el peso de nuestra evidencia hace pensar que lo más probable es que Robert E. Howard muriese sin siquiera haber probado los placeres del sexo. (…) Quizá debemos el poder disfrutar hoy de Conan y su destreza con la esgrima y sus triunfos sexuales a que su creador se vio obligado a sublimar sus propios sueños y fantasías para dar vida a su personaje.[4]

**Como vemos, es tentador llegar a la conclusión de que Howard se sublimó a sí mismo y sus fantasías en lo que escribía y que lo hizo de un modo especial con Conan. Parece plausible, sin duda. ¿Es cierto?**

**Quizá debamos dar un paso atrás y examinar lo que nos cuentan De Camp y sus colaboradores, como han hecho Patrice Louinet y otros estudiosos.**

**Para empezar, veríamos que no hay el menor rastro de ese niño enfermizo del que abusaban los matones del colegio que refleja la biografía escrita por De Camp. Ni del muchacho introvertido que no se relaciona con los demás (al contrario, a menudo era Howard quien organizaba los juegos de otros niños). En cuanto a su supuesta virginidad, parece bastante claro que su relación con Novalyne Price tuvo poco de platónica.**

**Es decir, esa especie de santo patrón de todos los *incels* que los De Camp se empeñan en dibujar en su biografía parece haber salido de su imaginación y de las conclusiones a las que llegan en entrevistas en las que se les ha dicho todo lo contrario de lo que sostienen.**

**Al parecer, en lo único que aciertan es en afirmar que Howard sentía una cierta insatisfacción vital. Lo cual no es extraño cuando hablamos de una persona con inquietudes culturales que vive en un pueblo de Texas en años treinta del siglo xx.**

**Lo que es innegable es que Howard conocía bien las fantasías del público masculino (sin duda porque las compartía, lo que no está reñido con una vida**

sexual sana) y supo crear una ficción escapista (sin que el término tenga el menor matiz peyorativo, me apresuro añadir) que se adaptó muy bien a ellas. Teniendo en cuenta que el público aficionado a los géneros no realistas (ya sea ciencia ficción, terror o fantasía) era hasta hace poco eminentemente masculino y solía iniciarse en su afición en la adolescencia, es fácil imaginar por qué esas fantasías encontraron campo abonado en las mentes de los lectores.

Cabe preguntarse por qué sigue funcionando hoy en día, cuando el público del género fantástico es, se supone, más adulto, variado y sofisticado. Analizar eso escaparía de los límites de este estudio introductorio.

## *Erotismo*

Visto hoy, más de ochenta años después de su publicación en algunos casos, el erotismo que se puede encontrar en estos relatos es, como poco, ingenuo: rápidas descripciones de muslos torneados, talles esbeltos, blancos pechos agitados, carnes trémulas y brazos marfileños, algún subtexto lésbico extremadamente sutil, un par de momentos de flagelación medio entrevistos…

Hoy en día, el más recatado anuncio de perfume tiene una carga erótica y sensual mil veces superior al más atrevido de estos relatos.

Sin embargo, como todo, hay que situarlos en su contexto: En los años treinta del siglo pasado, una época en la que las hoy inocentes y pintorescas «postales francesas» eran el colmo del erotismo, la sofisticación y la sensualidad.

Howard llegó a escribir unos cuantos relatos para el mercado de revistas «picantes», con lo cual está claro que no le hacía ascos al género erótico, por más que fuese, como ya se ha dicho, un erotismo sutil y poco más que intuido. Es cierto que lo hizo llevado por la necesidad de ganar dinero rápido y fácil, pero no es menos cierto que pudo haber elegido otros géneros y prefirió ese. Eso sí, normalmente con seudónimo.

Incluso cuando toca géneros no directamente eróticos, a menudo se percibe en la historia una evidente sensualidad. Los relatos de Conan no son una excepción y en ellos es fácil encontrar una indiscutible carga sexual. Pienso por ejemplo en «La hija del gigante de hielo», que es básicamente una estampa de lujuria y violencia, o en la pirata Bêlit despojándose de sus escasas ropas e iniciando delante de su tripulación una «danza de apareamiento».

La sensualidad impregna buena parte de estos relatos, por más que no se vea en ellos sexo explícito. Ni falta que hace: con un par de pinceladas, Howard se las apaña perfectamente para sugerir momentos de intimidad sexual y de veloz (y a veces feroz) lujuria. A medida que pase el tiempo, esos toques de erotismo irán derivando poco a poco hacia lo que hoy conocemos como bdsm. Las escenas de flagelamiento de aterradas jóvenes de carnes apetecibles se irán volviendo cada vez más frecuentes, detalladas y explícitas en la obra de Howard. Quizá la culminación de todas ellas sea el momento en «Clavos rojos» en que nos muestra una escena de flagelación de una mujer por parte de otra y en la que, junto con el componente sadomasoquista, hay un claro subtexto lésbico.

Parece que esa inclinación hacia el sadomasoquismo, más que una moda de la época, obedece a un reflejo de ciertos gustos de Howard en materia sexual, a juzgar por algunos de los volúmenes de su biblioteca. O por el libro erótico que le regaló a Novalyne Price, su novia.

## *Racismo y machismo*

**El racismo de Howard se percibe de inmediato en cuanto empieza a hablar de «razas mestizas» o muestra a los hibóreos y nórdicos como superiores (en civilización o en actitud vital, cuando no ambas) a los estigios, hirkanios, shemitas y otras razas.**

**Es especialmente explícito y molesto en relatos como «El valle de las mujeres perdidas»:**

> No soy un perro que vaya a dejar a una mujer blanca en las garras de un negro. (…) Aunque fueras vieja y arrugada como una harpía, te apartaría de Bajujh simplemente por el color de tu piel.[5]

**Howard es hijo de su tiempo y esa actitud se veía entonces como algo corriente y no se le daba importancia alguna. En los años treinta del siglo xx los clichés raciales eran el pan nuestro de cada día. No compartidos por todos, sin duda, pero sí vistos como algo normal por buena parte de la población. Ciertos estereotipos étnicos eran aceptados como algo natural por la mayoría de la gente (incluidos a menudo los miembros de la etnia que sufría el estereotipo, lo cual no deja de ser irónico) y no se ponían en duda, del mismo modo que no se dudaba de que el sol salía por el este o que la noche sucedía al día.**

**Su amigo y colega H. P. Lovecraft padecía un racismo más intenso y visceral… y sumamente contradictorio con buena parte de sus actitudes hacia las personas concretas. En su trato con individuos aislados, tuvieran el origen étnico que tuvieran, Lovecraft siempre fue atento, ecuánime y desprejuiciado (que se casase con una judía, sin ir más lejos, deja bastante en entredicho su racismo), pero reaccionaba con asco y horror ante la idea de las «degeneradas hordas mestizas». Su racismo fue un prejuicio asumido de forma intensa e irracional en la infancia y que fue desmoronándose poco a poco en los últimos años de su vida, a medida que empezó a viajar, a ampliar sus horizontes y a tener contacto con personas pertenecientes a aquellas supuestas razas inferiores. Al respecto es sintomática la crónica de su viaje a Canadá, donde se vuelca en loar la cultura y costumbres de un país al que, hasta hacía poco, había despreciado pomposamente, tildándolo de degenerado y decadente, desde la distancia… y la ignorancia.**

**Howard, por el contrario, asume sin más la premisa de que el hombre blanco (concretamente el de ascendencia anglo-germánica) es superior al resto de las razas y no le da más vueltas ni se plantea jamás la idea a nivel consciente. Para él es un pensamiento tan natural, una idea tan evidente, que ni siquiera se molesta en desarrollarla o recalcarla. Ha vivido toda su vida en una sociedad en la que esas ideas son comunes y no se ponen en duda.**

**Sin embargo, ese racismo asimilado de forma innata acaba creando contradicciones en las filias y fobias de Howard. Como afirman sus biógrafos (y, por una vez, posiblemente digan algo bastante cercano a la verdad):**

> Howard aceptaba la creencia entonces común entre los blancos estadounidenses de que los negros eran gentes de escaso desarrollo intelectual, incapaces de ser creativos. Al mismo tiempo, su visión de la raza negra estaba impregnada de una sutil paradoja. Por un lado, estaba muy influido por el primitivismo romántico de Kipling, Burroughs y London y, por el otro, mantenía

una actitud amarga y cínica hacia la civilización, así que difícilmente podía condenar a los bárbaros por serlo. En muchos aspectos encontraba el estado de barbarie admirable. Al hablar de algunos autores franceses dijo: «Dumas posee una virilidad ausente de otros escritores franceses... sin duda por su sangre negroide.»

De un modo más bien condescendiente, contemplaba con cierta indulgencia a los africanos y otros pueblos no civilizados. Fue algo más amable con los nativos americanos. La animosidad de su madre hacia ellos y las tradiciones tejanas basadas en los estragos de los comanches fueron contrarrestadas por sus lecturas sobre la tradición india y por la relación con su tío, indio en parte. Creía que los nativos americanos habían sufrido un «trato brutal» por parte de los blancos y estaba convencido de que, abandonados a su suerte, habrían desarrollado una civilización propia.[6]

**Todos somos hijos de nuestra época. Y contadas son las personas excepcionales capaces de escapar a los prejuicios de su sociedad. Pese a todo, el racismo de Howard es, para lo habitual en su época, sumamente moderado. Recordemos algunos de sus relatos del ciclo de Bran Mak Morn donde toma partido por los cetrinos pictos frente al Imperio Romano, o el relato del oeste «Los muertos recuerdan» donde las simpatías del narrador basculan con claridad hacía una pareja de negros maltratada y asesinada por un sanguinario vaquero blanco. Incluso el cuento «Black Canaan», acusado de racismo por algunos a causa del uso abundante del término «nigger» (para qué molestarse en contextualizar), es en el fondo una crítica feroz a ciertas actitudes habituales de los blancos del sur. En ese cuento, si bien hay personajes positivos de raza negra, no hay un solo blanco que se salve. Curioso.**

**No es descabellado suponer que un Howard mayor y más maduro (especialmente uno que hubiera visto más mundo, como le ocurrió a su amigo Lovecraft en sus últimos años) se habría replanteado ciertas ideas, aunque su muerte a los treinta años nos deja para siempre con la duda.**

**En los que se refiere a su consideración del sexo femenino, vivía en una época donde los roles de género estaban marcados con claridad y se esperaba que todo el mundo supiese cuál era su lugar. Recordemos que las pocas escritoras que entonces se dedicaban al fantástico solían firmar con iniciales (C. L. Moore) o tenían un nombre que podía aplicarse tanto a hombre como mujer (Leigh Brackett). Dado que su carrera tuvo lugar en décadas posteriores, no me molestaré en hablar del caso de Alice Sheldon, que publicó gran parte de su obra de ciencia ficción bajo el nombre de James Tiptree Jr. y cuyos relatos fueron aclamados como ejemplos de escritura viril por algún crítico «perspicaz».**

**En determinado momento, los relatos de Conan se llenan de mujeres desvalidas que necesitan un héroe que las salve y que se sienten inevitablemente atraídas por el cimerio en cuanto le ponen la vista encima. Sucede durante un periodo muy concreto y se debe más a la necesidad económica que a otra cosa: es un intento de crear una narración que mereciese la ilustración de portada, con la consiguiente bonificación en el pago que eso conllevaba. Margaret Brundage, la portadista de *Weird Tales* en aquella época, se especializaba en los desnudos femeninos. Y Howard lo sabía.**

**Cuando este empieza a tener mercados alternativos a *Weird Tales* que le producen buenos beneficios, las mujeres fuertes e independientes vuelven a sus historias de Conan, y esta vez para quedarse. En general, los personajes femeninos de Howard tienden más a lo que hoy llamaríamos «empoderamiento» que al cliché de la mujer-trofeo o la mujer-florero, sin que estos estén del todo ausentes en su obra.**

**Personajes como Sonya la roja, Dark Agnes, Bêlit o Valeria son reveladores al respecto. Sin ir más lejos, Catherine L. Moore, responsable de la heroína de espada y brujería Jirel de Joiry, era amiga y gran admiradora de Howard, y tanto la Jirel de Moore como la Agnes de Howard (ambas espadachinas y pelirrojas) surgen de un intercambio epistolar entre ambos.**

**Como ha hecho notar Jennifer Bard, Conan rara vez se doblega al liderazgo de otros hombres (en cuanto se incorpora a un grupo no tarda en maniobrar para arrebatarle la jefatura a quien la posea en ese momento) pero no tiene ningún problema en seguir las órdenes de una mujer, como vemos en «La Reina de la Costa Negra»:**

> Conan se mostró de acuerdo, tal como solía hacer. Era ella quien planeaba y dirigía los ataques, y él, quien llevaba a cabo los planes. No le importaba gran cosa adónde navegaban o contra quién luchaban, en tanto navegasen y luchasen. Le parecía que llevaba una buena vida.[7]

**Otro tanto podemos decir de su relación con Valeria en «Clavos rojos», donde pese a su evidente deseo sexual por la mercenaria, que no oculta en ningún momento, su trato con ella es de igual a igual, sin condescendencia masculina de ninguna clase.**

**Cierto es que algunas de estas indómitas féminas se rinden ante el protomacho cimerio y ponen su vida a los pies de este. Epítome de ello es precisamente Bêlit, la Reina de la Costa Negra, la Diablesa con Espada. La capitana pirata es un ejemplo característico de heroína de acción: bravía, salvaje, independiente, única mujer en una tripulación enteramente masculina (y de raza negra, lo cual hoy sería un cliché, como poco, complicado de justificar) y capitana inflexible de todos ellos.**

**Pero en cuanto ve a Conan todo esto se va por el desagüe y Bêlit es arcilla en las rudas manos del bárbaro. La Reina de la Costa Negra no se doblega ante un blando y civilizado hibóreo ni, desde luego, ante un negro pintarrajeado, pero el bárbaro de negra melena y ojos azules «despierta a la mujer que lleva dentro» y la pirata cae rendida a sus pies.**

**En todo caso, es aconsejable situar estas cosas en su contexto adecuado y saber contemplarlas con la debida distancia. Todo arte, toda literatura, es hija de su época y su sociedad y refleja, de un modo u otro, las convenciones, los prejuicios y las ideas de esta. Shakespeare comparte sin cuestionárselo y con entusiasmo el antisemitismo de su época y buena parte de la obra poética de Quevedo está teñida de una misoginia extrema y de un clasismo feroz, por citar solo dos ejemplos. La obra de Howard no es diferente y comparte los prejuicios de su tiempo, aunque mucho menos de lo podría pensarse a primera vista.**

**En todo caso, rasgarnos las vestiduras porque la ficción popular de los años treinta del siglo xx esté empapada de machismo y racismo es tan absurdo como quejarnos de que la ensayística científica del Siglo de Oro español no mencione por parte alguna la mecánica cuántica.**

## *Conan, el personaje*

**Uno de los aspectos más sorprendentes de las distintas historias de Conan es que, con cierta frecuencia, el cimerio no es el personaje principal del relato. En algunas ocasiones el protagonismo es coral, como en «Nacerá una bruja». En otras, Conan**

no pasa de ser un personaje secundario en la historia de otros, si bien su papel acaba siendo decisivo para el desenlace, como en «Hatajo de rufianes», «El valle de las mujeres perdidas», «Más allá del Río Negro» o «El extranjero negro». Existen dos borradores de «Lobos allende la frontera», un relato que nunca llegó a desarrollar del todo y donde Conan ni siquiera aparece, solo es mencionado un par de veces.

En otros cuentos el cimerio es el protagonista y la peripecia gira a su alrededor, pero resulta refrescante (y aporta una sensación de verosimilitud muy de agradecer y nada desdeñable) verlo convertido a menudo en secundario de su propia saga. Conan nunca es tan Conan como cuando es visto a través de los ojos de los demás.

Las líneas maestras de su personalidad se dibujan con rapidez y no cambian demasiado a lo largo del tiempo. Con el correr de los años se va volviendo más sofisticado a medida que aprende a moverse por los intrincados vericuetos de la civilización, pero no pierde nunca el salvajismo innato que lo caracteriza, su vitalismo desbordante, su naturaleza franca y directa y su increíble adaptabilidad para moverse por cualquier entorno o terreno. Con el tiempo, Conan se encontrará tan a gusto en la corte real de Aquilonia como entre los corsarios de la Costa Negra o con los mercenarios de las Compañías Libres, como si el mundo entero fuera su concha y fuese ciudadano de todas las naciones… excepto quizá de la suya propia.

Pocas veces Conan rememora su Cimeria natal y, cuando lo hace, no es con nostalgia. La describe como una tierra sombría, brumosa, preñada de melancolía. Aunque autores posteriores a Howard, como De Camp y Carter, han hecho volver a Conan a Cimeria en más de una ocasión, nunca me pareció demasiado probable que, una vez probado el clima y la civilización de las tierras del sur, el bárbaro sintiera el menor deseo de volver al norte, a menos que las circunstancias lo obligaran de algún modo. Además, siempre que habla de Cimeria es para él un recuerdo remoto, distante, como un lugar que no ha visitado en mucho tiempo. Es cierto que Howard, en su carta a P. Schuyler Miller y John D. Clark menciona la posibilidad de que el bárbaro volviera de vez en cuando a su tierra natal. Pero no parece del todo convencido, mientras que en otros aspectos de la vida de su personaje se muestra mucho más seguro.

Hay que señalar el detalle de que Conan es el único cimerio que aparece en los relatos, como si ningún otro se hubiera atrevido a bajar de las montañas e internarse en las tierras civilizadas. A lo largo de su vida, Conan se encontrará con otros bárbaros del norte, especialmente vanires y aesires, pero jamás con otro cimerio. Ya sea pura casualidad o algo deliberado, este detalle es un golpe maestro: mostrar a otros cimerios habría rebajado la naturaleza de criatura única que tiene el bárbaro y le habría restado atractivo al personaje.

Pese a la imagen general que se suele tener de él (y que el cine y, en cierta medida, los comics han contribuido a perpetuar), no siempre resuelve los conflictos a punta de espada. Al respecto es especialmente clarificador el relato «Sombras a la luz de la luna». En él, Conan se pasa buena parte de la historia intentando evitar el enfrentamiento con la criatura que acecha en la jungla y solo luchará contra ella cuando sea inevitable. No contento con eso, cuando comprueba que las sorprendentes estatuas que ha visto son una amenaza, no corre a enfrentarse a ellas espada en ristre, sino que prefiere, con muy buen juicio, abandonar la isla y salir con vida del asunto. Puede ser una criatura primaria,

violenta y temeraria, pero desde luego no es tonto.

Merece la pena señalar también que, si Conan es un héroe, generalmente lo es a su pesar. Es algo que me gustaría destacar de forma especial, sobre todo porque una porción importante del material post howardiano del cimerio pasa ese hecho por alto; incluidos muchos de los relatos de Sprague de Camp, que presentan a Conan como alguien obsesionado con el sueño de ser rey, que orienta todos sus pasos a ese propósito casi desde el momento en que pone un pie en el mundo civilizado y que acaba a la postre como salvador de Occidente tocado por el dedo del destino.

El bárbaro, en realidad, nunca tiene la menor intención de salvar el mundo; se limita a ganarse la vida como mejor puede y es el azar el que lo pone en el camino de diversas amenazas. Se enfrenta a ellas por pura supervivencia, no por motivos más elevados o nobles, detalle que añade una nueva capa de verosimilitud a su carácter. Conan no es un paladín: no es, desde luego, un Aragorn o un Galahad. En realidad, sus aspiraciones son sencillas y no van más allá, en su juventud, de conseguir buena comida y buena compañía de lecho y, en su madurez, de encontrar un lugar estable en el que poder, por fin, darse un merecido reposo tras una vida agitada. El azar hará que ese lugar de descanso sea el trono de la nación más poderosa de Occidente… trono que al final no será tan acogedor como se podría pensar, como bien se puede apreciar en «El fénix en la espada» o *La hora del dragón*.

No importa cuántas batallas gane, a cuántos brujos derrote o cuántos monstruos mate. En sus combates a regañadientes para salvar el mundo, el beneficio personal que obtiene el cimerio es escaso, cuando lo hay, y no tarda en dilapidarlo en la siguiente taberna o lupanar en su camino. Como se comentaba unas páginas atrás, buena parte de la peripecia vital del cimerio entronca más con el modelo de la narrativa picaresca española que con la tradición del héroe arquetípico. Cierto que a la postre consigue el trono de Aquilonia, pero no está nada claro que esa posición vaya a ser definitiva y, desde luego, dista de ser cómoda, a juzgar por lo turbulento que resulta lo poco que se ha podido ver de su reinado.

Como ya he dicho, Conan no es El Héroe de las Mil Caras (aunque comparte con él algunos rasos) ni, mucho menos, El Emperador de Todo. La creación de Howard bebe de muchas fuentes, tanto populares como cultas, y la amalgama final que compone tiene elementos demasiado dispares para poder ser asimilada a un arquetipo u otro.

Si hablaba al principio de los motivos del éxito y la perdurabilidad de Conan, quizá ahí esté otra de las claves: aunque el personaje en sí parezca sencillo y primordial, bajo él hay un entramado complejo, dispar y ambiguo que lo convierte en una creación bastante más sofisticada de lo que se aprecia a primera vista.

## *Compañeros de peripecias*

Conan no está solo en sus aventuras, por supuesto. Y a menudo los que lo acompañan son tan interesantes como él, y a veces más.

Tenemos al Demetrio de «El dios del cuenco», por ejemplo, un personaje culto, inteligente y de cabeza fría, ligeramente cínico (a momentos casi un detective de maneras holmesianas), que se hace cómplice del lector enseguida y que a punto

**está de ser el verdadero protagonista de una de las más curiosas historias de Howard. Pues, si bien termina con el inevitable enfrentamiento con un monstruo sobrenatural, buena parte del relato es una historia policiaca de corte clásico, incluido un investigador avispado que no se deja engañar por las apariencias y un policía bruto y no muy listo que prefiere golpear a diestro y siniestro hasta que alguien confiese.**

**Recordemos también el Nabonidus de «Hatajo de rufianes». El Sacerdote Rojo es el villano de la historia, pero su actitud jovial y socarrona acaba volviéndolo simpático a pesar de todo. De hecho, los verdaderos protagonistas de este relato son Nabonidus y Murilo, el joven aristócrata corrupto que se enfrenta al sacerdote: ambos son productos elaborados de una civilización sofisticada y ambos calan con facilidad en el lector. Conan, en medio de ambos, es poco más que una fuerza de la naturaleza sin pulir y un personaje eminentemente secundario… si bien necesario para que la historia funcione y llegue a su conclusión lógica.**

**Personajes que aparecen fugazmente como Amalric, Taurus de Nemedia, Constantius u Olgerd Vladislav son descritos con dos pinceladas vigorosas y encuentran acomodo fácilmente en nuestra memoria. A menudo tienen un punto irónico y una cierta sofisticación que los hace contrastar con el carácter directo y no muy dado a las sutilezas de Conan.**

**Cuando se habla de personajes femeninos siempre se recuerda a Bêlit, por supuesto. Al fin y al cabo, la pirata fue el primer gran amor de Conan para algunos, si bien otros ven la relación más como un amor de conveniencia por parte del cimerio y hay quien la entiende o como poco más que una relación de camaradería salpicada de sexo. Como sea, compartieron juntos tres años de sangrientas aventuras hasta la amarga separación. Lo cierto es que Bêlit es uno de los personajes femeninos más antipáticos creados por Howard. No es alguien con quien sea fácil empatizar, no solo a causa de su carácter sanguinario sino por su carencia de escrúpulos y su avaricia.**

**En cambio, la Olivia de «Sombras a la luz de la luna», pese a que parece destinada al papel de sumisa damisela en apuros incapaz de valerse por sí misma, acaba siendo un personaje mucho más interesante: con todo lo que ha tenido que soportar a manos de su amo hirkanio, es capaz de sobreponerse a ello y seguir adelante. Y cuando se queda sola y capturan a Conan, tiene redaños suficientes para arrastrarse entre las sombras y liberar al cimerio pese al riesgo evidente de ser capturada por una horda de piratas ebrios (y suponemos que con ganas de juerga en todos los sentidos).**

**Taramis, de «Nacerá una bruja», acaba siendo una criatura decepcionante: su actitud regia no tarda en desvanecerse y pasará el resto de la historia llorando y esperando que la rescaten, desmayándose y gimoteando cada poco. En ese aspecto resulta mucho más interesante su gemela Salomé: quizá es la villana del relato, pero al menos tiene la audacia de hacer las cosas por sí misma y tomar las riendas de su propio destino.**

**Por supuesto, es necesario mencionar a la mercenaria Valeria de «Clavos rojos», que puede valerse por sí misma perfectamente en un mundo de hombres. Pese a los evidentes impulsos lujuriosos que mueven a Conan a buscar su compañia, la trata en todo momento como a una igual, jamás se muestra condescendiente con ella y la relación entre ambos es, sobre todo, de intensa camaradería. Mark Finn afirma que Valeria está inspirada en Novalyne Price, novia de Howard por esa época, y no es una hipótesis descabellada en ningún**

sentido.

Recordemos por último a la joven Zenobia de *La hora del dragón*, que arriesgará su vida para salvar al rey de Aquilonia. Aunque el personaje apenas es esbozado, se nos muestra como una persona que, pese a todos sus temores, no vacila en seguir los dictados de su corazón y enfrentar la muerte, si es necesario, para ayudar a aquel de quien se ha enamorado. Cierto que es un enamoramiento adolescente (¿no lo son todos?), pero los pocos detalles que vemos de Znobia a través de los ojos de Conan (como cuando el cimerio gruñe su satisfacción ante el puñal que le ha dado ella; no una enjoyada daga ornamental, sino un buen cuchillo, recio, largo y afilado) nos dejan entrever un personaje con abundantes posibilidades.

El que probablemente sea el personaje femenino más conocido de Howard, Sonya la Roja de Rogatino, no pertenece al mundo hibóreo y jamás se ha encontrado con Conan… al menos en los relatos de su creador.

Fue Roy Thomas quien provocó la extraña situación del personaje. Mientras estaba narrando la participación del cimerio en una de las guerras turanias, decidió adaptar el relato «La sombra del buitre», una historia de Howard ambientada en el sitio de Viena por los turcos, y trasladarlo a la Era Hibórea. De este modo Sonja (ahora con «j» y natural de Hirkania) entró en la vida de Conan y acabó convirtiéndose en un personaje recurrente en los cómics del bárbaro. Tendría serie propia de corta duración (y una película de infausto recuerdo).

Evidentemente, la Sonya original de Howard no viste el biquini de acero que luego ha hecho tan famosa a su homónima en los cómics ni ha realizado ese ridículo juramento de no aparearse con nadie que no la haya vencido en combate, que es lo mismo que acabar pidiéndole a cualquier macho rebosante de testosterona en varias leguas a la redonda que se le lance encima espada en ristre. Se trata de una mercenaria de origen polaco-ucraniano y temperamento explosivo, hermana, en la ficción, de la histórica Roxelana, favorita de Suleimán y posteriormente su esposa.

A estas alturas es un entuerto difícil de desfacer. La mayoría de los fans conocen a Sonja por el cómic y para esos lectores es un personaje del mundo de Conan. Sea pues, aunque aquí queda aclarado el asunto para quien le interese.

## *Narrador*

Decía Howard que sentía que no estaba narrando las historias de Conan, sino que era como si el propio bárbaro se las fuera contando y él se limitase a transcribir sus palabras. De ahí que no fuera escribiendo sus peripecias en orden cronológico, pues cuando uno recuerda su vida lo hace sin orden ni concierto, saltando en los distintos momentos.

Todo lo que un escritor diga sobre su propia obra debe ser acogido con recelo y examinado con precaución, especialmente si está hablando con un admirador. En el caso de Howard esto es particularmente cierto, pues el tiempo nos ha ido revelando que le gustaba mucho que los demás pensasen que prácticamente improvisaba los relatos y los escribía sobre la marcha sin tan siquiera revisarlos, cuando en realidad no era así. Sin duda era un escritor rápido (su fertilidad narrativa es buena prueba de ello), pero no es menos cierto que se tomaba su tiempo para elaborar las cosas y que revisaba lo escrito, sobre todo a medida que

**maduraba como escritor.**

**Eso no contradice la imagen de Howard como autor prolífico y veloz, por otra parte. Al ritmo que vendía y publicaba lo que escribía, está claro que no era un escritor lento. Que un relato concreto le costase tres o cuatro inicios en falso y que luego revisase lo que había escrito no desmiente que fuese un autor de pluma fácil, para el que narrar resultaba casi tan natural como respirar.**

**Todo lo contrario que su amigo Lovecraft, al que le costaba mil y una revisiones considerar uno de sus relatos apto para ser publicado y aún entonces vacilaba. En el tiempo que Lovecraft tardaba en dar por publicable un cuento, Howard habría escrito y enviado tres a las revistas y estaría ultimando un cuarto. Es difícil encontrar dos personalidades más distintas en casi todos los aspectos de la vida y el pensamiento y posiblemente la suya fue una amistad más basada en esas diferencias que en las concomitancias.**

**Y, por encima de todo, en el respeto y admiración mutuos. De Howard, Lovecraft llegó a decir:**

> Howard es la persona que posee el más espléndido sentido del drama histórico que conozco. Tiene una visión panorámica que abarca vastos periodos de tiempo en la evolución e interacción de pueblos y naciones, y proporciona la misma escala de emoción, pero con una visión aún más amplia, que la que dan obras como ***La primera y la última humanidad*** de Stapledon.[8]

**Aunque solemos pensar que Howard le dedicó más tiempo a Conan que a sus otros personajes, eso no es del todo cierto, y tal idea es consecuencia de una cierta trampa mental. No hay ningún otro personaje de fantasía al que Howard le dedicase tanto tiempo y esfuerzo como a Conan, cierto, pero hay personajes de otros géneros a los que les dedicó bastante más; tanto el marinero boxeador Steve Costigan como el vaquero Breckinridge Elkins son, de lejos, los favoritos del autor, al menos atendido al número de páginas (y de relatos) de cada uno de ellos.**

**Por otro lado, el primer relato de Conan es en realidad la reelaboración de «¡Con esta hacha gobierno!», un cuento de Kull que había sido rechazado, y está ambientado en los inicios del reinado de Conan en Aquilonia, cuando el cimerio suma ya más de cuarenta años. En los siguientes cuentos, sin embargo, Howard retrocedería a la juventud del personaje y nos lo mostraría como bárbaro de poco más de diecisiete años recién llegado a la civilización. Nunca escribió las historias de Conan siguiendo el ciclo de la vida de este, sino un poco a salto de mata. Quizá, y esto es pura especulación por mi parte, porque lo que le venía en primer lugar a la mente eran la trama y la peripecia y solo después cuando buscaba el modo de encajar en el relato a Conan, decidía en qué momento de su biografía lo situaba.**

**Era un escritor instintivo, autodidacta en muchos aspectos. Se podría decir que escribía de oído, dejándose llevar, pero sin pararse a analizar de forma consciente el camino a seguir o la estructura narrativa a utilizar.**

**Su instinto le servía bien en general, aunque en algunos de sus relatos se aprecia que no tenía nada clara la estructura de lo que narraba y acaban siendo artefactos extrañamente descompensados.**

**Pensemos por ejemplo en «La reina de la Costa Negra». Howard afirmó en una carta que Conan y Bêlit pasaron juntos unos tres años. Sin embargo, leyendo el relato da la impresión de que entre el primer capítulo y el segundo han transcurrido poco más de unos meses. De hecho, al final del relato, Conan lleva el mismo yelmo astado con el que inició la historia y usa a modo de mortaja de su amada la capa roja que llevaba en el primer capítulo, lo que nos hace pensar que**

**quizá ese periodo de tres años fue decidido a posteriori. Siempre he sospechado que esa idea de los tres años surgió después, cuando el relato ya estaba escrito.**

**En realidad, poco importa que hayan pasado unos meses o esos tres años, pues en ambos casos el cuento queda desequilibrado: en el primer capítulo Conan se une a los piratas; en los restantes se cuenta la muerte de Bêlit. Un escritor que hubiera meditado un poco más la estructura de lo que estaba haciendo habría incorporado tal vez dos o tres capítulos entre el primero y el segundo que narrasen algunas de las correrías de ambos en la *Tigresa* y habría aprovechado la oportunidad para profundizar en la relación entre ambos amantes, de forma que el amargo final nos impactase más aún.**

**Algo parecido sucede en «Coloso negro», donde se nos va narrando la historia poco a poco, metiéndonos lentamente en ambiente, para luego rematarla de un modo tan brusco y vertiginoso que pasamos la página con la sensación de que nos hemos perdido algo.**

**Pese a esos fallos de estructura, el estilo vibrante y nervioso de Howard consigue que la lectura sea interesante. Quizá algún relato pierda el rumbo al final, pero lo que no se puede negar es que el trayecto seguido para llegar hasta ahí resulta casi siempre atractivo.**

**No siempre la estructura fracasa, claro. En relatos más breves está perfectamente medida y cada parte de la historia se equilibra de forma armónica con las demás, como es el caso de «La hija del gigante helado» (en donde la violencia, la lujuria y la intensidad poética se combinan para crear algo que casi roza la perfección narrativa), «La torre del elefante» (con una estructura impecable que funciona casi como una historia de suspense) o «El dios del cuenco» (sorprendente mezcla de policiaco y brujería).**

**Mención aparte merece «Nacerá una bruja», sin duda uno de los mejores relatos de Conan. Técnicamente es un cuento bastante más complicado y ambicioso que los anteriores, con una estructura sólida y compleja y un dominio de la narración indirecta casi magistral.**

**En «Nacerá una bruja» hay material suficiente para una novela. Howard renuncia a escribirla, seguramente por lo difícil que era colocar un texto de mayor longitud en el mercado *pulp*: pocas veces las revistas accedían a serializar historias tan largas. Sin embargo, el autor resuelve a la perfección la papeleta que le ha tocado utilizando dos técnicas.**

**Por un lado, la narración indirecta, que aparece un par de veces a lo largo del relato, se utiliza de un modo sumamente hábil para narrar acontecimientos que, en otro contexto, habrían podido ocupar perfectamente varios capítulos. Bien integrados estos fragmentos con el resto del texto, permiten al lector permanecer en todo momento al tanto de lo que ocurre sin que tenga la sensación de que se le está soltando un *info-dump*.**

**Pero es, sobre todo, el uso tremendamente inteligente de la elipsis lo que convierte este relato en uno de los mejores de la saga. Buena parte de él transcurre entre líneas, y las omisiones están tan bien hechas que el propio lector capta sin esfuerzo todo lo que no se ha escrito y, en cierto modo, reconstruye en su mente sin darse cuenta la novela que se oculta entre sus páginas.**

**No quiero terminar este epígrafe sin mencionar otro rasgo refrescante en la narrativa de Howard: el humor. Los héroes howardianos tienden a ser sombríos y el propio texano debía de ser un tipo que tiraba con facilidad a lo melancólico. No siempre es así, y el ciclo de Breckinridge Elkins, en el que mezcla costumbrismo,**

**humor y wéstern, es buena prueba de ello.**

**El humor no aparece con mucha frecuencia en las historias de Conan, pero cuando lo hace resulta fresco y cargado de ironía.**

**Ejemplos de ello pueden ser la secuencia de la taberna en «La torre del elefante» o el momento de «Coloso negro» en que la princesa Yasmela intenta impresionar a sus nobles presentándoles al héroe que los va a salvar:**

> Apartó las cortinas de terciopelo y señaló teatralmente al cimerio, aunque quizá no fuera el momento más apropiado: Conan estaba repantigado en la silla, con los pies en la mesa de ébano y toda su atención centrada en roer el hueso que sujetaba firmemente con ambas manos. Lanzó una mirada indiferente a los asombrados nobles, gruñó en dirección a Amalric y siguió comiendo con evidente placer.[9]

## *Sangre y violencia*

**Es sorprendente lo repentina y definitiva que resulta la violencia en la mayoría de estos relatos. Pocas veces las luchas a espada duran más de media docena de frases: ambos contendientes se acometen y, antes de que el lector tenga tiempo de apreciar el salvajismo y la violencia, uno de los dos termina en el suelo con las tripas fuera, la cabeza abierta o un miembro amputado… cuando no directamente partido en dos.**

**No siempre es así. Cuando Conan se enfrenta a algún animal monstruoso (un simio gigante, con cierta lamentable frecuencia) el combate a menudo se nos describe en detalle. Sospecho que Howard no se plantea esos momentos como una pelea, sino como el enfrentamiento del hombre con la naturaleza desatada. Esos animales gigantescos y feroces que a veces se interponen en el camino de Conan son el equivalente de un tifón en una novela de aventuras navales: la naturaleza atacando al hombre y este enfrentándose a ella y dando todo lo que tiene sin pensar en la posibilidad de la muerte. No es de extrañar que en esos casos la secuencia nos sea descrita en todo su épico y furioso detalle.**

**Pero cuando pelean dos hombres, todo pasa a velocidad de relámpago, sin pararse en florituras y sin que el lector tenga apenas tiempo de saborear la violencia.**

**He aquí un ejemplo, tomado de «La hija del gigante de hielo»:**

> Heimdul lanzó un aullido y saltó hacia delante. La espada surcó el aire en un arco letal; Conan se tambaleó, y la vista se le llenó de chispas rojas cuando la espada de su adversario le golpeó el yelmo y arrancó esquirlas de fuego azul, pero eso no le impidió lanzar una estocada con toda la fuerza de sus anchos hombros. La afilada punta atravesó escamas de metal, huesos y corazón, y el guerrero pelirrojo cayó muerto a los pies del cimerio.[10]

**En cuatro o cinco frases todo un universo de violencia, sangre, velocidad y muerte se ha desplegado vertiginoso ante nuestros ojos y, casi antes de que hayamos tenido tiempo de asimilar lo que leemos, uno de los dos contendientes está muerto.**

**Esa violencia acelerada y casi siempre letal convierte las peleas en algo enormemente dinámico y consigue que impresionen mucho más que una pormenorizada descripción que se alargue varios párrafos.**

## *Fantasía materialista*

**Si hay una característica que comparte casi toda la obra de Howard (y, siendo estrictos, una buena parte de la fantasía de orígenes *pulp*) es el materialismo que hay tras los elementos no realistas de sus relatos.**

**Pese a que estamos ante una obra de fantasía, y por tanto, y al contrario de lo que ocurre en la ciencia ficción, sería de esperar que el origen de los elementos no realistas fuese mágico y sobrenatural, lo cierto es que el tratamiento que se les da a estos elementos es sorprendentemente racionalista y con los pies plantados en el suelo.**

**En estas páginas encontraremos dioses, demonios, brujos que entrelazan sortilegios. Sin embargo…**

**Sin embargo, a menudo esos brujos son simplemente poseedores de conocimientos y tecnología por delante de su época, adquiridos por medios en ocasiones dudosos (cuando no robados directamente a especies extraterrestres que han visitado nuestro planeta) y a veces creados por el puro ingenio del hechicero.**

**«La tecnología lo bastante avanzada es indistinguible de la magia»**[11]**, dijo en cierta ocasión Arthur C. Clarke. Y es como si Howard hubiera hecho suyas esas palabras y con ellas en mente hubiera creado su Era Hibórea.**

**El origen de dioses y demonios nunca es sobrenatural. Pensemos, por ejemplo, en la criatura sin nombre que aparece en «El valle de las mujeres perdidas», a la que Conan define como**

> Un demonio de la oscuridad exterior. No son tan infrecuentes. Acechan como racimos de moscas en las fronteras del cinturón de luz que rodea el mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos encuentran la forma de llegar la tierra, aunque para ello deben tomar forma física. Un hombre como yo, armado con una espada, puede enfrentarse a cualquier cosa con colmillos o garras, sea mundana o infernal. [12]

**Es decir, una criatura ajena a la tierra, un habitante del espacio exterior que, además, tiene que tomar carne cuando baja a nuestro mundo y, por tanto, puede ser herido e incluso matado. Es un ser ultraterreno (en el sentido literal de que viene de más allá de nuestro planeta), pero sujeto a nuestras mismas leyes físicas.**

**Pensemos también en el Yogah de «La torre del elefante»: la descripción que la criatura da de sí misma, su lugar de origen y su viaje hacia nuestro mundo no implica en ningún momento nada sobrenatural. Lo que nos cuenta, en realidad, es la llegada de un grupo de extraterrestres de extraordinarios conocimientos y habilidades a nuestro mundo primitivo. Los nativos, lógicamente, tomarán por magia lo que saben hacer… pero no lo es, no en el sentido de que implique algo más allá del mundo físico.**

**Esa perspectiva materialista se nos presenta de un modo aún más explícito en «La reina de la Costa Negra» cuando Conan, bajo el sueño del loto negro, imagina a los antiguos habitantes de la ciudad en ruinas:**

> Aunque creados en el mismo molde que la humanidad, no eran humanos. Tenían alas y eran de proporciones gigantescas; no eran una rama del misterioso tronco de la evolución que habría de culminar en el hombre, sino el fruto maduro de un árbol ajeno, independiente. Se parecían al hombre en la misma medida en que este se asemejaba a los grandes simios. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran tan superiores al hombre como este al gorila. Pero cuando erigieron su ciudad colosal, los primitivos ancestros del hombre aún no habían salido del limo de los mares primigenios.

Eran mortales, como todo lo que es de carne y hueso. Vivían, amaban y morían, aunque la duración de sus vidas era inmensa.[13]

**Un autor de fantasía de épocas anteriores habría usado términos míticos y sobrenaturales, pero Howard acude a un lenguaje cientifista y racionalista, abrazando con entusiasmo lo que se podría llamar la «causa evolutiva». Es cierto (como se ve con claridad en su ensayo «La Era Hibórea») que Howard no termina de comprender la evolución de las especies como una fuerza ciega de resultados inciertos, sino que la ve como algo que, inexorablemente camina siempre hacia el mismo lugar: para él, los homínidos solo pueden evolucionar en seres humanos, por ejemplo, ignorando de ese modo que fue el azar de las mutaciones y las condiciones ambientales lo que dieron nacimiento a nuestra especie y suponiendo, por tanto, que la evolución es un camino prefijado que, partiendo de la especie A solo puede dar en la B. Por no mencionar que asume la posibilidad de una regresión, es decir, que la especie involucione de nuevo hacia un homínido primitivo y que, este con el tiempo, ascienda de nuevo los peldaños evolutivos hasta convertirse en humano. Esa concepción errónea de los mecanismos de la selección natural, por otro lado, es compartida por un amplio sector de sus contemporáneos… al menos de aquellos que aceptaban la evolución como algo válido.**

**No importa que su concepto de evolución sea incorrecto, sino el hecho de que use una idea moderna, científica, materialista e inmanentista para narrar la historia de unas criaturas inteligentes anteriores al ser humano. Para describirlos no recurre a conceptos sobrenaturales o mágicos, sino que los presupone tan naturales y tan sometidos a las leyes del mundo como el propio hombre.**

**Por último, recordemos el momento en «Hatajo de rufianes» en el que los protagonistas contemplan otra habitación a través de un artificio de espejos:**

—Seguro que nos ve —murmuró Conan—. ¿Por qué no nos ataca? Podría romper la ventana fácilmente.

Murilo comprendió que Conan pensaba que el espejo era una ventana.

—No nos ve —respondió el sacerdote—. Lo que vemos es la habitación que hay sobre nosotros. La puerta que guarda Thak es la que hay al final de las escaleras. Es un simple juego de espejos. ¿Ves esos que hay en las paredes? Transmiten el reflejo de la habitación por estos tubos, en los que hay más espejos que transmiten la imagen y la amplían en este.

Murilo se dio cuenta de que el sacerdote estaba siglos por delante de su tiempo, como demostraba la perfección de aquel invento. Pero Conan lo descartó como simple brujería y no le dio más vueltas.[14]

**Ese esquema racionalista es repetido una y otra vez por Howard y es compartido por otros autores de la misma época, especialmente su amigo y relativo mentor, Howard Philips Lovecraft quien, partiendo desde una narrativa decimonónica y dunsaniana, acabaría creando sin embargo relatos de terror puramente materialistas que terminan siendo más ciencia ficción que fantasía. O quizá habría que calificarlos de «fantasía inmanentista», en el sentido de que acaban negando por completo lo sobrenatural y lo mágico. Decía Carl Sagan que «el cosmos es cuanto existe, ha existido y existirá»[15], y tanto Howard como Lovecraft hacen suyas de forma implícita esas palabras en sus ficciones.**

**Este último creó una mitología, todo un panteón de dioses e incluso un atisbo de cosmogonía. Pero esos dioses, al final, no son más que criaturas de enorme poder (y de tecnología inimaginable para nosotros, tal como se narra en «The**

Shadow Out of Time») procedentes de otro planeta, de nuestro pasado o del remoto futuro y, en todo caso, atadas al universo físico como cualquier otro ser. No son ajenas a las leyes del tiempo y del espacio que gobiernan nuestro cosmos y, por tanto, nada hay de sobrenatural en ellas.

¿Es el materialismo howardiano un reflejo del materialismo lovecraftiano o ambos se desarrollaron de forma independiente? Sea cual sea la respuesta, no deja de ser curioso que dos de los principales creadores de narrativa no realista popular tuvieran la misma visión racionalista, inmanentista, del hecho fantástico.

Y es una de las cosas que hacen enormemente poderosas las ficciones de ambos. Los dos contemplan los viejos arquetipos con una mirada nueva, fresca, y nos hablan de ellos, no con un lenguaje trufado de magia, sobrenaturalidad y trascendencia, sino con el lenguaje racional y cuasi-científico de nuestro tiempo.

Donde unos, en la Edad Media, veían ángeles y demonios, otros ven hoy OVNIs u hombrecillos grises del espacio exterior. Del mismo modo, Lovecraft y Howard miraron lo que otros habían visto como brujos, dioses y demonios y los mostraron como ingenieros y extraterrestres. Al despojarlos de su naturaleza sobrenatural, sin embargo, no destruyeron el mito que representan, sino que lo transformaron, lo adaptaron a su tiempo y lo revitalizaron. Cthulhu no es menos espeluznante porque sea un alienígena del espacio exterior y los hombres serpiente de Howard no han perdido el poder de despertar nuestros miedos atávicos solo porque sean remanentes de especies anteriores al hombre.

Ambos crearon mitos para nuestro tiempo en el lenguaje de nuestro tiempo. Y, como buenos mitos, mantienen todo su poder de evocación, maravilla y terror.

## *Ordenando y barajando*

Hay varias cronologías de Conan, algunas sumamente detalladas, y no todas coinciden a la hora de situar este o aquel relato en un punto concreto de la biografía del cimerio.

En mi caso he preferido ir al principio, a las raíces, y seguir en lo posible las indicaciones del creador del personaje. Hablé más arriba de la biografía de Conan redactada por P. Schuyler Miller y John D. Clark. Howard la aprobó con algunas correcciones menores, y para mí esa versión debería ser el punto de partida de cualquier cronología o biografía del personaje.

Es cierto que solo tiene en cuenta el material publicado en vida de Howard y que no carece de inconsistencias. Por ejemplo, sitúa «El diablo de hierro» antes de «Xuthal del crepúsculo»; sin embargo, en el primer relato Conan recuerda la ciudad de Xuthal, que conocerá en el segundo, lo cual no tiene sentido.

No es menos cierto que cualquier intento de establecer una cronología exacta y consistente está condenado al fracaso y quizá ni siquiera sea buena idea, como apunta Edward A. Waterman en su artículo «The Chronology Controversy»[16]. No ayuda a ello el modo en que Howard escribía sus relatos sobre el cimerio, sin un orden predeterminado, yendo de un momento a otro de su biografía e incluso utilizando y reelaborando elementos de narraciones anteriores (la peripecia de *La hora del dragón*, por ejemplo, es una canibalización de los relatos «La ciudadela escarlata», «Coloso negro» y, en menor medida, «El fénix en la espada»), por no mencionar que a menudo ni se molesta en referir en qué momento de la vida del personaje transcurre tal o cual relato.

**Como bien dice Waterman, lo único que sabemos con certeza de la biografía de Conan es que empieza como un bárbaro del norte y termina como rey de Aquilonia. Todo lo que pasa entre esos dos puntos es cuestionable. Y concluir que tal relato sucede antes o después de tal otro o que se sitúa en un instante concreto de la vida de Conan no deja de ser una suposición, salvo en los escasos momentos en los que Howard da algún dato explícito al respecto.**

**Otros compiladores han optado por atender a criterios distintos a la biografía de Conan a la hora de presentar los relatos, como es el caso de la edición de Wandering Star coordinada por Patrice Louinet, que los ordena según la fecha en que fueron escritos. Es una opción perfectamente válida; que además permite ver la evolución de Howard como escritor.**

**Pese a todo, mostrar los cuentos siguiendo la peripecia vital del personaje tiene también cierto atractivo innegable y no es una forma menos legítima de organizar los diferentes relatos.**

**Así que, teniendo en cuenta todos los problemas y partiendo de la base de que, como mucho, trato con suposiciones, he seguido en general las líneas establecidas por Miller y Clark.**

**Aquellos que siguen esa cronología suelen situar «La hija del gigante de hielo» en un momento de la vida de Conan posterior a su primer encuentro con la civilización hibórea. Sin embargo, he decidido ubicar esa narración justo al principio de su biografía conocida, poco después de su participación en el asalto al fuerte de Venarium. Conan tiene, por tanto, unos dieciséis años en ese momento.**

**¿Por qué lo he hecho así? Como he explicado más arriba, se me hace muy difícil creer que Conan, una vez abandonado el norte, regrese jamás a él. Cierto que Howard admite esa posibilidad, pero he optado por suponer que no fue así y que, por tanto, una vez abandonada Cimeria, Conan no volvió a ella… salvo tal vez en sus días como rey de Aquilonia y por motivos puramente políticos o bélicos.**

**Me parece más plausible que esta historia tenga lugar antes de su llegada a la civilización: natural del norte de Cimeria, no resulta descabellado que haya cruzado la cercana frontera y se haya unido a los aesires en sus luchas tribales contra los vanires. Dado, además, que Asgard tiene frontera con Hiperbórea y que se supone que Conan llega a Zamora tras huir de un pozo de esclavos hiperbóreo justo a tiempo para asaltar la torre del elefante (así lo establece Howard explícitamente) me parece lógico, entonces, considerar que «La hija del gigante de hielo» se desarrolla poco antes de que los hiperbóreos lo capturen.**

**Es cierto que en esta historia (una breve viñeta de sangre y lujuria con un sorprendente poder poético) Conan afirma que ha estado en muchos sitios. Pero para un bárbaro de dieciséis años, arrogante y de sangre caliente, estar en muchos sitios significa, simplemente, haber salido del terruño. Toda una odisea para la época y el lugar.**

**Además, cuando habla con la joven en el campo de batalla dice: «Nunca he visto un cabello como el tuyo, ni siquiera entre las aesires más hermosas.» Un Conan maduro, más experimentado, con más contacto con la civilización habría conocido sin duda a suficientes mujeres hermosas de distintas razas y no se limitaría a comparar a Atali con las aesires. En cambio, un Conan que acaba de salir de Cimeria y que nunca ha visto mujeres rubias o pelirrojas hasta entonces…**

**Para el resto de los relatos, como digo, he seguido de cerca la pauta marcada por Howard, Miller y Clark, incluida la edad aproximada del cimerio en cada**

**historia. En los apéndices al final del libro puede leerse el esbozo biográfico que he realizado, bajo el título de «Posible biografía de Conan». Recalco lo de «posible». Ni siquiera me he atrevido a calificarla de «probable» como hicieron Miller y Clark con la suya.**

**He decidido no incluir en ella las aportaciones de otros autores. Esto es una edición del Conan canónico, al fin y al cabo, y solo tiene en cuenta el material escrito por Robert E. Howard.**

**¿Significa eso que lo han escrito otros autores no es válido? Para nada. Significa que solo podemos estar seguros de la «realidad» de los acontecimientos narrados por Howard, ya sea en los relatos, ya en algún otro texto. Lo que cuentan otros autores en sus pastiches (y me incluyo en ellos) son especulaciones, posibilidades, hechos que tal vez ocurrieron o tal vez no. Que cada lector elija cuales se ajustan mejor a sus propios gustos y preferencias.**

## *Un poco de historia personal*

**La culpa de que estés leyendo este libro, amable lector, es de una estación de tren en Algorta, Vizcaya, o más exactamente del quiosco de la estación, donde a principios de los años setenta del pasado siglo el niño que era yo vio la portada de un tebeo con un tío musculoso con espada y rápidamente echó a correr hacia donde estaba su padre para que se lo comprara.**

**—Además, está basado en el personaje de Robert E. Howard —dije, sin tener la menor idea de quién era aquel señor, pero si lo decía la portada del tebeo por algo sería. Además, siempre he sido un niño pera resabido, sí, qué le vamos a hacer.**

**Mi padre, que seguro que, aunque asintió muy convencido ante mi comentario, tampoco tenía la menor idea de quién era Howard, compró el cómic (y lo leyó una vez hube acabado con él, como solía hacer casi siempre).**

**Era una de aquellas ediciones de Marvel que hacía Vértice a principios de los setenta, más o menos en A5, en blanco y negro y con las viñetas originales remontadas y en ocasiones redibujadas. Una chapuza, sin duda, en la que lo único decente a nivel editorial eran las portadas de López Espi. Yo, con ocho o nueve años, ni sabía lo de la chapuza ni me importaba gran cosa, la verdad.**

**Estoy casi seguro (aunque es un «casi» sumamente resbaladizo) de que aquel primer Conan que leí incluía las historias «La hija de Zukala» y «El diablo alado», correspondientes a los números 5 y 6 del original americano. Estaba dibujado por Barry Smith, por supuesto.**

**Me hice fan del personaje enseguida, pero solo a través del cómic. De hecho, desconocía que los relatos de Conan hubieran sido publicados en España por Bruguera en 1973. Mi primer encuentro con el auténtico Conan tuvo que esperar a mediados de los ochenta, cuando cayó en mis manos una antología titulada *Héroes bárbaros* que incluía, precisamente, «Nacerá una bruja».**

**Me sorprendió la calidad del relato, lo confieso; me gustaba Conan en el cómic, pero por algún curioso motivo que se me escapa no esperaba gran cosa del original literario. Bueno, quién no ha sido un poco esnob en algún momento de su vida.**

**Cuando algún tiempo después Fórum editó en doce volúmenes el Conan de Howard más el de Carter y De Camp me hice con la colección y por fin pude**

**disfrutar de todos aquellos relatos, situados además de acuerdo a la cronología de la saga. Leí de un modo un tanto diagonal las aportaciones de Carter y De Camp, que por lo general me parecían sosas, carentes de chispa y bastante rutinarias, pero las historias originales me atraparon enseguida y para cuando llegué a *La hora del dragón*, la única novela que Howard escribió de Conan, el texano estaba ya entre mis autores-fetiche.**

**El paso siguiente era leerlo en inglés y, a ser posible, sin interferencias de otros autores. Para entonces ya sabía que De Camp había retocado, en ocasiones en exceso, los relatos de Howard y quería hincarle el diente al producto original.**

**Cuando por fin pude leerlo en el original fue fácil ver que buena parte de los cambios de De Camp eran arbitrarios (y en ocasiones empeoraban el original) y el resultado final a veces se alejaba demasiado de las intenciones de Howard. Hay quien afirma que fue tan lejos para poder atribuirse legalmente un porcentaje de la autoría de los relatos y así cobrar royalties por un material que, sin su aportación, sería de dominio público.**

**En cualquier caso, aquí he tratado con los relatos originales, tal como surgieron de la máquina de escribir de su autor y tal como pudieron leerlos los lectores de *pulp* en los años treinta del pasado siglo, más allá de algún pequeño retoque por parte del editor de *Weird Tales*. La prosa de Howard es fascinante: a veces ruda y poco elaborada (como el propio Conan) pero siempre llena de nervio y vitalidad (también como el cimerio) y con un sorprendente poder de evocación y un dinamismo asombroso. Necesitada en ocasiones de un pulido, pero en realidad de poco más, o se corre el riesgo de que pierda toda su fuerza narrativa y su exuberancia. Mi intención ha sido ofrecer al público en español un Conan lo más parecido posible a las intenciones de su creador.**

**Como traductor he intentado conseguir en castellano el mismo efecto que la prosa de Howard me provoca en inglés y para ello no he tenido miedo en apartarme del original cuando lo he considerado necesario. Desde luego, soy consciente de lo mucho que me alejé del texto de Howard en los poemas: «Cimeria», con el que se abre el libro, y los fragmentos de «La canción de Bêlit» que hay al inicio de cada capítulo de «La reina de la Costa Negra». En lugar de intentar traducirlos (ya fuera en prosa, ya intentando respetar el verso y la rima), decidí crear de cero nuevos poemas que trataran los mismos temas y usaran imágenes similares a las de Howard, pero en metros y en versificaciones con los que yo estuviera familiarizado. Sé que mi decisión es discutible y sin duda será discutida.**

**Quería serle fiel al autor, por supuesto, pero para mí eso ha significado contar a veces las cosas de otro modo, buscando, más que la literalidad (maldición de los traductores) la fidelidad en la esencia, en el ritmo de la frase y en la agilidad de la narración. Si lo he conseguido o no, queda a tu juicio, amable lector.**

**¿En qué momento la idea de volver a traducir esos relatos surgió en mi mente? No lo sé con exactitud. Sospecho que fue creciendo poco a poco y un día cristalizó de repente. Creo que desde que leí aquella edición de «Nacerá una bruja» y me di cuenta de lo buen narrador que era Howard, de algún modo la semilla de la idea se aposentó en mi cabeza y ya no me abandonó jamás. Fue germinando poco a poco con los años hasta que se me hizo evidente que, de un modo u otro, estaba condenado a traducir a Howard al castellano. Una vez tomé la decisión de ofrecer en Sportula nuevas traducciones de clásicos de la literatura de género, de algún modo supe que antes o después me toparía con el autor texano y que no**

**podría evitar el deseo de pasar sus ficciones a mi idioma.**

**Así que aquí estoy, cuarenta años más tarde (a estas alturas el quiosco de la estación de Algorta ya no existirá; y quizá tampoco la propia estación), traduciendo a Howard y publicándolo en mi propia editorial. ¿El sueño de un fan? Puedes apostar a que sí, querido lector.**

**Espero que esta edición satisfaga tus expectativas, ya seas un aficionado de toda la vida a Conan, ya te acerques por primera vez a sus aventuras. Desde luego, todos los implicados en esta edición hemos puesto todo de nuestra parte para que así sea. Decidir si hemos tenido éxito o no es cosa tuya, querido lector.**

**Ya no te molesto más. Pasa la página y adéntrate junto a Conan en un campo de batalla nevado y ensangrentado en la frontera entre Asgard y Vanaheim.**

**Que Crom te sea propicio y te dé valor contra tus enemigos. Y si no lo hace, que se vaya al infierno.**

# LAS CRÓNICAS NEMEDIAS

# CIMERIA

**Recuerdo mil bosques sombríos,**
**penumbra en colinas abiertas al viento,**
**el arco plomizo de nubes sin cuento,**
**arroyos adustos, torrentes umbríos**
**y un valle erizado de cerros baldíos.**

**Tras esas colinas, mil más se agazapan,**
**laderas cuajadas de bosques huraños,**
**paisaje de picos abruptos y extraños.**
**Madre feroz, madrastra postrada,**
**Cimeria. De viento y de noche preñada.**

**En ella los vientos confluyen convulsos**
**y sueños sin dueño rehúyen el sol.**
**Son soplos sombríos que marcan el son**
**de ramas crujientes en bosques adustos**
**y sombras quebradas en rotos arbustos.**

**Cimeria. De noche y de sombra engendrada.**
**Recuerdos de un hacha de borde afilado,**
**de lanza clavada en sangrante costado,**
**de denso silencio que a todos abraza**
**y extiende en las nubes su espesa coraza.**

**Cimeria. Morada de vientos eternos.**
**Herencia inasible que no me abandona,**
**fantasma irredento que nunca perdona,**
**mortaja que aplasta feroz mis empeños,**
**desgarra miradas, derrota los sueños.**

# LA HIJA DEL GIGANTE DE HIELO

**Ya no atronaban las espadas ni se oían los gritos de matanza; el silencio reinaba sobre la nieve manchada de rojo. El pálido sol que se reflejaba cegador sobre campos y llanuras cubiertas de nieve arrancaba visos de plata de los corseletes rasgados y las espadas quebradas allí donde yacían los muertos. Las manos inanes aún agarraban la empuñadura rota, las cabezas con yelmo se echaban hacia atrás en medio de los estertores de la muerte, las barbas rojas y doradas apuntaban hacia el cielo como si invocasen por última vez a Ymir, el gigante de hielo, dios de una raza guerrera.**

**Dos figuras se contemplaban por encima de los bultos cubiertos de acero y los regueros rojizos que surcaban la nieve. Solo ellos se movían en aquella desolación total. Sobre ambos brillaba el cielo escarchado, y a su alrededor se extendía una inacabable llanura blanca cuajada de cadáveres. Se acercaron lentamente, sorteándolos, como si fueran dos fantasmas que se hubieran dado cita en las ruinas de un mundo muerto; quedaron cara a cara inmersos en un silencio sepulcral.**

**Ambos eran altos, fuertes como tigres. Habían perdido el escudo y tenían el corselete abollado y mellado. La sangre se secaba poco a poco sobre las cotas de malla, las espadas estaban manchadas de rojo y los yelmos astados mostraban señales de haber parado varios golpes. Uno de ellos, de pelo negro, iba afeitado; el otro tenía el cabello y la barba rojos como la sangre iluminada por el sol sobre la nieve.**

**Fue el pelirrojo quien rompió el silencio:**

**—Dime tu nombre, para que mis hermanos en Vanaheim sepan quién fue el último hombre de Wulfhere que cayó bajo la espada de Heimdul.**

**—No será en Vanaheim —gruñó el moreno—, sino en el Valhalla, donde hablarás a tus hermanos de Conan de Cimeria.**

**Heimdul lanzó un aullido y saltó hacia delante. La espada surcó el aire en un arco letal; Conan se tambaleó, y la vista se le llenó de chispas rojas cuando la espada de su adversario le golpeó el yelmo y arrancó esquirlas de fuego azul, pero eso no le impidió lanzar una estocada con toda la fuerza de sus anchos hombros. La afilada punta atravesó escamas de metal, huesos y corazón, y el guerrero pelirrojo cayó muerto a los pies del cimerio.**

**Este se tambaleó y abatió la espada, asaltado por una debilidad repentina. El reflejo del sol en la nieve hería sus ojos como un cuchillo, y el cielo parecía sorprendentemente pequeño y lejano. Dio media vuelta y abandonó la planicie pisoteada llena de cadáveres, algunos de barba rubia y otros pelirrojos, unidos para siempre en la muerte. Tras unos pocos pasos se dio cuenta de que el brillo de los campos nevados se apagaba de repente. Asaltado por una ceguera vertiginosa y rugiente, cayó de rodillas en la nieve, apoyado en un brazo cubierto de acero. Parpadeó y meneó la cabeza como un león que sacudiera la melena, intentando expulsar la niebla de los ojos.**

**Una risa argentina atravesó el vértigo, y fue recobrando la visión poco a poco.**

Alzó la vista. Había algo extraño en el paisaje que lo rodeaba, aunque no acertaba a identificarlo, como si un tinte desconocido cubriera cielo y tierra. Pero enseguida dejó de preocuparse por eso. Ante él, cimbreándose como un plantón bajo la brisa, había una mujer. A los ojos aturdidos de Conan, su piel parecía de marfil. Estaba desnuda, salvo por un ligero velo de gasa, y tenía unos pies delicados, aún más blancos que la nieve que pisaban. No dejaba de reírse, con la vista clavada en el desconcertado guerrero, y su risa era más cantarina que el burbujeo de los manantiales de montaña, y a la vez, venenosa y llena de desdén.

—¿Quién eres? —preguntó el cimerio—. ¿De dónde sales?

—Qué más da.

La voz tenía un timbre más armónico que el de un arpa de plata, pero era afilada e implacable.

—Llama a los tuyos —dijo él, alzando la espada—. Quizá me fallen las fuerzas, pero no me cogerán vivo. Veo que eres vanir.

—¿Acaso he dicho que lo sea?

Volvió a mirar su pelo revuelto, que al principio le había parecido rojo, y se dio cuenta de que no era ni rojo ni amarillo, sino una mezcla arrebatadora de ambos. La contempló hechizado. Su cabello era como oro élfico y el sol le arrancaba reflejos tan deslumbrantes que le costaba seguir mirándolo. No tenía los ojos azules ni grises; había en ellos un caleidoscopio de colores, luces y sombras que no podía definir. Sonreía con unos labios intensamente rojos y carnosos, y desde la punta de los esbeltos pies hasta la cegadora melena ondulante, su cuerpo marfileño era perfecto como el sueño de un dios. El pulso de Conan batió alborotado.

—No sé si eres de Vanaheim, y por tanto mi enemiga, o de Asgard y amiga. He estado en muchos sitios, pero jamás he visto a nadie como tú. Tus rizos me ciegan con su resplandor. Nunca he visto un cabello como el tuyo, ni siquiera entre las aesires más hermosas. Por Ymir…

—¿Osas jurar por Ymir? —se burló ella—. ¿Qué sabes de los dioses del hielo y la nieve, tú, que vienes del sur y te aventuras entre extraños?

—¡Por los dioses oscuros de mi propio pueblo! —gritó, rabioso—. Quizá no sea un aesir de cabello dorado, pero nadie me aventaja con la espada. Hoy mismo he visto caer a cuatro veintenas de hombres y solo yo he sobrevivido a la batalla entre los saqueadores de Wulfhere y los lobos de Bragi. Dime, mujer, ¿has visto el brillo de la cota de malla en la llanura helada? ¿Has visto a un grupo de hombres armados cruzando el hielo?

—He visto el brillo de la escarcha al sol —respondió ella—. Y he oído el susurro del viento entre las nieves eternas.

Conan meneó la cabeza y lanzó un suspiro.

—Niord debería habérsenos unido antes de la batalla. Me temo que sus hombres y él han caído en una emboscada. Wulfhere y los suyos están muertos.

»Habría jurado que no había aldea alguna en varias leguas a la redonda, pues la guerra nos ha traído lejos, pero debes de venir de algún lugar cercano si caminas desnuda por la nieve. Si eres de Asgard, llévame a tu tribu, pues la lucha y los golpes me han dejado agotado.

—Mi aldea está más lejos de lo que puedes alcanzar, Conan de Cimeria —dijo ella entre risas. Abrió los brazos y se contoneó ante él, ondeando el cabello dorado con sensualidad, los ojos centelleantes medio velados bajo las largas pestañas sedosas—. ¿Acaso no me encuentras bella?

**—Como el alba correteando desnuda por la nieve —musitó él, los ojos ardientes como los de un lobo.**

**—Entonces, ¿por qué no te pones en pie y me sigues? ¡Menudo guerrero, ahí postrado! —gorjeó, enloquecedoramente burlona—. Date por vencido y muere en la nieve con los demás necios, Conan de cabellos negros. No puedes seguirme allá adonde te guiaría.**

**Con un juramento, el cimerio se incorporó, con los ojos azules llameantes y el rostro moreno crispado. La rabia arrasaba su alma, y el deseo por la tentadora figura que veía ante sí le latía en las sienes e impulsaba con fiereza la sangre por sus venas. Una pasión tan salvaje que casi era puro dolor tiraba de todo su cuerpo, y tierra y cielo le parecían teñidos de carmesí. Lo inundó una locura que borró cualquier rastro de cansancio o debilidad.**

**No dijo nada mientras se acercaba a ella, los dedos engarfiados, ansioso por tocar su delicada piel. Con un grito burlón, ella retrocedió y echó a correr, volviéndose para mirarlo sin parar de reír. Un rugido apagado escapó de la boca de Conan mientras se lanzaba en su persecución. Había olvidado por completo la lucha, los guerreros que yacían sobre su propia sangre, a Niord y a los saqueadores que no habían llegado a tiempo a la batalla. Solo podía pensar en la esbelta figura blanca que parecía flotar frente a él.**

**La persiguió a través de la llanura nevada. El campo de batalla cuajado de sangre quedó atrás, fuera de la vista, pero Conan seguía adelante con la silenciosa tenacidad de su pueblo. Sus pies cubiertos de acero atravesaron la superficie helada; se hundió y siguió caminando por pura tenacidad. La joven bailaba sobre la nieve, ligera como una pluma que flotase en un lago. Sus pies descalzos apenas dejaban huella en el suelo helado. Pese al fuego de sus venas, la mordedura del frío atravesó la cota de malla y la camisa de piel de Conan mientras la muchacha, cubierta por el velo de gasa, corría con gracia y ligereza, como si estuviera bailando en los jardines de rosas y palmeras de Poitain.**

**Ella guiaba y Conan la seguía. Juramentos rabiosos escapaban de los labios entrecerrados del cimerio. Las grandes venas de sus sienes se hinchaban y latían mientras rechinaba los dientes.**

**—¡No escaparás! —rugió—. ¡Como me conduzcas a una trampa, apilaré las cabezas de tus parientes a tus pies! ¡Como te escondas, destrozaré las montañas en tu busca! ¡Te seguiré hasta el infierno!**

**Su risa enloquecedora llegó hasta él. Echó espumarajos por la boca, sin dejar de seguirla mientras lo guiaba hacia lo más profundo de aquella tierra desolada. El paisaje cambió: las amplias planicies dieron paso a colinas distribuidas de forma irregular. Al norte, a lo lejos, se atisbaban unas montañas gigantescas, azules por la distancia, las cimas cubiertas de nieve eterna. Sobre ellas brillaba el resplandor de la aurora boreal que se esparcía como un abanico en el cielo: espadas heladas de luz fría e intensa de colores cambiantes, cada vez más grandes y luminosas.**

**Sobre él, los cielos brillaban y crepitaban con luces y reflejos extraños. La nieve resplandecía de un modo peculiar, ora con un azul escarchado, ora con un carmesí helado, ora como plata fría. Conan se lanzó obstinado a través de un reino irreal de hielo y luz, un laberinto cristalino en el que solo existía el cuerpo marfileño que recorría bailando la nieve resplandeciente, siempre más allá de su alcance.**

**No se paró a pensar en lo extraño de cuanto lo rodeaba, ni siquiera cuando dos figuras gigantescas se interpusieron en su camino. Las escamas de sus cotas**

**eran blancas como la escarcha; sus yelmos y hachas estaban cubiertos de hielo. La nieve salpicaba su cabello y en su barba se formaban carámbanos. Tenían los ojos tan fríos como las luces que los iluminaban.**

**—¡Hermanos! —gritó la muchacha mientras bailaba entre ellos—. ¡Mirad lo que me sigue! ¡Os traigo un hombre para que lo matéis! ¡Arrancadle el corazón y lo depositaremos humeante en la mesa de nuestro padre!**

**Los gigantes respondieron con un rugido que sonó como el choque de un iceberg contra la costa y alzaron las brillantes hachas mientras el cimerio se lanzaba entre ellos. Una hoja escarchada relampagueó ante los ojos de Conan, cegándolo. Fulminante, respondió con un tajo que cortó el muslo de su enemigo. Este cayó con un gemido, y casi al instante, el bárbaro se vio lanzado contra la nieve por el golpe del superviviente. Tenía el hombro izquierdo entumecido, pero lo había salvado, y por los pelos, la cota de malla. Divisó al gigante alzado sobre él como un coloso tallado en hielo, recortado contra el cielo frío y resplandeciente. El hacha cayó de nuevo, y se enterró en la nieve y la tierra congelada de debajo mientras Conan se echaba a un lado para luego saltar hacia él. El gigante rugió y liberó el hacha, pero la espada del cimerio ya se hundía en su carne. Las rodillas del coloso se doblaron, y empezó a hundirse poco a poco en la nieve, que se volvía carmesí con la sangre que manaba de su cuello medio seccionado.**

**Conan dio la vuelta y vio a la joven a poca distancia, contemplándolo con los ojos desorbitados de horror. La burla se había borrado de sus facciones. El cimerio lanzó un fiero grito y blandió la espada; gotas de sangre saltaron de la hoja ante la intensidad de su pasión.**

**—¡Llama al resto de tus hermanos! —aulló—. ¡Alimentaré a los lobos con sus corazones! ¡No puedes huir de mí!**

**Ella dio media vuelta, lanzó un grito aterrado y echó a correr. Ya no se reía ni lanzaba miradas burlonas a su espalda. Corría para salvar su vida, y aunque Conan forzó cada nervio y cada músculo hasta que sus sienes parecieron a punto de reventar y la nieve adquirió un tinte rojizo, ella le ganaba terreno. Se fue empequeñeciendo con la distancia a medida que se acercaba al fuego embrujado del cielo; no tardó en parecer del tamaño de un niño y luego una llama blanca y danzarina, que se redujo hasta convertirse en un manchón distante. Pero Conan apretó los dientes hasta que le sangraron las encías, redobló el paso y vio como el manchón crecía hasta ser una llama blanca y esta se convertía en una figura del tamaño de un niño. De pronto, menos de cien pasos los separaban y, poco a poco, la distancia se iba acortando.**

**A la joven le costaba mantener el ritmo. Corría con los rizos alborotados; Conan podía oír su rápido jadeo y veía asomar el miedo a su rostro cuando se giraba para mirarlo. La inexorable fortaleza del bárbaro le había servido bien. Las blancas piernas de la muchacha se movían cada vez más despacio, vacilantes. En el corazón indómito de Conan ardían llamas infernales que ella había despertado con demasiada pericia. Con un rugido inhumano, se acercó a la joven justo cuando se volvía y, con un grito desesperado, intentaba apartarlo con los brazos.**

**La espada cayó en la nieve mientras la estrechaba contra su pecho. El ligero cuerpo femenino se combaba hacia atrás mientras forcejeaba desesperadamente para zafarse de aquellos brazos de acero. El pelo dorado le caía por el rostro, cegando a Conan con su brillo. La proximidad de aquel esbelto cuerpo que se debatía entre sus brazos forrados de acero lo lanzó a un frenesí enloquecido. Los fuertes dedos se hundieron en la suave carne, fría como el hielo. Era como si no**

estuviera abrazando a una mujer de carne y hueso, sino de hielo ardiente. La joven movía la dorada cabeza de un lado a otro, intentando evitar los besos feroces que magullaban sus rojos labios.

—Eres fría como la nieve —susurró Conan, atónito—. Te calentaré con el fuego de mi sangre…

Con un grito y un quiebro desesperado, la mujer se liberó, dejando un jirón de gasa entre las manos del bárbaro. Se puso en pie y lo contempló, los dorados rizos revueltos, el blanco pecho jadeante, los hermosos ojos relucientes de terror. Durante un instante Conan se quedó paralizado, sobrecogido ante la terrible belleza de la joven desnuda contra la nieve.

Entonces ella alzó los brazos hacia las luces que brillaban en el cielo y gritó con una voz que resonaría para siempre en los oídos de Conan:

—¡Ymir! ¡Sálvame, padre!

Conan saltó hacia delante, los brazos extendidos para atraparla, y de pronto se oyó un crujido como el del hielo al desprenderse de la cima de una montaña. El cielo entero se convirtió en un fogonazo helado y el cuerpo marfileño de la joven quedó envuelto en una llama fría y azul tan cegadora que el cimerio alzó las manos para protegerse los ojos de aquel resplandor intolerable. En un instante, el cielo y las colinas nevadas quedaron bañados por crujientes llamaradas blancas, dardos azulados de luz helada y congelado fuego carmesí. Conan se tambaleó y lanzó un grito.

La chica había desaparecido. No había nadie en la nieve resplandeciente, y sobre su cabeza, en lo alto, las luces que giraban y se enroscaban en el cielo escarchado parecían enloquecidas. Entre las distantes montañas azules retumbó un trueno que sonó como un gigantesco carro de guerra arrastrado por corceles cuyos cascos arrancasen relámpagos de la nieve y ecos resonantes del cielo.

De pronto, la aurora boreal, las colinas cubiertas de nieve y los cielos resplandecientes giraron frenéticos ante los ojos de Conan. Cientos de bolas de fuego lanzaron lluvias de chispas y el propio cielo se convirtió en una rueda colosal de la que llovían estrellas mientras giraba. Bajo sus pies, las colinas se estremecieron como sacudidas por una ola. El cimerio cayó sobre la nieve y quedó inmóvil.

En un universo frío y oscuro en el que sol se había extinguido eones atrás, Conan sintió que algo vivo se movía, algo extraño y desconocido. Un terremoto lo agarraba y lo zarandeaba de un lado a otro, raspándole pies y manos, hasta que lanzó un grito de furia y buscó la empuñadura de la espada.

—Está volviendo en sí, Horsa —dijo una voz—. Deprisa: hay que frotarle las extremidades para quitarle la escarcha, o no volverá a blandir una espada nunca más.

—No conseguimos abrirle la mano izquierda —gruñó otra voz—. Está agarrando algo…

Conan abrió los ojos y contempló los rostros barbudos que se inclinaban sobre él. Lo rodeaba un grupo de guerreros rubios vestidos de acero y pieles.

—¡Conan! ¡Estás vivo!

—Por Crom, Niord —jadeó el cimerio—. ¿De verdad estoy vivo, o estamos todos muertos y en el Valhalla?

—Estamos vivos —respondió el aesir, sin dejar de frotar los pies helados de

Conan—. Tuvimos que abrirnos paso a través de una emboscada; de lo contrario habríamos llegado antes de que se entablase la batalla. Los cuerpos aún estaban calientes cuando alcanzamos la llanura. No te encontramos entre los muertos, así que seguimos tu rastro. En el nombre de Ymir, Conan, ¿a cuento de qué te aventuraste en los yermos del norte? Hemos seguido tus huellas en la nieve durante horas. De haber sobrevenido una ventisca que las cubriese, jamás te habríamos encontrado, ¡por Ymir!

—No jures tanto por Ymir —musitó uno de los guerreros, mirando intranquilo hacia las montañas distantes—. Esta es su tierra y, según las leyendas, el dios mora en aquellos picos.

—Vi a una mujer —respondió Conan, vacilante—. Nos encontramos con los hombres de Bragi en las llanuras. No sé cuánto tiempo luchamos, pero solo yo quedé en pie. Estaba agotado y débil, rodeado de lo que parecía el paisaje de un sueño. Ahora, sin embargo, todo parece normal, como siempre. La joven se me acercó y se burló de mí. Era hermosa como una llama infernal. Una extraña locura se apoderó de mí cuando la miré; olvidé todo lo demás y la seguí. ¿No habéis visto sus huellas? ¿Ni los cadáveres de los gigantes con armadura de hielo que he abatido?

Niord meneó la cabeza.

—Solo hemos visto tus huellas en la nieve, Conan.

—Entonces quizá esté loco —dijo, dubitativo—. Y sin embargo, lo que veo ahora no me parece más real que la bruja de cabello dorado que corría desnuda por la nieve frente a mí. Pero se desvaneció en medio de una llamarada de hielo cuando la tenía sujeta.

—Está delirando —susurró otro guerrero.

—¡No es así! —gritó un anciano de extraños ojos febriles—. ¡Era Atali, la hija de Ymir, el gigante de hielo! Acude a los campos de batalla y se muestra ante los moribundos. La vi cuando era un muchacho, mientras yacía medio muerto en el campo ensangrentado de Wolraven. La vi caminar entre los cadáveres, por la nieve; el cuerpo desnudo y resplandeciente como el marfil, y un cabello dorado que brillaba cegador a la luz de la luna. Me arrastré y grité como un perro moribundo porque no podía llegar hasta ella. Saca a los hombres de los campos de batalla y los guía al yermo para que los maten sus hermanos, los gigantes de hielo. Luego depositan los corazones aún humeantes en la mesa de Ymir. ¡El cimerio ha visto a Atali, la hija del gigante de hielo!

—¡Bah! —gruñó Horsa—. Al viejo Grom le hicieron un tajo con una espada en la cabeza cuando era joven, y Conan deliraba por el fragor de la batalla. Mirad cómo tiene el yelmo de abollado; cualquiera de esos golpes podría haberle desbaratado los sesos. Fue una alucinación lo que persiguió hasta el yermo. Es del sur. ¿Qué sabe de Atali?

—Seguro que tienes razón —murmuró Conan—. Fue todo tan raro y confuso... ¡Por Crom!

Se quedó inmóvil, sin apartar la vista del objeto que aún asomaba de su puño cerrado. Los otros miraron boquiabiertos el jirón que mostró, un suspiro de gasa tan sutil que jamás podrían haberlo hilado manos humanas.

# LA TORRE DEL ELEFANTE

Las antorchas alumbraban con luz turbia los festejos del Mazo, donde los ladrones del este se pasaban la noche de jarana. Allí podían organizar el alboroto que les pluguiera, pues la gente honrada rehuía aquellas barriadas y la guardia urbana, bien untada con monedas tintineantes, no se metía en sus asuntos. A lo largo de las calles retorcidas y sin pavimentar, llenas de montones de basura y charcos embarrados, los ebrios juerguistas se tambaleaban entre gritos. El acero brillaba en las sombras, donde el lobo era presa del lobo, y de la oscuridad surgían la risa estridente de las mujeres y el ruido de forcejeos y riñas. La luz se arrastraba perezosa por las ventanas rotas y las puertas desvencijadas, y la peste del vino se mezclaba con la de los cuerpos sudorosos antes de escapar al exterior acompañada del estrépito de las jarras y los golpes de los puños contra las mesas. Se oían retazos de canciones obscenas que caían como un puñetazo en el rostro.

En uno de esos antros, lleno de bribones cubiertos de toda clase de harapos, el jolgorio hacía temblar el techo bajo manchado de humo. Rateros furtivos, raptores rijosos y ladrones de dedos rápidos fanfarroneaban con bravuconería ante sus amantes, mujeres de voz estridente y ropas tan lujosas como de mal gusto. Los rufianes locales eran el elemento dominante: zamorios de piel morena y ojos negros con un puñal al cinto y un corazón traicionero. Pero había también depredadores de media docena de naciones, como un gigantesco renegado hiperbóreo de aspecto taciturno y amenazador, con una enorme espada al nervudo costado; la gente iba armada sin disimulos en el Mazo. Un poco más allá había un falsificador shemita de nariz ganchuda y barba negroazulada. Una moza britunia de mirada desafiante se desperezaba en el regazo de un gunderio de melena leonada; sin duda un mercenario, desertor de algún ejército derrotado. El rufián grasiento cuyas bromas procaces causaban alaridos de jolgorio era un secuestrador profesional llegado de la lejana Koth, empeñado en enseñar a raptar mujeres a zamorios mucho más experimentados de lo que él estaría jamás.

Este individuo detuvo la descripción de los encantos de una de sus víctimas y metió el hocico en una enorme jarra de cerveza. Se limpió luego la espuma de los labios grasientos y dijo:

—Por Bel, dios de los ladrones, os enseñaré cómo se secuestra una moza. La tendré antes del alba al otro lado de la frontera de Zamora, donde habrá una caravana esperándola. Trescientas monedas de plata me ha prometido un conde de Ofir por una joven britunia honesta de buena familia. Me tiré semanas pateándome las ciudades fronterizas disfrazado de mendigo hasta que encontré la mercancía apropiada. ¡De primera calidad, amigos!

Lanzó un beso baboso al aire.

—Sé de nobles shemitas que cambiarían el secreto de la Torre del Elefante por ella —añadió mientras volvía a llevarse la jarra a la boca.

Un tirón en la manga de la túnica le hizo volver la cabeza, molesto por la interrupción. Contempló al joven alto y fornido que tenía al lado. Estaba tan fuera de lugar en aquel antro como un lobo gris entre ratas de alcantarilla. La ropa

barata que llevaba no lograba ocultar la poderosa silueta de formas fuertes y esbeltas, los hombros anchos y musculosos, el pecho enorme, la cintura breve y los gruesos brazos. Tenía la piel morena por el sol, y los ojos, azules y amenazadores. Una melena negra alborotada coronaba su amplia frente, y del cinto le pendía una espada en una vaina de cuero desgastado.

El kothiano se echó hacia atrás sin querer. Aquel individuo no pertenecía a ninguno de los pueblos civilizados que conocía.

—Has mencionado la Torre del Elefante —dijo el extranjero, en un zamorio con acento muy marcado—. He oído hablar mucho de ella. ¿Cuál es su secreto?

Su actitud no parecía amenazadora, y el valor del kothiano rebosaba a causa de la bebida y la clara aprobación de su público.

—¿El secreto de la Torre del Elefante? —exclamó mientras se pavoneaba—. Cualquier idiota sabe que el sacerdote Yara guarda allí el Corazón del Elefante, una gran piedra preciosa en la que reside el secreto de su magia.

El bárbaro rumió aquellas palabras un momento.

—He visto la torre. Está en medio de un gran jardín en la zona alta de la ciudad, rodeada de muros elevados. No he visto guardias, y la muralla se puede escalar con facilidad. ¿Por qué nadie ha robado todavía esa gema secreta?

El kothiano se quedó boquiabierto ante la simplicidad de su interlocutor, para estallar luego en una carcajada burlona a la que se unieron los demás.

—¡Oíd a este palurdo! —bramó—. ¡Quiere robar la gema de Yara! ¡Escucha, chaval! —dijo mientras se volvía con ostentación hacia el joven—. Supongo que eres uno de esos bárbaros del norte…

—Soy cimerio —respondió el extranjero en tono hostil.

Ni la respuesta ni los modales le dijeron gran cosa al kothiano. Procedía de un reino del sur colindante con Shem y solo conocía de forma vaga a los pueblos del norte.

—Da igual. Presta atención y aprende un poco, muchacho—dijo mientras apuntaba con la jarra al desconcertado joven—. Debes saber que en Zamora, y sobre todo en esta ciudad, hay más ladrones y más osados que en ningún otro lugar del mundo, Koth incluido. Si alguien pudiera robar la gema, ten por seguro que ya habría desaparecido hace tiempo. Hablas de escalar la muralla, pero en cuanto la coronases desearías poder dar media vuelta de inmediato. Es cierto que no hay guardias nocturnos en los jardines…, al menos guardias humanos, y por una buena razón. Pero aunque pudieras esquivar lo que vaga por los jardines de noche, en la sala de guardia del piso bajo hay hombres armados a los que tendrías que hacer frente, pues la gema se custodia en algún lugar de la torre.

—Pero si alguien cruzara los jardines —arguyó el cimerio—, ¿por qué no iba a poder llegar a la gema desde la cima de la torre sin pasar por los soldados?

De nuevo, el kothiano lo contempló boquiabierto.

—¿Lo estáis oyendo? —exclamó burlón—. El bárbaro es un águila que volará hacia la cima enjoyada de la torre. Al fin y al cabo solo tiene cincuenta varas de altura y una pared redonda, lisa como el cristal pulido.

El cimerio miró a su alrededor, avergonzado ante el rugido de risas burlonas que acogió aquel comentario. No veía nada gracioso en el asunto y aún no había tenido contacto suficiente con la civilización para comprender la descortesía. Al fin y al cabo, los hombres civilizados son más descorteses que los salvajes, pues saben que por lo general pueden ser maleducados sin que nadie les abra la cabeza. Se sentía desconcertado y mortificado, y sin duda habría dado media vuelta,

humillado, y se habría ido; pero el kothiano decidió pincharlo un poco más.

—¡Espera! —gritó—. ¡Venga, cuéntales estos pobres diablos, que son ladrones desde antes de que te concibieran, cómo robarías tú la joya!

—Siempre hay un modo, si el valor acompaña la intención—respondió escuetamente, irritado.

El kothiano se lo tomó como un insulto directo y el rostro se le puso morado de rabia.

—¿Cómo? —rugió—. ¿Te atreves a enseñarnos nuestro propio oficio y encima nos llamas cobardes? ¡Lárgate! ¡Fuera de mi vista! —Lo empujó con violencia.

—¿Primero te burlas y ahora me pones las manos encima?—dijo el cimerio mientras sentía que la furia se apoderaba de él.

Respondió al empujón con una bofetada que devolvió a su interlocutor a la mesa. La cerveza desbordó la jarra, y el kothiano, rabioso, echó mano a la espada.

—¡Perro bárbaro! —bramó—. ¡Voy a arrancarte el corazón!

El acero salió con un destello y los parroquianos se echaron atrás. En su apresuramiento tropezaron con la única vela que iluminaba el antro, y de repente todo quedó a oscuras. Las tinieblas se llenaron del ruido de los bancos volcados, el repiqueteo de pies que corrían, los gritos y juramentos de la gente que caía apelotonada… De pronto, un alarido de dolor cortó la oscuridad como un cuchillo.

Cuando volvieron a encender la vela, la mayoría de la gente había salido a la calle por las puertas y las ventanas rotas, y los que quedaban estaban acurrucados tras las pilas de barriles de vino y bajo las mesas. El bárbaro había desaparecido, y el centro de la estancia estaba vacío, salvo por el cuerpo acuchillado del kothiano. El cimerio, con el instinto inequívoco de los bárbaros, había dado cuenta de su presa en medio de la oscuridad y la confusión.

El joven dejó atrás las luces temblorosas y la ebria algarabía del Mazo. Se había arrancado la túnica desgarrada, y con tan solo un taparrabos y unas sandalias de correas, se desplazaba en la noche con la flexible seguridad de un enorme tigre, los músculos de acero flexionados bajo la piel morena.

Había llegado a la parte de la ciudad dedicada a los templos. Se los veía por todas partes, blancos y brillantes a la luz de las estrellas; pilares de mármol níveo, cúpulas doradas, arcos de plata, santuarios dedicados a la miríada de extraños dioses de Zamora. Ni siquiera se molestó en mirarlos. Sabía que la religión zamoria, como todo lo que tenía que ver con los pueblos civilizados, era intrincada y compleja, y había perdido la mayor parte de su esencia original en un laberinto de fórmulas y ritual. Había pasado horas en los patios de los filósofos escuchando en silencio los argumentos de los sabios y los teólogos, para acabar por marcharse totalmente confundido y seguro de una sola cosa: estaban todos locos.

Sus dioses eran sencillos y comprensibles. El principal era Crom, que vivía en una montaña alta y remota desde la que desencadenaba la muerte y el desastre sobre los hombres. Era inútil rezarle, pues era un dios sombrío y salvaje que odiaba la debilidad. Pero confería valor al nacer, así como la capacidad y el deseo de matar a los enemigos, lo que, a ojos del cimerio, era lo máximo que podía esperarse de cualquier dios.

Sus sandalias no hacían el menor ruido contra el reluciente pavimento. No se

cruzó con guardia alguno, pues incluso los ladrones del Mazo evitaban los templos. Era bien sabido que cosas peores que la muerte esperaban a quienes se atrevieran a entrar sin permiso. Al frente, recortada contra el cielo, vio la Torre del Elefante. Se preguntó a qué vendría el nombre. Nunca había visto un elefante, pero tenía la vaga idea de que era un animal monstruoso, con una cola delante y otra detrás. Se lo había dicho un viajero shemita que juraba haber contemplado aquellas bestias por millares en el país de los hirkanios. Pero todo el mundo sabía que los shemitas mentían más que hablaban y, en cualquier caso, en Zamora no había elefantes.

La resplandeciente aguja de la torre se elevaba fría hacia las estrellas. Durante el día brillaba tan intensamente que pocos podían mirarla de frente, y se decía que era de plata. Se trataba de un cilindro perfecto de cincuenta varas de altura, y el parapeto de la cima resplandecía de noche a causa de las enormes piedras preciosas incrustadas. Se alzaba entre los ondulantes árboles exóticos de un jardín, sobre un terreno ligeramente más elevado que el resto de la ciudad. La rodeaba un alto muro, y más allá se veía un terreno más bajo, también circundado por una tapia. Ninguna luz salía de allí y no parecía haber ventana alguna en la torre, al menos en la parte que se podía ver por encima del muro interior. Solo las gemas, en lo más alto, devolvían entre centelleos la luz de las estrellas.

Los arbustos crecían en densos macizos junto al muro exterior, más bajo. El cimerio se deslizó hasta allí y contempló la muralla mientras la calibraba con la mirada. Era alta, pero no tanto como para que no pudiera alcanzar el remate de un salto y agarrarse a él. A continuación sería un juego de niños auparse y pasar al otro lado, y no le cabía la menor duda de que podría hacer lo mismo con la muralla interior. Dudó un instante al recordar los peligros desconocidos que, según se decía, acechaban al otro lado.

Toda aquella gente le resultaba rara y misteriosa. No eran de su raza; ni siquiera eran de la misma sangre que los britunios, los nemedios, los kothios y los aquilonios del oeste, cuyas extrañas costumbres civilizadas lo habían dejado perplejo anteriormente. En Zamora imperaba una sociedad antigua y, por lo que había visto, bastante retorcida.

Pensó en Yara, el sumo sacerdote que tramaba ignotos sortilegios en su torre enjoyada, y se le pusieron los pelos de punta al recordar lo que le había contado un paje borracho de la corte: como Yara se había reído en la cara de un príncipe que le era hostil, como le había mostrado una gema reluciente de aspecto maligno, como de ella había surgido una luz cegadora que había envuelto al príncipe, como este se había puesto a gritar para desplomarse después y como se había encogido y ennegrecido hasta quedar convertido en un una araña negra que correteaba frenéticamente, sin rumbo, hasta que Yara la aplastó de un pisotón.

Decían también que no salía mucho de su torre hechizada; tan solo para tramar la perdición de alguna persona o algún país. El rey de Zamora lo temía más que a la muerte y pasaba el tiempo borracho, pues sobrio no podía aguantar aquel temor. Yara era muy viejo: decían que tenía varios siglos y que viviría eternamente gracias a la magia de su gema, a la que llamaban el Corazón del Elefante por la misma razón desconocida por la que llamaban así a la torre.

El cimerio, absorto en aquellos pensamientos, se aplastó de pronto contra el muro. Alguien cruzaba el jardín con pasos tranquilos y medidos. Oyó el tintineo del acero. Así que había guardias, después de todo. Esperó un poco a que volviera a pasar la siguiente ronda, pero lo único que salió de aquellos misteriosos jardines

fue el silencio.

Al final, la curiosidad pudo más. De un ágil salto, alcanzó la parte superior del muro y se alzó a pulso con un solo brazo. Tendido en el remate, examinó el amplio terreno que se extendía entre ambas murallas. No tenía maleza cerca, aunque vio unos arbustos cuidadosamente recortados cerca del muro interior. La luz de las estrellas iluminaba un césped perfectamente segado, y en alguna parte cantaba una fuente.

El cimerio descendió cuidadosamente al interior y desenvainó la espada sin dejar de mirar a su alrededor. Tenía los nervios a flor de piel y se sentía totalmente expuesto en aquel espacio abierto iluminado por las estrellas, de modo que se deslizó con rapidez a lo largo del muro, mezclándose con las sombras, hasta que llegó frente los arbustos que había divisado. Luego echó a correr medio agachado, y a punto estuvo de tropezar con algo tirado junto a los macizos.

Un rápido vistazo a izquierda y derecha le mostró que no había enemigos cerca; se agachó para examinar el suelo. Sus afilados ojos acostumbrados a la oscuridad le mostraron a un hombre fornido con armadura de plata y un yelmo que mostraba la cimera de la Guardia Real zamoria. Junto al cadáver había una lanza y un escudo. Tardó muy poco en darse cuenta de que había muerto estrangulado. El bárbaro miró inquieto a su alrededor. Sabía que era el guardia al que había oído pasar cuando estaba escondido junto al muro. Hacía poco, pero en tan breve tiempo, una mano anónima había salido de las sombras para sofocar la vida del soldado.

Entrecerró los ojos y en la penumbra le pareció ver que algo se movía entre los arbustos junto al muro. Se deslizó en aquella dirección, espada en mano, sin hacer más ruido que el que habría hecho una pantera en la noche, pero el individuo al que acechaba lo oyó llegar. El cimerio distinguió una gran silueta junto al muro y no pudo evitar una punzada de alivio al darse cuenta de que al menos era humana. Vio como se giraba con un grito apagado de pánico y daba un paso hacia él con algo en las manos, para retroceder en cuanto vio la espada. Durante un momento interminable ninguno dijo nada; cada uno esperaba la reacción del otro.

—No eres soldado —siseó al fin el desconocido—. Eres ladrón, como yo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el cimerio, desconfiado.

—Taurus de Nemedia.

El bárbaro bajó la espada.

—He oído hablar de ti. Te llaman el Príncipe de los Ladrones.

Le respondió una risa socarrona. Taurus era tan alto como el cimerio, aunque más corpulento. Tenía una buena barriga, pero todos sus movimientos irradiaban un dinamismo magnético, igual que los vivaces ojos que brillaban burlones incluso a la luz de las estrellas. Iba descalzo y llevaba un rollo de cuerda que parecía delgada y fuerte, con nudos cada cierto trecho.

—¿Quién eres? —susurró.

—Conan. Soy cimerio. Venía a ver si había algún modo de robar la joya de Yara, la que llaman el Corazón del Elefante.

El joven bárbaro se dio cuenta de que el abdomen del nemedio se sacudía de risa, aunque no burlona.

—¡Por Bel, dios de los ladrones! —siseó Taurus—. Yo creía que era el único con valor suficiente para intentarlo. Y esos zamorios se llaman ladrones. ¡Bah! Me gustan tus redaños, Conan. Nunca he compartido empresa ni botín con nadie pero,

por Bel, hagamos esto juntos si te parece.

—¿Vas también tras la gema?

—¿Qué otra cosa? He estado planeándolo durante meses. Por lo que veo, amigo mío, tú te has dejado llevar por un impulso.

—¿Mataste al soldado?

—Claro. Sorteé el muro cuando estaba al otro lado del jardín y me escondí entre los arbustos. Me oyó, o al menos le pareció oír algo. Cuando llegó a mi altura, trotando con torpeza, no fue difícil sorprender al pobre imbécil por la espalda y apretarle el cuello hasta que la vida lo dejó. Era como la mayoría, casi ciego en la oscuridad. Un buen ladrón debe tener ojos de gato.

—Has cometido un error —dijo Conan.

Un destelló de furia asomó a los ojos de Taurus.

—¿Un error? ¿Yo? ¡Imposible!

—Deberías haber arrastrado el cadáver entre los arbustos.

—Dijo el aprendiz al maestro. No cambian la guardia hasta pasada la medianoche. Si les diera por buscarlo ahora y encontraran el cadáver, irían enseguida a avisar a Yara entre berridos y me darían tiempo de sobra para escapar. Si no lo encontrasen, batirían los arbustos y nos cazarían como a ratas.

—Tienes razón —reconoció Conan.

—Claro. Escucha. Ya hemos gastado bastante tiempo discutiendo. No hay guardias en el jardín interior, al menos humanos, aunque sí hay centinelas más mortíferos. Ellos son la causa de que haya tardado tanto en emprender este asunto, pero por fin he dado con un modo de librarme de ellos.

—¿Y los soldados de la planta baja de la torre?

—El viejo Yara vive en las habitaciones superiores. Entraremos por ahí… y por ahí saldremos, espero. No me preguntes cómo; ya lo verás. Bajaremos desde la parte superior de la torre y estrangularemos al viejo Yara antes de que nos pueda lanzar uno de sus nefandos hechizos. O al menos lo intentaremos. El riesgo es acabar convertidos en arañas o sapos, y el premio, toda la riqueza y el poder del mundo. Un buen ladrón debe saber cuándo correr riesgos.

—Llegaré tan lejos como el que más —dijo Conan mientras se quitaba las sandalias.

—Entonces, vamos.

Taurus dio media vuelta, saltó hacia el muro y se alzó hasta el tope. Su agilidad era asombrosa, sobre todo teniendo en cuenta su tamaño; talmente parecía deslizarse sobre el parapeto. Conan fue tras él y se tendió en el borde.

—No veo ninguna luz —susurró.

La base de la torre se parecía mucho a la parte que podía verse desde el jardín exterior: un cilindro perfecto y resplandeciente sin abertura ninguna.

—Hay puertas y ventanas cuidadosamente disimuladas —respondió Taurus—, pero están cerradas. El aire que respiran los soldados entra desde lo alto.

El jardín era un confuso pozo de sombras, cubierto de matorrales ralos y árboles bajos de ramas amplias que se movían misteriosamente a la luz de las estrellas. La mente cautelosa de Conan percibió un aura de expectante amenaza. Tuvo la sensación de que ojos invisibles los acechaban desde la oscuridad y le llegó un aroma sutil que le puso los pelos de punta, como a un sabueso que olfatease la presencia de un antiguo enemigo.

—Sígueme —susurró Taurus—. Y quédate tras de mí si valoras tu vida.

Se sacó lo que parecía un tubo de cobre del cinturón y se dejó caer con

agilidad al otro lado del muro. Conan lo siguió de cerca, la espada dispuesta, pero Taurus lo empujó hacia atrás, junto al muro, y no hizo el menor ademán de seguir adelante. Su postura indicaba que estaba a la expectativa, tenso y preparado, y Conan siguió su mirada en dirección a un oscuro seto, a pocos pasos de distancia. La maleza se movía de un lado a otro, aunque no soplaba la menor brisa. De repente, dos ojos enormes brillaron en las sombras; tras ellos, un nuevo par relució entre las tinieblas.

—¡Leones! —musitó Conan.

—Así es. De día los guardan en cavernas subterráneas, bajo la torre. Por eso no hay guardias en este jardín.

Conan contó los ojos con rapidez.

—Veo cinco. Quizá haya más en la maleza. Nos atacarán en cualquier…

—¡Silencio! —siseó Taurus mientras se separaba del muro, tan cauteloso como si caminase sobre navajas de afeitar.

Alzó el tubo de cobre. Salieron gruñidos de las sombras, y los brillantes ojos empezaron a moverse. Conan pudo ver las enormes fauces babeantes, las colas algodonosas que cimbreaban como látigos. El aire se llenó de tensión y el cimerio desenvainó la espada, aguardando la carga y el choque irresistible de aquellos cuerpos gigantescos. Entonces, Taurus se llevó el tubo a la boca y sopló con todas sus fuerzas. Un largo chorro de polvo amarillento salió del otro extremo y se transformó en una espesa nube verdeamarilla que cayó sobre los arbustos y nubló los ojos relucientes.

Taurus se apresuró a volver al muro. Conan lo contemplaba sin comprender qué ocurría. La espesa nube ocultaba los matorrales, y ningún sonido llegaba de ellos.

—¿Qué era esa niebla? —preguntó, intranquilo.

—¡La muerte! —siseó el nemedio—. Si arrecia el viento y viene hacia nosotros, tenemos que saltar el muro a toda prisa. Pero no, el aire está inmóvil y el polvo ya se disipa. Espera a que se aposente del todo. Respirarlo es letal.

En aquel momento solo se veían jirones aislados de color amarillento sobre los arbustos. Cuando desaparecieron, Taurus indicó a su compañero que se pusiera en marcha. Caminaron hacia los arbustos y, al llegar, Conan contuvo un jadeo. En la oscuridad yacían cinco bestias enormes, el fuego de sus fieros ojos apagado para siempre. En el aire flotaban rastros de un aroma empalagoso.

—¡Han muerto en completo silencio! —musitó Conan—. Taurus, ¿qué era ese polvo?

—Se elabora a partir del loto negro, cuyas flores se abren en las selvas de Khitai, donde solo moran los sacerdotes de cráneo amarillo de Yun. Esas flores matan a cualquiera que las huela.

Conan se inclinó sobre los enormes cadáveres y se aseguró de que, en efecto, estaban muertos. Meneó la cabeza. La magia de tierras exóticas era algo misterioso y terrible para los bárbaros del norte.

—¿Por qué no matas a los soldados del interior de la torre del mismo modo? —preguntó.

—Porque este era todo el polvo que tenía. El modo en que lo obtuve es en sí mismo una hazaña merecedora de la fama entre todos los ladrones del mundo. Lo robé de una caravana que se dirigía a Estigia; extraje la bolsa de hilo de oro que lo contenía de entre los mismísimos anillos de la enorme serpiente que lo guardaba, sin despertarla. Pero sigamos, por Bel. ¿O vamos a pasarnos toda la noche de

cháchara?

Se escurrieron entre los arbustos hasta el pie de la torre y, tras pedir silencio con un gesto, Taurus desenrolló la cuerda anudada, en cuyo extremo había un recio garfio de acero. Conan comprendió lo que pretendía y no dijo nada mientras el nemedio agarraba la cuerda a poca distancia del garfio y empezaba a hacerlo girar alrededor de su cabeza. Conan pegó la oreja al liso muro, pero no oyó nada. Era evidente que los soldados del interior no sospechaban que hubiera intrusos; seguramente, la brisa entre los árboles hacía más ruido que ellos. Pero el bárbaro sentía los nervios a flor de piel, quizá a causa del olor de los leones que seguía llenando el aire.

Taurus lanzó la cuerda con un movimiento grácil y certero. El garfio ascendió trazando una curva hacia el interior y se desvaneció más allá del borde enjoyado. Al parecer se había enganchado con firmeza, pues ni las sacudidas cautelosas ni el fuerte tirón produjeron ningún resultado.

—Suerte al primer intento —murmuró Taurus—. Creo que…

Fue el instinto primitivo de Conan lo que le hizo dar la vuelta justo cuando la muerte caía sobre ellos en absoluto silencio. Un vistazo fugaz mostró al cimerio una enorme figura parda, recortada contra las estrellas, que se lanzaba mortífera contra él. Ningún hombre civilizado podría haberse movido tan deprisa como el bárbaro. La espada lanzó un brillo escarchado a la luz de las estrellas, y Conan puso toda su fuerza en un golpe desesperado. Hombre y bestia cayeron al suelo en un abrazo mortal.

Taurus lanzó una maldición entre dientes. Se inclinó sobre la confusa mole y vio como su compañero luchaba con brazos y piernas para quitarse de encima el peso inane. El nemedio, asombrado, comprendió que el león estaba muerto, con el cráneo partido en dos. Empujó con fuerza el cadáver y ayudó a Conan a echarlo a un lado. El cimerio salió de debajo, aún agarrado a la espada.

—¿Estás herido? —jadeó Taurus, maravillado por la asombrosa rapidez con que había ocurrido todo.

—No —respondió el bárbaro—. Pero, por Crom, es lo más cerca que he estado de la muerte en toda mi vida. ¿Por qué no ha rugido al cargar esa maldita bestia?

—Todo lo que hay en este jardín es extraño —dijo Taurus—. Los leones atacan en silencio, igual que las otras formas de muerte. Pero más vale que nos demos prisa. Apenas has hecho ruido al matarlo, pero quizá lo hayan oído los soldados, si no estaban borrachos o dormidos. Esta bestia estaría en otra zona del jardín y escapó a la muerte de la flores, pero no creo que haya más. Mejor trepamos por la cuerda. No creo que haga falta preguntar a un cimerio si es capaz.

—Siempre que soporte mi peso —gruñó Conan mientras limpiaba la espada en la hierba.

—Soportaría tres veces el mío —respondió Taurus—. Está trenzada con cabello de difuntas; yo mismo las desenterré a medianoche y empapé la cuerda en el mortífero destilado del árbol upas para reforzarla. Iré primero. Pégate a mí.

El nemedio agarró la cuerda y, tras enrollársela a la rodilla, empezó a subir como un gato pese a su aparente torpeza. El cimerio fue tras él. La cuerda se balanceaba y se enroscaba, pero eso no les obstaculizó la escalada: ambos habían trepado por lugares más difíciles. El borde enjoyado brillaba sobre ellos y sobresalía del resto de la torre, lo que facilitaba considerablemente el acenso.

Subieron en silencio; las luces de la ciudad se extendían a lo lejos bajo ellos. Las estrellas fueron apagándose cada vez más a medida que aumentaba el

resplandor de las gemas que rodeaban la cima. Taurus alzó la mano, agarró el borde del parapeto y se impulsó hacia arriba. Conan se detuvo un instante, fascinado por las enormes piedras, tan brillantes que casi dañaban los ojos: diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, turquesas y ópalos distribuidos en un apretado racimo, como estrellas en un mar de plata. De lejos, los diferentes brillos se fundían en un único resplandor, blanco y pulsante; de cerca eran como un millón de arcoíris de distintos colores e intensidades que centelleaban de forma hipnótica.

—Aquí hay una fortuna, Taurus —susurró.

—¡Vamos! —respondió el nemedio con impaciencia—. Si conseguimos el Corazón, todo lo demás será nuestro.

Conan siguió subiendo y superó el borde. El suelo de la torre estaba a poca distancia del repecho enjoyado. Era totalmente plano, de una sustancia azul entreverada de oro que arrancaba guiños a las estrellas; parecía un enorme zafiro salpicado de polvo de oro. Frente al lugar por el que habían subido había una especie de habitación construida sobre el tejado. Era del mismo material plateado que las paredes de la torre, y la adornaban pequeñas gemas dispuestas en elegantes dibujos. La puerta era de oro tallado en escamas, entre las que había incrustadas diminutos diamantes que brillaban como el hielo.

Conan contempló el pulsante océano de luz que se extendía a sus pies y a continuación volvió la vista hacia Taurus, que estaba recogiendo la cuerda y enrollándola. Mostró a Conan el lugar donde se había enganchado el garfio: una fracción de la punta se había incrustado justo bajo una enorme gema de la parte interior del parapeto.

—De nuevo nos ha acompañado la suerte —musitó—. Lo lógico habría sido que nuestro peso combinado arrancase la piedra. Vamos. La parte peligrosa de esta empresa empieza ahora. Estamos en el nido de la serpiente y no sabemos dónde se oculta.

Cruzaron el suelo resplandeciente como tigres al acecho y se detuvieron junto a la puerta. Taurus la tentó con precaución y habilidad. Se abrió sin la menor resistencia, y ambos ladrones atisbaron el interior, preparados para cualquier cosa. Más allá del nemedio, Conan pudo ver una habitación resplandeciente con enormes diamantes incrustados en paredes, suelo y techo, sin más iluminación que la luz que salía de ellos. Parecía completamente vacía.

—Por si acaso, acércate al parapeto y echa un vistazo —siseó Taurus—. Si ves soldados en el jardín o cualquier cosa sospechosa, me lo dices. No quiero cortar nuestra última línea de retirada. Esperaré aquí dentro.

El razonamiento le pareció bastante endeble a Conan, y una sombra de duda hacia su compañero asomó a su mente, pero hizo lo que Taurus le pedía. Cuando dio la vuelta, el nemedio cruzó la puerta y la cerró a su paso. Conan se acercó al borde de la torre y lo recorrió por completo sin ver ningún movimiento sospechoso en el ondeante mar de hojas de debajo. Se volvió hacia la puerta; en ese momento, un grito ahogado salió de la habitación.

El cimerio saltó hacia delante, con los nervios a flor de piel. La puerta se abrió y Taurus apareció en el umbral, recortado contra el frío resplandor. Se tambaleó y abrió los labios, pero lo único que salió de ellos fue un sonido seco y violento. Intentó apoyarse en la puerta dorada, dio un par de tumbos por el tejado y cayó hacia delante, agarrándose la garganta. La puerta se cerró tras él.

Conan saltó como una pantera acorralada. No había visto nada en la

habitación durante el breve instante en que la puerta había estado entornada, a menos que la sombra que pareció atravesarla no fuera un simple juego de luces. Nada más salió al tejado después de Taurus, y Conan se inclinó sobre él.

El nemedio miraba hacia arriba con ojos desorbitados y vidriosos, llenos de horrorizado desconcierto. Se incrustaba las manos en la garganta; movía los labios babeantes y no dejaba de gorgotear. Se puso rígido de repente y el asombrado cimerio comprendió que había muerto, probablemente sin saber qué tipo de muerte había sufrido. Contempló desconcertado la puerta de oro. En aquella habitación vacía y tachonada de brillantes, la muerte había llegado al príncipe de los ladrones de un modo tan misterioso y veloz como a los leones del jardín.

Palpó minuciosamente el cadáver medio desnudo en busca de una herida. Pero la única huella de violencia que encontró estaba entre los hombros, cerca de la nuca: tres pequeñas heridas, como tres pinchazos hechos con clavos. Los bordes estaban ennegrecidos y se notaba un tenue olor de putrefacción. ¿Dardos envenenados? Si así fuera, aún estarían en las heridas.

Se movió hacia la puerta con cuidado, la abrió y examinó el interior. La sala estaba vacía, bañada por el brillo frío y pulsante de las piedras. Justo en medio del techo percibió un curioso dibujo, una figura de ocho lados en cuyo centro brillaban cuatro gemas que, a diferencia de las demás, arrojaban un brillo rojizo. Al otro lado de la habitación había otra puerta, igual que la de entrada, salvo que no estaba tallada con escamas. ¿Había salido la muerte de aquella puerta y se habría retirado por ella tras atacar?

Cerró la puerta y recorrió la habitación, sin que sus pies descalzos hicieran el menor ruido contra el suelo de cristal. No había sillas ni mesas; tan solo tres o cuatro divanes de seda bordados con hilo de oro en un curioso motivo serpentino y varios cofres de caoba con herrajes de plata. Algunos estaban cerrados con recios candados y otros estaban abiertos y con la tapa levantada, llenos de joyas apiladas en un confuso alboroto resplandeciente que maravilló al cimerio. Lanzó un juramento entre dientes. Ya había visto más riqueza de la que había soñado que pudiera existir, y se mareaba con solo pensar en el valor que pudiera tener la joya que estaba buscando.

Estaba en el centro de la habitación, medio agachado, el rostro adelantado, la espada frente a sí, cuando la muerte atacó de nuevo y en silencio. Una sombra que voló bajo el techo resplandeciente fue la única advertencia, y un salto instintivo hacia un lado le salvó la vida. Vio de refilón una maraña horrible, negra y peluda, que pasó sobre él con un entrechocar de colmillos babeantes, y algo que quemaba como fuego líquido le salpicó el hombro. Retrocedió y alzó la espada. Vio al monstruo saltar al suelo, girar y correr hacia a él con una rapidez asombrosa. Era una gigantesca araña negra, digna de la peor pesadilla.

Las ocho patas peludas desplazaban el grotesco cuerpo, del tamaño de un cerdo, a una velocidad de vértigo. Cuatro ojos malignos contemplaban su presa con astucia feroz, y las mandíbulas goteaban un veneno cargado de muerte, como bien sabía Conan por la quemadura del hombro al que habían caído unas pocas gotas durante el ataque fallido. Aquel era el asesino que se había descolgado del centro del techo y había descendido por un hilo para morder en el cuello al nemedio. Habían sido unos necios al no suponer que los niveles más elevados de la torre estarían tan bien guardados como los inferiores.

Todo esto pasó como el rayo por la mente de Conan mientras el monstruo atacaba, lo sobrepasaba de un salto y volvía a la carga tras un rápido giro. Esta

vez, Conan lo esquivó con un salto vertical y contraatacó como un gato. La espada cortó una de las patas peludas y el cimerio se salvó por los pelos una vez más cuando aquella monstruosidad giró hacia él con las fauces entrechocando diabólicamente. Luego retrocedió, correteó por el suelo de cristal y subió por la pared hasta llegar de nuevo al techo, donde se agazapó un instante, sin dejar de mirar hacia abajo con aquellos ojos rojos y diabólicos. De pronto se lanzó, pendida de una hebra de un material pegajoso y grisáceo.

Conan retrocedió para esquivar el cuerpo peludo y se agachó frenéticamente, justo a tiempo de evitar la tela de araña. Se dio cuenta de lo que pretendía el monstruo y echó a correr hacia la salida, pero la criatura fue más rápida y una hebra pegajosa lanzada contra la puerta lo dejó atrapado. No se atrevió a cortarla con la espada; sabía que se pegaría a la hoja y, antes de que pudiera liberarla, aquel demonio le habría hundido las mandíbulas en la espalda.

Así empezó un juego desesperado, el ingenio y la velocidad del hombre contra la habilidad y la diabólica rapidez de la araña gigante. Ya no se lanzaba por el suelo en ataques directos ni se arrojaba por el aire hacia el humano; se limitaba a corretear por las paredes y el techo, intentando atraparlo con las hebras pegajosas que lanzaba con diabólica precisión. Eran gruesas como cuerdas y Conan sabía que, en cuanto se enrollaran a su alrededor, toda su fuerza sería insuficiente para liberarlo antes de que el monstruo atacara.

Recorrieron la habitación enzarzados en aquel juego mortal, en un silencio roto tan solo por la respiración jadeante del cimerio, sus pies descalzos contra el suelo y el castañeteo de las fauces de la bestia. Las hebras grises se amontonaban en el suelo, se pegaban a las paredes, cubrían los cofres y los divanes de seda y colgaban como guirnaldas siniestras del enjoyado techo. Los reflejos y la rapidez de Conan lo mantenían a salvo por el momento, aunque las pegajosas hebras le pasaban tan cerca que a veces rozaban su piel desnuda. Sabía que no podía evitarlas indefinidamente: no solo tenía que vigilar las que colgaban del techo, sino también las que se amontonaban, cada vez más numerosas, en el suelo. Más tarde o más temprano, una de aquellas tiras pegajosas se le enroscaría alrededor como una pitón y lo dejaría envuelto en un capullo, a merced del monstruo.

La araña corría por el suelo, con la cuerda plateada ondeando tras ella. Conan saltó sobre un diván, y la criatura empezó a trepar por la pared y lanzó una hebra que se le enroscó alrededor del tobillo como si estuviera viva. El cimerio se apoyó con las manos mientras caía sin dejar de tirar de la red que se le enroscaba alrededor como una serpiente, y la peluda monstruosidad se lanzó a por él, ansiosa por completar la captura. Totalmente frenético, agarró un cofre de joyas y lo lanzó con todas sus fuerzas. Fue algo con lo que el monstruo no contaba. El pesado proyectil impactó justo en mitad de la maraña de patas negras y la lanzó contra la pared con un crujido nauseabundo y apagado. Sangre y limo verdoso resbalaron hacia el suelo, y la masa aplastada por el cofre desvencijado quedó inmóvil, rodeada y cubierta de un caos de joyas. Las patas peludas se movieron frenéticas y los ojos moribundos emitieron su último resplandor rojizo entre las gemas resplandecientes.

Conan miró a su alrededor. No apareció ningún otro monstruo, así que empezó a deshacerse de las telarañas. Se le pegaban con tenacidad a los tobillos y las manos, pero al fin consiguió soltarse y, tras recoger la espada, se abrió camino entre las pilas grisáceas hacia la puerta interior. No sabía qué horrores lo esperaban al otro lado, pero le hervía la sangre y tras haber llegado tan lejos y

haber sobrevivido a aquellos peligros estaba decidido a seguir hasta el final, por amargo que pudiera ser. Estaba convencido de que la joya que buscaba no estaba entre las que se apilaban descuidadamente en la esplendorosa habitación.

Arrancó las telarañas que tapaban la puerta interior y descubrió que, al igual que la otra, estaba abierta. Se preguntó si los soldados del nivel inferior habrían percibido su presencia. Estaba a bastante altura sobre ellos, y si las leyendas eran ciertas, estaban acostumbrados a oír sonidos extraños en la torre: ruidos siniestros y gritos de horror y agonía.

Pensaba en Yara y no se sentía del todo tranquilo mientras abría la puerta dorada. Pero lo único que vio fue un tramo descendente de escalones plateados, iluminado no sabía muy bien cómo. Bajó en silencio, espada en mano, sin oír sonido alguno, hasta que llegó a una puerta de marfil tachonada de gemas. Pegó la oreja, pero no oyó nada al otro lado. Pequeños jirones de humo salían de debajo de la puerta y arrastraban un olor exótico que no le era familiar. Más allá, la escalera de plata seguía descendiendo hasta hundirse en la tinieblas, y ningún sonido llegaba tampoco de aquel pozo sombrío. Tenía la inquietante sensación de encontrarse totalmente solo en una torre habitada por fantasmas y espectros.

Empujó con cuidado la puerta de marfil y pasó en silencio al otro lado. Se detuvo en el umbral como un lobo en territorio desconocido, preparado para la lucha o la huida. Contemplaba una enorme habitación con una cúpula dorada. Las paredes eran de jade, y el suelo de marfil estaba parcialmente cubierto por gruesas alfombras. De un brasero que reposaba en un trípode dorado escapaban volutas de humo con el exótico olor del incienso, y más allá divisó lo que parecía un ídolo sobre una especie de diván de mármol. Conan se quedó mirándolo, atónito: el cuerpo era el de un hombre, desnudo y de piel verde, pero la cabeza era una locura y una pesadilla, demasiado grande para el cuerpo sobre el que descansaba y sin atributos humanos. Conan examinó las amplias orejas extendidas, la probóscide enroscada y los blancos colmillos que la flanqueaban con las puntas cubiertas por bolas de oro. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera.

Aquella debía de ser la razón por la que la llamaban la Torre del Elefante, pues la cabeza del ídolo encajaba con la descripción que el shemita le había hecho de tales bestias. Aquel era el dios de Yara. ¿Dónde iba a estar la joya, sino oculta en el ídolo? Por algo se llamaría el Corazón del Elefante.

Mientras se acercaba al ídolo sin apartar la vista de él, los ojos de la efigie se abrieron de repente. El cimerio se quedó helado. No era una estatua, sino una criatura viva, y Conan estaba atrapado con ella.

Que no se lanzase inmediatamente a un frenesí de violencia da una idea del horror que lo asaltaba y lo mantenía clavado en el sitio. Un hombre civilizado, enfrentado a algo así, se habría refugiado en la idea de que estaba loco, pero al cimerio ni se le ocurrió dudar de sus sentidos. Sabía que se las veía con un demonio del mundo primigenio, y la idea le inutilizó todas las facultades excepto la vista.

La trompa del monstruo se alzó y giró; los ojos color topacio estaban desenfocados. Conan comprendió que estaba ciego. Eso liberó sus nervios paralizados, y empezó a retroceder lentamente hacia la puerta. Pero la criatura lo oyó. La sensible trompa se alargó en su dirección, y Conan quedó paralizado de nuevo cuando el ser empezó a hablar con una peculiar voz estropajosa que en ningún momento cambió de tono ni de timbre. Se dio cuenta de que aquella mandíbula no había sido concebida para el habla humana.

—¿Quién vive? ¿Vienes a torturarme de nuevo, Yara? ¿No terminará esto jamás? ¡Ay, Yag-kosha, no hay final para tu agonía!

Las lágrimas velaron los ojos ciegos, y la mirada de Conan se dirigió hacia las piernas que reposaban en el diván de mármol. Comprendió que el monstruo no podía ponerse en pie ni atacarlo. Vio las marcas del potro y la huella abrasadora del fuego, y no pudo evitar un estremecimiento al comprender que aquellas ruinas deformes habían sido piernas tan sanas como las suyas. El miedo y la repugnancia desaparecieron de pronto, sustituidos por una profunda lástima. Conan no sabía qué era aquel monstro, pero las pruebas de su sufrimiento eran tan palpables y patéticas que, por algún motivo, una extraña y dolorosa pena se abatió sobre él. Tenía la sensación de estar contemplando una tragedia cósmica y no pudo evitar encogerse avergonzado, como si la culpa de toda la especie cayera sobre él.

—No soy Yara —musitó—. Solo soy un ladrón. No pretendo hacerte daño.

—Acércate para que pueda tocarte —tartamudeó la criatura.

Conan obedeció sin miedo, sin pensar siquiera en la espada. La trompa se extendió y le palpó el rostro y los hombros como lo habría hecho la mano de un ciego; su tacto era ligero como la caricia de una joven.

—No eres de la raza demoniaca de Yaga —suspiró la criatura—. Estás marcado por la fiereza limpia y directa de los salvajes. Conozco a tu pueblo de antiguo; lo conocí bajo un nombre distinto hace mucho tiempo, cuando otros mundos trazaban sus espirales enjoyadas entre las estrellas. Hay sangre en tus manos.

—Una araña en la habitación de arriba y un león en el jardín —murmuró Conan.

—También has matado a un hombre esta noche —respondió su interlocutor—. Y hay muerte en la torre, sobre nosotros. Lo sé. Puedo sentirlo.

—Sí —murmuró Conan—. El príncipe de los ladrones yace muerto por el veneno de una alimaña.

—¡Ya veo! —La voz extraña e inhumana se alzó en una especie de cántico—: Una muerte en la taberna y una muerte en el camino. Lo sé. Puedo sentirlo. Y la tercera muerte obrará una magia que ni siquiera Yaga se atreve a soñar. ¡Será la magia de la liberación, oh, verdes dioses de Yag!

Las lágrimas corrieron de nuevo mientras el atormentado cuerpo se mecía atrapado por multitud de emociones. Conan se quedó mirándolo, perplejo.

—Escúchame —dijo la extraña criatura—. Te parezco horrible y monstruoso, ¿no es cierto? No, no respondas. Sé que lo soy. Pero tú me parecerías igualmente extraño si pudiera verte. Hay muchos mundos, aparte de este, y la vida se presenta en multitud de formas y aspectos. No soy ni dios ni demonio; soy de carne y hueso como tú, pero mi carne y la tuya son distintas, y con cada uno se empleó un molde diferente.

»Soy muy viejo, hombre de los páramos. Vine a este planeta hace incontables eras con otros viajeros de mi mundo, el verde planeta Yag, que rodea eternamente el límite exterior del universo. Cruzamos el espacio transportados por alas poderosas que nos llevaban por el cosmos más veloces que la luz, pues habíamos librado una guerra contra los reyes de Yag y, tras nuestra derrota, se nos había condenado al exilio. Una vez aquí ya no pudimos volver, pues en la Tierra se nos secaron y desprendieron las alas. Aquí establecimos nuestro hogar, apartados de la vida mundana. Luchamos contra las criaturas extrañas y terribles que caminaban por la tierra en ese entonces, hasta que nos temieron y nos dejaron en paz. Y en las sombrías junglas del este establecimos nuestro hogar.

»Vimos al hombre desarrollarse a partir del mono y construir las ciudades resplandecientes de Valusia, Kamelia, Commoria y sus hermanas. Las vimos retroceder ante el avance de los salvajes atlantes, los pictos, los lemurios... Vimos alzarse los océanos para tragarse la Atlántida, Lemuria, las islas de los pictos y las resplandecientes ciudades civilizadas. Vimos a los pictos hundirse en un abismo de barbarie y a los atlantes retroceder a lo simiesco. Vimos surgir nuevos salvajes, que se desplazaron hacia el sur desde el ártico en oleadas de conquista y construyeron una nueva civilización de reinos llamados Nemedia, Koth, Aquilonia y tantos más. Os vimos alcanzar de nuevo la humanidad bajo otro nombre a partir de los monos que habían sido atlantes. Vimos a los descendientes de los lemurios que sobrevivieron al cataclismo alzarse de nuevo de la barbarie y cabalgar hacia el oeste como hirkanios. Y vimos a esa raza de demonios, supervivientes del antiguo pueblo anterior al hundimiento de la Atlántida, recuperar la civilización y el poder y crear el reino maldito de Zamora.

»Todo esto contemplamos sin interferir con ello ni interponernos en el camino de las leyes cósmicas, y uno a uno fuimos muriendo. Pues los yags no somos inmortales, aunque nuestra vida es comparable a la de los planetas y las constelaciones. Al final me quedé solo en los templos en ruinas perdidos en la selva de Khitai, soñando con otros tiempos y adorado como un dios por esa antigua raza de piel amarilla. Y entonces apareció Yara, versado en conocimientos oscuros que el cataclismo debería haber erradicado, conocimientos anteriores al hundimiento de la Atlántida.

»Al principio se postró a mis pies y aprendió cuanto pudo, aunque no estaba satisfecho con mis enseñanzas, pues eran de magia blanca y lo que él ansiaba era el conocimiento maligno que le permitiera esclavizar reyes y saciar sus diabólicas ambiciones. Mas yo no estaba a dispuesto a enseñarle ninguno de los negros secretos que había obtenido, a mi pesar, a lo largo de las eras.

»Pero era más sabio de lo que suponía; con trucos aprendidos en las polvorientas tumbas de Estigia me engañó y me hizo contarle un secreto que no tenía la menor intención de revelar. Luego volvió mi poder contra mí y me esclavizó. Ah, dioses de Yag, mi cáliz ha sido amargo desde ese día.

»Me trajo desde las selvas perdidas de Khitai, donde los monos grises bailan al son de las flautas de los sacerdotes amarillos y las ofrendas de fruta y vino se amontonan en mis altares desmoronados. Dejé de ser el dios de un amable pueblo salvaje para convertirme en el esclavo de un diablo de forma humana.

Las lágrimas cayeron de nuevo de los ojos ciegos.

—Me encerró en esta torre que construí por orden suya en una sola noche. Me domeñó a sangre y fuego, por medio de tormentos que no son de este mundo y no comprenderías. Llevado por el dolor me habría quitado la vida hace tiempo, de haber podido. Pero me mantuvo vivo; mutilado, ciego y destrozado, pero vivo, para que cumpliera sus turbios deseos. Y los he cumplido durante trescientos años desde este diván de mármol, manchando mi alma con pecados contra el universo y malgastando mi sabiduría en sus crímenes, sin poder hacer otra cosa. Pero no me arrancó todos mis antiguos secretos, y mi último regalo será la magia de la Sangre y la Joya.

»Pues siento cercano mi final. Eres la mano del destino. Te lo ruego, toma la piedra que verás en ese altar.

Conan se volvió hacia el altar de oro y marfil que le indicaba y cogió una enorme gema esférica transparente y carmesí. Se dio cuenta de que aquello era el

**Corazón del Elefante.**

**—Obraremos una magia poderosa, mayor que ninguna que haya visto el mundo hasta ahora o vaya a ver a lo largo de un millón de millones de milenios. Por la sangre que me da la vida la invoco; por la sangre nacida del pecho verde de Yag, que yace y sueña lejano en la inconmensurable vastedad del espacio.**

**»Coge la espada y arráncame el corazón. Después exprímelo de forma que la sangre fluya sobre la piedra roja. A continuación, baja por las escaleras y entra en la habitación de ébano en la que Yara sueña los malignos sueños del loto. Pronuncia su nombre. Despertará. Coloca la gema a su lado y di: "Yag-kosha te manda un último regalo y un encantamiento final", y sal de la torre rápidamente. No tengas miedo; podrás salir sin impedimentos. La vida del hombre no es la vida del yag, ni la muerte humana es la muerte del yag. Libérame de esta jaula de carne ciega y rota y seré de nuevo Yogah de Yag, coronado por el alba resplandeciente, con unas alas con que volar, unos pies con que bailar, unos ojos con que ver y unas manos con que aplastar.**

**Conan se acercó indeciso y Yag-kosha, o Yogah, le indicó dónde debía golpear, como si sintiera su vacilación. Apretó los dientes y hundió la espada con fuerza. La sangre corrió por la hoja y por su mano, y el monstruo tembló unos instantes y se quedó inmóvil. Seguro de que había dejado atrás la vida, al menos tal como él la entendía, Conan emprendió su ingrata tarea y pronto salió a la luz lo que debía de ser el corazón de aquel ser, si bien era bastante distinto de cualquier otro que hubiera visto antes. Sostuvo el órgano palpitante sobre la fúlgida piedra, apretó con ambas manos y dejó que una lluvia de sangre cayera sobre la gema. Para su sorpresa, no se escurrió por la superficie, sino que la gema la absorbió como una esponja.**

**Con la joya cuidadosamente agarrada, salió de la habitación y llegó a las escaleras de plata. No miró hacia atrás; sabía instintivamente que alguna transformación tenía lugar en el cadáver que ocupaba el diván de mármol y no consideró que fuera un espectáculo adecuado para ojos humanos.**

**Cerró la puerta de marfil tras de sí y, sin vacilación, descendió por los escalones plateados. Ni se le pasó por la cabeza desoír las instrucciones recibidas. Se detuvo junto a una puerta de ébano, en cuyo centro había una calavera sonriente de plata, y la abrió. Contempló la habitación de ébano y azabache y vio, tendido en un diván de seda negra, a un individuo alto y desgarbado. Tenía ante sí a Yara el hechicero, los ojos abiertos y dilatados por los vapores del loto amarillo, clavados en la distancia como si contemplaran bahías y abismos ajenos al conocimiento humano.**

**—¡Yara! —dijo como un juez que dictase sentencia—. ¡Despierta!**

**Los ojos se aclararon en un instante, y se volvieron fríos y crueles como los de un buitre. La alta figura envuelta en seda se puso en pie y contempló al cimerio desde lo alto.**

**—¡Perro! —siseó como una cobra—. ¿Qué haces aquí?**

**Conan dejó la piedra en la mesa de ébano.**

**—Aquel que me envía me ha pedido que te diga: «Yag-kosha te manda un último regalo y un encantamiento final».**

**Yara retrocedió, y su oscuro rostro se tornó ceniciento. La joya ya no parecía cristalina; algo pulsaba y palpitaba dentro de ella, mientras un humo de extraño color cambiante recorría su superficie pulida. Hipnotizado, Yara se inclinó hacia la mesa y tomó la joya entre las manos sin dejar de mirar sus sombrías**

profundidades, como si fuera un imán que le estuviera arrancando el alma del cuerpo. Conan creyó que los ojos le habían jugado una mala pasada, pues el sacerdote le había parecido increíblemente alto cuando se incorporó en el diván, pero ahora veía que apenas le llegaba por los hombros. Parpadeó, confuso, y por primera vez aquella noche dudó de sus sentidos. Entonces se dio cuenta, atónito, de que Yara estaba menguando ante sus ojos.

Contempló lo que sucedió a continuación de un modo distante, como si fuera una obra de teatro. Inmerso en una sensación de irrealidad aplastante, ya no estaba seguro ni de su propia identidad. Solo sabía que estaba asistiendo a la manifestación externa de un juego invisible provocado por vastas fuerzas que escapaban a su entendimiento.

Yara no era mayor que un niño, y pronto pareció un bebé despatarrado sobre la mesa, aún agarrado a la joya. El sacerdote se dio cuenta de pronto del destino que lo aguardaba y se puso en pie, soltando la gema. Pero siguió encogiéndose, y Conan vio una figura diminuta que corría frenética sobre la mesa de ébano, agitando unos bracitos minúsculos y gritando con una voz que parecía el canto de un insecto.

Era tan pequeño que la joya se alzaba sobre él como una colina. Conan vio que se tapaba los ojos con las manos, como para protegerse del brillo, mientras corría a trompicones sin orden ni concierto. Comprendió que alguna fuerza invisible atraía a Yara hacia la joya. Tres veces la rodeó, cada vez más cerca, y tres veces intentó dar la vuelta y huir por la mesa. Luego, con un grito que resonó débil en los oídos de Conan, el sacerdote alzó los brazos y echó a correr hacia el globo resplandeciente.

Tras inclinarse, vio a Yara escalar la pulida superficie curvada, como un hombre que trepase por una montaña de cristal. El sacerdote estaba en la cima, todavía con los brazos en alto, invocando nombres que solo los dioses conocían, hasta que de pronto se hundió en la joya como si se hundiera en el mar, y Conan vio que las olas de humo se cerraban hasta cubrirle la cabeza. Después lo vio en el corazón carmesí de la joya, de nuevo transparente, y le pareció que lo contemplaba desde muy lejos. Una nueva forma apareció en el interior, una silueta verde y alada con cuerpo de hombre y cabeza de elefante, pero ya no estaba ciega ni mutilada. Yara alzó una vez más los brazos y corrió como loco, con su vengador pisándole los talones. Luego, como una burbuja que reventase, la joya se desvaneció en una llamarada multicolor de brillos iridiscentes y la mesa de ébano quedó vacía. Conan comprendió, sin saber cómo, que el diván de mármol de la habitación de arriba, donde había yacido el cuerpo de aquella extraña criatura transcósmica llamada Yag-kosha y Yogah, había quedado igualmente vacío.

Dio media vuelta, salió de la habitación y echó a correr escaleras abajo. Estaba tan desconcertado que ni se le ocurrió salir de la torre por donde había entrado. Llegó al pie de la escalera y entró en una amplia habitación, donde se detuvo un instante. Estaba en la sala de armas: vio el brillo de las corazas de plata y resplandor de las guardas enjoyadas de las espadas. Había varios guardias sentados a la mesa del comedor, las oscuras plumas meneándose sobre los yelmos. Otros yacían en el suelo de lapislázuli junto a los dados y las jarras de vino volcadas. Estaban muertos. Yag-kosha había cumplido su promesa. No sabía cómo, si por medio de un encantamiento, por alguna magia o mediante el sombrío batir de las alas verdes, pero le había despejado el camino. Una puerta plateada,

**abierta, se recortaba contra el primer resplandor de la mañana.**

**Cruzó los jardines y, mientras el viento del alba lo envolvía en el aroma refrescante de la vegetación, echó a andar como quien despierta de un sueño. Se volvió, indeciso, y contempló la misteriosa torre de la que acababa de salir. ¿Estaba bajo un hechizo? ¿Había soñado todo lo ocurrido? Mientras miraba, la resplandeciente torre se tambaleó contra el amanecer carmesí, el parapeto enjoyado brillante a la luz del amanecer, y luego se desmoronó hasta convertirse en un montón de astillas resplandecientes.**

# EL DIOS DEL CUENCO

**Arus, el vigilante, agarró la ballesta con manos temblorosas y sintió que la piel se le perlaba de sudor mientras contemplaba el cadáver desparramado ante él sobre el suelo pulido. Nunca es agradable toparse con la muerte en plena noche.**

**Se encontraba en un amplio pasillo iluminado por cirios dispuestos en nichos. De las paredes, además, colgaban tapices de terciopelo negro entre los que se veían escudos y panoplias de factura extravagante. Aquí y allá asomaban estatuas de extraños dioses que se reflejaban en el oscuro suelo de caoba, algunas talladas en piedra o maderas exóticas, otras fundidas en bronce, hierro o plata.**

**Contuvo un escalofrío. No había logrado acostumbrarse a aquella parte del edificio, pese a que hacía meses que trabajaba allí. Era un lugar impresionante, un enorme museo situado en una antigua mansión a la que llamaban el Templo de Kallian Público, y que contenía curiosidades llegadas de todos los rincones del mundo. Ahora, inmerso en la solitaria medianoche, no dejaba de contemplar el cuerpo desmadejado tendido en la estancia que el rico y poderoso dueño del Templo empleaba de salón de recepciones.**

**Incluso para la embotada mente del vigilante, el muerto presentaba un aspecto muy distinto que tenía en vida, cuando cabalgaba por la Vía Paliana en su carro dorado, arrogante e imperioso, con los ojos oscuros imbuidos de una vitalidad magnética. A aquellos que odiaban y temían a Kallian Público les habría costado reconocer la figura que yacía en el suelo como un barril de grasa desportillado, con la opulenta túnica medio arrancada y el manto púrpura desgarrado. Tenía el rostro ennegrecido y los ojos desorbitados, y la lengua negruzca le caía a un lado de la boca entreabierta. Las manos gordezuelas estaban crispadas en un último gesto de extraña futilidad. Las gemas brillaban en los gruesos dedos.**

**—¿Por qué no se llevaron los anillos? —musitó el guarda, intranquilo.**

**De pronto se envaró y miró a su alrededor, con los pelos de punta. De entre las cortinas de seda negra que tapaban una de las numerosas entradas surgió una silueta.**

**Arus vio a un joven de constitución fuerte, desnudo salvo por un taparrabos y unas sandalias anudadas por encima de los tobillos. Tenía la piel oscurecida por el sol de los páramos, y Arus observó nervioso los amplios hombros, el enorme pecho y los brazos musculosos. Una sola mirada a las facciones sombrías de espesas cejas le indicó que no se trataba de un nemedio. Bajo el hirsuto pelo negro asomaba un par de ojos azules de brillo amenazador. Una larga espada en una vaina de cuero colgaba de su cintura.**

**Arus sintió que se le ponía la carne de gallina y el dedo se le tensó en el gatillo de la ballesta, medio decidido a disparar al joven sin mediar palabra aunque temeroso de lo que pudiera ocurrir si erraba el primer tiro.**

**El recién llegado contempló el cuerpo tirado en el suelo con más curiosidad que sorpresa.**

**—¿Por qué lo has matado? —preguntó Arus, nervioso.**

El otro meneó la cabeza despeinada.

—Yo no le he matado —respondió en nemedio con acento bárbaro—. ¿Quién es?

—Kallian Público —respondió Arus mientras retrocedía.

—¿El dueño de la casa?

—Sí.

Cuando se aproximó a la pared alargó la mano hacia una cuerda de terciopelo que colgaba de allí y le dio un violento tirón. Al instante se oyó en la calle el tañido estridente de la campana que permitía llamar a la guardia desde los establecimientos públicos.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó el recién llegado con un sobresalto—. Atraerá al vigilante.

—Yo soy el vigilante, bellaco —respondió Arus, haciendo acopio de su menguante valor—. Quédate donde estás. No te muevas o te atravieso.

Tenía el dedo en el gatillo de la ballesta, que apuntaba directamente al amplio pecho del joven. Este frunció el ceño y bajó la cabeza. No mostraba miedo alguno; más bien parecía dudar entre obedecer y reaccionar repentinamente de algún modo. Arus se humedeció los labios, y la sangre se le heló en las venas cuando leyó claramente en los ojos sombríos del extranjero el combate entre la indecisión y la opción de deshacerse de él.

Entonces oyó una puerta y una algarabía de voces. Respiró profundamente y dio gracias a los dioses. El extranjero se puso en guardia como una bestia acorralada mientras media docena de individuos entraban en la sala. Todos menos uno vestían la túnica escarlata de la policía de Numalia, llevaban al cinto espadas punzantes y portaban alabardas de mástil largo, a medio camino entre las picas y las hachas.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó el que iba en cabeza. Sus fríos ojos grises y sus facciones afiladas, además de su ropa de civil, lo distinguían de sus corpulentos acompañantes.

—¡Por Mitra, Demetrio! —exclamó Arus aliviado—. La fortuna me acompaña esta noche. No esperaba que la guardia respondiera tan deprisa a mi requerimiento, ni que estuvieras presente.

—Estaba de ronda con Dionus —respondió Demetrio—. Pasábamos junto al Templo cuando sonó la campana. Pero ¿quién es el muerto? ¡Por Mitra, el mismísimo amo del Templo!

—En efecto —respondió Arus—, y vilmente asesinado. Es mi deber patrullar el edificio por las noches, pues como sabes alberga enormes riquezas. Kallian Público tenía visitantes acaudalados: estudiosos, príncipes y coleccionistas de curiosidades. Hace poco comprobé la puerta que da al pórtico y descubrí que solo tenía echado el cerrojo, que se abre por dentro y por fuera, pero no el candado, que solo se abre desde fuera. Kallian Público era el único que tenía la llave, esa que puedes ver colgada de su ceñidor.

»Lógicamente, eso despertó mis sospechas, pues Kallian Público siempre echa el candado cuando cierra el Templo y no lo había visto volver desde que se fue esta tarde a su villa de las afueras. Tengo llave del cerrojo, así que he entrado y me he encontrado el cuerpo aquí, tal como lo veis. No lo he tocado.

—Comprendo. —Los ojos afilados de Demetrio se clavaron en el ceñudo joven —. ¿Y quién es este?

—¡El asesino, sin la menor duda! —gritó Arus—. Ha salido de esa puerta. Es

un bárbaro del norte…, un hiperbóreo o un bosonio, a lo mejor.

—¿Quién eres? —preguntó Demetrio.

—Me llamo Conan —respondió el joven—. Soy cimerio.

—¿Has matado a esta persona?

El cimerio negó con la cabeza.

—¡Responde! —insistió Demetrio.

Un brillo de rabia asomó a los sombríos ojos azules.

—No soy un perro —respondió con resentimiento.

—¡Nos ha salido insolente! —dijo con sorna el compañero de Demetrio, un tipo grande que llevaba la insignia de prefecto de policía—. ¡Un canalla orgulloso, por lo que veo! Uno de esos ciudadanos que exigen sus derechos, ¿no? Ya le sacaré yo lo que tenga que decir. ¡Eh, tú! ¡Vamos, contesta! ¿Has matado a…?

—Un momento, Dionus —interrumpió Demetrio secamente—. Amigo, soy el comandante de la Inquisición de la ciudad de Numalia. Es mejor que me digas qué hacías aquí y, si no eres el asesino, nos lo demuestres.

El cimerio dudaba. No estaba preocupado; solo un poco confuso, como les pasa a los bárbaros cuando se ven enredados en las sutilezas de los sistemas y procedimientos civilizados, cuyo funcionamiento suele ser un misterio desconcertante para ellos.

—Mientras nuestro amigo se lo piensa —añadió Demetrio, volviéndose hacia Arus—, dime, ¿has visto a Kallian Público abandonar el templo esta tarde?

—No, normalmente ya se ha ido antes de que empiece mi turno. Pero la puerta tenía echados el cerrojo y el candado.

—¿Podría haber vuelto al edificio sin que lo vieses?

—Bueno, quizá, pero es poco probable. El Templo es grande, pero no tardo mucho en rodearlo. Si hubiese vuelto de su villa habría utilizado el carruaje, por supuesto, ya que es un buen trecho. Además, ¿quién ha visto a Kallian Público viajar de otro modo? Aunque hubiera estado en el otro extremo del Templo habría oído las ruedas contra el adoquinado. Y no he visto nada de nada, ni he visto más carruajes que los que suelen transitar las calles al ocaso.

—¿Y la puerta estaba cerrada a primera hora de la noche?

—Estoy seguro. Siempre compruebo todas las puertas varias veces. Esa estaba cerrada con candado la última vez que la comprobé antes de descubrirla abierta.

—¿No oíste gritos ni ruido de lucha?

—No, pero tampoco es raro. Las paredes del Templo son tan gruesas que no se transmite el menor sonido, y los tapices aumentan el efecto.

—¿Por qué perdemos el tiempo con preguntas y conjeturas? —se quejó el robusto prefecto—. Mejor le sacamos a golpes la confesión al sospechoso. Es nuestro hombre, no cabe duda. Llevémoslo al palacio de justicia. Le sacaré una declaración o le romperé todos los huesos.

—¿Comprendes lo que está diciendo? —preguntó Demetrio al bárbaro—. ¿Tienes algo que decir?

—Que el primero que me toque tardará un instante en saludar a sus antepasados en el infierno —masculló el cimerio con los dientes apretados y un brillo amenazador en los ojos.

—Si no ha sido para matar a este hombre, ¿a qué has venido? —preguntó Demetrio.

—A robar —respondió Conan hoscamente.

—¿Robar? Robar, ¿qué?

—Comida. —La respuesta salió tras una breve vacilación.

—¡Tonterías! —respondió Demetrio—. Sabías de sobra que aquí no hay comida. No me mientas. Dime la verdad o…

El cimerio se llevó la mano a la empuñadura de la espada, con un gesto tan temible como el de un tigre al sacar las garras, y gruñó, con los ojos llenos de furia:

—¡Guárdate las amenazas para los imbéciles que te tengan miedo! No soy ningún urbanita nemedio que se encoge ante tus perros de alquiler. He matado a hombres mejores que tú por mucho menos.

Dionus, que había abierto la boca para lanzar un rugido de rabia, la cerró de pronto. Los guardias alzaron las alabardas y miraron de reojo a Demetrio, en espera de órdenes. No cabían en sí de asombro ante semejante desafío a la todopoderosa policía, y solo esperaban una palabra para prender al bárbaro. Pero Demetrio no la pronunció. Era consciente, por mucho que los demás fuesen demasiado estúpidos para verlo, de que aquellos músculos de acero y la velocidad cegadora que los acompañaba eran el resultado de una vida más allá de las fronteras de la civilización, donde cada día era una lucha por la existencia, y no tenía el menor deseo de desencadenar el frenesí de un salvaje si podía evitarlo. Además, no veía las cosas del todo claras.

—No te he acusado de matar a Kallian, pero debes reconocer que las apariencias juegan en tu contra. ¿Cómo has entrado en el Templo?

—Me oculté a la sombra del almacén que hay tras este edificio —respondió Conan a regañadientes—. Cuando este perro —añadió señalando a Arus— pasó por delante y dobló la esquina, eché a correr y subí por la pared…

—¡Mentira! —prorrumpió Arus—. ¡Nadie puede trepar por esos muros!

—¿Nunca has visto a un cimerio escalar un acantilado? —preguntó Demetrio con impaciencia—. Soy yo quien lleva esta investigación, no lo olvides. Sigue, Conan.

—La esquina del muro está decorada con tallas. Es un ascenso muy fácil. Llegué al tejado antes de que este perro terminara de dar la vuelta, y avancé por él hasta encontrar una trampilla cerrada por un travesaño de hierro, candado por dentro. Tuve que partir el travesaño con la espada.

Arus, al recordar el grosor del travesaño, tragó saliva sin darse cuenta y se apartó un poco del bárbaro, quien le lanzó una mirada ceñuda y siguió hablando:

—Temía que el ruido despertara a alguien, pero era un riesgo que tenía que correr. Entré por la trampilla y llegué a una sala del piso de arriba, pero me dirigí sin detenerme hacia la escalera…

—¿Y cómo sabías dónde estaba la escalera? —preguntó el inquisidor—. Creía que solo los sirvientes de Kallian y sus acaudalados visitantes tienen autorizado el acceso a los niveles superiores.

Un brillo tozudo asomó a la mirada de Conan. Guardó silencio.

—¿Qué hiciste tras llegar a la escalera? —quiso saber Demetrio.

—Bajar —murmuró el cimerio—. Da a la sala que hay tras esa puerta con cortinas. Mientras descendía oí que se abría una puerta, y al mirar entre los tapices vi a ese perro junto al cadáver.

—¿Por qué saliste de tu escondite?

—Estaba oscuro cuando vi al vigilante fuera del Templo. Cuando volví a verlo aquí creí que era otro ladrón. No fue hasta que tiró de la alarma y alzó la ballesta cuando comprendí quién era realmente.

—De todas formas —insistió el inquisidor—, ¿por qué saliste?

—Pensé que quizá venía a robar…

El cimerio guardó silencio de repente, como si se hubiera ido de la lengua.

—¡A robar lo mismo que tú! —terminó Demetrio—. Me has dicho más de lo que pretendías. Viniste con un propósito determinado. Según has dicho, no te quedaste en las habitaciones superiores, donde se guardan normalmente los objetos más valiosos. Conocías el plano del edificio. Alguien te envió, alguien que conoce bastante bien el Templo, para que robases algo en concreto.

—¡Y para que matase a Kallian Público! —exclamó Dionus—. ¡Por Mitra, es nuestro hombre! ¡Prendedlo, muchachos! ¡Tendremos su confesión por la mañana!

Con una maldición, Conan dio un paso atrás y desenvainó tan deprisa que hizo zumbar la espada.

—¡Atrás si valoráis vuestras vidas de perros! —rugió, echando chispas por los ojos—. No penséis que, porque torturáis a tenderos y azotáis a prostitutas para que hablen, vais a ponerle la mano encima a un montañés. ¡Unos cuantos me acompañaréis al infierno! Deja de jugar con tu ballesta, vigilante, o te reviento las tripas de una patada.

—¡Alto! —Demetrio se interpuso—. Refrena a tus perros, Dionus. No estoy convencido de que sea el asesino. Imbécil —añadió en un susurro—, espera a que lleguen más hombres o a que lo engatusemos para que suelte la espada.

No quería perder la ventaja de su mente civilizada dejando que la situación pasara al plano físico, en el que la fiereza del bárbaro podía inclinar la balanza contra él.

—Como quieras —dijo Dionus a regañadientes—. Retroceded, muchachos, pero no lo perdáis de vista.

—Dame la espada —dijo Demetrio.

—Cógela si puedes —respondió Conan. Demetrio se encogió de hombros.

—Muy bien. Pero no intentes escapar. Hay cuatro ballesteros en el exterior. Siempre acordonamos los edificios antes de entrar.

El bárbaro bajó el arma, aunque no relajó demasiado su actitud de tensa vigilancia. Demetrio se volvió hacia el cadáver.

—Estrangulado —murmuró—. ¿Por qué estrangularlo, si una estocada habría sido más rápida y segura? Estos cimerios son gente sanguinaria, nacida con una espada en la mano. Nunca oí que mataran a nadie de este modo.

—Quizá para desviar las sospechas —musitó Dionus.

—Es posible. —Palpó el cuerpo con manos expertas—. Muerto hace cosa de media hora, más o menos —susurró—. Si Conan no miente al decir cuándo entró en el Templo, difícilmente habría tenido tiempo de cometer el asesinato antes de que llegase Arus. Claro que igual no es verdad; pudo haber llegado antes.

—He escalado el muro tras la última ronda de Arus —gruñó Conan.

—Eso afirmas. —Demetrio examinó el cuello del muerto, tan aplastado que se había convertido en una pulpa amoratada. La cabeza estaba torcida a causa de las vértebras rotas. Demetrio meneó la suya, desconcertado—. ¿Por qué usarían un cable más grueso que un brazo? —musitó—. ¿Y qué fuerza terrible se aplicaría para romper un cuello de este calibre?

Se puso en pie y se dirigió a la puerta que daba al siguiente pasillo.

—Veamos. Junto a la puerta hay un busto derribado de su pedestal. El suelo está lleno de arañazos, y los cortinajes de la entrada están desgarrados como si

alguien se hubiera agarrado a ellos frenéticamente, quizá para no caer. Es posible que atacaran a Kallian Público en esa habitación. Tal vez huyó de su agresor, o lo arrastró consigo mientras lo intentaba. En cualquier caso, corrió preso del pánico hasta el pasillo, donde el asesino debió de alcanzarlo y rematarlo.

—Y si este salvaje no es el asesino, ¿quién es? —quiso saber el prefecto.

—Aún no he exculpado al cimerio —afirmó el inquisidor—. Pero examinaremos esta habitación…

Se dio la vuelta y se quedó escuchando. De la calle llegó repentinamente el ruido de las ruedas de un carro que se acercaba a toda velocidad, y cesó de pronto.

—¡Dionus! —dijo el inquisidor—. Envía dos hombres a ese carro y tráeme al auriga.

—Por el sonido diría que se ha detenido frente a la casa de Prómero —dijo Arus, conocedor de los ruidos callejeros—. Al otro lado de la tienda de sedas.

—¿Quién es Prómero? —preguntó Demetrio.

—El escriba jefe de Kallian Público.

—Traedlos a él y al auriga —ordenó Demetrio—. Esperaremos a que lleguen antes de inspeccionar la habitación.

Dos guardias salieron de la sala y Demetrio continuó con el examen del cadáver. Dionus, Arus y el resto de los guardias observaban atentamente a Conan, quien se alzaba ante ellos con la espada en la mano, inmóvil como una amenazadora estatua de bronce. Se oyeron pies calzados con sandalias en el exterior y los dos guardias regresaron acompañados de un individuo corpulento de piel oscura, con un látigo en la mano y el casco y la túnica de un auriga. Lo acompañaba un tipo bajo de ademanes tímidos, un representante típico de esa clase, surgida de entre las filas de los artesanos, que proporciona gente de confianza a mercaderes y comerciantes acaudalados.

El hombrecillo lanzó un grito al ver el cadáver en el suelo.

—¡Ah!, ¡sabía que algo malo saldría de todo esto!

—Supongo que eres Prómero, el escriba. ¿Y tú?

—Enaro, auriga de Kallian Público.

—No pareces muy afectado por la visión del cadáver —observó Demetrio.

—¿Debería estarlo? —Los ojos negros relampaguearon—. Alguien ha hecho al fin lo que yo no me atreví a hacer, aunque me habría gustado.

—¡Vaya! —murmuró el inquisidor—. ¿Eres un hombre libre?

Los ojos de Enaro brillaron con amargura mientras se apartaba la túnica para mostrar la marca del esclavo por deudas que llevaba en el hombro.

—¿Sabías que tu amo iba a venir esta noche?

—No. Vine a buscarlo a última hora de la tarde, como de costumbre. Subió y nos dirigíamos a su villa, pero antes de que alcanzásemos la Vía Paliana me ordenó dar media vuelta. Parecía bastante agitado.

—¿Y lo trajiste al Templo?

—No. Me hizo detenerme en casa de Prómero. Allí me despidió y me dijo que volviera a buscarlo poco después de medianoche.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Acababa de anochecer. Las calles estaban casi vacías.

—¿Qué hiciste luego?

—Volví a los barracones de los esclavos y allí permanecí hasta que llegó la hora de volver a casa de Prómero. He venido directamente, y entonces tus

hombres me han agarrado mientras hablaba con Prómero en la puerta.

—¿No tenías la menor idea de a qué había ido Kallian a casa de Prómero?

—No hablaba de sus asuntos con los esclavos.

Demetrio se volvió hacia Prómero.

—¿Qué sabes de esto?

—Nada. —Los dientes del escriba no paraban de castañetear.

—¿Kallian fue a tu casa, como afirma el auriga?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Muy poco. Luego se fue.

—¿Vino al Templo desde tu casa?

—¡No lo sé! —La voz del escriba temblaba de nerviosismo.

—¿Para qué fue a tu casa?

—Para…, para hablar de negocios.

—Mientes —afirmó Demetrio—. ¿Para qué fue a tu casa?

—¡No lo sé! ¡No sé nada! —Prómero estaba cada vez más histérico—. No tengo nada que ver con…

—Hazlo hablar, Dionus —ordenó Demetrio.

Dionus lanzó un gruñido e hizo un gesto a uno de sus hombres, quien, con una sonrisa feroz, se acercó a los cautivos.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó, mientras echaba el rostro hacia delante, como acechando una presa.

—Eres Póstumo —respondió ceñudo el auriga—. Le sacaste un ojo a una muchacha en el palacio de justicia porque se negaba a delatar a su amante.

—¡Siempre consigo lo que quiero! —bramó el guardia, con las venas del cuello hinchadas y el rostro amoratado, mientras agarraba al aterrorizado escriba por el cuello de la túnica, retorciendo hasta el punto de casi estrangularlo—. ¡Habla, rata! —rugió—. Responde al inquisidor.

—¡Apiádate de mí, oh, Mitra! —gritó el desgraciado—. Juro que…

Póstumo lo abofeteó con fuerza, primero a un lado del rostro y luego al otro. Continuó el interrogatorio tirándolo al suelo y dándole de patadas con enconada precisión.

—¡Piedad! —gritaba la víctima—. ¡Lo contaré! ¡Lo contaré todo!

—¡Ponte en pie, perro! —rugió Póstumo, pavoneándose amenazador—. ¡No te quedes ahí gimoteando!

Dionus miró hacia Conan para comprobar si estaba impresionado.

—Ya ves lo que les pasa a quienes se cruzan en nuestro camino —murmuró.

El cimerio lanzó un escupitajo de desprecio hacia el escriba gimoteante.

—Es débil y es un idiota —masculló—. Que me toque uno de tus hombres y ya verás como desparramo sus tripas por el suelo.

—¿Estás listo para hablar? —preguntó Demetrio con cansancio. Encontraba aquellas pantomimas tremendamente monótonas.

—Diré todo lo que sé —sollozó el escriba mientras se incorporaba a duras penas, lloriqueando como un perro apaleado—. Kallian acudió a mi casa poco después de mi llegada, pues habíamos dejado el Templo casi a la vez, y despidió el carruaje. Me amenazó con despedirme si lo mencionaba. Soy pobre, sin amigos ni influencia. Sin el cargo que desempeñaba para él me moriría de hambre.

—¿A mí que me importa? —dijo Demetrio—. ¿Cuánto tiempo pasó en tu casa?

—Hasta un rato antes de la medianoche. Luego se marchó y me dijo que iba al

Templo, que volvería después de haber hecho lo que quería hacer.

—¿Y de qué se trataba?

Prómero dudó ante la idea de revelar los secretos de su temible jefe, pero le bastó una mirada a Póstumo, quien agitaba amenazadoramente el puño, para empezar a hablar.

—En el Templo había un objeto que quería examinar.

—Pero ¿por qué vino solo? ¿A qué tanto secretismo?

—Era algo que no le pertenecía. Llegó al amanecer en una caravana procedente del sur. Quienes lo trajeron no sabían nada, excepto que se lo habían entregado los miembros de una caravana de Estigia y que era un presente para Kalanthes de Hanumar, sacerdote de Ibis. Pagaron al jefe de la caravana para que lo entregara en persona a Kalanthes, pero es un bribón y quería ir directamente a Aquilonia, sin tener que desviarse a Hanumar. Así que preguntó si podía dejarlo en el templo hasta que Kalanthes mandara a alguien a buscarlo.

»Kallian accedió y dijo que él mismo enviaría un mensajero a Kalanthes. Pero en cuanto se fueron los hombres y yo estaba hablando con el mensajero, Kallian me prohibió despacharlo y se quedó mirando melancólico lo que había traído la caravana.

—¿Qué era?

—Una especie de sarcófago, como los que se encuentran en las antiguas tumbas estigias, pero redondo, como un cuenco de metal con tapa. Parecía de cobre, pero era mucho más duro, y estaba cubierto de jeroglíficos, como los menhires más antiguos del sur de Estigia. La tapa estaba unida al cuenco con cintas de cobre labradas.

—¿Y qué había dentro?

—Los de la caravana no lo sabían. Solo dijeron que, según los que se lo habían entregado, era una reliquia de valor incalculable hallada entre las tumbas, mucho más allá de las pirámides. Y que se la mandaban a Kalanthes a causa del aprecio que le profesaba el remitente. Kallian Público creía que contenía la diadema de uno de los Reyes Gigantes, moradores de la tierra oscura antes de que llegasen los antepasados de los estigios. Me mostró un dibujo tallado en la tapa y dijo que juraría que tenía la forma de la diadema que, según la leyenda, llevaban esos reyes monstruosos,.

»Estaba decidido a abrir el cuenco y ver qué contenía. La idea de la diadema lo tenía obsesionado. Dicen los mitos que estaba encastrada con piedras preciosas que solo conocía la antigua raza; una sola de ellas valía más que todas las gemas del mundo moderno.

»Intenté disuadirlo, pero, como ya he dicho, se quedó en mi casa, y poco antes de medianoche se acercó al Templo a solas y se ocultó entre las sombras hasta que el vigilante se dirigió al otro lado del edificio. Luego abrió la puerta con la llave que llevaba al cinto. Lo contemplé desde las sombras de la tienda de sedas y lo vi entrar en el Templo, tras lo cual volví a mi casa. Si el cuenco contenía la diadema o algo de gran valor, tenía intención de ocultarlo en el Templo y escabullirse sin ser visto. Luego, por la mañana, armaría un gran alboroto y diría que habían entrado ladrones y habían robado la propiedad de Kalanthes. Nadie sabía nada de sus merodeos, excepto su auriga y yo, y ninguno de los dos lo habríamos traicionado.

—¿Y el vigilante? —preguntó Demetrio.

—Kallian no tenía la menor intención de dejarse ver por él. Pensaba hacerlo

crucificar como cómplice de los ladrones.

Arus tragó saliva y palideció ante el taimado plan de su patrón.

—¿Dónde está el sarcófago? —quiso saber Demetrio. Prómero señaló el lugar y el inquisidor masculló—: ¡Bien! La habitación en la que atacaron a Kallian.

Prómero palideció y se estrujó las manos.

—¿Qué haría un estigio enviando un regalo a Kalanthes? Cierto que otras caravanas han traído al norte dioses antiguos y momias resecas, pero ¿quién puede apreciar tanto a un sacerdote de Ibis en Estigia, donde aún adoran al archidemonio Set, aquel que serpentea entre las tumbas en las tinieblas? El dios Ibis ha luchado contra Set desde el primer amanecer del mundo, y Kalanthes se ha enfrentado a los sacerdotes de Set toda su vida. Hay algo extraño y enigmático en este asunto.

—Muéstranos el sarcófago —ordenó Demetrio.

Prómero encabezó la marcha, indeciso, y todos fueron tras él, incluido Conan, que, indiferente a las miradas que le lanzaban los guardias, parecía simplemente curioso. Cruzaron los cortinajes desgarrados y entraron en la habitación, que estaba un poco menos iluminada que el pasillo. A los lados había puertas que daban a otras salas, y las paredes estaban decoradas con increíbles imágenes de dioses de tierras lejanas y pueblos desconocidos. Prómero lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡El cuento está abierto! ¡Y vacío!

En el centro de la sala había un curioso cilindro negro de vara y media de alto y quizá una de diámetro en la parte central, más ancha que el fondo y el borde superior. La pesada tapa yacía en el suelo, y a su lado había un martillo y un cincel. Demetrio examinó el interior, desconcertado por los sombríos jeroglíficos, y se volvió hacia Conan.

—¿Esto era lo que venías a robar?

El bárbaro meneó la cabeza

—¿Cómo me lo iba a llevar? Es demasiado grande para que lo transporte una sola persona.

—Cortaron las cintas que sujetaban la tapa con el cincel —murmuró Demetrio —. Y con prisas. Hay marcas ahí donde el martillo falló y golpeó el metal. Podemos suponer que Kallian abrió el cuenco. Alguien lo acechaba desde algún lugar cercano, quizá las cortinas de la puerta. Cuando Kallian abrió el cuenco, el asesino saltó sobre él… o tal vez mató a Kallian y él mismo abrió el cuenco.

—Esto es espeluznante —dijo el escriba, estremecido—. Esa cosa es demasiado antigua para ser una reliquia sagrada. ¿Quién ha visto alguna vez un metal como este? Parece más duro que el acero aquilonio; sin embargo, ved como está corroído en algunas zonas. Mirad las manchas de moho negro de los surcos de los jeroglíficos; huelen como la tierra muy por debajo de la superficie. Y mirad, en la tapa. —Señaló con un dedo tembloroso—. ¿Qué diríais que es eso?

Demetrio se inclinó para examinar el dibujo.

—Parece una corona o algo así —murmuró.

—¡No! —exclamó Prómero—. Previne a Kallian, pero no me quiso creer. Es una serpiente que se muerde la cola. El símbolo de Set, la vieja serpiente, ¡el dios de los estigios! Este cuenco es demasiado antiguo para el mundo humano; es una reliquia de los tiempos en los que Set vagaba por la tierra con el aspecto de un hombre. Quizá la raza que surgió de él guardaba los huesos de sus reyes en recipientes como este.

—¿Y crees que esos huesos polvorientos salieron del cuenco, estrangularon a

Kallian y se fueron de paseo? —preguntó Demetrio.

—No era un hombre lo que yacía en el cuenco —susurró el escriba, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué humano podría caber ahí?

Demetrio lanzó una maldición.

—Si no ha sido Conan, el asesino está aún en el edificio. Dionus y Arus, quedaos aquí conmigo. Los tres prisioneros, también. Los demás, registrad la casa. Si el asesinó ha huido antes de que Arus encontrase el cadáver, solo puede haber salido por el lugar que usó Conan para entrar, y en ese caso el bárbaro lo habría visto, si es que dice la verdad.

—Solo he visto a este perro —gruñó Conan señalando a Arus.

—Claro, porque eres el asesino —dijo Dionus—. Estamos perdiendo el tiempo, pero registraremos la casa de todos modos. Y si no encontramos a nadie, te prometo que arderás, muchacho. Recuerda la ley, salvaje de pelo negro: por matar a un hombre común irías a las minas; por matar a un comerciante te colgaríamos, pero por matar a un hombre rico arderás en la hoguera.

Conan respondió mostrando los dientes y los guardias emprendieron el registro. Los que se quedaron en la habitación los oyeron subiendo y bajando escaleras, abriendo puertas y gritándose entre ellos de una habitación a otra.

—¿Sabes lo que pasará si no encontramos a nadie, Conan? —preguntó Demetrio.

—No lo he matado —afirmó el cimerio—. Si me hubiera estorbado le habría abierto la cabeza. Pero la primera vez que lo vi ya estaba muerto.

—En cualquier caso, sé que alguien te envió a robar. Al guardar silencio te incriminas en el asesinato. Es mejor que hables. Tu simple presencia en este lugar es suficiente para mandarte diez años a las minas, reconozcas tu culpabilidad o no. Pero si me lo cuentas todo, quizá puedas salvarte de la hoguera.

—Sea —dijo el bárbaro a regañadientes—. He venido a robar el cáliz de diamantes zamorio. Me dieron un plano del Templo y me explicaron dónde encontrarlo. Está en esa habitación —señaló—, en un agujero del suelo, bajo un dios shemita de cobre.

—Es cierto —intervino Prómero—. No hay más de media docena de personas en el mundo que conozcan ese escondite.

—Y si lo hubieras cogido, ¿se lo habrías llevado a la persona que te contrató? —preguntó Dionus burlón—. ¿O te lo habrías quedado?

De nuevo, los ojos del bárbaro brillaron con resentimiento.

—No soy ningún perro —musitó—. Cumplo mi palabra.

—¿Quién te envió? —quiso saber Demetrio, pero Conan se mantuvo en silencio con el ceño fruncido hasta que los guardias volvieron del registro.

—Nadie se oculta en la casa —afirmaron—. Lo hemos puesto todo patas arriba, y hemos encontrado la trampilla por la que entró el bárbaro y el travesaño que partió en dos. Los guardias que hemos apostado alrededor del edificio habrían visto sin problemas a quien intentase huir, a menos que saliera volando. Además, para alcanzar la trampilla tendría que haber apilado mesas, sillas o cofres debajo, y nada de eso se ha hecho. ¿Podría haber salido por la puerta principal antes de que Arus terminase su ronda?

—No. Estaba cerrada por dentro y las únicas llaves que la abren son la de Arus y la que aún cuelga del ceñidor de Kallian Público.

—He encontrado el cable que usó el asesino —anunció uno de ellos—. Es negro, más ancho que el brazo de un hombre y con unas manchas extrañas.

—¿Dónde está, imbécil? —bramó Dionus.

—En la habitación adyacente —respondió el guardia—. Está enroscado alrededor de un pilar de mármol. Sin duda, el asesino pensó que ahí no lo encontraríamos. No he podido alcanzarlo; estaba muy alto, pero sin duda es el arma asesina.

Los llevó a una habitación llena de estatuas de mármol y señaló una alta columna entre las muchas que servían de ornamento o como pedestales de estatuas. De pronto se quedó inmóvil.

—¡Ya no está! —gritó.

—Nunca estuvo —resopló Dionus.

—¡Por Mitra que estaba ahí! —juró el guardia—. Enroscado alrededor del pilar como una enredadera. Estaba cerca del techo, entre las sombras, y no pude verlo con claridad, pero estaba ahí.

—Estás borracho —afirmó Demetrio, dando media vuelta—. Eso está demasiado alto para que un hombre lo alcance, y solo una serpiente podría trepar por una columna tan lisa.

—O un cimerio —murmuró uno de los guardias.

—Claro. Conan estranguló a Kallian, ató el cable alrededor del pilar, cruzó el pasillo y se escondió junto a las escaleras. ¿Y cómo ha quitado luego el cable? Ha estado con nosotros desde que Arus encontró el cadáver. No, Conan no cometió el asesinato. Creo que el auténtico asesino mató a Kallian para hacerse con lo que hubiera en el cuenco, fuese lo que fuese, y ahora se oculta en alguno de los recovecos secretos del Templo. Si no lo encontramos, tendremos que echarle la culpa al bárbaro, claro, para que la justicia quede servida. Espera, ¿dónde está Prómero?

Habían vuelto al pasillo donde estaba el cadáver. Dionus llamó a Prómero con un berrido amenazador y el escriba, pálido y tembloroso, salió a toda prisa de la habitación donde estaba el cuenco vacío.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Demetrio, irritado.

—He encontrado un símbolo en el fondo del cuenco —manifestó Prómero—. No es un jeroglífico antiguo, sino tallado recientemente. Es la marca del hechicero estigio Tot Amón, el enemigo mortal de Kalanthes. ¡El cuenco apareció en alguna tenebrosa caverna bajo las pirámides, seguro! Los antiguos dioses no murieron como mueren los hombres; cayeron en un letargo interminable y sus adoradores los encerraron en sarcófagos para que ningún extraño pudiera perturbar sus sueños. Tot Amón envió la muerte a Kalanthes y la avaricia de Kallian liberó al demonio. Y ahora acecha cerca de nosotros, quizá justo a nuestro lado.

—¡Idiota gimoteante! —rugió Dionus rabioso, y le dio un golpe en la boca. Como buen materialista, Dionus tenía poca paciencia para las cábalas sobrenaturales—. En fin, Demetrio —añadió, volviéndose hacia el inquisidor—. Lo único que queda es prender al bárbaro.

El cimerio lanzó un grito y los demás se volvieron para verlo con la mirada fija en la puerta de la sala que daba a la habitación de las estatuas.

—¡Mirad! —exclamó—. Ahí hay algo, como una sombra negra y alargada que ha cruzado el suelo.

—¡Bah! —se burló Póstumo—. Ya registramos esa habitación…

—¡Ha visto algo! —gritó Prómero con la voz chillona de pura histeria—. ¡Este sitio está maldito! Algo ha salido del sarcófago y ha matado a Kallian Público. Se ha ocultado donde ningún humano podría esconderse y ahora está ahí. ¡Mitra,

guárdanos del poder de las tinieblas! Lo que había en ese maldito cuenco era un hijo de Set. ¡Estoy seguro! —Agarró la manga de Dionus con los dedos engarfiados —. ¡Debes registrar de nuevo esa habitación!

El prefecto se deshizo de él con un gesto de asco, y Póstumo intervino en tono socarrón:

—¡Regístrala tú mismo, escriba!

Agarró a Prómero del cuello y el cinturón y lo empujó hacia la puerta. Tras una pausa, lo lanzó al interior tan violentamente que el pobre infeliz cayó al suelo, aturdido.

—Basta ya —gruñó Dionus, sin apartar la vista del silencioso cimerio.

El prefecto alzó la mano; los ojos de Conan ardieron con un fuego azul y la tensión se masticaba cuando alguien irrumpió en la escena. Un guardia entraba en la sala sujetando una figura esbelta y ricamente vestida.

—Lo he visto merodeando por la parte trasera —dijo, como esperando aprobación, pero lo acogió una sarta de maldiciones.

—¡Libera a ese caballero, pedazo de idiota! —rugió el prefecto—. ¿Es que no conoces a Aztrias Petanius, el sobrino del gobernador?

El avergonzado guardia retrocedió y el relamido jovencito se sacudió con fastidio la manga bordada.

—Ahórrate las disculpas, buen Dionus —ceceó con afectación—. Cumplíais vuestro deber. Volvía de un festejo que se ha prolongado y daba un paseo para disipar de mi mente los vapores del vino. ¿Qué ha pasado aquí? ¡Por Mitra! ¿Un asesinato?

—En efecto, excelencia —respondió el prefecto—. Pero hemos pillado al asesino y, aunque Demetrio parece albergar dudas al respecto, es seguro que acabará en la hoguera.

—Un auténtico salvaje, por lo que parece —murmuró el joven aristócrata—. ¿Quién dudaría de su culpabilidad? No había visto un aspecto más granujiento en toda mi vida.

—Claro que lo habías visto, perro perfumado —replicó el cimerio—. Cuando me contrataste para robar el cáliz zamorio. Un festejo, ¿eh? ¡Bah! Me aguardabas entre las sombras para que te entregara el cáliz. No te habría delatado si te hubieras abstenido de proferir esas palabras. Ahora diles a estos perros que me viste escalar el muro antes de que el vigilante hiciera la última ronda, y así sabrán que no tuve tiempo de matar a ese gordo seboso antes de que Arus llegase y encontrara el cadáver.

Demetrio miró a Aztrias, quien ni siquiera se inmutó.

—Si eso es cierto, excelencia —dijo el inquisidor—, quedará exonerado del asesinato y podremos echar un velo sobre el intento de robo. Deberían caerle diez años de trabajos forzados por allanamiento, pero si así me lo indicas, podemos apañar una fuga y nadie volverá a saber de él. Créeme, comprendo lo ocurrido. No serías el primer joven noble que tiene que recurrir a estas cosas para pagar deudas de juego y otros asuntos. Puedes confiar en nuestra discreción.

Conan contempló expectante a Aztrias, pero este encogió sus escuetos hombros y ahogó un bostezo con una mano blanca y delicada.

—No lo conozco. Está loco si dice que lo contraté. Que cumpla la pena que merece. Tiene una espalda fuerte y le vendrá bien el trabajo en las minas.

Con los ojos ardiendo de rabia, Conan saltó como si lo hubieran picado. Los guardias se tensaron y aferraron sus alabardas, pero se relajaron al ver como el

cimerio humillaba la cabeza, aparentemente resignado a su destino. Ni siquiera Demetrio se dio cuenta de que los examinaba con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados para contener el fuego que ardía en ellos.

Atacó sin más aviso que el que habría dado una cobra. La espada relampagueó a la luz de las velas, Aztrias lanzó un grito y su cabeza, con las facciones contraídas para siempre en una mueca de horror, salió despedida con un chorro de sangre. Conan dio la vuelta como un gato y lanzó una estocada en la ingle a Demetrio; este retrocedió por puro instinto y la hoja se le clavó en el muslo, resbaló en el hueso y salió por el otro lado de la pierna. El inquisidor cayó de rodillas con un gemido, transido de náuseas y dolor.

Conan no dio cuartel. La alabarda de Dionus salvó al prefecto del tajo que, desviado por el asta al partirse, no acertó en la cabeza y le arrancó la oreja limpiamente. La velocidad cegadora del bárbaro tenía paralizados a los policías, que no reaccionaban sino con gestos fútiles. Pillados por sorpresa y confusos ante la rapidez y la fiereza de Conan, la mitad estaba en el suelo antes de haber tenido la menor oportunidad de defenderse. Póstumo, más por suerte que por habilidad, acertó a rodear al cimerio con los brazos y contener sus golpes de espada. La mano izquierda de Conan saltó hacia su cara y Póstumo cayó al suelo entre gritos, retorciéndose y cubriéndose el agujero en el que había tenido un ojo.

Conan se apartó del recorrido de las alabardas, salió de un salto del cerco de sus enemigos y se encaró con Arus, que manoseaba la ballesta. Una feroz patada en el vientre lo lanzó al suelo, verdoso y con arcadas, y un golpe de talón le aplastó la boca. El desgraciado aulló entre las astillas de los dientes, escupiendo sangre por los labios destrozados.

Todos se paralizaron ante el sobrecogedor grito de espanto que salió de la cámara a la que Póstumo había lanzado a Prómero. El escriba salió por la puerta cortinada y se quedó en el umbral, temblando y sollozando inconteniblemente, mientras las lágrimas recorrían el rostro pastoso y goteaban entre sus labios entreabiertos como los de un idiota babeante.

Todos se lo quedaron mirando espantados: Conan, con la espada alzada; los policías, alabardas en ristre; Demetrio, encogido en el suelo tratando de cortar la sangre que le salía a borbotones de un enorme desgarrón en el muslo; Dionus, agarrándose los restos sangrantes de la oreja cortada; Arus, llorando y escupiendo fragmentos de dientes. Hasta Póstumo dejó de aullar y parpadeó tratando de ver algo a través la niebla sangrienta que le velaba el ojo restante.

Prómero avanzó por el pasillo dando tumbos y se detuvo frente a ellos, chillando entre insoportables risotadas enloquecidas.

—¡El dios tiene el cuello largo! ¡Ja, ja, ja! ¡Sí, tiene un cuello condenadamente largo!

Con una terrible convulsión, se quedó rígido, cayó y se quedó mirando las sombras del techo con una sonrisa vacua.

—¡Ha muerto! —susurró Dionus, sobrecogido. Se había olvidado de la oreja y del bárbaro con la espada sangrante que se alzaba junto a él. Se inclinó sobre el cadáver y se puso en pie, mirando alrededor con sus ojos porcinos—. No tiene heridas. En nombre de Mitra, ¿qué hay en ese sala?

El pánico se apoderó de los guardias, que echaron a correr hacia la salida, donde quedaron atascados convertidos en una turba vociferante y enloquecida. Arus fue tras ellos. Póstumo, medio ciego, se puso en pie y siguió los pasos de sus compañeros, gritando con voz de cerdo herido que no lo dejasen atrás. Cayó entre

ellos y acabó en el suelo, donde lo pisotearon gritando de terror. Pero siguió arrastrándose tras los policías, y Demetrio llegó detrás. Tenía el valor suficiente para enfrentarse a lo desconocido, pero estaba herido y fuera de sí, y sentía demasiado cerca la espada que lo había atacado. Agarrándose el muslo sangrante, siguió cojeando los demás. El auriga, los policías, el vigilante, el prefecto y el inquisidor, algunos heridos y otros ilesos, echaron a correr por la calle aullando de terror. Los guardias apostados fuera se unieron a la desbandada sin atreverse a preguntar qué ocurría.

Conan se quedó en medio del enorme pasillo, sin más compañía que la de los cadáveres tirados por el suelo.

Cambió la espada de mano y entró en la sala. Estaba decorada con lujosos tapices de seda; cojines y divanes del mismo material se amontonaban aquí y allá en profusión desordenada. Por encima de un biombo dorado, un rostro contemplaba al cimerio.

Se quedó petrificado ante la belleza fría y clásica de unos rasgos que jamás había visto entre los hijos de los hombres. Ni debilidad ni piedad; ni crueldad ni benevolencia: ninguna emoción humana asomaba a aquel rostro. Podía haber sido la máscara de mármol de un dios, tallada por una mano maestra, de no ser por la inconfundible vida que lo animaba. Una vida fría y ajena, algo que nunca había visto y que no podía comprender. Se preguntó fugazmente cómo sería el cuerpo que, bajo aquel rostro perfecto, se ocultaba tras el biombo. Sin duda sería perfecto, se dijo, puesto que la cara era tan inhumanamente hermosa.

Sin embargo, lo único que lograba ver era la cabeza exquisitamente moldeada que se movía de un lado a otro, como con curiosidad. Los labios carnosos se abrieron y la criatura pronunció una sola palabra, en un tono denso y vibrante que sonó como las campanas de oro de los templos perdidos de las selvas de Khitai. Era una lengua desconocida, olvidada mucho antes de que existieran los reinos de los hombres, pero Conan comprendió su significado:

—¡Ven!

El cimerio acudió con un salto desesperado y su espada zumbó al descargar el tajo. La hermosa cabeza salió rodando de la parte superior del biombo, con un surtidor de sangre, y cayó a sus pies. Conan retrocedió, temeroso de tocarla. Entonces se le erizó la piel al ver como se agitaba el biombo a causa de las convulsiones de lo que había detrás. Conan había visto y oído morir a muchos hombres, pero nunca había oído estertores como aquellos a un ser humano. Era un ruido de pataleo y forcejeo, como si un cable gigantesco serpenteara a su alrededor violentamente.

Cuando cesó el movimiento, Conan se atrevió a mirar detrás del biombo. En ese momento, un horror absoluto cayó sobre el cimerio, que echó a correr y no aminoró el paso hasta que las altas torres de Numalia se desvanecieron en el amanecer a sus espaldas. La visión de Set era pesadillesca, así como pensar en los hijos de Set que habían gobernado la tierra y ahora dormían en cavernas remotas bajo las negras pirámides. Pues tras el biombo dorado no había un cuerpo humano, sino las volutas resplandecientes de una serpiente gigante sin cabeza.

# HATAJO DE RUFIANES

**Durante un festival de la corte, Nabonidus el Sacerdote Rojo, auténtico gobernante de la ciudad, rozó cortésmente el brazo de Murilo, un joven aristócrata. Este se volvió para encararse con la enigmática mirada del sacerdote y se preguntó qué se ocultaría tras ella. No intercambiaron palabra alguna, pero Nabonidus se inclinó y tendió un joyero dorado a Murilo. El joven aristócrata, sabedor de que Nabonidus no hacía nada sin un buen motivo, se despidió de sus anfitriones a la primera oportunidad y volvió a sus aposentos. Allí abrió el joyero y se encontró con una oreja humana, que reconoció por la cicatriz que la cruzaba. Empezó a sudar profusamente y ya no le cupo duda alguna sobre el significado de la mirada del Sacerdote Rojo.**

**Pero Murilo, pese a sus rizos perfumados y su aspecto afectado, no era ningún alfeñique que fuera a ofrecer el cuello desnudo al hacha del verdugo sin presentar batalla. No sabía si Nabonidus se limitaba a jugar con él o le brindaba la oportunidad de marchar voluntariamente al exilio, pero el hecho de seguir con vida y en libertad demostraba que al menos le había dado algunas horas, quizá para que meditase. Sin embargo, lo que necesitaba no era reflexión, sino una herramienta. El destino se la proporcionó y la puso a punto en los antros y burdeles de la plebe, mientras el joven aristócrata se estremecía y buscaba una solución en la parte de la ciudad ocupada por los palacios de mármol y marfil con torres moradas de la nobleza.**

**Había un sacerdote de Anu cuyo templo, justo en la linde de los suburbios, era escenario de algo más que simple devoción. El orondo sacerdote, bien alimentado, era al mismo tiempo perista y confidente de la policía. Tenía montado un floreciente negocio que se beneficiaba de ambos lados de la ley, pues en el distrito contiguo al templo empezaba el Laberinto, una maraña de callejones embarrados y retorcidos con antros sórdidos frecuentados por los ladrones más temerarios del reino. Entre ellos destacaban un gunderio que había desertado de una compañía de mercenarios y un bárbaro cimerio. Por obra del sacerdote de Anu, el gunderio fue prendido y colgado en la plaza del mercado, pero el cimerio logró escapar y, tras enterarse de la traición del sacerdote, entró una noche en el templo de Anu y le cortó la cabeza. Esto provocó un enorme revuelo en la ciudad, pero la búsqueda del asesino fue infructuosa hasta que una mujer lo delató ante las autoridades, y guio al capitán de la guardia y a su escuadrón a la cámara oculta donde el bárbaro dormía la borrachera.**

**Volvió a la vida, torpe pero fiero, cuando caían sobre él. Evisceró al capitán y se lanzó sobre los guardias, y habría logrado escapar de no haber tenido los reflejos embotados por el licor. Aturdido y medio ciego, no dio con la puerta abierta y se lanzó de cabeza contra la pared con tanto ímpetu que cayó inconsciente. Cuando volvió en sí estaba en la mazmorra mejor guardada de la ciudad, sujeto a la pared con cadenas que ni siquiera su tremenda musculatura podía arrancar.**

**A esa celda acudió Murilo, enmascarado y envuelto en una amplia capa negra.**

El cimerio lo contempló con curiosidad, tomándolo por el verdugo que enviaban a acabar con él. Murilo se sentó a su derecha y le devolvió el examen con idéntica atención. Incluso en la penumbra de la celda y con las extremidades cargadas de cadenas, el primitivo poderío de aquel tipo era evidente. El cuerpo recio y los miembros cubiertos de tensos músculos se combinaban con la fuerza de un oso pardo y la velocidad de una pantera. Bajo la melena negra revuelta, dos ojos azules brillaban con fiereza.

—¿Te gustaría seguir con vida? —preguntó Murilo.

El bárbaro soltó un gruñido, y un reflejo de interés le asomó a los ojos.

—Si organizo tu fuga, ¿harás algo por mí? —preguntó el aristócrata. —El cimerio no respondió; fue suficiente la intensidad de su mirada—. Quiero que mates a un hombre.

—¿A quién?

La voz de Murilo se convirtió en un susurro:

—A Nabonidus, el capellán del rey.

El cimerio no dio muestras de sorpresa o preocupación. Carecía del miedo y la reverencia a la autoridad que infunde la civilización. Para él no había diferencia entre reyes y mendigos. Ni se molestó en preguntar por qué lo había elegido Murilo, estando las calles como estaban llenas de asesinos bien dispuestos.

—¿Cuándo escaparé? —quiso saber.

—En una hora. De noche solo hay un guardia en esta parte de las mazmorras. Es sobornable y está sobornado. Aquí tengo las llaves de las cadenas. Te las quitaré y me iré. El guardia, Áticus, vendrá más tarde y abrirá la puerta de tu celda. Átalo con jirones de tu túnica; así, cuando lo encuentren, pensarán que te rescató alguien del exterior y no sospecharán de él. Ve de inmediato a casa del Sacerdote Rojo y mátalo. Después ve al Nido de Ratas. Allí te estarán esperando con una bolsa de oro y un caballo, que te servirán para escapar de la ciudad.

—Quítame estas malditas cadenas de una vez. Y dile al guardia que me traiga comida. Por Crom, he estado a pan mohoso y agua un día entero; me muero de hambre.

—Así se hará. Pero recuerda: no debes escapar hasta que yo haya tenido tiempo de volver a casa.

Libre de sus cadenas, el bárbaro se puso en pie y extendió los fuertes brazos, enormes en la penumbra de la celda. Murilo volvió a pensar que si había alguien en el mundo capaz de llevar a cabo aquella tarea, ese era el cimerio. Repitió las instrucciones y dejó la prisión, no sin antes indicar a Áticus que llevara al prisionero un plato de carne y una jarra de cerveza. Sabía que podía confiar en el guardia, no solo por el dinero pagado, sino por cierta información que poseía sobre él.

Cuando volvió a sus aposentos tenía el miedo bajo control. Nabonidus lo atacaría a través del rey; de eso estaba seguro. Y puesto que la guardia real aún no llamaba a su puerta, no le cabía duda de que el sacerdote no había avisado al monarca, por el momento. Se lo diría al día siguiente... si es que vivía hasta entonces.

Le parecía que podía confiar en el cimerio. Que fuera capaz de llevar a cabo su tarea era algo que aún estaba por ver. Muchos habían intentado asesinar al Sacerdote Rojo y todos habían muerto de formas horribles e indescriptibles. Pero eran urbanitas que carecían de los instintos lobunos del bárbaro. En el momento mismo en que Murilo, mientras le daba vueltas al barrilito con la oreja cortada, se

**enteró de que habían capturado al cimerio, supo que había encontrado la solución a su problema.**

**De vuelta en sus aposentos brindó a la salud del bárbaro, de nombre Conan, y por su éxito. Mientras bebía, uno de sus espías le comunicó que Áticus había sido detenido y encarcelado. El cimerio no había logrado escapar.**

**Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Veía en aquel giro de la fortuna la mano siniestra de Nabonidus y empezó a obsesionarse con la idea de que el Sacerdote Rojo era más que humano, un hechicero que leía la mente de sus víctimas y tiraba de sus cuerdas como si fueran marionetas. La obsesión se transformó en desesperación. Tras esconder una espada bajo la capa negra, salió de casa por un pasaje secreto y echó a correr por las calles desiertas. A medianoche llegó a la casa de Nabonidus, que se alzaba siniestra entre los jardines amurallados que la separaban de las mansiones circundantes.**

**El muro era alto, pero no imposible de escalar. Nabonidus no fiaba su seguridad a simples barreras de piedra; era lo que había dentro lo que despertaba temor. Murilo no sabía exactamente de qué se trataba, aunque sí que había al menos un enorme perro salvaje patrullando los jardines; alguna vez había destrozado a un intruso como un sabueso a un conejo. Qué más podía haber, no se atrevía a suponerlo. Aquellos a los que se había dado paso franco al interior y que habían resuelto rápidamente los asuntos legítimos que los llevaran allí decían que el mobiliario de Nabonidus era lujoso pero sencillo, y que lo atendía una cantidad sorprendentemente reducida de sirvientes. De hecho, mencionaron que solo habían visto a uno: un hombre alto y silencioso llamado Joka. Oyeron a alguien más moviéndose por los pasillos, sin duda un esclavo, pero nunca llegaron a verlo. El mayor misterio era el propio Nabonidus, cuya capacidad de intriga e influencia en la política internacional lo convertía en el hombre más poderoso del reino. El pueblo, el canciller y hasta el rey se movían como marionetas a su son.**

**Murilo escaló el muro y saltó hacia el jardín, cubierto de sombras y oscurecido por los arbustos y el ondulante follaje. No brillaba luz alguna en las ventanas de la casa que se recortaba siniestra entre los árboles. El joven aristócrata se deslizó veloz y silenciosamente entre los arbustos. Contaba con oír en cualquier momento el aullido del perro y ver su gigantesco cuerpo saltarle encima desde las sombras. Dudaba de la eficacia de su espada contra un atacante así, pero eso no lo hizo retroceder. Mejor morir entre las fauces de una bestia que bajo el hacha del verdugo.**

**Tropezó contra algo voluminoso y blando. Se agachó y, a la débil luz de las estrellas, divisó una figura retorcida en el suelo. Era el perro guardián del jardín y estaba muerto. Tenía el cuello partido y huellas de lo que parecían dos colmillos enormes. No le pareció que aquello fuera obra de un humano: la bestia se había topado con un monstro aún más temible. Alzó la vista y examinó nervioso los matorrales a su alrededor. Luego, se encogió de hombros y se acercó a la casa.**

**La puerta que probó estaba abierta. Entró con cautela, espada en mano, y se encontró en un recibidor largo y en penumbra, iluminado vagamente por la luz que salía de entre las cortinas del otro extremo. El silencio que caía sobre la casa era total. Murilo recorrió el recibidor y se detuvo a atisbar entre los cortinajes. Vio una habitación bien iluminada, con las ventanas cubiertas por cortinas de terciopelo de tal modo que ninguna luz escapaba al exterior. Estaba vacía, al menos en lo que se refería a vida humana, pero tenía un pavoroso ocupante. En medio de los restos del mobiliario y las cortinas despedazadas, claros indicios de**

una lucha feroz, yacía el cuerpo de un hombre. Estaba tendido sobre el vientre, pero tenía la cabeza tan torcida que la barbilla descansaba sobre el hombro. El rostro, petrificado en una sonrisa horrenda, parecía contemplar de forma impúdica al aterrado noble.

Por primera vez a lo largo de aquella noche, la resolución de Murilo flaqueó. Miró atrás indeciso, como si considerase la idea de volver sobre sus pasos. Luego, la imagen del hacha del verdugo y el tocón donde apoyaría la cabeza espolearon su decisión, y cruzó la estancia intentando no acercarse al horror sonriente despatarrado en el centro. Aunque nunca lo había visto antes, por las descripciones que había oído solo podía tratarse de Joka, el saturnino sirviente de Nabonidus.

Echó un vistazo a través de una puerta cortinada y vio una sala circular, rodeada por una galería a medio camino entre el suelo pulido y el elevado techo. El mobiliario era digno de un rey. En el centro había una mesa de caoba tallada, llena de jarras de vino y apetitosas viandas. Murilo se quedó paralizado. En enorme sillón cuyo respaldo daba a la puerta vio una figura cuyos hábitos le resultaron familiares. Un brazo enfundado en una manga roja reposaba sobre el del sillón; la cabeza, cubierta por la conocida capucha escarlata del hábito, estaba inclinada hacia adelante, como en medio de una reflexión. Cientos de veces había contemplado Murilo a Nabonidus en esa misma postura en la corte real.

Mientras maldecía el frenético tamborileo de su corazón, el joven aristócrata cruzó la sala, la espada en alto, el cuerpo listo para asestar el golpe. Su presa no se movía ni parecía oírlo. ¿Estaba dormido el Sacerdote Rojo, o era un cadáver el que ocupaba el sillón? Lo separaba un solo paso de su enemigo cuando, de repente, el sillón se giró y lo que había en él lo miró.

La sangre huyó del rostro de Murilo. La espada resbaló de sus dedos inanes y repiqueteó contra el suelo pulido. Un grito de horror escapó de sus labios exangües, seguido del golpe de un cuerpo al dar contra el suelo. Tras esto, el silencio volvió a reinar en casa del Sacerdote Rojo.

Poco después de que Murilo hubiera dejado la mazmorra en la que estaba confinado Conan, Áticus le llevó una bandeja con comida que incluía un enorme pedazo de carne y un pichel de cerveza. Conan lo atacó con voracidad mientras Áticus hacía una ronda final por las celdas y comprobaba que todo estaba en orden, y que no habría testigos para la fuga fingida. Fue mientras estaba ocupado en esos menesteres cuando llegó un escuadrón de la guardia y lo puso bajo arresto. Murilo se equivocaba al presuponer que aquello implicaba el descubrimiento de la fuga de Conan. Era otro asunto totalmente distinto: Áticus se había vuelto descuidado en sus tratos con los bajos fondos, y un viejo pecado había salido a la luz.

Otro carcelero ocupó su puesto, un individuo estólido y fiable al que ningún soborno, por elevado que fuese, conseguiría apartar de su deber. Era un tipo carente de imaginación, pero con un concepto exagerado de la importancia de su trabajo.

Cuando se hubieron llevado a Áticus para acusarlo formalmente ante el juez, el nuevo carcelero hizo la ronda de las celdas por pura rutina. Al pasar junto a Conan, su sentido del decoro se vio sacudido y ultrajado al contemplar al prisionero libre de sus cadenas, royendo los restos de carne de un enorme hueso

de ternera. Estaba tan escandalizado que cometió el error de entrar solo en la celda sin llamar a los guardias que había desperdigados por la prisión. Fue su primer error en el cumplimiento del deber, y el último. Conan le reventó los sesos con el hueso, le cogió el puñal y las llaves y se fue sin más. Esas llaves permitieron al cimerio salir de la prisión y quedar tan libre como si el plan de Murilo hubiera tenido éxito.

A la sombra de la muralla de la cárcel, se detuvo un momento para decidir qué haría a continuación. Le parecía que, ya que había escapado por sus propios medios, no le debía nada a Murilo. Pero había sido el joven noble el que le había quitado las cadenas y le había mandado comida, dos cosas fundamentales para su huida. Decidió por tanto que estaba en deuda con él y, puesto que no tenía por costumbre rehuir sus obligaciones, resolvió cumplir la promesa hecha a Murilo. Aunque primero debía atender otros asuntos.

Se quitó la túnica hecha jirones y cruzó la noche ataviado tan solo con un taparrabos. Mientras corría, acarició el puñal que había conseguido, un arma mortífera de hoja ancha y doble filo, de la longitud de su antebrazo. Se metió por callejones y plazas mal iluminadas hasta que llegó adonde se dirigía: el Laberinto. Cruzó aquel dédalo de callejuelas con la seguridad de quien conoce el camino. Era realmente un laberinto de callejones sombríos, patios cerrados y calles tortuosas, que bullía de olores apestosos y ruidos furtivos. Las calles no estaban pavimentadas; el barro y la mugre se mezclaban en una masa repugnante, y no había nada parecido a un sumidero. Los desperdicios se tiraban por las ventanas y acaban formando charcos apestosos y montones hediondos en medio de los callejones. A menos que se caminara con cuidado, era muy fácil dar un traspié y acabar de narices en un charco nauseabundo. Tampoco era raro tropezar con un cadáver degollado o con la cabeza reventada, tirado en medio del barro. La gente honrada evitaba el Laberinto por motivos fundados.

Conan alcanzó su destino sin que lo vieran, justo cuando salía la persona a la que buscaba. Mientras el cimerio se escabullía por el patio, la joven que lo había vendido a la policía se despedía de su amante un piso más arriba. La puerta se cerró a sus espaldas y el joven rufián descendió por un magullado tramo de escaleras sumido en sus pensamientos, que, como los de la mayoría de los habitantes del Laberinto, tenían que ver con la adquisición ilegal de propiedades ajenas. Se detuvo a mitad de camino y alzó la cabeza. Una mole borrosa se agazapaba en las tinieblas ante él, los ojos brillantes como los de una fiera. Un gruñido bestial fue lo último que oyó en su vida, mientras el monstruo saltaba sobre él y una hoja afilada se incrustaba en su vientre. Lanzó un grito ahogado y cayó escaleras abajo.

El bárbaro levantó la vista y, durante un instante, vio una imagen siniestra con los ojos brillantes en la penumbra. Sabía que habían oído el ruido, pero en el Laberinto la gente no se metía en asuntos ajenos. Un grito de muerte en unas escaleras oscuras no estaba fuera de lo normal. Alguien se aventuraría a investigar en algún momento, pero después de un tiempo razonable.

Conan subió las escaleras y se detuvo ante una puerta que conocía perfectamente. Estaba cerrada por dentro, pero pasó el cuchillo entre la hoja y el marco y alzó el pestillo. Entró, cerró a su paso y se encaró con la joven que lo había delatado a la policía.

La moza estaba sentada con las piernas cruzadas en un rincón de una cama deshecha. Se puso pálida como si viera un fantasma. Había oído el grito en las

escaleras, y su vista se clavó en la mancha de sangre del cuchillo que llevaba Conan. Pero temía demasiado por su propia suerte para malgastar el tiempo lamentando el destino de su amante. Se puso a suplicar por su vida de un modo casi incoherente a causa del terror. Conan no respondió. Se limitó a quedarse de pie sin dejar de mirarla con ojos fieros mientras comprobaba la punta del puñal con el calloso pulgar.

Por fin atravesó la habitación mientras ella se aplastaba contra la pared sin dejar de pedir clemencia entre lloriqueos frenéticos. La agarró por el pelo rubio sin miramientos y la arrastró fuera de la cama. Envainó el puñal, se puso a la forcejeante cautiva bajo el brazo izquierdo y se acercó a la ventana. En la mayoría de las casas de aquel estilo había un repecho en cada piso, creado por la sucesión de los alféizares. Conan abrió la ventana de la habitación de una patada y saltó sobre la estrecha repisa. Si hubiera habido alguien cerca y despierto habría podido ver el chocante espectáculo de un hombre que se desplazaba cuidadosamente por el antepecho con una moza medio desnuda y pataleante bajo el brazo. No habrían estado más asombrados que la propia moza.

Al fin llegó al lugar que buscaba y allí se detuvo, sujeto a la pared con la mano libre. Del edificio salió un clamor repentino, indicación de que por fin habían descubierto el cadáver. La cautiva gimió, se retorció y empezó a maldecir. Conan bajó la vista al estiércol y el limo del callejón; prestó atención un instante al barullo de dentro y a las súplicas de la moza, y luego la lanzó con destreza y puntería al pozo negro. Disfrutó durante unos segundos de sus patadas y forcejeos, y del veneno concentrado que no tardó en salir de sus labios, e incluso se permitió un breve estallido de risa. Luego alzó el rostro, escuchó el tumulto creciente y decidió que había llegado el momento de matar a Nabonidus.

Fue la reverberación del metal lo que despertó a Murilo. Gruñó y logró sentarse trabajosamente. Todo a su alrededor era oscuridad y, durante un momento, lo asaltó la idea de haberse quedado ciego. Entonces recordó lo que había sucedido hasta entonces y se le puso la piel de gallina. Se dio cuenta al tacto de que estaba sentado en una superficie de losas de piedra mal niveladas. Siguió tanteando y descubrió una pared del mismo material. Se incorporó y se apoyó contra ella, intentando orientarse. Estaba en una prisión de alguna clase, eso parecía obvio, pero no tenía manera de saber dónde, ni cuánto tiempo llevaba allí. Recordó vagamente un ruido, como de un golpe, y se preguntó si habría sido la puerta de celda al cerrarse o si presagiaría la llegada del verdugo.

El pensamiento le causó un escalofrío, y echó a andar arrimado a la pared. Esperaba encontrar más tarde o más temprano el otro extremo de su encierro, pero al cabo de un rato comprendió que estaba recorriendo un túnel. Siguió pegado al muro, temeroso de caer en pozos y otras trampas, hasta que cayó en la cuenta de que había algo a su lado. No podía ver nada, pero o bien sus oídos habían captado un ruido furtivo o algún sexto sentido lo había avisado. Se detuvo con los pelos de punta. Sentía la presencia de algo vivo agazapado en la oscuridad frente a él, tan seguro como que aún estaba vivo.

Creyó que el corazón iba a parársele cuando una voz siseó con acento bárbaro:

—¿Eres tú, Murilo?

—¡Conan!

Aturdido por la sorpresa, el joven aristócrata tropezó en la oscuridad y sus manos se posaron sobre un par de anchos hombros desnudos.

—Menos mal que te he reconocido —gruñó el bárbaro—. Estaba a punto de ensartarte como a un cerdo.

—¿Dónde estamos, en nombre de Mitra?

—En las catacumbas bajo la casa del Sacerdote Rojo. Pero ¿qué…?

—¿Qué hora es?

—Pasada la medianoche.

Murilo meneó la cabeza, tratando de recomponerse.

—Vine a matar a Nabonidus. Me enteré de que habían cambiado al carcelero…

—Cierto —masculló Conan—. Le partí la cabeza al nuevo y escapé. Podría haber llegado hace horas, pero tenía asuntos personales que atender. Bien, ¿nos lanzamos a la caza de Nabonidus?

Murilo se estremeció.

—Conan, estamos en la guarida de un archidemonio. Vine en busca de un enemigo humano y encontré un diablo salido del infierno.

Conan gruñó, indeciso. Era temerario como un tigre en lo que se refería a los enemigos humanos, pero compartía los temores supersticiosos de su estirpe salvaje.

—Conseguí entrar en la casa —susurró Murilo, como si la oscuridad estuviera repleta de oídos atentos—. Encontré al perro de Nabonidus en el jardín, destrozado. Dentro de la casa di con Joka, el sirviente, desnucado. Y después vi al propio Nabonidus en su sillón, con el hábito acostumbrado. Al principio creí que también estaba muerto. Intenté apuñalarlo, y entonces se puso en pie y se me encaró. ¡Dioses!

El recuerdo de aquel horror dejó al noble sin habla mientras revivía el momento.

—¡No era un hombre lo que había ante mí, Conan! —musitó—. Era parecido a un hombre en forma y movimientos, pero bajo la capucha escarlata de sacerdote sonreía un rostro de locura y pesadilla. Estaba cubierto de pelo negro, tenía ojillos rojizos de cerdo y la nariz achatada, con ventanas enormes. Retrajo los labios y me mostró dos colmillos gigantescos y amarillentos como los de un perro. Las manos que salían de las mangas escarlatas eran deformes, y también estaban cubiertas de pelo negro. Lo vi un instante, y luego el horror me venció. Perdí el conocimiento y caí desvanecido.

—¿Qué pasó después? —preguntó Conan, intranquilo.

—Acabo de despertar. El monstruo debe de haberme arrojado a estas catacumbas. Sospecho que Nabonidus no es del todo humano. Es un demonio, un cambiaformas. Durante el día alterna con la humanidad bajo el disfraz de un hombre, pero de noche recupera su verdadero aspecto.

—No es tan raro —respondió Conan—. Todo el mundo sabe que hay personas que pueden transformarse en lobos a voluntad. Pero ¿por qué mataría a sus sirvientes?

—¿Quién sabe qué se agazapa en la mente de un diablo? Lo que tenemos que hacer es salir de aquí. Las armas humanas no pueden hacer nada contra un cambiaformas. ¿Cómo has entrado?

—Por las cloacas. Supuse que los jardines estarían vigilados. Las alcantarillas conectan con un túnel que lleva a estas catacumbas. Esperaba encontrar una

puerta abierta que llevara a la casa.

—¡Huyamos por donde has venido! —exclamó Murilo—. ¡Al infierno con todo esto! En cuanto salgamos de este nido de serpientes, intentaremos evitar a la guardia real y escaparemos de la ciudad. ¡Guíame!

—Es inútil —gruñó el cimerio—. El camino a las cloacas está fuera de nuestro alcance. Mientras entraba en el túnel, una reja de hierro cayó del techo. Si no me hubiera movido como un relámpago, habría quedado ensartado en el suelo como un gusano. Intenté levantarla, pero no se movía. Creo que ni un elefante podría moverla. Y nada mayor que un conejo podría escabullirse entre los barrotes.

Murilo lanzó una maldición y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Debería haber supuesto que Nabonidus no iba a dejar sin vigilancia una de las entradas de su hogar. De no haber poseído Conan los reflejos de un animal salvaje, el rastrillo lo habría ensartado. Sin duda, sus pasos por el túnel habían activado algún resorte oculto que lo liberó del techo. Ambos estaban atrapados.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo Murilo, sudando cada vez más—. Hay que buscar otra salida. Seguramente todas esconden alguna trampa, pero no tenemos otra opción.

El bárbaro manifestó su acuerdo y siguieron caminando al azar por el pasillo. En ese momento, una idea asaltó a Murilo.

—¿Cómo me has reconocido en la oscuridad? —quiso saber.

—Me fijé en el perfume que llevabas en el pelo cuando fuiste a mi celda —respondió Conan—. Y volví a olerlo hace un rato, cuando me agachaba en la oscuridad dispuesto a ensartarte.

Murilo se llevó a la nariz un bucle del negro cabello. El aroma, casi imperceptible para sus sentidos de hombre civilizado, le dio una idea de lo afinados que debían de estar los del bárbaro.

Instintivamente, se llevó la mano a la vaina mientras caminaban, pero descubrió que estaba vacía. Vio entonces un débil resplandor frente a sí y se dio cuenta de que llegaban a un recodo del pasillo, más allá de la cual se filtraba la luz. Doblaron la esquina. Murilo, pegado a su compañero, sintió como este se ponía rígido. El joven aristócrata divisó también lo que había visto Conan: el cadáver de un hombre medio desnudo tirado junto a la esquina, vagamente iluminado por un resplandor que parecía emanar de un ancho disco de plata, en la pared más lejana. Había algo familiar en la figura yacente. Estaba boca abajo, y al verla, Murilo se lanzó a un frenesí de conjeturas descabelladas y monstruosas. Le hizo una seña al cimerio para que lo siguiera, se agachó junto al cuerpo y, no sin cierta renuencia, le dio la vuelta. Se le escapó un juramento de incredulidad mientras el cimerio lanzaba un bufido.

—¡Nabonidus! ¡El Sacerdote Rojo! —exclamó Murilo, aturdido en un remolino de asombro—. Entonces ¿quién…?, ¿qué…?

El sacerdote gimió y se revolvió. Con la rapidez de un gato, Conan saltó sobre él y le puso el cuchillo en el corazón. Murilo lo agarró por la muñeca.

—¡Espera! ¡No lo mates aún!

—¿Por qué? —quiso saber el cimerio—. Ha abandonado su otra forma y está dormido. ¿Quieres que despierte y nos haga pedazos?

—¡Espera! —apremió Murilo, intentando pensar con claridad—. ¡Mira! No está dormido; mira qué cardenal tiene en la sien. Lo han dejado inconsciente. Puede que lleve horas aquí.

—Creía que lo habías visto en su forma bestial en la casa —dijo Conan.

—Lo vi. O quizá… ¡Espera, vuelve en sí! Refrena el puñal, Conan; hay aquí un misterio más siniestro aún de lo que pensaba. Debo hablar con él antes de que lo matemos.

Nabonidus se llevó una mano vacilante a la cabeza rapada, murmuró algo y abrió los ojos. Durante un instante parecieron vacuos; luego, la vida volvió a ellos, y se sentó mientras miraba al cimerio y al noble. Por fuerte que hubiera sido el golpe que había dejado fuera de juego su ágil mente, esta funcionaba de nuevo sin problemas. Recorrió con la vista cuanto lo rodeaba y luego clavó la mirada en el rostro de Murilo.

—Honras mi pobre morada con tu presencia, joven señor —dijo con una sonrisa fría mientras contemplaba la enorme silueta que asomaba tras el hombro del aristócrata—. Y veo que has traído un adalid. ¿Quizá tu espada no estaba lo bastante afilada para cortar el hilo de mi pobre vida?

—Basta —dijo Murilo con impaciencia—. ¿Cuánto llevas aquí?

—Una pregunta curiosa para plantear a alguien que acaba de recobrar la consciencia —respondió el sacerdote—. Ni siquiera sé qué hora es. Pero faltaría una hora para la medianoche cuando me golpearon.

—Entonces, ¿quién es ese que se hace pasar por ti y viste tu ropa en tu propia casa? —quiso saber Murilo.

—Tiene que ser Thak —respondió Nabonidus, sin dejar de frotarse los moratones—. Sí, sin duda es Thak. ¿Con mi ropa? ¡Perro!

Conan, que no comprendía nada de aquello, se movió con incomodidad y gruñó algo en su propio idioma. Nabonidus lo contempló con desdén.

—El cuchillo de tu matón ansía mi corazón, Murilo —dijo—. Creí que eras lo bastante listo para hacer caso de mi advertencia y abandonar la ciudad.

—¿Cómo iba a saber que se me permitiría? —preguntó Murilo—. Y en cualquier caso, mis asuntos están aquí.

—La compañía de ese asesino te sienta bien —murmuró Nabonidus—. Llevo tiempo sospechando de ti. Por eso hice desaparecer a aquel pálido secretario de la corte. Antes de morir me dijo muchas cosas, entre ellas el nombre del joven aristócrata que lo había sobornado para que le revelara secretos de estado, con el fin de venderlos a potencias rivales. ¿No te da vergüenza, Murilo, ladrón de guante blanco?

—No tengo más motivos para avergonzarme que tú, saqueador de corazón carroñero —respondió Murilo inmediatamente—. Explotas todo un reino para tu propio beneficio y, bajo el disfraz de estadista desinteresado, manipulas al rey, empobreces a los ricos, oprimes a los pobres y sacrificas el futuro de la nación en el altar de tu ambición despiadada. No eres más que un cerdo bien cebado con el hocico metido hasta el fondo en el comedero. Eres más ladrón de lo que yo seré jamás. Este cimerio es el más honrado de los tres; al fin y al cabo, roba y mata sin disimulos.

—Vaya, vaya, parece que somos un hatajo de rufianes —concedió Nabonidus con ecuanimidad—. Y ahora, ¿qué? ¿Mi vida?

—Cuando vi la oreja del secretario desparecido supe que estaba condenado —dijo Murilo de repente—. Creí que invocarías la autoridad del rey. ¿Me equivocaba?

—Más o menos —respondió el sacerdote—. Es fácil deshacerse de un secretario de la corte, pero tú eres demasiado notorio. Tenía intención de contarle al rey un chiste sobre ti por la mañana.

—Un chiste que me habría costado la cabeza —murmuró Murilo—. ¿El rey está al tanto de mis asuntos… foráneos?

—Aún no —suspiró Nabonidus—. Y puesto que tu compañero tiene un cuchillo, sospecho que nunca contaré ese chiste.

—Supongo que sabes cómo salir de este nido de ratas —dijo Murilo—. Digamos que accedo a perdonarte la vida. ¿Nos ayudarías a escapar y guardarías silencio sobre mis actividades?

—¿Cuándo ha cumplido su palabra un sacerdote? —se lamentó Conan, al comprender por dónde iba la conversación—. Déjame degollarlo; quiero ver de qué color tiene la sangre. Dicen en el Laberinto que tiene el corazón negro, así que su sangre también debe de serlo…

—Tranquilo —susurró Murilo—. Si no nos muestra la salida de estas catacumbas, nos pudriremos aquí. Bien, Nabonidus, ¿qué me dices?

—¿Qué dice un lobo con la pata en una trampa? —El sacerdote soltó una carcajada—. Estoy en vuestro poder y, si hemos de escapar, tendremos que ayudarnos. Juro que si sobrevivimos a esta empresa olvidaré tus manejos. ¡Lo juro por el alma de Mitra!

—Suficiente para mí —murmuró Murilo—. Ni siquiera el Sacerdote Rojo rompería ese juramento. Vámonos de aquí. Mi compañero ha entrado por el túnel, pero una reja cayó tras él y bloqueó el camino. ¿Hay forma de alzarla de nuevo?

—No desde aquí —respondió el sacerdote—. La palanca que la controla está en la habitación superior. Solo hay una forma de salir de estas catacumbas, y es la que os voy a mostrar. Pero dime, ¿cómo viniste a parar aquí?

Murilo se lo explicó con brevedad y Nabonidus asintió, envarado. Avanzó cojeando por el pasillo, que se abrió a una vasta sala, y se acercó al disco de plata del otro extremo. Mientras caminaban, la luz aumentó de intensidad, aunque siguió siendo mortecina. Junto al disco vieron una estrecha escalera que llevaba hacia lo alto.

—Esta es la otra salida —dijo Nabonidus—. No creo que la puerta de arriba esté atrancada. Pero sospecho que quien salga por ella haría mejor en cortarse él mismo garganta. Mirad el disco.

Lo que parecía una bandeja de plata era en realidad un enorme espejo. Un complejo sistema de tubos de cobre, doblados en ángulo recto, salía de la pared por encima. Murilo echó un vistazo dentro de los tubos y vio un sorprendente conjunto de pequeños espejos. Volvió su atención al que colgaba de la pared y contuvo un grito de asombro. Conan, que miraba desde detrás de Murilo, gruñó confundido.

Era como si mirasen por una amplia ventana que se abría a una habitación bien iluminada. Había grandes espejos en las paredes, con tapices de terciopelo entre ellos, junto a divanes de seda, sillas de ébano y marfil, y varias puertas cubiertas por cortinas. Frente a una puerta descubierta había algo negro y voluminoso que contrastaba de forma grotesca con el lujo de la habitación.

Murilo sintió que se le congelaba de nuevo la sangre mientras contemplaba aquel horror que parecía mirarlo directamente a los ojos. Se echó atrás sin querer y Conan adelantó la cabeza abruptamente hasta que su rostro casi rozó la superficie del espejo, sin dejar de gruñir alguna amenaza o desafío en su gutural lengua bárbara.

—En el nombre de Mitra, Nabonidus —jadeó Murilo, conmocionado—. ¿Qué es eso?

—Thak —respondió el sacerdote mientras se frotaba la cabeza—. Hay quien diría que es un simio, pero es tan distinto de un simio de verdad como de un auténtico hombre. Su pueblo mora en el lejano este, en las montañas que guardan las fronteras orientales de Zamora. No hay muchos; pero si no los exterminan, creo que se convertirán en humanos en unos cientos de miles de años. Aún están en su etapa de formación; ya no son simios, como lo fueron sus remotos ancestros, ni aún del todo humanos, como tal vez lo sean sus descendientes. Habitan los altos riscos de las montañas más inaccesibles y no saben nada del fuego ni de fabricar herramientas o ropajes; mucho menos del uso de las armas. Pero tienen una suerte de idioma, consistente sobre todo en gruñidos y chasquidos.

»Lo recogí cuando no era más que un cachorro y aprendió lo que le enseñaba mucho mejor y más deprisa que ningún animal. Era al mismo tiempo mi sirviente y mi guardaespaldas. Pero me olvidé de que, al ser humano en parte, no podía pasarse la vida convertido en una sombra de mí, como un verdadero animal. Su cerebro es capaz de odiar y experimentar resentimiento, y tiene sus propias ambiciones a su modo bestial.

»Atacó cuando menos lo esperaba. Anoche pareció volverse loco. Sus actos parecían fruto de la locura más salvaje, y sin embargo, ahora me doy cuenta de que seguían un cuidadoso plan.

»Oí un forcejeo en el jardín, y al ir a investigar, pues creí que se trataba de ti y que te habías tropezado con mi perro, vi a Thak emerger de entre los arbustos chorreando sangre. Antes de que comprendiera lo que pretendía, se lanzó sobre mí y me dejó inconsciente de un golpe. No recuerdo nada más, pero supongo que llevado por un capricho de su mente semihumana me arrancó la ropa y me arrojó con vida a las catacumbas, solo los dioses saben por qué. Debió de matar al perro cuando salió al jardín y, tras golpearme, supongo que mató a Joka, ya que lo viste muerto en la casa. Me habría ayudado de haber podido, incluso contra Thak, al que siempre odió.

Murilo contempló en el espejo a la criatura sentada con monstruosa paciencia frente a la puerta cerrada. Sintió un escalofrío al ver las enormes manos negras, cubiertas de un pelaje espeso. El cuerpo era grueso, amplio, encorvado. Los hombros imposiblemente anchos habían reventado la túnica escarlata, y entre las costuras asomaba el mismo pelaje negro y denso. El rostro que miraba desde la capucha escarlata era totalmente bestial, y sin embargo Murilo se dio cuenta de que Nabonidus no mentía al decir que Thak no era del todo un animal. Había algo en los turbios ojos rojizos, algo en su torpe postura, algo en su aspecto general, que lo separaban de los animales. El cuerpo monstruoso albergaba una mente y un alma que empezaban a tomar una forma vagamente humana. Murilo se quedó espantado al reconocer el débil y horrible parentesco que existía entre su propia especie y aquella bestia acuclillada, y sintió nauseas al comprender de qué abismos de salvajismo atroz había salido penosamente la humanidad.

—Seguro que nos ve —murmuró Conan—. ¿Por qué no nos ataca? Podría romper la ventana fácilmente.

Murilo comprendió que Conan pensaba que el espejo era una ventana.

—No nos ve —respondió el sacerdote—. Lo que vemos es la habitación que hay sobre nosotros. La puerta que guarda Thak es la que hay al final de las escaleras. Es un simple juego de espejos. ¿Ves esos que hay en las paredes? Transmiten el reflejo de la habitación por estos tubos, en los que hay más espejos que transmiten la imagen y la amplían en este.

Murilo se dio cuenta de que el sacerdote estaba siglos por delante de su tiempo, como demostraba la perfección de aquel invento. Pero Conan lo descartó como simple brujería y no le dio más vueltas.

—Construí estas catacumbas como refugio, no solo como mazmorras —decía el sacerdote—. A veces me he ocultado aquí y, a través de los espejos, he visto como el destino golpeaba a aquellos que me deseaban algún mal.

—Pero ¿qué hace Thak frente a esa puerta? —quiso saber Murilo.

—Debe de haber oído caer la reja en el túnel. Está conectada mediante campanillas a las habitaciones de arriba. Sabe que hay alguien en las catacumbas y está esperando a que suba por las escaleras. Bien ha aprendido lo que le enseñé: ha visto lo que les pasa a los que cruzan esa puerta cuando tiro de la cuerda que cuelga de aquella pared y está esperando para imitarme.

—¿Y qué hacemos mientras espera? —preguntó Murilo.

—No hay nada que podamos hacer, salvo vigilarlo. Mientras esté en esa habitación no es seguro subir por las escaleras. Tiene la fuerza de un gorila y podría hacernos pedazos a los tres. Pero ni siquiera tiene que molestarse; si abrimos esa puerta, le bastará con tirar de la cuerda para deshacerse de nosotros.

—¿Cómo?

—He accedido a ayudaros a escapar —respondió el sacerdote—, no a revelar mis secretos.

Murilo dio inicio a una réplica y se detuvo de pronto. Una mano cautelosa había apartado las cortinas de una puerta. Ante ellos apareció un rostro cetrino cuyos ojos se clavaban amenazadores en la figura encorvaba envuelta en la túnica escarlata.

—¡Petreus! —siseó Nabonidus—. ¡Por Mitra, menudo cónclave de buitres tenemos esta noche!

El rostro permaneció entre las cortinas. Sobre los hombros del intruso asomaron otras caras, oscuras, delgadas, borrachas de ansia.

—¿A qué han venido? —Murilo bajó la voz sin darse cuenta, aunque sabía que no podían oírlo.

—Bueno, ¿qué podrían hacer Petreus y su grupo de jóvenes y ardientes nacionalistas en casa del Sacerdote Rojo? —Nabonidus se rio—. Mira con qué ansia contemplan la figura que creen de su archienemigo. Han caído en el mismo error que tú. Será divertido ver su expresión cuando descubran lo equivocados que están.

Murilo no respondió. Toda la escena parecía teñida de una atmósfera irreal. Le pareció que contemplaba un espectáculo de títeres, o que era un fantasma sin cuerpo que se asomaba impersonalmente a los actos de los vivos, sin que su presencia fuera vista ni sospechada.

Vio como Petreus se llevaba el dedo a los labios y asentía en dirección a sus camaradas. El joven aristócrata no sabía si Thak era consciente de la presencia de los intrusos. La posición del hombre mono no había variado; seguía sentado de espaldas al pasaje por el que entraban los conspiradores.

—Han tenido la misma idea que tú —le susurraba Nabonidus al oído—. Aunque sus razones son más patrióticas y menos egoístas. Es fácil entrar en mi casa, con el perro muerto. ¡Ah, menuda oportunidad para librarme de ellos de una vez por todas! Si estuviera sentado donde Thak…, un salto a la pared…, un tirón de la soga…

Petreus había colocado un pie en el umbral de la habitación, con sus

camaradas a los talones, puñal en mano. De pronto, Thak se incorporó y giró hacia él. El horror inesperado de su aspecto, allí donde esperaban encontrar el rostro odiado pero familiar de Nabonidus, sumió en el caos sus nervios, como había ocurrido con Murilo. Petreus retrocedió con un chillido, empujando a sus camaradas. Tropezaron y cayeron unos encima de otros, y en ese instante, Thak cubrió de un salto prodigioso y grotesco la distancia que lo separaba de la pared y tiró del grueso cordón de terciopelo que colgaba junto a la puerta.

Al instante las cortinas se abrieron por completo, dejando el pasaje totalmente descubierto. A lo lejos, algo brillaba con una extraña luz plateada.

—¡Lo ha recordado! —exclamó Nabonidus, jubiloso—. ¡La maldita bestia es casi un hombre! ¡Me vio ejecutar la maldición y lo recuerda! ¡Mirad lo que va a pasar! ¡Mirad!

Murilo vio que un grueso panel de cristal había caído sobre el pórtico y, a través de él, vio los rostros cerúleos de los conspiradores. Petreus se arrojó hacia delante, como si quisiera cargar contra Thak, topó con la barrera transparente y dijo algo a sus compañeros, a juzgar por sus gestos. Ahora que las cortinas estaban descorridas, Murilo y los demás pudieron ver todo lo que sucedía en la habitación en la que estaban los nacionalistas. Fuera de sí, corrían hacia la puerta por la que habían entrado, solo para ser detenidos bruscamente, como si una barrera invisible los hubiera parado.

—El tirón de la soga sella el pasaje —dijo Nabonidus entre risas—. Es sencillo: los paneles de cristal se ocultan en surcos, en los marcos, y cuando se tira del cordón se retira el muelle que los sostiene; se deslizan hasta encajar en su sitio y solo pueden volver a alzarse desde el exterior. El cristal es irrompible; ni siquiera con un mazo lo podrían astillar. ¡Ah!

Los conspiradores atrapados cayeron en un terror histérico. Corrían de un lado para otro, golpeaban el cristal sin resultado y agitaban los puños hacia la implacable figura negra encorvada del otro lado. Entonces uno de ellos alzó la cabeza, miró hacia lo alto y, a juzgar por el movimiento de los labios, empezó a aullar mientras señalaba el techo.

—La caída de los paneles ha liberado las nubes de la maldición —dijo el Sacerdote Rojo con una risa cruel—. Es el polvo del loto gris, cosechado en los Pantanos de los Muertos, más allá de Khitai.

En medio del techo colgaba un racimo de botones dorados que se abrieron como los pétalos de una enorme rosa, y de ellos surgió una niebla grisácea que llenó rápidamente la habitación. La histeria dio paso a la locura y el terror. Los conspiradores se tambaleaban; corrían en círculos como si estuvieran borrachos; les salían espumarajos por la boca torcida en una risa grotesca. De pronto se lanzaron unos contra otros con puñales y dientes, y empezaron a sajarse, morderse y destrozarse entre ellos en un holocausto de demencia. Murilo sintió náuseas y dio gracias por no poder oír los gritos y aullidos que estarían resonando en aquella habitación maldita. Como si fueran imágenes en una pantalla, todo transcurría en silencio.

Fuera de la habitación del horror, Thak saltaba de un lado a otro de puro júbilo bestial y alzaba los enormes brazos peludos hacia el techo. Junto a Murilo, Nabonidus no dejaba de reírse como un endemoniado.

—¡Ah, buen golpe, Petreus! ¡Seguro que eso lo ha destripado! ¡Ahora recibe tú, mi patriótico amigo! ¡Ajá! Han caído todos, y los vivos arrancan la carne de los muertos con dientes ansiosos.

Murilo se estremeció. Tras él, el cimerio lanzó un juramento en su lengua gutural. Lo único que quedaba en la habitación del polvo gris era la muerte; destripados, destrozados, mutilados, los conspiradores yacían en un confuso montón rojizo, las bocas abiertas y los rostros salpicados de sangre, los ojos vidriosos y apagados clavados en el techo del que seguían cayendo volutas grises.

Thak, encorvado como un gnomo gigantesco, se acercó a la pared donde estaba la soga y le dio un curioso tirón lateral.

—Está abriendo la puerta del lado más lejano —dijo Nabonidus—. Por Mitra, es más humano de le que creía posible. Ved como la nube de polvo sale de la sala y se disipa. Aún espera un rato más para estar seguro. Y ahora alza el otro panel. Es cauto. Conoce la maldición del loto gris, que trae la locura y la muerte. ¡Por Mitra!

Murilo se estremeció ante lo exaltado de la exclamación.

—¡Es nuestra única oportunidad! —dijo Nabonidus—. Si abandona la habitación unos minutos, podemos arriesgarnos a subir por las escaleras.

Rígidos, contemplaron como el monstruo cruzaba el pórtico y desaparecía. Al subir el panel, las cortinas se habían corrido de nuevo, ocultando la sala de la muerte.

—¡Hay que arriesgarse! —jadeó Nabonidus. Murilo vio el sudor que corría por su rostro—. Quizá esté deshaciéndose de los cadáveres, como me ha visto hacer a mí. ¡Rápido! ¡Seguidme!

Echó a correr escaleras arriba con una agilidad que asombró a Murilo. El joven aristócrata y el bárbaro le pisaron los talones y lo oyeron respirar aliviado cuando cruzó la puerta de la parte superior. Entraron en la amplia sala que habían visto en el espejo. No se veía a Thak por ninguna parte.

—¡Está en esa habitación con los cadáveres! —exclamó Murilo—. ¿Por qué no lo atrapamos, como ha hecho él?

—¡No, no! —protestó Nabonidus, con una extraña palidez en el rostro—. No es seguro que esté ahí. Y puede volver antes de que alcancemos la soga. Seguidme por el pasillo; debo llegar a mis aposentos y hacerme con armas que puedan hacerle frente. Este pasillo es la única salida de la habitación en la que no hay ninguna trampa.

Lo siguieron con rapidez por un pasaje cortinado, frente a la puerta de la cámara de la muerte, y salieron a un pasillo en el que desembocaban varias habitaciones. De un modo apresurado y confuso, Nabonidus se puso a probar las puertas a un lado y al otro. Estaban cerradas, igual que la que había al final del pasillo.

—¡Dioses! —El Sacerdote Rojo se apoyó en la pared, tembloroso—. Todas las puertas están cerradas. ¡Thak tiene las llaves! Estamos atrapados.

Murilo se quedó horrorizado al verlo convertido en un amasijo de nervios. Con un esfuerzo, Nabonidus recobró la compostura.

—Me he dejado llevar por el pánico —dijo—. Maldita bestia. Si lo hubierais visto descuartizar a un hombre, como lo he visto yo… No importa. Que Mitra nos auxilie, pues tendremos que hacerle frente con lo que tengamos a mano. ¡Vamos!

Los llevó de vuelta al pasaje cortinado y echó un vistazo al interior de la habitación, justo a tiempo de ver como Thak entraba por la puerta de enfrente. Era evidente que el hombre mono sospechaba algo; tenía los ojillos entrecerrados y miraba con rabia a su alrededor. Tras aproximarse al pasaje más cercano, arrancó las cortinas y atisbó más allá.

Nabonidus retrocedió, tembloroso. Se agarró al hombro de Conan.

—¿Te atreverías a probar tu cuchillo contra esas fauces?

Los ojos del cimerio relampaguearon como única respuesta.

—¡Rápido! —susurró el Sacerdote Rojo empujándolo tras las cortinas, pegado a la pared—. Nos encontrará enseguida, así que lo atraeremos hacia nosotros. En cuanto pase a tu lado, clávale el puñal en la espalda si puedes. Murilo, muéstrate ante él y huye por el pasillo. Bien sabe Mitra que no tenemos posibilidades en una lucha cuerpo a cuerpo, pero estamos condenados de cualquier modo si nos encuentra.

Murilo sintió que se le helaba la sangre en las venas, pero hizo acopio de valor y atravesó la puerta. Thak, desde el otro lado de la habitación, se dio la vuelta al instante y cargó con un rugido estruendoso. La capucha escarlata se le había caído, mostrando por completo la deforme cabeza. Las negras manos y el hábito escarlata estaban salpicados de rojo. Era como una pesadilla carmesí y negra que corría por la habitación, las fauces abiertas, las piernas arqueadas impulsando el enorme cuerpo a una velocidad aterradora.

Murilo dio media vuelta y echó a correr por el pasillo y, aunque iba tan rápido como podía, comprendió que aquel horror peludo le pisaba los talones. El monstruo cruzó corriendo las cortinas y de ellas salió catapultado un cuerpo enorme que se lanzó sobre sus hombros a la vez que le clavaba el puñal en la espalda. Thak lanzó un grito espantoso mientras se tambaleaba a causa del golpe. Ambos contendientes cayeron al suelo. La lucha se convirtió enseguida en un remolino de golpes y brazos, una batalla diabólica de garras, fauces y puñales.

Murilo se dio cuenta de que el bárbaro apresaba con las piernas el torso del simio y luchaba por no perder la posición sobre su espalda mientras lo acuchillaba una y otra vez. Thak, por otro lado, intentaba zafarse de su adversario, hacerlo girar hasta el frente y ponerlo al alcance de sus enormes colmillos listos para desgarrar la carne. Rodaron por el pasillo en un torbellino de golpes y jirones escarlata, tan veloces que Murilo no se atrevió a usar la silla que había levantado por miedo de dar al cimerio. Vio que, a pesar de que Conan contaba con la ventaja del primer golpe y tenía aprisionados el cuerpo y los brazos de la bestia, la fuerza increíble de esta iba ganando terreno poco a poco. De forma lenta pero inexorable arrastraba al cimerio hacia su pecho, a pesar de haber recibido castigo suficiente para haber matado a una docena de hombres. El puñal de Conan se clavaba una y otra vez en el torso, en los hombros, en el cuello de toro. La sangre le salía a borbotones, pero a menos que la hoja alcanzase pronto un punto vital, la resistencia sobrehumana de Thak lo mantendría vivo lo suficiente para matar al cimerio. Y luego a sus compañeros.

Conan luchaba como una bestia, en un silencio solo roto por ocasionales jadeos. Las zarpas deformes del monstro lo agarraban y tiraban de él mientras las fauces abiertas buscaban su garganta. De pronto Murilo vio un espacio abierto y golpeó con la silla con todas sus fuerzas, suficientes para abrirle la cabeza a un humano. La silla resbaló por el cráneo inclinado de Thak, que, desorientado de repente, soltó su presa, y Conan aprovechó el momento, jadeante y ensangrentado, para saltar hacia delante y hundir el puñal en el corazón del hombre mono.

Temblando convulsamente, la bestia se incorporó a medias para luego desplomarse sobre la espalda. Los fieros ojos se vidriaron; los gruesos brazos temblaron, y de pronto quedó rígido.

Conan se puso en pie tambaleante, y se enjugó el sudor y la sangre de los ojos. El líquido rojo goteaba del puñal y de sus dedos, y trazaba espirales descendentes en muslos, brazos y pecho. Murilo hizo ademán de sostenerlo, pero el bárbaro se lo quitó de encima con impaciencia.

—Cuando no pueda tenerme en pie, será el momento de morir —masculló a través de los labios machacados—. Pero me bebería un galón de vino.

Nabonidus contemplaba la mole inmóvil como si no diera crédito a sus ojos. Negro, peludo, grotesco, el monstruo yacía envuelto en los jirones del hábito escarlata. Incluso así parecía más humano que bestia y despertaba una extraña y confusa compasión.

Hasta el cimerio la sintió cuando balbuceó:

—He matado a un hombre esta noche, no a una bestia. Lo contaré entre los caudillos cuyas almas he enviado a las tinieblas, y mis mujeres cantarán canciones sobre él.

Nabonidus se agachó y recogió un manojo de llaves sujetas con una cadena dorada. Habían caído del cinturón del hombre mono durante la pelea. Indicó a sus compañeros que lo siguieran y los condujo a una sala, abrió la puerta y los hizo pasar al interior. Estaba iluminada como las otras. El Sacerdote Rojo tomó una jarra de vino de una mesa y llenó tres vasos de cristal. Mientras sus compañeros bebían con ansia, murmuró:

—¡Menuda noche! Casi amanece, por lo que veo. ¿Qué haréis ahora, amigos míos?

—Curaré las heridas de Conan, si puedes proporcionarme vendas o algo parecido —dijo Murilo, y Nabonidus asintió y se dirigió hacia la puerta que daba al pasillo.

Algo en sus movimientos hizo que Murilo lo mirase con desconfianza. En la puerta, el Sacerdote Rojo se giró de repente. Su rostro había cambiado por completo. Los ojos brillaban con el antiguo fuego y de sus labios salía una risa silenciosa.

—¡Un hatajo de rufianes! —La voz sonó con su acostumbrado tono burlón—. ¡Pero no un hatajo de idiotas! ¡El idiota eres tú, Murilo!

—¿Qué quieres decir? —El joven aristócrata empezó a adelantarse.

—¡Atrás! —La voz de Nabonidus restalló como un látigo—. ¡Un paso más y te reviento!

Murilo quedó paralizado cuando vio que la mano del Sacerdote Rojo agarraba una soga de terciopelo que colgaba junto a las cortinas de la puerta.

—¿Qué traición es esta? —gritó Murilo—. Juraste…

—¡Juré que no le diría nada al rey de tus asuntos! No juré no encargarme personalmente de ti si podía. ¿Crees que voy a dejar pasar esta oportunidad? En circunstancia normales no me atrevería a matarte yo mismo sin autorización del rey, pero en este caso nadie lo sabrá. Desaparecerás en los tanques de ácido junto a Thak y esos necios nacionalistas; todos sois de inteligencia equivalente, al fin y al cabo. ¡Menuda noche, sí, menuda noche! He perdido valiosos sirvientes, pero me he deshecho de enemigos peligrosos. ¡Atrás! Estoy en el umbral y no me puedes alcanzar antes de que tire de la cuerda y te mande al infierno. Esta vez no va a ser el loto gris, sino algo más eficaz. Casi todas las habitaciones de mi casa son una trampa. En cuanto ti, Murilo, idiota, eres…

Demasiado rápido para seguirlo con la vista, Conan agarró un taburete y lo lanzó. Nabonidus levantó el brazo instintivamente con un grito, pero no llegó a

tiempo. El proyectil se estrelló contra la cabeza del Sacerdote Rojo, que se tambaleó y cayó de bruces sobre un charco carmesí que iba creciendo poco a poco.

—Así que tenía la sangre roja, después de todo —dijo Conan.

Murilo se pasó una mano temblorosa por el pelo apelmazado, y se apoyó en la mesa con las piernas temblándole de puro alivio.

—Ha amanecido —dijo—. Vámonos de aquí antes de topar con otra condenada maldición. Si logramos escalar el muro exterior sin que nos vean, nadie nos relacionará con lo ocurrido esta noche. Que la policía invente su propia explicación.

Contempló el cadáver del Sacerdote Rojo, tirado en el suelo sobre un fondo carmesí, y se encogió de hombros.

—Era un idiota, después de todo. Si no se hubiera parado a pavonearse, nos habría atrapado con facilidad.

—Bueno —dijo el cimerio, imperturbable—. Ha seguido el camino que acaban por seguir todos los rufianes. Me encantaría saquear la casa, pero supongo que es mejor que nos vayamos.

Mientras salían de la oscuridad al jardín bañado por la luz matutina, Murilo dijo:

—El Sacerdote Rojo se ha ido a las tinieblas, así que mi camino en la ciudad está libre de obstáculos y no tengo nada que temer. Pero ¿qué hay de ti? Está el asunto del sacerdote del Laberinto, y…

—Estoy harto de esta ciudad, de todos modos —gruñó el cimerio—. Dijiste algo de un caballo en el Nido de Ratas. Tengo curiosidad por ver la rapidez con que puede llevarme a otro reino. Hay muchos caminos que quiero recorrer antes de seguir el que Nabonidus ha cruzado esta noche.

# LA REINA DE LA COSTA NEGRA

## 1
## Conan se une a los piratas

*¿Crees que acaba el invierno sombrío,*
*que ceden las sombras su reino escarchado,*
*que lavan las lluvias el mar encrespado*
*y tiembla la luz entre niebla y rocío?*

*¿Crees que el oro sin fin del verano*
*se vierte en un pardo apagado y tardío,*
*preñado de sombra, temores y hastío,*
*que trae un otoño gastado y temprano?*

*Pues cree que el paso que en mí desemboca,*
*que lleva a mi alma, mi rostro, mi boca,*
*cerrado estará si así yo lo quiero.*

*Será precipicio cercado de espinas,*
*que solo abrirá sus negras esquinas*
*al hombre salvaje que ansío y espero.*
**—La canción de Bêlit**

**Los cascos del caballo resonaban en la calle que bajaba al puerto. Mientras gritaban y se apartaban, los transeúntes vieron de refilón una figura en cota de malla sobre un semental negro con una amplia capa escarlata ondeando al viento. Se oían a lo lejos el estrépito y los gritos de una persecución, pero el jinete no se volvió a mirar. Se lanzó hacia los muelles y detuvo bruscamente al caballo justo al borde del malecón, encabritándolo. Los marineros lo contemplaron asombrados, distribuidos entre los remos y bajo la vela de rayas de una ancha galera de proa alta que salía del puerto. El capitán, un hombre robusto de barba negra, estaba junto al bauprés, apartando el bajel del muelle con un bichero. Lanzó un grito de enojo cuando el jinete desmontó y aterrizó de un largo salto en plena cubierta.**

**—¿Quién te ha invitado a bordo?**

**—¡Zarpa de una vez! —rugió el intruso. Con un gesto feroz, agitó la espada que blandía y esparció gotas rojas por todas partes.**

**—Pero… ¡vamos a las costas de Kush! —manifestó el patrón.**

**—¡Pues voy a Kush! ¡Zarpa de una vez, maldición!**

**Lanzó un rápido vistazo a la calle, por la que descendía al galope un grupo de jinetes. Por detrás se acercaban a pie varios hombres, ballesta al hombro.**

**—¿Cómo vas a pagar tu pasaje? —quiso saber el capitán.**

**—¡Con acero! —rugió el desconocido, sin dejar de blandir la enorme espada que arrancaba destellos azules del sol—. ¡Por Crom que si no zarpas de una vez,**

empaparé la galera con la sangre de la tripulación!

El capitán, que no era tonto, lanzó una mirada al rostro crispado de cólera y cruzado de cicatrices del espadachín y ladró una orden mientras seguía empujando con el bichero los pilones del malecón. La galera se apartó del muelle y los remos empezaron a moverse rítmicamente. Un golpe de viento llenó la vela y empujó el ligero bajel, que surcó elegantemente las olas rumbo al mar.

En el muelle, los jinetes blandían las espadas, lanzaban amenazas, ordenaban que el barco diera media vuelta y gritaban a los ballesteros que se apresurasen antes de que la nave estuviera fuera de alcance.

—Que rabien —gruñó el espadachín—. Tú mantén el rumbo.

El capitán abandonó el pequeño puente, bajó a proa, se desplazó entre las filas de remeros y subió a cubierta. El extranjero tenía la espalda apoyada en el mástil, los ojos entrecerrados y la espada desenvainada. El patrón no dejaba de mirarlo, con cuidado de no hacer ningún movimiento hacia el largo cuchillo que pendía de su cinturón. El extranjero era alto y robusto, y vestía coraza de escamas negras, grebas relucientes y un casco de acero azul del que sobresalían dos cuernos pulidos. Por los hombros le caía una capa escarlata que ondeaba al viento. La vaina de la espada pendía de un amplio cinturón de cuero con hebilla dorada. Bajo el yelmo astado se desparramaba una espesa melena negra de corte recto que contrastaba con el azul intenso de los ojos.

—Ya que tenemos que viajar juntos —dijo el capitán—, será mejor que nos llevemos bien. Me llamo Tito, capitán con licencia de los puertos de Argos. Vamos hacia Kush a comerciar con los reinos negros. Llevamos abalorios, seda, azúcar y espadas con empuñadura de bronce. Lo cambiaremos por marfil, copra, cobre bruto, esclavos y perlas.

El espadachín miró hacia el puerto cada vez más lejano, donde diminutas figuras gesticulaban impotentes. Era evidente que les costaba trabajo encontrar un bote suficientemente rápido para alcanzar la galera.

—Soy Conan. Soy cimerio —respondió—. Vine a Argos a buscar trabajo, pero parece que las guerras han acabado y no había nada en lo que emplear mi espada.

—¿Por qué te perseguían los guardias? —preguntó Tito—. No es que sea asunto mío, pero a lo mejor…

—No tengo nada que ocultar —replicó el cimerio—. Por Crom, he pasado bastante tiempo en la civilización, pero sigo sin comprender muchas de vuestras costumbres.

»Anoche, un capitán de la Guardia Real ofendió en la taberna a la amante de un joven soldado, quien naturalmente se lo hizo pagar. Al parecer existe una absurda ley que prohíbe matar guardias, y la pareja de mozos tuvo que poner pies en polvorosa. Corrió la voz de que se me había visto con ellos, así que hoy me llevaron ante el juez, que me preguntó por su paradero. Le respondí que, dado que el soldado era mi amigo, no podía delatarlo. El tribunal se encabritó de rabia y el juez se puso a perorar sobre mi deber hacia el Estado, la sociedad y otras cosas que no entendí, y me ordenó revelarle adónde había huido mi amigo. Yo empezaba a enfadarme; ya había dejado clara mi postura, al fin y al cabo.

»Me tragué la cólera mientras el juez berreaba que había incurrido en desacato al tribunal y que debía pudrirme en una mazmorra hasta que delatase a mi amigo. Comprendí que estaban todos locos, así que desenvainé la espada, le partí la crisma al juez y me abrí paso a estocadas hasta salir del juzgado. Vi el semental del jefe de alguaciles atado cerca y me lancé al galope a los muelles, a

ver si encontraba un barco que me llevara lejos de aquí.

—Ya veo —dijo Tito, lacónico—. Los tribunales me han esquilmado más de una vez en mis pleitos con los comerciantes, así que no les guardo el menor aprecio. Tendré que responder a algunas preguntas cuando volvamos a ese puerto, pero puedo demostrar que actué bajo coacción. Puedes guardar la espada, por cierto. Somos marineros pacíficos y no tenemos nada contra ti. De hecho, nos vendrá bien tener un espadachín como tú a bordo. Ven a la popa y nos tomaremos una jarra de cerveza.

—Me parece bien —respondió el cimerio mientras envainaba la espada.

El *Argus* era una nave pequeña y robusta, representante típica de los barcos mercantes que partían de los puertos de Zingaria y Argos hacia el sur. No solían apartarse de la costa y pocas veces se aventuraban a mar abierto. Era de popa alta y proa curva, afilada. Ancha de manga, se curvaba grácilmente hacia los extremos. Marcaba el rumbo el largo remo de la popa, y navegaba propulsada principalmente por la enorme vela cuadrada de seda, complementada con un foque. Usaban los remos para las maniobras del puerto y en periodos de calma chicha. Había diez en cada lado, cinco a proa y otros tantos más cerca de la popa; bajo estas cubiertas se estibaba el cargamento más valioso. La tripulación dormía en cubierta o entre las bancadas de remos, y se protegía del mal tiempo con toldos. Veinte remeros, tres timoneles y el capitán completaban la tripulación.

El tiempo era bueno y el *Argus* navegaba veloz hacia el sur. El sol golpeaba inclemente día tras día, así que alzaron los toldos, de seda con rayas que combinaba con la vela mayor y los dorados de la proa y la borda.

Divisaron la costa de Shem, amplias praderas coronadas en la distancia por las blancas torres de las ciudades. Vieron jinetes de barba negroazulada y nariz ganchuda que contemplaban con suspicacia el paso de la galera. No desembarcaron allí, pues poco provecho había en el comercio con los hijos de Shem.

Tito tampoco echó el ancla en el golfo donde el río Estigio vaciaba su gigantesco caudal, junto a los castillos negros de Jemi que dominaban las aguas azuladas. No se desembarcaba sin permiso en aquel puerto, donde se decía que oscuros sacerdotes trenzaban terribles sortilegios inmersos en el humo de los sacrificios, sobre altares eternamente manchados de sangre en los que gritaban las mujeres desnudas y Set, la vieja serpiente, archidemonio de los hibóreos y dios de los estigios, retorcía los brillantes anillos en medio de sus adoradores.

Tito pasó junto a aquel golfo de aguas cristalinas dando un amplio rodeo y no se detuvo ni siquiera cuando una góndola con proa en forma de serpiente salió de la costa almenada con la cubierta repleta de mujeres desnudas con enormes flores rojas en el pelo, que no dejaban de llamar a los marineros en poses seductoramente obscenas.

El paisaje cambió y dejaron de verse las torres en tierra firme. Habían cruzado la frontera meridional de Estigia y navegaban frente a las costas de Kush.

El mar y las costumbres de los marineros eran misterios insondables para Conan, cuyo hogar estaba entre las elevadas colinas de las tierras altas septentrionales. La recia tripulación lo contemplaba con interés y fascinación, pues pocos de ellos habían visto a nadie de su raza.

Eran típicos marineros argóseos, bajos y robustos. Conan destacaba en altura, y pocos podían igualar su fuerza. Eran fuertes y recios, pero el bárbaro tenía la resistencia y la vitalidad de un lobo, con músculos de acero y nervios aguzados

por la dureza de la vida en tierras salvajes. Era de risa rápida y de ira veloz y aterradora. Comía vorazmente, y la bebida fuerte era su pasión y su debilidad. Ingenuo como un niño en muchos aspectos, no acostumbrado del todo a las triquiñuelas del mundo civilizado, era de inteligencia despierta, defensor de sus derechos y peligroso como un tigre hambriento. Aún era joven, pero las guerras y los viajes lo habían curtido y su paso por numerosos países saltaba a la vista en su atuendo. El yelmo astado era característico de los rubios aesires de Nordheim; la coraza y las grebas eran muestras de la fina artesanía kothiana; la delicada cota de malla que le cubría brazos y piernas era nemedia; la espada que llevaba al cinto procedía de Aquilonia, y la espléndida capa escarlata solo podía haberse tejido en Ofir.

Siguieron hacia el sur y el capitán Tito se mantuvo ojo avizor, en busca las aldeas rodeadas de empalizadas de madera de los negros, pero en su lugar encontró ruinas humeantes sobre las que yacían decenas de cadáveres. Tito lanzó una maldición.

—En otros tiempos hice buenos tratos aquí. Esto es obra de piratas.

—¿Qué pasa si los encontramos? —preguntó Conan mientras desenvainaba.

—La mía no es una nave de guerra. Huimos; no luchamos. Pero si hubiera un enfrentamiento, no sería la primera vez que derrotáramos a los saqueadores. A menos que sea la *Tigresa* de Bêlit.

—¿Quién es Bêlit?

—La diablesa más salvaje que puedas imaginar. Si no me equivoco, fueron sus matarifes los que destruyeron la aldea. ¡Ojalá algún día la veamos colgada de la amura! La llaman la Reina de la Costa Negra. Es una shemita que capitanea un barco de negros. Hostigan la navegación y han enviado al fondo del mar a muchos buenos comerciantes.

Tito sacó de debajo de la cubierta de popa varios jubones acolchados, cascos de acero, arcos y flechas.

—Si nos alcanzan, la resistencia no tendrá mucho sentido—gruñó—. Pero me parte el alma la idea de entregar la vida sin luchar.

El vigía dio la alarma justo al amanecer. En el extremo de una isla, a estribor, divisó una silueta esbelta y letal: una galera serpentina con una cubierta alta que la recorría de proa a popa. Cuarenta remos a cada lado la empujaban velozmente por las aguas, y la borda baja bullía de negros desnudos que cantaban y golpeaban con las lanzas los escudos ovalados. Del palo mayor pendía un largo estandarte escarlata.

—¡Bêlit! —gritó Tito, pálido—. ¡Timonel! ¡Media vuelta! ¡Hacia la desembocadura de ese río! Si conseguimos embarrancar antes de que nos alcancen, tendremos una posibilidad de salir con vida.

El *Argus* viró velozmente y enfiló las olas que rompían contra la playa rematada por palmeras. Tito iba de un lado a otro exhortando a los remeros. El capitán tenía la barba negra erizada y le brillaban los ojos.

—Dame un arco —pidió Conan—. Nunca me ha parecido un arma de hombres, pero aprendí a usarlo entre los hirkanios y malo será que no acierte a uno o dos de esos piratas.

Tomó posición en la popa y contempló la figura serpentina que se deslizaba sobre las aguas. Incluso a él, hombre de tierra firme, le pareció evidente que el *Argus* no ganaría la carrera. Del barco pirata surgieron varias flechas que se hundieron inocuamente en el agua, a menos de veinte pasos de la popa.

**—Es mejor que les hagamos frente —gruñó el cimerio—. O nos acribillarán por la espalda sin que podamos devolverles el golpe.**

**—¡Más deprisa, perros! —rugió Tito con un gesto airado del puño.**

**Los barbudos remeros gruñeron, se agarraron con más fuerza a los remos y forzaron los músculos cuanto podían, bañados por un copioso sudor. El maderamen de la recia galera se lamentó ante el fiero empuje de los marineros. El viento había cesado y la vela colgaba flácida del mástil. Los piratas estaban cada vez más cerca y aún les quedaba una milla hasta la costa cuando uno de los timoneles cayó entre gorgoteos, con una larga flecha clavada en el cuello. Tito tomó su lugar y Conan, tras afirmar los pies en la bamboleante cubierta, alzó el arco. Podía ver perfectamente el barco pirata: los remeros se protegían con una hilera de manteletes alzados por toda la borda, pero distinguía sin problemas a los guerreros que bailaban en la estrecha cubierta. Estaban pintados y se adornaban con plumas; iban desnudos casi por completo, blandían lanzas y llevaban escudos moteados.**

**En lo alto de la proa se divisaba un figura esbelta cuya blancura contrastaba con las lustrosas pieles de ébano que la rodeaban. Era Bêlit, sin duda. Conan se llevó la cuerda a la oreja y apuntó. Unos escrúpulos que no llegó a comprender le desviaron la mano en el último momento, y la flecha acabó clavada en el cuerpo de un lancero emplumado, junto a la mujer.**

**Palmo a palmo, la galera pirata iba dando alcance al otro barco. Una lluvia de flechas cayó sobre el *Argus* y los marineros estallaron en gritos. Los timoneles habían sido abatidos y solo Tito manejaba el enorme remo, sin dejar de proferir maldiciones, los brazos nudosos totalmente rígidos. De pronto lanzó un suspiro y cayó, el recio corazón atravesado por una flecha. El *Argus* quedó a la deriva. La tripulación, desconcertada, se puso a gritar, y Conan se hizo cargo de la situación a su característica manera.**

**—¡Vamos, muchachos! —rugió mientras soltaba la cuerda del arco—. ¡Agarrad las espadas y dadles a esos perros unas cuantas estocadas antes de que os degüellen! ¡Es inútil que os sigáis deslomando! ¡Nos abordarán antes de que recorramos cincuenta pasos!**

**Los marineros abandonaron sus puestos y se lanzaron desesperados a por las armas, tan valiente como inútilmente. Una nueva lluvia de flechas cayó sobre ellos antes de que los piratas los abordasen. Sin nadie al timón, el *Argus* se desvió a un costado y la afilada proa del barco pirata se incrustó en medio. Los garfios de abordaje hicieron presa en la galera, y los piratas negros arrojaron una andanada de lanzas que atravesó los jubones acolchados de los marineros, tras lo cual se lanzaron al otro barco para terminar la matanza. En la cubierta del barco pirata yacía media docena de cadáveres, tributo a la puntería de Conan.**

**La lucha por el *Argus* fue breve y sangrienta. Los robustos marineros no eran rivales para los altos bárbaros, que los despedazaron sin miramientos. En la otra punta del barco, sin embargo, la batalla había dado un curioso giro. Conan, en la elevada popa, estaba al nivel de la cubierta pirata. Mientras la afilada proa atravesaba el *Argus*, soltó el arco, se preparó para el impacto y se mantuvo en pie. Un alto corsario que se lanzó desde la borda fue recibido en pleno salto por la espada del cimerio, que lo cortó limpiamente por la mitad, de modo que el torso cayó a un lado y las piernas al otro. Tras esto, con un estallido de furia que dejó un montón de cuerpos destrozados en cubierta, Conan saltó por la borda y aterrizó en el puente de la *Tigresa*.**

**De pronto se convirtió en el ojo de un huracán de lanzas y porras. Pero se movía a una velocidad cegadora, de modo que las lanzas resbalaban en su coraza o se clavaban en el aire, mientras su espada entonaba una canción de muerte y destrucción. Envuelto en la locura homicida característica de su pueblo y con la vista velada por una rabia roja e irracional, abrió cráneos, aplastó pechos, cortó brazos, desparramó entrañas, y colmó la cubierta de una cosecha de sesos y sangre.**

**Con la espalda contra el mástil y protegido por la coraza, amontonó cuerpos destrozados a sus pies hasta que sus enemigos retrocedieron, jadeantes de furia y miedo. De pronto, mientras preparaban las lanzas para acometerlo y él se disponía a saltar y morir entre ellos, un grito congeló la escena. Todos quedaron inmóviles como estatuas, los gigantescos negros agarrados a sus lanzas; el espadachín acorazado, a su hoja goteante.**

**Bêlit se abrió paso entre los negros, que abatían sus lanzas. Se volvió hacia Conan, el pecho jadeante, los ojos en llamas. Fieros dedos de admiración hacían presa en su alma. Era esbelta, esculpida como una diosa: flexible y de curvas generosas a un tiempo, ataviada únicamente con un amplio ceñidor de seda. Los miembros marfileños y los blanquísimos pechos alborotaron la sangre del cimerio a pesar de la furia del combate. El sedoso pelo, negro como una noche estigia, se desparramaba en ondas bruñidas por la espalda. Los ojos oscuros y fieros se clavaron en el bárbaro.**

**Era indómita como un viento del desierto, ágil y peligrosa como una pantera. Haciendo caso omiso de la enorme espada, de la que goteaba la sangre de sus guerreros, se acercó Conan hasta rozar la hoja con el muslo. Los rojos labios se separaron mientras hundía la mirada en los sombríos y amenazadores ojos del bárbaro.**

**—¿Quién eres? —preguntó—. Por Istar, nunca había visto nada igual, aunque he asolado este mar desde las costas de Zingaria hasta los fuegos del extremo sur. ¿De dónde vienes?**

**—De Argos —respondió lacónico, atento a la menor traición.**

**Si la esbelta mano de la mujer se hubiera movido hacia el puñal enjoyado que llevaba al cinto, un manotazo la habría enviado inconsciente al suelo. Pero en el fondo, Conan no tenía miedo; había estrechado en sus brazos de hierro a demasiadas mujeres, civilizadas o no, para no reconocer la luz que ardía en los ojos de aquella.**

**—¡No eres un hibóreo blanducho! —exclamó Bêlit—. Eres fiero y duro como un lobo gris. Esos ojos nunca han sido velados por las luces de la ciudad; esos músculos nunca se han anquilosado entre paredes de mármol.**

**—Soy Conan. Cimerio.**

**Para los habitantes de aquellas regiones exóticas, el norte era un reino medio legendario poblado de gigantes feroces de ojos azules que en ocasiones descendían de sus fortalezas heladas con antorchas y espadas. Sus incursiones nunca habían llegado lo bastante al sur para alcanzar Shem, y aquella mujer shemita no hacía distinción entre vanires, aesires y cimerios. Con el instinto inequívoco de la feminidad, sabía que había encontrado a su amante, y la raza a la que perteneciese le importaba menos que nada, salvo para recubrirlo con el encanto de las tierras lejanas.**

**—Soy Bêlit —gritó en un tono en el que lo mismo podía haber dicho: «Soy una reina»—. ¡Mírame, Conan! —Abrió los brazos—. Eres frío como las montañas que**

te criaron, tigre del norte. ¡Tómame y aplástame con tu fiero amor! ¡Ven conmigo a los confines del mundo, hasta el borde mismo del mar! ¡Soy reina por derecho de fuego, acero y muerte! ¡Sé mi rey!

Los ojos de Conan examinaron las hileras de guerreros cubiertos de sangre, en busca de expresiones de ira o celos. No había rabia alguna en los negros rostros. Comprendió que para aquellos hombres Bêlit era más que una mujer: era una diosa de voluntad incuestionable. Miró hacia el *Argus*, que cabeceaba escorado entre aguas carmesíes, con la cubierta inundada, sujeto solo por los garfios de abordaje. Contempló la costa y las lejanas brumas del mar, y por último miró la figura trémula que tenía enfrente. Su espíritu bárbaro se estremeció de emoción. Recorrer aquel reino azul con aquella joven tigresa de piel blanca; amarla, reír, viajar y saquear…

—Navegaré contigo —gruñó mientras sacudía la sangre de su espada.

—¡Eh, N'Yaga! —La voz vibró como una cuerda de arco—. ¡Trae hierbas y venda las heridas de tu amo! Los demás, traed a bordo el botín y soltad amarras.

Mientras Conan, sentado con la espalda apoyada en la popa, dejaba que el viejo chamán le curase los cortes de manos y brazos, la carga del malhadado *Argus* fue estibada en la *Tigresa*, en los pequeños camarotes que había bajo la cubierta. Los cadáveres de la tripulación y de los piratas caídos en el combate se arrojaron al mar, donde ya se arracimaba un enjambre de tiburones, mientras los heridos yacían en cubierta esperando su turno. Se retiraron los garfios de abordaje del *Argus* y, mientras la galera se hundía en silencio en las aguas ensangrentadas, la *Tigresa* se dirigió hacia el sur impulsada por el golpeteo rítmico de los remos.

Mientras surcaban las cristalinas profundidades azules, Bêlit se acercó a la popa. Los ojos le ardían como los de una pantera en la oscuridad al quitarse el ceñidor, los adornos y las sandalias. Los apartó de una patada. De puntillas y con los brazos en alto, una esbelta silueta blanca y trémula, gritó en dirección a la horda que la observaba:

—¡Lobos de mar! ¡Contemplad la danza de apareamiento de Bêlit, cuyos padres fueron reyes en Askalón!

Se puso a bailar, girando como un torbellino, vibrante como una llama inextinguible, fiera como el ansia de vida y el deseo de muerte. Los blancos pies volaban sobre la cubierta manchada de sangre, y los moribundos olvidaban la muerte con solo mirarla. De pronto, como las estrellas que asoman a través del manto de terciopelo del ocaso, su cuerpo se convirtió en un borrón de fuego marfileño que se arrojó a los pies de Conan. El torrente cegador del deseo del cimerio hizo desaparecer todo lo demás mientras estrechaba aquel cuerpo jadeante contra las placas negras de su armadura.

## 2
## El loto negro

*La muerte me aguarda, en fango velada,*
*oculta en ciudades de piedras roídas,*
*paciente y hambrienta de sangre y de vidas,*
*de diente aguzado y garra afilada.*

*Impía visión que nubla mis ojos,*

*deforme y siniestra, hedionda y maldita,*
*que vuelve mi alma pesada y marchita,*
*y deja a su paso tan solo despojos.*

*Con fauces rabiosas, con besos cortantes,*
*con garras hambrientas, con dedos sajantes*
*en negra demencia mi alma zambullo.*

*¿Es miedo, zozobra o amor lo que siento?*
*¿Es rabia aquello que suena en el viento?*
*¿O es la locura haciéndome suyo?*
**—La canción de Bêlit**

**La *Tigresa* cruzaba el mar y las aldeas negras temblaban. Los tambores sonaban en la noche y relataban cómo la diablesa del mar había encontrado pareja, un hombre de hierro cuya ira era la de un león herido. Los supervivientes de las naves estigias destrozadas maldecían a Bêlit y al guerrero blanco de fieros ojos azules. Los príncipes estigios tardarían en olvidarlo y su recuerdo se convertiría en un árbol amargo de fruta carmesí en los siguientes años.**

**Despreocupada como el viento errante, la *Tigresa* recorrió las costas meridionales hasta que echó el ancla a orillas de un río ancho y sombrío, de orillas ocultas tras una misteriosa selva multicolor.**

**—Ese es el río Zarjiba, cuyo nombre significa «muerte» —dijo Bêlit—. Sus aguas son venenosas. ¿Ves lo oscuras y turbias que bajan? Solo viven en él reptiles venenosos. Los negros lo evitan. Una vez, una galera estigia lo remontó para huir de mí y le perdí la pista. Anclé aquí mismo, y varios días más tarde vimos volver la galera por las negras aguas, con la cubierta desierta y manchada de sangre. Solo había un hombre a bordo; había perdido la razón y murió poco después entre balbuceos. El cargamento estaba intacto, pero la tripulación se había esfumado en el silencio y el misterio.**

**»Mi amor, creo que hay una ciudad río arriba. Los marinos que se han atrevido a adentrarse hablan de murallas y torres gigantescas divisadas a lo lejos. Juntos no tememos nada, Conan. Vamos a saquear esa ciudad.**

**Conan se mostró de acuerdo, tal como solía hacer. Era ella quien planeaba y dirigía los ataques, y él, quien llevaba a cabo los planes. No le importaba gran cosa adónde navegaban o contra quién luchaban, en tanto navegasen y luchasen. Le parecía que llevaba una buena vida.**

**Las batallas y las incursiones habían hecho mella en la tripulación. Solo quedaban unos ochenta lanceros, apenas suficientes para manejar la larga galera. Pero Bêlit no quería perder tiempo viajando a los reinos insulares del sur en los que reclutaba a sus bucaneros. Estaba impaciente por lanzarse a una nueva empresa, así que la *Tigresa* se internó en la boca del río. Los remeros bogaban con brío para enfrentarse a su caudal.**

**Rebasaron el extraño recodo que cerraba la vista al mar, y el ocaso los encontró luchando contra la perezosa corriente y evitando bancos de arena en los que se enroscaban extraños reptiles. No vieron cocodrilos ni ninguna otra bestia de cuatro patas; tampoco divisaron ningún pájaro que descendiera a beber. Siguieron río arriba atravesando la oscuridad que precede a la salida de la luna, flanqueados por orillas que parecían empalizadas de oscuridad. De allí salían**

misteriosos susurros y el sonido de pisadas furtivas, y a veces asomaban siniestros ojos resplandecientes. En una ocasión se oyó una voz inhumana de tono burlón que Bêlit identificó como la de un mono, y añadió que las almas de los perversos quedaban atrapadas en aquellas criaturas de aspecto semihumano como castigo por sus crímenes. Conan no estaba tan seguro, pues una vez había visto en una ciudad hirkania un animal de ojos infinitamente tristes, que al parecer era un mono, entre los barrotes de una jaula; no había percibido en él la malevolencia demoniaca que vibraba en la risotada que resonaba en la negra selva.

Salió la luna, un círculo rojizo veteado de ébano, y la selva entera se convirtió en una algarabía espantosa. Los guerreros negros se estremecieron ante los rugidos, aullidos y chillidos, pero Conan se dio cuenta de que procedían de la espesura, como si las bestias temieran tanto como los hombres las negras aguas del Zarjiba.

Sobre la densa y oscura masa de árboles la luna teñía el río de plata, y la estela del barco se convirtió en una ondulación de burbujas fosforescentes que se ensanchaban como una calzada empedrada de diamantes. Los remos se hundían en el agua brillante y se alzaban bañados en plata escarchada. Las plumas de los tocados de los guerreros se mecían al viento, y relucían las gemas de las empuñaduras y arneses.

La fría luz arrancaba fuego de las joyas encastradas en los negros rizos de Bêlit, tumbaba en una piel de leopardo en la cubierta. Apoyada en los codos, la barbilla sobre las delicadas manos, no apartaba la vista de Conan, tendido a su lado. Los ojos de Bêlit eran como diamantes negros que relucían a la luz de la luna.

—Estamos rodeados de misterio y terror, Conan, y nos adentramos en un reino de horror y muerte —dijo—. ¿Tienes miedo?

La única respuesta que recibió fue un encogimiento de hombros.

—Tampoco lo tengo yo —añadió meditabunda—. Nunca lo he tenido. Me he asomado demasiadas veces a las fauces desnudas de la muerte. Dime, Conan, ¿temes a los dioses?

—No pisaría su sombra —dijo el bárbaro con cautela—. Algunos dioses disfrutan ayudando y otros haciendo daño, o al menos eso dicen los sacerdotes. El Mitra de los hibóreos debe de ser poderoso, pues su gente construyó ciudades por todas partes. Pero hasta los hibóreos temen a Set. Bel, el dios de los ladrones, es un buen dios. Cuando era ladrón en Zamora aprendí mucho de él.

—¿Qué hay de tus dioses? Nunca te he oído invocarlos.

—El principal es Crom. Mora en una gran montaña. ¿De qué serviría invocarlo? Le importa poco si vivimos o morimos. Mejor pasar desapercibido que atraer su atención, pues lo que envía son maldiciones, no fortuna. Es frío y taciturno, pero cuando nacemos nos insufla en el alma poder para luchar y matar. ¿Qué más puede pedir un hombre a los dioses?

—¿Y qué me dices de los mundos de más allá del río de la muerte? —insistió.

—En la religión de mi pueblo no hay esperanza, ni aquí ni en el más allá —respondió Conan—. En esta vida la gente lucha y sufre en vano, y solo encuentra placer en la resplandeciente locura de la batalla. Tras la muerte, las almas van a parar a un reino gris cubierto de niebla, nubes y vientos helados, por el que vagan desconsoladas durante toda la eternidad.

Bêlit se estremeció.

—La vida, por mala que sea, es mejor que un destino como ese. ¿En qué crees

tú, Conan?

El cimerio encogió los anchos hombros.

—He conocido muchos dioses. Aquel que niegue su existencia está tan ciego como aquel que confíe en ellos sin dudar. No busco nada al otro lado de la muerte. Quizá no haya más que la negrura infinita que proclaman los escépticos nemedios, o el reino de hielo y nubes de Crom, o las llanuras nevadas y los salones abovedados del Valhala de los hombre de Nordheim. No lo sé ni me importa. Quiero vivir con intensidad mientras pueda; saborear la carne roja y sentir el picor del vino en el paladar; notar el abrazo cálido de un cuerpo acogedor; experimentar el júbilo enloquecedor de la batalla, cuando las espadas brillan azules y carmesíes. Eso me basta. Que los sabios, los filósofos y los sacerdotes se devanen los sesos dilucidando qué es realidad y qué es ficticio. Solo sé una cosa: si la vida es una quimera, también lo soy yo; por tanto, la quimera es real para mí. Vivo, me abraso en la vida, amo, mato… Es suficiente.

—Pero los dioses son reales. —Ella seguía su propia línea de pensamiento—. Y por encima de todos están los dioses de los shemitas: Istar, Ashtoreth, Derketo y Adonis. Bel también es shemita, pues nació en la antigua Shumir hace mucho tiempo y se fue de allí entre risas, con su barba rizada y sus ojos burlones y sabios, para robar las gemas de los reyes de antaño.

»Hay vida más allá de la muerte, de eso estoy segura. Y también de otra cosa, Conan de Cimeria. —Se puso de rodillas y lo abrazó con un ansia felina—. ¡Mi amor es más fuerte que la muerte! He yacido entre tus brazos; he gemido con la violencia de tu amor; me has tomado, aplastado, conquistado; has arrastrado mi alma a tus labios con la fiera pasión de tus besos. Mi corazón está engarzado en el tuyo. ¡Mi alma es parte de tu alma! Si estuviera muerta y luchases por tu vida, volvería de los abismos para ayudarte. ¡Sí!, ¡aunque mi espíritu flotara con velas púrpuras por el mar de cristal del paraíso o se retorciera entre las llamas abrasadoras del infierno! Soy tuya, y ni todos los dioses del mundo, ni siquiera la eternidad misma, pueden separarnos.

Se oyó un grito procedente del vigía de proa. Conan apartó a Bêlit, se puso en pie y trazó con la espada un arco de plata bajo la luna mientras la desenvainaba. Se le pusieron los pelos de punta al ver que el guerrero negro colgaba sobre la cubierta, sujeto por lo que parecía la flexible rama negra de un árbol que se arqueaba sobre la borda. Se dio cuenta en ese momento de que se trataba de una serpiente gigantesca que había subido a cubierta y había agarrado al desgraciado vigía con las fauces. Las chorreantes escamas brillaban pálidas bajo la luz de la luna mientras la criatura se erguía sobre la cubierta, donde el pobre diablo gritaba y se debatía como un ratoncillo a merced de una pitón. Conan echó a correr hacia la proa y de un golpe de espada atravesó casi por completo el enorme cuerpo, más ancho que el de un hombre. La sangre salpicó la cubierta mientras el monstruo agonizante se deslizaba fuera del barco, aún con su víctima agarrada, y se sumergía en el río, llenando el agua de una espuma sanguinolienta bajo la que hombre y reptil acabaron por desvanecerse.

Conan se encargó de la guardia siguiente, pero ningún otro horror trepó de las turbias profundidades y, mientras el amanecer iluminaba la selva, divisó entre los árboles los negros colmillos de un grupo de torres. Llamó a Bêlit, que dormía en cubierta envuelta en su capa escarlata; la mujer echó a correr hacia él con los ojos resplandecientes. Abrió los labios para ordenar a sus guerreros que cogieran los arcos y las lanzas y, de pronto, se quedó inmóvil.

No era más que el fantasma de una ciudad lo que vieron cuando la selva se abrió en un claro, tras un recodo del río. Los destartalados muelles de piedra estaban cubiertos de algas y malas hierbas, igual que el pavimento destrozado de lo que habían sido anchas calles, espaciosas plazas y amplios patios. La selva había tomado la ciudad por todos lados excepto el que daba al río, cubriendo las columnas desmoronadas y los montículos de cascotes de un verde ponzoñoso. Aquí y allá se alzaban tambaleantes torres hacia el cielo de la mañana y pilares destrozados sobresalían entre los muros medio caídos. En el centro había una pirámide de mármol coronada por una fina columna en cuyo pináculo se encontraba sentado o agachado lo que Conan supuso que era una estatua, hasta que sus agudos ojos detectaron que estaba vivo.

—Es un gran pájaro —dijo uno de los guerreros, mirando desde la proa.

—Es un murciélago gigante —replicó otro.

—No es más que un simio —dijo Bêlit.

Justo en ese momento, la criatura extendió unas alas enormes y echó a volar hacia la selva.

—Un mono alado —dijo inquieto el viejo N'Yaga—. Más nos valdría degollarnos que ir a ese lugar. Está hechizado.

Bêlit se burló de sus temores supersticiosos, y ordenó tomar tierra y amarrar la galera a los muelles en ruinas. Fue la primera en desembarcar, seguida de cerca por Conan. Tras ellos se arracimaban los piratas de piel de ébano, las blancas plumas mecidas por el viento matutino, las lanzas listas y los ojos clavados en la selva con temor.

Sobre ellos se extendía un silencio tan siniestro como una serpiente dormida. Bêlit caminaba entre los escombros; su cuerpo vital y esbelto contrastaba extrañamente con la desolación y la ruina que la rodeaban. El sol subía lentamente en el cielo, arrancaba desganados destellos de oro de las torres y poblaba de sombras acechantes las paredes desmoronadas. Bêlit señaló una estrecha torre redonda que se tambaleaba sobre su base medio podrida. Un grupo de losas medio rotas y cubiertas de hierba conducían a ella, flanqueadas por columnas caídas, y ante la torre se alzaba un enorme altar. Bêlit cruzó el antiquísimo suelo y se detuvo ante él.

—Es un templo de los antiguos —dijo—. Mirad, podéis ver las acanaladuras por las que fluía la sangre a los lados del altar. Ni diez mil años de lluvias han podido borrar las manchas oscuras que lo cubren. Quizá hayan caído las murallas, pero este bloque de piedra desafía el tiempo y los elementos.

—Pero ¿dónde están esos antiguos? —quiso saber Conan.

Ella abrió los brazos en un gesto de impotencia.

—Ni siquiera en las leyendas más arcanas se menciona esta ciudad. ¡Mira los asideros de los lados del altar! Los sacerdotes solían ocultar sus tesoros bajo ellos. Cuatro de vosotros, probad a ver si podéis moverlo.

Se hizo a un lado para dejarles sitio, sin apartar la vista de la torre que se inclinaba sobre ellos. Tres de los negros más fuertes habían agarrado los asideros, curiosamente inadecuados para manos humanas, cuando de pronto Bêlit soltó un agudo grito. Se quedaron inmóviles y Conan, que iba a ayudarlos, dio media vuelta entre maldiciones.

—Una serpiente en la hierba —dijo ella mientras retrocedía—. Ven a matarla. Los demás, empujad la piedra con la espalda.

Conan se acercó rápidamente a Bêlit y otro tripulante ocupó su puesto.

Mientras examinaba la hierba con impaciencia en busca del reptil, los enormes negros asentaron firmemente los pies, gruñeron y empujaron con toda la fuerza de sus músculos, rígidos bajo la piel de ébano. El altar no se elevó, sino que giró. Al mismo tiempo se oyó un estruendo y la torre se derrumbó sobre los cuatro piratas, que quedaron destrozados bajo la mampostería destrozada.

Un grito de horror salió de las bocas de sus camaradas. Los finos dedos de Bêlit se clavaron en el brazo de Conan.

—No había ninguna serpiente —susurró—. Era una excusa para apartarte. Tenía miedo. Los antiguos guardaban bien sus tesoros. Vamos a apartar los cascotes.

Así lo hicieron, y no fue fácil. Luego retiraron los cuerpos destrozados de los cuatro piratas. Bajo ellos, manchada de sangre, descubrieron una cripta excavada en la piedra maciza. El altar, que tenía curiosos rodamientos y rieles de piedra en un lado, era la losa que la sellaba. De un solo vistazo comprobaron que la cripta estaba llena de un fuego líquido que atrapaba la luz del día con un millón de facetas relucientes. Ante los ojos de los boquiabiertos piratas se extendía riqueza que sobrepasaba sus sueños: diamantes, rubíes, sanguinarias, zafiros, turquesas, espectrolitas, ópalos, esmeraldas, amatistas y hasta gemas desconocidas que brillaban como los ojos de una mujer aviesa. La cripta estaba llena hasta los bordes de piedras resplandecientes a las que el sol de la mañana arrancaba destellos de fuego.

Con un grito, Bêlit cayó de rodillas entre los escombros manchados de sangre e introdujo los pálidos brazos en aquel estanque de esplendor. Cuando los retiró agarraba algo que le provocó un nuevo grito, una larga ristra de piedras carmesíes como coágulos de sangre congelada colgados de una cadena de oro. Su brillo convertía la luz dorada del sol en un resplandor sanguíneo.

A juzgar por sus ojos, Bêlit estaba en trance. El corazón shemita cae con facilidad en la borrachera cegadora de la riqueza y el esplendor material, y la visión de aquel tesoro habría hecho tambalearse incluso el alma del ahíto emperador de Shushan.

—¡Coged las joyas, perros! —La voz le temblaba de avaricia.

—¡Mirad!

Un musculoso brazo negro señaló la *Tigresa* y Bêlit dio media vuelta con un gruñido en los rojos labios, como si esperase encontrar un corsario rival que fuera a arrebatarle el botín. Pero por la borda de la nave asomó una figura oscura que echó a volar hacia la selva.

—El demonio ha estado en el barco —murmuraban los negros, intranquilos.

—¿Y qué? —dijo Bêlit entre maldiciones mientras se apartaba un mechón rebelde con una mano impaciente—. Haced una litera con los mantos y las lanzas para que podamos transportar las joyas. ¿Adónde diablos vas?

—A echar un vistazo a la galera —gruñó Conan—. Esa especie de murciélago podría haber abierto una vía de agua.

Echó a correr por el ruinoso muelle y saltó a bordo. Examinó con rapidez el casco y lanzó un juramento mientras contemplaba el lugar por el que se había desvanecido aquella criatura.

Volvió al lugar en el que estaba Bêlit, que supervisaba el saqueo de la cripta. Se había puesto el collar, y aquellos grumos rojos brillaban siniestros sobre el blanco pecho. Un enorme negro desnudo se había metido en la cripta y sacaba a puñados joyas que pasaba a las manos impacientes del exterior. Hileras de

**iridiscencia helada colgaban entre los negros dedos, gotas de fuego rojo caían de sus manos, chorros de luz estelar y arcoíris amontonados. Era como si un titán negro estuviera agazapado sobre el ardiente foso del infierno con las manos llenas de estrellas.**

**—Ese demonio volador ha roto los barriles de agua —dijo Conan—. Si no hubiéramos estado tan obnubilados por las piedras lo habríamos oído. Fuimos idiotas al no dejar a nadie de guardia. No podemos beber el agua del río. Iré con veinte hombres a buscar agua fresca en la selva.**

**Ella lo miró sin interés, los ojos nublados por una pasión arrebatadora, los dedos jugando con las gemas sobre el pecho.**

**—Muy bien —dijo ausente, casi sin hacerle caso—. Llevaré el botín a bordo.**

**La selva se cerró a su alrededor y volvió gris la dorada luz del día. En las arqueadas ramas verdes, las enredaderas se enroscaban como pitones. Los guerreros caminaban en fila, atravesando el crepúsculo primordial como fantasmas negros guiados por un espectro blanco.**

**La maleza no era tan densa como Conan esperaba. El suelo estaba húmedo, pero no embarrado. Al alejarse del río empezaba a ascender poco a poco. Se fueron internando más y más en las verdes profundidades ondulantes sin encontrar el menor rastro de agua: ni un arroyo ni un estanque. Conan se detuvo de pronto y los guerreros, tras él, se quedaron como estatuas. En el tenso silencio que siguió, el cimerio meneó la cabeza con irritación.**

**—Seguid adelante —le dijo a N'Gora, el subjefe—. Caminad hasta que no me veáis. Parad entonces y esperadme. Creo que nos siguen. He oído algo.**

**Los negros se agitaron, inquietos, pero hicieron lo que les ordenaba. Mientras se iban, Conan se ocultó rápidamente tras un enorme árbol y se quedó mirando el camino que habían recorrido. Cualquier cosa podía salir de aquella maraña densa y verde. Pero no ocurrió nada, y los sonidos de marcha de los lanceros se desvanecieron en la distancia. Conan se dio cuenta de pronto de que el aire estaba impregnado de un aroma extraño y exótico. Algo le acarició la frente, y dio media vuelta. En un grupo de troncos verdes de extrañas hojas, enormes flores se volvían hacia él. Parecía como si le hicieran señas mientras doblaban los tallos flexibles en su dirección. Se abrieron y se oyó un susurro, aunque no soplaba brisa alguna.**

**Retrocedió al darse cuenta de que se trataba del loto negro, cuyo jugo era la muerte y cuyo aroma provocaba un sopor atormentado. Pero ya sentía los efectos y, aunque intentó echar mano de la espada para cortar los tallos serpentinos, tenía el brazo dormido. Abrió la boca e intentó avisar a los guerreros, pero solo fue capaz de articular un gemido. De pronto, la selva empezó a girar a su alrededor y se volvió borrosa. No oyó los gritos que estallaban cerca de él mientras caía de rodillas y se desplomaba en el suelo. Sobre su cuerpo tumbado, las enormes flores cabeceaban en medio del aire inmóvil.**

## 3
## El horror de la selva

*El loto negro trajo un sueño fútil*
*poblado de fantasmas arruinados,*
*de regios chapiteles devastados*
*y gloria evanescida, rota, inútil.*

*Maldigo el sueño que extravió mi paso*
*que robó mi mundo con helados dedos,*
*escarbó con saña en antiguos miedos*
*y tiñó de sangre el sombrío ocaso.*

*Maldigo el tiempo en soñar usado,*
*en delirios sin sentido malgastado,*
*perdido en mil abismos sin luz y sin final.*

*Habré de enmendarlo con rabia y porfía*
*y borrar su imagen en la roja agonía*
*que sangra viscosa en mi fiero puñal.*
**—La canción de Bêlit**

**Viajaba en la oscuridad total de un vacío perfecto por el que soplaban los vientos del cosmos. Luego aparecieron imágenes vagas, evanescentes, monstruosas, que giraban en un paisaje siniestro que surgió de la nada, como si la propia oscuridad tomara forma. Los vientos soplaron y crearon un vórtice, un torbellino piramidal que oscuridad rugiente. De allí salieron la Forma y las Dimensiones. De pronto, como nubes que se dispersan, la oscuridad desapareció y una ciudad inmensa de oscura piedra verde se alzó a orillas de un ancho río que fluía por una llanura sin fronteras. Por la ciudad vagaban seres de aspecto extraño.**

**Aunque creados en el mismo molde que la humanidad, no eran humanos. Tenían alas y eran de proporciones gigantescas; no eran una rama del misterioso tronco de la evolución que habría de culminar en el hombre, sino el fruto maduro de un árbol ajeno, independiente. Se parecían al hombre en la misma medida en que este se asemejaba a los grandes simios. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran tan superiores al hombre como este al gorila. Pero cuando erigieron su ciudad colosal, los primitivos ancestros del hombre aún no habían salido del limo de los mares primigenios.**

**Eran mortales, como todo lo que es de carne y hueso. Vivían, amaban y morían, aunque la duración de sus vidas era inmensa. Tras incontables millones de años, empezó a producirse un cambio. La visión tembló como un cuadro pintado en una cortina agitada por el viento. Sobre la ciudad y el terreno pasaron las eras como las olas por una playa, y cada una de ellas transportaba modificaciones. De algún modo, el magnetismo del planeta cambiaba, y los glaciares y las planicies heladas se desplazaron hacia los nuevos polos.**

**Los alrededores del gran río se vieron alterados. Las llanuras se convirtieron en pantanos que bullían de apestosa vida reptiliana. Donde se habían extendido fértiles prados se alzaron bosques y densas selvas. El paso del tiempo también cambió a los habitantes de la ciudad. No se trasladaron a tierras mejores; razones incomprensibles para la humanidad los anclaban a la antigua ciudad y a su destino. Y mientras la tierra otrora fértil se hundía más y más en el fango negro de la sombría selva, las gentes de la ciudad se hundieron en el caos de la vida salvaje. La tierra se vio sacudida por terribles convulsiones; las noches estaban iluminadas por erupciones volcánicas que tachonaban el oscuro horizonte con columnas rojizas.**

**Tras un terremoto que echó abajo la muralla y las torres más altas de la**

ciudad, el río bajó negro durante días, lleno de una sustancia mortífera procedente de las profundidades subterráneas. No tardó en quedar claro que un aterrador cambio químico se había producido en las aguas que habían bebido durante incontables milenios.

Muchos murieron; en los supervivientes, el agua produjo modificaciones sutiles, graduales y siniestras. Al adaptarse a las condiciones del entorno, habían descendido muy por debajo de lo que habían sido. Pero las aguas letales los alteraron de un modo más terrible, de generación en generación, cada vez más bestiales. Ellos, que habían sido dioses alados, se convirtieron en demonios maniatados. Lo que quedaba del vasto conocimiento de sus antepasados estaba distorsionado y pervertido de una forma atroz. Habían llegado más arriba de lo que la humanidad podía soñar y se hundieron por debajo de las peores pesadillas del hombre. Murieron con rapidez, devorándose unos a otros, enzarzados en disputas sangrientas en la oscuridad de la selva a medianoche, hasta que solo quedó uno en las ruinas cubiertas de líquenes de la ciudad, una deforme aberración de la naturaleza.

Llegaron entonces los humanos. Hombres de rostro de halcón y piel oscura cubiertos de cobre y cuero, con arcos en la mano, guerreros de la Estigia prehistórica. Solo eran cincuenta, demacrados y hambrientos tras el largo viaje a través de la selva, cubiertos de vendajes manchados de sangre, indicios de una lucha encarnizada. En sus recuerdos se podía leer un relato de guerra y derrota, de huida ante una tribu más fuerte que los había empujado más y más al sur, hasta que se perdieron en el confuso océano verde de la selva y el río.

Agotados, se tumbaron entre las ruinas donde los capullos rojos que florecían una vez por siglo se mecían a la luz de la luna llena, y cayeron dormidos sobre ellos. Mientras dormían, una figura horrenda de ojos rojos salió reptando de entre las sombras y ejecutó ritos impíos sobre cada uno de los durmientes. La luna estaba alta en el cielo y pintaba la selva de rojo y negro. Sobre los durmientes pendían los capullos carmesíes, como coágulos de sangre. Luego, la luna se puso y los ojos del nigromante brillaron como gemas rojas en medio del ébano de la noche.

Cuando el alba extendió su manto blanco sobre el río no se veía hombre alguno; solo un peludo horror alado agazapado en mitad de un anillo de cincuenta hienas moteadas que alzaban el hocico hacia el cielo y aullaban como almas en pena.

Una escena siguió a la otra, tan deprisa que cada una le pisaba los talones a su predecesora. Hubo un manchón de movimiento, sombras que se retorcían y se mezclaban contra el fondo de la selva, la piedra verdosa y el turbio río. Hombres negros llegaban en largos botes con calaveras sonrientes en la proa, o atravesaban la selva a golpe de lanza. Huyeron entre gritos en la oscuridad, perseguidos por ojos rojos y colmillos babeantes. Los aullidos de los moribundos se perdían en las sombras; pies sigilosos surcaban las tinieblas y ojos de vampiro resplandecían con luz roja. Hubo banquetes macabros bajo la luna, cuyo disco cruzaba una y otra vez una silueta de murciélago que aleteaba incansable.

De pronto, nítida en contraste con aquellos atisbos impresionistas, apareció una larga galera por el recodo del río, cubierta de brillantes cuerpos de ébano y con un fantasma blanco de acero azul sobre la proa.

En ese momento, Conan se dio cuenta de que estaba soñando. Hasta entonces no había sido consciente de su propia existencia, pero al verse en la proa de la

*Tigresa* **supo quién era y comprendió que soñaba, aunque no despertó.**

**Mientras se preguntaba qué ocurría, la escena cambió de repente a un claro de la selva donde N'Gora y diecinueve lanceros parecían esperar a alguien. Comprendió que lo esperaban a él y, justo en ese momento, el horror atacó desde el cielo y el ánimo de los piratas se desbarató en aullidos de pánico. Enloquecidos de terror, tiraron las armas y echaron a correr sin orden ni concierto por la selva, seguidos de cerca por la oscura monstruosidad que batía las alas sobre ellos.**

**El caos y la confusión siguieron a estas imágenes, y Conan luchó débilmente por despertarse. De pronto se vio bajo un grupo de flores negras cabeceantes, mientras una figura horrenda reptaba hacia él desde los arbustos. Con un tremendo esfuerzo, rompió los hilos invisibles que lo ataban al sueño y se puso en pie.**

**Perplejo, descubrió que estaba en el lugar en el que había soñado consigo mismo. Cerca de él se balanceaba el loto negro, y se apresuró a apartarse.**

**En el esponjoso suelo había huellas, como si un animal se hubiera parado allí, preparado para salir de un salto de entre los arbustos, y luego hubiera retrocedido. Parecía el rastro de una hiena increíblemente grande.**

**Llamó a N'Gora a gritos. Un silencio primigenio se cernía sobre la selva, y sus gritos resonaron huecos y burlones. No podía ver el sol, pero sus bien entrenados instintos de salvaje le dijeron que faltaba poco para el anochecer. Sintió pánico al darse cuenta de que había pasado varias horas inconsciente. Siguió a toda velocidad las huellas de los lanceros, que se veían con claridad en el suelo húmedo. Corrían en fila de a uno, y no tardó en salir a un claro que reconoció con un escalofrío como el que había visto en sus sueños de loto. Escudos y lanzas estaban tirados por todas partes, como si se hubieran deshecho de ellos en su huida.**

**Por las huellas que salían del claro y se adentraban en la espesura, Conan supo que los lanceros habían huido en desbandada. Las pisadas se superponían y serpenteaban sin sentido entre los árboles. De pronto, el cimerio salió de la selva y se encontró en una colina de roca que ascendía abruptamente hasta morir en un empinado precipicio de más de quince varas de altura. Había algo acuclillado justo al borde.**

**Al principio creyó que se trataba de un enorme gorila negro, pero luego vio que era un hombre gigantesco agachado como un mono, con los largos brazos colgando; le salía espuma de los labios abiertos. Hasta que la criatura alzó las enormes manos y se lanzó en su dirección con un sollozo, Conan no reconoció a N'Gora. Este no prestó atención al grito del cimerio mientras cargaba, con los ojos desorbitados, los dientes apretados y el rostro convertido en una máscara inhumana.**

**Con todo el vello erizado a causa del horror que la locura inspira en los cuerdos, Conan atravesó al negro con la espada. Luego, esquivando las manos engarfiadas que intentaban agarrarlo mientras caían, se acercó al borde del precipicio.**

**Contempló las afiladas rocas de abajo donde yacían los lanceros de N'Gora en posturas rotas y torcidas, indicios claros de extremidades aplastadas y huesos rotos. Ninguno se movía. Una nube de moscardones zumbaba sobre las piedras manchadas de sangre, y las hormigas ya correteaban hacia los cadáveres. En los árboles de alrededor se veían aves rapaces; un chacal, tras alzar la vista y divisar al hombre en la cima, se escabulló furtivamente.**

**Conan se quedó inmóvil un rato. Luego dio media vuelta y echó a correr sobre sus pasos, atravesando la alta hierba y los arbustos sin pararse a considerar los riesgos, cortando las enredaderas que encontraba a su camino tendidas como serpientes. La espada murmuraba ronca en su mano derecha, y su rostro estaba cubierto de una palidez inusitada.**

**Nada rompió el silencio que reinaba en la selva. El sol se había puesto, y enormes sombras surgían del limo y la tierra negra. Conan cruzaba las fantasmales tinieblas llenas de muerte reptante y siniestra desolación como un relámpago de escarlata y acero azul. No se oía más sonido que el de su respiración rápida y jadeante mientras salía de la penumbra a la luz vacilante del ocaso en la orilla del río.**

**Vio la galera amarrada en el muelle medio desmoronado y las ruinas tambaleantes a la luz mortecina del anochecer.**

**Dispersas entre las rocas atisbó manchas de un color intenso, como si una mano descuidada hubiera lanzado brochazos de pintura carmesí.**

**De nuevo contemplaba la muerte y la destrucción. Ante él yacían sus lanceros; ninguno se levantó a darle la bienvenida. Los veía al borde de la selva, junto a la orilla, entre las columnas podridas y los malecones rotos. Estaban destrozados, mutilados, devorados a medias; parodias de hombres masticados.**

**Alrededor de los cadáveres y sus fragmentos se veía un enjambre de huellas enormes, parecidas a las de las hienas.**

**Conan caminó en silencio hasta el malecón y se aproximó a la galera, sobre cuya cubierta colgaba algo que desprendía un brillo marfileño a la luz del ocaso. Estupefacto, contempló a la Reina de la Costa Negra colgada del palo mayor de su propia galera. Entre el mástil y la blanca garganta, una hilera de grumos carmesíes brillaban como coágulos de sangre a la luz cenicienta.**

## 4
## El ataque aéreo

*De crespo pelaje, de fétido aliento,*
*de fauces hambrientas de carne y de vida,*
*feroces en loca y brutal embestida,*
*las sombras cerraban su cerco sangriento.*

*Erguido en silencio, trabado en combate,*
*la sangre manando espesa y oscura,*
*rodeado de odio, de rabia y locura,*
*mi amor aguantaba bravío el embate.*

*Oculta en el negro blusón de la muerte,*
*prendida en su abrazo, maldita mi suerte,*
*¿podría yo acaso ayudar a mi amado?*

*Por altos que fueran de Infierno los muros,*
*por firmes que fueran, cerrados y oscuros,*
*veloz volaría al instante a su lado.*

La selva era un coloso negro que mecía con brazos de ébano el claro cubierto de ruinas. No había salido la luna, y las estrellas eran motas de ámbar caliente en un cielo mudo que apestaba a muerte. En la pirámide rodeada de torres desmoronadas estaba sentado Conan de Cimeria como una estatua de acero, con la barbilla apoyada en los inmensos puños. Entre las sombras negras vagaban pies sigilosos y resplandecían ojos rojizos. Los muertos seguían como los había encontrado. Pero en la cubierta de la *Tigresa*, sobre una pira de bancos rotos, astas de lanza y pieles de leopardo, yacía la Reina de la Costa Negra en su último sueño, envuelta en la capa escarlata de Conan. Como una auténtica reina, con el botín amontonado a su alrededor: sedas, paño de oro, trenzados de plata, barriles de gemas y monedas oro, lingotes de plata, puñales enjoyadas y figurillas de oro.

Pero solo las turbias aguas del Zarjiba sabían dónde había arrojado Conan el botín de la ciudad maldita mientras profería maldiciones. Ahora, acongojado, esperaba en la pirámide la llegada de sus enemigos invisibles. La negra furia que devoraba su corazón había barrido cualquier rastro de miedo. No sabía qué podía salir de la oscuridad. No le importaba.

Ya no dudaba de las visiones del loto negro. Se daba cuenta de que, mientras lo esperaban en el claro, N'Gora y sus hombres se habían dejado llevar por el pánico al ver al monstruo que revoloteaba sobre ellos y, en su alocada huida, habían caído por el precipicio. Todos menos su líder, que había logrado escapado a aquel destino, aunque no a la locura. Entre tanto, o quizá justo después, habían perecido los que estaban en la orilla. Conan no dudaba que aquello había tenido más de matanza que de batalla. Atrapados en sus miedos supersticiosos, los negros habrían muerto casi sin oponer resistencia cuando los atacó el monstruo.

No entendía por qué lo habían dejado para el final, a menos que la entidad maligna que gobernaba el río pretendiera mantenerlo con vida para torturarlo con la pena y el miedo. Todo apuntaba a una inteligencia humana o sobrehumana: la rotura de los barriles de agua para dividir las fuerzas, la forma en que los negros se dirigieron al precipicio y, por último, el gesto siniestro del collar carmesí anudado como una horca alrededor del blanco cuello de Bêlit.

Aparentemente se había reservado al cimerio para el plato fuerte y, tras exprimir hasta la última gota de exquisita tortura mental, lo más probable era que el enemigo terminase el drama dándole el mismo destino que a las otras víctimas. El pensamiento no provocó ninguna sonrisa en los taciturnos labios de Conan, pero en sus ojos brilló una risa de hierro.

Salió la luna, que arrancó fuego del yelmo astado. Ningún grito despertó los ecos, pero de pronto la noche se volvió tensa y la selva contuvo el aliento. Conan desenvainó instintivamente la enorme espada. La pirámide en la que se encontraba tenía cuatro lados, y el que encaraba la selva tenía amplios escalones labrados. Llevaba en la mano un arco shemita, como el que Bêlit había enseñado a usar a sus piratas. A sus pies había un racimo de flechas, con el extremo emplumado hacía él. Apoyó una rodilla en tierra.

Algo se movió en la oscuridad, bajo los árboles. Conan vio los contornos de una cabeza y unos hombros bestiales, iluminados de repente por la luna. Varias figuras oscuras salieron de entre las sombras, desplazándose rápidamente y en silencio: veinte enormes hienas moteadas. Las fauces babeantes brillaron a la luz de la luna y los ojos resplandecieron como no resplandecerían los de ningún

**animal.**

**Veinte. Así que las flechas de los piratas habían dado cuenta de algunos, después de todo. Mientras pensaba esto, Conan tensó la cuerda hasta la oreja y la soltó; una sombra de ojos llameantes saltó y cayó entre convulsiones. Las demás no se inmutaron; siguieron acercándose, y las flechas del cimerio cayeron entre ellos como una lluvia mortífera, guiadas con toda la fuerza y la puntería de unos músculos de acero y un odio comparable a las llamas del infierno.**

**La cegadora rabia no le quitó precisión, y el aire se llenó de muerte emplumada. El caos que se desató entre la manada fue devastador. Menos de la mitad alcanzó el pie de la pirámide; los demás yacían ante los escalones. Conan miró hacia abajo con ojos llameantes y comprendió que aquellas criaturas no eran bestias, que no era su increíble tamaño lo único que las convertía en horrendas blasfemias. Emanaba de ellas un aura casi tangible, como los vapores humeantes de un pantano atestado de cadáveres. No tenía ni idea de por qué medios impíos se habían creado aquellas criaturas, pero sabía que se enfrentaba a algo más diabólico que el Pozo de Skelos.**

**Se puso en pie, tensó el arcó y lanzó su última flecha contra una enorme figura peluda que se le lanzaba al cuello. La flecha, un rayo de luz plateada a la luz de la luna, cruzó vertiginosa la noche y la enorme bestia se estremeció en el aire antes de caer, atravesada de parte a parte.**

**El resto se lanzó contra él, una pesadilla de ojos refulgentes y fauces babeantes. Un certero golpe de espada detuvo al primer atacante, pero el desesperado empuje de los demás lo tiró al suelo. Partió un cráneo con la empuñadura, y sintió como el hueso se astillaba y la sangre y los sesos se le derramaban por la mano. Tiró luego la espada, inútil a tan corta y letal distancia, y se lanzó a las gargantas de los dos horrores que lo atacaban con furia silenciosa. Un olor acre e infecto estuvo a punto de ahogarlo mientras su propio sudor lo cegaba. Solo la coraza lo salvó de ser despedazado en ese mismo instante. Al siguiente, su mano derecha hizo presa en una garganta peluda y la hizo jirones. La mano izquierda no alcanzó el cuello de la otra bestia, pero agarró una pata delantera y la rompió. Un breve gañido que sonó lastimeramente humano, el único grito en aquella siniestra batalla, escapó de la bestia mutilada. Horrorizado por aquel grito que salía de la garganta bestial, Conan relajó la presa sin querer.**

**Una de las hienas, chorreando sangre por la yugular desgarrada, se lanzó hacia él en un último espasmo de ferocidad y le cerró las mandíbulas alrededor del cuello, para caer muerta al instante, antes de haber cerrado las fauces.**

**La otra, a tres patas, se lanzó hacia él como un lobo, intentando arrancarle las escamas de la coraza. Conan se echó a un lado, agarró al monstruo lisiado y, con un esfuerzo que arrancó un gruñido de sus labios ensangrentados, alzó hacia sí a aquel diablo pataleante con toda la fuerza de sus brazos. Estuvo a punto de perder el equilibro cuando el fétido olor de la criatura le golpeó la nariz mientras los colmillos buscaban su garganta, pero consiguió apartarla y le aplastó la cabeza con todas sus fuerzas contra los escalones de mármol.**

**Mientras se tambaleaba sobre las amplias piernas y recuperaba el aliento, la selva y la luna bailando enloquecidas a su alrededor, oyó un batir de alas de murciélago. Se agachó, agarró la espada y, tras incorporarse, afirmó los pies lo mejor que pudo y alzó la enorme hoja por encima de la cabeza con ambas manos, mientras se sacudía la sangre de los ojos sin dejar de escudriñar el aire en busca de su enemigo.**

**Pero no lo atacó desde el aire. Sintió que la pirámide temblaba bajo sus pies, oyó un crujido ominoso y vio como la alta columna que se erguía sobre él se agitaba como una caña. De un salto instintivo, se apartó cuanto pudo y cayó en un escalón a mitad de camino hacia el suelo que se estremeció bajo él. Volvió a saltar, desesperado, y cayó fuera de la pirámide. En ese preciso momento, esta se estremeció como una montaña sacudida por un terremoto y la columna se vino abajo en fragmentos rugientes. Durante un instante terrible pareció que llovían astillas de mármol. Luego, el polvo se asentó y la luna iluminó un paisaje de escombros.**

**Conan se sacudió las astillas que lo cubrían parcialmente. Un trozo algo mayor le había golpeado el yelmo y lo había aturdido momentáneamente; también le había caído sobre las piernas un enorme pedazo de columna que lo inmovilizaba. Ni siquiera estaba seguro de no tenerlas rotas. Tenía el pelo apelmazado por el sudor y le manaba sangre de las heridas de cuello y manos. Se apoyó en un brazo, intentando quitarse de encima los restos que lo aprisionaban.**

**Algo pasó bajo las estrellas y se posó en la hierba, a su lado. Dio la vuelta y lo vio. ¡La criatura alada!**

**Corría hacia él a una velocidad diabólica, y Conan solo pudo ver, borrosa, una gigantesca silueta humana que se desplazaba sobre unas piernas encorvadas y grotescamente cortas; unos brazos peludos, largos y amorfos, rematados por garras de uñas negras; una cabeza deforme en las que lo único reconocible eran dos ojos rojos inyectados en sangre. No era ni hombre ni bestia ni demonio, sino una mezcla de características subhumanas y sobrehumanas.**

**Pero Conan no tenía tiempo para pensar. Se lanzó hacia la espada tirada en el suelo, pero no la alcanzaba. Empujó desesperadamente la mole que le atenazaba las piernas, y las venas de las sienes se hincharon por el esfuerzo. Cedía poco a poco, pero supo que el monstruo caería sobre él antes de que lograra liberarse y que aquellas garras negras serían su muerte.**

**La criatura alada seguía lanzándose en una carrera frenética hacia el postrado cimerio, como una sombra con los brazos abiertos.**

**Un relámpago blanco surcó el aire entre el monstruo y su víctima.**

**De pronto allí estaba ella, una figura tensa y blanca, trémula de amor y fiera como una pantera. El asombrado cimerio la vio interponerse entre él y la muerte que lo atacaba. Su esbelto cuerpo brillaba como el marfil bajo la luna. Vio el brillo en los ojos oscuros, la mata de pelo negro, el pecho erguido, los rojos labios separados que gritaban con un sonido cortante y musical mientras se lanzaba hacia el pecho del monstruo alado.**

**—¡Bêlit! —exclamó.**

**Ella le lanzó una mirada de refilón y en sus ojos oscuros vio arder un amor que era como una fuerza elemental de fuego rabioso y lava fundida. De pronto desapareció, y el cimerio vio solo a su enemigo, que retrocedía atemorizado, con los brazos levantados para repeler un ataque. Y supo que Bêlit estaba en realidad en la pira de la cubierta de la *Tigresa*. En sus oídos resonó su grito apasionado: «Si estuviera muerta y luchases por tu vida, volvería de los abismos…».**

**Con grito terrible, consiguió apartar la piedra. El monstruo alado corría de nuevo hacia él, pero Conan estaba de pie, preparado para recibirlo, con las venas ardiendo de cólera y los músculos tensos como cables mientras blandía la enorme espada y pivotaba sobre los talones para ganar impulso. Golpeó a la criatura justo encima de las caderas; las piernas cayeron a un lado y el torso al otro cuando la**

**hoja atravesó el cuerpo peludo.**

**Se quedó inmóvil bajo la silenciosa luz de la luna, la espada goteante en la mano, sin apartar la vista de los restos de su enemigo. Los ojos rojos lo contemplaron, llenos de horripilante vida, y a continuación se vidriaron y se apagaron. Las enormes manos se agitaron de forma espasmódica y se quedaron quietas. Así se extinguió la especie más antigua del mundo.**

**Conan alzó la vista y buscó a las bestias que habían sido sus esclavos y ejecutores. No vio ninguna. Los cadáveres que divisó en la hierba iluminada por la luna eran de hombres, no de bestias: hombres de rostro de halcón y piel oscura, desnudos y atravesados por flechas o heridos por la espada. Se deshicieron en polvo ante sus ojos.**

**¿Por qué el amo alado no había acudido a ayudar a sus esclavos cuando peleaba contra ellos? ¿Tendría miedo de ponerse al alcance de sus fauces? En aquel cráneo deforme, la habilidad y la cautela habían ido parejas, pero de nada habían servido al final.**

**Dio media vuelta, recorrió el muelle en ruinas y subió a la galera. Un par de tajos de espada la desamarraron, y se puso al timón. La *Tigresa* cabeceaba indolente en el agua turbia, avanzando perezosa hacia el centro del río, donde la corriente se hizo cargo de ella. Conan se apoyó en el timón, la mirada taciturna clavada en la figura envuelta en una capa escarlata que yacía en lo alto de la pira, rodeada de riquezas comparables al rescate de una emperatriz.**

## 5
## La pira funeraria

*Ya no va a cruzar el mar encrespado,*
*cortando con gozo las olas bravías,*
*su fin han hallado los prósperos días*
*de mar y de remo, de viento acerado.*

*Ya no va a gozar de presa y pillaje,*
*del suave satén y el oro brillante.*
*Su alma afilada se eleva y, errante,*
*ya busca el descanso del último viaje.*

*Brillante de espuma, al mar se la doy.*
*Con paso cansado a pie firme voy*
*a darle el adiós que no pude dar.*

*Al mar la devuelvo que él me la dio,*
*al mar se la entrego, pues la reclamó,*
*y desde la playa la veo zarpar.*
**—La canción de Bêlit**

**De nuevo, el amanecer teñía el océano. Un resplandor rojizo iluminaba la desembocadura del río. Conan el cimerio se apoyó en la espada, clavada en la blanca playa, y miró a la *Tigresa*, que emprendía su último viaje. No había luz en sus ojos mientras contemplaba las aguas cristalinas. Toda la gloria y la maravilla**

de las olas habían desaparecido para siempre. Observó con repulsión la verde marejada que se desvanecía entre las brumas del misterio.

Bêlit era del mar, al que confería su esplendor y su atractivo. Sin ella, era una desolación estéril y triste que se extendía de polo a polo. El lugar de Bêlit era el mar y a sus misterios insondables volvía. En cuanto a él, aquel esplendor azulado le resultaba menos atractivo que la frondosa maleza que crujía y susurraba a sus espaldas, llena de misterios vastos y salvajes, en la que debía adentrarse.

No había mano alguna al timón de la *Tigresa*, ni remos que la impulsaran por las verdes aguas, pero un viento limpio y continuo henchía su vela de seda y, como un cisne salvaje que volara hacia su nido, se internó en el mar mientras las llamas se alzaban cada vez más altas en la cubierta, lamían el mástil y se enroscaban alrededor de la figura que yacía en la pira envuelta en escarlata.

Así dejó este mundo la Reina de la Costa Negra. Apoyado en la espada teñida de sangre, Conan la contempló en silencio hasta que el rojo resplandor se desvaneció en medio de las brumas azules y el amanecer derramó su luz rosada y dorada sobre el océano.

2017

# EL VALLE DE LAS MUJERES PERDIDAS

El retumbar de los tambores y la fanfarria de los grandes cuernos elaborados con colmillos de elefante resultaban ensordecedores, pero en los oídos de Livia aquel clamor no era más que un murmullo apagado, sordo y lejano. Tumbada en un camastro dentro de la gran cabaña, pasaba del delirio a la semiinconsciencia. Sus sentidos no percibían apenas los sonidos y movimientos del exterior. Toda su atención, confusa y embotada, estaba centrada en la imagen desnuda y retorcida de su hermano y en la sangre que le corría por los temblorosos muslos. Siluetas negras se recortaban con claridad implacable contra un pesadillesco fondo de formas oscuras entrelazadas, y el aire se estremecía con un estertor, mezclado y entretejido obscenamente con el susurro de una risa diabólica.

No era consciente de sí misma, de aquello que la separaba del resto del cosmos. Se ahogaba en un abismo de dolor, como si ella no fuera más que dolor cristalizado y manifestado en la carne. Yacía sin pensar ni moverse mientras los tambores redoblaban, los cuernos resonaban, las voces bárbaras entonaban cantos siniestros, los pies marcaban el ritmo contra el duro suelo y las palmas batían frenéticas.

Al cabo, la conciencia fue volviendo poco a poco a su mente paralizada. Sintió un vago asombro al comprobar que no tenía ningún daño físico. Aceptó el milagro sin experimentar agradecimiento. No parecía importante. De forma mecánica, se sentó en el camastro y miró a su alrededor, aturdida, mientras sus extremidades se movían indecisas, obedeciendo al despertar de los centros nerviosos. Posó unos pies descalzos y nerviosos en el suelo de tierra batida; sus dedos tiraron de forma espasmódica de la exigua camisola que era su única indumentaria. Le pareció recordar, como si hubiera contemplado la escena desde fuera, que hacía mucho tiempo unas manos bastas le habían arrancado el resto de la ropa, y que se había puesto a llorar de miedo y vergüenza. Le pareció sorprendente que algo tan nimio le hubiera causado tanto dolor. La magnitud de las atrocidades y las indignidades, como todo lo demás, era relativa después de todo.

Se abrió la puerta de la cabaña y entró una mujer negra, una criatura esbelta como una pantera, con un cuerpo flexible que brillaba como el ébano pulido. Solo llevaba una tira de seda, alrededor de las cimbreantes caderas. El blanco de sus ojos, que giró con expresión taimada, reflejaba la hoguera del exterior.

Llevaba un plato de bambú con comida: carne humeante, gachas, batatas asadas y barritas del duro pan nativo, además de una jarra de oro batido llena de cerveza yarati. Lo posó todo en el camastro, pero Livia no le prestó atención. Estaba sentada en el otro extremo de la cabaña, apoyada contra la pared cubierta de esteras de bambú. La joven negra dejo escapar una risa maligna y mostró los blancos dientes, los ojos ardientes de desprecio. Luego siseó una obscenidad y realizó un gesto de burla más grosero aún que sus palabras, tras lo cual dio media vuelta y salió de la cabaña. Había más insolencia en el bamboleo de sus caderas de la que habría sido capaz de expresar verbalmente una mujer civilizada.

Ni las palabras de la moza ni sus actos rozaron la superficie de la conciencia

de Livia. Todas sus sensaciones se enfocaban aún hacia el interior. La intensidad de sus imágenes mentales convertía el mundo visible en un paisaje irreal poblado de sombras y fantasmas. Comió y bebió de modo mecánico, sin saborear.

También de forma mecánica, se incorporó por fin y cruzó la cabaña con pasos inestables, para asomarse por una grieta entre los bambúes. Un cambio brusco en el timbre de tambores y cuernos despertó alguna parte recóndita de su mente y le hizo buscar la causa sin voluntad perceptible.

Al principio no comprendió nada de lo que veía; todo era caótico y sombrío, lleno de siluetas que se movían y se entremezclaban, se retorcían y giraban, bloques negros sin forma definida recortados contra un borroso resplandor rojo sangre. Poco a poco, los objetos y los movimientos recuperaron sus proporciones normales y supo que contemplaba a un grupo de hombres y mujeres que se movían alrededor de las hogueras. La luz roja arrancaba destellos de los adornos de plata y marfil; manojos de plumas blancas cabeceaban hacia el resplandor. Los cuerpos desnudos se contorneaban y se detenían, como siluetas talladas en oscuridad y ribeteadas de carmesí.

Sobre un escabel de ébano, rodeado de gigantes con tocados de plumas y ceñidores de piel de pantera, reposaba una figura rechoncha, abismal, repulsiva, un grumo de negrura en forma de sapo que apestaba como la encharcada selva putrefacta y los inmundos pantanos. Las manos gordezuelas de la criatura reposaban en su prominente barriga. Su nuca era un rollo de grasa negra que parecía empujar hacia delante la cabeza picuda. Como ascuas en un tronco negro, los ojillos brillaban a la luz de la hoguera con una vitalidad que desmentía el aspecto apoltronado del grueso cuerpo.

Cuando la joven clavó la vista en aquella imagen repelente, su cuerpo se tensó como si la vida volviera a ella de pronto. Ya no era una autómata sin mente, sino un recipiente colmado de vida y cubierto de piel trémula, ardiente, punzante. El dolor se disolvió en un odio tan intenso que se convirtió a su vez en dolor. Se sintió fuerte y frágil a la vez, como si su cuerpo trocará en acero, y notó como el odio de su interior fluía casi tangible en la dirección de su mirada, tanto que le pareció que, por fuerza, el objetivo de tal emoción debería caer fulminado.

Pero si Bajujh, rey de los bakalah, sintió alguna incomodidad a causa de la concentración de su cautiva, no dio muestras de ello. Siguió atiborrando hasta el límite su boca de batracio con puñados de gachas de un recipiente que una mujer arrodillada sostenía a su lado. Alzó la vista de pronto y contempló el amplio pasillo que crearon sus súbditos al echarse hacia atrás.

Livia se dio cuenta vagamente de que iba a llegar alguien importante por aquel pasillo flanqueado por un muro de sudorosa humanidad, a juzgar por el clamor estridente de tambores y cuernos. En efecto, alguien apareció.

Un grupo de guerreros en fila de a tres avanzaba hacia el escabel de ébano, una apretada fila de plumas ondeantes y lanzas brillantes que se desplazaba a través de la multitud. A la cabeza de los lanceros de ébano iba una figura cuya visión sobresaltó violentamente a Livia. El corazón se le detuvo y luego volvió a latir, acelerado. Aquel individuo resaltaba con nitidez sobre el fondo oscuro. Llevaba pieles de leopardo y un tocado de plumas, igual que sus seguidores, pero era blanco.

La forma en que avanzaba hacia el escabel de ébano no era la de un peticionario o un subordinado, y un tenso silencio se hizo a su alrededor mientras se detenía frente a la figura reclinada. Livia pudo sentir la tensión, aunque apenas

adivinaba qué estaba pasando. Bajujh siguió sentado un momento, con el corto cuello estirado, como una rana enorme. Luego, como si lo obligase la tranquila mirada del recién llegado, se puso en pie sin dejar de menear grotescamente la cabeza rapada.

La tensión se rompió al instante. Un clamor salió de la masa que se apretujaba alrededor y, a un gesto del guerrero blanco, sus guerreros humillaron las lanzas y se postraron ante el rey Bajujh. Fuera quien fuese, Livia estaba segura de que aquel individuo era alguien respetado en las tierras salvajes, o Bajujh no se habría puesto en pie para recibirlo. Y respeto, en aquel caso, significaba poder militar. La violencia era lo único que respetaba aquella gente feroz.

Después, Livia ya no pudo apartar los ojos de la grieta de la pared de la cabaña. Los guerreros del extranjero blanco se mezclaron con los bakalah, y se unieron al baile y la fiesta entre grandes tragos de cerveza. Él mismo, junto a algunos de sus lugartenientes, se sentó junto a Bajujh y los bakalah principales y, cruzado de piernas en la estera, comió y bebió hasta hartarse. Lo vio hundir las manos en las ollas, como los demás, e introducir el morro en la jarra de cerveza de la que también bebía Bajujh. Se dio cuenta de que se le brindaba el respeto debido a un rey. Como no tenía escabel, Bajujh renunció al suyo y se sentó en la estera junto a su invitado. Cuando llevaron otra jarra de cerveza, el rey de los bakalah apenas la probó antes de pasársela al blanco. ¡Poder! Toda aquella cortesía ceremonial apuntaba al mismo sitio. ¡Poder, fuerza, prestigio! Livia se estremeció de emoción mientras un plan empezaba a tomar forma en su cabeza.

Siguió contemplando al hombre blanco con una intensidad dolorosa, memorizando hasta el último detalle. Era alto. Pocos de los gigantescos negros lo sobrepasaban en estatura o corpulencia. Se movía con la flexibilidad relajada de una enorme pantera. Cuando la luz de la hoguera cayó sobre sus ojos, estos ardieron con un fuego azul. Altas sandalias cubrían sus pies, y del amplio cinturón colgaba una espada en una vaina de cuero. Su aspecto era extraño y desconocido para Livia; nunca había visto a nadie igual. Pero no intentó clasificarlo en ninguna raza humana: le bastaba con que fuera blanco.

Pasaron las horas y, poco a poco, el rugido de la fiesta se aplacó a medida que hombres y mujeres caían en un sueño ebrio. Por último, Bajujh se puso en pie, tambaleante, y alzó las manos, no tanto para indicar que se había acabado el banquete como para reconocer su derrota en aquel concurso de glotonería. Tropezó, pero su séquito lo recogió y se lo llevó a dormir la mona a la cabaña real. El hombre blanco también se puso en pie, como si la enorme cantidad de cerveza que había trasegado no le hubiera hecho el menor efecto, y los caudillos bakalah que aún podían tenerse en pie lo escoltaron a la cabaña de invitados. Desapareció en su interior, y Livia vio que una docena de sus guerreros se apostaban alrededor, lanza en ristre. Evidentemente, el extranjero no estaba dispuesto a correr riesgos pese a la amistad de Bajujh.

Livia echó un vistazo al poblado, que parecía un apocalipsis negro, con el suelo cubierto de cuerpos ebrios y despatarrados. Sabía que guerreros en plena posesión de sus facultades montaban guardia en el exterior de la boma, pero los únicos hombres despiertos que vio en el poblado eran los lanceros que rodeaban la cabaña del blanco…, e incluso alguno de ellos cabeceaba agarrado a la lanza.

Con el corazón martilleando en el pecho, se dirigió hacia la parte de atrás de su cárcel y cruzó la puerta, sin despertar al guardia que le había puesto Bajujh, que roncaba sonoramente. Se deslizó como una sombra de marfil por el espacio

que separaba su cabaña de la del extranjero, y gateó hacia la parte trasera. Un gigantesco negro montaba guardia en cuclillas, pero el tocado de plumas le rozaba los muslos. Pasó furtivamente a su lado y se acercó a la pared. Había estado cautiva en aquella cabaña al principio, y sabía que en la pared había una estrecha abertura oculta por una esterilla, fruto de su ridículo e inútil intento de fuga. La encontró, se puso de lado y contorsionó el delgado cuerpo hacia el interior mientras apartaba la esterilla.

El resplandor de las hogueras iluminaba débilmente el interior de la cabaña. Mientras volvía a poner la esterilla en su sitio oyó que musitaban una maldición. Una mano la agarró por el cabello, la arrastró por la abertura y la lanzó al suelo.

Sobresaltada, trató de hacer acopio de valor, se apartó los mechones desordenados que le caían por los ojos y alzó la vista hacia el individuo que la contemplaba desde lo alto, con el asombro pintado en el rostro curtido y surcado de cicatrices. Llevaba la espada en la mano y los ojos le brillaban como carbones, aunque no estaba claro si a causa de la furia, la sospecha o la sorpresa. Dijo algo en un idioma que ella no entendía; no era la lengua gutural de los negros, pero tampoco contenía sonidos civilizados.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡No tan alto! ¡Van a oírte!

—¿Quién eres? —preguntó él. Hablaba el ofíreo con acento bárbaro—. ¡Por Crom, nunca pensé que encontraría una mujer blanca en esta condenada tierra!

—Me llamo Livia —respondió—. Bajujh me tiene cautiva. ¡Por favor, oh, por favor, escúchame! No puedo seguir aquí mucho tiempo; debo volver a mi cabaña antes de que me echen en falta.

»Mi hermano… —Se interrumpió con un sollozo y luego siguió—: Mi hermano era Theteles, y pertenecíamos a la casa de Chelkus, científicos y aristócratas de Ofir. Mi hermano obtuvo un permiso extraordinario del rey de Estigia para ir a Jeshatta, la ciudad de los magos, a estudiar sus artes, y yo lo acompañé. Solo era un muchacho, más joven que yo… —Se le quebró la voz. El extranjero no dijo nada, pero la miraba con ojos llameantes y el ceño fruncido e inescrutable. Había en él algo indómito que la asustaba y le hacía sentirse nerviosa e insegura—. Los kushitas atacaron Jeshatta —siguió—. Nos acercábamos a la ciudad en una caravana de camellos; nuestra escolta huyó y nos dejó a merced de los atacantes, que nos llevaron. No nos causaron daño alguno y nos hicieron saber que hablarían con los estigios para pedir un rescate por nosotros. Pero uno de los jefes quería todo el rescate para sí y, con los suyos, nos sacó del campamento una noche y huyó al sureste con nosotros, hasta la frontera de Kush. Allí los atacó una partida de bakalah que los degolló. Nos trajeron a Theteles y a mí a este cubil de salvajes… —Se echó a llorar, temblorosa—. Esta mañana han mutilado y descuartizado a mí hermano delante de mí… —Se ahogó y cerró los ojos ante el recuerdo—. Tiraron su cadáver a los chacales. No sé cuánto tiempo he pasado desmayada…

Le fallaron las palabras y alzó la vista hacia el rostro ceñudo del extranjero. Devorada por una furia enloquecida, cerró los puños y empezó a golpear el enorme pecho, que lo notó tanto como el zumbido de una mosca.

—¿Cómo puedes quedarte indiferente como una bestia? —gritó en susurros—. ¿Eres un animal, como esos otros? Ay, Mitra, y yo que pensaba que había honor en el corazón de los hombres. Ahora sé que todo el mundo tiene su precio. ¿Qué sabes tú de honor, piedad o decencia? Eres tan bárbaro como los demás; aunque tu piel sea blanca, tu alma es igual de negra.

»No te importa lo más mínimo que un hombre blanco haya sido descuartizado por esos perros negros, ni que una mujer blanca sea su esclava. Sea, pues.

Se apartó de él, jadeante, transfigurada por la emoción.

—Te daré un precio. —Se abrió la túnica y mostró los pechos marfileños—. ¿No soy hermosa? ¿No soy más deseable que esas perras del color del hollín? ¿No soy un botín deseable? ¿Es que una virgen de piel blanca no es un premio suficiente para ti? ¿No merece la pena matar por mí?

»¡Mata a ese perro negro de Bajujh! ¡Quiero ver su maldita cabeza rodar por el suelo ensangrentado! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —Golpeó un puño contra otro, llevada por el arrebato—. Luego, tómame y haz lo que quieras. ¡Seré tu esclava!

Él no dijo nada. Se quedó mirándola como un enorme ídolo cejijunto de matanza y destrucción, con los pulgares en el cinto.

—Hablas como estuvieras en posición de entregarte —respondió al fin—, como si el regalo de tu cuerpo tuviera el poder de estremecer las naciones. ¿Por qué iba a matar a Bajujh para conseguirte? En esta tierra, las mujeres son más fáciles de obtener que los plátanos, y lo que quieran o dejen de querer no importa. Tienes una idea demasiado elevada de ti misma. Si te deseara, no tendría que luchar con Bajujh por ti. Preferiría entregarte antes que enfrentarse a mí.

Livia jadeó. Todo el fuego que la animaba se desvaneció, y la cabaña giró a su alrededor. Se tambaleó y cayó al camastro hecha un ovillo. Una confusa amargura le mordió el alma cuando asumió lo desesperado de su situación. La mente humana se agarra con tenacidad a las ideas y valores que conoce, incluso en entornos y situaciones desconocidos y opuestos a aquellos en los que tales ideas y valores tienen sentido. Pese a todo lo que Livia había experimentado, seguía suponiendo que el consentimiento de la mujer era determinante en el juego que proponía, y se había quedado paralizada ante la constatación de que nada dependía de ella. No podía controlar a los hombres como si fueran peones; ella era el peón.

—Me doy cuenta de que es absurdo suponer que ningún hombre de este extremo del mundo actúe según las reglas y costumbres de otras partes —murmuró con voz apagada, apenas consciente de lo que decía, limitándose a articular los pensamientos que cruzaban su mente. Aturdida ante el último giro de su destino, se quedó allí tirada hasta que los dedos de hierro del extranjero se cerraron alrededor de sus hombros y la hicieron incorporarse.

—Me has llamado bárbaro —dijo con severidad—, y sin duda lo soy, gracias a Crom. Si hubierais viajado escoltados por hombres de las tierras del norte, en vez de blandengues civilizados de culo gordo, no serías esclava de ese cerdo negro. Soy cimerio y me llamo Conan, y vivo del filo de mi espada. Pero no soy un perro que vaya a dejar a una mujer blanca en las garras de un negro. Aunque los tuyos me llaman salteador, jamás he forzado a una mujer en contra de sus deseos. Las costumbres pueden variar de un país a otro, pero si un hombre lo es de verdad, puede imponer las suyas allí donde vaya. ¡Y ningún hombre me ha llamado débil jamás!

»Aunque fueras vieja y arrugada como una arpía, te apartaría de Bajujh simplemente por el color de tu piel.

»Pero eres joven y hermosa, y he visto mujerzuelas negras hasta el hartazgo, así que jugaré a tu juego, aunque solo sea porque tus intenciones encajan en parte con las mías. Vuelve a tu cabaña. Bajujh está demasiado borracho para ir a verte esta noche, y yo me ocuparé de que esté atareado mañana. Y mañana por la noche

será la cama de Conan la que calientes, no la de Bajujh.

—¿Cómo lo harás? —El cuerpo de la joven se estremecía, lleno de emociones encontradas—. ¿Esos son todos tus guerreros?

—Son más que suficientes —gruñó—. Son bamulas, hasta el último de ellos, criados a las ubres de la guerra. He venido a petición de Bajujh. Quiere que participemos en un ataque conjunto a los jihji. Esta noche hemos celebrado un banquete, pero mañana negociaremos. Cuando haya acabado con él, estará negociando en el infierno.

—¿Vas a romper la tregua?

—Las treguas en este país están hechas para romperlas —respondió hosco—. Él va a romper la suya con los jihji. Y en cuanto los hubiéramos masacrado, habría intentado acabar conmigo a la primera oportunidad. Lo que sería la traición más taimada en otras tierras, aquí se considera sabiduría. No me he abierto camino hasta ser el caudillo de guerra de los bamulas sin aprender unas cuantas de las lecciones que enseña esta tierra negra. Vuelve a tu cabaña y duerme; no es ya para Bajujh para quien preservas tu belleza, sino para Conan.

Temblorosa, Livia miraba una y otra vez por la grieta de la pared de bambú, los nervios crispados. Los negros se habían despertado más bien tarde de la bacanal nocturna, embotados y sudorosos, y se habían puesto a preparar la fiesta para la noche siguiente. Conan se había pasado todo el día en la cabaña de Bajujh, y Livia no tenía ni idea de lo que había ocurrido entre ellos. Tuvo que esforzarse para ocultar sus emociones a la única persona que la visitó, la sañuda moza negra que le llevaba comida y bebida. Pero la malhablada joven estaba aún demasiado resacosa tras la fiesta y no notó nada raro en el comportamiento de la cautiva.

Cuando volvió a caer la noche, se encendieron las hogueras. Los caudillos dejaron una vez más la cabaña del rey y se sentaron en el espacio abierto, entre las cabañas, para festejar y celebrar un último consejo ceremonial. Livia se dio cuenta de que se bebía bastante menos cerveza y de que los bamulas se acercaban como quien no quiere la cosa al círculo de los caudillos. Vio a Bajujh, y a Conan sentado frente a él, con las ollas humeantes de por medio. Se reía y hablaba animadamente con el gigantesco Aja, caudillo de guerra de Bajujh.

El cimerio mordisqueaba un enorme hueso de vaca y, mientras Livia lo contemplaba, echó un vistazo a su espalda. Como si fuera la señal que esperaban, los bamulas centraron la atención en su caudillo. Conan se puso en pie, aún sonriente, como si fuera a echar mano a una olla cercana, y con una rapidez felina asestó un tremendo golpe a Aja con el hueso. El caudillo de guerra de los bakalah se desplomó con la cabeza abierta; al instante, un aullido rasgó la noche mientras los bamulas entraban en acción como panteras sedientas de sangre.

Se volcaron las ollas, escaldando a las mujeres sentadas, y las paredes de bambú crujieron por el impacto de los cuerpos. Gritos de dolor cruzaron la noche, ahogados por el exultante «¡Yi!, ¡yi!, ¡yi!» de los enloquecidos bamulas que blandían lanzas bañadas en carmesí al resplandor de la hoguera.

La aldea bakalah se convirtió en una locura que desembocó en carnicería. La acción de los invasores, repentina e inesperada, paralizó a los desgraciados lugareños. Ni se les había pasado por la cabeza que sus huéspedes fueran a atacarlos; casi todas las lanzas descansaban en las cabañas y buena parte de los guerreros estaban medio borrachos. La caída de Aja fue la señal para que las

resplandecientes armas de los bamulas se hundieran en un centenar de cuerpos desprevenidos. El resto fue una masacre.

Junto al agujero de la pared, Livia se quedó helada, convertida en una estatua blanca, con las manos en las sienes apretándose el pelo dorado. Tenía los ojos desorbitados y todo el cuerpo rígido. Los gritos de furia y dolor estremecían sus nervios torturados como si la golpearan; sombras borrosas se sacudían y retorcían frente a ella, y de pronto se volvían terriblemente nítidas. Contempló como las lanzas se hundían en los temblorosos cuerpos negros y salían con un chorro de sangre. Vio porras alzarse y descender con fuerza brutal sobre cabezas rizadas. Pateaban la hoguera, y las chispas se extendían por todas partes; las cabañas empezaron a arder. Un clamor de angustia se superpuso a los gritos cuando arrastraron a quienes quedaban con vida hacia las construcciones llameantes. El olor de la carne carbonizada inundó el aire, ya impregnado de sudor y sangre fresca.

Los sobrecargados nervios de Livia no pudieron más. Gritaba una y otra vez, aullidos de puro tormento que se perdían en el estrépito de las llamas y la matanza. Se golpeaba las sienes con los puños. La razón la abandonó, y los gritos se convirtieron en carcajadas histéricas. En vano intentó decirse que eran sus enemigos los que estaban muriendo de aquella horrible manera, que eso era lo que ella había deseado y tramado, que aquel horrendo sacrificio no era más que la justa retribución por lo que les habían hecho a ella y a los suyos. El terror desatado la meció en su enloquecido regazo.

No la embargaba la piedad por las víctimas que morían bajo las lanzas chorreantes. La única emoción que sentía era un miedo ciego, afilado, irracional. Vio a Conan, un cuerpo blanco que destacaba entre los negros. Vio el brillo de su espada, vio caer a la gente a su alrededor. Se produjo un tumulto junto a una hoguera, y Livia divisó una forma rechoncha que se retorcía entre las llamas. Conan saltó hacia allá, y un grupo de frenéticas figuras negras lo ocultó de su vista. Se oyeron unos chillidos agudos, insoportables. La masa negra se apartó un instante y vio fugazmente un cuerpo agachado y tembloroso del que manaba sangre. Luego, la marea humana se interpuso de nuevo en su campo de visión y lo único que vio fue un relámpago de acero en la oscuridad.

Se oyó un aullido bestial, terrorífico por lo salvaje y primitivo. El alto cuerpo de Conan atravesó la multitud en dirección al lugar donde se ocultaba la joven con una horripilante reliquia en la mano. La luz del fuego jugaba burlona con la cabeza del rey Bajujh. Los ojos negros, vidriosos, girados hacia arriba, mostraban solo el blanco; la mandíbula colgaba en una mueca de imbecilidad babeante; gotas rojas trazaban un sendero macabro en el suelo.

Livia retrocedió con un alarido. Conan había pagado el precio y se disponía a reclamarla con la horripilante prueba de la palabra cumplida. La agarraría con aquellos dedos ensangrentados y le aplastaría los labios con los suyos, aún jadeantes por la matanza. El pensamiento la enloquecía.

Con un grito, cruzó la cabaña corriendo y se lanzó contra la puerta trasera, que se abrió sin oponer resistencia. Salió al espacio abierto, un aterrado fantasma blanco en un reino de sombras negras y llamas rojas.

Algún instinto latente la llevó al establo. Un guerrero estaba abriendo la empalizada y gritó asombrado al verla. Su mano oscura se lanzó hacia ella y le aferró la camisola. Con un giro frenético, se zafó de la presa y dejó la prenda en la mano del negro. Los caballos resoplaron y pasaron junto a ella de estampida,

arrollando al hombre. El fuego y el olor de la sangre habían enloquecido a los nervudos y fibrosos corceles kushitas.

Se agarró a ciegas a una crin que pasaba a su lado El frenético caballo la zarandeó; tocó el suelo con la punta de los pies, saltó y trepó hasta acabar temblorosa sobre la grupa. Presa del pánico, la manada saltó sobre el incendio; los delicados cascos lanzaban chispas cegadoras. Los asombrados negros vieron de refilón a la joven blanca, la rubia melena al viento, agarrada a la crin de un animal que galopaba como el viento. El corcel hizo un quiebro hacia el boma, dio un salto espectacular y desapareció en la noche.

Livia no hacía el menor intento de guiar al caballo, ni sentía la menor necesidad. Los gritos y el resplandor del incendio iban desvaneciéndose a su espalda, mientras el viento le alborotaba el cabello y acariciaba su cuerpo desnudo. Solo pensaba en no soltar la espesa crin del caballo y en seguir cabalgando sin parar; en llegar hasta el borde del mundo y saltar más allá, para dejar atrás todo el dolor, la pena y el horror.

El brioso corcel galopó durante horas, hasta que tropezó al saltar un montículo iluminado por las estrellas y lanzó hacia delante a su jinete.

Livia cayó sobre un mullido césped y allí se quedó un rato aturdida, consciente a medias de que su montura se marchaba. Se puso en pie tambaleante, impresionada por el silencio. Era casi tangible, como delicado terciopelo negro, después del incesante bramido de los cuernos bárbaros y los terribles tambores que la habían enloquecido los días anteriores. Alzó la vista y contempló las estrellas que se arracimaban en el cielo azul oscuro. Sin luna, iluminaban el terreno de un modo ilusorio, creando sombras caprichosas a su alrededor. Se encontraba en lo alto de un promontorio que descendía en una pendiente suave como la seda. A lo lejos distinguió una espesa línea de árboles que marcaban la linde de un bosque distante. Donde estaba ella no había nada más que la noche y una tranquilidad casi irreal en la que solo se oía la débil brisa que soplaba bajo las estrellas.

La tierra parecía vasta y dormida. La cálida caricia de la brisa le recordó su desnudez y se estremeció, incómoda, mientras se frotaba el cuerpo con las manos. Sintió entonces la soledad de la noche, total e inquebrantable. Estaba sola, desnuda sobre la tierra sin nadie más alrededor. Solo la noche y el susurro del viento.

Agradeció la noche y la soledad. No había nadie que la amenazase o la agarrase con manos toscas y violentas. Miró al frente y vio que la loma descendía hacia un ancho valle, donde los matorrales se mecían en densos macizos y la luz de las estrellas se reflejaba en un montón de pequeños objetos esparcidos por toda su superficie. Le pareció que eran flores blancas y eso despertó en ella un vago recuerdo. Le acudió a la memoria la historia de un valle del que los negros hablaban con miedo, un valle al que habían huido las jóvenes de una extraña raza de piel marrón que había habitado aquella tierra antes de que llegasen los antepasados de los bakalah. Allí, se decía, se habían convertido en flores blancas, transmutadas por los antiguos dioses para salvarlas de sus perseguidores. Ningún negro se atrevía a acercarse.

Ella sí se atrevía. Descendería por la ladera cubierta de hierba cuyo tacto, estaba segura, sería como terciopelo bajo sus tiernos pies. Moraría allí entre las

flores blancas que se mecían en la brisa y ningún hombre pondría sus ansiosas y toscas manos sobre ella. Conan había dicho que los pactos se hacían para romperse; ella rompería el que había cerrado con él. Entraría en el valle de las mujeres perdidas, se perdería en la soledad y la quietud… Sumida en esos pensamientos soñadores e inconexos empezó a descender por la suave loma y, poco a poco, las paredes del valle se alzaron cada vez más altas a su alrededor.

Pero la pendiente era tan suave que cuando llegó al fondo no tuvo la sensación de estar atrapada en el fondo de un cuenco. A su alrededor, todo flotaba en un mar de sombras y las enormes flores blancas cabeceaban y le hablaban en susurros. Vagó sin rumbo fijo, apartando la maleza con las delicadas manos, atenta al susurro del viento entre las hojas, sumergida en el placer infantil del murmullo cantarín de un arroyo cercano. Se movía como en un sueño, rodeada de un paisaje irreal. Solo un pensamiento giraba una y otra vez en su mente: estaba a salvo de la brutalidad de los hombres. Lloró, pero eran lágrimas de alegría. Se tendió en la hierba y la agarró como si quisiera estrechar aquel nuevo refugio contra su pecho y mantenerlo allí para siempre.

Arrancó pétalos de las enormes flores blancas y se fabricó con ellos una guirnalda para el pelo. Su perfume era como el resto del valle: sutil, soñador, encantador.

Llegó a un claro en medio del valle y allí divisó una enorme piedra con aspecto de haber sido erigida por manos humanas, adornada con helechos, capullos y guirnaldas de flores. Se quedó mirándola con la sensación de que algo vivo se agitaba. Cuando dio la vuelta vio varias figuras que destacaban entre las sombras. Eran mujeres morenas y esbeltas, delgadas y desnudas, con flores en el pelo negro como la noche. Se le acercaron como surgidas de un sueño, siempre en silencio. De pronto, el terror hizo presa en su carne cuando las miró a los ojos. Eran luminosos, radiantes bajo el resplandor de las estrellas, pero no eran humanos. Los cuerpos podían serlo, pero un extraño cambio se había producido en aquellas almas, un cambio que se reflejaba en los ojos resplandecientes. El miedo la atrapó como un animal ansioso. Acababa de toparse con la serpiente en su recién encontrado paraíso.

No tenía escapatoria. Las menudas mujercitas morenas la rodeaban. Una, la más adorable, se acercó en silencio a la temblorosa joven y la abrazó con sus delicados brazos cetrinos. Su aliento estaba perfumado con el aroma de las flores blancas que se abrían a la luz de las estrellas. Sus labios presionaron los de Livia en un terrible e interminable beso. La ofírea sintió que la sangre se le helaba en las venas y se le dormían los brazos y las piernas. Era como una estatua de mármol en los brazos de su captora, incapaz de hablar o de moverse.

Rápida y delicadamente, los suaves brazos la alzaron y la depositaron en el altar de piedra, sobre un lecho de flores. Las mujeres morenas juntaron las manos en un anillo y se movieron rítmicamente alrededor del altar, bailando extraños pasos. Ni el sol ni la luna habían contemplado nunca una danza tal, solo las blancas estrellas que parecían refulgir con más intensidad, como si respondieran a una oscura brujería primordial y cósmica.

Se oyó una letanía, menos humana que el suave gorgoteo de un arroyo distante; un susurro parecido al arrullo de las flores blancas que se mecían entre las estrellas. Livia, consciente pero incapaz de moverse, no dudó de su cordura. No intentó analizar ni racionalizar la situación; estaban ella y aquellas extrañas criaturas que bailaban a su alrededor. Era vagamente consciente de la atroz

realidad de la pesadilla que la poseía mientras yacía indefensa contemplando el cielo estrellado; y supo de un modo instintivo que algo llegaría en su busca, como había llegado hacía mucho tiempo para transformar a las mujeres morenas en aquellas criaturas sin alma.

Vio en lo alto, justo encima, un punto negro que crecía entre las estrellas y se expandía a medida que se acercaba. Se hinchó y adoptó la forma de un murciélago; luego siguió creciendo sin que su forma cambiara. Se mecía sobre ella bajo las estrellas, flotando hacia abajo como una pluma, las enormes alas extendidas sobre la joven que yacía entre las sombras. La letanía se hizo más intensa y un timbre de frío regocijo resonó en las voces, que daban la bienvenida al dios que acudía a reclamar el sacrificio recién cosechado, fresco y rosado como una flor en el rocío de la mañana.

Colgaba justo sobre ella, y su alma se estremeció y empequeñeció ante la visión. Las alas eran como las de un murciélago, pero el cuerpo y el rostro tenebroso que la contemplaba desde arriba no se parecían a nada que hubiera sobre la tierra, en el fondo del mar ni en el aire. Supo que estaba contemplando el horror absoluto, una sombra cósmica nacida en la noche insondable de los abismos, más allá de los sueños más enloquecidos del hombre.

Consiguió romper los hilos invisibles que la mantenían inmóvil y lanzó un grito de terror que fue respondido por un aullido de amenaza. Oyó el sonido de pies que corrían y, a su alrededor, un remolino de aguas embravecidas. Las flores blancas se agitaron y las mujeres morenas desaparecieron. Sobre ella se cernía la enorme sombra negra, y a un lado vio una figura blanca que corría en su dirección con un penacho de plumas que se balanceaba bajo las estrellas.

—¡Conan!

El gritó salió de sus labios sin pensarlo. Con un aullido salvaje e inarticulado, el cimerio saltó blandiendo la espada, que brillaba como una llama azul.

Las grandes alas se alzaron y cayeron. Livia, horrorizada, contempló al cimerio envuelto en la enorme sombra que colgaba en el aire. La respiración del bárbaro se convirtió en un jadeo, pero plantó los pies en la tierra, aplastando las flores contra el suelo. El terrible impacto de los golpes resonó en medio de la noche. Fue zarandeado de un lado a otro como un rata atrapada por un sabueso. La sangre cayó espesa sobre la hierba, salpicando la alfombra de pétalos blancos.

Incapaz de apartar la vista de aquella diabólica batalla, la joven vio como la sombra alada vacilaba y se estremecía en el aire. Se oyó el batir de las alas desgarradas, y el monstruo herido alzó el vuelo y se elevó hasta perderse entre las estrellas. Su vencedor se mantenía en pie con torpeza, la espada en alto, las piernas separadas; miraba hacia arriba perplejo, asombrado de su victoria y preparado para retomar la terrible batalla si era necesario.

Luego se aproximó al altar, jadeante, sangrando a cada paso. El gigantesco pecho subía y bajaba, reluciente de sudor. La sangre le corría en arroyuelos por los brazos, el cuello y los hombros. Cuando tocó a la joven, el hechizo se rompió, y saltó temblorosa del altar para apartarse de la mano extendida de Conan. Este se apoyó en el altar sin dejar de mirarla, encogida a sus pies.

—Te vieron huir del poblado —explicó—. Partí en tu busca en cuanto pude. Encontré tu rastro, aunque no fue fácil a la luz de las antorchas; lo seguí hasta el lugar donde el caballo te tiró al suelo y, aunque las antorchas ya se habían apagado y no pude ver tus huellas en la hierba, supuse que habías bajado al valle. Mis hombres se han negado a seguirme, así que vengo solo. ¿Qué condenado valle

es este? ¿Qué era esa cosa?

—Un dios —susurró ella—. Los negros hablaban de él... Un dios del pasado remoto.

—Un demonio de la oscuridad exterior —gruñó él—. No son tan infrecuentes. Acechan como racimos de moscas en las fronteras del cinturón de luz que rodea el mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos encuentran la forma de llegar la tierra, aunque para ello deben tomar forma física. Un hombre como yo, armado con una espada, puede enfrentarse a cualquier cosa con colmillos o garras, sea mundana o infernal. Ven. Mis hombres esperan más allá del límite del valle.

Livia se encogió, inmóvil, incapaz de articular palabra, mientras él se agachaba a recogerla. Entonces dijo:

—Huía de ti. Iba a traicionarte. No pensaba mantener mi promesa. Según nuestro trato, soy tuya, pero habría escapado de ti si hubiera podido. Castígame como desees.

Él se sacudió el sudor y la sangre del pelo, y envainó la espada.

—Levántate. No fue un trato justo. No me arrepiento de haber matado a ese perro de Bajujh, pero no eres una mercancía que se compre y se venda. Las costumbres pueden variar de un lugar a otro, pero un hombre no debe comportarse como un cerdo, esté donde esté. Tras pensarlo un poco me di cuenta de que obligarte a mantener tu parte del acuerdo equivaldría a forzarte. Además, no eres bastante dura para esta tierra. Eres hija de las ciudades, los libros y las costumbres civilizadas... No es culpa tuya, pero no tardarías en morir con la vida que llevo, y una mujer muerta nunca es buena cosa. Te llevaré a la frontera de Estigia, y los estigios te enviarán a tu casa, en Ofir.

Lo miró como si no hubiera oído bien.

—¿A casa? —repitió mecánicamente—. ¿A casa? ¿A Ofir? ¿Con mi gente? ¿Ciudades, torres, paz? ¿Con mi gente?

De pronto se echó a llorar, cayó de rodillas y se abrazó a las piernas del cimerio.

—Por Crom, muchacha —masculló Conan, avergonzado—, no hagas eso. Ni que te estuviera haciendo un favor al echarte de aquí. ¿No te he explicado que no eres la mujer adecuada para el caudillo de guerra de los bamulas?

# COLOSO NEGRO

## 1

Un silencio primigenio se extendía sobre las misteriosas ruinas de Kuthchemes, pero había algo más. Miedo. El miedo que se agazapaba en la mente de Shevatas el ladrón, que respiraba agitadamente con los dientes apretados.

Era la única chispa de vida entre los colosales monumentos a la desolación y la decadencia. Ni siquiera se veía un buitre que interrumpiera como un lejano punto negro la amplia bóveda azul del cielo calentado por el sol. Podían verse por todas partes los restos siniestros de un tiempo olvidado: enormes pilares rotos que alzaban sus pináculos mellados hacia el cielo; muros desmoronados; cíclopes de piedra caídos; imágenes destrozadas con las horripilantes facciones medio devoradas por el viento y las tormentas de arena. No había el menor signo de vida en parte alguna; el desierto se extendía interminable hasta el horizonte, roto solo por la línea serpenteante del cauce seco de un río. En medio de aquella vastedad desolada de ruinas como dientes mellados y columnas que parecían los mástiles de un barco hundido se alzaba una alta cúpula de marfil, ante la que se encontraba el tembloroso Shevatas.

La base de aquella cúpula era un gigantesco pedestal de mármol situado sobre lo que había sido una terraza a orillas del antiguo río. Anchos escalones llevaban a la enorme puerta de bronce de la cúpula, que reposaba en la base como la mitad de un huevo titánico. Era de marfil, y resplandecía como si la pulieran continuamente manos invisibles. Igual de brillantes eran el remate de oro de la cúpula y los dorados y largos jeroglíficos que la circundaban. Nadie sabía qué significaban aquellas inscripciones, pero Shevatas se estremeció, lleno de sospechas siniestras, pues el suyo era un pueblo antiguo cuyos mitos se remontaban a épocas inimaginables para otras tribus.

Era ágil y fibroso, como corresponde a un maestro ladrón de Zamora. De cabeza redonda y pequeña, la llevaba rapada y su única prenda era un taparrabos de seda escarlata. Como todo su pueblo, era de piel muy oscura, con un afilado rostro de rapaz presidido por dos ojos negros y penetrantes. Los dedos, largos, delgados y diestros, eran rápidos y nerviosos como el aleteo de una polilla. De un cinturón de escamas doradas le pendía una espada corta y estrecha de empuñadura enjoyada en una vaina de cuero repujado. La manejaba con un cuidado que parecía excesivo; el simple roce de la vaina contra el muslo desnudo lo hacía retroceder. Había un buen motivo para tantas precauciones.

Así era Shevatas, ladrón de ladrones, cuyo nombre se pronunciaba con admiración en los antros del Mazo y en las oscuras y sombrías catacumbas, bajo los templos de Bel. Se hablaba de él en canciones y relatos que se recordarían durante mil años. Sin embargo, el miedo le roía el corazón mientras contemplaba la cúpula de marfil de Kuthchemes. Hasta un idiota habría visto que había algo antinatural en aquella construcción; pese al azote de los vientos y los soles de tres mil años, su brillo dorado y marfileño era tan intenso como el día en que manos

anónimas la alzaron a las orillas de aquel río innominado.

Aquella aura antinatural estaba en consonancia con la atmósfera de aquellas ruinas demoniacas. A su alrededor se extendía el misterioso desierto del sureste de las tierras de Shem. Shevatas sabía que bastaba con retroceder hacia el oeste unos días a lomo de caballo para llegar al punto donde el río Estigio giraba en ángulo recto y se lanzaba hacia el oeste para morir en el lejano mar. Allí empezaba la tierra de Estigia, la señora de oscuro pecho del sur cuyos dominios, bañados por el gran río, surgían del desierto circundante.

Al este, el desierto desembocaba en las estepas que se dilataban hasta el reino hirkanio de Turán, cuyo bárbaro esplendor se extendía por las costas del gran mar interior. A una semana a caballo en dirección norte se llegaba a las estériles colinas tras las cuales se encontraban las fértiles mesetas de Koth, el más meridional de los reinos hibóreos. Al oeste, el desierto se mezclaba con las praderas de Shem, que llegaban hasta el mar.

Shevatas sabía todo esto sin ser realmente consciente de ello, igual que otros hombres habrían conocido las calles de su ciudad. Había viajado a tierras distantes y había saqueado los tesoros de numerosos reinos. Pero ahora dudaba y se estremecía antes de emprender la aventura más trepidante en busca del mayor tesoro imaginable.

Bajo aquella cúpula de marfil reposaban los huesos de Thugra Khotan, el nigromante que había reinado en Kuthchemes hacía tres mil años, cuando el reino de Estigia llegaba mucho más al norte del gran río, cruzaba las tierras de Shem y llegaba incluso a las mesetas. Luego, los hibóreos llegaron al sur procedentes de su tierra natal, cercana al polo norte. Fue una migración titánica, que abarcó varios siglos. Los bárbaros de ojos grises y melena leonada, vestidos con pieles de lobo y cotas de malla, surgieron de Koth espada en mano y cayeron sobre el reino de Thugra Khotan, el último mago de Kuthchemes, como un tifón que bañó de sangre las torres de mármol. Así pereció el reino septentrional estigio, entre fuego y destrucción.

Pero mientras destrozaban las calles de la ciudad y abatían a los arqueros como si segasen trigo, Thugra Khotan tomó un veneno terrible y misterioso, y sus sacerdotes enmascarados lo encerraron en la tumba que él mismo había dispuesto. Sus acólitos murieron alrededor en un sangriento holocausto, pero los bárbaros no pudieron derribar la puerta; ni siquiera el fuego o el mazo lograron arañar las paredes. Así que se fueron, dejando a sus espaldas la ciudad en ruinas, y el gran Thugra Khotan yació tranquilo en su abovedado sepulcro de marfil, mientras los lagartos de la desolación reptaban por los pilares derruidos y río que había regado aquellas tierras se convertía en un cauce seco.

Muchos ladrones habían buscado el tesoro que, según las fábulas, se amontonaba bajo la cúpula alrededor de los polvorientos huesos. Muchos habían muerto a los pies de la puerta; otros habían huido acosados por sueños monstruosos para luego morir balbuceando incoherencias.

Así que Shevatas temblaba ante la tumba, aunque no por la leyenda de que los huesos del hechicero estaban custodiados por una serpiente. El horror y la muerte se aferraban como un sudario a los mitos de Thugra Khotan. Desde donde se encontraba podía ver las ruinas del gran salón donde los cautivos encadenados se habían arrodillado por cientos durante los festivales para que el rey sacerdote los decapitara en honor de Set, el dios serpiente de Estigia. Cerca de allí estuvo el foso, hediondo y oscuro, al que arrojaban entre gritos a las víctimas para que las

devorase la amorfa monstruosidad que yacía en una caverna profunda. La leyenda había convertido a Thugra Khotan en sobrehumano; había sectas mestizas y degeneradas que aún lo adoraban y cuyos acólitos acuñaban monedas con el rostro del hechicero para pagar el paso del gran río de la muerte del que el Estigio, se decía, no era más que una sombra terrenal. Shevatas había visto aquel rostro en monedas robadas de debajo de la lengua de los muertos, y la imagen se le había quedado grabada a fuego en la memoria.

Desechó los miedos y ascendió hasta la puerta de bronce, cuya pulida superficie no mostraba aldaba ni cerrojo alguno. Pero para algo se había infiltrado en sectas tenebrosas, había oído a medianoche los siniestros susurros de los acólitos de Skelos entre los árboles y había leído los volúmenes prohibidos encuadernados en hierro de Vathelos el Ciego.

Se arrodilló ante el portal y lo exploró con los ágiles dedos; las sensibles yemas encontraron protuberancias demasiado pequeñas para distinguirlas a simple vista y que habrían pasado desapercibidas a manos de menor habilidad. Las presionó con cuidado y siguiendo un orden concreto sin dejar de murmurar un encantamiento olvidado mucho tiempo atrás. Tras presionar la última protuberancia se puso en pie de un salto frenético y golpeó con la palma el centro exacto de la puerta.

No se oyó ruido de muelles o bisagras, pero la puerta se deslizó hacia dentro y Shevatas soltó el aire de forma abrupta entre los dientes apretados. Ante él se extendía un estrecho pasillo, por el que había avanzado la puerta, que se veía ahora al otro extremo. El suelo, el techo y las paredes eran de marfil y de una abertura lateral surgió un silencioso horror reptante que alzó la cabeza y contempló al intruso con ojos luminosos y terribles; una serpiente de escamas iridiscentes de más de siete varas.

El ladrón no perdió el tiempo preguntándose de qué oscuros abismos subterráneos que se encontraban bajo la cúpula había surgido aquel monstruo. Desenvainó con extremo cuidado; de la hoja goteaba un líquido verdoso idéntico al que corría por los afilados colmillos del reptil. La espada estaba bañada en el veneno que destilaban aquellas serpientes, y su obtención en los infernales pantanos de Zingaria habría constituido en sí misma una saga digna de ser narrada.

Shevatas avanzó de puntillas, con las rodillas ligeramente temblorosas, preparado para saltar a un lado u otro en cualquier momento. Tuvo que emplear toda su coordinación y rapidez cuando la serpiente levantó la cabeza y atacó, lanzándose adelante cuan larga era, veloz como el rayo. Pese a sus agudos reflejos, Shevatas habría muerto en aquel momento si no lo hubiera salvado la suerte. Su plan de echarse a un lado y golpear el cuello extendido no sirvió de nada ante la mortífera velocidad del reptil. Apenas tuvo tiempo de extender la espada frente a sí mientras cerraba sin querer los ojos y lanzaba un grito. De pronto sintió que le arrancaban la espada de las manos y el pasillo se llenaba de latigazos y golpes.

Abrió los ojos, asombrado de estar aún con vida, y vio al monstruo estremeciéndose y enroscándose, convulso e irreal, con la espada clavada en la enorme mandíbula. El puro azar había hecho que se lanzara de lleno contra la punta que él extendía a ciegas. Poco después, la serpiente se hundió en un ovillo que temblaba cada vez menos a medida que el veneno de la espada surtía efecto.

Pasó por encima con infinito cuidado y empujó la puerta, que se apartó y reveló el interior de la cúpula. Shevatas lanzó un grito de sorpresa. En lugar de la

espesa oscuridad que esperaba, entró en un lugar bañado por una luz carmesí que palpitaba con un resplandor casi insoportable para el ojo humano. Procedía de una enorme gema que colgaba del arco de la cúpula. Shevatas se quedó boquiabierto, habituado como estaba a la visión de la riqueza. Allí estaba el tesoro, de una magnificencia asombrosa: pilas de diamantes, zafiros, rubíes, turquesas, ópalos y esmeraldas; zigurats de jade, azabache y lapislázuli; pirámides de ladrillos de oro; teocallis de lingotes de plata; espadas de empuñadura enjoyada en vainas de hilo de oro; yelmos dorados rematados por crines de colores o plumas negras y escarlatas; corazas de escamas de plata; arneses con incrustaciones de piedras preciosas usados como mortaja por antiguos reyes guerreros; cálices tallados en una sola gema; calaveras bañadas en oro con ópalos por ojos; collares de dientes humanos y perlas. El suelo de marfil estaba cubierto por polvo de oro que relucía bajo el resplandor carmesí con un millón de destellos. El ladrón entraba en una tierra maravillosa llena de magia y esplendor, el suelo cuajado de estrellas bajo sus sandalias.

No apartaba los ojos del estrado de cristal que se elevaba, justo bajo la gema roja, de la pila de riquezas y sobre el que deberían reposar los huesos resecos, convertidos en polvo por el paso de los siglos. Shevatas siguió mirando y de pronto la sangre huyó de las facciones cetrinas, se le congelaron los huesos y se le puso la piel de gallina. Horrorizado, abrió la boca pero ningún sonido salió de sus labios. De repente, recobró la voz en un grito horripilante que resonó bajo la cúpula. Luego, el silencio de miles de años volvió a apropiarse de las misteriosas ruinas de Kuthchemes.

## 2

Los rumores atravesaron las praderas y no tardaron en llegar a las ciudades hibóreas. Circularon entre las largas caravanas de camellos que cruzaban las arenas, guiadas por hombres enjutos de ojos de halcón y caftanes blancos; los transmitieron los pastores de nariz ganchuda de las tierras de pasto; de los que moraban en tiendas pasaron a los que moraban en casas de piedra en las rechonchas ciudades donde reyes de rizada barba negroazulada adoraban dioses barrigudos en extrañas ceremonias. Atravesaron la frontera de las colinas donde tribus demacradas imponían tributo a las caravanas; llegaron a las fértiles mesetas cuajadas de ciudades construidas junto a lagos azules y ríos caudalosos, y por último recorrieron las amplias calzadas blancas abarrotadas de carretas de bueyes, rebaños trashumantes, ricos mercaderes, jinetes con armadura, arqueros y sacerdotes.

Provenían del desierto del este de Estigia, muy al sur de las colinas de Koth. Un nuevo profeta había aparecido entre los nómadas. Se hablaba de guerras tribales, de banquetes de buitres y de un caudillo despiadado que guiada a sus crecientes huestes de victoria en victoria. Los estigios, una amenaza omnipresente para las naciones septentrionales, no parecían guardar relación con aquel movimiento; se decía que estaban reuniendo sus ejércitos en la frontera oriental y que sus sacerdotes preparaban su magia para guerrear contra el hechicero del desierto al que llamaban Natohk el Velado, pues siempre iba con el rostro cubierto.

La marea se dirigió al noreste; los reyes de barba negroazulada murieron

junto a los altares de sus dioses barrigudos y las rechonchas ciudades se inundaron de sangre. Se decía que las mesetas de los hibóreos eran el objetivo de Natohk y sus acólitos.

Las incursiones procedentes del desierto no eran infrecuentes, pero esta prometía ser distinta. Según los rumores, Natohk había unido bajo su férula treinta tribus nómadas y quince ciudades, y hasta un príncipe estigio rebelde se había incorporado a sus filas. Ese último detalle confería al asunto el aspecto de una auténtica guerra.

Por lo general, la mayoría de las naciones hibóreas preferían pasar por alto la amenaza, pero en Khoraja, arrancada de manos de los shemitas por las espadas de aventureros kothianos, se le prestaba atención. Enclavada al sudeste de Koth, se llevaría la peor parte en caso de invasión. Su joven rey era cautivo del traicionero monarca de Ofir, quien dudaba entre devolverlo a cambio de un cuantioso rescate y entregarlo a su enemigo, el mezquino rey de Koth, que no ofrecía oro, pero sí un ventajoso tratado. Entre tanto, el gobierno del tumultuoso reino recaía en las blancas manos de la joven princesa Yasmela, hermana del rey.

Los juglares glosaban su belleza a lo largo del mundo occidental, y su orgullo era el que correspondía a una dinastía real. Pero aquella noche se lo habían arrancado como si fuera una capa. En su habitación de bóveda de lapislázuli, suelo de mármol cubierto de pieles exóticas y paredes abarrotadas de frisos de oro, diez jóvenes hijas de la nobleza, de esbeltas extremidades cubiertas de brazales y tobilleras de oro y gemas, dormían en divanes de terciopelo alrededor del lecho real de tarima de oro y doseles de seda. Pero la princesa Yasmela no estaba recostada en él; yacía desnuda en el frío mármol, tendida boca abajo, con el pelo desparramado por los blancos hombros y los delicados dedos entrelazados. Se retorcía de puro horror, la sangre helada en los esbeltos miembros y los hermosos ojos desorbitados; un horror indescriptible erizaba la raíz de su negro pelo y le ponía la carne de gallina en la espalda.

Sobre ella, en la esquina más oscura de la cámara de mármol, se arrastraba una gran sombra informe. No era una criatura viva ni un ser de carne y hueso; parecía un manchón de oscuridad, un punto ciego borroso, un íncubo monstruoso surgido de la noche, quizá el fruto de una mente febril y drogada, salvo por los puntos de ardiente amarillo que brillaban como dos ojos en la oscuridad.

Una voz salía de ella, un sonido grave y sibilante que parecía el siseo abominable de una serpiente y que, en apariencia, no podía salir de nada con labios humanos. El sonido y el aspecto de aquella criatura imbuían a Yasmela de un horror tan intolerable que se estremecía y temblaba como si estuviera bajo el látigo, como si de ese modo pudiera escapar a la insinuante vileza de la voz.

—Estás señalada para ser mía, princesa —susurraba la oscuridad insinuante —. Te había señalado antes de despertar de mi largo sueño, y en él te anhelaba, pero me contenía el arcano hechizo que me permitió escapar de mis enemigos. ¡Soy el alma de Natohk el Velado! ¡Mírame bien, princesa! Pronto me presentaré ante ti en mi forma corpórea y me amarás.

El siseo fantasmal se desvaneció en una distante risa lujuriosa, y Yasmela gimió y golpeó las losas de mármol con sus delicados puños en un éxtasis de terror.

—Duermo en el palacio de Akbatana —continuó el siseo—. Allí yace mi cuerpo en su carcasa de carne y hueso. Pero no es más que un recipiente del que el espíritu se ha ausentado de momento. Si pudieras mirar desde las ventanas de ese

palacio te darías cuenta de lo inútil de tu resistencia. A la luz de la luna, el desierto es un jardín de rosas donde florecen los fuegos de cien mil guerreros. Así como cae un alud, cobrando velocidad y empuje, me derramaré sobre las tierras de mis antiguos enemigos. Me haré copas con los cráneos de sus reyes, y sus mujeres e hijos serán los esclavos de los esclavos de mis esclavos. Mi poder ha crecido durante mis largos años de sueño…

»¡Pero tú serás mi reina, princesa! Te mostraré formas arcanas y olvidadas de placer. Yaceremos…

Ante la avalancha de obscenidades cósmicas que derramó el coloso de sombras, Yasmela se encogió y retorció como si un látigo hubiera golpeado su delicada piel desnuda.

—¡Recuerda! —susurró la monstruosidad—. No tardaré mucho en venir a reclamarte.

Yasmela, con el rostro apretado contra las losas y tapándose las rosadas orejas con los delicados dedos, creyó oír un extraño aleteo, como el de un murciélago. Alzó la vista con temor y solo vio un haz de luz de luna allí donde había acechado el fantasma. Se incorporó temblando y se dejó caer en un diván de satén, donde se echó a llorar de histeria. Todas las jóvenes siguieron durmiendo excepto una, que bostezó, se desperezó y miró a su alrededor. Al instante se puso en pie, se arrojó a los pies del diván y pasó los brazos alrededor de la esbelta cintura de Yasmela.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha…?

Tenía los ojos oscuros agrandados por el temor. De pronto, Yasmela la abrazó fuertemente.

—¡Oh, Vateesa! ¡Ha vuelto! ¡Lo he visto!, ¡lo he oído! ¡Ha dicho su nombre…, Natohk! ¡Es Natohk! No es ninguna pesadilla, se me ha acercado mientras dormíais como si estuvierais drogadas. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

Vateesa dio vueltas a un brazalete dorado, meditabunda.

—Está claro, alteza, que no lidias con un simple mortal y que el talismán que te dieron los sacerdotes de Istar es inútil —dijo al fin—. Debes consultar al oráculo olvidado de Mitra.

Yasmela se estremeció, incluso con la pesadilla que acababa de vivir. Los dioses de ayer se convierten en los demonios de hoy, y hacía tiempo que los kothios habían abandonado el culto a Mitra y olvidado al dios principal hibóreo. Yasmela tenía la vaga idea de que se trataba de alguien muy antiguo y, por tanto, terrible. La propia Istar debía ser temida, como todos los dioses de Koth. La cultura y la religión kothias eran fruto de una sutil mezcla de influencias shemitas y estigias. Los modos sencillos de los hibóreos se habían adaptado con el correr de los siglos a las costumbres más sensuales, lujuriosas y despóticas de oriente.

—¿Mitra me ayudará? —Yasmela agarró a Vateesa por la muñeca—. Hemos adorado a Istar durante tanto tiempo…

—¡Claro que sí! —Vateesa era hija de un sacerdote ofíreo que no había abandonado sus costumbres al huir de sus enemigos políticos hacia Khoraja—. ¡Busca el santuario! Te acompaño.

—¡Sí! —Yasmela se incorporó, pero rechazó el vestido que Vateesa le tendía—. No es correcto que vaya al santuario vestida de seda. Iré desnuda y de rodillas, como una suplicante, no vaya a pensar Mitra que me falta humildad.

—¡Tonterías! —Vateesa no sentía mucho respeto por las costumbres de lo que consideraba una fe falsa—. Mitra desea que estemos de pie ante él, no que reptemos como gusanos ni que reguemos sus altares con sangre de animales.

Tras esta reprimenda, Yasmela permitió que la joven le pusiera una ligera camisola de seda sin mangas, sobre la que colocó una túnica de seda, entallada por un ancho cinturón de terciopelo. Vateesa colocó las zapatillas de satén en los delicados pies y, con un par de toques de sus expertos dedos, arregló el alborotado cabello negro de Yasmela. Tras esto, la princesa siguió a la joven, quien apartó un pesado tapiz y abrió la puerta que ocultaba. Cruzaron un estrecho pasillo hasta llegar a una puerta que se abrió a un amplio vestíbulo. Había allí un guardia con un yelmo de penacho dorado, una coraza de plata y grebas bañadas en oro, con un hacha de combate de largo mástil en la mano.

Un gesto de Yasmela interrumpió su exclamación de asombro y, tras saludar, se echó a un lado y se quedó inmóvil como una estatua. Las jóvenes cruzaron el vestíbulo, que parecía enorme y tenebroso a la luz vacilante de los candiles de las paredes, y descendieron por una escalera. Yasmela se estremecía cada vez que veía sombras en una esquina. Bajaron tres pisos y se detuvieron junto a un estrecho pasillo de techo abovedado cubierto de piedras preciosas, suelo de losas de cristal y paredes con frisos dorados. Lo cruzaron, cogidas de la mano, hasta llegar a un ancho portal dorado.

Vateesa empujó la puerta, que reveló una capilla que solo recordaban unos pocos fieles y los visitantes reales de la corte de Khoraja, para los cuales se mantenía abierta. Yasmela no había entrado nunca, aunque había nacido en palacio. Desnuda y sin adornos en comparación con el fastuoso santuario de Istar, su sencillez desprendía la dignidad y la belleza características de la religión mitraíca.

El techo era elevado, pero sin cúpula, de mármol desnudo, como el suelo y las paredes, estas últimas recorridas por un estrecho friso de oro. Tras el altar de jade transparente, limpio de sacrificios, se alzaba el pedestal donde se situaba la manifestación de la deidad. Yasmela contempló maravillada los magníficos hombros, las facciones limpias y claras, los grandes ojos que miraban sin doblez, la barba patriarcal, los espesos rizos sujetos con una sencilla cinta alrededor de las sienes. Aunque no lo sabía, era arte en su máxima expresión, la cristalización directa, libre y sin retorcimientos de una raza de elevado sentido estético, sin las constricciones del simbolismo convencional.

Pese a los consejos de Vateesa, cayó de rodillas y se postró; su joven acompañante, por si acaso, siguió su ejemplo. A fin de cuentas, no era más que una muchacha, y la figura de Mitra imponía respeto. Pese a todo, no pudo evitar susurrarle a Yasmela:

—No es más que una imagen del dios. Nadie afirma saber qué aspecto tiene Mitra. Esto solo es una forma humana idealizada, lo más cercano a la perfección que puede concebir la mente del hombre. Pero no vive en esta fría piedra, como afirman tus sacerdotes sobre Istar. Está en todas partes, encima de nosotras, a nuestro alrededor, y sueña entre las estrellas. Pero aquí concentra su atención; así pues, llámalo.

—Pero ¿qué digo? —susurró Yasmela, aterrada.

—Antes de que hables, Mitra sabrá qué tienes en la mente —empezó a decir Vateesa.

Ambas se sobresaltaron violentamente al oír una voz sobre ellas, en el aire. Aquel sonido profundo, calmado, bien timbrado, procedía tanto de la imagen como de cualquier otra parte de la habitación. De nuevo, Yasmela se echó a temblar ante aquella voz incorpórea, pero ya no era de horror ni de repulsión.

**—Habla, hija mía, pues sé de tu necesidad. —El tono era como las olas que batieran suavemente contra la playa—. De un solo modo puedes salvar tu reino y, con ello, librar al mundo de los colmillos de la serpiente que repta en la oscuridad. Sal a la calle tú sola y pon tu reino en las manos del primer hombre que encuentres.**

**El tono melodioso cesó, y las muchachas se miraron. Después se incorporaron y salieron de la capilla; no dijeron una sola palabra hasta que llegaron a los aposentos de Yasmela. La princesa se asomó a la ventana enrejada de oro. La luna se había puesto, y la medianoche había quedado atrás hacía un buen rato. Los sonidos del jolgorio y la jarana se habían desvanecido en los jardines y las terrazas de la ciudad. Khoraja dormía bajo las estrellas, que parecían reflejadas en los fanales que parpadeaban entre los jardines, en las calles y en las azoteas de las casas donde dormía la gente.**

**—¿Qué vas a hacer? —susurró Vateesa, temblorosa.**

**—Dame la capa —respondió Yasmela entre dientes.**

**—¡No! ¡Sola en la calle, a estas horas!**

**—Mitra ha hablado —replicó la princesa—. No sé si ha sido la voz de un dios o el truco de un sacerdote, pero no importa. ¡Iré!**

**Se echó encima una voluminosa capa de seda y se caló la capucha de terciopelo, de la que colgaba un fino velo. Luego recorrió a toda prisa los pasillos hasta llegar a la puerta de bronce donde una docena de alabarderos la contemplaron boquiabiertos. Aquel ala de palacio daba directamente a la calle; el resto estaba rodeado de jardines, confinados por altos muros. Salió a la calle, iluminada por candiles a intervalos regulares.**

**Vaciló un instante, y luego, antes de que su resolución se quebrase, cerró la puerta a su espalda. Se estremeció al contemplar la calle silenciosa y vacía. Hija de aristócratas como era, jamás había abandonado el palacio sin escolta.**

**Sin pensarlo más, echó a andar. Sus pies cubiertos de satén recorrían con ligereza el empedrado, pero hasta el menor ruido le desbocaba el corazón. El sonido de sus pies se le antojaba estruendoso en las cavernosas calles; sin duda sacaría harapientas figuras de ojos de rata de sus guaridas, en las cloacas. Cada sombra parecía ocultar un asesino al acecho; cada pórtico escondía una jauría de sabuesos de las tinieblas.**

**Se detuvo repentinamente. Frente a ella, en la calle solitaria, apareció una figura. Con el pulso acelerado, se escabulló rápidamente entre las sombras, que de pronto le parecían un refugio. Quien se acercaba no caminaba furtivamente, como un ladrón, ni con cautela, como un viajero temeroso. Recorría la calle en penumbra sin el menor intento de pasar desapercibido. Había un contoneo involuntario en sus pasos, y los pies resonaban contra el suelo. Cuando pasó junto a un candil lo vio con claridad: un hombre alto, con la coraza de cota de malla de un mercenario. Hizo acopio de valor y se lanzó hacia la luz, embozada en la capa.**

**—¡Alto!**

**La espada brilló a medio desenvainar. Su portador se detuvo al darse cuenta de que se trataba tan solo de una mujer, pero escrutó las sombras más allá, en busca de posibles enemigos.**

**Se quedó mirándola, con la mano en la larga empuñadura que sobresalía bajo la capa escarlata echada descuidadamente por sus hombros cubiertos de metal. La luz del candil se reflejó en el pulido azul de las grebas y el bacinete. Un fuego azul brillaba fiero en sus ojos. Yasmela se dio cuenta al primer golpe de vista de que no**

era kothio y, cuando lo oyó hablar, supo ni siquiera era hibóreo. Vestía como un capitán de mercenarios, y en aquellas compañías de hombres desesperados había gentes de muchos países, tanto bárbaros como civilizados. Tenía un aire lobuno que lo señalaba como bárbaro. Los ojos de un hombre civilizado, por salvaje o criminal que fuese, jamás habrían brillado con ese fuego. El aliento le olía a vino, pero no se tambaleaba ni vacilaba al hablar.

—¿Te han dejado fuera? —preguntó en kothio con acento bárbaro. Alargó la mano y cerró los dedos con suavidad alrededor de la muñeca de Yasmela; ella se dio cuenta de que podía rompérsela sin esfuerzo—. Acabo de salir de la última vinatería que había abierta. ¡Istar maldiga a esos condenados reformistas empeñados en cerrar las casas de vino! «Que la gente no beba y que no ande trasegando», dicen. Claro, para que puedan trabajar y luchar mejor por sus malditos amos. Eunucos de tripa fofa, eso es lo que son. Cuando servía con los mercenarios de Corintia nos pasábamos la noche bebiendo y encamados, y el día entero, peleando con las espadas empapadas de sangre. Pero ¿qué hay de ti, muchacha? Quítate esa condenada máscara…

Yasmela evitó su mano con un quiebro, intentando no dar la impresión de que lo encontraba repulsivo. Se daba cuenta del peligro que corría, a solas con un bárbaro borracho. Si revelaba su identidad, podría reírse de ella o llevársela; quizá hasta la degollaba. Los bárbaros hacían cosas inexplicables y pintorescas.

—Aquí no —dijo entre risas, luchando con el miedo que sentía—. Ven conmigo…

—¿Adónde? —Le ardía la sangre, pero era precavido como un lobo—. ¿Me llevas a algún cuchitril a que me desplumen?

—¡No!, ¡lo juro!

Le costaba esquivar la mano que, de nuevo, intentaba quitarle el velo.

—¡Serás desvergonzada…! —gruñó, disgustado—. Eres peor que una hirkania, con ese condenado velo. Al menos déjame ver qué pinta tienes.

Antes de que pudiera impedirlo, le arrancó la capa y lanzó un siseo entre dientes. Se quedó inmóvil con la prenda en la mano, contemplándola como si la visión de sus suntuosos ropajes y ornamentos le hubiera borrado la borrachera. Vio asomar la sospecha a los ojos fieros.

—¿Quién demonios eres? —murmuró—. No eres ninguna buscona callejera…, a menos que hayas asaltado el guardarropa del serrallo del rey.

—No importa. —Se atrevió a posar la blanca mano en el enorme brazo forrado de acero—. Vámonos de la calle.

Dudó y luego encogió los enormes hombros. Seguramente pensaba que Yasmela era alguna noble que, harta de amantes delicados, buscaba una diversión algo más ruda. Le devolvió la capa y fue tras ella.

Yasmela lo contempló de reojo mientras recorrían juntos la calle. La coraza no podía ocultar las poderosas líneas de fuerza felina. Todo en él era salvaje, elemental, indómito. Le era tan ajeno como la selva, diametralmente distinto de los elegantes cortesanos a los que estaba acostumbrada. Lo temía; se decía que era por su fuerza bruta y su salvajismo indisimulados, pero había algo peligroso en él que le quitaba el aliento y le hacía querer acercarse más; el oculto acorde primitivo que se agazapa en el corazón de toda mujer resonaba con él y obtenía respuesta. Había sentido su mano en el brazo y algo dentro de ella hormigueaba al recuerdo del contacto. Muchos hombres se habían arrodillado ante Yasmela; a su lado iba uno que estaba segura de que jamás se arrodillaría ante nadie. Era como

guiar a un tigre desencadenado; estaba aterrada y fascinada a la vez.

Se detuvo en la puerta de palacio y llamó con suavidad. Miró de reojo a su compañero y no vio duda ni sospecha en sus ojos.

—Así que el palacio —masculló—. ¿Qué eres?, ¿una doncella de la corte?

Se preguntó, asaltada por unos extraños celos, si alguna de sus doncellas habría llevado a aquel halcón de guerra al palacio. Los guardias no hicieron gesto alguno mientras pasaban entre ellos, pero él los contempló como un fiero perro rodeado de una jauría extraña. Lo guio a través del pórtico cortinado hacia una sala interior, donde se quedó contemplando los tapices con tranquilidad hasta que vio una jarra de vino en una mesa de ébano. La cogió con un suspiro agradecido y se la llevó a los labios. Vateesa apareció de repente, al borde las lágrimas:

—¡Oh, alteza…!

—¡Alteza!

La jarra cayó al suelo. Demasiado rápido para que la vista pudiera seguirlo, el mercenario arrancó el velo del rostro de Yasmela de un zarpazo. Retrocedió con una maldición, y la espada saltó a su mano con un destello de acero azul. Sus ojos brillaban como los de un tigre acorralado. El aire estaba cargado de tensión, como ocurre instantes antes de que se desencadene una tormenta. Vateesa se dejó caer, muda de terror, pero Yasmela se enfrentó al furioso bárbaro sin parpadear. Se daba cuenta de que su vida pendía de un hilo: enloquecido por la sospecha y el pánico, estaba listo para matarla a la menor provocación. De algún modo, todo aquello la hacía sentirse viva como nunca.

—No tengas miedo —dijo—. Soy Yasmela, pero no hay motivo para temerme.

—¿Por qué me has traído?—preguntó él, con los ojos saltando de un lado a otro de la habitación—. ¿Qué trampa es esta?

—No es ninguna trampa. Te he traído porque creo que puedes ayudarme. Les pedí consejo a los dioses, a Mitra, y me dijo que saliera a la calle y pidiera ayuda al primer hombre que encontrara.

Sorprendentemente, lo entendió sin problemas. Los bárbaros tenían también sus oráculos, al fin y al cabo. Bajó la espada, aunque no la envainó.

—Desde luego, si eres Yasmela, necesitas ayuda —gruñó—. Tu reino es un condenado desastre. Pero ¿cómo puedo ayudarte? Si quieres que le corte la garganta a alguien, no hay problema…

—Siéntate. Vateesa, tráele vino.

Obedeció, con cuidado de tener la espalda contra una pared sólida y poder controlar toda la habitación, cosa que no se le escapó a Yasmela. Se apoyó la espada desenvainada en las rodillas enfundadas de acero. Ella no dejaba de mirar la hoja, fascinada. Su apagado reflejo parecía relatar historias de sangre y rapiña. Yasmela no se consideraba capaz de levantarla, aunque sabía que el mercenario podía blandirla con una sola mano con la facilidad con que otros manejarían una fusta. Observó la amplitud y la fuerza de sus manos, que estaban lejos de ser las torpes garras de un cavernícola. Con un estremecimiento culpable, se descubrió imaginándose aquellos fuertes dedos enredados en el pelo.

Pareció tranquilizarse cuando la princesa se tendió en un diván de satén frente a él. Se quitó el bacinete y lo dejó en la mesa, y luego se echó hacia atrás la cofia y dejó caer la malla sobre sus enormes hombros. Yasmela comprobó lo distinto que era de los hibóreos. En su rostro curtido y cubierto de cicatrices había un vestigio de melancolía y, sin que hubiera nada depravado o maligno en sus rasgos, emanaba un aire siniestro, atenuado por los ardientes ojos azules. La

amplia frente estaba coronada por una melena de corte recto, negra como ala de cuervo.

—¿Quién eres? —preguntó Yasmela sin rodeos.

—Conan. Capitán de los lanceros mercenarios —respondió mientras vaciaba de un trago la copa de vino y la tendía para que le sirvieran más—. Nací en Cimeria.

Aquel nombre no significaba gran cosa para ella. Sabía de un modo vago que se trataba de una tierra sombría y cubierta de colinas del lejano norte, a mucha distancia de los últimos puestos avanzados de los hibóreos, poblada por una raza fiera y melancólica. Nunca había visto a uno de ellos.

Apoyó la barbilla en las manos y lo contemplo con aquellos ojos oscuros y profundos que habían esclavizado tantos corazones.

—Conan de Cimeria. Dices que necesito ayuda. ¿Por qué?

—Salta a la vista. Tu hermano, el rey, está en una cárcel ofírea, y los kothios conspiran para esclavizarte. También está ese condenado hechicero que habla a gritos de fuego y destrucción desde Shem… Y para colmo, cada día que pasa desertan más soldados.

No replicó al momento. Para ella era una toda una experiencia estar con alguien que le hablaba de forma tan directa, sin andarse con cortesías.

—¿Por qué desertan mis soldados, Conan? —preguntó.

—A algunos los contrata Koth —respondió mientras cogía la jarra de vino con satisfacción—. Muchos creen que Khoraja está perdida como estado independiente. Y muchos están asustados por las historias que cuentan de ese perro de Natohk.

—¿Los mercenarios se quedarían? —preguntó con ansia.

—Mientras nos pagues bien —respondió él con franqueza—. Tu política no nos interesa. Para eso puedes contar con Amalric, nuestro general, pero los demás somos gente normal que está aquí por el botín. Se dice que, si entregas el rescate que pide Ofir, no tendrás con qué pagarnos. En ese caso, quizá nos pasemos al rey de Koth, aunque ese condenado tacaño no es santo de mi devoción. O podríamos saquear la ciudad. En una guerra civil hay botín para todos.

—¿No os pasaríais a Natohk? —quiso saber ella.

—¿Con qué nos iba a pagar? —respondió, burlón—. ¿Con los ídolos barrigones que saqueó de las ciudades shemitas? Mientras luches contra Natohk, puedes contar con nosotros.

—¿Te seguirían tus camaradas? —preguntó de pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —replicó muy despacio— que voy a nombrarte comandante en jefe de los ejércitos de Khoraja.

Conan se quedó inmóvil con la copa en los labios, que se curvaron en una sonrisa. Una nueva luz brillaba en sus ojos.

—¿Comandante en jefe? ¡Por Crom! ¿Y qué dirán tus perfumados nobles?

—¡Me obedecerán! —Dio unas palmadas para llamar un esclavo, que entró de inmediato e hizo una profunda reverencia—. Que vengan el conde Théspides, con el canciller Taurus, el general Amalric y el agha Shupras.

»Confío en Mitra —añadió cuando se fue el esclavo. Conan devoraba la comida que le había servido la temblorosa Vateesa—. ¿Has visto muchas guerras?

—Nací en un campo de batalla —respondió mientras arrancaba un buen pedazo de carne de un hueso con los fuertes dientes—. Lo primero que oí fue el

repiquetear de las espadas y los gritos de los moribundos. He combatido en peleas de clanes, en combates tribales y en campañas imperiales.

—Pero ¿puedes organizar las líneas de batalla y dirigir a los soldados?

—Puedo intentarlo —respondió, imperturbable—. No es más que esgrima a gran escala. Se desestabilizas la guardia del enemigo, se lanzan tajos y estocadas, y cae la cabeza de uno de los dos.

El esclavo volvió y anunció la llegada de las personas que Yasmela había hecho llamar. La princesa salió a la habitación exterior y cerró las cortinas a su paso. Los nobles hincaron la rodilla, claramente sorprendidos por haber sido convocados aquellas horas.

—Os he llamado para comunicaros mi decisión —dijo Yasmela—. El reino está en peligro…

—Ciertamente, alteza. —Era el conde Théspides quien hablaba; un hombre alto de rizos negros perfumados. Se acariciaba el bigote con una mano pálida y sujetaba con la otra un chaperón de terciopelo, con una pluma escarlata sujeta con un broche dorado. Calzaba zapatos de satén puntiagudos y llevaba una cotardía de terciopelo hilado en oro. Era de gestos ligeramente afectados, pero los músculos, bajo la seda, eran de acero—. Sería buena cosa ofrecer más oro a Ofir a cambio de la liberación de tu real hermano.

—No podría estar más en desacuerdo —interrumpió el canciller Taurus, un anciano de túnica de armiño y rasgos marcados por años de servicio—. Ya hemos ofrecido más de lo que podemos permitirnos. Ofrecer más solo serviría para estimular la avaricia de Ofir. Alteza, digo lo mismo que siempre: Ofir no moverá un dedo hasta que nos las hayamos visto con el ejército invasor. Si perdemos, entregará al rey Khossus a Koth; si ganamos, sin duda nos devolverá a su majestad tras el pago del rescate.

—Y mientras tanto —intervino Amalric—, los soldados desertan a diario y los mercenarios se preguntan por qué perdemos tanto tiempo. —Era un nemedio corpulento de rubia melena leonina—. Debemos actuar cuanto antes.

—Mañana marchamos al sur —respondió Yasmela—. ¡He aquí al hombre que os guiará!

Apartó las cortinas y señaló teatralmente al cimerio, aunque quizá no fuera el momento más apropiado: Conan estaba repantigado en la silla, con los pies en la mesa de ébano y toda su atención centrada en roer el hueso que sujetaba firmemente con ambas manos. Lanzó una mirada indiferente a los asombrados nobles, gruñó en dirección a Amalric y siguió comiendo con evidente placer.

—¡Mitra nos guarde! —estalló Amalric—. ¡Es Conan el norteño, el más pendenciero de todos mis rufianes! Lo habría colgado hace tiempo si no fuera el mejor espadachín que jamás se haya puesto una cota de malla.

—¡Su alteza bromea, sin duda! —dijo Théspides, con el ceño fruncido en el aristocrático rostro—. Ese tipo es un salvaje… un don nadie. ¡Es un insulto para un caballero servir a sus órdenes! ¡Jamás…!

—Conde Théspides —dijo Yasmela—, llevas mi guante bajo el tahalí. Dámelo, por favor, y vete.

—¿Irme? —preguntó, incrédulo—. Irme, ¿adónde?

—¡A Koth o al infierno! Si no me sirves como deseo, no me sirves para nada.

—Me juzgas mal, alteza —dijo él, con una profunda reverencia y el gesto dolido—. No puedo abandonarte. Por tu bien estoy dispuesto a poner mi espada al servicio de ese salvaje.

—¿Y tú, general Amalric?

Amalric contuvo un juramento y sonrió. Como buen soldado de fortuna, ningún giro de la suerte, por estrambótico que fuese, lo sorprendía demasiado.

—Serviré a sus órdenes. Siempre he aspirado a una vida corta y feliz, y a las órdenes de Conan el degollador, sin duda será ambas cosas. ¡Por Mitra! Si ese perro ha dirigido alguna vez algo más que una compañía de degolladores, me lo comeré con armadura y todo.

—¿Y tú, mi agha? —Yasmela se volvió hacia Shupras.

Este se encogió de hombros con resignación. Era un representante típico de la raza que poblaba la frontera meridional de Koth, alto y enjuto, de afilados rasgos de halcón, más aún que sus primos de sangre pura del desierto.

—Istar es quien decide, alteza. —El fatalismo de sus antepasados hablaba por él.

—Esperad aquí —ordenó ella.

Mientras Théspides resoplaba y retorcía su capa de terciopelo, Taurus murmuraba por lo bajo y Amalric iba de un lado a oro, dándose tirones de la rubia barba y gruñendo como un león hambriento, Yasmela desapareció de nuevo tras las cortinas y dio unas palmadas para llamar a los esclavos.

A sus órdenes, llevaron una armadura para reemplazar la cota de malla de Conan: gorguera, escarpes, coraza, hombreras, grebas, musleras y celada. Cuando Yasmela descorrió de nuevo las cortinas, un Conan enfundado en acero bruñido contemplaba a su público. Con la armadura completa y el visor del yelmo levantado, transmitía una cruda impresión de poder que hasta Théspides notó a regañadientes. Una burla murió en los labios de Amalric:

—Por Mitra —dijo con lentitud—, jamás esperé verte con armadura de caballero, pero confieso que no te sienta mal. Por mis huesos, Conan, he visto a reyes llevar sus arreos mucho menos regiamente que tú.

Conan no dijo nada. Una sombra, fugaz como una profecía, cruzó su mente. En los años venideros recordaría las palabras de Amalric, cuando el sueño se hiciera realidad.

## 3

Aún no se había disipado la neblina del amanecer, pero las calles de Khoraja estaban cubiertas de una multitud que contemplaba la partida del ejército por la puerta sur. Al fin se ponía en marcha. Al frente iban los caballeros de brillante armadura y pulido yelmo coronado de plumas de colores, a lomos de corceles enjaezados en seda, cuero lacado y arreos de oro que no paraban de caracolear y corcovar. La luz matutina arrancaba destellos de las puntas de lanza que se erguían sobre la columna como un bosque, mientras los pendones flotaban en la brisa. Cada jinete llevaba encima la prenda de alguna dama, ya fuera un guante, un pañuelo o una rosa, anudada al yelmo o fijada al cinto. Componían la caballería pesada de Khoraja quinientos jinetes comandados por el conde Théspides, de quien se decía que aspiraba a la mano de la mismísima Yasmela.

Tras ellos avanzaba la caballería ligera, en caballos más altos y esbeltos, representantes típicos de los montañeses, enjutos y con facciones de halcón. Llevaban cascos rematados en punta, y el acero de las cotas de malla brillaba bajo los caftanes. Su arma principal era el temible arco shemita, que podía clavar una

flecha a quinientos pasos. Eran cinco mil, con Shupras a la cabeza, quien fruncía el ceño bajo el yelmo puntiagudo.

Les pisaban los talones los piqueros de Khoraja, siempre relativamente escasos en las naciones hibóreas, donde se consideraba a la caballería la única rama honorable del servicio militar. Los piqueros, al igual que la caballería pesada, estaban formados sobre todo por representantes de la antigua sangre kothia: hijos de familias arruinadas; gente sin recursos; jóvenes sin dinero suficiente para comprarse el caballo y la armadura. Eran quinientos.

A retaguardia iban los mercenarios, mil jinetes y dos mil piqueros. Los enormes caballos parecían tan fieros e indómitos como los jinetes, y no perdían el tiempo caracoleando o exhibiéndose. Eran gente de aspecto siniestro, guerreros profesionales, veteranos de sangrientas campañas. Vestían cota de malla de la cabeza a los pies y llevaban yelmo sin visera. Los escudos no tenían adorno alguno, y en las largas lanzas no flameaba ningún pendón. De las sillas colgaban hachas de combate o mazas de acero, y todos llevaban una larga espada al costado. Los piqueros mostraban idéntico atavío, aunque con picas en lugar de lanzas de caballería.

Eran de muchas razas y culpables de numerosos crímenes. Había hiperbóreos altos y enjutos de huesos recios, habla vacilante y comportamiento violento; gunderios de melena leonada de las colinas del noroeste; corintios renegados y fanfarrones; zingarios atezados de erizado mostacho negro y temperamento feroz; aquilonios del lejano oeste. Todos, salvo los zingarios, eran hibóreos.

Al final iba un camello ricamente enjaezado, precedido por el jinete de un enorme caballo de guerra, rodeado de un grupo de piqueros de las tropas reales. A sus lomos, medio oculto por el baldaquín de seda, viajaba una figura esbelta vestida de seda, y a su paso, el populacho siempre ávido de realeza se quitaba los gorros de cuero y estallaba en gritos entusiastas.

Conan el cimerio, incómodo en su armadura, contemplaba el engalanado camello con desaprobación. Amalric cabalgaba a su lado, resplandeciente con su cota de malla bañada de oro, su coraza dorada y su yelmo rematado en una cimera de crines de caballo.

—La princesa quería venir con nosotros —le dijo Conan—. Es flexible, pero demasiado blanda para esto. En cualquier caso, tendrá que cambiarse de ropa.

Amalric se atusó el bigote rubio para ocultar una sonrisa. Evidentemente, Conan creía que Yasmela pretendía ponerse una espada al cinto y tomar parte en la batalla, como solían hacer las mujeres bárbaras.

—Las hibóreas no luchan como las cimerias, Conan —dijo—. Yasmela nos acompaña solo para ver la batalla. En cualquier caso, y entre tú y yo —se inclinó en la silla y bajó la voz—, me parece que la princesa no se atreve a quedarse aquí. Tiene miedo de algo.

—¿Una revuelta? Igual no sería mala idea colgar a un ciudadano o dos antes de irnos.

—No, no es eso. Una de sus doncellas me habló, entre balbuceos, de algo que la visitó de noche en el palacio y la dejó aterrorizada. Alguna hechicería de Natohk, sospecho. ¡Luchamos contra algo más que la carne y el hueso, Conan!

—Como sea, es mejor ir al encuentro del enemigo que quedarse esperando —gruñó el cimerio.

Contempló la larga hilera de carromatos, alcahuetes y vivanderas; sujetó las riendas con la mano enguantada y soltó sin pensar la frase habitual de los

mercenarios en movimiento:

—¡Botín o perdición, camaradas! ¡Adelante!

Las recias puertas de Khoraja se cerraron tras ellos. Desde la muralla los contemplaban rostros ansiosos; los ciudadanos sabían que se lo estaban jugando todo a una carta. Si el ejército era derrotado, el futuro de Khoraja se escribiría con sangre. Las hordas que llegaban del salvaje sur poco sabían de piedad o compasión.

Las columnas marcharon durante todo el día por las llanas praderas, interrumpidas aquí y allá por riachuelos. Poco a poco, el terreno empezó a ascender. Frente a ellos se alzaba un grupo de colinas bajas que se extendían sin fisuras de este a oeste. Acamparon aquella noche en las laderas septentrionales, y grupos de fieros tribeños de las tierras altas se acercaron al campamento, se sentaron junto a las hogueras y transmitieron las noticias llegadas del misterioso desierto. El nombre de Natohk se arrastraba por sus palabras como una serpiente. Decían que a sus órdenes los demonios del aire lanzaban truenos, viento y niebla, y que los diablos del inframundo sacudían la tierra y la hacían rugir. Del aire caía fuego que consumía las puertas de las ciudades amuralladas y carbonizaba a los soldados. Sus guerreros se extendían incontables por las arenas del desierto, y tenía a su servicio cinco mil combatientes estigios en carros de guerra, comandados por el príncipe rebelde Kutamún.

Conan ni se inmutó ante la noticia. La guerra era su negocio, y la vida, una batalla continua desde el preciso momento del nacimiento. La muerte lo había acompañado toda su vida. Acechaba a su lado, atisbaba por encima de él en las mesas de juego, y sus huesudos dedos sacudían las copas de vino. Se cernía sobre él, una sombra monstruosa y encapuchada, cuando dormía. No daba a su presencia más importancia que la que un rey daría a la de un copero. Algún día sentiría su huesudo abrazo y todo se acabaría. Vivir el momento era más que suficiente.

Mas había otros menos despreocupados. Conan volvía de inspeccionar a los centinelas cuando se cruzó con una esbelta figura embozada que le hacía señas con la mano extendida.

—¡Alteza! Deberías estar en tu tienda.

—No podía dormir. —Los ojos oscuros parecían fascinados por las sombras—. ¡Tengo miedo, Conan!

—¿De alguien de este ejército? —Alargó la mano hacia la espada.

—No —La joven se estremeció—. ¿No tienes miedo de nada?

Conan llevó la mano a la barbilla mientras sopesaba la cuestión.

—Sí —reconoció por último—: de que me maldigan los dioses.

Ella volvió a temblar.

—Estoy maldita. Un demonio de los abismos ha puesto su marca en mí. Noche tras noche acecha entre las sombras y me susurra secretos espantosos. Me obligará a ser su reina en el infierno. No me atrevo a dormir… Acudiría a mi pabellón, como ya acudió en palacio. ¡Eres fuerte, Conan!, ¡no te separes de mí! ¡Tengo tanto miedo…!

Ya no era una princesa, solo una joven aterrorizada. Su orgullo había desaparecido, dejándola desnuda y sin subterfugios. Llevada por el pánico, había buscado la protección del más fuerte. El poder desatado que antes la habría repelido la atraía ahora.

La respuesta de Conan fue quitarse la capa escarlata y envolver con rudeza a

la joven, como si la ternura le estuviera vedada. El puño de hierro descansó un momento en el esbelto hombro, y ella tembló otra vez, pero no de miedo. Una descarga de salvaje vitalidad la recorrió electrizándola, como si algo de la imparable fuerza del bárbaro hubiera pasado a su cuerpo con aquel contacto.

—Túmbate aquí.

Le señalaba un espacio vacío, junto a una pequeña hoguera. No veía nada incongruente en que una princesa se tendiera en el suelo junto a un fuego de campamento, envuelta en la capa de un soldado. Pero Yasmela obedeció sin más.

Él se sentó a su lado en una roca, con el mandoble en las rodillas. El reflejo del fuego en la armadura lo hacía parecer una estatua de hierro, un remolino de energía detenido en un instante; sin descansar, simplemente inmóvil de momento, dispuesto a zambullirse en un frenesí de violencia a la menor señal. La luz de la hoguera bailaba en su rostro y hacía que sus rasgos parecieran tallados en una sustancia quimérica, pero dura como el acero. No hacía el menor gesto, pero los ojos azules brillaban feroces. No era simplemente un salvaje; formaba parte de todo lo agreste; era uno con los elementos más indómitos de la vida; por sus venas corría sangre de lobos; en su mente acechaban las siniestras profundidades de las noches septentrionales; su corazón latía con el fuego de los bosques sombríos.

Así, medio pensando, medio soñando, Yasmela se dejó llevar por el sopor, envuelta en una deliciosa sensación de seguridad. De algún modo supo que ninguna sombra de ojos amarillos caería sobre ella desde las tinieblas, en tanto aquella adusta figura salvaje montase guardia sobre ella.

Despertó algo después, estremecida de terror cósmico, aunque no a causa de nada que hubiese visto. Lo que la había despertado era un murmullo ronco, y al abrir los ojos comprobó que el fuego menguaba y se olía el alba en el aire. Pudo ver la silueta borrosa de Conan, aún sentado en el peñasco y divisó el estilizado brillo azul de la espada. A su lado, agachada, otra figura se recortaba vagamente contra el fuego. Yasmela distinguió el pico ganchudo de una nariz y el brillo de un ojo bajo un turbante blanco. Hablaba con rapidez en un dialecto shemita que a Yasmela le costaba comprender.

—¡Que Bel me pudra el brazo si no digo la verdad! Por Derketo, Conan, puede que sea el príncipe de los ladrones, pero jamás mentiría a un viejo camarada. Te lo juro por los días en los que fuimos ladrones en Zamora, antes de que vistieras armadura.

»He visto a Natohk. He hincado la rodilla ante él como todo el mundo mientras recitaba sortilegios dedicados a Set. Pero no enterré la nariz en el suelo, como los demás. Soy un ladrón de Shumir y tengo la vista más aguda que una comadreja. Entrecerré los ojos y vi su velo ondeando al viento. El rostro quedó al descubierto y vi… ¡Que Bel me asista, Conan! Se me puso la carne de gallina y se me heló la sangre en las venas. Lo que vi me quemó el alma como un hierro candente.

»No cejé hasta confirmar mis sospechas. Fui a las ruinas de Kuthchemes y vi la puerta de marfil abierta. Había una serpiente enorme en el pórtico, atravesada por una espada. En el interior, bajo la cúpula, había un muerto, tan desfigurado y retorcido que al principio no lo reconocí. Era Shevatas el Zamorio, el único ladrón de todo el mundo al que reconozco como superior. El tesoro estaba intacto, distribuido en montones alrededor del cadáver. Y eso era todo.

—No había huesos —dijo Conan.

—¡No había nada! —exclamó el shemita, frenético—. ¡Nada! ¡Solo ese

cadáver!

El silencio cayó sobre ellos, y Yasmela se encogió de terror.

—¿De dónde viene Natohk? —susurró el shemita—. Dejó el desierto una noche en la que el mundo estaba cubierto de nubes oscuras y enloquecidas que ocultaban las estrellas, y el aullido del viento se mezclaba con los gritos de los espectros de los condenados. Los vampiros salieron esa noche, y las brujas cabalgaron el viento desnudas, y los hombres lobos aullaron por todo el desierto. Vino en un camello negro, veloz como un relámpago, rodeado de un fuego impío; las pezuñas hendidas del camello dejaban un rastro luminoso en la arena. Cuando Natohk desmontó ante el santuario de Set, en el oasis de Aphaka, la bestia se internó en la noche y desapareció. He hablado con beduinos que juran que de pronto extendió unas alas gigantescas y voló hacia las nubes, dejando tras sí un rastro de fuego. Nadie ha vuelto a ver ese camello, pero un hombre de aspecto brutal se arrastra en ocasiones a la tienda de Natohk y ambos susurran en la oscuridad que precede al alba. Voy a explicarte cómo es Natohk. Te mostraré una imagen de lo que vi aquel día en Shushan cuando el viento apartó el velo que llevaba.

Yasmela vio un brillo de oro en la mano del shemita, mientras los hombres se inclinaban sobre algo. Oyó gruñir a Conan. De pronto, la oscuridad cayó sobre ella. Por primera vez en su vida, la princesa Yasmela se desmayó.

## 4

El amanecer era poco más que una mancha de claridad en el este cuando el ejército volvió a ponerse en marcha. Los tribeños habían vuelto al campamento y, mientras los caballos descansaban de la larga cabalgada, informaron de que la horda del desierto acampaba en el Pozo de Altaku. Así, los soldados forzaron el paso por las colinas, dejando atrás las carretas de suministros. Yasmela iba con ellos, los ojos desorbitados de pánico. Lo que había sido un horror sin nombre había tomado forma y se había convertido en algo aún más terrible, desde que había reconocido la pasada noche la moneda que el shemita tenía en la mano; una moneda acuñada en secreto por una degenerada secta zugita, que mostraba los rasgos de un hombre muerto tres mil años atrás.

El camino serpenteaba entre acantilados mellados y riscos desolados que se alzaban sobre los angostos valles. Aquí y allá se encaramaba alguna aldea, poco más que un montón de chozas de piedra y adobe. Muchos montañeses se unieron a sus compatriotas a su paso, por lo que, antes de que hubieran cruzado las colinas, el ejército se había visto engrosado por poco más de tres mil arqueros salvajes.

Cuando, de pronto, coronaron las colinas, contuvieron el aliento ante la vasta llanura que se extendía hacia el sur. En la ladera meridional, la pendiente descendía de forma abrupta, marcando con claridad la división entre la meseta de Koth y el desierto del sur. Las colinas formaban la frontera de la meseta, como una muralla casi ininterrumpida. En aquel lado estaban desnudas y desoladas y sus únicos habitantes eran los miembros del clan zaheemi, cuya misión era vigilar la pista de caravanas. Más allá de las colinas se extendía el desierto desnudo, arenoso, sin vida. Y allende el horizonte se encontraban el Pozo de Altaku… y el ejército de Natohk.

Contemplaban el paso de Shamla, por el cual fluía la riqueza del norte y del

sur, igual que los ejércitos de Koth, Khoraja, Shem, Turán y Estigia. En aquella zona se interrumpía la abrupta muralla formada por las colinas, y los promontorios descendían hacia el desierto y creaban valles, todos excepto uno cerrados en el extremo norte por los acantilados. Aquel era el paso; parecía una enorme mano extendida sobre las colinas; dos dedos, separados del resto, formaban un valle en forma de abanico, flanqueado por amplias crestas de paredes exteriores escarpadas y paredes interiores que descendían en suave pendiente. El valle se estrechaba hacia el norte hasta formar una meseta rodeada de barrancos. Había un pozo allí, junto a un puñado de torres de piedra ocupadas por los zaheemis.

Conan detuvo la columna y saltó del caballo. Se había quitado la armadura y llevaba la cota de malla, con la que se sentía más cómodo. Théspides se le acercó y dijo, en tono imperioso:

—¿Por qué te detienes?

—Los esperaremos aquí —respondió Conan.

—Sería más honorable ir cabalgando a su encuentro —recalcó el conde.

—Son muchos más que nosotros —respondió el cimerio—. Además, allí no hay agua. Acamparemos en la meseta.

—Mis hombres y yo iremos al valle —replicó Théspides con desprecio—. Somos la vanguardia y no tenemos miedo de esa horda andrajosa del desierto.

Conan se encogió de hombros, y el enfurecido aristócrata partió al galope. Amalric se detuvo mientras gritaba una orden y se quedó mirando la resplandeciente compañía que bajaba hacia el valle.

—¡Idiotas! Pronto se les vaciarán las cantimploras, y tendrán que volver al pozo a abrevar los caballos.

—Déjalos —respondió Conan—. No les resulta fácil aceptar mis órdenes. Di a nuestros hermanos que se aflojen los arneses y descansen. Hemos marchado rápido y duro; que abreven los caballos y que coman algo.

No era necesario enviar exploradores: el desierto era visible de extremo a extremo, aunque ahora quedaba oculto en parte por las nubes bajas que se apelotonaban, densas y oscuras, en el horizonte meridional. La monotonía del paisaje solo se interrumpía por un amasijo de ruinas, a unas millas desierto adentro, al parecer los restos de algún antiguo templo estigio. Conan hizo desmontar a los arqueros y los distribuyó por los riscos, junto a los montañeses. Dispuso a los piqueros, tanto mercenarios como khorajíes, alrededor del pozo de la meseta. El pabellón de Yasmela estaba algo más atrás, junto al recodo en que descendía la colina.

Sin enemigos a la vista, los soldados se relajaron. Se quitaron los bacinetes y las cofias, y se aflojaron los cinturones. Intercambiaron bromas groseras mientras devoraban la cena y metían el morro en las jarras de cerveza. A lo largo de las laderas, los hombres de las colinas mordisqueaban con tranquilidad su magra cena de olivas y dátiles. Amalric se acercó al peñasco en el que se había sentado Conan, con la cabeza descubierta.

—¿Has oído lo que dicen los montañeses de Natohk? Dicen… Por Mitra, es demasiado absurdo para repetirlo. ¿Qué opinas?

—Hay semillas que han aguantado siglos sin pudrirse —respondió Conan—. Pero Natohk es un hombre.

—No estoy tan seguro —gruñó Amalric—. En cualquier caso, tengo que reconocer que has desplegado a los hombres igual que un general experimentado.

Los demonios de Natohk no nos pillarán desprevenidos. ¡Por Mitra, menuda niebla!

—Al principio creía que se trataba de nubes —respondió Conan—. Mira cómo se mueven.

La densa niebla que habían tomado por nubes se desplazaba hacia el norte como un océano embravecido, ocultando rápidamente el desierto. No tardó en cubrir las ruinas estigias, y siguió avanzando. El ejército, asombrado, no apartaba la vista. Se trataba de algo sin precedentes, antinatural e inexplicable.

—No nos servirá de nada mandar exploradores —dijo Amalric, disgustado—. No podrían ver nada. La niebla ya alcanza los primeros riscos. No tardará en ocultar todo el paso y las colinas…

Conan, que había estado contemplando la niebla cada vez más intranquilo, se tendió de pronto en el suelo y pegó la oreja; a continuación se puso en pie de un salto, entre maldiciones.

—¡Carros y caballos, por miles! ¡El suelo vibra con los cascos! ¡Eh, vosotros! —Su voz retumbó por todo el valle y galvanizó a los soldados que descansaban—. ¡Poneos esos bacinetes y agarrad las picas, perros! ¡A vuestros puestos!

Mientras los soldados se apresuraban a adoptar sus posiciones, se colocaban el yelmo y agarraban el escudo, la niebla se desvaneció, como si ya no fuera necesaria. No se fue atenuando como una niebla natural, sino que desapareció de repente, como de un soplido. Un instante antes, el desierto estaba oculto tras las olas algodonosas, apiladas estrato sobre estrato. Y de pronto el sol brillaba en un cielo sin nubes sobre el desierto desnudo… pero ya no vacío. El fiero espectáculo de la guerra se desparramaba por él. Un grito hizo estremecerse las colinas.

Lo que veían los asombrados soldados parecía un mar reluciente de bronce y oro, punteado con los destellos de mil estrellas. Al alzarse la niebla, los invasores se habían detenido y permanecían en largas y apretadas hileras, encarados al sol.

En primera línea se veían los carros, guiados por los enormes y fieros caballos estigios, con plumas sobre la cabeza, que resoplaban y piafaban mientras los desnudos aurigas intentaban contenerlos, con las poderosas piernas firmemente plantadas y los músculos tensos en los brazos morenos. Los guerreros de los carros era altos, con rostro de halcón bajo yelmos puntiagudos rematados por una bola de oro. Llevaban arcos en las manos. No se trataba de arqueros convencionales, sino nobles del sur criados para la guerra y la caza, acostumbrados a abatir leones con sus flechas.

Tras ellos se extendía una abigarrada multitud de salvajes en caballos a medio domar. Guerreros de Kush, el principal reino negro de las sabanas al sur de Estigia. De piel brillante como el ébano, eran flexibles y esbeltos; montaban desnudos y a pelo, sin silla ni bridas.

Más atrás se arracimaba una horda que parecía abarcar todo el desierto. Miles y miles de belicosos hijos de Shem, fila tras fila de jinetes con coraza de escamas y yelmo cilíndrico: los asshuri de Nippur, Shumir, Eruk y sus ciudades hermanas; hordas de blancas túnicas. Los clanes nómadas.

Las filas giraron y se arremolinaron. Los carros se apartaron mientras la hueste principal se movía indecisa hacia delante.

En el valle, los caballeros ya habían montado, y el conde Théspides galopaba hacia la ladera en la que estaba Conan. No se dignó desmontar sino que habló con rudeza desde la silla.

—¡La disipación de la niebla los ha confundido! ¡Este es el momento de

cargar! Los kushitas no tienen arcos y refrenan cualquier avance. Una carga de mis caballeros los aplastará contra las filas de los shemitas y romperá la formación. ¡Seguidme! ¡Ganaremos la batalla con una sola carga!

Conan meneó la cabeza.

—Si estuviéramos luchando contra algo natural, estaría de acuerdo. Pero esa confusión es más fingida que real, como si nos estuvieran provocando para que cargásemos. Creo que es una trampa.

—Entonces, ¿te niegas a avanzar? —gritó Théspides, con el rostro enrojecido de ira.

—Sé razonable —dijo Conan—. Tenemos la ventaja de la posición y…

Con un juramento rabioso, Théspides dio media vuelta y galopó de vuelta al valle, donde los caballeros lo esperaban impacientes.

Amalric sacudió la cabeza.

—No deberías haberlo dejado volver, Conan. Creo que… ¡Mira!

Conan se puso en pie entre maldiciones. Théspides estaba en medio de sus caballeros. No se llegaban a entender sus gritos, pero los gestos que dirigía a la horda que se aproximaba eran bastante explícitos. En un instante, quinientas lanzas se enristrarían y la caballería pesada galoparía furiosa valle abajo.

Un joven paje se acercó desde el pabellón de Yasmela y dijo con voz estridente y ansiosa:

—Excelencia, la princesa quiere saber por qué no ayudas al conde Théspides.

—Porque no soy tan estúpido como él —gruñó Conan mientras volvía a sentarse en el peñasco para roer un enorme hueso de vaca.

—La autoridad te ha vuelto sensato —señaló Amalric—. Las locuras como esta eran tu especialidad.

—Sí, cuando solo arriesgaba mi propia vida —respondió Conan—. Pero ahora… ¿Qué demonios?

La horda se había detenido. De un extremo salió un carro, el desnudo auriga azotando los caballos como un poseso. El otro ocupante era una alta figura cuyo manto flotaba espectralmente al viento. Llevaba una enorme jarra de oro en las manos, y vertió un fino chorro que brilló a la luz del sol. El carro cruzó todo el frente de la horda y tras sus ruedas, como si fuera la estela de un barco, se extendía una línea larga y delgada de arena brillante, como el rastro fosforescente de una víbora.

—¡Es Natohk! —exclamó Amalric—. ¿Qué semilla infernal está plantando?

Los jinetes que cargaban no habían frenado el ritmo. Cincuenta pasos más y chocarían contra las desiguales filas kushitas, que seguían inmóviles con las lanzas alzadas. La vanguardia de jinetes alcanzó la delgada línea que brillaba sobre la arena, sin prestar la menor atención a aquella amenaza reptante, pero cuando los cascos herrados de los caballos la pisaron fue como raspar yesca y pedernal, pero con un resultado más terrible. Una tremenda explosión estremeció el desierto, que pareció partirse en dos, con una horrible llama blanca, a lo largo de la línea brillante.

En ese momento se vio a la vanguardia de la caballería engullida por la llama; los caballos y los caballeros acorazados se agitaban en su resplandor como insectos en el fuego. De pronto quedaron convertidos en una pila de cadáveres carbonizados. Incapaces de frenar la carga, hilera tras hilera de jinetes chocó contra aquel muro de llamas. En un instante, la carga quedó convertida en una carnicería en la que cuerpos con armadura morían rodeados de los gritos de

agonía de los caballos.

La falsa confusión desapareció de la horda del desierto cuando se dispuso de forma ordenada y avanzó. Los salvajes kushitas corrieron hacia la matanza para alancear a los heridos y destrozar los yelmos de los caballeros con mazas de piedra y hierro. Sucedió tan deprisa que los vigías de las laderas aún no comprendían qué había pasado. De nuevo, la horda avanzó, bifurcándose para evitar el montón de cadáveres carbonizados. Un grito salió de las colinas:

—¡No luchamos contra hombres! ¡Son demonios!

A ambos lados de cresta, los montañeses se estremecían. Uno de ellos corrió hacia la meseta, echando espumarajos por la boca.

—¡Huid! ¡Huid! —babeaba—. ¿Quién pude luchar contra la magia de Natohk?

Con un gruñido, Conan se incorporó y le lanzó el hueso roído. El montañés cayó al suelo, con la nariz y la boca ensangrentadas. El cimerio desenvainó la espada, los ojos convertidos en dos esferas de fuego azul.

—¡Mantened la posición! —gritó—. ¡Al próximo que retroceda le abro la cabeza! ¡Luchad, malditos!

La desbandada terminó tan rápidamente como había empezado. La feroz personalidad de Conan había sido como un cubo de agua fría para el fuego frenético del terror.

—Mantened la posición —repitió—. ¡Mantenedla! ¡Ni un hombre ni un diablo cruzará hoy el paso de Shamla!

Allí donde la meseta descendía hacia el valle, los mercenarios se ciñeron los cintos y agarraron las picas. Tras ellos, los lanceros aguardaban en sus corceles, y en un flanco, los piqueros de Khoraja quedaban como reserva. A ojos de Yasmela, pálida y muda en la entrada de su tienda, el ejército parecía un lastimero puñado de hombres en comparación con la atestada horda del desierto.

Conan se plantó entre los piqueros. Sabía que los invasores no intentarían cargar con los carros ladera arriba bajo la mordedura de los arqueros, pero dejó escapar un gruñido de sorpresa al ver desmontar a los jinetes. Aquellos salvajes montañeses no cargaban con suministros de más; de sus sillas colgaban cantimploras y pellejos, y los vaciaron hasta la última gota para luego deshacerse de ellos.

—Esto va a ser el abrazo de la muerte —murmuró Conan mientras las líneas formaban a pie—. Preferiría una carga de caballería; los caballos heridos siembran el caos en sus filas.

La horda había formado una enorme cuña, cuya punta se componía de estigios y cuyo cuerpo estaba formado por los asshuri, flanqueados por los nómadas. Avanzaban en formación cerrada, con los escudos al frente; tras ellos, elevada en un carro inmóvil una figura alzaba los brazos en una tenebrosa invocación.

Cuando la horda llegó a la boca del valle, los arcos montañeses entraron en juego. Pese a la formación defensiva, los hombres caían como moscas. Los estigios habían tirado los arcos; con la cabeza acorazada en la dirección de las flechas, los ojos oscuros brillando por encima del escudo, avanzaban como una oleada inexorable, pasando por encima de sus camaradas caídos. Pero los shemitas devolvieron el fuego, y las nubes de flechas oscurecieron el cielo. Conan alzó la vista más allá del ondulante mar de picas y se preguntó qué nuevo horror invocaría el hechicero. De algún modo sentía que Natohk, como todos los de su clase, era mucho más temible en defensa que en ataque; tomar la ofensiva contra él era una invitación al desastre.

Pero sin duda era la magia lo que empujaba a la horda a los brazos de la muerte. Conan contuvo el aliento ante el caos generado en las filas atacantes. Los bordes de la cuña parecían derretirse, y el valle estaba alfombrado de cadáveres. Sin embargo, los supervivientes seguían avanzando como dementes incapaces de percibir la muerte. Por la pura superioridad numérica de sus arcos, empezaron a hacer mella en los arqueros de las colinas. Nubes de flechas caían sobre los montañeses, obligándolos a buscar refugio. El pánico hizo presa en sus corazones al ver que la carga no se detenía, y manejaban los arcos torpemente, con ojos de lobo acorralado.

Cuando la horda se acercaba al estrecho cuello del paso empezaron a llover rocas que aplastaban a los atacantes por docenas, sin que eso detuviera la carga. Los lobos de Conan se prepararon para la inevitable conclusión. En formación cerrada y con armadura superior a la de los atacantes, no hacían gran caso de las flechas. Lo que temía Conan era el impacto de la carga, cuando la enorme cuña chocase contra sus filas. Y se dio cuenta de que nada detendría aquel embate. Agarró por el hombro a un zaheemi que tenía al lado.

—¿Hay algún modo de llegar a caballo a ese valle ciego que se extiende más allá de la cresta occidental?

—Sí. Hay un paso empinado y peligroso, secreto y bien guardado. Pero…

Conan ya lo arrastraba hacia donde esperaba Amalric, a lomos de su caballo de guerra.

—¡Amalric! ¡Sigue a este hombre! Te llevará a aquel valle. Cabalga, rodea el risco y ataca la horda por retaguardia. No digas nada, ¡ve! Sé que es una locura, pero estamos condenados hagamos lo que hagamos. Al menos les causaremos un daño considerable antes de morir. ¡Vamos, date prisa!

El bigote de Amalric se enderezó en una sonrisa fiera, y poco después sus lanceros seguían al guía en dirección a una maraña de desfiladeros que salían de la meseta. Conan volvió junto a los piqueros espada en mano.

Llegó justo a tiempo. A ambos lados, en los riscos, los montañeses de Shupras, enloquecidos ante la derrota inevitable, abatieron los arcos. Los soldados caían como moscas en el valle y las laderas; con un rugido y una acometida irresistible, la marejada estigia chocó contra los mercenarios.

En medio de un huracán de acero resplandeciente, la línea se retorció y se tambaleó. Aristócratas criados para la guerra contra soldados profesionales.

Los escudos chocaban contra los escudos; entre ellos se clavaban las picas, y brotaba la sangre.

Conan vio el poderoso cuerpo del príncipe Kutamún al otro lado del mar de espadas, pero apenas podía moverse, pecho contra pecho como estaba, rodeado de formas oscuras que jadeaban y lanzaban estocadas. Tras los estigios corrían, entre aullidos, los asshuri.

A los lados, los nómadas subían por las colinas y se enzarzaban en combate cuerpo a cuerpo con los montañeses. La lucha rugía en las cimas, feroz, ciega y jadeante. Enloquecidos de rabia fanática y viejas querellas, los tribeños se defendían con uñas y dientes y caían uno por uno. Con el pelo alborotado al viento, los desnudos kushitas se lanzaron a la refriega.

Con la vista borrosa por el sudor, Conan tuvo la sensación de que estaba contemplando un océano de acero que hervía y se agitaba, llenando el valle de peña a peña. La lucha había alcanzado un sangriento punto muerto. Los montañeses seguían en los riscos y los mercenarios, agarrados a las picas

ensangrentadas, los pies clavados con firmeza en la tierra resbaladiza de sangre, defendían el paso. La posición elevada y la protección de las rocas mantenía a raya de momento a la horda que los superaba en número, pero no duraría. Oleada tras oleada de rostros aulladores y lanzas brillantes se lanzaban contra la ladera, y los asshuri cubrían los huecos que dejaban los estigios.

Conan miraba continuamente hacia el risco occidental, por si aparecían los jinetes de Amalric. Pero no llegaba nadie, y los piqueros empezaban a retroceder bajo el empuje de los atacantes. Abandonó toda esperanza de victoria y de vida. Gritó una orden a sus jadeantes capitanes, abandonó la formación y echó a correr por la meseta hacia las reservas de Khoraja, que aguardaban impacientes el momento de entrar en batalla. Ni siquiera miró hacia el pabellón de Yasmela. Había olvidado a la princesa y solo ocupaba su mente el deseo salvaje de morir matando.

—¡Hoy os convertís en caballeros! —gritó entre fieras carcajadas mientras señalaba con la espada chorreante a los caballos de los montañeses, que pastaban allí cerca—. ¡Montad y seguidme al infierno!

Los corceles de las colinas se encabritaron ante el ruido desconocido del choque de la armadura kothiana, y la borrascosa risa de Conan se alzó por encima del estruendo mientras los guiaba hacia el lugar donde el risco oriental se separaba de la meseta. Quinientos soldados de infantería, patricios arruinados, hijos menores, ovejas negras, bajaban hacia la batalla a lomos de caballos shemitas medio salvajes por una pendiente por la que ninguna caballería había osado descender jamás.

Cruzaron la boca del paso ahogada por la batalla y la cresta cubierta de cadáveres. Galoparon como demonios ladera abajo; muchos perdieron el equilibrio y cayeron bajo los cascos de sus camaradas. Bajo ellos, los hombres gritaban y soltaban las armas mientras la estruendosa carga los aplastaba como una avalancha en un bosque de árboles jóvenes. Los khorajíes atravesaron la densa multitud y a su paso dejaron el suelo alfombrado de cadáveres.

De pronto, mientras la horda se retorcía e intentaba dar la vuelta, aparecieron los hombres de Amalric. Tras enfrentarse a un retén de jinetes que habían encontrado en el valle exterior, acababan de rodear el risco occidental y caían sobre la horda como una cuña de acero, haciéndola pedazos. El ataque desmoralizó a la retaguardia. Creyéndose flanqueados por una fuerza superior y aterrados ante la idea de quedar separados del desierto, enjambres de nómadas rompieron filas y corrieron en estampida, sembrando el caos entre sus camaradas. La horda se tambaleó y la caballería la atravesó. En los riscos, los nómadas perdían ímpetu de pronto, y los montañeses caían sobre ellos con furia renovada y los lanzaban ladera abajo.

Tomada por sorpresa, la horda se desbandó antes de ver que sus atacantes no eran sino un puñado. Una vez desbandados, ni siquiera un mago podía volver a unirlos. Por encima del mar de cabezas y lanzas, los enloquecidos hombres de Conan vieron a los jinetes de Amalric cruzando el paso con seguridad, las hachas y las mazas subiendo y bajando. El salvaje júbilo de la victoria llenó el corazón de cada uno de los soldados y le convirtió el brazo en acero.

Los piqueros afirmaron los pies en el resbaladizo mar de sangre, cuyas olas carmesíes les lamían los tobillos, y empezaron a avanzar, aplastando las desordenadas filas del enemigo. Los estigios seguían en posición, pero a sus espaldas se desvaneció la presión de los asshuri y los mercenarios avanzaron sobre

**los cuerpos de los aristócratas del sur, en sus puestos hasta el final, para atacar y destrozar la confusa turba de detrás.**

**En las colinas, el viejo Shupras yacía con una flecha en el corazón. Amalric había caído, maldiciendo como un pirata, con una flecha clavada en la malla del muslo. De la infantería montada de Conan quedaban poco más de ciento cincuenta hombres en la silla. Pero la horda estaba destrozada. Nómadas y piqueros huían en dirección al campamento en busca de sus caballos, y los montañeses descendían por las laderas, alanceando a los fugitivos por la espalda y degollando a los heridos.**

**En aquel caos sangriento, ante el rabioso corcel de Conan se mostró una aparición repentina. Era el príncipe Kutamún, sin más atuendo que un taparrabos, sin arnés y con el yelmo mellado, con todo el cuerpo salpicado de sangre. Con un aullido, lanzó la empuñadura rota de la espada a la cara de Conan y, de un salto, agarró la brida del semental. El cimerio se tambaleó en la silla, aturdido, y con una fuerza terrible, el gigante de piel oscura hizo oscilar al aterrado caballo hasta que perdió pie y cayó al suelo cubierto de arena ensangrentada y cuerpos destrozados.**

**Conan saltó del caballo justo a tiempo, y Kutamún se lanzó gritando hacía él. La batalla se convirtió en una pesadilla enloquecida y Conan no llegó a enterarse de cómo había conseguido matar a su enemigo. Solo sabía que una piedra, en la mano del estigio, le golpeaba sin cesar el casco y le llenaba su vista de chispas, mientras él clavaba una y otra vez el puñal en el cuerpo del enemigo sin que pareciera surtir el menor efecto. El mundo giraba a su alrededor y, de pronto, con un estremecimiento convulso, el cuerpo del estigio quedó inerte.**

**Se puso en pie, tambaleante, la sangre corriéndole por la cara, y contempló la terrible destrucción que lo rodeaba. De cresta a cresta, el valle estaba alfombrado de muertos, como un mar rojo en el que cada ola fuera una inmensa hilera de cadáveres. Llenaban el cuello del paso y se amontonaban en las laderas. Y abajo, en el desierto, continuaba la matanza; los supervivientes de la horda habían llegado a sus caballos e intentaban huir al desierto profundo, perseguidos por los agotados vencedores. Conan se quedó horrorizado al ver cuán pocos de estos quedaban.**

**De pronto, un horrible grito se sobrepuso a todo lo demás. Un carro subía por el valle a una velocidad de vértigo, ajeno a los cadáveres amontonados. No lo guiaba caballo alguno, sino una criatura negra parecida a un camello. En el carro iba Natohk, el manto ondeando al viento. A las riendas, manejando la fusta frenéticamente, había agazapada una forma antropomórfica que podría haber sido un horripilante simio.**

**Con una ráfaga de viento ardiente, el carro atravesó la ladera cubierta de cadáveres, directo al pabellón de la princesa. Yasmela estaba sola, pues sus guardias se habían unido al frenesí de la matanza. Conan se quedó helado al oír su grito de terror mientras el largo brazo de Natohk la agarraba y la subía al carro. Entonces el siniestro corcel dio media vuelta y regresó hacia el valle. Nadie se atrevió a tirarle una lanza o una flecha por miedo a dar a Yasmela, que forcejaba entre los brazos de Natohk.**

**Con un grito de rabia enfurecido, Conan recogió la espada del suelo y se interpuso en la trayectoria del aquel horror sobre ruedas. Pero mientras alzaba la espada, los cascos delanteros de la bestia negra lo golpearon como un rayo y lo lanzaron violentamente a varios pies de distancia, herido y aturdido. El grito de**

Yasmela resonó desesperado en sus oídos mientras el carro se alejaba.

Un grito que no tenía nada de humano salió de los labios de Conan mientras se ponía en pie y alcanzaba las riendas de un caballo sin jinete que corría a su lado. Se lanzó a la silla sin detener la montura, y galopó con una despreocupación enloquecida hacia el veloz carro. Llegó a la llanura como un torbellino y cruzó el campamento shemita. Se adentró al galope en el desierto, dejando atrás a sus jinetes y a los nómadas que huían.

Como una centella se desplazaba el carro, y Conan seguía su estela, aunque el caballo empezaba a temblar. Ante ellos se abría el desierto profundo, bañado en el esplendor desolado y misterioso del ocaso. Delante se alzaban unas antiguas ruinas y, con un aullido que heló la sangre en las venas de Conan, el inhumano auriga lanzó a la joven y a Natohk fuera del carro. Rodaron por la arena y, ante la asombrada mirada del bárbaro, el carro y su corcel empezaron a cambiar de un modo espantoso. Grandes alas salieron de aquel horror negro que ya no se parecía en nada a un camello, y montura y carruaje saltaron hacia el cielo, dejando una estela de fuego cegador en el que podía verse una figura negra de aspecto humano que farfullaba triunfante. Pasó tan deprisa que fue como una pesadilla fugaz en medio de un sueño emponzoñado.

Natohk se levantó de un salto y lanzó una mirada ceñuda a su sombrío perseguidor, que seguía cabalgando sin detenerse, la espalda goteando sangre. El hechicero agarró a la tambaleante joven y corrió con ella por las ruinas.

Conan saltó del caballo y se lanzó tras ellos. Llegó a una sala que brillaba con un resplandor impío, aunque en el exterior el crepúsculo se iba adueñando del mundo. Yasmela yacía en un altar de jade negro, el cuerpo desnudo reluciente como el marfil bajo aquella extraña luz. Su ropa desgarrada estaba en el suelo, como si se la hubieran arrancado de un tirón brutal. Natohk se encaró con el cimerio. Era increíblemente alto y delgado, cubierto de reluciente seda verde. Se apartó el velo del rostro, y Conan contempló los rasgos que había visto representados en la moneda zugita.

—¡Sí, perro, retrocede! —La voz era como el siseo de una serpiente gigante—. ¡Soy Thugra Khotan! Durante mucho tiempo yací en mi tumba, en espera del día en que me despertasen y liberasen. Las artes que me salvaron de los bárbaros hace muchos años me mantenían preso, pero sabía que alguien acabaría por llegar. ¡Y llegó, y cumplió su destino, y murió como nadie ha muerto en tres mil años!

»¡Idiota! ¿Crees que me has vencido porque has desbandado a mi pueblo? ¿Porque me ha traicionado y abandonado el demonio al que esclavicé? Soy Thugra Khotan, y gobernaré el mundo a pesar de vuestros mezquinos dioses. El desierto está poblado por mi gente, y los demonios de la tierra cumplirán mis órdenes, como las cumplen los reptiles. Mi deseo por una mujer debilitó mi hechicería. Pero ahora la mujer es mía y, en cuanto me solace con su alma, seré invencible. ¡Atrás, idiota! ¡No has conquistado a Thugra Khotan!

Lanzó el báculo a los pies de Conan, quien retrocedió con un grito involuntario. El cayado pareció fundirse y estremecerse, hasta que de pronto una cobra alzó la siseante cabeza frente al cimerio. Este atacó con un juramento rabioso, y la espada cortó al reptil por la mitad. Pero lo que tenía a los pies eran simplemente dos trozos de un báculo de ébano. Thugra Khotan reía enloquecido. Dio media vuelta y agarró algo repugnante que reptaba por el polvo del suelo.

En la mano extendida había algo vivo que se retorcía y babeaba. No era un truco de espejos o sombras chinescas, como antes. En la mano desnuda, Thugra

**Khotan sujetaba un escorpión negro de más de un pie de largo, la criatura más mortífera del desierto, cuya picadura significaba la muerte instantánea. Al rostro cadavérico de Thugra Khotan asomó una sonrisa momificada. Conan vaciló y de pronto, sin dudarlo, lanzó la espada.**

**Pillado por sorpresa, Thugra Khotan no pudo evitar el golpe. La punta le atravesó el corazón y le salió entre los hombros. Al caer al suelo aplastó al ponzoñoso monstruo.**

**Conan corrió hacia el altar y cogió a Yasmela con los brazos ensangrentados. Ella se le abrazó temblorosa l cuello forrado de acero, sin dejar de sollozar histérica, y no hubo manera de apartarla.**

**—¡Por los huesos de Crom, niña! —gruñó—. ¡Suéltame! Hoy han muerto cincuenta mil hombres y aún me queda mucho por hacer.**

**—¡No! —jadeó ella, agarrándolo con todas sus fuerzas, tan salvaje como él en su miedo y su deseo—. ¡No pienso soltarte! ¡Soy tuya y eres mío, a través del fuego, el acero y la sangre! ¡Eres mío! Fuera de aquí pertenezco a otros. ¡Aquí soy mía y tuya! ¡No puedes irte!**

**Conan dudó, el sentido común vencido por la violencia de la pasión. El brillo siniestro y fantasmal aún iluminaba la sala sombría y caía espectral sobre el rostro muerto de Thugra Khotan, que parecía contemplarlos adusto y ceñudo. Más allá del desierto, en las colinas cubiertas de un océano de cadáveres, los soldados morían entre aullidos de locura y sed insaciable, y los reinos se tambaleaban. Todo eso desapareció, barrido por la marea carmesí que se alzó enloquecida en el corazón de Conan mientras estrechaba salvajemente entre sus brazos el cuerpo esbelto y blanco que temblaba como una llama junto a él.**

# SOMBRAS A LA LUZ DE LA LUNA

## 1

**Un repentino choque de caballos entre las altas cañas; una caída estruendosa; un grito de desesperación. Quien iba a lomos del caballo moribundo se puso en pie tambaleante; era una esbelta joven calzada con sandalias y vestida con una túnica ceñida. El pelo negro se le desparramaba por los blancos hombros, y sus ojos eran los de un animal acorralado. No miró hacia el cañaveral que llenaba el claro ni hacia las aguas azules que bañaban la costa, a sus espaldas. Sus ojos estaban fijos con una intensidad agónica en el jinete que se acercaba atravesando el cañaveral y que desmontó al llegar a su lado.**

**Era alto y delgado, pero duro como el acero. Estaba cubierto de la cabeza a los pies por una cota de malla plateada que se adaptaba como un guante a su cuerpo flexible. Bajo el casco dorado con forma de cúpula, dos ojos pardos la contemplaban burlones.**

**—¡Atrás! —La voz de la joven temblaba de terror—. ¡No me toques, Shah Amurath, o me lanzaré al agua y me ahogaré!**

**El hombre soltó una carcajada; su risa era como el ronroneo de una espada contra una vaina de seda.**

**—No, no te ahogarás, Olivia, mi dulce cabeza hueca. Junto a la orilla no es suficientemente profunda, y te puedo alcanzar antes de que te alejes. Me has proporcionado una caza interesante, por los dioses; tanto que hemos dejado a mis hombres muy atrás. Pero no hay caballo al oeste de Vilayet que pueda superar a Item. —Señaló al esbelto semental del desierto, a sus espaldas.**

**—¡Déjame! —suplicó la joven, con el rostro cubierto de lágrimas de desesperación—. ¿No me has hecho ya bastante daño? ¿Hay alguna humillación, dolor o degradación que no me hayas infligido? ¿Cuánto más va a durar esta tortura?**

**—Hasta que deje de encontrar placer en tus lloriqueos, tus súplicas, tus lágrimas y tus estremecimientos —respondió él con una sonrisa que habría parecido tierna a quien no lo conociese—. Eres sorprendentemente excitante, Olivia. Creo que nunca me cansaré de ti como me he cansado de otras mujeres. Siempre pareces fresca e inmaculada, te haga lo que te haga. Cada día a tu lado me trae nuevos placeres.**

**»Vamos, volvamos a Akif, donde el pueblo festeja al conquistador de esos miserables kozakis, mientras este está ocupado recapturando a una miserable fugitiva. Una fugitiva imprudente, encantadora y estúpida.**

**—No.**

**La joven retrocedió hacia las aguas azules que lamían las cañas.**

**—¡Sí!**

**El relámpago de ira desatada en su voz fue como chispas que saltasen del pedernal. Con una velocidad que los delicados miembros de la joven no podían igualar, la agarró por la muñeca y se la retorció con malignidad hasta hacerla caer**

de rodillas con un grito.

—¡Perra! Debería llevarte de vuelta a Akif atada a la cola del caballo, pero seré piadoso y te llevaré en la parte delantera de la silla. Deberías estarme agradecida por ello, maldita…

La soltó de pronto mientras dejaba escapar un juramento, retrocedía y desenvainaba el sable. De los cañaverales surgió una aparición terrible que lanzó un grito inarticulado de puro odio.

En el el suelo, Olivia contempló lo que le pareció un salvaje o un loco que avanzaba hacia Shah Amurath de forma amenazadora. Era un individuo fuerte, desnudo excepto por un ceñido taparrabos manchado de sangre y fango seco. Su negra melena estaba llena de pegotes de limo y barro, y tenía regueros de sangre seca en el pecho y los brazos, así como en el mandoble que llevaba en la mano derecha. Sus ojos inyectados en sangre brillaban como brasas de fuego azul.

—¡Perro hirkanio! —rugió la aparición con acento bárbaro—. ¡La venganza del infierno te ha traído hasta mí!

—¡Un kozaki! —exclamó Shah Amurath, retrocediendo—. ¡No sabía que hubiera escapado uno de vosotros! Os hacía a todos pudriéndoos en la estepa junto al río Ilbars.

—¡Todos menos yo, maldito! Ah, he soñado con este momento mientras me arrastraba por las zarzas, mientras yacía bajo las rocas y las hormigas me roían la carne, mientras me agazapaba con el fango a la altura de la boca. Sí, soñé con ello, pero nunca me atreví a suponer que pasaría. ¡Ah, dioses del infierno, cuánto he deseado este momento!

El ansia de sangre del desconocido era un espectáculo terrible. Chasqueaba la mandíbula de modo espasmódico, y la espuma asomaba por la comisura de sus labios ennegrecidos.

—¡Atrás! —ordenó Shah Amurath, con los ojos entrecerrados.

—¡Ja! —Era como el gañido de un lobo gris—. ¡Shah Amurath, el gran señor de Akif! Ah, maldito, no tienes ni idea de cuánto me alegro de verte. Alimentaste a los buitres con mis camaradas, los hiciste descuartizar con caballos, los cegaste, los mutilaste y los dejaste lisiados. ¡Perro! ¡Puerco!

A pesar de lo terrorífico de su aspecto, Olivia estaba segura de que caería al primer cruce de espadas. Loco o salvaje, ¿qué podía hacer desnudo frente al acorazado amo de Akif?

Durante un instante pareció que las espadas llameaban y se besaban, como si apenas se tocasen antes de volver a separarse. De pronto, el mandoble sobrepasó al sable y descargó un golpe letal en el hombro de Shah Amurath. Olivia gritó ante la furia que entrañaba. Por encima del crujido de la cota de malla distinguió con claridad el ruido del hueso al romperse. El hirkanio retrocedió, pálido; la sangre corría entre los anillos de la cota de malla; el sable se le escurrió de los dedos inertes.

—¡Cuartel! —jadeó.

—¿Cuartel? —Había un deje de delirio en la voz del desconocido—. ¡Como el que tú nos diste, cerdo!

Olivia cerró los ojos. Aquello ya no era una batalla, sino una carnicería; frenética, sangrienta, gobernada por la histeria de la rabia y el odio. En ella culminaban los sufrimientos de la batalla, la matanza y la tortura, y volaba sobre las alas del miedo, la sed de venganza y el ansia de muerte. Aunque Olivia sabía que Shah Amurath no merecía la menor compasión de ninguna criatura viviente,

cerró los ojos y se llevó las manos a los oídos para no oír como la espada caía una y otra vez con el sonido de un hacha de carnicero ni oír los gritos que poco a poco iban apagándose.

Abrió los ojos y vio al desconocido alejándose de aquella parodia sangrienta que apenas recordaba un ser humano. El pecho le subía y le bajaba por la emoción o el agotamiento; tenía la frente perlada de sudor y la mano derecha salpicada de sangre.

No le dijo nada; ni siquiera miró en su dirección. Olivia vio como cruzaba las cañas hasta la orilla y daba un tirón a algo. Un bote salió de su escondite entre los tallos. En cuanto comprendió lo que pretendía, Olivia se puso en pie como si la hubiera alcanzado un rayo.

—¡Espera! —gimió, echando a correr en su dirección—. ¡No me dejes! ¡Llévame!

Él dio la vuelta y la miró. Parecía distinto. Ya no brillaba la demencia en sus ojos inyectados en sangre. Era como si la que acababa de derramar le hubiese devuelto la cordura.

—¿Quién eres? —quiso saber.

—Me llamo Olivia. Era su prisionera y hui. Él me siguió y dio aquí conmigo. ¡No me dejes, por favor! Sus soldados no estarán muy lejos. Encontrarán su cadáver, y a mí junto a él… ¡Oh!

Gimió de terror y se estrujó las blancas manos. Él la contemplaba perplejo.

—¿Y estarás mejor conmigo? Soy un bárbaro. Y se ve a la legua que me tienes miedo.

—Sí, te temo —respondió ella, demasiado asustada para disimular—. Me tiembla la carne solo con verte. Pero temo más a los hirkanios. ¡Déjame ir contigo! Me torturarán si me encuentran junto al cadáver de su amo.

—Ven si quieres.

Se echó a un lado y ella se apresuró a subir al bote, procurando no tocar al bárbaro. Se sentó en la proa mientras él cogía un remo para, usándolo de pala, abrirse camino con dificultad entre los altos tallos. Cuando dejaron atrás los cañaverales, se sentó y usó ambos remos. Remaba de un modo preciso, regular, poderoso, los músculos de los brazos y los hombros se movían al ritmo del esfuerzo.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato; la joven estaba agazapada en la proa y el hombre manejaba los remos. Ella lo contemplaba con timorata fascinación. Era evidente que no era hirkanio, y tampoco parecía de raza hibórea. Tenía el rostro cubierto de barro y mugre, y el cansancio de la batalla y la fuga hacían mella en él; era un rostro salvaje, indómito, pero no había nada maligno ni degenerado en sus facciones.

—¿Quién eres? —preguntó Olivia de pronto—. Shah Amurath te ha llamado kozaki. ¿Eres uno de ellos?

—Soy Conan. Soy de Cimeria —gruñó—. Estaba con los kozakis, como nos llamaban los perros hirkanios.

Ella sabía que aquella tierra quedaba hacia el noroeste, mucho más allá de las fronteras de los reinos que conocía.

—Soy hija del rey de Ofir —dijo—. Mi padre me vendió a un jeque shemita porque no quise casarme con un príncipe de Koth.—El cimerio gruñó, sorprendido. Ella torció los labios en una sonrisa amarga—. Ah, sí; a veces, los hombres civilizados venden a sus hijos como esclavos a los salvajes. Y os llaman

bárbaros a vosotros, Conan de Cimeria.

—Nosotros no vendemos a nuestros hijos —masculló él entre dientes.

—Pues a mí me vendieron, al menos. El beduino que me compró no abusó de mí. Quería ganarse el favor de Shah Amurath y fui uno de los regalos que llevó a Akif, la de los jardines morados. Luego… —Se estremeció y ocultó el rostro entre las manos—. Ya ni siquiera debería importarme. Pero cada recuerdo se me clava como un latigazo. Viví en el palacio de Shah Amurath hasta que, hace unas semanas, salió con su ejército para combatir a un grupo de invasores que estaban saqueando las fronteras de Turán. Ayer volvió triunfante y se preparó un gran festín en su honor. Aproveché el jolgorio y la borrachera para huir de la ciudad en un caballo robado. Creí que había logrado escapar, pero me siguió, y a mediodía me había alcanzado. Fui más rápida que sus vasallos, pero de él no pude escapar. Luego apareciste tú.

—Estaba escondido entre los cañaverales —masculló el cimerio—. Era uno de esos invasores que saqueaban las fronteras. Nos hacíamos llamar los Compañeros Libres. Éramos cinco mil, de muchas razas y tribus distintas. Casi todos estábamos sirviendo como mercenarios al mando de un príncipe rebelde de Koth oriental cuando decidió hacer las paces con su condenado soberano y nos dejó sin empleo. Así que nos pusimos a saquear la periferia de Koth, Zamora y Turán. No hacíamos grandes distinciones entre unos y otros. Hace una semana, Shah Amurath nos atrapó en la orilla del Ilbars con quince mil de sus hombres. ¡Por Mitra! Los cielos se oscurecieron con los buitres. Cuando rompió la línea, tras casi un día de combate, algunos intentaron huir hacia el norte y otros hacia el oeste. No creo que escapase ninguno. Las estepas estaban llenas de jinetes que perseguían a los fugitivos. Decidí ir hacia el este y llegué a las marismas que delimitan esta parte del Vilayet.

»He estado escondido en el cenagal hasta ahora. No fue hasta anteayer que dejaron de batir los cañaverales en busca de fugitivos. Me retorcí y me oculté como una serpiente, y me alimente de las ratas almizcleras que pude atrapar. Crudas, porque no tenía manera de encender fuego. Esta mañana he encontrado el bote oculto entre las cañas. No pensaba hacerme a la mar hasta esta noche, pero después de matar a Shah Amurath he comprendido que esos perros con armadura no andarían lejos.

—¿Y ahora?

—Seguramente nos perseguirán. Aunque no vean la marca del bote, que he intentado cubrir como he podido, supondrán de todos modos que nos hemos hecho a la mar en cuanto no den con nosotros en la marisma. Pero les llevamos ventaja, y no pararé de remar hasta que lleguemos a un lugar seguro.

—¿Y dónde lo encontraremos? —preguntó ella, descorazonada—. Vilayet es un estanque hirkanio.

—No todos lo ven así —dijo Conan con una sonrisa siniestra—. Y mucho menos los esclavos que han escapado de las galeras y se han hecho piratas.

—Pero ¿qué planes tienes?

—La costa suroeste está en manos de los hirkanios a lo largo de cientos de millas. Aún nos queda mucho para llegar más allá de sus fronteras septentrionales. Pretendo ir hacia el norte hasta estar seguro de haberlas dejado atrás. Luego giraré al oeste e intentaré desembarcar en la costa que bordea la estepa.

—¿Y si nos encontramos con piratas o con una tormenta? Además, moriremos de hambre en la estepa.

—No te he pedido que vinieras conmigo —le recordó.

—Lo siento. —Inclinó hacia adelante la bien proporcionada cabeza—. Piratas, tormentas, hambre… Son todos preferibles a los habitantes de Turán.

—Sí. —La expresión de Conan se tornó sombría—. Aún no he acabado con ellos. Pero no te preocupes, muchacha. Las tormentas no son frecuentes en el Vilayet en esta época del año. Y si llegamos a la estepa no moriremos de hambre. Me crie en una tierra igual de desolada. Fueron esas malditas marismas, con su hedor y sus enjambres de moscas, las que casi acaban conmigo. En las tierras altas me siento como en casa. En cuanto a los piratas… —Esbozó una sonrisa enigmática y siguió remando.

El sol se hundió en el horizonte como una bola de cobre candente en un lago de fuego. El azul del mar se mezcló con el del cielo, y ambos se convirtieron en terciopelo oscuro tachonado de estrellas y sus reflejos. Olivia se reclinó en la proa del bote, que se mecía suavemente, y cayó en un estado de ensueño irreal. Le pareció que flotaba en el aire, con estrellas tanto por encima como a sus pies. Su silencioso acompañante se recortaba vagamente contra la suave oscuridad. El ritmo de los remos no se detenía ni se alteraba; parecía un barquero fantasmal que guiase la barca por el río de la muerte. Pero la idea no despertó miedo alguno en ella y, llevada por el ritmo monótono y estable, cayó en un sueño apacible.

La luz del amanecer le alcanzaba los ojos cuando despertó, repentinamente hambrienta. El bote no se movía al mismo ritmo, y se dio cuenta de que Conan había dejado de remar y miraba por encima de ella. Comprendió también que había estado remando toda la noche sin detenerse, y se maravilló ante aquella resistencia increíble. Se giró para seguir su mirada y divisó la muralla verde de un bosque que asomaba sobre las aguas y luego en una amplia curva que abarcaba una pequeña bahía de aguas tranquilas como cristal azul.

—Es una de las muchas islas de este mar interior —dijo Conan—. Se supone que están deshabitadas y, por lo que he oído, los hirkanios rara vez las visitan. Además, normalmente no se alejan de la costa con sus galeras, y nosotros hemos viajado un buen trecho. Antes del anochecer habremos perdido de vista el continente.

Con un par de golpes de remo llevó el bote hacia la costa y lo amarró a una raíz arqueada que asomaba del agua. Saltó a tierra y tendió la mano para ayudar a Olivia a desembarcar. Ella la tomó, contuvo un escalofrío al ver las manchas de sangre y no pudo evitar estremecerse al sentir la fuerza feroz que se agazapaba en los músculos del cimerio.

Un silencio onírico reinaba en el bosque que bordeaba la bahía. Entonces, en algún lugar lejano y perdido entre los árboles, un pájaro entonó su canción matutina, y la brisa susurró entre las hojas y las hizo murmurar. Olivia se dio cuenta de que escuchaba, pero no sabía qué esperaba oír. ¿Qué se arrastraría por aquel ignoto bosque?

Mientras escrutaba las sombras, entre los árboles, algo salió a la luz del sol con un aleteo; un enorme loro que se posó en una frondosa rama se quedó balanceándose, las plumas convertidas en un espectáculo jade y carmesí. Volvió la cabeza crestada y contempló a los invasores con brillantes ojos de azabache.

—¡Por Crom! —murmuró el cimerio—. Es el bisabuelo de todos los loros. ¡Debe tener varios cientos de años! Mira esa sabiduría maligna en sus ojos. ¿Qué misterios guardas, demonio astuto?

De pronto el pájaro extendió las alas, echó a volar y gritó con aspereza:

«¡Yagkulan yok tha, xuthala!». Soltó luego un chillido que pareció una risa humana horripilante, y se alejó entre los árboles hasta que se desvaneció en las sombras.

Olivia se quedó mirándolo. Sentía como si una mano helada y desconocida le recorriera la espalda.

—¿Qué ha dicho? —susurró.

—Eran palabras humanas —respondió Conan—, pero desconozco la lengua.

—Yo también. Pero debe de haberlas aprendido de labios humanos. Humanos o… —Contempló la frondosa maraña del bosque y se estremeció sin saber por qué.

—¡Por Crom, tengo hambre! —gruñó el cimerio—. Podría devorar un búfalo. Vamos a buscar fruta. Pero primero me voy quitar de encima toda esta sangre y este barro. Esconderse entre los marjales es un asunto sucio.

Dicho y hecho, dejó a un lado la espada y, tras meterse en el agua hasta los hombros, empezó a lavarse. Cuando salió le brillaban los hombros definidos y broncíneos, y su negra melena ya no estaba pegoteada de barro. Los ojos azules, si bien seguían ardiendo indómitos, no estaban inyectados en sangre, pero ni la flexibilidad felina de los miembros ni el aspecto feroz del rostro habían cambiado.

Volvió a coger la espada e indicó a la joven que lo siguiera tierra adentro. Por encima de ellos se alzaban los arcos frondosos de las grandes ramas, y el suelo estaba cubierto de hierba corta y mullida que acolchaba sus pasos. Entre los troncos de los árboles atisbaban fugazmente lo que parecía un paisaje de cuento de hadas.

Conan dejó escapar un gruñido de satisfacción al contemplar los globos dorados y bermejos que pendían en grandes racimos entre las hojas. Indicó a la joven que se sentara en un árbol caído y le llenó el regazo de manjares exóticos. Por último se sentó a su lado y se puso a comer con evidente satisfacción.

—¡Por Istar! —dijo entre bocados—. Desde el Ilbars he vivido de ratas almizcleras y raíces, y me he pasado los días excavando en el barro apestoso. Esto tiene un sabor agradable, aunque no llena gran cosa. Pero nos servirá, si comemos lo suficiente.

Olivia estaba demasiado ocupada para responder. Con el filo del hambre al fin embotado, Conan empezó a observar con más interés a su hermosa compañera. No le pasaron desapercibidos los lustrosos bucles de pelo negro, el tinte de melocotón de la delicada piel ni las curvas de la esbelta figura allí donde la túnica de seda las mostraba con claridad.

El objeto de su escrutinio terminó de comer y alzó la vista. Cuando se encontró con aquellos ojos ardientes, intensos, le cambió el color de la cara y los restos de la fruta se le escurrieron entre los dedos.

Con un gesto y sin decir palabra, Conan le indicó que debían continuar la exploración, así que la joven se puso en pie y lo siguió hacia un claro cuyo extremo más alejado estaba rodeado de espesos matorrales. Cuando salían percibieron un ruido desgarrador procedente de los matorrales, y Conan se apartó rápidamente con la joven en brazos. Ambos se salvaron por los pelos de algo que salió volando de la espesura y se estrelló contra un árbol con un impacto brutal.

Conan desenvainó la espada, cruzó el claro y se hundió entre los matorrales. Agazapada en el suelo, aterrada y maravillada, Olivia no oyó ruido alguno hasta que Conan salió de la espesura, ceñudo y confundido.

—No hay nada en los matorrales —gruñó—. Pero lo había antes…

Examinó el proyectil que no los había alcanzado por tan poco y gruñó de nuevo como si no diera crédito a sus ojos. Era un sillar enorme de piedra verdosa tirado en la hierba, al pie de un árbol al que había arrancado la corteza.

—Una piedra muy rara para una isla deshabitada —masculló.

Los encantadores ojos de Olivia se abrieron de asombro. Era una pieza simétrica, sin la menor duda tallada por manos humanas. Y era asombrosamente enorme. El cimerio la agarró con ambas manos, flexionó las piernas y convirtió los músculos de brazos y espalda en tensos y poderosos nudos. Alzarla sobre la cabeza y lanzarla a lo lejos le costó hasta la última onza de fuerza y voluntad. Cayó a pocos pies de distancia, y Conan lanzó una maldición.

—Ningún hombre podría lanzar la roca de un lado a otro del claro. Habría que usar máquinas de asedio. Pero no he visto mangoneles ni balistas.

—Quizá la hayan lanzado desde lejos —sugirió ella.

Él meneó la cabeza.

—No ha caído de lo alto. Venía de aquel matorral. ¿Ves las ramas rotas? La han lanzado como una persona lanzaría un guijarro. Pero ¿quién? ¡Ven!

Lo siguió indecisa hacia el matorral, que era menos denso tras el anillo exterior. Un silencio melancólico los rodeaba. La flexible hierba no mostraba signo alguno de pisadas, pero alguien había lanzado aquel peñasco desde allí, con precisión y fuerza. Conan se acercó más y vio que la hierba estaba aplastada aquí y allá. Meneó la cabeza con rabia. Ni siquiera sus agudos ojos eran capaces de descubrir qué o quién había estado allí. Alzó la vista hacia el verde techo que les cubría la cabeza, un espeso enrejado de grandes hojas y ramas entrelazadas.

Se quedó helado.

Se puso en pie, espada en mano, y empezó a retroceder arrastrando a Olivia.

—¡Fuera, rápido! —la urgió en un susurró que le heló la sangre.

—¿Por qué? ¿Qué has visto?

—Nada —respondió con cautela, sin dejar de retroceder.

—Pero entonces, ¿qué pasa? ¿Qué hay en los matorrales?

—¡La muerte! —respondió, con la mirada aún clavada en los arcos de jade que ocultaban el cielo.

Cuando estuvieron fuera de los matorrales, le cogió la mano y la llevó rápidamente por el bosque, hasta que llegaron a una ladera verde en la que raleaban los árboles; desembocaba en una meseta baja casi desnuda, de hierba crecida. En medio se alzaba una enorme estructura resquebrajada de piedra verde.

Se quedaron mirándola, atónitos. Ninguna leyenda hablaba de un edificio como aquel en una isla del Vilayet. Se acercaron con cautela y se dieron cuenta de que el musgo y los líquenes trepaban por las piedras, y de que el tejado roto se abría hacia el cielo. Por todas partes se veían restos de mampostería, medio ocultos entre la hierba, como si en su día se hubieran alzado muchos edificios, tal vez una ciudad entera. Pero solo quedaba en pie aquella estructura parecida a un enorme salón cuyos muros renqueantes se inclinaban entre las enredaderas que lo rodeaban.

Las puertas que pudiera haber tenido se habían podrido tiempo atrás. Conan y su acompañante se acercaron a la amplia entrada. La luz del sol se colaba por las paredes y el techo, convirtiendo el interior en un mar de luces y sombras. Conan agarró la espada con fuerza y dio un paso hacia dentro como si fuera una pantera al acecho, la cabeza agachada y sin hacer el menor ruido. Olivia caminaba de

puntillas tras él.

Ya dentro, Conan lanzó una exclamación de sorpresa y Olivia ahogó un grito:

—¡Mira! ¡Mira!

—Ya lo veo —respondió él—. No hay nada que temer. Solo son estatuas.

—Pero parecen llenas de vida. ¡Y diabólicas! —susurró ella, acercándosele.

Estaban en un enorme salón con el suelo de piedra pulida, cubierto de polvo y piedras desprendidas. Las enredaderas que crecían entre las rocas ocultaban las grietas. El alto techo plano se asentaba sobre gruesas columnas distribuidas en hileras junto a las paredes. En cada espacio entre columnas había una figura sorprendente.

Eran estatuas, al parecer de hierro, negras y brillantes como si las pulieran cada poco. Eran de tamaño natural y representaban hombres altos, delgados y fuertes, de cruel rostro de rapaz. Estaban desnudos, y cada curva y depresión, cada articulación y tendón estaba representado con una minuciosidad y un realismo increíbles. Pero la característica más notable eran los rostros altivos y desaprobadores. No los habían vaciado con el mismo molde; cada uno poseía sus rasgos individuales, aunque había un parecido tribal entre todos ellos. En las estatuas, al menos en los rostros, no había el menor rastro de la uniformidad monótona que preside el arte decorativo.

—Parece como si escucharan… y como si esperasen algo —susurró la joven, intranquila.

Conan pasó la empuñadura de la espada por una estatua.

—Hierro —declaró—. Pero, por Crom, ¿en qué moldes se vaciaron?

Meneó la cabeza y encogió los gigantescos hombros, desconcertado.

Olivia examinó con timidez el gran salón. Lo único que había a la vista eran las piedras tomadas por la hiedra, los pilares cubiertos de enredaderas y las oscuras estatuas erigidas entre ellos. Se agitó inquieta y quiso irse, pero las estatuas tenían fascinado a su acompañante. Las examinó en detalle e intentó arrancar un brazo, pero el material resistió sus intentos. Desistió por fin, entre juramentos de asombro.

—¿Qué clase de hombres fueron los modelos de esto? —preguntó a nadie en particular—. Son de color negro, pero no representan a hombres negros. Nunca he visto nada igual.

—Vamos afuera —apremió Olivia. Conan asintió, tras una última mirada a las estatuas de entre los pilares.

Dejaron el polvoriento salón y salieron a la intensa luz del sol. Olivia se extrañó al ver su posición; habían estado allí dentro más tiempo del que parecía.

—Vamos a volver al bote —sugirió—. Esto me da mala espina. Es un lugar maligno y extraño. No sabemos si quien nos lanzó la roca volverá a atacarnos.

—Creo que estamos a salvo mientras no estemos bajo los árboles —respondió él—. Vamos.

La meseta, cuyos bordes descendían hacia las costas arboladas del este, el oeste y el sur, ascendía hacia el norte para apoyarse en una maraña de acantilados rocosos, el punto más alto de la isla. Conan tomó ese camino, acompasando sus largos pasos al ritmo de su acompañante. De vez en cuando la contemplaba de un modo inescrutable, del que ella era consciente.

Alcanzaron el extremo septentrional de la meseta y se quedaron mirando la empinada altura de los acantilados. En el borde, un lado y al otro, había árboles que se arracimaban contra el escarpado declive. Conan los miró desconfiado, pero

emprendió el ascenso, ayudando a subir a la joven. La ladera no caía a pico; se interrumpía aquí y allá por peñascos y repisas. El cimerio, nacido en tierra montañosa, podría haber subido corriendo, pero para Olivia no era fácil. Una y otra vez la levantó como una pluma y la pasó al otro lado de un obstáculo que la habría dejado extenuada; su asombro ante el poderío físico de Conan no hacía más que crecer. Ya no encontraba repugnante su tacto; en aquella garra de hierro se ocultaba una promesa muda de protección.

Al fin, con el pelo alborotado por el viento, coronaron el pináculo más alto. A sus pies, los acantilados caían más de cien varas casi en vertical hasta un denso bosque que llegaba a la orilla. Mirando hacia sur pudieron ver toda la isla, que parecía un enorme espejo ovalado con el borde tapizado de verde, excepto al pie de los riscos. A su alrededor no se veía más que agua por todas partes: tranquila, plácida, desvaneciéndose ensoñadora poco a poco en la distancia.

—El mar está en calma —suspiró Olivia—. ¿Por qué no reemprendemos el viaje?

Conan señaló hacia el norte y quedó inmóvil como una estatua de bronce. Olivia forzó la vista y vio una mancha blanca que parecía suspendida sobre el agua reverberante.

—¿Qué es?

—Una vela.

—¿Hirkanios?

—No hay manera de saberlo a esta distancia.

—Echarán anclas aquí. ¡Vendrán a buscarnos! —gritó llevada por el pánico.

—No lo creo. Vienen del norte, así que no pueden estar buscándonos. Quizá se detengan por otros motivos, en cuyo caso tendremos que escondernos lo mejor posible. Pero creo que se trata de piratas, o de una galera hirkania que vuelve de algún ataque en el norte. En ese último caso, no creo que atraquen aquí. Pero no podemos hacernos a la mar hasta que se hayan marchado, pues vienen en la dirección en la que queremos ir. Sin duda pasarán junto a la isla esta noche y al amanecer podremos seguir viajando.

—¿Tenemos que hacer noche aquí? —Se estremeció.

—Es lo más seguro.

—Entonces vamos a dormir aquí, entre los riscos —apremió.

Él meneó la cabeza y miró hacia los árboles y a los bosques de abajo, una masa verde que parecía enviar tentáculos que se aferraban a las laderas del acantilado.

—Hay demasiados árboles. Dormiremos en las ruinas.

Ella lanzó un grito de protesta.

—Allí no hay nada que te pueda hacer daño —insistió Conan—. Quienquiera que tirase la piedra no nos siguió fuera del bosque. Nada indicaba que las ruinas fueran la guarida de una bestia salvaje. Además, tienes la piel delicada y acostumbrada a estar a resguardo. Yo podría dormir desnudo en la nieve sin problemas, pero el rocío de la mañana te causaría escalofríos si durmiéramos al aire libre.

Olivia acabó por ceder, y descendieron por el acantilado, cruzaron la meseta y de nuevo se acercaron a las melancólicas ruinas. El sol ya estaba casi al borde de la meseta. Encontraron fruta en los árboles, junto a los acantilados, que les sirvió tanto de cena como de bebida.

La noche meridional cayó con rapidez y tachonó el cielo añil de estrellas

blancas. Conan entró en las ruinas en penumbra, con una Olivia mucho menos convencida tras él. Se estremecía a la vista de aquellas tensas sombras negras en sus nichos; con aquella oscuridad solo rota por la luz de las estrellas, no podía distinguir con claridad los contornos. Pero sentía su actitud de tensa espera… como si llevasen esperando durante siglos.

Conan había recogido un enorme manojo de ramas cubiertas de hojas, y las amontonó en un improvisado colchón para Olivia; la joven se tendió sobre ellas con la sensación inquietante de encontrarse en la guarida de una serpiente.

Conan no parecía compartir sus presentimientos. Se sentó a su lado, apoyado en un pilar con la espada en las rodillas. Sus ojos brillaban como los de una pantera en el ocaso.

—Duerme, niña —dijo—. Tengo el sueño ligero como un lobo. Nada puede entrar sin despertarme.

Olivia no respondió. Desde su lecho de hojas contempló la figura inmóvil, difusa en aquella oscuridad. Qué extraño era todo. Estaba en compañía de un bárbaro, bajo la protección y el cuidado de lo que los cuentos de su infancia describían como un salvaje aterrador. Procedía de un pueblo sangriento, sombrío y feroz. Su cercanía a lo silvestre se hacía evidente en cada gesto y asomaba continuamente a los ojos ardientes. Pero no le había hecho daño, mientras que su peor pesadilla había sido un hombre del supuesto mundo civilizado. Una deliciosa languidez descendió por sus miembros y se hundió en las algodonosas olas del sueño. Su último pensamiento consciente fue un soñoliento repaso del tacto firme de los dedos de Conan sobre su suave piel.

## 2

Olivia soñaba, y por sus sueños reptaban ideas diabólicas como serpientes entre las flores. Al principio eran fragmentarias y extrañas, astillas exóticas de pauta rota y desconocida, hasta que de pronto cristalizaron en una escena de horror y locura en medio de un fondo de piedras y pilares ciclópeos.

Vio un enorme salón cuyo elevado techo se sostenía sobre columnas de piedra distribuidas en hileras a lo largo de las enormes paredes. Entre ellas revoloteaban grandes loros verdes y escarlatas, y el salón estaba abarrotado de guerreros de piel negra y rostro de ave rapaz. No eran negros. Ni sus ornamentos ni sus armas se parecían a nada que la soñadora hubiera visto en la vigilia.

Se arracimaban alrededor de alguien atado a una de aquellas columnas, un joven delgado de piel blanca con un manojo de rizos dorados sobre las cejas de alabastro. Su belleza no era completamente humana; era como el sueño de un dios cincelado en mármol viviente.

Los guerreros negros se reían de él; se mofaban y burlaban en su extraña lengua. La delgada figura desnuda se estremecía entre sus crueles manos. La sangre fluía por los mulsos de marfil y caía en goterones al pulido suelo. Los gritos de la víctima resonaban por todo el salón. Alzó de pronto el rostro hacia el techo, y el cielo de más allá, y gritó un nombre con una voz espantosa. Un puñal de ébano interrumpió su grito y la cabeza dorada cayó sobre el pecho marfileño.

Como en respuesta a su grito desesperado, se oyó un trueno parecido al resonar de las ruedas de un carro celeste. Una figura apareció ante los asesinos, aparentemente surgida de la nada. Parecía un hombre, pero ningún hombre

mortal había poseído jamás aquella belleza ultraterrena. Guardaba un parecido indudable con el joven inerte y encadenado, pero el toque de humanidad que suavizaba la divinidad del muchacho estaba ausente de las facciones del recién llegado, terrible e inmóvil en su belleza.

Los hombres de piel negra retrocedieron al verlo, con los ojos entrecerrados y brillantes. Tras alzar una mano, el recién llegado habló, y su voz resonó en el silencioso salón en complejas olas de sonido. Los guerreros retrocedieron como si estuvieran en trance hasta quedar contra la pared a intervalos regulares. De los labios cincelados del recién llegado surgió una terrible invocación que era al tiempo una orden: «¡Yagkulan yok tha, xuthala!».

Ante el estallido de aquel grito horrísono, las figuras negras se quedaron paralizadas. Por sus miembros se extendió una extraña rigidez, una petrificación imposible. El desconocido tocó el cuerpo roto del joven y las cadenas cayeron a los lados. Alzó el cadáver con los brazos y se fue, tras lanzar una última mirada imperturbable a las silenciosas hileras de figuras de ébano. Antes de irse, señaló hacia la luna que brillaba entre las ventanas, y aquellas estatuas tensas y expectantes que habían sido hombres comprendieron…

Olivia despertó de pronto y se incorporó en el lecho de ramas, bañada por un sudor frío. Los latidos de su corazón le parecieron atronadores en medio del silencio. Miró a su alrededor, frenética. Conan dormía con la espalda contra la columna y la cabeza caída sobre el imponente pecho. El brillo plateado de la luna tardía se colaba por el tejado roto y trazaba largas líneas blancas en el suelo polvoriento. Podía ver las estatuas, aunque no con claridad: negras, tensas, expectantes. Luchando contra la creciente histeria, vio como los rayos de luna reposaban suavemente en los pilares y las figuras que había entre ellos.

¿Qué estaba pasando? Percibió un temblor entre las sombras, allí donde caía la luz de la luna. Una garra de terror la paralizó, pues donde no debería haber más que la inmovilidad de la muerte se veía movimiento: una ligera contracción, un temblor de los brazos de ébano… Un grito de horror escapó de sus labios mientras rompía las cadenas que la mantenían muda e inmóvil. Al oír el grito, Conan se puso en pie de un salto, los dientes apretados, la espada en alto.

—¡Las estatuas! ¡Las estatuas! ¡Por Mitra!, ¡las estatuas están vivas!

Saltó de pronto y se lanzó hacia una grieta del muro, atravesó enloquecida la maraña de enredaderas y corrió sin parar, ciega, aterrada, gritando a pleno pulmón… hasta que una presa en el brazo la detuvo repentinamente. Gritó y se debatió contra los brazos que la sujetaban, hasta que una voz conocida penetró la densa bruma de su terror y vio el rostro de Conan, una máscara de perplejidad tallada por la luz de la luna.

—¡En el nombre de Crom! ¿Qué sucede, niña? ¿Has tenido una pesadilla?

La voz sonaba extraña y lejana. Con un sollozo, le lanzó los brazos al cuello y se agarró a él sin dejar de temblar, llorosa y jadeante.

—¿Dónde están? ¿Nos han seguido?

—Nadie nos sigue —respondió él.

Se puso en pie, aún agarrada a Conan, y miró temorosa a su alrededor. Su ciega huida la había llevado al borde meridional de la meseta. Justo a sus pies estaba la ladera, medio oculta por la espesa sombra del bosque. A su espalda se veían las ruinas que acechaban bañadas por la luz de la luna.

—¿No las has visto? Las estatuas. Se movían, levantaban la manos, sus ojos brillaban en la oscuridad.

—No he visto nada —respondió el bárbaro, inquieto—. Había caído en un sopor más profundo de lo habitual, supongo que porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que dormí toda la noche. Pero no creo que nada pudiera entrar sin despertarme.

—No ha entrado nada. —Se le escapó una risa histérica—. Ya estaba ahí. Oh, Mitra, estábamos entre ellos, como ganado tendido entre las ruinas.

—¿De qué hablas? He despertado al oírte gritar, pero antes de que pudiera ver qué pasaba te has lanzado por una grieta de la pared y te he seguido, no fuera a pasarte algo malo. Creía que habías tenido una pesadilla.

—¡Y la he tenido! —Se estremeció—. Pero la realidad era aún más siniestra que el sueño. ¡Escucha!

Le narró lo que había soñado y lo que había creído ver. Conan la escuchó con atención; carecía del escepticismo inherente al hombre civilizado. Su mitología estaba llena de algules, trasgos y nigromantes. Tras oír toda la historia se sentó en silencio, jugando de forma ausente con la espada.

—¿El joven al que torturaban era como el desconocido que apareció luego? —preguntó por último.

—Se parecían como padre e hijo —respondió ella. Y añadió, insegura—: Si fuéramos capaces de imaginar la descendencia que saldría de la unión entre un dios y un mortal, así sería el joven. Los dioses de antaño se apareaban a veces con mujeres mortales, o eso dicen las leyendas.

—¿Qué dioses? —musitó él.

—Los innominados, los olvidados. ¿Quién sabe? Han regresado a las tranquilas aguas de los lagos, a los silenciosos corazones de las colinas, a las bahías de más allá de las estrellas. Los dioses no son más constantes que los hombres.

—Pero si esas estatuas eran hombres convertidos en de hierro por algún dios o diablo, ¿cómo iban a volver a la vida?

—Hay poder en la luna —dijo ella con un escalofrío—. El desconocido señaló la luna. Mientras brille la luna, estaréis vivos. Creo que quiso decir eso.

—Pero no nos han perseguido —murmuró Conan, echando un vistazo hacia las ruinas—. Quizá hayas soñado que se movían. Creo que voy a volver a comprobarlo.

—¡No, no! —gritó ella, agarrándolo desesperadamente—. Tal vez el hechizo los confine al salón. ¡No vuelvas! ¡Te descuartizarán! Conan, por favor, vamos al bote y huyamos de esta isla horrible. Seguro que los hirkanios ya han pasado de largo. ¡Vámonos!

Las súplicas eran tan frenéticas que Conan estaba impresionado. Su curiosidad hacia las estatuas quedaba equilibrada por la superstición. No temía a los enemigos de carne y hueso, por mucho que las cosas se tornaran en su contra, pero cualquier asomo de lo sobrenatural despertaba los siniestros instintos y miedos que componían su legado como bárbaro.

Tomó la mano de la joven y ambos descendieron por la ladera hacia el denso bosque, donde las hojas susurraban y pájaros nocturnos desconocidos murmuraban soñolientos. Bajo los árboles la sombra era espesa, y Conan se desvió para evitar las zonas más oscuras. Miraba continuamente de un lado a otro y con frecuencia agitaba las ramas que tenían encima. Caminaba deprisa pero con cautela, el brazo alrededor de la cintura de la joven, tan fuertemente apretado que se sentía más arrastrada que guiada. Ninguno hablaba. No había más sonido que

el jadeo nervioso de Olivia y el susurro de sus pies por la hierba. Al fin salieron de entre los árboles a la orilla; el agua brillaba como plata fundida bajo la luna.

—Deberíamos haber traído fruta para comer algo —murmuró Conan—, pero ya encontraremos otras islas. Lo mismo da que nos vayamos ahora o más tarde, aunque aún faltan unas horas para el amanecer…

Guardó silencio de repente. La cuerda aún estaba atada a la raíz, pero al otro extremo solo había un pecio astillado y aplastado, medio sumergido.

Un grito ahogado escapó de los labios de Olivia. Conan dio media vuelta y se enfrentó s las densas sombras. Agazapado, parecía la viva imagen del peligro. El canto de los pájaros nocturnos se había interrumpido de repente. Un silencio siniestro se cernía sobre el bosque. No había brisa que moviese las ramas, pero aun así, las hojas se agitaban perezosamente.

Rápido como un gato gigantesco, Conan agarró a Olivia y echó a correr. Atravesó las sombras como un enorme fantasma, mientras a sus espaldas y sobre él algo corría entre las hojas, cada vez más cerca. De pronto, la luz de la luna cayó sobre ellos y vieron que estaban en la ladera de la meseta.

Una vez llegados a la cima, Conan posó a Olivia y dio la vuelta para examinar el pozo de sombras del que acababan de salir. Una brisa repentina movía las hojas. Eso era todo. Agitó la melena con un gruñido de furia. Olivia se arrastraba a sus pies como una niña aterrada, los ojos clavados en él y convertidos en oscuros pozos de terror.

—¿Qué vamos a hacer, Conan? —susurró.

El cimerio miró hacia las ruinas y luego volvió la vista al bosque.

—Iremos a los acantilados —afirmó, mientras la ayudaba a ponerse en pie—. Mañana haré una balsa y de nuevo confiaremos nuestra suerte al mar.

—¿No han sido… ellos los que han destruido nuestro bote?

Era medio pregunta medio afirmación, pero Conan se limitó a menear la cabeza, taciturno.

Cada paso por la meseta iluminada por la luna llenaba de terror a Olivia, pero ninguna figura negra surgió de las siniestras ruinas y al fin llegaron al pie de los riscos, que se alzaban erizados y majestuosamente sombríos sobre ellos. Conan se detuvo, indeciso, hasta que eligió un lugar resguardado por una amplia cornisa, lejos de los árboles.

—Duerme si puedes, Olivia —dijo—. Yo montaré guardia.

Pero no pudo dormir, y se quedó echada contemplando las lejanas ruinas y el boscoso borde de la meseta hasta que las estrellas palidecieron, el este se aclaró y el alba rosada incendió el rocío sobre la hierba.

Se puso en pie, rígida, el pensamiento girando alrededor de lo ocurrido durante la noche. Por la mañana, sus terrores parecían en parte engaños de una imaginación desbocada. Conan se le acercó, y lo que dijo la dejó petrificada:

—Justo antes del alba oí el crujir del maderamen, el raspar del cordaje y el batir de los remos. Un barco ha anclado no muy lejos…, seguramente el que vimos ayer. Vamos a subir a los acantilados para echar un vistazo.

Así lo hicieron, y se tendieron boca abajo en lo alto. Divisaron un mástil pintado que asomaba más allá de los árboles del oeste.

—Una nave hirkania, a juzgar por los aparejos —murmuró Conan—. Quién sabe si la tripulación…

Una algarabía distante llegó hasta ellos y, tras asomarse al extremo sur del acantilado, divisaron una horda que salía del bosque del extremo occidental de la

meseta y se detenía, aparentemente enzarzada en una discusión. Había mucho alzar de brazos, abundante blandir de espadas, y voces altas y airadas. Luego, todo el grupo echó a andar hacia las ruinas, con un rumbo que lo acercaría al pie del acantilado.

—¡Piratas! —susurró Conan con una sonrisa sombría en los labios—. Han capturado una galera hirkania. Ven, ponte aquí, entre esas rocas.

»No te muestres a menos que te lo diga —le ordenó tras haberla ocultado en la maraña de peñascos que bordeaba la cima del acantilado—. Voy a ver a esos perros. Si mi plan prospera, todo irá bien y nos iremos con ellos. De lo contrario… En fin, ocúltate en las rocas hasta que se hayan ido, porque te aseguro que los diablos de esta isla no son peores que estos lobos de mar.

Se deshizo de su ansioso abrazo y emprendió el descenso.

Desde su escondite, Olivia contempló como el grupo llegaba al borde de los riscos. Mientras miraba, Conan salió de entre unos peñascos y les plantó cara, espada en mano. Dieron la vuelta entre gritos de amenaza y sorpresa, hasta que de pronto se detuvieron, indecisos, sin apartar la mirada de la figura que había surgido tan inesperadamente de entre las rocas. Serían unos setenta hombres, una horda indómita compuesta de representantes de muchas naciones: kothios, zamorios, britunios, corintios, shemitas… Sus facciones reflejaban su naturaleza salvaje. Muchos lucían las cicatrices del látigo o del hierro al rojo. Había orejas cortadas, narices rebanadas, cuencas vacías, muñecas terminadas en muñones… Marcas del verdugo mezcladas con cicatrices de guerra. Casi todos iban medio desnudos, pero la ropa que llevaban era de calidad: chaquetas con festón de oro, fajas de raso, pantalones de seda harapientos y manchados de sangre o brea, piezas de armadura bañada en plata… En los aros de la nariz y los pendientes de las orejas brillaban piedras preciosas, así como en las empuñaduras de los puñales.

Frente a aquella turba pintoresca, el alto cimerio destacaba con los enormes brazos bronceados y los rasgos limpios y sin doblez.

—¿Quién eres? —rugieron.

—¡Conan el cimerio! —Su voz era como el desafío de un león—. ¡De las Compañías Libres! He decidido probar suerte con la Hermandad Roja. ¿Quién es vuestro jefe?

—¡Yo, por Istar! —aulló una voz de toro mientras un individuo enorme daba un paso adelante.

Era un gigante desnudo de cintura para arriba, el amplio vientre ceñido por una faja que sujetaba los voluminosos pantalones. Llevaba la cabeza afeitada salvo por un mechón trenzado, y los bigotes caían sobre una boca que parecía una ratonera. Llevaba los pies calzados por verdes babuchas shemitas de punta enroscada y agarraba una larga espada recta.

Conan lo examinó con atención.

—¡Sergius de Khrosha, por Crom!

—¡Así es, por Istar! —bramó el gigante, los ojillos brillantes de odio—. ¿Creías que me había olvidado? ¡Ja! Sergius nunca olvida a un enemigo. Te colgaré de los talones y te desollaré vivo. ¡A por él, muchachos!

—¡Eso, mándame a tus perros, barrigón! —se mofó Conan con desdén—. Siempre fuiste un cobarde, miserable kothio.

—¿Cobarde? ¿Yo? —El ancho rostro ennegreció de rabia—. ¡En guardia, perro del norte! ¡Te voy a arrancar el corazón!

Los piratas formaron un círculo alrededor de ambos rivales, los ojos encendidos, el aliento silbando entre los dientes, sedientos de sangre. Entre los riscos, Olivia no apartaba la vista, las uñas clavadas en la palma de las manos de dolorosa emoción.

El combate empezó sin más formalidades. Sergius se lanzó hacia delante, rápido como gato gigantesco, poniendo todo su peso en el esfuerzo. De entre los dientes apretados se le escapaban maldiciones siseantes mientras pivotaba y paraba. Conan luchaba en silencio, los ojos convertidos en dos rendijas de fuego azul.

El kothiano dejó de jurar y reservó su aliento. Solo se oían el movimiento de los pies sobre la hierba, los jadeos del pirata y el choque repiqueteante del acero. Las espadas volaban como fuego blanco en el sol matutino, girando y acometiéndose. Parecía como si evitasen el contacto con su adversario para, de pronto, quedar juntos de un salto. Sergius retrocedía. Solo su increíble pericia lo había salvado hasta el momento de la cegadora velocidad de las estocadas del cimerio. Sonó un golpe atronador de acero; se oyó un arañazo deslizante, y un grito ahogado salió de la horda pirata y resonó en la mañana cuando la espada de Conan atravesó el inmenso cuerpo de su capitán. La punta quedó durante un instante entre los hombros de Sergius, un acerado palmo de fuego blanco bajo el sol. Luego, el cimerio retiró la espada y el caudillo pirata se desplomó pesadamente sobre un creciente charco de sangre, las enormes manos crispadas para siempre.

Conan se volvió hacia los atónitos corsarios.

—¡Y bien, perros! —rugió—. He enviado al infierno a vuestro cabecilla. ¿Qué dice la ley de la Hermandad Roja?

Antes de que nadie respondiera, un britunio de cara de rata que estaba tras la multitud liberó su honda con una eficacia mortal y precisa. La piedra salió volando como una flecha hacia su blanco, y Conan se tambaleó y cayó como un árbol bajo el hacha del leñador.

La escena se volvió borrosa ante los ojos de Olivia; solo alcanzó a ver fue al cimerio caído en la hierba, la sangre manando de su cabeza.

El cara de rata aulló victorioso y echó a correr para apuñalar al caído, pero un enjuto corintio lo detuvo.

—¿Vas a romper la ley de la Hermandad, Aratus, perro?

—No he roto ninguna ley —gruñó el britunio.

—¿No? ¿Acaso este hombre al que acabas de derribar no era nuestro capitán por derecho de combate?

—¡No! —gritó Aratus—. No era miembro de nuestro grupo, sino un forastero. No formaba parte de la Hermandad. Matar a Sergius no lo convierte en capitán, como habría sido el caso si hubiera sido uno de nosotros.

—Pero quería unírsenos —replicó el britunio—. Así lo había dicho.

Se alzó un enorme barullo; algunos estaban de parte de Aratus y otros del corintio, al que llamaban Ivanos. Se lanzaron juramentos; se cruzaron desafíos, y las manos volaron a las espadas.

De pronto, un shemita dijo, por encima del griterío:

—¿Por qué perdemos el tiempo discutiendo por un muerto?

—No está muerto —respondió el corintio, que se había agachado junto al postrado cimerio—. Ha sido un golpe de refilón; solo está aturdido.

El barullo se desató de nuevo. Aratus intentaba llegar al desmayado cimerio e

Ivanos se lo impedía, espada en mano, desafiándolos a todos. Olivia tuvo la sensación de que no actuaba tanto en defensa de Conan como en oposición a Aratus. Evidentemente, ambos habían sido lugartenientes de Sergius y no se guardaban el menor aprecio. Al cabo de un rato más de discusión decidieron atar a Conan y llevárselo; su suerte se decidiría más tarde.

Ataron al cimerio, que empezaba a recobrar la consciencia, con tiras de cuero, y cuatro piratas lo alzaron y lo transportaron entre quejas y maldiciones con el resto del grupo, que retomó su recorrido a través de la meseta. El cadáver de Sergius quedó donde había caído, una figura desmadejada y desgarbada sobre la hierba bañada por el sol.

Entre las rocas, Olivia estaba aturdida ante la magnitud del desastre. No podía hablar ni moverse; se limitó a quedarse allí contemplando con ojos horrorizados como la brutal horda se llevaba a su protector.

No sabía cuánto tiempo pasó así. En la meseta, los piratas llegaron a las ruinas y entraron con su cautivo. Los vio entrar y salir por puertas y grietas, examinando los montones de escombros y encaramándose a las paredes. Algo más tarde, un grupo regresó por la meseta y se perdió por el borde occidental, arrastrando el cadáver de Sergius, seguramente para inhumarlo en el mar. Junto a las ruinas, los demás cortaron leña y prepararon una hoguera. Olivia oía sus gritos, ininteligibles a aquella distancia, y también oía resonar entre los árboles las voces de los que se habían internado en el bosque. Se hicieron visibles de pronto. Llevaban barriles de licor y sacos de comida. Se dirigieron hacia las ruinas, quejándose obscenamente de su carga.

Olivia fue consciente de todo aquello de un modo mecánico. Su mente sobrecargada estaba al borde del colapso. A solas y sin protección, se daba cuenta de lo importante que había sido para ella la presencia del cimerio. De forma distante, se maravilló de las burlas del azar, que convertía a la hija de un rey en compañera de un bárbaro ensangrentado. De pronto sintió asco ante los suyos. Su padre y Shah Amurath habían sido hombres civilizados, y de ellos no había obtenido más que dolor y sufrimiento. Jamás había encontrado a un hombre civilizado que la hubiera tratado con delicadeza y respeto, a no ser que pretendiera algo. Conan la había protegido, se había ocupado de ella y, hasta el momento, no había pedido nada a cambio. Enterró la cabeza entre los brazos y se echó a llorar, hasta que los gritos distantes y obscenos de la algarabía de piratas la advirtieron del peligro en que se encontraba.

Contempló las oscuras ruinas en las que las fantasmagóricas figuras, diminutas en la distancia, se tambaleaban y saltaban, y luego dirigió la vista hacia la sombrías profundidades del verde bosque. Incluso si su terror de la noche anterior se había debido a una simple pesadilla, la amenaza que acechaba en aquella fronda no era ninguna jugarreta de su imaginación. Con Conan cautivo o asesinado, sus únicas opciones eran entregarse a aquellos lobos humanos o quedarse sola en aquella isla endemoniada.

Cuando todo el horror de su situación cristalizó en su mente aterrada, se desmayó.

## 3

El sol había bajado cuando Olivia recobró la consciencia. Un ligero viento le llevó

al oído gritos distantes y retazos de una canción obscena. Se incorporó con cuidado y contempló la meseta. Vio a los piratas arracimados alrededor de una gran hoguera, junto a las ruinas, y el corazón le dio un vuelco cuando vio como un grupo salía del interior arrastrando algo que sabía que era Conan. Lo sujetaron contra la pared, aún atado, y luego se enzarzaron en una larga discusión, en la que hubo mucho blandir de armas. Al final volvieron a llevarlo al salón y se dedicaron de nuevo a trasegar cerveza. Olivia suspiró; al menos sabía que el cimerio seguía con vida. Una decisión repentina la asaltó. En cuanto cayese la noche se acercaría a las ruinas y lo liberaría, o la atraparían en el intento. Supo que no era puro interés egoísta lo que motivaba su decisión.

Con esto en mente, se aventuró a salir de su refugio y recoger unas nueces que crecían cerca de su escondite. No probaba bocado desde el día anterior. Mientras comía tuvo la sensación de que la estaban observando. Examinó las rocas, nerviosa, y reptó hasta el extremo norte del acantilado llevada por una sospecha repentina. Desde allí contempló la verde masa que se mecía al viento, casi negra al ocaso. No vio nada; era imposible que nadie la divisara desde aquellos bosques siniestros si no estaba al borde del acantilado. Pese a todo, percibió el brillo distintivo de unos ojos ocultos y le pareció que algo vivo era consciente de su presencia en aquel escondite.

Volvió a él y se tendió con la vista clavada en las ruinas distantes hasta que el crepúsculo las ocultó y su situación quedó marcada solo por las llamas, alrededor de las que docenas de siluetas negras saltaban y hacían cabriolas de borracho.

Se puso en pie. Había llegado el momento de intentarlo. Pero primero se desplazó hasta el extremo norte del acantilado y examinó el bosque que bordeaba la playa. Mientras forzaba los ojos en la oscuridad, se puso rígida y una mano helada le tocó el corazón.

Algo se movía a lo lejos. Era una sombra negra que destacaba sobre el pozo de sombras que tenía debajo. Avanzaba poco a poco, escalando la accidentada pared del acantilado; un bulto indistinguible, informe en aquella semioscuridad. El pánico hizo presa en su garganta y luchó contra el grito que pugnaba por salir de sus labios. Dio media vuelta y echó a correr hacia la ladera sur.

Aquella carrera por el sombrío acantilado fue una pesadilla en la que resbalaba, tropezaba y se agarraba a las rocas con los dedos helados. Mientras se arañaba la delicada piel y se llenaba brazos y piernas de moratones en los afilados peñascos por los que Conan había trepado con tanta facilidad, fue consciente de nuevo de cuánto dependía de aquel bárbaro de músculos de acero. Pero ese pensamiento era una gota en un torbellino enloquecido de terror mareante.

El descenso parecía interminable, pero al fin sus pies se posaron en los niveles inferiores, cubiertos de hierba. Frenética, echó a correr hacia el fuego que ardía como el rojo corazón de la noche. Oyó a su espalda un ruido de guijarros que caían por la ladera y eso dio alas a sus pies. No quiso saber qué siniestro escalador había arrancado aquellas piedras.

De algún modo, el esfuerzo físico disipó el terror ciego, y antes de alcanzar las ruinas tenía la mente despejada y alerta, aunque le temblaban las piernas por el esfuerzo.

Se arrojó al suelo y reptó por la hierba hasta que pudo contemplar a sus enemigos desde un pequeño árbol que había escapado a las hachas de los piratas. Habían terminado de cenar, pero seguían bebiendo, sumergiendo tazas de peltre y cálices enjoyados en los barriles abiertos. Algunos ya roncaban sonoramente en el

suelo, mientras que otros se tambaleaban entre las ruinas. No veía a Conan. Se quedó allí un buen rato mientras el rocío se formaba en la hierba de su alrededor y las hojas que tenía encima; junto a la hoguera, los piratas maldecían, jugaban y discutían. Solo quedaban unos pocos; la mayoría había entrado a dormir en las ruinas.

No dejó de mirarlos, los nervios agarrotados por la tensión de la espera, el cuerpo tembloroso ante la idea de lo que podía estar mirándola a ella… o se deslizaba a sus espaldas. El tiempo se arrastraba sobre pies plomizos. Uno a uno, los piratas fueron cayendo en el sueño de la borrachera, hasta que todos yacían sin sentido alrededor del fuego.

Olivia dudaba… hasta que la decidió un resplandor repentino que asomó entre los árboles. ¡Salía la luna!

Ahogando una exclamación, se puso en pie y echó a correr hacia las ruinas. La piel se le erizaba mientras caminaba de puntillas entre los cuerpos dormidos que desparramados ante el pórtico abierto. Había muchos más dentro; se agitaban y murmuraban en sus sueños de embriaguez, pero ninguno despertó mientras pasaba entre ellos. Un suspiro de alegría subió a sus labios cuando vio a Conan. El cimerio estaba despierto, amarrado a un pilar, los ojos brillantes por el débil reflejo del fuego del exterior.

Se le acercó caminando entre los cuerpos dormidos. Por muy silenciosa que fuera, él la había oído enseguida y la había visto cuando se asomó al pórtico. Una débil sonrisa afloró en sus labios.

Llegó junto a él y se le abrazó al cuello brevemente. El bárbaro sintió el veloz latido de su corazón contra el pecho. La luna se colaba por una ancha grieta de la pared y el aire estaba cargado de una tensión insoportable. Conan la sintió y se puso rígido. Olivia también la sintió y ahogó un grito. Los durmientes roncaban. Se agachó, cogió un puñal del cinturón de su dueño inconsciente y se puso a cortar las ligaduras de Conan. Eran cuerdas marineras, gruesas y recias, y estaban atadas con la habilidad de un marino experto. Olivia se afanaba desesperadamente mientras la luz de la luna se acercaba en silencio por el suelo hacia los pies de las figuras negras agazapadas entre los pilares.

Jadeaba. Las muñecas de Conan estaban libres, pero aún tenía los codos y las piernas atados fuertemente. Lanzó una mirada hacia las estatuas de las paredes…, expectantes, expectantes. Parecían contemplarla con la espantosa paciencia de lo que ha vuelto de la muerte. Los borrachos, a sus pies, se estiraban y gruñían en sueños. La luna reptó por el salón y alcanzó los pies negros. La cuerda cayó de los brazos de Conan, quien cogió el puñal Olivia y se cortó las ligaduras de las piernas de un único y veloz tajo. Dio un paso al frente y flexionó los miembros, soportando con paciencia el dolor de la circulación que volvía a ellos. Olivia se agazapó a su lado, temblando. ¿Era un simple efecto de la luna que los ojos de las estatuas parecieran arder, que brillasen rojizos en las sombras?

Conan se movió con la velocidad de un gato selvático. Sacó su espada del montón de armas en que se encontraba, se echó a Olivia al hombro y se escabulló por una rendija que se abría en el muro cubierto de hiedra.

Ninguna palabra se cruzó entre ellos. Con Olivia en brazos, atravesó rápidamente el prado bañado por la luz de la luna. Olivia tenía los ojos cerrados, los brazos alrededor del cuello férreo, los rizos oscuros apoyados en el hombro gigantesco. Una deliciosa sensación de seguridad la embargaba.

Como si no fuera cargado, el cimerio cruzó rápidamente la meseta; Olivia

abrió los ojos y vio que avanzaban a la sombra de los acantilados.

—Algo subía por los riscos —susurró—. Lo he oído arrastrarse detrás de mí mientras bajaba.

—Tendremos que arriesgarnos —gruñó él.

—No tengo miedo. Ya no —suspiró ella.

—Tampoco lo tenías cuando has venido a liberarme. ¡Por Crom, menudo día! ¡No he oído tantas riñas y regateos en mi vida! Casi me quedo sordo. Aratus quería arrancarme el corazón e Ivanos estaba en contra. Sobre todo para fastidiar a Aratus, al que odia. Se han pasado todo el día gruñéndose y escupiéndose, y la tripulación no ha tardado en estar demasiado borracha para votar…

Se detuvo de pronto, como una estatua de bronce a la luz de la luna. De un gesto veloz, posó a la joven y la echó a un lado. Ella se puso de rodillas en la hierba y gritó ante lo que veía.

De las sombras de los riscos salía medio arrastrándose una mole monstruosa, un horror antropomórfico, una parodia grotesca de la creación.

Su aspecto general no era muy distinto del de un humano, pero su rostro, dibujado por la resplandeciente luna, era bestial, de orejas pequeñas y pegadas al cráneo, nariz de anchos agujeros que se dilataban con la respiración y una boca de labios fofos de la que asomaban unos colmillos blancos propios de un animal. Lo cubría un pelaje grisáceo entreverado de plata que brillaba a la luz de la luna, y sus grandes y deformes zarpas colgaban muy cerca del suelo. Su tamaño era tremendo; alzado sobre sus cortas piernas arqueadas, su cabeza redondeada sobrepasaba la del hombre que tenía delante; la amplitud del pecho peludo y los hombros gigantescos quitaba el aliento. Los enormes brazos eran como árboles nudosos.

A la luz de la luna, la escena pareció girar ante los ojos de Olivia. Aquello era el final, pues ¿qué humano podía hacer frente a la furia de aquella montaña peluda de músculos y ferocidad? No apartó la vista de la figura bronceada que la encaraba, y sintió entre ambos antagonistas un parentesco que casi resultaba aterrador. Era menos una lucha entre hombre y bestia que un conflicto entre dos criaturas salvajes, igualmente fieras y despiadadas. Con un destello de los blancos colmillos, el monstruo atacó.

Los poderosos brazos se abrieron mientras la bestia cargaba, increíblemente deprisa a pesar de su tamaño y las piernas deformes.

Conan se convirtió en un borrón frenético que los ojos de Olivia no podían seguir. Solo vio como se zafaba del mortal abrazo y como la espada, brillante como un chorro de luz blanca, cercenaba uno de los inmensos brazos entre el hombro y el codo. Un inmenso chorro de sangre manchó la hierba mientras caía el miembro cortado entre horribles convulsiones, pero cuando la espada volvía a alzarse, la otra mano deforme hizo presa en la negra melena de Conan.

Solo los músculos de acero del cuello del cimerio lo salvaron de la muerte. Lanzó la mano izquierda hacia la garganta de la bestia y apoyó la rodilla contra el peludo vientre. La lucha que siguió fue terrible y, aunque duró unos instantes, le pareció eterna a la aterrada joven.

El simio mantenía su presa en el pelo de Conan y lo atraía hacia los colmillos relucientes. El cimerio se resistía, con el brazo izquierdo rígido como el acero, mientras la espada que blandía en la mano derecha como un cuchillo de carnicero se hundía una y otra vez hasta la empuñadura en el pecho y el vientre de su captor. El bruto soportaba el castigo en un silencio escalofriante, sin que la

pérdida de sangre ni las numerosas heridas parecieran hacerle mella. Le terrible fuerza del antropoide no tardó en superar la palanca del brazo y la rodilla. El brazo de Conan se dobló inexorablemente bajo la presión; se veía arrastrado cada vez más cerca de aquellas fauces babeantes que deseaban su vida. Los ojos brillantes del bárbaro se clavaron en los del simio, inyectados en sangre. Mientras Conan intentaba alcanzar su espada, hundida hasta la cruz en el peludo cuerpo, las mandíbulas se cerraron de forma espasmódica a escasa distancia del rostro del cimerio, que cayó al suelo arrastrado por las convulsiones agónicas del monstro.

Olivia, medio desvanecida, vio al simio estremecerse, temblar y retorcerse, intentando agarrar la empuñadura que le sobresalía del cuerpo. La mole tembló una última vez y quedó inmóvil.

Conan se puso en pie y se acercó cojeando al cadáver. El cimerio respiraba entre jadeos y caminaba como alguien cuyas articulaciones y músculos hubieran sido tensados y golpeados casi hasta el límite de su resistencia. Se tanteó el sangrante cuero cabelludo y lanzó un juramento a la vista del largo mechón negro que agarraba la peluda mano del monstruo.

—¡Crom! —jadeó—. ¡Es como si me hubieran puesto en el potro! Preferiría luchar contra una docena de hombres. Un momento más y me habría arrancado la cabeza. Condenado monstruo, se ha quedado con un buen puñado de pelo.

Agarró la empuñadura con ambas manos y liberó el arma. Olivia se aferró a su brazo y contempló boquiabierta al monstruo muerto.

—¿Qué…, qué es? —susurró.

—Un hombre mono gris —gruñó Conan—. Mudo. Y devorador de hombres. Moran en las colinas de la costa oriental de este mar. No sé cómo llegaría este a esta isla; quizá sobre madera a la deriva, arrancado de tierra firme por una tormenta.

—¿Fue él quien lanzó la piedra?

—Sí. Lo sospeché cuando estábamos en el claro y vi las ramas curvarse sobre nosotros. Estas criaturas siempre acechan en lo más profundo del bosque y rara vez salen de él. No sé qué lo impulsó a aventurarse fuera, pero ha sido una suerte para nosotros. No habríamos tenido la menor oportunidad en el bosque.

—Me ha seguido. —Olivia se estremeció—. Lo vi escalar los riscos.

—Siguiendo sus instintos, se arrastró entre las sombras del acantilado, en lugar de seguirte por la meseta. Su raza gusta de las sombras y los lugares silenciosos; odia el sol y la luna.

—¿Crees que habrá más?

—No, o habrían atacado a los piratas cuando cruzaron el bosque. El mono gris es cauteloso a pesar de su fuerza, como ha demostrado cuando dudaba si atacarnos entre los matorrales. Creo que debía de sentir hacia ti un deseo extraordinario, para habernos atacado a cielo abierto. ¿Qué…?

De repente se detuvo y giró sobre sus pasos. Un grito horrible procedente de las ruinas atravesó la noche.

Al instante siguiente, una confusa algarabía de aullidos y estertores blasfemos llenó el aire. Aunque se oía el tintineo del acero, los ruidos parecían más de masacre que de batalla.

Conan se quedó helado, y la joven se agarró aterrada a su brazo. El clamor aumentó en un crescendo enloquecido, y entonces, el cimerio dio la vuelta y echó a andar rápidamente hacia el linde de la meseta, bordeado de árboles iluminados por la luna. Las piernas de Olivia temblaban tanto que no podía andar, así que

cargó con ella. El corazón de la joven apaciguó su frenético latir cuando ella se vio acurrucada entre sus brazos.

Pasaron bajo el oscuro dosel del bosque, pero las sombras ya no ocultaban terror alguno y los rayos de plata no revelaban ninguna figura peluda. Los pájaros nocturnos murmuraban con tranquilidad. Los aullidos de la matanza se desvanecieron a sus espaldas, convertidos por la distancia en un confuso revoltijo de sonido. En alguna parte un loro dijo, como un eco escalofriante: «¡Yagkulan yok tha, xuthala!». Al fin llegaron a la orilla y vieron la galera anclada, la vela brillando blanca bajo la luna. Las estrellas empezaban a apagarse a medida que se acercaba el alba.

## 4

En la fantasmal luz del amanecer, un puñado de figuras andrajosas y ensangrentadas salieron tambaleándose a la estrecha playa, de entre los árboles. Eran cuarenta y cuatro, un grupo acobardado y desmoralizado. Se lanzaron al agua jadeantes y ansiosos, y empezaban a vadear hacia la galera cuando un desafío surgido de la popa los dejó paralizados.

Vieron a Conan el cimerio sobre la borda, recortado contra el cielo blanquecino, espada en mano y con la negra melena al viento.

—¡Alto! —ordenó—. No os acerquéis más. ¿Qué queréis, perros?

—Déjanos subir a bordo —croó una figura andrajosa, señalándose el muñón de la oreja—. ¡Queremos salir de esta isla maldita!

—Al primero que intente trepar por la borda le abro la cabeza —prometió Conan.

Eran cuarenta y cuatro contra uno, pero era la mano del cimerio la que manejaba el látigo. Todo deseo de luchar había desaparecido de ellos.

—Déjanos subir a bordo, buen Conan —gimoteó un zamorio de faja roja que no paraba de mirar a sus espaldas, hacia el silencioso bosque—. Estamos destrozados, machacados y agotados, y hartos de luchar y correr. Ninguno de nosotros tiene fuerzas para blandir una espada.

—¿Dónde está ese perro de Aratus? —quiso saber Conan.

—¡Muerto, igual que todos los demás! ¡Eran demonios! Nos descuartizaron antes de que pudiéramos despertar… Casi una docena de compadres murieron dormidos. Las ruinas estaban llenas de sombras de ojos rojos, todo colmillos y garras.

—Sí —dijo otro corsario—. Eran los demonios de la isla, que habían adoptado la forma de estatuas para engañarnos. ¡Istar! Y dormimos entre ellos. No somos ningunos cobardes. Plantamos tanta cara como puede plantar un hombre contra los poderes de las tinieblas. Luego echamos a correr y los dejamos allí, destrozando los cadáveres como chacales. Pero seguramente nos perseguirán.

—¡Sí, déjanos subir a bordo! —gritó un enjuto shemita—. Déjanos subir por las buenas o subiremos espada en mano, y aunque sin duda matarás a muchos de nosotros, no podrás con todos.

—Entonces abriré una vía de agua y hundiré el barco —respondió Conan, ceñudo.

Se alzó un clamor de protesta, pero Conan lo silenció con un rugido leonino.

—¡Perros! ¿Debo ayudar a mis enemigos? ¿Voy a dejaros subir a bordo para

que me arranquéis el corazón?

—¡No, no! —gritaron, ansiosos—. Amigos…, amigos. Conan. ¡Somos tus camaradas! Seremos como hermanos. Odiamos al rey de Turán, no unos a otros.

Los contempló uno por uno, el rostro pétreo.

—Entonces, si soy miembro de la Hermandad —gruñó—, se me aplican las Reglas del Comercio. Y puesto que maté a vuestro caudillo en justo combate, soy vuestro capitán.

Nadie le llevó la contraria. Estaban demasiado acobardados y maltrechos para pensar en nada que no fuese marcharse de aquella isla aterradora. Conan clavó la vista en una figura manchada de sangre y reconoció al corintio.

—¡Ivanos! —dijo—. ¡Una vez tomaste partido por mí! ¿Lo harás de nuevo?

—¡Sí, por Mitra! —El pirata se mostraba desesperado por congraciarse con el cimerio—. Tiene razón, compadres. Es nuestro legítimo capitán.

Se alzó un murmullo de asentimiento, quizá sin demasiado entusiasmo, pero con una sinceridad acentuada por la sensación de que los silenciosos bosques de sus espaldas ocultaban docenas de diablos de ébano de ojos rojos y garras afiladas.

—Juradlo por vuestras empuñadura —ordenó Conan.

Cuarenta y cuatro empuñaduras se alzaron hacia él, y cuarenta y cuatro voces recitaron el juramento corsario de lealtad.

Conan sonrió y envainó la espada.

—Subid a bordo, bravucones míos, y tomad los remos.

Dio media vuelta y ayudó a Olivia, agazapada tras la borda, a ponerse en pie.

—¿Y qué será de mí? —preguntó ella.

—¿Qué quieres? —preguntó él, sin dejar de mirarla.

—¡Ir contigo adonde quiera que vayas! —gritó, y arrojó sus blancos brazos alrededor del cuello bronceado de Conan.

Los piratas, que subían a bordo, se quedaron boquiabiertos.

—¿Quieres navegar por un río de sangre y muerte? —preguntó Conan—. Esta quilla teñirá de rojo las aguas, allá por donde pase.

—Sí, navegaré contigo. Por mares azules o rojos —respondió Olivia con ardor —. Eres un bárbaro y yo una proscrita, repudiada por mi propio pueblo. Ambos somos parias, vagabundos. ¡Llévame contigo!

Con una risa borrascosa, la alzó hasta su feroces labios.

—¡Te hare reina del mar azul! ¡Levad anclas, perros! ¡Todavía chamuscaremos los calzones del rey Yildiz, por Crom!

# NACERÁ UNA BRUJA

## 1
## La media luna roja

Taramis, reina de Khauran, despertó de un sueño desapacible sumida en un silencio que parecía más la quietud de una catacumba que la tranquilidad propia de un lugar de descanso. Se quedó mirando las tinieblas, preguntándose por qué se habían apagado las velas del candelabro de oro. Un racimo de estrellas iluminaba una ventana cruzada por una barra dorada, pero su luz apenas alcanzaba la habitación. Poco a poco, Taramis se dio cuenta de que había un punto luminoso en la oscuridad, frente a ella. Atónita, no podía apartar la vista. El punto creció, y su brillo se hizo más intenso a medía que se expandía y se convertía en un disco de luz fantasmal que flotaba frente a las cortinas de terciopelo. Taramis contuvo el aliento y se incorporó a medias. Un objeto más oscuro se hizo visible en el círculo de luz: una cabeza humana.

Llevada por el pánico, fue a llamar a sus doncellas, pero se tranquilizó y examinó la aparición. El brillo era aún más fantasmal que antes, y la cabeza se perfilaba con claridad. Era una mujer menuda de facciones delicadas e increíblemente serenas, con el rostro coronado por una lustrosa mata de pelo negro. Los rasgos se fueron volviendo más nítidos y su aspecto arrancó un grito de la garganta de Taramis. ¡Eran los suyos! Era como si contemplase un espejo que alterase sutilmente su reflejo para añadirle un brillo de tigresa en los ojos y la sombra de una sonrisa vengativa en los labios.

—¡Istar! —jadeó Taramis—. ¡Estoy embrujada!

La aparición se puso a hablar, con una voz que era como miel envenenada.

—¿Embrujada? ¡No, querida hermanita! No hay hechicería alguna aquí.

—¿Hermanita? —balbuceó la asombrada joven—. No tengo ninguna hermana.

—¿No la has tenido nunca? —preguntó la dulce voz, cargada de burla y veneno—. ¿Una gemela cuya carne era tan deliciosa como la tuya, ya fuera para las caricias o para los azotes?

—Sí, tuve una hermana —respondió Taramis, aún convencida de que todo aquello era una extraña pesadilla—. Pero murió.

El hermoso rostro del disco se torció en un rictus de furia. La expresión era tan temible que Taramis se echó hacia atrás, medio esperando ver el pelo de la imagen lanzarse hacia delante entre siseos.

—¡Mientes! —La acusación fue como una explosión que atravesase los labios —. ¡No murió! ¡Necia! ¡Esta farsa ha durado demasiado! Contempla la verdad, y que te revienten los ojos.

La luz culebreó de repente entre las cortinas como una serpiente en llamas e, increíblemente, las velas volvieron a encenderse en los candelabros de oro. Taramis se encogió en la tumbona de terciopelo, las esbeltas piernas plegadas bajo el cuerpo, incapaz de apartar la vista de la imagen felina que la miraba con desdén. Era como contemplar otra Taramis, idéntica hasta el último detalle en

cuerpo y rostro, pero dotada de una personalidad ajena y maligna. Cada expresión del semblante de la desconocida era exactamente la opuesta a la que había en las facciones de la reina. En los ojos centelleantes brillaban la lujuria y los secretos, y la crueldad se agazapaba en la comisura de sus labios perfectos. Cada movimiento del esbelto cuerpo era pura insinuación. Su peinado imitaba el de la reina, y calzaba sandalias doradas idénticas a las de Taramis. La larga túnica de seda sin mangas, sujeta a la cintura por un ceñidor de hilo de oro, era un duplicado de la ropa de noche de la reina.

—¿Quién eres? —preguntó Taramis, jadeante, mientras contenía un escalofrío —. Explica tu presencia antes de que llame a mis camareras para que hagan venir a la guardia.

—Grita hasta que se caiga el techo —respondió la desconocida con desdén—. Tus zorras no se despertarán hasta el amanecer ni aunque el palacio estalle en llamas a su alrededor. Y tus guardias no oirán tus gritos; los han enviado al ala opuesta del palacio.

—¿Qué? —exclamó Taramis, envarada y regia—. ¿Quién ha osado dar tal orden a mis guardias?

—Yo misma, hermanita —se burló la otra—. Hace poco, antes de entrar. Me han tomado por su adorada reina. ¡Ja! ¡Y bien que he interpretado el papel! El toque justo de imperiosa dignidad suavizado con una pizca de dulzura femenina, y esos patanes de armadura y yelmo emplumado han hincado la rodilla ante mí.

Era como si una red sofocante de desconcierto se tejiera alrededor de Taramis.

—¿Quién eres? —gritó, desesperada—. ¿Qué locura es está? ¿Por qué has venido?

—¿Quién soy? —La pregunta sonó como el siseó de una serpiente. La joven se acercó al pie de la cama, agarró el hombro de la reina con dedos engarfiados y se inclinó hasta que los ojos de ambas quedaron a la misma altura. Bajo el hechizo de aquella mirada hipnótica, la reina olvidó el ultraje sin precedentes que suponía poner las manos con violencia sobre la carne real—. ¡Idiota! —rechinó entre dientes—. ¿Todavía lo preguntas? ¿Es que no lo sabes? ¡Soy Salomé!

—¡Salomé! —Taramis aspiró la palabra, y se le erizó el vello mientras aceptaba la verdad increíble y paralizadora de aquel nombre—. Creí que habías muerto al nacer —dijo en un susurro.

—Como muchos otros. Me llevaron al desierto para morir. ¡Perros! Un bebé sollozante cuya vida no era ni la llamita de una vela. ¿Y sabes por qué querían darme muerte?

—Oí…, oí la historia… —tartamudeó Taramis.

Salomé lanzó una carcajada rabiosa y se golpeó el pecho. El escote de la túnica mostró la parte superior de los firmes senos, y entre ellos asomó una extraña marca: una media luna, roja como la sangre.

—¡La marca de la bruja! —gritó Taramis, echándose hacia atrás.

—¡Sí! —La risa de Salomé cortaba como un puñal emponzonado—. ¡La maldición de los reyes de Khauran! En los mercados relatan la historia, hermanita, y menean la barba y ponen los ojos en blanco. ¡Meapilas cobardes! Dicen que la primera reina de nuestro linaje yació con un demonio de las tinieblas, que le dio una hija cuyo recuerdo perdura en las leyendas más tenebrosas. Y a partir de entonces, en la dinastía askhaurana nace cada siglo una niña con una media luna escarlata entre los pechos, que marca su destino.

»"Cada siglo nacerá una bruja", dice la antigua maldición. Y así sucede siempre. A algunas las mataron al nacer, como pretendían hacer conmigo. Otras vagaron por el mundo como brujas, altivas hijas de Khauran, con la luna infernal ardiendo entre los pechos de marfil. Todas se llaman Salomé. Como yo. Siempre es Salomé, la bruja. Siempre será Salomé, la bruja, aunque las montañas de hielo desciendan del polo y suman en ruinas la civilización, y un nuevo mundo se alce de las cenizas del antiguo. Incluso entonces habrá Salomés que recorran el mundo para atrapar los corazones de los hombres con su magia, para bailar ante los reyes, para ver caer las cabezas de los sabios a su placer.

—Pero… pero… —tartamudeó Taramis.

—¿Sí? —Los ojos brillantes ardían como fuegos secretos—. Me llevaron al desierto, más allá de los límites de la ciudad, y me dejaron desnuda en la arena ardiente bajo el sol abrasador. Se fueron y quedé a merced de los chacales, los buitres y los lobos del desierto.

»Pero la vida se aferraba a mí con más fuerza que a la gente común, pues participa de la esencia de las fuerzas que burbujean en los negros abismos de lo ignoto. Pasaban las horas y el sol me azotaba como las llamas del infierno, pero no morí, y aún recuerdo parte de ese tormento, de un modo confuso y lejano, como se recuerda un sueño. De pronto llegaron camellos y a sus lomos había hombres de piel amarilla con túnicas de seda, que hablaban una lengua extraña. Se habían alejado de la pista de las caravanas. Pasaron a mi lado; su caudillo me vio y reconoció el cuarto creciente escarlata de mi pecho. Me recogió y salvó mi vida.

»Era un mago de la lejana Khitai, que volvía a su reino tras un viaje a Estigia. Me llevó a Paikang, la de torres moradas cuyos minaretes se alzan entre las selvas de bambú festoneadas de enredaderas. Allí crecí, y me hice mujer bajo su tutela. La edad había aumentado su negra sabiduría y no había debilitado sus poderes malignos. Me enseñó muchas cosas…

Se detuvo con una sonrisa enigmática, que le llenó los ojos de un brillo taimado y misterioso. Luego meneó la cabeza.

—Acabó alejándome de sí, diciendo que nunca sería nada más que una vulgar bruja a pesar de sus enseñanzas y que no era digna de recibir la poderosa magia que podía enseñarme. Podría haberme hecho reina del universo y haber gobernado el mundo entero a través de mí, dijo, pero no era más que una zorra de las tinieblas. ¿Y qué? Nunca soporté estar encerrada en una torre de oro, horas y horas con la vista clavada en un globo de cristal, murmurando encantamientos escritos en piel de serpiente con sangre de virgen, encorvada sobre polvorientos volúmenes escritos en lenguas olvidadas.

»Me dijo que era una criatura demasiado terrenal y que no era digna de rozar los abismos cósmicos de la alta hechicería. Sea. Este mundo tiene todo lo que deseo: poder; pompa y boato; hombres hermosos y mujeres delicadas; amantes y esclavos. Me dijo lo que era yo y me habló de la maldición de mi legado. Por eso he vuelto, para tomar aquello que me pertenece tanto como a ti. Y ahora es mío por derecho de posesión.

—¿Qué quieres decir? —Taramis se incorporó, ya liberada del estupor y el miedo, y se enfrentó a su hermana—. ¿Crees que por haber drogado a unas pocas doncellas y haber engañado a un puñado de mis guardias ya tienes el trono de Khauran? ¡Aún soy la reina! Te concederé un puesto de honor como mi hermana, pero…

Salomé rio, llena de odio.

**—¡Qué generoso por tu parte, hermanita! Pero antes de que me pongas en mi lugar, ¿querrías tal vez hablarme de esos soldados que acampan en la llanura, frente a los muros de la ciudad?**

**—Son los mercenarios shemitas de Constantius, el voivoda kothio de las Compañías Libres.**

**—¿Y qué hacen en Khauran? —susurró Salomé.**

**Taramis comprendió que se estaba burlando de ella de alguna manera que no entendía, pero respondió con toda la dignidad que pudo reunir:**

**—Constantius ha pedido permiso para cruzar las fronteras de Khauran de camino a Turán. Se ha puesto bajo nuestra custodia para responder del buen comportamiento de sus tropas mientras estas estén en mis dominios.**

**—¿Y acaso Constantius no ha pedido tu mano hoy mismo? —siguió Salomé.**

**—¿Cómo lo sabes? —preguntó Taramis, desconcertada, a lo que Salomé encogió con los esbeltos hombros.**

**—¿Rehusaste, hermanita?**

**—¡Pues claro! —exclamó Taramis, rabiosa—. Tú misma eres una princesa askhaurana. ¿Supones acaso que la reina de Khauran podría recibir una proposición semejante con algo que no fuera desdén? ¿Esposa de un aventurero sanguinario, un hombre exiliado de su propio reino a causa de sus crímenes, caudillo de una simple banda organizada de saqueadores y asesinos a sueldo?**

**»Nunca debería haberle permitido traer a sus barbudos matones a Khauran. Pero está prácticamente preso en la torre sur, custodiado por mis soldados. Mañana le diré que ordene a sus tropas que abandonen el reino. Seguirá cautivo hasta que hayan cruzado la frontera. Entre tanto, mis soldados vigilan las murallas, y lo he advertido de que responderá de cualquier atropello perpetrado contra los aldeanos o los pastores por sus mercenarios.**

**—¿Confinado en la torre sur, dices?**

**—Así es. ¿Por qué lo preguntas?**

**Como única respuesta, Salomé dio una palmada y, alzando la voz con un gorgoteo de cruel diversión, proclamó:**

**—La reina te concede audiencia, Halcón.**

**Se abrió una puerta cubierta de arabescos dorados y una esbelta figura entró en la habitación. Al verla, Taramis lanzó un grito de furia y asombro.**

**—¡Constantius! ¡Osas entrar en mis aposentos!**

**—Así es, majestad. —Inclinó la morena cabeza de rapaz en una reverencia burlona.**

**Constantius, también conocido como Halcón, era alto, de espaldas amplias y cintura estrecha, elegante y fuerte como acero flexible. Era bien parecido, a su manera aquilina y despiadada. Tenía el rostro oscurecido por el sol, y el pelo, que caía abundante desde una frente elevada y estrecha, era negro como ala de cuervo. Los ojos oscuros eran penetrantes y agudos, y el fino bigote negro acentuaba la línea despiadada de los labios. Llevaba botas de cuero de Kórdava, y medias y jubón de seda oscura, deslustrados por el uso y las manchas de óxido de la armadura.**

**Torció el bigote y sus ojos examinaron a la encogida reina con un descaro que le hizo estremecerse.**

**—Por Istar, Taramis —dijo con voz sedosa—. Te encuentro mucho más apetecible con tu ropa de dormir que con tus vestiduras regias. ¡Sin duda esta será una noche auspiciosa!**

El miedo asomó a los oscuros ojos de la reina. No era tonta; sabía que Constantius nunca se habría atrevido a ultrajarla de aquel modo de no jugar sobre seguro.

—¡Estás loco! Puede que esté a tu merced en esta habitación, pero tú lo estás a la de mis súbditos, que te harán pedazos si me pones un dedo encima. Vete si quieres vivir.

Salomé y Constantius lanzaron una carcajada burlona, y la primera hizo un gesto de impaciencia.

—Basta ya de esta farsa y pasemos al acto siguiente. Escucha, hermanita: fui yo quien trajo a Constantius. Cuando decidí hacerme con el trono de Khauran busqué a alguien que me ayudase y elegí al Halcón, básicamente por su carencia de todo lo que se suelen considerar cualidades honradas.

—Estoy sobrecogido, alteza —murmuró Constantius sardónicamente, mientras hacía una reverencia.

—Lo envié a Khauran y, en cuanto sus hombres estuvieron acampados más allá de las murallas y él en palacio, entré en la ciudad por la poterna del muro occidental. Los idiotas que la guardaban creyeron que eras tú, que regresabas de alguna aventura nocturna…

—¡Maldita! —La mejillas de Taramis se inflamaron de resentimiento, y la rabia dio al traste con su flema real.

Salomé sonrió.

—Estaban tan sorprendidos y asombrados como cabía esperar, pero me dejaron pasar sin hacer preguntas. Entré en palacio del mismo modo y ordené a los atónitos guardias que se fueran, igual que a los que vigilaban a Constantius en la torre sur. Luego he venido y me he ocupado de las camareras de la antecámara.

Los dedos de Taramis se engarfiaron.

—¿Y ahora, qué? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Escucha! —Salomé ladeó la cabeza. Por las ventanas entraba un sonido metálico, como si pasasen cerca hombres cubiertos de armadura. Se oyeron voces hoscas que hablaban en una lengua extranjera, y gritos de alarma mezclados con ellas.

—El pueblo despierta y está intranquilo —dijo Constantius, sardónico—. Mejor que vayas a calmarlos, Salomé.

—Llámame Taramis. Tenemos que acostumbrarnos.

—¿Qué has hecho? —gritó Taramis—. ¿Qué has hecho?

—He ido a las puertas y he ordenado que las abran —respondió Salomé—. Estaban perplejos, pero han obedecido. Lo que oyes es el ejército de Halcón, que entra en la ciudad.

—¡Demonio! —gritó Taramis—. ¡Has traicionado a mi pueblo haciéndote pasar por mí! ¡Me has convertido en una traidora! No, iré y les hablaré…

Con una risa perversa, Salomé la agarró de la muñeca y la empujó hacia atrás. La magnífica flexibilidad de la reina era inútil contra la fuerza vengativa que animaba los delgados brazos de Salomé.

—¿Sabes cómo llegar a las mazmorras del palacio, Constantius? —dijo la bruja —. Bien. Llévate a este volcán y enciérralo en la celda mejor guardada. Los carceleros están drogados; ya me he ocupado de ello. Envía a alguien a que los degüelle antes de que despierten. Nadie debe saber lo que ha ocurrido esta noche. A partir de ahora soy Taramis, y Taramis no es más que una prisionera sin nombre en un calabozo desconocido.

Constantius sonrió y mostró los blancos dientes bajo el bigote.

—Bien, pero supongo que no me negarás un poco de… diversión, ¿no?

—¿Yo? ¡No! Doma a esa perra desdeñosa como te plazca.

Con una risa perversa, Salomé arrojó a su hermana en brazos del kothio, dio media vuelta y salió por la puerta que daba al pasillo exterior.

El terror abrió de par en par los hermosos ojos de Taramis mientras forcejeaba, rígida, entre los brazos de Constantius. Ante la amenaza contra su cuerpo había olvidado al ejército de las calles y el insulto a su realeza. Lo único que podía sentir era miedo y vergüenza mientras encaraba el cinismo desatado en los ojos ardientes y burlones de Constantius, y notaba los rudos brazos que la aplastaban.

Salome recorría a toda prisa el pasillo exterior. Sonrió malévola al oír el grito de desesperación que resonó por todo el palacio.

## 2
## El árbol de la muerte

Las calzas y camisa del joven soldado estaban manchadas de sangre seca, cubiertas de sudor y sucias de tierra. Le brotaba sangre de un profundo tajo en el muslo, y de los cortes del pecho y el hombro. El sudor hacía relucir el rostro lívido, y tenía los dedos engarfiados alrededor de la cubierta del diván sobre el que yacía. Sus palabras reflejaban un sufrimiento mental muy superior al puro dolor físico.

—¡Tiene que haberse vuelto loca! —repetía una y otra vez, como si aún no terminara de creer lo que había ocurrido—. ¡Es como una pesadilla! ¡Taramis, amada por toda Khauran, traicionando a su pueblo por ese diablo de Koth! Ay, Istar, ¿por qué no he muerto? Mejor morir que ver a nuestra reina convertida en una traidora y una ramera.

—No hables, Valerius —le rogó la joven que lo lavaba y vendaba con manos temblorosas—. Por favor, amor mío, no hables. Harás que se te reabran las heridas. No me atrevo a convocar a una sanguijuela…

—No —murmuró el joven herido—. Los demonios de barba azul de Constantius están registrando la ciudad en busca de khauraníes heridos. Colgarán a todo aquel cuyas heridas indiquen que ha luchado contra ellos. Oh, Taramis, ¿cómo has podido traicionar a un pueblo que te adoraba?

Se estremeció de dolor y rompió a llorar de pura rabia y vergüenza. La aterrada joven lo abrazó y apoyó su cabeza en el pecho, mientras le suplicaba que guardase silencio.

—Mejor muerto que soportar la negra vergüenza que ha caído hoy sobre Khauran —gruñó él—. ¿No lo has visto, Ivga?

—No, Valerius. —Los finos y delicados dedos se pusieron de nuevo a la tarea, limpiando con cuidado las heridas y cerrando los bordes abiertos—. Me ha despertado el ruido de la lucha en las calles. Al mirar por la ventana he visto a los shemitas atacando a la gente. Y luego he oído que me llamabas desde la puerta del callejón.

—No podía más —murmuró él—. Caí en el callejón y ya no pude ponerme en pie. Sabía que acabarían por encontrarme si me quedaba ahí… Maté a tres de esos perros barbudos, por Istar. ¡Ya no irán pavoneándose por las calles de Khauran,

por los dioses! ¡Los demonios les arranquen el corazón en el infierno!

La temblorosa muchacha lo arrulló con un murmullo cantarín, como habría hecho con un niño, y luego le cerró los labios con su propia boca, fresca y dulce. Pero el fuego que ardía en el alma del joven no le dejaba guardar silencio.

—No estaba en la muralla cuando entraron los shemitas —dijo de repente—. Dormía en los barracones, como los demás que no estaban de servicio. Acababa de amanecer cuando entró nuestro capitán, con la cara pálida bajo el yelmo, y dijo: "Los shemitas están en la ciudad. La reina se ha presentado en la puerta sur y ha dado órdenes de que los dejen pasar. Ha hecho bajar a los guardias de las murallas, que custodiaban desde que Constantius llegó al reino. No lo entiendo, nadie lo entiende, pero ella misma ha dado la orden y hemos obedecido, como hacemos siempre. Nos ha ordenado reunirnos en la plaza de enfrente del palacio. Formad frente a los barracones e id para allá… Dejad aquí las armas y armaduras. No sé qué pretende, pero esas son las órdenes de la reina".

»Cuando llegamos a la plaza, los shemitas se habían ido situando frente al palacio, diez mil demonios de barba azul armados hasta los dientes. La gente se asomaba a las puertas y las ventanas para ver qué ocurría, y las calles que llevaban a la plaza estaban repletas de personas que no comprendían qué pasaba. Taramis estaba en lo alto de las escaleras de palacio, acompañada solo por Constantius, quien se acariciaba el bigote como un gato enorme que acabase de devorar a un canario. Bajo ellos formaban cincuenta shemitas con arcos en las manos.

»Ahí es donde debería haber estado la guardia de la reina, pero los habían colocado a los pies de las escaleras y estaban tan asombrados como nosotros, aunque ellos sí que estaban armados a pesar de las órdenes de la reina.

»Taramis se dirigió a nosotros y nos dijo que había reconsiderado la propuesta de matrimonio de Constantius, esa que había rechazado públicamente ayer mismo, y había decidido convertirlo en su real consorte. No nos dio explicación alguna sobre el motivo de que hubiera introducido de un modo tan traicionero a los shemitas en la ciudad, pero afirmó que, dado que Constantius dirigía un grupo de soldados profesionales, el ejército de Khauran ya no era necesario, por lo que lo licenciaba y nos ordenaba irnos a casa ordenadamente.

»La obediencia a la reina es una segunda naturaleza para nosotros, pero lo que oímos nos dejó aturdidos y no supimos cómo reaccionar. Rompimos filas sin saber realmente qué hacíamos, como idiotizados.

»Pero cuando la reina ordenaba a la guardia de palacio que depusiera armas y se fuera apareció Conan, el capitán. Dicen que anoche estaba fuera de servicio y borracho como una cuba, pero en aquel momento estaba bien despierto. Gritó a los guardias que mantuvieran sus puestos hasta nuevas órdenes suyas, y es tal su dominio sobre ellos que obedecieron pese a lo dicho por la reina. Subió por las escaleras de palacio, examinó a Taramis y rugió: "¡Esa no es la reina! ¡No es Taramis! ¡Es algún demonio disfrazado!".

»¡Aquello desató el infierno! No sé cómo empezó exactamente, pero creo que un shemita atacó a Conan y este lo mató. Al instante, la plaza se había convertido en un campo de batalla. Los shemitas cayeron sobre los guardias, y sus lanzas y flechas abatieron a muchos soldados que ya habían roto filas.

»Unos cuantos nos hicimos con las armas que pudimos encontrar y contraatacamos. No sabíamos realmente por qué luchábamos, pero era contra Constantius y sus demonios, nunca contra Taramis. ¡Lo juro! Constantius gritaba

**que abatieran a los traidores, pero no éramos traidores.**

**Le temblaba la voz de pura desesperación y ofuscamiento. La joven murmuró unas palabras de ánimo. No comprendía del todo lo que pasaba; tan solo intentaba aliviar el sufrimiento de su amante.**

**—Nadie sabía qué partido tomar; la plaza era jaula de grillos; no había más que confusión y desconcierto. Los que luchábamos no teníamos la menor posibilidad de vencer, medio desbandados, sin armadura y con armas inadecuadas. Los guardias sí que estaban armados y en formación de bloque, pero solo eran quinientos. Causaron abundantes bajas antes de que los abatieran, pero el resultado de la batalla era inevitable. Y mientras descuartizaban a su pueblo delante de ella, Taramis seguía en las escaleras con el brazo de Constantius alrededor de la cintura. ¡No paraba de reírse! Parecía un diablo hermoso y desalmado ¡Dioses, es una locura!, ¡una locura!**

**»Nunca he visto a nadie luchar como Conan. Se puso contra el muro del patio y, antes de que lo redujeran, los cadáveres se amontonaban a sus pies en pilas que le llegaban al muslo. Pero al fin lo abatieron, cien contra uno. Verlo caer fue como si el mundo se me escurriera de entre los dedos abrasados. Mientras se atusaba el bigote con una sonrisa detestable en los labios, oí a Constantius gritar a sus perros que lo quería con vida.**

**Esa misma sonrisa curvaba en aquellos momentos los labios de Constantius. Cabalgaba rodeado de un puñado de sus hombres, recios shemitas de barba rizada y nariz ganchuda. El sol poniente arrancaba reflejos de los yelmos picudos y las escamas plateadas de las corazas. A menos de un tercio de legua a sus espaldas, los muros y las torres de Khauran destacaban en medio de la pradera.**

**A un lado de la pista de caravanas se había erigido una pesada cruz un hombre colgaba de ella, con manos y pies atravesados por clavos de hierro. Desnudo excepto por un taparrabos, era un gigante de piel tostada por el sol. El sudor de la agonía le corría por el rostro y el enorme pecho, pero bajo la enmarañada melena que caía sobre su amplia frente, dos ojos azules relucían con fuego indómito. La sangre manaba con desgana de las heridas de manos y pies**

**Constantius lo saludó con un gesto burlón.**

**—Me temo que no puedo quedarme a hacer más llevaderas tus últimas horas, capitán, pero me aguardan tareas ineludibles en la ciudad. ¡No debo hacer esperar a esa deliciosa reina tuya! —Se rio por lo bajo—. Así que te dejó a tu suerte… ¡y a la de esas bellezas!—Señaló las sombras negras que se agitaban en lo alto del cielo.**

**»De no ser por ellos, imagino que un bruto como tú duraría varios días en la cruz. Yo en tu lugar no alimentaría esperanza alguna de rescate, aunque no haya guardias que te vigilen. He dejado bien claro que cualquiera que intente arrancar tu cuerpo de la cruz, vivo o muerto, será desollado vivo junto a toda su familia en la plaza pública. Mi poder en Khauran está establecido con tal firmeza que esas palabras son más eficaces que un regimiento de guardias. No dejo a nadie aquí porque los buitres no se acercarían, y no deseo poner obstáculo alguno en su camino. Por eso te he traído tan lejos de la ciudad. Los buitres del desierto no se acercan más a los muros.**

**»¡Adiós, mi bravo capitán! Te recordaré cuando, dentro de una hora, Taramis esté en mis brazos.**

La sangre brotó de las palmas perforadas cuando los puños como mazos del cautivo se cerraron alrededor de las cabezas de los clavos. Los titánicos músculos de los brazos se contrajeron, y Conan echó hacia adelante la cabeza y lanzó un escupitajo al rostro de Constantius. El voivoda se rio entre dientes, se limpió la saliva de la gorguera y refrenó el caballo.

—Recuérdame cuando los buitres se alimenten de tu carne—dijo burlón—. Los carroñeros del desierto son particularmente voraces. He visto a hombres colgar en la cruz durante horas e ir quedándose sin ojos, oídos ni cuero cabelludo antes de que esos agudos picos llegasen a puntos vitales.

Dio media vuelta y emprendió el camino hacia la ciudad sin mirar atrás, una figura delgada y erguida de armadura brillante, sus estólidos secuaces barbudos trotando tras él. Una débil nube de polvo en el camino marcaba su paso.

El crucificado era lo único vivo que había en aquel paisaje desolado en el atardecer. Khauran, a menos de un tercio de legua, podría haber estado al otro lado del mundo y en otro tiempo.

Conan sacudió la cabeza para quitarse el sudor de los ojos y miró sin ver a su alrededor. A los lados de la ciudad y tras ella se extendían fértiles praderas, llenas de ganado que pastaba en la distancia, donde se confundían con las viñas y los campos de labranza. El horizonte occidental estaba salpicado de pueblos que parecían miniaturas a aquella distancia; lo mismo ocurría al norte. Algo más cerca, hacia el sur, un resplandor plateado señalaba el curso de un río, más allá del cual empezaba inesperadamente un desierto de arena que se extendía hasta más allá del horizonte. Conan examinaba aquel vasto resplandor, de color caramelo al sol del ocaso, como un halcón cautivo examinaría el cielo abierto. Se vio sacudido por el asco cuando contempló las torres resplandecientes de Khauran. La ciudad lo había traicionado, lo había atrapado como una ratonera y ahora lo dejaba colgado de una cruz de madera como una liebre clavada a un árbol.

Un ansia roja de venganza barrió todo pensamiento. Un puñado de maldiciones quedó al borde de sus labios. Todo su universo se contrajo, enfocado únicamente en los cuatro clavos de hierro que lo apartaban de la vida y la libertad. Sus poderosos músculos se estremecieron, rígidos como cables de acero. El sudor perló todo su cuerpo mientras intentaba hacer palanca y arrancar los clavos. Fue inútil; estaban hundidos con firmeza en la madera. Intentó luego liberar las manos; no fue el dolor afilado y abismal lo que lo hizo desistir, sino la futilidad del intento. Las cabezas de los clavos eran demasiado gruesas; no podía pasarlas a través de las heridas. Por primera vez en su vida lo envolvió una marea de desesperación, y se quedó inmóvil, la cabeza contra el pecho, los ojos cerrados para protegerse del sol.

Los entreabrió al oír un batir de alas y distinguió una sombra emplumada que caía del cielo. Un pico afilado que buscaba los ojos le cortó la mejilla; Conan volvió la cabeza y cerró los ojos involuntariamente. Lanzó un grito roto y desesperado de amenaza, y los buitres revolotearon y retrocedieron, asustados por el sonido. De nuevo volaban en círculos sobre él. La sangre caía a la boca de Conan; se lamió los labios sin querer y escupió ante el sabor salado.

Sentía una sed atroz. Había bebido vino hasta hartarse la noche anterior, y el agua no tocaba sus labios desde antes de la batalla de la plaza, al amanecer. Y matar deshidrataba. Contempló el distante río como un condenado que mirase hacia fuera por la puerta del infierno. Pensó en los cientos de litros de agua en los

que se había bañado, hundido hasta los hombros en jade líquido. Recordó los enormes cuernos de cerveza espumeante, las jarras de vino que había trasegado sin pensar o derramado en el suelo de la taberna. Se mordió la lengua para aplacar aquella angustia insoportable y resopló como un animal torturado.

El sol se ponía, una ardiente bola de fuego que se hundía en un salvaje mar de sangre. Contra la muralla carmesí que cruzaba el horizonte, las torres de la ciudad flotaban irreales, como en un sueño. El cielo entero estaba bañado de sangre a sus ojos nublados. Se lamió los labios resecos y contempló el distante río con ojos inyectados en sangre. También parecía teñido de carmesí, y las sombras que reptaban hacia él desde el cielo eran negras como el ébano.

De nuevo, el batir de unas alas llegó a sus oídos entumecidos. Alzó la cabeza y examinó, rabioso como un lobo, las sombras que giraban a su alrededor. Sabía que sus gritos ya no los espantarían. Uno de ellos descendía, cada vez más. Conan echó la cabeza hacia atrás tanto como pudo y se dispuso a esperar. El buitre se posó con un revoloteo; el pico bajó y arrancó una tira de carne de la mejilla mientras Conan volvía el rostro a un lado. Luego, antes de que el ave pudiera apartarse, la cabeza del cimerio saltó hacia adelante impulsada por los poderosos músculos del cuello, y sus dientes, chasqueando como los de un lobo, hicieron presa en el cuello desnudo del buitre.

Al instante, el ave estalló en un frenesí de graznidos y aleteos. Las alas cegaron al bárbaro y las patas le desgarraron el pecho, pero Conan no soltaba la presa, con las mandíbulas firmemente apretadas. Las vértebras del carroñero crujieron bajo el empuje de aquellos dientes, hasta que con un aleteo espasmódico, quedó flácido e inmóvil. Conan lo soltó, escupiendo sangre por la boca. Los otros buitres, aterrados por la suerte de su compañero, volaron hacia un árbol distante, donde se posaron como un cónclave de demonios negros.

Una fiera sensación de victoria llenó la aturdida mente de Conan. La vida fluía salvaje y enérgica por sus venas. Aún podía enfrentarse a la muerte, aún seguía con vida. Cada punzada, cada pequeña sensación, incluso de dolor, era una negación de la muerte.

—¡Por Mitra! —O alguien hablaba, o el bárbaro tenía alucinaciones—. ¡En toda mi vida había visto nada igual!

Conan se sacudió la sangre de los ojos y vio a cuatro jinetes recortados contra el ocaso. No apartaban la vista de él. Tres de ellos eran halcones enjutos de blanco ropaje, beduinos zuagires sin la menor duda, nómadas de más allá del río. El cuarto vestía como ellos, la cintura ceñida por un khalat y un ondeante turbante en la cabeza que le llegaba a los hombros, sujeto en las sienes por tres cordones de pelo de camello trenzado. Pero no era un shemita; ni el polvo era tan denso ni la vista de Conan estaba tan nublada que no pudiera distinguir su facciones.

Era tan alto como el cimerio, aunque de miembros menos imponentes. Era ancho de espaldas, con un cuerpo esbelto duro como el acero y flexible como las barbas de ballena. La perilla negra recortada no ocultaba del todo la línea agresiva de su mandíbula, y tenía unos ojos grises, fríos y acerados, que brillaban como una espada bajo la sombra del kafieh. Refrenó su inquieto corcel con mano firme y decidida, y dijo:

—¡Por Mitra, juraría que conozco a este tipo!

—¡Sí! ¡Es el cimerio que era capitán de la guardia de la reina! —dijo otro, con el acento gutural de los zuagires.

—Debe de estar deshaciéndose de sus antiguos favoritos —murmuró el jinete

—. Quién iba a pensarlo de la reina Taramis. Habría preferido una guerra larga y sangrienta; nos habría dado a los del desierto una oportunidad para el pillaje. Tal como están las cosas, nos hemos acercado tanto las murallas solo para encontrar este rocín. —Echó un vistazo al caballo castrado que uno de los nómadas llevaba de las riendas—. Bueno, y a este perro moribundo.

Conan alzó el rostro ensangrentado.

—¡Si te acercas un poco más haré de ti un perro moribundo, ladrón zaporosko! —masculló entre los labios ennegrecidos.

—¡Por Mitra, el bribón me conoce!¿Cómo es que sabes de mí, rufián?

—Solo hay uno de tu raza por estas tierras —murmuró Conan—. Eres Olgerd Vladislav, caudillo de los forajidos.

—Sí, y fui atamán de los kozaki del río Zaporosko, tal como has adivinado. ¿Quieres vivir?

—Solo un idiota preguntaría eso —jadeó Conan.

—Soy duro —dijo Olgerd—, y la única cualidad que respeto en los demás es la dureza. Juzgaré si eres un hombre o solo un perro, en cuyo caso aquí quedarás y morirás.

—Si lo bajamos de la cruz, nos verán desde las murallas —objetó uno de los nómadas.

Olgerd meneó la cabeza.

—Casi ha anochecido. Toma, Diebal, usa esta hacha y corta la cruz por la base.

—Si cae hacia adelante, lo aplastará —objeto Diebal—. Puedo arreglármelas para que caiga hacia atrás, pero el golpe puede romperle el cráneo, y quién sabe si esparcirle las tripas.

—Si es digno de cabalgar a mi lado, sobrevivirá —respondió Olgerd imperturbable—. Y si no lo es, no merece vivir. ¡Vamos!

El primer impacto del hacha de batalla contra la madera, y las vibraciones que lo acompañaron, lanzaron ejércitos de dolor a través de los hinchados pies y las agarrotadas manos de Conan. Una y otra vez cayó la hoja, y cada golpe reverberaba en su mente atormentada y hacía estremecer sus nervios. Pero apretó los dientes y no dejó escapar ni un sonido. El hacha terminó su trabajo; la cruz se balanceó sobre la base astillada y cayó hacia atrás. Conan convirtió todo su cuerpo en un sólido nudo de músculos de hierro; apretó la cabeza contra la madera y la mantuvo rígida. El tronco golpeó el suelo con fuerza y rebotó. El impacto desgarró las heridas del bárbaro y lo aturdió un instante. Luchó contra la creciente marea de oscuridad que asaltaba sus ojos, mareado y con nauseas, pero se dio cuenta de que los músculos de hierro le habían protegido las partes vitales y lo habían salvado de un daño permanente.

No emitió el menor sonido, a pesar de que le sangraba la nariz y le temblaban los abdominales por las náuseas. Con un gruñido de aprobación, Diebal se inclinó sobre él con unas tenazas de las que se usaban para sacar los clavos de las herraduras y agarró la cabeza del que sujetaba la mano derecha de Conan, hundiéndose en la piel para lograr el agarre más firme posible. Las tenazas eran demasiado pequeñas para aquella tarea, y Diebal sudaba y se afanaba, lanzando maldiciones contra aquel condenado clavo, empujando atrás y adelante, hurgando tanto en la inflamada carne como en la madera. La sangre se derramó por los dedos del cimerio. Estaba tan quieto que habría parecido muerto de no haber sido por el movimiento espasmódico del enorme pecho. Al fin, el clavo salió y Diebal lo

contempló con un gruñido de satisfacción, antes de deshacerse de él y ponerse con otro.

Se repitió el proceso, y luego Diebal centró su atención en los pies ensartados. Pero el cimerio se obligó a sentarse, arrancó las tenazas de las manos del shemita y lo apartó de un violento empujón. Conan tenía las manos tan inflamadas que parecían dos veces mayores de lo normal. Sentía los dedos como pulgares deformes, y cerrar los puños era tan doloroso que le salía sangre de entre los dientes apretados. Pero de algún modo, agarrando las tenazas con ambas manos, se las apañó para desclavar primero un clavo y después el otro. No estaban tan hundidos en la madera como los de las manos.

Se alzó tambaleante y afirmó en el suelo los pies inflamados y lacerados. Un sudor helado le cubría el rostro y el cuerpo, sacudido por calambres. Apretó la mandíbula y luchó contra el deseo de vomitar.

Olgerd, que lo contemplaba impertérrito, señaló con un gesto el caballo robado. Conan caminó danto tumbos hacia él; cada paso era un infierno afilado que le llenó los labios de espuma sanguinolenta. Una mano deforme, temblorosa, cayó en el pomo de la silla, y un pie ensangrentado alcanzó a encontrar un estribo. Apretando los dientes, logró montar, aunque estuvo a punto de caer desmayado. En ese momento, Olgerd azotó al caballo con el látigo. La asustada bestia se encabritó, y el hombre de la silla se balanceó como un saco de arena, a punto de caer. Conan se había enrollado una rienda alrededor cada mano y las sujetaba con los pulgares. Tensó con fuerza los poderosos bíceps y forzó al caballo hacia abajo. La bestia gritó, la mandíbula casi dislocada.

Uno de los shemitas alzó un pellejo con agua en un gesto interrogativo. Olgerd negó con la cabeza.

—Espera a que lleguemos al campamento. Solo son tres leguas. Si está hecho para vivir en el desierto, seguro que aguanta ese trecho sin beber.

Como fantasmas fugaces, se dirigieron al galope hacia el río. Conan iba entre ellos, tambaleándose como un borracho en la silla, los ojos brillantes e inyectados en sangre, la espuma secándose poco a poco en sus labios tumefactos.

## 3
## Carta a Nemedia

El sabio Astreas, en su interminable viaje hacia el este en busca de conocimientos y sabiduría, escribió una carta a su amigo el filósofo Alcémides, residente en Nemedia. Esa carta constituye todo lo que llegaron a saber las naciones del oeste de los acontecimientos de aquellos días en el este, para ellos una región nebulosa y medio mítica.

He aquí parte de lo que contaba Astreas:

> Jamás podrías imaginar, mi viejo amigo, las condiciones que imperan en este pequeño reino desde que Taramis aceptó a Constantius y a sus mercenarios, tal como te describí brevemente en mi última y apresurada misiva. Siete meses han pasado desde entonces, y en ese tiempo pareciera que el mismísimo diablo se ha enseñoreado de este infortunado reino. Taramis da muestras de haber perdido el juicio; parangón de virtud, justicia y equidad como era antes, se ha vuelto notoria precisamente por las características opuestas a las que acabo de enumerar. Su vida privada es un escándalo… Y quizá «privada» no sea el término más adecuado, visto que no hace el

menor intento por ocultar el libertinaje que impera en su corte. Continuamente se celebran orgías de lo más escandaloso e infame, y se obliga a participar en ellas a las infortunadas damas de la corte, así sean vírgenes o recién casadas.

Ni siquiera se ha molestado en casarse con su amante, Constantius, quien se sienta a su lado en el trono y gobierna como consorte real. Sus esbirros siguen su ejemplo y no dudan en injuriar y tomar a cualquier mujer que deseen, sin atender a su estado o posición. El reino, arruinado, gime aplastado por impuestos desorbitantes; se han esquilmado las granjas hasta lo imposible, y los comerciantes van cubiertos de harapos, que es cuanto les han dejado los recaudadores. Si son afortunados, consiguen salir con la piel intacta.

Percibo tu escepticismo, mi buen Alcémides; sin duda crees que exagero la situación de Khauran. Cierto es que lo que acabo de describirte sería inconcebible en las naciones occidentales, pero debes comprender que las cosas son muy distintas en Oriente, sobre todo en esta parte de Oriente. Para empezar, Khauran no es un reino muy grande; de hecho, es uno de los numerosos principados que formaron parte de Koth y más tarde recuperaron la independencia de la que habían gozado en tiempos antiguos. Esta parte del mundo se compone de reinos como este, diminutos en comparación con las grandes naciones de Occidente o los enormes sultanatos del lejano Oriente, pero importantes para el control de la rutas de caravanas. De ahí proviene la riqueza de estos países.

Khauran es el más oriental y meridional de estos principados, justo en la frontera con los desiertos del Shem oriental. La capital, del mismo nombre que el reino, es la única ciudad de importancia y desde ella se divisa el río que separa el desierto de los pastizales, como una atalaya que guardase las fértiles praderas de sus espaldas. La tierra es tan fértil que da entre tres y cuatro cosechas al año, y las llanuras del norte y el oeste están salpicadas de aldeas. Para alguien acostumbrado a las grandes plantaciones y las enormes granjas ganaderas del oeste, es curioso contemplar estos diminutos campos y viñedos; pero grandes riquezas en grano y fruta se derraman de ellos como de una cornucopia. Los aldeanos son simples agricultores, pertenecientes a la raza aborigen o, todo lo más, mestiza. No son guerreros, y son incapaces de protegerse por sí mismos. Tienen prohibida la posesión de armas y dependen por completo de los soldados de la ciudad, lo cual los deja del todo desamparados en la situación presente. Así, una revuelta de las zonas rurales, que sería inevitable en una nación occidental, se hace aquí imposible.

Laboran bajo el puño de hierro de Constantius, cuyos barbudos shemitas cabalgan sin cesar por los campos, látigo en mano, como los capataces de esclavos de las plantaciones del sur de Zingaria.

Los habitantes de la ciudad no corren mejor suerte. Les han arrebatado las posesiones, y usan a sus hijas para saciar la lujuria incontenible de Constantius y sus mercenarios. Estos hombres carecen por completo de piedad o compasión, llenos de todo aquello que nuestros ejércitos aprendieron a aborrecer durante las guerras contra los aliados shemitas de Argos: crueldad inhumana, lujuria, ferocidad de bestias salvajes… Los habitantes de la ciudad son en general de la casta dominante de Khauran, mayoritariamente hibóreos, valientes y belicosos. Pero la traición de su reina los ha puesto en manos de sus opresores. Los shemitas son la única fuerza armada de Khauran, y cualquier khauraní sorprendido en posesión de un arma se hace acreedor de los más atroces tormentos; se persigue sistemáticamente a cualquier joven khauraní capaz de alzarse en armas. Muchos han sido masacrados salvajemente, y a otros los han vendido como esclavos a los turanios. Abandonan el reino por millares, ya sea para ponerse al servicio de otros monarcas, ya para convertirse en proscritos, de los que hay numerosos grupos a lo largo de la frontera.

Se habla de la posibilidad de una invasión desde el desierto, habitado por nómadas shemitas. Los mercenarios de Constantius proceden de las ciudades

shemitas del oeste, como Pelishtim, Anakim o Akkharim, y los zuagires y las demás tribus beduinas los odian a muerte. Como sabes, mi buen Alcémides, el territorio de esos bárbaros se compone, por un lado, de los pastizales que llegan al borde del lejano mar y en las cuales se alzan las ciudades y, por otro, del desierto oriental, donde solo sobreviven los enjutos nómadas. La guerra es eterna entre los moradores de las ciudades y los del desierto.

Estos zuagires han luchado contra Khauran y la han saqueado durante siglos sin demasiado éxito, y no están nada contentos con la conquista a manos de sus primos occidentales. Se rumorea que su natural antagonismo se ve fomentado por el otrora capitán de la Guardia Real y que, al parecer, escapó de algún modo al odio de Constantius, quien lo había crucificado, y huyó con los nómadas. Lo llaman Conan y no es ni más ni menos que un bárbaro, uno de esos melancólicos cimerios cuya fiereza han sufrido tantas veces nuestros soldados, a un amargo coste. Al parecer se ha convertido en la mano derecha de Olgerd Vladislav, el aventurero kozaki que llegó de las estepas del norte y se convirtió en caudillo de un grupo de zuagires. También hay rumores de que ese grupo se ha incrementado en los últimos meses y de que Olgerd, incitado sin duda por el cimerio, incluso considera la invasión de Khauran.

No puede tratarse sino de una incursión de saqueo, pues los zuagires carecen de máquinas de asedio y no tienen los conocimientos necesarios para sitiar una ciudad. Y tal como nos ha demostrado la historia una y otra vez, los nómadas carentes de instrucción militar no rivalizan en combate cuerpo a cuerpo con los ejércitos disciplinados y bien armados de las ciudades shemitas. Sería concebible que los nativos de Khauran acogieran de buen grado tal invasión, dado que es imposible que los nómadas los traten peor que sus amos actuales, e incluso el exterminio es preferible al sufrimiento que ahora sobrellevan. Pero están tan acobardados y desalentados que ni siquiera ayudarían a los invasores.

Su situación es desesperada. Taramis, se diría que poseída por un demonio, no se detiene ante nada. Ha abolido el culto a Istar y convertido el templo en un santuario de idolatría. Ha destruido la imagen de marfil de la diosa a la que adoran estos hibóreos orientales, inferior a la auténtica religión de Mitra que profesamos los occidentales, pero superior al culto demoniaco de los shemitas, y ha llenado el templo de Istar de imágenes obscenas de toda índole, dioses y diosas de la noche retratados en todas las posturas salaces y perversas posibles, y con todos los repugnantes detalles que solo una mente degenerada podría concebir. Muchas de estas imágenes se pueden identificar como las infectas deidades de los shemitas, los turanios, los vendhyos y los khitanios, pero otras son restos de un culto medio olvidado y antiquísimo, figuras viles que solo recuerdan las leyendas más antiguas. No me atrevo a aventurar dónde puede haber adquirido la reina su conocimiento.

Ha instituido el sacrificio humano, y desde su apareamiento con Constantius se ha inmolado al menos a quinientos hombres, mujeres y niños. Algunos han muerto en el altar que ha dispuesto en el templo, donde ella misma maneja el puñal ceremonial, pero otros han conocido un destino aún más terrible.

Taramis guarda algún monstruo en una cripta, bajo el templo. Nadie sabe qué es ni de dónde salió, pero poco después de aplastar la revuelta desesperada de los soldados khauraníes contra Constantius, pasó una noche en el templo profanado, sola excepto por una docena de cautivos atados. El atemorizado pueblo vio salir de la cúpula un humo espeso de olor repugnante, y oyó durante toda la noche las invocaciones frenéticas de la reina y los gritos agónicos de los cautivos. Hacia el alba, una nueva voz se unió a esos sonidos, un croar estridente e inhumano que heló la sangre a cuantos lo oyeron.

Al amanecer, Taramis salió ebria del templo con los ojos relucientes de triunfo demoniaco. No se ha vuelto a ver a los cautivos, ni a oír la voz croante. Pero en el templo hay una sala en la que solo entra la reina, antecedida de un sacrificio humano. Nunca se vuelve a ver a la víctima. Lo único que se sabe es que en esa sombría sala

acecha algún monstruo de la oscura noche de los tiempos, que devora a los aullantes humanos que le entrega Taramis.

Ya no pienso en ella como una mujer mortal, sino una rabiosa diablesa, tendida en su guarida ensangrentada, entre huesos y fragmentos de sus víctimas, con dedos como garras carmesíes. Que los dioses permitan que siga con sus horribles prácticas sin recibir castigo casi hace tambalear mi fe en la justicia divina.

Cuando comparo su comportamiento actual conducta con el que mostraba cuando llegué a Khauran, hace siete meses, realmente no sé qué pensar y casi me inclino a creer, como muchos de sus súbditos, que un demonio ha poseído el cuerpo de Taramis. Un joven soldado, Valerius, sostenía otra cosa: que una bruja ha asumido el aspecto de su amada reina; que Taramis ha sido raptada a escondidas y arrojada a una profunda mazmorra, y que esa criatura que reina en su lugar no es sino una hechicera. Juraba que encontrará a la auténtica reina si seguía con vida, pero mucho me temo que él también ha caído, víctima de la crueldad de Constantius. Estuvo involucrado en la revuelta de los guardias de palacio y, aunque escapó y pasó un tiempo oculto, se ha negado obstinadamente a ponerse a salvo fuera del país. No hace mucho que lo encontré y me transmitió sus pensamientos.

Pero ha desaparecido, como muchos otros cuyo destino nadie se atreve a aventurar, y temo que lo hayan capturado los espías de Constantius.

Mas debo poner fin a esta carta y sacarla de la ciudad mediante una paloma mensajera, que la llevará al lugar donde las compré, en la frontera de Koth. Por caballo y caravana de camellos, espero que acabe por llegar a ti. Debo apresurarme, antes de que amanezca. Ya es tarde, y las estrellas languidecen sobre los tejados ajardinados de Khauran. Un silencio trémulo cubre la ciudad, y sumido en él me parece oír el repiqueteo de un tambor en el lejano templo. Sin duda Taramis está ahí, entregada a alguna maldad.

**Pero el sabio se equivocaba respecto al paradero de la mujer a la que llamaba Taramis. La joven a la que el mundo conocía como reina de Khauran se encontraba en una mazmorra, iluminada solo por una temblorosa antorcha que le cubría el rostro de sombras caprichosas y resaltaba la diabólica iniquidad de sus hermosas facciones.**

**Frente a ella, en el suelo de piedra desnuda, se agazapaba una figura cubierta tan solo por un puñado de harapos. Salomé tentaba el cuerpo tendido con la punta de la sandalia dorada y sonreía malévola al ver como su víctima se encogía más aún.**

**—¿No te gustan mis caricias, hermanita?**

**Taramis aún era hermosa, pese a los harapos y a los abusos sufridos durante aquellos horribles meses de prisión. No respondió a las chanzas de su hermana; se limitó a bajar la cabeza como alguien acostumbrado a las burlas.**

**Tal resignación no complacía a Salomé. Se mordió el labio y se puso a dar golpecitos con el pie contra el suelo, mientras miraba ceñuda hacia su pasiva hermana. Salomé vestía con el esplendor bárbaro de una mujer de Shushan. Las piedras preciosas resplandecían a la luz de las antorchas en sus sandalias de oro, en su peto dorado y en las cadenas que lo sujetaban. Tobilleras de oro tintineaban cada vez que se movía y pulseras enjoyadas cubrían sus brazos. Su elevado peinado era el de una mujer shemita, y adornaban sus orejas colgaban aros de oro con jade engarzado, que lanzaban brillos y destellos con cada movimiento impaciente de la altiva cabeza. Un ceñidor incrustado de gemas sostenía una falda de seda tan transparente que apenas dejaba nada a la imaginación.**

De sus hombros colgaba una capa escarlata y oscura, que tapaba descuidadamente la curva de un brazo y el bulto que transportaba en él.

Salomé se inclinó de pronto y, con la mano libre, agarró el alborotado pelo de su hermana y la obligó a mirarla a los ojos. Taramis aguantó aquel brillo felino sin pestañear.

—Parece que no lloras con tanta facilidad como antes, hermanita —murmuró la bruja.

—No me harás derramar más lágrimas —respondió Taramis—. Ya te has deleitado demasiado con el espectáculo de la reina de Khauran sollozando de rodillas y rogando piedad. Sé que solo me mantienes con vida para atormentarme; por eso evitas las torturas que puedan matarme o desfigurarme permanentemente. Pero ya no te tengo miedo. Me has exprimido hasta la última gota de esperanza, miedo y vergüenza. ¡Mátame y acaba de una vez! ¡Ya he derramado la última lágrima para tu diversión, perra del infierno!

—Te sobrestimas, hermanita —ronroneó Salomé—. Hasta ahora solo he causado dolor a tu bonito cuerpo; solo he aplastado tu orgullo y tu autoestima. Olvidas que, al contrario que yo, eres susceptible de sufrir por los demás. Me he fijado al regalarte con anécdotas sobre las pantomimas que he representado con algunos de tus estúpidos súbditos. Pero ahora te traigo una prueba más contundente que una narración. ¿Sabes que Krallides, tu fiel consejero, ha vuelto en secreto de Turán y lo han capturado?

Taramis palideció.

—¿Qué…, qué has hecho con él?

Como única respuesta, Salomé destapó el misterioso bulto que llevaba bajo la capa. Apartó los pliegues de seda y alzó la cabeza de un joven, las facciones congeladas en el último estertor de la muerte que le había llegado en medio de un dolor inhumano.

Taramis gritó como si le hubieran atravesado el corazón con una espada.

—¡Oh, Istar, no! ¡Krallides!

—¡Sí! Intentaba alzar al pueblo contra mí, el pobre imbécil, diciendo que Conan no erraba al afirmar que yo no era Taramis. ¿Cómo se va a alzar la plebe contra los shemitas de Halcón? ¿Con palos y piedras? ¡Bah! Los perros devoran ahora mismo su cuerpo en la plaza del mercado, y este despojo se pudrirá en las cloacas.

»¿Cómo, hermanita? ¿Así que aún te quedan lágrimas? —dijo tras una pausa, sin dejar de sonreír—. ¡Bien! He dejado esta clase de tormento para el final. ¡A partir de ahora te enseñaré muchas otras cosas como esta!

Junto a la antorcha, con la cabeza cortada en la mano, no parecía una criatura nacida de hombre y mujer, pese a su espantosa belleza. Taramis no alzó la vista. Estaba tumbada de cara al húmedo suelo, el delgado cuerpo sacudido por sollozos de dolor, los puños contra la piedra desnuda. Salomé dio media vuelta hacia la puerta, las tobilleras tintineando a casa paso, los pendientes parpadeando a la luz de la antorcha.

Poco después salía de una puerta en arco que la llevó a un patio que, a su vez, se abría a un callejón serpenteante. Un individuo la esperaba allí, un enorme shemita de ojos sombríos y hombros de toro, la enorme barba negra desparramada por el amplio pecho acorazado.

—¿Ha llorado?

Su voz retumbaba como la de un toro, profunda y tortuosa. Era el general de

los mercenarios, uno de los pocos subordinados de Constantius que conocía el secreto de las reinas de Khauran.

—Sí, Khumbanigash. Hay partes enteras de sus emociones que aún no he rozado. Siempre que se le embote un sentido a causa del dolor continuo, descubriré otro, más tierno y sensible. ¡Ven aquí, perro! —Se les acercó una figura temblorosa cubierta de harapos, sucia y con el pelo alborotado. Salomé le tendió la cabeza—. Toma, tíralo a la alcantarilla más cercana. Díselo por señas, Khumbanigash; es sordo.

El general obedeció, y el mendigo hizo una reverencia antes de alejarse, renqueante.

—¿Por qué mantienes esta farsa? —murmuró Khumbanigash—. Estás tan firmemente establecida en el trono que nadie puede derrocarte. ¿Qué más da que esos estúpidos khauraníes sepan la verdad? No pueden hacer nada. ¡Proclama tu verdadera identidad! Muéstrales a su amada exreina… y luego córtale la cabeza en la plaza.

—Aún no, Khumbanigash.

La puerta en arco se cerró tras la voz acerada de Salomé y la tempestuosa reverberación de Khumbanigash. El mendigo sordo se agachó en el patio; nadie vio que las manos que sostenían la cabeza cortada eran morenas, fuertes y nervudas, extrañamente incongruentes en aquel cuerpo encorvado y harapiento.

—¡Lo sabía! —Era un susurro vibrante, ufano, pero apenas audible—. ¡Está viva! Oh, Krallides, tu martirio no habrá sido en vano. ¡La tienen encerrada en esa mazmorra! ¡Oh, Istar, si amas a los hombres de verdad, ayúdame!

## 4
## Lobos del desierto

Olgerd Vladislav se llenó el cáliz enjoyado de vino carmesí, que vertió de una jarra dorada, y la empujó a continuación por la mesa de ébano hacia Conan el cimerio. La indumentaria de Olgerd habría satisfecho la vanidad de cualquier atamán zaporosko.

Llevaba un khalat de seda blanca, con perlas cosidas en el pecho, ceñido con un cinturón bakhauriota y los faldones apartados para mostrar los anchos pantalones de seda, que se hundían en unos botines de gamuza adornados con hilo de oro. Se cubría la cabeza con un turbante de seda verde, que envolvía un yelmo con cuernos bañado en oro. Su única arma era el cuchillo cherkees curvo, envuelto en una funda de marfil, que colgaba de la cadera izquierda, al estilo kozaki. Se repantigó en la silla dorada con águilas talladas y extendió las piernas hasta los botines mientras tragaba ruidosamente el vino.

A su lado, el enorme cimerio ofrecía un fuerte contraste, con la melena negra de corte recto, el rostro moreno cruzado de cicatrices y los ardientes ojos azules. Vestía cota de malla negra, y lo único que brillaba en su indumentaria era la ancha hebilla dorada del cinturón, del que pendía la espada en una vaina de cuero gastado.

Estaban a solas en una carpa de paredes de seda adornadas con tapices, y suelo cubierto de espléndidas alfombras y cojines de terciopelo, fruto de la rapiña. Del exterior llegaba el murmullo grave e incesante que siempre acompaña a las aglomeraciones, ya sea en un campamento o en cualquier otro lugar. De vez en

cuando, un golpe de viento del desierto agitaba las hojas de las palmeras.

—Hoy a la sombra, mañana al sol —recitó Olgerd, mientras se aflojaba el cinturón y agarraba de nuevo la jarra de vino—. Esto sí que es vida. Fui atamán de los zaporoskos y ahora soy caudillo del desierto. Hace siete meses estabas clavado a una cruz, cerca de los muros de Khauran, y ahora eres el lugarteniente del bandido más temible entre Turán y los pastos del oeste. ¡Deberías darme las gracias!

—¿Por reconocer mi utilidad? —Conan se echó a reír y alzó la copa—. Si dejas subir a alguien, podemos estar seguros de que te beneficiarás de su subida. He ganado cuanto tengo con sangre y sudor.

Se contempló las cicatrices de la palma de la mano. También las tenía en el cuerpo, cicatrices que no estaban siete meses atrás.

—Luchas como un regimiento de demonios —concedió Olgerd—. Pero no te creas que has tenido nada que ver con todos los que se nos han unido en los últimos tiempos. Ha sido el éxito de nuestras incursiones, guiadas por mi inteligencia, lo que los ha traído hasta aquí. Estos nómadas se pasan la vida buscando un caudillo al que seguir, y suelen tener más fe en un extranjero que en alguien de su propia raza.

»¡No hay límite para lo que podemos conseguir juntos! Tenemos once mil hombres. En un año más, triplicaremos el número. Hasta ahora nos hemos conformado con ataques a los puestos avanzados turanios y a las ciudades-estado del oeste. Con treinta o cuarenta mil hombres, todo cambiará. Seré el emperador de todo Shem y tú serás mi visir, siempre que cumplas mis órdenes sin cuestionarlas. Entre tanto, creo que cabalgaremos hacia el este y atacaremos el puesto turanio de Vezek, donde pagan el peaje las caravanas.

Conan meneó la cabeza.

—Me parece que no.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Olgerd, airado—. No pienses; de eso ya me ocupo yo.

—Tenemos hombres suficientes para lo que quiero —respondió el cimerio—. Y estoy harto de esperar. Tengo que saldar viejas cuentas.

—¡Vaya! —Olgerd frunció el ceño y bebió un trago. Sonrió—. Aún piensas en esa cruz, ¿eh? Eso está bien, el odio siempre es útil. Pero tendrá que esperar.

—Me dijiste que me ayudarías a tomar Khauran —dijo Conan.

—Eso fue antes de ver todas las posibilidades de nuestro poder —respondió Olgerd—. Pensaba solamente en el botín que podía darnos la ciudad. Pero no quiero gastar fuerzas en algo que apenas va a dar beneficio. Khauran es un hueso demasiado duro para roerlo ahora. Quizá en un año…

—En una semana —respondió Conan.

El kozaki se asombró ante la seguridad con que hablaba el cimerio.

—Escucha. Incluso aunque estuviera dispuesto a malgastar hombres en un ataque absurdo, ¿qué esperas conseguir? ¿Crees que estos lobos pueden sitiar y tomar una ciudad como Khauran?

—No habrá asedio —respondió el cimerio—. Sé cómo sacar a Constantius de la ciudad.

—¿Y luego? —espetó Olgerd, y soltó un juramento—. En el cruce de flechas, los nuestros se llevarían la peor parte; la armadura de los asshuri es muy superior. Y en la lucha cuerpo a cuerpo con espada, un regimiento de espadachines entrenados y disciplinados esparciría nuestras líneas desordenadas como el viento

esparce la paja.

—No si hubiera tres mil jinetes hibóreos desesperados luchando en cuña, tal como yo les enseñé —respondió Conan.

—¿Y dónde están esos tres mil hibóreos? —preguntó Olgerd con sarcasmo—. ¿Vas a sacarlos del aire?

—Ya los tengo —dijo el cimerio, imperturbable—. Hay tres mil khauraníes acampados en el oasis de Akrel, esperando mis órdenes.

—¿Cómo?

Los ojos de Olgerd se abrieron como platos. Parecía un lobo al que acaban de pillar por sorpresa.

—Lo que has oído. Son gente que ha huido de la tiranía de Constantius. Casi todos han vivido proscritos en el desierto oriental de Khauran, y están desesperados y hambrientos como un tigre devorador de hombres. Cada uno puede con tres de esos mercenarios rechonchos. Hacen falta opresión y privaciones para endurecer las entrañas de un hombre y sacar fuego del infierno de sus miembros. Estaban esparcidos en pequeños grupos; solo necesitaban un líder. Me creyeron cuando les envié un mensaje con mis jinetes; se han reunido en el oasis y están a mi disposición.

—¿Todo esto a mis espaldas?

Una luz de rabia asomó a los ojos de Olgerd, que agarró la empuñadura del cuchillo.

—Deseaban seguirme a mí, no a ti.

—¿Y qué has prometido a esos desharrapados a cambio de su lealtad? —Había un tono de amenaza en la voz de Olgerd.

—Que usaría esta horda de lobos del desierto para ayudarlos a destruir a Constantius y devolver Khauran a sus ciudadanos.

—¡Necio! —susurró Olgerd—. ¿Acaso ya te consideras su caudillo?

Ambos se habían puesto en pie y se estudiaban a través de la mesa de ébano; el infierno brillaba en los fríos ojos grises de Olgerd, y una sonrisa siniestra cruzaba los labios de Conan.

—Voy a descuartizarte entre cuatro palmeras —dijo el kozakí, impertérrito.

—Llama a tus hombres y ordénaselo —retó Conan—. A ver si te obedecen.

Un gruñido se escapó de entre los dientes apretados de Olgerd. Levantó una mano y se detuvo de pronto. Había algo en la absoluta seguridad que transmitía el bronceado rostro del cimerio que lo dejaba perplejo.

—Escoria de las tierras altas —murmuró. Su ojos ardían como los de un lobo —. ¿Te has atrevido a minar mi autoridad?

—No ha hecho falta —respondió Conan—. No es cierta tu afirmación de que no tengo nada que ver con los nuevos reclutas. Es justo al revés. Seguían tus órdenes, pero luchaban por mí. No hay lugar para dos caudillos entre los zuagires, y saben que soy el más fuerte. Los entiendo mejor que tú, y ellos a mí. Al fin y al cabo, también soy un bárbaro.

—¿Y qué van a decir cuando les pidas que luchen por Khauran? —preguntó Olgerd, sardónico.

—Me seguirán. Les he prometido una caravana de riquezas de palacio. En Khauran estarán encantados de pagarlo como recompensa por haberlos librado de Constantius. Luego es probable que los guíe contra los turanios, como habías planeado. Quieren un botín y lucharán contra Constantius por él, igual que contra cualquier otro.

A los ojos de Olgerd asomó el reconocimiento de la derrota. En sus febriles sueños imperialistas había descuidado lo que tenía justo al lado. Sucesos y acontecimientos que antes le habían parecido nimios volvieron de repente a su memoria, y comprendió su verdadero significado. Las palabras de Conan no eran fanfarronadas huecas. Aquella figura vestida con cota de malla negra era el auténtico caudillo de los zuagires.

—¡A menos que mueras! —musitó Olgerd, y lanzó la mano hacia la empuñadura del cuchillo.

Pero rápido como el zarpazo de un enorme gato, el brazo de Conan cruzó la mesa y los dedos hicieron presa en el antebrazo de Olgerd. Se oyó el crujir de los huesos y, durante un instante eterno, la escena pareció congelada: ambos encarados como estatuas mientras el sudor perlaba poco a poco la frente de Olgerd. Conan lanzó una carcajada, sin soltar la presa.

—¿Mereces vivir, Olgerd?

La sonrisa no se alteró mientras los dedos se clavaban en el antebrazo como riscos de acero, cada vez más hundidos en la temblorosa carne del kozaki. Se oyó el sonido de los huesos desmenuzados, y el rostro de Olgerd se tornó del color de las cenizas. Rezumaba sangre por entre las comisuras de los labios, en los que clavaba los dientes, pero no dejó escapar un solo sonido.

Con una nueva carcajada, Conan lo soltó y retrocedió. El kozaki se tambaleó y se agarró al borde de la mesa con la mano intacta.

—Te doy la vida, Olgerd, tal como me la diste a mí —dijo Conan con calma—, aunque fue por tu propio beneficio por lo que me bajaste de la cruz. Me hiciste pasar una amarga prueba que tú mismo no habrías soportado. Que habría soportado nadie, excepto un bárbaro del oeste.

»Coge tu caballo y vete. Está atado detrás de la carpa, con comida y agua en las alforjas. Nadie te verá irte, pero sé rápido. No hay lugar para un caudillo caído en el desierto. Si los hombres te ven, mutilado y derrocado, jamás te permitirán dejar con vida el campamento.

Olgerd no respondió. Muy lentamente, sin decir una palabra, dio media vuelta y salió de la carpa. Subió en silencio a la silla del enorme semental blanco que había atado a la sombra de una palmera. Giró en silencio y cabalgó hacia el este, en dirección al desierto profundo, fuera de la vida de los zuagires.

En la carpa, Conan vació la jarra de vino y chasqueó los labios con placer. Arrojó el recipiente vacío a una esquina, se ciñó el cinturón, salió por la entrada principal y se detuvo un momento a examinar las hileras de carpas de pelo de camello que se extendían ante él, así como las figuras envueltas en ropa blanca que se movían entre ellas discutiendo, cantando, arreglando bridas o afilando cuchillos.

Alzó la voz en un trueno que llegó hasta el punto más lejano del campamento:

—¡Eh, perros, limpiaos la orejas y escuchadme! ¡Acercaos! ¡Tengo algo que contaros!

## 5
## La voz del cristal

En una cámara de una torre cercana a los muros de la ciudad, un grupo escuchaba

a uno de sus integrantes. Eran hombres jóvenes, duros y fibrosos, resistentes como solo lo son aquellos que se han visto empujados hasta la desesperación por la adversidad. Vestían cuero y cota de malla, y de sus cintos colgaban espadas.

—¡Sé que Conan no erraba al afirmar que no era Taramis! —exclamó el que estaba hablando—. He estado merodeando por los alrededores de palacio durante cuatro meses, haciéndome pasar por un mendigo sordo, y por fin he descubierto lo que buscaba: nuestra reina está presa en las mazmorras anexas al palacio. Vi mi oportunidad y capturé a uno de los carceleros shemitas; una noche lo dejé inconsciente cuando salía al patio, lo arrastré a una bodega cercana y lo interrogué. Antes de morir me dijo lo que acabo de contaros y hemos sospechado todo este tiempo: que la mujer que gobierna Khauran es una bruja, de nombre Salomé. Afirmó que Taramis está presa en la mazmorra inferior.

»La invasión de los zuagires nos da la oportunidad que buscábamos. No sé qué pretende Conan; tal vez simplemente vengarse de Constantius. O a lo mejor su propósito es saquear la ciudad y destruirla. Es un bárbaro y nadie entiende lo que pasa por sus mentes.

»He aquí lo que haremos: rescataremos a Taramis durante la refriega. Constantius saldrá a la llanura a presentar batalla; sus hombres se están preparando ahora mismo. No le queda más remedio: no hay comida suficiente en la ciudad para resistir un asedio. Conan ha salido del desierto tan inesperadamente que no les ha dado tiempo para hacer acopio de suministros, y está equipado para un sitio; los espías han informado de que los zuagires tienen máquinas de asedio, sin duda construidas siguiendo las instrucciones de Conan, que aprendió esas artes en las naciones occidentales.

»Constantius no quiere un largo sitio, así que marchará con sus soldados a la llanura, donde espera desbandar las fuerzas de Conan de un solo golpe. Tan solo dejará unos pocos cientos de hombres en la ciudad, sobre todo en los muros y en las torres, y vigilando las puertas.

»La cárcel estará sin vigilancia. En cuanto hayamos liberado a Taramis, tendremos que improvisar según las circunstancias. Si gana Conan, la mostraremos al pueblo y provocaremos un alzamiento. ¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo que sí! Hay suficiente gente en la ciudad para dominar a los shemitas que quedan, tanto a los mercenarios como a los nómadas, y cerrar las puertas. ¡Ninguno debe cruzar la muralla! Luego parlamentaremos con Conan. Siempre ha sido leal a Taramis, y si descubre la verdad y la reina habla con él, creo que no saqueará la ciudad. Si vence Constantius y Conan se da a la fuga, que es lo que parece más probable, tendremos que abandonar la ciudad con la reina y buscar un lugar seguro donde ocultarnos.

»¿Todo claro?

Respondieron que sí como un solo hombre.

—Aflojemos, pues, las espadas en las vainas; encomendemos nuestras almas a Istar y vayamos a la prisión, que los mercenarios ya deben de estar saliendo por la puerta sur.

La luz del amanecer destellaba en las cimeras de los yelmos que atravesaban ordenadamente el amplio arco de la puerta y en los brillantes arreos de las monturas. Sería una batalla de jinetes, de las que solo pueden darse en Oriente. Atravesaban las puertas como un río de plata, sombrías figuras con cota de malla

negra o plateada, de barba rizada, nariz ganchuda y unos ojos inexorables que brillaban con la fatalidad de su raza; no había espacio en ellos para la duda o la piedad.

Las calles y las murallas estaban abarrotadas del gentío que contemplaba en silencio a los soldados extranjeros que cabalgaban para defender su ciudad natal. Nadie decía nada; miraban en silencio, inexpresivos, sin interés, demacrados y envueltos en harapos, gorra en mano.

En una torre que dominaba la amplia avenida que llevaba a la puerta sur, Salomé, recostada en un diván de terciopelo, contemplaba con indolencia a Constantius mientras se colgaba la espada de las esbeltas caderas y se ponía los guanteletes. Estaban solos. A través de los marcos dorados de las ventanas se oían el tintineo rítmico de las armaduras y el repiqueteo de los cascos de los caballos

—Antes del anochecer tendrás nuevos prisioneros para tu diablo —dijo Constantius mientras se retorcía el fino bigote—. Seguro que está cansado de los cuerpos blandos y fofos de los ciudadanos, y prefiere la carne más firme de un hombre del desierto.

—Ten cuidado, no vayas a ser presa de algo peor que Thaug —advirtió la joven—. No olvides quién dirige a esos animales del desierto.

—Difícilmente iba a poder olvidarlo . Es el único motivo por el que salgo a su encuentro. Ese perro ha luchado en Occidente y conoce el arte del asedio. A mis exploradores no les resulta fácil acercarse a sus filas; sus jinetes de avanzada tienen vista de halcón; pero han llegado bastante cerca para ver las máquinas que arrastra en carretas tiradas por camellos: catapultas, arietes, balistas, mangoneles… ¡Por Istar! Debe de haber tenido al menos mil hombres trabajando día y noche durante un mes. No entiendo de dónde ha sacado el material para construir todo eso; quizá haya llegado a un acuerdo con los turanios para que le suministren lo que necesita.

»Da igual; no le va a servir de nada. No es la primera vez que lucho contra esos perros del desierto. Cruzaremos flechas durante un rato y ellos llevarán la peor parte: la armadura de mis hombres los protege. Luego cargaremos, y mis escuadrones desbandarán las filas desordenadas de los nómadas. No tardarán en echar a correr y esparcirse a los cuatro vientos. Regresaré por la puerta sur antes del ocaso, con cientos de cautivos desnudos atados a la cola de mi caballo. Lo celebraremos esta noche en la plaza principal. Mis hombres disfrutan desollando vivos a sus enemigos; tendremos un buen espectáculo y obligaremos a mirar a tus acobardados súbditos. En cuanto a Conan, me producirá un intenso placer capturarlo vivo y empalarlo en las escaleras de palacio.

—Despelleja a tantos como te plazca —respondió Salomé con indiferencia—. No me importaría tener un vestido de piel humana. Pero debes darme al menos cien cautivos para el altar. Y para Thaug.

—Así se hará —dijo Constantius, mientras con la mano enguantada se atusaba el ralo cabello de la coronilla quemada por el sol—. ¡Por la victoria y el honor de la bella Taramis! —dijo con sarcasmo.

Se puso el yelmo bajo el brazo, alzó la mano en un saludo y salió con un claqueteo de la habitación. Se oyó su voz apagada dando órdenes a sus oficiales.

Salomé se recostó de nuevo en el diván, bostezó y se estiró como un felino.

—¡Zang! —gritó

Un sacerdote con pies de gato y un rostro que parecía un pergamino estirado sobre el cráneo entró ruidosamente.

Salomé se acercó a un pedestal de marfil sobre el que reposaban dos globos de cristal y, tras tomar el menor, se lo tendió al sacerdote.

—Ve con Constantius —dijo—. Infórmame de la batalla. ¡Ve!

El hombrecillo hizo una abyecta reverencia, ocultó el globo bajo el manto oscuro y salió a toda prisa.

Ningún sonido llegaba de la ciudad, más allá del resonar de los cascos y, algo después, el ruido de las puertas al cerrarse. Salomé se dirigió a una escalera de mármol que llevaba a la azotea adoselada y almenada en mármol. Se alzaba sobre el resto de los edificios de la ciudad, y desde allí veía las calles vacías, igual que la gran plaza de enfrente del palacio. Normalmente, la gente rehuía el siniestro templo del lado opuesto de la plaza, pero en aquel momento estaba desierta como una ciudad fantasma. Solo en el muro sur y en los tejados cercanos había señales de vida: la gente se arracimaba allí en grandes cantidades. No hacían nada, como si no supieran si desear la victoria o la derrota de Constantius. La victoria implicaba más dolor y miseria bajo su intolerable gobierno; la derrota seguramente traería matanzas y el saqueo de la ciudad. Ninguna noticia les había llegado de Conan, y no sabían qué esperar a sus manos. Era un bárbaro, al fin y al cabo.

Los escuadrones de mercenarios se desplazaban por la llanura. A lo lejos, al lado del río, se movían varios bultos confusos, apenas reconocibles como grupos de hombres a caballo. La otra orilla estaba salpicada de objetos diversos. Conan no había atravesado el río con las máquinas de asedio, temeroso al parecer de un ataque en pleno cruce, pero sí que había pasado al otro lado con todos sus jinetes. Los escuadrones de la ciudad se lanzaron al galope, y un profundo rugido llegó a los oídos de quienes observaban desde las murallas.

Ambos ejércitos chocaron y se entremezclaron. A aquella distancia todo se veía confuso, sin detalles; no había manera de distinguir cargas o contracargas. Nubes de polvo cubrían la llanura bajo los cascos de los caballos, ocultando lo que pasaba. De aquel remolino surgían grupos de jinetes que volvían a desaparecer entre un brillo de lanzas.

Salomé se encogió de hombros y bajó las escaleras. El palacio estaba en absoluto silencio. Todos los esclavos estaban en las murallas, mirando fútilmente hacia el sur con los ciudadanos.

Entró en la habitación en la que había hablado con Constantius y se acercó al pedestal. Se dio cuenta de que el globo de cristal estaba nublado, cruzado por rayas carmesíes. Se inclinó sobre él, maldiciendo entre dientes.

—¡Zang! —llamó—. ¡Zang!

Un remolino de bruma apareció en la esfera, y luego se transformó en nubes de polvo ondulantes a través de las que pasaban fugaces figuras irreconocibles. El rostro de Zang se hizo visible, con una nitidez sorprendente. Los ojos abiertos de par en par parecían estar mirando hacia Salomé. Le salía sangre de un tajo en el cadavérico rostro, y tenía la piel manchada de polvo y sudor. Los labios se abrieron. Cualquier otro habría creído que del rostro del cristal no salía sonido alguno, pero Salomé oía las palabras de los labios cenicientos tan claras como si el sacerdote estuviera en la misma habitación, en lugar de a leguas de distancia gritando contra un globo de cristal. Solo los dioses sabían qué hilos de magia invisible unían ambas esferas.

—¡Salomé! —gritaba el busto sangrante—. ¡Salomé!

—¡Te oigo! —respondió ella—. ¿Cómo va la batalla?

**—¡Estamos perdidos! —aulló la cadavérica aparición—. ¡Khauran está perdido! ¡Me han derribado el caballo! ¡Los soldados caen a mi alrededor! ¡Mueren como moscas, atrapados en sus armaduras de plata!**

**—¡Deja de gimotear y dime qué ha pasado! —gritó ella con aspereza.**

**—Galopamos hacia los perros del desierto y vinieron a nuestro encuentro —aulló el sacerdote—. Una nube de flechas cruzó entre ambas huestes, y los nómadas vacilaron. Constantius ordenó una carga. Las líneas, ordenadas, se lanzaron contra ellos.**

**»De pronto, la horda de nómadas se apartó a izquierda y derecha, y por el hueco surgieron tres mil jinetes hibóreos con los que no habíamos contado. ¡Khauraníes embriagados de odio! ¡Hombres enormes con armadura sobre caballos gigantescos! Nos golpearon como el rayo en una formación de cuña y deshicieron nuestras filas antes de que supiéramos qué pasaba. Luego, los beduinos cayeron sobre nuestros flancos.**

**»Han roto nuestras filas; nos han destrozado y dispersado. ¡Es un truco de ese demonio de Conan! Las máquinas de asedio eran falsas, simples armazones de troncos de palmera y seda pintada; suficientes para engañar a nuestros espías al verlos de lejos. ¡Una trampa que ha sido nuestra perdición! ¡Nuestros soldados huyen! Khumbanigash ha caído; lo ha matado Conan. No veo a Constantius. Los khauraníes esquilman nuestro ejército como leones sedientos de sangre, y los nómadas nos cubren de flechas. No sé… ¡Ahhh!**

**Hubo un resplandor intenso, como un relámpago o un destello de acero, seguido de una explosión de sangre, y la imagen se desvaneció como una pompa de jabón. Salomé miraba una bola de cristal vacía que solo reflejaba sus rabiosos rasgos.**

**Se quedó petrificada unos segundos, de pie y con la vista clavada al frente. Después dio una palmada y otro sacerdote de rostro cadavérico entró en la habitación, tan silencioso e inmóvil como el primero.**

**—Han derrotado a Constantius —dijo Salomé—. Estamos perdidos. Conan llegará a las puertas de la ciudad en menos de una hora y, si me encuentra, tengo bastante claro lo que puede pasar. Pero antes me aseguraré de que mi maldita hermana nunca vuelva a ocupar el trono. ¡Ven conmigo! Pase lo que pase, proporcionaremos un banquete a Thaug.**

**Mientras bajaba por las escaleras y galerías del palacio le pareció oír un ruido distante, procedente de las murallas. La gente empezaba a darse cuenta de que la batalla se había decidido contra Constantius y veía a los jinetes, a través de las nubes de polvo, galopando hacia la ciudad.**

**El palacio y los calabozos estaban conectados por una larga galería cuyo techo descansaba sobre arcos. La falsa reina y su esclavo la cruzaron a toda prisa y al otro extremo atravesaron una gruesa puerta que los llevó a los mal iluminados pasillos de la prisión. Salieron a un amplio corredor abovedado, cerca del lugar donde una escalera que descendía hacia la oscuridad. Salomé retrocedió de repente y maldijo. En la penumbra se veía una figura inmóvil; era uno de los carceleros shemitas, la corta barba apuntando al techo y la cabeza casi separada del tronco. Oyó voces procedentes del piso inferior y se agazapó en la negra sombra de un arco arrastrando consigo al sacerdote, mientras crispaba la otra mano alrededor del ceñidor.**

## 6
## Las alas del buitre

Fue la luz humeante de una antorcha lo que despertó a Taramis, reina de Khauran, del sueño en el que buscaba el olvido. Se apoyó en una mano y alzó la cabeza. Parpadeó y se preparó para ver una vez más el rostro burlón de Salomé, que llegaría con nuevas torturas; sin embargo, una exclamación de horror llegó a sus oídos.

—¡Taramis! ¡Majestad!

Era tan absurdo que pensó que seguía soñando. Tras la antorcha podía distinguir varias figuras, el brillo del acero; entonces, cinco rostros se inclinaron hacia ella. No eran cetrinos y de nariz ganchuda, sino aquilinos de facciones limpias, atezadas por el sol.

Uno de ellos dio un paso adelante y cayó de rodillas a su lado, con los brazos extendidos en su dirección.

—¡Oh, Taramis, gracias a Istar que te hemos encontrado! ¡No me recuerdas? Soy Valerius. Una vez alabaste con tus propios labios mi valor, tras la batalla de Korveka.

—¡Valerius! —balbuceó. De pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Estoy soñando! ¡Es algún hechizo de Salomé para atormentarme!

—¡No! —gritó él, exultante—. ¡Somos tus leales vasallos y venimos a rescatarte! Pero debemos darnos prisa. Constantius lucha en la llanura contra Conan, que ha cruzado el río con sus zuagires, pero hay todavía trescientos shemitas guardando la ciudad. Hemos matado al carcelero y cogido sus llaves, y no parece que haya más guardias. Pero tenemos que irnos. ¡Vamos!

A la reina le fallaban las piernas, no de debilidad, sino de pura emoción. Valerius la alzó como si fuera una niña. El portador de la antorcha caminaba por delante, y abandonaron la mazmorra en dirección a una resbaladiza escalera de piedra. Parecía ascender eternamente, pero al fin llegaron a la cima y salieron a un pasillo.

Cruzaban junto a un arco en sombras cuando de repente se apagó la antorcha y su portador lanzó un fiero y breve grito. Una llamarada de fuego azul destelló en el oscuro pasillo; antes de que los cegara pudieron ver fugazmente el rostro de Salomé, con una figura bestial agazapada a su lado.

Valerius intentó seguir por el pasillo con la reina en brazos, mientras oía vagamente el sonido de algo que laceraba profundamente la carne, acompañado de estertores y un gruñido bestial. De pronto, algo arrancó brutalmente a la reina de sus brazos, y un fuerte golpe en el yelmo lo lanzó al suelo.

Se puso en pie como pudo y sacudió la cabeza en un esfuerzo por librarse de la llama azul que parecía bailar de un modo demoniaco ante sus ojos. Cuando se le aclaró la vista se encontraba solo en el pasillo con el cuerpo cubierto de tajos y heridas, rodeado de los cadáveres de sus camaradas,. Ciegos y aturdidos en medio de aquel resplandor infernal, habían muerto sin la menor oportunidad de defenderse. La reina había desaparecido.

Con una amarga maldición, Valerius cogió su espada, se quitó el yelmo hendido y lo lanzó contra la pared. La sangre le corría por la mejilla, fruto de un corte en el cuero cabelludo.

Indeciso y vacilante, oyó una voz que decía su nombre con desesperado apremio:

**—¡Valerius! ¡Valerius!**

**Caminó tambaleante en dirección a la voz y dobló una esquina justo a tiempo para que en sus brazos cayera una figura suave y esbelta, que se colgó frenética de su cuello.**

**—¡Ivga! ¿Estás loca?**

**—¡Tenía que venir! —sollozó—. Te he seguido. Estaba oculta en un arco del patio exterior. Hace un momento he visto salir a un bruto que llevaba a una mujer en brazos. Supe que era Taramis y que habías fracasado. ¡Oh, estás herido!**

**—¡Un arañazo! —Se libró del pegajoso abrazo—. ¡Rápido, Ivga, dime por dónde se han ido!**

**—Han cruzado la plaza hacia el templo.**

**Valerius palideció.**

**—¡Istar! ¡Maldito demonio! ¡Pretende entregar a Taramis al diablo al que rinde pleitesía! ¡Rápido, Ivga! ¡Vete a la muralla sur, donde está la gente viendo la batalla, y dile que su auténtica reina ha aparecido y la impostora se la ha llevado al templo! ¡Vamos!**

**La joven echó a correr entre sollozos, las ligeras sandalias resonando en los adoquines. Valerius cruzó el patio, se lanzó hacia la calle, llegó a la plaza en la que esta desembocada y corrió tan deprisa como pudo en sentido opuesto.**

**Sus pies parecían volar sobre el mármol mientras saltaba por la amplias escaleras y cruzaba el pórtico columnado.**

**La prisionera no se había dejado arrastrar con docilidad: consciente de lo que le esperaba, había opuesto toda la resistencia posible, sacando fuerzas de flaqueza. En cierto momento, logró librarse del brutal sacerdote, pero la atraparon de nuevo.**

**El grupo había llegado a la mitad de la enorme nave, en cuyo extremo se veían un siniestro altar y, tras él, una puerta de metal. Un agujero cavernoso que muchos habían cruzado, pero del que solo Salomé había vuelto. Taramis jadeaba; con el forcejeo se le habían hecho jirones los harapos. Se retorcía en brazos de su captor como una ninfa blanca y desnuda en las manos de un sátiro. Salomé se limitaba a mirar con gesto malévolo pero impaciente. Se acercó a la puerta, y los obscenos dioses y gárgolas de las paredes parecieron lanzarle una mirada impúdica, como si el ocaso los imbuyera de una vida lujuriosa.**

**Ahogado de rabia, Valerius echó a correr por la enorme nave, espada en mano. El cadavérico sacerdote dio media vuelta a un grito de Salomé; liberó a Taramis, desenvainó un pesado cuchillo ya manchado de sangre y echó a correr hacia el khauraní.**

**Pero atacar a individuos cegados por la llama infernal liberada por Salomé era una cosa, y otra muy distinta, enfrentarse a un joven y nervudo hibóreo que bullía de odio y rabia.**

**El goteante cuchillo se alzó, pero antes de que pudiera descender, la afilada espada de Valerius cruzó el aire, y el puño que sujetaba el cuchillo se separó de la muñeca en medio de un surtidor de sangre. Valerius, enloquecido, golpeó una y otra vez antes de que la apergaminada figura llegase a caer. La espada atravesaba carne y hueso. La calavera cubierta de piel cayó a un lado, y el torso medio destrozado, al otro.**

**Valerius giró sobre sus talones, veloz y fiero como un gato montés, examinando el lugar en busca de Salomé, quien sin duda había gastado todo su polvo llameante en el calabozo. La vio inclinada sobre Taramis, agarrando la**

negra melena de su hermana con una mano y sosteniendo un puñal en la otra. Con un grito de rabia, la espada de Valerius se incrustó en su pecho con tanta furia que la punta asomó entre los hombros. Salomé cayó al suelo con un aullido terrible, asaltada por temblores y convulsiones, agarrada a la espada como si quisiera desclavarla; la hoja humeaba y goteaba. Los ojos de la bruja no parecía humanos; se aferraba con una energía sobrenatural a la vida que se iba derramando por la herida que atravesaba la media luna de su pecho marfileño. Se arrastró por el suelo, mordiendo las negras losas en su agonía.

Asqueado, Valerius apartó la vista y se inclinó para coger a la reina medio desvanecida. Con ella en brazos, dio la espalda a la figura que se retorcía en el suelo y echó a correr hacia la puerta, tropezando en su apresuramiento. Al llegar se detuvo en lo alto de las escaleras. La plaza bullía de gente. Algunos habían acudido ante los gritos incoherentes de Ivga; otros habían abandonado las murallas por miedo a las hordas del desierto, cada vez más cercanas, y habían huido irracionalmente hacia el centro de la ciudad. La torpe resignación de unas horas atrás se había desvanecido. La multitud hervía y se agitaba, sin parar de gritar. Se oyó a lo lejos el crujido de la madera al partirse y las piedras al caer.

Un grupo de shemitas atravesaba la multitud. Eran los guardias de las puertas septentrionales, que corrían hacia el sur para asistir a sus camaradas. Se detuvieron de pronto al ver al joven en las escaleras, con el cuerpo desmadejado y desnudo en brazos. Los rostros de la multitud se volvieron hacia el templo, y todos contuvieron el aliento, aún más desconcertados de lo que habían estado hasta el momento.

—¡He aquí a vuestra reina! —gritó Valerius, luchando por hacerse oír sobre el clamor.

El pueblo le devolvió un rugido de asombro. No entendían qué ocurría, y Valerius intentaba en vano alzar la voz sobre la algarabía. Los shemitas echaron a correr hacia las escaleras, apartando a la multitud con las lanzas.

Entonces, un nuevo y siniestro ingrediente se añadió a la frenética mezcla. Tras Valerius, una esbelta figura cubierta de cintas carmesíes asomó a las puertas del templo. Los presentes gritaron; en los brazos de Valerius yacía la mujer que creían su reina; y sin embargo, en la puerta del templo se tambaleaba otra, un reflejo perfecto de la anterior. Era demasiado para ellos. Valerius sintió que se le helaba la sangre en las venas cuando vio a la bamboleante bruja. Su espada la había traspasado, se había hundido en su corazón. Debería estar muerta; por fuerza tenía que estar muerta. Sin embargo, allí estaba, temblorosa sobre sus pies, agarrándose a la vida con una pasión espantosa.

—¡Thaug! —llamó Salomé, tambaleándose en el pórtico—. ¡Thaug!

En respuesta a su terrible invocación, un graznido salió del templo, y se oyó un chasquido de madera contra metal.

—¡Esa es la reina! —aulló el capitán de los shemitas, alzando el arco—. ¡Matad a los otros dos!

Pero de la multitud surgió el rugido de una manada que despierta de pronto. Al fin, la verdad se había abierto paso en sus mentes; comprendían los frenéticos llamamientos de Valerius y sabían que la joven que colgaba inerte de sus brazos era la auténtica reina. Con un aullido estremecedor, cargaron contra los shemitas con uñas y dientes, con la desesperación de la furia reprimida que se libera de repente. Sobre ellos, Salomé se bamboleó una última vez y cayó por las escaleras, muerta al fin.

Las flechas volaban a su alrededor; Valerius se apresuró a resguardarse entre los pilares del pórtico, escudando el cuerpo de la reina con el suyo. Los jinetes shemitas contenían a la enloquecida multitud asestando tajos a diestro y siniestro. Valerius corrió hacia la puerta del templo, pero nada más poner un pie en el umbral, retrocedió con un grito de horror y desesperación.

En la penumbra del otro extremo de la nave, una inmensa y oscura figura se puso en pie y avanzó hacia él con gigantescos saltos de batracio. Vio brillar dos ojos de otro mundo, y el resplandor de garras o fauces. Se apartó de la puerta, y el zumbido de la flecha que le pasó junto a la oreja lo advirtió de que la muerte también acechaba a su espalda. Dio media vuelta, desesperado. Cuatro o cinco shemitas se habían abierto paso entre la multitud y espoleaban los caballos escaleras arriba, con los arcos tensados para abatirlo. Se agazapó tras un pilar, contra el que chocaron las flechas. Taramis se había desvanecido. Colgaba de sus brazos como si estuviera muerta.

Antes de que los shemitas pudieran disparar de nuevo, una figura gigantesca bloqueó el pórtico. Los mercenarios dieron media vuelta entre gritos y trataron frenéticamente de abrirse paso por la multitud, que de repente retrocedía horrorizada, pisoteándose en su estampida.

Pero el monstruo solo parecía tener ojos para Valerius y la joven. Escurrió su enorme mole por el agujero de la puerta y avanzó hacia él, mientras Valerius retrocedía por las escaleras. Lo sentía pegado a los talones, una sombra gigantesca, una parodia de la naturaleza tallada en el corazón de la noche, una informidad negra en la que solo se podían distinguir los ojos brillantes y los resplandecientes colmillos.

Se oyó de pronto el resonar de los cascos de los caballos. Un grupo de shemitas, ensangrentado y derrotado, entró en la plaza desde el sur y cruzó a ciegas la apretada multitud. Tras ellos se precipitaba una horda de jinetes que gritaban en una lengua familiar y blandían espadas enrojecidas. ¡Volvían los exiliados! Con ellos cabalgaban cincuenta barbudos jinetes del desierto, encabezados por un gigante vestido de cota de malla negra.

—¡Conan! —gritó Valerius—. ¡Conan!

El gigante rugió una orden. Sin aflojar el paso, los nómadas alzaron los arcos, los tensaron y soltaron. Una nube de flechas atravesó cantando la plaza, sobre las agitadas cabezas de la multitud, y se hundió hasta las plumas en la carne del monstruo negro. Este se detuvo, vaciló y se encabritó, un borrón negro contra los pilares de mármol. La afilada nube cantó de nuevo y volvió a cantar, hasta que aquel horror cayó al suelo y rodó por las escaleras, tan muerto como lo estaba la bruja que lo había sacado de la noche de los tiempos.

Conan soltó las riendas junto al pórtico y desmontó. Valerius había posado a la reina en el suelo de mármol y se había dejado caer a su lado, totalmente exhausto. La gente se arremolinaba a su alrededor. El cimerio los echó atrás con una maldición, alzó la delicada cabeza y la apretó contra el pecho acorazado.

—¡Por Crom! ¿Qué es esto? ¡La auténtica Taramis! Pero entonces, ¿quién es aquella?

—El demonio que había tomado su forma —jadeó Valerius.

Conan lanzó un juramento. Arranco la capa de los hombros a un soldado y envolvió en ella a la desnuda reina. Las largas pestañas parpadearon y los ojos se abrieron, para contemplar incrédulos el rostro surcado de cicatrices del cimerio.

—¡Conan! —Los delicados dedos se posaron en su rostro—. ¿Estoy soñando?

Me dijeron que habías muerto…

—¡Faltó poco! —dijo con una dolorosa sonrisa—. No estás soñando. De nuevo eres la reina de Khauran. He aniquilado al ejército de Constantius junto al río. La mayoría de sus perros han caído antes de llegar a las murallas, porque he dado órdenes de no hacer prisioneros…, con excepción de Constantius. La guardia de la ciudad nos ha cerrado la puerta en las narices, pero nos hemos abierto paso con arietes. He dejado fuera de la ciudad a todos mis lobos, salvo estos cincuenta. No me fiaba de ellos aquí dentro, y los khauraníes bastaban y sobraban para hacerse cargo de los guardias de las puertas.

—¡Ha sido una pesadilla! —gimió ella—. ¡Oh, mi pobre pueblo! Debes ayudarme a resarcirlo por todo lo que ha sufrido. Serás mi regidor, además de capitán de mi guardia.

Conan lanzó una carcajada y meneó la cabeza. Se puso en pie, alzó a la reina e hizo señas a un grupo de jinetes khauraníes que se había quedado allí en lugar de perseguir a los shemitas en fuga. Bajaron de los caballos, ansiosos por obedecer las órdenes de su reina recién recuperada.

—No, querida, me temo que aquí he terminado. Ahora soy caudillo de los zuagires y debo guiarlos contra los turanios, tal como prometí. Este joven, Valerius, será un capitán mucho mejor que yo. De todas formas, no estoy hecho para morar entre paredes de mármol. Ahora debo dejarte y terminar lo que he empezado; aún quedan shemitas en Khauran.

Mientras Valerius seguía a Taramis hacia el palacio a través de la plaza, en la que la multitud entusiasmada había abierto un pasillo, una mano suave se entrelazó tímidamente con sus dedos nervudos, y se volvió para recibir el esbelto cuerpo de Ivga entre sus brazos. La aplastó contra sí y bebió sus besos con la gratitud de un luchador que al fin ha alcanzado la victoria y busca un merecido descanso.

Pero no todos los hombres son como él; algunos hombres nacen con el espíritu de la tormenta en la sangre; inquietos heraldos de violencia y matanzas, conocedores de un único sendero…

Estaba saliendo el sol. La antigua pista de caravanas estaba atestada de jinetes vestidos con túnica blanca, en una fila interminable que se extendía desde los muros de Khauran hasta un lugar muy lejano de la llanura. Conan el cimerio, en cabeza y dispuesto a partir, se encontraba junto al extremo mellado de una viga que salía del suelo. Al lado se alzaba una gruesa cruz de la que colgaba un hombre, las manos y los pies atravesados por clavos.

—Hace siete meses era yo el que colgaba ahí y tú quien estaba aquí sentado, Constantius —dijo Conan.

Constantius no respondió. Se humedeció los labios cenicientos; tenía los ojos vidriosos de miedo y dolor, y los músculos agarrotados.

—Parece que se te da mejor torturar que ser torturado —siguió Conan con tranquilidad—. Estuve colgado ahí mismo como tú cuelgas ahora, y sobreviví gracias a las circunstancias y a esa resistencia propia de los bárbaros. Pero los civilizados sois blandos; vuestra vida no está ligada a vuestra voluntad, como la nuestra. Vuestra fortaleza consiste básicamente en infligir tormento, no en soportarlo. Habrás muerto antes del ocaso. Adiós, Halcón del desierto, te dejo en compañía de estas otras aves.

**Señaló hacia los buitres cuyas sombras giraban por la arena, alrededor de la cruz. De los labios de Constantius escapó un aullido de dolor y desesperación.**

**Conan cogió las riendas y dirigió el caballo hacia el río, que brillaba como la plata al sol de la mañana. Los jinetes vestidos de blanco trotaban tras él. Todos volvían la vista al pasar junto a cierto punto, para contemplar, con la indiferencia y la ausencia de compasión características del hombre del desierto, la cruz y la fibrosa figura que colgaba de ella, recortada contra el sol naciente. Los cascos de los caballos resonaban lúgubres contra el polvoriento camino. Las alas de los buitres hambrientos batían cada vez más bajas.**

# SOMBRAS SOBRE ZAMBOULA

## 1
## Suena un tambor

—¡El peligro acecha en casa de Aram Baksh!

La voz temblaba a causa de la emoción mientras su dueño aferraba con los delgados dedos de uñas negras el musculoso brazo de Conan. Era un individuo nervioso y bronceado de alborotada barba negra cuyas ropas harapientas lo identificaban como un nómada. Parecía increíblemente menudo y mezquino comparado con el gigantesco cimerio de cejas negras, pecho amplio y extremidades poderosas. Ambos estaban en una esquina del bazar de los espaderos y, flanqueándolos, fluía el río multicolor de variopinta humanidad típico de las calles exóticas, llamativas y ruidosas de Zamboula.

Conan dejó de seguir con la mirada a una ghanesa de gesto altivo, labios rojos y falda corta que dejaba ver una buena porción de muslo con cada paso altanero, y frunció el ceño en dirección a su inoportuno acompañante.

—¿Qué clase de peligro? —quiso saber.

El hombre del desierto lanzó una mirada furtiva hacia atrás antes de responder.

—¿Quién sabe? —dijo en voz baja—. Pero hay viajeros y nómadas que han dormido en casa de Aram Baksh a los que nunca se ha vuelto a ver. ¿Qué fue de ellos? Él jura que se levantaron y se fueron al día siguiente; y sí, es cierto que jamás un habitante de la ciudad ha desaparecido en su casa. Pero nadie ve de nuevo a los forasteros, y dicen que su equipo y sus pertenencias han aparecido después en los bazares. Si Aram no los vendió tras librarse de sus propietarios, ¿cómo llegaron allí?

—No tengo pertenencia alguna —gruñó el cimerio mientras acariciaba el pomo de la espada que pendía de su cinturón—. Hasta he vendido mi caballo.

—Pero los forasteros ricos no son los únicos que desaparecen de noche en casa de Aram Baksh —parloteó el zuagir—. Ah, no; también han dormido allí nómadas pobres, atraídos por las bajas tarifas, y no se los ha vuelto a ver. En cierta ocasión, un caudillo de los zuagires cuyo hijo había desaparecido se quejó al sátrapa, Jungir Khan, y este ordenó que los soldados registraran la casa.

—¿Y qué encontraron? ¿Una bodega llena de cadáveres? —preguntó Conan en tono burlón.

—¡Nada! ¡No encontraron nada! ¡Y echaron al caudillo de la ciudad entre amenazas y maldiciones! Pero... —Se acercó más a Conan y se echó a temblar—. Pero se encontró otra cosa. Junto al desierto, más allá de las casas, hay un grupo de palmeras; y bajo esa arboleda, un pozo. Y dentro del pozo se encontraron huesos humanos, carbonizados y ennegrecidos. ¡No una vez, sino muchas!

—Y eso, ¿qué demuestra? —gruñó el cimerio.

—¡Qué Aram Baksh es un demonio! ¿Quién puede distinguir un hombre de un demonio disfrazado en esta maldita cuidad construida por los estigios y gobernada

por los hirkanios, donde blancos, negros y morenos se mezclan y producen híbridos malditos de todos los colores y razas? ¡Aram Baksh es un demonio con aspecto de hombre! De noche asume su verdadera forma y se lleva a sus invitados al desierto, donde celebra un aquelarre con los otros demonios de la tierra baldía.

—¿Y por qué solo se lleva a los forasteros? —preguntó Conan con escepticismo.

—Los habitantes de la ciudad no le consentirían que matase a sus conciudadanos, pero no les importa en absoluto cuántos forasteros caen en sus manos. Eres de occidente, Conan, y no conoces los secretos de esta tierra antigua. Pero desde el principio de los tiempos, los demonios del desierto adoran a Yog, Señor de los Espacios Vacíos, y lo adoran con fuego que devora a sus víctimas humanas.

»¡Ten cuidado! Has morado durante muchas lunas en las tiendas de los zuagires y eres nuestro hermano. ¡No vayas a casa de Aram Baksh!

—¡Lárgate! —dijo Conan de repente—. Por ahí viene una patrulla de la guardia de la ciudad. Si te ven, igual recuerdan cierto caballo robado en los establos del sátrapa...

El zuagir tragó saliva y se echó hacia atrás. Se agachó y pasó entre un puesto de mercancías y la estatua de un caballo sin detenerse más que lo imprescindible para decir: «¡Ten cuidado, hermano! ¡En casa de Aram Baksh hay demonios!». Luego echó a correr por un callejón estrecho y desapareció.

Conan se ajustó el ancho cinturón y sostuvo con tranquilidad las miradas que le lanzaron los guardias al pasar a su altura. Lo contemplaron con curiosidad y suspicacia, pues llamaba la atención incluso en medio de una multitud abigarrada como la de las calles de Zamboula. Sus ojos azules y sus rasgos extranjeros lo diferenciaban de los enjambres de orientales, y la espada recta que llevaba a la cadera hacía aún más patente la diferencia.

Los guardias no lo abordaron, sino que siguieron calle adelante mientras la multitud se abría para dejarlos pasar. Eran pelishtianos; rollizos, de nariz ganchuda y barba negroazulada que se desparramaba sobre los pechos acorazados. Mercenarios contratados para realizar las tareas que los gobernantes turanios consideraban por debajo de su dignidad, y odiados por la población mestiza precisamente por eso.

Conan le echó un vistazo al sol, que empezaba a ponerse tras los tejados en terraza de las casas del extremo oeste del bazar, y, tras acomodarse de nuevo el cinturón, se dirigió hacia la taberna de Aram Baksh.

Se desplazó con zancadas de montañés por las calles multicolores en las que las túnicas raídas de los gimoteantes mendigos rozaban los khalats ribeteados de armiño de los opulentos mercaderes y el satén adornado con perlas de los ricos cortesanos. Gigantescos esclavos negros vagaban de un lado a otro, apartando a empujones a vagabundos de barba azulada de las ciudades shemitas, nómadas harapientos del cercano desierto y comerciantes y aventureros de las tierras de oriente.

La población nativa no era menos heterogénea. Siglos atrás, los ejércitos de Estigia habían llegado y habían construido un imperio en el desierto del este. Zamboula no era más que un humilde puesto comercial en aquel entonces, rodeada de un anillo de oasis y habitada por descendientes de los nómadas. Los estigios la habían convertido en una ciudad y la habían poblado con sus propias gentes, además de esclavos shemitas y kushitas. Las interminables caravanas que

cruzaban el desierto de oriente a occidente y luego hacían la ruta contraria habían traído riquezas y añadido nuevas razas a la mezcla. Llegaron después los conquistadores turanios, que atacaron desde el este e hicieron retroceder la frontera de Estigia. Zamboula llevaba una generación convertida en el puesto fronterizo más occidental de Turán y estaba gobernada por un sátrapa turanio.

Una babel de idiomas sin cuento resonaba en los oídos del cimerio a medida que el interminable trazado de las calles de Zamboula se entretejía a su alrededor, hendido de vez en cuando por escuadrones de jinetes traqueteantes: guerreros de Turán altos y enjutos con rostro de halcón, armaduras tintineantes y espadas curvas. La multitud se apartaba con presteza de su camino, pues eran los amos de Zamboula. Aquí y allá, acurrucado en las sombras, con un brillo oscuro en la mirada, podía verse a algún estigio huraño que aún recordaba las glorias pasadas de su pueblo. A la población mestiza le importaba bien poco si el rey que controlaba sus destinos moraba en la oscura Jemi o en la resplandeciente Agrapur. Era Jungir Khan quien gobernaba en Zamboula y se rumoreaba que Nafertari, la amante del sátrapa, gobernaba a Jungir Khan. Mas la gente se ocupaba de sus asuntos mientras paseaba por las calles envuelta en ropajes multicolores, regateando, riñendo, jugando, emborrachándose, amando como siempre habían hecho los zamboulanos desde tiempos inmemoriales, desde que se alzaron los primeros minaretes sobre las arenas del Kharamun.

Las lámparas de bronce con dragones tallados ya iluminaban las calles antes de que Conan llegase a casa de Aram Baksh. La taberna era el último edificio habitado de la calle, que corría en dirección oeste. Estaba separada de las casas de más al este por un amplio jardín rodeado de un muro, en el que crecían abigarradas las palmeras. Hacia el oeste se alzaba otro bosquecillo de palmeras atravesado por la calle, que se convertía en una calzada que serpenteaba en dirección al desierto. Frente a la taberna, al otro lado de la calle, se alzaba una hilera de cabañas abandonadas medio ocultas por algunas palmeras dispersas, en las que solo se metían murciélagos y chacales. Mientras Conan descendía por el camino, se preguntó por qué los mendigos, siempre abundantes en Zamboula, no se habían apropiado de aquellas casas vacías para dormir en ellas. Las lámparas callejeras habían desaparecido a cierta distancia tras él, y en toda la calle no había más luces que la que colgaba de la puerta de la taberna. Las estrellas eran lo único que iluminaba el polvo del camino y las palmas susurrantes bajo la brisa del desierto.

La puerta de Aram no daba al camino, sino al callejón que había entre la taberna y el jardín de palmeras datileras. Conan tiró con fuerza del cordón que colgaba de la campanilla junto a la lámpara y, no contento con eso, golpeó con el pomo de la espada la puerta de teca reforzada con hierro. Un postigo se abrió en la puerta y un rostro negro asomó por él.

—¡Abre, condenado! —pidió Conan—. Soy un huésped. Le he pagado a Aram por una habitación, y por Crom que la tendré.

El negro estiró el cuello para examinar la calzada iluminada por las estrellas a espaldas de Conan; pero abrió la puerta sin una palabra y la cerró tras el cimerio, tras lo cual aseguró la cerradura y pasó el travesaño. El muro era bastante más alto de lo normal, pero había muchos ladrones en Zamboula, y una casa junto al desierto quizá tuviera que defenderse de un asalto nocturno de los nómadas. Conan avanzó con decisión por el jardín en el que grandes flores pálidas se mecían bajo la luz de las estrellas y entró en la sala común de la taberna. En una mesa se

sentaba un estigio, un estudioso a juzgar por su cabeza afeitada, que parecía estar cavilando algún misterio inefable; en una esquina, varias figuras indistintas disputaban mientras jugaban a los dados.

Aram Baksh entró en la sala con paso tranquilo. Era un individuo corpulento de barba negra que se le desparramaba por el pecho, prominente nariz ganchuda e inquietos ojillos negros.

—¿Quieres comida? —preguntó—. ¿Algo de beber?

—Comí un buen trozo de carne con pan en el bazar —gruñó Conan—. Tráeme una jarra de vino de Ghazan, me queda suficiente para pagarla.

Dejó caer una moneda de cobre en la barra salpicada de vino.

—¿No te fue propicio el juego?

—¿Cómo me lo iba a ser si no tenía más que un puñado de plata? Te pagué la habitación esta mañana porque estaba casi seguro de que iba a perder. Quería asegurarme de que tendría un techo sobre la cabeza esta noche. Me he dado cuenta de que nadie duerme en las calles de Zamboula; hasta los mendigos buscan un hueco en el que parapetarse de noche. Los ladrones de la ciudad deben de ser tipos realmente sanguinarios.

Engulló el vino barato con evidente satisfacción y luego siguió a Aram hacia la puerta. A su espalda, los jugadores se detuvieron de pronto y se quedaron mirándolo de forma inquisitivamente críptica. No dijeron nada, pero el estigio lanzó una carcajada siniestra llena de cinismo y burla. Los otros bajaron la vista, inquietos, sin atreverse a cruzar las miradas. Las artes que aprendía un estudioso egipcio no estaban concebidas para hacerle compartir las emociones de una persona normal.

Conan fue tras Aram por un pasillo iluminado por lámparas de cobre. No le hizo mucha gracia descubrir lo silenciosos que eran los pasos de su anfitrión. Aram llevaba unas delicadas babuchas que apenas resonaban contra el suelo cubierto de espesas alfombras turanias. Había un inquietante halo de sigilo alrededor del zamboulano.

Aram se detuvo al extremo del serpenteante pasillo junto a una puerta trabada por un pesado travesaño de hierro encajado en dos macizos soportes metálicos. Lo alzó y dejó pasar al cimerio a una habitación bien amueblada y con ventanas pequeñas protegidas por barrotes de hierro bañados en oro, algo que no se le escapó a Conan. Había alfombras en el suelo, un diván a la manera oriental y varios taburetes tallados artísticamente. Era una habitación bastante más lujosa de lo que Conan habría conseguido por el mismo precio en el centro de la ciudad, algo que lo había atraído cuando descubrió aquella misma mañana lo mucho que las juergas de los últimos días habían adelgazado su bolsa. Había llegado desde el desierto hacía poco más de una semana.

Aram encendió una lámpara de bronce y le señaló a Conan las dos puertas, ambas provistas de travesaños macizos.

—Puedes dormir tranquilo esta noche, cimerio —dijo junto a la puerta interior mientras se acariciaba la tupida barba.

—Los pestillos y los cerrojos parecen firmes. Pero siempre duermo con la espada cerca.

Aram no respondió. Siguió atusándose la barba un instante, con la mirada fija en la imponente espada. Luego se dio la vuelta en silencio y cerró la puerta tras él. Conan corrió el pestillo, cruzó la habitación, abrió la puerta opuesta y echó un vistazo. La habitación estaba en el extremo de la casa cercano a la calzada que

salía de la ciudad hacia el oeste. La puerta daba a un pequeño patio rodeado de sus propios muros. Los más alejados, que lo aislaban del resto de la posada y la taberna, eran altos y no tenían puertas, pero el que flanqueaba la calzada era bajo y la puerta no estaba trabada.

Se quedó un momento en la entrada, recortado contra el resplandor de las lámparas de bronce a sus espaldas, la mirada clavada en el camino que se desvanecía entre el denso grupo de palmeras. Las palmas susurraban unas contra otras en la débil brisa; más allá empezaba el desierto desnudo. Del otro lado, calle arriba, le llegaba el resplandor de las luces y el ajetreo de la ciudad, amortiguado por la distancia. Estaba solo con la luz de las estrechas, las palmeras susurrantes y, más allá del muro bajo, el camino polvoriento y las cabañas abandonadas cuyos tejados planos se recortaban contra las estrellas del horizonte. Más allá de las palmeras, en algún lugar impreciso, empezó a sonar un tambor.

Las advertencias medio farfulladas del zuagir volvieron a su memoria y de algún modo parecieron menos descabelladas que bajo la luz del sol en las calles abarrotadas. De nuevo se sintió intrigado por el enigma de las cabañas abandonadas. ¿Por qué las evitaban los mendigos? Dio media vuelta y entró en la habitación. Luego cerró la puerta y cerró el pestillo.

La luz empezó a vacilar, y Conan maldijo al descubrir que el aceite de la lámpara casi se había acabado. Estuvo a punto de llamar a Aram a voces pero se lo pensó mejor, se encogió de hombros y apagó la luz. En la apacible oscuridad se estiró cuan largo era en el diván, la nervuda mano instintivamente agarrada a la empuñadura de la espada. Contempló perezosamente las estrellas enmarcadas por las ventanas barradas y, con el murmullo de la brisa entre las palmeras, fue cayendo en el sueño, apenas consciente del murmullo del tambor, allá en el desierto. Era el retumbar sordo y apagado de un tambor forrado de cuero, golpeado de modo suave y rítmico por una mano abierta... y negra.

## 2
## Cazadores nocturnos

Fue el sonido sigiloso de una puerta al abrirse lo que despertó al cimerio. No lo hizo como lo habría hecho un hombre civilizado, amodorrado, desorientado y torpe, sino de repente, con la mente despejada y consciente del ruido que había interrumpido su sueño. Se quedó totalmente inmóvil en la oscuridad y vio que la puerta exterior se abría poco a poco. En el parche de cielo que se hizo visible más allá, distinguió una enorme mole negra cargada de espaldas y una cabeza deforme recortada contra las estrellas.

Se le puso la carne de gallina. Había atrancado la puerta. ¿Cómo se había abierto ahora, a menos que hubiera intervenido algo sobrenatural? ¿Qué ser humano tendría una cabeza como aquella que se perfilaba contra el fondo de estrellas? El recuerdo de las historias de demonios y trasgos que había oído en las tiendas de los zuagires le cubrió el cuerpo de un sudor pegajoso. El monstruo se deslizaba por la habitación totalmente en silencio, agazapado y arrastrando los pies. Un olor conocido asaltó las fosas nasales del cimerio, pero eso no lo tranquilizó: según las leyendas zuagires, los demonios siempre olían así.

En silencio, flexionó las piernas; empuñaba la espada en la mano derecha, y cuando atacó, lo hizo tan veloz y letal como un tigre que arremetiera desde la

oscuridad. Ni siquiera un demonio habría podido evitar aquella carga salvaje. La espada atravesó carne y hueso, y algo cayó pesadamente al suelo lanzando un grito ahogado. Conan se agazapó en la oscuridad, con la espada goteante en la mano. Diablo, bestia u hombre, aquella cosa del suelo estaba muerta; lo sentía de un modo instintivo y primario. Atisbó por la puerta entornada y examinó el patio iluminado por las estrellas. El pórtico seguía abierto, pero el patio estaba vacío.

Cerró la puerta pero no la atrancó. A tientas en la oscuridad, encontró la lámpara y la encendió; tenía aceite suficiente para un minuto o dos. A continuación se inclinó sobre la figura despatarrada en el suelo en medio de un charco de sangre.

Era un gigantesco negro, desnudo salvo por un taparrabos. Aún agarraba con una mano una porra de cabeza nudosa. Su pelambrera rizada había sido moldeada en tirabuzones con aspecto de cuernos con ayuda de ramitas y barro seco. Era aquel bárbaro peinado lo que había dado a la cabeza el aspecto monstruoso que presentaba contra las estrellas. Una vez resuelto el enigma, Conan separó los gruesos labios rojos del cadáver y contempló los dientes limados en punta.

Comprendió en ese momento el misterio de los forasteros desaparecidos en casa de Aram Baksh, el acertijo del murmullo del tambor más allá de las palmeras y del foso lleno de huesos carbonizados; aquel foso en el que la carne de los forasteros se asaba bajo las estrellas mientras bestias negras se arracimaban a su alrededor para saciar un hambre espantosa. El muerto del suelo era un esclavo caníbal de Darfar.

Había muchos como él en la ciudad. Cierto que no se permitía el canibalismo en Zamboula, al menos oficialmente, pero Conan comprendió por qué la gente se encerraba por las noches y por qué hasta los mendigos evitaban los callejones abiertos y las ruinas sin puertas. Gruñó de repulsión mientras imaginaba sombras brutales y negras acechando de un lado a otro las calles nocturnas, buscando una presa humana. Y hombres como Aram Baksh les abrían las puertas. El posadero no era un demonio, sino algo mucho peor. Se sabía muy bien que los esclavos de Darfar eran ladrones; no había duda alguna de que parte de su botín acababa en manos de Aram Baksh a cambio de que los proveyese de carne humana.

Conan apagó la luz, fue hasta la puerta, la abrió y pasó la mano por los adornos del lado exterior. Uno de ellos se movía y destrababa el pestillo interior. La habitación no era más que una trampa para conejos humanos. Solo que en lugar de un conejo, esta vez había caído en ella un tigre de dientes de sable.

Regresó a la otra puerta, corrió el pestillo y la empujó. No había manera de moverla, y recordó el travesaño echado por fuera. Aram no iba a correr riesgos ni con sus víctimas ni con aquellos con los que comerciaba. Tras abrocharse el cinturón del que pendía la espada, el cimerio se dirigió al patio y cerró la puerta tras él. No tenía la menor intención de retrasar el ajuste de cuentas con Aram Baksh. No dejaba de preguntarse a cuántos pobres diablos habrían golpeado mientras dormían para sacarlos a rastras de la habitación y llevarlos por aquel camino que serpenteaba bajo las palmeras y conducía al foso de asado.

Se detuvo en el patio. El tambor aún sonaba, y le pareció ver un resplandor rojizo entre las palmeras. El canibalismo era algo más que un apetito perverso para los negros de Darfar: era parte integral de su horrenda religión. Los buitres negros se habían reunido en cónclave, pero fuese la que fuese la carne con la que iban a llenar la tripa aquella noche, no sería la suya.

Para llegar donde estaba Aram Baksh debía escalar uno de los muros que

separaban aquel pequeño recinto del complejo principal. Eran altos, concebidos para mantener fuera a los antropófagos, pero Conan no era ningún negro criado en los pantanos; sus músculos se habían forjado durante la infancia en los desfiladeros inaccesibles de las colinas de su país natal. Ya había llegado al pie del muro más cercano cuando oyó un grito resonar bajo los árboles.

Apenas un instante después estaba agazapado junto a la puerta y escrutaba el camino. El grito había surgido de entre las sombras que cubrían las cabañas del otro lado de la calle. Oyó un gorgoteo ahogado, como si alguien hubiera intentado desesperadamente gritar y una mano en la boca se lo hubiera impedido. Un grupo abigarrado salió de las sombras tras las chozas y echó a andar por el camino; tres negros enormes transportaban una figura esbelta que se debatía entre ellos. Conan tuvo un atisbo de dos brazos pálidos agitándose bajo la luz de las estrellas mientras la cautiva, una joven de movimientos ágiles, tan desnuda como el día en que había venido al mundo, se libraba de la garra de aquellos dedos brutales con una finta desesperada y echaba a correr. Conan la vio con claridad justo cuando abandonaba la vía y se internaba en las sombras entre las chozas. Los negros le pisaban los talones. En la oscuridad, todas las siluetas se entremezclaron y un grito de angustia y horror extremos desgarró la noche.

Conan, rabioso ante el episodio macabro que acaba de contemplar, cruzó la calzada a la carrera.

Ni víctima ni captores fueron conscientes de su presencia hasta que el apagado silbido del polvo entre sus pies llegó hasta ellos. Y para entonces, Conan ya estaba a su lado, veloz como la furia borrascosa de un viento de montaña. Dos negros se dieron la vuelta para enfrentarse a él y alzaron las porras. Pero no calcularon bien la velocidad a la que venía su atacante. Uno de ellos cayó al suelo, eviscerado sin haber podido ni asestar un estacazo, mientras Conan esquivaba con un giro felino el golpe de la otra porra y lanzaba un tajo vertiginoso. La cabeza del negro saltó por los aires; el cuerpo decapitado dio tres pasos vacilantes, chorreando sangre y con las manos horriblemente engarfiadas en el aire. Luego se desplomó en el suelo.

El caníbal que quedaba se dio la vuelta con un grito estrangulado y apartó de un empujón a la cautiva, quien cayó y rodó por el suelo mientras el negro, totalmente aterrado, echaba a correr hacia la ciudad. Conan le pisaba los talones. El miedo daba alas a los pies del negro, pero antes de que hubiera alcanzado la última de las chozas, sintió la muerte tras él y bramó como un buey en el matadero.

—¡Perro del infierno!

Conan clavó la espada entre los oscuros hombros con tal furia vengativa que la ancha hoja asomó más de un palmo del negro pecho. Con un grito ahogado, el caníbal se desplomó; Conan afirmó los pies y recuperó la espada mientras su víctima caía.

El único sonido era el del viento entre las hojas.

Conan sacudió la cabeza como un león sacudiría la melena y gruñó, insatisfecha su ansia de sangre. Pero ninguna otra figura saltó de las sombras y el camino frente a las cabañas parecía desierto a la luz de las estrellas. Se volvió ante el veloz tamborileo de pies a su espalda, pero no era más que la joven, que se abalanzaba sobre él y se le agarraba al cuello en un abrazo desesperado, frenética de puro terror ante el abominable destino del que acababa de escapar.

—Tranquila, moza —masculló él—. Estás a salvo. ¿Cómo te capturaron?

Ella balbuceó algo incomprensible entre sollozos y Conan se olvidó de todo lo referente a Aram Baksh mientras la examinaba a la luz de las estrellas. Era blanca, aunque de pelo muy negro, sin duda una de las muchas mestizas de Zamboula. También era alta, de formas esbeltas y flexibles, tal como pudo comprobar. Sus fieros ojos ardieron de admiración mientras contemplaba el espléndido pecho y los ligeros miembros, que aún temblaban de miedo y agotamiento. Pasó un brazo por la flexible cintura y dijo tranquilizadoramente:

—Tranquila, deja de temblar, muchacha. Estás a salvo.

El tacto del bárbaro pareció devolverle la cordura. Echó hacia atrás los espesos y lustrosos rizos y lanzó una mirada temerosa a su espalda mientras se apretaba más contra el cimerio, como si buscase la seguridad de su contacto.

—Me pillaron en la calle —murmuró con un escalofrío—. Me acechaban desde una arcada en sombras... Negros y enormes, como monos gigantescos. ¡Set se apiade de mí! ¡Tendré pesadillas!

—¿Qué hacías en la calle a estas horas? —preguntó él, fascinado por el tacto de satén de la piel limpia y brillante bajo sus inquisitivos dedos.

Ella se echó el pelo hacia atrás y lo contempló con la mirada vacía. No parecía consciente de sus caricias.

—Fue mi amante —dijo—. Por su culpa acabé en la calle. Se volvió loco e intentó matarme. Mientras huía de él me capturaron esas bestias.

—Una belleza como la tuya bien puede enloquecer a un hombre —apuntó Conan, mientras sus dedos recorrían tentativamente las brillantes trenzas.

—Todo es por culpa del despecho de Totrasmek, sumo sacerdote de Hanuman, que me desea para sí. ¡Perro!

—Tampoco hay por qué maldecirlo —dijo Conan con una sonrisa—. La vieja hiena tiene mejor gusto del que había creído.

La joven no hizo caso del tosco cumplido. Poco a poco empezaba a recuperar la serenidad.

—Mi amante es un... un joven soldado turanio. Para mortificarme, Totrasmek le dio una droga que lo enloqueció. Esta noche sacó la espada e intentó matarme, pero hui hacia las calles. Los negros me capturaron y me llevaron a... ¿Qué fue eso?

Conan ya estaba en movimiento. Tan silencioso como una sombra, arrastró a la joven tras la choza más cercana, bajo las palmeras. Ambos quedaron inmóviles, en tensión, mientras el murmullo apagado que los dos habían oído iba creciendo hasta que se pudieron distinguir las voces. Nueve o diez negros venían por el camino desde la ciudad. La joven se agarró al brazo de Conan con fuerza y este sintió el contacto del cuerpo esbelto que se estremecía de terror.

Las voces guturales de los negros se hicieron inteligibles.

—Nuestros hermanos ya se han reunido en el foso —dijo uno—. No hemos tenido suerte, esperemos que los demás hayan conseguido suficiente para compartirlo con nosotros.

—Aram nos prometió un hombre —murmuró otro, y Conan prometió a su vez mentalmente pagarle a Aram por el favor.

—Aram es hombre de palabra —gruñó un tercero—. Hemos cogido a muchos en su taberna. Pero le pagamos bien por ello. Yo mismo le di diez balas de seda que robé a mi amo. ¡Era seda de primera, por Set!

Los negros siguieron su camino, arrastrando los pies por el polvo, y sus voces se perdieron en la lejanía.

—Por suerte para nosotros, los cadáveres de sus amigos están tras estas chozas —murmuró Conan—. Y si miran en la habitación de la muerte de Aram encontrarán otro. Mejor nos vamos.

—¡Sí, deprisa! —suplicó la joven, de nuevo al borde de la histeria—. Mi amante vaga por las calles totalmente solo. Los negros podrían pillarlo.

—¡Malditas costumbres estas! —gruñó Conan mientras se dirigían hacia la ciudad, avanzando en paralelo al camino pero siempre tras las chozas y los árboles dispersos—. ¿Por qué la gente civilizada no se libra de esos perros negros?

—Son esclavos valiosos —murmuró la chica—. Hay tantos que podrían volverse contra nosotros si les negásemos la carne que tanto ansían. Los habitantes de Zamboula saben que acechan las calles por la noche y son lo bastante precavidos para permanecer tras las puertas cerradas de sus casas, excepto cuando sucede algún imprevisto, como me pasó a mí. Los negros caen sobre cualquiera que puedan atrapar, pero normalmente solo capturan forasteros. Y a los zamboulanos no les importa gran cosa lo que les ocurra a forasteros que estén de paso.

»Los hombres como Aram Baksh venden esos forasteros a los negros. No osaría hacer lo mismo con un ciudadano.

Conan escupió con repugnancia y poco después llevó a su acompañante hacia la calzada, que se había convertido en una calle flanqueada por casas silenciosas y sin iluminar. Escabullirse entre las sombras no iba con el carácter del cimerio.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó. No parecía que la moza tuviera nada que objetar al brazo que le rodeaba la cintura.

—A mi casa, a despertar a los criados para que vayan a buscar a mi amante —respondió—. No quiero que nadie en la ciudad, especialmente los sacerdotes, sepan de su locura. Es... es un oficial joven con una carrera prometedora. Quizá podamos devolverle la cordura si lo encontramos.

—¿Encontramos? —masculló Conan—. ¿Qué te hace pensar que quiero pasarme toda la noche recorriendo las calles en busca de un orate?

Ella lo miró a la cara y no se le escapó el significado del brillo de aquellos ojos azules. Cualquier mujer habría comprendido que la seguiría donde quiera que fuese, al menos por un tiempo. Pero mujer como era, fingió no haberse dado cuenta.

—¡Por favor! —arrancó con un asomo de llanto en la voz—. ¡No tengo a nadie más a quien pedir ayuda! ¡Y te has portado tan bien conmigo...!

—¡Vale! —gruñó él—. ¡Vale! ¿Cómo se llama ese joven demente?

—¿Cómo...? Alafdhal. Yo soy Zabibi. Soy bailarina. He bailado a menudo ante el sátrapa, Jungir Khan, y su amante Nafertari, y ante los principales de Zamboula. Totrasmek me deseaba, y cuando lo rechacé me convirtió en la herramienta involuntaria de su venganza hacia Alafdhal. Le pedí una poción amorosa a Totrasmek sin sospechar la profundidad de su odio y su astucia. Me dio una droga que debía mezclar en el vino de mi amante y me juró que en cuanto Alafdhal la hubiera bebido me amaría más locamente que nunca y cumpliría hasta el menor de mis deseos. Hice como me había indicado, pero al beberla se transformó en un loco salvaje y luego pasó lo que ya te he contado. Maldito sea Totrasmek, maldita serpiente mestiza y ponzoñosa... ¡Ahhh!

Se agarró de pronto al brazo del cimerio y ambos se detuvieron. Habían llegado a un distrito de tiendas y puestos callejeros, desierto y en penumbra, pues era bien entrada la noche. Al pasar por delante de callejón vieron en su

desembocadura a un hombre, silencioso e inmóvil. Tenía la cabeza gacha, pero Conan percibió un brillo inquietante en su mirada, fija en ellos sin parpadear. Se le puso la carne de gallina, no por miedo a la espada que el hombre empuñaba, sino por lo antinatural de la postura y el silencio del desconocido. Había algo enloquecido en él. Conan apartó a la joven a un lado y desenvainó la espada.

—¡No lo mates! —suplicó ella—. ¡En nombre de Set, no lo mates! Eres fuerte. ¡Puedes con él!

—Ya veremos —murmuró Conan, la espada en la mano derecha mientras crispaba la izquierda en un puño de acero.

Dio un paso cauteloso hacia el callejón y el turanio se lanzó hacia él con una carcajada quejumbrosa y terrible. Hizo girar la espada mientras se acercaba, se puso de puntillas y atacó con todas sus fuerzas. Saltaron chispas azules cuando Conan desvió el ataque, y un instante después, el orate se encontró tendido en el suelo, inconsciente, merced a un golpe brutal del puño izquierdo de Conan.

La chica se lanzó hacia ellos.

—No está... Oh, por favor, no estará...

Conan se agachó con rapidez, dio media vuelta al cuerpo caído y lo palpó con los dedos.

—No es gran cosa —gruñó—. Sangra por la nariz, como haría cualquiera que hubiese recibido un golpe como ese. Volverá en sí en un rato, y quizá haya recuperado la razón entonces. Mientras tanto, mejor le ato las manos con su cinturón... Ya está. Dime, ¿dónde quieres que lo lleve?

—¡Espera!

La joven se arrodilló junto a la figura inconsciente, le agarró las manos atadas y las examinó con avidez. Meneó la cabeza como decepcionada y se puso en pie. Se acercó al enorme cimerio y posó las manos delicadas en el poderoso pecho. Sus ojos oscuros como joyas negras a la luz de la luna se clavaron en los de él.

—¡Tú sí eres un hombre de verdad! ¡Ayúdame! ¡Hay que matar a Totrasmek! ¡Hazlo por mí!

—¿Y meter mi cuello en una horca turania? —masculló él.

—¡No! —Los esbeltos brazos, fuertes como acero flexible, se enroscaron alrededor del nudoso cuello de Conan, quien sintió el cuerpo elástico de la chica pegado al suyo—. Los hirkanios no sienten ningún aprecio por Totrasmek. Y los sacerdotes de Set lo temen. No es más que un mestizo que gobierna merced al miedo y la superstición. Yo adoro a Set, del mismo modo que los turanios se inclinan ante Erlik, pero Totrasmek le ofrece sacrificios a Hanuman el Maldito. Los caudillos turanios temen y odian su nigromancia y su poder sobre la población mestiza. Incluso Jungir Khan y su amante Nafertari lo temen y lo odian. Si lo matásemos esta noche en su templo nadie buscaría a su asesino con muchas ganas.

—¿Y qué me dices de su magia? —murmuró el cimerio.

—Eres un guerrero —respondió ella—. Arriesgar la vida es parte de tu profesión.

—A cambio de una recompensa —admitió él.

—¡Tendrás tu recompensa! —gimió ella mientras se ponía de puntillas y clavaba la mirada en los ojos del bárbaro.

La cercanía de aquel cuerpo fogoso hizo arder la sangre en las venas de Conan. El perfume de su aliento se le subió a la cabeza. Pero cuando empezaba a rodear con los brazos el delicioso talle, ella lo esquivó con una ágil finta y dijo:

—¡Aún no! ¡Primero debes hacer lo que te pida!

—Di lo que quieres —respondió él con voz entrecortada.

—Recoge a mi amante —le instruyó ella.

El cimerio se agachó y se echó con facilidad al hombro el cuerpo inconsciente. En aquel instante se sentía capaz de asaltar el mismísimo palacio de Jungir Khan. Notó que la joven murmuraba palabras cariñosas al oído del hombre desmayado, y no había hipocresía en su actitud. Era evidente que lo amaba de verdad, y Conan comprendió que, fuera cual fuese el trato que hicieran, no iba a dejar que interfiriera en su relación con Alafdhal. Las mujeres solían ser más prácticas que los hombres en esos asuntos.

—¡Sígueme!

Se deslizó con rapidez por la calle; el cimerio caminó ágilmente a su lado, como si su carga no le molestase lo más mínimo. No dejaba de vigilar las sombras que se agazapaban bajo las arcadas, pero no vio nada sospechoso. Sin duda los esclavos de Darfar estaban todos en el foso de los banquetes. La joven giró hacia una estrecha calle lateral y llamó sigilosamente a una puerta en arco.

Casi al instante se abrió un postigo en el panel superior y asomó un rostro negro. Ella se inclinó hacia la abertura y murmuró algo en voz baja. Los pestillos se corrieron y la puerta se abrió. Un negro gigantesco se recortaba contra el resplandor tenue de una lámpara de cobre. Una ojeada le bastó a Conan para saber que no era de Darfar: no tenía los dientes afilados y llevaba el pelo rizado muy corto. Parecía de Wadai.

A una orden de Zabibi, Conan le entregó el cuerpo inane al negro, quien acostó al joven oficial en un diván de terciopelo. No tenía aspecto de ir a despertar en breve; el golpe que lo había dejado inconsciente habría derribado a un buey. Zabibi se inclinó un momento sobre él, sus dedos exploraron el cuerpo de un modo nervioso y crispado, y luego se puso en pie e hizo una seña al cimerio para que la siguiera.

La puerta se cerró tras ellos, se corrieron los pestillos y el postigo, al cerrarse, apagó el resplandor de las lámparas. En la calle, bajo la luz de las estrellas, una temblorosa Zabibi tomó la mano de Conan.

—No me fallarás, ¿verdad?

Él sacudió la negra melena, enorme bajo las estrellas.

—Entonces, sígueme hasta el santuario de Hanuman y que los dioses se apiaden de nuestras almas.

Se desplazaron por las silenciosas calles como fantasmas de un tiempo remoto. Avanzaban en silencio. Tal vez la joven pensaba en su amante tendido inconsciente en el diván bajo las lámparas de cobre, o tal vez hacía conjeturas aterradas sobre lo que los esperaba en el diabólico santuario de Hanuman. El bárbaro no tenía pensamientos más que para la mujer que se movía ágilmente a su lado. El aroma de su pelo perfumado le invadía la nariz y la delicada sensualidad que la rodeaba llenaba por completo su mente y no dejaba espacio para más pensamientos.

En un momento dado oyeron el resonar de pies calzados con metal y se ocultaron en las sombras de una tétrica arcada mientras una patrulla de guardias pelishtianos pasaba a su altura. Eran unos quince y marchaban en formación cerrada, las lanzas en ristre; los de la retaguardia llevaban los grandes escudos de metal colgados a la espalda, como protección contra un ataque a traición. La sigilosa amenaza de los caníbales negros era un peligro incluso para hombres

armados.

En cuanto el tintineo de los pasos se hubo perdido calle abajo, Conan y la joven salieron de su escondite y siguieron deprisa su camino. Poco después distinguieron ante ellos el edificio rechoncho de tejado plano que buscaban.

El templo de Hanuman se alzaba aislado de los demás edificios en medio de una amplia plaza, totalmente silenciosa y vacía bajo las estrellas. Un muro de mármol lo rodeaba; en este, una gran entrada se abría frente al pórtico, sin puerta ni barreras de ninguna clase.

—¿Por qué los negros no buscan presas aquí? —murmuró Conan—. No hay nada que les impida entrar en el templo.

Sintió el cuerpo trémulo de Zabibi mientras ella se acercaba más al suyo.

—Temen a Totrasmek, como todos los demás en Zamboula, hasta Jungir Khan y Nafertari. ¡Ven! Rápido, antes de que el valor me abandone.

El miedo de la joven saltaba a la vista, pero no vaciló. Conan desenvainó la espada y se puso delante de ella mientras avanzaban hacia el pórtico abierto. Sabía de las repulsivas costumbres de los sacerdotes de Oriente y no se le escapaba que un invasor del santuario de Hanuman podía contar con encontrarse con cualquier horror o pesadilla imaginables. Sabía también que había una clara posibilidad de que ni él ni la joven salieran de allí con vida, pero había arriesgado la suya demasiadas veces para dar demasiada importancia a ese detalle.

Entraron en un patio pavimentado en mármol que brillaba pálido a la luz de las estrellas. Un corto tramo de escalones de mármol llevaba hacia el pórtico con pilares. Las enormes puertas de bronce parecían llevar siglos abiertas, pero en el interior no había fieles que quemasen incienso. Durante el día, la gente se acercaba temerosa al santuario y dejaba las ofrendas al dios mono en el altar negro. Pero de noche todos evitaban el templo de Hanuman como las liebres evitarían el cubil de una serpiente.

Los incensarios encendidos bañaban el interior con un resplandor mortecino e inquietante que le daba a todo un aspecto irreal. Cerca de la pared trasera, más allá del altar de piedra negra, se sentaba el dios, con la mirada clavada en la puerta abierta por la que las víctimas habían venido a él durante siglos, arrastradas entre guirnaldas de rosas. Un pequeño surco iba desde el umbral hasta el altar, y cuando Conan puso el pie encima, se apartó tan rápido como si hubiera pisado una serpiente. El surco lo había creado el roce de los pies vacilantes de las multitudes que habían muerto entre aullidos en aquel grotesco altar.

Hanuman, bestial bajo aquella luz incierta, los miraba impúdico desde su máscara tallada. No se sentaba como un mono, agazapado, sino con las piernas cruzadas como lo habría hecho un hombre, pero eso no hacía su aspecto menos simiesco. Estaba tallado en mármol negro, pero los ojos eran rubíes que centelleaban de un modo tan lascivo como las brasas del pozo más profundo del infierno. Las enormes manos descansaban en el regazo, las palmas hacia arriba y los dedos en forma de garras extendidos. El degenerado cinismo de la secta que lo había deificado se reflejaba con claridad en el grosero énfasis de sus atributos y en la lascivia de su rostro de sátiro.

La joven flanqueó la estatua en dirección a la pared posterior. Cuando su esbelto costado rozó una rodilla tallada, se apartó encogiéndose como si la hubiera tocado un reptil. Había bastante espacio entre la amplia espalda del ídolo y la pared de mármol con frisos de hojas doradas; a cada lado de la estatua se veía una puerta de marfil rematada por un arco dorado.

—Cada una de estas puertas se abre a un extremo de un pasillo en forma de horquilla —dijo ella con premura—. Estuve una vez en el interior del santuario. ¡Una sola vez! —Se estremeció y se encogió de hombros ante el recuerdo, tan obsceno como aterrador—. El pasillo está curvado en herradura y cada extremo desemboca en esta sala. Los aposentos de Totrasmek están dentro de la curva del pasillo y se abren a él. Pero hay una puerta secreta en esta pared que da directamente a la sala interior...

Empezó a tantear la pulida superficie en la que no se veía grieta o hendidura alguna. Conan permanecía a su lado, espada en mano y alerta a lo que pudiera pasar. El silencio, lo vacío del santuario, la imaginación dando formas a lo que pudiera ocultarse tras aquella pared, lo hacían sentirse como una bestia salvaje que husmease una trampa.

—¡Ajá! —Al fin la joven había dado con el resorte oculto; una abertura cuadrada se hizo visible en la pared—. ¡Set! —gritó de pronto, y mientras Conan saltaba hacia ella vio una manaza deforme que la agarraba por el pelo, la alzaba en vilo y la arrastraba de cabeza por la abertura. Conan intentó agarrarla, sin éxito, y sintió que sus dedos resbalaban por un brazo desnudo justo antes de que desapareciera y la pared volviera a cerrarse. Del otro lado le llegaron ruidos sordos de lucha, un grito ahogado y una risa apagada que le heló la sangre en las venas.

## 3
## Las negras manos que agarran

Soltando un juramento, el cimerio propinó un fuerte golpe a la pared con el pomo de la espada y sintió que el mármol se agrietaba y astillaba. Pero la puerta oculta no se abrió, y la razón le dijo que sin duda la habían atrancado desde el otro lado. Dio media vuelta y cruzó la sala hacia una de las puertas de marfil.

Alzó la espada para golpearla, pero se detuvo y la tanteó primero con la mano izquierda. Se abrió sin dificultad, y Conan pudo ver un largo pasillo que se curvaba en la penumbra, iluminado por la luz inquietante de varios incensarios semejantes a los que había en el santuario. Un pesado travesaño dorado descansaba junto a la jamba de la puerta y lo rozó con la punta de los dedos. Solo alguien cuyos sentidos estuvieran tan afinados como los de un lobo habría notado que el metal aún estaba ligeramente caliente. Alguien lo había tocado y alzado apenas unos segundos atrás. Aquello tenía todo el aspecto de una trampa. Debería haber supuesto que Totrasmek se enteraría en el momento mismo en que alguien entrase en su templo.

Internarse en el pasillo era meterse en la trampa que el sacerdote hubiera dispuesto para él, mas Conan no dudó. Zabibi estaba prisionera en alguna parte de aquel lugar en penumbra, y por lo que sabía de los sacerdotes de Hanuman, a Conan no le cabía la menor duda de que estaba en apuros. Se lanzó al pasillo de un salto felino, preparado para atacar a diestra y siniestra.

Varias puertas de marfil rematadas en arco se abrían en el pasillo a su izquierda, y fue probándolas una a una. Todas estaban cerradas con llave. Habría recorrido unos treinta pasos cuando el pasillo dobló de pronto hacia la izquierda, describiendo la curva mencionada por la joven. En la misma curva se abría una puerta, que no le opuso resistencia.

Vio una amplia habitación cuadrada, mejor iluminada que el pasillo por algún medio desconocido. Las paredes eran de mármol blanco; el suelo, de marfil, y el techo lo cubría un enrejado de plata. Había divanes de lujoso terciopelo, escabeles repujados en oro y una mesa en forma de disco de algún metal desconocido. En uno de los divanes se reclinaba un individuo que miraba hacia la puerta y que se echó a reír al ver la expresión atónita del cimerio.

Estaba desnudo salvo por un taparrabos y un par de sandalias lazadas hasta más arriba de los tobillos. Era de piel morena, pelo negro muy corto y ojos negros e inquietos en un rostro ancho de expresión arrogante. Tanto en contorno como en envergadura era enorme, con extremidades descomunales cuyos grandes músculos se flexionaban con cada movimiento. Tenía las manos más grandes que Conan hubiera visto jamás. La certeza de una fuerza igualmente gigantesca teñía cada uno de sus gestos y movimientos.

—¿No entras, bárbaro? —preguntó en tono burlón mientras hacía un exagerado gesto invitador.

Los ojos de Conan ardían amenazadores, pero dio un paso cauteloso al interior de la habitación, con la espada lista.

—¿Quién demonios eres? —gruñó.

—Soy Baal-Pteor —respondió el otro—. Tuve otro nombre hace mucho tiempo, en otras tierras. Pero este no es malo, y en cuanto a por qué me lo dio Totrasmek, te lo puede decir cualquier moza del templo.

—¡Así que eres su perro! —masculló Conan—. Maldito sea tu pellejo oscuro, Baal-Pteor, ¿dónde está la muchacha que agarraste a través de la pared?

—¡La está agasajando mi amo! —rio el otro—. ¡Escucha!

Al otro lado de una puerta enfrentada a la que había usado Conan se oyó el grito de una mujer, débil y apagado por la distancia.

—¡Así reviente tu alma!

Conan dio un paso hacia la puerta, pero giró de repente con la piel hormigueándole. Baal-Pteor se le estaba riendo a la cara con una risa erizada de amenazas que hizo que se le pusiera el pelo de punta y una oleada roja de rabia le nublara la visión.

Avanzó hacia Baal-Pteor, los nudillos blancos en la mano engarfiada en la empuñadura de la espada. Con un gesto veloz, el hombre de piel oscura lanzó algo hacia él, una esfera de cristal que brilló en aquella extraña luz.

Conan se inclinó por instinto para esquivarlo, pero el globo se detuvo milagrosamente en el aire a poca distancia de su rostro. No cayó al suelo, sino que se quedó flotando como si lo sujetasen hilos invisibles a poco más de dos varas del suelo. Mientras lo contemplaba, asombrado, empezó a girar cada vez más rápido. Crecía con cada giro y empezó a volverse difuso. Llenaba la habitación. Lo envolvía. Hacía desaparecer el mobiliario, las paredes, el rostro sonriente de Baal-Pteor. De pronto se sintió perdido en medio de un remolino azulado que giraba a una velocidad de vértigo. Vientos terribles pasaban a su lado y tiraban de él como si intentasen hacerle perder pie y arrastrarlo al vórtice que giraba enloquecedor ante él.

Con un grito ahogado, Conan se tambaleó hacia atrás y de pronto sintió la solidez de la pared contra su espalda. Ante aquel contacto, la ilusión se desvaneció y la gigantesca esfera desapareció como una pompa de jabón que reventara. Dio un paso indeciso hacia el interior de la habitación de techo plateado mientras una niebla gris se le enroscaba en los pies y vio a Baal-Pteor recostado en el diván, el

cuerpo sacudido por carcajadas silenciosas.

—¡Hijo de perra!

Arremetió contra él, pero la niebla se arremolinó desde el suelo y ocultó la enorme silueta marrón que tenía enfrente. A tientas en medio de un cegador remolino de niebla, se apoderó de él una confusión desgarradora, y de pronto, niebla, habitación y hombre habían desaparecido de su vista. Se encontraba en una superficie pantanosa, en medio de altas cañas, y un búfalo piafaba en su dirección, la cabeza agachada. Dio un salto para escapar de aquellos cuernos curvos y afilados como cimitarras y clavó la espada tras la pata delantera, atravesando costillas y corazón.

De repente, no había búfalo alguno tendido agonizante en el barro, solo el oscuro Baal-Pteor. Con una maldición, Conan le cortó la cabeza, pero esta se abalanzó hacia él desde el suelo y clavó sus bestiales colmillos en la garganta del bárbaro. A pesar de su enorme fuerza, no era capaz de librarse de aquello. Sintió que se ahogaba. Algo se movió vertiginoso y se oyó un rugido y, tras la desorientadora conmoción de un impacto bestial, se encontró de nuevo en la habitación junto a Baal-Pteor, cuya cabeza volvía a estar firmemente asentada sobre los hombros. Seguía tumbado en el diván y no paraba de reírse.

—¡Mesmerismo! —musitó Conan, mientras se agachaba y afirmaba los pies contra el mármol.

Sus ojos eran dos brasas de rabia. Aquel perro estaba jugando con él, divirtiéndose a su costa. Pero se dio cuenta de que no era más que una mascarada, un juego de nieblas y sombras de la mente que no podía hacerle daño. No tenía más que saltar y golpear para que el acólito moreno se transformase en un cuerpo desmadejado a sus pies. Las sombras e ilusiones no volverían a engañarlo…

Lo engañaron.

A su espalda oyó un gruñido amenazador, y Conan giró y atacó como un relámpago a la pantera que se preparaba para saltar sobre él desde la mesa metálica. Mas la aparición se desvaneció mientras la atravesaba y la espada golpeó con estrépito la dura superficie de la mesa. Enseguida comprendió que algo raro ocurría. ¡La espada se había quedado pegada! Tiró de ella con todas sus fuerzas. No cedió. No se trataba de ningún truco mesmérico; la mesa era un imán gigantesco. Agarró la empuñadura con ambas manos pero, de pronto, una voz a sus espaldas le hizo ser consciente de dónde estaba y se giró para encarar al hombre moreno, que por fin se había levantado del diván.

Un poco más alto que Conan y considerablemente más pesado, Baal-Pteor se cernía ante él, una imagen musculosa e intimidante. Los poderosos brazos parecían antinaturalmente largos y las enormes manos se abrían y cerraban de un modo convulso. Conan soltó la empuñadura de la espada y se le encaró en silencio, sin dejar de mirar al enemigo a través de los párpados entrecerrados.

—¡Tu cabeza, cimerio! —se burló Baal-Pteor—. ¡La agarraré con mis manos desnudas y la retorceré sobre tus hombros como si fueras un pollo! Así es como los hijos de Kosala ofrecemos sacrificios a Yajur. Sí, bárbaro, soy un estrangulador de Yota-Pong, elegido por los sacerdotes de Yajur cuando era niño y entrenado en mi infancia, adolescencia y juventud en el arte de matar con las manos desnudas, pues solo así se permite el sacrificio. Yajur ama la sangre y no derramamos ni una gota de las venas de sus víctimas. Cuando era un crío me daban niños para que los ahogase; cuando fui un muchacho estrangulé chicas jóvenes; de joven, lo hice con mujeres, viejos y jovencitos. Cuando alcancé la edad adulta me dieron un hombre

fornido que estrangulé en el altar de Yota-Pong.

»He ofrecido sacrificios a Yajur durante muchos años. Cientos de cuellos se han quebrado entre estos dedos. —Los abrió y cerró ante los ojos rabiosos del cimerio—. No es asunto tuyo por qué abandoné Yota-Pong para convertirme en sirviente de Totrasmek; dentro de poco habrás dejado atrás la curiosidad. Los estranguladores de Yajur, sacerdotes de Kosala, somos más fuertes de lo que nadie puede imaginar. Y soy el más fuerte de todos. ¡Romperé tu cuello con mis manos, bárbaro!

Veloces como dos cobras gemelas al ataque, aquellas manos se cerraron alrededor de la garganta de Conan. El cimerio no hizo el menor intento de esquivarlas o apartarlas, sino que sus propias manos saltaron al cuello de toro del kosalio. Baal-Pteor abrió los ojos como platos al notar los gruesos músculos que protegían la garganta del bárbaro. Puso en acción su increíble fuerza con un gruñido y en sus enormes brazos asomaron nudos, bultos y cordajes. De pronto se le escapó un jadeo ahogado cuando los dedos de Conan hicieron presa en su garganta. Por un instante, los dos hombres permanecieron inmóviles como estatuas, el rostro convertido en una máscara de puro esfuerzo, las venas latiendo en las sienes. Conan retrajo los finos labios y mostró los dientes en una sonrisa feroz. Los ojos de Baal-Pteor estaban abiertos de par en par, y en ellos fue naciendo una horrorizada expresión de sorpresa y un brillo de terror. Ambos estaban totalmente inmóviles salvo por la tensión vibrante de los músculos de los brazos y las piernas, firmemente apuntaladas, pero allí estaba batallando una fuerza más allá de la imaginación humana; una fuerza capaz de desarraigar árboles y aplastar cráneos de toros.

El aliento silbó de pronto entre los dientes separados de Baal-Pteor. Se le estaba poniendo el rostro morado, y el miedo galopaba en su mirada. Sentía que los músculos de brazos y piernas estaban a punto de estallar, pero el poderoso cuello del cimerio no se rendía; daba la impresión de ser de acero macizo bajo sus dedos desesperados. Su propio cuello empezaba a ceder bajo los dedos de hierro del cimerio, que se hundían más y más en los músculos de su garganta, aplastándolos contra la tráquea y la yugular.

La inmovilidad estatuaria de ambos dio paso a un movimiento repentino y frenético cuando el kosalio empezó a retorcerse y tirar, tratando de echarse hacia atrás. Soltó el cuello de Conan y le agarró las muñecas en un intento de apartar de sí aquellos dedos inexorables.

Con una embestida repentina, Conan lo empujó hacia atrás hasta que la parte baja de su espalda se estrelló contra la mesa. Siguió empujándolo más allá del borde, echándolo cada vez más hacia atrás, hasta que la espina dorsal pareció a punto de romperse.

La risa contenida del cimerio era tan despiadada como el círculo de metal.

—¡Idiota! —murmuró—. Apostaría a que nunca antes te has encontrado con un norteño. ¿Te crees fuerte porque has podido retorcer el cuello de tipejos civilizados de músculos endebles como cadenas oxidadas? ¡Perro! ¡Rómpele el cuello a un toro salvaje de Cimeria antes de decir que eres fuerte! Como lo hice yo antes de ser un adulto... ¡Así!

Con una llave salvaje hizo girar la cabeza de Baal-Pteor hasta que el horrible rostro quedó encarado hacia el hombro izquierdo y las vértebras se quebraron como una rama podrida.

Conan dejó caer el desmadejado cuerpo al suelo, se volvió hacia la espada y

agarró la empuñadura con ambas manos mientras afirmaba los pies en el suelo. La sangre corría sobre su amplio pecho a causa de las heridas que las uñas de Baal-Pteor le habían abierto en el cuello. Tenía el negro pelo empapado, el sudor le resbalaba por el rostro y el pecho se estremecía al respirar. Pese a todas sus burlas acerca de la fuerza de Baal-Pteor, había estado a punto de encontrar la horma de su zapato en el inhumano kosalio. Pero sin pararse siquiera a tomar aliento, aplicó toda su fuerza en un único tirón que logró liberar la espada del imán en el que estaba atrapada.

Un instante después abría la puerta de la que había salido el grito y contemplaba un largo pasillo recto, flanqueado por puertas de marfil. El extremo opuesto estaba tapado por una lujosa cortina de terciopelo, y tras ella sonaban los acordes diabólicos de una música que Conan no había oído jamás, ni siquiera en pesadillas. Se le pusieron los pelos de punta. Mezclado con la música alcanzaba a oír el llanto jadeante e histérico de una mujer. Agarró la espada con fuerza y se deslizó por el pasillo.

## 4
## ¡Baila, muchacha, baila!

Cuando Zabibi se vio arrastrada de cabeza por la oquedad que se había abierto en la pared tras el ídolo, su primer pensamiento, confuso y desorientado, fue que había llegado su hora. Cerró los ojos de forma instintiva y esperó el golpe fatal. Pero en lugar de eso sintió que la lanzaban sin más ceremonia sobre un suelo de mármol pulido que le despellejó las rodillas y las caderas. Abrió los ojos y miró con temor a su alrededor justo a la vez que oía un golpe sordo al otro lado de la pared. Vio a un gigante de piel morena, en taparrabos, de pie ante ella, y al otro lado de la sala, sentado en un diván y de espaldas a una cortina de terciopelo, a un hombre de manos gordas y pálidas y ojos hundidos. Se le puso la piel de gallina, pues no era otro que Totrasmek, el sacerdote de Hanuman, quien durante años había tejido sus pegajosas redes de poder en la ciudad de Zamboula.

—Parece que el bárbaro intenta abrirse paso a través de la pared —dijo Totrasmek sardónico—, pero el pestillo aguantará.

La joven vio que habían corrido un grueso pestillo dorado en la puerta oculta, que era perfectamente visible desde aquel lado de la pared. El pestillo y su soporte habrían resistido la carga de un elefante.

—Ábrele una de las puertas, Baal-Pteor —ordenó Totrasmek—. Mátalo en la habitación cuadrada al otro extremo del pasillo.

El kosalio hizo una reverencia y salió por una puerta en la pared lateral de la sala. Zabibi se puso en pie y contempló con miedo al sacerdote, cuyos ojos devoraban con avidez la espléndida figura de la joven. Eso no le importaba gran cosa; una bailarina de Zamboula estaba más que acostumbrada a la desnudez. Pero la crueldad de aquellos ojos la hizo estremecerse.

—Así que me visitas de nuevo en mi refugio, hermosa joven —ronroneó con cínica hipocresía—. Qué honor tan inesperado. Me dio la impresión de que no habías disfrutado gran cosa en tu visita anterior, así que no me atreví a esperar que la repitieses. Y no es que no hubiera hecho cuanto estuvo en mi mano para proporcionarte una experiencia interesante.

Que una bailarina de Zamboula se ruborizase habría sido imposible, pero una

brasa de rabia mezclada con miedo asomó a los dilatados ojos de Zabibi.

—¡Cerdo grasiento! Sabes que no estoy aquí porque te ame.

—No —se rio Totrasmek—, has venido como una idiota, te has arrastrado por la noche con un estúpido bárbaro y venías a cortarme el cuello. ¿Por qué querías quitarme la vida?

—¡Bien lo sabes! —gritó ella, consciente de la futilidad de intentar disimular.

—Ah, por tu amante, claro —rio él—. El que hayas venido a por mi vida es prueba de que se bebió la droga que te di. Mas, ¿no me la pediste tú misma? ¿Y acaso no te di lo que me pedías, llevado por el amor que siento por ti?

—Te pedí una droga que lo hiciera dormir unas pocas horas —dijo ella con amargura—. Y enviaste... ¡enviaste a tu siervo con una droga que lo enloqueció! Fui una tonta por haber confiado en ti. Debí haber sabido que tus protestas de amistad no eran más que mentiras tras las que se agazapaba tu odio y tu desprecio.

—¿Y para qué deseabas que tu amante se durmiera? —replicó él—. Tal vez para robarle aquello que nunca te daría; el anillo con la joya a la que llaman la Estrella de Khorala, la estrella robada a la reina de Ofir, que pagaría una habitación llena de oro a cambio de su devolución. No, él no te la daría de buen grado, pues sabe que posee una magia que, adecuadamente manejada, esclavizaría el corazón de cualquier criatura del sexo opuesto. Querías robársela, pues temías que sus magos descubriesen la clave de esa magia y que él te olvidase, ocupado en conquistar a todas las reinas del mundo. Luego se lo venderías a la reina de Ofir, quien entiende su poder y que lo usaría para esclavizarme, como hizo antes de que se la robasen.

—¿Y para qué la quieres tú? —quiso saber ella, enfurruñada.

—Entiendo sus poderes. Incrementaría los míos propios.

—Pues entonces ya la tienes —espetó.

—¿Tengo la Estrella de Khorala? No, te equivocas.

—¿Para qué iba a mentir? —replicó ella con amargura—. La tenía en el dedo cuando tuve que huir a la calle. Pero ya no la tenía cuando lo volví a encontrar. Tu siervo debe de haber estado vigilando la casa y se la quitaría poco después de que yo escapase. ¡Al infierno con ella! Quiero a mi amante sano y completo. Tienes el anillo. Ya nos has castigado suficiente a los dos. ¿Por qué no le devuelves la cordura? ¿No puedes?

—Podría hacerlo —le aseguró, sin dejar de disfrutar de su angustia. Sacó un frasquito de entre sus ropas—. Esto contiene el jugo del loto dorado. Si tu amante lo bebiera la cordura retornaría a él. Sí, puedo ser magnánimo. Los dos me habéis frustrado y burlado no una sino muchas veces y él se ha opuesto continuamente a mis designios. Pero seré misericordioso. Ven, toma el frasco.

Miró fijamente a Totrasmek, trémula de impaciencia por coger el frasco, pero temerosa de que se tratase de alguna broma cruel. Avanzó con timidez con una mano extendida y él respondió con una carcajada despiadada mientras apartaba el frasco de su alcance. Zabibi abrió la boca para maldecirlo, pero algo la hizo alzar la vista. Del cielorraso dorado caían cuatro jarrones de jade. Se agachó, pero no le dieron sino que cayeron al suelo y se rompieron a su alrededor, delimitando las esquinas de un cuadrado. Zabibi gritó una y otra vez, pues de los restos de cada jarrón surgió la cabeza encapuchada de una cobra y una de ellas se lanzó contra su pierna desnuda. Se echó hacia atrás estremecida, pero eso solo la puso al alcance de otra serpiente y de nuevo tuvo que echarse a un lado a toda prisa para

**evitar el veloz ataque de aquella repugnante cabeza.**

**Estaba presa en una trampa terrible. Las cuatro serpientes se balanceaban y se lanzaban contra sus pies, tobillos, pantorrillas, rodillas, muslos, cadera, contra cualquier parte de su delicioso cuerpo que estuviera cerca de ellas, y ella era incapaz de saltar o pasar entre ellas para ponerse a salvo. Lo único que podía hacer era girar y brincar y echarse a un lado para evitar los ataques, pero cada vez que eludía una serpiente eso la ponía al alcance de otra, así que tenía que seguir moviéndose a una velocidad vertiginosa. Solo podía desplazarse un poco en cada sentido y las temibles crestas encapuchadas la amenazaban en todo momento. Nadie que no fuera una bailarina de Zamboula podría haber sobrevivido en aquel espeluznante cuadrilátero.**

**Se convirtió en un borrón de movimiento vertiginoso. Las cabezas fallaban por el espesor de un cabello, pero fallaban, mientras ella enfrentaba sus pies centelleantes, sus piernas veloces y su mirada certera contra la cegadora velocidad de aquellos demonios con escamas que su enemigo había conjurado del mismo aire.**

**En alguna parte sonaba una música gimoteante y apagada que se mezclaba con el siseo de las serpientes, como si un maligno viento nocturno soplara a través de los huecos de una calavera. Incluso en medio de la velocidad brutal de su frenesí, se dio cuenta de que los ataques de las serpientes ya no eran al azar. Obedecían el espeluznante ulular de aquella inquietante música. Atacaban a un ritmo atroz y obligaban a su cuerpo a balancearse, retorcerse y girar acoplado al mismo ritmo. Sus frenéticos movimientos se fundieron en un baile increíble que habría hecho parecer sobrios y contenidos los contoneos de la más obscena tarantela de Zamora. Mareada de terror y vergüenza, oyó la odiosa risa de su implacable torturador.**

**—¡La Danza de las Cobras, querida mía! —reía Totrasmek—. Así es como bailaban las doncellas que se ofrendaban a Hanuman hace siglos, aunque nunca de un modo tan bello y flexible. ¡Baila, muchacha, baila! ¿Cuánto tiempo podrás evitar los colmillos del Pueblo Venenoso? ¿Minutos? ¿Horas? Acabarás cansándote. Tus pies rápidos y seguros vacilarán, tus piernas fallaran y tus caderas girarán más lentas. Y en ese momento, los colmillos se hundirán en tu piel marfileña…**

**La cortina se agitó tras él como si un golpe de viento la hubiera sacudido y Totrasmek lanzó un grito. Los ojos se le abrieron como platos y las manos se agarraron temblorosas al extremo de la brillante hoja de metal que acababa de asomar en su pecho.**

**La música se interrumpió de repente. La joven se tambaleó en medio del baile y gritó esperando los veloces colmillos. De pronto, cuatro jirones de inofensivo humo azul se arremolinaron en el suelo a su alrededor mientras Totrasmek caía desmadejado del diván.**

**Conan salió de detrás de la cortina, limpiando la espada. Oculto entre las colgaduras había visto bailar desesperadamente a la joven entre cuatro espirales de humo y había supuesto que a ella debían de parecerle algo completamente distinto. Sabía que había matado a Totrasmek.**

**Zabibi cayó al suelo, jadeante, pero antes de que Conan pudiera acercarse a ella, se puso de nuevo en pie, aunque le temblaban las piernas de puro agotamiento.**

**—¡El frasco! —jadeó—. ¡El frasco!**

Totrasmek aún lo sujetaba en su mano rígida. Se lo arrancó de los dedos agarrotados sin pararse a pensar y luego empezó a registrarle la ropa con frenesí.

—¿Qué demonios buscas? —quiso saber Conan.

—Un anillo... Se lo robó a Alafdhal. Seguro que lo hizo mientras mi amante deambulaba enloquecido por las calles. ¡Demonios de Set!

Quedó convencida de que no estaba en el cuerpo de Totrasmek, así que empezó a registrar la habitación, desgarrando la tapicería del diván y las colgaduras de la pared y abriendo vasijas aquí y allá.

Se detuvo y se apartó un mechón de cabello de los ojos.

—¡Se me había olvidado Baal-Pteor!

—Está en el infierno con el cuello roto —le aseguró Conan.

En lo ojos de la joven asomó un vengativo agradecimiento, pero de pronto se puso a maldecir.

—No podemos quedarnos aquí. No falta mucho para el alba, y los sacerdotes subordinados pueden visitar el templo a cualquier hora de la noche. Si nos encuentran junto al cadáver, la gente nos hará trizas. Los turanios no podrán salvarnos.

Descorrió el pestillo de la puerta secreta y poco después estaban en las calles y se alejaban lo más rápido posible de la silenciosa plaza donde se alzaba el antiquísimo santuario de Hanuman.

En una calle serpenteante, algo más lejos, Conan se paró y detuvo a su compañera poniéndole una pesada mano en el hombro desnudo.

—No olvides la recompensa...

—No la he olvidado. —Se libró de su presa de un quiebro—. Pero primero debemos... Hay que ir primero con Alafdhal.

Poco después, el esclavo negro los dejaba cruzar la puerta del postigo. El joven turanio yacía aún en el diván, los brazos y las piernas atados con gruesas cuerdas de terciopelo. Tenía los ojos abiertos, pero eran los de un perro enloquecido, y sus labios estaban cubiertos de una espesa espuma. Zabibi se estremeció.

—¡Ábrele la boca! —ordenó y los dedos de acero de Conan hicieron como pedía.

Zabibi vacío el frasco en la garganta del orate. El efecto fue pura magia: se quedó de pronto inmóvil y el brillo de locura se desvaneció de sus ojos. Miraba a la joven perplejo, pero con reconocimiento e inteligencia. Luego, volvió a dormirse, ahora de un modo normal.

—Cuando despierte estará cuerdo —susurró ella, mientras hacía un gesto hacia el silencioso esclavo.

Con una profunda reverencia este le puso en las manos una bolsita de cuero y le pasó sobre los hombros una capa de seda. El comportamiento de la joven cambió sutilmente mientras le pedía a Conan que la acompañase fuera de la habitación.

En una arcada que se abría a la calle, se volvió hacia él. Se movía de un modo casi regio.

—Ha llegado del momento de que diga la verdad —dijo—. No soy Zabibi. Soy Nafertari. Y él no es Alafdhal, un pobre capitán de los guardias, sino Jungir Khan, sátrapa de Zamboula.

Conan no hizo el menor comentario. Su rostro cubierto de cicatrices permaneció impasible.

—Mentí porque no me atrevía a contarle a nadie la verdad —siguió diciendo ella—. Estábamos solos cuando Jungir Khan enloqueció; solo yo lo sabía. De haberse extendido la noticia de que el sátrapa de Zamboula había perdido el juicio, habría habido revueltas, tal como Totrasmek planeaba, pues buscaba nuestra destrucción.

»Comprenderás que es imposible darte la recompensa que esperabas. La amante del sátrapa no es... No puede ser para ti. Pero no te irás con las manos vacías. Ten este saco de oro.

Le dio la bolsita que había recibido del esclavo.

—Márchate ahora; cuando el sol esté alto, ven al palacio. Haré que Jungir Khan te nombre capitán de la guardia. Pero me obedecerás a mí en secreto. Tu primera tarea será enviar un escuadrón al santuario de Hanuman, oficialmente en busca de pistas sobre el asesinato del sacerdote, pero en realidad para buscar la Estrella de Khorala. Tiene que estar oculta allí, en alguna parte. Cuando la encuentres, tráemela. Puedes irte ahora.

En silencio, Conan asintió y luego se fue. La joven, que contemplaba el balanceo de sus amplios hombros, se sintió algo incómoda al notar que no había nada en su aspecto que indicase que se sintiera avergonzado o disgustado en absoluto.

En cuanto hubo dado la vuelta a la esquina, Conan echó una mirada a sus espaldas y luego cambió de dirección mientras aceleraba el paso. Poco después estaba en la parte de la ciudad en la que se encontraba el mercado de caballos. Aporreó una puerta hasta que un rostro barbado se asomó a la ventana sobre ella y le preguntó a qué venía ese escándalo.

—Un caballo —exigió Conan—. El más rápido que tengas.

—No abro las puertas a estas horas —gruñó el tratante de caballos.

Conan hizo tintinear las monedas.

—¡Hijo bastardo de un perro! ¿No ves que soy blanco y que estoy solo? ¡Baja antes de que derribe la puerta!

Poco después, montado en un semental bayo, Conan se dirigía hacia la casa de Aram Baksh.

Salió de la calzada y se metió en el callejón que pasaba entre la posada y el jardín de palmeras, pero no se detuvo junto a la puerta. Siguió hasta la esquina noreste del muro, giró y recorrió la parte que daba al norte antes de detenerse en la esquina noroeste. No había árboles cerca, aunque sí algunos arbustos bajos. Ató el caballo a uno de ellos y estaba a punto de montar de nuevo cuando escuchó unas voces apagadas a la vuelta de la esquina.

Quitó el pie del estribo y se acercó a echar un vistazo. Tres individuos bajaban por la calzada en dirección a las palmeras y, a juzgar por sus andares patizambos, eran negros. Se detuvieron al oír que los llamaba e hicieron una piña mientras él avanzaba hacia ellos con largos pasos, espada en mano. Sus ojos brillaban bajo las estrellas y una lascivia brutal relucía en los rostros de ébano, pero, al igual que Conan, sabían que sus tres garrotes no tenían nada que hacer contra la espada.

—¿Dónde vais? —preguntó en tono desafiante.

—A decirles a nuestros hermanos que apaguen el fuego en el foso al otro lado de la arboleda —fue la respuesta, gutural y hosca—. Aram Baksh nos prometió un hombre, pero nos engañó. Hemos encontrado a uno de nuestros hermanos muerto en la habitación que usa de trampa. Esta noche nos quedaremos con hambre.

—No lo creo —sonrió Conan—. Aram Baksh os dará un hombre. ¿Veis esa

puerta?

Señaló hacia un pequeño portal, reforzado con hierro, en medio del muro meridional.

—Esperad. Aram Baksh os dará lo que queréis.

Retrocedió de espaldas hasta que estuvo fuera del alcance de cualquier posible golpe traicionero y luego dio media vuelta y se deslizó junto al lado noroeste del muro. Llegó hasta el caballo y se detuvo para asegurarse de que los negros no lo estaban acechando, tras lo cual montó y tranquilizó al inquieto animal con una palabra a media voz. Se puso en pie sobre la silla, se agarró al borde del muro y se izó a pulso. Desde lo alto, examinó los alrededores por un instante. La taberna estaba en la esquina suroeste del complejo y el espacio restante lo ocupaban las arboledas y los jardines. No vio a nadie. La taberna estaba oscura y silenciosa y sabía que todas las puertas y ventanas estarían cerradas y atrancadas.

También sabía que Aram Baksh dormía en una habitación que daba a un sendero bordeado por cipreses que llevaba a la puerta del muro occidental. Se deslizó como una sombra entre los árboles y poco después llamó con urgencia a la puerta de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz soñolienta y resonante en el interior.

—¡Aram Baksh! —siseó Conan—. ¡Los negros están saltando el muro!

La puerta se abrió casi al instante y mostró al tabernero, desnudo salvo por una camisa y con un puñal en la mano.

Alzó el cuello para examinar el rostro del cimerio.

—¿De qué demonios hab...? ¡Tú!

Los vengativos dedos de Conan interrumpieron el grito que se formaba en su garganta. Ambos cayeron al suelo y Conan arrancó el puñal de la mano de su enemigo. La hoja brilló a la luz de las estrellas y brotó la sangre. Aram Baksh gorgoteó de forma horripilante mientras jadeaba con la boca llena de sangre. Conan lo puso en pie y usó el puñal de nuevo. Buena parte de la barba rizada cayó al suelo.

Sin dejar de sujetar a su cautivo por el cuello, pues se puede gritar inarticuladamente incluso con la lengua cortada, Conan lo arrastró fuera de la oscura habitación y lo llevó por el sendero de cipreses hasta la puerta del muro exterior. Alzó el travesaño con una mano, abrió la puerta y vio tres figuras en penumbra al otro lado, acechando como buitres. Conan lanzó al tabernero en sus ansiosos brazos.

Un grito terrible, ahogado por la sangre, salió de la garganta del zamboulano, pero nadie respondió en la silenciosa taberna. Todo el mundo estaba acostumbrado a oír gritos al otro lado del muro. Aram Baksh se revolvió como un loco, los ojos desorbitados clavados frenéticamente en el rostro del cimerio. No encontró misericordia alguna. Conan no pensaba más que en las docenas de pobres diablos enviados a un terrible destino por la avaricia de aquel individuo.

Jubilosos, los negros lo arrastraron hacia la calzada mientras se burlaban de sus frenéticos farfullos. ¿Cómo iban a reconocer a Aram Baksh en aquella figura medio desnuda y ensangrentada de barba grotescamente esquilada que no hacía más que balbucear? Ruidos de forcejeo llegaron a oídos de Conan, quien permaneció junto a la puerta un buen rato, después de que el grupo hubiera desaparecido entre las palmeras.

Tras cerrarla a sus espaldas, volvió al caballo, montó y se dirigió hacia el

**oeste, hacia el desierto abierto, no sin antes dar un amplio rodeo para evitar el siniestro cinturón de palmeras. Mientras cabalgaba, sacó del cinturón un anillo en el que brillaba una gema que convertía la luz de las estrellas en una iridiscencia trémula. Lo alzó para admirarlo, girándolo a un lado y a otro. El compacto saquito de monedas de oro tintineaba suavemente en el pomo de la silla, como una promesa de mayores riquezas por venir.**

**—Me pregunto qué habría dicho de haber sabido que en cuanto los vi, la reconocí como Nafertari y a él como Jungir Khan—murmuró—. Y reconocí también la Estrella de Khorala. La escena será digna de verse si alguna vez se da cuenta de que se lo quité a él del dedo mientras lo estaba atando con su propio cinturón. Pero llevo bastante ventaja, no me pillarán.**

**Echó un vistazo tras él, en dirección al grupo de palmeras, de donde salía un resplandor rojizo. Un cántico lleno de salvaje exaltación inundó la noche. Y otro sonido se mezcló con el cántico: un grito enloquecido e incoherente, un balbuceo frenético en el que no se distinguían las palabras. El ruido quedó a espaldas de Conan mientras cabalgaba hacia el oeste bajo las pálidas estrellas.**

# XUTHAL DEL CREPÚSCULO

El desierto reverberaba en oleadas de calor. Conan el cimerio contempló aquella ardiente desolación e inconscientemente se pasó el dorso de la mano poderosa por los labios ennegrecidos. Parecía una estatua de bronce en medio de la arena, aparentemente inmune al despiadado sol, aunque su única vestimenta eran un taparrabos de seda y un cinturón ancho con hebilla dorada del que pendían una espada y un enorme puñal. En sus extremidades musculosas se veían rastros de heridas a medio curar.

A sus pies descansaba una joven con un brazo agarrado a la rodilla del cimerio, en la cual apoyaba la rubia cabeza. La piel blanca de la muchacha contrastaba con los brazos bronceados del hombre; la corta túnica de seda, sin mangas y escotada, ceñida a la cintura, más que cubrir su esbelta figura la resaltaba.

Conan meneó la cabeza y parpadeó. El brillo del sol lo deslumbraba. Cogió una pequeña cantimplora del cinturón y la agitó; frunció el ceño ante el débil sonido chapoteante.

La joven se movió cansinamente, sin dejar de gemir.

—¡Vamos a morir aquí, Conan! ¡Tengo tanta sed!

El cimerio gruñó sin decir una palabra y contempló feroz la desolación que los rodeaba, con la mandíbula adelantada y los ojos azules ardiendo salvajes bajo la alborotada melena negra, como si el desierto fuera un enemigo de carne y hueso.

Se agachó y llevó la cantimplora a los labios de la joven.

—Bebe hasta que te lo diga, Natala —ordenó.

Ella bebió a pequeños sorbos jadeantes y él no se molestó en controlarla. Solo cuando la cantimplora quedó vacía se dio ella cuenta de que le había permitido beber todo el agua que les quedaba, la poca que había.

Los ojos se le anegaron en lágrimas.

—Ay, Conan —gimió, mientras se retorcía las manos—. ¿Por qué me dejaste beber todo? No lo sabía... ¡Ahora no queda nada para ti!

—Calla —masculló él—. No malgastes las fuerzas llorando.

Se puso en pie y lanzó la cantimplora a lo lejos.

—¿Por qué la tiras? —susurró ella.

Él no respondió; permaneció inmóvil, los dedos cada vez más cerca de la empuñadura de la espada. No miraba a la joven: sus fieros ojos parecían sondear las misteriosas brumas moradas que se veían a lo lejos.

Dotado del amor por la vida y los deseos de vivir característicos de un bárbaro, Conan el cimerio se daba cuenta, sin embargo, de que había llegado al final del camino. Aún no había alcanzado el límite de su resistencia, pero sabía que otro día bajo aquel sol implacable en aquella desolación sin agua podría con él. En cuanto a la moza, había sufrido bastante. Mejor una estocada veloz e indolora que la agonía interminable a la que se enfrentaba. De momento su sed se había aplacado; no sería compasivo dejarla sufrir hasta que el delirio y la muerte aliviaran su estado. Desenvainó la espada lentamente.

Se detuvo de pronto y se envaró. Al sur, lejos en el desierto, algo resplandeció entre las ondulaciones de calor.

Al principio creyó que era una ilusión, uno más de los espejismos que lo habían burlado y enloquecido en aquel condenado desierto. Hizo visera con la mano sobre los deslumbrados ojos y distinguió chapiteles y minaretes, y unas murallas resplandecientes. Siguió mirando con desconfianza, convencido de que la imagen se acabaría desvaneciendo. Natala había dejado de sollozar; consiguió ponerse de rodillas y siguió la mirada del cimerio.

—¿Es una ciudad, Conan? —susurró, sin atreverse a sentir esperanza—. ¿O no es más que una sombra?

El cimerio no respondió durante un buen rato. Abrió y cerró los ojos varias veces; desvió la vista y volvió a mirar. La ciudad seguía allí donde la había visto la primera vez.

—El diablo sabrá —gruñó—. Merece la pena intentarlo, en cualquier caso.

Devolvió la espada a la vaina, se inclinó y cogió a Natala en sus poderosos brazos como si fuera un bebé. Ella opuso una débil resistencia.

—No malgastes fuerzas llevándome, Conan —rogó—. Puedo caminar.

—El suelo es más pedregoso por aquí —respondió él—. Tus sandalias no tardarían en quedar destrozadas —añadió señalando el delicado calzado verde—. Además, si vamos a ir a esa ciudad, mejor lo hacemos cuanto antes, y así iremos más rápido.

La posibilidad de seguir vivo había renovado la fuerza y la resistencia de los músculos del cimerio. Recorrió a grandes zancadas la arenosa desolación como si estuviera al principio del viaje; bárbaro por encima de todo, poseía la vitalidad y la resistencia de lo salvaje, que le garantizaban la supervivencia allí donde un hombre civilizado habría perecido.

Hasta donde sabía, él y la joven eran los únicos supervivientes del ejército del príncipe Almuric, una horda variopinta y enloquecida que a las órdenes del derrotado príncipe rebelde de Koth había devastado la tierra de Shem como una tormenta de arena y había empapado de sangre las fronteras de Estigia. Con un ejército estigio a los talones, se habían abierto paso a través del reino negro de Kush, solo para ser aniquilados al borde del desierto meridional. Conan comparaba mentalmente lo ocurrido con un enorme torrente que fuera menguando gradualmente a medida que iba al sur para, finalmente, quedar seco en las arenas del desierto desnudo. Los huesos de sus componentes (mercenarios, exiliados, desheredados, forajidos) se desparramaban desde las mesetas kothias hasta las dunas del desierto.

Durante la matanza final, cuando estigios y kushitas habían caído sobre los supervivientes acorralados, Conan se había abierto paso y huido en un camello con la joven. Tras él, la tierra hervía de enemigos, y el único camino expedito era el desierto del sur. Así que se había internado en sus amenazadoras profundidades.

La muchacha era una britunia de la que Conan se había apropiado tras encontrarla en el mercado de esclavos de una ciudad shemita que habían atacado. Nadie le había preguntado su opinión, pero su nueva situación era bastante más afortunada que la de cualquier mujer hibórea en un serrallo shemita, así que la había aceptado con agradecimiento. Así había acabado compartiendo las aventuras de la malhadada horda de Almuric.

Habían huído por el desierto durante días, perseguidos con tanto encono por

jinetes estigios que cuando se vieron libres de ellos no se atrevieron a dar la vuelta. Siguieron hacia adelante en busca de agua hasta que el camello murió. Luego continuaron a pie. En los últimos días, sus penalidades habían sido intensas. Conan había protegido a Natala cuanto había podido, y la ruda vida del campamento le había dado a la joven más determinación y fuerza de la habitual en una mujer; pero incluso así, estaba cerca del colapso.

El sol caía a plomo sobre la alborotada melena de Conan. Lo asaltaban oleadas de vértigo y nauseas, pero apretaba los dientes y seguía caminando inquebrantable. Estaba convencido de que la ciudad era una realidad y no un espejismo, aunque no tenía ni idea de qué encontrarían allí. Quizá los habitantes fueran hostiles, pero al menos representaba una posibilidad de seguir luchando y eso era todo lo que siempre había pedido.

El sol se acercaba al crepúsculo cuando se detuvieron frente a una gigantesca puerta, agradecidos por la sombra. Conan posó a Natala y estiró los doloridos brazos. Sobre ellos, las murallas se alzaban hasta casi diez varas de altura; estaban hechas de una sustancia suave y verdosa que brillaba casi como si fuera de cristal. Conan escrutó los parapetos, esperando un desafío, pero no vio a nadie. Gritó con impaciencia y golpeó la puerta con la empuñadura de la espada, pero solo le respondió un eco burlón y hueco. Natala se encogió a su lado, asustada por el silencio. Conan tentó la puerta y retrocedió mientras desenvainaba la espada al ver que se abría hacia dentro en silencio. Natala contuvo un grito.

—¡Mira, Conan!

Justo tras la puerta había un cuerpo humano. Conan lo examinó con atención y luego miró a su alrededor. Divisó una amplia zona abierta, como un patio, flanqueada por los pórticos en arco de varias casas construidas con el mismo material verdoso que las murallas. Los edificios eran altos e imponentes, rematados por brillantes cúpulas y minaretes. No había el menor rastro de vida en ellos. En medio del patio se alzaba el brocal cuadrado de un pozo, y esa visión espoleó a Conan, cuya boca estaba rebozada de polvo seco. Cogió a Natala de la muñeca, la arrastró por la puerta y luego la cerró.

—¿Está muerto? —susurró ella, señalando temerosamente al hombre que yacía ante la puerta.

Era el cuerpo de una persona fuerte, aparentemente en la flor de la vida; tenía la piel amarilla y los ojos ligeramente rasgados; por lo demás, no era muy distinto de cualquier hibóreo. Llevaba unas sandalias altas, una túnica de seda morada y del cinturón le colgaba una espada corta en una vaina de hilo de oro. Conan tentó el cuerpo. Estaba frío y no había el menor rastro de vida en él.

—No veo ninguna herida —gruñó el cimerio—, pero está tan muerto como lo estaba Almuric con cuarenta flechas estigias clavadas. ¡Por Crom, vamos al pozo! Si tiene agua, beberé, con muertos o sin ellos.

El pozo tenía agua, pero no la bebieron. El fondo estaba al menos a quince varas de distancia y no tenían nada con que sacar agua. Conan lanzó un juramento, enloquecido ante la visión del preciado líquido justo fuera de su alcance, e intentó buscar algún medio de llegar a él. Un grito de Natala atrajo de pronto su atención.

El supuesto cadáver cargaba hacia ellos, los ojos resplandecientes de indudable vida y la espada reluciente en la mano. Asombrado, Conan masculló una maldición, pero no malgastó el tiempo en conjeturas. Recibió al veloz atacante con un tajo feroz de la espada que atravesó carne y huesos. La cabeza

rebotó por las baldosas, el cuerpo se tambaleó como el de un borracho y un chorro de sangre saltó de la yugular cortada. Luego se desplomó.

Conan lo contempló mientras mascullaba un juramento.

—Este individuo no está más muerto ahora que hace un momento. ¿Qué casa de locos es esta?

Natala, que se había cubierto los ojos con las manos, atisbó entre los dedos y se estremeció.

—¿No nos matarán los habitantes de la ciudad por esto?

—Bueno —masculló él—. Este tipo podría habernos matado si no le hubiera cortado la cabeza.

Miró hacia los arcos que se abrían en las verdes paredes sobre ellos sin ver el menor signo de movimiento ni percibir sonido alguno.

—No creo que nadie nos haya visto —murmuró—. Esconderé las pruebas...

Con una mano agarró el cadáver desmadejado por el cinturón, y con la otra, la cabeza por la larga melena. Luego, medio arrastró medio cargó los macabros restos hasta el pozo.

—Ya que no podemos beber esta agua —murmuró vengativo—, me ocuparé de que nadie más la disfrute. ¡Condenado pozo!

Pasó el cadáver sobre el brocal y lo dejó caer, y lanzó luego la cabeza. Un chapoteo sordo se oyó en las profundidades.

—Hay sangre en las piedras —susurró Natala.

—Y habrá más a menos que encuentre agua enseguida —gruñó el cimerio, sus escasas reservas de paciencia agotadas.

La joven casi se había olvidado de la sed y el hambre en medio de su miedo, no así Conan.

—Probaremos una de esas puertas —dijo—. Seguro que encontramos gente antes o después.

—¡Ay, Conan! —gimió ella, acurrucándose contra él tanto como pudo—. ¡Tengo miedo! ¡Es una ciudad de fantasmas y muertos! ¡Volvamos al desierto! ¡Mejor morir allí que hacer frente a estos horrores!

—Volveremos al desierto si nos echan de aquí —respondió Conan—. En alguna parte de esta ciudad hay agua y voy a encontrarla, aunque tenga que matar a todo el mundo.

—¿Y si vuelven a la vida? —murmuró ella.

—¡Pues seguiré matándolos hasta que se queden muertos! —estalló él—. ¡Vamos! Esta puerta es tan buena como cualquier otra. Quédate detrás de mí, pero no huyas a menos que te lo diga.

Ella murmuró débilmente su asentimiento y lo siguió tan de cerca que la tenía pegada a los talones, lo cual le resultaba irritante. La noche había caído y llenaba aquella extraña ciudad de sombras purpúreas. Entraron por el pórtico abierto y se encontraron en una amplia habitación de cuyas paredes colgaban tapices de terciopelo trenzados en curiosos diseños. El suelo, las paredes y el techo eran de la misma piedra verdosa y cristalina y las paredes estaban decoradas con frisos dorados. Sobre el suelo se amontonaban pieles y cojines de satén y había numerosas puertas que llevaban a otras habitaciones. Fueron cruzando puertas y atravesaron varias cámaras, todas idénticas a la primera. No vieron a nadie, pero el cimerio gruñía desconfiado.

—Aquí había alguien no hace mucho. Este sofá aún guarda el calor del contacto con un cuerpo humano. En ese cojín de seda se ve el rastro de unas

caderas. Hay un débil olor a perfume flotando en el aire.

Una atmósfera extraña e irreal lo impregnaba todo. Cruzar aquel palacio silencioso y sombrío se asemejaba a un sueño de opio. Algunas habitaciones estaban a oscuras y las evitaron; otras estaban bañadas por un suave resplandor fantasmal que parecía emanar de las joyas incrustadas en las paredes en sorprendentes diseños. De pronto, mientras entraban en una de las habitaciones iluminadas, Natala soltó un grito y agarró el brazo de su acompañante. Conan se dio media vuelta maldiciendo entre dientes, preparado para un ataque y confundido al ver que no pasaba nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. No vuelvas a sujetarme el brazo de la espada o te despellejo. ¿Quieres que me corten la garganta? ¿Por qué gritabas?

—Mira —señaló ella, temblorosa.

Conan gruñó. Sobre una mesa de ébano pulido había varios recipientes, aparentemente llenos de agua y comida. La habitación estaba vacía.

—Bueno—masculló—, quien quiera que fuese a disfrutar de este festín parece que tuvo que irse a otra parte.

—¿Nos atreveremos a comer, Conan? —inquirió nerviosa la joven—. Los de la ciudad podrían caer sobre nosotros y...

—*Lir an mannanan maclira* —maldijo él mientras la agarraba por la nuca y la lanzaba sin más ceremonia hacia una silla dorada al extremo de la mesa—. Nos morimos de hambre y no haces más que poner trabas. ¡Come!

Se sentó frente a ella, cogió un cáliz de jade y lo vació de un trago. Contenía un licor carmesí de aspecto parecido al vino; el sabor le resultó desconocido y peculiar, pero fue como néctar para su garganta reseca. Una vez saciada la sed, atacó con entusiasmo la comida dispuesta ante él. Era demasiado extraña: frutas exóticas y carnes desconocidas. Las bandejas estaban exquisitamente ornamentadas, al igual que los cuchillos y los tenedores. Conan hizo caso omiso de estos, agarró los trozos de carne con los dedos y los desgarró con sus fuertes dientes. Los modales del cimerio en la mesa eran siempre lobunos. Su civilizada compañera comía con más delicadeza pero con la misma ansia. Conan consideró la idea de que la comida estuviera envenenada, pero eso no disminuyó su apetito; prefería morir envenenado que de hambre.

Satisfecha esta, se recostó en la silla con un profundo suspiro de alivio. Era evidente que había humanos en aquella ciudad silenciosa, como lo demostraba la comida fresca, y quizá tras cada esquina en sombras se agazapase un enemigo. Pero no le importaba gran cosa, confiado en sus habilidades marciales. Empezó a sentirse soñoliento y pensó en tumbarse en uno de los divanes y echar una siesta.

Natala, por el contrario, ya no tenía hambre ni sed pero no podía estar más despierta. Tenía completamente abiertos los adorables ojos mientras contemplaba los pasajes y pórticos que limitaban con lo desconocido. El silencio y el misterio de aquel extraño lugar hacían presa en ella. La habitación le pareció mayor de lo que había creído, y la mesa, más grande, y se dio cuenta de que estaba más lejos de su ceñudo protector de lo que le gustaba. Se levantó rápidamente, rodeó la mesa y se sentó en las rodillas de Conan, nerviosa, sin apartar la vista de los pórticos arqueados. Algunos estaban iluminados y otros no, y era a estos últimos a los que más atención prestaba.

—Hemos comido, bebido y descansado —urgió—. Dejemos este lugar, Conan. Es maligno. Lo presiento.

—Bueno, de momento no nos ha hecho daño —empezó a decir, cuando un

**susurro siniestro resonó a su alrededor.**

**Apartó a la joven de las rodillas y se puso en pie con la velocidad de una pantera mientras desenvainaba la espada y se ponía de cara al pórtico del que parecía haber salido el sonido. Al ver que no se repetía dio un silencioso paso al frente; Natala lo siguió con el corazón en un puño. Sabía que él presentía peligro. Adelantaba la cabeza, medio hundida entre los gigantescos hombros, y se deslizaba hacia adelante agazapado, como un tigre al acecho. No hacía más ruido del que habría hecho este.**

**Se detuvo junto al pórtico y Natala atisbó temerosa desde atrás. No había luz en la habitación, pero estaba iluminada parcialmente por el resplandor a sus espaldas, que se derramaba en parte en la otra sala. En ella yacía un individuo sobre una tarima elevada. La luz tenue lo iluminaba y Conan pudo ver que era casi el doble del hombre al que había matado en la puerta exterior, excepto que sus ropajes eran más ricos y estaban ornamentados con joyas que titilaban en aquella luz inquietante. ¿Dormía o estaba muerto? De nuevo escucharon aquel sonido lejano y siniestro, como si alguien hubiera hecho a un lado un cortinaje. Conan retrocedió, con Natala pegada a él. Le puso la mano en la boca justo a tiempo para impedir que la joven gritase.**

**Desde donde estaban ya no podían ver la tarima, pero sí la sombra que arrojaba en la pared de detrás. Y ahora había otra sombra moviéndose por la pared: un manchón informe y negro. Conan sintió que el pelo se le ponía de punta mientras miraba. Por muy distorsionada que estuviera, nunca había visto a persona o animal alguno que arrojase una sombra como aquella. La curiosidad lo devoraba, pero el instinto lo hizo mantenerse inmóvil. Oía la agitada respiración de Natala mientras la joven, los ojos como platos, no dejaba de mirar. Ningún otro sonido rompía el tenso silencio. La enorme sombra cubrió la de la tarima. Por un momento fue lo único que se vio en la pulida pared. Luego retrocedió lentamente y la tarima quedó de nuevo recortada contra la pared, pero el durmiente ya no estaba en ella.**

**Un gorgoteo histérico se formó en la garganta de Natala, y Conan la sacudió como advertencia. Él mismo sentía que la sangre se le helaba en las venas. No temía a los enemigos humanos, y nada había que hiciera temblar su amplio pecho siempre que lo comprendiera, por grotesco que pudiera ser. Pero aquello estaba más allá de su entendimiento.**

**Al cabo de un rato, sin embargo, la curiosidad se impuso a la inquietud y se desplazó de nuevo hacia la sala a oscuras, preparado para cualquier cosa. Al mirar dentro, vio que estaba vacía. La tarima estaba donde la había visto por primera vez, salvo que no yacía sobre ella ningún humano enjoyado. En el forro de seda relucía una sola gota de sangre, como una enorme gema carmesí. Natala la vio y se le escapó un grito ahogado, pero Conan no la reprendió por ello. De nuevo sentía la helada mano del miedo. Un hombre había yacido en aquel diván, algo había entrado sigilosamente en la habitación y se lo había llevado. El qué, Conan no lo sabía, pero un aura de horror antinatural pendía sobre aquellas habitaciones mal iluminadas.**

**Era el momento de irse. Cogió a Natala de la mano, dio media vuelta y de pronto vaciló. En alguna parte, en alguna de las habitaciones que habían cruzado, oyó ruido de pasos. Un pie humano, desnudo o con un calzado suave, había hecho aquel ruido, y Conan se hizo a un lado con la cautela de un lobo. Estaba convencido de que podía volver al patio exterior sin pasar por la habitación de la**

que parecía haber venido el sonido.

Pero no habían cruzado la primera sala en su nuevo camino cuando el susurro de la seda los hizo detenerse de pronto. Frente a un nicho cortinado, un individuo los observaba con mirada intensa.

Era idéntico a los que ya habían visto: alto, bien parecido, con ropajes morados y un tahalí enjoyado. En sus ojos ambarinos no había ni sorpresa ni hostilidad; parecían soñadores como los de un comedor de loto. No desenvainó la espada corta que llevaba al costado. Tras unos tensos instantes empezó a hablar, en un tono remoto y desinteresado, en una lengua que ninguno de sus interlocutores comprendía.

Conan se aventuró a responder en estigio, y el desconocido preguntó en la misma lengua:

—¿Quiénes sois?

—Soy Conan, de Cimeria —respondió el bárbaro—. Y ella es Natala, de Britunia. ¿Qué ciudad es esta?

El otro no respondió de inmediato. Su mirada soñadora y sensual cayó sobre Natala; luego dijo, arrastrando las palabras:

—¡De todas mis elaboradas visiones, sin duda esta es la más extraña! Dime, joven de rizos de oro, ¿de qué lejana tierra de ensueño vienes? ¿De Andarra, de Tohtra, tal vez de Kuth, la del manto de estrellas?

—¿Qué locura es esta? —gruñó el cimerio con brusquedad; no le gustaron ni los modales ni las palabras aquel hombre.

Este no le prestó atención.

—He soñado con bellezas más espectaculares —murmuró—. Mujeres esbeltas de pelo negro como la noche y ojos oscuros repletos de misterios. Pero tu piel es blanca como la leche, tus ojos claros como el alba y hay a tu alrededor una frescura y una delicadeza que son como miel. ¡Ven a mi diván, beldad de ensueño!

Avanzó hacia ella alargando la mano, pero Conan se la apartó de un golpe con tal fuerza que podría haberla roto. El desconocido retrocedió mientras se frotaba el dolorido miembro, los ojos nublados.

—¿Qué rebelión de fantasmas es esta? —murmuró—. Te lo ordeno, bárbaro, ¡desaparece! ¡Vete! ¡Esfúmate! ¡Desvanécete!

—Haré desaparecer tu cabeza de encima de tus hombros —respondió el rabioso cimerio, la espada resplandeciente en la mano—. ¿Es esta la bienvenida que dais a los extranjeros? Por Crom, que voy empapar de sangre esas cortinas.

La ensoñación desapareció de los ojos del desconocido para ser reemplazada por una mirada de asombro.

—¡Thog! —exclamó—. ¡Sois reales! ¿De dónde venís? ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis en Xuthal?

—Venimos del desierto —gruñó Conan—. Vagamos por la ciudad a la caída de la noche, medio muertos de hambre. Encontramos un festín que alguien había preparado y nos lo comimos. No tengo dinero para pagarlo. En mi país, no se le niega comida a un hambriento, pero sé que los civilizados esperáis que se os pague... si es que sois como los que ya conozco. No le hemos hecho daño a nadie y ya nos vamos. ¡Por Crom, no me gusta este sitio lleno de muertos que se levantan y de dormidos que se desvanecen en el vientre de las sombras!

El desconocido se sobresaltó violentamente ante el último comentario; su rostro amarillo se tornó ceniciento.

—¿De qué hablas? ¿Sombras? ¿En el vientre de las sombras?

—Bueno —respondió el cimerio cautelosamente—, sea lo que sea, agarró a un hombre que dormía en una tarima y solo dejó una gota de sangre.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto? —dijo con voz aguda y chirriante. Temblaba como una hoja.

—Solo he visto a alguien durmiendo en un diván y una sombra que caía sobre él —respondió Conan.

Aquellas palabras aterrorizaron a su interlocutor. Dio media vuelta con un aullido y salió corriendo de la habitación. En su ciega urgencia rebotó contra la pared, se recobró y casi voló a través de las habitaciones adyacentes gritando como alma en pena. Asombrado, Conan no apartaba la vista de él, con la temblorosa joven agarrada del brazo. La figura que huía no tardó en desaparecer de su vista, pero aún oían sus horrendos gritos apagándose en la distancia y resonando en los techos abovedados. De pronto oyeron un nuevo grito, más alto que los otros, que se interrumpió a la mitad y fue seguido por el silencio.

—¡Crom!

Conan se limpió el sudor de la frente con una mano no del todo firme.

—Desde luego, esta es una ciudad de locos. Salgamos de aquí antes de tropezar con otro demente.

—¡Todo esto es una pesadilla! —gimió Natala—. ¡Estamos muertos y condenados! Morimos en el desierto y ahora estamos en el infierno. Somos fantasmas descarnados... ¡Ay!

Su grito fue provocado por una sonora palmada de Conan en las nalgas.

—No eres ningún fantasma si una palmadita te hace gritar así —comentó él, con el sentido de humor peculiar que solía manifestar en los momentos más inoportunos—. Estamos vivos, aunque quizá eso no dure mucho si nos entretenemos demasiado en este lugar condenado. ¡Vamos!

Acababan de cruzar otra habitación cuando se detuvieron de nuevo. Algo o alguien se acercaba. Se quedaron frente al pasaje del que venían los sonidos, aguardando lo desconocido. Las aletas de la nariz de Conan se dilataron mientras entrecerraba los ojos. Captó el aroma fugaz del perfume que había olido antes aquella noche. Una figura apareció recortada contra el pasaje. Conan lanzó una maldición entre dientes y la boca de Natala se abrió de par en par.

Era una mujer la que los contemplaba asombrada. Era alta, esbelta, bien formada como una diosa, vestida solo con un estrecho ceñidor con joyas incrustadas. Una pulida melena de pelo negro como la noche se desparramaba sobre su cuerpo marfileño. Los ojos oscuros, nublados por unas largas y espesas pestañas, parecían repletos de misterios profundos y sensuales. Conan contuvo el aliento ante su belleza, y Natala la miró con los ojos abiertos como platos. El cimerio nunca había visto una mujer como aquella; su apariencia era estigia, pero no era de piel cetrina como las mujeres estigias que había conocido; sus brazos parecían de alabastro.

Mas cuando habló, con un tono rico y musical, lo hizo en estigio:

—¿Quién eres? ¿Qué haces en Xuthal? ¿Quién es ella?

—¿Quién eres tú? —preguntó Conan en tono tajante, harto de responder preguntas.

—Soy Thalis la estigia —replicó—. ¿Estás loco para venir aquí?

—He llegado a pensar que quizá lo estaba —masculló él—. Por Crom que si estoy cuerdo, estoy totalmente fuera de lugar aquí, porque todos se comportan

como orates. Vinimos del desierto, medio muertos de hambre y sed, y pasamos junto a un muerto que luego intentó apuñalarme por la espalda. Entramos en un palacio lujoso y elegante, pero al parecer vacío. Encontramos una mesa preparada, pero nadie daba cuenta de las viandas. Vimos una sombra devorar a un hombre que dormía. —Entrecerró los ojos y vio que el color de la piel de la mujer cambiaba ligeramente—. ¿Y bien?

—Y bien... ¿qué? —quiso saber ella, recuperada en apariencia la compostura.

—Esperaba que echases a correr mientras aullabas como una loca —respondió —. Fue lo que hizo el tipo al que le hablé de la sombra.

Ella encogió los delgados hombros marfileños.

—Esos debieron de ser los gritos que oí, entonces. Bueno, todos tenemos nuestro destino, y es una tontería chillar como una rata en una ratonera. Cuando Thog me quiera, ya vendrá a por mí.

—¿Quién es Thog? —preguntó Conan, suspicaz.

Ella le lanzó una larga mirada de apreciación que puso colorada a Natala e hizo que se mordiera el pequeño labio rojo.

—Sentaos en aquel diván y os lo contaré —dijo Thalis—. Pero primero decidme vuestros nombres.

—Soy Conan, cimerio, y ella es Natala, una hija de Britunia —respondió él—. Somos refugiados de un ejército al que destrozaron en las fronteras de Kush. Pero no tengo ningún deseo de sentarme, no donde las sombras pueden atacarme por la espalda.

Con una risa ligera y musical, ella tomó asiento y estiró las largas piernas con estudiado abandono.

—Estad tranquilos —aconsejó—. Si Thog así lo quiere, os tomará, seáis quienes seáis. Ese al que mencionabas, el que gritó y echó a correr, ¿lo oíste tal vez dar un último alarido y luego quedar en silencio? En su frenesí debe de haber ido directo hacia aquello de lo que quería escapar. Nadie puede eludir su destino.

Conan gruñó, nada convencido, pero se sentó en el borde de un sillón, la espada sobre las rodillas, los ojos alertas a lo que pasaba a su alrededor. Natala se apretó contra él, agarrándolo posesiva, las piernas recogidas. Contemplaba a la desconocida con desconfianza y resentimiento y se sentía pequeña, sucia e insignificante ante aquella belleza espléndida que, estaba segura, se comía con los ojos hasta el menor detalle del bronceado cuerpo del cimerio.

—¿Qué es esta ciudad y quién es toda esa gente? —quiso saber Conan.

—La ciudad es Xuthal y es muy antigua. Fue construida sobre un oasis que los fundadores de Xuthal encontraron en sus viajes.

»Vinieron del este hace tanto tiempo que ni siquiera sus descendientes recuerdan cuándo.

—Seguro que no quedan muchos, todos estos palacios parecen vacíos.

—Es cierto, pero hay más de los que crees. La ciudad es en realidad un único y enorme palacio y cada edificio tras las murallas está conectado con los demás. Puedes recorrer estas habitaciones durante horas y no encontrar a nadie. Y en otros momentos quizá te encuentres a cientos de ciudadanos.

—¿Y eso? —preguntó Conan intranquilo. Aquello olía demasiado a hechicería para sentirse a gusto.

—La mayoría de ellos duerme. Para ellos la vida que viven en sueños es tan importante, y tan real, como la vivida en vigilia. ¿Has oído hablar del loto negro? Crece en ciertos fosos de la ciudad y lo han estado cultivando durante edades sin

cuento, hasta conseguir que, en vez de la muerte, su jugo cause sueños hermosos y fantásticos. En esos sueños pasan los habitantes de Xuthal la mayor parte del tiempo. Sus vidas son erráticas, imprecisas, sin objetivo alguno. Sueñan, se despiertan, beben, hacen el amor, comen y vuelven a soñar. Rara vez acaban nada que hayan empezado, sino que lo dejan a medias y regresan al sueño del loto negro. La comida que encontrasteis... Sin duda la preparó alguien que estaba despierto y sintió la mordedura del hambre, pero luego se olvidó de ella y regresó a sus sueños.

—¿De dónde sacan la comida? —interrumpió Conan—. No he visto campos ni viñedos fuera de la ciudad. ¿O es que tienen huertas y rebaños dentro de los muros?

Ella negó con la cabeza.

—Crean la comida a partir de sus componentes primigenios. Son increíbles científicos... cuando no están drogados con su flor de los sueños. Sus antepasados eran colosos intelectuales y construyeron esta ciudad en el desierto, y aunque se han convertido en esclavos de sus peculiares pasiones, parte de su increíble conocimiento aún perdura. ¿No os habéis preguntado de dónde viene la luz? Son las joyas, impregnadas de radium. Las frotas con el pulgar para que brillen y las frotas de nuevo en sentido contrario para que se apaguen. Eso no es más que un pequeño ejemplo de su ciencia. Pero han olvidado mucho. Tienen poco interés en la vida de vigilia y prefieren pasar la mayor parte del tiempo en un sueño cercano a la muerte.

—Así que el hombre de la puerta... —empezó a decir Conan.

—Estaba durmiendo. Los durmientes del loto son como muertos. Aparentemente, toda vida queda suspendida y es imposible detectar signo vital alguno. El alma ha dejado el cuerpo y vaga a voluntad por otros mundo más exóticos. El hombre de la puerta es un buen ejemplo de la irresponsabilidad de estas gentes. Estaba guardando la entrada, pues la costumbre decreta que siempre debe haber un centinela, por más que ningún enemigo ha llegado jamás del desierto. En otras partes de la ciudad verás otros guardias y seguramente tan profundamente dormidos como el que encontraste en la entrada.

Conan rumió durante un buen rato todo aquello.

—¿Dónde están ahora?

—Esparcidos por distintas partes de la ciudad. Sobre divanes o en sofás de seda, en nichos con cojines, en tarimas cubiertas de pieles... Todos ellos arropados por el brillante manto de los sueños.

Conan sintió un escalofrío en los enormes hombros. No resultaba nada tranquilizador pensar en cientos de personas tumbadas e inmóviles en los palacios cubiertos de tapices, los ojos vidriosos clavados en el infinito. De pronto recordó otra cosa.

—¿Y qué es eso que ronda por las habitaciones y se llevó al hombre de la tarima?

Un escalofrío sacudió los brazos marfileños.

—Ese era Thog el Ancestral, el dios de Xuthal, aquel que mora en la cúpula hundida en el centro de la ciudad. Siempre ha vivido en Xuthal. Si vino con los fundadores o ya estaba aquí cuando llegaron, nadie lo sabe. Pero la gente de Xuthal lo adora. Generalmente duerme bajo la ciudad, pero a veces, a intervalos irregulares, se despierta con hambre, y entonces acecha por corredores secretos y habitaciones mal iluminadas en busca de una presa. En esos momentos, nadie está

a salvo.

Natala gimió de terror y se agarró al poderoso cuello del cimerio como estuviera intentando evitar que la apartasen de su protector.

—¡Crom! —exclamó este, espantado—. ¿Quieres decir que toda esa gente está durmiendo tranquilamente mientras ese demonio se arrastra entre ellos?

—Solo tiene hambre muy de tarde en tarde —insistió ella—. Y un dios debe tener sus sacrificios. Cuando era una niña en estigia, la gente vivía a la sombra de los sacerdotes. Nadie sabía quién sería elegido y arrastrado hacia el altar. ¿Qué diferencia hay entre que los sacerdotes le ofrezcan una víctima al dios y que este elija la víctima por sí mismo?

—Esa no es la costumbre entre los míos —gruñó Conan—, ni tampoco entre la gente de Natala. Los hibóreos no sacrifican gente a su dios, Mitra. Y en cuanto a mis paisanos... ¡Por Crom, me gustaría ver a un sacerdote intentando arrastrar a un cimerio al altar! Sí que iba a derramarse sangre, pero no como el sacerdote querría.

—Eres un bárbaro —dijo Thalis entre risas, aunque con un brillo evidente en sus ojos luminosos—. Thog es muy antiguo y terrible.

—Tienen que ser tontos o héroes —masculló Conan— para tumbarse y soñar sus estúpidos sueños sabiendo que pueden despertar en su vientre.

Ella se rio de nuevo.

—No conocen otra cosa. Durante generaciones sin cuento, Thog se ha alimentado de ellos. Es uno de los elementos que ha reducido su número de miles a unos cientos. Unas pocas generaciones más y se habrán extinguido, y Thog tendrá que salir al mundo en busca de nuevas presas o retirarse al inframundo de donde vino hace tanto tiempo.

»Son conscientes de su destino, pero son gente fatalista, incapaces de resistir o escapar. Nadie de esta generación ha estado más allá de la vista de las murallas. Hay un oasis a un día de marcha al sur, lo he visto en los viejos mapas de pergamino de sus ancestros, pero nadie de Xuthal lo ha visitado durante tres generaciones, ni mucho menos han intentado explorar las fértiles praderas que los mapas muestran a otro día de marcha del oasis. Son un pueblo que languidece rápidamente, ahogados en los sueños del loto, estimulados en sus horas de vigilia por el vino dorado que cura heridas, prolonga la vida y da fuerzas al libertino más estragado.

»Y pese a todo se aferran a la vida y temen a la deidad que adoran. Ya viste enloquecer a uno de ellos ante el conocimiento de que Thog rondaba por los palacios. He visto a la ciudad entera gritar y tirarse de los pelos y echar correr frenéticos hacia las puertas y acobardarse al otro lado de la murallas mientras echaban a suerte a quién atarían y devolverían a la ciudad para satisfacer el hambre y la lujuria de Thog. Si no estuvieran todos dormidos ahora mismo, la noticia de su llegada los llevaría de nuevo delirando y aullando hacia las puertas exteriores.

—¡Ay, Conan! —pidió Natala, histérica—. ¡Huyamos!

—Cuando sea el momento —murmuró Conan, los ojos clavados con fiereza en los marfileños miembros de Thalis—. ¿Qué hace aquí una mujer estigia?

—Vine cuando era muy joven —respondió ella; se recostó en el diván de terciopelo y entrelazó los largos dedos tras la morena cabeza—. No soy ninguna mujer común, sino la hija de un rey, como puedes ver por mi piel, blanca como la de tu amiguita rubia. Fui secuestrada por un príncipe rebelde que, al frente de un

ejército de arqueros kushitas, se internó en el sur salvaje en busca de una tierra donde establecerse. Él y todos sus guerreros murieron en el desierto, pero uno de ellos me puso en un camello antes de morir y caminó a mi lado hasta que ya no pudo más y falleció. El animal vagó sin rumbo fijo y un día me desmayé y caí en el delirio a causa de la sed y del hambre. Desperté aquí. Me dijeron que me habían visto desde las murallas al amanecer, tirada inmóvil junto a un camello muerto. Salieron y me trajeron aquí y me revivieron con su maravilloso vino dorado. Tuve suerte de ser una mujer, pues eso fue lo único que los hizo salir y aventurarse más allá de las murallas.

»Estaban muy interesados en mí, por supuesto, sobre todo los hombres. Como desconocía su idioma, aprendieron el mío. Son rápidos y de inteligencia despierta, así que hablaban mi lengua mucho antes de que yo aprendiese la suya. Pero estaban más interesados en mí que en mi idioma. Me he convertido en lo único por lo que uno de ellos es capaz de abandonar sus sueños de loto, aunque sea por un momento.

Se echó a reír de un modo perverso, mientras sus ojos examinaban con descaro a Conan.

—Las mujeres están celosas de mí, claro —siguió diciendo, imperturbable—. Son bastante bonitas, teniendo en cuenta su piel amarilla, pero son tan quiméricas e inseguras como los hombres, y a estos no les gusto tanto por mi belleza como por mi consistencia. ¡No soy ningún sueño! Aunque me he sumergido en los sueños del loto, soy una mujer normal con deseos y emociones terrenales. Algo con lo que esas mujercitas amarillas de ojos rasgados no pueden compararse.

»Por eso te digo que lo mejor que puedes hacer es cortarle la garganta a esa moza con la espada, antes de que los hombres de Xuthal despierten y vayan a por ella. La llevarán a un lugar que no puede ni imaginar. Es demasiado blanda para aguantar lo que yo he soportado. Soy hija de Luxur y antes de que hubiera cumplido quince veranos me habían llevado a los templos de Derketo, la diosa oscura, y me habían iniciado en sus misterios. No diré que los primeros años en Xuthal estuvieran ausentes de placeres. Los habitantes de esta ciudad han olvidado más de lo que los sacerdotes de Derketo podrían imaginar. Solo viven para sus juegos sensuales. Ya sea en sueños o en la vigilia, sus vidas están llenas de éxtasis exóticos, más allá del alcance de la gente ordinaria.

—¡Malditos degenerados! —gruñó Conan.

—Depende del punto de vista —respondió Thalis con una sonrisa perezosa.

Conan tomó una decisión.

—Bien —dijo—, parece que estamos malgastando el tiempo. Me doy cuenta de que este lugar no es para simples mortales. Nos iremos antes de que esos idiotas despierten o Thog venga a devorarnos. Creo que el desierto nos tratará mejor.

Natala, cuya sangre se había helado en las venas al oír a Thalis, asintió con vehemencia. No hablaba demasiado bien el estigio, pero lo entendía lo suficiente. Conan se puso en pie y la levantó tras él.

—Si nos enseñas la salida más cercana de la ciudad —masculló—, nos iremos.

Pero no apartaba la vista de los esbeltos miembros de la estigia ni de su pecho marfileño. A ella no ese le escapó aquella mirada y sonrió de un modo enigmático mientras se ponía en pie con la gracia de un enorme gato perezoso.

—Seguidme.

Les mostró el camino, consciente de los ojos de Conan clavados en su flexible talle y en sus gestos perfectamente medidos. No fue por el lugar por el que habían

venido, pero antes de que Conan empezara a sospechar, se detuvo en una amplia habitación con paredes cubiertas de marfil y señaló una fuentecilla que gorgoteaba en el centro.

—¿No quieres lavarte la cara, niña? —le preguntó a Natala—. La tienes cubierta de polvo, y el pelo también.

Natala se sonrojó ante la malicia que asomaba en la voz ligeramente burlona de la estigia, pero aceptó la sugerencia mientras se preguntaba lastimeramente cuánto daño habrían hecho el sol y el viento del desierto a su cutis, un rasgo siempre apreciado en las mujeres de su pueblo. Se arrodilló frente a la fuente, se echó el pelo hacia atrás, se bajó la túnica hasta la cintura y empezó a lavarse no solo el rostro, sino también los blancos brazos y los hombros.

—¡Por Crom! —masculló Conan—. Aunque el diablo les pise los talones, las mujeres siempre se detendrán a acicalarse. Date prisa, muchacha. Además, vas a llenarte de polvo otra vez en cuando dejemos atrás esta ciudad. Ah, Thalis, te lo agradecería si pudieras conseguirnos algo de comida y bebida.

Por toda respuesta, Thalis se inclinó hacia él y pasó un brazo por los bronceados hombros. Apretó el suave costado desnudo contra su muslo, y el perfume de su esponjoso pelo se introdujo en su nariz.

—¿Por qué aventurarse en el desierto? —susurró con ansia—. ¡Quédate! Te enseñaré los modos de Xuthal y te protegeré. ¡Te deseo! Eras un hombre de verdad y estoy harta de estos engendros que no hacen más que suspirar, soñar, despertar y soñar otra vez. Ansío la pasión directa y feroz de un hombre terrenal. El brillo de tus ojos salvajes hace que mi corazón se alborote en el pecho y el toque de tu brazo musculoso me enloquece.

»¡Quédate! Te haré rey de Xuthal. Te mostraré todos sus misterios arcanos y todas las formas exóticas de placer. Te...

Había arrojado ambos brazos al cuello del Conan y estaba de puntillas, el cuerpo brillante y trémulo contra el de él. Más allá de su hombro marfileño, el cimerio vio a Natala, que se echaba atrás el pelo mojado y despeinado y se detenía de pronto, los adorables ojos abiertos, los rojos labios separados en una O de asombro. Con un gruñido avergonzado, se desenganchó de los brazos pegajosos de Thalis y la hizo a un lado con un gesto del enorme brazo. Ella lanzó una rápida mirada a la joven britunia y sonrió enigmáticamente. Su espléndido rostro cabeceó misteriosamente, como si reflexionara sobre algo.

Natala se puso en pie y se colocó la túnica. Le ardían los ojos y fruncía los labios, enfurruñada. Conan lanzó una maldición entre dientes. No era más monógamo que cualquier otro soldado de fortuna, pero había en él una decencia innata que era la mejor protección de Natala.

Thalis no lo presionó. Les hizo una seña con la mano indicando que la siguieran y cruzó la habitación.

Al otro lado, junto a la pared cubierta de tapices, se detuvo de pronto. Conan la miraba, preguntándose si habría oído los sonidos producidos por el monstruo innominado que acechaba a medianoche en las habitaciones. Sintió que se le ponía la carne de gallina.

—¿Qué has oído? —quiso saber..

—Vigila esa puerta —señaló ella.

Conan se giró, espada en mano. Lo único que vio fue el arco vacío de la entrada. Tras él sonó un ruido ahogado y veloz de arrastre y luego un jadeo interrumpido. Se dio la vuelta. Thalis y Natala se habían desvanecido. El tapiz caía

en su sitio, como si alguien lo hubiera apartado antes de la pared. Mientras miraba asombrado oyó un grito apagado detrás del tapiz, procedente de la garganta de la joven britunia.

Cuando Conan se giró para cumplir la petición de Thalis y quedó de cara a la entrada opuesta, Natala estaba justo detrás de él, junto a la mujer estigia. En el instante en que el cimerio se daba la vuelta, Thalis tapó la boca de la joven con la mano con una rapidez felina casi increíble, ahogando así el grito que intentaba dar. Al mismo tiempo, el otro brazo de la estigia pasó por la flexible cintura de la britunia y la empujó contra la pared, que de pronto cedió cuando el hombro de Thalis presionó contra ella. Una parte del muro se movió hacia atrás y Thalis empujó a su cautiva por una rendija abierta en el tapiz justo cuando Conan se giraba de nuevo.

Dentro, la oscuridad se hizo completa cuando la puerta secreta se volvió a cerrar. Thalis tanteó la pared por un instante, aparentemente para echar el pestillo, y al hacerlo le quitó la mano de la boca a Natala. La joven britunia lanzó un grito con todas sus fuerzas. Thalis respondió con una risotada que era como miel envenenada en medio de la oscuridad.

—Grita cuanto quieras, estúpida. Eso solo acortará tu vida.

Al oír aquello, Natala guardó silencio de repente y se encogió, temblando.

—¿Por qué? —suplicó—. ¿Qué me vas a hacer?

—Te llevaré por este pasillo, no muy lejos —respondió Thalis— y luego te dejaré para alguien que vendrá a por ti antes o después.

—¡Ahhh! —La voz de Natala se quebró en un sollozo aterrado—. ¿Por qué quieres hacerme daño? ¡Nunca te he hecho nada!

—Quiero a tu guerrero y te interpones en mi camino. Él me desea, pude leerlo en su ojos. De no ser por ti, se habría quedado para ser mi rey. Pero cuando hayas desaparecido, vendrá a por mí.

—Sí, a rajarte la garganta —respondió Natala con convicción. Conocía a Conan bastante mejor que Thalis.

—Ya veremos —respondió con frialdad la estigia, segura de su poder sobre los hombres—. En cualquier caso no vas a saber si me besa o me apuñala, porque serás la novia del que mora en las sombras. ¡Vamos!

Medio enloquecida de terror, Natala se debatió como un animal salvaje, pero no consiguió nada. Con una fuerza que no parecía posible en una mujer, Thalis la levantó y cargó con ella por el pasillo como si fuera un bebé. Natala dejó de gritar. Recordaba las siniestras palabras de la estigia y lo único que se oía eran sus propios jadeos desesperados y la risita lasciva de Thalis. De pronto, las manos aleteantes de la britunia se cerraron sobre algo en la oscuridad: el mango enjoyado de un puñal sobresalía en el ceñidor incrustado de gemas de Thalis. Natala lo desenvainó y golpeó a ciegas con todas sus fuerzas.

Un grito felino de furia y dolor se escapó de los labios de Thalis. Se tambaleó y Natala se deslizó de entre sus brazos y cayó contra el pulido suelo de baldosas. Se puso en pie, se lanzó hacia la pared más cercana y allí se quedó, jadeando temblorosa, pegaba contra la piedra. No podía ver a Thalis, pero la oía. La estigia no estaba muerta: maldecía sin parar con una rabia tan concentrada y dañina que Natala sintió que los huesos se le hacían de cera y la sangre se le helaba.

—¿Dónde estás, condenada? —jadeó Thalis—. Deja que te pille de nuevo y

te... —Natala sintió nauseas al oír la descripción de las injurias y tormentos a los que pretendía someter la estigia a su rival. Sus palabras habrían avergonzado a la más curtida cortesana de Aquilonia.

Natala la sentía tanteando en la oscuridad y, de pronto, se encendió una luz. Estaba claro que cualquier miedo que el negro pasillo le causara a Thalis había sido ahogado por su rabia. La luz venía de una de las gemas de radium que adornaban las paredes de Xuthal: Thalis la había frotado y ahora un resplandor rojizo la iluminaba, distinto de las otras luces de la ciudad. Se presionaba el costado con una mano y la sangre le goteaba por entre los dedos, pero no parecía debilitada ni malherida, y los ojos ardían diabólicos. El poco valor que le quedase a Natala se desvaneció al contemplar a la estigia bañada en aquel resplandor fantasmal, el hermoso rostro contraído de rabia diabólica. Avanzó con pasos felinos, apartó la mano del costado herido y se sacudió con impaciencia las gotas de sangre de los dedos. Natala comprobó que no había conseguido herirla seriamente; el puñal había resbalado en las joyas del ceñidor de Thalis y había infligido una herida superficial, suficiente tan solo para despertar la furia de la estigia.

—¡Dame el puñal, estúpida! —siseó mientras avanzaba hacia la acobardada joven.

Natala sabía que tenía que luchar antes de que perdiese su oportunidad, pero no lograba reunir valor. Nunca había sido una luchadora, y la oscuridad, la violencia y el horror de lo sucedido la habían dejado aturdida, tanto física como mentalmente. Thalis le quitó el puñal de entre los dedos laxos y lo lanzó a un lado con desdén.

—¡Perra! —masculló entre dientes mientras la abofeteaba salvajemente con una y otra mano—. Antes de arrastrarte por el pasillo y arrojarte a las fauces de Thog, derramaré yo misma tu sangre. Te has atrevido a apuñalarme y vas a pagar cara tu osadía.

La agarró por el pelo y la arrastró varios pasos, justo hasta el borde del círculo de luz. Una anilla de metal asomaba en la pared, un poco por encima de la altura de la cabeza de un hombre. De allí colgaba un cordón de seda. Como en una pesadilla, Natala sintió que Thalis le desgarraba la túnica y, al momento siguiente, le levantaba las muñecas y se las ataba a la anilla. Desnuda como había venido al mundo, los pies apenas tocando el suelo, Natala giró la cabeza y vio que Thalis cogía un látigo de empuñadura enjoyada colgado de la pared, cerca de la anilla. Las trallas eran siete cordones redondos de seda, más duros y flexibles que una correa de cuero.

Con un siseo de venganza satisfecha, Thalis echó el brazo hacia atrás, y Natala lanzó un grito cuando el látigo le golpeó el lomo. La joven se retorcía, giraba y tiraba dolorosamente de las correas que sujetaban sus muñecas. Había olvidado la reptante amenaza que sus gritos podían convocar, al igual que Thalis, y cada latigazo le arrancaba gritos de angustia. Los golpes que Natala había recibido en el mercado de esclavos shemita palidecían frente a estos. Nunca habría creído posible un sufrimiento como el que causaban los cordones de seda férreamente entretejidos. Su caricia era más exquisitamente dolorosa que la de cualquier vara de abedul o correa de cuero. Silbaban venenosamente al cortar el aire.

Natala giró el rostro manchado de lágrimas hacia el hombro para aullar pidiendo misericordia, pero algo le congeló los gritos. El dolor en sus hermosos ojos fue sustituido por un terror paralizante.

Intrigada por el cambio de expresión, Thalis contuvo la mano alzada y giró veloz como un gato. ¡Demasiado tarde! Un grito horrísono se escapó de sus labios mientras se echaba hacia atrás, los brazos alzados. Natala la vio por un instante: una imagen blanca y aterrada recortada contra una enorme masa negra e informe que se alzaba sobre ella. Luego, la figura blanca de la estigia se elevó del suelo y la sombra retrocedió. En el círculo de luz mortecina, Natala se quedó sola, colgando de la anilla y medio desmayada de terror.

De las negras sombras surgieron sonidos incomprensibles que le helaron la sangre. Oía la voz de Thalis suplicando frenética, pero nadie respondía. No había otro sonido que los jadeos de la estigia, que de pronto se convirtieron en alaridos de agonía para dar paso después a una risa histérica mezclada con sollozos. Estos menguaron hasta convertirse en un jadeo convulso y al fin cesaron por completo, dejando que un silencio más terrible que los gritos se cerniese sobre el pasillo secreto.

Mareada de puro horror, Natala se giró y se atrevió a mirar con timidez en la dirección a la que la sombra había arrastrado a Thalis. No vio nada, pero tuvo una sensación clara de peligro, más espeluznante de lo que podía entender. Luchó contra la marea creciente de histeria que la amenazaba. Olvidó sus muñecas magulladas y su cuerpo azotado ante la amenaza que presentía que ponía en peligro no solo su cuerpo, sino su propia alma.

Entrecerró los ojos y atisbó en las tinieblas más allá del círculo de luz mortecina, tensa de puro terror ante lo que pudiese ver. Se le escapó un sollozo al ver que algo tomaba forma en la oscuridad, algo enorme y voluminoso que crecía en mitad de la nada. Vio una cabeza gigantesca y deforme salir a la luz, o lo que tomó por una cabeza, pues no se parecía a miembro alguno de nada normal o cuerdo. Vio un rostro con aspecto de sapo, de facciones tan temblorosas e inestables como las de un fantasma en un espejo de pesadilla. Enormes pozos de luz que tal vez fueran ojos parpadeaban en su dirección, y Natala se estremeció ante la lujuria y el ansia cósmicas reflejadas en ellos. No podía decir nada del cuerpo de la criatura. Sus contornos parecían temblar y alterarse de forma sutil cada vez que la miraba; aun así, su sustancia parecía por completo sólida. No había nada brumoso o fantasmal en él.

Se acercaba a ella, pero no podía estar segura de si caminaba, se retorcía, volaba o se arrastraba. Su método de locomoción estaba completamente más allá de su entendimiento. Emergió de las sombras pero seguía sin estar segura de su naturaleza; la luz de la gema de radium no lo iluminaba como lo habría hecho con una criatura ordinaria. Por más que sonara imposible, la criatura parecía impenetrable a la luz. Los detalles de su anatomía siguieron siendo indistintos y borrosos, incluso cuando se detuvo tan cerca de ella que casi rozaba su piel temblorosa. Solo la faz parpadeante de sapo se veía con cierta claridad. Aquel ser era como un punto ciego, como un esputo negro de sombra que la luz normal no era capaz de disipar o iluminar.

Pensó que se había vuelto loca, ya que no era capaz de determinar si la miraba desde arriba o desde abajo. No tenía manera de saber si aquel rostro repulsivo parpadeaba desde las sombras a sus pies o la miraba desde una altura imposible. Pero si verla la había persuadido de que estaba compuesta de sustancia sólida pese a sus mutables características, su sentido del tacto terminó por convencerla de ello. Un brazo oscuro parecido a un tentáculo se deslizó por su cuerpo, y Natala lanzó un grito ante aquel toque en su piel. No era ni cálido ni

frío, ni áspero ni suave; no se parecía a nada que la hubiera tocado jamás y su caricia le hizo sentir un miedo y una vergüenza que no habría imaginado ni en sueños. Todo lo que de obsceno y salaz se había criado en el estiércol de los fosos abisales de la vida parecía estar ahogándola en un mar de suciedad cósmica. Y en ese instante supo que, independientemente de la forma de vida que representase, aquella cosa no era un animal.

Empezó a gritar incontrolablemente mientras el monstruo tiraba de ella como si quisiera arrancarla de la anilla por pura fuerza bruta. Luego, algo se rompió sobre ellos y un cuerpo atravesó el aire y aterrizó en el suelo de piedra.

Cuando Conan se giró justo a tiempo para ver el tapiz regresar a su lugar en la pared y oír el grito ahogado de Natala, se lanzó hacia la pared con un rugido enloquecido. El impacto, que habría roto los huesos de un hombre menos fuerte, lo hizo rebotar. Arrancó el tapiz y vio lo que parecía una pared desnuda. Alzaba la espada con rabia como si quisiera cortar a tajos el mármol cuando un ruido repentino lo hizo detenerse, totalmente alerta.

Un grupo venía hacia él, hombres de piel amarilla vestidos con túnicas y con espadas cortas en la mano. Mientras giraba para enfrentarlos cayeron sobre él con un grito hostil. No hizo el menor esfuerzo por aplacarlos. Enloquecido por la desaparición de su amante, el bárbaro había vuelto a su naturaleza primordial.

Un gruñido satisfecho y ansioso de sangre se escapó de su garganta mientras saltaba y el primer atacante, la espada corta sobrepasada por la silbante hoja, caía con los sesos desparramándose del cráneo partido en dos. Girando como un gato, Conan segó con la hoja una muñeca descendente y la mano, aún sosteniendo la espada, saltó por el aire entre salpicaduras rojas. Conan ni se detuvo ni dudó. Con un giro vertiginoso esquivó el ataque torpe de dos espadachines amarillos y la espada de uno, errado su objetivo, se enterró en el pecho del otro.

Un grito de desaliento se oyó tras aquel infortunio, y Conan se permitió un corto estallido de risa lobuna mientras esquivaba un tajo siseante y su golpe sobrepasaba la guardia de otro habitante de Xuthal. Un largo reguero carmesí acompañó el filo cantarín de su espada y el hombre se derrumbó entre gritos, eviscerado.

Los guerreros de Xuthal aullaban como lobos enloquecidos. Poco acostumbrados a la batalla, resultaban ridículamente lentos y torpes comparados con el tigre bárbaro cuyos movimientos eran un borrón de pura velocidad que solo podía alcanzar el acero compenetrado con una mente orientada hacia la batalla. Pataleaban y se tambaleaban, entorpecidos por su propio número; atacaban demasiado pronto o demasiado rápido y golpeaban el aire. Conan nunca permanecía inmóvil o en el mismo lugar por más de un instante; saltaba, se hacía a un lado, giraba, se retorcía, ofrecía un blanco continuamente cambiante a las espadas enemigas mientras su propia hoja entonaba endechas mortales alrededor de los atacantes.

Pero por muchos defectos que tuvieran las gentes de Xuthal, la falta de valor no era uno de ellos. Se arracimaban alrededor del bárbaro gritando y cortando, y más allá del pasaje en arco venían más, despertados de sus ensoñaciones por el insólito clamor.

Conan, que sangraba por un corte de la frente, abrió un espacio frente a él con un barrido devastador de su espada goteante y lanzó un rápido vistazo en busca de

una vía de escape. En ese momento vio que uno de los tapices en una de las paredes se hacía a un lado y mostraba una estrecha escalera. Al final de aquella había un hombre con ropas lujosas y ojos vidriosos y parpadeantes, como si acabara de despertar y aún no se hubiera librado de los últimos restos del sueño.

Ver y actuar fueron acciones simultáneas para Conan.

Un salto de tigre lo llevó más allá del círculo de espadas y se lanzó hacia la escalera con la masa alborotando a sus espaldas. Tres hombres le hicieron frente al pie de las escaleras de mármol, y se enfrentó a ellos con un choque ensordecedor de metal. Hubo un instante frenético en el que las hojas flamearon como rayos en una tormenta; luego, los tres cayeron mientras Conan iniciaba su ascenso por la escalera. La horda que lo perseguía tropezó con los tres cuerpos en el suelo: uno yacía boca abajo en un amasijo espantoso de sangre y sesos; otro apoyaba las manos en el suelo mientras la sangre escapaba a borbotones negros de las venas seccionadas del cuello; el tercero aullaba como un perro moribundo mientras se arañaba el muñón carmesí que había sido un brazo.

Mientras Conan corría por los escalones de mármol, el individuo que estaba arriba salió de su estupor y desenvainó una espada que lanzó un brillo escarchado a la luz del radium. Lanzó una estocada hacia el bárbaro que venía hacia él, pero casi a la vez que la punta de la espada le alcanzaba el cuello, Conan se agachó. La hoja le arañó la piel de la espalda mientras se echaba hacia adelante y empujaba el arma hacia arriba con toda la fuerza de sus poderosos hombros, como lo habría hecho un carnicero.

El impulso fue tan tremendo que hundió la espada hasta la empuñadura en el vientre del enemigo sin que eso lo frenara. Rebotó contra el cuerpo desmadejado y lo tumbó a un lado. El impacto empujó a Conan contra la pared. Su enemigo, medio partido en dos por la espada, cayó por las escaleras, abierto en canal desde la ingle al destrozado esternón. El hombre, envuelto en una espantosa maraña de entrañas ensangrentadas, cayó sobre los que subían por las escaleras y los arrastró con él.

Aturdido, Conan se apoyó un instante en la pared y miró hacia abajo. Luego, sacudiendo con un gesto desafiante la goteante espada, siguió escalera arriba.

Llegó a una habitación en la planta superior y se detuvo solo el tiempo suficiente para comprobar que estaba vacía. Tras él, la horda aullaba con tal rabia e intensidad que supo que debía de haber matado a alguien importante en las escaleras, quién sabe si al rey de aquella fantasmagórica ciudad.

Echó a correr al azar, sin plan alguno. Deseaba con todas sus fuerzas encontrar y ayudar a Natala, pues estaba seguro de que la joven estaba en apuros. Pero perseguido, al parecer, por todos los guerreros de Xuthal, lo único que podía hacer era seguir corriendo, confiando en que la suerte le permitiera eludirlos y encontrarla. En medio de aquellas habitaciones en penumbra o tenuemente iluminadas no tardó en perder el sentido de la orientación, y no fue de extrañar que acabase entrando en una sala en la que justo se estaban concentrando sus enemigos.

Lanzaron gritos de venganza y se arrojaron contra él; con un gruñido de disgusto, Conan dio media vuelta y volvió por donde había venido. Al menos eso creía. No tardó en darse cuenta de su error al entrar en una habitación especialmente ornamentada. Todas las salas que había recorrido desde que había subido las escaleras habían estado vacías, pero esta tenía un ocupante, que se puso en pie con un grito mientras él entraba.

**Conan vio a una mujer de piel amarilla, cubierta de joyería pero por lo demás desnuda, que lo contemplaba con los ojos abiertos de par en par. No vio mucho más mientras ella alzaba la mano y tiraba de una cuerda de seda que colgaba de la pared. De pronto, el suelo desapareció bajo sus pies y ni sus nervios de acero pudieron impedir que cayera al negro abismo que se abrió bajo él.**

**No cayó desde una gran altura, aunque sí la suficiente para haber roto los huesos de alguien que no estuviera hecho de tendones de acero y barbas de ballena.**

**Aterrizó como un gato sobre los pies y una mano, la espada instintivamente agarrada con la otra. El grito de una voz conocida llegó a sus oídos mientras se ponía en pie como lo habría hecho un lince con los colmillos desnudos. Así fue como Conan, atisbando bajo la alborotada melena, vio la blanca figura desnuda de Natala retorciéndose en el abrazo lujurioso de una negra forma de pesadilla que solo podía haber sido engendrada en los fosos perdidos del infierno.**

**La imagen de aquella monstruosidad a solas habría podido helar la sangre del cimerio. Pero verla junto a su amante hizo que una oleada de furia asesina cruzara su mente. En medio de una neblina carmesí se lanzó hacia el monstruo.**

**Este soltó a la chica y se volvió hacia su atacante; con un silbido estridente, la espada del enloquecido cimerio atravesó la negra mole viscosa y golpeó el suelo de piedra arrancando chispas azuladas. Conan cayó de rodillas a causa de la furia del golpe: el filo no había encontrado la resistencia que esperaba. Mientras se ponía en pie, la cosa ya estaba a su lado.**

**Se cernía sobre él como una nube negra y resonante. Parecía fluir a su alrededor en oleadas, intentando envolverlo y tragarlo. La espada, enloquecida, pasaba una y otra vez a su través, el puñal lo desgarraba sin parar. Conan estaba empapado de un líquido viscoso que quizá fuera sangre. Pero no cejaba en su furia.**

**No podía distinguir si estaba cortándole los brazos o apuñalándole el pecho, ni qué era lo que sajaba su espada. Se sentía zarandeado de un lado a otro en medio de la violencia del combate y tenía la sensación de que no estaba peleando con una sola, sino con una agrupación de criaturas mortíferas. Era como si aquella cosa lo mordiera, arañara, aplastara y golpeara a la vez. Sentía colmillos y garras atravesarle la carne; cables flácidos que sin embargo eran duros como el acero se enroscaban alrededor de su cuerpo y sus brazos y, lo peor de todo, algo que parecía la mordedura de mil escorpiones caía una y otra vez contra sus hombros, espalda y pecho, arrancándole la piel y llenándole las venas de un veneno que era como fuego líquido.**

**Habían rodado más allá del círculo de luz y el cimerio combatía en la oscuridad más absoluta. En cierto momento clavó los dientes como un animal en la flácida sustancia de su enemigo, asqueado al notar que se retorcía y estiraba como goma viva entre sus mandíbulas de acero.**

**En el huracán de la batalla rodaban de un lado a otro, internándose más y más en el túnel. La mente de Conan se estremecía ante el castigo que estaba aguantando. El aliento le salía a silbidos por entre los dientes. Muy por encima de él vio un rostro parecido al de un sapo, tenuemente iluminado por un resplandor espectral que parecía emanar de la criatura. Con un grito jadeante que era mitad maldición mitad boqueada de dolor se lanzó hacia él poniendo todas sus menguantes fuerzas en el golpe. La espada se hundió hasta la empuñadura en alguna parte del deforme rostro, y un estremecimiento convulso sacudió la vasta**

forma que medio envolvía al cimerio. Con un estallido volcánico, se contrajo y se expandió, se echó hacia atrás y rodó con frenesí pasillo abajo. Magullado, baqueteado, invicto, Conan fue con él, colgado como un perro de presa de la empuñadura de la espada, que no podía desclavar, rasgando y sajando la forma temblorosa con el puñal en la mano izquierda, arrancándole la carne a tiras.

La cosa empezó a brillar con un resplandor fosforescente que cegó a Conan casi a la vez que la forma ondulante y agitada se desprendía de él. La espada, ya libre, seguía en su mano cerrada, que ahora colgaba en el aire mientras a lo lejos el resplandeciente cuerpo del monstruo caía hacia las profundidades veloz como un meteoro. Conan, aturdido, se dio cuenta de que yacía justo al borde de un enorme pozo, cuyo borde era de piedra viscosa. Permaneció allí contemplando el resplandor alejarse vertiginoso, haciéndose cada vez más pequeño, hasta que se desvaneció en una superficie oscura que pareció ascender para atraparlo. Durante un instante, un fuego infernal y trémulo brilló en las tétricas profundidades. Luego desapareció, y Conan permaneció tumbado en las tinieblas de un abismo definitivo del que no salía sonido alguno.

Debatiéndose inútilmente contra las cuerdas de seda que le ataban las muñecas, Natala intentó distinguir algo en las tinieblas más allá del círculo de luz. Tenía la lengua pegada al paladar. Había visto desvanecerse a Conan en aquella oscuridad, trabado en combate mortal con el demonio desconocido, y los únicos sonidos que habían llegado a sus oídos alertas habían sido los jadeos del bárbaro, el impacto de cuerpos en lucha y el ruido sordo de golpes salvajes. Estos habían cesado y Natala se balanceaba aturdida colgada de las ataduras, medio desmayada.

El ruido de pasos la sacó de su apatía horrorizada y vio a Conan salir de la oscuridad. En ese momento encontró la voz en un grito que resonó a lo largo de todo el túnel abovedado. La paliza que el cimerio había recibido era dolorosa de contemplar. La sangre goteaba a cada paso y tenía el rostro despellejado y arañado como si lo hubieran aporreado con una maza. Sus labios estaban apelmazados y la sangre de una herida en el cuero cabelludo le corría por la cara. Se veían grandes tajos en los muslos, pantorrillas y antebrazos, y enormes moratones en el cuerpo y las extremidades allí donde se había golpeado contra el suelo de piedra. Pero eran los hombros, espalda y pectorales los que más habían sufrido. La carne estaba magullada, hinchada y lacerada, y la piel le colgaba en tiras sueltas, como si lo hubieran azotado con un látigo.

—¡Ay, Conan! —gimió—. ¿Qué te ha pasado?

Él no tenía aliento para malgastarlo hablando, pero los machacados labios se torcieron en lo que tal vez era una sonrisa macabra mientras se acercaba a ella. El hirsuto pecho, brillante de sangre y sudor, subía y bajaba con la respiración. Poco a poco y con esfuerzo levantó los brazos y cortó las cuerdas, para luego dejarse caer contra la pared y quedarse allí, las temblorosas piernas separadas. Natala se puso en pie trabajosamente y lo abrazó con frenesí mientras sollozaba histérica.

—¡Ay, Conan, estás herido de muerte! ¿Qué vamos a hacer?

—Bueno —resopló él—, no puedes enfrentarte a un demonio del infierno y salir intacto.

—¿Dónde está? —susurró ella—. ¿Lo has matado?

—No lo sé. Cayó por un pozo. Estaba hecho pedazos sanguinolentos, pero no sé si el acero puede matarlo realmente.

—¡Oh, tu pobre espalda! —exclamó ella, retorciéndose las manos.

—Me golpeó con un tentáculo —murmuró él, conteniendo un juramento—. Cortaba como un cable al rojo y quemaba como veneno. Pero fue su maldito abrazó lo que me quitó el aliento. Era peor que el de una pitón. O mucho me equivoco o la mitad de mis entrañas están fuera de su sitio.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió ella.

El miró hacia arriba. La trampilla estaba cerrada y no venía sonido alguno de allí.

—No podemos volver por la puerta secreta —murmuró—. Esa habitación está llena de muertos y sin duda los guerreros me esperan allí. Deben de haber creído que sellé mi destino al caer por la trampilla, o quizá no se atrevían a seguirme a este túnel. Saca esa gema de radium de la pared. Mientras volvía a tientas por el pasillo noté que había arcos que se abrían a otros túneles. Iremos por el primero que encontremos. Puede que nos lleve a otro foso o a cielo abierto. Hay que arriesgarse. No vamos a quedarnos aquí dentro hasta que nos pudramos.

Natala obedeció y, con el pequeño punto de luz en la mano izquierda y la espada ensangrentada en la derecha, Conan avanzó por el pasillo. Caminaba despacio, rígido, sostenido solo por su vitalidad animal. Había un destello vacío en sus ojos inyectados en sangre, y Natala lo veía lamerse los magullados labios de vez en cuando. Sabía que estaría sufriendo un dolor tremendo, pero con el estoicismo característico de los salvajes no emitía la mejor queja.

La luz mortecina iluminó un arco negro y Conan fue hacia él. Natala se encogió ante lo que pudieran encontrarse, pero la luz solo reveló un túnel similar al que acababan de dejar.

No tenía ni idea de cuánto camino habían recorrido cuando ascendieron una larga escalera y llegaron junto a una puerta de piedra, trabada por un pestillo dorado.

Ella dudó y miró a Conan. El cimerio se balanceaba sobre los pies, y la luz en su mano temblorosa dibujaba formas fantasmagóricas en las paredes.

—Abre la puerta, muchacha —murmuró con voz pastosa—. La gente de Xuthal nos está esperando y no quiero decepcionarlos. ¡Por Crom, la ciudad no ha visto nunca un sacrificio como el que voy a ofrecerle!

Natala sabía que estaba medio delirando. No se oía sonido alguno al otro lado de la puerta. Cogió la gema de radium de la mano ensangrentada, corrió el pestillo y abrió el panel hacia adentro. Ante los ojos tenía el reverso de un tapiz en hilo de oro; lo apartó y atisbó al otro lado con el corazón desbocado. Contemplaba una sala vacía en cuyo centro resonaba cantarina una fuente plateada.

La pesada mano de Conan cayó sobre su hombro desnudo.

—Hazte a un lado, muchacha —murmuró—. Es hora de que canten las espadas.

—No hay nadie en la habitación —respondió ella—. Pero hay agua…

—La oigo. —Se relamió los labios amoratados—. Beberemos antes de morir.

Parecía ciego. Ella tomó su mano manchada de sangre y lo guio a través de la puerta de piedra. Natala iba de puntillas, esperando en cualquier momento que una horda amarilla saliera cruzando los arcos.

—Bebe mientras yo monto guardia —murmuró él.

—No, no tengo sed. Échate junto a la fuente y te limpiaré las heridas.

—¿Y qué hay de las espadas de Xuthal? —No dejaba de pasar la mano por los ojos, como si quisiera aclararse la vista nublada.

—No oigo a nadie. Todo está en silencio.

Conan se sentó a tientas, metió el rostro en el chorro de agua cristalina y bebió hasta que ya no pudo más. Cuando volvió a alzar la cabeza, los ojos inyectados en sangre mostraban una expresión de cordura; se tendió en el suelo de mármol tal como ella le pedía, aunque mantuvo la espada en la mano y no apartó la vista de los pasajes de entrada. Natala le lavó la piel rasgada y vendó las heridas más profundas con tiras que hizo con una cortina de seda. Se estremeció ante el aspecto de la espalda: estaba descolorida, moteada y manchada de negro y azul y de un amarillo enfermizo allí donde no estaba en carne viva. Mientras lo curaba, buscaba desesperadamente una solución a su problema. Si se quedaban allí los descubrirían antes o después. Si los habitantes de Xuthal aún los perseguían o habían vuelto a sus sueños, no sabría decirlo.

Al terminar la tarea, se quedó paralizada. Bajo el cortinaje que tapaba en parte un nicho asomaba un trozo de carne amarilla.

Sin decirle nada a Conan, se puso en pie y cruzó en silencio la habitación, agarrando con fuerza el puñal. El corazón le latía desbocado mientras retiraba la cortina. Sobre una tarima yacía una joven, desnuda y en apariencia sin vida. Junto a su mano había una jarra de jade llena de un líquido extraño de color dorado. Natala supuso que sería el elixir descrito por Thalis, que daba vigor y vitalidad a los decadentes xuthalios. Se inclinó sobre la figura yaciente y agarró la jarra, el puñal junto al pecho de la chica. No se despertó.

Con la jarra en su poder, Natala dudó, al darse cuenta de que lo más seguro era hacer que la joven dormida no pudiera despertar para dar la alarma. Pero no era capaz de clavar el puñal del cimerio en aquel pecho inmóvil y acabó por dejar la cortina como estaba y volver con Conan, que seguía tal como lo había dejado, apenas consciente.

Se sentó y llevó la jarra a los labios del bárbaro. Este bebió de forma mecánica al principio y, de repente, con más ganas. Para su sorpresa, se sentó y le arrancó la jarra de las manos. Cuando lo miró a la cara los ojos ya no estaba inyectados en sangre, sus facciones ya no tenían aquel aspecto demacrado y su voz no era un balbuceo delirante.

—¡Crom! ¿De dónde has sacado esto?

Ella señaló con el dedo.

—De ese nicho, donde duerme una zorra de piel amarilla.

Él hundió los labios de nuevo en el líquido dorado.

—Por Crom —dijo con un hondo suspiro—. Siento la vida y las fuerzas recorrer mis venas como puro fuego. Sin duda este es el elixir de la vida.

—Tenemos que volver al pasillo —sugirió Natala, nerviosa—. Pueden descubrirnos si nos quedamos aquí mucho rato. Podemos escondernos hasta que se te curen las heridas...

—No —gruñó él—. No somos ratas, no nos vamos a esconder en madrigueras entre las tinieblas. Dejaremos esta ciudad infernal ahora mismo, y que alguien intente impedirlo.

—Pero tus heridas... —gimió ella.

—No las noto —respondió él—. Quizá sea una fuerza ilusoria la que me ha dado el vino, pero juro que ni me duelen ni me siento débil.

De pronto, llevado por una idea repentina, atravesó la habitación y se acercó a una ventana que Natala no había visto. Ella echó un vistazo desde detrás de él. Una brisa fresca le alborotó el pelo despeinado. Sobre ellos se veía un oscuro cielo

aterciopelado, lleno de estrellas. Abajo se extendía una extensión indefinida de arena.

—Thalis decía que toda la ciudad era un enorme palacio —dijo Conan—. Evidentemente, algunas habitaciones se construyeron como torres en las murallas y esta es una de ellas. La suerte nos ha sonreído.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, aprensiva, sin dejar de mirar desde su espalda.

—Hay una jarra de cristal en esa mesa de marfil —respondió él—. Llénala de agua y átale una tira de las cortinas al gollete mientras yo desgarro este tapiz.

Natala obedeció sin rechistar y cuando volvía vio que Conan estaba entrelazando largas tiras de seda para fabricar una cuerda, cuyo extremo ató a la pata de la enorme mesa de marfil.

—Nos arriesgaremos con el desierto —dijo—. Thalis habló de un oasis a un día de marcha hacia el sur y de praderas más allá. Si alcanzamos el oasis podremos descansar hasta que se curen mis heridas. Este vino es pura hechicería. Hace poco casi era hombre muerto y ahora mismo estoy preparado para hacer frente a cualquier cosa. Queda seda suficiente para que te vistas.

Natala había olvidado su desnudez. El hecho en sí no la preocupaba, pero su piel delicada necesitaría protección del sol del desierto. Mientras enrollaba y anudaba la seda alrededor de su cuerpo flexible, Conan se volvió hacia la ventana y de un tirón desdeñoso arrancó los barrotes de oro que la protegían. Luego, tras enrollar el extremo de la cuerda alrededor de las caderas de Natala y advertirla que se agarrase con ambas manos, la hizo pasar por la ventana y la ayudó a descender las diez varas de altura hasta el suelo. Ella se deshizo del bucle de seda y, tras recoger la cuerda, Conan enrolló las jarras de agua y vino y las hizo descender. Luego descendió él mismo y lo hizo velozmente, a pulso.

Al llegar junto a Natala, la joven soltó un suspiro de alivio. Estaban solos a los pies de la enorme muralla, con las pálidas estrellas sobre la cabeza y el desierto desnudo ante ellos. No sabían qué peligros los acechaban, pero el corazón de la joven rebosaba de pura alegría por estar fuera de aquella ciudad irreal y espectral.

—Quizá encuentren la cuerda —gruñó Conan, mientras se echaba las preciosas jarras a los hombros y contenía una mueca cuando contactaron con su magullada carne—. Quizá incluso nos persigan, pero por lo que dijo Thalis, no lo creo. El sur está hacia allá. —Señaló el camino con el enorme brazo bronceado—. Así que el oasis está en esa dirección. ¡Vamos!

Tomó la mano de la joven de un modo considerado, poco habitual en él, y echó a andar por la arena, acomodando sus zancadas a las piernas más cortas de su compañera. No miró hacia la silenciosa ciudad que dejaban tras ellos, fantasmal y ensoñadora.

—Conan —dijo Natala al cabo de un rato—. Cuando luchaste contra el monstruo, y luego, cuando viniste por el pasillo, ¿no viste rastro alguno de... de Thalis?

Él negó con la cabeza.

—El corredor estaba oscuro. Pero estaba vacío.

Ella se estremeció.

—Me torturó... Pero me da lástima.

—Fue toda una bienvenida la que nos dieron en esa condenada ciudad —masculló él con su sombrío humor habitual—. Bueno, sospecho que van a recordar

**nuestra visita durante bastante tiempo. Hay abundancia de sesos y entrañas que limpiar en las baldosas de mármol, y si su dios sigue con vida quedó peor parado que yo. Salimos bastante bien del asunto, después de todo: tenemos vino y agua y una buena posibilidad de llegar a un lugar habitable, aunque tengo aspecto de haber pasado por una picadora de carne y a ti te duele...**

**—Es todo culpa tuya —le interrumpió ella—. Si no le hubieras puesto ojitos de cordero a esa gata estigia...**

**—¡Diablos de Crom! —maldijo él—. Aunque los océanos inundasen el mundo las mujeres seguiríais encontrando tiempo para poneros celosas. ¡Al cuerno con ello! ¿Acaso podía impedir que la estigia se enamorase de mí? Después de todo, solo era humana.**

# EL DIABLO DE HIERRO

## 1

El pescador aflojó el cuchillo en la vaina. El gesto fue instintivo, pues lo que temía no era nada que un cuchillo pudiera atravesar; ni siquiera las curvas hojas en sierra de los yuetshi, capaces de eviscerar a un hombre de un solo golpe. Ni hombre ni bestia lo amenazaban en la soledad que se extendía sobre la escarpada isla de Xapur.

Había escalado los acantilados, había cruzado la jungla que los bordeaba y ahora permanecía de pie en medio de las ruinas de un esplendor pasado. Columnas rotas asomaban entre los árboles y las líneas dispersas de las murallas desmoronadas serpenteaban entre las sombras. A sus pies había amplios adoquines, rotos y retorcidos a causa de las raíces que crecían bajo ellos.

El pescador era un ejemplar típico de su pueblo, gente peculiar cuyo origen se perdía en el remoto amanecer del pasado y que vivía desde tiempo inmemorial en sus toscas cabañas de pesca de la costa meridional del Mar de Vilayet. Era robusto, de grandes brazos simiescos y pecho amplio, aunque de caderas estrechas y piernas delgadas y torcidas. Tenía el rostro ancho, la frente baja y huidiza y el pelo espeso y enmarañado. No vestía más que un cinturón del que pendía un cuchillo y un retal que le hacía de taparrabos.

Que estuviera donde estaba demostraba que era algo más curioso de lo normal entre su pueblo. Rara vez los suyos visitaban Xapur. Estaba deshabitada, olvidada por todos, tan solo una isla más de la miríada de ellas que punteaba el gran mar interior. La llamaban Xapur la Fortificada a causa de sus ruinas, restos de algún reino prehistórico, perdido y olvidado mucho antes de que los conquistadores hibóreos bajaran desde el norte. Nadie sabía quién había erigido aquellas piedras, aunque entre los yuetshi circulaban leyendas macabras que medio sugerían una conexión de inenarrable antigüedad entre los pescadores y el desconocido reino insular.

Pero habían pasado más de mil años desde que algún yuetshi comprendiera la importancia de tales consejas; las repetían ahora como una fórmula sin sentido, un acertijo incomprensible que acudía a sus labios por pura costumbre. Ningún yuetshi había posado los pies en Xapur durante un siglo. La costa adyacente estaba desierta y no era más que un cañaveral pantanoso que pertenecía a las espantosas bestias que lo habitaban. El pueblo del pescador estaba a alguna distancia al sur, en el continente. Una tormenta había arrastrado su frágil bote de pesca lejos de los caladeros acostumbrados y lo había estrellado en una noche de resplandecientes relámpagos y olas rugientes contra los altos acantilados de la isla. Ahora, al amanecer, el cielo brillaba claro y azul y el sol naciente convertía en gemas las hojas goteantes. Durante la noche había escalado los acantilados contra los que había encallado porque, en medio de la tormenta, había visto caer del cielo negro una espantosa lanza de luz; esta había impactado con tal fuerza

que toda la isla se estremeció, y había venido acompañada de un estampido cataclísmico que el pescador dudaba que lo hubiera causado un árbol desarraigado.

Una cierta curiosidad lo había llevado a investigar aquello, y ahora que había encontrado lo que buscaba se sentía poseído por una inquietud instintiva, un presentimiento casi animal de peligro.

Entre los árboles se alzaban los restos de una estructura semejante a una cúpula, compuesta de gigantescos bloques de esa curiosa piedra verde de aspecto metálico que solo se encuentra en las islas del Vilayet. Parecía increíble que hubieran sido talladas y transportadas por manos humanas, y sin duda estaba más allá de la habilidad humana destruir la estructura que conformaban. Pero el rayo había convertido en astillas de aspecto cristalino varios de los pesados bloques y había reducido otros a polvo verde, además de haber arrancado toda la cúpula.

El pescador trepó a las ruinas, se asomó y no pudo evitar un gruñido ante lo que veía. Bajo la cúpula destruida, rodeado de polvo y trozos de mampostería, yacía un hombre sobre un bloque dorado. Vestía una especie de saya ceñida con un fajín de cuero. El pelo, negro y largo, caía sobre los amplios hombros, y lo ceñía a la frente una cinta de oro. En su enorme pecho musculado descansaba un curioso puñal de pomo enjoyado, empuñadura de cuero y hoja ancha y curva. Se parecía al cuchillo que llevaba el pescador en la cadera, aunque no tenía el filo serrado y era producto de una artesanía infinitamente más elaborada.

La visión del puñal llenó de codicia al pescador. El hombre yacente estaba muerto, por supuesto, y llevaba así varios siglos. Aquella cúpula era su tumba. Al pescador ni se le ocurrió preguntarse qué arcanas artes habían preservado el cuerpo de un modo tan perfecto que casi parecía vivo, cómo habrían hecho para que los fuertes miembros parecieran plenos e intactos o la carne oscura tan llena de vida. En la mente embotada del yuetshi solo había sitio para el cuchillo, para las delicadas líneas onduladas que cruzaban la resplandeciente hoja.

Descendió con dificultad al interior y cogió el puñal del pecho del cadáver. Al hacerlo, algo extraño y terrible sucedió. Las manos oscuras y poderosas se cerraron de forma espasmódica, los párpados se abrieron y revelaron unos ojos grandes, negros, hipnóticos, cuya mirada golpeó al sobresaltado pescador de un modo casi físico. Este retrocedió y, en su agitación, soltó el puñal. El hombre sobre el estrado se incorporó hasta sentarse, y el pescador se quedó boquiabierto al contemplar su verdadera estatura. Los ojos entrecerrados estaban fijos en el yuetshi y en aquellos orbes rasgados no se apreciaba gratitud o amistad; solo se vislumbraba un fuego ajeno y hostil como el que brillaría en los ojos de un tigre.

De pronto, el hombre se incorporó por completo y se irguió ante él, amenazador de la cabeza a los pies. En la mente abotargada del pescador no había lugar para el terror, al menos para ese terror que hace presa en el alma cuando se contempla algo que desafía las leyes fundamentales de la naturaleza. Mientras las grandes manos descendían hacia sus hombros, el yuetshi desenvainó su cuchillo en sierra y golpeó hacia arriba en un solo movimiento. La hoja se partió contra el tenso vientre del extraño como si hubiera chocado contra una columna de acero, y el grueso cuello del pescador se quebró como una rama podrida entre las gigantescas manos.

Jehungir Agha, señor de Khawarizm y guardián de la frontera costera, examinó de nuevo el pergamino enrollado con el sello del pavo real y lanzó una carcajada tan breve como sardónica.

—¿Y bien? —preguntó secamente su consejero, Ghaznavi.

Jehungir se encogió de hombros. Era un hombre apuesto, orgulloso de ese modo despiadado que va aparejado a la alta cuna y el éxito.

—El rey se impacienta —dijo—. Se queja de su puño y letra de lo que llama mi fracaso en guardar las fronteras. Por el Tarim, si no consigo asestar un golpe decisivo contra esos salteadores de la estepa, Khawarizm quizá tenga pronto un nuevo amo.

Ghaznavi se acarició meditabundo la barba entrecana. Yezdigerd, rey de Turán, era el monarca más poderoso del mundo. En su palacio de la gran ciudad portuaria de Agrapur se amontonaba el botín de varios imperios. Su armada de galeras de guerra de velas moradas había convertido el Vilayet en un estanque hirkanio. Los cetrinos habitantes de Zamora le pagaban tributo, así como las provincias orientales de Koth. Al oeste, hasta Shushan, los shemitas se sometían a su imperio. Sus ejércitos hostigaban la frontera de Estigia en el sur y las nevadas tierras de Hiperbórea en el norte. Sus jinetes habían llevado sangre y fuego a occidente: a Britunia, Ofir Corintia... Incluso a las fronteras de Nemedia. Los cascos de los caballos de sus espadachines de yelmos dorados habían pisoteado ejércitos enteros, y las ciudades amuralladas estallaban en llamas a una orden suya. En los abarrotados mercados de esclavos de Agrapur, Sultanapur, Khawarizm, Shahpur y Khorusun se vendía a las mujeres por tres reales de plata: britunias de cabello rubio, estigias morenas, zamorias de pelo oscuro, kushitas del color del ébano, shemitas de piel aceitunada...

Sin embargo, mientras sus veloces jinetes aplastaban al enemigo en países lejanos, en sus mismas fronteras un audaz enemigo le tiraba de las barbas con una mano manchada de sangre y de humo.

En las amplias estepas entre el mar de Vilayet y la frontera de los reinos hibóreos orientales había surgido un nuevo pueblo en el último medio siglo, formado en un principio por criminales fugitivos, hombres arruinados, esclavos fugados y desertores del ejército. Muchos eran sus delitos y procedían de numerosas naciones: algunos habían nacido en la estepa, otros habían huido de los reinos occidentales. Se los llamaba kozaki, que significaba derrochadores.

Moraban en la estepa abierta y agreste, no se regían por otra ley que su extraño código y se habían convertido en un pueblo capaz de desafiar incluso al Rey de Reyes. Saqueaban una y otra vez la frontera turania y se retiraban a la estepa en la derrota; asolaban la costa en connivencia con los piratas del Vilayet, con quienes guardaban estrecha relación, y asaltaban las naves mercantes que hacían cabotaje entre los puertos hirkanios.

—¿Cómo voy a aplastar a esos lobos? —quiso saber Jehungir—. Si los sigo a la estepa corro el riesgo de que me acorralen y destruyan o de que me den esquinazo y quemen la ciudad en mi ausencia. En los últimos tiempos se han vuelto cada vez más osados.

—Eso se debe al nuevo caudillo que tienen —respondió Ghaznavi—. Ya sabes a quién me refiero.

—¡Sí! —respondió Jehungir, arrebatado—. Ese demonio de Conan. Es aún más feroz que los kozaki y tan astuto como un león de montaña.

—Se guía más por puro instinto animal que por la inteligencia —respondió Ghaznavi—. Al menos el resto de los kozaki desciende de gente civilizada. Él no es más que un bárbaro. Acabar con él les asestaría un golpe mortal.

—Pero ¿cómo? —quiso saber Jehungir—. Una y otra vez se las ha apañado para salir de situaciones que parecían una muerte segura. Ya sea por instinto o inteligencia ha conseguido evitar o escapar de todas las trampas que le hemos tendido.

—Para toda bestia u hombre hay una trampa de la que no puede escapar —acotó Ghaznavi—. He observado a este Conan cuando parlamentábamos con los kozaki para negociar el rescate de prisioneros. Tiene una acusada predilección por las mujeres y las bebidas fuertes. Haz que traigan a tu cautiva Octavia.

Jehungir dio una palmada y un impresionante eunuco kushita, ébano brillante en bombachos de seda, se inclinó ante él y salió a cumplir la orden. No tardó en volver llevando de la muñeca a una joven alta y bien parecida cuyo cabello dorado, ojos claros y piel delicada la identificaban como miembro sin mácula de su pueblo. La exigua túnica de seda, ceñida en la cintura, dejaba ver perfectamente su espléndida figura. Sus delicados ojos brillaban de resentimiento y los rojos labios estaban fruncidos, pero la cautividad la había enseñado a mostrarse sumisa. Se detuvo con la cabeza gacha ante su amo hasta que este le señaló un diván a su lado. Solo entonces miró a Ghaznavi en un gesto inquisitivo.

—Debemos separar a Conan de los kozaki —dijo de pronto el consejero—. Su campamento está en estos momentos en alguna parte del curso inferior del río Zaporoska, que, como bien sabes, se trata de un marjal pantanoso cubierto de cañas; fue allí donde nuestra última expedición resultó masacrada por esos diablos sin amo.

—No es algo que vaya a olvidar con facilidad —respondió Jehungir, mordaz.

—Hay una isla desierta cerca de la costa —dijo Ghaznavi—. Se la conoce como Xapur la Fortificada a causa de unas ruinas antiguas que hay en ella. Tiene una característica que la hace perfecta para nuestros fines. No hay orillas en todo su contorno, sino que está rodeada de acantilados de cincuenta varas de altura. Ni siquiera un mono podría escalarlos. Solo hay un lugar en el que desembarcar, un estrecho pasaje en el lado occidental; aparentemente una escalera desgastada tallada en la roca del acantilado.

»Si pudiéramos atrapar a Conan a solas en la isla le daríamos caza a nuestro gusto. Con arcos, como si fuera un león.

—Lo mismo podrías pedir la luna —dijo Jehungir con impaciencia—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Enviarle un mensaje pidiéndole que suba el acantilado y espere nuestra llegada?

—¡Exactamente! —Ante la mirada de asombro de Jehungir, Ghaznavi siguió hablando—: Pediremos parlamento a los kozaki para intercambiar prisioneros; en el borde de la estepa, junto al fuerte Ghori. Al igual que otras veces, acudiremos con un contingente y acamparemos fuera del fuerte. Vendrán e igualarán nuestras fuerzas y el parlamento transcurrirá como de costumbre, lleno de sospechas y desconfianza. Pero llevaremos con nosotros, como quien no quiere la cosa, a tu hermosa cautiva. —Octavia palideció y prestó atención con renovado interés a las palabras del consejero mientras este la señalaba con la cabeza—. Usará todas sus artimañas para llamar la atención de Conan, lo que no le será difícil. Para un bandido salvaje como él, parecerá la imagen misma de la belleza. Su vitalidad y su aspecto lo atraerán más que cualquiera de las muñecas que pueblan tu serrallo.

**Octavia se puso en pie de un salto, con los puños apretados, los ojos brillantes y el cuerpo trémulo de rabia e indignación.**

**—¿Me obligarías a ser la ramera de ese bárbaro? —exclamó—. ¡No! No soy ninguna buscona callejera que sonríe y le hace caídas de ojos a un bandido de la estepa. Soy la hija de un noble nemedio...**

**—Pertenecías a la nobleza nemedia antes de que mis jinetes te capturaran —respondió Jehungir con cinismo—. Ahora no eres más que una esclava y harás lo que se te ordene.**

**—¡Me niego! —aulló ella.**

**—En absoluto —replicó Jehungir de forma deliberadamente cruel—. No te negarás. Me gusta el plan de Ghaznavi. Sigue, príncipe entre los consejeros.**

**—Seguramente Conan querrá comprarla. Te negarás a venderla, por supuesto, o a intercambiarla por prisioneros hirkanios. Quizá intente robarla o tomarla por la fuerza, aunque no creo que ni siquiera él se atreva a romper la tregua. En cualquier caso, debemos estar preparados para cualquier cosa que intente.**

**»Después de parlamentar, antes de que haya podido olvidarse de ella, le enviaremos un mensajero bajo bandera de tregua y lo acusaremos de haber robado a la moza y exigiremos que la devuelva. Quizá mate al mensajero, pero quedará convencido de que ella ha escapado.**

**»Enviaremos después un espía al campamento kozaki, un pescador yuetshi servirá, para que le diga a Conan que Octavia se oculta en Xapur. Si lo conozco bien, irá de cabeza a la isla.**

**—Pero no estamos seguros de que vaya solo —arguyó Jehungir.**

**—¿Acaso va a llevar un grupo de guerreros para ir a buscar a la mujer que desea? —replicó Ghaznavi—. No, lo más probable es que vaya solo. Pero tendremos en cuenta la otra posibilidad. No lo esperaremos en la isla, donde podríamos quedar atrapados, sino ocultos en el marjal a poco más de cien varas de Xapur. Si trae con él un grupo numeroso, nos retiramos y tramamos otro plan. Si viene solo o con un grupo reducido, vamos por él. En cualquier caso, acudirá; no habrá olvidado las encantadoras sonrisas de tu esclava y sus miradas insinuantes.**

**—¡Jamás me prestaré a algo tan vergonzoso! —Octavia estaba fuera de sí de rabia e indignación—. ¡Antes moriré!**

**—No morirás, mi rebelde beldad —dijo Jehungir—. Pero sí vas a pasar por una experiencia dolorosa y humillante.**

**Dio una palmada y Olivia palideció. Esta vez no entró el kushita, sino un shemita musculoso de estatura media y barba rizada y negroazulada.**

**—¡Tengo una tarea para ti, Gilzan! —dijo Jehungir—. Toma a esta estúpida y dómala un poco. Ten cuidado de no estropear su belleza.**

**Con un gruñido inarticulado, el shemita agarró la muñeca de Octavia y ante la presa de aquellos dedos de acero toda rebeldía desapareció de ella. Con un grito lastimero se escabulló y se postró de hinojos ante su implacable amo, mientras suplicaba clemencia entre sollozos incoherentes.**

**Jehungir despidió con un gesto al decepcionado torturador y le dijo a Ghaznavi:**

**—Si tu plan tiene éxito, te llenaré el regazo de oro.**

En la oscuridad que precede al alba, un sonido desacostumbrado rompió la soledad que se cernía sobre el marjal y las aguas brumosas de la costa. No se trataba de ningún ave acuática medio adormilada o una bestia que despertase. Era un ser humano quien cruzaba con esfuerzo la espesura de cañas más altas que un hombre.

De haber habido alguien por las cercanías habría visto que se trataba de una mujer alta y de pelo dorado, de miembros espléndidos a los que se adhería la túnica embarrada. Octavia había escapado en cuanto había podido y hasta la última fibra de su ser temblaba de indignación ante el recuerdo de un cautiverio que se había vuelto insoportable.

Estar sometida a Jehungir ya había sido bastante malo. Pero de un modo deliberadamente cruel, Jehungir la había entregado a un noble cuyo nombre era sinónimo de degeneración incluso en Khawarizm.

El resistente cuerpo de Octavia se estremecía y temblaba al recordar. La desesperación la había hecho escapar del castillo de Jelal Khan descolgándose por una cuerda trenzada con jirones de tapices, y había tenido la suerte de encontrar un caballo atado cerca. Había cabalgado toda la noche, y el alba la encontró con un corcel agotado en la pantanosa orilla del mar. Temblando de repugnancia ante la sola idea de ser arrastrada de vuelta al asqueroso destino que Jelal Khan tenía pensado para ella, se arrastró por los marjales en busca de un escondite. Contaba con que la persiguieran. Cuando las cañas empezaban a ralear y el agua le llegaba a los muslos divisó la silueta borrosa de una isla frente a ella. La separaba un amplio brazo de agua pero no dudó un momento. Vadeó hasta que las olas lamieron su cintura; luego se impulsó hacia adelante y echó a nadar con un vigor que revelaba una resistencia poco común.

A medida que se aproximaba a la isla, vio alzarse los acantilados como los muros de un castillo. Llegó a ellos pero no encontró lugar alguno bajo el agua en el que hacer pie ni asidero al que subir. Continuó nadando, bordeando los acantilados, pero el prolongado esfuerzo empezaba a hacer que le pesaran las extremidades. Palpó con las manos los contornos de la roca desnuda y de pronto dio con una oquedad. Se aupó hasta ella con un suspiro de alivio. A la pálida luz de las estrellas parecía una diosa goteante.

Se encontraba en lo que parecían escalones tallados en el acantilado. Empezó a subirlos. Se pegó de pronto a la pared al oír el eco apagado de unos remos. Entrecerró los ojos y le pareció divisar un bulto indistinto que se movía hacia el extremo del cañaveral que ella había abandonado poco antes. Pero estaba demasiado lejos para estar segura en medio de aquella oscuridad. El débil sonido cesó y ella siguió su ascenso. Si se trataba de sus perseguidores, lo mejor que podía hacer era esconderse en la isla. Sabía que la mayoría de las islas de aquella costa pantanosa estaban deshabitadas. Quizá aquella fuera una guarida de piratas, pero hasta los piratas eran preferibles a la bestia de la que había escapado.

Un pensamiento fugaz cruzó su mente mientras seguía ascendiendo, y se encontró comparando a su amo anterior con el caudillo kozaki con el que, obligada, había flirteado desvergonzadamente en las tiendas del campamento levantado junto a Fuerte Ghori, donde los hirkanios habían parlamentado con los guerreros de la estepa. Su fiera mirada la había asustado y avergonzado, pero su ferocidad claramente elemental lo situaba por encima de Jelal Khan, un monstruo que solo podía ser fruto de una civilización opulenta.

Trepó hasta superar el borde del acantilado y examinó con precaución las

espesas sombras que tenía enfrente. Los árboles empezaban cerca del borde y formaban una masa densa y oscura. Algo zumbó sobre ella y no pudo evitar agacharse, aunque se dio cuenta de que no era más que un murciélago.

No le gustaba el aspecto de aquellas sombras impenetrables, pero apretó los dientes y fue hacia ellas, intentando no pensar en serpientes. Sus pies desnudos no hacían el menor ruido sobre el mullido suelo bajo los árboles.

Una vez estuvo entre ellos, la oscuridad se cerró atemorizadora a su alrededor. No había dado ni una docena de pasos cuando se dio cuenta, al mirar atrás, de que ya no podía ver los acantilados ni el mar más allá. Unos pasos más y ni siquiera fue capaz de discernir hacia dónde iba, desorientada sin remedio. A través de las ramas enredadas no asomaba ni una estrella. Avanzó a tientas, indecisa, a ciegas, hasta que algo la hizo detenerse de repente.

En algún lugar frente a ella oyó el rítmico retumbar de un tambor. No había esperado oír un sonido así en aquel momento y mucho menos en aquel lugar. Mas no tardó en olvidarse de ello en cuanto fue consciente de una presencia cercana; no podía verlo, pero supo que había algo a su lado en la oscuridad.

Sofocó un grito mientras retrocedía y, en ese momento, algo que reconoció a pesar del pánico como un brazo humano se cerró alrededor de su cintura. Gritó y luchó por liberarse con todas sus juveniles fuerzas, pero su captor la sujetaba como quien sostiene a un niño, venciendo sus frenéticos intentos con facilidad. El silencio que recibieron sus aterradas súplicas y protestas incrementó su terror mientras la llevaban a través de la oscuridad hacia el lejano tambor, que aún sonaba rítmicamente.

## 4

Mientras el primer resplandor de la mañana teñía de rojo el mar, un pequeño bote con un solo ocupante se acercaba a los acantilados. Era un individuo curioso. Llevaba un pañuelo carmesí anudado a la cabeza y los amplios pantalones de seda, del color del fuego, estaban ceñidos por una faja ancha de la que pendía una cimitarra con vaina de piel. Sus botas de cuero con adornos dorados parecían más propias de un jinete que de un marino, pero manejaba el bote con habilidad. La blanca camisa de seda, abierta, mostraba un pecho amplio y musculoso, tostado por el sol.

Los músculos de sus broncíneos y macizos brazos se flexionaban mientras manejaba los remos con una elegancia casi felina. En cada gesto y movimiento se percibía una vitalidad feroz que lo diferenciaba de los hombres corrientes. Su expresión, sin embargo, no era salvaje ni sombría, aunque en los brillantes ojos azules se agazapaba una ferocidad latente. Se trataba de Conan, que había llegado al campamento de los kozaki sin más posesiones que su determinación y su espada y había tallado su camino hacía el liderazgo con ellas.

Remó hacia la escalera esculpida en la roca como si estuviera familiarizado con ella y atracó el bote junto a un saliente. Luego ascendió con decisión por los escalones desgastados. Tenía los sentidos alerta, no porque sospechase algún peligro oculto, sino porque estar alerta era parte de su naturaleza, afinada por la vida agreste que había llevado.

Lo que Ghaznavi había calificado de intuición animal o de sexto sentido no eran más que los sentidos afilados y salvajes de un bárbaro. Conan no tenía

instinto alguno que le dijera que lo vigilaban desde un escondite entre las cañas de la costa.

Mientras ascendía por el acantilado, uno de los vigías tomó aire poco a poco y alzó sigilosamente un arco. Jehungir lo sujetó por la muñeca y susurró un exabrupto en su oído:

—¡Idiota! ¿Quieres que nos descubra? ¿No ves que está fuera de alcance? Deja que se meta en la isla y que busque a la chica. Permaneceremos aquí un rato. Quizá haya notado nuestra presencia o adivinado la trampa. Puede que tenga guerreros ocultos cerca. Esperaremos. Dentro de una hora, si no ocurre nada sospechoso, iremos al pie de la escalera y esperaremos allí. Si no vuelve en un tiempo razonable, iremos unos cuantos a la isla y le daremos caza. Pero no quiero llegar a eso a menos que no quede más remedio. Algunos de los nuestros morirán sin duda si tenemos que emboscarlo. Mejor pillarlo con los arcos desde una distancia segura.

Entretanto, y sin sospechar nada, el kozaki había entrado en el bosque. Caminaba en silencio con sus flexibles botas de cuero, escrutando cada sombra, deseoso de dar con la belleza espléndida de melena leonada con la que había soñado desde que la había visto en el pabellón de Jehungir Agha en Fuerte Ghori. La habría deseado aunque la joven le hubiese demostrado repugnancia, pero sus sonrisas crípticas y sus miradas insinuantes le habían encendido la sangre, y con la violencia indómita que era su acervo deseaba a aquella mujer civilizada de piel blanca y pelo dorado.

Ya había estado antes en Xapur. Hacía menos de un mes, había mantenido allí mismo una reunión secreta con una tripulación pirata. Sabía que se estaba acercando a la zona en la que no tardaría en ver las misteriosas ruinas que daban nombre a la isla, y se preguntaba si encontraría a la joven oculta entre ellas. Mientras daba vueltas a esa idea se detuvo de pronto, como si lo hubieran golpeado.

Frente a él y entre los árboles se alzaba algo que la razón le decía que era imposible. Había una enorme muralla verde y se distinguían torres más allá de las almenas.

Conan se quedó paralizado, atrapado por la perturbación de las facultades que experimenta cualquiera que se ve confrontado con una negación imposible de la cordura. No dudaba ni de su vista ni de su razón, pero había algo totalmente fuera de lugar. Hacía menos de un mes, lo único que se veía entre los árboles eran ruinas desmoronadas. ¿Qué mano humana habría sido capaz de levantar la enorme estructura que veía en las pocas semanas que habían pasado? Además, los bucaneros que recorrían el Vilayet de un lado a otro habrían sabido que algo tan enorme como aquello se estaba construyendo y habrían avisado a los kozaki.

No había explicación para lo que veía, pero allí estaba. Se encontraba en Xapur y aquella increíble mole de construcciones elevadas estaba en Xapur, lo cual no tenía el menor sentido y era una locura. Pero era real.

Dio media vuelta y corrió a través de la jungla, hacia la escalera tallada y las aguas azules, hacia el lejano campamento en la desembocadura del Zaporoska. En aquel momento de pánico animal, hasta la idea de permanecer tan cerca del mar interior le resultaba repugnante. Lo dejaría tras él, abandonaría el campamento kozaki y la estepa y pondría mil leguas entre él y aquel oriente azul y misterioso en el que las leyes más básicas de la naturaleza podían retorcerse por quién sabía qué diabólicos medios.

**Por un instante, el destino futuro de varios reinos que dependían de aquel bárbaro de ropajes vistosos pendió de un hilo. Fue algo diminuto lo que inclinó la balanza: el atisbo de un jirón de seda colgado de un arbusto. Se inclinó hacia él, las aletas de la nariz dilatadas, los nervios a flor de piel. Sobre aquel retal de ropa desgarrada, tan tenue que más que percibirlo con sus sentidos lo sintió de un modo instintivo y primario, flotaba un perfume tentador que lo llevaba a la carne apetitosa y firme de la mujer que había visto en la tienda de Jehugir. Así que el pescador no había mentido. ¡Estaba allí! Vio una huella en el suelo, la pisada de un pie desnudo, largo y esbelto, pero de un hombre, no de una mujer, que se hundía más de lo normal. La conclusión era evidente: el individuo que había dejado aquella huella acarreaba un peso, y tal peso solo podía ser el de la joven que buscaba el kozaki.**

**Se detuvo en silencio y observó las oscuras torres que asomaban entre los árboles, los ojos convertidos en dos rendijas de fuego azul. El deseo por la joven de pelo dorado combatía con la rabia repentina y primordial hacia quienquiera que se la hubiese llevado. Su pasión humana luchó con sus miedos ultraterrenos y los venció. Con el paso acechante de una pantera a la caza, se encaminó hacia las murallas, aprovechando el denso follaje para escapar a un posible avistamiento desde las almenas.**

**Mientras se acercaba vio que las murallas estaban construidas con la misma piedra verde que las ruinas y se sintió asaltado por una vaga sensación de familiaridad. Era como si estuviera mirando algo que nunca hubiera visto, pero con lo que hubiera soñado o que se hubiese imaginado. Al cabo, reconoció esa sensación. Las murallas y las torres seguían el contorno de las ruinas, como si las desmoronadas líneas hubieran crecido de repente para recrear las estructuras originales.**

**Ni un sonido perturbó el silencio de la mañana mientras Conan llegaba al pie de la muralla que se alzaba en medio de la lujuriante vegetación. En el extremo sur del mar interior, esta era casi tropical. No vio a nadie en las almenas, ni oyó el menor sonido proveniente del otro lado. Divisó una enorme puerta a poca distancia a su izquierda. No había el menor motivo para no suponer que estaría cerrada y vigilada, pero estaba convencido de que la mujer que buscaba estaba más allá del muro en alguna parte y, como era de esperar, actuó con la temeridad que lo caracterizaba.**

**Sobre él, unas ramas de las que colgaban lianas crecían hacia las almenas. Como si fuera un gato subió por uno de los árboles hasta llegar a un punto por encima del parapeto, se agarró a una gruesa rama con las dos manos y se balanceó hasta que ganó impulso suficiente. Se dejó ir entonces y se catapultó por el aire. Aterrizó como un gato en una de las almenas y desde ella, agazapado, examinó las calles de la ciudad.**

**El perímetro de la muralla era modesto, pero circundaba una sorprendente cantidad de edificios de piedra verde. Tenían al menos tres o cuatro pisos y eran casi todos de techo plano, construidos en un estilo arquitectónico elegante. Las calles convergían como los radios de una rueda en un patio de forma octogonal en el centro de la ciudad. Allí se alzaba un edificio elevado que, con sus cúpulas y torres, dominaba la ciudad entera. No vio movimiento alguno ni en las calles ni tras las ventanas, aunque el sol ya estaba alto. El silencio que se enseñoreaba de todo parecía el de una ciudad muerta y abandonada. Una estrecha escalera de piedra ascendía hasta la muralla cerca de donde estaba y decidió bajar por ella.**

Las casas estaban tan cerca de la muralla que a mitad del descenso vio que estaba a la distancia de un brazo de una de las ventanas y se detuvo a echar un vistazo. No había barrotes en ella, y las cortinas de seda estaban recogidas con cordones de satén. Contempló una sala con las paredes totalmente cubiertas por oscuros tapices de terciopelo. Había espesas alfombras en el suelo y bancos de ébano pulido y estrados de marfil cubiertos de pieles.

Estaba a punto de seguir su camino cuando oyó que alguien se acercaba por la calle. Antes de que el desconocido doblara la esquina y lo viera, cubrió de un salto la distancia hasta la ventana, se metió en la habitación y desenvainó la cimitarra. Se quedó completamente inmóvil un instante; luego, al ver que nada ocurría se deslizó por las alfombras hasta un pórtico en arco. Al apartarse la cortina que lo cubría vio un cenador lleno de cojines desde el que una esbelta joven de pelo negro lo miraba con languidez.

Conan la contempló en tensión, seguro de que se pondría a gritar en cualquier momento. Pero la joven se limitó a ocultar un bostezo con una mano delicada y, tras incorporarse, se apoyó con descuido en la cortina que sujetaba con la otra.

Era blanca, sin la menor duda, aunque de piel muy morena. El pelo, de corte recto, era negro como la medianoche, y la única prenda que llevaba era una tira de seda alrededor de las suaves caderas.

Dijo algo en una lengua desconocida para Conan, quien meneó la cabeza. Volvió a bostezar, se estiró con agilidad y sin mostrar miedo o sorpresa cambió a un lenguaje que él comprendía, un dialecto del yuetshi que sonaba curiosamente arcaico.

—¿Buscas a alguien? —preguntó, indiferente al hecho de que un extraño armado invadiese sus aposentos, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Quién eres? —quiso saber él.

—Yateli —respondió ella con languidez—. Debo de haber estado de jarana hasta tarde la noche pasada, estoy que me caigo de sueño. ¿Quién eres tú?

—Conan, atamán de los kozaki —respondió, sin dejar de mirarla con fijeza.

La actitud de ella tenía que ser una pose y sin duda aguardaba el momento adecuado para escapar o avisar al resto de la casa. Pero aunque a su lado colgaba un cordón de terciopelo que tal vez fuera un llamador, no hizo el menor intento de cogerlo.

—Conan —repitió ella soñolienta—. No eres dagonio. Supongo que eres un mercenario. ¿Has cortado muchas cabezas de yuetshi?

—¡No peleo contra ratas de agua! —bufó él.

—Pero son terribles —murmuró ella—. Todavía me acuerdo de cuando eran nuestros esclavos. Se rebelaron y lo quemaron todo y asesinaron. Solo la magia de Khosatral Khel los mantiene fuera de las murallas... —Se detuvo de pronto, y el desconcierto luchó contra la soñolencia en sus facciones—. Casi se me olvida —musitó—. Sí que cruzaron las murallas, anoche. Hubo gritos e incendios y la gente llamaba en vano a Khosatral. —Meneó la cabeza, como si intentase aclararse las ideas—. Pero no puede ser —murmuró—; estoy viva y creí que me habían matado. ¡Ah, al diablo con ello!

Cruzó la habitación, tomó la mano de Conan y se lo llevó al estrado. Él se dejó hacer, desconcertado e inseguro. La joven le sonreía como un niño adormilado; las largas pestañas aterciopeladas caían sobre unos ojos oscuros, nublados. Le pasaba los dedos por el negro y espeso pelo como si quisiera asegurarse de que era real.

—Fue un sueño —dijo entre bostezos—. A lo mejor, todo es un sueño. Ahora

mismo me parece estar soñando. No importa. Hay algo que no puedo recordar... He olvidado... No entiendo del todo lo que pasa, pero siento tanto sueño si intento pensar... Bah, qué más da.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, intranquilo—. Dijiste que habían cruzado las murallas anoche. ¿Quiénes?

—Los yuetshi. Eso creo. Me parece. Había una nube de humo que lo ocultaba todo, pero un demonio desnudo y cubierto de sangre me cogió por la garganta y me hundió un cuchillo en el pecho. ¡Cómo dolió! Pero tiene que haber sido un sueño, ¿ves?, no tengo cicatriz. —Se examinó con indolencia el pecho suave; de pronto se sentó en el regazo de Conan y rodeó con los esbeltos brazos el robusto cuello del cimerio—. No me acuerdo —murmuró, mientras hundía la cabeza en su pecho—. Todo está borroso, confuso. Pero no importa. Tú no eres un sueño. Y eres fuerte. Vivamos mientras podamos. ¡Ámame!

Conan acunó la lustrosa cabeza de la chica en su brazo musculoso y besó los labios rojos y gruesos con evidente placer.

—Eres fuerte —repitió ella, con voz desmayada—. Ámame... Áma... —El soñoliento murmullo se desvaneció; los ojos adormilados se cerraron y las largas pestañas se rindieron sobre las sensuales mejillas. El esbelto cuerpo quedó completamente exangüe en brazos de Conan.

La contempló con el ceño fruncido. Parecía participar de la ilusión que se cernía sobre toda la ciudad, pero el tacto firme de aquel cuerpo bajo sus dedos inquisitivos lo convenció de que la que estaba en sus brazos era una joven de carne hueso, no la sombra de un sueño. Eso no lo tranquilizó, y la dejó tendida entre las pieles del estrado. Aquel sueño resultaba demasiado profundo para ser natural. Se le ocurrió que quizá era adicta a alguna droga, quién sabe si al loto negro de Xuthal.

Entonces descubrió algo que lo dejó de piedra. Entre las pieles vio un hermoso pellejo moteado, de un matiz principalmente dorado. No se trataba de una copia bien hecha, sino de la piel de un animal real. Y ese animal, bien lo sabía Conan, llevaba extinto al menos mil años. Era el gran leopardo dorado que aparece con gran frecuencia en las leyendas hibóreas, al que los artistas de antaño gustaban de retratar en pinturas y tallas.

Sin dejar de menear la cabeza, confuso, pasó bajo el arco y entró en un pasillo serpenteante. El silencio pendía sobre la casa, pero fuera se oía un sonido que sus agudos oídos reconocieron como el de algo que subía por la escalera de la muralla que él había usado para entrar en el edificio. Poco después se sobresaltó al oír que algo se posaba en el suelo alfombrado de la sala que acababa de abandonar. Dio media vuelta y echó a correr por el curvado pasillo hasta que vio algo en el suelo que lo hizo detenerse de repente.

Era un cuerpo humano, que yacía a medias en la sala y a medias en una abertura que, era evidente, de normal quedaba oculta por una puerta que imitaba los paneles del pasillo. Era un hombre moreno y enjuto, vestido tan solo con un taparrabos de seda; tenía el cráneo afeitado y las facciones crueles, y yacía como si la muerte lo hubiera golpeado justo al salir por el panel. Conan se agachó y buscó la causa de la muerte, pero descubrió que simplemente se había sumido en el mismo sueño profundo que la joven de la habitación.

Pero ¿por qué habría elegido un paraje como aquel para echar una cabezada? Mientras meditaba sobre el asunto, Conan se tensó de repente al oír algo a sus espaldas. Algo avanzaba por el pasillo en su dirección. Una mirada de reojo le

mostró que este terminaba en una enorme puerta, que quizá pudiera estar trabada. Conan arrastró el cuerpo inconsciente por la entrada camuflada, se metió dentro y cerró el panel tras él. Un chasquido le hizo saber que había encajado en su sitio. Envuelto en una oscuridad total, oyó un arrastrar de pies que de pronto se detuvo al otro lado de la puerta. Un escalofrío le recorrió la espalda. Aquellos pasos no eran humanos, ni pertenecían a ninguna bestia que conociese.

Hubo un momento de silencio y luego se oyó un débil crujido de madera y metal. Apoyó la mano en la puerta y se dio cuenta de que se combaba hacia dentro, como si un gran peso se apoyase en ella al otro lado. Echó mano a la espada, pero de pronto el crujido cesó y oyó un extraño susurro sollozante que le puso los pelos de punta. Cimitarra en mano, empezó a retroceder, y estuvo a punto de caer cuando sus pies dieron con un escalón. Se encontraba al extremo de una estrecha escalera que llevaba al piso inferior.

Bajó a tientas en medio de la oscuridad, buscando alguna abertura en la pared, sin encontrarla. Ya había llegado a la conclusión de que no se encontraba en la casa sino bajo tierra a bastante profundidad cuando, de repente, los escalones terminaron ante un túnel horizontal.

## 5

Conan avanzaba a tientas por el oscuro y silencioso túnel, temeroso de caer en algún pozo invisible. Pero sus pies no tardaron en tropezar con otra escalera, y ascendió por ella hasta que llegó a una puerta en la que sus inquietos dedos encontraron una manilla metálica. Salió a una habitación en penumbra de techo alto y enormes proporciones. Increíbles columnas formaban a lo largo de las paredes moteadas y sobre ellas se apoyaba un cielorraso que, translúcido y polvoriento a un tiempo, parecía un cielo nublado a medianoche y creaba la ilusión de una altura imposible. Si se filtraba alguna luz del exterior, lo hacía alterada de una forma extraña.

En medio de un crepúsculo eterno, Conan cruzó el suelo de piedra verde. La enorme habitación era circular, perforada a un lado por las gigantescas hojas de una puerta de bronce. En el lado opuesto a la puerta, sobre una tarima pegada a la pared de la que descendían varios escalones curvos, había un trono de cobre, y en cuanto Conan vio lo que se enroscaba en el trono retrocedió apresuradamente y alzó la cimitarra.

Al ver que aquello no se movía se arriesgó a examinarlo más de cerca y subió los escalones de cristal que llevaban al trono. Era una serpiente gigantesca tallada en una sustancia similar al jade. Cada escama destacaba como lo habrían hecho las auténticas, y los colores iridiscentes se habían reproducido con asombrosa precisión. La enorme cabeza en forma de cuña estaba medio hundida en los pliegues del tronco y no se veían ni los ojos ni la mandíbula. Se dio cuenta de que representaba uno de aquellos siniestros monstruos de los marjales que habían asolado las costas meridionales del Vilayet en tiempos remotos. Pero se habían extinguido hacía cientos de años, igual que el leopardo dorado. Conan había visto reproducciones en miniatura en las cabañas de los yuetshi; además, había una descripción de aquellas bestias en el Libro de Skelos, que bebía de fuentes prehistóricas.

El bárbaro admiró el tronco cubierto de escamas, grueso como su muslo y

enormemente largo; movido por la curiosidad, tendió la mano hacia aquella cosa. Al hacerlo, casi se le para el corazón. Un escalofrío le heló la sangre en las venas y le erizó el cuero cabelludo. Lo que sentía bajo su mano no era la textura lisa y quebradiza del cristal, el metal o la piedra, sino la sustancia flexible y fibrosa de algo vivo. Sintió una vida fría y aletargada bajo los dedos.

Retiró la mano, lleno de una repulsión instintiva. La espada le temblaba en el puño y el horror, el asco y el miedo casi lo ahogaron mientras retrocedía por los escalones de cristal con un cuidado exquisito. Fascinado y horrorizado, no podía apartar la vista de aquella criatura espeluznante que dormía totalmente inmóvil sobre el trono de cobre.

Llegó a la puerta de bronce e intentó abrirla, con el corazón latiendo desbocado y sudando de puro terror ante la idea de verse encerrado junto a aquel horror pegajoso. Pero las hojas cedieron cuando empujó, y pasó a través de ellas y las cerró a sus espaldas.

Se encontraba en un amplio salón de elevadas paredes cubiertas de tapices, con la misma luz crepuscular que hacía que los objetos más lejanos parecieran borrosos. Eso le hizo sentir incómodo y llenó su mente de pensamientos de serpientes ocultas en la penumbra. La puerta que había al otro extremo parecía estar a millas de distancia en aquella luz ilusoria. Más cerca, un tapiz colgaba de tal modo que daba la impresión de que hubiera una abertura tras él. Lo alzó con cuidado y descubrió una estrecha escalera que iba hacia arriba.

Mientras dudaba oyó en la habitación de la que había salido el mismo arrastrar de pies que había oído al otro lado del panel. ¿Lo habían seguido por el túnel? Se lanzó de prisa hacia la escalera y dejó caer de nuevo el tapiz.

No tardó en salir a un pasillo en curva y cruzó la primera puerta que encontró. Había una doble intención en su vagar sin objetivo aparente. Por un lado, escapar del edificio y de sus misterios y, por el otro, encontrar a la joven nemedia que estaba seguro se encontraba prisionera en alguna parte de aquel palacio, templo o lo que fuese. Era lo más probable que el gobernante de la ciudad morase en el gran edificio en cúpula alzado en el centro de aquella, y sin duda allí habría llevado a su cautiva.

La puerta dio paso a una habitación, no a otro pasillo. Estaba a punto de dar media vuelta cuando oyó una voz que llegaba del otro lado de una de las paredes. No había puerta en ella, pero se acercó y pudo oír con claridad. Un escalofrío le recorrió la espalda. El lenguaje era nemedio, pero la voz no era humana. Había una resonancia horripilante rodeándola, como la de una campana que doblase a medianoche.

—No había vida alguna en el abismo, salvo aquella en mi interior —resonaba —. No había luz ni movimiento; no había sonido. Solo el ansia más allá de la vida me guiaba y me empujaba en mi viaje hacia lo alto; ciego, insensato, imparable. Era tras era, escalé los estratos inmutables de la oscuridad…

Cautivado por aquella resonancia vibrante, Conan se agachó y se olvidó de todo lo demás, hasta que aquel poder hipnótico nubló sus facultades y percepciones y el sonido creó la ilusión de una imagen. El cimerio ya no era consciente de la voz, salvo como remotas y rítmicas olas de sonido. Transportado más allá de su tiempo y de su propio ser, contemplaba la metamorfosis del hombre llamado Khosatral Khel mientras reptaba por el abismo de la noche en tiempos remotos y se vestía con la propia sustancia del cosmos material.

Pero la carne humana era demasiado frágil, demasiado mezquina para

**sustentar la inconmensurable esencia de Khosatral Khel. Así, aunque adoptó la apariencia de un hombre, su carne ya no era tal, ni el hueso era hueso o la sangre, sangre. Se transformó en una blasfemia contra la naturaleza, pues provocó que aquello que jamás había conocido el latido y la agitación de la vida viviera y pensase.**

**Caminaba por el mundo como un dios y no había arma terrenal que pudiera dañarlo. Para él, un siglo era una hora. En sus vagabundeos encontró al pueblo primitivo que habitaba la isla de Dagón y le complació crear para ellos una cultura y una civilización. Así, gracias a su ayuda, construyeron la ciudad de Dagonia y moraron en ella y lo adoraron sobre todas las cosas. Sus siervos eran extraños y horripilantes, atraídos de las partes más remotas del planeta, donde aún acechaban los macabros supervivientes de eras olvidadas. Su casa de Dagonia estaba conectada con todas las demás a través de túneles por los que sus sacerdotes de cabeza afeitada obtenían víctimas para los sacrificios.**

**Pero tras eras innumerables, un pueblo fiero y brutal apareció en las costas del mar. Eran los yuetshi, y tras una batalla feroz fueron derrotados y esclavizados, y durante casi una generación murieron en los altares de Khosatral.**

**La hechicería de Khosatral los mantenía bajo su yugo. Hasta que el sacerdote de los yuetshi, un individuo enjuto y peculiar de raza desconocida, escapó hacia las tierras salvajes y regresó con un cuchillo que no había sido forjado a partir de ninguna sustancia terrestre, sino de un meteorito que había cruzado el cielo como una flecha llameante para luego caer en un valle remoto. Los esclavos se rebelaron. Sus armas curvas de filo en sierra cortaron los cuellos dagonios como si fueran ganado, y la magia de Khosatral se reveló inútil contra el cuchillo ultraterreno. Mientras la matanza y la carnicería bramaban entre el humo rojo que ahogaba las calles, el acto más macabro de un drama de por sí macabro tuvo lugar bajo la enigmática cúpula tras la gran sala entarimada, con paredes moteadas como piel de serpiente, que contenía el trono de cobre.**

**De allí salió el sacerdote yuetshi, completamente solo. No había acuchillado a su enemigo, pues deseaba mantener la amenaza de liberarlo sobre las cabezas de sus rebeldes súbditos. Había dejado a Khosatral tendido en la tarima dorada con el cuchillo místico sobre el pecho y un conjuro que lo mantendría inanimado y sin sentido hasta el juicio final.**

**Pero pasó el tiempo y el sacerdote murió; las torres de la abandonada Dagonia se desmoronaron, las historias se volvieron leyendas imprecisas y los yuetshi fueron acosados por plagas y hambrunas y guerras que los convirtieron en restos dispersos de lo que habían sido, viviendo en la miseria a lo largo de la costa.**

**Solo la siniestra cúpula resistió el mordisco del tiempo, hasta que un rayo fortuito y la curiosidad de un pescador quitaron del pecho del dios el cuchillo mágico y rompieron el hechizo. Khosatral Khel se alzó de nuevo, vivo y poderoso una vez más. Le plació restaurar la ciudad tal como había sido antes de su caída, y por medio de su nigromancia alzó las torres del polvo de milenios incontables y trajo de vuelta a sus habitantes y les dio nueva vida.**

**Mas aquellos que han saboreado la muerte solo están vivos a medias. En los rincones más oscuros de sus almas y sus mentes, la muerte aún acecha ingobernable. De noche, los dagonios se movían y amaban, odiaban y festejaban, y recordaban la caída de Dagonia y su propia muerte como poco más que un sueño borroso. Se desplazaban por la niebla encantada de una ilusión; sentían lo incongruente de su existencia, pero no la cuestionaban. Al llegar la mañana caían**

un sueño profundo para alzarse de nuevo a la caída de la noche, pariente de la muerte.

Todo esto vio y sintió Conan mientras se agachaba apoyado en la pared cubierta de tapices. Su razón se tambaleaba. La certidumbre y la cordura fueron barridas y dejaron tras ellas un universo en penumbra en el que vagaban figuras embozadas que no eran más que meras posibilidades. Más allá del resonar de la voz, que era como una fanfarria de triunfo sobre las leyes precisas de un planeta cuerdo, un sonido humano ancló de repente la mente de Conan y lo trajo de vuelta de su viaje a través de los abismos de la locura. Era el sollozo histérico de una mujer.

Sin ser consciente de lo que hacía, se puso en pie.

## 6

Jehungir Agha esperaba con impaciencia creciente en un bote oculto en el cañaveral. Había pasado más de una hora y Conan no había vuelto a salir. Sin duda aún estaba recorriendo la isla en busca de la joven que creía que se ocultaba allí. Sin embargo, una sospecha repentina asaltó al Agha. ¿Y si el atamán había dejado cerca a sus huestes y estas empezaban a sospechar que pasaba algo raro y acudían a investigar el motivo de la larga ausencia? Jehungir dio una orden a los remeros y el largo bote se deslizó entre las cañas en dirección a los escalones tallados.

Dejó media docena de hombres en el bote y se llevó el resto, diez hábiles arqueros de Khawarizm, de yelmos puntiagudos y capas de piel de tigre. Se deslizaron bajo los árboles con las flechas en los arcos, como cazadores que invadiesen la guarida de un león. El silencio era el amo del bosque, excepto cuando una enorme criatura verde que quizá era un loro daba vueltas sobre ellos con un aleteo grave y potente y luego se metía entre los árboles. Con un gesto seco, Jehungir detuvo el avance de la partida; incrédulos, se quedaron mirando las torres que asomaban a lo lejos entre la vegetación.

—¡Por el Tarim! —murmuró Jehungir—. ¡Los piratas han reconstruido la ruinas! Sin duda Conan está aquí; tenemos que investigar. ¡Una ciudad amurallada tan cerca de la costa! Vamos.

Extremaron la precaución mientras seguían caminando entre los árboles. El juego había cambiado: ya no eran cazadores, sino espías.

Mientras se deslizaban entre la densa vegetación, el hombre al que buscaban se enfrentaba a un peligro mucho más letal que sus ornamentadas flechas.

Conan se dio cuenta con un escalofrío de que la voz al otro lado de la pared había cesado. Se quedó totalmente inmóvil, la vista clavada en una puerta con cortinas por la que sabía que estaba a punto de entrar algo horripilante.

La sala estaba en penumbra y Conan sintió que se le ponía el pelo de punta. Vio una cabeza y dos hombros gigantescos que emergían de las sombras. No se oían pasos, pero la forma borrosa fue haciéndose más nítida hasta que distinguió la silueta de un hombre. Llevaba sandalias y una saya ceñida por una ancha faja de piel. Una cinta dorada le ceñía la recta melena. Conan observó los enormes hombros bamboleantes, la amplitud del hinchado pecho, las masas apelmazadas de puro músculo en brazos, piernas y torso. No había la menor señal de sentimiento o piedad en aquel rostro, y los ojos eran dos bolas de fuego negro.

Conan comprendió que se trataba de Khosatral Khel, el anciano de los abismos, el dios de Dagonia.

Ninguno habló. Las palabras estaban de más. Khosatral extendió los enormes brazos y Conan, escurriéndose bajo estos, lanzó un tajo al vientre del gigante. Retrocedió, boquiabierto de sorpresa. La afilada hoja había resonado contra el poderoso cuerpo como si golpeara contra un yunque y había rebotado sin cortar. Khosatral se lanzó hacia él con ímpetu irresistible.

Se produjo un choque veloz, y hubo un feroz retorcimiento mientras ambos cuerpos se entrelazaban. Conan logró liberarse, los músculos temblando a causa del violento esfuerzo. La sangre empezó a manar allí donde los dedos habían arañado la piel. El contacto había durado un instante, pero había sido suficiente para sentir la locura definitiva de una naturaleza blasfema; lo que lo había magullado no era un cuerpo humano, sino metal vivo y animado. Lo que se le oponía era un cuerpo de hierro viviente.

Khosatral se cernía sobre él en la penumbra. Si Conan dejaba que aquellos dedos enormes lo agarrasen, no lo soltarían hasta que su cuerpo fuera una masa inane en su abrazo. En aquella sala en sombras era como si un hombre luchase contra un monstruo fruto de una pesadilla.

Conan se libró de la inútil espada, agarró un pesado banco y lo lanzó con todas sus fuerzas. Pocos hombres habrían podido alzar un proyectil como aquel. Se partió en astillas contra el enorme pecho de Khosatral y ni siquiera sacudió las arriostradas piernas del gigante. El rostro pareció perder parte de su apariencia humana, como si un nimbo de fuego rodease la asombrosa cabeza. Luego, como una torre en movimiento, cargó.

De un tirón desesperado, Conan arrancó una sección entera de los tapices de la pared y haciéndola girar, lo que le costó más aún que arrojar el banco, la lanzó sobre la cabeza del coloso. Khosatral vaciló un instante, frenado y cegado por aquella colgadura que resistía su fuerza como no lo habrían hecho la lana o el acero, momento que aprovechó Conan para recoger la cimitarra y echar a correr por el pasillo. Sin detenerse, cruzó la puerta de la sala de al lado, la cerró y corrió el pestillo.

Dio media vuelta y se detuvo, la sangre agolpándose en su cabeza. Agazapada en un montón de cojines de seda, el pelo dorado derramándose sobre los hombros desnudos, los ojos desorbitados de terror, estaba la mujer por la que tanto había porfiado. Casi olvidó el horror pegado a sus talones hasta que un crujido tras él lo devolvió a la realidad. Agarró a la joven y saltó hacia la puerta de enfrente. Ella, incapaz de resistirse o de ayudarlo a causa del miedo, se dejó hacer. Lo único que salió de su boca fue un gemido desmayado.

Conan no perdió el tiempo intentando abrir la puerta. Un golpe bestial de la cimitarra reventó la cerradura y, mientras echaba a correr por la escalera que había al otro lado, alcanzó a ver la cabeza y los hombros de Khosatral atravesando la otra puerta. El coloso convertía en astillas los enormes paneles como si fueran de cartón.

Conan se lanzó escaleras arriba con la joven al hombro como si fuera un bebé. No tenía la menor idea de hacia dónde iba, pero la escalera terminaba en la puerta de una sala redonda en cúpula. Khosatral venía tras él, silencioso como un viento mortal e igual de rápido.

Las paredes de la habitación eran de acero macizo, al igual que la puerta. Conan la cerró y colocó las enormes barras que la atrancaban. Se le ocurrió que tal

vez fuera aquella la habitación de Khosatral, donde se encerraba para dormir a salvo de los monstruos que él mismo había liberado de los infiernos para que lo sirvieran.

Casi no había terminado de atrancar la puerta cuando esta se sacudió y tembló ante el asalto del gigante. Conan se encogió de hombros. Aquel era el final del camino: la habitación no tenía más puertas y no había ninguna ventana. El aire y la curiosa luz empañada sin duda se filtraban por los intersticios de la cúpula. Completamente en calma ahora que estaba acorralado, comprobó el filo mellado de la cimitarra. Había hecho cuanto había podido para escapar. Cuando el gigante cruzase la puerta lo atacaría con toda su ferocidad con aquella inútil espada, no porque esperase conseguir nada, sino porque estaba en su naturaleza caer luchando. De momento no había nada más que hacer, y su tranquilidad no era ni forzada ni fingida.

La mirada que volvió hacia su hermosa compañera fue tan admirativa como intensa, como si tuviera cien años por delante. La había dejado caer sin más ceremonias en el suelo cuando cerró la puerta y ella se había puesto de rodillas y se arreglaba ahora el pelo y la escasa ropa de forma mecánica. Los fieros ojos de Conan brillaron de aprobación mientras devoraba con la mirada el sedoso pelo dorado, los grandes ojos claros, la piel de alabastro, limpia, sana, exuberante, el firme balanceo de los pechos, el contorno de las espléndidas caderas.

Un grito ahogado se escapó de la joven cuando la puerta se estremeció y un travesaño saltó por los aires.

Conan no se volvió a mirar. Sabía que la puerta aguantaría un poco más.

—Me dijeron que habías escapado —dijo—. Un pescador yuetshi me contó que te ocultabas aquí. ¿Cómo te llamas?

—Octavia —respondió jadeante. Luego empezó a hablar atropelladamente mientras se agarraba a él con dedos desesperados—. ¿Qué pesadilla esta, por Mitra? Me cogió uno de esos hombres de piel oscura... Me atrapó en el bosque y me trajo aquí. Me trajeron para ese... esa... cosa. Me dijo... me contó... ¿Me he vuelto loca? ¿Estoy soñando?

Conan miró hacia la puerta, que se combó hacia adentro como si un carnero salvaje hubiera cargado contra ella.

—No —respondió—. No estás soñando. Las bisagras están cediendo. Será un demonio, pero si quiere pasar por la puerta tendrá que derribarla como cualquier hombre. Aunque su misma fuerza es algo diabólico.

—¿No puedes matarlo? —jadeó ella—. Eres fuerte.

Conan era demasiado honrado para mentirle.

—Si un mortal pudiera matarlo, ya estaría muerto —respondió—. Mellé mi espada contra su vientre.

Los ojos de ella se nublaron.

—Entonces vas a morir, igual que yo. ¡Ay, Mitra! —gritó de pronto, frenética. Conan le agarró las manos, temeroso de que se hiciera daño a sí misma—. ¡Me dijo lo que me iba a hacer! —jadeó—. ¡Mátame! ¡Mátame! ¡Atraviésame con la espada antes de que reviente la puerta!

Conan la miró y meneó la cabeza.

—Haré lo que pueda —dijo—. No será mucho, pero tendrás una oportunidad para escabullirte hacia las escaleras. Cuando salgas, corre hacia el acantilado. Tengo un bote al pie de la escalera. Si puedes salir de aquí, quizá logres escapar. Los habitantes de la ciudad están dormidos.

La joven apoyó la cabeza en las manos. Conan cogió la cimitarra y se desplazó para encarar la resonante puerta. Quien lo hubiese visto no habría creído que estaba aguardando una muerte que le parecía inevitable. Los ojos brillaban vivaces, la poderosa mano agarraba con fuerza la empuñadura de la espada. Eso era todo.

Las bisagras cedieron ante el terrible embate del gigante y la puerta se estremeció de forma salvaje, sujeta solo por los travesaños. Las macizas barras de acero temblaban, se doblaban y se salían de los soportes. Conan contemplaba todo esto de un modo fascinado pero impersonal, con un toque de envidia por la fuerza sobrehumana del monstruo.

De pronto, sin previo aviso, el ataque cesó. En medio de la calma repentina Conan percibió ruidos en exterior: un batir de alas y una voz murmurante que sonaba como el quejido del viento a medianoche a través de las ramas. Se hizo luego el silencio, pero había algo distinto en la atmósfera. Solo los afilados instintos de un bárbaro lo habrían sentido, pero Conan supo, sin verlo ni oírlo, que el amo de Dagonia ya no estaba al otro lado de la puerta.

Atisbó por una grieta en la hoja de acero. El rellano estaba vacío. Alzó los travesaños torcidos y abrió la abollada puerta con extremo cuidado. No había rastro de Khosatral, pero oyó varios pisos por debajo el resonar de una puerta de metal. No sabía si el gigante estaba tramando nuevas maldades o había sido convocado por aquella voz susurrante, pero no perdió el tiempo haciendo conjeturas.

Llamó a Octavia y su tono de voz hizo que la joven se pusiera en pie y acudiera a su lado casi sin darse cuenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡No es hora de charlar! —La agarró de la muñeca—. ¡Vamos! —La posibilidad de acción lo había transformado: los ojos le brillaban, la voz le temblaba de anticipación—. ¡El puñal! —susurró, casi arrastrando a la joven en su ímpetu feroz—. ¡El puñal mágico de los yuetshi! ¡Lo dejó en la cúpula! —Guardó silencio de repente, al ver la imagen con claridad. Aquella cúpula estaba anexa a la gran habitación del trono de cobre. Empezó a sudar. La única forma de ir a la cúpula era pasar por aquella sala y junto a la criatura infecta que dormía en ella.

Pero no vaciló. Descendieron la escalera a toda prisa, cruzaron la sala, bajaron por una nueva escalera y llegaron al enorme salón en penumbra cubierto de extrañas cortinas. No habían visto el menor rastro del coloso. Conan se detuvo frente a la gran puerta de bronce y tomó a Octavia por los hombros de un modo tan intenso que la sobresaltó.

—¡Escucha! —le espetó—. Voy a ir a esa habitación y cerraré la puerta. Quédate aquí y estate atenta. Si viene Khosatral, llámame. Si te grito que te vayas, corre como si el diablo te pisara los talones... pues seguramente será lo que pase. Vete por esa puerta al otro lado del salón, porque yo ya no podré ayudarte. ¡Voy a coger el cuchillo yuetshi!

Antes de que Octavia pudiera musitar la protesta que se estaba formando en su boca, Conan se había deslizado entre las hojas y cerrado la puerta tras él. Bajó con cuidado el travesaño, sin darse cuenta de que podía ser alzado desde el otro lado. En la luz crepuscular que lo rodeaba, distinguió el trono de cobre; sí, la bestia escamosa aún descansaba encima, llenándolo con sus repugnantes anillos. Vio una puerta tras el trono que sin duda conducía a la cúpula. Pero para alcanzarla, primero debía subir al estrado y acercarse a pocos pasos del trono.

Una brisa sobre el suelo verde habría hecho más ruido que los furtivos pasos de Conan. Con los ojos clavados en el reptil dormido, alcanzó el estrado y ascendió los escalones de cristal. La serpiente no se movía. Casi había llegado a la puerta...

De pronto, el travesaño resonó contra el portal de bronce, y Conan dejó escapar un juramento al ver a Octavia entrando en la habitación. Miraba a su alrededor sin ver gran cosa en aquella profunda penumbra, y él no se atrevió a moverse ni a gritarle una advertencia. Vio que la silueta se acercaba al estrado y que sollozaba.

—¡Quiero acompañarte! Me da miedo quedarme sola... ¡Ah!

Alzó los brazos y lanzó un grito espeluznante al ver lo que había en el trono. La cabeza en cuña se alzó de entre los anillos y estiró hacia la joven una yarda de cuello brillante. Luego, con un movimiento fluido, suave, empezó a desenroscarse del trono, anillo tras anillo, la horrible cabeza bamboleándose hacia la muchacha paralizada.

Conan salvó el espacio que lo separaba del trono de un salto desesperado e hizo girar la cimitarra con todas sus fuerzas. La serpiente reaccionó con una velocidad tan cegadora que lo interceptó en pleno salto y lo golpeó con media docena de anillos. El tajo salió desviado mientras Conan caía en el estrado, haciendo mella en el tronco escamoso pero sin conseguir seccionarlo.

De pronto se encontró debatiéndose en los escalones de cristal mientras la bestia enrollaba en torno a él pliegue tras viscoso pliegue, retorciendo, aplastando, matándolo poco a poco. Tenía el brazo derecho libre, pero no podía asestar un golpe lo bastante certero. Y sabía que con un solo golpe debía bastar. Gimiendo, tensó todos los músculos hasta que las venas casi le estallaron en las sienes y logró ponerse en pie, acarreando casi la mitad del peso de aquel demonio de quince varas de largo.

Se tambaleó un momento sobre las piernas bien abiertas y sintió que las costillas colapsaban sobre sus órganos y que la vista se le nublaba, mientras la cimitarra brillaba sobre su cabeza. Luego, bajó el brazo y la espada atravesó escamas, carne y hueso. Donde antes había habido un enorme y ondulante cable había ahora dos, retorciéndose y latigueando en su agonía. Conan se alejó tambaleante de aquellos golpes ciegos. Se sentía mareado y débil y la sangre rezumaba de su nariz. Tanteando en la oscuridad, agarró a Octavia y la sacudió hasta que la joven tuvo que esforzarse por respirar.

—¡La próxima vez que te diga que te quedes en algún sitio, quédate! —dijo entre jadeos.

Estaba demasiado mareado para darse cuenta de si ella respondía o no. La cogió de la mano como si fuera una niña y dio un rodeo para evitar los horribles muñones que aún se estremecían hechos un nudo en el suelo. A lo lejos le pareció que oía gritar a varios hombres, pero le rugían demasiado los oídos para estar seguro.

La puerta cedió a su empuje. Si Khosatral había puesto allí la serpiente para guardar lo que temía, la había considerado protección suficiente, por lo visto. Conan esperaba toparse con alguna otra monstruosidad, pero a la luz cenicienta solo vislumbró la borrosa curva del arco sobre él, el apagado brillo de un bloque de oro y una media luna brillante sobre la piedra.

Con un jadeo de alivio, la agarró sin más. Se dio la vuelta y echó a correr a través de la habitación y del enorme salón hasta la lejana puerta de la que sentía venir el aire del exterior. No se equivocaba. Poco después emergía a las silenciosas

calles, medio llevando medio guiando a su compañera. No se veía a nadie, pero más allá de la muralla occidental sonaban gritos y lamentos que hicieron estremecerse a Octavia. Conan la llevó hasta la muralla suroeste, donde encontraron una escalera de piedra que subía hasta las almenas. Se había hecho con una larga cuerda de uno de los tapices en el gran salón y, tras alcanzar el parapeto, enrolló el fuerte y suave cordón alrededor de las caderas de la joven y la descolgó hasta el suelo. Luego, tras hacer un rápido nudo alrededor de una almena, descendió junto a ella. Solo había una manera de huir de la isla, la escalera de los acantilados occidentales, y en esa dirección echaron a andar de prisa, dando un rodeo para evitar el lugar del que habían venido los gritos y el sonido de tremendos golpes.

Octavia sentía que un peligro macabro acechaba en aquella fortaleza frondosa. Respiraba agitadamente y se apretaba contra su protector. Pero el bosque guardaba silencio y no vieron nada amenazador hasta que salieron de entre los árboles y divisaron una figura justo al borde del acantilado.

Jehungir Agha había escapado del destino que había acabado con sus guerreros cuando un gigante de hierro surgió de pronto por la puerta y los aplastó hasta convertirlos en pulpa sanguinolenta y huesos destrozados. Cuando vio romperse las espadas de sus arqueros contra aquel juggernaut humano supo que no se enfrentaban a un hombre, y huyó y se ocultó en la profundidad del bosque hasta que cesaron los sonidos de matanza. Luego volvió a la escalera, pero la tripulación del bote no había esperado por él.

Habían oído los gritos y mientras esperaban con los nervios a flor de piel habían visto sobre el acantilado a un monstruo cubierto de sangre que agitaba los enormes brazos en un horrible gesto triunfal. No habían esperado más. Cuando Jehungir llegó a los acantilados, se perdían entre el cañaveral, más allá de donde podían llegar a oirlo. Khosatral se había ido; o bien había regresado a la ciudad o exploraba el bosque en busca del superviviente que se le había escapado.

Jehungir se preparaba para bajar por las escaleras e irse en el bote de Conan cuando vio al atamán y a la joven salir de entre los árboles. La experiencia que le había helado la sangre en las venas y casi había acabado con su cordura no había alterado las intenciones de Jehungir respecto al caudillo kozaki. Ver a aquel al que había ido a matar lo llenó de alegría. Se quedó atónito al ver a la muchacha que le había entregado a Jelal Khan, pero no perdió el tiempo pensando en ella. Alzó el arco, se llevó la cuerda al rostro y la soltó. Conan se agachó y la flecha se clavó en un árbol. Conan se echó a reír.

—¡Perro! —se burló—. ¡No puedes darme! ¡No he nacido para morir bajo el acero hirkanio! ¡Prueba otra vez, puerco turanio!

Jehungir no lo intentó; aquella era su última flecha. Desenvainó la cimitarra y avanzó, confiando en su yelmo en espiral y su cota de malla. Conan salió a su encuentro y los dos hombres se enzarzaron en un torbellino de tajos y estocadas. Las espadas curvas se cruzaban, se apartaban, trazaban círculos centelleantes que nublaban la vista cuando se intentaba seguirlos. Octavia, testigo del duelo, no pudo ver nada, pero oyó un golpe salvaje y vio caer a Jehungir. Un chorro de sangre le manaba del costado allí donde el acero del cimerio había atravesado la cota de malla y se había clavado hasta el espinazo.

Pero no fue la muerte de su antiguo amo lo que hizo gritar a Octavia. Con un crujido de ramas rotas, Khosatral Khel apareció de pronto ante ellos. La chica no pudo huir; un gemido escapó de sus labios mientras las rodillas le cedían y se

**desplomaba sobre la hierba.**

**Conan, de pie junto al cuerpo del Agha, no hizo el menor intento de escapar. Se pasó la cimitarra ensangrentada a la mano izquierda y desenvainó el largo cuchillo de los yuetshi. Khosatral Khel se cernía ante él, los brazos alzados como mazos, pero ante el resplandor que el cuchillo arrancó del sol, el gigante retrocedió de repente.**

**Mas la sangre de Conan hervía. Dio un salto y atacó con la hoja en media luna. No se astilló. Bajo su filo, el metal oscuro que formaba el cuerpo de Khosatral se abrió como lo haría la carne ante un machete. Del profundo tajo empezó a manar un extraño icor y Khosatral lanzó un grito que resonó como el tañido de una inmensa campana. Bajó los enormes brazos, pero Conan, más veloz que los arqueros que habían muerto bajo aquellos horribles golpes, los esquivó y clavó el puñal una y otra vez. Khosatral se tambaleó y retrocedió. Sus gritos sonaban espantosos, como si al metal se le hubiera dado lengua para expresar su dolor, como si el hierro aullase y bramase su agonía.**

**Luego dio media vuelta y volvió hacia el bosque, tambaleándose. Caminaba de forma torpe, chocaba contra los arbustos y rebotaba contra los árboles. Aunque Conan lo siguió, impulsado por la pasión de la sangre, las murallas y las torres de Dagonia asomaban entre los árboles antes de que el gigante estuviera al alcance del puñal del bárbaro.**

**Khosatral dio media vuelta una vez más y sacudió el aire con golpes desesperados, pero Conan, enloquecido de furia, no iba a dejarlo escapar. Como una pantera remataría un toro acorralado, esquivó los brazos como mazas y clavó el cuchillo hasta la empuñadura allí donde debería haber estado el corazón de un humano.**

**Khosatral se tambaleó y cayó. Tenía la forma de un hombre cuando inició la caída, pero lo que se desplomó en la hierba no era humano. Donde había estado la cara de un hombre, no había rostro alguno y los miembros de metal se fundían y cambiaban… Conan, que no se había acobardado ante un Khosatral vivo, retrocedió ahora ante el muerto, sin dejar de mirar la espantosa transmutación. En su agonía final, Khosatral Khel se había convertido otra vez en la criatura que había reptado desde los abismos de milenios remotos. Sintiendo arcadas lleno de una revulsión intolerable, Conan se dispuso a abandonar el lugar a toda prisa; de repente se dio cuenta de que las torres de Dagonia ya no brillaban entre los árboles. Se habían desvanecido como humo; las almenas, las torres espigadas, las enormes puertas de bronce, el terciopelo, el oro, el marfil, las mujeres de pelo negro, los hombres de cabeza afeitada… Con la muerte de la inteligencia inhumana que los había devuelto a la vida se habían desvanecido de regreso al polvo que habían sido durante eras incontables. Solo los muñones de columnas rotas se alzaban sobre los muros desmoronados, el pavimento destrozado y la cúpula arrancada. Conan vio de nuevo las ruinas de Xapur tal como las recordaba.**

**El atamán permaneció inmóvil un rato, vagamente consciente de la tragedia cósmica de esa cosa efímera llamada humanidad y de las criaturas oscuras y ocultas que se cebaban en ella. De pronto oyó una voz que lo llamaba con miedo, y fue como si despertase de un sueño. Miró una vez más la cosa informe en el suelo, contuvo un escalofrío y echó a andar hacia los acantilados y la joven que allí lo esperaba.**

**Octavia atisbaba con miedo entre los árboles y, al verlo, lo recibió con un**

grito ahogado de alivio. Conan se había librado de las macabras visiones que lo habían hechizado un momento atrás y de nuevo era el exuberante bárbaro de costumbre.

—¿Dónde está? —preguntó ella.

—Reptando de vuelta al infierno —respondió él con alegría—. ¿Por qué no fuiste por la escalera y escapaste en mi bote?

—Nunca te aband... —empezó a decir. Cambió de idea de repente y se corrigió, enfurruñada—: No tengo dónde ir. Los hirkanios me esclavizarían, y los piratas...

—¿Y qué me dices de los kozaki? —sugirió él.

—¿Son mejores que los piratas? —preguntó ella desdeñosa.

La admiración de Conan hacia la joven subió varios puntos al ver cuán rápidamente había recuperado su autoconfianza después de haber pasado por aquel horror. Su arrogancia lo divertía.

—Eso me pareció que pensabas en el campamento junto al Ghori —respondió —. Fuiste bastante liberal con tus sonrisas.

Ella curvó los rojos labios en una mueca despectiva.

—¿Crees que estaba enamorada de ti? ¿De verdad crees que me deshonraría de esa manera ante un bárbaro glotón y zafio a menos que tuviera que hacerlo? Fue mi amo, cuyo cuerpo yace allí, el que me obligó a hacerlo.

—Ya veo. —Conan parecía abatido. De pronto, se echó a reír con un entusiasmo a prueba de bomba—. Da igual. Ahora me perteneces. Bésame.

—¿Te atreves a pedir...? —empezó a decir ella, rabiosa.

De pronto sintió que la arrancaban del suelo y la estrechaban contra el musculado pecho del atamán. Luchó con ferocidad y con toda la fuerza y agilidad de su exuberante juventud, pero él se limitó a reír sin parar, ebrio por la posesión de la espléndida criatura que tenía entre los brazos.

Detuvo su forcejeo con facilidad y bebió el néctar de sus labios con toda la irresistible pasión que lo caracterizaba, hasta que los brazos que intentaban pararlo se juntaron temblorosos alrededor de su enorme cuello. Entonces la miró a los ojos sin dejar de reír y dijo:

—¿Acaso un caudillo del Pueblo Libre no es preferible a un perro turanio de ciudad?

Ella sacudió la melena leonada, aún con los nervios a flor de piel por el fuego de sus besos. No separó los brazos de su cuello.

—¿Acaso te consideras el igual de un Agha? —preguntó, desafiante.

Conan rio una vez más y echó a andar hacia las escaleras con ella en brazos.

—Tendrás que juzgarlo por ti misma —respondió, jactancioso—. Voy a quemar Khawarizm para iluminarte el camino hasta mi tienda.

# EL PUEBLO DEL CÍRCULO NEGRO

## 1
## La muerte abate a un rey

El rey de Vendhya se moría. Los gongs del templo resonaban a través de la noche calurosa y sofocante y las caracolas rugían. Su clamor era poco más que un eco distante en la habitación de cúpula dorada en la que Bhunda Chan se debatía sobre el diván de cojines de terciopelo. Perlas de sudor destellaban en su piel morena; sus dedos se crispaban en el tejido hilado en oro bajo él. Era joven: no lo había herido lanza alguna ni habían vertido veneno en su vino. Pero las venas se le marcaban como cuerdas azules en las sienes y tenía los ojos abiertos de par en par ante la cercanía de la muerte. Al pie del diván se arrodillaban varias esclavas temblorosas, y su hermana, la Devi Yasmina, se inclinaba hacia él con apasionada intensidad. A su lado estaba el wazam, un noble anciano de la corte real.

La joven alzó bruscamente la cabeza en un ademán de ira y desesperación cuando el trueno distante de los tambores le llegó a los oídos.

—¡Condenados sacerdotes con su estrépito! —exclamó—. No son más sabios que las sanguijuelas y resultan igual de inútiles. Va a morir y nadie sabe por qué. Agoniza y no hay nada que pueda hacer. ¡Quemaría la ciudad entera y derramaría la sangre de miles con tal de salvarlo!

—Cualquier habitante de Ayodhya moriría gustoso en su lugar de ser posible, Devi —respondió el wazam—. El veneno...

—¡Te digo que no es veneno! —gritó ella—. Desde su nacimiento ha estado vigilado tan de cerca que ni el más hábil envenenador de oriente habría podido acercársele. Los cinco cráneos que se blanquean en la Torre de las Cometas son testigos de cuántas veces lo intentaron... y fallaron. Sabes bien que diez hombres y diez mujeres tienen como única tarea probar su comida y su vino y que cincuenta guerreros vigilan sus aposentos, igual que ahora. No, no es veneno sino hechicería. Magia negra e impía...

Guardó silencio cuando el rey empezó a hablar. Los amoratados labios no se movieron y no había el menor indicio de reconocimiento en los ojos vidriosos, pero la voz se alzó de repente en un gemido espeluznante, impreciso y lejano, como si la llamase desde vastos abismos asolados por el viento.

—¡Yasmina! ¡Yasmina! Hermana mía, ¿dónde estás? No puedo verte. ¡Me rodean las tinieblas y el rugido del vendaval!

—¡Hermano! —gimió Yasmina mientras le agarraba la mustia mano de un modo convulso—. ¡Estoy aquí! ¿No me reconoces?

Enmudeció ante el aspecto totalmente ausente y vacío del rostro del rey. Un quejido confuso se escapó de su boca, y las esclavas a los pies del diván gimieron de terror mientras Yasmina se golpeaba el pecho transida de dolor.

En otra parte de la ciudad, un hombre se asomaba a un balcón enrejado y contemplaba la larga calle; las antorchas desprendían un humo acre e iluminaban rostros oscuros de ojos brillantes que miraban hacia lo alto. Un gemido profundo surgió de la multitud.

El hombre se encogió de hombros y volvió al interior de la habitación decorada con arabescos. Era alto, de cuerpo recio, y vestía ropajes lujosos.

—El rey aún no ha muerto, pero ya ha empezado la endecha —le dijo a otro individuo que estaba sentado con las piernas cruzadas en una estera en la esquina. Vestía sandalias y túnica de pelo de camello y un turbante verde coronaba su cabeza. La expresión de su rostro era calma; su mirada, impersonal.

—El pueblo sabe que no verá otro amanecer —respondió.

El primero que había hablado le lanzó una larga mirada escrutadora.

—Lo que no entiendo es por qué he tenido que esperar tanto a que tus amos atacasen —dijo—. Si han herido de muerte al rey ahora, ¿por qué no han podido hacerlo meses atrás?

—Hasta las artes que calificas de hechicería caen bajo el imperio de las leyes cósmicas —respondió el del turbante—. Las estrellas gobiernan tales actos, como todo lo demás. Y ni siquiera mis amos pueden alterar las estrellas. Mientras los cielos no estuvieran en el orden adecuado, no se podía ejecutar esta nigromancia. —Con una uña larga y sucia trazó las constelaciones en el suelo de losas de mármol—. La inclinación de la luna presagiaba peligro para el rey de Vendhya; las estrellas estaban inquietas y la Serpiente entraba en la Casa del Elefante. Durante esa conjunción se pudo eliminar a los guardias invisibles que velaban el espíritu de Bhunda Chan. Se abrió un camino hacia los reinos ignotos y una vez se estableció un punto de contacto, pudieron entrar en juego los poderes a través de dicho camino.

—¿Un punto de contacto? —preguntó el otro—. ¿Te refieres a ese mechón del pelo de Bhunda Chan?

—Sí. Cualquier parte descartada del cuerpo humano sigue siendo parte de él, permanece ligada a él por conexiones intangibles. Los sacerdotes de Asura entrevén a medias esa realidad y por eso todos los recortes de uñas, el pelo y otros productos de desecho de las reales personas se reducen cuidadosamente a cenizas que luego se esconden. Pero ante la insistente petición de la princesa de Khosala, enamorada sin esperanza de Bhunda Chan, este le dio un bucle de su cabello como recuerdo. Cuando mis amos decidieron el destino del rey, hicieron que el cabello fuera sustraído de su cofre dorado con pedrería y sustituido por otro tan parecido que ella nunca notó la diferencia. El mechón auténtico fue llevado por caravana de camellos a través de la larga carretera de Peshkhauri, cruzó el paso de Zhaibar y al fin llego a manos de quien debía llegar.

—¡Un simple mechón de pelo! —murmuró el noble.

—Por virtud del cual un alma se arrastra fuera del cuerpo y cruza los abismos reverberantes del espacio—añadió el hombre sobre la estera.

El noble lo escrutó con interés.

—No sé si eres hombre o demonio, Khemsa —dijo al fin—. Pocos somos lo que parecemos. Yo mismo, a quien los kshatriyas conocen como Kerim Shah, príncipe de Iranistán, no soy más impostor que otros. Todos mienten y fingen, de un modo u otro, y la mitad de ellos ni saben a quién sirven. Al menos a mí no me caben dudas al respeto: sirvo al rey Yezdigerd de Turán.

—Y yo a los Videntes Negros de Yimsha —dijo Khemsa—. Y mis amos son más

poderosos que el tuyo, pues han conseguido con sus artes lo que Yezdigerd no pudo con cien mil espadas.

En el exterior, el gemido de miles de gargantas torturadas ascendió tembloroso hacia las estrellas que tachonaban la noche de Vendhya y las caracolas bramaron como un buey en agonía.

En los jardines del palacio, las antorchas arrancaban destellos de los yelmos pulidos, las espadas curvas y las armaduras bañadas en oro. Todos los guerreros de la nobleza de Ayodhya se reunían en el palacio o sus alrededores, y en cada portón y puerta, cincuenta arqueros permanecían de guardia, los arcos dispuestos. Pero la muerte se deslizaba por el palacio real y nada se interponía a su paso.

En el diván bajo la cúpula dorada, el rey gritó de nuevo, asaltado por horribles temblores. Una vez más se oyó su voz débil y remota y la Devi volvió a inclinarse hacia él, temblando de un miedo mucho más terrible que el temor a la muerte.

—¡Yasmina! —Otra vez sonó aquel grito lejano y estremecedor que llegaba de reinos ignotos—. ¡Ayúdame! ¡Estoy lejos de mi morada mortal! Los magos han arrastrado mi alma a través de tinieblas sacudidas por el viento. Tratan de cortar el hilo de plata que me une a mi cuerpo agonizante. Se arremolinan a mi alrededor. Sus manos son como garras y sus ojos como llamas rojas en medio de la oscuridad. ¡Sálvame, hermana! Sus dedos queman como el fuego. ¡Destrozarán mi cuerpo y condenarán mi alma! ¿Qué es eso que me traen...? ¡Ahhh!

Ante el terror que había en aquel llamamiento desesperado, Yasmina se puso a gritar sin control y se arrojó sobre el rey, abandonada a su dolor. Sacudido por una terrible convulsión, la espuma saltó de sus labios contraídos y los dedos engarfiados dejaron marcas en los hombros de la joven. De pronto, los ojos se le aclararon y miró a su hermana como si en verdad la reconociera.

—¡Hermano! —sollozó ella—. Hermano...

—¡Rápido! —susurró él, con voz desmayada pero racional—. Al fin sé qué me lleva a la pira. He viajado por tierras lejanas y por fin comprendo. He sido hechizado por los magos de las Himelias. Han sacado mi alma del cuerpo y la han mandado lejos, a una habitación de piedra. Allí intentan cortar el hilo plateado de la vida y arrojar mi alma dentro de un diablo nocturno que han invocado desde el infierno. ¡Ali! Siento cómo tiran de mí. Tu grito y el tacto de tus dedos me han traído de vuelta, pero no durará mucho. Mi alma se aferra a mi cuerpo, pero está demasiado débil para aguantar. ¡Rápido, mátame antes de que atrapen mi alma para siempre!

—¡No puedo! —gimió ella sin dejar de golpearse el desnudo pecho.

—¡Rápido, te lo ordeno! —Había un tono imperioso y familiar bajo el agotado susurro—. Nunca me has desobedecido. ¡Cumple mi última orden! Envía mi alma limpia hacia Asura. Apresúrate, a menos que quieras condenarme a pasar la eternidad como un lúgubre engendro de las tinieblas. ¡Mátame! ¡Es una orden! ¡Mátame!

Sin dejar de sollozar violentamente, Yasmina sacó un puñal enjoyado de su faja y lo clavó hasta la empuñadura en el pecho de su hermano. Este se puso rígido de repente, y luego el cuerpo se relajó mientras una sonrisa siniestra curvaba los muertos labios. Yasmina se arrojó boca abajo al suelo y golpeó las esterillas con las manos engarfiadas.

**En el exterior, los gongs y las caracolas resonaron y atronaron mientras los sacerdotes se sajaban la carne con cuchillos de bronce.**

## 2
## Un bárbaro de las montañas

**Chunder Shan, gobernador de Peshkhauri, posó la pluma dorada y examinó cuidadosamente lo que había escrito en el pergamino que lucía su sello oficial. Si llevaba todo aquel tiempo gobernando Peshkhauri era porque sopesaba cada palabra, ya fuera hablada o escrita. La cautela medraba en el peligro y solo los más precavidos llegaban a una edad avanzada en aquella comarca salvaje donde las llanuras de Vendhya se encuentran con los riscos de las montañas Himelias. Una hora a caballo al norte o al oeste eran suficientes para cruzar la frontera y llegar a las colinas, donde se vivía bajo la ley del cuchillo.**

**El gobernador estaba solo en sus aposentos y se sentaba en una ornamentada mesa con incrustaciones de ébano. A través del amplio ventanal, abierto al frescor, asomaba un retal de azulada noche himelia, punteada de enormes estrellas blancas. Un parapeto junto al ventanal dibujaba una línea oscura, y más allá, almenas y troneras se distinguían con dificultad bajo la tenue luz de las estrellas. La fortaleza del gobernador, bien fortificada, estaba fuera de las murallas de la ciudad que guardaba. La brisa que movía ligeramente los tapices de las paredes transportaba un débil murmullo procedente de las calles de Peshkhauri; retazos ocasionales de alguna canción o el repiqueteo de una cítara.**

**El gobernador leyó con calma lo que había escrito. Se escudaba con una mano del resplandor de la lámpara de sebo mientras silabeaba en silencio. Mientras leía le pareció oír de refilón el repiqueteo de los cascos de los caballos más allá de la barbacana y el afilado *staccato* del «¡quién va!» de los guardias. No les prestó atención, absorto en la carta. Iba dirigida al wazam de Vendhya, en la corte real de Ayodhya, y, tras los acostumbrados parabienes, decía:**

> Que tu Excelencia no dude de que he llevado a cabo con fidelidad las instrucciones recibidas. Los siete tribeños están a buen recaudo en prisión y he enviado varias veces a las colinas mensajeros que han dejado claro que es su caudillo quien debe venir en persona a negociar su liberación. Pero aún no ha hecho el menor movimiento, más allá de hacerme saber que si no son liberados enseguida quemará Peshkhauri y tapizará su silla de montar con mi pellejo, pido el perdón de tu Excelencia por tales palabras. Es muy capaz de intentarlo, así que he triplicado el número de alabarderos de guardia. El individuo en cuestión no es nativo de Gulistán. No tengo la menor idea de cuál será su reacción. Pero, dado que es la voluntad de la Devi...

**De pronto se puso en pie y se volvió hacia la puerta en arco, casi en un solo movimiento. Agarró la espada curva que descansaba en la ornamentada vaina sobre la mesa y luego examinó la entrada.**

**Era una mujer la que cruzaba el umbral sin molestarse en ser anunciada; una mujer cuyo vestido de gasa no ocultaba ni los ricos adornos bajo él ni la flexibilidad y belleza de su alta y esbelta figura. Un delicado velo se extendía hasta su pecho, sujeto a un turbante trenzado en tres vueltas doradas y adornado con un creciente también de oro. Sus ojos oscuros miraban al atónito gobernador por encima del velo; de repente, con un gesto imperioso de su delicada mano, se**

descubrió el rostro.

—¡Devi! —El gobernador se postró de hinojos ante ella, aunque la sorpresa y la confusión disminuyeron de algún modo lo regio de su homenaje.

Ella le indicó con un gesto que se pusiera en pie, y él se apresuró en llevarla hasta la silla de marfil sin dejar de hacer reverencias. Sin embargo, sus primeras palabras fueron de reproche.

—¡Majestad! ¡Esto no es nada prudente! La frontera está inquieta y las incursiones desde las colinas se suceden. ¿Has traído un séquito numeroso?

—Una comitiva bastante amplia me siguió a Peshkhauri —respondió ella—. Dejé allí a mi gente y he venido al fuerte solo con mi doncella, Gitara.

Chunder Shan gimió horrorizado.

—¡Devi! No eres consciente del peligro que corres. A una hora a caballo de este puesto, las colinas hierven de bárbaros sin más oficio ni beneficio que el asesinato y la rapiña. Se rapta a mujeres y se apuñala a hombres entre el fuerte y la ciudad. Peshkhauri no es como tus provincias meridionales...

—Pues heme aquí, y no he sufrido daño —lo interrumpió ella con un deje de impaciencia—. Le mostré mi sello al guardia de la entrada y al que hay junto a tu puerta y ambos me dejaron pasar sin anunciarme. Está claro que no sabían quién soy y que me tomaron por un correo secreto de Ayodhya. No perdamos más tiempo. ¿No te han llegado más noticias del caudillo de los bárbaros?

—Tan solo amenazas y maldiciones, Devi. Es precavido y suspicaz. Piensa que es una trampa y no puedo culparlo por ello. Los kshatriyas no siempre han cumplido su palabra con la gente de las colinas.

—¡Debemos llegar a un acuerdo! —lo interrumpió Yasmina apretando los puños, los nudillos totalmente blancos.

—No lo entiendo. —El gobernador meneó la cabeza—. Cuando apresé a los siete montañeses informé de su captura al wazam, tal como dicta el protocolo, pero antes de que pudiera colgarlos llegó una orden diciéndome que los mantuviera con vida y me pusiera en contacto con su caudillo. Así lo he hecho, pero él se mantiene a distancia, como he dicho. Los cautivos son de las tribu de los afgulis, pero su caudillo es un extranjero del oeste, de nombre Conan. He amenazado con colgar a sus hombres al amanecer si él no accede a venir.

—¡Bien! —exclamó la Devi—. Has hecho lo que debías. Te voy a explicar por qué te di esas órdenes. Mi hermano...

Titubeó y carraspeó y el gobernador inclinó la cabeza, el gesto habitual de respeto ante un soberano muerto.

—El rey de Vendhya fue asesinado con magia —dijo ella al fin—. He empeñado mi vida en la destrucción de sus asesinos. Al morir me dio una pista y la he seguido. He leído el Libro de Skelos y he hablado con los ermitaños sin nombre de las cuevas del subsuelo de Jhelai. He averiguado cómo y quién lo mató. Sus enemigos eran los Videntes Negros del Monte Yimsha.

—¡Asura! —susurró Chunder Shan, palideciendo.

La reina clavó la mirada en él.

—¿Les tienes miedo?

—¿Y quién no, Majestad? —respondió—. Son demonios negros y tienen bajo su poder infernal las colinas desiertas más allá del Zhaibar. Pero los sabios dicen que rara vez interfieren en la vida de los mortales.

—No sé por qué atentaron contra mi hermano —dijo ella—. Pero he jurado en el altar de Asura que los destruiría. Y necesito la ayuda de alguien de más allá de

frontera. Un ejército kshatriya nunca llegaría a Yimsha por sí solo.

—Es cierto —murmuró Chunder Shan—. No te falta razón. Tendrían que abrirse paso por la fuerza de las armas a cada paso que dieran, les saltarían montañeses hirsutos de cada peñasco y los acosarían con sus cuchillos en cada valle. Los turanios se abrieron paso una vez hasta las Himelias, pero ¿cuántos volvieron a Khurusun? Y pocos de los que escaparon de las espadas de los kshatriyas, después de que tu hermano el rey derrotase su ejército en el río Jhumda, vivieron para ver Secunderam de nuevo.

—Por ello debo controlar a esa gente del otro lado de la frontera —dijo ella—, gente que sabe cómo llegar al monte Yimsha...

—Pero las tribus temen a los Videntes Negros y rehúyen la montaña impía —repuso el gobernador.

—¿Los teme su jefe, Conan?

—Esa es otra cuestión —dijo el gobernador—. Dudo que haya algo a lo que ese diablo le tenga miedo.

—Eso me han dicho. Por tanto, es con él con quien debo tratar. Quiere que liberemos a sus hombres. Muy bien, su rescate serán las cabezas de los Videntes Negros.

La voz le tembló de odio al pronunciar las últimas palabras, con las manos engarfiadas a los lados del cuerpo. Parecía la imagen misma de la pasión, allí de pie, la cabeza erguida y el pecho agitado.

De nuevo el gobernador se postró, pues sabía bien que una mujer atrapada en aquella tormenta emocional era más peligrosa que una cobra ciega.

—Se hará como ordenas, Majestad. —Luego, al verla más calmada, se puso en pie y se aventuró a hacerle una advertencia—. No puedo predecir cuál será la reacción de Conan. Los tribeños siempre están alborotados y tengo razones para creer que los emisarios de los turanios los están azuzando para que ataquen nuestras fronteras. Como sabe bien tu Majestad, los turanios se han establecido en Secunderam y en otras ciudades del norte, aunque las tribus montañesas siguen invictas. El rey Yezdigerd siempre ha mirado al sur con deseo y quizá intente obtener mediante la traición lo que no ha podido ganar por la fuerza de las armas. A veces me pregunto si Conan no será uno de sus espías.

—Lo comprobaremos —respondió ella—. Si se preocupa por su gente, estará en las puertas al amanecer, dispuesto a parlamentar. Pasaré la noche en la fortaleza. He venido disfrazada desde Peshkhauri y he alojado mi séquito en una posada en lugar de en el palacio. Aparte de mi gente, eres el único que sabe de mi presencia en este lugar.

—Te guiaré a tus aposentos, Majestad —dijo el gobernador.

Salieron de la sala y llamó con un gesto al soldado que montaba guardia. El hombre fue tras ellos, la lanza alzada en posición de saludo.

Al otro lado de la puerta esperaba la doncella, velada como su ama, y el grupo recorrió un amplio y ondulante pasillo iluminado por antorchas humeantes antes de llegar a los aposentos reservados para los visitantes de alcurnia; sobre todo, generales y virreyes, pues ningún miembro de la familia real había honrado hasta aquel momento la fortaleza con su visita. Chunder Shan tenía la incómoda seguridad de que las habitaciones no eran en absoluto apropiadas para alguien de tan alto rango como la Devi, y aunque ella se esforzó por hacerle sentir cómodo en su presencia, no pudo evitar mostrarse aliviado cuando lo dejó ir tras una última reverencia. Había puesto a toda la servidumbre del fuerte al servicio de su real

invitada, aunque no les había dicho de quién se trataba, y dispuso que un escuadrón de alabarderos hiciera guardia ante sus puertas, incluyendo al soldado que vigilaba sus propios aposentos. Preocupado como estaba, se olvidó de reemplazarlo por otro.

No hacía mucho que el gobernador se había ido cuando Yasmina recordó de pronto un asunto que necesitaba discutir con él, pero que se le había ido de la cabeza hasta entonces. Se refería a los actos de un tal Kerim Shah, un noble de Iranistán que había vivido durante un tiempo en Peshkhauri antes de ir a la corte real en Ayodhya. Le parecía haberlo visto aquella misma noche en Peshkhauri y aquello había despertado sus sospechas. Se preguntaba si tal vez la habría seguido desde Ayodhya. En lugar de hacer llamar al gobernador, y llevada por su carácter decidido, fue ella a buscarlo. Echó a andar completamente a solas por el pasillo y se dirigió con cierta premura hacia la habitación de Chunder Shan.

Al entrar en sus aposentos, el gobernador cerró la puerta y se sentó, tras lo cual tomó la carta que había estado escribiendo y la rasgó en pedazos. En ese instante le pareció oír como si algo cayera en el parapeto junto a la ventana. Alzó la vista y vio la silueta de un hombre recortada contra las estrellas. El desconocido entró en la habitación de un salto ágil y la luz de la lámpara se reflejó en el largo acero que empuñaba.

—¡Shhh! —advirtió—. Ni un ruido o le mandó un nuevo esbirro al diablo.

El gobernador comprobó la distancia que lo separaba de la espada sobre la mesa. Estaba al alcance del largo cuchillo zhaibar que brillaba en el puño del intruso y conocía perfectamente la rapidez casi desesperada de los montañeses.

El recién llegado era alto, fuerte y esbelto al mismo tiempo. Vestía como un montañés, pero los rasgos morenos y los flameantes ojos azules no encajaban con las ropas. Chunder Shan nunca había visto a nadie como él: no era un oriental; sin duda se trataba de un bárbaro de occidente. Pero parecía tan indómito y amenazador como cualquiera de los hirsutos tribeños que merodeaban por las colinas de Gulistán.

—Llegas como un ladrón en medio de la noche —dijo el gobernador mientras recuperaba la compostura. Recordó que no había guardia alguno al alcance de su voz, pero el montañés ignoraba eso.

—Escalé un bastión —gruñó el intruso—. Un guardia se asomó a la almena justo a tiempo para que pudiera golpearlo con el pomo de mi cuchillo.

—¿Eres Conan?

—¿Y quién si no? Enviaste un mensaje a las colinas diciendo que querías que viniera a parlamentar. Pues aquí estoy, por Crom. ¡Aléjate de la mesa o te abro en canal!

—Solo quería sentarme —respondió el gobernador mientras tomaba asiento muy lentamente en la silla de marfil tras apartarla de la mesa.

Conan, intranquilo, no apartaba la vista de la puerta mientras acariciaba el filo de su cuchillo de casi una vara de largo. No se movía como un afguli, y era de una franqueza abrupta allí donde un oriental habría sido sutil.

—Tienes a siete de mis hombres —dijo de pronto—. Rechazaste el rescate que te ofrecía. ¿Qué demonios quieres?

—Discutamos los términos del rescate —respondió Chunder Shan con cautela.

—¿Términos? —Había un timbre rabioso y peligroso en la voz del bárbaro—.

**¿De qué hablas? ¿No te he ofrecido oro?**

**Chunder Shan se echó a reír.**

**—¿Oro? Hay más oro en Peshkhauri del que has visto en tu vida.**

**—No creo —replicó Conan—. He estado en el zoco de los orfebres en Khursum.**

**—Bueno, más de lo que un afguli habrá visto jamás, entonces —reconoció Chunder Shan—. Y no es más que una minucia comparada con todo el tesoro de Vendhya. ¿Para qué querríamos más oro? Nos vendría mejor colgar a esos siete ladrones.**

**Conan dejó escapar un juramento rabioso y la larga hoja tembló en su puño cuando tensó los músculos de su moreno brazo.**

**—¡Voy a abrirte la cabeza como un melón!**

**Una salvaje llamarada azul asomó a los ojos del montañés, pero Chunder Shan se limitó a encogerse de hombros, aunque no apartó la vista del afilado acero.**

**—Puedes matarme fácilmente y seguro que no tendrás problema para escabullirte después por las murallas. Pero eso no salvará a tus siete hombres. Los míos los colgarán. Y hablamos de siete caudillos de los afgulis.**

**—Bien lo sé —rezongó Conan—. La tribu entera me gañe en los talones como lobos hambrientos porque aún no he conseguido liberarlos. Dime qué es lo quieres de un modo directo, por Crom. Si no me queda más remedio alzaré un ejército y lo lanzaré contra las puertas de Peshkhauri.**

**Chunder Shan no dudaba de que el hombre que tenía enfrente, cuchillo en mano y ojos llameantes, era capaz de hacer lo que afirmaba. El gobernador no creía que una horda de montañeses pudiera tomar Peshkhauri, pero no quería que devastasen la región.**

**—Hay una misión que debes llevar a cabo —dijo, eligiendo las palabras con el mismo cuidado que si fueran navajas—. Hay…**

**Conan retrocedió de un salto y al mismo tiempo giró hacia la puerta con un gruñido. Sus bárbaros sentidos habían captado el paso veloz de babuchas de seda al otro lado de la puerta. Al instante, esta se abrió y una figura esbelta y envuelta en seda entró apresuradamente, cerró la puerta y se detuvo de pronto al ver al montañés.**

**Chunder Shan se puso en pie de un salto, el corazón desbocado.**

**—¡Devi! —exclamó sin darse cuenta, llevado por el miedo.**

**—Devi.**

**Lo que salió de los labios del montañés fue como un eco explosivo. Chunder Shan vio un brillo de reconocimiento y determinación en los fieros ojos azules.**

**El gobernador lanzó un grito desesperado y cogió la espada, pero el montañés se movió con la velocidad devastadora de un huracán. Dio un saltó, dejó fuera de combate al gobernador con un golpe del pomo del cuchillo, agarró a la asombrada Devi con solo brazo y saltó hacia la ventana. Chunder Shan, que luchaba por ponerse en pie, vio que el bárbaro posaba un instante en el alféizar el revoloteo de faldas de seda y brazos claros que era su cautiva y oyó su fiero y exultante gruñido:**

**—¡Atrévete ahora a colgar a mis hombres!**

**Luego saltó sobre el parapeto y desapareció. Un aullido salvaje llegó a los oídos del gobernador.**

**—¡A mí la guardia! —gritó mientras se ponía trabajosamente en pie y se tambaleaba hacia la puerta.**

La abrió y echó a andar por el recibidor. Sus gritos resonaron en los pasillos y los soldados no tardaron en acudir, asombrados ante el aspecto del gobernador, que se llevaba una mano a la ensangrentada cabeza.

—¡Avisad a los alabarderos! —rugió—. ¡Ha habido un secuestro!

Incluso en su arrebato tuvo el sentido común suficiente para no contarlo todo. Se detuvo de pronto al oír un repentino ruido de cascos en el exterior, seguido de un grito frenético y un aullido de exultación bárbara.

El gobernador, con los desconcertados guardias a los talones, echó a correr escaleras abajo. En el patio del fuerte, un grupo de lanceros esperaba junto a varios caballos ensillados, preparados para partir enseguida. La cabeza le daba vueltas a Chunder Shan, y tenía que agarrarse con ambas manos a la silla, pero guio al escuadrón en pos del fugitivo. No relevó la identidad de la víctima; se limitó a decir que la noble portadora del anillo con el sello real había sido raptada por el jefe de los afgulis. Ni se veía ni se oía al secuestrador, pero conocían el camino que seguiría por la carretera que llevaba a las bocas del Zhaibar.

No había luna y las cabañas de los campesinos se veían borrosas a la luz de las estrellas. El sombrío bastión del fuerte no tardó en quedar tras ellos, así como las torres de Peshkhauri. Al frente se alzaba el negro muro de las montañas Himelias.

## 3
## Khemsa usa magia

En la confusión que reinaba en la fortaleza mientras la guardia ocupaba sus puestos, nadie se dio cuenta de que la joven que acompañaba a la Devi se escabullía por el enorme pórtico y se desvanecía en las tinieblas. Echó a correr en dirección a la ciudad, con la túnica arremangada; no siguió el sendero, sino que se metió por sembrados y descendió varias pendientes y evitó vallas y canales de irrigación con la misma facilidad que si fuera de día y con la habilidad de un corredor bien entrenado. El ruido de los cascos de las monturas de los guardias se había desvanecido en la lejanía antes de que llegase a los muros de la ciudad. No fue a la entrada principal, bajo la cual los alabarderos oteaban alertas la oscuridad mientras comentaban la inusitada actividad en la fortaleza. Rodeó la muralla hasta llegar a un punto en el que la aguja de la torre se divisaba con claridad más allá de las almenas. Se llevó las manos a la boca y moduló un grito extraño y apagado.

Casi al instante apareció una cabeza sobre un alféizar y una cuerda descendió por la muralla. La mujer la agarró, puso un pie en el lazo del extremo y agitó el brazo. Fue alzada con tanta suavidad como rapidez hasta lo alto del muro de piedra maciza. Al instante, saltó sobre la almena y se encontró en el tejado de una casa pegada a la muralla. Había una trampilla abierta; un hombre con túnica de pelo de camello recogía en silencio la cuerda sin acusar lo más mínimo el esfuerzo de izar a una mujer adulta por un muro de quince varas de alto.

—¿Dónde está Kherim Shah? —susurró ella, jadeante tras su larga carrera.

—Duerme abajo, en la casa. ¿Hay noticias?

—¡Conan ha raptado a la Devi y se la ha llevado a las colinas! —balbuceó apresuradamente, atropellando las palabras.

Khemsa siguió impertérrito y se limitó a mover la cabeza tocada con turbante en señal de asentimiento.

—A Kherim Shah le gustará enterarse de eso —dijo.

—¡Espera!

La joven le pasó los esbeltos brazos alrededor del cuello. Jadeaba con fuerza, pero no solo a causa del ejercicio. Los ojos le brillaban como joyas negras a la luz de las estrellas. Su rostro, vuelto hacia arriba, estaba casi pegado al de Khemsa, pero aunque él aceptaba el abrazo no se lo devolvió.

—¡No se lo digas al hirkanio! —jadeó ella—. ¡Usemos nosotros esa información! El gobernador se ha ido a las colinas con sus jinetes pero es como si persiguiera a un fantasma. Y no le ha dicho a nadie que era la Devi la secuestrada. Nadie en Peshkhauri ni en el fuerte lo sabe excepto nosotros.

—¿De qué nos sirve saberlo? —inquirió el hombre—. Mis amos me enviaron a ayudar a Kherim Shan en todo lo que...

—¿Y qué hay de ayudarte a ti mismo? —exclamó ella con rabia—. ¡Sacúdete el yugo de encima!

—¿Cómo? ¡Desobedecer a mis amos? —exclamó él.

Ella sintió que el cuerpo se ponía rígido entre sus brazos.

—¡Sí! —Emocionada, ansiosa, lo sacudió con furia—. ¡También eres mago! ¿Por qué ser un esclavo y usar tus poderes para elevar a otros? ¡Úsalos para ti mismo!

—¡Eso está prohibido! —Estaba temblando como si tuviera fiebre—. No soy miembro del Círculo Negro. Solo me atrevo a usar el conocimiento que me han inculcado a las órdenes de mis amos.

—¡Pero puedes! —arguyó ella apasionadamente—. ¡Hazlo! Conan se ha llevado a la Devi para usarla como rehén por los siete tribeños que hay en la prisión del gobernador. Destrúyelos, así Chunder Shan no podrá utilizarlos para recuperar a la Devi. Y luego vayamos a las montañas y tomémosla de manos de los afgulis. Sus cuchillos no son rivales para tu hechicería. El tesoro de los reyes de Vendhya será nuestro si lo pedimos como rescate; y cuando lo tengamos, podemos engañarlos y venderla al rey de Turán. Seremos ricos más allá de nuestros más locos sueños. Podemos comprar un ejército. Y tomar Khorbull y echar a los turanios de las colinas y enviar nuestras huestes al sur. ¡Seremos el rey y la reina de un imperio!

Khemsa empezó a jadear también; se estremecía como una hoja en el abrazo de la mujer, y su rostro, gris a la luz de las estrellas, estaba perlado de enormes gotas de sudor.

—¡Te amo! —exclamó ella con ferocidad. Su cuerpo se pegó al de él en un abrazo salvaje y apasionado que estuvo a punto de ahogarlo e hizo que se estremeciera—. ¡Te convertiré en rey! ¡Por tu amor he traicionado a mi ama! ¡Traiciona a los tuyos por amor a mí! ¿A qué temer a los Videntes Negros? ¡Al amarme ya has roto sus leyes! ¡Rompe el resto de las ataduras! ¡Eres tan fuerte como ellos!

Ni aunque fuera de hielo habría podido Khemsa soportar la mordedura de su pasión y su rabia. Con un grito inarticulado la atrajo hacia él, la inclinó hacia atrás y llenó de besos sus ojos, su rostro y sus labios.

—¡Sí! —exclamó con la voz ronca de emoción; se tambaleaba como un borracho—. Las artes que me enseñaron estarán a mi servicio, no al de mis amos. Gobernaremos el mundo... el mundo...

—¡Vamos! —Ella se deshizo con agilidad de su abrazo, tomó su mano y lo guio hacia la trampilla—. Primero hay que asegurarse de que el gobernador no

intercambie a esos siete afgulis por la Devi.

Él se movía como si estuviera aturdido; descendieron por una escalerilla y se detuvieron en la habitación inferior. Kerim Shah yacía inmóvil en un diván, con un brazo sobre el rostro como si escudase sus ojos de la luz tenue de la lámpara de metal. Ella agarró el brazo de Khemsa e hizo un gesto veloz sobre su propia garganta. Khemsa alzó el brazo; de pronto, la expresión de su rostro cambió por completo y retrocedió.

—Hemos compartido la sal —murmuró—. Además, no podrá interferir con lo que vamos a hacer.

Guio a la joven a través de una puerta que daba a una escalera de caracol. Sus pisadas se desvanecieron en la lejanía y el hombre en el diván se sentó. Kerim Shah se limpió el sudor del rostro. No temía el golpe de un cuchillo, pero sí a Khemsa, como habría temido a un reptil venenoso.

—Los que traman conspiraciones en los tejados deberían asegurarse de que lo hacen en voz baja —murmuró—. Pero dado que Khemsa se ha vuelto contra sus amos y que él era mi único contacto con ellos, ya no puedo contar más con su ayuda. A partir de ahora haré las cosas a mi manera.

Se puso pie y fue con premura hasta la mesa. Sacó un trocito de pergamino y una pluma de su faja y escribió con rapidez unas pocas líneas:

> A Khosru Khan, gobernador de Secunderam.
>
> Conan el cimerio se ha llevado a la Devi Yasmina al lugar de los afgulis. Es la oportunidad perfecta para hacernos con la Devi, como ansía desde hace tiempo nuestro amo. Envía tres mil jinetes lo antes posible. Me encontraré con ellos en el valle de Gurasha. Llevaré guías nativos.

Firmó con un nombre que en nada se parecía a Kerim Shah.

De una caja dorada extrajo una paloma mensajera a cuya pata aseguró el pergamino tras enrollarlo y atarlo con un cordón dorado. Sin perder el tiempo, se acercó a una ventana y liberó al pájaro. El animal dio un par de aleteos indecisos, se estabilizó y no tardó en desaparecer como una sombra alada. Tras ponerse el yelmo, la espada y la capa, Kerim Shah salió a toda prisa de la sala y descendió por la escalera de caracol.

Los calabozos de Peshkhauri estaban separados del resto de la ciudad por una enorme muralla en la que se abría una puerta de hierro macizo bajo un arco. Sobre el arco ardía vacilante la llama de un pebetero rojo y a un lado de la puerta había un soldado con lanza y escudo.

El hombre se apoyaba en la lanza y luchaba por contener los bostezos, pero se irguió de pronto. Estaba seguro de no haberse dormido, pero había alguien frente a él y no lo había visto llegar. Vestía una túnica de pelo de camello y un turbante verde. A la luz temblorosa del pebetero casi no se distinguían sus facciones, pero, sorprendentemente, los ojos parecían brillar en la penumbra.

—¿Quién va? —preguntó el guardia, la lanza en ristre—. ¿Quién eres?

El desconocido no pareció inquieto, aunque la punta de la lanza le rozaba el pecho. Sus ojos se clavaron en los del guardia de un modo extrañamente intenso.

—¿A qué te debes? —preguntó en un tono curioso.

—¡A guardar la puerta! —respondió el guardia, envarado y de forma

mecánica. Estaba rígido como una estatua, con los ojos algo vidriosos.

—¡Mentira! ¡Te debes a mí! Me has mirado a los ojos y tu alma ya no te pertenece. Abre la puerta.

De un modo envarado, como si fuera un muñeco, el guardia dio media vuelta, sacó una gran llave del cinturón, la hizo girar en la enorme cerradura y abrió la puerta. Luego se quedó firmes, la mirada clavada en la lejanía.

Una mujer emergió de las sombras y poso una mano ansiosa en el brazo del hipnotizador.

—Haz que nos traiga unos caballos, Khemsa —susurró.

—No hace falta —respondió el raksha. En voz un poco más alta le dijo al guardia—: No te necesito más. ¡Mátate!

Como si estuviera en trance, el guardia apoyó la base de la lanza contra el muro y posó la afilada punta contra el pecho, justo bajo las costillas. Luego, de un modo lento, tranquilo, sin pausa, se dejó caer contra ella con todo su peso, hasta que le atravesó el cuerpo y le asomó entre los hombros. Resbaló lentamente por el astil hasta quedar inmóvil, la lanza sobresaliendo del cuerpo en casi toda su longitud, como un tallo horripilante que naciera de su espalda.

La joven se lo quedó mirando, fascinada, hasta que Khemsa la tomó del brazo y la llevó al otro lado de la puerta. Las antorchas iluminaban un estrecho espacio entre el muro exterior y otro interior y más bajo, en el que se abrían puertas en arco a intervalos regulares. Un guardia vigilaba aquel pasaje y al abrirse la puerta acudió a paso tranquilo, tan confiado en la inexpugnabilidad de la prisión que no se puso alerta hasta que aparecieron Khemsa y la joven. Para entonces era demasiado tarde. El raksha no perdió el tiempo intentando hipnotizarlo, aunque lo que hizo le pareció magia a la joven. El guardia bajó amenazadoramente la lanza y abrió la boca para dar la alarma, lo que habría atraído en un instante a los alabarderos que había en las salas de guardia a ambos lados del pasaje. Khemsa apartó la lanza con la mano izquierda como si espantase una mosca y adelantó y volvió a retirar velozmente la derecha. Dio la impresión de que apenas había rozado el cuello del guardia, quien cayó de bruces sin un sonido, la cabeza torcida sobre el cuello roto.

Khemsa ni siquiera lo miró, sino que fue a una de las puertas y posó la mano abierta sobre el macizo candado de bronce. Con un estremecimiento desgarrador, la puerta cedió hacia dentro. La joven lo siguió al interior y vio que la gruesa hoja de madera estaba hecha astillas y los goznes de bronce habían sido desencajados. Ni un ariete de cinco quintales arrastrado por medio centenar de hombres habría hecho tanto daño. Khemsa, libre al fin y ebrio de poder, daba rienda suelta a sus habilidades y comprobaba el límite de sus fuerzas del mismo modo que un joven gigante desperezaría sus músculos con excesivo vigor, exultante de orgullo ante su desarrollo.

La puerta destrozada los llevó a un pequeño patio iluminado por un candil. En la puerta de enfrente había una ancha reja de hierro. Se veía una mano peluda agarrada a un barrote, y en la oscuridad tras ella brillaban varios pares de ojos.

Khemsa permaneció inmóvil y en silencio, examinando las sombras desde las que lo contemplaban con ardiente intensidad. De pronto se llevó la mano a la túnica y volvió a sacarla; de sus dedos extendidos se esparció una pluma de polvo reluciente en dirección a la reja. Un llamarada verde iluminó de repente el recinto. En el breve instante de claridad que siguió pudo ver a siete hombres inmóviles tras la reja, dibujados con precisión por la luz: altos, greñudos e

hirsutos, vestidos con los harapos característicos de los montañeses. No dijeron nada, pero a sus ojos asomó el miedo a la muerte y las manos se aferraron a los barrotes.

El fuego se apagó pero el resplandor continuaba, una centelleante bola verde que pulsaba y titilaba a los pies de Khemsa. Los ojos de los montañeses no se apartaban de ella. La bola se movió, se alargó, se convirtió en una espiral de humo verde y luminoso que reptaba hacia las rejas. Giró y se enroscó como una enorme serpiente y luego se ensanchó y empezó a ondear y a crear remolinos y pliegues brillantes. Se convirtió en una nube que avanzaba poco a poco, directa hacia la reja. Los hombres la vieron venir, los ojos como platos, la reja temblando ante el abrazo de sus dedos desesperados. Las barbudas bocas se abrieron pero no asomó sonido alguno de ellas. La nube verde se enroscó en los barrotes y desaparecieron de la vista; fue como si una niebla hubiera cruzado la reja y ocultase a los hombres que encerraba. De los remolinos de humo surgió un sonido estrangulado, como la bocanada final de alguien que se ahoga. Y nada más.

Khemsa se volvió a la joven, que permanecía totalmente inmóvil con la boca abierta y los ojos dilatados, y la tocó en el brazo. De un modo mecánico dio la vuelta y lo siguió, no sin antes mirar a su espalda. La niebla se estaba aclarando y junto a la reja se veían unos pies calzados con sandalias: los dedos, rígidos, apuntaban hacia arriba. Más allá le pareció ver siete figuras postradas, inmóviles.

—Y ahora vamos a por un corcel más veloz que el caballo más rápido que jamás se haya criado en un establo humano —dijo Khemsa—. Estaremos en Afgulistán antes del amanecer.

## 4
## Encuentro en el paso

La Devi Yasmina no conseguía recordar con claridad los detalles de su rapto. La violencia y lo inesperado del hecho la habían aturdido; tenía solo la sensación borrosa de un remolino de acontecimientos: la presa aterradora de un brazo musculoso, los ojos brillantes del secuestrador, su ardiente respiración quemándole la carne. El salto por la ventana al parapeto, la carrera enloquecida por las almenas y los tejados, totalmente paralizada por el miedo a caer, el temerario descenso por una cuerda atada a una almena, a una velocidad vertiginosa, ella echada sobre el hombro moreno de su captor... Todo aquello se mezclaba confuso en la mente de la Devi. Tenía una imagen más clara del raptor corriendo hacia las sombras bajo los árboles, llevándola como si fuera un bebé y arrojándola sobre la silla de un fiero semental bhalkhana encabritado y resoplante. Luego fue como si volara mientras los veloces cascos arrancaban chispas de la carretera pedregosa en su carrera hacia las montañas.

A medida que se aclaraba la mente de la joven, se vio asaltada por rabia y por vergüenza. Estaba escandalizada. Los gobernantes de los reinos al sur de las Himelias se consideraban poco menos que divinos. ¡Y ella era la Devi de Vendhya! El miedo quedó ahogado por una ira regia. Gritó feroz y se retorció. ¡Ella, Yasmina, llevada en la silla por un caudillo montañés como una plebeya del mercado! Lo único que consiguió fue que los enormes músculos la agarrasen con más fuerza pese a sus pataleos, y por primera vez en su vida experimentó el dominio de una fuerza física superior. Los brazos parecían de acero alrededor de

sus esbeltos miembros. El hombre la miró de reojo y gruñó mientras los dientes brillaban blancos a la luz de las estrellas. Las riendas estaban sueltas sobre la crin del semental, y cada fibra de la enorme bestia se tensó mientras se precipitaba por el pedregoso camino. Pero Conan montaba con despreocupación, totalmente cómodo, cabalgando como si fuera un centauro.

—¡Perro montaraz! —jadeó ella temblando de vergüenza, ira y la comprensión de lo indefensa que estaba—. ¿Cómo osas...? ¡Cómo osas! ¡Pagarás con tu vida por eso! ¿Adónde me llevas?

—A los poblados de Afgulistán —respondió él, mientras miraba de reojo a su espalda.

Tras ellos, más allá de las lomas que habían dejado atrás, se divisaban antorchas yendo de un lado para otro en las murallas de la fortaleza, y distinguió de pronto un gran resplandor, indicativo de que se había abierto el gran portón. Conan se echó a reír con una risa profunda y borrascosa como el viento de las colinas.

—El gobernador ha enviado a sus jinetes en pos nuestro —dijo—. ¡Por Crom, les ofreceremos una buena cacería! ¿Qué opinas, Devi? ¿Crees que pagarán siete vidas a cambio de una princesa kshatriya?

—Enviarán un ejército para colgarte a ti y a tu prole diabólica —aseguró ella con convicción.

Él se rio de nuevo de un modo salvaje y puso a Yasmina en una postura más cómoda en sus brazos. Ella lo tomó como un nuevo agravio e intentó liberarse otra vez, inútilmente, hasta que comprendió que sus esfuerzos no conseguían más que divertir al bárbaro. Además, sus ligeras vestiduras de seda, ondeantes al viento, no hacían más que descolocársele con los pataleos. Llegó a la conclusión de que la mejor forma de mantener la dignidad era mostrar una sumisión despectiva y se quedó tan quieta como rabiosa.

Pero su rabia no tardó en convertirse en asombro a medida que llegaban a la entrada del Paso, que parecía la boca de un pozo negro en medio de los farallones, más negros aún, que se alzaban a ambos lados como colosales murallas. Era como si un inmenso cuchillo hubiera cortado las montañas. A cada lado, las empinadas laderas se alzaban cientos de varas, y la entrada del paso era negra como el odio. Ni siquiera Conan podía ver con claridad, pero conocía bien el camino, incluso de noche. Sabedor de que hombres armados cruzaban la estrellada noche en su persecución no se molestó en comprobar la velocidad a la que iba el semental. El enorme bruto aún no mostraba señales de fatiga. Galopó por la calzada que seguía las estribaciones del valle, subió una ladera, coronó una cresta flanqueada por traicioneros esquistos y descendió por un sendero que seguía la ladera por el lado izquierdo.

En aquella oscuridad ni siquiera Conan fue capaz de detectar la emboscada de los tribeños del Zhaibar. Mientras se internaban en la garganta que se abría al paso, una jabalina silbó a través del aire y se clavó tras el rígido hombro del semental. La enorme bestia dejó escapar la vida con un suspiro y un estremecimiento y se derrumbó a mitad de un paso. Pero Conan había reconocido el vuelo y el golpe de la jabalina y reaccionó con la velocidad de un resorte.

Mientras el caballo caía, saltó abrazado a la joven para protegerla de los peñascos. Aterrizó de pie como un gato, la empujó hacia una hendidura en la roca y dio media vuelta para enfrentar la oscuridad mientras desenvainaba el cuchillo.

Yasmina, confusa ante la rapidez de lo ocurrido, insegura de qué pasaba, vio

una silueta borrosa salir de entre las sombras, pies desnudos que pisaban con suavidad la roca, harapos que flotaban a su paso apresurado. Vio el resplandor del acero, oyó resonar el ataque, parada y contraataque y el crujir de huesos cuando el cuchillo de Conan partió el cráneo de su oponente.

El bárbaro retrocedió y se agachó, buscando refugio entre las rocas. En la oscuridad, sus atacantes se movían y una voz rugió estentórea:

—¡Vamos, perros! ¿Retrocedéis? A por ellos, condenados.

Conan se alzó, escrutó la oscuridad y dijo en voz alta:

—¡Yar Afzal! ¿Eres tú?

Se oyó un juramento y alguien preguntó con cautela:

—¿Conan? ¿Eres tú, Conan?

—¡Sí! —gritó el cimerio entre risas—. Déjame verte, viejo perro de guerra. He matado a uno de tus hombres.

Hubo movimiento entre las rocas, se vio un débil resplandor y luego se encendió una llama que avanzó oscilante en su dirección. A medida que se aproximaba, una figura enorme y fiera de poblada barba fue haciéndose visible. El portador de la antorcha la mantenía en alto, avanzaba con decisión y estiraba el cuello observando las rocas que iluminaba. En la otra mano llegaba un enorme tulwar curvo. Conan dio un paso al frente mientras envainaba el cuchillo y el otro individuó rugió un saludo:

—¡Sí, es Conan! ¡Salid de entre las rocas, perros! ¡Es Conan!

El resto se asomó hasta el tembloroso círculo de luz: hombres salvajes, harapientos y barbudos de ojos lobunos y largas hojas en las manos. No vieron a Yasmina, pues estaba oculta tras el enorme cuerpo de Conan, pero mientras atisbaba desde allí, la joven sintió miedo por primera vez aquella noche. Parecían más lobos que seres humanos.

—¿Qué estabas cazando en el Zhaibar por la noche, Yar Afzal? —le preguntó Conan al fornido jefe, que sonreía como un gul barbudo.

—¿Quién sabe lo que puede venir a través del paso por la noche? Los wazulis somos halcones nocturnos. Pero ¿qué me dices de ti, Conan?

—Tengo una prisionera —respondió el cimerio.

Se hizo a un lado y mostró a la joven tras las rocas. Extendió un brazo y la sacó temblorosa de su refugio.

No quedaba nada de sus regios modales. Contemplaba con temor el círculo de rostros barbudos que la cercaban y daba gracias por el brazo fuerte que la sujetaba posesivamente. La antorcha se le acercó y oyó como todos contenían el aliento.

—Es mi cautiva —advirtió Conan mientras señalaba a los pies del hombre al que había matado, visible dentro del círculo de luz—. La llevaba a Afgulistán, pero habéis matado mi caballo y los kshatriyas me persiguen de cerca.

—Ven a nuestra aldea —sugirió Yar Afzal—. Tenemos caballos ocultos en el barranco. No podrán seguirnos en la oscuridad. ¿Dices que están cerca?

—Tanto que oigo resonar sus cascos contra el pedernal —respondió Conan ceñudo.

De pronto se apagó la antorcha y, mientras los hombres se movían, sus figuras andrajosas se fundieron en la oscuridad como fantasmas. Conan cogió a la Devi en brazos sin que ella se resistiera. El suelo pedregoso le hacía daño en los pies calzados con sandalias y se sentía diminuta e indefensa en medio de aquella negrura salvaje y primordial rodeada de riscos colosales y sombríos.

Al sentirla temblar a causa del aire que descendía por las laderas, Conan

arrancó una capa harapienta de los hombros de su propietario y la envolvió con ella. También le susurró una advertencia y le ordenó no hacer el menor ruido. La Devi no oía el lejano tintineo de los cascos de los caballos contra la roca que había puesto en alerta a los montañeses, pero de todos modos estaba demasiado asustada para no obedecer.

Lo único que veía eran unas pocas y pálidas estrellas sobre ella, pero supo que habían entrado en la garganta cuando la oscuridad se hizo aún mayor. Había agitación a su alrededor y oyó el movimiento intranquilo de unos caballos. Se murmuraron algunas palabras y Conan subió a lomos del caballo del hombre al que había matado y aupó a la joven. Se internaron por la sombría garganta silenciosos como fantasmas, excepto por el sonido de los cascos. A su espalda quedaban el hombre y el caballo muertos, y allí los encontraron media hora más tarde los jinetes de la fortaleza, que reconocieron al hombre como un wazuli y sacaron sus conclusiones a partir de eso.

Yasmina, acurrucada en los brazos de su raptor, sintió que la vencía el sueño a su pesar. El movimiento arriba y abajo del caballo, si bien irregular, poseía cierto ritmo que, combinado con el cansancio físico y emocional, la arrojó en brazos del sueño. Había perdido cualquier noción del tiempo o del espacio. Se movían en una oscuridad espesa y acogedora, en la que a veces divisaba vagamente paredes gigantescas como murallas negras o enormes riscos que tapaban las estrellas. En ocasiones sentía resonar las profundidades bajo ellos o notaba el viento que bajaba de las alturas y soplaba frío a su alrededor. Poco a poco todo eso se desvaneció en una duermevela ensoñadora en la que el resonar de los cascos y el crujido de las sillas eran como murmullos sin sentido en un sueño.

Fue apenas consciente de que el movimiento cesaba y de que alguien la alzaba y cargaba con ella unos pasos. Luego la posaron sobre una superficie mullida y susurrante, colocaron algo, tal vez un abrigo doblado, bajo su cabeza y la taparon con cuidado con la capa en la que había estado envuelta. Oyó reírse a Yar Afzal.

—Una presa de altura, Conan. Adecuada compañera para un caudillo de los afgulis.

—No es para mí —respondió Conan con voz retumbante—. Esta moza comprará las vidas de mis siete lugartenientes, malditas sean sus almas.

Fue lo último que oyó Yasmina antes quedarse completamente dormida.

Mientras dormía, un grupo de hombres armados cabalgaba por las negras colinas y el destino de varios reinos pendía en la balanza. Aquella noche resonaron cascos al galope a través de estrechas gargantas y desfiladeros sombríos y la luz de las estrellas se reflejó en los yelmos y las espadas curvas, hasta que las formas macabras que acechaban en los riscos otearon en la oscuridad desde sus escarpados escondites preguntándose qué estaría pasando.

Uno de los grupos permanecía inmóvil a caballo en la entrada de un cañón, oscura como boca de lobo, mientras los presurosos cascos pasaban a su altura. Su caudillo, un individuo bien formado con capa hilada en oro y yelmo, alzó la mano en un gesto de advertencia hasta que hubieron pasado los jinetes. Luego se echó a reír en voz baja.

—Parece que han perdido el rastro. O quizá han descubierto que Conan ya ha llegado a las aldeas afgulis. Les costará muchos jinetes limpiar ese avispero. Al alba habrá escuadrones cabalgando por el Zhaibar.

—Si hay lucha en las colinas también habrá botín —murmuró una voz a sus

espaldas en el dialecto de los irakzais.

—Habrá botín —respondió el del yelmo—. Pero primero debemos llegar al valle de Gurasha y esperar a los jinetes que vendrán al sur desde Secunderam antes del alba.

Cogió las riendas y salió del desfiladero seguido de sus hombres; treinta fantasmas harapientos a la luz de las estrellas.

## 5
## El semental negro

El sol estaba bien alto cuando Yasmina despertó. No miró a su alrededor desorientada, preguntándose dónde estaba, sino que despertó sabiendo perfectamente qué había ocurrido. Sus esbeltas piernas estaban rígidas a causa de la larga cabalgada y aún le parecía sentir en la piel el contacto del musculoso brazo que la había arrastrado hasta allí.

Yacía sobre una piel de oveja que cubría un jergón de hojas en el suelo de tierra batida. Bajo la cabeza tenía otra piel de oveja enrollada y estaba envuelta en una capa raída. Se encontraba en una gran habitación de paredes toscas pero recias de roca sin desbastar cementada con barro secado al sol. Fuertes vigas sostenían un techo del mismo estilo, en el que se veía una trampilla de la que pendía una escala. No había ventanas en los amplios muros, solo aspilleras. Había una sola puerta, una robusta pieza de bronce que sin duda había sido robada de alguna torre fronteriza de Vendhya. Frente a ella había una amplia oquedad en la pared, sin puerta pero con varios barrotes de madera. Yasmina divisó al otro lado un magnífico semental negro que forrajeaba en una pila de hierba seca. Aquella estructura era fortaleza, morada y establo al mismo tiempo.

Al otro extremo de la habitación, una joven vestida con el chaleco y los holgados calzones de los montañeses atendía un pequeño fuego y cocinaba algunas tiras de carne en una parrilla de hierro dispuesta sobre unas piedras. Había hendiduras cubiertas de hollín en la pared un poco más arriba y parte del humo iba hacia allá. El resto flotaba en jirones azulados por la habitación.

La montañesa miró a Yasmina de reojo, mostrando un rostro fuerte y bien parecido; luego siguió cocinando. Se oyeron voces en el exterior; la puerta se abrió y entró Conan. Parecía incluso más gigantesco que antes con la luz de la mañana a la espalda, y Yasmina se fijó en varios detalles que se le habían escapado durante la noche. Sus vestiduras estaban limpias y bien conservadas. El cinturón bakhauriota del que pendía un puñal en una vaina ornamentada podría haber ceñido la cintura de un príncipe, y bajo la camisa distinguió un destello de malla turania de primera calidad.

—Tu cautiva ha despertado, Conan —dijo la joven wazuli.

El bárbaro soltó un gruñido, se acercó al fuego y puso varias tiras de carne en un plato de piedra.

La joven se rio con picardía, ante lo que él sonrió como un lobo, pasó un pie bajo sus ancas y la tumbó en el suelo. Ella parecía estar disfrutando bastante con aquel tosco juego, pero Conan no le prestó más atención. De alguna parte sacó un gran trozo de pan y una jarra de cobre con vino y se lo acercó todo a Yasmina, que se había sentado en el jergón y lo miraba dubitativamente.

—Un poco tosco para una Devi, pero es lo mejor que tenemos, muchacha —

masculló—. Al menos te llenará el buche.

Posó la bandeja en el suelo y, en ese momento, ella se dio cuenta del hambre salvaje que tenía. Sin ningún comentario se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, se puso el plato en el regazo y empezó a comer con los dedos, que era cuanto tenía. Al fin y al cabo, la capacidad de adaptarse es uno de los rasgos de la verdadera aristocracia. Conan se la quedó mirando con los pulgares en el cinturón. Nunca se sentaba con las piernas cruzadas al estilo oriental.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella de pronto.

—En la morada de Yar Afzal, caudillo de los wazulis de Khurum —respondió él—. Afgulistán está bastantes leguas al oeste. Nos esconderemos aquí un rato. Los kshatriyas están batiendo las colinas en tu busca... Varios de sus escuadrones ya han sido atacados por los tribeños.

—¿Qué vas a hacer?

—Mantenerte conmigo hasta que Chunder Shan esté dispuesto a canjearte por mis siete ladrones de vacas —gruñó él—. Las wazulis están fabricando tinta con hojas de shoki, así que no tardarás en poder escribirle una carta al gobernador.

Un rastro de su antigua ira principesca se adueñó de ella al darse cuenta del modo enloquecido en que se habían torcido sus planes y había caído cautiva de aquel al que pretendía poner a sus pies. Tiró el plato al suelo, aún con comida, y se puso en pie de un salto.

—¡No voy a escribir ninguna carta! ¡Si no me llevas de vuelta, colgarán a tus siete hombres y a mil más si hace falta!

La wazuli soltó una risita burlona, Conan frunció el ceño y la puerta se abrió para dejar paso a un Yar Afzal de aspecto fanfarrón. El caudillo wazuli era más alto que Conan y más ancho de cintura, pero parecía gordo y torpe en contraste con la dureza compacta del cimerio. Se mesó la barba rojiza y le lanzó una mirada significativa a la joven wazuli, quien se puso en pie y los dejó solos. Yar Afzal se volvió a su invitado.

—Mi condenada gente no para de murmurar, Conan —dijo—. Quieren que te mate y nos quedemos con la chica y pidamos rescate. Dicen que cualquiera puede ver por sus vestiduras que es de origen noble. Y se preguntan por qué deben beneficiarse de su rapto los perros afgulis cuando son ellos los que corren el riesgo.

—Dame un caballo —respondió Conan—. Nos iremos.

—¡Bah! —tronó Yar Afzal—. ¿Crees que no sé manejar a mis propias gentes? ¡Les arrancaré la piel a tiras si me traicionan! No les gustas, ningún extranjero les gusta, pero una vez me salvaste la vida y no olvido esas cosas. Ven, anda, ha vuelto uno de los exploradores.

Conan apoyó las manos en el cinturón y salió tras el caudillo. Cerraron la puerta tras ellos y Yasmina atisbó a través de una rendija. Contemplaba una zona plana frente a la cabaña; en el extremo más alejado se veía un grupo de chozas de barro y paja y divisó a varios niños desnudos jugando entre las peñas y a algunas de las delgadas y altivas mujeres montañesas dedicadas a sus quehaceres.

Frente a la puerta, justo ante el caudillo, se agrupaba un círculo de individuos andrajosos y greñudos. Conan y Yar Afzal estaban de pie a pocos pasos de la puerta y entre ellos y el anillo de guerreros se sentaba otra persona con las piernas cruzadas. Hablaba con el caudillo con el áspero acento de los wazulis y Yasmina casi no podía entenderlo, pese a que parte de su educación real había consistido en aprender los lenguajes de Iranistán y las lenguas de Gulistán, emparentadas.

—He hablado con un dagozai que vio anoche a los jinetes —decía el explorador—. Se escondía cerca del lugar por el que pasaron, cerca de donde emboscamos a Conan. Pudo oír lo que decían. Chunder Shan los acompañaba. Encontraron el caballo muerto y uno de ellos lo reconoció como el de Conan. También encontraron al hombre que mató Conan y lo reconocieron como wazuli, así que han cambiado de idea respecto a seguir camino a Afgulistán. Pero no saben de qué aldea era el muerto, y no hemos dejado rastro alguno que los kshatriyas pudieran seguir.

»Así que fueron hasta el pueblo wazuli más cercano, el de Jugra, y lo quemaron y mataron a muchos de sus habitantes. Mas la gente de Khojur cayó sobre ellos desde las sombras y mataron a varios, además de herir al gobernador. Los supervivientes se retiraron Zhaibar abajo antes de que amaneciera, pero volvieron con refuerzos poco después y durante toda la mañana ha habido escaramuzas y lucha en la montaña. Se dice que están alzando un gran ejército para peinar todas las colinas alrededor del Zhaibar. Las tribus están afilando los cuchillos y preparan emboscadas en todos los pasos de aquí al valle de Gurasha. Y otra cosa: Kerim Shah ha vuelto a las colinas.

Un gruñido se extendió por el círculo de guerreros y Yasmina se acercó más al agujero al oír el nombre del que empezaba a desconfiar.

—¿Adónde ha ido? —quiso saber Yar Afzal.

—Los dagonais no lo sabían. Lo acompañaban treinta irakzais de las tierras bajas. Cabalgaron hacia las colinas y desaparecieron.

—Esos irakzais no son más que chacales que siguen al león a cambio de unas migajas —gruño Yar Afzal—. Han estado lamiendo las monedas que Kerim Shah reparte entre las tribus de la frontera y con las que compra hombres como si fueran caballos. No me gusta, por más que sea iranistano como nosotros.

—No lo es —dijo Conan—. Lo conozco desde hace tiempo. Es hirkanio, espía de Yezdigerd. Si lo atrapo lo colgaré de un tamarisco.

—¿Qué hay de los kshatriyas? —exclamó alguien en el círculo—. ¿Vamos a quedarnos cruzados de brazos hasta que nos echen? Tarde o temprano darán con el pueblo wazuli en el que está la moza. Los zahibaris no nos tienen el menor aprecio y ayudarán a los kshatriyas a darnos caza.

—Dejad que vengan —dijo Yar Afzal—. Podemos defender los desfiladeros de un ejército.

Uno de los guerreros dio un salto al frente y meneó el puño frente a Conan.

—¿Vamos a correr todos los riesgos mientras él se lleva la recompensa? —bramó—. ¿Vamos a pelear por él?

De una zancada Conan llegó a su altura y lo miró directamente a los ojos. El cimerio no había desenvainado su largo cuchillo, pero la mano izquierda sujetaba la vaina y empujaba la empuñadura hacia delante de un modo evidente.

—No pido a hombre alguno que luche por mí —dijo con tranquilidad—. ¡Desenvaina si te atreves, perro!

El wazuli se echó hacia atrás como un gato.

—¡Intenta tocarme y cincuenta hombres te abrirán en canal! —chilló.

—¿Cómo? —rugió Yar Afzal, el rostro enrojecido de rabia. Las patillas se le erizaron y el vientre le tembló de furia—. ¿Acaso eres el caudillo de Khurum? ¿Siguen los wazulis las órdenes de Yar Afzal o las de una escoria como tú?

El hombre se encogió ante su imponente jefe y Yar Afzal llegó hasta él, lo agarró de la garganta y apretó hasta que el rostro se le empezó a poner negro.

Entonces lanzó salvajemente al montañés contra el suelo y se irguió ante él con el alfanje en la mano.

—¿Alguien más cuestiona mi autoridad? —bramó.

Los guerreros bajaron la vista a medida que recorría el semicírculo de hombres con una mirada belicosa. Yar Afzal gruñó despectivamente y luego envainó el arma con un gesto que no podía ser más insultante. Pateó al caído con tal saña que este no pudo evitar un aullido.

—Ve valle abajo, donde están los vigías, e infórmame de si han visto algo —ordenó Yar Afzal.

Así lo hizo el caído, tembloroso de miedo y con los dientes apretados de rabia.

Yar Afzal se sentó solemnemente en una piedra y dejó escapar un gruñido entre dientes. Conan estaba a su lado, las piernas separadas y los pulgares en el cinturón, sin apartar la vista de los guerreros que lo rodeaban. Lo contemplaban con gesto hosco, sin atreverse a desafiar la furia de Yar Afzal, pero llenos de odio hacia el extranjero como solo un montañés podía estarlo.

—Escuchadme, hijos de un perro sin nombre, mientras os cuento lo que Conan y yo hemos planeado para engañar a los kshatriyas.

El retumbar de la voz de toro de Yar Afzal siguió al desbaratado guerrero mientras este se alejaba. Pasó junto al grupo de chozas, donde las mujeres que habían sido testigos de su derrota se rieron a su paso y le lanzaron comentarios hirientes, y echó a andar de prisa por el camino que serpenteaba entre peñas y rocas hacia la entrada del valle.

En cuanto un giro del camino lo ocultó de la aldea, se detuvo de pronto, boquiabierto. Siempre había creído que era imposible que un extranjero entrase en el valle de Khurum sin que lo detectasen los vigías en las alturas, cuyos ojos eran comparables a los de un ave de presa. Sin embargo, a un lado del camino se sentaba un individuo con las piernas cruzadas, vestido con túnica de piel de camello y turbante.

La boca del wazuli inició un grito y su mano se lanzó hacia la empuñadura del cuchillo. Pero en cuanto sus ojos se cruzaron con los del desconocido, el grito murió en su garganta y los dedos se le paralizaron. Se quedó como una estatua, los ojos vidriosos y la mirada perdida.

Durante varios minutos no sucedió nada. Luego, el hombre a un lado del camino trazó un símbolo arcano en el polvo con el dedo índice. El wazuli no le había visto colocar nada en lo que había trazado, pero sintió que algo resplandecía entre los trazos, una bola brillante como jade pulido. El hombre del turbante verde alzó la vista y la lanzó hacia el wazuli, quien la agarró de forma instintiva.

—Llévasela a Yar Afzal —dijo.

El wazuli se dio la vuelta como un autómata y volvió por donde había venido, la bola de jade en su mano extendida. Ni siquiera se molestó en mirar hacia las mujeres, que de nuevo volvieron a burlarse de él mientras pasaba junto a las chozas. No parecía oírlas.

El desconocido lo contempló con una sonrisa críptica. La cabeza de una joven asomó tras él y lo contempló con admiración y una pizca de miedo que había estado ausente de su mirada la noche anterior.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

Él acarició con los dedos los negros rizos de la joven.

—¿Aún estás mareada tras tu viaje en el caballo aéreo, que dudas de mi sabiduría? —preguntó entre risas—. Mientras Yar Afzal siga con vida, Conan estará a salvo entre los guerreros wazulis. Sus cuchillos están bien afilados y son numerosos. Lo que he planeado es menos arriesgado, sobre todo para mí, que intentar matarlo y tratar de hacernos con Yasmina. No hace falta ningún mago para predecir lo que harán Conan o los wazulis cuando mi víctima entregue el globo de Yezud al caudillo de Khurum.

En el campamento, Yar Afzal se detuvo en medio de una diatriba y, sorprendido y de mal humor, vio regresar al hombre que había enviado al valle.

—¡Te ordené ir donde los vigías! —rugió—. No has tenido tiempo de ir y volver.

El otro no respondió. Se quedó inmóvil, inexpresivo, los ojos vacíos clavados el rostro del caudillo, la palma de la mano abierta con la bola de jade en ella. Conan, que miraba desde el hombro de Yar Afzal, murmuró unas palabras y extendió la mano para sujetar el brazo del caudillo, pero este golpeó al recién llegado con el puño en un arrebato de ira y lo tiró al suelo como si fuera un buey. Mientras caía, la esfera de jade rodó hacia los pies de Yar Afzal y el caudillo, como si la viera por primera vez, se inclinó y la cogió. Los demás, la vista clavada en su camarada inconsciente, vieron agacharse a su líder, pero no lo que recogía del suelo.

Yar Afzal se incorporó, contempló la pieza de jade e hizo ademán de guardarla bajo la faja.

—Llevaos a ese imbécil a su choza —gruñó—. Tiene la expresión de un comedor de loto. Tenía la mirada en blanco cuando volvió. Creo que... ¡Ah!

De pronto notó un movimiento imposible en la mano derecha según la llevaba hacia la faja. Se le apagó la voz de repente y se quedó inmóvil, la mirada clavada en ningún lugar. En la mano cerrada sintió un estremecimiento de cambio, de movimiento, de vida. Ya no agarraba una suave esfera brillante. No se atrevió a mirar, la lengua pegada al paladar, incapaz de abrir la mano. Sus asombrados guerreros vieron los ojos de Yar Afzal abrirse por completo y el color huir de su rostro. De pronto, un bramido de agonía se escapó de sus labios barbados; se tambaleó y cayó como golpeado por un rayo, la mano derecha frente a él, temblando. Se desplomó boca abajo y de entre los dedos entreabiertos reptó una araña; un monstruo horripilante, negro, de patas peludas y cuerpo reluciente como jade. Los hombres gritaron y retrocedieron de un salto mientras la criatura se escabullía en una grieta entre las rocas y desaparecía.

Los guerreros empezaron a gritar de repente, con una mirada salvaje en el rostro, y una voz se alzó sobre su clamor, una voz de mando que no parecía venir de ninguna marte. Más tarde, aquellos que sobrevivieron negarían haber gritado, pero todos lo oyeron.

—¡Yar Afzal está muerto! ¡Matad al extranjero!

El grito enfocó la rabia de todos los presentes hacia el mismo lugar. Miedo, dudas y asombro se diluyeron en el ansia de sangre y muerte que surgió entre ellos. Un grito furioso estremeció el cielo mientras los montañeses respondían a la sugerencia. Se lanzaron hacia adelante, las capas al viento, los ojos ardientes, los cuchillos preparados.

Conan no fue menos rápido que ellos. Al oír la voz saltó hacia la puerta de la choza, pero la horda estaba más cerca de él de lo que él lo estaba de la puerta y con un pie en el umbral tuvo que dar media vuelta y parar el golpe de una hoja de

casi una vara de largo. Le abrió la cabeza al atacante, esquivó un nuevo tajo, evisceró al dueño del cuchillo, lanzó a un hombre al suelo con el puño izquierdo, apuñaló a otro en el vientre y se lanzó con fuerza con los hombros contra la puerta cerrada. Los cuchillos de los atacantes hicieron saltar chispas de las jambas junto a su oreja, pero la puerta se abrió ante el impacto de sus hombros y Conan entró tambaleándose y de espaldas en la habitación. Mientras retrocedía, un barbudo tribeño se lanzó con toda su rabia y consiguió cruzar el umbral. Conan se detuvo, lo agarró por los faldones, lo lanzó al suelo y cerró la puerta en las narices de los que intentaban entrar. Se oyó el crujir de huesos ante el impacto. De inmediato, Conan puso los travesaños en su sitio y dio media vuelta con urgencia para hacer frente al hombre que se levantaba del suelo y lo atacaba enloquecido.

Yasmina, refugiada en una esquina, contemplaba horrorizada la pelea entre los dos; se movían de un lado a otro de la habitación y a punto estuvieron de caer sobre ella en algún momento. El resplandor y el estruendo de sus armas llenaba la habitación y afuera se oía un clamor como el de una manada de lobos. Largos cuchillos y piedras golpeaban una y otra vez la puerta de bronce. Alguien trajo un tronco de árbol, y la puerta empezó a temblar bajo terribles golpes. Yasmina se llevó las manos a los oídos, los ojos abiertos de par en par. La violencia y la furia del interior no eran menores que la locura cataclísmica de afuera. En el establo, el semental relinchaba y se encabritaba y golpeaba las paredes con los cascos. Se dio media vuelta y lanzó una coz a través de los barrotes a la vez que el tribeño, que retrocedía para evitar los mortales tajos de Conan, se tambaleaba contra ellos. La espalda se le partió por tres lugares como una rama podrida y se vio lanzado contra el cimerio con tal fuerza que ambos cayeron al suelo polvoriento.

Yasmina gritó y echó a correr. A sus ojos aterrados, ambos parecían muertos. Llegó junto a ellos a la vez que Conan lanzaba a un lado el cadáver y se levantaba. Ella lo agarró del brazo, temblando de la cabeza a los pies.

—¡Estás vivo! Creí... Creí que estabas muerto.

Él miró de refilón el rostro pálido y los oscuros ojos abiertos de par en par.

—¿Por qué tiemblas? —quiso saber—. ¿Qué te importa que viva o muera?

Ella recuperó un remedo de sus modales y retrocedió, tratando de comportarse como la Devi sin demasiado éxito.

—Eres preferible a esos lobos que aúllan ahí fuera —respondió con un gesto hacia la puerta, cuyo dintel de piedra empezaba a astillarse.

—Eso no los va a contener mucho tiempo —murmuró él; dio media vuelta y se acercó al establo.

Yasmina cerró las manos y contuvo el aliento al ver que el cimerio rompía los astillados barrotes y entraba en el establo junto a la bestia enloquecida. El semental se encabritó y relinchó espantosamente, los cascos alzados, los ojos y los dientes brillantes y las orejas echadas hacia atrás, pero Conan dio un salto y agarró la crin con una fuerza que parecía imposible e hizo ponerse a la bestia de rodillas. El caballo resopló y se estremeció, pero permaneció inmóvil mientras el hombre lo embridaba y le ponía encima la silla adornada de oro con estribos plateados.

Tras dar media vuelta al animal, Conan llamó con urgencia a Yasmina y la joven se le acercó, deslizándose con miedo más allá del alcance de los cascos del semental. Conan estaba tanteando la pared de piedra y habló de forma apresurada mientras tanto.

—Hay una puerta secreta en este muro que ni siquiera los wazulis conocen.

Yar Afzal me la enseñó una vez que estaba borracho. Se abre a la entrada del barranco que hay tras la choza. ¡Ajá!

Al empujar una protuberancia que parecía natural, toda una parte de la pared se deslizó hacia atrás sobre raíles de hierro aceitados. La joven se asomó y vio una estrecha abertura que llevaba a un acantilado de piedra a pocos metros de la parte trasera de la choza. Conan se subió de repente a la silla y la aupó a ella frente a él. A sus espaldas, la enorme puerta gimió como si fuera algo vivo para finalmente partirse, y les llegó un rugido inmenso mientras la entrada se inundaba de rostros hirsutos y manos con cuchillos. El enorme semental cruzó la pared como una jabalina arrojada desde una catapulta y se lanzó hacia el desfiladero al galope, echando espumarajos por las quijadas.

Aquello pilló completamente por sorpresa a los wazulis. También fue una sorpresa para los que esperaban en el desfiladero. El enorme caballo, lanzado como un huracán, pasó tan rápido que el hombre del turbante verde fue incapaz de quitarse de en medio. Cayó bajo los frenéticos cascos mientras una joven gritaba junto a él. Conan tuvo un atisbo de ella mientras pasaban: una muchacha esbelta de piel oscura con pantalones de seda y pechera enjoyada, que se pegaba contra la pared del barranco. Pero enseguida el caballo negro y sus jinetes desaparecieron desfiladero arriba como espuma arrastrada por la tormenta y los hombres que cruzaron la pared de la cabaña hacia el barranco encontraron algo que cambió sus gritos de furia sanguinaria en aullidos de miedo y muerte.

## 6
## La montaña de los videntes negros

—Y ahora, ¿adónde?

Agarrado a su captor, Yasmina intentaba sentarse erguida en el bamboleante arzón de la silla. Se daba cuenta, avergonzada, de que no encontraba desagradable el tacto de la piel musculosa bajo sus dedos.

—A Afgulistán —respondió Conan—. Es un camino peligroso, pero el caballo puede llevarnos a los dos, a menos que demos con alguno de tus amigos o con mis enemigos tribales. Ahora que Yar Afzal está muerto, esos condenados wazulis estarán tras nosotros. Me sorprende no verlos ya a nuestras espaldas.

—¿Quién era esa persona a la que arrollaste? —preguntó ella.

—No lo sé. Nunca lo había visto. No era un guli, eso seguro. Qué demonios, no tengo ni idea de lo que hacía allí. Había una moza con él.

—Sí. —Entrecerró los ojos—. No lo entiendo. La chica era mi doncella, Gitara. ¿Crees que vendría a ayudarme? ¿Era él un amigo suyo? Si es así, los wazulis los habrán capturado a los dos.

—Bueno —respondió Conan—. No hay mucho que podamos hacer. Si damos la vuelta nos despellejarán. Y no entiendo cómo una moza se las ha arreglado para internarse tanto en las montañas acompañada de un solo hombre; y un estudioso, a juzgar por su túnica. El tipo al que Yar Afzal golpeó y mandó fuera se movía como un sonámbulo. He visto a los sacerdotes de Zamora ejecutar sus abominables ritos en los templos prohibidos y sus víctimas eran como aquel tipo. Los sacerdotes los miraban a los ojos y murmuraban un encantamiento, y la gente se comportaba como muertos vivientes de ojos vidriosos que hacían cualquier cosa que les ordenasen.

»Me fijé en lo que llevaba en la mano. Yar Afzal lo recogió. Era como una esfera de jade negro, como lo que llevan las mozas de Yezud cuando bailan ante la negra araña de piedra que es su dios. Yar Afzal la cogió con la mano y no cogió nada más. Sin embargo, cuando cayó al suelo, lo que salió de entre sus dedos fue una araña como el dios de Yezud, pero más pequeña.

»Tras eso, cuando los wazulis aún estaba indecisos, una voz gritó que me matasen y me di cuenta de que esa voz no venía de ellos, ni de las mujeres que nos miraban desde las chozas. Parecía venir de lo alto.

Yasmina no respondió. Contempló las afiladas siluetas de las montañas que los rodeaban y se echó a temblar. Se le encogió el corazón ante su agreste desolación. Estaban en un territorio desnudo, sombrío, en el que cualquier cosa podía ocurrir. Las antiguas leyendas lo poblaban de horrores terribles para aquellos nacidos en las llanuras meridionales, cálidas y fértiles.

El sol estaba alto y caía con fuerza sobre ellos, pero el viento que soplaba a rachas parecía descender de laderas heladas. En cierto momento se oyó en lo alto un sonido deslizante que no era el gemido del viento y Yasmina supo, por el modo en que Conan alzó la vista, que tampoco a él le resultaba familiar. Le pareció que parte del azul del cielo se volvía borroso por un instante, como si algo invisible se hubiese interpuesto entre el cielo y ella, pero no estaba segura. No hizo ningún comentario, pero vio que Conan aflojaba el cuchillo en la vaina.

Seguían un sendero casi invisible que se internaba en desfiladeros tan profundos que el sol parecía incapaz de llegar al fondo, cruzaba pendientes pronunciadas donde la pizarra suelta amenazaba con deslizarse bajo sus pies y coronaba crestas afiladas flanqueadas por resonantes abismos envueltos en neblina azulada.

El sol ya había pasado del cénit cuando llegaron a un cruce con un estrecho camino que serpenteaba entre los riscos. Conan hizo virar al caballo y continuaron hacia el sur, casi en ángulo recto con su anterior curso.

—Al final de este sendero hay un poblado galzai —explicó—. Sus mujeres suelen recorrerlo hasta un pozo, por agua. Necesitas ropa nueva.

Tras contemplar su vaporoso vestido, Yasmina se mostró de acuerdo. Las babuchas de hilo de oro eran poco más que andrajos y su ropa de seda se había convertido en jirones que apenas se mantenían de una pieza. La ropa adecuada para las calles de Peshkhauri no era de mucha utilidad en los peñascos de las Himelias.

Llegaron junto a un arroyo y Conan desmontó y ayudó a Yasmina a hacer lo propio. Luego asintió, aunque ella no había oído nada.

—Se acerca una mujer por el camino —señaló.

Presa del pánico ella lo agarró del brazo.

—¿No irás a… a matarla?

—No suelo matar mujeres —masculló él—, aunque algunas de esas montañesas son como lobas. No. —Sonrió como si le acabaran de contar un chiste —. Le pagaré por las ropas, por Crom. ¿Qué te parece?

Le enseñó un buen puñado de monedas de oro y las guardó todas excepto la de mayor valor. Ella asintió, aliviada. Quizá para los hombres fuera natural matar y morir, pero su cuerpo se estremecía ante la idea de contemplar el asesinato de una mujer.

Una joven galzai, alta y esbelta, apareció tras una vuelta del camino junto al arroyo. Caminaba erguida como un árbol joven y llevaba una enorme calabaza

vacía. Se detuvo de repente y la calabaza se le cayó de las manos al verlos. Hizo ademán de huir, pero comprendió que Conan estaba demasiado cerca para permitírselo, así que se quedó quieta, contemplándolos a mitad de camino entre el miedo y la curiosidad.

Conan le mostró la moneda de oro.

—Si le das tus ropas a esta mujer —dijo—, te daré este dinero.

La respuesta no se hizo esperar. La joven sonrió sin disimulo, asombrada y encantada, y, con el desdén característico de las montañesas hacia el comportamiento pudoroso, se arrancó rápidamente el chaleco bordado, se bajó y se quitó los amplios pantalones, dejó caer la blusa de mangas anchas y se libró de las abarcas de un pataleo. Hizo un montón con todo ello y se lo tendió a Conan, quien se lo pasó a la asombrada Devi.

—Vete tras esa roca y vístete —le dijo él, demostrando que no era un montañés—. Haz un hato con tus ropas y tráemelas cuando vuelvas.

—¡El dinero! —reclamó la montañesa tendiendo una mano apremiante—. ¡El otro que me has prometido!

Conan le arrojó la moneda. Ella la cogió al vuelo, la mordió, la escondió entre el pelo, se inclinó para coger la calabaza y se fue sendero abajo sin que la falta de ropa la incomodara. Conan esperó con cierta impaciencia mientras la Devi se vestía ella misma por primera vez en su regalada vida. Cuando salió de detrás de la roca, el cimerio lanzó un juramento de sorpresa y ella no pudo evitar un curioso amasijo de emociones ante la no disimulada admiración que ardía en los fieros ojos azules. Sentía vergüenza y embarazo, pero también notaba halagada su vanidad como nunca antes y un hormigueo la recorrió cuando hizo frente al impacto de aquellos ojos. Conan le puso una mano en el hombro y la hizo girar mientras la miraba con avidez desde todos los ángulos.

—¡Por Crom! —exclamó—. En esas ropas místicas y vaporosas eras distante y fría como una estrella. Ahora pareces una mujer de carne y hueso. Te fuiste tras la roca como la Devi de Vendhya, pero lo que ha salido es una joven de las colinas... aunque mil veces más hermosa que cualquier moza del Zhaibar. Eras una diosa. ¡Ahora eres real!

Le dio una rotunda palmada en el trasero; Yasmina, comprendiendo que no era más que otra muestra de admiración, trató de no sentirse ultrajada. En cierto modo era como si el cambio de ropa hubiera provocado un cambio en su forma de ser. Emociones y sensaciones que siempre había reprimido salían ahora a la luz, como si las vestiduras regias que se había quitado fueran grilletes e inhibiciones.

Pero Conan, en medio de su renovada admiración, no olvidó el peligro que los acechaba. Cuanto más se adentrasen en la región del Zhaibar, menos probabilidades había de encontrar tropas kshatriya. Por otra parte, había estado atento durante toda su huida en busca de sonidos que le indicaran si los vengativos wazulis de Khurum iban en pos de ellos.

Aupó a la Devi a la silla y luego montó él, tras lo cual guio al caballo hacia el oeste. El hato que ella le había dado lo lanzó hacia un desfiladero y cayó en las profundidades de una garganta de cientos de varas.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Yasmina—. ¿Por qué no se lo has dado a la moza?

—Los jinetes de Peshkhauri están peinando las colinas —respondió él—. Van a ser emboscados y atacados a cada vuelta del camino y destruirán por venganza cualquier aldea que tomen. Quizá vengan hacia el oeste en algún momento. Si

encuentran una joven con tus ropas, la torturarán hasta que hable y les ponga tras nuestra pista.

—Y ella, ¿qué va a hacer?

—Volverá a la aldea y dirá que la atacó un forastero. Los pondrá en nuestra pista, seguro. Pero primero tiene que ir al pozo a por agua; si se atreve a volver sin ella la despellejarán a latigazos. Eso nos da una buena ventaja. Nunca nos pillarán, para el anochecer estaremos en la frontera afguli.

—No se ven caminos ni señales de asentamientos humanos —comentó ella—. Incluso para las Himelias, esta zona parece sorprendentemente desierta. No hemos visto un camino desde que dejamos el que nos llevó a la galzai.

Por toda respuesta, Conan señaló hacia el noroeste; la Devi divisó un pico entre una mella en los riscos.

—Yimsha —gruñó Conan—. Las tribus establecen sus aldeas lo más lejos posible de esa montaña.

Yasmina se puso repentinamente rígida.

—¡Yimsha! —susurró—. ¡La montaña de los Videntes Negros!

—Eso dicen. Esto es lo más cerca que he estado de ella. He virado hacia el norte para evitar cualquier tropa kshatriya que pudiera merodear por las colinas. El camino habitual de Khurum a Afgulistán está más lejos al sur. Este es bastante antiguo y se usa raras veces.

Ella tenía la mirada clavada con intensidad en el lejano pico. Las uñas se le clavaban en las palmas.

—¿Cuánto nos llevaría llegar a Yimsha desde aquí?

—El resto del día y toda la noche —respondió él con una sonrisa—. ¿Para qué quieres ir? Por Crom, no es lugar para gente normal, o eso dicen los montañeses.

—¿Por qué no se juntan y destruyen a los demonios que moran en ella? —quiso saber.

—¿Aniquilar magos a golpe de espada? De todos modos, nunca se meten en los asuntos de los demás, a menos que los demás interfieran con los suyos. Nunca he visto a ninguno, aunque he hablado con hombres que aseguran haberlos visto. Dicen que han podido verlos al amanecer o al anochecer en la torre entre los riscos: silenciosos, altos, vestidos con ropa negra.

—¿Te da miedo enfrentarte a ellos?

—¿A mí? —La idea no parecía habérsele ocurrido antes—. Supongo que si me atacaran, sería mi vida o la suya. Pero no tengo nada en su contra. He venido a las montañas en busca de seguidores humanos, no para guerrear contra magos.

Yasmina no replicó. Contemplaba el pico como lo habría hecho con un enemigo humano y sentía la rabia y el odio acumularse en su seno. Poco a poco, empezó a tomar forma otra emoción. Había complotado para lanzar contra los señores de Yimsha al hombre que ahora la llevaba en brazos. Quizá había otro modo, aparte del que había planeado, de llevar a cabo su propósito. No malinterpretó la mirada que se empezaba a formar en los ojos del salvaje cuando se posaban en ella. De pronto, se puso rígida y señaló al frente.

—¡Mira!

Justo sobre el pico lejano se distinguía una nube de extraño aspecto. Era de un carmesí escarchado, entreverada de oro resplandeciente. Se movía. Estaba girando y se contraía a medida que daba vueltas. Se encogió hasta convertirse en un cono giratorio que resplandecía al sol. De pronto, pareció soltarse del pico nevado y empezó a flotar sobre el vacío como una pluma de colores vivos para

luego desaparecer contra el cielo cerúleo.

—¿Qué sería eso? —preguntó Yasmina, inquieta, mientras un desnivel en el terreno les tapaba la vista del pico. Había sido un fenómeno inquietante, si bien hermoso.

—Los montañeses lo llaman la alfombra de Yimsha, sea lo que sea —respondió Conan—. He visto a cientos de hombres corriendo como si tuvieran el diablo a los talones y esconderse en cuevas y grietas solo porque esa nube carmesí flotaba desde el pico. Qué dem...

Acababan de cruzar un paso estrecho y cortado a cuchillo entre dos paredes almenadas y salieron a pronto a una amplia repisa flanqueada por un grupo de accidentadas laderas por un lado y un gigantesco precipicio por el otro. El camino seguía por la repisa, doblaba por un recodo e iba reapareciendo a intervalos cada vez más abajo, trazando un tedioso camino hacia el fondo. Al emerger del tajo que se abría a la repisa, el caballo negro se detuvo de repente, piafando. Impaciente, Conan lo conminó a seguir, pero el caballo volvió a piafar y alzó y bajó la cabeza, temblando y esforzándose como si presionase contra una barrera invisible.

Conan lanzó una maldición y desmontó, y a Yasmina con él. Dio un paso al frente con la mano extendida ante él como si esperase encontrar alguna resistencia, pero no había nada que se le opusiera. Sin embargo, al tratar de llevar al caballo este relinchó con estridencia y reculó. Yasmina gritó de repente y Conan dio media vuelta mientras se echaba la mano al cuchillo.

Ninguno lo había visto llegar, pero frente a ellos había un hombre cruzado de brazos, vestido con una túnica de pelo de camello y un turbante. Conan gruñó con sorpresa al reconocer al individuo que el semental había arrollado en el barranco a las afueras de la aldea wazuli.

—¿Quién demonios eres? —quiso saber.

El hombre no respondió. Conan notó que sus ojos eran muy grandes, penetrantes y con una peculiar cualidad luminiscente. Estaban clavados en él como un imán.

La magia de Khemsa estaba basada en el hipnotismo, como suele pasar con la mayoría de la magia oriental. Cientos de generaciones sin cuento que habían vivido y muerto bajo la firme convicción de la veracidad de los poderes del hipnotismo les habían allanado el camino a sus practicantes y creado, a través del pensamiento y la práctica, una atmósfera colosal e intangible contra la cual las personas, criadas en las tradiciones de sus tierras, se encontraban indefensas.

Pero Conan no era hijo de oriente, y las tradiciones de esas tierras nada significaban para él. Era el producto de un ambiente totalmente ajeno. El hipnotismo en Cimeria no existía ni como mito. La herencia que predisponía a la sumisión al mesmerista no era la de Conan.

Era consciente de lo que Khemsa intentaba hacerle, pero sintió el impacto del increíble poder de su contrincante como una débil compulsión, un tira y afloja del que podía librarse del mismo modo que se habría quitado unas telarañas de la ropa.

Consciente de la hostilidad y de la magia negra, desenvainó el largo cuchillo y embistió, veloz como un león de montaña.

El hipnotismo no era la única magia al alcance de Khemsa. Yasmina, que no apartaba la vista, no pudo distinguir con qué finta o ilusión el hombre del turbante verde evitó el tajo eviscerante. Pero la afilada hoja silbo junto a él mientras alzaba un brazo; a Yasmina le pareció que Khemsa se limitaba a rozar

con la mano abierta el cuello de toro de Conan. Sin embargo, el cimerio se desplomó como un buey muerto.

Mas distaba de estarlo. Detuvo su caída con la mano izquierda, lanzó un tajo contra las piernas de Khemsa mientras caía y el raksha evitó la afilada hoja en forma de guadaña con un salto hacia atrás muy poco digno de un mago. Yasmina soltó una exclamación al ver que de entre las rocas salía una mujer a la que reconoció como Gitara, y se acercaba al hombre. El saludo murió en la garganta de la Devi al ver la malevolencia que se dibujaba en el bello rostro de la joven.

Conan se puso en pie trabajosamente, aturdido y confuso por la cruel habilidad de un golpe que, lanzado con un arte olvidado antes del hundimiento de la Atlántida, habría roto como una rama podrida el cuello de un hombre menos resistente. Khemsa lo contemplaba con curiosidad y cierta inseguridad. El raksha había descubierto lo poderoso que era al enfrentarse a los cuchillos de los enloquecidos wazulis en el barranco tras la aldea de Khurum; pero la resistencia del cimerio quizá había hecho vacilar un poco su recién encontrada autoconfianza. La hechicería medra en el éxito, no en el fracaso.

Dio un paso al frente, alzó la mano y se quedó inmóvil de pronto, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos abiertos de par en par y la mano en alto. A su pesar, Conan siguió su mirada, igual que lo hicieron las dos mujeres, tanto la que se agazapaba contra el tembloroso semental como la que estaba junto a Khemsa.

Por las montañas descendía una nube carmesí de forma cónica, como un remolino danzante de arena azotado por el viento. El rostro de Khemsa se tornó ceniciento, su mano empezó a temblar y luego descendió al costado. La muchacha a su lado sintió que algo estaba pasando y lo miró inquisitivamente.

La forma carmesí dejó la ladera de la montaña y se acercó en un largo barrido circular. Golpeó la repisa entre Conan y Khemsa y el raksha retrocedió con un grito ahogado. Siguió retrocediendo, mientras empujaba a Gitara con manos temblorosas.

La nube carmesí se balanceó como una peonza por un momento, girando brillante sobre sí misma. Se desvaneció de pronto sin más, como lo haría una burbuja al reventar. Sobre la repisa había cuatro hombres. Era imposible, increíble, milagroso, pero cierto. No eran ni fantasmas ni espectros, sino cuatro individuos altos, de cabeza afeitada que les daba aspecto de buitre y negras túnicas que les ocultaban los pies. Las manos estaban dentro de las amplias mangas. Permanecían en silencio, las desnudas cabezas asintiendo al unísono. Estaban frente a Khemsa, pero Conan, tras ellos, sentía que su propia sangre se helaba en las venas. Se puso en pie y retrocedió en silencio, hasta que pudo sentir el lomo del semental tembloroso en su espalda y la Devi buscó refugio bajo su brazo. No intercambiaron palabra alguna. El silencio colgaba como un manto asfixiante.

Los cuatro hombres de túnicas negras contemplaban a Khemsa. Sus rostros de buitre estaban totalmente inmóviles, los ojos introspectivos y contemplativos. Pero Khemsa se estremecía como alguien en agonía. Asentaba firmemente los pies en las rocas y tenía las pantorrillas tensas como si estuviera en medio de un combate físico. El sudor resbalaba a mares por su rostro moreno y la mano derecha agarraba algo bajo la túnica marrón con tanta desesperación que se había puesto pálida. La mano izquierda cayó sobre el hombro de Gitara y se aferró con angustia, como el apretón de alguien que se ahoga. Ella no retrocedió ni se quejó, pese a que los dedos se le clavaban como garras en la carne.

**Conan había presenciado cientos de batallas en su azarosa vida, pero nunca una como aquella, en la que cuatro voluntades diabólicas intentaban someter a una menor pero igualmente diabólica que se les oponía. Tenía una vaga noción de la naturaleza monstruosa de aquella horrible lucha. Con la espalda contra la pared, llamado al orden por sus antiguos amos, Khemsa luchaba por su vida con todo el poder oscuro, todo el terrible conocimiento que le habían enseñado durante los largos y sombríos años de vasallaje como neófito.**

**Era más fuerte de lo que él mismo había creído y el haber ejercido con libertad sus poderes en provecho propio le había proporcionado reservas inesperadas de energía, sin contar la que aportaban la desesperación y el miedo frenético que lo embargaban. Se tambaleó bajo el impacto inmisericorde de aquellos ojos hipnóticos, pero mantuvo la posición. Tenía las facciones distorsionadas en una mueca bestial de agonía y las piernas retorcidas. Era una guerra de almas, de mentes aterradas empapadas de conocimientos prohibidos para los hombres desde hacía un millón de años, de intelectos que habían sondeado los abismos y explorado las estrellas oscuras que engendran el caos.**

**Yasmina lo comprendía mejor que Conan. E intuía por qué Khemsa era capaz de aguantar el golpe concentrado de aquellas cuatro voluntades infernales que podían convertir en polvo la roca en la que se encontraba. El motivo era la joven a la que se agarraba con desesperación. Era como un ancla para su alma temblorosa, maltratada por aquellas oleadas de emanaciones psíquicas. Su debilidad era ahora su fuerza. Su amor por la joven, por violento y maligno que fuese, era un lazo que lo unía al resto de la humanidad y proporcionaba una palanca terrenal a su voluntad, una cadena que sus inhumanos enemigos no podían romper. Al menos no a través de Khemsa.**

**Se dieron cuenta de ello antes que él, y uno pasó la mirada del raksha a Gitara. No había batalla posible allí. La joven se encogió y su vida se marchitó como una hoja en otoño. Sin poder resistirse, se separó del brazo de su amante antes de que este comprendiese qué ocurría. Un terrible cambio se produjo entonces. Empezó a retroceder hacia el precipicio, el rostro vuelto hacia sus torturadores, los ojos abiertos y vacíos como un cristal brillante tras el que se apagase una luz. Khemsa gruñó y se tambaleó hacia ella, y de ese modo cayó en la trampa que le tendían. Una mente dividida no podía mantener aquella batalla desigual. Estaba derrotado y era como una brizna de hierba en sus manos. La chica seguía retrocediendo como un autómata y Khemsa caminaba en pos de ella como un borracho, las manos tendidas en vano, gruñendo, babeando en medio del dolor, los pies moviéndose con pesadez como pesos muertos.**

**Se detuvo en el mismísimo límite, rígida, los talones justo al borde, mientras él caía de rodillas y se arrastraba gimiendo hacia ella, intentando alcanzarla, salvarla de la destrucción. Justo antes de que sus torpes dedos la alcanzasen, uno de los magos se echó a reír, y la risa sonó como el tañido repentino y metálico de una campana en el infierno. La joven se tambaleó de repente, y en un clímax de consumada y exquisita crueldad, la razón y el entendimiento volvieron a sus ojos, en los que llameó un miedo terrible. Gritó, intentó agarrar la mano tendida de su amante y luego, incapaz de salvarse, cayó al abismo con un grito lastimero.**

**Khemsa se arrastró hacia el borde y miró hacia abajo, demacrado, los labios entreabiertos mientras balbuceaba para sí mismo. Luego se dio la vuelta y contempló a sus torturadores durante un minuto interminable con unos ojos totalmente abiertos en los que no había la menor luz de humanidad. De pronto,**

con un grito que casi hizo estallar las rocas, se puso en pie y se lanzó sobre ellos cuchillo en mano.

Uno de los rakshas dio un paso al frente y dejó caer el pie, y al golpear el suelo se oyó un retumbar que fue creciendo hasta convertirse en un rugido. Allí donde había golpeado el pie se abrió una grieta en la roca sólida que se fue ensanchando rápidamente. Con un crujido ensordecedor, toda una parte del saliente cedió. Se pudo ver por última vez a Khemsa con los brazos alzados antes de que se desvaneciera entre el rugido de la avalancha que descendía al abismo.

Los cuatro contemplaron pensativamente el mellado borde de roca que formaba el nuevo borde del precipicio y luego se volvieron de repente. Conan, al que el temblor de la montaña había tirado al suelo, se ponía ahora de pie y ayudaba a Yasmina a levantarse. Se movía con lentitud y sus pensamientos no iban más rápidos. Se sentía confuso, atontado; se daba cuenta de que necesitaba desesperadamente aupar a la Devi sobre el negro semental e irse de allí al galope, pero una pereza indescriptible pesaba sobre cada pensamiento y cada movimiento.

Los magos se volvieron hacia él y alzaron los brazos. Horrorizado, vio que sus siluetas se difuminaban, indistintas, y se volvían confusas y nebulosas, como si un humo carmesí se enroscase a sus pies y los envolviera. De pronto los ocultó una repentina nube que giraba, y Conan se dio cuenta de que él mismo estaba atrapado por la niebla carmesí. Oyó gritar a Yasmina, y al semental quejarse como una mujer. Arrancaron a la Devi de entre sus brazos y, mientras se lanzaba a ciegas por su cuchillo, un golpe terrible y potente como un vendaval lo lanzó contra una roca. Confuso, vio una nube cónica carmesí que giraba y se elevaba sobre las laderas de las montañas. Yasmina había desaparecido, al igual que los hombres de negro. Solo el aterrado semental compartía con él la repisa.

## 7
## Hacia Yimsha

Igual que la niebla se desvanece ante un fuerte viento se iban deshaciendo las telarañas que embotaban la mente de Conan. Lanzó una aguda maldición y saltó a la silla; bajo él, el semental se encabritó relinchando. Contempló las laderas, dudó unos instantes y luego continuó por el sendero que seguían cuando los detuvo la triquiñuela de Khemsa. Pero ya no cabalgaba a un ritmo mesurado; soltó las riendas y el semental galopó como un rayo, como si estuviera desesperado por aliviar su miedo mediante el ejercicio violento. Los poderosos cascos resonaron con diabólica rapidez a través de la repisa, alrededor del risco y bajando por el estrecho sendero que salvaba el gran desnivel. El camino seguía un plegamiento de tierras y serpenteaba interminable hacia el fondo cruzando capa tras capa de estratos escarpados. Al fondo, a lo lejos, Conan tuvo un atisbo de lo que había caído sobre el abismo: una enorme pila de piedra rota y peñascos a los pies de un inmenso acantilado.

El fondo del valle aún quedaba muy lejos cuando llegaron a una empinada cresta que los llevaba de modo natural fuera de la ladera. Siguió ese camino, con un profundo precipicio a cada lado. Podía distinguir que, por delante de él, el camino giraba en herradura y retornaba junto al lecho del río, a su izquierda. Maldecía la necesidad de recorrer toda aquella distancia, pero no tenía otra

opción. Atajar desde aquel punto al tramo más bajo del sendero era intentar lo imposible. Solo un pájaro llegaría al lecho del río sin partirse el cuello.

Apremió al cada vez más cansado semental y de pronto el sonido de unos cascos le llegó a los oídos procedente de más abajo. Tiró de las riendas hasta detenerse al borde del acantilado y oteó el lecho seco del río que serpenteaba a los pies del risco. Una abigarrada muchedumbre cabalgaba por la garganta: hombres barbudos en caballos medio salvajes, cerca de quinientos jinetes bien armados. Conan lanzó un grito repentino mientras se inclinaba al borde del acantilado, a cien varas por encima de ellos.

Al oír el grito se detuvieron, y quinientos rostros barbudos se alzaron en su dirección. Un rugido profundo y clamoroso llenó el cañón. Conan no malgastó las palabras.

—¡Cabalgaba hacia Ghora! —rugió—. ¡No esperaba encontraros por el camino, perros! ¡Seguidme lo más rápido que podáis! ¡Voy a Yimsha y…!

—¡Traidor! —El rugido fue como un golpe de agua helada en el rostro.

—¿Cómo? —Los miró rabioso, incapaz de hablar. Vio ojos salvajes atravesándolo, rostros contraídos de furia, puños en alto con espadas.

—¡Traidor! —rugieron de nuevo, convencidos—. ¿Dónde están los siete cautivos de Peshkhauri?

—¿Cómo? En la prisión del gobernador, supongo —respondió.

La respuesta fue un aullido sanguinario surgido de quinientas gargantas, junto con tantas armas agitadas en alto y tanto clamor que no pudo entender lo que decían. Acalló el estruendo con un bramido de toro y gritó:

—¿Qué demonios os pasa? ¡Que hable uno solo para que puede entender lo que decís!

Un viejo y enjuto caudillo se erigió como portavoz, agitó su tulwar en dirección a Conan como preámbulo y luego gritó en tono acusador:

—¡No nos permitiste ir a Peshkhauri a rescatar a nuestros hermanos!

—¡Claro que no, necios! —aulló el exasperado cimerio—. Aunque consiguierais traspasar las murallas, cosa que dudo, colgarían a los prisioneros antes de que llegaseis a ellos.

—¡Y fuiste tú solo a pactar con el gobernador! —gritó el afguli, echando espumarajos por la boca.

—¿Y qué?

—¿Dónde están los siete jefes? —aulló el viejo caudillo mientras trazaba un arco resplandeciente sobre su cabeza con el tulwar—. ¿Dónde están? ¡Muertos!

—¿Cómo?

Conan estuvo a punto de caer del caballo por la sorpresa.

—¡Sí! ¡Muertos! —le aseguraron quinientas voces llenas de sed de venganza.

El viejo jefe agitó los brazos y volvió a tomar la palabra.

—¡No los colgaron! —gritó—. Un wazuli en otra celda los vio morir. El gobernador envío un brujo que usó sus artes para asesinarlos.

—No puede ser —dijo Conan—. El gobernador no se atrevería a hacer algo así. Hablé con él la pasada noche…

Admitir aquello no fue muy afortunado. Un grito de odio y acusación sacudió los cielos.

—¡Sí! ¡Fuiste solo! ¡Para traicionarnos! Lo sabemos. El wazuli escapó a través de las puertas que el mago arrancó al entrar y se lo contó a nuestros exploradores cuando los encontró en el Zhaibar. Los habían enviado a buscarte, al ver que no

volvías. Cuando oyeron lo que les decía el wazuli volvieron a Ghora a toda prisa y ensillamos nuestros caballos y afilamos nuestras espadas.

—¿Y qué pretendéis, estúpidos? —quiso saber el cimerio.

—¡Vengar a nuestros hermanos! —aullaron—. ¡Muerte a los kshatriyas! ¡Matadlo, hermanos, es un traidor!

Las flechas volaron en su dirección. Conan se irguió en los estribos, intentando hacerse oír por encima del tumulto. Al cabo, con un rugido a medio camino entre la rabia, el asco y la rebeldía, dio media vuelta y galopó hacia el sendero. Los afgulis se lanzaron rabiosos en pos suyo aullando de cólera, demasiado furiosos para recordar que el único modo que tenían de alcanzar el nivel en el que estaba el cimerio era cruzar el lecho del río en sentido contrario, llegar hasta la curva en herradura y seguir el serpenteante sendero hacia la cima. Cuando se percataron y dieron media vuelta, su repudiado caudillo casi había alcanzado el punto en el que risco se unía a la escarpa.

En el desfiladero, el cimerio no siguió el mismo camino por el que había descendido sino que fue por otro, poco más que un tenue rastro sobre la roca, en el que el semental pisaba de un modo poco firme. No había recorrido mucha distancia cuando el caballo resopló y reculó ante algo que yacía en el suelo. Conan contempló lo que quedaba de un hombre, una masa rota, despedazada y ensangrentada, que farfullaba y rechinaba los dientes partidos.

Movido por alguna oscura razón, Conan desmontó y se quedó contemplando aquella forma horrible. Se daba cuenta de que asistía a algo tan milagroso como antinatural. El raksha alzó la destrozada cabeza, y aquellos ojos extraños en los que brillaban la agonía y la muerte cercana reconocieron a Conan.

—¿Dónde están? —Lo que salió de la boca fue un graznido roto que no recordaba ni remotamente a una voz humana.

—De vuelta a su condenado castillo de Yimsha —gruñó Conan—. Se han llevado a la Devi.

—¡Iré allí! —murmuró el moribundo—. ¡Los seguiré! Mataron a Gitara. Los mataré.... Acólitos, los Cuatro del Círculo Negro. ¿Incluso al maestro? ¡Sí, los mataré a todos!

Pugnó por arrastrar su mutilado cuerpo por la roca, pero ni siquiera su voluntad indomeñable podía seguir alentando por más tiempo aquella mole ensangrentada, con los huesos astillados unidos tan solo por tejido desgarrado y tendones rotos.

—¡Síguelos! —exclamó, babeando saliva mezclada con sangre—. ¡Síguelos!

—Eso pensaba hacer —gruñó Conan—. Iba a reunir a mis afgulis, pero se han vuelto contra mí, así que iré solo. Recuperaré a la Devi así tenga que echar abajo la maldita montaña con las manos desnudas. No creí que el gobernador se atrevería a matar a mis lugartenientes teniendo yo a la Devi, pero parece que fue capaz. Le cortaré la cabeza por eso. Ella ya no me es útil como rehén, pero...

—¡La maldición de Yizil caiga sobre ellos! —jadeó Khemsa—. ¡Vete! Me muero. Espera, coge mi ceñidor.

Buscó a tientas con una mano destrozada entre sus harapos y Conan, al entender lo que pretendía, se inclinó y le quitó de la ensangrentada cintura un ceñidor de aspecto extraño.

—Sigue la veta dorada a través del abismo —musitó Khemsa—. Póntelo. Lo obtuve de un sacerdote estigio y te ayudará, aunque a mí me falló al final. Rompe el globo de cristal de las cuatro granadas doradas. Ten cuidado con las

**transformaciones del Amo... Me reúno con Gitara... Me espera en el infierno...** *¡Aie, ya Skelos yar!*

**Murió.**

**Conan contempló el ceñidor. No estaba trenzado con crin de caballo y le asaltó la certeza de que había sido tejido con espesos cabellos negros de mujer. Embebidas en la espesa urdimbre había unas pequeñas joyas diferentes a cualquier cosa que hubiera visto antes. La hebilla era extraña, con forma de cabeza de serpiente, en cuña y con escamas talladas con rara habilidad. Un intenso escalofrío sacudió el cuerpo de Conan mientras lo sujetaba, y dio media vuelta con intención de tirarlo al precipicio. De pronto lo asaltó la duda, y por último se lo pasó por la cintura, bajo el cinturón bakhauriota. Luego volvió a montar y siguió su camino.**

**El sol se había hundido más allá de los riscos. El cimerio seguía el sendero hacia lo alto en medio de las profundas sombras que arrojaban los acantilados sobre los valles y crestas lejanas, como un manto azul oscuro. No estaba muy lejos de la cima cuando, tras pasar junto a una peña prominente, oyó el repiqueteo de unos cascos herrados frente a él. No dio la vuelta. De hecho, el sendero era tan estrecho que difícilmente habría conseguido que el semental girase su enorme cuerpo. Terminó de rodear la peña y salió a una zona en la que el sendero se ensanchaba. Un coro de gritos de amenaza llegó a sus oídos, pero su semental empujó contra la roca a un caballo aterrado mientras Conan agarraba el brazo del jinete con una zarpa de acero y paraba la espada que sostenía a mitad de camino en el aire.**

**—¡Kerim Shah! —exclamó Conan; un destello rojizo asomó a sus ojos.**

**El turanio no intentó luchar. Ambos caballos estaban casi pecho contra pecho y los dedos de Conan se clavaban en el brazo armado del otro hombre. Tras Kerim Shah divisó un grupo de enjutos irakzais en sus magras monturas. Lo miraban como lobos mientras preparaban arcos y cuchillos, indecisos a causa de lo estrecho del paso y de la cercanía del abismo que bostezaba a sus pies.**

**—¿Dónde está la Devi? —quiso saber Kerim Shah.**

**—¿Y a ti qué te importa, espía hirkanio? —gruñó Conan.**

**—Sé que la tienes —respondió Kerim Shah—. Iba camino al norte con algunos tribeños cuando alguien nos emboscó en el paso de Shalizah. Muchos de los míos cayeron y el resto huimos por las colinas como chacales. Después de dejar atrás a nuestros perseguidores tiramos hacia el oeste, en dirección al paso de Amir Jehun, y esta mañana vimos un wazuli vagando por las colinas. Estaba medio loco, pero sacamos bastante de sus balbuceos incoherentes antes de que muriese. Sé que era el único superviviente de un grupo que había seguido a un jefe de los afgulis y a una kshatriya cautiva por una garganta tras la aldea de Khurum. Dijo un montón de tonterías sombre un individuo de turbante verde al que arrolló el afguli y que, sin embargo, cuando atacaron los wazulis que lo perseguían los hirió con una maldición innombrable que los barrió como una ráfaga de fuego llevada por el viento barrería una bandada de langostas.**

**»No sé cómo consiguió escapar; ni él mismo lo sabía. Pero a través de sus divagaciones supe que Conan de Ghor había estado en Khurum con su regia cautiva. Y mientras seguíamos tu rastro encontramos a una moza galzai desnuda con una calabaza de agua que nos contó el cuento de que había sido asaltada y desnudada por un gigantesco extranjero vestido como un caudillo afguli, que al parecer le dio sus ropas a una mujer vendhya que iba con él. Dijo que ibais hacia**

el oeste.

A Kerim Shah no le pareció necesario añadir que estaba siguiendo aquel sendero con la idea de encontrarse con las tropas que esperaba de Secunderam cuando encontró su camino bloqueado por los tribeños hostiles. Llegar al valle de Gurasha a través del paso de Shalizah llevaba más tiempo que seguir la carretera que cruzaba el paso de Amir Jehun, pero esta última atravesaba parte del país afguli, lo que Kerim Shah quería evitar a toda costa hasta que tuviera un ejército. Expulsado del camino de Shalizah, no le había quedado más remedio que seguir la ruta prohibida, hasta que supo que Conan no había llegado aún a Afgulistán con su cautiva, lo que lo llevó a girar hacia el sur y perseverar sin pensar en los riesgos, con la esperanza de adelantar al cimerio en las colinas.

—Así que mejor me dices dónde está la Devi —sugirió Kerim Shah—. Te superamos en número.

—Que uno de esos perros coja una flecha y te lanzo por el acantilado —prometió Conan—. No te serviría de nada matarme, de todas formas. Quinientos afgulis vienen tras de mí y si se enteran de que los has engañado, te despellejarán vivo. Además, ya no tengo a la Devi. Está en manos de los Videntes Negros de Yimsha.

—¡Tarim! —juró Kerim Shah en voz baja, perdiendo la compostura por primera vez—. Khemsa...

—Khemsa está muerto —masculló Conan—. Sus amos lo mandaron al infierno ladera abajo. Y ahora, apártate de mi camino. Me encantaría matarte si tuviera tiempo, pero voy hacia Yimsha.

—Iré contigo —dijo el hirkanio de repente.

Conan se echó a reír.

—¿Crees que voy a fiarme de ti, perro hirkanio?

—No te pido que te fíes —respondió Kerim Shah—. Los dos queremos a la Devi. Mis razones están claras: el rey Yezdigerd desea añadir su reino al imperio de Turán y a ella misma a su serrallo. Te conozco desde que eras atamán de las estepas kozakis, así que sé que tu ambición no va más allá del saqueo. Quieres arrasar Vendhya y obtener un rescate por Yasmina. Así pues, y sin ninguna pretensión de engañarnos mutuamente, unamos de momento nuestras fuerzas e intentemos rescatar a la Devi de los Videntes. Si tenemos éxito y seguimos con vida, podemos luchar por ver quién se queda con ella.

Conan entrecerró los ojos y escrutó unos instantes a su interlocutor, tras lo cual acabó asintiendo y soltó el brazo del turanio.

—Hecho. ¿Qué hay de tus hombres?

Kerim Shah se volvió a los silenciosos irakzais y les dijo sin más:

—Este caudillo yo vamos a Yimsha a enfrentarnos a los magos. ¿Nos seguiréis o preferís quedaros y que os desuellen los afgulis que lo siguen?

La mirada que recibió como respuesta era hosca y fatalista. Estaban condenados y lo sabían; lo habían sabido desde que las flechas sibilantes de los dagozais emboscados los habían apartado del paso de Shalizah. Los habitantes del Zhaibar inferior tenían demasiadas deudas de sangre con los que moraban en los riscos, y eran un grupo demasiado pequeño para abrirse paso luchando por las colinas hacia las aldeas de la frontera sin la guía del habilidoso turanio. Ya se daban por muertos, así que respondieron como solo los muertos pueden hacerlo:

—Iremos contigo y moriremos en Yimsha.

—Entonces vámonos, por los huesos de Crom —masculló Conan impaciente

mientras contemplaba los azules abismos del oscuro crepúsculo—. Mis lobos estaban a varias horas de distancia, pero hemos perdido demasiado tiempo.

Kerim Shah sacó su montura de entre el semental negro y el acantilado, envainó la espada y, con cautela, hizo dar media vuelta al caballo. El resto del grupo emprendió el camino tan rápido como se atrevieron. Remataron una cima a casi mil pasos al este del lugar donde Khemsa había detenido al cimerio y a la Devi. El camino que habían recorrido era peligroso incluso para un montañés, y por ese motivo, Conan lo había evitado cuando iba con Yasmina, por más que Kerim Shah lo hubiera tomado suponiendo que el cimerio había hecho lo propio. Hasta Conan suspiró de alivio cuando los caballos pasaron más allá del último risco. Se movían como jinetes fantasmas que cruzaran un valle de sombras encantadas. Los tenues crujidos del cuero y el repiqueteo de metal señalaban su paso y, tras ellos, las oscuras laderas de las montañas quedaban desnudas y silenciosas bajo las estrellas.

## 8
## Yasmina descubre el horror absoluto

A Yasmina solo le dio tiempo a gritar una vez cuando se vio envuelta en aquel torbellino carmesí que la arrancó de su protector con una fuerza terrible. Lanzó un grito y se quedó sin aliento para nada más. Estaba ciega, sorda, muda e insensible ante el terrorífico ímpetu del viento a su alrededor. Tuvo la sensación confusa de que estaba a una altura mareante y que se desplazaba a una velocidad cegadora, y le pareció que toda percepción natural había sido remplazada por la locura, a la que siguieron el vértigo y el olvido.

Un rastro de esas sensaciones se agarró a ella mientras recobraba el conocimiento, y no pudo evitar lanzar un grito y agarrarse a lo primero que encontró, como si quisiera mantener el equilibrio mientras volaba. Los dedos se cerraron alrededor de un tejido sutil y se sintió invadida por una tranquilizadora sensación de estabilidad. Empezó a ser consciente de lo que la rodeaba.

Yacía sobre un diván cubierto de terciopelo negro, en medio de un enorme y sombrío salón de cuyas paredes pendían polvorientos tapices en los que se reproducían con repugnante realismo imágenes de dragones reptantes. En el techo se insinuaban apenas sombras flotantes y un resplandor irreal se agazapaba en las esquinas. No parecía haber puertas o ventanas en las paredes, o en todo caso las ocultaban los tapices. Yasmina desconocía de dónde venía aquella luz mortecina. El enorme salón estaba preñado de misterios y sombras y de formas nebulosas en las que habría jurado que algo se movía y que llenaban su mente de un ominoso terror sin forma.

Su atención se centró en algo concreto. En otro diván, a pocos pasos de distancia, se sentaba un hombre con las piernas cruzadas que la examinaba pensativamente. La larga túnica de seda negra, bordada con hilo de oro, caía vaporosa a su alrededor, enmascarando así su figura. Llevaba un gorro de terciopelo en la cabeza y su rostro era plácido, tranquilo, no carente de atractivo, de ojos centelleantes y ligeramente rasgados. No movió un músculo mientras se sentaba frente a ella, ni alteró la expresión cuando comprobó que estaba despierta.

Yasmina sintió que el terror se deslizaba por su espalda como agua helada. Se

apoyó en los codos y miró con aprensión al desconocido.

—¿Quién eres? —quiso saber. Su voz sonaba temblorosa y poco decidida.

—Soy el Amo de Yimsha.

Era un tono resonante, como la reverberación de la campana de un templo.

—¿Por qué me has traído aquí?

—¿Acaso no me buscabas?

—Si eres uno de los siete Videntes Negros... ¡sí! —respondió impulsivamente, convencida de que él podía leerle el pensamiento.

Él se rio por lo bajo y ella notó un nuevo escalofrío.

—¡Quieres que los salvajes hijos de las colinas se vuelvan contra los Videntes de Yimsha! —Sonrió—. Lo he visto en tu mente, princesa. Tu débil mente humana, llena de sueños mezquinos de odio y venganza.

—¡Mataste a mi hermano! —Una oleada de rabia se alzó de pronto contra su miedo. Tenía las manos engarfiadas, el cuerpo rígido—. ¿Por qué fuisteis contra él? Nunca os hizo daño. Los sacerdotes dicen que los Videntes están por encima de los asuntos mundanos. ¿Por qué aniquilasteis al rey de Vendhya?

—¿Cómo podría un mero mortal comprender los motivos de un Vidente? —respondió él, imperturbable—. Mis acólitos de los templos de Turán, que son los sacerdotes que controlan a los sacerdotes del Tarim, me urgieron a intervenir en favor de Yezdigerd. Por mis propias razones, accedí. ¿Cómo podría explicar mis elevadas razones a tu lamentable inteligencia? No las entenderías.

—Entiendo esto: ¡mi hermano ha muerto! —Lágrimas de pesar y rabia temblaban en su voz. Se puso de rodillas y lo contempló con ojos brillantes y abiertos, flexible y peligrosa como una pantera.

—Tal como deseaba Yezdigerd —concedió el Amo—. Por un tiempo tuve a bien complacer sus deseos.

—¿Es Yezdigerd tu vasallo?

Yasmina intentaba mantener la voz tranquila. Había notado bajo su rodilla algo duro y simétrico oculto por un pliegue del terciopelo. Cambió sutilmente de postura y pasó la mano bajo el pliegue.

—¿Es el perro que lame las asaduras en el patio del templo vasallo del dios? —preguntó el Amo.

Parecía no ser consciente de lo que ella intentaba con disimulo. Bajo el terciopelo, los dedos se le cerraron sobre lo que sabía que era la empuñadura dorada de un puñal. Bajó la cabeza para ocultar el brillo de triunfo en su mirada.

—Estoy harto de Yezdigerd —dijo el Amo—. He encontrado otras diversiones. ¡Ja!

Con un grito de rabia, Yasmina saltó como un gato salvaje y apuñaló con todas sus fuerzas. De pronto tropezó y resbaló hacia el suelo, donde quedó agazapada, con la vista clavada en el hombre del diván. No se había movido ni se había alterado su críptica sonrisa. Alzó temblorosa la mano y la contempló con ojos abiertos de par en par. No había puñal alguno entre los dedos, sino que sujetaban un tallo quebrado de loto dorado, con los pétalos aplastados desmigándose.

Lo soltó como si fuera un víbora y se alejó arrastrándose de su torturador. Volvió a su propio diván, que al menos era más digno de una reina que estar agachada a los pies de un hechicero. Luego, lo miró con aprensión y esperó sus represalias.

Pero él no se movía.

**—Toda materia es una sola para aquel que guarda las llaves del cosmos —dijo de un modo críptico—. Para el adepto, nada es inmutable. Ante la voluntad, el acero florece y se abre en jardines sin nombre, y flores como espadas centellean bajo la luna.**

**—Eres un demonio —sollozó ella.**

**—En absoluto —respondió él entre risas—. Nací en este mismo planeta, hace mucho tiempo. Fui un mero mortal una vez y no he perdido todos mis atributos humanos a lo largo de las eras incontables de mi aprendizaje. Un humano versado en las artes oscuras es superior a cualquier demonio. Soy de origen humano, pero reino sobre demonios. Has visto a los Señores del Círculo Negro; tu alma se desgarraría si supieras de qué lejano reino los convoqué y con qué sortilegio los encadené entre cristal hechizado y serpientes doradas.**

**»Solo yo puedo gobernarlos. El pobre Khemsa creía ser algo. Idiota. Reventar puertas, volar de colina en colina con su amante. Aunque quizá su poder habría llegado a rivalizar con el mío si no lo hubiera destruido.**

**Se echó a reír de nuevo.**

**—En cuanto ti, ¡pobrecita! ¡Planeando que un hirsuto caudillo montañés atacase Yimsha! Que cayeses en sus manos era un chiste tan bueno que, de haberme parado a pensarlo, podría habérseme ocurrido a mí mismo. Sí, leo en tu mente infantil tu intención de seducirlo con tus artes femeninas para lograr tu propósito, pese a todo.**

**»Pero por estúpida que seas, eres una mujer agradable de contemplar. Es mi deseo que seas mi esclava.**

**La hija de mil orgullosos emperadores jadeó llena de rabia y vergüenza ante aquella palabra.**

**—¡No te atreverás!**

**Su risa burlona la hirió como un látigo que cayera sobre sus hombros desnudos.**

**—¿El rey no se atreve a aplastar el gusano que encuentra en el camino? Pobre tonta, ¿no te das cuenta de que para mí tu orgullo real no es más que una brizna llevada por el viento? ¡He saboreado los besos de las reinas del infierno! Y ya has visto cómo lidio con los rebeldes.**

**Acobardada y sobrecogida, la joven se encogió en el diván cubierto de terciopelo. La luz se apagó en una sucesión de tonos fantasmales. Las facciones del Amo se fundieron en la penumbra y a su voz asomó un nuevo tono de mando.**

**—¡Nunca me entregaré a ti! —La voz de Yasmina temblaba de miedo, pero sonaba sorprendentemente decidida.**

**—Lo harás —respondió él, con una convicción terrible—. El miedo y el dolor serán tus maestros. Te azotaré con terror y sufrimiento hasta que ya no puedes más y te conviertas en cera fundida presta a ser moldeada a mi deseo. Estarás bajo una disciplina más férrea de lo que mujer mortal alguna ha conocido, hasta que mi menor deseo sea para ti como la voluntad inalterable de los dioses. En primer lugar, y para humillar tu orgullo, viajarás a través de las eras perdidas y contemplarás todas aquellas formas en las que te encarnaste previamente.** *¡Aie, yil la khosa!*

**Ante aquellas palabras, la oscura habitación se hundió de repente ante la aterrada mirada de Yasmina. Las raíces del pelo tiraron de su cuero cabelludo y la lengua se le clavó al paladar. En alguna parte se oyó el sonoro y ominoso tañido de un gong. Los dragones de los tapices brillaron con fuego azulado y luego se**

desvanecieron. El Amo en el diván no era más que una sombra informe. La luz vacilante se convirtió en una oscuridad total, espesa, casi tangible, que latía con extraños ritmos. Ya no podía ver al Amo. No podía ver nada. Tenía la extraña sensación de que las paredes y el techo se habían alejado enormemente de ella.

En medio de la oscuridad brillaba una luz, como una mariposa que acelerase y aminorase el vuelo rítmicamente. Creció hasta convertirse en una bola dorada, y mientras se expandía, su luz se hizo más intensa y se convirtió en una llamarada blanca. Estalló de pronto y llenó la oscuridad de chispas blancas que sin embargo no iluminaban las sombras. Pero como un rastro en la penumbra se veía aún una débil luminosidad que revelaba un oscuro tallo que ascendía desde el suelo en penumbra. Se amplió y tomó forma ante los asombrados ojos de la joven; aparecieron ramas y grandes hojas, y enormes capullos negros y venenosos que florecían en lo alto mientras ella se aplastaba contra el terciopelo. Un aroma sutil impregnó el aire. Ante ella se erguía el temible loto negro, tal como crece en las selvas encantadas y prohibidas de Khitai.

Las anchas hojas murmuraban, animadas de una vida diabólica. Los capullos se inclinaron hacia ella como si la sintieran, cabeceando como serpientes enroscadas en las ramas. Gigantescos, negros pero de algún absurdo modo visibles, pendían sobre ella recortados contra la oscuridad impenetrable. Su mente se tambaleó ante el olor embriagador e intentó salir a rastras del diván. Luego se aferró a él cuando pareció que se inclinaba de forma imposible. Gritó llena de horror y se agarró al terciopelo, pero sintió que sus dedos resbalaban. La cordura y la estabilidad temblaron y amenazaron con desaparecer. No era más que un átomo trémulo capaz de sentir que un viento ensordecedor la arrastraba hacia un vacío negro, rugiente y helado, y amenazaba con extinguir para siempre el débil parpadeo de vida que la animaba, como si fuera una vela en medio de una tormenta.

De pronto se sintió llevada a ciegas de un lado a otro, a medida que el átomo que era se mezclaba con una miríada de otros átomos de vida floreciente en la caótica levadura de la existencia. Fue moldeada por fuerzas terribles hasta que de nuevo emergió y tuvo consciencia de sí misma mientras descendía por una espiral interminable de vidas diferentes.

En una neblina preñada de terror revivió todas sus vidas anteriores, se reconoció a sí misma en todos los cuerpos que había tenido a través de las eras siempre cambiantes. De nuevo se arañó los pies en el largo y agotador camino de la vida que se extendía a sus espaldas hacia un pasado inmemorial. Más allá del más débil amanecer del tiempo, se agachó temblorosa en medio de una jungla primordial, acosada por babeantes depredadores. Desnuda, vadeó profundos arrozales y luchó contra plañideras aves acuáticas por los preciados granos. Trabajó con los bueyes para plantar el arado en el obstinado suelo y se inclinó interminablemente sobre un telar en una cabaña de campesinos.

Vio ciudades amuralladas estallar en llamas, y oyó los gritos de terror. Se arrodilló desnuda y sangrante sobre arenas ardientes, y sintió su carne temblorosa asaltada por manos feroces y ansiosas, y experimentó la vergüenza y la agonía de la lujuria más salvaje. Gritó bajo la mordedura del látigo y aulló en el potro; loca de terror, luchó contra las manos que empujaban su cabeza inexorablemente contra el tocón sangriento del verdugo.

Experimentó el dolor del nacimiento y la amargura del amor traicionado. Sufrió todos los dolores, agravios y brutalidades que el hombre ha infligido a la

mujer desde tiempos inmemoriales, y aguantó el despecho y la malicia que las mujeres se reservan unas a otras. Y como un latigazo brillante que lo cruzase todo, retuvo de algún modo la conciencia de ser la Devi. Era todas las mujeres que habían sido, pero también sabía que era Yasmina. Su consciencia no se perdía en la agonía de la reencarnación; era al mismo tiempo una esclava desnuda que temblaba bajo el látigo y la Devi de Vendhya. Y no sufría solo como la esclava, sino como Yasmina, para cuyo orgullo el látigo era como un hierro al rojo.

Las distintas vidas se fundieron en un caos vertiginoso, cada una de ellas con su carga de dolor, vergüenza y agonía, hasta que empezó a oír su propia voz aullando sin parar, como un grito ahogado de sufrimiento que fuera rebotando a través de las eras.

Despertó de pronto en el diván de terciopelo en la habitación mística.

De nuevo vio, en medio de una luz grisácea y fantasmal, el diván y la críptica figura en túnica que se sentaba en él. La cabeza encapuchada estaba abatida, los erguidos hombros parecían encogidos contra la incierta penumbra. No podía ver con claridad los detalles, pero la capucha, allí donde había estado el gorro de terciopelo, la hizo sentir intranquila. Mientras miraba, un miedo que no pudo identificar le pegó la lengua al paladar: la sensación de que no era el Maestro el que se sentaba en silencio en el negro diván.

De pronto, la figura se movió y se puso en pie. Se detuvo ante ella y los largos brazos en las amplias mangas negras se extendieron en su dirección. Luchó contra ellos, muda de miedo, sorprendida por lo magros que parecían. La cabeza encapuchada se inclinó hacia ella. Yasmina gritó una y otra vez, preñada de miedo y asco. Los huesudos brazos agarraron su esbelto cuerpo y de la capucha surgió un rostro de pura muerte y decadencia, unas facciones que parecían pergamino putrefacto sobre un cráneo carcomido.

Volvió a gritar y perdió la consciencia cuando aquellas fauces afiladas, sonrientes, se acercaron a sus labios.

## 9
## El castillo de los magos

El sol acababa de asomar tras los blancos picos de las Himelias. Al pie de una larga pendiente, un grupo de jinetes se detuvo y miró hacia arriba. Muy por encima ellos, una torre de piedra se alzaba en la lejanía en la ladera de la montaña. Más allá resplandecían las murallas de un castillo, cerca de la línea en la que empezaba la nieve que remataba la cumbre de Yimsha. Había algo de irreal en aquel paisaje de laderas moradas que desembocaban en el sorprendente castillo al que la distancia hacia parecer de juguete y, por encima de aquel, el brillante pico blanco bajo el frío cielo azul.

—Dejaremos aquí los caballos —masculló Conan—. Esa ladera tan empinada es más segura a pie. Además, están agotados.

Desmontó del negro semental, inmóvil sobre las poderosas patas y con la cabeza gacha. Habían cabalgado sin parar durante toda la noche, royendo sobras de las alforjas, deteniéndose tan solo para dar de comer a los caballos lo poco que les quedaba.

—Los acólitos de los Videntes Negros guardan la primera torre —dijo Conan —. O eso se afirma. Hechiceros menores, perros guardianes de sus verdaderos

amos. No se van a quedar sentados chupándose el dedo mientras subimos.

Kerim Shah contempló la montaña y retrocedió hacia el sendero que habían recorrido. Estaban altos en la ladera de Yimsha, y una vasta extensión de peñascos y picos más bajos se extendía a sus pies. Entre esos laberintos, el turanio trató en vano de distinguir algún retazo de color que delatara a sus perseguidores. Al parecer los afgulis habían perdido el rastro de su caudillo durante la noche.

—Vamos, pues.

Ataron los agotados caballos en un macizo de tamarindos y sin más iniciaron el ascenso. No había dónde cubrirse. Era una pendiente desnuda, flanqueada por peñascos no lo bastante grandes para ocultar a un hombre, pero que quizá ocultasen otras cosas.

No habían recorrido cincuenta pasos cuando algo que gruñía saltó hacia ellos desde las rocas. Se trataba de uno de los enjutos perros salvajes que infestaban las aldeas de las colinas, de ojos rojos y mandíbula babeante. Conan iba el primero, pero no lo atacó. Pasó de largo como una flecha y saltó hacia Kerim Shah. El turanio se hizo a un lado y el enorme perro se lanzó hacia el irakzai que iba detrás. El hombre lanzó un grito y extendió el brazo, que los colmillos de la bestia destrozaron al arrastrarlo hacia atrás. Casi al instante, media docena de tulwars se clavaron en el animal, pero la terrible criatura no cesó en sus intentos de morder y desgarrar a sus atacantes hasta que estuvo literalmente desmembrada.

Kerim Shah vendó el brazo desgarrado del guerrero herido, lo contempló con fijeza y luego dio media vuelta sin decir nada. Se reunió con Conan y siguieron ascendiendo en silencio.

De pronto Kerim Shah dijo:

—Es raro encontrar un perro de las aldeas aquí.

—Aquí no va a encontrar asaduras —coincidió Conan.

Se volvieron para mirar al guerrero herido que se afanaba entre sus compañeros. El sudor brillaba en su oscuro rostro y los labios dejaban ver los dientes en una mueca de dolor. Los dos hombres se giraron de nuevo y contemplaron la torre que se alzaba sobre ellos.

Un silencio ominoso dominaba las alturas. La torre no mostraba indicio alguno de vida, y tampoco la extraña estructura piramidal tras ella. Pero los hombres avanzaban hacia arriba, precavidos como si caminaran por el borde un cráter. Kerim Shah había descolgado el enorme arco turanio, capaz de matar a quinientos pasos, y los irakzais hicieron lo mismo con sus propios arcos, más ligeros y menos letales.

No estaban a tiro de arco de la torre cuando algo cayó del cielo de improviso. Pasó tan cerca de Conan que sintió el batir de unas alas, pero fue uno de los irakzai el que se tambaleó y cayó mientras la sangre manaba de la yugular cortada. Un halcón con alas que parecían de acero bruñido se lanzó hacia las alturas y se recortó contra el cielo, la sangre goteando del pico curvo. Se estremeció casi a la vez que el arco de Kerim Shah vibraba y cayó a plomo, pero nadie vio dónde tocaba tierra.

Conan se inclinó hacia la víctima del ataque, pero ya estaba muerto. Nadie dijo nada; era ocioso comentar que jamás se había visto que un halcón atacase a un hombre. La rabia roja empezó a rivalizar con el letargo fatalista en las almas salvajes de los irakzais. Manos hirsutas pusieron flechas en los arcos y se alzaron gritos de venganza hacia la torre, cuyo silencio parecía burlarse de ellos.

El siguiente ataque llegó también repente. Todos pudieron verlo: una bola

blanca de humo que cayó desde el borde de la torre y rodó ladera abajo hacia ellos. Varias más la siguieron. Parecían inofensivas, nada más que bolas lanudas de espuma brumosa, pero Conan se hizo a un lado para evitar que la primera lo rozase. Tras él, uno de los irakzais saltó y golpeó la inestable masa con la espada. Al instante, una explosión sacudió la ladera. En un cegador destello de llamas, la bola se desvaneció y el curioso guerrero se convirtió en un montón de huesos ennegrecidos. La mano engarfiada aún agarraba la empuñadura de ébano de la espada, pero la hoja se había fundido y destrozado a causa de un calor extremo. Sin embargo, aquellos que estaban junto a la víctima no habían sufrido daño alguno, más allá de la confusión y la ceguera causada por la repentina llamarada.

—¡El acero lo desencadena! —gruñó Conan—. Cuidado, vienen más.

La pendiente sobre ellos estaba casi completamente cubierta de esferas ondulantes. Kerim Shah tensó el arco y lanzó una flecha a la maraña; aquellas esferas alcanzadas por el proyectil reventaron como burbujas de fuego. Los demás siguieron su ejemplo y durante los siguientes minutos fue como si una tormenta rugiese sobre la ladera de la montaña, con rayos y truenos cayendo y estallando en una lluvia de llamas. Cuando cesó el bombardeo, solo les quedaba un puñado de flechas en las aljabas.

Siguieron ceñudos su camino, cruzando un suelo negro y carbonizado, y ampliaron la distancia entre ellos. Tenían los nervios a flor de piel y estaban preparados para cualquier horror que pudiera caerles encima.

En la torre apareció una figura solitaria que alzó un cuerno de bronce de casi tres metros. Su estridente bramido rugió y resonó por las laderas como una fanfarria de trompetas el día del juicio. No tardó en ser respondido de un modo terrible. El suelo tembló bajo los pies de los invasores y en las profundidades subterráneas algo retumbó y se estremeció.

Los irakzai gritaron y se tambalearon como borrachos en la temblorosa ladera mientras Conan, los ojos entrecerrados, se lanzaba hacia arriba cuchillo en mano, directo a la puerta que se veía en la pared de la torre. Sobre él, el enorme cuerno volvió a bramar y rugir de un modo brutalmente burlón. Kerim Shah tensó el arco al máximo y luego lo soltó.

Solo un turanio habría sido capaz de un tiro como aquel. El bramido del cuerno cesó de repente y en su lugar se oyó un grito agudo y breve. La figura en túnica verde sobre la torre vaciló y agarró la larga flecha que asomaba por su pecho, para luego caer por el parapeto. El enorme cuerno cayó en la almena y quedó colgando precariamente, mientras otra figura con túnica se apresuraba a cogerlo entre gritos de terror. De nuevo cantó el arco turanio y de nuevo respondió un aullido de agonía. Al caer, el segundo acólito golpeó el cuerno con el codo y lo lanzó sobre el parapeto hacia las rocas de abajo, donde se rompió en mil pedazos.

Conan había cubierto la distancia que lo separaba de la puerta a tal velocidad que ya había llegado antes de que los ecos de la caída se hubieran apagado. Alertado por un instinto salvaje, dio un salto hacia atrás a la vez que una cascada de plomo fundido caía desde lo alto. Pero enseguida se lanzaba hacia adelante y golpeaba la puerta con furia renovada. Se sentía exultante al ver que sus enemigos habían recurrido a armas terrenales. Comprendía que la hechicería de los acólitos era limitada y era posible que sus recursos nigrománticos se hubieran agotado.

Kerim Shah corría ladera arriba, sus hombres tras él en una desordenada media luna. Disparaban los arcos sin dejar de correr y las flechas se astillaban

contra los muros o pasaban volando sobre el parapeto.

La pesada puerta de teca cedió ante el asalto del cimerio y este se asomó al interior con cautela, preparado para cualquier cosa. Contemplaba una sala circular con una escalera que iba al piso superior. En el lado opuesto se abría una puerta, que revelaba la ladera exterior... y las espaldas de media docena de figuras en túnica verde que se retiraban a toda prisa.

Conan gritó, puso un pie en la torre y un instinto innato lo hizo saltar hacia atrás a la vez que un enorme bloque de piedra se estrellaba en el suelo justo donde había estado. Lanzó un grito hacia los que lo seguían y echó a correr alrededor de la torre.

Los acólitos habían evacuado la primera línea de defensa. Mientras Conan rodeaba la torre pudo ver sus túnicas verdes escalando la montaña frente a él. Los persiguió, jadeante de pura ansia sanguinaria, y tras él se afanaron Kerim Shah y los irakzais, estos últimos aullando como lobos ante la huida de los enemigos, su fatalismo ahogado de momento por aquel triunfo fugaz.

La torre se alzaba en el extremo más bajo de una estrecha meseta cuya inclinación apenas resultaba perceptible. Unos cientos de pasos más allá, la meseta se interrumpía de forma abrupta en un abismo que había sido invisible desde más abajo en la montaña. Allí saltaron en apariencia los acólitos sin reducir su paso. Sus perseguidores vieron las túnicas verdes aletear y desaparecer más allá del borde.

Poco después, ellos mismo llegaban al extremo del inmenso foso que los separaba del castillo de los Videntes Negros. Era una garganta de paredes verticales que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, rodeando aparentemente la montaña, de unas cuatrocientas varas de anchura y casi ciento cincuenta de profundidad. Una niebla translúcida brillaba y se agitaba en el foso de un extremo a otro.

Al mirar hacia abajo, Conan lanzó un gruñido. A lo lejos, moviéndose por el suelo resplandeciente que relucía como plata pulida, distinguió las figuras de los acólitos de túnica verde. Parecían ondulantes y mal definidas, como si estuvieran a mucha profundidad bajo el agua. Caminaban en fila india y se movían hacia el muro de enfrente.

Kerim Shah tensó una flecha y la lanzó cantarina hacia abajo. Pero cuando golpeó la niebla que llenaba el foso pareció perder velocidad y dirección y se desvió por completo de su curso.

—¡Si ellos pueden bajar, nosotros también! —gruñó Conan mientras Kerim Shah contempla asombrado su flecha—. Los vi por última vez en este sitio...

Al mirar abajo se dio cuenta de que algo brillaba a través del suelo del cañón, como un hilo de oro. Los acólitos parecían estar siguiendo el hilo y, de pronto, recordó las crípticas palabras de Khemsa: «¡Sigue la veta de oro!». Llevado por un impulso, se agachó y tanteó con la mano. Allí estaba, una fina veta de oro resplandeciente que surgía de un afloramiento de mineral desde el borde y descendía por el suelo plateado. Descubrió algo más que hasta entonces le había sido invisible a causa de la peculiar refracción de la luz. La veta de oro seguía una estrecha rampa que se internaba en el foso; en esta había agujeros tallados para afirmar las manos y los pies.

—Bajaron por aquí —le dijo a Kerim Shah—. ¡No son adeptos que puedan volar! Lo seguiremos y...

De pronto, el hombre al que había mordido el perro rabioso lanzó un aullido y

se abalanzó sobre Kerim Shah con la boca cubierta de espuma y los dientes apretados. El turanio, rápido como un gato, se hizo a un lado, y el orate fue de cabeza por el borde del foso. Los demás se acercaron de prisa y lo contemplaron asombrados. El enloquecido guerrero no había caído a plomo, sino que flotaba lentamente hacia abajo a través de la bruma rosada como si se hundiera en aguas profundas. Sus brazos se movían como si intentase nadar, y sus facciones se habían puesto moradas y se habían contraído mucho más allá de la locura. Al cabo, el cuerpo quedó inmóvil sobre el lejano suelo brillante.

—La muerte acecha en el abismo —murmuró Kerim Shah, mientras retrocedía y se apartaba de la niebla rosada que relucía casi a sus pies—. ¿Qué hacemos ahora, Conan?

—¡Seguimos! —respondió el cimerio sombrío—. Esos acólitos son humanos. Si la niebla no los ha matado, no me matará.

Se llevó la mano a la cintura y tocó el ceñidor que Khemsa le había dado. Frunció el ceño y luego sonrió sombrío. Había olvidado el ceñidor, pero tres veces la muerte había pasado a su lado y había elegido otra víctima.

Los acólitos habían llegado a la otra pared del foso y ascendían como enormes moscas verdes. Conan se dejó caer sobre la rampa y descendió con cautela. La nube rosada se le enroscó alrededor de los tobillos y fue subiendo a medida que él descendía. Le llegó a las rodillas, las caderas, la cintura, las axilas. Se sentía como en medio de una niebla espesa en una noche húmeda. Con la bruma alrededor de la barbilla, dudó un momento y luego se zambulló. De pronto dejó de respirar; el aire desapareció y sintió que las costillas se le pegaban a las vísceras. Con un esfuerzo desesperado retrocedió hacia arriba, luchando por su vida. Alzó la cabeza por encima de la niebla y tragó aire a enormes bocanadas.

Kerim Shah se inclinó hacia él y le dijo algo, pero Conan ni le oyó ni le hizo caso. Obstinado, con la mente fija en lo que el agonizante Khemsa le había dicho, el cimerio buscó la veta dorada y descubrió que se había desviado al descender. Había varios nichos para las manos en la rampa. Se puso directamente sobre el hilo y descendió de nuevo. La niebla rosada se enroscó a su alrededor y se lo tragó. De nuevo tenía la cabeza cubierta, pero respiraba aire puro. Alzó la vista y vio a sus compañeros mirando hacia él, las facciones borrosas a causa de la niebla que brillaba sobre su cabeza. Les hizo señas de que lo siguieran y siguió su camino sin esperar a ver si le hacían caso o no.

Kerim Shah envainó la espada sin un solo comentario y fue en pos del cimerio mientras los irakzais, con más miedo de quedarse solos que de los posibles horrores que yacieran en el fondo, se apresuraron tras él. Todos seguían el hilo de oro como habían visto hacer al cimerio.

Descendieron por la inclinada rampa hasta llegar al fondo y cruzaron el piso reluciente, pisando el hilo de oro como si caminasen por una cuerda. Era como recorrer un túnel invisible a través del cual el aire circulaba libremente. Sentían la muerte sobre ellos y a los lados, acechándolos pero sin tocarlos.

La veta se arrastraba por una rampa en la pared similar a aquella por la que habían desaparecido los acólitos, y ascendieron por ella con los nervios a flor de piel, ignorantes de lo que les podía estar esperando entre los prominentes espolones de roca que flanqueaban el borde del precipicio.

Y lo que los esperaba no eran sino los acólitos de verde, cuchillos en mano. Quizá habían alcanzado los límites a los que podían retirarse; quizá el ceñidor estigio en la cintura de Conan era la causa de que sus hechizos nigrománticos se

hubieran mostrado tan débiles y se hubieran agotado tan pronto; o quizá era el conocimiento de que el fracaso se castigaba con la muerte lo que los hacía salir de entre las rocas, los ojos brillantes y los cuchillos resplandecientes, y recurrir en su desesperación a armas materiales.

Entre los rocosos colmillos del borde del precipicio no tuvo lugar ninguna lucha de hechicería. Fue un torbellino de espadas y cuchillos en el que atacaba auténtico acero y se derramaba sangre real, en el que brazos nervudos daban golpes que sajaban carne trémula y los hombres caían y eran pisoteados en el fragor de la batalla.

Uno de los irakzais se desangró entre las rocas, pero los acólitos cayeron todos, hechos pedazos o lanzados sobre el borde para que flotasen lentamente hacia el suelo plateado que brillaba abajo a lo lejos.

Los vencedores se limpiaron la sangre y el sudor de los ojos y se miraron unos a otros. Conan y Kerim Shah seguían en pie, al igual que cuatro de los irakzais.

Estaban entre los dientes rocosos que serraban el borde del precipicio; de allí, una senda ascendía por una pendiente suave hacia una amplia escalera de media docena de escalones a unas treinta varas, tallada en una substancia similar al jade. La escalera los llevó a un amplio escenario, una especie de galería sin techo de la misma piedra pulida sobre la que se alzaba, piso tras piso, el castillo de los Videntes Negros. Parecía tallado en la piedra de la montaña y su arquitectura era impecable pero austera. Las abundantes ventanas estaban cubiertas de barrotes y tenían cortinas por la parte de dentro. No había el menor indicio de vida, ya fuera amigable u hostil.

Recorrieron el camino en silencio, cautelosos como si estuvieran en la guarida de una serpiente. Los irakzais se movían con torpeza, igual que si caminasen hacia una muerte cierta. Hasta Kerim Shah guardaba silencio. Solo Conan parecía ignorar que su invasión constituía un afrenta, una monstruosa desviación contra el pensamiento aceptado, una violación sin precedentes de la tradición. No era de oriente y procedía de una raza que luchaba contra demonios y magos con la misma facilidad e indiferencia con la que combatía enemigos humanos.

Ascendió las brillantes escaleras y cruzó la amplia galería verde en dirección a la enorme puerta de teca ribeteada en oro que se abría al otro extremo. Miró de reojo los niveles más altos de la enorme estructura piramidal que se alzaba sobre él. Extendió la mano hacia la protuberancia de bronce que sobresalía de la puerta como una manilla y se detuvo con una sonrisa feroz. La manilla tenía la forma de una serpiente, la cabeza alzada sobre el cuello arqueado, y Conan tenía la sospecha de que aquel metal podía convertirse en algo espeluznantemente vivo si lo tocaba.

La separó de la puerta de un tajo, pero el repiqueteo de bronce contra el suelo de vidrio no atenuó su prevención. La apartó con la punta del cuchillo y se volvió hacia la puerta. Un silencio mortal reinaba sobre las torres. Abajo, a lo lejos, las laderas de las montañas se perdían en la distancia en una neblina purpúrea. El sol arrancaba destellos de los picos nevados que había a cada lado. En lo alto, un buitre flotaba como un lejano punto negro contra el frío azul del cielo. Aparte de eso, los hombres que había junto a la puerta ribeteada de oro eran la única señal de vida, figuras minúsculas en una galería de jade suspendida en las alturas vertiginosas, frente a una increíble construcción de piedra que se alzaba sobre ellos.

Un viento preñado de nieve los azotó y agitó sus ropas harapientas. El largo

cuchillo de Conan arrancaba astillas de los paneles de teca y ecos de las montañas. Golpeó una y otra vez, tajando lo mismo madera pulimentada que tiras de metal. Atisbó el interior a través de las ruinas de la puerta, precavido y desconfiado como un lobo. Contempló una amplia habitación de paredes de piedra desnuda y suelo de mosaico sin alfombras. Era cuadrada, con taburetes de ébano pulido y divanes de piedra por todo mobiliario. No se veía rastro de vida. En la pared opuesta se distinguía una puerta en la penumbra.

—Deja un hombre fuera haciendo guardia —murmuró Conan—. Voy a entrar.

Kerim Shah le encomendó la tarea a uno de los guerreros, quien retrocedió hacia el centro de la galería, arco en mano. Conan entró en el castillo seguido del turanio y los tres irakzais restantes. El que estaba fuera lanzó un escupitajo, gruñó entre dientes y se quedó rígido de repente al oír una risa burlona.

Giró el rostro y vio en el piso superior una figura alta y vestida de negro, con la cabeza descubierta. Miraba hacia abajo y asentía lentamente, en una actitud que era toda burla y malignidad. Veloz como un relámpago, el irakzai tensó el arco y soltó la flecha, que ascendió y se clavó en el pecho cubierto por la túnica negra. La sonrisa de burla no se alteró. El vidente agarró el proyectil y se lo lanzó al arquero, no como quien lanza un arma, sino en un gesto desdeñoso. El irakzai la esquivó, y alzó el brazo de un modo instintivo. Sus dedos se cerraron alrededor de la flecha.

De pronto, lanzó un grito. La flecha de madera se retorcía en la mano, y su superficie rígida se volvió flexible y se fundió. Intentó librarse de ella, pero era demasiado tarde. En la mano desnuda sostenía una serpiente que se le enroscaba alrededor de la muñeca y lanzaba su maligna cabeza en cuña contra el musculoso brazo. Gritó de nuevo, abrió los ojos de par en par y la lividez le cubrió el rostro. Cayó de rodillas, agitado por tremendos temblores y luego se quedó inmóvil.

Los que habían entrado dieron la vuelta al oír el primer grito. Conan se lanzó a la puerta de una zancada y se quedó inmóvil, desconcertado. Para los que estaban tras él parecía haber golpeado el aire, pero aunque no podía ver nada, sintió una superficie deslizante, suave, dura bajo las manos, y comprendió que una lámina de cristal había caído contra el pórtico. A través de ella pudo ver al irakzai inmóvil en el suelo cristalino, con una flecha vulgar y corriente clavada en el brazo.

Conan alzó el cuchillo y golpeó frente a él, y los otros se quedaron asombrados al verlo dar un tajo aparentemente en el aire y oír el claro tañido del metal contra una sustancia inflexible. No perdió más tiempo. Sabía que ni siquiera el legendario tulwar de Amir Khurum habría podido astillar aquella cortina invisible.

Le explicó lo ocurrido a Kerim Shah con parquedad y el turanio se encogió de hombros.

—Bueno, si esa salida está cerrada, tendremos que encontrar otra. Entre tanto, nuestro camino está al frente, ¿no?

Con un gruñido, el cimerio dio media vuelta y, con la sensación de estar cruzando el umbral del destino, recorrió la habitación a grandes zancadas hasta llegar a la puerta opuesta, que se abrió silenciosamente por sí misma cuando alzaba el cuchillo para golpearla. Pasó a un enorme salón flanqueado por columnas altas y cristalinas. Los amplios escalones de jade verde de una escalera que se enroscaba como si fueran las paredes de una pirámide ascendían a treinta varas de la puerta. Qué había más allá, no podía saberlo, pero entre él y el

reluciente pie de la escalera se alzaba un extraño altar de jade negro. Cuatro enormes serpientes de oro enroscaban la cola alrededor y alzaban las cabezas en forma de cuña hacia cada uno de los puntos cardinales, como los centinelas encantados de un tesoro de leyenda. Pero en el altar, entre los cuellos doblados, solo se veía un globo de cristal lleno de una sustancia que parecía humo en la que flotaban cuatro granadas negras.

Aquella visión despertó un eco vacilante en la memoria de Conan. Luego dejó de prestar atención al altar, pues en los escalones más bajos de la escalera había cuatro figuras en túnicas negras. No los había visto llegar, simplemente aparecieron allí, altos, enjutos, con rostros de buitre que cabeceaban al unísono, los pies y las manos ocultos bajo las ropas ondulantes.

Uno de ellos alzó un brazo y la manga cayó y reveló la mano... que no era ninguna mano. En contra de su voluntad, Conan se detuvo a mitad de un paso. Acababa de encontrar un poder que difería sutilmente del mesmerismo de Khemsa y no podía avanzar, aunque tenía la sensación de que podía retroceder si así lo quería. Sus compañeros también se habían detenido y parecían incluso más desvalidos que él, incapaces de moverse en dirección alguna.

El vidente del brazo alzado señaló a uno de los irakzais y este se movió hacia él como en trance, los ojos abiertos y fijos, el arma colgando de los dedos inanes. Al llegar junto a Conan, el cimerio le pasó un brazo por el pecho para detenerlo. Era mucho más fuerte que el irakzai, tanto que en circunstancias ordinarias habría podido partirle la columna con las manos, pero ahora el musculoso brazo del cimerio fue apartado como una brizna de hierba y el irakzai siguió caminando a trompicones y de un modo mecánico hacia las escaleras. Alcanzó los peldaños y se puso rígidamente de rodillas, mientras ofrecía su arma y agachaba la cabeza. El vidente tomó la espada. Como un relámpago cruzó el aire de arriba abajo. La cabeza del irakzai cayó de los hombros y rebotó sordamente contra el negro suelo de mármol. Un arco de sangre saltó de las arterias cortadas y el cuerpo se derrumbó contra el suelo con los brazos abiertos.

De nuevo una mano deforme se alzó y señaló y otro irakzai se tambaleó hacia su destino. El macabro drama se repitió y un nuevo cuerpo decapitado acabó yaciendo junto al primero.

Mientras el tercer irakzai pasaba junto a Conan de camino a su muerte, el cimerio, las venas de las sienes marcadas a causa de sus esfuerzos por romper la barrera invisible que lo detenía, se dio cuenta de pronto de que tenía aliados, fuerzas invisibles que despertaban a la vida a su alrededor. La idea lo atacó sin previo aviso, de un modo tan poderoso que no dudó de sus instintos. Su mano izquierda pasó involuntariamente bajo el cinturón bakhauriota y se cerró alrededor del ceñidor estigio. Al tocarlo sintió que una fuerza renovada fluía por sus miembros entumecidos; la voluntad de vivir era como un latido de ardiente fuego blanco solo igualada por la intensidad ardiente de su rabia.

El tercer irakzai ya era un cadáver decapitado y el horripilante dedo se alzaba de nuevo cuando Conan sintió reventar la barrera invisible. Un grito feroz, involuntario, se escapó de sus labios mientras saltaba hacia adelante con la velocidad explosiva de su ferocidad reprimida. La mano izquierda agarraba el ceñidor del hechicero como un hombre a punto de ahogarse se agarraría a un leño flotante, y el largo cuchillo era una luz metálica en la derecha. Los hombres de la escalera no se movieron. Lo contemplaban con calma, con cinismo; si sentían sorpresa no lo demostraron en absoluto. Conan no se permitió pensar en las

posibilidades que tenía cuando estuvieran al alcance del cuchillo. La sangre le latía en las sienes y una nube carmesí le enturbiaba la vista. Estaba en ebullición, henchido de la necesidad de matar, de clavar el cuchillo lo más hondo posible en la carne y el hueso, y hacer girar la hoja entre las entrañas y la sangre.

Doce zancadas más lo llevarían a la escalera donde se encontraban los burlones demonios. Tomó aire con fuerza, cada vez más lleno de rabia, y su carga ganó velocidad. Estaba a punto de sobrepasar el altar con las serpientes doradas cuando un relámpago cruzó su mente y oyó, tan claramente como si las hubiera dicho en voz alta, las crípticas palabras de Khemsa: «Rompe la bola de cristal.»

Reaccionó casi sin darse cuenta. La ejecución siguió al impulso de un modo tan espontaneo que el más grande hechicero de aquella época no habría tenido tiempo para leer su mente o prever la acción. Girando como un gato en medio de la carga, golpeó el cristal con el cuchillo. Al instante el aire empezó a vibrar con un repique terrorífico, aunque era imposible saber si venía de las escaleras, del altar o del mismo cristal. Su oído se llenó de siseos mientras las serpientes doradas, vibrantes de pronto y horriblemente vivas, se enroscaban y se lanzaban contra él. Pero respondió a la velocidad de un tigre enloquecido. Un remolino de acero atravesó los repelentes cuerpos que se lanzaban hacia él y golpeó la esfera de cristal una y otra vez. El globo reventó con un sonido tronante, lanzando astillas al rojo contra el negro mármol, y las granadas de oro, como si las hubieran liberado de su cautiverio, salieron despedidas hacia el techo y desaparecieron.

Un grito enloquecido, bestial y horripilante resonó en el enorme salón. Las cuatro figuras vestidas de negro se retorcían y temblaban convulsas en los escalones, las amoratadas bocas llenas de espumarajos. En un frenético crescendo ululante e inhumano se fueron poniendo rígidas hasta quedar inmóviles. Conan comprendió que estaban muertos. Contempló el altar y las astillas de cristal. Cuatro serpientes decapitadas seguían enroscadas a su alrededor, pero ninguna vida antinatural animaba ahora el metal que brillaba apagado.

Kerim Shah se puso en pie lentamente, como si hubiera sido embestido por alguna fuerza desconocida. Sacudió la cabeza para librarse del zumbido en sus oídos.

—¿Oíste ese crujido cuando atacaste? Cuando el globo estalló fue como si cientos de paneles de cristal se hicieran pedazos por todo el castillo. ¿Estaban las almas de los hechiceros atrapadas en esas bolas doradas? ¡Eh!

Conan se dio media vuelta cuando Kerim Shah desenvainó y señaló con la espada.

Una nueva figura se erguía en las escaleras, también con túnica negra, pero de terciopelo negro ricamente bordado, y con un gorro de terciopelo en la cabeza. Su rostro era sereno y bien parecido.

—¿Quién demonios eres? —quiso saber Conan mientras se dirigía a él cuchillo en mano.

—¡Soy el Amo de Yimsha! —Su voz era como el tañido de la campana de un templo, entreverada de una alegría cruel.

—¿Dónde está Yasmina? —preguntó Kerim Shah.

El Amo se le echó a reír en la cara.

—¿Y a ti qué te importa, cadáver? ¿Acaso has olvidado mi poder, que te presté una vez, para atreverte a venir armado ante mí, pobre idiota? Creo que te arrancaré el corazón, Kerim Shah.

Extendió la mano como para recibir algo y el turanio lanzó un grito de agonía.

Se tambaleó con torpeza y se oyó el crujir de los huesos. De pronto, con un desgarramiento de carne, músculo y cota de malla, su pecho reventó en medio de un surtidor de sangre y por la horripilante abertura apareció algo rojo y goteante que cruzó el aire hacia la mano extendida del Amo como una limadura de hierro se lanza contra el imán. El turanio se desplomó y quedó inmóvil mientras el Amo se echaba a reír y lanzaba el objeto a los pies del cimerio: un corazón humano que aún latía.

Con un rugido y una maldición, Conan se lanzó hacia la escalera. A través del ceñidor de Khemsa sentía una fuerza imparable y un odio inmortal que lo empujaban a combatir la horrenda emanación de poder que lo esperaba en los escalones. El aire se llenó de una neblina brillante y metálica que atravesó como un nadador al zambullirse, la cabeza baja, el brazo izquierdo flexionado frente al rostro, el cuchillo agarrado con la mano derecha. Sus ojos medio ciegos, atisbando por el hueco del codo, divisaron la odiosa figura del vidente frente a él y por encima, tembloroso como el reflejo de las olas en agua agitada.

Fue atormentado y desgarrado por fuerzas más allá de su comprensión, pero sentía que un poder externo lo empujaba adelante y hacia arriba, a pesar de la fuerza del hechicero y de su propia agonía.

Alcanzó el pie de las escaleras. El rostro del Amo flotaba en una neblina acerada frente a él mientras una curiosa sombra de miedo se cernía sobre sus ojos inescrutables. Conan vadeó la niebla como si luchara contra el oleaje y su cuchillo atacó como si tuviera voluntad propia. La afilada punta rasgó la túnica del Amo, quien retrocedió con un grito seco. De pronto, el hechicero se desvaneció a los ojos de Conan como una burbuja que reventase, y algo largo y ondulado reptó por una de las escaleras más pequeñas que ascendían a izquierda y derecha de la principal.

Conan cargó tras la cosa por los escalones de la izquierda, inseguro de lo que había visto serpentear por ellos, pero lleno de una rabia homicida tal que ahogaba la náusea y el horror que susurraban en lo más hondo de su mente.

Salió a un ancho pasillo de suelo y paredes de jade pulido, y algo largo y veloz pasó ante él y cruzó una puerta con cortinas. Del otro lado se alzó un grito de urgencia y terror. El sonido dio alas a los pies de Conan y se lanzó a través de las cortinas a la habitación que había más allá.

Contempló una escena espeluznante. Yasmina se acurrucaba en el extremo más alejado de un diván cubierto de terciopelo, y gritaba de asco y horror, con un brazo alzado como si se protegiera de un ataque. Frente a ella se meneaba la espeluznante cabeza de una serpiente gigante, el cuello brillante alzándose arqueado entre los oscuros anillos. Con un grito ahogado, Conan lanzó el cuchillo.

Al instante, el monstruo giró y cargó contra él como el viento entre la hierba. El largo cuchillo le atravesaba el cuello; la punta y un palmo de la hoja asomaban por un lado, mientras la empuñadura y la guarda sobresalían por el otro, pero su único efecto parecía ser el de haber enfurecido al gigantesco reptil. La enorme cabeza se cernió sobre el hombre que la enfrentaba y luego cargó hacia abajo, los colmillos goteantes de veneno y la mandíbula totalmente abierta. Pero Conan había sacado un puñal del cinturón y apuñaló hacia arriba cuando descendió la cabeza. La punta del arma atravesó la mandíbula inferior y se clavó en la superior, uniéndolas. Al momento siguiente, el enorme tronco se enrolló alrededor del cimerio. Incapaz de usar sus colmillos, la serpiente empleó la otra forma de ataque que le quedaba.

El brazo izquierdo de Conan estaba atrapado entre los asfixiantes pliegues, pero tenía libre el derecho. Asentó los pies con firmeza, alargó la mano, agarró la empuñadura del cuchillo clavado en el cuello de la serpiente y lo extrajo creando un surtidor de sangre. Como si adivinase sus intenciones con una inteligencia que no era solo animal, la serpiente se retorció y se enroscó intentando atrapar el brazo derecho. Pero el largo cuchillo se alzó y golpeó a la velocidad de la luz y cortó hasta la mitad el gigantesco cuerpo del reptil.

Antes de que Conan pudiera golpear otra vez, los enormes anillos se relajaron y el monstruo se arrastró por el suelo, chorreando sangre por las terribles heridas. Conan saltó en pos de él, el cuchillo alzado, pero su golpe salvaje no cortó más que el aire mientras la serpiente se apartaba y empujaba con la nariz roma una pared panelada en sándalo. Uno de los paneles cedió hacia adentro y el largo cuerpo abarrilado se deslizó por el hueco y desapareció.

Conan no lo dudó y se lanzó contra la pared. Unos pocos golpes apartaron los paneles y le dieron paso a un oscuro nicho. No había ninguna horrible figura anillada en el hueco; se veía sangre en el suelo de mármol y un rastro sangriento que iba hacia una extraña puerta en arco... Solo que el rastro eran las pisadas de un hombre descalzo.

—¡Conan!

Dio media vuelta en dirección a la habitación justo a tiempo para coger a la Devi de Vendhya cuando ella cruzaba la sala, se lanzaba hacia él y le rodeaba frenéticamente el cuello con los brazos, medio histérica de terror, gratitud y alivio.

La sangre salvaje del cimerio hervía por todo lo que había pasado. La agarró en una presa que la habría hecho gemir de dolor en cualquier otra ocasión y aplastó sus labios contra los de la joven. Ella no se resistió; la Devi había desaparecido por completo, convertida tan solo en una mujer. Cerró los ojos y se alimentó de sus besos feroces, ardientes, implacables, con el abandono de un ansia apasionada. Jadeaba violentamente cuando él se detuvo a respirar y la descubrió totalmente rendida en sus poderosos brazos.

—Sabía que vendrías —murmuró Yasmina—. Que no me dejarías en esta guarida infernal.

Sus palabras le hicieron recordar el lugar en el que se encontraban. Alzó el rostro y escuchó con atención. El silencio era el único amo del castillo de Yimsha, pero era un silencio preñado de amenazas. El peligro se agazapaba en cada esquina y colgaba invisible de cada cortinaje.

—Mejor nos vamos mientras podemos —murmuró—. Los tajos que le hice eran suficientes para matar a cualquier bestia u hombre común, pero un mago tiene doce vidas. Hiérelo, y se arrastrará como una serpiente lisiada a sorber veneno fresco de alguna otra fuente de hechicería.

Alzó a la joven y, cargándola en brazos como si fuera una niña, salió a zancadas al resplandeciente corredor de jade. Descendió las escaleras, los nervios a flor de piel, atento a cualquier señal o sonido.

—He conocido al Amo —susurró ella, temblorosa y agarrada a él—. Lanzó sortilegios para romper mi voluntad. El más horrendo fue un cadáver podrido que me llevó en brazos... Me desmayé y estuve como muerta no sé cuánto tiempo. Al recobrar la conciencia oí ruidos de lucha y gritos abajo y de pronto esa serpiente reptó por entre las cortinas. ¡Oh! —Meneó la cabeza, horrorizada—. De algún modo supe que no era una ilusión sino una serpiente de verdad que buscaba mi

vida.

—No era una sombra, eso desde luego —respondió Conan crípticamente—. Sabía que estaba derrotado y prefirió atacarte antes que permitir que te rescatase.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién? —preguntó intranquila.

De pronto, se apretó contra él con un grito y olvidó la pregunta. Acababa de ver los cadáveres a los pies de la escalera. Los de los videntes no eran imágenes agradables: al retorcerse en el suelo, sus manos y pies habían quedado expuestos y, al verlos, Yasmina se puso pálida y hundió el rostro en el poderoso pecho de Conan.

## 10
## Yasmina y Conan

Conan cruzó el salón tan rápido como pudo, atravesó la sala exterior y se acercó a la puerta que llevaba a la galería. Vio que el suelo estaba cubierto de pequeñas astillas relucientes. La lámina de cristal que había cubierto el pórtico se había hecho pedazos, y recordó el sonido que había acompañado la destrucción del globo cristalino, como si cada pedazo de vidrio que hubiera en el castillo se hubiera roto a la vez. Un oscuro instinto o el recuerdo de alguna tradición esotérica lo llevaron a entrever vagamente la monstruosa conexión que había entre los Señores del Círculo Negro y las granadas doradas. Sintió que se le ponían los pelos de punta e intentó olvidar el asunto cuanto antes.

Exhaló un largo suspiro de alivio cuando salió a la larga galería de jade verde. Aún había que cruzar el foso, pero al menos podía ver los blancos picos que brillaban al sol y las largas pendientes que descendían hacia las distantes brumas azules.

Los irakzais yacían donde habían caído, una fea mancha en el impoluto suelo cristalino. Mientras recorría el serpenteante sendero, le sorprendió la posición del sol. Aún no había alcanzado el cenit y sin embargo le parecía que habían pasado horas desde que habían llegado al castillo de los Videntes Negros.

Sintió la necesidad de darse prisa; no un ataque de pánico ciego, sino el presentimiento de un peligro que crecía a sus espaldas. No le dijo nada a Yasmina, y ella parecía satisfecha con descansar la negra melena contra su amplio pecho y encontrar seguridad en sus brazos de hierro. Se detuvo por un instante al borde del abismo y escrutó las profundidades. La niebla que bailaba en el foso ya no era rosada y brillante, sino humeante, oscura, siniestra, como el fluir de la vida que se escapase poco a poco de un moribundo. Se le ocurrió que tal vez los hechizos de los magos estaban más entrelazados con sus propias personas que las acciones del hombre común con quien las lleva a cabo.

Pero abajo a lo lejos el suelo brillaba como plata pulida y el hilo de oro relucía con fuerza. Conan se pasó a Yasmina al hombro, donde yació dócilmente, y empezó a descender. Caminaba de prisa por la rampa y lo mismo hizo por el resonante suelo. Tenía la convicción de que corrían contra el tiempo, de que sus posibilidades de supervivencia dependían de cruzar aquel foso lleno de horrores antes de que el Amo herido del castillo recuperase poder suficiente para lanzar sobre ellos otra maldición.

Cuando hubo coronado el ascenso por la otra rampa y salió a la cresta, dejó escapar un largo suspiro de alivio y soltó con cuidado a Yasmina.

—A partir de aquí puedes caminar —le dijo—. Es cuesta abajo todo el rato.

Ella lanzó una mirada a la resplandeciente pirámide al otro lado del foso. Se alzaba contra la nevada ladera como una ciudadela silenciosa llena de maldad inmemorial.

—¿Eres mago, que has conquistado a los Videntes Negros de Yimsha, Conan de Ghor? —preguntó mientras descendían, con el poderoso brazo de él alrededor de la cintura.

—No, fue todo gracias a un ceñidor que me dio Khemsa antes de morir —respondió Conan—. Sí, me lo encontré por el camino. Es un objeto curioso, ya te lo enseñaré cuando tengamos tiempo. Contra algunos hechizos no sirve de mucho, pero contra otros es muy fuerte. Y un cuchillo afilado siempre es un buen encantamiento.

—Pero, si el ceñidor te ayudó a derrotar al Amo —arguyó ella—, ¿cómo es que no le sirvió a Khemsa?

Conan meneó la cabeza.

—Quién sabe. Khemsa había sido esclavo del Amo. Quizá eso debilitase su magia. Él no tenía poder sobre mí como lo tenía sobre Khemsa. En realidad no sé por qué lo derroté. Se retiró, pero tengo la sensación de que no está ni mucho menos acabado. Me gustaría poner tanta distancia como podamos entre nosotros y su guarida.

Con gran alivio encontró los caballos atados entre los tamarindos, allí donde los había dejado. Los soltó, montó el semental negro y luego aupó a la chica delante de él. Los otros caballos los siguieron, refrescados tras el descanso.

—¿Y ahora, qué? —preguntó ella—. ¿Afgulistán?

—¡No, aún no! —Sonrió con dureza—. Alguien mató a mis siete lugartenientes, quizá el gobernador. Mis estúpidos seguidores piensan que he tenido algo que ver con ello, y a menos que pueda convencerlos de que no es así, me cazarán como a un chacal herido.

—¿Y qué hay de mí? Si tus lugartenientes están muertos, ya no te sirvo como rehén. ¿Vas a matarme para vengarlos?

La miró con ojos fieros y luego se echó a reír ante la sugerencia.

—Entonces vamos hacia la frontera —dijo ella—. Estarás a salvo de los afgulis allí.

—Sí, en un patíbulo vendhyo.

—Soy la reina de Vendhya —le recordó ella con un deje de sus antiguos modales regios—. Has salvado mi vida. Se te recompensará.

Yasmina no pretendía que sonara como lo hizo, pero él recibió las palabras con un gruñido, no muy complacido.

—¡Guárdate el botín para tus perros amaestrados de ciudad, princesa! Si eres reina de las llanuras, yo soy caudillo de las colinas; no te llevaré cerca de la frontera.

—Pero estarías a salvo... —empezó a decir, confundida.

—Y tú serías de nuevo la Devi —la interrumpió él—. No, muchacha. Te prefiero como eres ahora; una mujer de carne y hueso montada en mi silla.

—¡Pero no puedes retenerme! —exclamó ella—. ¡No puedes...!

—¡Espera y verás! —dijo él, hosco.

—Pero te pagarán un enorme rescate...

—¡Al infierno con tu rescate! —respondió con dureza, los brazos rígidos alrededor de su flexible talle—. El reino de Vendhya no me daría nada que desee

la mitad de lo que te deseo a ti. Te tomé jugándome el cuello. Si tus cortesanos quieren que vuelvas, que vengan al Zhaibar y peleen por ti.

—Pero ya no te quedan seguidores —contraatacó ella—. ¡Te persiguen! ¿Cómo vas a velar por tu vida, mucho menos por la mía?

—Aún tengo amigos en las colinas —respondió Conan—. Hay un caudillo de los khurakzai que te mantendrá a salvo mientras negocio con los afgulis. Y si no quieren nada de mí, por Crom, me iré al norte contigo, a las estepas de los kozakis. Fui atamán de las Compañías Libres antes de venir al sur. ¡Te convertiré en reina del río Zaporoska!

—¡No puedo! —objetó ella—. ¡No debes mantenerme…!

—Si tan repulsiva es la idea —quiso saber él—, ¿por qué me rendiste tus labios tan de buena gana?

—Hasta una reina es humana —respondió ella ruborizándose—. Pero precisamente porque soy una reina debo pensar en mi reino. No me lleves a un país extranjero. ¡Ven conmigo a Vendhya!

—¿Me harías tu rey? —preguntó él sardónicamente.

—Bueno, existen ciertas costumbres… —balbuceó ella.

Conan la interrumpió con una seca carcajada.

—Sí, costumbres civilizadas que no te permiten hacer lo que deseas. Te casarás con algún viejo y marchito rey de las llanuras y yo me iré por mi lado con el recuerdo de un par de besos robados de tus labios. ¡Ja!

—¡Pero debo volver a mi reino! —repitió desesperada.

—¿Por qué? —quiso saber, rabioso—. ¿Para asentar las posaderas en un trono de oro y escuchar los aplausos de cretinos sonrientes con falditas de seda? ¿Qué tiene eso de bueno? Escucha. Nací en las colinas cimerias y allí todos son bárbaros. He sido mercenario, corsario, kozaki y cientos de otras cosas. ¿Qué rey ha recorrido tantos países, luchado tantas batallas, amado a tantas mujeres y ganado tantos botines?

»Vine al Gulistán a alzar un ejército y saquear los reinos del sur, el tuyo entre ellos. Ser caudillo de los afgulis es solo un comienzo. Si puedo hacer que se entiendan entre sí, una docena de tribus me seguirá antes de que acabe el año. Y si no puedo, volveré a las estepas y saquearé la frontera turania con los kozakis. Y tú estarás conmigo. Al infierno con tu reino. Se las arreglaban por sí mismos antes de que nacieras.

Ella yacía en sus brazos y no apartaba la vista de él. Sintió un golpe en el alma, una urgencia indómita, temeraria, que encajaba con la de él y le pedía seguir aquel camino. Pero mil generaciones de soberanos pesaban sobre su ánimo.

—No puedo. ¡No puedo! —repetía desesperada.

—No tienes otra elección —le aseguró él—. Te… ¡Qué demonios!

Habían dejado Yimsha a varias leguas a su espalda y recorrían una elevada cresta que separaba dos valles profundos. Acababan de coronar una cima desde la que podían contemplar el valle a su derecha. Alguien luchaba allí abajo. Soplaba un fuerte viento en contra y casi no se oía lo que pasaba, pero incluso así, el golpear del acero y el repiqueteo de los cascos llegaba desde la lejanía.

Vieron el destello del sol sobre las puntas de lanza y los yelmos con cimera. Tres mil caballeros en cota de malla empujaban a una horda desharrapada de jinetes con turbante, que huían a regañadientes y atacaban como lobos rampantes.

—Turanios —musitó Conan—. Escuadrones de Secunderam. ¿Qué demonios hacen aquí?

—¿A quién persiguen? —preguntó Yasmina—. ¿Y por qué los otros se resisten a retroceder? No pueden ganar.

—Quinientos de mis locos afgulis —gruñó él, mientras contemplaba ceñudo el valle—. No pueden escapar y lo saben.

El valle era, en efecto, un callejón sin salida. Se estrechaba hasta morir en un desfiladero de altas paredes y solo se abría al otro extremo, rodeado de montañas altas e imposibles de escalar.

Los jinetes de turbante estaban siendo empujados hacia aquel desfiladero, pues no había ningún otro lugar al que ir, pero iban a regañadientes en medio de una lluvia de flechas y un torbellino de espadas. Los jinetes con yelmo los empujaban pero sin mucho empeño. Conocían la furia desesperada de las tribus de las colinas y sabían que tenían a su presa acorralada en una trampa de la que no había salida. Habían reconocido a los montañeses como afgulis y deseaban doblegarlos y obligarlos a rendirse. Necesitaban rehenes para lo que se proponían.

Su emir era un hombre de decisión e iniciativa. Al llegar al valle de Gurasha y no encontrar ni guías ni emisarios esperándolo, siguió adelante, confiando en su propio conocimiento del país. Había estado luchando a lo largo de todo el camino desde Secunderam y los tribeños se lamían las heridas en muchas aldeas montañesas. Sabía que había una buena posibilidad de que ni él ni sus alabarderos volvieran a ver las puertas de Secunderam, pues tenía ahora a las tribus a sus espaldas, pero estaba decidido a seguir sus órdenes, que consistían en arrancar a toda costa a la Devi de manos de los afgulis y llevarla cautiva a Secunderam o, si eso se revelaba imposible, cortarle la cabeza antes de que lo matasen.

De todo esto nada sabían los espectadores sobre la cresta. Pero Conan no dejaba de moverse nerviosamente.

—¿Por qué demonios se dejaron atrapar? —preguntó a nadie en particular—. Sé lo que hacían por aquí: ¡me estaban buscando, los muy perros! Se metían en cada valle que encontraban... y los han atrapado sin que se dieran cuenta. ¡Pobres idiotas! Están resistiendo en el desfiladero, pero no aguantarán mucho. Cuando los turanios los empujen de vuelta al cuenco, podrán masacrarlos a placer.

El fragor en el valle aumentó en volumen e intensidad. En lo más estrecho de la garganta, los afgulis, que luchaban con auténtica desesperación, mantenían de momento el campo contra los jinetes en cota de malla, que no podían lanzarse contra ellos.

Conan frunció el ceño, se movió inquieto, agarró la empuñadura del cuchillo y finalmente dijo con aspereza:

—Tengo que ir con ellos, Devi. Encontraré un sitio donde esconderte hasta que vuelva a por ti. Has hablado de tu reino... Bueno, no pretendo preocuparme de esos demonios hirsutos como si fueran mis hijos, pero lo son, en cierto modo; son mis secuaces. Un caudillo nunca abandona a los suyos, aunque ellos lo hayan abandonado a él. Estaban convencidos de hacer lo correcto al echarme... Al infierno, no me haré a un lado. ¡Aún soy caudillo de los afgulis y voy a demostrarlo! Puedo bajar a pie hasta la garganta.

—¿Y qué hay de mí? —quiso saber ella—. Me has arrastrado a la fuerza lejos de los míos. ¿Me dejarás morir sola en las colinas mientras te sacrificas inútilmente?

Las venas del cimerio se hincharon ante el conflicto emocional en que se encontraba.

—Tienes razón —murmuró desesperado—. Crom sabrá qué puedo hacer.

Ella volvió ligeramente la cabeza y una curiosa expresión se formó en su bello rostro.

—¡Escucha! —gritó—. ¡Escucha!

Una lejana fanfarria de trompetas llegó débilmente a sus oídos. Miraron hacia el valle de la izquierda y vieron un brillo de acero en la parte más lejana. Una larga línea de lanzas y yelmos pulidos se movía por el valle, resplandeciente a la luz del sol.

—¡Los jinetes de Vendhya! —exclamó ella exultante.

—¡Son miles! —murmuró Conan—. Ha pasado mucho tiempo desde que una hueste kshatriya se internó tanto en las colinas.

—¡Me están buscando! —exclamó ella—. ¡Dame tu caballo! ¡Guiaré a mis guerreros! El desfiladero no es tan empinado en la parte izquierda y puedo alcanzar el fondo del valle. Llevaré a mis jinetes al valle por la parte más alta y los lanzaré contra los turanios. ¡Los cogeremos en una pinza! ¡Rápido, Conan! ¿O vas a sacrificar a tus hombres por tus deseos?

El ansia ardiente de las estepas de los bosques invernales llameaba en sus ojos, pero meneó la cabeza y se bajó del semental mientras ponía las riendas en manos de la joven.

—Tú ganas —gruñó—. Galopa como si te persiguiera el diablo.

Ella dio media vuelta y descendió por la ladera izquierda mientras él echaba a correr por el risco hasta que alcanzó la larga hendidura irregular del desfiladero en el que tenía lugar la batalla. Descendió por la abrupta pared como un mono, agarrándose a protuberancias y grietas, hasta que al fin cayó de pie dentro de la maraña que se apelotonaba a la entrada de la garganta. A su alrededor las espadas silbaban y resonaban, los caballos se encabritaban y pateaban, los yelmos emplumados se mezclaban con los turbantes manchados de carmesí.

Aulló como un lobo mientras caía, agarró una rienda dorada y, tras esquivar el filo de una cimitarra, tajó hacia arriba con el largo cuchillo hasta encontrar las entrañas del jinete. Al momento siguiente estaba sobre la silla y gritaba con ferocidad órdenes a los afgulis, quienes lo contemplaron incrédulos por un instante. Luego, al ver el caos que su acero creaba entre sus enemigos, siguieron atacando y aceptaron su presencia sin ningún comentario. En aquel infierno de acero mellado y sangre derramada no había tiempo para hacer o responder preguntas.

Los jinetes con yelmos en espiral y cotas chapadas en oro se arracimaban junto a la entrada de la garganta, empujando y golpeando, y el estrecho desfiladero estaba atestado de hombres y caballos, los guerreros apretados pecho contra pecho, sin dejar de golpear con sus cortas espadas, sajando sin piedad allí donde había un mínimo espacio para atacar. Si alguien caía ya no volvía a levantarse, aplastado por los cascos encabritados y veloces. El peso y la fuerza bruta eran fundamentales en aquel lugar, y el caudillo de los afgulis valía él solo por diez hombres. En momentos como ese, los hábitos arraigados empujan a menudo a los hombres; y los guerreros, acostumbrados a ver a Conan a la vanguardia, estaban llenos de ánimo a pesar de su desconfianza hacia él.

Pero también contaba la superioridad numérica. La presión de los que tenían detrás forzaba a los jinetes turanios cada vez más al interior de la garganta, y los

tulwars golpeaban veloces acá y allá. Paso a paso, los afgulis fueron obligados a retroceder y dejaron el suelo del desfiladero alfombrado de muertos pisoteados por los jinetes. Mientras tajaba y hería como un poseso, Conan tuvo tiempo para la duda: ¿Mantendría Yasmina su palabra? No tenía más que unirse a sus soldados, virar al sur y dejarlos abandonados a él y a su grupo.

Un nuevo sonido resonó al fondo del valle tras lo que parecieron siglos de lucha desesperada y se impuso al entrechocar del acero y los gritos de matanza. Y con él llegó un bramido de trompetas que estremeció las montañas y el trueno veloz de los cascos de los caballos, cinco mil jinetes de Vendhya que se lanzaban contra las huestes de Secunderam.

El ataque dispersó los escuadrones turanios y los dejó destrozados, rotos y esparcidos en fragmentos por todo el valle. Una oleada se había desparramado más allá de la garganta; la lucha se convirtió en un remolino caótico y confuso. De pronto, el emir cayó con una lanza kshatriya atravesándole el pecho, y los jinetes con yelmos en espiral dieron media vuelta hacia la salida del valle, espoleando como locos a sus monturas mientras intentaban abrirse paso a través de los enjambres que habían caído sobre ellos por la retaguardia. A medida que se dispersaban en su huida, también lo hicieron los vencedores en la persecución, y por todo el suelo del valle, tanto en las laderas junto a la entrada como sobre las crestas, corrían fugitivos y perseguidores. Los afgulis, aquellos que podían cabalgar, salieron a toda prisa de la garganta y se unieron al acoso de sus enemigos, aceptando la inesperada alianza del mismo modo que habían aceptado el regreso de su repudiado caudillo.

El sol se sumía tras los distantes picos cuando Conan, la ropa hecha jirones y la malla bajo ellos llena de malolientes cuajarones de sangre, el cuchillo goteante y empapado hasta la empuñadura, se abrió paso entre los muertos hasta donde la estaba la Devi Yasmina, a caballo y rodeada por sus nobles, en una cresta junto a un profundo precipicio.

—¡Has mantenido tu palabra, Devi! —aulló—. Por Crom, confieso que tuve dudas allá en la garganta pero... ¡Cuidado!

Del cielo descendió un buitre de tamaño increíble, y su tremendo aleteo tiró a los hombres de los caballos.

El pico en forma de cimitarra apuntaba al delicado cuello de la Devi, pero Conan fue más rápido. Una corta carrera, un salto felino, el golpe salvaje de un cuchillo goteante... y el buitre lanzó un horrible aullido con voz humana, se inclinó a un lado y cayó dando tumbos por el desfiladero hacia las rocas y el río que había a cientos de varas al fondo. Mientras caía, las negras alas batiendo desesperadas, su aspecto dejó de ser el de un pájaro para convertirse en un cuerpo humano en túnica negra que se precipitaba al abismo, los brazos en las amplias mangas negras abiertos de par en par.

Conan se volvió hacia Yasmina, el rojo cuchillo aún en la mano, los ojos azules llenos de fuego, la sangre manando de decenas de heridas en los musculosos brazos y muslos.

—De nuevo eres la Devi —dijo con un sonrisa feroz, sin impresionarse lo más mínimo por el despliegue de caballería a su alrededor, mientras señalaba la túnica de gasa entretejida en oro que se había puesto ella sobre las ropas de montañesa —. Tengo que agradecerte las vidas de trescientos cincuenta de mis rufianes, que al menos ya están convencidos de que no los traicioné. Has puesto en mis manos de nuevo las riendas de la conquista.

**—Aún te debo mi rescate —dijo ella; los ojos le brillaron al mirarlo—. Te pagaré diez mil piezas de oro…**

**Él hizo un gesto salvaje de impaciencia, sacudió la sangre del cuchillo, lo envainó y se limpió las manos en la malla.**

**—Recogeré mi rescate a mi manera y cuando crea conveniente —dijo—. Lo recogeré en tu palacio de Ayodhya e iré con cincuenta mil hombres, para que sea una lucha igualada.**

**Ella se echó a reír y agarró las riendas.**

**—¡Y yo te esperaré en las orillas del Jhumda con cien mil!**

**Los ojos del cimerio brillaron con fiera admiración, y tras dar un paso atrás, alzó la mano en un gesto que era un reconocimiento a su realeza, indicando que dejaba el paso expedito a la Devi.**

# EL EXTRANJERO NEGRO

## 1
## Los hombres pintados

El claro estaba vacío; de pronto, alguien asomó con precaución al borde de los arbustos. No había hecho el menor ruido que alertara a las ardillas de su llegada, pero los pájaros multicolores que revoloteaban bajo el sol en el espacio abierto se asustaron ante la repentina aparición y escaparon en una nube ruidosa. El recién llegado frunció el ceño y echó un rápido vistazo al lugar por donde había venido, como si temiera que el vuelo de los pájaros hubiera traicionado su posición a algún perseguidor invisible. Luego se aventuró al interior del claro, pisando con precaución. Pese a su cuerpo enorme y musculoso se movía con la seguridad elegante de una pantera. Estaba desnudo excepto por un trapo enrollado en torno a las caderas, y tenía los brazos cubiertos de barro seco y cruzados de arañazos producidos por los brezos. Llevaba una venda cubierta de una costra marrón anudada alrededor de su musculoso brazo izquierdo. Bajo la enmarañada melena negra, el rostro estaba demacrado y macilento y los ojos ardían como los de una pantera herida. Cojeaba ligeramente mientras seguía el borroso sendero que cruzaba el claro.

A mitad de camino se detuvo de repente y dio media vuelta con un salto felino, quedando encarado al lugar del que había salido; en ese momento, una llamada prolongada y temblorosa cruzó la jungla. Para cualquier otro habría sido simplemente el gañido de un lobo, pero él sabía que no se trataba de lobo alguno. Era cimerio y conocía las voces de la selva tan bien como un urbanita habría conocido las de sus amigos.

La rabia ardió rojiza en sus ojos inyectados en sangre mientras se daba media vuelta de nuevo y echaba a correr por el sendero que, una vez dejado atrás el claro, bordeaba un denso matorral que formaba un sólido manchón de verdor entre árboles y arbustos. Un enorme leño, medio enterrado en la tierra cubierta de hierba, corría paralelo al matorral, entre este y el sendero. Al verlo, el cimerio se detuvo y miró hacia atrás en dirección al claro. Cualquier otro no habría visto rastro alguno de que nadie hubiera pasado por allí, pero había indicios que saltaban a sus ojos fieros y aguzados y los habría, por tanto, para aquellos igualmente agudos que lo perseguían. Maldijo en voz baja y la roja rabia se intensificó en sus ojos, la furia enloquecida de una bestia acosada que está preparada para lo que sea. Recorrió el sendero de un modo descuidado, aplastando aquí y allá las hierbas con el pie. Luego, una vez hubo alcanzado el extremo más alejado del enorme leño, saltó sobre él, dio media vuelta y corrió con ligereza por encima. La corteza había sido arrancada por los elementos, así que ni el ojo más agudo de la selva habría visto en la superficie huella alguna de que hubiera desandado el camino. Cuando llegó al punto más denso del matorral se desvaneció en su interior como una sombra y sin que ni siquiera una hoja

**temblorosa diera señales de su paso.**

**Los minutos pasaron arrastrándose. Las ardillas grises parloteaban de nuevo en las ramas, pero se detuvieron de repente y enmudecieron. De nuevo alguien invadía el claro. Tan silenciosamente como lo había hecho el primer hombre, otros tres aparecieron por el extremo oriental. Eran bajos y de piel morena, de pecho y brazos densamente musculados. Vestían taparrabos de piel de gamo y cada uno llevaba una pluma de águila en el pelo. Tenían el cuerpo pintado con aterradores diseños e iban armados hasta los dientes.**

**Habían examinado cuidadosamente el claro antes de salir con extrema cautela, pues aparecieron entre los arbustos de repente, sin vacilar, en fila de a uno. Caminaban silenciosos como leopardos e iban inclinados con la mirada fija en el sendero. Seguían el rastro del cimerio, tarea nada fácil ni siquiera para aquellos sabuesos humanos. Fueron cruzando el claro muy despacio y, de pronto, uno de ellos se puso rígido y señaló con su lanza de ancha hoja una brizna de hierba aplastada allí donde el sendero se internaba de nuevo en la selva. Todos se quedaron quietos al instante, los ojos entrecerrados clavados en el muro de árboles. Pero su presa estaba bien oculta y no vieron nada que despertase sus sospechas, así que siguieron su camino, ahora más rápido, en pos de las débiles marcas que parecían indicar que su presa se iba volviendo más descuidada a causa de la debilidad o la desesperación.**

**Acababan de pasar el lugar donde el camino se acercaba más al matorral cuando el cimerio saltó justo tras ellos y clavó el cuchillo entre los hombros del último. El ataque fue tan veloz e inesperado que el picto no tuvo la menor posibilidad de salvarse. La hoja le había atravesado el corazón antes de que fuera consciente de que estaba en peligro. Los otros dos se volvieron al instante con la velocidad increíble de los salvajes, pero sin haber acabado siquiera de clavar el cuchillo, el cimerio lanzó un golpe bestial con el hacha de combate que empuñaba en la mano derecha. El segundo picto se había vuelto a medias cuando el hacha golpeó y le abrió el cráneo hasta los dientes. El picto que quedaba, un caudillo a juzgar por la punta escarlata de su pluma de águila, se lanzó feroz al ataque. Tiró una puñalada al pecho del cimerio mientras este arrancaba el hacha de la cabeza del muerto. El cimerio lanzó el cadáver contra el caudillo y embistió con la furia y la desesperación de un tigre herido. El picto, que se tambaleó ante el impacto del muerto, no hizo ningún intento de detener el hacha goteante. El instinto de matar superaba incluso al de supervivencia y empujó con rabia la lanza contra el amplio pecho de su enemigo. El cimerio tenía a su favor una inteligencia superior y un arma en cada mano. El hacha, en un barrido descendente, partió el asta de la lanza, y el cuchillo en la mano izquierda del cimerio se enterró en el vientre pintado.**

**Un bramido terrible se escapó de los labios del picto mientras se tambaleaba, eviscerado. No era un grito de miedo o dolor, sino de una rabia bestial, desconcertada, el aullido de muerte de una pantera. Le respondió un coro salvaje de gritos a cierta distancia al este del claro. El cimerio se puso en pie con un estremecimiento y dio media vuelta, agachándose como un animal acorralado y mostrando los dientes. Se sacudió el sudor del rostro. La sangre manaba del vendaje y le goteaba por el antebrazo.**

**Con una imprecación incoherente y jadeante dio media vuelta y huyó hacia el oeste. No se molestó en elegir un camino, sino que corrió a la máxima velocidad que le permitían las largas piernas, sacando fuerzas de ese depósito profundo pero**

**inagotable de resistencia con que la naturaleza compensa la existencia salvaje. A su espalda, la selva quedó en silencio por un instante. De repente, un aullido demoniaco se alzó desde el lugar que acababa de dejar, y el cimerio supo que sus perseguidores habían encontrado los cuerpos de sus víctimas. No tenía aliento para malgastarlo en maldecir las gotas de sangre que salpicaban el suelo desde la herida reabierta y que dejaban un rastro que hasta un niño habría podido seguir. Había pensado que tal vez aquellos tres pictos eran todo lo que quedaba de la gran hueste que llevaba persiguiéndolo más de veinte leguas, pero debería haber supuesto que aquellos lobos humanos jamás abandonarían un rastro de sangre.**

**La selva guardaba silencio otra vez, lo que implicaba que estaban de nuevo tras su rastro, marcado por las traicioneras gotas de sangre que no podía contener. Un viento del oeste le llegó al rostro, cargado de una humedad salada que le era familiar. Sorprendido, comprendió que, si estaba tan cerca de la costa, la larga cacería había durado incluso más de lo que había creído. Pero estaba a punto de terminar; incluso su lobuna vitalidad empezaba a agotarse tras tanto esfuerzo. Jadeó en busca de aire y sintió un agudo dolor en el costado. Las piernas le temblaban, cada vez más débiles, y la que tenía herida protestaba como si le cortasen los tendones cada vez que la posaba en el suelo. Había seguido sus instintos salvajes y había sacado fuerzas de cada nervio y músculo, aguantando más allá del límite con tal de sobrevivir. Ahora, tan cerca del final, era otro instinto el que lo guiaba, uno que buscaba un lugar donde plantar cara y vender la vida a un precio sangriento.**

**No abandonó el sendero ni se internó en los profundos matorrales que había a cada lado. Sabía de la futilidad de intentar evadir a sus perseguidores. Siguió el camino, la sangre bombeando más y más en sus oídos, cada aliento que tomaba convertido en un sorbo atroz entre los labios resecos. Tras él se oía un aullido enloquecido, indicativo de que casi le pisaban los talones y esperaban caer enseguida sobre su presa. Atacarían como una manada de lobos hambrientos, aullando a cada zancada.**

**De pronto salió de entre los densos matorrales y vio que, frente a él, el suelo se elevaba y el antiguo sendero ascendía hacia un saliente rocoso rodeado de rocas melladas. A su alrededor todo giraba en medio de una niebla rojiza, pero comprendió que había llegado a una colina, una peña desigual que se alzaba en medio del bosque, y que el sendero seguía casi hasta la cima.**

**Aquella repisa sería un lugar para morir tan bueno como cualquier otro. Cojeó por el camino, trepando con manos y rodillas en los tramos más empinados, con el cuchillo entre los dientes. Aún no había alcanzado la prominente cima cuando unos cuarenta salvajes pintarrajeados salieron de entre los árboles aullando como lobos. Al ver su presa, los gritos se alzaron en un crescendo diabólico, y echaron a correr hacia el pie de la colina mientras lanzaban flechas. Los proyectiles cayeron alrededor del individuo que se arrastraba hacia lo alto, y uno de ellos se le clavó en el tobillo. Sin detener su ascenso, se lo arrancó y lo lanzó a un lado, sin prestar atención a otros proyectiles menos precisos que rebotaban en las rocas a su alrededor. Ceñudo, se arrastró hacia el borde de la repisa, dio media vuelta y desenvainó el hacha y el cuchillo. Contempló a sus perseguidores desde lo alto, convertido para ellos en una melena alborotada y un par de ojos centelleantes. El pecho le temblaba mientras tomaba aire a grandes bocanadas y apretaba los dientes intentando evitar las arcadas.**

**Tan solo unas pocas flechas silbaron a su alrededor. La horda sabía bien que**

su presa estaba acorralada. Los guerreros llegaron aullando, saltando ágilmente por las rocas a los pies de la colina, las hachas de guerra empuñadas. El primero en alcanzar la repisa fue un bravo de piel morena cuya pluma de águila estaba teñida de escarlata, indicativo de caudillaje. Se detuvo un instante, se posó en el resbaladizo sendero, el arco preparado para disparar, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta a punto de lanzar un grito de triunfo. Sin embargo, no lanzó la flecha. Se quedó completamente inmóvil y el ansia de sangre en sus ojos dio paso a un brillo asombrado de reconocimiento. Retrocedió con un alarido y abrió los brazos de par en par para contener el impulso de sus rabiosos guerreros. El hombre que los esperaba en el borde entendía la lengua picta, pero estaba demasiado lejos para comprender el significado de las frases entrecortadas que el caudillo de pluma ensangrentada gritaba a sus bravos.

Todos dejaron de aullar y se quedaron inmóviles con la vista clavada en lo alto. No tanto en él, le pareció, como en la propia colina. Luego, sin más preámbulos, destensaron los arcos y los depositaron en las aljabas de ante que llevaban a la cintura. Dieron media vuelta, echaron a correr de vuelta a la selva y desaparecieron en ella sin mirar atrás ni una vez. El cimerio parpadeó, confuso. Conocía el carácter picto demasiado bien y sabía que su marcha era definitiva. No volverían. Se dirigían a sus aldeas, a un centenar de leguas al este.

Pero no lo entendía. ¿Qué tenía su refugio que había llevado a una horda picta a abandonar una cacería que habían seguido durante tanto tiempo con la pasión de lobos hambrientos?

Sabía que existían lugares sagrados, zonas consideradas santuarios para diversos clanes, y que un fugitivo, si se refugiaba en uno de ellos, estaba a salvo del clan que lo hubiera erigido. Pero las distintas tribus rara vez respetaban los santuarios de las demás, y estaba claro que los que lo perseguían no tenían lugares sagrados propios en aquella región. Eran del Clan del Águila, cuyas aldeas estaban muy lejos, al este, cerca del país del Clan del Lobo. Eran estos últimos los que lo habían capturado durante un ataque a uno de los poblados aquilonios establecidos a lo largo del río Trueno, y se lo habían entregado las Águilas a cambio de un jefe Lobo capturado por aquellos. Las Águilas tenían una sangrienta cuenta pendiente con el enorme cimerio, cuenta que se había engrosado después de que su fuga causase la muerte de otro caudillo de guerra. Aquel era el motivo por el que lo habían perseguido sin tregua ni pausa a través de amplios ríos, elevadas colinas e inacabables leguas de bosque tenebroso, sin que les importara cruzar el territorio de caza de tribus hostiles. Y de pronto, los supervivientes de aquella larga persecución se daban la vuelta cuando tenían al enemigo acorralado y al alcance de la mano. Meneó la cabeza, incapaz de comprenderlo.

Se puso en pie muy despacio, mareado y agotado, apenas consciente de que todo había acabado. Tenía las piernas rígidas y las heridas le ardían. Escupió, aunque tenía la boca seca, y lanzó una maldición mientras se frotaba los ojos enrojecidos con el dorso de la mano. Parpadeó y examinó los alrededores. A sus pies, la salvaje espesura verde se ondulaba hasta donde alcanzaba la vista en una masa sólida, y por encima de su borde occidental asomaba una neblina azul acero que sabía que pendía sobre el mar. La brisa le agitó la negra melena y el sabor salado en el aire lo hizo revivir. Hinchó el enorme pecho y lo colmó.

Luego, envarado y dolorido, dio media vuelta, lanzó un gruñido al sentir una punzada en su sangrante pantorrilla, y exploró la repisa en la que se encontraba. A su espalda se alzaba un afilado acantilado que iba hacia la cima del risco, a unas

diez varas de altura. En la roca había excavados varios nichos para las manos que formaban una especie de escalera. A pocos pasos de la base había una grieta en la pared, lo bastante ancha para que pasara un hombre.

Cojeó hacia la grieta, echó un vistazo y lanzó un gruñido. El sol, por encima del bosque occidental, cayó sobre la hendidura, reveló un túnel con aspecto de cueva y dejó caer un rayo en el arco que remataba el túnel. Bajo él se veía una pesada puerta de roble ribeteada de acero.

Aquello era asombroso. Estaba en una región totalmente salvaje. El cimerio sabía que, a lo largo de más de doscientas leguas, la costa estaba deshabitada, salvo por las aldeas de las feroces tribus del litoral, menos civilizadas aún que sus hermanos del bosque.

Los asentamientos civilizados más cercanos eran los puestos fronterizos a lo largo del río Trueno, a cientos de leguas al este. El cimerio sabía que era el único hombre blanco que había cruzado la selva que había entre el río y la costa. Pero aquella puerta no la habían instalado los pictos.

Al no tener explicación, el objeto resultaba sospechoso, y Conan se acercó con cautela, el hacha y el cuchillo dispuestos. Luego, a medida que los ojos inyectados en sangre se fueron acostumbrando al tenue resplandor que asomaba a cada lado del estrecho tallo de luz solar, se dio cuenta de algo más. A lo largo de las paredes se amontonaban pesados cofres de hierro. Un brillo de comprensión asomó a sus ojos. Se inclinó sobre uno, pero la tapa se resistió a sus esfuerzos. Alzó el hacha para romper la cerradura antigua, luego cambió de idea y cojeó hacia la puerta en arco. Se movía con más confianza, las armas colgando a los costados. Empujó la ornamentada puerta y esta se hizo a un lado sin oponer resistencia.

De un modo abrupto, casi a la velocidad del rayo, retrocedió y lanzó una maldición asombrada, mientras cuchillo y hacha trazaban un arco en el aire al adoptar la posición de defensa. Permaneció inmóvil un instante, como una estatua amenazadora, el enorme cuello estirado, tratando de ver qué había al otro lado de la puerta. Contemplaba una amplia cámara natural, más oscura que el túnel salvo por el tembloroso resplandor que emanaba de la enorme joya que descansaba en una pequeña peana de marfil en el centro de una gigantesca mesa de ébano. Alrededor de la mesa se sentaban varias figuras silenciosas, y su aparición era lo que había sobresaltado al intruso.

No se movieron ni giraron el rostro hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó con aspereza—. ¿Estáis borrachos?

No hubo respuesta. No era fácil desconcertarlo, pero así se sentía ahora.

—Al menos podríais ofrecerme una copa de ese vino que estáis trasegando —gruñó, su truculencia habitual enervada por lo absurdo de la situación—. Por Crom, poca cortesía mostráis con alguien que ha formado parte de vuestra hermandad. ¿Vais a...?

Guardó silencio de repente, y en silencio examinó aquellas figuras grotescas que se sentaban inmóviles alrededor de la enorme mesa de ébano.

—No están borrachos —murmuró al fin—. Ni siquiera están bebiendo. ¿Qué demonios es esto?

Cruzó el umbral y de pronto se encontró luchando por su vida contra la presa asesina e invisible que le aferraba la garganta.

# Lobos de mar

Belesa empujaba ociosa una concha con el pie calzado con una delicada sandalia mientras comparaba mentalmente sus bordes rosados con la primera luz del amanecer sobre las nubladas playas. El sol ya había salido pero no estaba muy alto, y las ligeras nubes color gris perla que pendían sobre las aguas aún no se habían desvanecido.

Belesa alzó el rostro, espléndidamente moldeado, y contempló una escena desagradable y ajena y al mismo tiempo tristemente familiar en cada detalle. Desde sus delicados pies la arena descendía hasta encontrarse con las olas que lamían suavemente la costa y luego volvían hacia el oeste hasta perderse en la neblina azul del horizonte. Estaba en la curva meridional de una amplia bahía; más al sur, la tierra se elevaba hasta formar un bajo risco en uno de los cuernos de la ensenada. Desde allí, bien lo sabía, se podía contemplar el sur y perder la vista en el mar abierto que se extendía hasta una distancia casi infinita, igual que pasaba al oeste y al norte.

Se volvió con apatía hacia la costa y contempló con aire ausente la fortaleza que había sido su hogar durante el último año. Contra el perlado y cerúleo cielo matutino ondeaba el pendón dorado y escarlata de su casa, un emblema que no despertaba entusiasmo alguno en su pecho juvenil, aunque había ondeado triunfante en numerosos campos de batalla en el lejano sur. Distinguió a los hombres que se afanaban en los huertos y campos que se extendían junto a la fortaleza, empequeñecidos contra la muralla sombría de la selva que nacía al este y se extendía hasta donde podía ver, tanto al norte como al sur. Tenía miedo de los bosques, al igual que el resto de los habitantes del pequeño asentamiento. No era un miedo caprichoso: la muerte acechaba en aquellas susurrantes espesuras, una muerte veloz y terrible, una muerte lenta e insidiosa, oculta, camuflada, incansable, implacable.

Soltó un suspiro y se movió con languidez hacia la orilla del agua, sin propósito alguno. Los días se arrastraban monótonos y el mundo de ciudades, cortes y risas no solo parecía a miles de leguas de distancia, sino a cientos de años en el pasado. De nuevo trató en vano de comprender el motivo por el que un conde de Zingaria había escapado con sus vasallos a aquella costa salvaje, a cientos de leguas de la tierra donde había nacido, y había cambiado el castillo de sus antepasados por una cabaña de troncos.

Su mirada se suavizó al oír el tenue tamborileo de pies desnudos en la arena. Una niña venía corriendo por la achaparrada cresta arenosa; estaba totalmente desnuda, el esbelto cuerpo goteante y el pelo rubio mojado y pegado a la cabeza. Los anhelantes ojos brillaban de emoción.

—¡Dama Belesa! —exclamó, modulando las palabras zingarias con un ligero acento de Ofir—. ¡Oh, dama Belesa!

Sin aliento a causa de la carrera, empezó a balbucear y a realizar gestos incoherentes con las manos. Belesa sonrió y pasó un brazo por los hombros de la joven, sin que le importase que su vestido de seda entrase en contacto con el cálido cuerpo mojado. En su vida aislada y solitaria, Belesa, de naturaleza afectuosa, había volcado su ternura en la pobre niña a la que había encontrado en su largo viaje desde las costas meridionales y que había arrancado de un amo brutal.

—¿Qué me quieres decir, Tina? Recupera el aliento, anda.

**—¡Un barco! —exclamó la muchacha; señaló hacia el sur—. Estaba nadando en el estanque que deja la marea al otro lado del risco y lo vi. ¡Un barco que viene del sur!**

**Tiró con timidez de la mano de Belesa, el menudo cuerpo tembloroso, y Belesa sintió que su propio corazón se desbocaba ante el pensamiento de un visitante desconocido. No habían visto vela alguna desde su llegada a aquella costa desolada.**

**Tina revoloteó a su alrededor sobre la arena amarillenta, bordeando los pequeños charcos dejados por la marea en depresiones del terreno. Subieron al bajo risco ondulante y Tina se detuvo allí, una delgada silueta recortada contra el claro cielo, el cabello rubio y mojado alborotado alrededor del delgado rostro, un brazo frágil y tembloroso alzado.**

**—¡Mira, señora!**

**Belesa ya lo había visto. Una vela blanca y ondulante, henchida por el refrescante viento del sur, navegaba cerca de la costa a pocas leguas de donde estaban. El corazón le dio un vuelco. Lo más insignificante puede suponer un cambio enorme en una vida insulsa y aislada, pero lo que Belesa sentía era una premonición de acontecimientos violentos y extraños. Sintió que no era pura casualidad lo que llevaba a aquel barco a recorrer la costa solitaria. No había ningún puerto al norte, aunque se navegase hasta las lejanas costas de hielo; y el puerto más cercano en el sur estaba a miles de leguas de distancia. ¿Qué había traído a aquel desconocido a la solitaria bahía de Korvela?**

**Tina se apretó contra su dueña, la aprensión pintada en el rostro.**

**—¿Quién puede ser, señora? —tartamudeó mientras la brisa le daba algo de color a las pálidas mejillas—. ¿Será aquel al que teme el conde?**

**Belesa la miró con el ceño fruncido.**

**—¿Por qué dices eso, niña? ¿Cómo sabes que mi tío teme a alguien?**

**—Así debe ser —respondió Tina sin malicia—, o nunca habría venido a esconderse en este lugar desolado. ¡Mira, señora, qué rápido se acerca!**

**—Debemos informar a mi tío —murmuró Belesa—. Los botes de pesca aún no han salido y nadie ha visto esa vela. Recoge tus ropas, Tina. ¡Rápido!**

**La muchacha echó a correr y descendió por la achaparrada ladera hacia el estanque donde se había estado bañando cuando vio el navío. Recogió las sandalias, la túnica y el ceñidor que había dejado en la arena y volvió al risco, trotando de un modo ridículo mientras intentaba vestirse sin dejar de correr.**

**Belesa, que contemplaba con angustia la nave que se aproximaba, la cogió de la mano y luego echó a correr hacia el fuerte. Poco después de que hubieran cruzado la puerta de la empalizada que cercaba el edificio, el retumbar estridente de una trompeta sobresaltó a los jardineros y a los pescadores que acababan de abrir las puertas de los cobertizos para poner las barcas sobre los carriles que las llevarían al agua.**

**Todos los que estaban fuera del fuerte abandonaron las herramientas y sus quehaceres y corrieron hacia la empalizada sin pararse a ver el motivo de la alarma. Las dispersas filas de gente a la carrera convergieron en la puerta abierta, y todas las cabezas se volvieron para mirar con temor hacia la oscura línea de la selva en el este. Nadie miró hacia la costa. Se lanzaron por la puerta entre gritos y preguntas a los centinelas que patrullaban las plataformas de tiro construidas por debajo de los extremos puntiagudos de los troncos de la empalizada.**

**—¿Qué pasa? ¿Por qué nos han llamado? ¿Vienen los pictos?**

**Por toda respuesta, un soldado taciturno vestido de cuero desgastado y malla oxidada señaló hacia el sur. Desde su punto de vigilancia se podía ver ya la vela. La gente empezó a trepar hacia las plataformas, la vista clavada en el mar.**

**En una pequeña torre de vigilancia construida sobre el tejado del edificio principal, de madera como los demás, el conde Valenso contemplaba la henchida vela que rodeaba la punta del extremo sur de la bahía. El conde era un individuo enjuto, fuerte, de estatura media y mediana edad. La expresión de su rostro era sombría. La sobrevesta y el jubón eran de seda negra, y el único toque de color en su indumentaria eran las joyas que parpadeaban en la empuñadura de la espada y la capa color vino que pendía descuidadamente del hombro. Se acariciaba nervioso el delgado bigote negro mientras miraba con pesimismo a su senescal, un hombre de facciones correosas vestido de acero y satén.**

**—¿Qué piensas, Galbro?**

**—Una carraca —respondió el senescal—. Una carraca adornada y aparejada como un barco de piratas barachanos. ¡Mira!**

**Un coro de gritos bajo él hizo eco a su exclamación. El barco había traspasado el extremo de la había y se dirigía hacia el interior. Todos pudieron ver la bandera que ondeó de pronto en el mástil: negra, con una calavera escarlata resplandeciente bajo el sol. Los que estaban en la empalizaba contemplaron con intensidad aquel temido estandarte. Luego, todos los ojos se volvieron hacia la torre, donde estaba el sombrío amo del fuerte, la capa ondeando a su alrededor en la brisa.**

**—Son barachanos, sin la menor duda —gruñó Galbro—. Y a menos que me haya vuelto loco, se trata de la *Mano Roja* de Strom. ¿Qué está haciendo en esta costa abandonada?**

**—Nada bueno para nosotros —replicó el conde.**

**Una mirada le mostró que las enormes puertas estaban cerradas y que el capitán de sus hombres de armas, envuelto en acero resplandeciente, dirigía a los soldados a sus puestos de combate: algunos a las plataformas de tiro, otros a las troneras de la torre. Colocó el grueso de sus fuerzas en el muro occidental, en medio del cual estaba el portón. Un centenar de hombres había acompañado al exilio a Valenso: soldados, vasallos y siervos. Cerca de cuarenta eran hombres de armas, con yelmos y cota de malla, armados con espadas, hachas y ballestas. El resto eran trabajadores, sin más armadura que los jubones de cuero endurecido, pero eran fuertes y leales y sabían usar con habilidad los arcos de caza, las hachas de leñador y las lanzas de caza. Ceñudos, ocuparon sus puestos con la vista clavada en sus enemigos hereditarios. Los piratas de las islas Baracha, un pequeño archipiélago al suroeste de Zingaria, habían atacado a los habitantes de tierra firme durante más de un siglo. Los hombres apostados en la empalizada agarraron arcos y lanzas y contemplaron sombríos la carraca que se acercaba a la playa, cuyos refuerzos metálicos arrancaban destellos del sol. Podían ver siluetas en cubierta y oír los gritos enérgicos de los marinos. El acero centelleaba a lo largo de la borda.**

**El conde se había retirado de la torre y, tras espantar con un gesto a su sobrina y su nerviosa protegida, se puso yelmo y coraza y se dirigió hacia la empalizada para dirigir la defensa. Sus súbditos lo contemplaban con sombrío fatalismo. Pretendían vender sus vidas tan caras como pudieran, pero tenían pocas**

esperanzas de victoria a pesar de su posición ventajosa. La certeza de estar perdidos oprimía sus corazones. El año pasado en aquella costa desolada, siempre bajo la acechante amenaza de la selva a sus espaldas, había llenado sus espíritus de presentimientos sombríos. Las mujeres estaban en silencio en el umbral de las cabañas dentro de la empalizada, y acallaron el clamor de sus hijos.

Belesa y Tina miraban con aprensión desde una de las ventanas superiores de la casa principal, y Belesa sentía el cuerpo menudo de la niña temblando en el refugio de su brazo protector.

—Van a echar el ancla junto a los cobertizos de los botes —murmuró Belesa—. ¡Sí! Ahí va el ancla, estará a cien varas de la costa. ¡No tengas miedo, niña! No podrán tomar el fuerte. A lo mejor solo quieren agua fresca y alimentos. Quizá una tormenta los ha arrastrado a estos mares.

—¡Vienen a la orilla en grandes botes! —exclamó la muchacha—. ¡Ay, señora, tengo miedo! ¡Son gente grande con armadura! Mira como el sol arranca fuego de sus lanzas y yelmos. ¿Crees que nos comerán?

Belesa no pudo evitar echarse a reír a pesar de sus propios miedos.

—¡Claro que no! ¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—Zingelito me dijo que los barachanos comen mujeres.

—Te ha tomado el pelo. Los barachanos son crueles, pero no son peores que los renegados zingarios que se hacen llamar bucaneros. Zingelito fue bucanero, por cierto.

—Era cruel —murmuró la chica—. Me alegro de que los pictos le cortasen la cabeza.

—Calla, niña. —Belesa se estremeció—. No hables de eso. Mira, los piratas han llegado a la costa. Se alinean en la playa y uno de ellos se dirige al fuerte. Debe de ser Strom.

—¡Ah del fuerte! —les llegó el saludo en una voz borrascosa como el viento—. ¡Vengo bajo bandera de tregua!

La cabeza acorazada del conde asomó sobre las puntas de la empalizada; su enjuto rostro, enmarcado en acero, contempló ceñudo al pirata. Strom se había detenido justo al alcance del oído. Era grande y llevaba la cabeza descubierta, con el pelo leonado ondeando al viento. De todos los vagabundos del mar que acosaban las Baracha, él era el más diabólico.

—¡Habla! —ordenó Valenso—. Pocos deseos tengo de parlamentar con los de tu calaña.

Strom sonrió con los labios, aunque no con los ojos.

—Confieso que cuando tu galeón se me escapó en aquella tempestad en los Trallibes el año pasado, lo último que esperaba era volver a verte en la costa picta, Valenso —dijo—. Aunque todo este tiempo me he estado preguntando adónde te dirigirías. Por Mitra, de haberlo sabido, te habría seguido. Me diste el susto de mi vida hace un rato cuando vi tu halcón escarlata flameando sobre la fortaleza en lo que pensaba que era una playa vacía. Lo has encontrado, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó el conde con impaciencia.

—¡Venga, no hace falta que disimules conmigo! —La naturaleza voluble del pirata asomó por un momento en un gesto de impaciencia—. Sé por qué viniste aquí.... He venido por lo mismo. Y no pienso dejar que nada me pare. ¿Dónde está tu barco?

—Eso no es asunto tuyo.

—No lo tienes —dijo el pirata en tono confidencial—. Veo trozos del mástil de

un galeón en esa empalizada. Supongo que naufragó después de que llegases aquí. Si tuvieras un barco te habrías ido con tu botín hace tiempo.

—¿De qué demonios hablas, condenado? —gritó el conde—. ¿Mi botín? ¿Es que ahora soy barachano y me dedico al pillaje y la rapiña? Y aunque lo fuera, ¿qué botín iba a encontrar en esta costa desierta?

—El que has venido a buscar —respondió el pirata con frialdad—. El mismo que busco yo... y que voy a conseguir. Pero soy una persona con la que es fácil entenderse. Dame el botín y me iré a lo mío y te dejaré en paz.

—Estás loco —gruñó Valenso—. Vine aquí buscando soledad y retiro, y disfrutaba de ambos hasta que te arrastraste hasta aquí, perro de pelo amarillo. ¡Lárgate! No he pedido parlamento, y estoy harto de esta cháchara vacía. Reúne a tus rufianes y lárgate.

—¡Si lo hago reduciré esa choza a cenizas! —rugió el pirata en un arrebato de ira—. Por última vez, ¿me darás el botín a cambio de tus vidas? Te tengo cercado y hay ciento cincuenta hombres dispuestos a cortaros la garganta en cuanto lo ordene.

Por toda respuesta, el conde hizo un rápido gesto de la mano bajo las puntas de la empalizada. Casi al instante, una flecha silbó venenosamente a través de una tronera y se astilló contra el peto de Strom. El pirata lanzó un grito de rabia, retrocedió y echó a correr por la playa mientras las flechas silbaban a su alrededor. Sus hombres lanzaron un rugido y echaron a correr en una sola oleada, las espadas relucientes bajo el sol.

—¡Maldito seas, perro! —gritó el conde; derribó al arquero con un golpe del puño enfundado en hierro—. ¿Por qué no apuntaste por encima de la gorguera? ¡Preparad los arcos, soldados, ahí vienen!

Pero Strom había llegado hasta sus hombres y detenido su embestida. Los piratas se dispersaron en una larga línea que se superpuso al perímetro del muro occidental y avanzaron con cuidado, disparando los arcos a cada paso. Usaban arcos largos y eran muy superiores a los zingarios, pero estos estaban protegidos por el muro. Las largas flechas pasaron por encima de la empalizada y se clavaron en la tierra. Una golpeó el marco superior de la ventana en la que estaba Belesa, lo que arrancó un grito de terror de Tina, quien se echó hacia atrás encogida, los ojos como platos fijos en el asta vibrante y emponzoñada.

Los zingarios lanzaron sus propias flechas en respuesta, tomándose su tiempo para apuntar y disparar. Las mujeres habían encerrado a los niños en las cabañas y ahora aguardaban estoicamente el destino que los dioses les tuvieran reservado. Los barachanos eran famosos por su forma de combatir, salvaje y desordenada, pero estaban tan cansados como rabiosos y no tenían la menor intención de malgastar fuerzas cargando directamente contra las murallas. Mantenían una formación muy dispersa, arrastrándose aquí y allá y aprovechando cualquier depresión natural y cualquier trozo de vegetación, no muy abundantes, pues el terreno había sido despejado a ambos lados del fuerte a causa de la amenaza de las incursiones pictas.

Unos pocos cadáveres yacían tirados sobre el terreno arenoso, las armaduras brillando al sol, los virotes sobresaliendo de las axilas o del cuello. Pero los piratas eran veloces como gatos, cambiaban continuamente de posición y sus corazas ligeras los protegían. El barrido constante de sus disparos era una amenaza constante para los defensores sobre la empalizada. A pesar de todo, en tanto la batalla consistiera en un intercambio de flechas era evidente que la ventaja estaba

del lado de los zingarios guarecidos.

Pero en la playa, junto al cobertizo de los botes, se trabajaba con las hachas. El conde lanzó una maldición de rabia cuando comprobó el caos que estaban causando entre los botes, trabajosamente construidos con listones de madera maciza.

—¡Están fabricando un mantelete, maldición! —rugió—. Hay que hacer una salida antes de que lo acaben, ahora, mientras están dispersos.

Galbro meneó la cabeza, la vista clavada en sus hombres mal armados con desmañadas lanzas.

—Sus flechas acabarían con nosotros, y no estamos a su altura en una pelea cuerpo a cuerpo. Debemos mantenernos tras la muralla y confiar en los arqueros.

—Está bien —gruñó Valenso—. Siempre que los podamos mantener fuera de los muros.

La intención de los piratas quedó clara para todos en cuanto un grupo de treinta empezó su avance, protegidos tras un enorme escudo fabricado con los tablones de los botes y los restos del cobertizo. Habían encontrado un carro de bueyes y habían montado el mantelete sobre las ruedas, grandes y sólidos discos de roble. Lo empujaban ahora, ocultos a la vista de los defensores, salvo por algún que otro atisbo de sus pies inquietos.

Lo llevaron hasta la puerta y la dispersa línea de arqueros convergió hacia allí, disparando sin dejar de correr.

—¡Disparad! —grito Valenso, que estaba pálido—. ¡Paradlos antes de que alcancen la puerta!

Una tormenta de flechas silbó a través de la empalizada y se clavó inofensiva en la densa madera. Un grito burlón respondió a la andanada. Las flechas de los piratas cada vez más cercanos apuntaban ahora a las troneras, y un soldado se tambaleó y cayó de la plataforma de tiro entre jadeos ahogados, con un palmo deflecha en la garganta.

—¡Disparadles a los pies! —gritó Valenso, para añadir después—: ¡Cuarenta hombres a la puerta con picas y hachas! ¡El resto, defended el muro!

Los proyectiles se clavaban en la arena frente al escudo móvil y un aullido enloquecido anunció que al menos uno había dado en el blanco: uno de los atacantes se hizo visible, tambaleante y maldiciente mientras intentaba arrancarse la flecha clavada en el pie. En un momento quedó ensartado por una docena de flechas.

Con un profundo grito de los asaltantes, el mantelete chocó contra el muro y un pesado botalón con punta de hierro pasó por una abertura en el centro del escudo y empezó a golpear la puerta, empujado por brazos morenos y musculosos llenos de rabia sanguinaria. La enorme puerta gimió y tembló mientras desde la empalizada seguían lanzando proyectiles sin parar. Aunque algunos daban en el blanco, los salvajes hombres del mar hervían de ansias de combatir.

Siguieron balanceando el ariete entre gritos mientras el resto de los atacantes se acercaba, desafiando los disparos cada vez más débiles de las murallas y sin dejar de disparar a su vez.

El conde maldecía como un loco mientras saltaba del muro y echaba a correr hacia la puerta espada en mano. Un grupo de soldados desesperados cerró filas tras él, agarrando con fuerza las lanzas. En cualquier momento, la puerta cedería y no les quedaría otra que taponar la grieta con sus propios cuerpos.

De pronto, una nueva nota se alzó en el clamor de la batalla. Era una

trompeta y su estridente retumbar procedía del barco. En las crucetas, una figura alzaba los brazos y gesticulaba frenética.

El sonido llegó a los oídos de Strom mientras prestaba su brazo al empuje del ariete. Con toda su fuerza, resistió el empuje de los demás y afianzó las piernas para detener el ariete mientras retrocedía. Volvió el rostro goteante de sudor.

—¡Esperad! —rugió—. ¡Esperad, condenados! ¡Prestad atención!

En el silencio que siguió a aquel bramido, el estruendo de la trompeta pudo oírse con claridad, y una voz que gritaba algo incoherente llegó hasta los que estaban al otro lado de la empalizada.

Pero Strom sí entendió lo que decía, pues alzó de nuevo la voz, maldijo y dio una orden. Se liberó el ariete y el mantelete empezó a retroceder alejándose de las puertas tan rápidamente como había avanzado.

—¡Mira! —gritó Tina desde la ventana, sin parar de saltar de pura emoción—. ¡Están huyendo! ¡Todos! ¡Huyen hacia la playa! ¡Mira! ¡Han abandonado el escudo y saltan hacia los botes y reman hacia el barco! ¡Ay, señora! ¿Hemos ganado?

—¡No lo creo! —dijo Belesa, que contemplaba el mar—. ¡Mirad!

Apartó las cortinas y se asomó a la ventana. Su voz clara y juvenil se alzó por encima de los gritos de asombro de los defensores, quienes volvieron la vista en la dirección que ella les señalaba. Lanzaron un grito jubiloso al ver que otro barco viraba majestuosamente sobrepasando la punta sur. Mientras miraban, el recién llegado desplegó el dorado pendón real de Zingaria. Los piratas de Strom se arracimaron a ambos lados de la carraca y levaron el ancla. Antes de que el recién llegado hubiera cruzado la mitad de la bahía, la *Mano Roja* se desvanecía más allá del cuerno septentrional.

## 3
## La llegada del hombre de negro

—¡Rápido! —gritó el conde mientras apartaba los travesaños de la puerta—. ¡Destruid el mantelete antes de que esos desconocidos puedan desembarcar!

—¡Pero Strom ha huido! —dijo Galbro—. Y la otra nave es zingaria.

—¡Obedéceme! —rugió Valenso—. ¡No todos mis enemigos son extranjeros! ¡Vamos, perros! ¡Treinta de vosotros, coged hachas y hacedme astillas ese mantelete! Traed las ruedas a la empalizada.

Una treintena de leñadores echó a correr por la playa, gente musculosa en túnicas sin mangas, las hachas brillando al sol. El comportamiento de su señor sugería la posibilidad de un nuevo peligro en la nave recién llegada y había algo de pánico su prisa. El ruido de los troncos partiéndose bajo las veloces hachas llegaba atenuado a los que estaban dentro del fuerte. Los hacheros regresaron corriendo por el arenal, arrastrando con ellos las enormes ruedas de roble, antes de que el barco zingario hubiera echado el ancla allí donde antes estaba el bajel pirata.

—¿Por qué el conde no abre la puerta y baja a recibirlos? —se preguntaba Tina—. ¿Es que cree que el hombre al que teme puede estar en ese barco?

—¿De qué hablas, Tina? —quiso saber Belesa, intranquila.

El conde nunca le había contado la razón de su exilio. No era alguien que huyera de sus enemigos, por más que fueran numerosos. Pero la seguridad de Tina era inquietante, misteriosa.

La joven no pareció oír la pregunta.

—Los leñadores han vuelto a la empalizada —dijo—. Han cerrado de nuevo la puerta y pasado los travesaños. Los hombres mantienen sus puestos en los muros. Si ese barco está en pos de Strom, ¿por qué no lo persigue? Pero no es una nave de guerra. Es una carraca, como la otra. Mira, se acerca un bote a la costa. Veo a un hombre a proa, envuelto en una capa negra.

El bote tomó tierra y el individuo en cuestión echó a andar con tranquilidad por la arena, seguido de otros tres. Era alto, fibroso, vestido de seda negra y acero pulido.

—¡Alto! —rugió el conde—. ¡Parlamentaré solo con vuestro jefe!

El alto desconocido se quitó el morrión e hizo una reverencia. Sus compañeros se detuvieron y se echaron las capas hacia atrás. Más allá, los marineros se inclinaban sobre los remos y contemplaban el estandarte que ondeaba sobre la empalizada.

El desconocido se acercó hasta donde llegaba la voz cómodamente y dijo:

—Por supuesto. No debería haber desconfianza entre dos caballeros en estos mares desiertos.

Valenso lo contempló con suspicacia. El desconocido era de piel oscura, con rostro afilado de predador y fino bigote negro. Llevaba gorguera y encaje en las muñecas.

—Te conozco —dijo Valenso lentamente—. Eres Zarono el Negro, el bucanero.

De nuevo el desconocido hizo una elegante reverencia.

—Y, por supuesto, es imposible no reconocer el halcón rojo de los Korzetta.

—Parece que la costa se ha convertido en punto de encuentro de todos los rufianes de los mares del sur —gruñó Valenso—. ¿Qué quieres?

—¡Por favor, caballero! —respondió Zarono—. Saludo poco amable me parece este para quien acaba de hacerte un favor. ¿O acaso no era ese perro argóseo de Strom el que llamaba a tu puerta? ¿Y por ventura no se fue con viento fresco en cuanto me vio doblar el cabo?

—Cierto —concedió el conde a regañadientes—. Aunque no sé si es peor un pirata o un renegado.

Zarono se echó a reír sin darse por aludido y se retorció el bigote.

—No tienes pelos en la lengua, señor mío. Pero lo único que quiero es echar el ancla en la bahía y que mis hombres puedan conseguir caza y agua en tus bosques. Y, tal vez, un vaso de vino para mí a tu salud.

—No sé cómo te lo iba a poder impedir —concedió Valenso—. Pero que te quede claro, Zarono: no permitiré que uno solo de tus rufianes cruce la empalizada. Si uno de ellos se acerca a más de treinta pasos se encontrará con una flecha en las mollejas. Y te prevengo de no causar daño en mis huertos ni en el ganado de los establos. Coge tres bueyes para vuestro uso, pero ni uno más. Podemos mantener el fuerte contra vosotros, por si estabas pensando lo contrario.

—No parecía que tuvieses mucho éxito manteniéndolo contra Strom —señaló el bucanero con una sonrisa burlona.

—No vas a encontrar más madera para fabricar manteletes a menos que tales los árboles o desmontes tu propio barco —le aseguró sombrío el conde—. Y los tuyos no son arqueros barachanos; no son mejores que los míos, de hecho. Además, el magro botín que encontrarías en este castillo no merece la pena.

—¿Para qué hablar de guerra y botín? —protestó Zarono—. No, mi gente se muere por estirar las piernas en tierra firme y el exceso de cerdo en salazón los ha

llevado al borde del escorbuto. Te garantizo que se comportarán. ¿Pueden desembarcar?

Valenso dio su consentimiento a regañadientes y Zarono hizo una nueva reverencia, ahora sardónica, antes de retirarse con un paso tan medido y elegante como si cruzara el suelo de cristal pulido de la corte real de Kórdava, donde según los rumores había sido una figura habitual en sus tiempos.

—Que nadie deje la empalizada —le ordenó Valenso a Galbro—. No me fío de ese perro renegado. Que haya echado a Strom de nuestras puertas no garantiza que no vaya a degollarnos.

Galbro asintió. Estaba al tanto de la enemistad que existía entre los piratas y los bucaneros zingarios. Los primeros eran fundamentalmente marinos argóseos que se habían pasado al otro lado de la ley. A las antiguas rencillas entre Argos y Zingaria se añadía, en el caso de los filibusteros, la rivalidad surgida del conflicto de intereses. Ambos asolaban el comercio marítimo y las ciudades costeras; y se atacaban los unos a los otros con igual ferocidad.

Así que nadie descendió de la empalizada mientras los bucaneros desembarcaban. Eran individuos de rostro cetrino vestidos de seda multicolor y acero pulido, con pañuelos anudados en la cabeza y pendientes de oro en las orejas. Unos ciento setenta acamparon en la playa y Valenso vio que Zarono situaba vigías a ambos extremos. No causaron daño alguno a los huertos y tan solo capturaron y mataron los tres bueyes designados por Valenso a gritos desde la empalizada. Encendieron hogueras en la playa y llevaron a tierra un barril de cerveza.

Rellenaron otros barriles con agua del manantial que afloraba a pocos pasos al sur del fuerte, y algunos hombres se internaron en la selva, arco en mano. Al ver esto, Valenso se sintió obligado a gritarle a Zarono, que recorría el campamento de un lado a otro:

—No dejes que vayan a la selva. Toma otra res del rebaño si no tenéis carne suficiente. Si se meten en la espesura pueden caer en alguna trampa de los pictos. En los bosques hay tribus enteras de diablos pintarrajeados. Rechazamos un ataque poco después de desembarcar, y desde entonces, seis de mis hombres han sido asesinados en la jungla en un momento u otro. Ahora mismo estamos en paz, pero esta pende de un hilo. No te arriesgues a enfurecerlos.

Zarono lanzó una mirada sobresaltada hacia la achaparrada selva, como si esperase ver surgir de ella una horda de salvajes. Luego hizo una reverencia y dijo:

—Gracias por el aviso, excelencia.

Luego hizo volver a sus hombres a gritos, con una voz áspera que contrastaba curiosamente con sus modales corteses cuando se dirigía al conde.

De haber podido ver a través de la maraña de hojas, Zarono se habría sentido más intimidado ante la siniestra figura que allí acechaba, contemplando a los extranjeros con ojos negros e inescrutables. Era un guerrero ferozmente pintarrajeado, desnudo salvo por un taparrabos de ante y con una pluma de tucán medio caída junto a la oreja izquierda.

A medida que moría la tarde, una nube gris y plomiza proveniente del mar fue cubriendo poco a poco el cielo. El sol se puso como si se hundiera en un pantano carmesí y tiñó de sangre las crestas de las olas. La niebla reptó desde el mar hasta

la linde del bosque y se concentró junto a la empalizada en remolinos vaporosos. Amortiguada por la niebla, la luz de las hogueras en la playa se convirtió en un mortecino carmesí, y los cantos de los bucaneros sonaban distantes y amortiguados. Habían traído una vela vieja de la carraca e improvisado con ella varios refugios por la playa, donde aún se asaba la carne y la cerveza cedida por el capitán se repartía con moderación. La enorme puerta estaba cerrada y atrancada y los soldados recorrían estólidamente la empalizada, pica al hombro, el rocío acumulándose brillante en sus yelmos de acero. Contemplaban intranquilos los fuegos de la playa y miraban con fijeza la selva, que se había convertido en una línea oscura y borrosa en medio de la niebla reptante. El recinto parecía desierto, un espacio desnudo y sombrío. A través de las grietas de las cabañas asomaba el débil resplandor de las velas y la luz escapaba por las ventanas de la mansión. Todo estaba silencioso salvo por los pasos de los centinelas, el goteo del agua desde los aleros y el distante canto de los bucaneros.

Un débil eco de ese canto llegaba hasta el gran salón en el que Valenso se sentaba y compartía el vino con su no deseado huésped.

—Tus hombres parecen contentos, señor —gruñía el conde.

—Están encantados de pisar tierra de nuevo —respondió Zarono—. Ha sido un viaje agotador… Sí, una cacería larga y dura.

Alzó el cáliz con galantería en dirección a la silenciosa joven que se sentaba a la derecha de su anfitrión y luego bebió ceremoniosamente. Había criados de semblante impasible apostados en las paredes, soldados con picas y yelmos, siervos con mantos de satén. La morada de Valenso en aquella tierra inhóspita era un reflejo apagado de la corte que había tenido en Kórdava.

La mansión, como insistía en llamarla, era una auténtica maravilla para aquel lugar. Cien hombres habían trabajado día y noche durante meses para construirla. El exterior vallado carecía de adornos, pero el interior era una copia del castillo de los Korzetta tan exacta como había sido posible. Los troncos de las paredes estaban cubiertos por espesos tapices de seda con hilo de oro. Los mástiles de un barco, teñidos y pulidos, eran las vigas que soportaban el cielorraso. El suelo estaba cubierto de alfombras, al igual que lo estaba la amplia escalera que subía desde el salón, y la enorme balaustrada había sido en su día la borda de un galeón. En la gran chimenea de piedra crepitaba el fuego que disipaba la humedad de la noche, y las velas del enorme candelabro de plata en el centro de la amplia mesa de caoba iluminaban el salón y desterraban la oscuridad hacia las escaleras. El conde Valenso se sentaba a la cabecera de la mesa y presidía un grupo compuesto por su sobrina, su piratesco invitado, Galbro, y el capitán de la guardia. Lo reducido de la compañía enfatizaba las proporciones de la enorme mesa, que podría haber acomodado con holgura a cincuenta invitados.

—¿Seguías a Strom? —preguntó Valenso—. ¿Lo hiciste retroceder tan al norte?

—Seguía a Strom —dijo Zarono con una carcajada—, pero él no huía de mí. Strom no es hombre que huya de nadie. No. Vino a por algo; algo que también yo deseo.

—¿Y qué podría traer a un pirata o a un bucanero a esta tierra inhóspita? —murmuró Valenso, la mirada clavada en las resplandecientes profundidades de su cáliz.

—¿Qué traería a un conde de Kórdava? —replicó Zarono con un brillo ávido en la mirada.

—La podredumbre de la corte puede enfermar a un hombre de honor —señaló Valenso.

—Otros honorables Korzetta han resistido impasibles esa podredumbre durante generaciones —dijo Zarono con aspereza—. Excelencia, perdona mi curiosidad. ¿Por qué vendiste tus tierras, cargaste tu galeón con el mobiliario de tu castillo y navegaste hasta más allá de horizonte, lejos del rey y los nobles de Zingaria? ¿Y por qué te asentaste aquí, cuando tu espada y tu nombre te habrían otorgado una posición digna de tu alcurnia en cualquier país civilizado?

Valenso jugueteó con la cadena dorada que llevaba al cuello.

—En cuanto a por qué dejé Zingaria —dijo—, es asunto mío. Pero fue la casualidad la que me dejó aquí varado. Había llevado a los míos a la costa, junto con buena parte del mobiliario que has mencionado, con la intención de construir una residencia temporal. Pero una súbita tormenta del oeste arrojó al barco, anclado en la bahía, contra los arrecifes de la punta norte, y lo hizo naufragar. Al parecer tales tormentas son frecuentes en ciertas épocas del año. Tras eso, solo nos cupo permanecer aquí y arreglárnoslas lo mejor posible.

—Entonces, ¿volverías a la civilización si pudieras?

—A Kórdava, no, pero quizá a algún clima lejano... A Vendhya o incluso a Khitai...

—¿No te aburres aquí, mi dama? —preguntó Zarono, dirigiéndose por primera vez directamente a Belesa.

El ansia de ver un nuevo rostro y oír una voz nueva había llevado a la muchacha al salón, pero ahora deseaba haber permanecido en su aposento con Tina. La mirada que Zarono le lanzaba era inequívoca; hablaba de un modo decoroso y formal, con expresión sobria y respetuosa, pero no era más que una máscara a través de la que asomaba el carácter siniestro y violento de aquel individuo. No podía evitar el brillo de deseo en los ojos cuando contemplaba a la joven y aristocrática belleza cubierta por un vestido escotado de satén y una faja enjoyada.

—No es que haya mucha variedad —respondió la muchacha en voz baja.

—¿Si tuvieras un barco abandonarías este asentamiento? —le preguntó Zarono bruscamente a su anfitrión.

—Tal vez —admitió el conde.

—Tengo un barco —dijo Zarono—. Si llegásemos a un acuerdo...

—¿Qué clase de acuerdo?

Valenso alzó la cabeza y clavó una mirada suspicaz en su invitado.

—Compartir a partes iguales —dijo Zarono posando la mano abierta en la mesa. El gesto le hizo parecer una enorme araña. Pero los dedos temblaban con una extraña emoción y en los ojos del bucanero brillaba una nueva luz.

—¿Compartir el qué? —Valenso lo contemplaba con asombro no disimulado —. El oro que traje se hundió con mi barco y, al contrario que el maderamen, la marea no lo llevó a la costa.

—¡No hablo de eso! —Zarono hizo un ademán de impaciencia—. Seamos francos, excelencia. ¿Hace falta fingir que fue el azar lo que hizo que desembarcaras en este lugar en concreto de los cientos de leguas de costa que tenías para elegir?

—No necesito fingir nada —respondió Valenso con frialdad—. Mi piloto era un tal Zingelito, un antiguo bucanero. Conocía esta costa y me convenció de tomar tierra aquí y me dijo que tenía buenos motivos que más tarde me contaría. Pero

nunca llegó a hacerlo, porque se internó en la selva al día siguiente de desembarcar y una partida de caza encontró su cuerpo decapitado algo después. Evidentemente, fue emboscado y asesinado por los pictos.

Zarono contempló fijamente a Valenso largo rato.

—Que me aspen —dijo al fin—. Te creo, excelencia. Un Korzetta no sabe mentir, por más que tenga otras cualidades. Te haré una oferta. Admito que cuando anclé aquí tenía otros planes en la mollera. Creía que ya te habías hecho con el tesoro y pretendía tomar el fuerte con alguna triquiñuela y luego pasaros a todos a cuchillo. Pero las circunstancias han hecho que cambie de parecer...

Le echó una mirada a Belesa que la hizo sonrojar y alzar el rostro indignada.

—Tengo un barco que puede sacarte del exilio —dijo el bucanero—, con todas tus pertenencias y aquellos siervos que elijas. El resto puede apañárselas por su cuenta.

Los sirvientes apostados en las paredes se intercambiaron una mirada intranquila. Zarono siguió hablando, demasiado cínico y brutal para ocultar sus intenciones.

—Pero primero debes ayudarme a hacerme con el tesoro por el que el que he navegado mil millas.

—En el nombre de Mitra, ¿qué tesoro? —preguntó el conde con enfado—. Estás gimoteando igual que ese perro de Strom.

—¿Nunca has oído hablar de Tranicos el Sanguinario, el más grande de los piratas barachanos? —preguntó Zarono.

—¿Y quién no? Fue él quien asoló la isla fortificada del príncipe exilado Tothmekri de Estigia, paso a su gente por la espada y se hizo con el tesoro que el príncipe traía consigo al huir de Jemi.

—¡Sí! Y la historia de ese tesoro hizo que los de la Hermandad Roja se lanzasen en su búsqueda como buitres tras la carroña. Piratas, bucaneros, incluso los corsarios negros del sur. Temiendo ser traicionado por sus capitanes, navegó hacia el norte con una sola nave y se desvaneció para siempre. De eso hace casi cien años.

»Pero la leyenda afirma que un hombre sobrevivió a ese último viaje y que volvió con los barachanos solo para ser capturado por una nave de guerra zingaria. Antes de que lo colgasen contó la historia y dibujó un mapa con su propia sangre, en un pergamino que se apañó de algún modo para que sus captores no encontrasen. Y esto fue lo que contó: Tranicos había navegado más allá de las rutas conocidas hasta llegar a una bahía en una costa solitaria, donde echó el ancla. Desembarcó con el tesoro y once de sus capitanes más leales, que lo habían acompañado en el barco. Siguiendo sus órdenes, el barco zarpó con órdenes de volver una semana más tarde y recoger a Tranicos y sus capitanes. Mientras tanto, la idea de este era esconder el tesoro en alguna parte cerca de la bahía. El barco volvió en la fecha señalada, pero no había el menor rastro de Tranicos ni de sus once capitanes, excepto la tosca morada que habían construido en la playa.

»La habían demolido y se veían pisadas de pies desnudos a su alrededor, pero no había el menor signo de lucha. Ni tampoco del tesoro, o del lugar donde lo habían escondido. Los piratas se lanzaron a la jungla en busca de sus caudillos y capitanes, pero los pictos salvajes los atacaron y tuvieron que volver al barco. Desesperados, levaron el ancla y se fueron, pero antes de que pudieran llegar a las Baracha una tremenda tormenta hizo naufragar el barco y ese hombre fue el único

superviviente.

»Esa es la leyenda del tesoro de Tranicos, buscado en vano durante casi un siglo. Se sabe que existe el mapa, pero dónde está sigue siendo un misterio.

»Una vez pude echarle un vistazo al mapa. Strom y Zingelito estaban conmigo, al igual que un nemedio que navegaba con los barachanos. Lo vimos en un cuchitril en cierta ciudad portuaria de Zingaria, donde nos ocultábamos disfrazados. Alguien tropezó con la lámpara y alguien aulló en la oscuridad, y cuando se hizo de nuevo la luz, el viejo avaro que tenía el mapa era un cadáver con un puñal en el corazón y el mapa había volado. La guardia nocturna se acercaba por la calle, picas en ristre, a averiguar qué había pasado. Nos dispersamos y cada uno se fue por su lado.

»Han pasado varios años y Strom y yo siempre hemos estado vigilándonos, cada uno convencido de que el otro tenía el mapa. Bueno, al parecer no lo tenía ninguno, pero hace poco me enteré de que Strom había partido hacia el norte, así que lo seguí. Fuiste testigo del final de esa persecución. No pude echarle más que un vistazo al mapa que tenía el viejo tacaño y nunca pude sacar nada en claro de él. Pero por lo que veo, Strom sabía que Tranicos había anclado en esta bahía. Estoy seguro de que escondieron el tesoro en alguna parte de la jungla y de que, al volver, fueron atacados y asesinados por los pictos. No creo que los pictos se hicieran con el tesoro. Hay comercio de vez en cuando con estas costas, y nunca se ha visto un adorno de oro o una joya rara en posesión de las tribus costeras.

»Esta es mi oferta: unamos nuestras fuerzas. Strom no está muy lejos, esperando el momento. Huyó porque tenía miedo de quedar atrapado entre dos fuegos, pero volverá. Mas si somos aliados podemos reírnos de él. Podemos enviar una partida desde el fuerte y al mismo tiempo dejar aquí hombres suficientes para hacerle frente si ataca. Creo que el tesoro está oculto cerca de aquí. Doce hombres no podrían haberlo llevado muy lejos. Lo encontramos, lo cargamos en mi barco y navegamos hacia algún puerto extranjero donde yo pueda cubrir con oro mi pasado. Estoy harto de esta vida. Quiero volver a un lugar civilizado y vivir como un aristócrata, con riquezas, esclavos y castillo… y una esposa de sangre noble.

—¿Y bien? —quiso saber el conde, los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Dame a tu sobrina por esposa —exigió el bucanero de repente.

Belesa lanzó un grito y se puso en pie. Valenso también se incorporó, lívido, los dedos aferrados con fuerza al cáliz, como si estuviera considerando si lanzarlo contra su huésped. Zarono no se movió; siguió sentado, con un brazo en la mesa y los dedos curvados como garras. Los ojos ardían de pasión y amenaza.

—¡Cómo osas! —exclamó Valenso.

—Pareces olvidar que has caído de tu elevado sitial, conde Valenso —gruñó Zarono—. No estamos en la corte de Kórdava, excelencia. En esta costa desolada, la nobleza se mide por el poder en hombres y en armas. Y ahí te supero. El castillo de Korzetta está bajo la amenaza de extranjeros y el tesoro de Korzetta yace en el fondo del océano. Morirás aquí, exiliado, a menos que te acoja en mi barco.

»No tendrás motivos para arrepentirte de la unión de nuestros linajes. Con un nuevo nombre y una nueva fortuna descubrirás que Zarono el Negro puede ocupar su lugar entre los nobles del mundo y ser un yerno del que ni siquiera un Korzetta se pueda avergonzar.

—¡Estás loco! —exclamó con violencia el conde—. ¿Cómo te atreves a pensar siquiera…? ¿Qué ocurre?

El suave tamborileo de unos pies calzados con sandalias atrajo su atención.

Tina entró de repente en la sala, dudó al ver los ojos del conde clavados con rabia en ella, hizo una profunda reverencia y rodeó la mesa hasta que tuvo sus manos menudas entre los dedos de Belesa. Jadeaba, tenía las zapatillas mojadas y el pelo rubio apelmazado y pegado contra la cabeza.

—¡Tina! —exclamó Belesa, inquieta—. ¿De dónde vienes? Creí que estabas en tus aposentos.

—Estaba allí —respondió la joven jadeante—. Pero había perdido el collar de coral que me habías regalado. —Lo mostró. No era más que una baratija, pero ella lo valoraba por encima de cualquier otra posesión por haber sido el primer regalo que le había hecho Belesa—. Tenía miedo de que no me dejases ir si te enterabas... La esposa de un soldado me ayudó a cruzar la empalizada a la ida y a la vuelta. ¡Por favor, señora, no me hagas delatarla, prometí que no lo diría! Encontré mi collar en el estanque donde me bañé esta mañana. Por favor, castígame si he hecho mal.

—¡Tina! —gimió Belesa, mientras atraía a la niña hacia ella—. No voy a castigarte. Pero no deberías haber cruzado la empalizada con esos bucaneros acampados en playa. Además, siempre puede haber pictos al acecho. Deja que te lleve a tu habitación y que te cambie esas ropas mojadas.

—Sí, señora —murmuró Tina—, pero primero deja que te hable del hombre negro...

—¿Qué?

La interrupción había salido de los labios de Valenso en un grito tenso de alarma. El cáliz que sujetaba cayó al suelo mientras se apoyaba en la mesa con ambas manos. Si lo hubiera golpeado un rayo, el señor del castillo no se habría comportado de un modo distinto ni se habría alterado más. Tenía el rostro pálido, los ojos casi se le salían de las órbitas.

—¿Qué has dicho? —jadeó. Miraba con furia a la muchacha, quien retrocedió hacia Belesa, asustada—. ¿Qué has dicho, niña?

—Un hombre negro, señor —tartamudeó mientras Belesa, Zarono y los siervos contemplaban al conde asombrados—. Lo vi cuando fui al estanque a recoger mi collar. Había un extraño gemido en el viento y el mar se quejaba como alma en pena. Entonces apareció. Me asusté y me oculté tras una pequeña duna. Llegó del mar en un extraño bote negro y estaba rodeado por todas partes de fuego azul, aunque no vi ninguna antorcha. Atracó el bote en la arena junto a la punta sur y se metió en la selva. Parecía un gigante en medio de la niebla. Era un hombre enorme, alto, negro como un kushita...

Valenso se tambaleó como herido de muerte. Se aferró la garganta con violencia y, al hacerlo, rompió la cadena. Con el rostro de un loco, recorrió la mesa y arrancó a la gimoteante niña de los brazos de Belesa.

—Pequeña puerca —jadeó—. ¡Mientes! Me has oído murmurar en sueños y has contado esta mentira para atormentarme. ¡Di que mientes antes de que te arranque la piel a tiras!

—¡Tío! —exclamó Belesa, asombrada e indignada mientras intentaba librar a Tina de su presa—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué ocurre?

Con un gruñido, Valenso apartó la mano de la joven de su brazo y la empujó, tambaleante, hacia Galbro, que la recogió con una mirada lasciva que no hizo el menor esfuerzo en ocultar.

—¡Piedad, señor! —sollozó Tina—. ¡Digo la verdad!

—¡Mientes! —rugió Valenso—. ¡Gebbrelo!

Un imperturbable sirviente agarró a la temblorosa niña y la desnudó de un tirón brutal que arrancó las escasas prendas de su cuerpo. Dándose la vuelta, levantó los delicados brazos por encima de los hombros, alzando a la chica hasta que no hizo pie.

—¡Tío! —gritó Belesa, mientras se debatía en vano en la presa lujuriosa de Galbro—. ¡Te has vuelto loco! ¡No puedes...! ¡Ay...! ¡No puedes...!

La voz se le quebró cuando vio que Valenso agarraba un látigo de mango enjoyado y lo hacía caer sobre el frágil cuerpo de la niña con una fuerza tan salvaje que dejó un rastro rojo en los hombros desnudos.

Belesa gimió, aturdida de angustia ante el grito de Tina. El mundo había enloquecido de repente. Veía, como si fuera una pesadilla, los rostros imperturbables de soldados y sirvientes, rostros bestiales de mirada bovina en los que no asomaba la menor pena o compasión. La expresión ligeramente burlona de Zarono era parte de la pesadilla. Nada parecía real en medio de aquella neblina carmesí excepto el cuerpo desnudo de Tina cruzado de verdugones rojizos de los hombros a las rodillas; ningún sonido parecía real excepto los agudos gritos de dolor de la niña y los jadeos de Valenso mientras la azotaba, la mirada fija como la de un loco sin parar de gritar:

—¡Mientes! ¡Mientes, maldita seas! ¡Admite tu culpa, condenada, o voy a despellejarte! ¡Es imposible que me haya seguido hasta aquí!

—¡Piedad, señor! —gritaba la niña mientras se retorcía en vano contra la morena espalda del sirviente, demasiado frenética de puro miedo y dolor para salvarse mintiendo. La sangre manaba en un rosario carmesí por sus temblorosos muslos—. ¡Lo vi! ¡No miento! ¡Piedad! ¡Aaay!

—¿Estás ciego? —chilló Belesa, casi fuera de sí—. ¿No ves que está diciendo la verdad? ¡Bestia! ¡Salvaje!

De pronto, una pizca de cordura pareció regresar a la mente del conde Valenso de Korzetta. Dejó caer el látigo y se desplomó contra la mesa, agarrándose ciegamente del borde. Se estremecía como si estuviera en agonía. Tenía el pelo apelmazado en grandes mechones en la frente y el sudor manaba de su pálido rostro, que parecía una máscara de terror. Tina, liberada por Gebbrelo, se deslizó hacia el suelo y allí quedo hecha un pingajo gimoteante. Belesa se liberó de Galbro, echó a correr hacia ella y, sollozando, se puso de rodillas y abrazó a la pobre niña. Le lanzó una mirada furibunda a su tío, decidida a hacer caer sobre él toda su rabia, pero el conde no la miraba. Incrédula, oyó que le decía al bucanero:

—Acepto tu oferta, Zarono. En el nombre de Mitra, encontremos ese condenado tesoro y vayámonos de esta costa maldita.

Al oírlo, el fuego de su furia se convirtió en ceniza apelmazada. Aturdida y en silencio, alzó a la sollozante niña y, con ella en brazos, se fue hacia las escaleras. Miró hacia atrás y vio a Valenso agazapado más que sentado en la mesa, bebiendo con ansia el vino de un cáliz que sostenía con manos temblorosas mientras Zarono se inclinaba hacia él como una sombría ave de presa, atónito ante el curso de los acontecimientos, pero decidido a tomar ventaja del repentino cambio sufrido por el conde. Hablaba con decisión en voz baja y Valenso asentía en silencio, como si solo oyera a medias lo que le decía. Galbro volvió a las sombras, la barbilla entre el índice y el pulgar, y los sirvientes en las paredes se intercambiaron miradas furtivas, asombrados ante el colapso de su amo.

Ya en su habitación, Belesa posó a la medio desmayada niña en la cama y, una

vez sentada, empezó a lavarla y a aplicar ungüentos calmantes sobre las cicatrices en la tierna piel. Tina se dejaba hacer, completamente sumisa, entre gemidos apagados. Belesa sentía que el mundo había desaparecido bajo sus pies. Confusa y asombrada, fuera de sí, tenía los nervios a flor de piel por el golpe brutal causado por lo que había presenciado. En su corazón, el miedo y el odio hacia su tío iban ganando terreno. Nunca lo había amado: era duro y poco afectuoso, avaro y ansioso. Pero hasta ahora lo había creído justo e intrépido. Tembló de asco ante el recuerdo de sus ojos abiertos y su rostro lívido. Había sido un miedo visceral lo que lo había puesto frenético, un miedo que lo había llevado a torturar brutalmente a la única criatura a la que Belesa amaba y que le importaba; un miedo que lo había hecho vender a su propia sobrina a un infame forajido. ¿Qué significaba aquella locura? ¿Quién era el hombre negro que había visto Tina?

La niña murmuró como si delirase:

—¡No mentí, señora! ¡Lo juro! Era un hombre negro en un barco negro que ardía como fuego azul sobre las aguas. Un hombre alto, negro como la noche y cubierto por una capa negra. Me asusté al verlo y se me heló la sangre. Dejó el bote en la arena y se internó en la jungla. ¿Por qué me azotó el conde por haberlo visto?

—Calla, Tina; tranquila —susurró Belesa—. El picor pasará enseguida.

Se abrió la puerta a sus espaldas; se volvió y aferró un puñal enjoyado. El conde estaba en el umbral y la carne de Belesa se estremeció al verlo. Parecía haber envejecido varios años; tenía el rostro ceniciento y una expresión en la mirada que la llenó de terror. Nunca se había sentido muy unida a él, pero ahora era como si un abismo los separase. El que la miraba no era su tío, sino un extraño que había venido a amenazarla.

Alzó el puñal.

—Si la vuelves a tocar —siseó con los labios resecos—, pongo a Mitra por testigo de que clavaré este puñal en tu pecho.

Él no parecía prestarle atención.

—He puesto guardia armada alrededor de la mansión —dijo—. Zarono traerá mañana a sus hombres a la empalizada. No se irá hasta dar con el tesoro. Cuando lo haya encontrado, partiremos de inmediato hacia un puerto, aún no hemos decidido cuál.

—¿Y vas a venderme a él? —susurró ella—. En el nombre de Mitra…

Posó sobre ella una mirada lúgubre en la que lo único que había era su propio interés. Belesa se estremeció al verlo y darse cuenta de la rabiosa crueldad que había hecho presa en él a causa de aquel temor misterioso.

—Harás lo que te ordene —dijo, sin más emoción en la voz que la que habría despertado el pedernal contra el acero.

Dio media vuelta y dejó la habitación. Belesa, cegada por un ataque repentino de terror, cayó desvanecida junto al diván en el que yacía Tina.

## 4
## El runrún de un tambor negro

Belesa no sabía cuánto tiempo había yacido inconsciente. Lo primero que notó fue el brazo de Tina a su alrededor y los sollozos de la niña en el oído. Se incorporó de forma mecánica, cogió a la niña en brazos y se quedó sentada, los ojos resecos

clavados en la temblorosa vela sin ver nada. No se oía el menor ruido en el castillo. Los cantos de los bucaneros en la playa habían cesado. De un modo detallado, casi impersonal, pasó revista sus problemas.

Valenso se había vuelto loco, frenético por la historia del misterioso hombre negro. Era por escapar de él por lo que quería abandonar el asentamiento y huir con Zarono, eso era evidente, igual que lo era el hecho de que estaba dispuesto a sacrificarla a cambio de poder escapar. No había el menor atisbo de luz en las tinieblas que la rodeaban. Los sirvientes eran idiotas o estaban embrutecidos y sus mujeres eran estúpidas y apáticas. Nadie iba a ayudarla.

Tina alzó el rostro cubierto de lágrimas como si de pronto estuviera oyendo una voz interior. La forma en que la niña comprendía los más íntimos pensamientos de Belesa era casi increíble, como lo era su aceptación de la fuerza inexorable del destino y de la única alternativa que les quedaba a los débiles.

—¡Debemos huir, señora! —susurró—. Zarono no te poseerá. Vámonos a la jungla. Corramos hasta que ya no podamos más y luego tumbémonos y muramos juntas.

La trágica fuerza que es el último refugio de los desamparados tiró del alma de Belesa. Era la única salida de las sombras que la habían estado acechando desde el día en que habían huido de Zingaria.

—Sí, querida, nos vamos.

Se puso en pie y buscó una capa, pero de repente una exclamación de Tina la hizo detenerse. La niña estaba de pie con un dedo apretado contra los labios, los ojos abiertos y brillantes de terror.

—¿Qué pasa, Tina?

La expresión de miedo de la niña la había hecho hablar en susurros, una extraña aprensión se arrastraba por su piel.

—Hay alguien fuera, en el salón —susurró Tina, mientras la agarraba temblorosa del brazo—. Se detuvo en nuestra puerta y luego siguió andando hacia la habitación del conde en el otro extremo.

—Tus oídos están más afinados que los míos —murmuró Belesa—. Pero no tiene nada de raro. Seguramente es el propio conde, o Galbro.

Se dirigió hacia la puerta, pero Tina le echó los brazos al cuello, frenética, y Belesa sintió el latido enloquecido de su corazón.

—¡No, señora, no abras la puerta! ¡Tengo miedo! No sé por qué, pero es como si algo siniestro nos acechara.

Impresionada, Belesa le dio una palmadita confortadora y llevó la mano hacia el disco de oro que ocultaba la pequeña mirilla en el centro de la puerta.

—¡Ya vuelve! —dijo la temblorosa niña—. ¡Lo oigo!

Belesa también oía algo, un sonido acolchado y furtivo que supo, presa de un miedo innominable, que no casaba con los pasos de nadie a quien conociera. No eran los andares de Zarono, ni de nadie con botas. ¿Tal vez el bucanero se deslizaba descalzo por el salón para asesinar a su anfitrión mientras dormía? Pero había soldados de guardia en el piso inferior, y si el bucanero se hubiera quedado a pasar la noche en la mansión, se habría asignado un hombre de armas a la puerta de su habitación. ¿Quién se deslizaba entonces por el corredor? Nadie dormía allí, aparte de ella misma, Tina y el Conde, excepto Galbro.

Con un gesto veloz apagó la vela para que el resplandor no se colara por la mirilla e hizo a un lado el disco de oro. Todas las luces estaban apagadas en el salón, que debería haber estado iluminado por velas. Alguien se movía por el

pasillo en penumbra. Sintió, más que verla, una silueta borrosa que se desplazaba más allá de la puerta, pero lo único que pudo decir era que parecía humana. Pese a todo, una fría avalancha de terror se derramó sobre ella, y se agachó en silencio, incapaz de soltar el grito que se le había congelado al borde de los labios. No era como el terror que ahora le inspiraba su tío, o como el miedo que sentía hacia Zarono o hacia la sombría selva. Era un espanto cegador, irracional, que posaba una mano helada en su corazón y le pegaba la lengua al paladar.

La figura siguió su camino hacia las escaleras y allí quedó iluminada brevemente por el débil resplandor que venía de abajo. Ante la visión de aquella imagen negra y borrosa recortada contra el rojo, estuvo a punto de desmayarse.

Permaneció agazapada en la oscuridad, esperando el grito de alarma indicativo de que los soldados en el gran salón habían visto al intruso. Pero la mansión siguió en silencio, aparte del viento lejano que silbaba estridente. Eso fue todo.

Belesa sintió las manos empapadas de sudor mientras se incorporaba y encendía de nuevo la vela. Aún se sentía presa del terror, aunque no era capaz de decir qué tenía la figura negra recortada contra el resplandor rojizo para haber enervado su alma de aquel modo. Parecía una silueta humana, pero había algo ajeno en el contorno, algo anormal, por más que era incapaz de decir en qué consistía la anormalidad. Estaba segura de que no había contemplado a un hombre y se dio cuenta de que aquello le había robado toda la resolución. Se notaba desmoralizada, incapaz de actuar.

La vela se encendió e iluminó el rostro pálido de Tina con su resplandor amarillento.

—¡Era el hombre negro! —susurró la niña—. ¡Lo sabía! Se me heló la sangre, igual que cuando lo vi en la playa. Hay soldados abajo. ¿Cómo es que no lo han visto? ¿Quieres que salga e informe al conde?

Belesa meneó la cabeza. No tenía la menor intención de repetir la escena que se había producido ante la primera mención del hombre negro por parte de Tina. Y, en cualquier caso, no se atrevía a aventurarse por aquel sombrío pasillo.

—¡No podemos irnos a la selva! —exclamó Tina—. ¡Estará acechando allí...!

Belesa no le pregunto a la niña cómo sabía que el hombre negro estaría en la selva. Era un escondite lógico para cualquier criatura maligna, ya fuera hombre o diablo. Y sabía que Tina estaba en lo cierto; no se atrevía a dejar el fuerte. Su determinación, que no había vacilado ante la perspectiva de una muerte segura, se tambaleaba ante el pensamiento de cruzar aquellos bosques sombríos entre los que se agazapaba la negra criatura de andares sigilosos. Desesperada, se sentó y hundió el rostro en las manos.

Tina dormía ahora en el diván, estremeciéndose ocasionalmente en sueños. Las lágrimas resplandecían sobre sus largas pestañas y su cuerpo se agitaba en un sueño intranquilo. Hacia el amanecer, Belesa se dio cuenta de que había algo sofocante en el aire. Oyó el retumbar sordo del trueno en dirección al mar. Apagó la vela, que estaba casi consumida, y se acercó a una ventana desde la que podía contemplar tanto el océano como el cinturón de selva tras el fuerte.

La niebla se había disipado, pero en el horizonte marino asomaba una masa oscura. Allí parpadeaban los rayos y retumbaba el trueno. Un bramido de respuesta llegó de la negra selva. Asombrada, dio media vuelta y miró hacia la oscura y melancólica muralla de los árboles. Un extraño ritmo pulsante llegó a sus oídos, una reverberación zumbante que no era la de un tambor picto.

**—¡El tambor! —sollozó Tina, mientras abría y cerraba la mano de un modo espasmódico en medio del sueño—. El hombre negro... tañe un tambor negro... en el bosque negro. ¡Sálvanos!**

**Belesa se estremeció. Por el horizonte oriental asomaba una estrecha línea blanquecina que presagiaba el amanecer, pero la nube negra del extremo occidental se retorcía y ondulaba, hinchándose y expandiéndose. Se quedó mirándola incrédula, pues las tormentas eran algo insólito en la costa en aquella estación y nunca había visto una nube como aquella.**

**Se derramaba sobre el borde del mundo en grandes masas hirvientes de negrura entreveradas de fuego. Rodaba y ondulaba con el viento en el vientre. Los truenos hacían que el aire vibrase. Y había otro sonido mezclado con las reverberaciones de los truenos, una voz en el viento que era como si anunciara su llegada. El oscuro horizonte se veía rasgado y convulso por las llamaradas de los relámpagos y a lo lejos pudo distinguir las crestas blancas de las olas empujadas por el viento. Oyó su rugido zumbante, cada vez más alto a medida que se arrastraba hacia la costa. Pero el viento aún no soplaba en tierra firme. El aire se sentía cálido, pesado. El contraste producía una sensación irreal: en el exterior, el viento y el caos barrían la costa, pero donde estaban había una quietud sofocante. En algún lugar por debajo se oyó el ruido de una contraventana, sobrecogedor en medio del tenso silencio, y se alzó una voz femenina, alarmada y estridente. Pero la mayoría de los habitantes del fuerte parecían dormir, ignorantes del huracán que se acercaba.**

**Belesa se dio cuenta de que aún oía el misterioso runrún del tambor y miró de nuevo hacia la oscura selva con la carne de gallina. No pudo ver nada, pero algún ignoto instinto o intuición la hizo imaginarse una silueta negra y terrible que se agazapaba bajo las negras ramas y trenzaba un encantamiento sin palabras con algo que sonaba como un tambor. Se quitó de encima aquella idea macabra, desesperada, y miró de nuevo hacia la costa justo en el momento en que un relámpago partía en dos el cielo. Recortados contra aquel resplandor divisó los mástiles de la nave de Zarono; vio las tiendas de los bucaneros en la playa, las crestas arenosas de la punta meridional y los acantilados rocosos de la septentrional con tanta claridad como si el sol de mediodía luciera en el cielo. El rugido del viento se oía cada vez más alto y la gente empezó a despertar en la mansión. Se oyeron pasos en las escaleras y Zarono gritó con un deje de miedo en la voz. Se abrió una puerta y Valenso le respondió esforzándose por hacerse oír por encima del rugido de los elementos.**

**—¿Por qué no me avisaste de que había tormentas del oeste? —aullaba el bucanero—. Si el ancla no aguanta...**

**—¡Es la primera vez que vemos una tormenta del oeste en esta estación! —gritó Valenso mientras salía de su habitación en ropa de cama, con el rostro pálido y el pelo erizado—. Esto es cosa de... —Sus palabras se apagaron cuando echó a correr por la escalera que llevaba a la atalaya, seguido del maldiciente bucanero.**

**Belesa se encogió junto a la ventana, asombrada y ensordecida. El viento rugía cada vez más alto, hasta que ahogó cualquier otro sonido.... Excepto el tamborileo enloquecedor que se alzaba como un canto de triunfo inhumano. Rugía tierra adentro, arrastrando consigo una cresta blanca de más de una legua de longitud, solo para desatar el infierno y la destrucción sobre la costa. La lluvia caía en espesos torrentes y empapaba las playas con cegador frenesí. El viento azotaba con un rugido atronador, estremeciendo los leños que formaban la**

empalizada. La ola se desparramó por la arena y anegó los fuegos que habían encendido los marineros. En el resplandor del relámpago, a través de la cortina de lluvia rompiente, Belesa pudo ver las tiendas de los bucaneros convertidas en jirones y arrastradas a lo lejos, y a los propios marineros tambaleándose en dirección al fuerte, medio tendidos en la arena a causa de la rabia de la tormenta.

Y, recortado contra el resplandor azul vio el barco de Zarono librarse de las amarras y virar directo hacia los agudos acantilados que se alzaban como esperándolo...

## 5
## El hombre que vino de la selva

La tormenta ya había soltado toda su furia y amanecía sobre un cielo claro y azul lavado por la lluvia. A medida que el sol salía en una llamarada de oro limpio, se elevó un coro de pájaros de brillante plumaje azul desde los árboles, en cuyas amplias ramas las gotas de agua resplandecían como diamantes, temblorosas bajo la suave brisa matutina.

En una pequeña corriente que serpenteaba por la arena para unirse al mar, oculta tras una franja de árboles y arbustos, un individuo se inclinaba para lavarse las manos y el rostro. Ejecutó sus abluciones a la manera de su pueblo, gruñendo con vigor y salpicando como un búfalo. En medio de tal actividad, alzó la cabeza de repente, mientas la goteante melena leonada creaba riachuelos sobre los musculosos hombros. Se agachó de pronto como si tratara de oír algo y luego se puso en pie y encaró hacia el interior, todo ello en un solo movimiento. Y se quedó completamente paralizado, boquiabierto.

Un individuo tan grande como él mismo venía en su dirección por la arena, sin hacer el menor esfuerzo por mantenerse oculto. Los ojos del pirata se abrieron como platos al contemplar los ajustados pantalones de seda, las altas y coloridas botas, la casaca de amplios faldones y el sombrero al estilo del siglo anterior. El desconocido llevaba un enorme chafarote en la mano y su propósito al acercarse no podía ser más claro.

El pirata palideció a medida que el reconocimiento asomaba a sus ojos.

—¡Tú! —exclamó, incrédulo—. ¡Por Mitra! ¡Tú!

Un torrente de maldiciones se escapó de sus labios mientras desenvainaba el chafarote. Los pájaros echaron a volar en bandadas multicolores desde los árboles cuando el resonar del acero interrumpió su canción. Chispas azulas saltaban de las pesadas hojas y la arena salpicaba y se apelmazaba bajo las marcas de los tacones de las botas. El choque de acero terminó de repente con un crujido cortante y uno de los hombres cayó de rodillas mientras boqueaba. Su mano inane soltó la empuñadura y él mismo se desplomó cuan largo era sobre la arena, que enseguida se enrojeció con su sangre. Con un esfuerzo final, se llevó la mano a la faja, sacó algo de ella e intentó metérselo en la boca, pero de pronto se puso rígido y finalmente se desplomó.

El vencedor se inclinó y arrancó sin miramientos de los dedos del cadáver el objeto que estrujaban en una garra desesperada.

Zarono y Valenso estaban en la playa, contemplando a sus hombres recoger

madera a la deriva: vergas, pedazos de mástiles, cuadernas rotas. La tormenta había lanzado el barco de Zarono contra los bajos acantilados con tanta ferocidad que la mayoría de lo que recuperaban estaba hecho astillas. A poca distancia tras ellos estaba Belesa, pendiente de la conversación y con un brazo alrededor de Tina. La joven se veía pálida y apática, indiferente a lo que el destino le tuviera reservado. Oía lo que decían los dos hombres, pero su interés era mínimo. Aún estaba abrumada ante la realización de que no era más que un peón en aquel juego, ya consistiera este en vivir miserablemente en una costa abandonada, ya en volver de algún modo a tierras civilizadas. Zarono no dejaba de maldecir, pero Valenso parecía aturdido.

—Esta no es época de tormentas del oeste —murmuraba, mientras contemplaba con ojos demacrados a los hombres que arrastraban los restos del naufragio por la playa—. No fue el azar lo que trajo esa tormenta desde alta mar e hizo astillas el barco en el que pretendía escapar. ¿Escapar? Me han pillado como a una rata en una ratonera, tal como se pretendía. No, todos estamos atrapados como ratas...

—No tengo ni idea de qué estás diciendo —gruñó Zarono mientras se tiraba con fuerza del bigote—. No has dicho nada que tenga sentido desde que esa zorrita de pelo rubio te sacó de tus casillas anoche con el cuento de un hombre negro que venía del mar. Pero tengo muy claro que no voy a pasar mi vida en esta maldita costa. Diez de mis hombres se fueron al infierno con el barco, pero aún me quedan ciento sesenta más. Tú tienes un centenar. Hay herramientas en tu fuerte y árboles más que suficientes allá en la selva. Construiremos un barco. Enviaré a algunos hombres a cortar árboles tan pronto como pongan los restos del naufragio fuera del alcance de las olas.

—Eso llevará meses —murmuró Valenso.

—¿Tenemos algo mejor que hacer? Estamos aquí y a menos que construyamos un barco no saldremos jamás. Tendremos que fabricar una especie de aserradero, pero nunca ha habido nada que se me haya resistido mucho tiempo. Espero que la tormenta haya hecho pedazos a Strom. ¡Perro argóseo! Mientras construimos el barco podemos buscar el tesoro de Tranicos.

—Nunca terminarás el barco —dijo Valenso, sombrío.

—¿Tienes miedo de los pictos? Tenemos hombres suficientes para hacerles frente.

—No hablo de los pictos, sino del hombre negro.

Zarono le respondió con enojo:

—¡Deja de decir tonterías! ¿Quién es ese maldito hombre negro?

—Maldito, en efecto —dijo Valenso mientras clavaba la vista en el mar—. Una sombra de mi sangriento pasado que ha vuelto y me acosa. Por su culpa dejé Zingaria, creyendo que lo perdería en el océano. Pero debería haber supuesto que me seguiría el rastro de todas formas.

—Si alguien así hubiera venido, sin duda se ocultaría en la selva —masculló Zarono—. Peinaremos los bosques y le daremos caza.

Valenso lanzó una áspera carcajada.

—Perseguiréis una sombra que se desliza frente a una nube que tapa la luna; tantearéis en la oscuridad buscando una cobra; seguiréis el rastro de la niebla que sale del pantano a media noche.

Zarono le lanzó una mirada indecisa, como si dudase de su cordura.

—¿Quién es ese tipo? Termina ya con tus ambigüedades.

**—La sombra de mi propia crueldad, mi locura y mi ambición; un horror surgido de tiempos pretéritos y olvidados. No es un hombre mortal de carne y hueso, sino…**

**—¡Barco a la vista! —gritó el vigía de la punta norte.**

**Zarono dio media vuelta y su voz atravesó el viento.**

**—¿Lo conoces?**

**—¡Sí! —llegó atenuada la respuesta—. ¡Es la *Mano Roja*!**

**Zarono empezó a maldecir como un demente.**

**—¡Strom! ¡El diablo cuida de los suyos! ¿Cómo se las ha apañado para sobrevivir a la tormenta? —La voz del bucanero se convirtió en un grito que recorrió todo el arenal—. ¡Volved al fuerte, perros!**

**Antes de que la *Mano Roja*, un tanto baqueteada, asomase por la punta, la playa se vació de presencia humana, y la empalizada quedó erizada de yelmos y cabezas con pañuelos. Los bucaneros habían aceptado la alianza con la flexibilidad habitual de los aventureros, los seguidores de Valenso con la apatía de los siervos.**

**Zarono rechinó los dientes mientras un bote se dirigía sin prisa hacia la playa, y divisó la cabeza leonada de su rival en la proa. El bote tomó tierra y Strom se dirigió a solas hacia la fortaleza.**

**Se detuvo a cierta distancia y lanzó un gritó de toro que se oyó con claridad en medio de la tranquila mañana.**

**—¡Ah, del fuerte! ¡Quiero parlamentar!**

**—¿Y por qué demonios no lo haces?**

**—La última vez que me acerqué bajo bandera de tregua acabé con una flecha en el peto —rugió el pirata—. Quiero que me prometáis que no volverá a pasar.**

**—¡Tienes mi promesa! —respondió Zarono con sorna.**

**—¡Al cuerno con tu promesa, perro zingario! ¡Quiero la palabra de Valenso!**

**El conde aún conservaba un mínimo de dignidad y en su voz sonó con un deje autoritario cuando respondió:**

**—Acércate, pero mantén lejos a tus hombres. Nadie te disparará.**

**—Suficiente para mí —dijo Strom sin dudarlo—. Un Korzetta tendrá muchos defectos, pero una vez ha empeñado su palabra se puede confiar en él. —Siguió caminando y se detuvo junto a la puerta, sin dejar de reír ante la mirada cargada de odio que le lanzó Zarono—. Bueno, Zarono —se mofó—, parece que tienes un barco menos que la última vez que nos vimos. No me extraña, los zingarios nunca fuisteis buenos marinos.**

**—¿Cómo te las apañaste para salvar tu barco, escoria de las alcantarillas de Messantia? —retrucó el bucanero.**

**—Hay una cala a algunas millas al norte, protegida por un brazo de tierra elevado cuyos riscos rompieron la fuerza de la galerna —respondió Strom—. Fondeé allí. Las anclas recibieron lo suyo, pero me mantuvieron lejos de la orilla.**

**Zarono frunció el ceño, sombrío. Valenso no dijo nada. No conocía aquella cala. Apenas había explorado sus dominios y el miedo a los pictos y la falta de curiosidad lo habían mantenido, a él y a los suyos, siempre con el fuerte a la vista. Los zingarios no eran ni exploradores ni colonos por naturaleza.**

**—Vengo a hacer un trato —dijo Strom como si tal cosa.**

**—Lo único que voy a intercambiar contigo son estocadas —gruñó Zarono.**

**—Me parece que no —masculló Strom con una sonrisa—. Mostraste tus cartas al matar a mi primero, Galacus, y robarme. Hasta esta mañana he supuesto que**

era Valenso quien tenía el tesoro de Tranicos, pero si cualquiera de vosotros dos lo hubiera tenido, no habría sido necesario seguirme y matar a mi primer oficial para hacerse con el mapa.

—¿El mapa? —exclamó Zarono, rígido.

—Vamos, no juegues conmigo —se rio Strom mientras un relámpago de rabia cruzaba sus ojos—. Estoy tan seguro de que lo tienes como de que los pictos no usan botas.

—Pero... —arrancó el conde, perplejo, pero se calló cuando Zarono le dio un codazo.

—Y si tenemos el mapa —dijo este—, ¿qué puedes darnos tú a cambio?

—Dejadme entrar en el fuerte —sugirió Strom—. Hablaremos.

No se molestó en mirar a los que lo contemplaban desde el muro, pero sus dos interlocutores comprendieron enseguida. Y otro tanto hicieron sus gentes. Strom tenía un barco y aquel era un factor relevante en cualquier negociación o batalla. Pero solo podía transportar a un número determinado, sin importar quién lo comandase. No importaba cuántos subieran a bordo, al resto lo dejarían allí a su suerte. Una oleada de especulaciones inquietas recorrió la silenciosa multitud en la empalizada.

—Tus hombres se quedarán donde están —advirtió Zarono mientras señalaba tanto al bote en la playa como al barco anclado en la bahía.

—Sea. Pero no creas que vas a poder usarme como rehén —respondió con una risa macabra—. Quiero la palabra de Valenso de que me permitirá salir del fuerte vivo e ileso dentro de una hora, lleguemos a un acuerdo o no.

—Tienes mi palabra —respondió el conde.

—Venga, entonces. Abre la puerta y hablemos de una vez.

El portón se abrió y se cerró, los jefes desaparecieron de la vista y la gente de ambos grupos volvió a su silenciosa y mutua vigilancia, tanto los que estaban en la empalizada como los que se sentaban junto al bote, separados tan solo por una delgada extensión de arena. Y sobre el agua azul se encontraba la carraca, la borda coronada por una brillante hilera de cascos.

Sobre el gran salón, Belesa y Tina se agazapaban en la amplia escalera, ignoradas por los hombres que se reunían bajo ellas. Estaban sentados alrededor de la enorme mesa: Valenso, Galbro, Zarono y Strom. No había nadie más en el salón.

Strom apuró la copa de vino y la dejó en la mesa. La franqueza que sugería su rostro desafiante la desmentía el resplandor cruel y traicionero de sus grandes ojos. Pero hablaba sin morderse la lengua:

—Todos queremos el tesoro que el viejo Tranicos ocultó cerca de esta bahía —dijo de repente—. Cada uno tiene algo que necesitan los demás. Valenso tiene a sus trabajadores, los suministros y una empalizada tras la cual protegernos de los pictos. Tú, Zarono, mi mapa. Y yo tengo un barco.

—Hay algo que me gustaría saber —señaló Zarono—. Si has tenido el mapa todos estos años, ¿por qué no has ido ya a por el botín?

—No lo tenía. Fue ese perro, Zingelito, quien acuchilló al viejo tacaño en la oscuridad y robó el mapa. Pero no disponía de barco o tripulación, y le llevó más de un año conseguirlos. Cuando vino a por el tesoro, los pictos no lo dejaron desembarcar, y sus hombres se amotinaron y lo obligaron a volver a Zingaria. Uno de ellos le robó el mapa y me lo vendió hace poco.

—Por eso Zingelito reconoció la bahía —murmuró Valenso.

—¿Fue ese perro el que te trajo aquí, conde? Debería haberlo supuesto. ¿Dónde está?

—En el infierno, sin duda, dado que fue bucanero. Está claro que lo mataron los pictos mientras buscaba el tesoro en la selva.

—¡Bien! —aprobó Strom con convencimiento—. No sé cómo sabías que mi primero tenía mapa. Confiaba en él, y hasta mis hombres confiaban en él más que en mí mismo, así que dejé que se lo quedara. Pero esta mañana estaba tierra adentro con algunos hombres, se separó de ellos y lo encontramos apuñalado cerca de la playa. No había rastro del mapa. Casi me acusan de haberlo matado, pero les enseñé a los muy idiotas las huellas dejadas por su asesino y les demostré que mis pies no encajaban con ellas. Sabía que no había sido nadie de mi tripulación, pues ninguno llevaba botas que coincidieran con las huellas. Y los pictos no llevan botas. Por tanto tuvo que haber sido un zingario.

»Así que tenéis el mapa, pero aún no os habéis hecho con el tesoro. Si lo tuvierais no me habríais dejado cruzar la empalizada. Os tengo acorralados en el fuerte. No podéis salir a buscar el botín, e incluso aunque pudierais no disponéis de un barco para iros de aquí.

»He aquí mi propuesta. Que Zarono me dé el mapa. Y que Valenso me de carne fresca y otros suministros. Mis hombres están al borde del escorbuto después de tan largo viaje. Os llevaré conmigo a vosotros tres, a la señora Belesa y a su criada y os dejaré cerca de algún puerto zingario… O dejaré a Zarono cerca de algún punto de encuentro de bucaneros, si él lo prefiere así, pues seguramente lo que le aguarda en Zingaria es un nudo corredizo. Y para rematar el trato, os daré a cada uno una parte justa del tesoro.

El bucanero se acarició meditabundo el bigote. Sabía que Strom no mantendría el pacto, si lo llegaban a realizar. De hecho, Zarono ni siquiera pensaba acceder a ello. Pero negarse a las claras sería forzar el asunto y provocar un choque armado. Buscó en su ágil mente un plan para engañar al pirata. Quería el barco de Strom casi tanto como deseaba el tesoro perdido.

—¿Qué nos impide mantenerte cautivo y obligar a tus hombres a darnos el barco a cambio de ti? —preguntó.

Strom se echó a reír.

—¿Me tomas por tonto? Mi gente tiene órdenes de levar anclas e irse si no vuelvo en una hora o si sospechan alguna traición. No os darían el barco aunque me desollarais vivo en la playa. Además, cuento con la palabra del conde.

—Mi palabra no se empeña en vano —dijo Valenso, sombrío—. Basta de amenazas, Zarono.

Este no respondió, la mente totalmente absorta en cómo hacerse con el barco de Strom y en cómo seguir con el parlamento sin traicionar que no tenía el mapa. Se preguntó quién, en el nombre de Mitra, tendría aquel condenado mapa.

—Deja que mis hombres me acompañen en el barco cuando nos vayamos —dijo—. No puedo dejar a mis leales seguidores…

Strom resopló.

—Ya puestos, pídeme mi propio chafarote y me degüellas con él. Abandonar a tus leales… ¡Ja! Abandonarías a tu hermano a manos del diablo si ganases algo con ello. ¡No! No traerás a bordo hombres suficientes para poder amotinarte y hacerte con mi nave.

—Danos un día para pensarlo —solicitó Zarono, tratando de ganar tiempo.

El puño de Strom se estrelló contra la mesa, haciendo que el vino bailara en las copas.

—¡No, por Mitra! ¡Dadme vuestra respuesta ya!

Zarono se puso en pie, la astucia totalmente ahogada por la rabia.

—¡Perro barachano! Te daré una respuesta... ¡directamente en las tripas!

Se echó la capa a un lado y agarró la empuñadura de la espada. Strom se echó hacia atrás con un rugido y su silla cayó al suelo. Valenso se puso en pie de un salto y extendió los brazos entre los dos hombres que se contemplaban con la mesa en medio, las mandíbulas apretadas, las espadas medio desenvainadas, los rostros convulsos.

—¡Suficiente, caballeros! Zarono, Strom tiene mi palabra...

—Que el diablo se lleve tu palabra —rugió Zarono.

—Quítate de en medio, excelencia —gruñó el pirata, la voz ronca, ansiosa de violencia—. Me diste tu palabra de que no se me traicionaría. No consideraré que has roto tu juramento si este perro y yo cruzamos espadas de hombre a hombre.

—¡Así se habla, Strom! —resonó tras ellos una voz poderosa, profunda, vibrante de siniestra diversión.

Todos se dieron media vuelta y se quedaron boquiabiertos. En la escalera, Belesa contuvo una exclamación involuntaria.

Un individuo salió de entre los cortinajes que ocultaban una de las puertas del salón y avanzó hacia la mesa sin prisa ni vacilación. Dominó el grupo al instante, y todos comprendieron que la situación se cargaba sutilmente con un aire nuevo y dinámico.

El recién llegado era tan alto como cualquiera de los filibusteros, y de cuerpo más recio que ellos, pero a pesar de su tamaño se movía con la gracia de una pantera en sus botas altas. Tenía las piernas cubiertas por unos pantalones ajustados de seda blanca, y la amplia casaca azul con faldones se abría para revelar una camisa de seda blanca de cuello abierto bajo ella y una faja escarlata que le ceñía la cintura. La casaca tenía botones de plata e iba adornada con puños bordados en oro, bolsillos con solapas y cuello de satén. Un sombrero lacado completaba la obsoleta vestimenta de más de cien años de antigüedad. Un pesado chafarote le colgaba a la cintura.

—¡Conan! —exclamaron ambos filibusteros al unísono mientras Valenso y Galbro se quedaban sin aliento al oír el nombre.

—¿Quién si no?

El gigante se acercó a la mesa, sin dejar de reírse con sorna ante el asombro general.

—¿Qué... qué haces aquí? —tartamudeó el senescal—. ¿Cómo has podido entrar sin que nadie te viera?

—Escalé la empalizada por el lado este mientras discutíais como imbéciles en el portón —respondió Conan—. Hasta el último ocupante del fuerte estaba mirando hacia el oeste. Entré en la mansión mientras dejabais pasar a Strom por la puerta. Desde entonces he estado aquí, escuchando.

—Creí que estabas muerto —dijo lentamente Zarono—. Hace tres años se avistó el esqueleto destrozado de tu barco en unos arrecifes y nadie volvió a saber de ti.

—No me ahogué con mi tripulación —respondió Conan—. Hace falta un océano mucho mayor para ahogarme.

En la escalera, Tina se aferraba a Belesa, presa de la emoción e incapaz de

apartar los ojos de la balaustrada.

—¡Conan! ¡Es Conan, mi señora! ¡Mira, mira!

Belesa miraba. Era como ver en carne y hueso a un personaje legendario. ¿Qué navegante no había oído los sangrientos y salvajes relatos de Conan, el feroz vagabundo que había sido capitán de los piratas barachanos y uno de los mayores flagelos del mar? Docenas de baladas cantaban su ferocidad y sus audaces hazañas. No era alguien a quien se pudiera ignorar; había irrumpido imparable en la escena y se había convertido inmediatamente uno de los elementos dominantes de todo aquel enrevesado asunto. En medio de su aterrada fascinación, el instinto femenino de Belesa la llevó a considerar cuál sería la actitud de Conan hacia ella. ¿Brutal indiferencia como Strom o violento deseo como Zarono?

Valenso empezaba a recobrarse de la sorpresa de encontrarse con un extraño en su propio salón. Sabía que Conan era cimerio, nacido y criado en las baldías tierras del lejano norte y, por tanto, no sujeto a las limitaciones físicas que controlaban a los hombres civilizados. No era tan raro que hubiera logrado pasar desapercibido, pero Valenso se estremeció ante el pensamiento de que otros bárbaros pudieran hacer lo mismo. Los oscuros y silenciosos pictos, por ejemplo.

—¿Qué quieres? —quiso saber—. ¿Has venido por mar?

—Vine por la selva. —El cimerio señaló hacia el este con la cabeza.

—¿Has estado viviendo con los pictos? —preguntó Valenso con frialdad.

Una rabia feroz brilló en los ojos azules del gigante.

—Hasta un zingario debería saber que nunca ha habido paz entre pictos y cimerios y jamás la habrá —respondió entre maldiciones—. Nuestra enemistad con ellos es más antigua que el mundo. Si le hubieras dicho eso a uno de mis hermanos más salvajes, te habría cortado la cabeza. Pero he vivido entre gente civilizada lo suficiente para comprender tu ignorancia y tu carencia de cortesía, o la grosería de preguntarle por sus asuntos a alguien que aparece en tu puerta a miles de leguas de la civilización. No importa. —Se volvió hacia los dos filibusteros que lo contemplaban ceñudos—. Por lo que pude oír —añadió—, discutíais sobre cierto mapa.

—Eso no es asunto tuyo —gruñó Strom.

—¿Es este? —Conan sonrió perversamente y sacó del bolsillo un objeto arrugado, un trozo cuadrado de pergamino cubierto de líneas carmesíes.

Strom lo miró fijamente, palideciendo.

—¡Mi mapa! —exclamó—. ¿De dónde lo has sacado?

—De tu primero, Galacus, cuando lo maté —respondió Conan con sombrío regocijo.

—¡Perro! —rugió Strom en dirección a Zarono—. ¡Nunca tuviste el mapa! ¡Me mentiste...!

—Jamás dije que lo tuviera —retrucó Zarono—. Te engañaste a ti mismo. No seas tonto. Conan está solo. Si tuviera una tripulación ya nos habría degollado. Le quitaremos el mapa y...

—¡Nunca lo tendréis!

Conan lanzó una fiera carcajada. Ambos piratas saltaron hacia él entre maldiciones, pero el bárbaro retrocedió, arrugó el pergamino y lo lanzó hacia los brillantes carbones del hogar. Con un grito incoherente, Strom se lanzó hacia allí, solo para ser detenido por una bofetada bajo la oreja que lo lanzó medio inconsciente al suelo. Zarono desenfundó la espada, pero antes de que pudiera atacar, el chafarote de Conan se la arrancó de la mano.

Zarono se tambaleó contra la mesa, el infierno ardiendo en su mirada. Strom se puso en pie, los ojos encendidos, la sangre goteando de su magullada oreja. Conan se inclinó hacia la mesa, extendió el chafarote y rozó el pecho del conde Valenso.

—Yo no llamaría a tus soldados, conde —murmuró el cimerio con calma—. Ni un sonido por tu parte. Ni por la tuya, cara de perro —añadió en dirección a Galbro, quien no parecía tener la menor intención de despertar su ira—. El mapa no es más que cenizas y de nada servirá derramar sangre por él. Sentaos.

Strom dudó e hizo un amago de llevar la mano a la espada, pero acabó encogiéndose de hombros y se dejó caer taciturno en una silla. Los otros no tardaron en imitarlo. Conan continuó de pie, coronando la mesa, mientras sus enemigos lo contemplaban con odio y amargura en la mirada.

—Estabais negociando —dijo—. A eso he venido.

—¿Y qué tienes para negociar? —se burló Zarono.

—El tesoro de Tranicos.

—¿Cómo?

Los cuatro se pusieron en pie y se inclinaron hacia él.

—¡Sentaos! —rugió mientras golpeaba la mesa con la enorme espada. Tomaron asiento de nuevo, tensos y pálidos de emoción. El bárbaro gruñó satisfecho ante el efecto de sus palabras—. ¡Sí! Lo encontré antes de hacerme con el mapa. Por eso lo he quemado. No lo necesito. Y nadie más va a encontrar el tesoro a menos que yo le muestre dónde está.

Lo contemplaron con ojos homicidas.

—Mientes —dijo Zarono sin convicción—. Y no es la primera vez. Dices que vienes de la selva pero que no has estado viviendo con los pictos. Todo el mundo sabe que esta tierra es una jungla, habitada tan solo por salvajes. El puesto más avanzado de la civilización son los asentamientos aquilonios en el Río Trueno, a cientos de leguas al este.

—De ahí vengo —replicó Conan sin perder la calma—. Creo que soy el primer hombre blanco que cruza las tierras salvajes de los pictos. Atravesé el Río Trueno en pos de un grupo que había estado incursionando en la frontera. Los seguí hasta lo más profundo de la selva y maté a su jefe, pero me dejaron inconsciente de una pedrada durante la pelea y esos perros me capturaron con vida. Eran del clan del Lobo, pero intentaron canjearme al del Águila a cambio de un caudillo Lobo capturado por los Águilas. Me llevaron decenas de leguas al oeste para quemarme en su aldea principal. Una noche maté a su caudillo de guerra y a tres o cuatro más y logré escapar.

»No podía retroceder. Los tenía a la espalda, así que tuve que seguir hacia el oeste. Hace unos días me libré de ellos y, por Crom, el lugar donde me refugié resultó ser el escondrijo del tesoro del viejo Tranicos. Lo vi todo: cofres llenos de armas y vestidos, de ahí saqué las ropas y la espada. Y también montañas de gemas y monedas y ornamentos de oro. Y, en medio de todo ello, las joyas de Tothmekri que resplandecían como luz estelar escarchada. El viejo Tranicos y sus once capitanes estaban sentados alrededor de una mesa de ébano. Miraban hacia la mesa, y así deben de haber estado los últimos cien años.

—¿Cómo?

—¡Sí! —se rio—. Tranicos murió junto a su tesoro, al igual que sus acompañantes. Los cuerpos no estaban ni podridos ni arrugados. Se sentaban allí, con sus altas botas, sus casacas y sus gorros lacados, con una copa de vino en las

manos agarrotadas, y así han estado durante más de cien años.

—¡Increíble! —murmuró Strom intranquilo.

Pero Zarono retrucó:

—¿Qué demonios importa? Es el tesoro lo que queremos. Sigue, Conan.

Este se sentó a la mesa, llenó una copa y la apuró antes de seguir hablando.

—¡Ah, el primer vino que bebo desde que dejé Conawaga, por Crom! Esos malditos águilas me seguían tan de cerca por la selva que no he tenido tiempo más que para masticar algunos frutos y raíces. Cacé alguna que otra rana y me la comí cruda. No me atreví a encender un fuego.

Su público, impaciente, le hizo saber entre maldiciones que no estaba interesado en lo ocurrido antes del hallazgo del tesoro. Así que sonrió y siguió hablando:

—Tras dar con el escondrijo, me tumbé y descansé un par de días, e hice algunos lazos para cazar conejos mientras se me curaban las heridas. Vi humo en el cielo occidental, pero creí que se trataba de alguna aldea picta en la costa. Estaba cerca, pero al parecer el botín estaba oculto en un lugar al que los pictos rehúyen. Si alguno me estaba espiando, no se dejó ver.

»La noche pasada me encaminé hacia el oeste con la intención de llegar a la costa a algunas millas al norte de donde vi el humo. No estaba muy lejos cuando llego la tormenta. Busqué refugio al socaire de una roca y esperé hasta que todo hubo pasado. Luego, subí a un árbol a ver si veía pictos... Pero lo que vi fue tu carraca anclada, Strom, y tus hombres en la costa. Iba hacia tu campamento en la playa cuando me topé con Galacus. Lo atravesé de una estocada. Teníamos unas viejas cuentas que ajustar. Ni me habría enterado de que tenía el mapa de no haber intentado comérselo antes de morir.

»Me di cuenta de lo que era, por supuesto, y estaba decidiendo qué uso darle cuando tú y tus perros llegasteis y encontrasteis el cadáver. Estaba tendido en un matorral a menos de doce varas de vosotros mientras discutías con tus hombres sobre lo que había pasado. Me pareció que no era un buen momento para darme a conocer.

Se echó a reír ante la rabia y la mortificación que asomaban al rostro de Strom.

—Bueno, mientras estaba ahí y os oía hablar, me hice una idea de la situación y me enteré, por lo que dejasteis caer, de que Zarono y Valenso estaban a menos de una legua al sur de la playa. Así que cuando te oí decir que Zarono debía de haberse llevado el mapa y que pretendías ir a parlamentar con él en espera de tener una oportunidad de matarlo y recuperarlo...

—¡Perro! —rugió Zarono.

Strom estaba pálido, pero respondió con una risotada.

—¿Te piensas que iba a jugar limpio con un chacal traicionero como tú? Sigue, Conan.

El cimerio sonrió. Estaba claro que había avivado deliberadamente el fuego del odio entre aquellos dos.

—No queda mucho. Vine por el bosque mientras vosotros cabotabais. Tu suposición de que la tormenta había destruido el barco de Zarono era correcta; claro que sabías cómo estaba distribuida la bahía.

»Y esa es la historia. Tengo el tesoro. Strom tiene el barco. Valenso tiene los suministros. Por Crom, Zarono, no veo cómo encajas en el asunto, pero para evitar discusiones te haré un sitio. Mi propuesta es bastante sencilla.

»Dividimos el tesoro en cuatro partes. Strom y yo nos vamos con nuestra parte a bordo de la *Mano Roja*. Valenso y tú, con la vuestra, os quedáis aquí como señores de la jungla o construís un barco de tres palos, como queráis.

Valenso palideció y Zarono lanzó una maldición, mientras Strom se reía entre dientes.

—¿Eres tan idiota para ir en la *Mano Roja* tu solo con Strom? —gruñó Zarono —. Te degollará mucho antes de que perdáis de vista la costa.

Conan se echó a reír, genuinamente divertido.

—Es como el problema de la oveja, el lobo y la lechuga —reconoció—. ¿Cómo los pasas al otro lado del río sin que se devoren entre sí?

—Vaya con el sentido del humor cimerio—se quejó Zarono.

—¡No me quedaré aquí! —exclamó Valenso, con un fulgor salvaje en los ojos negros—. Con tesoro o sin él, tengo que irme.

Conan lo miró con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo, entonces —dijo—. ¿Qué tal este plan? Dividimos el botín como he sugerido. Luego Strom se va con Zarono, Valenso y tanto personal del conde como este pueda llevar, y me dejáis como comandante del fuerte, del resto de la gente de Valenso y de toda la de Zarono. Construiré mi propio barco.

A Zarono no le hizo ninguna gracia.

—¿Me das a elegir entre quedarme aquí exilado o abandonar mi tripulación e ir en la *Mano Roja* para que me degüellen?

La risa de Conan resonó borrascosa en el salón mientras le daba una palmada jovial a Zarono en la espalda sin prestar atención al brillo asesino en la mirada del bucanero.

—¡Exactamente, Zarono! —dijo—. Te quedas y Strom y yo nos vamos o te vas con Strom y dejas tus hombres conmigo.

—Prefiero ir con Zarono —dijo Strom con franqueza—. Amotinarías a mis hombres, Conan, y me cortarías el cuello antes de haber llegado a las Baracha.

El sudor goteaba del rostro lívido de Zarono.

—Ni yo ni el conde ni su sobrina llegaremos vivos a tierra si zarpamos con ese diablo —dijo—. Aquí estáis en mi poder. Os rodean mis hombres. ¿Qué me impide acabar con vosotros dos?

—Nada —admitió Conan con cordialidad—. Salvo que si lo haces los hombres de Strom zarparán y te dejarán varado en una costa donde los pictos acabarán por degollaros a todos; y que sin mí nunca darás con el tesoro; y que te partiré la crisma si intentas llamar a tus hombres.

Conan reía mientras hablaba, como si se encontrase en medio de una situación cómica, pero hasta Belesa se dio cuenta de que hablaba en serio. El chafarote desenvainado reposaba en sus rodillas y la espada de Zarono estaba bajo la mesa, fuera del alcance del bucanero. Galbro no era un guerrero y Valenso parecía incapaz de actuar o tomar una decisión.

—¡Sí! —dijo Strom tras lanzar un juramento—. Nosotros dos no somos presa fácil. La propuesta de Conan me conviene. ¿Y a ti?

—Tengo que irme de esta costa —susurró Valenso, la mirada fija—. Tengo que darme prisa... Tengo que irme... lejos... lo antes posible.

Strom frunció el ceño, asombrado por el extraño comportamiento del conde y se volvió hacia Zarono con una sonrisa torcida.

—¿Y bien, Zarono?

—¿Qué puedo decir? —gruñó este—. Deja que me lleve a mis tres oficiales y a

**cuarenta hombres en la *Mano Roja* y tenemos un trato.**

**—Los oficiales y treinta hombres.**

**No se estrecharon las manos ni compartieron ceremonialmente el vino para sellar el trato. Los dos capitanes se miraban entre sí como lobos famélicos. El conde tiraba de su bigote con mano temblorosa, atrapado en sombríos pensamientos. Conan se estiró como un enorme gato, bebió algo de vino y sonrió en dirección a los demás, pero era la sonrisa siniestra de un tigre al acecho. Belesa era consciente de las intenciones homicidas que gobernaban la reunión, del traicionero propósito que había en la mente de cada uno. Ninguno tenía intención de mantener su parte del trato, salvo quizá Valenso. Los tres filibusteros pretendían hacerse tanto con el barco como con el tesoro completo. Ninguno se quedaría contento con menos. Pero, ¿cómo? ¿Qué pasaba por aquellas mentes astutas? Belesa se sentía abrumada y sofocada por aquella atmósfera de odio y traición. El cimerio, a pesar de su feroz sinceridad, no era menos astuto que los otros... y sin duda era más fiero. Dominaba la situación no solo de un modo físico, por más que sus gigantescos hombros y sus enormes brazos parecieran demasiado grandes hasta para el gran salón. Había una vitalidad de hierro en aquel hombre que sobrepasaba incluso el áspero vigor de los otros filibusteros.**

**—¡Llévanos al tesoro! —exigió Zarono.**

**—Espera un poco —respondió Conan—. Tenemos que mantener nuestras fuerzas cuidadosamente equilibradas, de modo que nadie pueda tomar ventaja sobre los demás. Lo haremos así: La gente de Strom vendrá a la costa, todos menos media docena o así, y acamparán en la playa. Los de Zarono saldrán del fuerte y acamparán también en la arena, a la vista de los otros. Así cada tripulación puede controlar a la otra y cuidar de que nadie se deslice tras los que vayamos a por el tesoro para tendernos una emboscada. Aquellos que se queden en la *Mano Roja* la llevarán a un punto en la bahía fuera del alcance de cualquier grupo. Los hombres de Valenso se quedarán en el fuerte, pero dejarán la puerta abierta. ¿Vendrás con nosotros, conde?**

**—¿Entrar en la selva? —Valenso se estremeció y se echó la capa sobre los hombros—. ¡Ni por todo el oro de Tranicos!**

**—Como quieras. Necesitaremos unos treinta hombres para cargar con el botín. Tomaremos quince de cada tripulación y saldremos lo antes posible.**

**Belesa, atenta a cada ángulo de la farsa que se representaba bajo ella, vio que Zarono y Strom se intercambiaban miradas furtivas y luego bajaban la vista tan rápido como alzaban las copas para ocultar las turbias intenciones en sus ojos. Belesa se dio cuenta de la debilidad fatal que había en el plan de Conan y se preguntó cómo era que él no lo veía. Quizá era demasiado arrogante y confiaba en exceso en su habilidad personal. Pero estaba segura de que nunca saldría vivo de la selva. Una vez se hubieran hecho con el tesoro, los otros dos granujas se aliarían el tiempo suficiente para librarse de aquel al que ambos odiaban. Se estremeció mientras contemplaba morbosa a aquel hombre al que sabía condenado; era extraño ver a aquel poderoso guerrero allí sentado, riendo y trasegando vino, en la cima de su poder, y saber al mismo tiempo que estaba condenado a muerte.**

**Toda la situación estaba preñada de portentos oscuros y sangrientos. Zarono engañaría y mataría a Strom si podía y sabía que Strom también pretendía matar a Zarono al igual que a su tío y a ella misma, sin duda. Si Zarono ganaba la batalla final de ingenio, sus vidas estarían a salvo... Pero al mirar al bucanero, que estaba**

sentado mordisqueándose el bigote, su naturaleza enteramente maligna asomando al moreno rostro, no fue capaz de decidir qué le parecía más horrendo, si la muerte o él.

—¿Está muy lejos? —quiso saber Strom.

—Si salimos antes de una hora podremos estar de vuelta para medianoche —respondió Conan. Vació la copa, se puso en pie, se ajustó la casaca y miró al conde —. Dime, Valenso, ¿te has vuelto loco, que has matado a un picto con pinturas de caza?

Valenso se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Me estás diciendo que no sabes que tus hombres mataron anoche a un cazador picto en la selva?

El conde negó con la cabeza.

—Ninguno de mis hombres estaba en la selva anoche.

—Había alguien —gruñó el cimerio, mientras revolvía sus bolsillos—. Vi una cabeza clavada a un árbol cerca de la linde de la selva. No llevaba pinturas de guerra. No vi ninguna pisada de pies calzados con botas, así que juzgué que la habían clavado antes de la tormenta. Pero había otras huellas muy claras de mocasines sobre el suelo húmedo. Los pictos habían estado allí y habían visto la cabeza. Eran de otro clan, o de lo contrario la habrían desclavado. Si están en paz con el clan del muerto, irán hasta su aldea para avisar a la tribu.

—Quizá lo mataron ellos —sugirió Valenso.

—No. Pero saben quién lo hizo, igual que lo sé yo. Esta cadena estaba anudada al muñón de la cabeza cortada. Tienes que haberte vuelto completamente loco para delatarte de esa manera.

Sacó algo del bolsillo y lo lanzó sobre la mesa frente al conde, quien se estremeció y, sofocado, se llevó una mano a la garganta. Era la cadena con el sello de oro que solía llevar como collar.

—Reconocí el sello de Korzetta —dijo Conan—. Esa cadena le diría a cualquier picto que fue el trabajo de un extranjero.

Valenso no respondió. Estaba sentado y miraba la cadena como si fuera una serpiente venenosa.

Conan frunció el ceño en su dirección y luego miró interrogativamente a los demás. Zarono indicó con un veloz gesto que el conde no estaba del todo en sus cabales.

Conan envainó el chafarote y se puso el sombrero lacado.

—Sea. Vamos.

Los capitanes apuraron las copas de vino, se pusieron en pie y se ajustaron los cinturones con la espada. Zarono posó una mano sobre el brazo de Valenso y lo sacudió un poco. El conde se estremeció y miró a su alrededor y luego fue al exterior con los demás. Parecía aturdido, con la cadena colgada de los dedos.

Pero no todos dejaron el salón.

Belesa y Tina, olvidadas en la escalera, atisbaron por la barandilla y vieron que Galbro remoloneaba tras los demás hasta que la puerta se cerró tras ellos. Entonces se lanzó hacia la chimenea y escarbó entre los tizones. Se puso de rodillas y examinó cuidadosamente un objeto durante largo tiempo. Al fin se puso en pie y con aire furtivo dejó el salón por otra puerta.

—¿Qué encontró Galbro en el fuego? —susurró Tina.

Belesa meneó la cabeza. Luego, llevaba por la curiosidad, se incorporó y

descendió hasta el salón vacío. Poco después se arrodillaba donde lo había hecho el senescal y veía lo que él había visto.

Eran los restos carbonizados del mapa que Conan había lanzado al fuego. Un solo toque lo convertiría en ceniza, pero se veían sobre él finas líneas y varias palabras. No podía leer lo que había escrito, pero sí trazar el contorno de lo que parecía ser el dibujo de una colina o un risco, rodeado de marcas que sin duda representaban un denso bosque. No le servía de nada, pero por el comportamiento de Galbro supuso que había reconocido alguna característica topográfica familiar. Sabía que el senescal se había aventurado tierra adentro mucho más que cualquier otro habitante del asentamiento.

## 6
## El botín del muerto

Belesa descendió por la escalera y se detuvo al ver al conde ole vueltas a la cadena rota entre las manos. Lo contempló sin amor alguno y con bastante miedo. El cambio que se había producido en él era aterrador; parecía haberse encerrado en su propio y lóbrego mundo, lleno de un miedo que había arrancado de él cualquier característica humana.

La fortaleza permanecía sorprendentemente silenciosa en el calor del mediodía que había seguido a la tormenta matutina. Las voces de los que estaban tras la empalizada sonaban apagadas, sordas. La misma quietud amodorrada reinaba en la playa donde las tripulaciones rivales, separadas unos pocos cientos de varas una de otra, se miraban con suspicacia. Más lejos, en la bahía, la *Mano Roja* había izado el ancla; había un puñado de hombres a bordo, preparados para ponerse fuera de alcance al menor indicio de traición. La carraca era la carta ganadora de Strom, su mejor garantía contra las triquiñuelas de sus socios.

Conan había tramado sus planes con perspicacia para eliminar las posibilidades de una emboscada en la selva por parte de cualquier bando. Pero hasta donde Belesa podía discernir, no había tomado la menor precaución para guardarse de la traición de sus compañeros. Había desaparecido entre los árboles, guiando a los dos capitanes y a sus treinta hombres, y la joven zingaria estaba segura de que no volvería a verlo con vida.

Se decidió a hablar y su propia voz le sonó forzada y áspera.

—El bárbaro ha llevado a los capitanes a la selva. Cuando tengan el oro en sus manos, lo matarán. Pero, ¿qué harán cuando vuelvan con el tesoro? ¿Iremos en el barco? ¿Podemos confiar en Strom?

Valenso meneó la cabeza de forma ausente.

—Strom nos mataría a todos por nuestra parte del botín. Pero Zarono me ha confiado en secreto cuáles son sus intenciones. No subiremos a la *Mano Roja* salvo como amos. Zarono se asegurará de que la noche caiga sobre el grupo que va a por el tesoro y se vean obligados a acampar en la selva. Encontrará un modo de matar a Strom y a sus hombres mientras duermen. Luego, los bucaneros se acercarán a la playa con sigilo. En secreto, enviaré a algunos de mis pescadores desde el fuerte al amanecer para que se acerquen a nado al barco y se hagan con él. Es algo en lo que Strom no pensó nunca, ni tampoco Conan. Zarono y los suyos saldrán de la selva y, con los bucaneros acampados en la playa, caerán en la oscuridad sobre los piratas mientras llevo a mis hombres de armas desde el fuerte y culmino el ataque.

Sin su capitán se verán desmoralizados y sobrepasados en número, así que serán presa fácil para Zarono y para mí. Luego nos iremos en el barco de Strom con todo el tesoro.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó ella con los labios resecos.

—Te he prometido a Zarono —respondió él con aspereza—. De no ser por esa promesa, jamás nos llevaría con él.

—Nunca me casaré con él —dijo ella, desesperada.

—Lo harás —respondió él, sombrío, sin el menor asomo de compasión en la voz. Alzó la cadena, que robó un brillo del sol que se colaba por la ventana—. Seguramente se me cayó en la arena —murmuró—. Ha estado tan cerca... en la playa...

—No se te cayó en la arena —dijo Belesa con una voz tan carente de misericordia como la del conde. Su corazón se había vuelto de piedra—. Te la arrancaste del cuello sin querer la pasada noche, aquí mismo, cuando azotaste a Tina. La vi brillar en el suelo antes de irme.

Él alzó la vista, el rostro gris de puro terror. Ella le respondió con una carcajada amarga al ver la pregunta muda que había en sus ojos abiertos.

—¡Sí! ¡El hombre negro! ¡Estuvo aquí! ¡Aquí mismo! Debe de haber encontrado la cadena en el suelo. Los guardias no lo vieron, pero estuvo ante tu puerta la pasada noche. Lo vi deslizarse por el piso de arriba.

Por un instante pensó que el conde iba a morirse de puro terror. Se hundió en la silla y la cadena se deslizó de sus dedos inanes y repiqueteó contra la mesa.

—¡En la mansión! —susurró—. Creí que los cerrojos y los travesaños y los guardias armados lo mantendrían fuera. ¡Qué tonto he sido! No puedo protegerme de él, igual que no puedo escapar. ¡En mi puerta! ¡En mi puerta! —El pensamiento lo sobrecogió, horrorizado—. ¿Por qué no entró? He soñado que despertaba en una habitación en penumbra y lo veía contemplándome desde arriba. ¡Un halo de fuego azul rodeaba su cabeza cornuda! ¿Por qué...?

El ataque de miedo pasó, dejándolo débil y tembloroso.

—Ya veo —jadeó—. Está jugando conmigo, como un gato con un ratón. Matarme la noche anterior en mis aposentos era demasiado fácil, demasiado misericordioso. Así que destruyó el barco en el que habría podido escapar y asesinó a ese condenado picto y dejó mi cadena en su cuerpo, de modo que los salvajes creyeran que había sido cosa mía... Han visto otras veces esa cadena alrededor de mi cuello.

»Pero, ¿por qué? ¿Qué retorcida malignidad tiene en mente, qué oscuro propósito que ningún hombre puede comprender o imaginar?

—¿Quién es ese hombre negro? —preguntó Belesa mientras sentía un escalofrío en la espalda.

—¡Un diablo desencadenado por mi avaricia y mi lujuria que me atormentará toda la eternidad! —susurró él.

Extendió los largos dedos sobre la mesa y la contempló con ojos vacíos, extrañamente luminosos; no parecían verla, sino mirar a su través, hacia algún lejano y sombrío destino.

—En mi juventud tenía un enemigo en la corte —dijo, más como si hablara consigo mismo que con ella—. Un individuo poderoso que se interponía entre mi ambición y yo. En mi ansia de riqueza y poder busqué ayuda entre los practicantes de las artes negras; un mago negro que, a mis órdenes, trajo a un demonio de los abismos exteriores del mundo y lo cubrió con apariencia de hombre. Aplastó y

destrozó a mi enemigo. Mi poder y riqueza crecieron y nadie se atrevió a interponerse en mi camino. Pero traté de engañar a mi demonio y no le pagué el precio que debe pagar un mortal que pide ayuda al pueblo negro.

»Con sus artes oscuras, el mago engañó al desalmado retoño de las tinieblas y lo ató en el infierno, donde quedó aullando indefenso... supuse que para siempre. Pero como el mago le había dado al demonio la apariencia de un hombre, no podía romper del todo la cadena que lo unía con el mundo material ni cerrar por completo los pasillos cósmicos por los que había accedido a este planeta.

»Hace un año, en Kórdava, supe que el mago, ya anciano, había sido asesinado en su castillo y que había marcas de dedos demoníacos en su garganta. Supe entonces que el oscuro había escapado del infierno en que lo había confinado el mago y que buscaría venganza sobre mí. Una noche vi su rostro demoniaco acechándome desde las sombras en el salón de mi castillo...

»No era su cuerpo material sino su espíritu lo que vino a por mí... Un espíritu que no podía seguirme a través de las aguas. Antes de que pudiera venir a Kórdava en carne y hueso, me embarqué para poner mar de por medio entre él y yo. Tiene sus limitaciones. Para seguirme por el mar necesita estar en su cuerpo humano de carne y hueso. Solo que no es carne humana. Creo que puede ser destruido por el fuego, aunque el mago, al haberlo invocado, no pudo matarlo... Tales son los límites que tienen los poderes de los magos.

»Pero el oscuro es demasiado astuto para dejarse atrapar o matar. Cuando se oculta, nadie puede encontrarlo. Se agazapa como una sombra en la noche y ni cerrojos ni puertas pueden detenerlo. Puede cegar los ojos de los hombres y dormirlos; invocar tormentas y dar órdenes a las serpientes de las profundidades y a los demonios de la noche. Esperaba que hubiera perdido mi rastro en el mar bravío, pero me ha rastreado y espera cobrar su macabra paga.

Los ojos desquiciados brillaron ligeramente mientras su vista se perdía más allá de las paredes tapizadas en dirección a horizontes invisibles.

—Pero aún puedo engañarlo —susurró—. Si no ataca esta noche, el alba me encontrará en un barco y podré poner un océano entre él y su venganza.

—¡Condenación!

Conan se paró de pronto y miró hacia arriba. Tras él, los marinos se detuvieron, dos compactas filas con los arcos en las manos y la desconfianza pintada en el rostro. Seguían un viejo sendero abierto por los cazadores pictos que llevaba al este, y aunque no habían caminado más de treinta varas, ya no se veía la playa.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Strom, suspicaz—. ¿Por qué te detienes?

—¿Estás ciego? ¡Mira!

Desde un robusta rama de un árbol que colgaba sobre el camino, un rostro sonreía en su dirección... Un rostro oscuro y pintado, coronado por una mata de espeso pelo negro y con una pluma de tucán encajada sobre la oreja izquierda.

—Cogí esa cabeza y la oculté entre los arbustos —gruñó Conan, sin dejar de mirar con atención la selva que los rodeaba—. ¿Qué imbécil la ha vuelto a poner ahí? Es como si alguien estuviera intentando hacer todo lo posible para que los pictos ataquen el asentamiento.

Los hombres se intercambiaron una mirada ceñuda, y añadieron un nuevo elemento de sospecha a lo que ya era un caldero hirviente. Conan se aupó al árbol,

se hizo cargo de la cabeza y la llevó hasta los arbustos, donde la lanzó a un arroyo y espero a que se hundiera.

—Los pictos que dejaron estas huellas no eran Tucanes —gruñó, tras volver a través del matorral—. He navegado por estos mares lo suficiente para tener algún conocimiento de las tribus costeras. Si leo correctamente las pisadas de los mocasines, son Cormoranes. Espero que estén en guerra con los Tucanes. De no ser así, irán directamente a la aldea de los Tucanes y se desencadenará el infierno. No sé lo lejos que pueda estar la aldea, pero en cuando se enteren de esta muerte se lanzarán al bosque como lobos famélicos. Es el peor insulto que se le puede hacer a un picto: matar a un hombre que no lleva pinturas de guerra y clavar su cabeza en un árbol para que la devoren los buitres. Están pasando cosas muy raras en esta costa, como siempre que los hombres civilizados se meten en la selva. Están todos locos. Vámonos.

Los piratas aflojaron las espadas en las vainas, comprobaron las flechas en las aljabas y se internaron más en la espesura. Eran lobos de mar, acostumbrados a planicies interminables de agua gris, y no se sentían a gusto entre la muralla verde y misteriosa de árboles y enredaderas que pendía sobre ellos. El sendero giraba y se retorcía y la mayoría no tardó en perder el sentido de la orientación; al cabo de un rato ni sabían en qué dirección quedaba la bahía.

Conan se sentía intranquilo por otro motivo. No dejaba de examinar con atención el sendero y acabó por mascullar:

—Alguien ha pasado por aquí no hace mucho... No más de una hora. Alguien con botas, no con mocasines. ¿Sería el imbécil que encontró la cabeza del picto y volvió a clavarla en el árbol? No puede ser, no vi huellas suyas bajo el árbol. ¿Quién lo hizo, entonces? Las únicas huellas que vi allí eran las que ya había visto de los pictos. ¿Y quién ese ese tipo que nos precede? Decidme, bastardos, ¿habéis enviado a alguien por delante por algún motivo?

Pero tanto Zarono como Strom negaron ruidosamente la acusación mientras se intercambiaban una mirada de desconfianza mutua. Nadie más veía las huellas que Conan señalaba; el rastro dejado en la tierra pisoteada y sin hierba resultaba invisible para ojos no entrenados.

Conan apretó el paso y los demás fueron tras él, los carbones ardientes de la sospecha añadidos al fuego latente de la desconfianza. De pronto, el sendero viró hacia el norte y Conan lo abandonó y empezó a abrirse paso por la densa selva hacia el sureste. Strom intercambió una mirada intranquila con Zarono. Aquello podía obligarlos a cambiar de planes. A unos centenares de pasos del sendero estarían completamente perdidos y no sabrían cómo volver a encontrarlo. Los asaltó el temor de que Conan pudiera tener una fuerza a sus órdenes, pese a todo, y los estuviera guiando hacia una emboscada.

Las sospechas fueron creciendo a medida que avanzaban. Estaban al borde del pánico cuando de pronto emergieron de la densa selva y vieron justo al frente un exiguo risco que sobresalía de la base del bosque. Un sendero borroso salía del este y discurría junto a un grupo de peñascos para luego ascender hasta el risco como una escalera de peldaños de piedra y morir en una cornisa plana junto a la cima. Conan se detuvo, una imagen grotesca en sus ropas de pirata.

—Esa es la senda que seguía mientras huía de los Águilas —dijo—. Lleva a una cueva más allá de la cornisa. Allí están los cuerpos de Tranicos y sus capitanes y el tesoro que le robaron a Tothmekri. Una advertencia antes de seguir: si me matáis ahora nunca encontraréis el camino de vuelta a la playa. Os conozco, ratas

marinas. Estáis desamparados en la selva. Es cierto que la playa está al oeste, pero si tenéis que abriros paso cargados con el botín entre esa maraña de árboles os llevará días, no horas. Y no creo que la selva sea muy segura para los hombres blancos cuando los Tucanes descubran qué le pasó a su cazador. —Se echó a reír ante las sonrisas sombrías y fúnebres que recibieron aquellas palabras y que desvelaban las intenciones de los piratas respecto al bárbaro. No se le escapó el pensamiento que cruzó sus mentes: dejar que Conan asegurase el botín para ellos y que los guiase de vuelta al sendero antes de matarlo—. Os quedaréis todos aquí excepto Strom y Zarono —añadió—. Los tres somos suficientes para sacar el tesoro de la cueva.

Strom sonrió sin ningún humor.

—¿Subir contigo y con Zarono? ¿Me tomas por imbécil? Al menos uno de mis hombres vendrá conmigo.

Señaló a su contramaestre, un gigante musculoso de rostro duro, desnudo desde cuello hasta el ancho cinturón de cuero, con aros de oro enlas orejas y un pañuelo carmesí anudado en la cabeza.

—Y mi ejecutor vendrá conmigo —gruñó Zarono.

Llamó a un enjuto lobo de mar cuyo rostro parecía una calavera cubierta de pergamino y que llevaba una cimitarra de dos manos apoyada sobre el huesudo hombro.

Conan se encogió de hombros.

—Como queráis. Seguidme.

Se pegaron a sus talones mientras tomaba el serpenteante sendero y subía al repecho. Se arracimaron a su alrededor cuando pasó a través de una hendidura en la pared más allá de este y se les escapó un silbido entre los dientes al ver los cofres reforzados en hierro que se apilaban a cada lado del corto trecho en forma de túnel.

—Un buen botín —dijo Conan, indiferente—. Sedas, encajes, trajes, adornos, armas... Un botín habitual de los mares del sur. Pero el auténtico tesoro está más allá de esa puerta.

La enorme puerta estaba medio abierta. Conan frunció el ceño. Recordaba haberla cerrado antes de dejar la caverna. Pero no dijo nada a sus ansiosos compañeros mientras la hacía a un lado y les dejaba contemplar el interior.

Estaban ante una amplia caverna iluminada por un extraño resplandor azul que brillaba a través de una densa neblina. Había una gran mesa de ébano en el centro, y en una silla tallada de respaldo alto y amplios brazos que quizá alguna vez estuvo en el castillo de algún barón zingario estaba sentada una figura gigantesca, fantástica, imponente. Ni más ni menos que Tranicos el Sanguinario, la enorme cabeza hundida en el pecho, una mano huesuda agarrada aún a un cáliz enjoyado en el que todavía resplandecía el vino; Tranicos con su sombrero lacado, su casaca bordada en oro con botones de pedrería que relucían en el resplandor azul, las botas altas y el tahalí dorado del que pendía una espada con empuñadura enjoyada en una vaina dorada.

A su alrededor, cada uno con la barbilla apoyada en el cuello adornado de encajes, se sentaban los once capitanes. El fuego azul creaba extraños efectos en ellos y en el gigantesco almirante; surgía de una joya enorme en una pequeña peana de marfil y arrancaba destellos de fuego helado de los montones de gemas de delicada talla que relucían frente a Tranicos. ¡El botín de Jemi, las joyas de Tothmekri! Las joyas cuyo valor era mayor que el del resto de las joyas conocidas

del mundo entero.

Los rostros de Zarono y Strom parecían pálidos en el resplandor azulado y, tras ellos, sus ayudantes se habían quedado con la boca abierta.

—Cogedlo —invitó Conan mientras se hacía a un lado.

Zarono y Strom pasaron con ansia más allá de él, empujándose el uno al otro en su prisa. Sus ayudantes les pisaban los talones. Zarono le dio una patada a la puerta y la abrió de par en par, pero se detuvo con un pie en el umbral al distinguir una figura en el suelo que había estado oculta hasta entonces por la puerta medio entornada. Era un hombre retorcido y tirado boca abajo, la cabeza oculta entre los hombros, la pálida faz contraída en una mueca de agonía y la garganta aferrada por sus propios dedos engarfiados.

—¡Galbro! —exclamó Zarono—. ¡Muerto! ¿Qué...? —Desconfiado, alargó la cabeza más allá del umbral, al interior de la niebla azulada que llenaba la caverna interior. Entre toses, gritó—: ¡Este humo es mortal!

No había acabado su grito y ya Conan se lanzaba con todo su peso contra los cuatro individuos en la puerta y tal como había planeado los empujaba hacia el interior de la caverna llena de humo, aunque no cayeron de bruces, tan solo se tambalearon. Tras ver el muerto y darse cuenta de la trampa habían empezado a retroceder, así que su violento empujón, si bien los hizo perder el pie, no obtuvo el resultado deseado. Strom y Zarono medio cayeron de rodillas en el umbral, el contramaestre tropezó contra ellos y el ejecutor rebotó contra la pared. Antes de que Conan pudiera llevar a cabo su despiadado propósito de lanzar a patadas a los cuatro al interior de la caverna y mantener la puerta cerrada hasta que la niebla venenosa hubiera hecho su trabajo, tuvo que dar media vuelta para defenderse de la embestida rabiosa del ejecutor, que fue el primero en recuperar el equilibrio y el juicio.

El bucanero falló una brutal estocada con su espada de verdugo. Al esquivarla Conan, la enorme hoja arrancó chispas azules de la pared de piedra. Al momento siguiente, la cabeza de aspecto cadavérico del ejecutor rodaba caverna abajo como resultado de la mordedura del chafarote de Conan.

En los escasos segundos que le llevó este acción, el contramaestre se puso en pie y cayó sobre el cimerio lanzando estocadas con un chafarote que habría derribado a un hombre menos fuerte. Ambas armas se encontraron en un tañido de acero que sonó ensordecedor en la estrecha caverna. Los dos capitanes retrocedieron arrastrándose a través del umbral, jadeantes y mareados, con el rostro amoratado y demasiado sofocados para gritar. Conan redobló sus esfuerzos en un intento por acabar con su enemigo y hacerse cargo de sus dos rivales antes de que se recuperasen del efecto del veneno. El contramaestre sangraba a cada paso, retrocedía ante las feroces embestidas de su oponente y empezó a llamar con desesperación a sus compañeros. Pero antes de que Conan pudiera dar el golpe final, los dos caudillos, jadeantes pero letales, entraron en liza espada en mano, graznando por sus hombres. El cimerio retrocedió y saltó hacia la repisa. No se sentía inferior a ninguno de los tres, por más que cada uno fuera un afamado espadachín, pero no deseaba verse atrapado por las tripulaciones que no tardarían en cargar sendero arriba ante el sonido de la batalla.

Aunque no llegaron tan rápido como esperaba. Estaban asombrados ante los sonidos y los gritos apagados que salían de la caverna sobre ellos, pero ninguno se atrevió a subir por el sendero, temerosos de acabar con una espada en la espalda. Cada bando miraba al otro con desconfianza, blandiendo las armas pero incapaces

de tomar una decisión, y aún dudaron cuando vieron al cimerio en la repisa. Mientras lo miraban, sin decidirse a montar las flechas, Conan echó a correr por los escalones tallados en la roca junto a la hendidura y se lanzó a la cima del peñasco, fuera de su vista.

Los capitanes salieron apresuradamente a la repisa, rabiosos y con las armas en ristre, y los hombres, al ver que sus caudillos no se acometían, dejaron de amenazarse unos a otros y se miraron con desconcierto.

—¡Perro! —gritó Zarono—. ¡Planeabas envenenarnos! ¡Traidor!

Conan se burló de ellos desde arriba.

—¿Y qué esperabais? Ambos pensabais degollarme en cuanto os hubiera llevado al tesoro. De no haber sido por ese idiota de Galbro os habría atrapado a los cuatro y estaría explicando a vuestros hombres que la prisa y el descuido habían sido la causa de vuestro aciago destino.

—Y con los dos muertos, habrías tomado mi barco y todo el botín —gritó Strom echando espumarajos.

—¡Sí! ¡Y lo mejor de vuestras tripulaciones! Me he pasado meses buscando la manera de volver a la civilización y esta era una buena oportunidad.

»Eran las huellas de Galbro las que vi en el sendero. Me pregunto cómo descubrió la cueva el muy idiota, o cómo esperaba llevarse todo el botín él solo.

—De no haber sido por su cuerpo habríamos ido de cabeza a una trampa mortal —murmuró Zarono, el moreno rostro aún ceniciento—. Ese humo azul era como dedos invisibles que destrozaban la garganta.

—Bueno, ¿qué vais a hacer? —gritó sarcásticamente su atormentador.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Zarono a Strom—. La caverna del tesoro está llena de esa niebla venenosa, aunque por alguna razón no pasa más allá del umbral.

—No podéis haceros con el tesoro —aseguró Conan con satisfacción desde su refugio—. Ese humo os estrangulará. Casi me pilla cuando entré allí. Escuchad, os contaré una leyenda que los pictos cuentan en sus cabañas cuando el fuego se va apagando. Una vez, hace mucho tiempo, doce extraños vinieron del mar y encontraron una cueva y la llenaron de oro y joyas; pero el chamán picto trenzó su magia y la tierra tembló y el humo salió de ella y los asfixió allí donde estaban sentados bebiendo vino. El humo, que se decía provenía del fuego del infierno, estaba confinado en la caverna por la magia del chamán. La leyenda ha ido pasando de tribu a tribu y todos los clanes evitan el lugar maldito.

»Cuando me arrastré aquí mientras escapaba de los Águilas, me di cuenta de que la antigua leyenda era cierta y se refería al viejo Tranicos y sus hombres. Un terremoto abrió una grieta en el suelo de la caverna mientras él y sus hombres bebían y de allí surgió una niebla proveniente de las profundidades de la tierra... Sin duda del infierno, tal como dicen los pictos. ¡La muerte es la guardiana del tesoro de Tranicos!

—¡Que vengan los hombres! —gritó Strom, lleno de rabia—. Subiremos y lo echaremos de ahí.

—No seas idiota —gruñó Zarono—. ¿Crees que alguien podría subir por esos asideros bajo la mordedura de su espada? Dejaremos aquí algunos hombres, sí, para coserlo a flechazos si se atreve a asomar. Pero vamos a hacernos con esas joyas. Tenía algún plan para conseguir el botín, o no habría traído treinta hombres para llevarlo. Si a él se le ocurrió, también a nosotros. Doblaremos un chafarote para hacer un garfio, lo ataremos a una cuerda, lo engancharemos a la pata de la

mesa y luego tiraremos de él hasta la puerta.

—¡Bien pensado, Zarono! —les llegó la voz burlona de Conan—. Justo lo que tenía en mente. Y, dime, ¿cómo vais a encontrar vuestro camino de vuelta al sendero que va a la playa? Anochecerá antes de que lleguéis si tenéis que abriros camino por la selva, y os seguiré y os iré matando uno por uno en la oscuridad.

—No es una fanfarronada —murmuró Strom—. Puede moverse y atacar en la oscuridad tan silencioso como un fantasma. Si nos da caza al volver, pocos sobreviremos para llegar a la playa.

—Entonces lo matamos aquí —dijo Zarono, rechinando los dientes—. Que algunos le disparen mientras otros escalan el risco. Si no le dan las flechas, lo alcanzará alguna de nuestras espadas. ¿Eh? ¿De qué se ríe?

—Es gracioso oír a los muertos tramar planes —les llegó la voz sombría y divertida de Conan.

—No le hagas caso —dijo Zarono con el ceño fruncido.

Luego alzó la voz y pidió a los piratas que se unieran a él y Strom en la repisa. Los marineros echaron a andar por el serpenteante sendero y uno de ellos abrió la boca para hacer una pregunta. Al mismo tiempo, se oyó un zumbido como el de una abeja enfurecida que acabó con un golpe seco. El bucanero boqueó y la sangre se derramó de su boca. Cayó de rodillas, agarrado a la negra flecha que sobresalía de su pecho. Un grito de alarma se extendió entre sus compañeros.

—¿Qué pasa? —gritó Strom.

—¡Pictos! —berreó un pirata mientras alzaba el arco y disparaba a ciegas.

A su lado un hombre gimió y cayó con el cuello atravesado por una flecha.

—¡Cubríos, idiotas! —aulló Zarono.

Desde su ventajosa posición divisó varias figuras pintadas que se movían entre los arbustos. Uno de los piratas que subía por el sendero cayó de espaldas, muerto. El resto se lanzó al suelo y buscó refugio entre las rocas que había al pie del risco. Lo hicieron de un modo torpe, pues no estaban acostumbrados a aquel modo de luchar. Las flechas silbaban desde los matorrales y rebotaban contra los peñascos. Los que habían llegado a la repisa estaban tumbados boca abajo.

—¡Estamos atrapados! —Strom tenía el rostro blanco. Era un hombre osado cuando estaba sobre cubierta, pero aquella guerra silenciosa y salvaje ponía a prueba sus nervios.

—Conan dijo que temían esta repisa —respondió Zarono—. Cuando caiga la noche los hombres pueden subir hasta aquí. Mantendremos la repisa. Los pictos no nos atacarán.

—¡Buen plan! —se burló Conan sobre ellos—. No irán risco arriba para pillaros, es cierto. Se limitarán a rodearos y a esperar a que muráis de hambre.

—Tiene razón —dijo Zarono, desesperado—. ¿Qué podemos hacer?

—Pactar con él —murmuró Strom—. Si alguien puede sacarnos de este apuro, es él. Tiempo tendremos de degollarlo después. —Alzó la voz y dijo—: Olvidemos nuestras pendencias de momento, Conan. Estás metido en esto tanto como nosotros. Baja y ayúdanos a escapar.

—¿Por qué? —replicó el cimerio—. No tengo más que esperar a que se haga de noche, descender por el otro lado del risco y perderme en la selva. Puedo arrastrarme a través de la línea que los pictos han tendido alrededor de la colina y volver al fuerte y decir que los salvajes os han matado a todos... cosa que no tardará en pasar. —Zarono y Strom, pálidos, intercambiaron una mirada—. ¡Pero no lo haré! —rugió—. No porque tenga el menor aprecio por vosotros, perros, sino

porque un blanco no deja a otros blancos, aunque sean sus enemigos, para que los masacren los pictos.

La negra y despeinada cabeza del cimerio apareció sobre la cima del risco.

—Prestad atención. Ahí abajo hay solo unos pocos. Antes, mientras me reía de vosotros, los vi deslizarse desde los matorrales. Si hubiera sido una partida numerosa, todos los que estaban al pie del risco estarían ya muertos. Diría que no es más que un grupo de jóvenes de pies ligeros enviados como avanzadilla de la partida de guerra principal, para cortaros el camino a la playa. Estoy seguro de que un nutrido grupo de guerreros viene ahora mismo hacia aquí.

»Han establecido un perímetro alrededor del lado occidental del risco, pero diría que no hay muchos en el lado oriental. Voy a bajar por ahí y me escabulliré por el bosque hasta estar a sus espaldas. Mientras tanto, deslizaos por el sendero y uníos a los vuestros junto a las rocas. Decidles que preparen los arcos y desenvainen las espadas. Cuando me oigáis gritar, echad a correr hacia los árboles de la parte occidental del claro.

—¿Y el tesoro?

—¡Al cuerno con el tesoro! Tendremos suerte si salimos de aquí con la cabeza sobre los hombros.

La cabeza de melena negra se desvaneció. Trataron de captar algún sonido que les indicara que Conan reptaba por el muro oriental, casi vertical, y descendía hasta el suelo, pero no oyeron nada. Tampoco se oía el menor sonido procedente de la selva. No cayeron más flechas sobre las rocas tras las que se ocultaban los marineros, pero todos sabían que eran escrutados con paciencia asesina por ojos negros y feroces. Con mucho cuidado, Strom, Zarono y el contramaestre empezaron a descender por el serpenteante sendero. Estaban a mitad de camino cuando las flechas negras empezaron a silbar a su alrededor. El contramaestre gimió y se derrumbó ladera abajo, con un proyectil en el corazón. Las flechas rebotaban contra los yelmos y las armaduras de los caudillos mientras se arrastraban frenéticos por las escaleras. Llegaron al fondo en un amasijo alborotado y se tiraron entre las peñas, jadeantes y sin aliento.

—¿Será otra trampa de Conan? —se preguntó Zarono entre maldiciones.

—No, podemos fiarnos de él—afirmó Strom—. Estos bárbaros viven bajo un código de honor muy estricto y Conan jamás abandonaría a gente de su mismo color a manos de una horda asesina de otra raza. Nos ayudará contra los pictos, aunque luego tenga intención de matarnos él mismo. ¡Escucha!

Un grito estremecedor rasgó el silencio. Venía de la selva al oeste de ellos y, casi a la vez, un objeto saltó de entre los árboles, cayó contra el suelo y rodó entre botes hacia las rocas. Era una cabeza humana, el rostro horriblemente pintado congelado en una última mueca de agonía.

—¡La señal de Conan! —rugió Strom.

Los desesperados filibusteros se pusieron en pie como una ola y echaron a correr hacia los árboles.

Las flechas zumbaban entre los arbustos, pero lo hacían de un modo apresurado y errático y solo tres de los piratas cayeron. Luego, los salvajes hombres del mar se sumergieron más allá de la linde del bosque y cayeron sobre las figuras pintadas que los esperaban en la penumbra. A esto le siguió un instante letal de jadeos, esfuerzos feroces, combate cuerpo a cuerpo, chafarotes partiendo hachas y pies calzados con botas pisoteando cuerpos desnudos, hasta que los pies descalzos echaron a correr entre los matorrales en apresurada huida mientras los

supervivientes de aquella breve matanza abandonaban el campo dejando siete cuerpos pintarrajeados tendidos inmóviles sobre las hojas manchadas de sangre que alfombraban el terreno. A lo lejos en la espesura se oyó ruido de golpes, que cesó justo antes de que Conan apareciera a su lado, sin sombrero lacado, con la casaca hecha jirones y el chafarote goteante en la mano.

—¿Y ahora? —jadeó Zarono.

Sabía que la carga había tenido éxito solo porque el inesperado ataque de Conan en la retaguardia de los pictos había desmoralizado a los salvajes y no les había permitido retroceder ante la acometida. Pero lanzó un atajo de maldiciones cuando Conan ensartó con el chafarote el cuerpo de un bucanero que se retorcía en el suelo con la cadera destrozada.

—No podemos llevarlo con nosotros —gruñó el cimerio—. Y no le haríamos ningún favor dejándolo aquí para que los pictos lo capturasen. ¡Vámonos!

Se pegaron a sus talones mientras echaba a correr entre los árboles. De haber estado solos habrían luchado durante horas por abrirse paso entre la espesura antes de encontrar el sendero que iba a la playa, y eso en caso de haberlo encontrado. El cimerio los guio con la misma seguridad que si siguiera un sendero luminoso, y los piratas estallaron en gritos de alivio histérico cuando dieron de pronto con el camino que iba hacia el oeste.

—¡Idiota! —Conan posó la manaza en el hombro de un pirata que estaba punto de echar a correr y lo devolvió al grupo—. ¡Te reventará el corazón y caerás antes de que hayas dado mil pasos! Aún estamos lejos de la playa. Tómalo con calma. Quizá tengamos que ir a la carrera en el tramo final. Así que conservad el resuello. Vámonos.

Se lanzó por el camino con paso decidido y los lobos de mar fueron tras él al mismo ritmo.

El sol rozaba las olas del océano occidental. Tina permanecía en la ventana desde la que Belesa había contemplado la tormenta.

—El crepúsculo convierte el océano en sangre —dijo—. La vela de la carraca parece una mancha blanca en las aguas carmesíes. La selva ya está cubierta por las sombras.

—¿Y los marineros de la playa? —preguntó Belesa con languidez. Se reclinaba en un diván con los ojos cerrados y las manos enlazadas detrás de la cabeza.

—Ambos campamentos preparan la cena —dijo Tina—. Acarrean leña de naufragio para encender las hogueras. Les oigo gritarse entre sí… ¿Qué es eso?

La súbita tensión en el tono de la niña hizo que Belesa se incorporase en el diván. Tina se agarró al marco de la ventana con el rostro blanco.

—¡Escucha! ¡Es como el aullido lejano de muchos lobos!

—¿Lobos? —Belesa se puso el pie, el corazón encogido de miedo—. Los lobos no van en manadas en esta estación…

—¡Mira! —gritó la niña mientras señalaba—. ¡Salen hombres corriendo del bosque!

Al momento Belesa estaba a su lado, contemplando asombrada a las figuras empequeñecidas por la distancia que salían de la selva.

—¡Los marineros! —jadeó—. ¡Con las manos vacías! Veo a Zarono… a Strom…

—¿Dónde está Conan? —susurró la niña.

Belesa meneó la cabeza.

—¡Escucha! ¡Escucha! —gimió la niña, agarrada a ella—. ¡Los pictos!

Todos los del fuerte podían oírlo ahora, un extenso aullido de enloquecida exaltación y sed de sangre que salía de las entrañas de la oscura selva. Aquel sonido espoleó los pies del exhausto grupo que corría hacia la empalizada.

—¡Rápido! —jadeaba Strom, el rostro convertido en una máscara de cansancio y esfuerzo—. Casi nos pisan los talones. Mi barco...

—Demasiado lejos para llegar a él —resopló Zarono—. A la empalizada. Mira, los que están acampados en la playa nos han visto.

Agitó los brazos en una pantomima jadeante, pero los que estaban en la playa lo entendieron y se dieron cuenta del significado de aquel salvaje aullido que crecía como un crescendo triunfal. Los marineros abandonaron las hogueras y las cazuelas y echaron a correr hacia la puerta de la empalizada. Se metían por ella justo cuando los fugitivos del bosque doblaban la esquina sur y se lanzaban hacia la puerta, un grupo frenético, agitado y medio muerto de agotamiento. La puerta se cerró y aseguró a una velocidad inusitada, y los marineros empezaron a subir a las plataformas de tiro para unirse a los hombres de armas que ya estaban allí.

Belesa se enfrentó a Zarono.

—¿Dónde está Conan?

El bucanero señaló con un pulgar hacia la oscura selva; su pecho se estremecía y el sudor resbalaba a mares por su rostro.

—Teníamos a los exploradores pictos pisándonos los talones antes de llegar a la playa. Se quedó a matar unos cuantos para darnos alguna ventaja.

Se dirigió cojeando hacia la plataforma, donde ya estaba Strom. Valenso también se encontraba allí, una figura sombría envuelta en su capa, extrañamente silencioso y huraño. Parecía que lo hubieran embrujado.

—¡Mirad! —aulló un pirata por encima del griterío ensordecedor de la horda invisible.

Un hombre emergía de la selva y corría como el viento por la playa.

—¡Conan! —sonrió Zarono, lobuno—. Estamos a salvo en la empalizada y sabemos dónde está el tesoro. No hay razón para no ensartarlo de un flechazo.

—¡No! —Strom detuvo su brazo—. Necesitaremos su espada. ¡Mira!

Tras el veloz cimerio, una horda salvaje surgió de entre los árboles, aullando sin dejar de correr. Pictos desnudos, cientos y cientos de ellos. Sus flechas llovían alrededor del cimerio. Unos pasos más y Conan por fin alcanzó el muro oriental de la empalizada, dio un enorme salto, se agarró a las puntas de los troncos y se aupó con el chafarote entre los dientes. Las flechas se clavaron certeras justo donde acababa de estar hacía un momento. Su resplandeciente casaca había desaparecido y la camisa blanca estaba hecha trizas y ensangrentada.

—¡Detenedlos! —rugió mientras ponía el pie en el interior—. ¡Si escalan el muro estamos perdidos!

Piratas, bucaneros y soldados respondieron al instante y una tormenta de flechas y virotes cayó sobre la horda. Conan vio a Belesa con Tina agarrada de la mano y dejó escapar unos cuantos juramentos.

—Vete a la mansión —ordenó en el acto—. Sus flechas pasarán más allá del muro... ¿Qué te decía? —Una flecha negra se clavó en el suelo a los pies de Belesa y se sacudió como la cabeza de una serpiente, Conan agarró un arco largo y se acercó a la plataforma—. ¡Unos cuantos preparad antorchas! —rugió por encima del clamor de la batalla—. ¡No podemos combatirlos en la oscuridad!

El sol se había puesto en un amasijo sanguinolento. En la bahía, los

tripulantes de la carraca habían levado anclas y la *Mano Roja* retrocedía con rapidez hacia el horizonte carmesí.

## 7
## Los habitantes de la selva

Había caído la noche, pero las antorchas se extendían por la playa e iluminaban la demencial escena de un modo espeluznante. Un enjambre de hombres pintados ocupaba la playa; se estrellaban como olas contra la empalizada, los dientes apretados y los ojos resplandecientes como fogatas a la luz de las antorchas que se habían lanzado más allá del muro. Plumas de tucán, halcón y cormorán se agitaban en las negras melenas. Unos pocos guerreros, los más salvajes y bárbaros, lucían dientes de tiburón entrelazados en sus negros rizos. Las tribus del litoral se habían reunido a lo largo de toda la costa hasta donde alcanzaba la vista, empeñados en echar a los invasores de piel blanca de sus tierras. Se lanzaban contra el fuerte precedidos de una lluvia de flechas y arrancaban con los dientes las flechas y los virotes disparados desde la empalizada que desgarraban sus carnes. A veces llegaban tan cerca de la muralla que golpeaban el portón con las hachas de guerra y arrojaban las lanzas por las troneras. Pero una y otra vez, la marea retrocedía sin poder rebasar la empalizada, dejando tras ella un poso de muertos. Los bucaneros estaban en su elemento en aquel tipo de lucha. Sus flechas y virotes abrían huecos en la horda a la carga y sus chafarotes arrojaban fuera a los salvajes que intentaban escalar la empalizada. Mas una y otra vez los hombres de los bosques volvían a la matanza con la feroz tozudez que les era innata.

—¡Son como perros enloquecidos! —jadeó Zarono, sin dejar de cortar manos morenas que se agarraban a la empalizada y rostros oscuros que gruñían en su dirección.

—Si podemos aguantar hasta el amanecer se desanimarán —gruñó Conan mientras abría en dos un cráneo con precisión profesional—. No saben mantener un asedio prolongado. ¡Mira, se retiran!

La carga retrocedía y los defensores se limpiaron el sudor de los ojos, contaron los muertos y secaron las empuñaduras de las espadas, empapadas de sangre. Como lobos sedientos de sangre a los que de pronto se les escapaba una presa acorralada, los pictos se replegaron hasta más allá del anillo de antorchas. Solo quedaron los cuerpos de los muertos frente a la empalizada.

—¿Se han ido? —Strom meneó la cabellera húmeda y apelmazada. El chafarote que blandía estaba mellado y rojizo y su musculoso brazo, salpicado de sangre.

—Aún están por ahí.

Conan señaló hacia la oscuridad que circundaba el anillo de antorchas, más oscura aún a causa de la luz. Vislumbró movimiento entre las sombras; ojos que relucían y el brillo opaco del acero.

—Tardarán un tiempo en volver, me parece —dijo—. Poned centinelas en la muralla y que el resto beba y coma. Ya ha pasado la medianoche. Hemos estado combatiendo durante horas sin descanso.

Los caudillos descendieron de la empalizada y llamaron a sus hombres. Se dispuso un centinela en el centro de cada muro y en cada uno de los puntos cardinales, y se dejó un grupo de soldados en el portón. Para alcanzar el muro, los

pictos tenían que cargar por un amplio espacio iluminado por antorchas y los defensores podían volver a sus lugares mucho antes de que los atacantes alcanzasen la empalizada.

—¿Dónde está Valenso? —quiso saber Conan, que sentado junto al fuego que habían encendido en el centro del complejo roía un hueso de ternera. Los piratas, los bucaneros y los sirvientes se mezclaban entre sí, atiborrándose de carne y cerveza que traían las mujeres y dejando que les vendasen las heridas.

—Desapareció hacia una hora —gruñó Strom—. Estaba luchando en el muro a mi lado y de pronto se detuvo y miró hacia las tinieblas como si hubiera divisado un fantasma. «¡Mira!», graznó. «¡El demonio negro! ¡Lo veo! ¡Ahí, en medio de la noche!». Creo que vi una figura que se movía entre las sombras, demasiado alta para ser un picto. Pero fue poco más que un atisbo y desapareció enseguida. Sin embargo, Valenso saltó de la empalizada y echó a correr hacia la mansión como si estuviera malherido. No lo he visto desde entonces.

—Seguramente vio un diablo del bosque —dijo Conan imperturbable—. Los pictos dicen que las costas están llenos de ellos. Me preocupan más la flechas incendiarias. Me parece que los pictos acabarán por usarlas antes o después. ¿Qué es eso? Parecía un grito de socorro.

Cuando la lucha se detuvo, Belesa y Tina se arrastraron hacia la ventana, de la que se habían apartado por miedo a la flechas. Contemplaron en silencio a los hombres reunidos alrededor de la hoguera.

—No hay suficientes guardias en la empalizada —dijo Tina.

A pesar de las náuseas que le daba la visión de los cadáveres despatarrados a lo largo de la empalizada, Belesa no pudo evitar echarse a reír.

—¿Crees que sabes más de guerras y asedios que los filibusteros? —la reprendió con dulzura.

—Tendría que haber más hombres en la muralla —insistió la niña—. ¿Y si vuelve el hombre negro?

Belesa se estremeció ante el pensamiento.

—Tengo miedo —murmuró Tina—. Espero que maten a Strom y a Zarono.

—¿Y a Conan, no? —preguntó Belesa, intrigada.

—Conan no nos haría daño —respondió la niña con convicción—. Vive de acuerdo a su código de honor bárbaro, pero los otros han perdido todo honor.

—Eres muy lista para tu edad, Tina —dijo Belesa, con la vaga intranquilidad que siempre le causaba la precocidad de la niña.

—¡Mira! —Tina se quedó rígida—. ¡El centinela de la muralla sur ha desaparecido! Lo vi en el parapeto hace un momento, pero ya no está.

La empalizada de la muralla sur apenas era visible desde la ventana por encima de los tejados inclinados de un grupo de cabañas paralelas al muro en casi toda su extensión. Una especie de pasillo abierto por arriba, de tres o cuatro varas de ancho, corría entre la empalizada y la parte trasera de las cabañas alzadas en una fila ininterrumpida. En las cabañas vivían los siervos.

—¿Adónde ha ido el centinela? —susurró Tina, intranquila.

Belesa miraba uno de los extremos de la fila de cabañas, no muy lejano a la puerta lateral de la mansión. Estaba segura de haber visto una figura en sombras saliendo de detrás de las cabañas y desapareciendo por la puerta. ¿Por qué había desaparecido el centinela? ¿Por qué había dejado su puesto y se había metido

furtivamente en la mansión? En realidad, no creía que hubiera visto al centinela, y un miedo innominado le heló la sangre.

—¿Dónde está el conde, Tina? —preguntó.

—En el gran salón, señora. Está solo, sentado en la mesa, envuelto en su capa y bebiendo vino sin parar, con el rostro tan gris como la muerte.

—Ve y dile lo que hemos visto. Seguiré mirando desde la ventana, no vayan a atacar los pictos el muro sin vigilancia.

Tina se fue trotando y Belesa oyó que sus pies se deslizaban por el pasillo y llegaban a la escalera. De pronto sonó un grito de terror tan absoluto que el corazón de Belesa casi se detuvo al oírlo. Estaba fuera de la habitación y corría por el pasillo antes de darse cuenta de que se había puesto en movimiento. Corrió escaleras abajo... y se detuvo petrificada.

No gritó como Tina. Era incapaz de moverse o hacer el menor ruido. Vio a Tina y fue consciente de que sus pequeñas manos se aferraban frenéticas a ella. Pero aquella imagen era lo único que tenía sentido en una escena extraída de una pesadilla de oscuridad, locura y muerte, dominada por una sombra monstruosa y antropomórfica que extendía los brazos recortados contra un resplandor infernal, espeluznante.

En la empalizada, Strom menó la cabeza ante la pregunta de Conan.

—No oigo nada.

—¡Yo sí! —Los salvajes instintos de Conan se pusieron en alerta. Estaba tenso y sus ojos resplandecían—. Vino del muro sur, más allá de esas cabañas.

Desenvainó el chafarote y echó a andar hacia la empalizada. Desde el complejo no eran visibles ni el muro sur ni el centinela allí destacado, ocultos ambos por las cabañas. Strom siguió al cimerio, impresionado por su comportamiento. Justo al llegar al espacio abierto entre las cabañas y el muro, Conan se detuvo, cauteloso. La zona estaba mal iluminada por las antorchas que había en cada esquina de la empalizada. A mitad de camino de aquel pasillo natural se veía una sombra achaparrada en el suelo.

—¡Bracus! —maldijo Strom. Echó a correr y se puso de rodillas junto al cuerpo —. ¡Por Mitra, lo han degollado de oreja a oreja!

Conan barrió la zona con una rápida mirada y comprobó que no había nadie más que él, Strom y el muerto. Echó un vistazo por una tronera. Nadie se movía dentro del anillo de antorchas que rodeaba el fuerte.

—¿Quién puede haber hecho esto? —se preguntó.

—¡Zarono! —Strom se puso en pie, furioso como un gato salvaje, el pelo erizado y el rostro convulso—. ¡Ha hecho que sus ladrones apuñalen a mi gente por la espalda! ¡Pretende acabar conmigo a traición! ¡Maldición! ¡Me atacan desde dentro y desde fuera!

—¡Espera! —Conan alzó una mano, tratando de detenerlo—. No creo que Zarono...

Pero el enloquecido pirata se lo quitó de encima y echó a correr entre maldiciones hacia la fila de cabañas. Conan fue en pos suyo, también maldiciendo. Strom iba directo hacia la hoguera junto a la que se veía el cuerpo alto y enjuto de Zarono, que trasegaba una jarra de cerveza.

Su asombro fue total cuando le apartaron violentamente la jarra de la mano. Con el peto salpicado de espuma dio media vuelta para enfrentarse al rostro del

capitán pirata, distorsionado por la furia.

—¡Puerco asesino! —rugió Strom—. ¿Eres capaz de matar a mis hombres por la espalda mientras están luchando por tu asqueroso pellejo tanto como por el mío?

Conan se apresuró en su dirección mientras alrededor de los dos capitanes los hombres dejaban de comer y beber y se miraban sin comprender qué ocurría.

—¿De qué hablas? —escupió Zarono.

—Has enviado a tu gente a apuñalar a los míos en sus puestos! —gritó el enloquecido barachano.

—¡Mentira!

El odio ardiente estalló en una llama repentina. Con un aullido incoherente, Strom desenvainó su chafarote y lanzó un tajo a la cabeza del bucanero. Zarono interceptó el golpe con el acorazado brazo izquierdo. Las chispas saltaron mientras retrocedía y echaba mano a la espada.

De pronto, los dos capitanes se acometieron como locos, las hojas flameando y brillando a la luz de la hoguera. Las tripulaciones reaccionaron al instante y sin pensarlo. Se oyó un sonoro rugido cuando piratas y bucaneros desenvainaron las espadas y cayeron unos sobre otros. Los que estaban en el muro abandonaron sus puestos y saltaron al interior de la empalizada, armas en mano. En un parpadeo, el complejo se había convertido en un campo de batalla en el que grupos entrelazados y ondulantes se acometían y golpeaban en ciego frenesí. Algunos de los soldados y siervos se vieron arrastrados a la confusa maraña, y los vigías en la puerta dieron media vuelta y miraron asombrados hacia el interior, olvidándose por completo del enemigo que acechaba afuera.

Sucedió todo tan rápido, las pasiones soterradas estallaron en una llamarada tan súbita, que se luchaba por todo el complejo antes de que Conan hubiera alcanzado a los enloquecidos caudillos. Sin hacer caso de sus espadas, los separó con tal violencia que se tambalearon y Zarono tropezó y cayó de bruces.

—¡Condenados idiotas! ¿Es que queréis morir?

Strom echaba espumarajos enloquecidos y Zarono pedía ayuda a gritos. Un bucanero se acercó a Conan por la espalda y le lanzó un tajo a la cabeza. El cimerio se volvió a medias y le agarró el brazo, deteniendo el golpe en medio del aire.

—¡Idiotas! ¡Mirad! —rugió, señalando con la espada.

Algo en su tonó captó la atención de la multitud enloquecida. Se quedaron completamente inmóviles, las espadas alzadas, Zarono sobre una rodilla, y luego giraron el rostro. Conan señalaba a un soldado sobre la plataforma. Se tambaleaba con las manos engarfiadas en el aire, tratando inútilmente de gritar. De pronto cayó al suelo y todos pudieron ver la flecha negra que sobresalía entre sus hombros.

Un grito de alarma recorrió la fortaleza. Pegado a sus talones oyeron un clamor de aullidos que helaba la sangre y el impacto aplastante de las hachas contra la puerta. Flechas incendiarias pasaron más allá del muro y se clavaron en los maderos, y jirones de humo azulado se retorcieron hacia lo alto. De pronto, tras las cabañas que se extendían por el muro sur vieron varias figuras veloces y furtivas que corrían por el complejo.

—¡Los pictos han entrado! —rugió Conan.

Aquello se convirtió en un caos sin control. Los filibusteros dejaron de luchar entre sí y algunos dieron media vuelta para enfrentarse a los salvajes mientras

otros subían al muro. Los pictos salían de detrás de las cabañas y se desparramaban por el complejo; las hachas se enfrentaron contra los chafarotes de los marinos.

Zarono intentaba ponerse en pie cuando un salvaje pintarrajeado le saltó por detrás y le abrió la cabeza de un hachazo. Conan combatía a los pictos con un puñado de marineros a su espalda dentro de la empalizada, mientras que Strom, con la mayoría de sus hombres, se subía a las plataformas y atacaba a las oscuras siluetas que escalaban el muro como un enjambre. Los pictos, que se habían arrastrado inadvertidos y habían rodeado el fuerte mientras los defensores peleaban unos con otros, atacaban por todas partes. Los soldados de Valenso se agruparon en la puerta, intentando defenderla contra una jauría aullante de demonios enloquecidos.

Más y más salvajes surgían de detrás de las cabañas, tras haber escalado el desguarnecido muro sur. Strom y sus piratas se vieron obligados a retroceder por el otro lado de la empalizada y al instante el complejo bulló de guerreros desnudos. Caían sobre los defensores como lobos y la batalla se fragmentó en varios remolinos de figuras pintarrajeadas que se arracimaban alrededor de pequeños grupos de desesperados hombres blancos. El suelo estaba alfombrado de pictos, marineros y soldados, pisoteados una y otra vez. Guerreros pintados con sangre entraban aullando en las cabañas, y los gritos que surgían del interior, donde mujeres y niños caían bajo las hachas rojas, se sobrepusieron al clamor de la batalla. Los soldados abandonaron la puerta al oír aquellos gritos lastimeros, y al instante los pictos irrumpieron también por aquel punto. Las cabañas empezaron a arder.

—¡A la mansión! —rugió Conan.

Una docena de hombres lo siguió mientras se abría paso sin piedad a través de la confusa manada. Strom estaba junto a él. Sujetaba el chafarote como un mayal.

—No podemos defender la mansión —gruñó el pirata.

—¿Por qué?

Conan estaba demasiado ocupado con su sangrienta tarea para molestarse en mirar.

—Porque... ¡ah! —Un cuchillo empuñado por una mano morena se hundió en la espalda del barachano—. ¡El diablo te devore, bastardo! —Strom se dio la vuelta y le abrió la cabeza al salvaje; luego, giró y cayó de rodillas, escupiendo sangre—. ¡La mansión está en llamas! —graznó antes de caer de bruces contra el suelo.

Conan echó un rápido vistazo a su alrededor. Los que lo habían seguido yacían empapados en su propia sangre. El picto que exhalaba su aliento final a los pies del cimerio era el último del grupo que se había interpuesto en su camino. A su alrededor la batalla seguía, cada vez más feroz, pero de momento estaba solo. No estaba muy lejos del muro sur; unos pasos más y podría saltar entre el humo y perderse en la noche. Pero recordó a las indefensas muchachas que quedaban en la mansión... de la que ahora surgía el fuego en densas oleadas.

Corrió hacia la casa.

Un jefe emplumado salió por la puerta con el hacha de combate en alto mientras a espaldas del cimero convergían varias hordas de salvajes. No se detuvo ni un segundo. Con un veloz movimiento hacia abajo del chafarote interceptó el hacha y partió el cráneo de su oponente. Acto seguido cruzó y atrancó la puerta, contra la que golpeaban sin cesar las hachas de los pictos.

El gran salón estaba cubierto de densos girones de humo en los que se internó

a tientas, medio cegado. En alguna parte se oía el llanto de una mujer y sus sollozos histéricos y aterrados le pusieron los pelos de punta. Conan emergió de un remolino de humo y se detuvo en seco, la vista clavada en el otro extremo del salón.

El humo lo oscurecía y lo poblaba de sombras; el candelabro de plata estaba volcado con las velas apagadas, y la única iluminación era un resplandor fantasmagórico procedente de la enorme chimenea y de la pared en la que esta estaba, allí donde las llamas lamían el suelo ardiente y las humeantes vigas. Proyectada contra aquel infernal resplandor, Conan divisó una silueta humana que se balanceaba lentamente al extremo de una soga. Mientas el cuerpo giraba, el rostro muerto se volvió hacia él, distorsionado hasta lo irreconocible. Pero Conan supo que se trataba de Valenso, colgado de sus propias vigas.

Pero había algo más en el salón y Conan pudo verlo a través del humo serpenteante; una silueta negra y monstruosa recortada contra el resplandor del fuego. Su apariencia era vagamente humana, pero no había nada antropomórfico en la sombra que proyectaba en el salón en llamas.

—¡Crom! —musitó Conan, horrorizado al darse cuenta de que se hallaba frente a un ser contra el que su espada no le serviría de nada. Vio a Belesa y a Tina, que se abrazaban acurrucadas al pie de la escalera.

El monstruo negro se incorporó y pareció crecer recortado contra el fuego; extendió los enormes brazos y un rostro macabro, semihumano, demoniaco, horripilante, acechó a través del humo. Conan vio perfectamente los cuernos, la boca entreabierta y las orejas puntiagudas mientras avanzaba hacia él desde el humo, y en medio de la desesperación, un antiguo recuerdo despertó en su memoria.

Junto al cimerio había un enorme banco de plata tallada, que un día había formado parte del esplendor del castillo de Korzetta. Conan lo agarró y lo alzó sobre la cabeza.

—¡Plata y fuego! —aulló con una voz como un tornado mientras lanzaba el banco con toda la fuerza de sus músculos de acero.

Se estrelló directamente contra el masivo pecho negro, cien libras de plata lanzadas a una velocidad vertiginosa. Ni siquiera aquel demonio negro podía resistir la embestida de tal proyectil; perdió el equilibrio, lanzado con violencia contra la chimenea que era como una rugiente boca en llamas. Un grito horrísono sacudió el salón, el aullido de algo ultraterreno atrapado de pronto por el mundo y la muerte. La chimenea colapsó y los enormes bloques de piedra cayeron y medio ocultaron las negras y retorcidas extremidades que las llamas devoraban con una ferocidad primigenia. Del techo caían las vigas en llamas y se amontonaban sobre las piedras mientras el conjunto quedaba envuelto por un rugiente estallido de fuego.

Las llamas se acercaban ya a la escalera cuando Conan consiguió llegar a esta. Levantó con un brazo a la niña, casi desmayada, y con el otro obligó a Belesa a ponerse de pie. En medio del crujir y crepitar del fuego se oían los golpes de las hachas que hacían astillas la puerta de entrada.

Miró a su alrededor, vio una puerta frente al descansillo de la escalera y corrió hacia allí, llevando a Tina y medio arrastrando a una aturdida Belesa. Cuando llegaron a la habitación que estaba al otro extremo, se oyó un estrépito que indicaba que el techo del salón había cedido. A través de una sofocante cortina de humo, Conan divisó a un lado una puerta abierta que daba al exterior.

Mientras lanzaba la carga que acarreaba por ella, vio los goznes rotos, el cerrojo reventado y la puerta caída hecha astillas como si una fuerza terrible la hubiera destruido.

—¡El hombre negro vino por esta puerta! —sollozó histéricamente Belesa—. Lo vi... pero no sabía...

Salieron a la fortaleza iluminada por el fuego, a pocos pasos de la línea de cabañas del muro meridional. Un picto de ojos enrojecidos se agazapaba junto a la puerta con el hacha alzada. Conan apartó del golpe a la muchacha que llevaba en brazos y atravesó el pecho salvaje con el chafarote; luego agarró a Belesa y echó a correr hacia el muro cargando con ambas jóvenes.

El recinto estaba lleno de nubes de humo que ocultaban casi por completo la sangrienta lucha que tenía lugar allí, pero a pesar de ello, los fugitivos fueron detectados. Cuerpos desnudos, negros contra el sombrío resplandor, surgieron de entre el humo blandiendo las hachas relucientes. Estaban a unos pasos del cimerio cuando este se escondió en el espacio que había entre las cabañas y el muro. Al otro extremo del corredor vio otras figuras que corrían entre aullidos para cortarle el paso. Se paró en seco, arrojó sobre la plataforma primero el cuerpo de Belesa y después el de Tina, y luego saltó tras ellas. Cogió a Belesa y la lanzó por encima de la empalizada, dejándola caer sobre la arena, y después hizo lo mismo con Tina. Un hacha arrojada con fuerza se incrustó en un tronco al lado de su hombro, y al instante siguiente, él saltó también el muro y recogió a las aturdidas y desvalidas muchachas. Cuando los pictos llegaron a la empalizada, el espacio que había enfrente estaba vacío, salvo por los cadáveres.

## 8
## Un pirata regresa al mar

El amanecer pintaba las sombrías aguas con un matiz de rosa viejo. A lo lejos sobre las teñidas aguas asomaba por entre la niebla una mancha blanca, una vela que parecía suspendida del cielo color perla. Sobre un promontorio cubierto de arbustos, el cimerio sostenía una raída capa sobre un fuego de madera verde. Mientras manipulaba la capa, nubes de humo ascendían, temblaban recortadas contra el resplandor del amanecer y se desvanecían.

Belesa se arrastró a su lado, con un brazo alrededor de Tina.

—¿Crees que lo verán y lo entenderán?

—Lo verán de sobra —le aseguró—. Han estado recorriendo la costa toda la noche, buscando supervivientes. Están muertos de miedo. Solo queda una docena de ellos y ninguno sabe navegar lo bastante bien para salir de aquí e irse a las Baracha. Entenderán mis señales; es un código pirata. Les digo que sus capitanes y todos los marineros están muertos y que vengan a la costa y nos lleven a bordo. Saben que sé navegar y estarán encantados de servir bajo mi mando. No tienen otro remedio, soy el único capitán que les queda.

—¿Y si los pictos ven el humo?

Se estremeció mientras contemplaba las arenas brumosas y los matorrales varias leguas al norte, entre los que se alzaba una columna de humo en el aire tranquilo.

—No creo que lo vean. Después de ocultaros en el bosque me deslicé hacia allí y los vi sacando barriles de vino y de cerveza de los almacenes. Buena parte de

ellos ya se tambaleaba. Estarán todos demasiado borrachos para moverse. Si tuviera cien hombres podría eliminarlos a todos. ¡Mira! Un cohete de la *Mano Roja*. Eso significa que vienen a por nosotros.

Conan pisoteó el fuego hasta apagarlo, le tendió la capa a Belesa y se estiró como un enorme gato que se desperezase. Belesa lo contemplaba maravillada. Su aspecto imperturbable no era fingido; ni la noche de sangre, fuego y matanza ni la huida posterior a través de la negra selva habían hecho mella en sus nervios. Estaba tan tranquilo como si se hubiera pasado toda la noche de jarana. Belesa no tenía miedo alguno de él; se sentía más segura de lo que se había sentido nunca desde que había tomado tierra en aquella costa agreste. No era como los filibusteros, gente civilizada que había renunciado a cualquier asomo de honor y vivían sin él. Conan, por el contrario, vivía de acuerdo al código de su pueblo; era un código bárbaro y sangriento, pero al menos se mantenía a la altura de sus propios estándares de honor.

—¿Crees que está muerto? —dijo con aparente indiferencia.

Conan no le preguntó de quién hablaba.

—Eso creo. La plata y el fuego son mortales para los espíritus malignos, y acabó con el vientre lleno de las dos cosas.

Ninguno volvió a tocar el tema. La mente de Belesa se abrumaba solo con pensar en aquella figura negra agazapada en el gran salón y en la venganza aplazada durante tanto tiempo que por fin había consumado de forma horrenda.

—¿Qué vas a hacer cuando vuelvas a Zingaria? —preguntó Conan.

Ella meneó la cabeza con desesperación.

—No lo sé. No tengo dinero ni amigos. No me han educado para ganarme la vida. Quizá habría sido mejor que una de esas flechas me hubiese atravesado el corazón.

—No digas eso, señora —suplicó Tina—. Yo trabajaré para las dos.

Conan sacó una bolsita de cuero de su cinturón.

—No conseguí las joyas de Tothmekri —murmuró—, pero aquí tienes algunas chucherías que saqué del mismo cofre que las ropas que llevo. —Derramó un puñado de brillantes rubíes en la palma de la joven—. Valen una fortuna. —Volvió a guardarlos en la bolsita y se la tendió a ella.

—No puedo aceptarlos… —empezó a decir.

—Claro que puedes. Lo mismo me habría dado dejar que los pictos te cortaran la cabellera que llevarte a Zingaria para que te mueras de hambre —dijo—. Sé lo que es estar sin blanca en tierras hibóreas. A veces hay hambrunas en mi país, pero la gente solo pasa hambre cuando no hay nada de comer en todo el territorio. Sin embargo, en los países civilizados he visto a gente engullir hasta matarse mientras otros pasaban hambre. Sí, he visto a gente caerse y morir de hambre junto a tiendas y almacenes rebosantes de comida. También pasé hambre alguna vez, pero me las apañé para conseguir lo que quería a punta de espada. Tú no sabes hacer eso, así que te quedarás con los rubíes. Puedes venderlos y comprar un castillo, esclavos y ropas de calidad y no te será difícil encontrar un marido gracias a ello. A los hombres civilizados les gustan las mujeres ricas.

—Pero, ¿y tú?

Conan sonrió y señaló la *Mano Roja*, que se acercaba poco a poco hacia la costa.

—Todo lo que necesito es un barco y una tripulación. En cuanto ponga el pie en la cubierta tendré lo primero y en cuanto llegue a las Baracha, lo segundo. Los

**miembros de la Hermandad Roja estarán ansiosos de navegar conmigo, saben que siempre les consigo buenos botines. En cuanto te haya dejado a ti y a la niña en la costa de Zingaria, les enseñaré a esos perros cómo se saquea. ¡No, no, nada de gracias! ¿Qué es para mí un puñado de joyas comparado con el botín que me espera en los mares del sur?**

# EL ESTANQUE DEL NEGRO

*«Hacia el oeste ignoto las naves han zarpado*
*una y otra vez desde tiempos olvidados».*
*Con manos muertas Skelos lo escribió.*
*Léelo ahora, si tienes tú valor.*
*Ve en pos de las naves,*
*quebrados esqueletos.*
*Ve en pos de las naves,*
*envueltas en silencio.*

## 1

**Sancha, natural de Kórdava, bostezó con delicadeza, estiró con lascivia las largas piernas y se tendió cuan larga era en la toldilla cubierta de seda ribeteada de armiño de la carraca. Era vagamente consciente de que la tripulación, del combés al castillo de proa, no le quitaba la vista de encima y seguía cada movimiento suyo con ojos febriles y ardientes, igual que sabía que el exiguo manto de seda apenas ocultaba nada de su voluptuosa figura. Así que sonrió con insolencia y se dispuso a arrebatarles unos cuantos guiños más antes de que el sol, cuyo disco dorado asomaba apenas sobre el océano, la deslumbrara.**

**Un sonido que no era el crujido del maderamen, el repiqueteo de las maromas ni el lamido de las olas llegó a sus oídos en aquel preciso instante. Se sentó, la vista fija en la borda sobre la que en aquel momento saltaba una figura chorreante. Sus oscuros ojos se abrieron de par en par y los rojos labios formaron una O de sorpresa. El intruso le era totalmente desconocido. El agua chorreaba en arroyuelos desde los enormes hombros y los macizos brazos. Solo llevaba puestos unos amplios pantalones de brillante seda carmesí, que estaban totalmente empapados, igual que lo estaba el ancho cinturón de hebilla dorada y la espada envainada que pendía de él. Erguido junto a la borda, el sol naciente recortaba su silueta haciéndolo parecer una gigantesca estatua de bronce. Se pasó los dedos por la empapada melena negra y los ojos azules relampaguearon cuando los posó en la joven.**

**—¿Quién eres? —quiso saber ella—. ¿De dónde has salido?**

**Él señaló hacia el mar en un gesto que abarcó un cuarto de circunferencia sin que los ojos azules se apartaran del esbelto cuerpo.**

**—¿Eres un tritón, visto que has surgido de las profundidades? —preguntó ella. A pesar de que estaba acostumbrada a la admiración, se sentía confusa ante lo directo de su mirada.**

**Antes de que él pudiera responder, se oyó el ruido de unos pies veloces en la cubierta y el dueño de la carraca se quedó mirando al desconocido, los dedos contraídos alrededor de la empuñadura de la espada.**

**—¿Quién demonios eres, rufián? —preguntó en tono hostil.**

**—Soy Conan —dijo el otro sin perder la calma. Sancha estaba pendiente de cada palabra. Nunca había oído hablar el zingario con un acento como el del desconocido.**

**—¿Y cómo has abordado mi nave? —preguntó el capitán, desconfiado.**

**—Nadando.**

**—¡Nadando! —exclamó el capitán, furioso—. ¿Me estás tomando el pelo, perro? Estamos muy lejos de cualquier costa. ¿De dónde sales?**

**Conan señaló hacia el este con un brazo tostado y fuerte, ribeteado en oro por el sol naciente.**

**—Vengo de las islas.**

**—¡Ajá! —El otro lo examinó, más interesado. Las cejas negras se estrecharon mientras entrecerraba los ojos y alzó el fino labio con desdén—. Así que eres unos de esos perros de las Baracha.**

**Una tenue sonrisa cruzó los labios de Conan.**

**—¿Sabes quién soy? —quiso saber su interrogador.**

**—Este barco es el *Derrochador*. Así que supongo que eres Zaporavo.**

**—¡Así es! —Que el desconocido supiese quien era halagaba la vanidad del capitán. Era alto, tanto como Conan, aunque más delgado. Enmarcado en un morrión de acero, su rostro era cetrino, saturnino y rapaz, de ahí que los hombres lo llamaran Halcón. Su armamento y vestimenta eran lujosos y recargados, como correspondería a un noble zingario. Nunca apartaba mucho la mano de la empuñadura de la espada.**

**La mirada que le echó a Conan no fue muy benévola. Poco afecto hay entre los renegados zingarios y los forajidos que infestan las Islas Baracha al sur de la costa de Zingaria. Estos últimos eran en su mayoría naturales de Argos, con algunos elementos dispersos de otras nacionalidades. Eran el azote de la navegación y asolaban las ciudades costeras de Zingaria… al igual que lo hacían los bucaneros zingarios, con la diferencia de que estos intentaban dignificarse haciéndose llamar filibusteros, mientras calificaban de piratas a los barachanos. No eran los primeros ni serían los últimos en darle un baño de oro al nombre de ladrón.**

**Algo de eso pasó por la mente de Zaporavo mientras jugaba con la empuñadura de la espada y miraba con el ceño fruncido a su inesperado invitado. Conan no le daba la menor pista de lo que pensaba; permanecía de pie con los brazos cruzados con la misma tranquilidad que si estuviera en su propia cubierta. En sus labios había una sonrisa y su mirada era confiada.**

**—¿Y qué haces aquí? —preguntó de pronto el filibustero.**

**—Me pareció lo más prudente abandonar la reunión de Tortage antes de que saliera la luna esta pasada noche —respondió Conan—. Me fui en un bote que hacía agua y me tiré toda la noche remando y achicando. Vi tus velas al amanecer, así que deje que esa miserable bañera se hundiese; iría más rápido por mis propios medios.**

**—Hay tiburones en estas aguas —gruñó Zaporavo, y no le gustó demasiado el encogimiento de hombros que obtuvo por respuesta. Un vistazo al combés le mostró una cortina de rostros ansiosos con la vista clavada en lo alto. A una palabra suya desencadenaría sobre la popa una tormenta de espadas que acabaría incluso con un guerrero tan experimentado como parecía el desconocido—. ¿Por qué debería perder mi tiempo en cada vagabundo anónimo que me mandan las olas? —gruñó Zaporavo, cuyo aspecto y modales eran incluso más insultantes que sus palabras.**

—Un barco siempre puede usar un buen marinero —respondió su interlocutor sin alterarse.

Zaporavo frunció el ceño, pues sabía que aquello era cierto. Dudó un instante y, al hacerlo, perdió su barco, su liderazgo, su chica y su vida. Claro que no podía ver lo que le deparaba el futuro y para él Conan no era más que otro vagabundo que le habían mandado las olas, tal como él mismo había dicho. No le gustaba, pero tampoco había hecho nada para provocarlo. Sus modales no eran insolentes, solo algo más confiados de lo que a Zaporavo le gustaba.

—Trabajarás por tu sustento —gruñó el Halcón—. Largo de la popa. Y recuerda, mi voluntad es la única ley que existe.

La sonrisa pareció ensancharse en los finos labios de Conan. Sin vacilación, pero sin ninguna prisa, dio media vuelta y descendió al combés. No volvió a mirar a Sancha, quien no le había quitado la vista de encima durante la breve conversación, pendiente de cada palabra.

Cuando Conan descendió al combés, la tripulación se arremolinó a su alrededor. Zingarios todos ellos, con coloridos ropajes de seda manchados de alquitrán y joyas resplandecientes en los pendientes y las empuñaduras de los puñales. No veían llegado el momento de practicar el siempre honorable deporte de bautizar al novato. Era su modo de ponerlo a prueba y decidir su futura posición entre la tripulación. Sobre la popa, Zaporavo se había olvidado en apariencia del extranjero, pero Sancha no apartaba la vista, el cuerpo tenso de interés. Aquel tipo de ceremonias no le eran desconocidas y sabía que el bautismo sería brutal y seguramente sangriento.

Pero su conocimiento de las costumbres del mar era una minucia comparado con el de Conan, quien sonrió a medias mientras entraba en el combés y divisaba las figuras amenazadoras que se arracimaban truculentas a su alrededor. Se detuvo y observó el círculo con expresión inescrutable, sin mostrar señales de inquietud. Aquellos asuntos se regían por un código. Si hubiera atacado al capitán, toda la tripulación se le habría lanzado al cuello, pero le darían una oportunidad contra aquel que habían seleccionado para ponerlo a prueba.

El hombre elegido para la tarea dio un paso al frente; era un bruto peludo con un fajín anudado alrededor de la cabeza como si fuera un turbante, de mandíbula sobresaliente y expresión maligna en el rostro cubierto de cicatrices. Miraba, se movía y se pavoneaba de un modo insultante. Empezó la pelea de un modo tan primitivo, crudo y tosco como él mismo.

—Así que barachano, ¿eh? —masculló—. ¿No es ahí donde crían a los hombres como perros? En la Hermandad les escupimos ¡así!

Escupió a Conan a la cara y echó mano a la espada.

El movimiento del barachano fue demasiado rápido para seguirlo. Su puño se estrelló con un terrible impacto en la mandíbula de su ofensor y el zingario se vio catapultado por el aire y cayó hecho un guiñapo al pie de la borda.

Conan se volvió a los demás. Aparte de un brillo ensoñador en la mirada, su aspecto no había variado. Pero el bautismo terminó tan rápido como había empezado. Los marineros alzaron a su compañero; la mandíbula, destrozada, estaba desencajada y la cabeza le colgaba en una postura antinatural.

—¡Por Mitra, le ha roto el cuello! —exclamó un truhan de barba negra.

—Los filibusteros tenéis los huesos frágiles —se rio el pirata—. En las Baracha ni notamos golpes como esos. ¿Alguno quiere que crucemos los aceros? ¿No? Entonces supongo que somos amigos.

Fueron muchos los que se apresuraron a decirle que así era. Varios brazos tostados por el sol echaron el cadáver por la borda, y una docena de aletas cortó el agua mientras este se hundía. Conan se echó a reír y extendió los poderosos brazos como un gato gigantesco que se estuviera desperezando mientras echaba una ojeada a la cubierta superior de popa. Sancha se apoyaba en la borda, los rojos labios entreabiertos, los negros ojos relucientes de interés. El sol a sus espaldas enmarcaba su esbelta figura contra el tenue manto, que transparentaba a contraluz. La sombra ceñuda de Zaporavo se le cruzó delante y una mano posesiva y pesada cayó sobre el delicado hombro. La mirada que le lanzó al individuo del combés era amenazadora y cargada de significado. Conan sonrió, como si conociera un chiste que los demás ignorasen.

Zaporavo cometió el error que cometen muchos tiranos. Aislado en la sombría atalaya de la popa, subestimó al hombre a sus pies. Había tenido la oportunidad de matar a Conan y la había dejado pasar, perdido en sus propios pensamientos sombríos. Para él era casi inconcebible que los perros a sus pies representaran la menor amenaza. Había estado en lo alto tan a menudo y había derribado a tantos enemigos que asumía inconscientemente que estaba por encima de las maquinaciones de rivales a los que veía como inferiores.

Conan se cuidó mucho de provocarlo. Se mezcló con la tripulación y vivió y se divirtió como uno más. Demostró ser un marino habilidoso y, con diferencia, el hombre más fuerte que habían visto nunca. Hacía el trabajo de tres y era siempre el primero en ofrecerse para cualquier tarea peligrosa o pesada. Sus compañeros no tardaron en confiar en él. No provocaba peleas y ellos se guardaban de hacer lo propio. Apostaba y jugaba con ellos, poniendo su espada y su cinturón como prendas, y los desplumaba tanto de su dinero como de sus armas, solo para devolvérselos enseguida con una carcajada. Sin darse cuenta, la tripulación empezaba a verlo como el líder del castillo de proa. No soltaba prenda sobre qué lo había llevado a huir de las Baracha, pero la idea de que tenía que haber sido algo realmente terrible para que aquellos salvajes lo exiliaran aumentaba el respeto que los fieros filibusteros sentían por él. Siempre era imperturbablemente cortés con Zaporavo y los oficiales, jamás insolente ni servil.

Hasta el más obtuso se daba cuenta del contraste entre el capitán, duro, taciturno y ceñudo, y el pirata de risa borrascosa y fácil, que rugía canciones obscenas en media docena de lenguas, trasegaba cerveza como una esponja y, al menos en apariencia, nunca pensaba en el mañana.

De haber sabido Zaporavo que lo estaban comparando, aunque fuera inconscientemente, con un simple marinero, se habría quedado boquiabierto de indignado asombro. Pero estaba ocupado en sus cavilaciones, que se habían ido volviendo más lúgubres y oscuras a medida que los años pasaban; también lo estaba con sus vagos sueños de grandeza y, por supuesto, con la joven cuya posesión le producía un placer amargo, como eran todos sus placeres.

En cuanto a ella, no apartaba la vista del gigante de melena negra que sobresalía de sus camaradas tanto en el trabajo como en el esparcimiento. Él jamás le dirigía la palabra, pero no había confusión posible en lo directo de su mirada. Sancha la interpretaba correctamente y se pregunta si se atrevería a embarcarse en el juego peligroso de incitarlo.

No había pasado mucho tiempo desde los palacios de Kórdava, pero era como si todo un mundo la separase de la vida que había vivido antes de que Zaporavo la arrancase entre gritos de la carabela en llamas que sus lobos habían abordado.

Ella, la hija malcriada y mimada del Duque de Kórdava, no tardó en aprender lo que significaba ser el juguete de un bucanero. Era lo bastante flexible para ceder sin romperse, y se las había arreglado para sobrevivir donde otras habrían muerto. Como era joven y llena de vida, fue capaz de encontrar placer en aquella existencia.

La vida era algo incierto, engañoso, lleno de aguzados contrastes de batallas, pillajes, asesinatos y huidas. Las rojas visiones de Zaporavo la hacían incluso más insegura que la del filibustero corriente. Nadie sabía qué tramaría a continuación. Habían dejado atrás las costas conocidas y se habían adentrado cada vez más en aquel vacío ignoto y ondulante que los marinos solían evitar; desde el principio de los tiempos, las naves que se habían internado en él no se habían vuelto a ver. Las tierras conocidas estaban a sus espaldas y, día tras día, lo único que abarcaba su vista era la inmensidad ondulante y azul. Allí no había botín de ningún tipo, ni ciudades que saquear ni barcos que quemar. La tripulación murmuraba, aunque se cuidaban de que sus murmullos llegasen a oídos de su implacable amo, que vagaba por popa día y noche, sombrío y majestuoso, estudiaba minuciosamente antiguas cartas y mapas amarilleados por el tiempo, o leía volúmenes que no eran más que masas crujientes de pergamino medio roído por los gusanos. A veces hablaba con Sancha, y a ella le parecía que lo hacía de un modo febril, de continentes perdidos e islas fabulosas que yacían dormidas entre la espuma azulada de bahías ignotas, donde dragones cornudos guardaban tesoros reunidos por reyes prehumanos en tiempos remotos.

Sancha le escuchaba sin prestar verdadera atención, abrazada a sus esbeltas rodillas; sus pensamientos estaban lejos de las palabras de su adusto compañero y giraban alrededor del bien proporcionado gigante de bronce cuya risa era tan borrascosa y elemental como el viento marino.

Tras varias semanas divisaron tierra hacia el oeste y anclaron al amanecer en una ensenada poco profunda, frente a una playa que parecía una cinta blanca que señalase la frontera de las lomas cubiertas de hierba y de verdes árboles. El viento traía el aroma de la vegetación fresca y de las especias, y Sancha batía las palmas de contento ante la perspectiva de aventurarse por la costa. Pero su entusiasmo se convirtió en rabieta cuando Zaporavo le ordenó quedarse a bordo hasta que la hiciera llamar. El pirata nunca explicaba sus órdenes, así que ella desconocía el motivo para aquello, como no fuera el demonio que llevaba dentro y que a menudo le hacía mortificarla sin motivo alguno.

Así que se quedó en la popa, dando paseítos malhumorados y viendo a los marineros remar en dirección a la costa por aquellas aguas tranquilas que resplandecían como jade líquido a la luz del amanecer. Los vio arremolinarse en la arena, desconfiados y con las armas dispuestas, mientras algunos se internaban entre los árboles que bordeaban la playa. Se dio cuenta de que entre ellos iba Conan. Era imposible confundir su alta y bronceada figura o sus elásticos pasos. Los marineros murmuraban que en realidad no era un hombre civilizado, sino un cimerio, uno de esos salvajes tribales que moraban en las grises colinas del lejano norte y cuyas incursionas causaban terror en sus vecinos meridionales. Desde luego, ella había notado algo en él, una especie de vitalidad extrema, algo bárbaro y salvaje que lo diferenciaba claramente de sus compañeros.

El eco era la única respuesta que obtenían sus voces en la orilla, lo cual tranquilizó a los bucaneros. El grupo se deshizo y se dispersaron por la playa en busca de fruta. Vio que algunos trepaban a los árboles y agarraban algo y la boca

se le hizo agua. Dio una patada al suelo con su menudo pie y lanzó un juramento que no habría desentonado entre sus blasfemos compañeros.

Los que estaban en la costa habían encontrado fruta, en efecto, y se estaban dando un atracón; al parecer encontraban especialmente apetitosa una fruta desconocida de piel dorada. Zaporavo no buscó ni comió fruta. Los exploradores no habían encontrado el menor indicio de hombres o bestias en las cercanías, y él se quedó mirando hacia el interior, a las amplias extensiones de lomas cubiertas de hierba que se solapaban unas con otras. De pronto soltó un par de palabras, se ajustó el cinturón y echó a andar hacia los árboles a grandes zancadas. Su primer oficial intentó convencerlo de que no fuera solo, pero recibió un salvaje golpe en la boca por respuesta. Zaporavo tenía sus motivos para querer ir solo. Deseaba averiguar si aquella isla era la mencionada en el misterioso Libro de Skelos, la misma en la que, según ciertos anónimos sabios, extraños monstruos vigilaban criptas llenas de jeroglíficos tallados en oro. De serlo, tenía sus propias y turbias razones para no compartir sus conocimientos con nadie, especialmente con su tripulación.

Sancha, que escrutaba ansiosa desde la popa, lo vio desvanecerse entre la espesura. Vio también a Conan, el barachano, dar media vuelta, echar un rápido vistazo a los hombres esparcidos por la playa y luego seguir la misma dirección que Zaporavo y, como él, desvanecerse entre los árboles.

Aquello despertó la curiosidad de la joven. Espero a ver si volvían, pero no fue así. Los marineros seguían yendo de un lado a otro de la playa, y algunos vagaban por la isla. Muchos se habían tumbado a la sombra a echar una siesta. A medida que pasaba el tiempo se fue poniendo más nerviosa. El sol caía casi a plomo pese al baldaquín que tapaba la cubierta de popa. Hacía calor y todo estaba en calma, preñado de monotonía. Se sentía atraída por el fresco y umbrío misterio de la playa punteada de árboles y el prado veteado de vegetación a pocas varas de distancia de las tranquilas aguas azules. Más aún la intrigaba el enigma relativo a Zaporavo y Conan.

Conocía bien la pena por desobedecer las órdenes de su despiadado amo, así que permaneció sentada un buen rato, sin terminar de decidirse. Al fin concluyó que merecía la pena irse aún a riesgo de los latigazos de Zaporavo, así que se deshizo de sus finas sandalias de piel, se quitó la falda y se puso en pie, desnuda como había venido al mundo. Se aupó sobre la borda y se descolgó por las cadenas hasta el agua, para después nadar hacia la costa. Permaneció unos breves instantes en la playa meneándose mientras la arena le hacía cosquillas en los delicados dedos de los pies. Buscó a la tripulación, pero solo vio unos pocos marineros en la playa, a bastante distancia de ella. La mayoría se estaban quedando dormidos a la sombra de los árboles, sujetando entre los dedos pedazos dorados de fruta. Se preguntó cómo se habrían dormido tan rápido siendo como era de día.

Nadie la llamó mientras cruzaba la blanca franja de arena y se internaba bajo la sombra del bosque. Se dio cuenta de que los árboles crecían en grupos irregulares, y entre estos se extendían onduladas laderas cubiertas de hierba. A medida que avanzaba hacia el interior, siguiendo el camino de Zaporavo, quedó embelesada por el paisaje verde que se desplegaba delicadamente ante sus ojos, ladera tras ladera, cubiertas de verdoso césped y veteadas de arboledas. Entre las laderas había pequeñas pendientes, también cubiertas de hierba. Todo parecía fundirse entre sí, sin solución de continuidad entre un paisaje y el otro. Era una

vista curiosa, amplia y limitada al mismo tiempo. Sobre el paisaje caía un silencio ensoñador que parecía un encantamiento.

De pronto alcanzó la cima de una de las laderas, rodeada de elevados árboles, y la sensación ensoñadora se desvaneció de un modo abrupto al ver lo que yacía en la hierba enrojecida y pisoteada. Gritó sin querer y retrocedió, solo para seguir su camino, los ojos abiertos como platos y el cuerpo tembloroso.

Quien yacía sobre la hierba era Zaporavo, los ojos clavados en lo alto y una herida abierta en el pecho. Su espada estaba caída cerca de la mano inane. El halcón había atacado por última vez.

No se puede decir que la visión del cadáver de su antiguo amo dejase a Sancha impasible. No tenía motivos para amarlo, pero no pudo por menos que sentir esa emoción que cualquier mujer experimentaba al ver el cuerpo muerto del primer hombre que la había poseído. No lloró ni sintió necesidad de llorar, pero un fuerte temblor la sacudió y por un instante se le congeló la sangre, y tuvo que luchar para contener una oleada de histeria.

Miró a su alrededor en busca del otro hombre. No vio nada más allá del anillo de elevados gigantes del bosque, cubiertos de denso follaje, y las azuladas laderas que se extendían tras ellos. ¿Acaso el asesino del filibustero se había alejado a rastras, moribundo a su vez? No se veía rastro alguno de sangre.

Perpleja, se precipitó hacia los árboles de alrededor, quedándose quieta de repente al percibir entre las hojas esmeralda una agitación que no parecía producida por el viento. Echó a andar hacia los árboles mientras escrutaba la densa espesura.

—¿Conan? —llamó, curiosa. Su voz sonaba discordante y diminuta en medio de aquel silencio vastísimo que de pronto parecía cargado de tensión.

Empezaron a temblarle las rodillas a medida que un pánico innominado se deslizaba por su cuerpo.

—¡Conan! —gritó ahora con desesperación—. ¡Soy yo, Sancha! ¿Dónde estás? Conan, por favor…

Se le quebró la voz y una horrorizada incredulidad dilató sus ojos castaños. Un grito inarticulado se escapó de sus labios. Estaba paralizada; sentía la urgencia atroz de echar a correr, pero no podía moverse. Tan solo podía aullar sin palabras.

## 2

Cuando Conan vio que Zaporavo se adentraba a solas en el bosque sintió que había llegado la ocasión que estaba esperando. No había comido las frutas ni se había unido al jolgorio de sus compañeros; toda su atención estaba enfocada en el capitán bucanero. Acostumbrada al carácter de Zaporavo, su tripulación acogió sin sorpresa la decisión de este de explorar sin compañía una isla desconocida y tal vez hostil. Concentrados en su propio placer no se dieron cuenta de que Conan se deslizaba como una pantera al acecho tras el capitán.

El bárbaro tenía clara su ascendencia sobre la tripulación, pero también sabía que, sin haber participado aún en un abordaje, no se había ganado el derecho de retar al capitán a un duelo a muerte. En aquellas aguas desiertas no había tenido la oportunidad de probar su valía de acuerdo a la ley de los filibusteros. La tripulación se le pondría en contra como un solo hombre si se lanzaba sobre el

capitán. Pero sabía también que si mataba a Zaporavo sin que lo supieran la tripulación descabezada no mantendría su lealtad a un cadáver. En aquella manada de lobos solo contaban los vivos.

Así que siguió a Zaporavo con la espada en la mano y la avidez en el corazón, hasta que llegó a una cima plana rodeada de árboles a través de los cuales distinguía un paisaje de loma tras loma que se perdía en la azulada distancia. Zaporavo, que se dio cuenta de que lo seguían, se dio media vuelta en el claro con la mano en el cinturón.

—¡Por qué me has seguido, perro? —preguntó entre juramentos.

—¿Necesitas preguntarlo, idiota? —respondió Conan entre risas mientras se acercaba rápidamente al que había sido su capitán. Una sonrisa curvaba sus labios y un resplandor salvaje bailaba en sus ojos.

Zaporavo desenvainó la espada con una maldición. Los aceros entrechocaron cuando el bárbaro se lanzó hacia él sin tomar precauciones, la espada convertida en un remolino de fuego azul sobre la cabeza.

Zaporavo era veterano de mil combates en mar y en tierra. No había nadie en el mundo más versado en el arte de la esgrima. Pero nunca se las había visto con una hoja blandida por músculos criados más allá de las fronteras de la civilización. Su habilidad con la espada se veía anulada por una velocidad cegadora y una fuerza imposible en un hombre civilizado. La forma de luchar de Conan era heterodoxa y se movía de un modo tan instintivo y espontáneo como un lobo gris. Las filigranas de la esgrima eran tan inútiles contra aquella furia primitiva como lo habría sido la habilidad de un pugilista humano contra la arremetida de una pantera.

Zaporavo luchaba como nunca había luchado, usando hasta la última onza de sus fuerzas para detener la hoja que centelleaba como un relámpago junto a su cabeza. Bloqueó a la desesperada un golpe tremendo casi junto a la empuñadura de la espada, y sintió que el brazo se le quedaba insensible a causa del impacto. A aquel terrible tajó lo siguió al instante una estocada con un empuje tan atroz que la punta atravesó como si fueran de papel la cota de malla y las costillas, clavándose en el corazón que protegían. Los labios de Zaporavo se estremecieron de forma fugaz a causa del dolor, pero taciturno hasta el final, no emitió el menor sonido. Estaba muerto antes de que su cuerpo cayera desmadejado sobre la hierba pisoteada, salpicada de gotas de sangre que relucían como rubíes a la luz del sol.

Conan limpió de sangre la espada de una sacudida, sonrió sin disimular su satisfacción, se estiró como si fuera un gato gigantesco… Y se envaró de repente, la expresión de placer del rostro sustituida por una mirada de desconcierto. Permaneció inmóvil como una estatua, con la espada en la mano.

Al apartar la mirada de su derrotado enemigo los ojos se habían posado distraídamente en los árboles a su alrededor y el paisaje más allá. Había divisado algo increíble y fantástico, inexplicable. En la cima redondeada de una ladera lejana se alzaba un individuo desnudo, negro y alto que llevaba al hombro a otro, blanco e igualmente desnudo. Aquella aparición se desvaneció tan rápido como había aparecido y dejó al bárbaro jadeando de sorpresa.

Conan miró a su alrededor, examinó con desconfianza el sendero por el que había venido y escupió una maldición. Se sentía desconcertado y algo intranquilo, si tal cosa se podía decir de alguien de su temple. Como si de algún modo una imagen fugaz, irreal e inquietante se hubiera introducido en un paisaje por lo demás real, si bien exótico. No dudaba ni de sus ojos ni de su cordura y sabía que

había visto algo extraño e inverosímil. La imagen de una silueta negra corriendo por las colinas con un cautivo blanco a cuestas resultaba insólita por sí misma, por no mencionar la estatura antinatural de la figura.

Meneó la cabeza, indeciso, y echó a andar hacia el lugar en el que había visto aquello. No se planteó lo prudente de su proceder; la curiosidad era demasiado intensa para ignorarla.

Cruzó ladera tras ladera, todas cubiertas de césped y con pequeñas arboledas. El camino iba en general en ascenso, independientemente de las subidas y bajadas de cada loma, monótonas y regulares. La colección de remates redondeados y pequeñas pendientes resultaba desconcertante y parecía interminable, pero al fin llegó a lo que parecía la cumbre más alta de la isla, donde se detuvo ante la visión de las murallas y torres de color verde que justo hasta ese momento se habían confundido con el resto del paisaje. Ni su aguzada vista las había logrado distinguir.

Dudó un instante, acarició la espada y siguió caminando impulsado por la curiosidad. No vio a nadie mientras se acercaba al pasaje rematado en arco que se abría en la curvada muralla. No había puerta alguna. Atisbó con cautela y vio lo que parecía un amplio patio cubierto de hierba rodeado por un muro de aquella sustancia verde y translúcida. Varios arcos se abrían en él. Lo cruzó caminando de puntillas y eligió al azar uno de los arcos, que lo llevó a un patio similar. Sobre el muro interior de este distinguió los pináculos de unas extrañas estructuras en forma de torre. Una de ellas se había construido o estaba adosada al patio en el que se encontraba y una amplia escalera llevaba hacia ella por el muro lateral. Mientras ascendía por ella no dejaba de preguntarse si todo aquello era real o se trataría tal vez de una pesadilla producida por el loto negro.

En lo alto de la escalera vio que estaba en una cornisa amurallada, o tal vez un balcón, no estaba seguro. Distinguía con más claridad los detalles de las torres, pero no les encontraba sentido alguno. Se dio cuenta, inquieto, de que era imposible que las hubieran erigido simples manos humanas. Había una pauta y una simetría en aquella arquitectura, pero era una simetría enloquecida, una pauta ajena a la cordura humana. En cuanto a la distribución del castillo, o de lo que fuese aquel lugar, vio lo suficiente para darse cuenta de que había numerosos patios, casi todos circulares, rodeados por muros y conectados unos con otros por distintos arcos. Al parecer se agrupaban todos ellos alrededor de las extrañas torres del centro.

Dio la espalda a las torres. Sobresaltado, se agachó tan rápido como pudo tras el parapeto del balcón, deslumbrado y maravillado.

La cornisa estaba más alta que el muro frente a ella, lo que le permitía contemplar el interior de otro patio cubierto de hierba. Al contrario que en los otros que había visto, el muro interior de este no era continuo, sino que se dividía en diferentes anaqueles o repisas llenas de objetos de pequeño tamaño cuya naturaleza no pudo determinar.

El muro no podía importarle menos en aquel momento. Su atención se centraba en el grupo de individuos que se agazapaban alrededor de un estanque oscuro y verdoso en medio del patio. Eran negros y estaban desnudos; parecían hombres, pero el más bajo de ellos, erguido, le habría sacado la cabeza y los hombros al alto pirata. Eran esbeltos, pero los músculos se marcaban con precisión y no había nada en ellos deforme o anormal, más allá de la sorprendente estatura. Sin embargo, incluso a aquella distancia, Conan notó lo diabólico de sus

**facciones.**

**Entre ellos, agachado y desnudo, se veía a un joven que el bárbaro reconoció como el grumete del *Derrochador*. Supuso que se trataba del cautivo que había visto que llevaban por las laderas cubiertas de hierba. Conan no había oído ruido alguno de lucha y no vio ahora manchas de sangre o heridas en los delgados brazos de ébano de los gigantes. Sin duda el muchacho se había apartado de sus compañeros y recorría el interior de la isla cuando lo capturó uno de los negros que acechaba emboscado. Conan los calificaba mentalmente de «negros» a falta de un término mejor, pero sabía por instinto que aquellas altas criaturas de ébano no tenían nada de humano, tal como él entendía el término.**

**No oyó sonido alguno. Los negros cabeceaban y se hacían gestos entre ellos, pero no parecía que hablasen, al menos con palabras. Uno de ellos, de cuclillas frente al encogido joven, sostenía en la mano lo que parecía una flauta. Se la llevó a los labios y sopló, aunque Conan no oyó nada. Pero el joven zingario sí que lo oyó, o al menos sintió algo, pues se encogió y empezó a temblar y a retorcerse como si sintiera dolor. Los espasmos de sus brazos empezaron a hacerse más regulares y no tardaron en volverse rítmicos. Los temblores se convirtieron en sacudidas que se transformaron en movimientos acompasados. El joven empezó a bailar como una cobra bajo el encantamiento de la flauta de un faquir. Se percibía un abandono desagradable, pero no había la menor alegría. Era como si la muda melodía de la flauta agarrase lo más profundo del alma del muchacho con dedos salaces y extrajera brutalmente de ella a borbotones hasta la menor expresión involuntaria de pasión oculta. Era un espasmo obsceno, una sacudida de lascivia; la destilación en contra de su voluntad de las ansias más secretas: el deseo sin placer, el dolor emparejado de forma atroz con la lujuria. Era como si desnudasen un alma y dejaran expuestos sus secretos más oscuros e inconfesables.**

**Incapaz de moverse, Conan no podía dejar de mirar, pese al asco y las nauseas que sentía. Aunque era tan elemental y sin dobleces como un lobo gris, no le eran ajenos los perversos secretos de las civilizaciones corruptas. Había vagado por las ciudades de Zamora y conocido a las mujeres de Shadizar la Perversa. Pero la vileza cósmica que sentía ahora trascendía la simple degeneración humana; estaba ante una rama perversa del árbol de la vida que se había desarrollada ajena al entendimiento de la humanidad. Lo que lo sobrecogía no eran las agónicas contorsiones y poses del destrozado joven, sino la obscenidad cósmica de aquellas criaturas capaces de traer a la luz los secretos abisales que duermen en las tinieblas insondables del alma humana y de extraer placer de la impúdica exhibición de cosas que no deberían insinuarse ni siquiera en por la peor de las pesadillas.**

**De pronto el torturador dejó la flauta a un lado y se incorporó, empequeñeciendo el cuerpo blanco que no dejaba de retorcerse. Agarró de forma brutal al joven por el cuello y un muslo, lo alzó y lo sumergió de cabeza en el estante verde. Conan vio el resplandor blanco del cuerpo desnudo entre las aguas verdosas, mantenido por su captor bajo la superficie. Los otros negros se movieron intranquilos, y Conan se agachó rápidamente tras el balcón, sin atreverse a alzar la cabeza, no lo fueran a ver.**

**Al cabo de un rato lo venció la curiosidad y atisbó con cuidado de nuevo. Los negros se dirigían por un arco a uno de los otros patios. Uno de ellos estaba colocando algo en una repisa en el muro más lejano, y Conan se dio cuenta de que era el que había estado torturando al muchacho. Era más alto que los demás y**

**llevaba una cinta enjoyada en la frente.**

**No había rastro alguno del joven zingario.**

**El gigante fue tras sus compañeros, y Conan vio que salían por el arco por él que él había entrado en aquel terrible castillo y se perdían a lo lejos por las verdes lomas en la misma dirección en la que el bárbaro había venido. No llevaban armas, pero estuvo seguro de que preparaban algo contra los filibusteros.**

**Mas, antes de ir a alertarlos, quería averiguar qué había sido del muchacho. Todo estaba tranquilo y le pareció que las torres y patios estaban desiertos, salvo por él mismo.**

**Descendió en silencio la escalera, cruzó el patio y atravesó el arco que daba al que los negros acababan de dejar. Al entrar comprendió por qué el muro le había parecido irregular. Habían tallado diversas repisas en él, que estaban ocupadas por miles de figuritas, la mayoría de color gris. No eran más largas que una mano humana y representaban diferentes hombres, tallados con tal habilidad que Conan no tuvo problema en distinguir las características raciales en ellas: rasgos típicamente zingarios, argóseos, ofirios, corsarios kushitas. Estos últimos eran de color negro, al igual que lo habían sido los modelos. Conan sintió una vaga inquietud al contemplar aquellas figuras mudas y ciegas, como si su imitación de la realidad fuera perturbadora de algún modo. Las tocó con cuidado, pero no fue capaz de dilucidar de qué material estaban hechas. Parecía hueso petrificado, pero no era capaz de imaginar qué sustancia petrificada se podría encontrar en las cercanías en cantidad suficiente para ser usada con tanta prodigalidad.**

**Se dio cuenta de que aquellas estatuillas que representaban etnias con las que estaba familiarizado estaban en los estantes superiores. En los más bajos había figuras que le resultaban extrañas. O bien eran fruto de la imaginación del artista o mostraban características raciales desaparecidas y olvidadas tiempo atrás.**

**Se acercó al plácido disco verde y contempló la superficie brillante. Era como mirar a través de un espeso cristal verde: la imagen era clara, pero parecía extrañamente ilusoria. De dimensiones modestas, era redondo como un pozo y lo ribeteaba un pretil de jade verde. Se inclinó para ver el fondo redondeado, pero no pudo discernir a qué profundidad estaba. Parecía increíblemente hondo y mirarlo lo hacía sentirse mareado, como si contemplase un abismo. Le asombraba ser capaz de ver el fondo, por más que este estuviera más allá de su alcance, increíblemente remoto, ilusorio, borroso, pero visible. A veces le parecía que un débil resplandor brillaba en las verdes profundidades, pero no estaba seguro. Resultaba evidente que el estanque estaba vacío, salvo por el agua brillante.**

**¿Dónde, en nombre de Crom, se había metido el muchacho al que habían ahogado de aquel modo brutal? Se incorporó con la mano en la espada y examinó de nuevo el patio. Su mirada se clavó en una de las repisas más altas, donde había visto que el negro depositaba algo. Un sudor frío cubrió de pronto la morena piel de Conan.**

**A regañadientes, como si un imán tirara de él, se acercó al resplandeciente muro. Aturdido por una sospecha demasiado horrible para expresarla en palabras, contempló la última figura de la repisa. El horrible parecido fue evidente enseguida. Petrificados, inmóviles, reducidos pero inconfundibles, los rasgos del muchacho zingario lo contemplaban ciegos. Conan retrocedió, estremecido en lo más hondo, y la espada se deslizó de su mano paralizada mientras miraba fijamente, con la boca abierta, aturdido ante aquel descubrimiento demasiado abisal y terrible para que su mente lo asimilara.**

**Pero el hecho era indiscutible. El secreto de las estatuillas había dejado de serlo, aunque tras él se agazapaba el secreto aún más oscuro y críptico de su creación.**

## 3

**Conan nunca llegó a saber cuánto tiempo había pasado absorto en aquellos mareantes pensamientos. Fue una voz la que lo sacó de su estupor, una voz femenina que gritaba cada vez más alto, como si su dueña se acercase. Conan reconoció la voz y su parálisis se desvaneció como por ensalmo.**

**Un rápido salto lo llevó a una de las estrechas repisas y se colgó de ella, apartando a un lado de una patada las imágenes que las ocupaban para poder asentar bien los pies. Un nuevo salto lo dejó colgado de lo alto del muro y mirando por encima. Era un muro exterior; estaba contemplando la verde pradera que rodeaba el castillo.**

**Un gigante negro corría por la herbosa llanura. Llevaba en el brazo una pataleante cautiva con la misma facilidad que un hombre hubiera llevado un niño revoltoso. Era Sancha, el negro pelo alborotado y ondulante, la piel aceitunada contrastando de forma abrupta contra el ébano brillante de su captor, quien se acercaba al arco exterior sin prestar la menor atención a sus pataleos y gritos.**

**En cuanto entraron, Conan saltó al pie del muro y se deslizó por el arco que se abría hacia el patio siguiente. Agazapado, contempló al gigante cuando este entraba en el patio del estanque con su agitada cautiva. Desde donde estaba lo vio con claridad.**

**La increíble simetría de cuerpo y brazos era más impresionante a aquella corta distancia. Músculos largos y redondeados se tensaban bajo la piel de ébano y Conan no tuvo la menor duda de que aquel monstruo podría haber descoyuntado a una persona. Las uñas de las manos le habrían servido de armas, pues eran largas como las garras de una bestia salvaje. El rostro era una máscara tallada en ébano. Los ojos leonados brillaban como si fueran de oro. Pero las facciones eran inhumanas; cada línea, cada rasgo, estaban cargados de una malignidad que trascendía la pura maldad humana. Aquella cosa no era humana, no podía serlo; había surgido a la vida de los fosos de una creación blasfema, una aberración del desarrollo evolutivo.**

**El gigante arrojó a Sancha a la hierba, y la joven se arrastró entre gritos de dolor y miedo. La criatura miró a su alrededor con suspicacia, y entrecerró los leonados ojos al posarlos en las figuritas volcadas y derribadas del muro. De pronto se detuvo, agarró a su cautiva por el cuello y la entrepierna y avanzó con determinación hacia el estanque verde. Conan saltó de su escondite y echó a correr por la hierba, veloz como un heraldo de la muerte.**

**El gigante se giró y sus ojos se incendiaron al ver al bronceado justiciero que se abalanzaba sobre él. En aquel breve momento de asombro, la feroz presa que mantenía sobre la joven se relajó y Sancha se deslizó de sus manos y cayó en la hierba. El ser abrió las garras y trató de sujetar a su atacante, pero Conan se agachó y le clavó la espada en la entrepierna. La criatura se desplomó como un árbol talado, desangrándose, y casi al instante, Conan sintió el abrazo frenético de Sancha, que pasó los brazos a su alrededor en un arrebato de terror, histeria y alivio.**

Lanzó una maldición mientras se libraba de la joven, pero su enemigo ya estaba muerto; los ojos leonados se habían vidriado y los brazos de ébano habían dejado de temblar.

—Oh, Conan —sollozó Sancha, agarrándose de nuevo a él—. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué son esos monstruos? Esto tiene que ser el infierno y eso era el diablo…

—Entonces el infierno necesita un nuevo diablo. —El bárbaro sonrió feroz—. Pero ¿cómo es que te capturaron? ¿Han tomado el barco?

—No lo sé. —Intentó limpiarse las lágrimas, buscó a tientas la falda y se dio cuenta de que no llevaba—. Bajé a la costa. Te vi seguir a Zaporavo y os seguí a los dos. Encontré luego a Zaporavo. ¿Lo…? ¿Fuiste tú quien…?

—¿Quién si no? —gruñó él—. ¿Qué más?

—Vi algo que se movía entre los árboles. —Se estremeció—. Creí que eras tú. Te llamé… Pero luego vi esa cosa negra agazapada como un mono entre las ramas, mirándome con lascivia. Fue como una pesadilla; no podía escapar, tan solo chillar. Luego, saltó del árbol y me agarró. ¡Oh, no, no! —Ocultó el rostro entre las manos y se estremeció de nuevo al recordar lo ocurrido.

—Bueno, mejor nos vamos de aquí —masculló él, cogiéndola por la muñeca—. Vamos, tenemos que advertir a la tripulación…

—La mayoría estaban dormidos en la playa cuando entré en la espesura —dijo ella.

—¿Dormidos? —exclamó él entre juramentos—. ¿Cómo, en nombre de los siete demonios del fuego y la perdición…?

—¡Escucha!

Se quedó inmóvil, temblorosa, convertida en la imagen misma del terror.

—¡Lo he oído! —replicó él—. ¡Un chillido! ¡Espera!

Trepó de nuevo por las repisas y examinó el claro. Una sarta de maldiciones que dejaron a Sancha boquiabierta se escapó de su boca. Las criaturas volvían, pero no venían solos ni con las manos vacías. Cada uno de ellos llevaba un inane cuerpo humano, algunos dos. Se trataba de los filibusteros, que colgaban de los brazos de sus captores, y, de no ser por algún movimiento o retorcimiento ocasional, Conan los hubiera dado por muertos. Les habían quitado las armas, pero no la ropa, y una de las criaturas llevaba sus espadas aún en las vainas, como una brazada de acero puntiagudo. De vez en cuando alguno de los marineros dejaba escapar un quejido, como un borracho que gritase en un sueño intranquilo.

Conan miró a su alrededor como un lobo acorralado. Tres arcos salían del patio del estanque. Los negros habían salido por el oriental y seguramente volverían por él. Él había entrado por el meridional y se había ocultado en el occidental. No le había dado tiempo a ver qué había más allá. Pese a su desconocimiento del trazado del castillo, no le quedaba más remedio que tomar ya una decisión.

Dando saltos frenéticos a lo largo del muro intentó volver a poner las estatuillas en su sitio y luego arrastró el cadáver de su víctima al estanque, donde lo arrojó. Se hundió casi al instante y Conan se dio cuenta enseguida de que empezaba a contraerse, a empequeñecer y endurecerse. Se apresuró a apartarse, estremeciéndose. Luego tomó a su acompañante del brazo y la llevó apresuradamente hacia el arco meridional, mientras ella no dejaba de preguntarle qué ocurría.

—Han capturado a la tripulación —respondió él con impaciencia—. No tengo plan alguno, así que tendremos que escondernos y ver qué pasa. Si no examinan el estanque quizá no sospechen que estamos aquí.

—¡Pero verán la sangre en la hierba!

—Quizá piensen que uno de ellos la derramó. De todos modos, no nos queda otra que arriesgarnos.

Se encontraban en el patio desde el que Conan había asistido a la tortura del muchacho y subieron con presteza las escaleras que daban a la muralla meridional. Luego se agacharon de forma que quedasen ocultos tras la balaustrada del balcón; no era un gran escondite, pero no tenían nada mejor.

Apenas se habían escondido cuando los negros regresaron al patio. El cuerpo de Conan se puso rígido, la mano en la espada, al oír un tintineo metálico al pie de las escaleras. Pero los negros cruzaron la arcada del lado sur y acto seguido se oyeron nuevos golpes y algunos gemidos. Sin duda estaban lanzando a sus víctimas sobre la hierba. Una risita histérica se escapó de los labios de Sancha, y Conan le tapó la mano con la boca, justo a tiempo para evitar que el sonido los delatase.

Pasado un rato oyeron el sonido de muchas pisadas en el prado bajo ellos, y después se hizo el silencio. Conan se aventuró a atisbar sobre el muro y vio que el patio estaba vacío. Los negros, en cuclillas, estaban de nuevo alrededor del estanque en el patio de al lado; no parecían prestar la menor atención a la sangre que manchaba la hierba y el pretil de jade del estanque. Estaba claro que las manchas de sangre les resultaban algo cotidiano. Tampoco examinaron el interior del estanque, ocupados en sus propios e incompresibles asuntos. El negro más alto de nuevo tocaba las flautas doradas mientras sus compañeros lo escuchaban como si fuesen estatuas de ébano.

Conan tomó a Sancha de la mano e inició el descenso por las escaleras, medio agachado para que su cabeza no fuese visible por encima del muro. La temblorosa muchacha lo siguió a regañadientes, aterrada y con la vista clavada en el arco que llevaba al patio del estanque, aunque desde su posición ni el estanque ni la macabra reunión eran visibles. A los pies de la escalera estaban las espadas de los zingarios, que al ser arrojadas al suelo habían causado el ruido metálico que habían oído antes.

Conan guio a Sancha hacia el arco meridional. Ambos cruzaron sigilosamente el prado y entraron en el patio que había al otro lado, donde yacían los filibusteros amontonados de cualquier manera, con los bigotes erizados y los pendientes brillantes. Aquí y allá se veía un movimiento o se oía un bostezo inquieto. Conan se agachó y Sancha se arrodilló a su lado, con las manos en los muslos.

—¿Qué es ese aroma dulzón y empalagoso que huelo en su aliento? —preguntó.

—Es la condenada fruta que comieron —respondió Conan en voz baja—. Recuerdo muy bien el olor. Supongo que tuvo un efecto parecido al del loto negro y los dejó inconscientes. Por Crom, parece que están despertando, pero están desarmados y sospecho que esos diablos negros no esperarán gran cosa antes de lazarles su magia. Estos rufianes no tienen gran cosa que hacer contra ellos, desarmados y medio atontados.

Frunció el ceño con intensidad mientras reflexionaba. Luego agarró a Sancha por el hombro aceitunado e hizo que se girase.

**—Escucha, voy a llevarme a esos perros negros a otra parte del castillo y los voy a mantener ocupados un buen rato. Despierta a estos idiotas y tráeles las espadas. Al menos tendrán una posibilidad de luchar. ¿Serás capaz?**

**—No… no lo sé —balbuceó, el cuerpo tembloroso de miedo, sin estar muy segura de lo que estaba diciendo.**

**Conan agarró con una maldición las apretadas trenzas de la joven y les dio un fuerte tirón que hizo que la vista se le nublase.**

**—¡Tienes que hacerlo! —siseó—. ¡No tendremos otra oportunidad!**

**—Lo intentaré —respondió ella con un gemido.**

**Con un gruñido de asentimiento y una palmada de ánimo en la espalda que casi la tira al suelo, Conan abandonó el lugar.**

**Poco después se agazapaba en el arco que conducía al patio del estanque y contemplaba a sus enemigos. Aún se sentaban alrededor del estanque, pero saltaba a la vista que empezaban a mostrar indicios de maligna impaciencia. Se dio cuenta de que los gruñidos procedentes del patio donde yacían los maltrechos bucaneros sonaban ahora más altos y estaban entreverados de maldiciones incoherentes. Tensó los músculos y saltó como una pantera mientras soltaba el resuello entre los dientes apretados.**

**El gigante enjoyado, que se incorporaba, se llevó las flautas a los labios justo en el momento en que Conan caía entre los asombrados negros y saltaba y atacaba como un tigre rodeado de presas. Tres veces la espada relució antes de que nadie pudiera alzar una mano para defenderse. Luego se separó de ellos de un nuevo salto y echó a correr por la hierba. Tras él, tres cuerpos negros yacían con la cabeza abierta.**

**La inesperada furia de su ataque por sorpresa había pillado desprevenidos a los gigantes, pero se recuperaron enseguida. Las largas piernas los impulsaban en veloces zancadas y no tardaron en pisarle los talones a Conan mientras este cruzaba el arco occidental. El cimerio no dudaba de su habilidad para mantenerlos a distancia si quería, si bien ese no era su propósito. Pretendía entretenerlos en una larga persecución que diese tiempo a Sancha para liberar y armar a los zingarios.**

**Lanzó un juramento mientras cruzaba a la carrera el patio al otro lado del arco occidental. Al contrario que los otros patios, redondos, este era octagonal, y el arco por el que había entrado era el único acceso al lugar.**

**Dio media vuelta y vio que el grupo entero había entrado tras él; parte de ellos se quedaron arracimados en el arco y el resto se desplegó en una amplia fila a medida que se acercaban. Los encaró mientras retrocedía poco a poco hacia el muro septentrional. La fila se convirtió en un semicírculo que se fue extendiendo para acorralarlo. Conan seguía retrocediendo, aunque cada vez más despacio, atento a los huecos que se iban abriendo entre sus perseguidores. Sin duda temían que intentase lanzarse más allá de uno de los cuernos de la media luna, así que alargaban la línea para impedirlo.**

**Examinó la situación con la tranquila atención de un lobo y su ataque se produjo con la devastadora brusquedad de un relámpago, directamente al centro de la media luna. El gigante que se interponía en su camino cayó al suelo, abierto en canal, y el pirata escapó de la trampa antes de que los negros que lo flanqueaban pudieran acudir en ayuda de su camarada. El grupo de la puerta se preparó para recibir su embate, pero Conan no cargó contra ellos, sino que dio media vuelta y encaró a sus perseguidores con frialdad y sin miedo alguno.**

**Aquella vez no se desplegaron. Habían aprendido la lección y comprendido que era un error dividir sus fuerzas contra aquella furia desgarradora y afilada, así que no formaron una línea, sino que lo enfrentaron en un grupo compacto y avanzaron hacia él sin prisa alguna, manteniendo la formación.**

**Conan era consciente de que si se dejaba atrapar por aquella maraña de músculos y garras las cosas solo podrían acabar de una manera. Una vez en el suelo y rodeado, usarían la ventaja de sus garras y su peso corporal para sofocarlo, sin que su primitiva ferocidad le sirviese de nada. Examinó la muralla y vio una protuberancia en forma de repisa sobre la esquina del lado occidental. Ignoraba lo que era, pero le sería útil. Empezó a retroceder en aquella dirección mientras los gigantes aceleraban el paso. Sin duda estaban convencidos de haberlo acorralado, y supuso que lo tomaban por un miembro de una especie menor, inferior a ellos mentalmente.**

**Mucho mejor para él. No había nada peor que subestimar al enemigo.**

**Estaba a pocos pasos del muro y los negros se acercaban cada vez más deprisa, seguros de que lo arrinconarían antes de que se diese cuenta de lo que pasaba. El grupo de la entrada había abandonado su posición y se lanzaba tras sus compañeros. Los gigantes se prepararon para atacar, medio agachados, los ojos relucientes como llamas infernales, los dientes blancos y brillantes, las manos con garras alzadas. Esperaban un movimiento abrupto y violento por parte de su presa, pero cuando sucedió, los pilló desprevenidos.**

**Conan alzó la espada y dio un paso hacia ellos, pero de repente se giró y echó a correr hacia el muro. Se dio impulso con toda la fuerza de sus músculos y saltó cuanto pudo con el brazo extendido. La mano crispada en un garfio se aferró a la protuberancia, pero se oyó un crujido repentino y el reborde cedió, llevando consigo al pirata hacia el suelo del patio.**

**Cayó sobre la espalda, y se la habría partido pese a sus flexibles tendones de no haber sido por el colchón de la hierba. Rebotó como si fuera un gigantesco gato y encaró a sus enemigos. Sus ojos ya no brillaban temerarios; en ellos destellaba ahora un fuego azul. El pelo se le erizó y un gruñido se escapó entre sus finos labios. En un solo instante todo había cambiado y lo que había sido un juego audaz se había convertido en un combate a vida o muerte, al que respondía ahora con toda la furia de su naturaleza indómita.**

**Los negros se habían detenido por un instante ante lo ocurrido, pero no tardaron en caer sobre él y tirarlo al suelo. De pronto un grito rompió el silencio y, al volverse, los gigantes vieron una banda desharrapada arracimada en el arco. Los bucaneros parecían medio borrachos y lanzaban maldiciones incoherentes, aturdidos y desconcertados, pero agarraban con fuerza las espadas y avanzaban con una ferocidad que ni siquiera el hecho de que no comprendiesen lo que pasaba reducía.**

**Conan aprovechó la sorpresa de los negros para lanzar un grito estridente y atacar como un relámpago afilado como una navaja. Cayeron como trigo maduro bajo su espada mientras los zingarios, lanzando gritos confusos y rabiosos, cruzaban el patio y caían sobre sus gigantescos enemigos con sanguinaria entrega. Aún estaban aturdidos. Habían entrevisto a Sancha sacudiéndolos de un lado a otro mientras salían a medias del sueño de la droga, la habían sentido ponerles las espadas en las manos y oyeron que les urgía a actuar. Aunque no entendieron del todo lo que decía, la vista de los extraños y de la sangre derramada había sido suficiente para ellos.**

El patio se convirtió en un campo de batalla que no tardó en parecer un matadero. Los zingarios aún se movían con torpeza, pero manejaban las espadas con fuerza sin dejar de maldecir profusamente, inmunes en apariencia a cualquier herida que no fuese fatal. Sobrepasaban ampliamente en número a los negros, pero estos demostraron que eran enemigos temibles. Los gigantes se lanzaron contra los asaltantes con garras y dientes, desgarrando gargantas y lanzando golpes que aplastaban cráneos. En medio de aquel tumulto los bucaneros no tenían modo de usar su agilidad superior como ventaja, y muchos aún estaban aturdidos por la droga y no esquivaban los golpes que les lanzaban. Luchaban con una ferocidad ciega, demasiado centrados en dispensar muerte como para evadirla. El sonido de las espadas golpeando parecía el de los cuchillos de un matarife, y los gritos, aullidos y maldiciones eran horripilantes.

Sancha se agazapaba en la arcada, aturdida por el ruido y la furia. Captó una impresión fugaz de un caos vertiginoso en el que distinguía destellos y tajos de acero, brazos que se sacudían, rostros rabiosos que aparecían y desaparecían y cuerpos en tensión que chocaban unos con otros, rebotaban y se confundían en aquel baile demoniaco y enloquecido.

Algunos detalles destacaban brevemente, como trazos negros en un fondo de sangre. Vio a un marinero zingario, cegado por un gran pliegue de cuero cabelludo desprendido que le colgaba sobre los ojos, afianzar las piernas temblorosas y hundir la espada hasta la empuñadura en un vientre negro. Oyó claramente el gruñido del bucanero al golpear, y vio los ojos leonados de la víctima quedar en blanco ante el súbito dolor; sangre y entrañas se derramaron sobre la hoja del arma. El negro moribundo aferró la espada con las manos desnudas y el marinero tiró de ella ciega y estúpidamente; entonces un brazo negro se elevó sobre la cabeza del zingario, una rodilla negra se hundió con fuerza cruel en la base de su espalda, la cabeza recibió un tirón hacia atrás en un ángulo terrible y un chasquido se alzó sobre el ruido de la refriega, como el sonido de una rama gruesa al romperse. El vencedor arrojó al suelo el cuerpo de su víctima; en ese mismo instante, algo semejante al un relámpago azul destelló detrás de sus hombros, de derecha a izquierda. Se tambaleó y su cabeza cayó hacia delante, rebotó en el pecho y trazó un arco horrible hasta el suelo.

A Sancha se le revolvió el estómago. Dio una arcada y deseó vomitar. Intentó darse la vuelta y huir de aquel espectáculo, pero sus piernas no funcionaban. Tampoco podía cerrar los ojos; de hecho, los abrió aún más. Le invadían el asco, la repugnancia, las náuseas, y a pesar de ello sentía la terrible fascinación que siempre experimentaba ante la visión de la sangre. Pero aquella batalla trascendía cualquier batalla que hubiera presenciado entre seres humanos en asaltos a puertos o combates navales. Entonces vio a Conan.

Separado de sus compañeros por la masa enemiga en pleno, se había visto rodeado por una ola negra de brazos y cuerpos que lo había hecho caer. Podrían haberlo pisoteado hasta darle una muerte rápida, pero se las había arreglado para arrastrar con él a un adversario, y el cuerpo negro protegía al pirata que tenía debajo. Le dieron patadas y golpes y tiraron de su camarada caído, pero los dientes de Conan se habían clavado con desesperación en el cuello de la criatura, y el pirata se aferraba tenazmente a su moribundo escudo.

Una embestida de los zingarios hizo que la presión se aflojase, y Conan empujó el cadáver a un lado y se puso en pie, ensangrentado y terrible. Los gigantes lo rodearon imponentes, como grandes sombras negras agazapadas que

batían el aire con golpes demoledores, pero habría sido más fácil alcanzar o sujetar a una pantera rabiosa, y cada giro o destello de su espada hacía brotar un chorro de sangre. Había recibido un castigo suficiente para matar a tres hombres normales, pero su vitalidad de toro seguía intacta.

Su grito de guerra se elevó por encima del fragor de la masacre, y los desconcertados pero furiosos zingarios sintieron nuevas fuerzas y redoblaron sus ataques, hasta que el sonido de la carne desgarrada y los huesos al romperse casi ahogó los aullidos de rabia y dolor.

Los negros vacilaron y echaron a correr hacia la puerta; Sancha gritó al verlos acercarse y se apartó del paso. La estrechez del arco hizo que se atascaran, y los zingarios lanzaron tajos y estocadas a las espaldas descubiertas acompañándolos con gritos de júbilo. La entrada se convirtió en un matadero antes de que los supervivientes consiguieran cruzarla y se dispersaran en un «sálvese quien pueda» general.

La batalla se convirtió en una cacería. Por los patios cubiertos de hierba, por las escaleras relucientes, por los tejados inclinados de las fantásticas torres, los gigantes huyeron, goteando sangre a cada paso y acosados por perseguidores implacables como lobos. Algunos, acorralados, se enfrentaron a ellos, y varios hombres murieron. Pero el resultado final era siempre el mismo: un cuerpo negro mutilado retorciéndose en la hierba o arrojado desde un parapeto o el tejado de una torre.

Sancha se había refugiado en el patio del estanque, donde permanecía agazapada, temblando de terror. Fuera se alzó un aullido salvaje, unos pies golpearon el césped, y por el arco asomó una figura negra manchada de sangre. Era el gigante de la cinta enjoyada. un perseguidor achaparrado lo seguía de cerca, y el negro se giró justo al borde del estanque. Con una garra empuñaba una espada perteneciente a un marinero moribundo, y cuando el zingario cargó temerariamente contra él, lo golpeó con aquel arma poco familiar. El bucanero cayó con el cráneo roto, pero el golpe había sido asestado con tanta torpeza que el arma se quebró en la mano del gigante.

Arrojó la empuñadura a las figuras que se apelotonaban en la entrada y se volvió hacia el estanque, con el rostro convertido en una máscara de odio.

Conan se abrió paso entre los hombres de la entrada y sus pies pisotearon el césped a paso de carga.

El gigante alzó los brazos extendidos y de sus labios brotó un grito inhumano; el único sonido emitido por cualquiera de los negros durante la totalidad de la batalla. Gritó al cielo su odio terrible, y fue como una voz aullando desde los pozos del infierno. Al oír aquel sonido, los zingarios vacilaron y dudaron, pero Conan no se detuvo; siguió avanzando en silencio y con intención asesina hacia la figura de ébano alzada al borde del estanque.

Pero mientras la espada ensangrentada brillaba en el aire, el negro dio un gran salto hacia atrás. Durante un instante pareció flotar en el aire sobre el centro del estanque; entonces, con un rugido que hizo temblar la tierra, las aguas verdes se alzaron con violencia para encontrarse con él y lo envolvieron en un volcán verde.

Conan contuvo su avance justo a tiempo de evitar caer en el estanque y saltó hacia atrás, empujando a los hombres tras él con poderosas sacudidas de los brazos. El estanque verde era ahora un géiser, y el ruido se alzaba hasta un volumen ensordecedor mientras la gran columna de agua ascendía más y más y en

la cumbre se formaba una gran corona de espuma.

Conan empujaba a sus hombres hacia la puerta, reuniéndolos por delante de él y golpeándolos con el lado plano de la espada. El rugido del chorro de agua parecía haberles robado el juicio. Vio que Sancha estaba paralizada, observando con ojos desorbitados por el terror la columna hirviente, y la azuzó con un grito que atravesó el trueno líquido y la hizo liberarse del aturdimiento. La joven corrió hacia él con los brazos extendidos, y Conan la cogió bajo un brazo y salió corriendo del patio.

En el patio que daba al mundo exterior se habían reunido los supervivientes, cansados, destrozados, heridos y manchados de sangre, y contemplaban estupefactos la gran columna inestable que se alzaba momentáneamente hacia la cúpula azul del cielo. El tronco verde estaba salpicado de blanco; la corona de espuma era tres veces más grande que la base. Por más que amenazaba con estallar y caer en un torrente devorador seguía ascendiendo hacia el cielo.

Conan recorrió con la mirada el grupo desnudo y ensangrentado, y maldijo al ver que eran solo una veintena. Con la tensión del momento agarró a un corsario por el cuello y lo sacudió con tanta fuerza que la sangre de las heridas del hombre salpicó todo alrededor.

—¿Dónde están los demás? —le gritó al oído.

—¡No hay más! —gritó el otro en respuesta, por encima del rugido del géiser —. A los otros los han matado esos negros…

—¡Pues entonces largaos de aquí! —rugió Conan, dándole un empujón que lo mandó trastabillando hacia el arco exterior—. Esa fuente se va a romper en cualquier momento…

—¡Nos vamos a ahogar todos! —gimió un filibustero mientras cojeaba hacia el arco.

—¡Y un infierno nos vamos a ahogar! —gritó Conan—. ¡Nos convertiremos en hueso petrificado! ¡Salid, malditos seáis!

Corrió hacia el arco exterior sin dejar de mirar de reojo la torre rugiente verde que se alzaba espantosa sobre ellos, y los demás fueron tras él. Aturdidos por el ansia de sangre, el combate y el sonido atronador, algunos zingarios se movían como en trance. Conan los apresuró. Su sistema era simple: cogía por el cuello a los rezagados, los empujaba con violencia hacia la puerta, añadía impulso con una enérgica patada en el trasero y aderezaba las peticiones de velocidad con cáusticos comentarios sobre los ancestros de la víctima. Sancha mostraba una inclinación a quedarse con él, pero el apartó los brazos que intentaban aferrarse, maldijo procazmente y aceleró los movimientos de la joven con una tremenda palmada en el trasero que la lanzó a través del claro.

Conan no dejó la puerta hasta que estuvo seguro de que todos los hombres que seguían con vida habían salido del castillo y avanzaban por el prado. Entonces volvió a mirar la columna rugiente que se alzaba hacia el cielo, empequeñeciendo las torres, y emprendió también la huida de aquel castillo de horrores innombrables.

Los zingarios ya habían cruzado el claro y corrían colina abajo. Sancha lo esperaba en la cima de la primera colina más allá del límite, y al llegar junto a ella, Conan se detuvo un instante y miró hacia el castillo. Era como si una flor blanca en un tallo verde gigantesco oscilara sobre las torres; el rugido llenaba el cielo. El pilar blanco y verde jade se rompió con un sonido que hizo pensar que el cielo se desgarraba, y muros y torres quedaron ocultos bajo un torrente

atronador.

Conan tomó la mano de la joven y echó a correr. Las colinas se alzaban y descendían una tras otra, y a su espalda se oía un torrente. Una mirada por encima del hombro le mostró una ancha cinta verde que se alzaba y caía al avanzar sobre las colinas. El torrente no se había extendido ni dispersado; fluía por las colinas redondeadas y las depresiones como una serpiente gigante. Mantenía un curso consistente: iba tras ellos.

Al darse cuenta, Conan forzó el paso hasta su nivel de resistencia. Sancha tropezó y cayó de rodillas con un grito de desesperación y agotamiento. Conan la cogió, se la echó sobre su gigantesco hombro y siguió corriendo. Su pecho se hinchaba, sus rodillas temblaban; respiraba con grandes jadeos entre los dientes apretados. Mantuvo el paso. Por delante de él vio afanarse a los marineros, espoleados por el terror que los apresaba.

De repente apareció a la vista el océano, y en el paisaje ondulante flotaba el *Derrochador*, intacto. Los hombres subieron atropelladamente a los botes. Sancha cayó en el fondo de uno y permaneció allí hecha un ovillo. Conan, aunque el pulso le atronaba en los oídos y el mundo parecía velado de rojo ante su mirada, empuñó un remo junto a los marineros jadeantes.

Con los corazones a punto de estallar por el agotamiento, avanzaron hacia el barco. El río verde surgió de repente en el lindero del bosque; los árboles caían como si los hubieran talado, y cuando caían en la corriente verde jade, desaparecían. El torrente corrió sobre la playa, alcanzó el océano y las olas adquirieron un tono verdoso más oscuro y siniestro.

Un miedo irracional e instintivo invadió a los bucaneros, haciendo que obligaran a su cuerpo dolorido y su cerebro embotado a realizar un esfuerzo más. No sabían qué era lo que temían, pero sabían que aquella abominable cinta verde era una amenaza para el cuerpo y el alma. Conan sí lo sabía, y cuando vio que aquella línea ancha penetraba en las olas y avanzaba por el agua hacia ellos, sin alterar su forma ni su curso, invocó hasta la última onza de fuerza de sus reservas, con tanta furia que el remo se le partió en las manos.

Pero la proa de los botes chocó con el casco del *Derrochador*, y los marineros treparon por las cadenas dejando los botes a la deriva. Sancha volvió al ancho hombro de Conan y colgó de allí como un cadáver hasta que fue arrojada sin ceremonias sobre la cubierta mientras el pirata empuñaba la rueda del timón y gritaba órdenes a aquella tripulación bajo mínimos. Durante la aventura había tomado el mando sin vacilar, y los hombres lo habían seguido instintivamente. Trabajaron como si estuvieran borrachos, manejando mecánicamente cuerdas y poleas. La cadena del ancla, ya liberada, chapoteó en el agua; las velas se desplegaron y se hincharon con el viento. El *Derrochador* se inclinó y se sacudió, y navegó majestuosamente mar adentro. Conan miró en dirección a la costa; una cinta semejante a una llama esmeralda lamía fútilmente el agua, a un remo de distancia de la quilla del *Derrochador*. No avanzó más. Desde el extremo de aquella lengua, la mirada de Conan siguió la línea ininterrumpida de color verde vivo hasta la playa blanca y las colinas hasta que se desvaneció en la lejanía azul.

El pirata, recobrando el aliento, sonrió a la agotada tripulación. Sancha estaba de pie cerca de él, y lágrimas histéricas corrían por sus mejillas. Los pantalones de Conan colgaban en jirones manchados de sangre; el cinturón y la funda habían desaparecido; la espada, clavada en la cubierta a su lado, estaba mellada y cubierta por una costra roja. Sangre coagulada le empastaba la cabellera negra, y

por poco no le habían arrancado una oreja. Los brazos, las piernas, el pecho y los hombros estaban llenos de mordiscos y arañazos, como si hubiera luchado con panteras. Pero sonrió mientras afianzaba las poderosas piernas y hacía girar la rueda con plena exuberancia muscular.

—Y ahora, ¿qué? —musitó la joven.

—¡A saquear los mares! —Conan soltó una carcajada—. Queda una tripulación lamentable y hecha pedazos, pero bastan para navegar, y siempre podemos reclutar a más. Ven aquí, muchacha, y dame un beso.

—¿Un beso? —gritó ella histéricamente—. ¿Piensas en besos en un momento así?

La risa de Conan retumbó sobre el chasquido de las velas mientras cogía a Sancha en volandas con un brazo poderoso y apretaba sus labios contra los de ella con sonoro placer.

—¡Pienso en la vida! —rugió—. ¡Los muertos están muertos, y lo pasado, pasado está! Tengo un barco y una tripulación de luchadores y una muchacha con labios como el vino, no pido nada más. Lameos las heridas, matones, y abrid un barril de cerveza. Vais a tripular este barco como nunca nadie lo tripuló antes. ¡Cantad y bailad mientras trabajáis, maldita sea! ¡Al diablo con los mares vacíos! ¡Ponemos rumbo a aguas donde los puertos son ricos y los barcos mercantes rebosan de botín!

# CLAVOS ROJOS

## 1
## La calavera en el risco

La jinete tiró de las riendas de su agotada montura. El corcel quedó inmóvil con las patas rígidas y la cabeza gacha, como si incluso la liviana brida de cuero rojo con borlas doradas le resultara un peso excesivo. La mujer liberó la bota del estribo plateado y desmontó de la silla remachada en oro. Ató las riendas a la rama de un arbolillo y se giró, con las manos en las caderas, estudiando los alrededores.

El paisaje era inhóspito. Árboles gigantes rodeaban la pequeña charca donde el caballo acababa de beber. La maleza entorpecía la mirada que intentaba penetrar la oscura penumbra creada por los majestuosos arcos de ramas entrelazadas. La mujer se estremeció con una sacudida que hizo temblar sus atractivos hombros, y escupió un juramento.

Era alta, de pechos plenos, extremidades esbeltas y hombros compactos. Toda su figura reflejaba una fuerza inusual, sin por ello reducir la feminidad de su aspecto. Era toda una mujer, a pesar de su comportamiento y su indumentaria, incongruente con el entorno que la rodeaba. En vez de falda llevaba unos amplios bombachos de seda que terminaban medio palmo por encima de las rodillas, sujetos con un ancho fajín de seda que hacía las veces de cinturón. Las botas altas de cuero suave le llegaban casi hasta las rodillas, y una blusa de seda de cuello bajo y abierto y mangas amplias completaba su atuendo. De una esbelta cadera colgaba una espada recta de doble filo, y de la otra, un largo puñal. Llevaba la melena rubia y despeinada cortada a la altura de los hombros, sujeta con una cinta de satén carmesí.

Contra el fondo de la selva sombrío y primitivo, la mujer resultaba inconscientemente pintoresca, extraña y fuera de lugar. Debería haber posado en un escenario de nubes marinas, mástiles pintados y gaviotas en vuelo. En sus grandes ojos asomaba el color del mar. Y así debería haber sido, pues se trataba de Valeria de la Hermandad Roja, cuyas gestas se celebraban en canciones y baladas allá donde se reunían las gentes del mar.

Intentó atravesar con la mirada el lúgubre techo verde formado por las ramas arqueadas, para así ver el cielo que presumiblemente se extendía por encima, pero tuvo que rendirse y maldijo de nuevo.

Dejó el caballo atado y avanzó hacia el este, volviendo de vez en cuando la mirada hacia la charca para grabar en su mente el camino. El silencio de la selva le resultaba deprimente. Ningún pájaro cantaba en lo alto de las ramas; ningún rumor en los arbustos indicaba la presencia de pequeños animales. Había viajado durante leguas por un reino de silencio taciturno, roto tan solo por los sonidos de su propio paso.

Había aplacado la sed en la charca, pero ahora sentía la mordedura del hambre y empezó a buscar alguna de las frutas que la habían sustentado desde

que agotó las provisiones que llevaba en las alforjas.

En aquel momento vio por delante de ella un saliente de roca oscura, semejante al pedernal, que crecía hasta convertirse en un risco escarpado que se alzaba entre los árboles. La cima quedaba oculta a la vista por la nube de hojas que lo rodeaban. Quizá se alzara sobre las copas de los árboles, y desde allí pudiera ver qué había más allá... Si, de hecho, había algo más allá de aquella jungla aparentemente interminable por la que había cabalgado durante tantos días.

Una cresta estrecha formaba una rampa natural que recorría la empinada pendiente del risco. Tras ascender unas veinte varas alcanzó el cinturón de hojas que rodeaba la roca. Los troncos de los árboles no se acercaban al risco, pero los extremos de las ramas bajas se extendían sobre él y lo ocultaban con su follaje. La mujer se abrió paso entre la oscuridad vegetal, incapaz de ver por encima ni por debajo de ella; entonces vislumbró el azul del cielo, y un instante después la bañó la cálida luz del sol y contempló el techo de la selva que se extendía bajo sus pies.

Se encontraba en una amplia cornisa que se extendía prácticamente a la altura de las copas de los árboles, y en ella se alzaba un pináculo que era la cumbre definitiva del risco que había escalado. Pero fue el suelo lo que atrajo su atención cuando su pie topó con algo oculto por la alfombra de hojas muertas que cubría la cornisa. Apartó las hojas de una patada y contempló el esqueleto de un hombre. Examinó con mirada experta la figura blanquecina, pero no descubrió huesos rotos ni otras señales de violencia. Debía de haber muerto de forma natural, aunque no Valeria no era capaz de imaginar por qué habría escalado aquel risco solo para morir.

Trepó hasta la cumbre del pináculo y estudió el horizonte. El techo de la selva, que parecía un suelo desde aquel punto elevado, era tan impenetrable como cuando se observaba desde abajo. Ni siquiera alcanzaba a ver la charca junto a la que había dejado el caballo. Miró hacia el norte, en la dirección por la que había llegado. Solo alcanzó a ver el océano verde que se extendía en la lejanía, y apenas una tenue franja azulada, muy lejos, que indicaba la línea de colinas que había cruzado días atrás, antes de sumergirse en aquel páramo boscoso.

Al este y al oeste el paisaje era igual, salvo por la ausencia de la línea azulada de las colinas. Pero cuando volvió la mirada hacia el sur, se tensó y contuvo el aliento. A algo menos de una legua en aquella dirección, la selva se despejaba y después se interrumpía bruscamente, dando paso a una llanura salpicada de cactos. En el centro de la llanura se alzaban las murallas y torres de una ciudad. Valeria masculló un juramento, asombrada. Era increíble. No le habría sorprendido descubrir algún indicio de presencia humana: una colmena de chozas de alguna tribu negra, o la morada cavernaria de la misteriosa raza de piel marrón que, según las leyendas, habitaba algún país de aquella región inexplorada. Pero era una experiencia impactante encontrarse con una ciudad amurallada allí, a tantas semanas de marcha de los puestos avanzados más cercanos de cualquier civilización.

Volvió a la cornisa con las manos doloridas de trepar por el pináculo. Frunció el ceño con indecisión. Había llegado muy lejos desde el campamento de mercenarios de la ciudad fronteriza de Sujmet, alzada en las praderas, donde aventureros desesperados de numerosas razas defendían la frontera de Estigia contra las incursiones que se lanzaban como una ola roja desde Darfar. Había

huido a ciegas, adentrándose en una región que le era por completo desconocida. Ahora se debatía entre el impulso de cabalgar directamente hacia aquella ciudad de la llanura y el instinto de precaución que le aconsejaba evitarla por completo y continuar su huida solitaria.

Un rumor entre el follaje que se extendía a sus pies dispersó aquellos pensamientos. Se giró como un gato, echando mano a la espada, y se quedó paralizada, mirando con ojos asombrados al hombre que estaba ante ella.

Era casi un gigante, con músculos que se retorcían con suavidad bajo su piel tostada por el sol. Llevaba una indumentaria similar a la de ella, salvo por un ancho cinturón de cuero en vez del fajín. Del cinturón colgaban una gran espada y un puñal.

—¡Conan el cimerio! —espetó la mujer—. ¿Qué haces siguiéndome?

El hombre sonrió levemente, y sus fieros ojos azules ardieron con un brillo que cualquier mujer podía reconocer mientras recorrían la magnífica figura, deteniéndose en el bulto de los espléndidos pechos bajo la fina camisa y la carne blanca desnuda que se mostraba entre los bombachos y las botas.

—¿No lo adivinas? —Se echó a reír—. ¿No he dejado clara mi admiración por ti desde el momento en que te vi?

—Un garañón no lo habría dejado más claro —replicó ella con desdén—. Pero nunca esperé encontrarte tan lejos de los barriles de cerveza y los asados de Sujmet. ¿De verdad me has seguido desde el campamento de Zarallo, o es que te expulsaron a latigazos por rufián?

Conan rio ante la insolencia de la mujer y flexionó los poderosos bíceps.

—Sabes que Zarallo no tenía bellacos suficientes para echarme del campamento. —Sonrió—. Por supuesto que te he seguido. ¡Y ha sido una suerte para ti, moza! Cuando apuñalaste a aquel oficial estigio renunciaste al favor y a la protección de Zarallo, y para los estigios te convertiste en una fuera de la ley.

—Ya —replicó Valeria con hosquedad—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ya sabes cómo me provocó.

—Desde luego —coincidió Conan—. Si hubiera estado allí, lo habría apuñalado yo mismo. Pero si una mujer vive en los campamentos militares de los hombres, tiene que esperarse cosas así.

Valeria dio una patada en el suelo y lanzó un juramento.

—¿Por qué los hombres no me dejan vivir como a otros hombres?

—¡Es evidente! —De nuevo la devoró con una mirada hambrienta—. Pero hiciste bien al escapar; los estigios te habrían desollado. El hermano de aquel oficial te siguió, y más rápido de lo que crees, estoy seguro. Te pisaba los talones cuando le di alcance. Su caballo era mejor que el tuyo. Unas pocas leguas más y te habría atrapado y cortado el cuello.

—¿Y? —preguntó Valeria.

—¿Y qué? —Conan pareció desconcertado.

—¿Qué pasó con el estigio?

—¿Qué crees que pasó? —respondió con impaciencia—. Lo maté, por supuesto, y dejé sus restos para los buitres. Pero eso me retrasó, y casi te perdí la pista cuando cruzaste las colinas rocosas. De lo contrario te habría alcanzado hace mucho.

—¿Y ahora me vas a arrastrar de vuelta al campamento de Zarallo?

—No digas tonterías —gruñó Conan—. Vamos, chica, no seas tan arisca. No soy como el estigio al que apuñalaste, y lo sabes.

**—Un vagabundo sin blanca —azuzó ella.**

**Conan se echó a reír.**

**—¿Y qué eres tú, si no? No tienes dinero ni para remendar esos pantalones. No me engañas con tu desdén. Sabes que he capitaneado barcos más grandes y a más hombres que tú en toda tu vida. Y en cuanto a lo de estar sin blanca... ¿Qué pirata no lo está la mayor parte del tiempo? He derrochado en todos los puertos del mundo oro suficiente para llenar un galeón. Eso lo sabes también.**

**—¿Y dónde están ahora los excelentes barcos y los valientes hombres que comandaste? —se burló ella.**

**—En el fondo del mar, la mayoría —replicó él con desenfado—. Los zingarios hundieron mi último barco en la costa de Shem; por eso me uní a los Compañeros Libres de Zarallo. Pero vi que me habían timado cuando marchamos a la frontera de Darfar. La paga era mala; el vino, avinagrado, y no me gustan las mujeres negras. Y esas eran las únicas que iban por el campamento de Sujmet, con aros en las narices y dientes afilados... ¡Bah! ¿Por qué te uniste tú a Zarallo? Sujmet está muy lejos del agua salada.**

**—Ortho el Rojo quería hacerme su concubina —respondió, taciturna—. Una noche salté por la borda y nadé hasta la orilla, cuando estábamos anclados frente a la costa de Kush. Cerca de Zabhela. Un mercader shemita me dijo que Zarallo había llevado a los Compañeros Libres al sur, para defender la frontera de Darfar. Nadie me ofreció un empleo mejor. Me uní a una caravana que se dirigía al este y al final llegué a Sujmet.**

**—Huir hacia el sur fue una locura —comentó Conan—, pero también fue inteligente; a las patrullas de Zarallo no se les ocurrió buscarte en esa dirección. Solo el hermano del hombre al que mataste dio con tu rastro.**

**—¿Qué pretendes hacer ahora? —preguntó Valeria.**

**—Ir hacia el oeste. Ya he estado antes tan al sur, pero nunca tan al este. Después de muchos días de viaje al oeste llegaremos a las sabanas abiertas, donde las tribus negras pastorean su ganado. Allí tengo amigos. Luego iremos a la costa y buscaremos un barco. Estoy harto de la selva.**

**—Entonces, ponte en marcha —aconsejó ella—. Yo tengo otros planes.**

**—¡No seas idiota! —Conan pareció irritado por primera vez—. No puedes seguir errando por esta jungla.**

**—Puedo, si me da la gana.**

**—Pero ¿qué pretendes hacer?**

**—No es asunto tuyo —le espetó.**

**—Sí, lo es —respondió Conan con calma—. ¿Crees que te he seguido hasta tan lejos para dar media vuelta con las manos vacías? Sé razonable, moza. No voy a hacerte daño.**

**Dio un paso hacia ella. Valeria saltó hacia atrás y desenvainó la espada.**

**—¡Atrás, perro bárbaro, o te ensarto como a un cerdo en el asador!**

**Conan se detuvo con desgana y preguntó:**

**—¿Quieres que te quite ese juguete y te azote con él?**

**—¡Palabras! ¡Nada más que palabras! —se burló Valeria, con destellos como los reflejos del sol en aguas azules danzando en sus ojos indómitos.**

**Conan sabía que decía la verdad. Ningún hombre vivo podía desarmar a Valeria de la Hermandad Roja con las manos desnudas. Frunció el ceño, sintiendo un nudo de emociones en conflicto. Estaba furioso, pero también le divertía la situación, y admiraba el espíritu de la mujer. Ardía por el ansia de agarrar aquella**

figura espléndida y estrujarla entre sus brazos de hierro, pero a la vez deseaba ante todo no hacer daño a la joven. Estaba dividido entre el deseo de sacudirla con fuerza y el de acariciarla. Sabía que si se acercaba más a ella le hundiría la espada en el corazón. La había visto matar a demasiados hombres en escaramuzas fronterizas y peleas de taberna para hacerse ilusiones. Era rápida y feroz como una tigresa. Podía desenfundar su propia espada y desarmarla, arrancándole el arma de la mano, pero el pensamiento de empuñar su espada contra una mujer, incluso sin intención de herirla, lo repugnaba hasta el extremo.

—¡Maldita sea tu alma, zorra! —exclamó exasperado—. Te voy a quitar esa…

Dio un paso hacia ella, temerario a causa de su airada pasión, y Valeria se preparó para lanzar una estocada mortal. Algo interrumpió de repente aquella escena tan absurda como peligrosa.

—¿Qué ha sido eso?

Fue Valeria la que habló, pero los dos se sobresaltaron con violencia, y Conan giró como un felino, con la gran espada destellando en su mano. De la selva se había elevado un coro de sonidos atroces: los relinchos de los caballos presa del terror y el dolor. Mezclado con los relinchos les llegó el chasquido de huesos quebrándose.

—¡Unos leones están matando a los caballos! —gritó Valeria.

—¡No son leones! —bufó Conan, con fuego en la mirada—. ¿Acaso has oído rugidos? ¡Yo tampoco! Escucha cómo se rompen los huesos; ni siquiera un león podría hacer tanto ruido al matar a un caballo.

Se apresuró a descender por la rampa natural y Valeria lo siguió; su discusión había quedado olvidada bajo el instinto de los aventureros para unirse ante una amenaza común. Mientras atravesaban la capa verde de hojas que envolvía la roca, los relinchos cesaron.

—Encontré tu caballo atado junto a la charca —murmuró Conan, avanzando tan silenciosamente que Valeria dejó de preguntarse cómo había podido sorprenderla en el risco—. Até el mío al lado y seguí las huellas de tus botas. ¡Atenta ahora!

Habían atravesado el cinturón de follaje y contemplaban bajo ellos la capa inferior de la selva. Sobre sus cabezas, el techo verde extendía su sombrío dosel. Por debajo, la luz del sol se filtraba lo suficiente para crear un crepúsculo tintado de jade. A cien pasos, los gigantescos troncos de los árboles parecían difusos y espectrales.

—Los caballos deberían estar tras aquellos matorrales —susurró Conan, y su voz bien podría haber sido una brisa soplando entre las ramas—. ¡Escucha!

Valeria ya lo había oído, y un escalofrío se arrastró por sus venas; apoyó sin darse cuenta la blanca mano en el musculoso hombro de su compañero. Del otro lado de los matorrales llegaba el sonido de unos huesos crujiendo y el ruidoso desgarrar de la carne, unido al rechinar babeante de un horrible festín.

—Los leones no hacen ese ruido —susurró Conan—. Algo se está comiendo a los caballos, pero no es un león. ¡Crom!

El ruido se detuvo de golpe, y Conan maldijo en voz baja. Una brisa repentina soplaba directamente desde donde estaban hacia el punto en el que se desarrollaba la carnicería, oculto a la vista.

—¡Aquí viene! —musitó Conan, empezando a alzar la espada.

Los matorrales se agitaron con violencia, y Valeria apretó con más fuerza el brazo del cimerio. Aunque desconocía la jungla, sabía que ningún animal que

hubiera visto antes podría haberlos sacudido de aquella forma.

—Debe de ser tan grande como un elefante —murmuró Conan, pensando de forma parecida—. ¿Qué diablos...? —El asombro le impidió acabar.

A través de la espesura apareció una cabeza de pesadilla demencial. Unas mandíbulas sonrientes dejaban a la vista filas de colmillos amarillentos y babeantes; por encima de aquella boca abierta se arrugaba un hocico reptiliano. Unos ojos enormes, como los de una pitón pero mil veces más grandes, observaban sin parpadear a los humanos petrificados colgados de la pared rocosa. La sangre empapaba los belfos escamosos y goteaba desde las inmensas fauces.

La cabeza, mayor que la de un cocodrilo, se alzaba sobre un largo cuello escamoso del que crecían filas de púas como dientes de sierra, y a continuación, aplastando matorrales y arbolillos, oscilaba el cuerpo de un titán; un torso gigantesco con forma de barril sostenido por unas patas ridículamente cortas. El vientre blanquecino casi arrastraba por el suelo, mientras que la sierra dorsal se elevaba a más altura de la que Conan habría alcanzado poniéndose de puntillas. Una larga cola cubierta de púas, semejante a la de un escorpión gargantuesco, arrastraba tras la bestia.

—¡Sube al risco, deprisa! —espetó Conan, empujando a la joven agazapada tras él—. Creo que no podrá escalar, pero puede alzarse sobre las patas traseras y alcanzarnos...

Rompiendo y aplastando arbustos y tallos, el monstruo se lanzó a través de la espesura, y los dos humanos escalaron a toda velocidad como hojas impulsadas por el viento. Mientras Valeria penetraba en la pantalla de follaje echó una ojeada hacia atrás y vio que el titán se alzaba imponente sobre las gruesas patas traseras, como Conan había anticipado. La visión hizo que le invadiera el pánico. Al erguirse, la bestia pareció más gigantesca que nunca; la cabeza hocicuda rivalizó con los árboles. La mano de hierro de Conan le aferró la muñeca y de un tirón la arrastró dentro del fárrago cegador de hojas. de vuelta a la cálida luz del sol de la parte superior justo cuando el monstruo golpeaba con las patas delanteras en el risco con un impacto que hizo temblar la roca.

Tras los fugitivos la gran cabeza atravesó las ramas, y ambos contemplaron por un terrible instante el rostro de pesadilla enmarcado por las hojas verdes, los ojos llameantes, las fauces desencajadas. Los gigantescos colmillos entrechocaron fútilmente y la cabeza se retiró, desapareciendo de la vista como si se hubiera sumergido en un estanque.

Se asomaron entre las ramas rotas que rozaban la roca y vieron que la bestia se había agazapado al pie del risco, mirándolos son parpadear.

Valeria se estremeció.

—¿Cuánto crees que se quedará ahí?

Conan dio una patada al cráneo medio cubierto de hojas.

—Este tipo debió de trepar aquí para escapar de ese monstruo, o de otro como él. Seguramente se murió de hambre; no hay huesos rotos. Esa cosa debe de ser un dragón como los que mencionan los negros en las leyendas. Si lo es, no se marchará hasta que hayamos muerto los dos.

Valeria lo miró sin expresión, olvidado su resentimiento. Luchó por contener un brote de pánico. Había demostrado mil veces su valor indomable en combates en tierra y mar, en las cubiertas resbaladizas a causa de la sangre de navíos de guerra en llamas, en los asaltos a ciudades amuralladas y en las playas arenosas donde los hombres desesperados de la Hermandad Roja bañaban en sangre sus

cuchillos en las pugnas por el liderazgo. Pero la perspectiva que afrontaba ahora le helaba la sangre. El tajo de un sable en el ardor de la batalla no era nada, pero sentarse ociosa e indefensa en una roca desnuda hasta morir de hambre, bajo el asedio de un monstruoso superviviente de una era antigua... El pensamiento llenó su cerebro de pánico.

—Tendrá que alejarse para comer y beber —dijo con impotencia.

—No tiene que ir muy lejos para ninguna de las dos cosas —señaló Conan—. Acaba de atiborrarse de carne de caballo, y como una serpiente, podrá aguantar mucho tiempo sin volver a comer ni beber. Pero al parecer no duerme tras la comida, como haría una serpiente. En cualquier caso, no puede trepar al risco.

Conan habló sin alterarse lo más mínimo. Era un bárbaro, y la terrible paciencia de la naturaleza salvaje y sus hijos era tan parte de él como su lujuria y su ira. Podía afrontar una situación como aquella con una frialdad imposible para una persona civilizada.

—¿No podemos subir a los árboles y alejarnos viajando como monos por las ramas? —preguntó ella con desesperación.

Conan negó con la cabeza.

—Lo he pensado. Las ramas que tocan el risco son demasiado finas y se romperían con nuestro peso. Además, tengo la impresión de que ese demonio puede arrancar cualquier árbol de raíz.

—¿Vamos a sentar el culo aquí hasta que nos muramos de hambre? —gritó con furia, dando una patada al cráneo y mandándolo al otro lado de la cornisa—. ¡Me niego! Voy a bajar y le cortaré la maldita cabeza...

Conan se había sentado en un saliente rocoso al pie del pináculo. Observó con un destello de admiración ante la mirada llameante de la mujer y su figura tensa y estremecida, pero al darse cuenta de que estaba de humor para cometer alguna locura, no permitió que esa admiración se mostrara en su voz.

—Siéntate —gruñó, cogiéndola por la muñeca y tirando de ella hasta sentarla en su rodilla. Valeria estaba demasiado sorprendida para resistirse cuando le quitó la espada de la mano y la enfundó—. Siéntate y cálmate. No harías más que romper tu acero contra esas escamas. Te tragaría de un bocado o te aplastaría como un huevo con esa cola espinosa. Saldremos de esta de algún modo, pero no dejándonos masticar y tragar.

Valeria no respondió, pero tampoco intentó rechazar el brazo que le rodeaba la cintura. Estaba asustada, y era una sensación nueva para Valeria de la Hermandad Roja. Así que permaneció sentada en la rodilla de su compañero, o su captor, con una docilidad que habría asombrado a Zarallo, que la había calificado como una diablesa salida del harén del infierno.

Conan jugueteó distraídamente con sus rizos rubios, aparentemente concentrado en su conquista y nada más. Ni el esqueleto a sus pies ni el monstruo agazapado bajo el risco perturbaban su mente ni mellaban el filo de su interés.

Los ojos inquietos de la joven recorrieron la espesura que tenían debajo y descubrieron manchas de color entre todo el verde. Eran frutos, unas esferas grandes y de color rojo oscuro suspendidas de las ramas de un árbol cuyas grandes hojas lucían un peculiar verde intenso. Se dio cuenta del hambre y la sed que sentía, aunque la sed no le había asaltado hasta que supo que no podía bajar del risco para buscar comida y agua.

—No pasaremos hambre —dijo—. Podemos alcanzar esas frutas.

Conan echó un vistazo en la dirección que señalaba.

—Si comemos eso, no hará falta que nos muerda el dragón —gruñó—. Es lo que los negros de Kush llaman Manzanas de Derketa. Derketa es la reina de los muertos. Bebe un poco de ese zumo, o deja que te salpique en la piel, y estarás muerta antes de poner un pie fuera del risco.

—Oh.

Cayó en un silencio consternado. Pensó con pesimismo que no tenían forma de salir de aquella situación. No veía escape posible, y a Conan no parecía interesarle nada más que su esbelta cintura y sus rizos dorados. Si estaba pensando en un plan para escapar, no lo aparentaba en absoluto.

—Si me quitas las manos de encima el tiempo suficiente para subir ahí —dijo de repente, señalando el pináculo—, verás algo que te sorprenderá.

Conan le dirigió una mirada interrogante; después se encogió de hombros y obedeció. Trepó al pináculo y miró por encima del techo de la selva. Permaneció un largo momento en silencio, como una estatua de bronce sobre la roca.

—Ya veo, una ciudad amurallada —dijo—. ¿Era allí donde pensabas ir cuando intentaste que me largara hacia la costa?

—La vi antes de que aparecieras. No sabía de su existencia cuando me fui de Sujmet.

—¿Quién iba a pensar que habría una ciudad aquí? Creo que ni los estigios se han adentrado tanto. ¿Podrían los negros construir una ciudad como esa? No veo rebaños en la llanura, ni señales de cultivos ni movimiento de gente.

—¿Cómo esperas ver algo a esa distancia? —preguntó Valeria.

Conan se encogió de hombros y bajó a la cornisa.

—Bueno, los de esa ciudad no pueden ayudarnos ahora. Y quizá no quisieran ni aunque pudieran. La gente de los Reinos Negros suele ser hostil con los desconocidos. Posiblemente nos acribillarían a lanzadas…

Se interrumpió de repente y quedó en silencio, como si hubiera olvidado lo que iba a decir, mirando con el ceño fruncido las esferas carmesíes que relucían entre las hojas.

—¡Lanzas! —masculló—. ¡Qué condenado idiota soy por no haberlo pensado antes! Eso es lo que le hacen las mujeres hermosas a la mente de un hombre.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Valeria.

Sin responder, Conan bajó hasta el cinturón de hojas y se asomó entre ellas. La gran bestia estaba agazapada abajo, observando el risco con la temible paciencia de los reptiles. Así habría observado uno de su especie a sus ancestros trogloditas, subidos a una gran roca, en el amanecer de los tiempos. Conan lo maldijo acaloradamente y empezó a recoger ramas, alargando el brazo y cortándolas tan lejos del extremo como podía alcanzar. La agitación de las hojas inquietó al monstruo, que se alzó sobre los cuartos traseros y sacudió la espantosa cola destrozando troncos jóvenes como si fueran palillos. Conan lo vigiló con desconfianza por el rabillo del ojo, y justo cuando Valeria pensaba que el dragón estaba a punto de lanzarse otra vez hacia el risco, el cimerio retrocedió y subió a la cornisa con las ramas que había cortado. llevaba tres largos astiles de unas tres varas de longitud, no más gruesos que su pulgar. También había cortado unas cuantas tiras de hiedra resistente y delgada.

—Las ramas son demasiado finas para hacer lanzas, y las hiedras son como cordeles —recalcó, señalando el follaje que rodeaba el risco—. No aguantarían nuestro peso, pero la unión hace la fuerza. Eso nos decían los renegados aquilonios a los cimerios cuando llegaron a las montañas con intención de alzar

un ejército para invadir su propio país. Pero nosotros siempre luchamos en clanes y tribus.

—¿Qué diablos tiene que ver eso con esos palos?

—Espera y verás.

Unió las ramas en un grupo compacto y encajó el mango del puñal en un extremo, tras lo que usó las hiedras para atarlo todo. Al completar la tarea disponía de una lanza bastante fuerte, con un astil grueso de tres varas de largo.

—¿De qué servirá? —preguntó Valeria—. Dijiste que el acero no podría atravesar sus escamas…

—No tiene escamas en todas partes —respondió Conan—. Hay más de una forma de despellejar a una pantera.

Se acercó al límite del follaje, levantó la lanza y, con mucho cuidado, atravesó con el extremo acerado una de las Manzanas de Derketa, apartándose a un lado para esquivar el jugo púrpura que goteó de la fruta perforada. Acto seguido desclavó el arma y le mostró a Valeria el acero azulado cubierto de manchas morado oscuro.

—No sé si servirá o no —dijo—. Hay bastante veneno para matar a un elefante, pero… Bueno, ya lo veremos.

Valeria lo siguió de cerca mientras el bárbaro se descolgaba entre las hojas. Manteniendo cuidadosamente el extremo envenenado de la lanza lejos de sí, se asomó entre las ramas y se dirigió al monstruo.

—¿A qué estás esperando ahí, bastardo hijo de bastardos? —fue lo más suave que dijo—. Asoma otra vez tu fea cabeza, bestia cuellilarga, ¿o es que quieres que baje ahí y te patee hasta dejarte sin huesos?

Hubo más lindezas por el estilo, algunas de ellas cargadas de una elocuencia que asombró a Valeria, a pesar de que se había criado entre marineros. Tuvieron efecto en el monstruo. Al igual que los ladridos incesantes de un perro inquietan o enfurecen a animales de naturaleza más silenciosa, el clamor de la voz del hombre despierta el temor en algunas bestias y una rabia demencial en otras. La bestia mastodóntica se alzó de repente sobre sus poderosos cuartos traseros con una velocidad asombrosa y estiró el cuello y el cuerpo en un feroz intento de alcanzar a aquel pigmeo vociferante cuyos gritos perturbaban el silencio primigenio de sus dominios ancestrales.

Pero Conan había calculado la distancia con precisión. A un par de varas por debajo de él, la poderosa cabeza atravesó terrible pero fútilmente la espesura. Cuando la boca monstruosa se abrió como la de una gran serpiente, Conan hundió la lanza en el ángulo rojo de la articulación de la mandíbula. Golpeó con toda la fuerza de ambos brazos, hundiendo por completo el largo puñal en carne, tendones y hueso.

Las fauces se cerraron convulsamente al instante, cortando el astil triple y casi haciendo caer a Conan de su asidero. Habría caído, de hecho, de no haber sido por la mujer que estaba tras él, que aferró el cinto de cuero en un movimiento desesperado. Conan se sujetó en un saliente de roca y le dirigió una sonrisa agradecida.

En la base del risco, el monstruo se revolcaba como un perro con pimienta en los ojos. Sacudió la cabeza de un lado a otro, se la frotó con las patas y abrió y cerró la boca al máximo varias veces. Consiguió sujetar con un enorme pie el astil de la lanza y se las arregló para desclavarla. Entonces levantó la cabeza, con las fauces abiertas y chorreando sangre, y lanzó hacia el risco una mirada de furia

concentrada e inteligente que hizo que Valeria se estremeciera y desenvainase la espada. Las escamas de los flancos y el lomo tornaron de un marrón óxido a un rojo mate enfermizo. Lo más horrible fue cuando el monstruo rompió su silencio. El sonido que brotó de las mandíbulas ensangrentadas no se parecía a ningún sonido que pudiera emitir una criatura terrenal.

Lanzando rugidos ásperos y rechinantes, el dragón se lanzó hacia el risco que era la fortaleza de sus enemigos. La poderosa cabeza atravesó las ramas una y otra vez lanzando dentelladas inútiles al aire vacío. Arrojó todo su peso contra la roca hasta que esta vibró desde la base a la cima. Irguiéndose, la abrazó con las patas delanteras en un gesto casi humano e intentó arrancarla de raíz, como si fuera un árbol.

Aquel espectáculo de furia primigenia le heló a Valeria la sangre en las venas, pero Conan estaba demasiado cercano a su ser primitivo para sentir algo más que un interés no exento de empatía. Para el bárbaro no había ninguna separación entre él y los demás hombres, y los animales, como sí existía en la concepción del mundo de Valeria. El monstruo que tenían debajo era para Conan una forma de vida que solo se diferenciaba de él en la forma física. Le atribuía características semejantes a las suyas, y veía en su rabia un equivalente a la suya propia; los rugidos y aullidos no eran más que equivalentes reptilianos de las maldiciones que poco antes le había dirigido él. Sentía un parentesco con todas las criaturas salvajes, incluso los dragones, lo que le impedía imposible experimentar el horror enfermizo que asaltó a Valeria ante la visión de la ferocidad del monstruo.

Se sentó y lo observó con calma mientras señalaba los diversos cambios que se producían en su voz y sus actos.

—El veneno está actuando —dijo con convicción.

—No creo. —A Valeria le resultaba ridícula la idea de que cualquier cosa, por letal que fuera, pudiera causar algún efecto en aquella montaña de músculos y furia.

—Hay dolor en su voz —declaró Conan—. Al principio solo estaba enfadado por el puñal clavado en la mandíbula. Ahora empieza a notar la mordedura del veneno. ¡Mira! Se tambalea. Dentro de unos minutos estará ciego. ¿Qué te dije?

De repente, el dragón se había apartado del risco y se alejó dando tumbos entre la maleza.

—¿Huye? —preguntó Valeria con inquietud.

—¡Se dirige a la charca! —Conan se levantó de un salto, electrizado y listo para actuar—. El veneno le da sed. ¡Vamos! No tardará en quedarse ciego, pero aún puede olfatear el camino hasta el risco, y si aún nota aquí nuestro olor se atrincherará hasta que muera. Podrían venir otros como él. ¡Vámonos!

—¿Abajo? —Valeria estaba horrorizada.

—¡Claro! ¡Intentemos llegar a la ciudad! Quizá nos corten la cabeza, pero es la única oportunidad que tenemos. Puede que encontremos mil dragones por el camino, pero si nos quedamos aquí estamos acabados. Si esperamos a que muera quizá tengamos que enfrentarnos a una docena. Sígueme, ¡deprisa!

Descendió por la rampa con la desenvoltura de un simio, deteniéndose tan solo para ayudar a su menos ágil compañera, quien antes de ver escalar al cimerio se había considerado tan buena como cualquier hombre trepando por unos aparejos o por un acantilado.

Descendieron a la penumbra bajo las ramas y se posaron en el terreno en silencio, aunque Valeria estaba segura de que los latidos de su corazón podían

oírse desde lejos. Un ruidoso gorgoteo al otro lado de los espesos matorrales indicaba que el dragón estaba bebiendo de la charca.

—En cuanto se haya llenado el buche, volverá —musitó Conan—. Puede que el veneno tarde horas en matarlo, si es que lo consigue.

En algún lugar más allá de la selva, el sol caía hacia el horizonte. La jungla era un entorno crepuscular y neblinoso lleno de sombras negras y paisajes difuminados. Conan agarró la muñeca de Valeria y empezó a alejarse de la base del risco. El cimerio hacía menos ruido que la brisa entre los troncos de los árboles, pero Valeria tenía la impresión de que sus suaves botas traicionaban su huida bosque a través.

—No creo que pueda rastrear —murmuró Conan—, pero si el viento le lleva nuestro olor, podría seguirnos así.

—¡Mitra, haz que no se levante viento! —jadeó Valeria.

Su cara era un óvalo pálido en medio de la penumbra. Sujetó la espada con la mano libre, pero el tacto de la empuñadura de cuero crudo solo logró que se sintiera indefensa.

Aún estaban a cierta distancia del lindero de la jungla cuando oyeron chasquidos y desgarros a su espalda. Valeria se mordió el labio para contener un grito.

—¡Nos sigue la pista! —susurró fieramente.

Conan sacudió la cabeza.

—No nos ha olido en la roca y está dando tumbos por la selva intentando captar nuestro olor. ¡Vamos! ¡No hay más alternativa que la ciudad! Puede arrancar cualquier árbol al que trepemos. Con tal de que no sople el viento…

Siguieron adelante hasta que los árboles empezaron a clarear. Tras ellos la selva era un océano de sombras, negro e impenetrable. Aún sonaban a su espalda chasquidos ominosos mientras el dragón seguía su camino errático.

—Por delante hay una llanura —jadeó Valeria—. Un poco más, y…

—¡Crom! —maldijo Conan.

—¡Mitra! —dijo Valeria en un suspiro.

Se había levantado viento del sur.

Soplaba sobre ellos y directamente hacia la selva oscura. De inmediato, un terrible rugido sacudió la espesura. Los chasquidos desnortados se transformaron en un crujido constante cuando el dragón se dirigió como un huracán hacia el punto exacto en que había venteado el olor de sus enemigos.

—¡Corre! —gruñó Conan, con los ojos brillantes como los de un lobo acorralado—. ¡Es lo único que podemos hacer!

Las botas de marinero no están hechas para correr, y la vida de un pirata no lo entrena para esa actividad. Apenas habían recorrido cien pasos cuando Valeria empezó a jadear y a refrenar el paso, y tras ellos, los crujidos se habían convertido en un trueno al salir el monstruo de la espesura y alcanzar el terreno más despejado.

El brazo de hierro de Conan rodeó la cintura de la mujer, casi alzándola en vilo, y los pies de ella apenas tocaban el suelo mientras se veía arrastrada a una velocidad que jamás habría alcanzado por sí misma. Si podían mantenerse a distancia de la bestia al menos un poco más, quizá el viento traidor cambiase de dirección… Pero el viento se mantuvo, y al echar una rápida ojeada hacia atrás, Conan vio que tenían al monstruo casi encima, cargando como una galera de guerra impulsada por un huracán. Apartó de sí a Valeria con un empujón tan

fuerte que la hizo dar tumbos una docena de pasos antes de caer hecha un ovillo al pie del árbol más cercano, y el cimerio se plantó en el camino del atronador titán.

Convencido de que la muerte caía sobre él, el cimerio actuó por puro instinto y se arrojó con toda su fuerza contra aquel rostro horrible que cargaba hacia él. Saltó y lanzó un tajo como un gato montés y sintió que la espada cortaba profundamente las escamas que rodeaban el enorme hocico, pero un terrorífico impacto lo lanzó rodando a más de cincuenta pasos, arrancándole todo el aliento y la mitad de la vida.

El aturdido cimerio no supo cómo consiguió volver a ponerse en pie. El único pensamiento que llenaba su mente era la mujer que yacía aturdida e indefensa casi directamente en el camino de su furioso enemigo, y aun antes de que el aliento volviera a entrar en sus pulmones ya estaba a su lado, empuñando la espada.

Valeria seguía donde la había lanzado, pero estaba intentando sentarse. Ni los colmillos desgarrantes ni los pies arrolladores la habían tocado. Lo que había golpeado a Conan fue un hombro o una pata delantera; el monstruo ciego continuó su avance olvidándose de las víctimas cuyo olor había estado siguiendo, envuelto en los espasmos repentinos de la agonía. Siguió con su embestida hasta que la cabeza gacha se estrelló contra un árbol gigantesco que se alzaba en su camino. El impacto arrancó el árbol de raíz y debió de aplastar el cerebro contenido en aquel cráneo deforme. Árbol y monstruo cayeron juntos, y los aturdidos humanos vieron temblar ramas y hojas sacudidas por las convulsiones de la criatura que ocultaban... hasta que al fin se detuvieron.

Conan ayudó a Valeria a ponerse en pie, y juntos emprendieron de nuevo una carrera vacilante. Poco después emergieron al crepúsculo tranquilo de la llanura sin árboles.

Conan se detuvo un instante y volvió la mirada hacia la extensión de ébano que habían dejado atrás. No se movía ninguna hoja; no trinaba ningún pájaro. La jungla se alzaba tan silenciosa como debió de ser antes de la creación del hombre.

—Vamos —murmuró Conan, tomando de la mano a su compañera—. Ya no podemos más que correr. Si salen otros dragones de la selva...

No acabó la frase.

La ciudad en la llanura parecía muy lejana, más de lo que lo había parecido desde el risco. El corazón de Valeria le martilleaba el pecho, hasta que tuvo la impresión de que iba a ahogarla. A cada paso esperaba oír arbustos aplastados y ver otra pesadilla colosal cayendo sobre ellos. Pero nada perturbó el silencio de la espesura.

Cuando pusieron la primera milla entre ellos y la selva, Valeria empezó a respirar con más tranquilidad. Su aplomo optimista fue asomando de nuevo. El sol se había puesto y la oscuridad iba cubriendo la llanura, aligerada un poco por las estrellas que creaban sombras espectrales bajo los cactos.

—No hay ganado ni campos labrados —murmuró Conan—. ¿De qué vive esta gente?

—Quizá guarden el ganado en corrales por la noche —sugirió Valeria— y los campos cultivados y los pastos estén al otro lado de la ciudad.

—Quizá —gruñó él—. Aunque no vi nada desde el risco.

La luna se alzó detrás de la ciudad, perfilando en negro muros y torres bajo su

resplandor amarillento. Valeria se estremeció. A la luz de la luna la ciudad había adquirido un aspecto sombrío y siniestro.

Puede que una idea similar cruzara los pensamientos de Conan, porque se detuvo, echó una mirada y gruñó:

—Paremos aquí. No tiene sentido llegar a las puertas por la noche; probablemente no nos dejarán entrar. Además, necesitamos descansar, y no sabemos cómo nos van a recibir. Unas cuantas horas de sueño nos pondrán en mejor forma si tenemos que pelear o huir.

Se dirigió a un lecho de cactos que crecían formando un círculo, un fenómeno habitual en el desierto del sur. A golpes de espada abrió un hueco e hizo un gesto a Valeria para que entrase.

—Aquí estaremos a salvo de las serpientes.

Valeria miró con aprensión la línea negra que señalaba el lindero de la jungla, a unas tres leguas de donde estaban.

—¿Y si sale un dragón de la selva?

—Montaremos guardia —respondió Conan, aunque no comentó qué podrían hacer si ocurría aquello. Seguía mirando la ciudad, pocas leguas más adelante. En las torres y capiteles no había luz alguna. Una gran masa negra y misteriosa que se alzaba crípticamente contra el cielo iluminado por la luna.

—Acuéstate y duerme. Haré la primera guardia.

Valeria vaciló y lo miró con indecisión, pero Conan se sentó con las piernas cruzadas ante el hueco en los cactos, de cara a la llanura, con la espada sobre las rodillas y dándole la espalda. Sin más comentarios, Valeria se acostó en la arena dentro del círculo de plantas espinosas.

—Despiértame cuando la luna alcance el cénit —dijo.

Conan no contestó ni la miró. La última impresión de Valeria, mientras se hundía en el sueño, fue la de su figura musculosa, inmóvil como una estatua de bronce, recortada contra las estrellas.

## 2
## Junto al resplandor de las joyas de fuego

Valeria se despertó con un sobresalto. Se sentó y se frotó los ojos mientras un amanecer gris se extendía por la llanura. Conan estaba agachado junto a los cactos, cortando los gruesos frutos y quitando con habilidad las espinas.

—No me has despertado —acusó ella—. ¡Me has dejado dormir toda la noche!

—Estabas cansada. Y seguro que tenías molido el trasero después de tanto cabalgar. Los piratas no estáis acostumbrados a viajar a caballo.

—¿Y tú?

—Fui kozaki antes que pirata —respondió Conan—. Viven en sus sillas de montar. He dormitado como una pantera vigilando una senda a la espera de que aparezca un ciervo. Mis orejas montan guardia mientras mis ojos duermen.

El gigantesco bárbaro parecía tan descansado como si hubiera dormido la noche entera en una cama dorada. Tras quitar las espinas y pelar la gruesa corteza, le pasó a la joven una gruesa y jugosa hoja de cacto.

—Mastica esto. Es comida y bebida para un hombre del desierto. Una vez fui jefe de los zuagires... Habitantes del desierto que viven del saqueo de las

caravanas.

—¿Hay algo que no hayas sido? —preguntó la joven, medio burlona medio fascinada.

—Nunca he sido rey de un reino hibóreo. —Sonrió y dio un gran mordisco a la hoja de cacto—. Pero he soñado con serlo. Quizá lo sea algún día, ¿por qué no?

Valeria sacudió la cabeza, asombrada por la tranquila arrogancia de Conan, y se dedicó a devorar la fruta del cacto. El sabor no le resultó desagradable, y estaba llena de un zumo fresco y que aplacaba la sed. Al acabar de comer, Conan se limpió las manos en la arena, se puso en pie, se pasó los dedos por la espesa cabellera negra, se ató el cinto con la espada y dijo:

—En marcha. Si la gente de esa ciudad nos va a cortar el cuello, bien pueden hacerlo ahora, antes de que haga calor.

Su humor negro era inconsciente, pero Valeria pensó que podría ser profético. Se levantó y se colocó el cinturón de la espada a su vez. Los dragones rugientes de la selva lejana eran como un sueño difuso. Caminaba con viveza junto al cimerio. Cualesquiera que fuesen los peligros que hubiera delante, sus enemigos serían hombres. Y Valeria de la Hermandad Roja jamás había temido a ningún hombre.

Conan la miró de reojo mientras marchaba a su lado con un paso oscilante que igualaba al suyo propio.

—Caminas más como un montañés que como un marinero —dijo—. Debes de ser aquilonia. Los soles de Darfar nunca han quemado tu piel castaño claro. Muchas princesas te tendrían envidia.

—Soy de Aquilonia —respondió ella. Los cumplidos de Conan ya no la molestaban, y su evidente admiración la complacía. Si otro hombre hubiera montado guardia mientras ella dormía se habría enfurecido; siempre había odiado intensamente cualquier intento masculino de protegerla debido a su sexo. Pero encontró un placer secreto en el hecho de que aquel hombre hubiera actuado así. No se había aprovechado de su miedo y de la debilidad que le causó; estaba claro que no era un hombre corriente.

El sol se alzó por detrás de la ciudad y tintó las torres de un carmesí siniestro.

—Negra anoche bajo la luna —gruñó Conan, con la mirada velada por la superstición abismal de los bárbaros—. Roja como una amenaza sangrienta bajo el sol del amanecer. No me gusta esta ciudad.

Pero siguieron adelante, y mientras avanzaban, Conan señaló que no había ningún camino que llegase a la ciudad desde el norte.

—Ningún ganado ha pisado la llanura a este lado de la ciudad —dijo—. H ace años, quizá siglos, que ningún arado ha hollado esta tierra. Pero, fíjate: hubo un tiempo en el que aquí hubo cultivos.

Valeria vio los antiguos canales de riego que le señaló, cubiertos en algunos sitios e invadidos por los cactos. Frunció el ceño, desconcertada, al recorrer con la mirada la llanura que se extendía en todas direcciones desde la ciudad hasta el lindero de la jungla, la cual formaba un inmenso anillo alrededor. La vista no alcanzaba más allá de aquel anillo.

Observó la ciudad con inquietud. Ningún casco ni lanza asomaba sobre los parapetos; ninguna trompeta sonaba; ningún desafío les llegaba desde las torres. Sobre los muros y minaretes se cernía un silencio tan absoluto como el de la selva.

El sol se había alzado ya bastante sobre el horizonte oriental cuando se

detuvieron ante el gran portón del muro norte, a la sombra de la alta muralla. El óxido cubría los remaches de hierro de la poderosa puerta de bronce. De las bisagras, los sillares y los pestillos colgaban espesas telarañas.

—¡No se ha abierto en años! —exclamó Valeria.

—Una ciudad muerta —gruñó Conan—. Por eso los canales de riego están estropeados y la llanura, intacta.

—Pero ¿quién la construyó? ¿Quién vivía aquí? ¿Dónde fueron? ¿Por qué la abandonaron?

—¿Quién sabe? Quizá la construyó un clan estigio exiliado. Quizá no. La arquitectura no parece estigia. Quizá unos enemigos acabaron con todo el mundo, o los exterminó una plaga.

—En ese caso puede que sus tesoros sigan ahí, acumulando polvo y telarañas —sugirió Valeria al despertarse en ella los instintos rapaces de su profesión; también la azuzó la curiosidad femenina—. ¿Podemos abrir la puerta? Vamos a explorar un poco.

Conan observó con recelo el pesado portalón, pero colocó contra él el masivo hombro y empujó con toda la fuerza de los músculos de muslos y pantorrillas. Con un sonido chirriante de bisagras oxidadas, la puerta se movió lentamente hacia dentro, y Conan se irguió y desenvainó la espada. Valeria miró por encima del hombro del cimerio y dejó escapar un sonido de sorpresa.

No contemplaban una calle abierta o una plaza, como cualquiera habría esperado. La puerta abierta daba directamente a un vestíbulo amplio y alargado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Tenía unas proporciones colosales, y el suelo era de una extraña piedra roja cortada en baldosas cuadradas que parecía brillar con el reflejo de unas llamas. Las paredes eran de un material verde reluciente.

—¡Si eso no es jade, yo soy shemita! —exclamó Conan.

—No puede ser; no en esa cantidad —protestó Valeria.

—He saqueado suficientes caravanas de Khitan para saber de lo que hablo —afirmó—. ¡Es jade!

El techo abovedado era de lapislázuli, adornado con grupos de grandes piedras verdes que emitían un resplandor venenoso.

—Piedras de fuego verde —gruñó Conan—. Así las llama la gente de Punt. Se dice que son los ojos petrificados de las serpientes prehistóricas que los antiguos llamaban Serpientes de Fuego. En la oscuridad brillan como los ojos de un gato. Por la noche iluminarán este vestíbulo, pero será una luz infernalmente extraña. Echemos un vistazo. Quizá encontremos una reserva de joyas.

—Cierra la puerta —aconsejó Valeria—. Odiaría tener que huir de un dragón en este pasillo.

Conan sonrió.

—No creo que los dragones salgan nunca de la selva —dijo, pero hizo lo que le pedía la joven. Luego señaló el pestillo roto del lado interior—. Me pareció que oía quebrarse algo cuando empujé; ese pestillo se ha roto hace poco. El óxido se lo ha comido casi del todo. Pero, si la gente huyó de la ciudad, ¿por qué estaba corrido el pestillo por dentro?

—Se marcharían por otra puerta —dijo Valeria.

Se preguntó cuántos siglos habrían pasado desde que la luz del día se había filtrado en aquel vestíbulo por la puerta abierta. De algún modo, el sol encontraba el camino hasta allí, y no tardaron en descubrir cómo. En lo alto del techo

abovedado había tragaluces en ranuras, láminas traslúcidas de alguna sustancia cristalina. En las zonas de sombra entre ellas, las joyas verdes parpadeaban como ojos de gatos enfurecidos. A sus pies, aquel suelo siniestro resplandecía con tonos cambiantes del color de las llamas. Era como si caminaran por el suelo del infierno mientras unas estrellas malignas brillaban sobre su cabeza.

Tres galerías con barandillas corrían a cada lado del vestíbulo, una encima de otra.

—Una casa de cuatro pisos —gruñó Conan—, y este vestíbulo llega hasta el techo. Es largo como una calle. Creo que veo una puerta al otro extremo.

Valeria encogió sus hombros pálidos.

—Tienes mejor vista que yo, aunque tengo fama de buena vigía entre los marinos.

Abrieron una puerta al azar y cruzaron una serie de estancias vacías, con el mismo tipo de suelo que el vestíbulo y paredes del mismo jade verde, o de mármol, o de marfil, o de calcedonia, adornadas con frisos de bronce, oro y plata. En los techos, las joyas de fuego verde emitían una luz tan espectral e ilusoria como Conan había predicho. Los intrusos avanzaron como fantasmas bajo aquel brillo embrujado.

Algunas de las salas carecían de aquella iluminación, y las entradas se veían tan negras como la boca del infierno. Conan y Valeria evitaron esas estancias, y se mantuvieron en las salas iluminadas.

En las esquinas colgaban telarañas, pero no había una acumulación perceptible de polvo en el suelo ni en las mesas y sillas de mármol, jade o cornalina que ocupaban las salas. Aquí y allá había alfombras de seda de Khitan, que era prácticamente indestructible. En ninguna parte vieron ventanas ni puertas que dieran a calles o plazas. Cada puerta daba simplemente a otra sala o a otro vestíbulo.

—¿Por qué no encontramos ninguna calle? —se quejó Valeria—. Este palacio o lo que sea debe de ser tan grande como el serrallo del rey de Turán.

—Dudo que hayan muerto a causa de una plaga —dijo Conan, meditando sobre el misterio de la ciudad vacía—. Habríamos encontrado esqueletos. Quizá la hechizaron y todo el mundo se marchó. Quizá...

—¡Quizá infiernos! —lo interrumpió bruscamente Valeria—. Nunca lo sabremos. Mira esos frisos. Muestran hombres. ¿De qué raza crees que son?

Conan los examinó y negó con la cabeza.

—Nunca vi gente exactamente como esta. Pero tienen un aire oriental. Vendhya, quizá. O Kosala.

—¿Fuiste rey en Kosala? —preguntó Valeria, disfrazando con el tono burlón su curiosidad sincera.

—No. Pero fui jefe guerrero de los afgulis que habitan en las Montañas Himelias, sobre la frontera de Vendhya. Estos de aquí me recuerdan a los kosalanos, pero ¿por qué iban a construir una ciudad tan lejos al oeste?

Las figuras representaban hombres y mujeres esbeltos, de piel olivácea y rasgos cincelados y exóticos. Vestían túnicas vaporosas y portaban accesorios delicadamente enjoyados, y se los representaba principalmente en escenas de comida, danza o sexo.

—Orientales, seguro —gruñó Conan—, pero no sé de dónde exactamente. Tienen que haber vivido una vida asquerosamente pacífica, o habría escenas de guerras y combates. Subamos por esa escalera.

En la sala donde se encontraban había una escalera de caracol hecha de marfil. Subieron tres pisos y llegaron a una amplia sala en el cuarto, que parecía ser el nivel más alto del edificio. Los tragaluces del techo iluminaban la estancia, haciendo palidecer el parpadeo de las joyas de fuego. Al asomarse por las puertas descubrieron más salas iluminadas del mismo modo, excepto una; la puerta diferente daba a una galería con baranda que dominaba un vestíbulo mucho más pequeño que el que habían explorado en la planta baja.

—¡Infiernos! —Valeria se sentó con disgusto en un banco de jade—. La gente que abandonó la ciudad debió de llevarse con ella todos sus tesoros. Estoy harta de vagabundear sin rumbo por habitaciones vacías.

—Todas estas salas superiores parecen iluminadas —dijo Conan—. Ojalá encontrásemos una ventana desde la que se divisara la ciudad. Echemos un vistazo tras esa puerta de ahí.

—Echa un vistazo tú —dijo Valeria—. Yo voy a quedarme aquí sentada descansando los pies.

Conan desapareció por la puerta opuesta a la que daba a la galería. Valeria se recostó con las manos unidas detrás de la cabeza y estiró las piernas. Aquellas habitaciones y pasillos silenciosos, con sus grupos de luces verdes y sus suelos de rojo fuego, empezaban a deprimirla. Deseó que encontrasen la salida de aquel laberinto que habían estado recorriendo para así pisar alguna calle. Se preguntó ociosamente qué pies furtivos y oscuros habían hollado aquellos suelos en llamas en los siglos pasados, cuántos actos de crueldad y misterio habían iluminado aquellas gemas del techo.

Un débil sonido la arrancó de sus meditaciones. Antes de darse cuenta de qué la había perturbado ya estaba en pie con la espada empuñada. Conan no había regresado, y Valeria sabía que no era él a quien había oído.

El sonido había llegado de algún lugar más allá de la puerta que daba a la galería. Sus suaves botas de cuero avanzaron en silencio en esa dirección; cruzó la galería y se asomó sobre la gruesa barandilla.

Un hombre avanzaba por el vestíbulo.

La visión de un ser humano en aquella ciudad presuntamente desierta fue una conmoción. Se agazapó tras la barandilla de piedra, con los nervios a flor de piel. Volvió a mirar a la sigilosa figura.

El hombre no se parecía en absoluto a las figuras representadas en los frisos. Tenía una estatura un poco superior a la media y piel oscura, aunque no era negroide. Estaba desnudo a excepción de un taparrabos de seda que apenas le cubría las caderas musculosas, y un ancho cinturón de cuero le rodeaba la esbelta cintura. El largo pelo negro colgaba en lacios mechones sobre sus hombros, dándole un aspecto salvaje. Era delgado, pero nudos y cables de músculos destacaban en sus brazos y piernas, sin el relleno carnoso que crea una simetría agradable en el contorno. Estaba construido con una economía casi repelente.

Pero no era tanto su apariencia como su actitud lo que impresionó a la mujer que lo observaba. Avanzaba sigilosamente, semiagazapado, volviendo la cabeza de un lado a otro. Empuñaba en la mano derecha una hoja de punta ancha que temblaba a causa de la intensidad de la emoción que embargaba al hombre. Se lo veía asustado, tembloroso, al borde del terror abyecto. Cuando giró la cabeza, Valeria distinguió el brillo salvaje de los ojos entre los lacios mechones de pelo negro.

No la vio. Cruzó de puntillas el vestíbulo y desapareció por una puerta

abierta. Un instante después, Valeria oyó un grito ahogado, y luego volvió a caer el silencio.

Consumida por la curiosidad, recorrió con cautela la galería hasta que llegó a una puerta por encima de aquella que había cruzado el hombre. Se abría a otra galería más pequeña que rodeaba una gran sala.

Dicha sala estaba en el tercer piso, y el techo no era tan alto como el del vestíbulo. La única iluminación eran las gemas de fuego, y el extraño brillo verdoso dejaba en sombras los espacios bajo la galería.

Valeria abrió mucho los ojos. El hombre que había visto seguía en la estancia. Yacía en el centro de la sala, boca abajo sobre una alfombra de color rojo oscuro. El cuerpo lánguido, los brazos completamente extendidos. La espada curva yacía a su lado.

La joven se preguntó por qué estaría tan inmóvil. Entrecerró los ojos y se fijó bien en la alfombra. Bajo el hombre y a su alrededor, el tejido tenía un color algo diferente: un carmesí más intenso y brillante.

Con un leve temblor, se agazapó más cerca de la barandilla y escrutó atentamente las sombras bajo la galería. No desvelaron ningún secreto.

Otra figura se sumó de repente al tétrico drama. Era un hombre como el primero, y entró por una puerta opuesta a la que daba al vestíbulo.

Los ojos del recién llegado destellaron al ver a la figura del suelo. Habló con voz entrecortada, diciendo algo que sonó como «¡Chicmec!». El otro no se movió.

El hombre cruzó rápidamente la estancia, se inclinó, aferró el hombro del caído y dio la vuelta al cuerpo. Un grito ahogado se escapó de sus labios cuando la cabeza cayó flácidamente hacia atrás, revelando que le habían cortado la garganta de oreja a oreja.

Dejó que el cadáver cayera sobre la alfombra manchada de sangre y se puso en pie de un salto, temblando como una hoja en un vendaval. Su rostro era una máscara gris de terror. Con una rodilla doblada y ya listo para huir, se quedó paralizado de repente, tan inmóvil como las imágenes de los frisos, los ojos desencajados fijos en el otro extremo de la estancia.

En las sombras bajo la galería empezó a brillar una luz espectral cada vez más intensa; una luz que no era parte del resplandor de las gemas de fuego. Valeria sintió que se le ponía el pelo de punta; apenas visible en medio de la luz pulsante flotaba una calavera, humana pero espantosamente deforme, y de ella parecía desprenderse la luz espectral. Se alzaba como una cabeza sin cuerpo, conjurada de la noche y las sombras, ganando cada vez mayor nitidez. Era humana, pero no humana de la manera en que Valeria entendía la humanidad.

El hombre permanecía inmóvil, la viva encarnación del horror paralizante, incapaz de apartar la mirada de la aparición. La cosa se apartó de la pared y con ella avanzó una sombra grotesca, que se hizo visible poco a poco como una figura de apariencia humana. El torso y los miembros desnudos brillaban blanquecinos, con el tono de los huesos resecos; el cráneo sobre los hombros sonreía sin ojos desde el centro de aquel halo impío. El hombre que tenía enfrente parecía incapaz de apartar la vista de él. Permaneció inmóvil, con la espada colgando de los dedos inertes y la expresión de un hombre atrapado por el hechizo de un hipnotizador.

Valeria se dio cuenta de que no era el miedo lo único que lo paralizaba. Aquel resplandor pulsante poseía cierta cualidad infernal que le había robado la capacidad de pensar y actuar. Ella misma, a salvo por encima de la escena, sintió el impacto sutil de aquella emanación innombrable que amenazaba la cordura.

El horror se deslizó hacia su víctima y esta se movió al fin, pero solo para soltar la espada, dejarse caer de rodillas y cubrirse los ojos con las manos. Aguardó estúpidamente el golpe de la hoja que ahora brillaba en la mano de la aparición mientras esta la alzaba como la Muerte triunfando sobre la humanidad.

Valeria actuó siguiendo el primer impulso de su naturaleza rebelde. Saltó la barandilla veloz como una tigresa y aterrizó tras la espantosa forma. Esta se giró al oír el golpe de las suaves botas contra el suelo, pero mientras se volvía, la afilada espada golpeó, y una alegría feroz invadió a Valeria al sentir que el filo sajaba carne sólida y hueso mortal.

La aparición lanzó un grito gorgoteante y se desplomó con el hombro, la clavícula y la espina dorsal cortadas; al caer, la calavera llameante salió rodando, revelando una mata de pelo negro y lacio y una cara oscura con los rasgos deformados por las convulsiones de la muerte. Bajo aquella horrible mascarada había un ser humano, un hombre que se parecía al que estaba arrodillado en el suelo.

Este alzó la mirada al oír el golpe y el grito, los ojos desorbitados por el asombro fijos ahora en la mujer de piel blanca que se alzaba sobre el cadáver y empuñaba una espada de la que goteaba la sangre.

Se puso en pie con esfuerzo y empezó a gritar como si aquella visión le hubiera descabalgado el juicio. Valeria se dio cuenta con sorpresa de que lo entendía. Balbuceaba en lengua estigia, aunque el dialecto no le resultaba familiar.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué haces en Xuchotl? —Siguió hablando atropelladamente sin esperar respuesta—: Pero eres amiga... ¡Diosa o demonio, da igual! ¡Has matado a la Calavera Llameante! ¡Debajo de ella había un hombre, después de todo! Creíamos que era un demonio que habían conjurado de las catacumbas. ¡Escucha!

Interrumpió en seco sus desvaríos y se tensó, forzando los oídos con dolorosa intensidad. La joven no oyó nada.

—¡Tenemos que apresurarnos! —susurró—. Están al oeste del Gran Salón. Pueden rodearnos aquí. ¡Quizá se estén acercando ahora mismo!

Le cogió la muñeca en un agarre convulso que ella se esforzó por romper.

—¿De quiénes estás hablando? —preguntó.

La miró con incomprensión durante un instante, como si le costara entender su ignorancia.

—¿Quiénes? —balbuceó—. ¿Quiénes? ¡Los hombres de Xotalanc! El clan del hombre que has matado. Los que moran junto a la puerta oriental.

—¿Quieres decir que la ciudad está habitada? —exclamó Valeria.

—¡Sí! ¡Sí! —Se retorcía de impaciencia y aprensión—. ¡Vamos! ¡Deprisa! ¡Debemos regresar a Tecuhltli!

—¿Dónde está eso?

—¡En el barrio de la puerta occidental!

Había vuelto a agarrarle la muñeca y tiraba de ella hacia la puerta por la que había entrado al principio. De la frente oscura manaban grandes gotas de sudor, y el terror brillaba en sus ojos.

—¡Espera un momento! —gruñó Valeria, liberándose del agarra—. ¡Quítame las manos de encima o te rompo la cabeza! ¿De qué va todo esto? ¿Quién eres? ¿Dónde me llevas?

El hombre se recompuso con esfuerzo y empezó a hablar sin dejar de mirar a

todos los lados. Habló tan deprisa que se le atropellaban las palabras.

—Me llamo Techotl. Soy de Tecuhltli. Yo y el hombre que yace con el cuello cortado vinimos a los Salones del Silencio con la intención de emboscar a algún xotalanca. Pero nos separamos, y cuando volví me lo encontré con el cuello rajado. Fue la Calavera Llameante, lo sé, y habría acabado también conmigo si no lo hubieras matado. Pero quizá no esté solo. ¡Puede haber otros ladrones de Xotalanc! ¡Los propios dioses palidecen ante el destino de aquellos a quienes capturan con vida!

El pensamiento lo hizo temblar de terror y su piel oscura adquirió un tono grisáceo. Valeria lo observó con desconcierto. Percibía inteligencia detrás de aquel galimatías, pero lo que decía no tenía sentido para ella.

Se giró hacia el cráneo, que aún resplandecía en el suelo, e iba a darle un toque inquisitivo con la puntera de la bota cuando el hombre llamado Techotl saltó hacia delante lanzando un grito.

—¡No lo toques! ¡Ni siquiera lo mires! En él acechan la locura y la muerte. Los hechiceros de Xotalanc conocen su secreto; lo encontraron en las catacumbas, donde yacen los huesos de los terribles reyes que gobernaron Xuchotl en los negros siglos del pasado. Mirarlo hiela la sangre y marchita el cerebro de un hombre que no entienda sus misterios. Tocarlo causa locura y destrucción.

Lo observó no muy convencida. No era una figura tranquilizadora, con su aspecto escuálido, sus músculos nudosos y su comportamiento intrigante. En sus ojos, más allá del brillo del terror, se agazapaba una luz extraña que nunca había visto en los ojos de un hombre completamente cuerdo. Pero parecía sincero en sus exhortaciones.

—¡Ven! —rogó, haciendo ademán de cogerle la mano, pero refrenándose al recordar su advertencia—. Eres forastera. No sé cómo has llegado aquí, pero si eres una diosa o un demonio, ven a ayudar a Tecuhltli y tendrás respuesta a todo lo que me has preguntado. Debes de venir de más allá de la gran jungla, desde la que llegaron nuestros antepasados. Pero eres amiga nuestra, o no habrías matado a mi enemigo. ¡Ven, deprisa, antes de que los xotalancas nos encuentren y nos maten!

Valeria pasó la mirada de aquel rostro repulsivo y ferviente a la siniestra calavera, que humeaba y resplandecía en el suelo cerca del cadáver. Era como un cráneo visto en un sueño, innegablemente humano, pero con deformidades y distorsiones perturbadoras en la forma y el contorno. En vida, su propietario debió de tener un aspecto extraño y monstruoso. ¿Vida? parecía poseer una especie de vida propia. Las mandíbulas se abrieron hacia ella y luego se cerraron con un chasquido. El resplandor se hizo más brillante, más intenso, y la impresión de pesadilla creció. Aquello era un sueño; toda la vida era un sueño... Fue la voz apurada de Techotl la que trajo a Valeria de vuelta de aquellas profundidades en las que se estaba hundiendo.

—¡No mires el cráneo! ¡No mires el cráneo! —Era un grito lejano procedente de más allá de un vacío inexplorado.

Valeria se sacudió como un león agitando la melena. Se le aclaró la vista. Techotl estaba hablando:

—¡En vida alojó el espantoso cerebro de un rey mago! ¡Aún conserva la vida y el fuego de la magia extraída del espacio exterior!

Valeria soltó un juramento, saltó ágil como una pantera y el cráneo se rompió en pedazos llameantes bajo el golpe de su espada. En algún lugar de la estancia, o

en el vacío, o en los límites difusos de su consciencia, una voz inhumana gritó de rabia y dolor.

Techotl la sujetó por un brazo y empezó a balbucear:

—¡Lo has roto! ¡Lo has destruido! Ni todas las artes oscuras de Xotalanc podrán reconstruirlo. ¡Vámonos! ¡Vámonos deprisa, ahora!

—Pero no puedo marcharme —protestó ella—. Por aquí cerca anda un amigo...

La interrumpió el destello en los ojos del hombre, que miraba tras ella con una expresión cada vez más asustada. Se giró justo cuando cuatro hombres entraban por varias puertas, convergiendo hacia la pareja que estaba en el centro de la estancia.

Eran como los otros que había visto; los mismos músculos nudosos resaltando en extremidades por lo demás escuálidas, el mismo pelo negro y lacio, el mismo brillo demente en la mirada salvaje. Estaban armados y vestidos como Techotl, pero llevaban pintada en el pecho una calavera blanca.

No hubo desafíos ni gritos de guerra. Los hombres de Xotalanc saltaron al cuello de sus enemigos como tigres sedientos de sangre. Techotl se enfrentó a ellos con la furia de la desesperación, esquivó el tajo de una espada de punta ancha, se enzarzó cuerpo a cuerpo con el atacante y lo hizo caer al suelo, donde rodaron y pelearon en silencio homicida.

Los otros tres cayeron sobre Valeria, con ojos enrojecidos como los de un perro rabioso.

Mató al primero que se puso a su alcance antes de que el hombre pudiera lanzar un golpe; la larga espada recta le rompió el cráneo mientras estaba levantando su arma para atacar. Esquivó una embestida al tiempo que bloqueaba un tajo. Su mirada danzó y sus labios sonrieron sin piedad. Era de nuevo Valeria de la Hermandad Roja, y el zumbido del acero era como un himno nupcial en sus oídos.

Su espada superó una hoja que intentaba bloquearla, y medio palmo de la punta se clavó en el vientre protegido en parte por el cinturón. El hombre jadeó por el dolor y cayó de rodillas, pero su alto compañero se lanzó hacia delante y en feroz silencio hizo caer una lluvia de golpes tan furiosos que Valeria no encontraba un instante libre para contraatacar. Fue retrocediendo con calma, bloqueando los golpes y esperando su oportunidad. El hombre no podría mantener mucho tiempo aquel torbellino; se le cansaría el brazo, se quedaría sin aliento; se debilitaría, vacilaría, y entonces Valeria le clavaría la espada en el corazón. Por el rabillo del ojo vio a Techotl arrodillado sobre el pecho de su adversario mientras intentaba romper el agarre de muñeca que le impedía hundir el puñal.

El sudor perlaba la frente del hombre que tenía ante ella, y sus ojos parecían brasas encendidas. Ninguno de sus golpes conseguía superar la guardia de la mujer ni hacer que la bajara. Empezó a jadear y los ataques empezaron a fallar erráticamente. Valeria retrocedió un paso para atraerlo... y sintió que una presa de acero le rodeaba los muslos. Se había olvidado del herido caído en el suelo.

Arrodillado, la sujetó con los dos brazos aferrados a las piernas, y su compañero lanzó un graznido triunfante y empezó a rodearla para atacarla por un lado. Valeria se retorció y tiró salvajemente, pero en vano. Podría liberarse de aquella amenaza con una simple estocada hacia abajo, pero en ese instante, la hoja curvada del guerrero alto le destrozaría el cráneo. El hombre herido le clavó los dientes en el muslo desnudo como si fuera una bestia salvaje.

Valeria bajó la mano y agarró el largo pelo obligándolo a echar la cabeza hacia atrás, y los blancos dientes y los ojos furiosos brillaron en su dirección. El xotalanca alto gritó con salvajismo, saltó hacia ella y golpeó con toda la fuerza del brazo. Valeria consiguió bloquear torpemente el ataque, pero la parte plana de la hoja la golpeó en la cabeza haciéndole ver las estrellas, y se tambaleó. La espada enemiga se elevó de nuevo, acompañada de un grito bestial de triunfo... y una figura gigante apareció tras el xotalanca y el acero destelló como un relámpago de luz azulada. El grito del guerrero quedó cortado, y este se desplomó como un buey en el matadero; el cerebro se derramó del cráneo partido hasta el cuello.

—¡Conan! —jadeó Valeria. En un arrebato de pasión se giró hacia el xotalanca al que sujetaba por el pelo con la mano izquierda—. ¡Perro del infierno!

La espada siseó al cortar el aire en un arco ascendente de borroso acero, y el cuerpo decapitado cayó derramando sangre. Valeria arrojó la cabeza al otro lado de la estancia.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Conan pasó por encima del cadáver del hombre que había matado, espada en mano, contemplándolo asombrado.

Techotl se estaba poniendo en pie junto a la figura temblorosa del último xotalanca. Sacudió la sangre de su puñal. Sangraba por un profundo corte en el muslo. Miró a Conan con ojos desorbitados.

—¿Qué es todo esto? —volvió a preguntar el cimerio, aún no recuperado de la sorpresa de encontrar a Valeria enzarzada en un combate salvaje con aquellas figuras fantásticas en una ciudad que había creído vacía y deshabitada. Al volver de su exploración de las estancias superiores descubrió que Valeria no estaba donde la había dejado, y siguió los sonidos de la refriega que llegaban a sus atónitos oídos.

—¡Cinco perros muertos! —exclamó Techotl, con una mirada exultante en sus ojos encendidos—. ¡Cinco muertos! ¡Cinco clavos rojos para el pilar negro! ¡Gracias sean dadas a los dioses de la sangre!

Alzó las manos temblorosas y luego, con expresión malévola, escupió en los cadáveres y les pisoteó la cara, danzando con júbilo macabro. Sus nuevos aliados lo contemplaban asombrados, y Conan preguntó en aquilonio:

—¿Quién es este loco?

Valeria se encogió de hombros.

—Dice que se llama Techotl. De sus parloteos deduzco que su gente vive en un extremo de esta ciudad chiflada, y esos otros viven al otro extremo. Quizá sea mejor ir con él. Parece amistoso, y está muy claro que el otro clan no lo es.

Techotl había interrumpido su baile y volvía a escuchar, con la cabeza inclinada a un lado, como un perro; el triunfo batallaba contra el miedo en su rostro repulsivo.

—¡Vámonos ya! —susurró—. ¡Ya hemos hecho bastante! ¡Cinco perros muertos! Mi gente os dará la bienvenida. ¡Os honrarán! Pero vamos; Tecuhltli está lejos, y en cualquier momento pueden llegar más xotalancas en número demasiado grande incluso para vuestras espadas.

—Guíanos —gruñó Conan.

Sin perder un instante, Techotl empezó a subir la escalera que llevaba a la galería, haciéndoles gestos para que lo siguieran. Obedecieron y avanzaron rápidamente para no perderlo de vista. Cuando llegaron a la galería, Techotl cruzó una puerta que daba al oeste y atravesó con rapidez estancia tras estancia, todas iluminadas por tragaluces o gemas de fuego.

—¿Qué clase de lugar es este? —musitó Valeria entre dientes.

—¡Crom sabrá! —respondió Conan—. Pero he visto antes a gente como él. Viven en las orillas del lago Zuad, cerca de la frontera de Kush. Son una especie de mestizos estigios, mezclados con otra raza que llegó a Estigia desde el este hace varios siglos y fue absorbida. Se llaman tlazitlanos. Apuesto a que ellos tampoco construyeron esta ciudad.

El temor de Techotl no pareció disminuir mientras se alejaban de la sala donde yacían los muertos. Siguió volviéndose para mirar atrás y tratar de oír sonidos de persecución, y observaba con una intensidad candente cada puerta que cruzaban.

Valeria se estremeció a su pesar. No temía a ningún hombre, pero el extraño suelo bajo sus pies, las siniestras joyas sobre su cabeza, las sombras acechantes entre ambas cosas, el sigilo y el terror de su guía le infundían una aprensión indefinible, una sensación de latente peligro inhumano.

—¡Podrían estar entre nosotros y Tecuhltli! —susurró Techotl en una ocasión —. ¡Debemos estar alerta por si están esperando ocultos!

—¿Por qué no salimos de este lugar infernal y vamos por la calle? —preguntó Valeria.

—No hay calles en Xuchotl —fue la respuesta—. Ni plazas ni patios descubiertos. La ciudad está construida como un inmenso palacio bajo un gran techo. Lo más parecido a una calle es el Gran Vestíbulo, que cruza la ciudad desde la puerta norte hasta la puerta sur. Las únicas puertas que se abren al exterior son las puertas de la ciudad, por las que no ha pasado ningún hombre en cincuenta años.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí? —preguntó Conan.

—Nací en el castillo de Tecuhltli hace treinta y cinco años. Jamás he puesto un pie fuera de la ciudad. ¡Por amor de los dioses, sigamos en silencio! Estas paredes pueden estar llenas de demonios al acecho. Olmec os explicará todo cuando lleguemos a Tecuhltli.

De modo que siguieron en silencio con las piedras de fuego verde parpadeando sobre su cabeza y el suelo llameante bajo los pies, y Valeria tuvo la impresión de que viajaban por el infierno guiados por un trasgo de piel oscura y pelo lacio.

Pero fue Conan quien los detuvo cuando cruzaban una estancia inusualmente amplia. Sus oídos adiestrados en la naturaleza eran incluso más agudos que los de Techotl, afinados por toda una vida de guerra en los corredores silenciosos.

—¿Crees que algunos enemigos pueden estar ante nosotros, preparando una emboscada?

—Rondan por estas salas a todas horas —respondió Techotl—, igual que nosotros. Los vestíbulos y las salas entre Tecuhltli y Xotalanc son territorio en disputa, tierra de nadie. Los llamamos los Salones del Silencio. ¿Por qué?

—Porque en las salas que tenemos delante hay gente —respondió Conan—. He oído el choque del acero contra la piedra.

Un temblor invadió de nuevo a Techotl, que apretó los dientes para impedir que castañetearan.

—Quizá sean amigos tuyos —comentó Valeria.

—Es mejor no correr el riesgo. —Techotl emprendió una actividad frenética. Giró hacia un lado y cruzó una puerta a la izquierda que los llevó a una sala con una escalera de marfil que descendía hacia la oscuridad—. Esto lleva a un

corredor sin iluminar que hay debajo —siseó; tenía la frente perlada de sudor—. También pueden estar acechando allí. Puede ser un truco para empujarnos a la trampa. Pero debemos suponer que han tendido la emboscada en las salas de arriba. ¡Seguidme, deprisa!

Ligeros como fantasmas bajaron por la escalera y llegaron a un corredor negro como la noche. Allí se agazaparon unos instantes, escuchando, y después se fundieron en él. Conforme avanzaban, a Valeria se le encogió la piel entre los hombros esperando en cualquier momento una estocada en la oscuridad. Salvo por los dedos de hierro de Conan cerrados en torno a su brazo, no tenía la menor indicación física de la presencia de sus compañeros. No hacían más ruido que el que podía haber hecho un gato. La oscuridad era absoluta. Una mano extendida tocaba una pared, y a veces notaba una puerta bajo los dedos. El corredor parecía interminable.

De repente los electrizó un sonido a su espalda. La carne de Valeria se encogió otra vez, pues reconoció el sonido de una puerta al abrirse. Otros hombres habían entrado tras ellos en el corredor. Tropezó con algo que le pareció un cráneo humano; rodó por el suelo con un repiqueteo aterrador.

—¡Corred! —gritó Techotl, con un deje de histeria en la voz, y se lanzó corredor adelante como un fantasma al vuelo.

Valeria sintió de nuevo la mano de Conan sujetándola y arrastrándola mientras corrían tras su guía. Conan no podía ver en la oscuridad más que ella, pero poseía una especie de instinto que le permitió avanzar sin accidentes. Sin su apoyo y su guía, Valeria habría caído o habría chocado con una pared. Siguieron corriendo mientras, tras ellos, el golpeteo suave de otros pies a la carrera se acercaba más y más. De repente, Techotl habló jadeante:

—¡Aquí está la escalera! ¡Seguidme, deprisa! ¡Oh, deprisa!

Su mano se extendió en la oscuridad y atrapó la muñeca de Valeria mientras la joven se tambaleaba ciegamente por los escalones. Se sintió mitad empujada, mitad arrastrada por la escalera de caracol. Conan la soltó y dio media vuelta; sus oídos y su instinto le decían que tenían al enemigo casi encima. Y no todos los sonidos eran de pies humanos.

Algo subía arrastrándose por la escalera; algo que se retorcía y susurraba y hacía que descendiera la temperatura del aire. Conan golpeó hacia abajo con la gran espada y sintió que la hoja cortaba algo que quizá fuera carne y hueso, y volvió a cortar profundamente hacia abajo. Algo frío como la escarcha le tocó un pie, y entonces la oscuridad de abajo se vio perturbada por un terrorífico sonido de golpes y estocadas. Un hombre gritó de dolor.

Un instante después, Conan corría escaleras arriba y cruzaba la puerta abierta en su extremo.

Valeria y Techotl ya estaban allí, y Techotl cerró la puerta de golpe y corrió un pestillo; el primero que Conan había visto desde que cruzaron la puerta exterior.

Atravesaron a la carrera la sala bien iluminada a la que habían salido, y cuando cruzaban la puerta del fondo, Conan miró hacia atrás y vio que la puerta de la escalera crujía al soportar una intensa presión aplicada con violencia desde el otro lado.

Aunque Techotl no disminuyó ni la velocidad ni la cautela, parecía ya más confiado. Tenía el aspecto de un hombre que ha llegado a territorio conocido, cercano a sus amigos. Pero Conan reavivó su terror al preguntar:

—¿Qué era esa cosa con la que luché en la escalera?

—Los hombres de Xotalanc —respondió Techotl sin volver la mirada—. Os dije que las salas estaban llenas de ellos.

—Eso no era un hombre —gruñó Conan—. Era algo que se arrastraba, y al tocarlo era frío como el hielo. Creo que le di un tajo. Cayó hacia atrás, sobre los hombres que nos seguían, y debe de haber matado a alguno en su agonía.

Techotl volvió la cabeza de golpe; se había puesto gris otra vez. Aceleró el paso convulsamente.

—¡Era el Reptante! ¡Un monstruo que han traído de las catacumbas para ayudarlos! Qué es, no lo sé, pero hemos encontrado a gente a la que dio una muerte horrible. ¡Deprisa, en nombre de Set! ¡Si lo ponen tras nuestro rastro, nos seguirá hasta las mismísimas puertas de Tecuhltli!

—Lo dudo —gruñó Conan—. Le di un buen tajo en la escalera.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —gimió Techotl.

Siguieron corriendo por una serie de estancias bañadas por la luz verdosa, cruzaron un amplio vestíbulo y se detuvieron ante una gigantesca puerta de bronce.

—¡Esto es Tecuhltli! —dijo Techotl.

## 3
## La contienda

Techotl golpeó con el puño la puerta de bronce y después se giró para poder vigilar el vestíbulo.

—Ha habido hombres que han muerto ante esta puerta, cuando ya creían estar a salvo —explicó.

—¿Por qué no abren? —preguntó Conan.

—Nos están observando a través del Ojo —respondió Techotl—. Se han desconcertado al veros. —Alzó la voz y llamó—: ¡Abre la puerta, Excelan! ¡Soy yo, Techotl, y traigo amigos del gran mundo al otro lado de la selva! Abrirán —les aseguró a sus aliados.

—Más vale que se den prisa —dijo Conan sombríamente—. Oigo algo que se arrastra por el suelo más allá del vestíbulo.

Techotl palideció y atacó la puerta con los puños, sin dejar de gritar.

—¡Abrid, idiotas! ¡Abrid! ¡El Reptante nos pisa los talones!

Mientras golpeaba y gritaba, el portón de bronce se abrió silenciosamente hacia dentro, revelando una gran cadena que la cruzaba y, tras ella, un muro de lanzas erizadas y rostros feroces que los observaron fijamente unos instantes. Entonces cayó la cadena y Techotl cogió por los brazos con frenesí a sus dos acompañantes y los hizo traspasar el umbral. Mientras la puerta se cerraba, Conan echó una ojeada rápida a su espalda, a la larga extensión del vestíbulo, y captó vagamente en el extremo más alejado la aparición de una forma ofidia que se retorcía lenta y dolorosamente, con la espantosa cabeza manchada de sangre oscilando como si estuviera ebria. Entonces la puerta se cerró y ocultó la visión.

Dentro de la estancia cuadrada en la que habían entrado se corrieron grandes pestillos que bloquearon la puerta, y volvieron a colocar la cadena en su lugar. La puerta estaba construida para resistir un asedio. Cuatro hombres con el mismo cabello lacio y la misma piel oscura que Techotl montaron guardia con lanzas

empuñadas y espadas colgadas de la cadera. En la pared cercana a la puerta había un complicado montaje de espejos, que Conan supuso que era el Ojo que había mencionado Techotl, dispuestos de forma que se podía mirar desde el interior por una estrecha ranura de cristal sin que viesen al observador desde fuera. Los cuatro centinelas miraron con asombro a los forasteros, pero no hicieron preguntas, y Techotl no les dio explicaciones. Avanzó ahora con confianza, como si se hubiera quitado de encima una capa de indecisión y miedo en el momento en que cruzaron el umbral.

—¡Venid! —urgió a sus nuevos amigos, pero Conan miró de reojo la puerta.

—¿Qué hay de los que nos seguían? ¿No intentarán atacar la entrada?

Techotl negó con la cabeza.

—Saben que no pueden atravesar la Puerta del Águila. Huirán de vuelta a Xotalanc con su amigo reptante. ¡Venid! Os llevaré ante los gobernantes de Tecuhltli.

Un centinela abrió la puerta opuesta a aquella por la que habían entrado, la cruzaron y pusieron el pie en un vestíbulo que, como la mayoría de las estancias de aquel nivel, estaba iluminada a la vez por tragaluces alargados y por las parpadeantes gemas de fuego. Pero a diferencia de otras salas que habían cruzado, aquella mostraba señales de estar habitada. Tapices de terciopelo adornaban las relucientes paredes de jade, alfombras opulentas cubrían el suelo carmesí, y los asientos, bancos y divanes de marfil estaban cubiertos de cojines de raso.

El vestíbulo terminaba en una puerta ornamentada ante la cual no se alzaba ningún guardián. Sin ceremonia, Techotl empujó para abrirla y guio a sus amigos a una sala amplia ocupada por unos treinta hombres y mujeres de piel oscura que descansaban en sofás cubiertos de raso y que se levantaron emitiendo exclamaciones de asombro.

Los hombres, todos excepto uno, tenían el mismo aspecto que Techotl, y las mujeres eran de la misma piel oscura y ojos extraños, aunque no carecían de cierta belleza exótica y sombría. Calzaban sandalias y se cubrían con pecheras doradas y exiguas faldas de seda sujetas por cinturones enjoyados. Sujetaban con aros de plata las melenas negras, cortadas rectas a la altura de los hombros desnudos.

En un gran asiento de marfil alzado sobre una tarima de jade se sentaban un hombre y una mujer sutilmente diferentes de los otros. Él era un gigante de pecho inmenso y hombros como los de un toro. A diferencia de los otros, tenía barba; una espesa barba negroazulada que caía hasta casi la altura del ancho cinturón. Vestía una túnica de seda púrpura que desprendía reflejos de diversos tonos cada vez que se movía, y una manga ancha, arremangada hasta el codo, revelaba un grueso antebrazo con músculos como sogas. La diadema que sujetaba sus rizos negroazulados estaba llena de relucientes joyas incrustadas.

La mujer que estaba al lado se puso en pie de un salto y dejó escapar una exclamación cuando los forasteros entraron. Su mirada, tras pasar por encima de Conan, se clavó en Valeria con intensidad ardiente. Era alta y esbelta; con mucho la mujer más hermosa de la sala. Su vestimenta era incluso más escasa que la de las otras; en lugar de la falda, una tira ancha de tela púrpura con rebordes dorados colgaba del centro del cinturón y caía hasta más abajo de las rodillas. Otra tira igual en la parte de atrás del cinturón completaba aquella parte de su indumentaria, que vestía con cínica indiferencia. La diadema y las placas doradas que le cubrían los senos estaban adornadas con piedras preciosas. Era la única de

aquella gente de piel oscura en cuyos ojos no se agazapaba ningún destello de locura siniestra. Tras la primera exclamación no volvió a decir palabra; se mantuvo de pie, tensa y con los puños apretados, mirando a Valeria.

El hombre en el trono de marfil no se había movido.

—Príncipe Olmec —dijo Techotl, inclinándose profundamente con los brazos extendidos y las palmas vueltas hacia arriba—, traigo aliados del mundo al otro lado de la selva. En la Cámara de Tezcoti, la Calavera Llameante mató a Chicmec, mi compañero...

—¡La Calavera Llameante! —Un estremecido susurro de terror brotó de la gente de Tecuhltli.

—¡Sí! Llegué y encontré a Chicmec en el suelo con la garganta cortada. Antes de que pudiera escapar, la Calavera Llameante cayó sobre mí, y cuando alcé la mirada, mi sangre se volvió de hielo y la médula de mis huesos se fundió. No podía ni luchar ni huir; solo me quedaba aguardar el golpe. Entonces apareció esta mujer de piel blanca y lo golpeó con su espada, y, ¡atención!, ¡era solo un perro de Xotalanc con la piel pintada de blanco y el cráneo viviente de un antiguo hechicero sobre la cabeza! ¡Ahora, ese cráneo está esparcido en mil pedazos, y el perro que lo portaba es un cadáver!

Una alegría feroz e indescriptible coronó la última frase, y fue replicada en las exclamaciones salvajes de los presentes.

—¡Esperad! —exclamó Techotl—. ¡Hay más! Mientras hablaba con la mujer cuatro xotalancas cayeron sobre nosotros. Maté a uno; este corte en mi muslo prueba lo desesperado que fue el combate. La mujer mató a dos. Pero nuestra situación era ya apurada cuando este hombre se unió la refriega ¡y aplastó el cráneo del cuarto! ¡Así es! ¡Cinco clavos rojos se hundirán en el pilar de la venganza!

Señaló una columna negra de ébano que se alzaba junto a la tarima. Cientos de puntos rojos marcaban su pulida superficie: las relucientes cabezas escarlata de gruesos clavos de cobre insertados en la madera negra.

—¡Cinco clavos rojos por cinco vidas xotalanca! —gritó Techotl, y la horrible alegría en el rostro de los presentes les dio un aspecto inhumano.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Olmec, y su voz fue como el bramido grave y profundo de un toro en la lejanía. Ninguno de los habitantes de Xuchotl hablaba en voz alta. Era como si hubieran absorbido en su alma el silencio de los corredores vacíos y las estancias desiertas.

—Soy Conan, un cimerio —respondió escuetamente el bárbaro—. Esta mujer es Valeria de la Hermandad Roja, una pirata aquilonia. Somos desertores de un ejército de la frontera de Darfar, en el lejano norte, e intentamos llegar a la costa.

La mujer de la tarima habló en voz alta, atropellando las palabras en su apresuramiento.

—¡Nunca podréis llegar a la costa! No hay forma de escapar de Xuchotl. ¡Pasaréis en esta ciudad el resto de vuestra vida!

—¿Qué significa eso? —gruñó Conan, llevándose las manos al cinturón y dando un paso a un lado para poder controlar la tarima y el resto de la sala—. ¿Estás diciendo que somos prisioneros?

—No quiso decir eso —intervino Olmec—. Somos vuestros amigos. No vamos a reteneros contra vuestra voluntad. Pero me temo que otras circunstancias os harán imposible abandonar Xuchotl. —Sus ojos se desviaron un instante hacia Valeria, y luego los bajó rápidamente—. Esta mujer es Tascela. Es una princesa de

Tecuhltli. Pero traed comida y bebida para nuestros invitados. Sin duda estarán hambrientos y cansados tras sus largos viajes.

Señaló una mesa de marfil, y tras cruzar una mirada, los dos aventureros se sentaron. El cimerio desconfiaba. Sus fieros ojos azules no dejaron de recorrer la sala, y mantuvo la espada al alcance de la mano. Pero nunca rechazaba una invitación a comer y beber. Su mirada se posó de vez en cuando en Tascela, pero la princesa solo tenía ojos para su compañera de piel blanca.

Techotl, que se había vendado la herida del muslo con una tira de seda, se situó junto a la mesa para servir a sus amigos; parecía considerar un privilegio y un honor atender sus necesidades. Inspeccionó la comida y la bebida que trajeron los otros en jarras y platos de oro, y lo cató todo antes de ofrecérselo a los huéspedes. Mientras comían, Olmec permaneció sentado en silencio en su trono de marfil, observándolos desde debajo de sus espesas cejas negras. Tascela se sentó a su lado, con la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas. Sus ojos oscuros y enigmáticos, que ardían con una luz misteriosa, nunca se apartaron de la esbelta figura de Valeria. Tras su asiento, una atractiva y taciturna joven balanceaba lentamente un abanico de plumas de avestruz.

La comida eran frutas exóticas desconocidas para los aventureros pero de sabor muy agradable, y la bebida era un vino rojo claro que dejaba un regusto embriagador.

—Habéis venido de lejos —dijo Olmec al fin—. He leído los libros de nuestros padres. Aquilonia se extiende más allá de las tierras de los estigios y los shemitas, más allá de Argos y Zingaria; y Cimeria está aún más lejos.

—Tenemos espíritu viajero —respondió Conan con despreocupación.

—Lo que me maravilla es cómo habéis podido cruzar la selva —prosiguió Olmec—. En el pasado, un millar de guerreros apenas fue capaz de abrirse camino a través de sus peligros.

—Nos tropezamos con una monstruosidad de patas arqueadas y el tamaño de un mastodonte —dijo Conan con indiferencia, levantando la copa de vino; Techotl se la rellenó con evidente placer—. Pero después de matarla no tuvimos más problemas.

La jarra cayó de la mano de Techotl y se estrelló ruidosamente contra el suelo. Su piel oscura se tornó gris. Olmec se puso en pie y se convirtió en la imagen de la estupefacción y el asombro, y un jadeo ahogado de admiración y terror brotó de todas las gargantas. Algunos cayeron de rodillas, como si sus piernas no fueran capaces de sostenerlos. Tan solo Tascela pareció no haberle oído. Conan miró a Olmec, desconcertado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué os quedáis con la boca abierta?

—¿Mataste...? ¿Mataste al dios dragón?

—¿Dios? Maté a un dragón. ¿Por qué no? Estaba intentando devorarnos.

—¡Pero los dragones son inmortales! —exclamó Olmec—. ¡Pueden acabar unos con otros, pero ningún hombre ha matado jamás a un dragón! Los mil guerreros de nuestros ancestros que se abrieron paso luchando hasta Xuchotl no pudieron vencerlos. ¡Sus espadas se rompían como ramitas contra las escamas!

—Si vuestros ancestros hubieran pensado en mojar las lanzas con el zumo venenoso de las Manzanas de Derketa —dijo Conan con la boca llena— y se las hubieran clavado en los ojos o en la boca o en algún sitio así, habrían visto que los dragones no eran más inmortales que cualquier otro montón de carne. Sus restos yacen en el lindero de la selva, justo tras los primeros árboles. Si no me crees,

puedes ir a verlo por ti mismo.

Olmec negó con la cabeza, no con incredulidad sino con asombro.

—Por culpa de los dragones, nuestros antepasados tuvieron que refugiarse en Xuchotl —dijo—. No se atrevían a cruzar la llanura y entrar en la selva más allá. Docenas fueron atrapados y devorados por los monstruos antes de que pudieran alcanzar la ciudad.

—¿Vuestros antepasados no construyeron Xuchotl? —preguntó Valeria.

—Ya era antigua cuando llegaron por primera vez a esta tierra. Cuanto tiempo se ha alzado aquí, ni siquiera sus degenerados habitantes lo sabían.

—¿Tu gente llegó desde el lago Zuad? —preguntó Conan.

—Así es. Hace más de medio siglo, una tribu de tlazitlanos se rebeló contra el rey de Estigia, y tras ser derrotados en combate, huyeron hacia el sur. Vagaron muchas semanas por praderas, desiertos y montañas, y por último llegaron a la gran selva; mil guerreros con sus mujeres y sus hijos.

»En la selva, los dragones cayeron sobre ellos y los hicieron pedazos. Huyeron despavoridos, presa del terror, y por último llegaron a esta llanura y vieron en su centro la ciudad de Xuchotl.

»Acamparon ante la ciudad sin atreverse a abandonar la llanura, pues la noche se llenaba del horrible sonido de los combates de los monstruos en la selva. Luchaban sin cesar unos con otros, pero no entraban en la llanura.

»Los habitantes de la ciudad cerraron las puertas y dispararon flechas a nuestra gente desde los parapetos. Los tlazitlanos estaban aprisionados en la llanura, como si el lindero de la selva hubiera sido una gigantesca muralla, penetrar en la jungla habría sido una locura.

»Aquella noche acudió en secreto al campamento un esclavo de la ciudad, un tlazitlano de su propia sangre, que cuando era joven había viajado por la selva con una banda de soldados exploradores. Los dragones habían devorado a todos sus compañeros, pero a él lo llevaron a la ciudad y lo obligaron a vivir en servidumbre. Se llamaba Tolkemec. —Una llama iluminó los ojos de Olmec al pronunciar el nombre, y algunos de los presentes musitaron obscenidades y escupieron—. Prometió abrir las puertas a los guerreros. Lo único que pidió fue que le entregaran a todos los cautivos que se hicieran.

«Al amanecer abrió las puertas. Los guerreros entraron como un enjambre y las estancias de Xuchotl se tiñeron de rojo. Solo vivían aquí unos pocos centenares, los restos decadentes de lo que fue una gran raza. Tolkemec dijo que habían venido del este hace mucho tiempo, desde la Antigua Kosala, cuando los antepasados de los actuales habitantes de Kosala llegaron desde el sur y expulsaron a los pobladores originales. Estos marcharon hacia el oeste y finalmente encontraron esta llanura rodeada de jungla, habitada entonces por una tribu negra.

»Esclavizaron a los negros y los obligaron a construir la ciudad. De las montañas del este trajeron jade, mármol y lapislázuli, y oro, plata y cobre. Manadas enteras de elefantes proporcionaron el marfil. Cuando la ciudad estuvo construida, mataron a todos los esclavos negros. Y sus hechiceros ejecutaron una magia terrible para proteger la ciudad, pues con sus artes nigrománticas recrearon los dragones que en tiempos remotos poblaron esta tierra perdida, y cuyos huesos monstruosos encontraron en la selva. Aquellos huesos se recubrieron de carne y vida, y las bestias vivientes caminaron por la tierra igual que habían caminado cuando el tiempo era joven. Pero los hechiceros crearon un conjuro que los

mantenía en la selva y les impedía entrar en la llanura.

»Durante muchos siglos, los habitantes de Xuchotl residieron en la ciudad y cultivaron la fértil planicie, hasta que sus sabios descubrieron cómo hacer crecer frutos dentro de la ciudad, frutos que no arraigan en el suelo sino que se nutren del aire; entonces dejaron que los canales de riego se secaran y se hundieron cada vez más en una molicie lujuriosa, hasta que la decadencia los atrapó. Eran ya una raza moribunda cuando nuestros antepasados atravesaron la selva y llegaron a la llanura. Sus hechiceros habían muerto y la gente había olvidado la antigua nigromancia. No podían defenderse ni con la brujería ni con la espada.

»Bueno, nuestros padres mataron a los habitantes de Xuchotl, salvo a un centenar que fueron entregados con vida a Tolkemec, su antiguo esclavo. Durante muchos días y noches resonaron en los salones los gritos de dolor de los torturados.

»Los tlazitlanos se instalaron aquí y durante un tiempo vivieron en paz, gobernados por los hermanos Tecuhltli y Xotalanc, y por Tolkemec. Tolkemec tomó como esposa a una joven de la tribu, y debido a que había abierto las puertas y a que conocía muchas de las artes de los xuchotlanos, compartió el gobierno de la tribu con los dos hermanos que habían liderado la rebelión y la huida.

»Durante algunos años, como digo, vivieron en paz dentro de la ciudad, haciendo poco más que comer, beber y el amor, y criando a sus hijos. No había necesidad de trabajar la tierra de la llanura, pues Tolkemec los enseñó a cultivar las frutas que se alimentaban de aire. Además, la matanza de los xuchotlanos había roto el hechizo que mantenía a los dragones en la selva, y por las noches se acercaban y bramaban ante las puertas de la ciudad. La llanura se tiñó de rojo con la sangre de su guerra eterna, y fue entonces cuando...

Se mordió la lengua a mitad de frase, y luego prosiguió, pero Valeria y Conan tuvieron la impresión de que iba a contar algo y luego lo pensó mejor.

—Cinco años moraron en paz. Y entonces... —La mirada de Olmec se posó un instante en la mujer silenciosa que estaba a su lado—. Xotalanc tomó como esposa a una mujer a la que tanto Tecuhltli como Tolkemec deseaban. En su locura, Tecuhltli se la robó a su esposo, aunque es cierto que ella se fue con él voluntariamente. Tolkemec, para herir a Xotalanc, ayudó a Tecuhltli. Xotalanc exigió que se la devolvieran, y el consejo de la tribu decidió que se haría lo que prefiriese la mujer. Ella eligió quedarse con Tecuhltli. Xotalanc, enfurecido, intentó recuperarla por la fuerza, y los seguidores de cada hermano se enzarzaron en combate en el Gran Salón.

»Había demasiado rencor. Ambos bandos derramaron sangre. La rivalidad se convirtió en contienda; la contienda, en guerra declarada. En la confusión surgieron tres facciones: Tecuhltli, Xotalanc y Tolkemec. En los tiempos de paz habían dividido ya la ciudad entre ellos. Tecuhltli se alojaba en el barrio occidental de la ciudad; Xotalanc, en el oriental, y Tolkemec y su familia, junto a la puerta sur.

»La ira, el rencor y los celos derivaron en derramamiento de sangre, violaciones y asesinatos. Una vez se desenvainó la primera espada ya no hubo vuelta atrás, pues la sangre reclamaba sangre y la venganza voló en pos de las atrocidades. Tecuhltli luchó contra Xotalanc, y Tolkemec ayudó primero a uno y después al otro, traicionando a cada facción según conviniera a sus propósitos. Tecuhltli y los suyos se retiraron al barrio de la puerta occidental, donde estamos ahora. Xuchotl tiene la forma de un óvalo. Tecuhltli, que toma su nombre de su

príncipe, ocupa el extremo occidental de ese óvalo. La gente bloqueó todas las puertas que conectan el barrio con el resto de la ciudad, a excepción de una en cada planta, que pueden defenderse con facilidad. Entraron en los pozos bajo la ciudad y construyeron un muro que separa el extremo occidental de las catacumbas donde reposan los cuerpos de los antiguos xuchotlanos y los de los tlazitlanos asesinados en los combates. Viven como en un castillo asediado, realizando incursiones para hostigar al enemigo.

»La gente de Xotalanc fortificó de manera parecida el barrio oriental de la ciudad, y Tolkemec hizo lo propio en el barrio de la puerta sur. La parte central de la ciudad quedó desierta y deshabitada. Los vestíbulos y salones vacíos se convirtieron en un campo de batalla, en una región de amenazante terror.

»Tolkemec luchó contra los dos clanes. Era un demonio con forma humana, peor que Xotalanc. Conocía muchos secretos de la ciudad que nunca contó a los otros. En las criptas de las catacumbas saqueó los macabros secretos que guardaban los muertos; secretos de antiguos reyes y hechiceros, olvidados hacía mucho por los xuchotlanos degenerados a los que mataron nuestros antepasados. Pero ni toda su magia pudo ayudarlo la noche en que los tecuhltli asaltamos su castillo y masacramos a su gente. A Tolkemec lo torturamos durante muchos días.

Su voz se convirtió en un murmullo acariciante y en sus ojos apareció una mirada soñadora, como si contemplase a través de los años una escena que le causaba un intenso placer.

—Sí, lo mantuvimos con vida hasta que llamó a gritos a la muerte como si quisiera desposarla. Lo sacamos, aún con vida, de la cámara de tortura y lo arrojamos a una mazmorra para que las ratas lo devorasen mientras moría, pero de algún modo se las arregló para escapar de la mazmorra y arrastrarse hasta las catacumbas. Sin duda murió allí, pues la única salida de las catacumbas bajo Tecuhltli está en Tecuhltli, y nunca ha aparecido por aquí. Nunca se encontraron sus huesos, y los supersticiosos entre nosotros juran que su fantasma hechiza las criptas hasta hoy, gimiendo entre los huesos de los muertos. Hace doce años que masacramos a la gente de Tolkemec, pero la contienda entre Tecuhltli y Xotalanc sigue viva, y así seguirá hasta que el último hombre y la última mujer hayan muerto.

»Hace cincuenta años que Tecuhltli robó a la esposa de Xotalanc. Medio siglo ha durado esta contienda. Yo nací en ella. Todos los que estamos en esta sala, excepto Tascela, hemos nacido en ella. Y en ella esperamos morir.

»Somos una raza moribunda, como aquellos xuchotlanos a los que exterminaron nuestros antepasados. Cuando empezó la contienda éramos centenares en cada facción. Ahora en Tecuhltli solo quedamos estos que veis ante vosotros y los centinelas de las cuatro puertas: cuarenta en total. No sé cuántos xotalancas habrá, pero dudo que sean mucho más numerosos que nosotros, pues en los últimos quince años no han nacido niños aquí, y tampoco hemos visto ninguno entre los xotalancas.

»Estamos muriendo, pero antes de que llegue nuestro fin mataremos a tantos xotalancas como los dioses nos permitan.

Con un fulgor en los extraños ojos, Olmec siguió hablando largo rato sobre aquella espantosa contienda que se desarrollaba en estancias silenciosas y vestíbulos sombríos bajo el resplandor de las piedras de fuego verde y sobre suelos en los que ardían las llamas del infierno y se derramaba el rojo más intensó de las

venas segadas. En aquella larga carnicería había perecido una generación entera. Xotalanc había muerto hacía mucho tiempo, herido en una batalla nefasta sobre una escalera de marfil. Tecuhltli había muerto también, desollado vivo por los enloquecidos xotalancas que lo capturaron.

Olmec narró sin pasión alguna batallas espantosas mantenidas en corredores oscuros, emboscadas en escaleras retorcidas y carnicerías sangrientas. Con un brillo rojizo más profundo en la mirada habló de los hombres y mujeres desollados vivos, mutilados y descuartizados, de los cautivos que aullaban sufriendo torturas tan atroces que hasta el bárbaro cimerio gruñó asqueado. ¡No era de extrañar que Techotl temblase aterrorizado ante la idea de que lo capturaran! Pero se había aventurado a matar si podía, impulsado por un odio más fuerte que su temor. Olmec siguió hablando de temas oscuros y misteriosos, de magia negra y brujería conjuradas de la noche eterna de las catacumbas, de extrañas criaturas invocadas en la oscuridad por aliados horribles. Lo xotalancas tenían ventaja en ese aspecto, pues era en las catacumbas orientales donde reposaban los huesos de los grandes hechiceros de los antiguos xuchotlanos, guardando sus secretos inmemoriales.

Valeria escuchaba con fascinación morbosa. La contienda se había convertido en un terrible poder elemental que impulsaba inexorablemente a los habitantes de Xuchotl hacia el desastre y la extinción. Llenaba sus vidas enteras. Habían nacido en ella, y esperaban morir en ella. Nunca abandonaban su castillo atrincherado salvo para hacer incursiones en los Salones del Silencio que se extendían hasta la fortaleza enemiga, para matar y ser matados. A veces, los asaltantes regresaban con prisioneros frenéticos, o con macabros trofeos de las victorias en combate. A veces no regresaban jamás, o volvían como miembros cortados arrojados ante las puertas de bronce. Aquella gente vivía en una existencia de pesadilla atroz e irreal, aislada del resto del mundo y atrapada como ratas rabiosas en la misma trampa, asesinándose unos a otros a lo largo de los años, agazapándose y acechando por los corredores a los que no alcanzaba el sol, para mutilar, torturar y asesinar.

Mientras Olmec hablaba, Valeria sintió los ojos ardientes de Tascela fijos en ella. La princesa no parecía oír lo que decía Olmec. Su expresión mientras el hombre narraba victorias y derrotas no reflejaba la rabia salvaje o la alegría demoníaca que alternaban en los rostros de los demás tecuhltli. La contienda que obsesionaba a todo su clan parecía no tener sentido para ella. A Valeria, aquella indiferencia cruel le parecía más repugnante que la ferocidad desnuda de Olmec.

—No podemos dejar la ciudad —dijo Olmec—. Durante cincuenta años, ninguno la ha abandonado excepto esos... —Se contuvo otra vez.

»Incluso sin el peligro de los dragones —prosiguió—, los que hemos nacido y nos hemos criado en la ciudad no nos atrevemos a abandonarla. Jamás hemos puesto un pie fuera de la muralla. No estamos acostumbrados al cielo abierto y al sol desnudo. No; hemos nacido en Xuchotl, y en Xuchotl moriremos.

—Bueno —dijo Conan—. Con vuestra venia, nos arriesgaremos con los dragones. Esta contienda no tiene que ver con nosotros. Si nos mostráis la puerta occidental, nos pondremos en camino.

Tascela apretó los puños y empezó a hablar, pero Olmec la interrumpió.

—Casi ha anochecido. Si recorréis la llanura de noche, caeréis sin duda presa de los dragones.

—La cruzamos la noche pasada y dormimos a cielo abierto sin ver ninguno —replicó Conan.

Tascela sonrió sin alborozo.

—¡No os atreváis a dejar Xuchotl!

Conan la observó con un antagonismo instintivo; no lo miraba a él, sino a la mujer que tenía enfrente.

—Creo que sí se atreven —afirmó Olmec—. Pero fijaos, Conan y Valeria: ¡los dioses deben de haberos enviado a nosotros para arrojar la victoria en el regazo de Tecuhltli! Sois luchadores profesionales, ¿por qué no luchar por nosotros? Tenemos riquezas en abundancia; las piedras preciosas son tan corrientes en Xuchotl como los guijarros en las ciudades del mundo. Los xuchotlanos las trajeron de Kosala. Algunas, como las gemas de fuego, las encontraron en las montañas del este. Ayudadnos a exterminar a los xotalancas y os daré todas las joyas que podáis cargar.

—¿Y nos ayudaréis a destruir a los dragones? —preguntó Valeria—. Con arcos y flechas envenenadas, treinta hombres podrían acabar con todos los dragones de la selva.

—¡Sí! —respondió de inmediato Olmec—. Hemos olvidado cómo usar los arcos tras tantos años de combates mano a mano, pero podemos aprender de nuevo.

—¿Qué te parece? —le preguntó Valeria a Conan.

—Somos vagabundos sin blanca. —Sonrió levemente—. Lo mismo me da matar xotalancas que cualquier otra cosa.

—Entonces, ¿estáis de acuerdo? —exclamó Olmec

Techotl se abrazaba a sí mismo, encantado.

—Sí. Y ahora supongo que nos mostraréis los aposentos donde podemos dormir, para levantarnos frescos mañana y empezar la matanza.

Olmec asintió y agitó una mano, y Techotl y una mujer guiaron a los dos aventureros por un corredor que nacía desde una puerta a la izquierda de la tarima de jade. Valeria echó una rápida ojeada hacia atrás y vio a Olmec sentado en el trono, con la barbilla apoyada en el puño, que los miraba mientras se alejaban. En sus ojos ardía una llama extraña. Tascela se reclinó en su asiento y susurró algo a la doncella de expresión hosca, Yasala, inclinada sobre el hombro de la princesa con la oreja acercada a los labios de aquella.

El vestíbulo no era tan amplio como la mayoría de los que habían recorrido, pero era largo. La mujer que los acompañaba se detuvo, abrió una puerta e hizo un gesto a Valeria indicándole que entrara.

—Espera un momento —gruñó Conan—. ¿Dónde duermo yo?

Techotl señaló una estancia al otro lado del corredor, una puerta más adelante. Conan vaciló y pareció dispuesto a objetar, pero Valeria le dirigió una sonrisa malvada y le cerró la puerta en las narices. Conan masculló algo poco halagador sobre las mujeres en general, y echó a andar por el corredor siguiendo a Techotl.

Ya en la estancia ornamentada donde iba a dormir, echó un vistazo a los tragaluces alargados. Algunos eran lo bastante anchos para permitir el paso de un hombre delgado, suponiendo que se rompiera el cristal.

—¿Por qué los xotalancas no vienen por el tejado y entran por esos tragaluces? —preguntó.

—Es imposible romperlos —respondió Techotl—. Además, sería difícil avanzar por los tejados. Son casi todo pináculos, cúpulas y aleros muy inclinados.

Le dio más información sobre el «castillo» de Tecuhltli. Como el resto de la ciudad, constaba de cuatro plantas, o niveles de estancias, con torres elevándose

desde el tejado. Cada nivel tenía un nombre; de hecho, los habitantes de Xuchotl tenían un nombre para cada estancia, vestíbulo y escalera de la ciudad, al igual que la gente que vive en ciudades más normales tiene nombres para las calles y los barrios. Los pisos de Tecuhltli eran el Nivel del Águila, el nivel del Mono, el Nivel del Tigre y el Nivel de la Serpiente, en ese orden. El Nivel del Águila era el piso más alto.

—¿Quién es Tascela? —preguntó Conan—. ¿La esposa de Olmec?

Techotl se estremeció y miró furtivamente a su alrededor antes de contestar.

—No. Ella es... ¡Tascela! Era la esposa de Xotalanc, la mujer que Tecuhltli raptó e hizo que empezara la contienda.

—¿Qué estás diciendo? Esa mujer es joven y hermosa. ¿Intentas decirme que hace cincuenta años ya era la esposa de alguien?

—¡Así es! ¡Lo juro! Era una mujer adulta cuando los tlazitlanos viajaron desde el lago Zuad. El rey de Estigia la deseaba como concubina, y fue por su causa por lo que Xotalanc y su hermano Tecuhltli se rebelaron y huyeron a la selva. Es una bruja, y posee el secreto de la eterna juventud.

—¿Y cuál es? —dijo Conan. Techotl se estremeció de nuevo.

—¡No me lo preguntes! No me atrevo a hablar. Es demasiado espantoso, incluso para Xuchotl.

Y tras llevarse un dedo a los labios, salió de la estancia.

## 4
## El aroma del loto negro

Valeria se desabrochó el cinturón de la espada y lo dejó con el arma envainada en el diván donde pensaba dormir. Se fijó en que las puertas tenían pestillos y preguntó a dónde llevaban.

—Esas dan a las estancias de al lado —respondió la mujer, señalando la de la derecha y la de la izquierda—. Esa —señaló otra, chapada de cobre, opuesta a aquella por la que habían entrado— da a un corredor que va hasta una escalera que desciende a las catacumbas. No tengas miedo; nada puede hacerte daño aquí.

—¿Quién ha dicho nada de miedo? —espetó Valeria—. Solo quiero saber en qué clase de puerto voy a echar el ancla. No, no quiero que duermas a los pies de mi lecho. No estoy acostumbrada a que me atiendan; no mujeres, en cualquier caso. Te doy permiso para marcharte.

A solas en la habitación, la pirata corrió los pestillos de todas las puertas, se quitó las botas y se estiró con placer en el diván. Imaginó a Conan haciendo lo propio al otro lado del corredor, pero su vanidad femenina la impulsó a visualizarlo con el ceño fruncido y gruñendo mortificado por que ella lo había expulsado a un diván solitario; sonrió con alegre malicia y se dispuso a dormir.

Fuera había caído la noche. En las salas de Xuchotl, las piedras de fuego verde destellaban como ojos de felinos prehistóricos. En algún lugar entre las torres oscuras un viento nocturno gemía como un espíritu inquieto. Por los pasadizos en penumbra, figuras sigilosas comenzaron a deambular como sombras incorpóreas.

Valeria se despertó de repente. Bajo el mustio resplandor esmeralda de las gemas de fuego vio una figura tenebrosa que se inclinaba hacia ella. Por un confuso instante, la aparición semejó formar parte de lo que había estado soñando. Le había parecido yacer en el diván de la habitación igual que yacía en

la realidad, mientras sobre ella latía y temblaba una gigantesca flor negra, tan grande que ocultaba todo el techo. El exótico perfume impregnó su ser, induciéndole una languidez deliciosa y sensual que era a la vez algo más y algo menos que el sueño. Se estaba sumergiendo en una ola perfumada de dicha insensible cuando algo le tocó la cara. Sus sentidos drogados eran aún tan agudos que aquel leve contacto fue como un golpe dislocador que la impulsó bruscamente a una vigilia completa. Aquello era lo que vio: no una flor gigantesca, sino una mujer de piel oscura inclinada encima de ella.

Con la comprensión llegaron la ira y la acción instantánea. La intrusa se giró con rapidez, pero antes de que pudiera escapar Valeria estaba en pie y la sujetaba por el brazo. Por un instante, la extraña luchó como una gata salvaje, y después se rindió al sentirse aplastada por la fuerza superior de su captora. La pirata hizo girar a la mujer para tenerla cara a cara, le sujetó el mentón con la mano libre y obligó a su cautiva a mirarla a los ojos. Era la taciturna Yasala, la doncella de Tascela.

—¿Qué diablos hacías inclinada encima de mí? ¿Qué tienes en la mano?

La mujer no respondió e intentó arrojar lejos el objeto. Valeria le retorció el brazo y aquello cayó al suelo: una enorme flor exótica de color negro con el tallo verde jade; grande como la cabeza de una mujer, desde luego, pero minúscula en comparación con la visión exagerada que había tenido.

—¡El loto negro! —masculló Valeria con los dientes apretados—. La flor cuyo aroma induce un sueño profundo. ¡Intentabas drogarme! Si no me hubieras tocado la cara con los pétalos sin querer, habrías... ¿Por qué lo has hecho? ¿A qué juegas?

Yasala guardó un hosco silencio; con un juramento, Valeria la hizo girar, la obligó a ponerse de rodillas y la retorció el brazo a la espalda.

—¡Habla o te descoyunto el brazo!

Yasala se retorció de dolor mientras Valeria le forzaba el brazo salvajemente hacia los omóplatos, pero su única respuesta fue una violenta negación con la cabeza.

—¡Zorra!

Valeria la arrojó al suelo con un empujón. La pirata contempló furiosa a la figura postrada a sus pies. El miedo y el recuerdo de la ardiente mirada de Tascela la invadieron y activaron todos sus felinos instintos de autoconservación. Los nativos de la ciudad eran unos decadentes; se podía esperar de ellos cualquier perversión. Pero Valeria tenía la sensación de que algo operaba entre bambalinas, algún terror secreto más diabólico que la simple degeneración. La invadieron el miedo y la repugnancia hacia aquella extraña ciudad. Aquella gente no era normal ni estaba cuerda; incluso empezaba a dudar que fueran humanos. En los ojos de todos acechaba la locura... excepto en los de Tascela, crueles y crípticos, que guardaban secretos y misterios más terribles que la simple demencia.

Alzó la cabeza y escuchó con atención. Los salones de Xuchotl estaban tan silenciosos como si realmente fuera una ciudad abandonada. Las gemas verdes bañaban la estancia con un resplandor de pesadilla, y los ojos de la mujer del suelo brillaban en él de forma inquietante al mirarla. Valeria sintió un escalofrío de pánico que disipó el último vestigio de piedad de su alma feroz.

—¿Por qué intentaste drogarme? —masculló, agarrando por el pelo negro a la mujer y obligándola a echar la cabeza hacia atrás para mirarle directamente a los ojos de largas pestañas—. ¿Te lo ha ordenado Tascela?

No hubo respuesta. Valeria maldijo venenosamente y le abofeteó una mejilla, y luego la otra. Los golpes resonaron en la habitación, pero Yasala no gritó.

—¿Por qué no gritas? —exigió saber Valeria—. ¿Tienes miedo de que te oiga alguien? ¿A quién temes? ¿A Tascela? ¿A Olmec? ¿A Conan?

Yasala siguió sin responder. Permaneció encogida, mirando a su captora con ojos malévolos como los de un basilisco. El silencio testarudo siempre despierta la ira. Valeria se giró y arrancó un puñado de cordones de una cortina.

—¡Zorra taciturna! —dijo con los dientes apretados—. ¡Te voy a desnudar y a atarte al diván y darte latigazos hasta que me digas qué hacías aquí y quién te envió!

Yasala no protestó ni opuso resistencia mientras Valeria ejecutaba la primera parte de su amenaza con una furia que la testarudez de su cautiva no hacía más que azuzar.

Durante un tiempo no hubo más sonidos en la habitación que el silbido y el chasquido de los cordones de seda sobre la piel desnuda. Yasala no podía mover las manos y los pies atados. Su cuerpo se retorcía y encogía bajo el castigo, y la cabeza le oscilaba de un lado a otro al ritmo de los golpes. Se mordió con fuerza el labio inferior y un hilillo de sangre empezó a manar mientras continuaba el castigo. Pero no gritó.

Los flexibles cordones no hacían casi ruido al tocar el cuerpo estremecido de la cautiva, apenas un chasquido seco, pero cada cordón dejaba una marca roja en la piel oscura de Yasala. Valeria golpeaba con toda la fuerza de su brazo endurecido por los combates, con toda la crueldad adquirida a lo largo de una vida en la que el dolor y el tormento eran sucesos cotidianos y con toda la malicia desaprensiva que solo una mujer podía mostrar hacia otra. Yasala recibió más castigo físico y mental que el que habría recibido si el látigo lo empuñase un hombre, por muy fuerte que fuese.

Fue aquella implacabilidad femenina lo que al fin la doblegó.

Un gemido suave escapó de entre sus labios, y Valeria se detuvo, con el brazo levantado, y se apartó de los ojos un rubio mechón húmedo.

—¿Vas a hablar? —preguntó—. Puedo seguir toda la noche si hace falta.

—¡Piedad! —susurró la mujer—. Hablaré.

Valeria cortó los cordones que amarraban muñecas y tobillos y la hizo ponerse en pie. Yasala se dejó caer en el diván, recostada sobre una cadera desnuda y apoyándose en un brazo, y se encogió cuando la piel dolorida tocó la tela. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Vino! —rogó con los labios secos, señalando con una mano vacilante la jarra posada en una mesa de marfil—. Déjame beber, el dolor me debilita. Después te lo contaré todo.

Valeria cogió la jarra y Yasala se irguió con esfuerzo para recibirla. Se la llevó a los labios... y de repente arrojó el contenido a la cara de la aquilonia. Valeria retrocedió sacudiéndose e intentando limpiarse el líquido irritante de los ojos. A través de una neblina vio que Yasala cruzaba la habitación a la carrera, descorría un pestillo, abría la puerta reforzada con cobre y se lanzaba por el vestíbulo. Al instante, la pirata corría tras ella, con la espada empuñada e intenciones asesinas.

Pero Yasala había arrancado con ventaja, y corría con la agilidad nerviosa de una mujer que ha sido flagelada hasta alcanzar un frenesí histérico. Dobló una esquina del pasillo, muchos pasos por delante de Valeria, y cuando la pirata llegó

a la esquina, tan solo vio un vestíbulo vacío y una puerta en el extremo opuesto, abierta a la oscuridad. De ella salía un olor a humedad y moho, y Valeria se estremeció. Aquella debía de ser la puerta que llevaba a las catacumbas. Yasala se había refugiado entre los muertos.

Valeria avanzó hasta la puerta y contempló unos escalones de piedra que desaparecían rápidamente en una oscuridad absoluta. Estaba claro que aquel pasadizo llevaba directamente a los pozos bajo la ciudad, sin salidas intermedias a los pisos inferiores. Se estremeció al pensar en los miles de cadáveres que yacían en criptas de piedra allí abajo, envueltos en telas mohosas. No tenía la menor intención de abrirse camino por aquellos escalones de piedra. Yasala sin duda conocía cada recodo y cada giro de los túneles.

Iba a marcharse, frustrada y furiosa, cuando un grito sollozante surgió de la negrura. Parecía llegar desde una gran profundidad, pero se distinguían débilmente palabras humanas, y la voz pertenecía a una mujer.

—¡Oh, ayuda! ¡Ayuda, por Set! ¡Aaah!

La voz se fue apagando, y Valeria creyó captar el eco de una risilla espectral. Se le puso la carne de gallina. ¿Qué le había pasado a Yasala en aquella oscuridad? No tenía dudas de que era ella la que había gritado. Pero ¿con qué peligro había tropezado? ¿Había xotalancas acechando allí? Olmec había asegurado que las catacumbas bajo Tecuhltli estaban aisladas del resto, demasiado blindadas como para que los enemigos pudieran penetrar en ellas. Además, aquella risa no había sonado humana en absoluto.

Valeria retrocedió rápidamente por el corredor, sin detenerse a cerrar la puerta que daba a la escalera. Al llegar a su habitación cerró la puerta de cobre y corrió el pestillo, se calzó las botas y se ató el cinturón de la espada. Estaba decidida a llegar a la habitación de Conan y pedirle, si aún seguía vivo, que se uniera a su intento de escapar luchando de aquella ciudad de demonios.

Pero no había llegado a abrir aún la puerta que daba al corredor cuando un largo grito de dolor recorrió las salas, y lo siguió el estampido de pies que corrían y el fragor del choque de las espadas.

## 5
## Veinte clavos rojos

Había dos guerreros en la sala de guardia del piso conocido como el Nivel del Águila. Mostraban una actitud relajada, aunque se mantenían alerta. Siempre existía la posibilidad de recibir un ataque por aquel portón de bronce, pero ninguno de los bandos había lanzado un asalto de ese tipo en muchos años.

—Los forasteros son aliados poderosos —dijo uno—. Creo que Olmec avanzará mañana contra el enemigo.

Habló como habría hablado un soldado en cualquier guerra. Xuchotl era un mundo en miniatura, cada puñado de luchadores era un ejército, y las estancias vacías entre los castillos era el país en el que se desarrollaba la campaña.

El otro meditó un rato.

—Imagina que con su ayuda destruimos Xotalanc —dijo al fin—. ¿Y luego, qué?

—Bueno —contestó Xatmec—, clavaremos clavos rojos por todos ellos. A los prisioneros los quemaremos, los desollaremos o los descuartizaremos.

—¿Y después? —insistió el otro—. ¿Después de que los hayamos matado a todos? ¿No será extraño no tener enemigos con quienes luchar? Toda mi vida la he pasado odiando a los xotalancas y luchando contra ellos. Cuando acabe la disputa, ¿qué quedará?

Xatmec se encogió de hombros. Sus pensamientos jamás habían ido más allá de la destrucción del enemigo. No podían ir más allá.

De repente, los dos se envararon al oír un sonido al otro lado de la puerta.

—¡A la puerta, Xatmec! —siseó el otro—. Voy a mirar por el Ojo...

Xatmec, espada en mano, se apoyó en la puerta de bronce e intentó escuchar a través del metal. Su compañero miró por el espejo. Se sobresaltó. Al otro lado de la puerta había un nutrido grupo de hombres adustos de piel oscura que sujetaban las armas entre los dientes... pues tenían las manos ocupadas tapándose los oídos. Uno de ellos, con un tocado de plumas, se llevó unas flautas a los labios, y mientras los tecuhltli daban la voz de alarma, los instrumentos empezaron a sonar.

El grito murió en la garganta del centinela cuando el extraño sonido de las flautas atravesó la puerta de metal y alcanzó sus oídos. Xatmec se quedó congelado contra la puerta, como si lo hubieran paralizado en esa posición. Su rostro, petrificado de terror, parecía tallado en madera. El otro centinela, más alejado de la fuente del sonido, sintió el horror de lo que estaba sucediendo, la espantosa amenaza que portaban aquellas flautas demoníacas. Era como si unos extraños zarcillos penetraran como dedos invisibles en los tejidos de su cerebro, llenándolo de emociones inhumanas e impulsos de locura. Logró romper el hechizo con un esfuerzo desgarrador y gritó una advertencia con una voz que no reconoció como propia.

Mientras daba la alarma, la música cambió a un chirrido insoportable y fue como si un cuchillo le perforara los tímpanos. Xatmec gritó de dolor, y la cordura desapareció de su rostro igual que una llama se apaga bajo el viento. Como un demente, soltó la cadena, abrió la puerta de golpe y se lanzó al vestíbulo con la espada en alto antes de que su compañero pudiera detenerlo. Una docena de hojas lo atravesó, y los xotalancas pasaron sobre el cadáver y entraron en la sala de guardia lanzando un aullido sediento de sangre que arrancó ecos de las paredes.

El guardia que quedaba, aún impactado por la sorpresa ante lo ocurrido, saltó para hacerles frente con la lanza. El horror por la brujería que acababa de presenciar fue sobrepasado por la pasmosa comprensión de que el enemigo estaba en Tecuhltli. Su lanza perforó un vientre de piel oscura, pero allí terminaron sus pensamientos. Una espada trazó un arco y le aplastó el cráneo. Los guerreros de mirada salvaje entraron a la carrera en las estancias que se extendían más allá de la sala de guardia.

Los gritos y el fragor del acero hicieron que Conan se levantara de un salto de su diván, despierto por completo y con la espada en la manao. Un instante después había abierto la puerta y se asomó al corredor justo cuando Techotl aparecía corriendo, con la mirada enloquecida.

—¡Los xotalancas! —gritó con voz apenas humana—. ¡Los xotalancas están en la puerta!

Conan echó a correr al tiempo que Valeria salía de su habitación.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó.

—Techotl dice que los xotalancas han entrado —respondió a toda prisa—. Por el escándalo, parece que es verdad.

Entraron a la carrera en el salón del trono con el tecuhltli pisándoles los talones y se toparon con una escena que sobrepasaba cualquier sueño desenfrenado de sangre y furia. Veinte hombres y mujeres con el pelo negro trenzado y calaveras blancas pintadas en el pecho habían entablado combate con los tecuhltli. Las mujeres de ambos bandos peleaban con la misma ferocidad que los hombres, y la sala y el vestíbulo al otro lado ya estaban alfombradas de cadáveres.

Olmec, desnudo a excepción de un taparrabos, luchaba ante el trono, y cuando los aventureros entraron, Tascela salía de una habitación interior empuñando una espada.

Xatmec y su compañero habían muerto, de modo que no quedaba nadie que pudiera explicar a los tecuhltli cómo el enemigo había podido entrar en la ciudadela. Tampoco había nadie que pudiera decir qué los había empujado a lanzar ese ataque demencial. Pero las pérdidas de los xotalancas habían sido superiores y su posición, más desesperada que lo que habían creído los tecuhltli. La muerte de su aliado escamoso, la destrucción de la Calavera Llameante y la noticia, musitada por un moribundo, de que unos misteriosos aliados de piel blanca se habían unido a sus enemigos, los había empujado a un frenesí de desesperación y a la determinación salvaje de morir matando a sus antiguos rivales.

Los tecuhltli, recuperándose de la sorpresa inicial que los había hecho retroceder al salón del trono y había cubierto el suelo con sus cadáveres, se defendieron con una furia igual de desesperada. Los guardias de los niveles inferiores llegaron a la carrera y se unieron a la refriega. Era un combate de lobos rabiosos, ciegos, jadeantes, implacables. De uno a otro lado, desde la puerta hasta la tarima, las hojas se alzaban y golpeaban la carne, la sangre salpicaba, los pies pisoteaban el suelo carmesí en el que se iban formando charcos de un rojo más intenso. Las mesas de marfil caían, los asientos se rompían, los cortinajes de terciopelo se manchaban de rojo y se desgarraban. Era el clímax de medio siglo sangriento, y todos lo sabían.

La conclusión era inevitable. Los tecuhltli superaban en número a los invasores en proporción casi de dos a uno, y aquello los alentaba tanto como la aparición en el combate de sus aliados de piel clara.

Conan y Valeria se unieron a la batalla con el efecto devastador de un huracán pasando por un bosquecillo. En cuanto a fuerza bruta, Conan valía por más de tres tlazitlanos, y a pesar de su volumen era más rápido que cualquiera de ellos. Se abrió paso a través de la masa arremolinada y turbulenta con la seguridad y la capacidad destructora de un lobo gris entre una manada de perros callejeros, y avanzó dejando tras de sí una estela de figuras colapsadas.

Valeria luchaba a su lado con una sonrisa en los labios y fuego en los ojos. Era más fuerte que la media de los hombres, y mucho más rápida y feroz. La espada era como un ser vivo en su mano. Allí donde Conan machacaba a la oposición con su mera fuerza y la potencia de sus golpes, rompiendo lanzas, aplastando cráneos y ensartando pechos hasta los huesos, Valeria ponía en juego una esgrima exquisita que confundía y deslumbraba a sus adversarios antes de matarlos. Más de un guerrero se encontró con el filo de del arma de Valeria en la yugular cuando aún no había terminado de alzar con su pesada espada para asestar un golpe. Conan avanzó entre el tumulto golpeando a derecha e izquierda, dominando el terreno con su estatura, pero Valeria se movía como un fantasma esquivo, girando

sin parar y asestando estocadas y tajos en cada vuelta. Las espadas fallaban una y otra vez, y quienes las empuñaban golpeaban el aire vacío y morían con la punta de su arma clavada en el corazón o en la garganta y con su risa burlona en los oídos.

Los enloquecidos combatientes no daban cuartel ni por sexo ni por condición. Las cinco mujeres xotalancas habían muerto con el cuello cortado antes de que Conan y Valeria se unieran al tumulto, y cuando un hombre o una mujer caían a los pies de los guerreros, nunca faltaba un cuchillo preparado para ocuparse de la garganta indefensa o un pie calzado con sandalia dispuesto a aplastar la cabeza gacha.

De pared a pared y de puerta a puerta ondulaban las oleadas del combate, que se extendió por las estancias adjuntas. Al final, solo los tecuhltli y sus aliados de piel blanca quedaron en pie en el gran salón del trono. Los supervivientes se miraron unos a otros con expresiones vacías, como supervivientes del Día del Juicio o de la destrucción del mundo. Con las piernas extendidas, las manos aferradas a las espadas melladas y goteantes y la sangre resbalando por los brazos, cruzaron las miradas por encima de los cadáveres destrozados de amigos y enemigos. No les quedaba aliento para gritar, pero un aullido bestial se elevó desde todos los labios. No era un grito humano de triunfo. Era el rugido de una manada de lobos rabiosos sobre los cadáveres de sus víctimas.

Conan cogió a Valeria del brazo y la giró hacia sí.

—Tienes una herida en la pantorrilla —gruñó.

Ella bajó la mirada y notó por primera vez el escozor en los músculos de la pierna. Algún moribundo había apuñalado desde el suelo con sus últimas fuerzas.

—Pareces un carnicero —replicó ella, echándose a reír.

Conan sacudió las manos, desprendiendo una lluvia roja.

—No es mía. Bueno, algún arañazo aquí y allá. Nada preocupante. Pero tenemos que vendar esa pierna.

Olmec se acercó pasando sobre los cadáveres. Parecía un demonio; la sangre le cubría los enormes hombros y la barba estaba empapada del líquido carmesí. Tenía los ojos enrojecidos, semejantes a una llama reflejada en aguas negras.

—¡Hemos vencido! —graznó aturdido—. ¡La contienda ha terminado! ¡Los perros de Xotalanc han muerto! Oh, lástima de algún prisionero al que despellejar vivo. Pero sienta bien mirar sus rostros muertos. ¡Veinte perros muertos! ¡Veinte clavos rojos para el pilar negro!

—Será mejor que atendáis a los heridos —gruñó Conan, apartándose de él—. Ven, chica; déjame ver esa pierna.

—¡Espera un momento! —Ella se lo quitó de encima con impaciencia. El fuego del combate aún ardía con fuerza en su alma—. ¿Cómo sabemos que estos eran todos? Puede que sea un grupo que haya atacado por su cuenta.

—No dividirían el clan para una incursión como esta —dijo Olmec negando con la cabeza, recuperada un poco su inteligencia normal. Sin la túnica púrpura no parecía tanto un príncipe como un repelente animal de presa—. Me apuesto la cabeza a que los hemos matado a todos. Quedaban menos de los que me atrevía a soñar, y debían de estar desesperados. Pero ¿cómo entraron en Tecuhltli?

Tascela se acercó mientras se limpiaba la espada en el muslo desnudo; sostenía en la otra mano un objeto que había tomado del cadáver del líder emplumado de los xotalancas.

—Las flautas de la locura —dijo—. Un guerrero me ha dicho que Xatmec les

abrió la puerta y lo mataron cuando entraron en la sala de guardia. Me dijo que estaba en el vestíbulo interior y llegó justo a tiempo de ver lo que ocurría y oír las últimas notas de la extraña música, bastante para helarle el alma. Tolkemec habló de estas flautas; los xuchotlanos juraban que estaban escondidas en algún lugar de las catacumbas, con los huesos del antiguo hechicero que las usó en vida. Al parecer, los perros de Xotalanc las encontraron y descubrieron su secreto.

—Habría que ir a Xotalanc para ver si queda alguien vivo —dijo Conan—. Iré yo si me proporcionáis un guía.

Olmec miró lo que quedaba de su gente. Solo habían sobrevivido veinte, y de ellos, varios yacían gimiendo en el suelo. Tascela era la única tecuhltli que se había librado sin un arañazo. La princesa estaba intacta, aunque había peleado tan salvajemente como cualquiera.

—¿Quién acompañará a Conan a Xotalanc? —preguntó Olmec.

Techotl se acercó cojeando. La herida del muslo le sangraba otra vez, y tenía otro corte en las costillas.

—¡Yo iré!

—No; tú no —vetó Conan—. Y tú tampoco, Valeria. Dentro de poco se te va a agarrotar la pierna.

—Iré yo —se ofreció un guerrero que se estaba vendando una herida en el brazo.

—Muy bien, Yanath. Ve con el cimerio. Y tú también, Topal. —Olmec señaló a otro cuyas heridas eran leves—. Pero primero ayudad a llevar a los heridos más graves a esos divanes, para que podamos curarlos.

No tardaron en despachar aquella tarea. Cuando se agacharon para levantar a una mujer a la que habían golpeado con un mazo de guerra, la barba de Olmec rozó la oreja de Topal. Conan tuvo la impresión de que el príncipe murmuraba algo al oído del guerrero, pero no podía estar seguro. Unos momentos después se marchaba con sus compañeros por el vestíbulo.

Miró hacia atrás al cruzar la puerta, a aquel matadero donde los muertos yacían en el suelo ardiente; oscuras extremidades manchadas de sangre y retorcidas en posturas de intenso esfuerzo muscular, rostros oscuros congelados en máscaras de odio, ojos vidriosos que miraban sin ver las piedras de fuego verde que bañaban la espantosa escena con una luz esmeralda espectral. Entre los muertos, los vivos se movían sin objetivo, como personas en trance. Conan oyó que Olmec llamaba a una mujer y le ordenaba vendar la pierna de Valeria. La pirata, que ya empezaba a cojear, siguió a la mujer a una habitación lateral.

Los tecuhltli guiaron a Conan con cautela por el vestíbulo al otro lado de la puerta de bronce y a través de las estancias bañadas por el fuego verde. No vieron a nadie ni oyeron nada. Tras cruzar el gran vestíbulo que atravesaba la ciudad de norte a sur, extremaron las precauciones al darse cuenta de que se acercaban al territorio enemigo. Pero las salas y los corredores se mostraron vacíos a sus miradas desconfiadas, y acabaron por llegar a un amplio vestíbulo en penumbra, donde se detuvieron ante una puerta de bronce parecida a la Puerta del Águila de Tecuhltli. Empujaron con cuidado y se abrió silenciosamente bajo su toque. Contemplaron impresionados las estancias del otro lado bañadas por la luz verde. Durante cincuenta años ningún tecuhltli había entrado en aquellos salones salvo como prisionero destinado a un final atroz. Para un habitante del castillo occidental, ir a Xotalanc era el horror definitivo que podía acontecerle. Desde su más temprana infancia, ese terror les había invadido los sueños. Para Yanath y

Topal, aquella puerta de bronce era la entrada del infierno.

Se encogieron y dieron un paso atrás, con un horror irracional en la mirada. Conan los apartó a un lado y entró en Xotalanc.

Lo siguieron con precaución y al traspasar el umbral empezaron a mirar desesperadamente a su alrededor, pero solo sus respiraciones agitadas perturbaron el silencio.

Habían entrado en una sala de guardia cuadrada, similar a la de la Puerta del Águila de Tecuhltli. Al igual que allí, tras ella se abría un vestíbulo que daba a una sala amplia que era el equivalente al salón del trono de Olmec.

Conan recorrió con la mirada la estancia, con sus alfombras, divanes y colgaduras, y escuchó con atención. No oyó ningún sonido, y las salas daban la impresión de estar vacías. No creía que quedara ningún xotalanca vivo en Xuchotl.

—Vamos —murmuró, y avanzó por el vestíbulo.

No había ido muy lejos cuando se dio cuenta de que solo lo seguía Yanath. Se volvió y vio a Topal, de pie, con expresión horrorizada y un brazo alzado como si quisiera mantener a distancia algún peligro amenazador; sus ojos desorbitados estaban clavados con intensidad hipnótica en algo que se alzaba detrás de un diván.

—¿Qué diablos? —Conan vio lo que estaba mirando Topal, y sintió un hormigueo en la piel entre sus hombros poderosos. Una cabeza gigantesca asomaba tras el diván; una cabeza reptiliana ancha como la de un cocodrilo, con grandes colmillos curvados hacia abajo que sobrepasaban la mandíbula inferior. Pero la cosa mostraba una inmovilidad antinatural, y los repugnantes ojos estaban vidriosos.

Conan miró tras el diván. Era una gran serpiente que yacía muerta, pero nunca en sus vagabundeos había visto una serpiente así. De ella emanaba el hedor y el frío de la tierra oscura de las profundidades, y tenía un color indeterminado que cambiaba con el ángulo de observación. Una gran herida en el cuello parecía ser la causa de su muerte.

—¡Es el Reptante! —susurró Yanath.

—Es la cosa que golpeé con la espada en la escalera —gruñó Conan—. Después de seguirnos hasta la Puerta del Águila se arrastró aquí para morir. ¿Cómo podían controlar los xotalancas a una bestia así?

Los tecuhltli se estremecieron y movieron negativamente la cabeza.

—La sacaron de los túneles negros debajo de las catacumbas. Allí descubrieron secretos desconocidos por los tecuhltli.

—Bueno, está muerta, y si hubieran tenido más, las habrían llevado cuando atacaron Tecuhltli. Vamos.

Se mantuvieron cerca de él cuando cruzó el salón y empujó la puerta con adornos plateados del otro extremo.

—Si no encontramos a nadie en este piso —dijo—, bajaremos a los siguientes. Exploraremos Xotalanc desde el techo hasta las catacumbas. Si Xotalanc es como Tecuhltli, todas las estancias de este piso estarán iluminadas... ¡Qué diablos!

Habían llegado al amplio salón del trono, increíblemente parecido al de Tecuhltli. La misma tarima de jade y tronos de marfil, los mismos divanes, alfombras y tapices colgando de las paredes. No había ninguna columna negra con marcas rojas detrás del trono, pero no faltaban pruebas de la horrible contienda.

A lo largo de la pared que se extendía tras la tarima había filas de estantes

cubiertos de cristal. Y en aquellos estantes, cientos de cabezas humanas, perfectamente conservadas, observaban a los sobresaltados viajeros con ojos inexpresivos, como habían estado observando solo los dioses sabían cuántos meses y años.

Topal masculló un juramento, pero Yanath permaneció en silencio y en sus ojos creció la luz de la locura. Conan frunció el ceño, sabedor de que la cordura de los tlazitlanos pendía siempre de un hilo.

De repente Yanath señaló con un dedo tembloroso las atroces reliquias.

—¡Esa es la cabeza de mi hermano! —musitó—. ¡Y allí está el hermano pequeño de mi padre! ¡Y más allá, el hijo mayor de mi hermana!

Se echó a llorar de repente con grandes y ruidosos sollozos que sacudieron su figura. No apartó los ojos de las cabezas. Los sollozos fueron tornándose más chirriantes, se convirtieron en una terrorífica risa aguda que se transformó por último en un grito insoportable. Yanath había enloquecido por completo.

Conan le puso una mano en el hombro; fue como si el contacto liberara todo el frenesí de su alma. Yanath gritó, se revolvió y atacó al cimerio con la espada. Conan desvió el golpe, y Topal intentó sujetar el brazo de su compañero, pero el loco se libró de ambos y, lanzando espumarajos por la boca, hundió con fuerza la espada en el cuerpo de Topal, que se desplomó con un gemido. Yanath giró por un instante como un derviche loco, y luego corrió hacia los estantes y empezó a romper el cristal con la espada sin dejar de aullar blasfemias.

Conan corrió hacia él, intentando cogerlo por sorpresa y desarmarlo, pero el loco se giró y se lanzó hacia él gritando como un alma perdida. Al darse cuenta de que el guerrero había enloquecido sin remedio, el cimerio se apartó a un lado, y cuando el maníaco cruzó junto a él le lanzó un tajo que le partió la clavícula y le abrió el pecho. Yanath cayó muerto junto a su víctima moribunda.

Conan se agachó junto a Topal, dándose cuenta de que el hombre iba a exhalar su último aliento. Era inútil intentar contener la sangre que manaba de la terrible herida.

—Estás acabado, Topal —gruñó Conan—. ¿Quieres que le diga algo de tu parte a los tuyos?

—Acércate —jadeó Topal, y Conan obedeció... y un instante después aferró la muñeca del hombre cuando Topal intentó apuñalarlo en el pecho.

—¡Crom! —maldijo Conan—. ¿Te has vuelto loco tú también?

—¡Olmec me lo ordenó! —jadeó el moribundo—. No sé por qué. Cuando llevábamos a los heridos a los divanes me dijo en un susurro que te matara mientras volvíamos a Tecuhltli...

Con el nombre de su clan en los labios, Topal murió.

Conan lo miró, desconcertado. Todo aquello parecía demencial. ¿También estaba loco Olmec? ¿Todos los tecuhltli estaban más locos de lo que había creído? Se encogió de hombros, cruzó el salón, salió por la puerta de bronce y dejó a los dos tecuhltli muertos ante los ojos muertos de las cabezas de sus hermanos de clan.

No le hacía falta un guía para recorrer de vuelta el laberinto que habían atravesado. Su primitivo instinto de dirección lo guio de forma inequívoca por el camino recorrido a la ida. Avanzó con la misma cautela que antes, con la espada empuñada y los ojos escrutando fieramente cada sombra y cada esquina, pues ahora temía a sus antiguos aliados, no a los fantasmas de los xotalancas muertos.

Había alcanzado el Gran Vestíbulo y entrado en las estancias que había más

allá cuando oyó que algo jadeaba se movía delante de él con un sonido vacilante y extraño. Al instante siguiente vio a un hombre que se arrastraba en su dirección por el suelo llameante y que dejaba tras él una estela ensangrentada sobre la superficie rojiza. Era Techotl, y su mirada empezaba a vidriarse; la sangre manaba sin pausa por una herida profunda en el pecho y se escapaba entre los dedos que intentaban contenerla. Con la otra mano seguía arrastrándose.

—¡Conan! —gritó ahogado—. ¡Conan! ¡Olmec se ha llevado a la mujer de pelo rubio!

—¡Así que por eso le ordenó a Topal que me matara! —murmuró el cimerio, arrodillándose junto al hombre; su mirada experta le dijo que se moría—. Olmec no está tan loco como creí.

Los dedos de Techotl se aferraron al brazo de Conan. En aquella vida fría de los tecuhltli, del todo espantosa carente de amor, su admiración y su afecto por los invasores del mundo exterior habían creado un oasis cálido y humano, trenzando un lazo que lo conectaba con una humanidad más natural. Era algo de lo que carecían por completo sus compañeros, cuyas únicas emociones eran el odio, la lujuria y el impulso sádico hacia la crueldad.

—Intenté impedírselo —gorgoteó Techotl, escupiendo sangre espumosa—. Pero me clavó la espada. Creyó que me había matado, pero me marché a rastras. ¡Ah, Set! ¡Qué lejos me he arrastrado sobre mi propia sangre! ¡Cuidado, Conan! Puede que Olmec haya preparado una emboscada por si regresas. ¡Mátalo! Es una bestia. ¡Recoge a Valeria y escapad! No temáis cruzar la selva; Olmec y Tascela os mintieron sobre los dragones. Se mataron entre ellos hace años, solo quedaba el más fuerte. Desde hace doce años solo había un dragón; si lo habéis matado, no hay nada en la selva que pueda haceros daño. Era el viejo dios al que adoraba Olmec, y le ofrecía sacrificios humanos: los más jóvenes y los más ancianos, a los que arrojaba fuera de la muralla. ¡Apresúrate! Olmec ha llevado a Valeria a la Cámara de...

Su cabeza cayó inerte, y Techotl murió aun antes de que tocara el suelo.

Conan se levantó de un salto; los ojos le brillaban como brasas. Así que aquel era el juego de Olmec tras usar a los forasteros para acabar con sus enemigos. Tendría que haber supuesto que algo de ese estilo pasaría por la mente de aquel degenerado de barba negra.

El cimerio echó a correr hacia Tecuhltli a velocidad de vértigo mientras repasaba rápidamente los efectivos de sus antes aliados. Solo veintiuno, incluyendo a Olmec, habían sobrevivido a la feroz batalla en el salón del trono. Desde entonces habían muerto tres, lo que dejaba a dieciocho enemigos con los que vérselas. Con la rabia que lo embargaba se sentía capaz de acabar con todo el clan sin ninguna ayuda.

Pero la habilidad innata de su espíritu salvaje intervino para guiar aquella rabia descontrolada. Recordó la advertencia de Techotl sobre una emboscada. Era muy probable que el príncipe tomara esa precaución, ante la posibilidad de que Topal no pudiera cumplir la orden. Olmec esperaría que regresara por la misma ruta que había seguido para ir a Xotalanc.

Echó un vistazo al tragaluz bajo el que pasaba y captó el brillo difuso de las estrellas. Aún no despuntaba el amanecer. Los sucesos de la noche se habían acumulado en un espacio de tiempo comparativamente breve.

Se desvió de la ruta directa y bajó por una escalera de caracol al piso inferior siguiente. No sabía dónde estaría la puerta que daba acceso al castillo por aquel

nivel, pero sabía que podría encontrarla. Ignoraba cómo podría forzar los pestillos; suponía que las puertas de Tecuhltli estarían todas cerradas y aseguradas, aunque no fuera más que por la costumbre de medio siglo. Pero no podía hacer más que intentarlo.

Avanzó en silencio espada en mano por el laberinto de salas y corredores envueltos en penumbra verdosa. Un sonido lo hizo detenerse cuando le faltaba poco para llegar a Tecuhltli. Lo reconoció sin vacilaciones: un humano intentando gritar a través de una mordaza. Llegaba de algún punto sobre él, hacia la izquierda. En aquellas estancias mortalmente silenciosas cualquier sonido leve llegaba lejos.

Se desvió y fue en pos del sonido, que seguía repitiéndose. De repente vislumbró al otro lado de una puerta una escena extraña. Contemplaba una sala con un marco bajo de hierro en el suelo semejante a un potro, y había una figura gigante estaba amarrada a él. Su cabeza descansaba sobre una almohada de púas de hierro, manchadas ya de rojo allí donde habían perforado el cuero cabelludo. Un extraño artificio parecido a un arnés le sujetaba la cabeza de forma que la cincha de cuero no la protegía de las púas. El arnés estaba conectado por una fina cadena a un mecanismo que sostenía una gran bola de hierro suspendida sobre el pecho peludo del cautivo. Mientras el hombre pudiera obligarse a permanecer inmóvil, la bola de hierro colgaría en su sitio. Pero cuando el dolor de las púas de hierro lo hacía levantar la cabeza, la bola descendía un poco más. En aquel instante, los doloridos músculos del cuello no pudieron soportar más la postura antinatural de la cabeza y esta cayó de nuevo sobre las púas. Era evidente que antes o después la bola de hierro lo aplastaría, lenta e inexorablemente. La víctima estaba amordazada, y por encima de la mordaza, los grandes y bovinos ojos negros giraban desesperadamente hacia el hombre que estaba en la puerta y observaba en asombrado silencio.

Quien estaba atado al potro era Olmec, príncipe de Tecuhltli.

## 6
## Los ojos de Tascela

—¿Por qué me traes a esta habitación para vendarme la pierna? —preguntó Valeria con el ceño fruncido—. ¿No podías haberme atendido igual en el salón del trono?

Estaba sentada en un diván con la pierna estirada sobre él, y la mujer tecuhltli acababa de vendar la herida con tiras de seda. La espada ensangrentada de Valeria descansaba en el diván, a su lado. La muchacha había realizado su tarea en silencio y con eficiencia, pero a la mercenaria no le gustaban ni el tacto suave de sus finos dedos ni la expresión de sus ojos.

—Han llevado a los demás heridos a otras habitaciones —respondió la mujer en el tono suave de las tecuhltli, en el que no se percibía no había el menor atisbo de suavidad o amabilidad. Valeria había visto poco antes a aquella misma persona apuñalar en el pecho a una xotalanca y arrancarle los ojos a un enemigo herido—. Llevarán luego los cadáveres de los muertos a las catacumbas para que sus fantasmas no escapen y ronden por las estancias.

—¿Crees en los fantasmas? —preguntó Valeria.

—Sé que el fantasma de Tolkemec habita en las catacumbas —respondió con

un estremecimiento—. Lo vi una vez, escondida en una cripta entre los huesos de una reina muerta. Pasó ante mí con la forma de un anciano con barba y cabellos blancos que parecían flotar, y ojos luminosos que atravesaban la oscuridad. Era Tolkemec; lo vi cuando estaba vivo y yo era pequeña, mientras lo torturaban. —Bajó la voz hasta un susurro temeroso—: Olmec se ríe, ¡pero sé que el fantasma de Tolkemec habita en las catacumbas! Dicen que son las ratas las que arrancan la carne de los huesos de los cadáveres recientes, pero los fantasmas se alimentan de carne. Quién sabe qué...

Alzó rápidamente la mirada cuando una sombra cayó sobre el diván. Valeria levantó la vista y vio que Olmec la observaba. El príncipe se había limpiado la sangre de las manos, el torso y la barba; pero no se había puesto la túnica, y su cuerpo y sus brazos, enormes, oscuros y lampiños, renovaban la impresión de la fuerza bestial contenida en su naturaleza. Sus profundos ojos negros brillaban con un fuego más elemental, y asomaba un leve temblor en los dedos que acariciaban la barba negroazulada.

Miró fijamente a la mujer, que se levantó y salió de la habitación. Cuando cruzó la puerta volvió la cabeza por un instante en dirección a Valeria y le lanzó una mirada obscena llena de burla y escarnio.

—Ha hecho un mal trabajo —criticó el príncipe, acercándose al diván e inclinándose sobre el vendaje—. Permíteme...

Con una rapidez sorprendente en alguien de su tamaño, le quitó la espada y la arrojó al otro lado de la habitación. El siguiente movimiento atrapó a Valeria en sus gigantescos brazos.

Pese a lo inesperado y veloz de la maniobra, Valeria casi la igualó; mientras él la intentaba sujetar, la mercenaria desenfundó el puñal y lanzó un golpe salvaje al cuello del hombre. Más por suerte que por habilidad, él le agarró la muñeca, y dio comienzo una pelea salvaje. Valeria luchó con puños, pies, rodillas, dientes y uñas, con toda la fuerza de su cuerpo magnífico y todo el conocimiento del combate mano a mano que había adquirido en sus años de vagabundeos y luchas en tierra y mar. No le sirvió de nada contra la fuerza bruta de él. Perdió el puñal en el primer movimiento, y tras eso se vio incapaz de causar algún daño apreciable a su gigantesco atacante.

El brillo en sus extraños ojos negros no se alteró, y su expresión la llenó de furia, azuzada por la sonrisa burlona que parecía grabada en los labios rodeados por la barba. Aquellos ojos y aquella sonrisa contenían todo el cinismo cruel que anida bajo la superficie de una raza sofisticada y degenerada, y por primera vez en su vida Valeria experimentó el temor a un hombre. Era como luchar contra una inmensa fuerza elemental; sus brazos de hierro frustraron los intentos de la mujer con una facilidad que hizo que el pánico le recorriera las extremidades. Parecía inmune a cualquier daño que ella le pudiera causar. Solo obtuva reacción cuando le hundió los blancos dientes salvajemente en la muñeca e hizo brotar la sangre. La respuesta fue una bofetada brutal a un lado de la cabeza, que le hizo ver las estrellas y le torció el cuello.

La camisa de Valeria se había roto durante la lucha, y con crueldad cínica le raspó los pechos desnudos con la espesa barba, enrojeciéndole la piel y arrancándole un grito de dolor e indignación. Su resistencia convulsa fue inútil; se vio aplastada contra el diván, desarmada y jadeante, con los ojos llameando como los de una tigresa atrapada.

Un instante después salió corriendo de la habitación, llevándola en brazos.

Valeria no opuso resistencia, pero el fuego de su mirada mostró que aún no había conquistado su espíritu. No había gritado. Sabía que Conan estaba lejos, y ni se le ocurrió pensar que alguno de los tecuhltli pudiera oponerse a su príncipe. Pero se dio cuenta de que Olmec avanzaba con sigilo, con la cabeza inclinada a un lado como si intentase captar sonidos de persecución, y no volvió al salón del trono. La llevó por una puerta que se abría en el lado opuesto a aquella por donde había entrado, cruzaron otra sala y empezaron a avanzar por un vestíbulo. Cuando Valeria se dio cuenta de que temía que alguien se opusiera a su rapto, echó atrás la cabeza y gritó con toda la fuerza de su enérgica voz.

Aquello le granjeó otra bofetada que casi la dejó inconsciente, y Olmec aceleró el paso a una carrera desgarbada.

Pero el grito había llegado lejos, y al volver la cabeza Valeria vio a través de las lágrimas y las estrellas que casi la cegaban que Techotl cojeaba tras ellos.

Olmec se giró con un gruñido, colocó a la mujer en una incómoda y desde luego indigna posición bajo un enorme brazo y allí la sostuvo mientras ella se retorcía y pateaba en vano, como un niño.

—¡Olmec! —protestó Techotl—. ¡No puedes ser tan perro para comportarte así! ¡Es la mujer de Conan! Nos ha ayudado a matar a los xotalancas y ...

Sin decir una palabra, Olmec convirtió su mano libre en un inmenso puño y dejó inconsciente a sus pies al guerrero herido. Agachándose sin que lo estorbasen en absoluto los esfuerzos y los gritos de su cautiva, desenvainó la espada de Techotl y se la clavó en el pecho. Después arrojó a un lado el arma y siguió su huida por el corredor. No vio el oscuro rostro de una mujer que se asomaba cautelosamente detrás de una cortina. El rostro desapareció, y Techotl, gimiendo y retorciéndose, se levantó aturdido y se alejó tambaleándose e invocando el nombre de Conan.

Olmec llegó al extremo del corredor y bajó por una marfileña escalera de caracol. Atravesó varios corredores más y se detuvo por fin en una gran estancia cuyas puertas estaban cubiertas por pesados tapices, con una excepción: una gran puerta de bronce parecida a la Puerta del Águila de la planta superior.

—Esta es una de las puertas exteriores de Tecuhltli —se animó a decir, señalándola—. Por primera vez en cincuenta años no está vigilada. Ya no necesitamos centinelas, pues Xotalanc ya no existe.

—¡Gracias a Conan y a mí, maldito canalla! —se burló Valeria, temblando de furia y vergüenza por su indefensión física—. ¡Perro traidor! ¡Conan te degollará por esto!

Olmec no se molestó en comentar que estaba seguro de que el cuello de Conan ya había sido cortado siguiendo su orden susurrada. Era demasiado cínico para que le importasen sus pensamientos y opiniones. La devoró con ojos ardientes, recreándose en las generosas extensiones de piel blanca que habían quedado expuestas allí donde la camisa y los bombachos se habían roto durante la lucha.

—Olvídate de Conan —dijo con voz espesa—. Olmec es el señor de Xuchotl. Xotalanc ya no existe. No habrá más luchas. pasaremos la vida bebiendo y haciendo el amor. ¡Primero bebamos!

Se sentó en una mesa de marfil y la sentó en sus rodillas, como haría un sátiro de piel oscura con una ninfa en brazos. Haciendo caso omiso de las maldiciones poco dignas de una ninfa que le dirigió, la sujetó indefensa rodeándole la cintura con un gran brazo mientras alargaba el otro sobre la mesa y cogía una jarra de vino.

—¡Bebe! —ordenó, empujándosela contra los labios mientras ella intentaba apartar la cabeza. El licor la salpicó, escociéndole los labios y derramándose en sus pechos desnudos.

—A tu invitada no le gusta tu vino, Olmec —dijo una voz fría y burlona.

Olmec se tensó, y una sombra de temor apareció en sus ojos encendidos. Giró la gran cabeza poco a poco y se quedó mirando a Tascela, que cruzaba al descuido la puerta con cortinajes con una mano apoyada en la esbelta cadera. Valeria se retorció en el abrazo de hierro de Olmec, y cuando su mirada tropezó con los ojos ardientes de Tascela, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Aquella noche, el alma orgullosa de Valeria había descubierto nuevas experiencias. Poco antes había aprendido a temer a un hombre; ahora sabía lo que era temer a una mujer.

Olmec permaneció sentado, inmóvil, mientras la palidez se iba extendiendo por su piel oscura. Tascela mostró la mano que tenía a la espalda; en ella portaba una pequeña jarra dorada.

—Me temía que no fuera a gustarle tu vino, Olmec —ronroneó la princesa—, así que he traído un poco del mío, algo del que traje conmigo desde las orillas del lago Zuad. ¿Entiendes, Olmec?

Gotas de sudor perlaron de repente la frente de Olmec. Relajó los músculos, y Valeria se liberó y puso la mesa entre ambos. Su cerebro le decía que escapara a toda prisa de la sala, pero una fascinación que no podía entender la obligó a quedarse quieta observando la escena.

Tascela se acercó al príncipe sentado con un paso ondulante que era una burla en sí mismo. Hablaba con voz suave y ronroneante, pero había llamas en sus ojos. Sus dedos esbeltos acariciaron la barba del hombre.

—Eres egoísta, Olmec —canturreó, sonriendo—. Querías quedarte para ti solo a nuestra atractiva huésped, aunque sabías que yo quería atenderla. ¡Muy mal, Olmec!

La máscara cayó por un instante; sus ojos centellearon y sus rasgos se crisparon, y con una fuerza insospechada aferró la barba y arrancó un puñado. Aquella demostración de fuerza sobrenatural no fue más terrorífica que la breve exposición de la furia infernal que se escondía bajo su suave exterior.

Olmec se puso en pie con un rugido y se balanceó como un oso, abriendo y cerrando los poderosos puños.

—¡Zorra! —Su voz atronadora llenó la estancia—. ¡Bruja! ¡Diablesa! ¡Tecuhltli tendría que haberte matado hace cincuenta años! ¡Márchate! ¡Ya te he aguantado bastante! ¡Esta moza de piel blanca es mía; lárgate antes de que te mate!

La princesa se echó a reír y le lanzó a la cara los mechones ensangrentados. La risa era menos compasiva que el choque del pedernal contra el acero.

—Hubo un tiempo en que hablabas de otra forma, Olmec —le provocó—. Hubo un tiempo, en tu juventud, en que decías palabras de amor. Sí, una vez fuiste mi amante, años atrás, y porque me querías dormiste en mis brazos bajo el loto encantado, y pusiste en mis manos las cadenas que te esclavizaron. Sabes que no puedes oponerte a mí. Sabes que solo tengo que mirarte a los ojos, con el poder místico que me enseñó hace mucho una sacerdotisa estigia, para que estés impotente. Recuerda la noche bajo el loto negro que oscilaba sobre nosotros, aunque no soplaba brisa alguna; percibe de nuevo los aromas ultraterrenos que se alzaron como una nube sobre ti para esclavizarte. No puedes luchar contra mí. Eres mi esclavo como lo fuiste aquella noche... ¡y como lo serás mientras vivas, Olmec de Xuchotl!

Su voz había descendido hasta convertirse en un murmullo semejante a un río que corriese bajo una oscuridad sin estrellas. Tascela se acercó al príncipe y le acarició el enorme pecho con los dedos delicados. Los ojos de Olmec brillaron, y las manos le cayeron inermes a los costados.

Con una sonrisa maliciosa y cruel, Tascela levantó la jarra y se la colocó en los labios.

—¡Bebe!

El príncipe obedeció mecánicamente. De inmediato, el velo que le había cubierto los ojos se disipó, y estos se llenaron de furia, comprensión y un miedo atroz. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Por un momento le temblaron las rodillas, y luego cayó desmadejado al suelo.

La caída arrancó a Valeria de su parálisis. Se giró y echó a correr hacia la puerta, pero con un salto que habría avergonzado a una pantera, Tascela se colocó tras ella. Valeria le dio un puñetazo y cargó tras el golpe todas las fuerzas de su cuerpo ágil. Habría dejado sin sentido a un hombre. Pero con un giro ágil de su torso, Tascela lo esquivó y atrapó la mano de la pirata. Al siguiente instante, la mano izquierda de Valeria estaba aprisionada también, y sujetándole las muñecas con una sola mano, Tascela la ató tranquilamente con un cordel que había sacado del cinturón. Valeria creía que aquella noche ya había completado su cupo de humillaciones, pero su vergüenza al verse dominada por Olmec no fue nada comparada con las sensaciones que ahora recorrían su ágil figura. Siempre se había sentido tentada a despreciar a los demás miembros de su sexo, y le resultó abrumador encontrarse con una mujer que era capaz de manejarla como a una chiquilla. Apenas se resistió cuando Tascela la obligó a sentarse y, colocándole entre las rodillas las muñecas atadas, la sujetó con firmeza a la silla.

Pasando descuidadamente por encima de Olmec, Tascela fue hasta la puerta de bronce, descorrió el pestillo y la abrió, revelando un corredor.

—Por se llega a una cámara que en el pasado se empleó como sala de tortura —comentó, dirigiéndose a su cautiva por primera vez—. Cuando nos retiramos a Tecuhltli, nos llevamos casi todos los aparatos, pero hay uno que era demasiado pesado para moverlo. Aún funciona. Creo que ahora será bastante útil.

Una llama de terror se encendió en los ojos de Olmec al comprender. Tascela volvió a su lado, se inclinó y lo agarró por el pelo.

—Solo está paralizado temporalmente —explicó con tono informal—. Puede oír, pensar y sentir. ¡Sí! ¡Desde luego que puede sentir!

Con aquella siniestra observación echó a andar hacia la puerta, arrastrando la gigantesca mole con una facilidad que dejó boquiabierta a la pirata. Salió al corredor, lo cruzó sin vacilación y desapareció con su cautivo en otra sala. Poco después se oyó golpear algún objeto de hierro.

Valeria maldijo en voz baja y tiró en vano de sus ataduras, con las piernas enroscadas en la silla. La cuerda que la sujetaba parecía irrompible.

Tascela regresó poco después, sola. Un gruñido apagado salió de la cámara a sus espaldas. Cerró la puerta sin correr el pestillo. Estaba más allá del dominio de la fuerza de la costumbre, como estaba más allá del toque de otros instintos y emociones humanas.

Valeria, sentada en silencio, no apartaba la vista a la mujer que, ahora se daba cuenta, tenía en sus manos el destino de la pirata.

Tascela la cogió por el pelo rubio, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y observó su cara con frialdad. Pero el brillo en sus ojos oscuros era cualquier cosa

menos impersonal.

—Te he elegido para concederte un gran honor —dijo—. Restaurarás la juventud de Tascela. ¡Oh, no me mires así! Parezco joven, pero por mis venas corre el lento escalofrío de la edad que se acerca, como lo he sentido miles de veces antes. Soy vieja, tan vieja que ya no recuerdo mi infancia. pero fui una chiquilla una vez, y un sacerdote de Estigia me amó, y me dio el secreto de la inmortalidad y la eterna juventud. Luego murió; algunos dicen que envenenado. Pero yo me aposenté en mi palacio a la orilla del lago Zuad y el paso de los años no me tocó. Tiempo después me deseó un rey de Estigia, y mi gente se rebeló y me trajo a esta tierra. Olmec me llamó princesa. No soy de sangre real; soy más grande que una princesa. Soy Tascela, cuya juventud será restaurada por tu propia juventud gloriosa.

Valeria apretó la lengua contra el paladar. Percibió allí un misterio más oscuro que la degeneración que había esperado.

La alta mujer desató las muñecas de la aquilonia y la hizo ponerse en pie. No era el miedo a la fuerza dominante que se escondía en las extremidades de la princesa lo que convirtió a Valeria en una cautiva estremecida e indefensa. Fueron los ojos ardientes, hipnóticos y terribles de Tascela.

## 7
## Viene de la oscuridad

—¡Bueno, que me cuelguen! —Conan miró al hombre atado al potro de hierro—. ¿Qué diablos haces en esa cosa?

Unos sonidos incoherentes salieron de la boca cubierta por la mordaza, y Conan se inclinó y la arrancó, provocando un grito de terror en el cautivo; el movimiento hizo que la bola de hierro descendiera un poco más, hasta casi tocar el amplio pecho.

—¡Ten cuidado, por Set! —rogó Olmec.

—¿Por qué? ¿Crees que me importa lo que te pase? Desearía tener tiempo para quedarme aquí y ver cómo ese montón de hierro te revienta las tripas. pero tengo prisa. ¿Dónde está Valeria?

—¡Suéltame y te lo diré todo!

—Habla primero.

—¡Jamás! —El príncipe apretó las mandíbulas con testarudez.

—Muy bien. —Conan se sentó en un banco cercano—. La encontraré después de que te hayas convertido en pulpa. Creo que puedo acelerar el proceso retorciendo la punta de la espada en tu oreja —añadió mientras acercaba el arma con afán de experimentar.

—¡Espera! —Las palabras brotaron como un torrente de los labios pálidos del cautivo—. Tascela me la quitó. Siempre he sido un títere en sus manos.

—¿Tascela? —bufó Conan, y escupió—. Oh, esa zorra…

—¡No, no! —jadeó Olmec—. Es peor de lo que crees. Es vieja. Tiene siglos. Renueva su vida y su juventud mediante el sacrificio de mujeres jóvenes y hermosas. Eso es en parte lo que ha reducido al clan a su estado actual. Absorberá en su cuerpo la esencia vital de Valeria y florecerá con vigor y belleza nuevos.

—¿Están cerradas las puertas? —preguntó Conan, tanteando con la yema del pulgar el filo de su espada.

—¡Sí! Pero conozco una forma de entrar en Tecuhltli. Solo la conocemos Tascela y yo, y a mí me cree indefenso y a ti, muerto. Libérame y juro que te ayudaré a rescatar a Valeria. Sin mi ayuda no podrás entrar en Tecuhltli; aunque me tortures para que revele el secreto, no podrás hacer que funcione. Déjame libre y caeremos sobre Tascela y la mataremos antes de que pueda ejecutar su magia... Antes de que nos ponga los ojos encima. Un cuchillo arrojado servirá. Debería haberla matado así hace mucho tiempo, pero temía que sin su ayuda los xotalancas acabaran con nosotros. Ella necesitaba mi ayuda también; es el motivo de que me haya permitido vivir tanto tiempo. Ahora ninguno necesita al otro, y uno debe morir. Juro que cuando hayamos matado a la bruja, tú y Valeria podréis marcharos sin sufrir daño. Mi gente me obedecerá cuando Tascela esté muerta.

Conan se levantó y cortó las cuerdas que sujetaban al príncipe, y Olmec se deslizó con cuidado bajo la bola de acero y se levantó, sacudiendo la cabeza como un toro y mascullando imprecaciones mientras se tanteaba la cabeza lacerada. Juntos, hombro con hombro, ofrecían una estampa formidable de poder primitivo. Olmec era tan alto como Conan, y más pesado. Pero había algo repulsivo en el tlazitlano, algo abismal y monstruoso que contrastaba negativamente con la dureza compacta y limpia del cimerio. Conan había tirado los restos de la camisa rasgada y empapada de sangre, y su notable desarrollo muscular quedaba revelado de forma impresionante. Sus hombros eran tan anchos como los de Olmec, y más definidos, y su enorme pecho se curvaba hacia la cintura musculada con una elegancia de la que carecía el abdomen barrigudo de Olmec. Podría haber sido una imagen de fuerza primitiva esculpida en bronce. Olmec era más oscuro, pero no a causa del sol. Si Conan era una figura surgida del amanecer de los tiempos, Olmec una forma sombría procedente de la oscuridad que precedió a ese amanecer.

—Adelante —ordenó Conan—. Y mantente delante de mí. Me fío de ti menos que de un toro al que sujetase por la cola.

Olmec se volvió y echó a andar por delante mientras se acariciaba la barba enmarañada con una mano temblorosa. No guio a Conan de vuelta a la puerta de bronce, sino a una cámara en la frontera de Tecuhltli.

—Este secreto ha estado guardado medio siglo —dijo—. Ni siquiera nuestro clan lo conocía, y los xotalancas nunca lo descubrieron. El propio Tecuhltli construyó esta entrada secreta y mató luego a los esclavos que hicieron el trabajo porque temía que algún día pudiera verse expulsado de su reino por la malicia de Tascela, cuya pasión por él no tardó en convertirse en odio. Pero ella descubrió el secreto y bloqueó la puerta oculta un día que Tecuhltli regresaba huyendo de una incursión sin éxito. Los xotalancas lo alcanzaron y lo desollaron. Aprendí el secreto cierto día que la espiaba y la vi entrar en Tecuhltli por este camino.

Presionó un adorno de oro de la pared y un panel se abrió hacia dentro, dejando a la vista una escalera de marfil que se dirigía hacia arriba.

—Esta escalera está construida dentro de la pared —dijo Olmec—. Lleva hasta una torre del tejado, y desde allí, otras escaleras descienden hasta diversas estancias. ¡Date prisa!

—Después de ti, compañero —respondió Conan con sorna. Agitó la espada, y Olmec se encogió de hombros y entró en la escalera. Conan fue tras él lo siguió de inmediato, y la puerta se cerró tras ellos. Bastante por encima de ambos, un grupo de gemas de fuego convertía la escalera en un pozo de penumbra dragonesca.

Ascendieron hasta que Conan estimó que estaban por encima del cuarto piso,

y salieron a una torre cilíndrica en cuyo techo abovedado estaban incrustadas las gemas de fuego que iluminaban las escaleras. A través de unas ventanas con barrotes de oro y cerradas por paneles de cristal irrompible, las primeras ventanas que había visto en Xuchotl, Conan vislumbró un paisaje de crestas empinadas, cúpulas y más torres que se alzaban sombríamente contra el fondo de estrellas. Estaba viendo los tejados de Xuchotl.

Olmec no miró por las ventanas. Se apresuró a bajar por una de las escaleras que descendían desde la torre. Tras unas pocas varas, la escalera se convirtió en un estrecho pasadizo que serpenteaba tortuosamente cierta distancia. Se interrumpía al llegar a un puñado de escalones elevados que continuaban el descenso. Olmec se detuvo allí.

Desde abajo, ahogado pero inconfundible, les llegó el grito de una mujer, cargado de miedo, furia y vergüenza. Conan reconoció la voz de Valeria.

En la súbita rabia que le despertó el grito, asombrado y preguntándose qué peligro podría haber arrancado algo así de los labios osados de Valeria, Conan se olvidó de Olmec. Empujó a un lado al príncipe y empezó a bajar por la escalera. Su instinto se activó de nuevo justo cuando Olmec golpeaba con el puño semejante a una maza. El golpe, feroz y silencioso, iba dirigido a la base del cráneo de Conan, pero el cimerio se giró a tiempo para recibirlo a un lado del cuello. El impacto habría roto las vértebras de un hombre más débil. El propio Conan se vio empujado hacia atrás, pero mientras se tambaleaba soltó la espada, inútil en un lugar tan estrecho, y agarró el brazo extendido de Olmec, arrastrando con él al príncipe en su caída. Rodaron juntos escalones abajo, en un remolino de cabezas y cuerpos y extremidades. Mientras caían, los dedos de hierro de Conan encontraron el cuello de toro de Olmec.

El cuello y el hombro del bárbaro estaban embotados por el impacto del puño de Olmec, impulsado por toda la fuerza del musculoso antebrazo, los gruesos tríceps y el gran hombro. Pero aquello no afectó lo más mínimo a su ferocidad. Como un bulldog mantuvo torvamente la presa mientras rodaban, hasta que chocaron al pie de las escaleras contra una puerta de marfil con tanta fuerza que la convirtieron en astillas y atravesaron los restos. Olmec ya estaba muerto, pues aquellos dedos de hierro le habían roto el cuello y arrancado la vida mientras caían.

Conan se levantó, se sacudió las astillas de los inmensos hombros y parpadeó para limpiarse la sangre y el polvo de los ojos.

Estaba en el gran salón del trono. Aparte de él, había allí otras quince personas. La primera en que se fijó fue Valeria. Habían dispuesto un extraño altar negro ante la tarima del trono. Alineadas sobre él, siete velas negras en candelabros de oro enviaban hacia lo alto espirales ondulantes de un humo verde espeso que desprendía un aroma perturbador. Las espirales se unían en una nube cerca del techo, formando un arco de humo sobre el altar. En él yacía Valeria, completamente desnuda, la piel blanca resplandeciente en un contraste asombroso con la piedra negra pulida. No estaba atada. Yacía cuan larga era, con los brazos extendidos del todo por encima de la cabeza. En el extremo del altar estaba arrodillado un joven que le sujetaba con firmeza las muñecas. Una muchacha se arrodillaba al otro extremo y le sujetaba de igual forma los tobillos. Entre los dos, Valeria no se podía levantar ni mover.

Once hombres y mujeres tecuhltli permanecían arrodillados en semicírculo y observaban la escena con miradas ardientes y lujuriosas.

En el trono de marfil se recostaba Tascela. Incensarios de bronce lanzaban volutas de humo a su alrededor que se enroscaban en torno a sus miembros desnudos como dedos acariciantes. Tascela no podía sentarse quieta; se retorcía y cambiaba de postura con sensual abandono, como si el contacto del marfil suave con la piel tersa le causara placer.

El estallido de la puerta al romperse por el choque del remolino de cuerpos no causó ningún cambio en la escena. Quienes estaba arrodillados a echar una mirada indiferente al cadáver de su príncipe y al hombre que se levantó entre los restos de la puerta, y volvieron los ojos con ansia a la figura blanca en el altar negro. Tascela lo miró con insolencia y se recostó más en el trono, riendo burlonamente.

—¡Zorra!

Conan lo vio todo rojo. Sus manos se cerraron en puños de hierro mientras se lanzaba hacia la mujer. Al dar el primer paso, algo se cerró ruidosamente y el acero le mordió la pierna. Se tambaleó y estuvo a punto de caer, atrapado en medio de la zancada. Las mandíbulas de un cepo de hierro se habían cerrado en su pierna, con dientes que se hundieron profundamente y se mantuvieron allí. Solo los gruesos músculos de su pantorrilla habían impedido que le partiera los huesos. La maldita cosa había surgido del suelo ardiente sin aviso. Ahora podía ver las ranuras del suelo donde las mandíbulas habían permanecido ocultas, perfectamente camufladas.

—¡Idiota! —Tascela se echó a reír—. ¿Creías que no tomaría precauciones por si regresabas? Todas las puertas de esta sala están guardadas por trampas como esta. ¡Quédate ahí y observa mientras se cumple el destino de tu atractiva amiga! Después ya decidiré el tuyo.

Conan llevó por instinto la mano a la cintura, pero sólo encontró la funda vacía. Su espada estaba en la escalera que tenía detrás. El puñal había quedado en el bosque, cuando el dragón se lo desclavó de la boca. Los dientes de acero clavados en la pierna eran como carbones al rojo, pero el dolor no era tan salvaje como la furia que le inundaba el alma. Estaba atrapado, como un lobo. Si hubiera tenido la espada, habría cortado su propia pierna y se habría arrastrado por el suelo para matar a Tascela. Los ojos de Valeria se volvieron hacia él una súplica muda, y su propia impotencia envió oleadas rojas de locura a través de su cerebro.

Clavó en el suelo la rodilla de la pierna sana e intentó meter los dedos entre las mandíbulas de la trampa, para abrirla mediante pura fuerza bruta. La sangre empezó a gotear desde sus uñas, pero las mandíbulas envolvían la pierna en un círculo cuyos segmentos se unían a la perfección, contrayéndose hasta que no quedaba espacio entre la carne herida y los dientes de hierro. La situación del cuerpo desnudo de Valeria añadía llamas al fuego de su rabia.

Tascela lo ignoró. Levantándose con languidez del trono recorrió las filas de sus súbditos con una mirada escrutadora, y preguntó:

—¿Dónde están Xamec, Zlanath y Tachic?

—No han regresado de las catacumbas, princesa —respondió un hombre—. Igual que nosotros, llevaron los cadáveres de los muertos a las criptas, pero no han vuelto. Quizá los haya atrapado el fantasma de Tolkemec.

—¡Calla, estúpido! —ordenó secamente—. El fantasma es un mito.

Bajó de la tarima y jugueteó con una daga estrecha con empuñadura de oro. Sus ojos ardían como nada podía arder a este lado del infierno. Se detuvo junto al

altar y su voz rompió el tenso silencio.

—¡Tu vida me hará joven, blanca! —dijo—. Me inclinaré sobre tu pecho y colocaré mis labios en los tuyos, y lentamente, ¡oh, lentamente!, hundiré esta daga en tu corazón, de modo que tu vida, al escapar de tu cuerpo rígido, entrará en el mío y me hará florecer de nuevo ¡con tu juventud y con vida eterna!

Despacio, como una serpiente arqueándose hacia su víctima, se inclinó a través de las espirales de humo, acercándose cada vez más a la mujer inmóvil que la miraba directamente a los brillantes ojos negros, cada vez más grandes y profundos, que reducían como lunas negras entre el humo arremolinado.

Los arrodillados se estrujaron las manos y contuvieron el aliento, esperando en tensión el sangriento clímax. El único sonido eran los feroces jadeos de Conan mientras intentaba liberar la pierna de la trampa.

Todos los ojos estaban fijos en el altar y la figura blanca que lo ocupaba. El chasquido de un trueno no podría haber roto el hechizo, pero un grito apagado rompió la inmovilidad de la escena e hizo que todos se girasen; un grito apagado, pero que ponía los pelos de punta. Todos miraron, y todos vieron.

Enmarcada por la puerta a la izquierda de la tarima se alzaba una figura de pesadilla. Era un hombre, con una maraña de pelo blanco y una apelmazada barba blanca que le caía por el pecho. Su única vestimenta eran unos andrajos que revelaban unas piernas semidesnudas de aspecto extrañamente antinatural. Su piel no era como la de un humano normal. Algo insinuaba la presencia de escamas, como si su propietario hubiera vivido demasiado tiempo en condiciones que eran la antítesis de la vida humana corriente. Y no había nada humano en los ojos que resplandecían bajo la mata de pelo blanco. Eran grandes discos relucientes que miraban sin parpadear, luminosos, blanquecinos y sin el menor indicio de emociones normales ni de cordura. La boca se abrió, pero de ella no salieron palabras coherentes; solo una risilla aguda.

—¡Tolkemec! —susurró Tascela, lívida, mientras los demás se encogían en mudo terror—. ¡Entonces no eres un mito ni un fantasma! ¡Set! ¡Has vivido doce años en la oscuridad! ¡Doce años entre los huesos de los muertos! ¿De qué comida repugnante te alimentaste? ¿Qué imitación de vida has vivido en la negrura absoluta de esa noche eterna? Ya veo por qué Xamec, Zlanath y Tachic no han vuelto de las catacumbas, y nunca volverán. Pero ¿por qué has esperado tanto para atacar? ¿Estabas buscando algo en los pozos? ¿Algún arma secreta que sabías que estaba escondida allí? ¿La encontraste al fin?

La única respuesta de Tolkemec fue repetir la risilla mientras entraba en el salón con un gran salto que lo hizo pasar por encima de la trampa secreta junto a la puerta, quizá por pura suerte, quizá porque tenía algún vago recuerdo de las costumbres de Xuchotl. No estaba loco; no de la forma en que enloquece una persona. Había vivido tanto tiempo apartado de la humanidad que había dejado de ser humano. Solo un hilo intacto de memoria encarnada en odio y en el deseo de venganza lo mantenía conectado con la humanidad de la que había sido expulsado, y hacía que rondara cerca de la gente que odiaba. Ese estrecho hilo era lo único que había impedido que rondara para siempre en los dominios y pasadizos negros del mundo subterráneo que había descubierto tanto tiempo atrás.

—¡Buscabas algo escondido! —susurró Tascela, retrocediendo—. ¡Y lo has encontrado! ¡Recuerdas la contienda! ¡Después de tantos años de oscuridad, la recuerdas!

La mano huesuda de Tolkemec agitaba una vara de un extraño tono de jade, en cuyo extremo brillaba una esfera carmesí grande como una granada. Tascela saltó a un lado cuando el hombre la sacudió como una lanza, y un rayo de fuego carmesí salió disparado de la granada. No acertó a Tascela, pero la mujer que sujetaba los tobillos de Valeria estaba en su camino. El rayo la golpeó entre los hombros. Se oyó un crujido agudo y el rayo de fuego asomó por el centro de su pecho y chocó con el altar negro, arrancando una lluvia de chispas azules. La mujer se inclinó a un lado y se encogió y arrugó como una momia mientras caía.

Valeria rodó fuera del altar por el lado opuesto y avanzó a cuatro patas hacia la pared contraria, pues en el salón del trono del difunto Olmec se había desatado el infierno.

El hombre que había sujetado las muñecas de Valeria fue el siguiente en morir. Se giró para salir corriendo, pero antes de que hubiera dado media docena de pasos, Tolkemec, con una agilidad asombrosa en una figura tan deforme, saltó hasta una posición en la que el hombre quedaba entre él y el altar. De nuevo destelló el rayo de fuego rojo, y el tecuhltli rodó sin vida por el suelo mientras el rayo completaba su curso con un estallido de chispas azules en el altar.

Ahí comenzó la carnicería. Gritando como locos, los tecuhltli intentaban salir del salón, chocaban unos con otros, tropezaban y caían. Tolkemec saltaba entre ellos y hacía cabriolas, dispensando muerte. No podían escapar por las puertas, pues el metal con el que estaban fabricadas se comportaba al parecer igual que las venas metálicas del altar de piedra negra y completaba el circuito que necesitaba cualquiera que fuera el poder infernal que disparaba rayos desde la vara que el anciano agitaba en su mano. Cuando atrapaba a un hombre o una mujer entre él y una puerta o el altar, aquella persona moría instantáneamente. No elegía las víctimas de ninguna forma especial; los mataba según aparecían. Sus harapos se sacudían en torno a las extremidades que giraban salvajemente, y los impetuosos ecos de su risa resonaban en la estancia por encima de los gritos. Los cuerpos caían como hojas al pie del altar y de las puertas. Un guerrero se lanzó hacia él alzando un puñal, presa de la desesperación, solo para caer antes de poder asestar el golpe. Los demás eran como ganado enloquecido; no pensaban en resistir y no tenían la menor posibilidad de escapar.

El último tecuhltli, aparte de Tascela, había caído. La princesa se lanzó hacia el cimerio y la joven que se había refugiado a su lado. Tascela se agachó y tocó el suelo, presionando un dibujo. Al instante, las mandíbulas de hierro liberaron la pierna sangrante y se hundieron en el suelo.

—¡Mátalo si puedes! —jadeó, y le puso en la mano un gran cuchillo—. ¡Mi magia no puede hacerle frente!

Con un gruñido, Conan se puso en pie ante la mujer sin prestar atención a la pierna herida, lleno de ansia de combate. Tolkemec se acercaba a él, los extraños ojos encendidos, pero vaciló al ver el brillo del cuchillo en la mano de Conan.

Dio comienzo un juego macabro. Tolkemec intentaba rodear a Conan y colocar al bárbaro entre él y el altar o una puerta de metal, mientras que Conan intentaba evitarlo y a la vez clavar el cuchillo. Las mujeres los observaban en tensión, conteniendo el aliento.

No había más sonidos que el roce de los pies que se desplazaban con rapidez. Tolkemec había dejado de saltar y hacer cabriolas. Se había dado cuenta de que aquel jugador era un rival más apto que la gente que había muerto gritando mientras huía. en el reflejo elemental de los ojos del bárbaro leyó una intención

tan asesina como la suya. Se desplazaron adelante y atrás, y cuando uno se movía, el otro también, como si los unieran hilos invisibles. Conan se iba acercando poco a poco a su enemigo. Los músculos tensos de sus muslos estaban empezando a flexionarse para saltar, y en ese momento Valeria gritó. Durante un fugaz instante, una puerta de bronce había quedado alineada con el cuerpo en movimiento de Conan. La línea roja saltó y rozó el costado del bárbaro mientras este saltaba a un lado. Pero en el momento de saltar, lanzó el cuchillo. El viejo Tolkemec cayó, muerto de verdad al fin, con la empuñadura vibrando en el pecho.

Tascela saltó; no hacia Conan, sino hacia la vara que brillaba en el suelo como una criatura viva. Pero mientras saltaba, también saltó Valeria empuñando el cuchillo que le había quitado a un muerto. Impulsado por todo el poder de los músculos de la pirata, el cuchillo empaló a la princesa de Tecuhltli con tanta fuerza que la punta asomó entre los pechos. Tascela lanzó un grito y cayó muerta, y Valeria dio una patada al cadáver mientras caía.

—Tenía que hacerlo, por mi amor propio —jadeó Valeria, mirando a Conan por encima del cadáver.

—Bueno, esto acaba con la contienda —gruñó Conan—. ¡Ha sido una noche infernal! ¿Dónde guarda la comida esta gente? Tengo hambre.

—Hay que vendarte la pierna. —Valeria arrancó una tira de seda de una cortina y se la anudó en torno a la cintura; luego arrancó unas cuantas tiras más pequeñas y vendó con mano experta la pierna lacerada del bárbaro.

—Puedo andar —aseguró Conan—. Vámonos. Está amaneciendo fuera de esta ciudad infernal, y estoy harto de Xuchotl. Me alegro de que se hayan exterminado, y no quiero ninguna de sus condenadas joyas. Puede que estén malditas.

—En el mundo hay bastante botín honrado para ti y para mí —dijo Valeria, irguiéndose alta y espléndida ante él.

El viejo brillo regresó a los ojos de Conan y esa vez ella no se resistió cuando él la levantó fieramente en sus brazos.

—La costa está lejos —dijo rápidamente, apartando sus labios de los de él.

—¿Y qué? —Se echó a reír—. No hay nada que no podamos conquistar. Tendremos nuestros pies en la cubierta de un barco antes de que los estigios abran los puertos para la estación comercial. ¡Y entonces les enseñaremos lo que significa saquear!

# LAS JOYAS DE GWAHLUR

## 1
## Senderos de intriga

Los acantilados se alzaban en vertical desde la jungla: imponentes murallas de piedra de un rojo apagado con reflejos azulados de jade a la luz del sol naciente, y se alejaban sin aparente fin hacia el este y el oeste sobre el ondulante océano esmeralda de frondas y hojas. Aquella empalizada gigante de cortinas verticales de roca sólida en la que destellaban bajo el sol cegadores fragmentos de cuarzo parecía insalvable. Pero el hombre que escalaba lenta y trabajosamente ya estaba a mitad de camino de la cima.

Era nativo de una raza de montañeses, acostumbrado a escalar riscos implacables, y poseía una fuerza y una agilidad inusuales. Su única indumentaria eran unos pantalones cortos de seda roja; llevaba las sandalias colgando de la espalda para que no lo entorpecieran, al igual que la espada y el puñal.

Tenía una figura poderosa y era flexible como una pantera. Su piel estaba bronceada por el sol, y un aro de plata a la altura de las sienes sujetaba su melena de corte recto. Los músculos de hierro, la mirada rápida y los pies firmes le eran de gran ayuda allí, pues aquella escalada pondría a prueba hasta el límite todas esas cualidades. La selva se ondulaba a más de cincuenta varas por debajo. A la misma distancia hacia arriba, el borde del acantilado se recortaba contra el cielo matinal.

Se esforzaba como alguien impulsado por la urgencia, pero se veía obligado a avanzar a paso de caracol, aferrándose como una mosca a una pared. Sus manos y sus pies encontraban huecos y salientes, sujeciones precarias en el mejor de los casos, y a veces colgaba prácticamente de las uñas. Pero siguió su ascenso clavando los dedos, retorciéndose y luchando por cada palmo. A veces se detenía para dar un descanso a sus músculos doloridos; sacudiéndose el sudor de los ojos, volvía la cabeza para escrutar por encima de la selva y recorría con la mirada la gran extensión verde en busca de cualquier señal de vida o movimiento humanos.

La cumbre no estaba muy lejos sobre él, y observó, apenas unos palmos por encima de la cabeza, una grieta en la roca vertical del acantilado. La alcanzó un instante después: una pequeña caverna justo debajo del borde superior. Cuando su cabeza sobrepasó el extremo de la cornisa soltó un gruñido. Se quedó allí colgado, con los codos enganchados en el borde. La cueva era tan pequeña que parecía más bien un nicho excavado en la piedra, pero tenía un ocupante: una momia arrugada y marrón, con las piernas cruzadas y los brazos doblados sobre el pecho marchito, en el cual se había hundido la cabeza encogida, estaba sentada en la pequeña cueva. Las extremidades estaban sujetas en su lugar por cordeles de cuero crudo que se habían convertido en meros hilillos podridos. Si la figura había estado vestida alguna vez, los estragos del tiempo habían reducido las prendas a polvo hacía mucho. Pero entre las piernas cruzadas y el pecho marchito estaba encajado

un rollo de pergamino, amarilleado por el tiempo hasta adquirir el color del marfil viejo.

El escalador extendió un largo brazo y recogió aquel cilindro. Sin pararse a investigar, lo encajó en el cinturón y se aupó hasta quedar de pie en la abertura del nicho. Dio un salto hacia arriba y su mano se enganchó en el borde del acantilado, y desde ahí se impulsó por encima casi con el mismo movimiento.

Se detuvo, jadeando, y miró hacia abajo.

Era como mirar al interior de un enorme cuenco bordeado por un muro circular de piedra. El fondo del cuenco estaba cubierto de árboles y vegetación más densa, aunque en ninguna parte alcanzaba la densidad selvática de la jungla exterior. Los acantilados lo rodeaban sin ninguna alteración en su altura uniforme. Era un fenómeno de la naturaleza, quizá sin paralelo en el resto del mundo: un gran anfiteatro natural, un pedazo circular de llanura selvática, de una legua o legua y media de diámetro, separada del resto del mundo y confinada dentro de la empalizada circular que formaban los acantilados.

El escalador no dedicó sus pensamientos a maravillarse ante el fenómeno topográfico. Con tenso afán escrutó las copas de los árboles que tenía a sus pies, y exhaló un impetuoso suspiro cuando captó el destelló de unas cúpulas de marfil entre el verdor brillante. No era un mito, pues; por debajo de él yacía el fabuloso y desierto palacio de Alkmeenon.

Conan el cimerio, anteriormente de las islas Baracha, de la Costa Negra y de muchos otros climas donde la vida era salvaje, había llegado al reino de Keshan siguiendo el señuelo de un tesoro de cuento que hacía palidecer las riquezas de los reyes de Turán.

Keshan era un reino bárbaro situado en las tierras interiores orientales de Kush, donde las grandes praderas se mezclaban con la selva que se extendía desde el sur. Lo habitaba una mezcla de razas: una nobleza de piel morena gobernaba una población formada en su mayor parte por negros puros. Los gobernantes, príncipes y altos sacerdotes, afirmaban descender de una raza blanca que en tiempos míticos había gobernado un reino cuya capital era Alkmeenon. Leyendas contradictorias intentaban explicar el motivo de la caída de la raza y el abandono de la ciudad por parte de los supervivientes. Igual de nebulosas eran las historias sobre los Dientes de Gwahlur, el tesoro de Alkmeenon. Pero aquellas nebulosas leyendas habían bastado para traer a Conan a Keshan, recorriendo enormes distancias a través de llanuras, junglas ribereñas y montañas.

Había encontrado Keshan, que en sí misma era considerada mítica por muchas naciones norteñas y occidentales, y había oído lo suficiente para confirmar los rumores sobre el tesoro que los hombres llamaban los Dientes de Gwahlur. Incapaz de descubrir el lugar donde se escondía, se vio en la necesidad de explicar su presencia en Keshan. Los forasteros sin ataduras no eran bienvenidos allí.

Aquello no lo pilló por sorpresa. Con tranquilidad presentó su oferta a los imponentes, emplumados y desconfiados peces gordos de la magnífica corte bárbara. Se presentó como un guerrero profesional y afirmó haber ido a Keshan en busca de empleo. Entrenaría a los ejércitos de Keshan por el precio adecuado y los capitanearía contra Punt, su enemigo ancestral, cuyos éxitos recientes en el campo de batalla habían despertado la furia del irascible rey de Keshan.

La propuesta no era tan audaz como podría parecer. La fama de Conan lo había precedido, incluso en el lejano Keshan; sus gestas como jefe de los corsarios

negros, aquellos lobos de las costas del sur, habían hecho que su nombre fuera conocido, admirado y temido en los reinos negros. No se negó a pasar las pruebas ideadas por los señores de piel morena. Las escaramuzas en la frontera eran incesantes, lo que proporcionó al cimerio numerosas oportunidades para demostrar su habilidad en el combate. Su ferocidad temeraria impresionó a los señores de Keshan, ya conscientes de su reputación como líder de hombres, y las perspectivas parecían favorables. Todo lo que Conan deseaba en secreto era un empleo que le proporcionase una excusa legítima para permanecer en Keshan el tiempo suficiente para encontrar el lugar donde se escondían los Dientes de Gwahlur. Entonces se produjo una interrupción. Thutmekri llegó a Keshan a la cabeza de una embajada de Zembabwei.

Thutmekri era estigio, un aventurero y un vagabundo cuyo ingenio lo había recomendado a los reyes gemelos del gran reino comercial híbrido situado muchos días de viaje al este. Él y el cimerio se conocían desde hacía mucho tiempo, y su relación no era precisamente cordial. Thutmekri tenía también una propuesta para el rey de Keshan, relacionada igualmente con la conquista de Punt, cuyo reino, al este de Keshan, había expulsado a los mercaderes de Zembabwei e incendiado sus fortalezas.

La oferta de Thutmekri superaba el prestigio de Conan. Este se había comprometido a invadir Punt desde el este con un ejército de lanceros negros, arqueros shemitas y espadachines mercenarios, y a ayudar al rey de Keshan a anexionarse aquel reino hostil. Los benévolos reyes de Zembabwei solo deseaban el monopolio del comercio con Keshan y sus tributarios, y como prueba de buena fe, algunos de los Dientes de Gwahlur. Estos no se emplearían en el comercio, se apresuró a explicar Thutmekri a los desconfiados caciques; serían colocados en el templo de Zembabwei junto a los ídolos de oro de Dagón y Derketo, huéspedes sagrados en el santuario del reino, para sellar el acuerdo entre Keshan y Zembabwei. Aquella declaración provocó una sonrisa salvaje en los labios de Conan.

El cimerio no intentó participar en el juego de ingenio e intriga de Thutmekri y su socio shemita, Zargheba. Sabía que si Thutmekri salía victorioso insistiría en la inmediata eliminación de su rival. Conan solo podía hacer una cosa: encontrar las joyas antes de que el rey de Keshan se decidiera, y escapar con ellas. Para entonces ya estaba seguro de que no las ocultaban en Keshia, la ciudad real, que era un enjambre de chozas de paja apelotonadas en torno a un muro de barro que encerraba un palacio de piedra, barro y bambú.

Mientras Conan ardía de nerviosa impaciencia, el sumo sacerdote Gorulga anunció que antes de que se pudiera llegar a cualquier decisión, había que conocer la voluntad de los dioses acerca de la propuesta de alianza con Zembabwei y la entrega de objetos considerados sagrados e inviolables desde hacía mucho tiempo. Había que consultar el oráculo de Alkmeenon.

Aquello era algo asombroso e hizo que las lenguas se agitaran con excitación en el palacio y la colmena de chozas. Hacía más de un siglo desde la última vez que los sacerdotes visitaron la ciudad silenciosa. El oráculo, decían los hombres, era la princesa Yelaya, la última gobernante de Alkmeenon, que había muerto en el pináculo de su juventud y su belleza, y cuyo cuerpo había permanecido milagrosamente incorrupto a lo largo de las eras. Desde la antigüedad, los sacerdotes habían viajado a la ciudad hechizada, y ella les había concedido sabiduría. El último sacerdote que acudió ante el oráculo había sido un hombre

malvado que pretendía robar para sí mismo las joyas curiosamente talladas que los hombres llamaban los Dientes de Gwahlur. Pero en el palacio desierto había encontrado su perdición; sus acólitos huyeron y narraron historias de terror que durante cien años asustaron a los sacerdotes y los mantuvieron alejados de la ciudad y el oráculo.

Pero Gorulga, el actual sumo sacerdote, confiaba en su propia integridad y anunció que marcharía con un puñado de acólitos para revivir la antigua costumbre. Con la emoción, las lenguas zumbaron indiscreta, y Conan encontró la pista que había buscado durante semanas al escuchar por casualidad el susurro de un sacerdote menor, información que hizo que el cimerio abandonara Keshia la noche anterior al amanecer en que partirían los sacerdotes.

Cabalgando tan deprisa como se atrevió durante una noche, un día y otra noche, llegó al amanecer a los acantilados de Alkmeenon, que se alzaban en el extremo sudoeste del reino, en medio de una selva deshabitada que era tabú para los hombres corrientes. Los sacerdotes eran los únicos que se atrevían a acercarse al valle hechizado y ni siquiera ellos habían entrado en Alkmeenon en los últimos cien años.

Ningún hombre había escalado aquellos acantilados, decían las leyendas, y solo los sacerdotes conocían la entrada secreta al valle. Conan no perdió el tiempo buscándola; unas escarpaduras insuperables para los negros, los jinetes y los moradores de la llanura y la selva plana no eran un obstáculo imposible para un hombre nacido en las escabrosas montañas de Cimeria.

Ahora, desde lo alto del acantilado, contempló el valle circular y se preguntó qué plaga, guerra o superstición había expulsado a los miembros de la antigua raza blanca de su fortaleza para mezclarse con las tribus negras que los rodeaban y ser absorbidos por ellas.

Aquel valle había sido su ciudadela. Allí se alzaba el palacio, y solo podía morar allí la familia real y la corte. La auténtica ciudad se extendía fuera de los acantilados. La masa oscilante de verde vegetación selvática ocultaba las ruinas. Pero las cúpulas que resplandecían entre las hojas eran los pináculos intactos del palacio real de Alkmeenon, que habían desafiado la erosión de las eras.

Pasó una pierna por el borde y emprendió rápidamente el descenso. La cara interna de los acantilados estaba más quebrada y no era tan lisa. En menos de la mitad del tiempo que le llevó ascender por la cara exterior, aterrizó en el herboso suelo del valle.

Escruto alerta los alrededores, siempre con la mano en la espada. No había motivo para creer que los keshani mintiesen al decir que Alkmeenon estaba desierta, hechizada por los fantasmas del pasado muerto. Pero estaba en la naturaleza de Conan ser desconfiado y cauteloso. Lo rodeaba un silencio primigenio; ni siquiera una hoja temblaba en las ramas. Cuando se inclinó para observar entre los árboles, no vio nada salvo las innumerables filas de troncos que se perdían en la penumbra de lo profundo del bosque.

A pesar de todo avanzó con cautela; la espada empuñada, los ojos inquietos escrutando las sombras en todas direcciones. Su paso ágil no hacía ningún ruido en la hierba. Vio por todas partes a su alrededor señales de una antigua civilización; fuentes de mármol, silenciosas y desmoronadas, se alzaban en medio de círculos de árboles delgados cuya distribución era demasiado simétrica para ser natural. El sotobosque y la maleza habían invadido las arboledas plantadas en orden, pero aún podía percibirse la distribución original. Entre los árboles corrían

caminos pavimentados, rotos ahora y con la hierba creciendo entre las anchas grietas. Vislumbró muros con remates ornamentales y celosías de piedra tallada que quizá sirvieron como paredes de los pabellones de recreo.

Por delante de él, entre los árboles, las cúpulas brillaban, y la masa de la estructura que las soportaba se veía cada vez mejor conforme avanzaba. Al abrirse paso por una pantalla de enredaderas salió a un espacio relativamente abierto donde los árboles crecían sin el estorbo de los matorrales, y ante él vio la larga columnata del pórtico del palacio.

Mientras subía por los anchos escalones de mármol, se dio cuenta de que el edificio estaba mejor conservado que las estructuras menores que había entrevisto. Las enormes columnas y los gruesos muros parecían demasiado poderosos para derrumbarse bajo el asalto del tiempo y los elementos. El mismo silencio hechizado lo impregnaba todo. El paso felino de sus pies calzados con sandalias parecía estruendoso en aquella quietud.

En alguna parte de aquel palacio se encontraba la imagen o la estatua que en el pasado había actuado como oráculo de los sacerdotes de Keshan. Y, salvo que aquel sacerdote indiscreto hubiera mentido, también allí se ocultaba el tesoro de los reyes olvidados de Alkmeenon.

Entró en un vestíbulo amplio y majestuoso circundado por grandes columnas unidas por arcos cuyas puertas se habían podrido hacía mucho tiempo. Lo recorrió en la penumbra y al llegar al otro extremo cruzó por una gran puerta doble de bronce que estaba entreabierta, como debía de haber estado durante siglos. Daba a una inmensa estancia abovedada que debió de ser el salón de audiencias de los reyes de Alkmeenon.

Tenía forma octogonal, y en la gran cúpula en que se curvaba el majestuoso techo se abrían numerosos huecos distribuidos ingeniosamente, que hacían que aquella estancia estuviera mucho mejor iluminada que el vestíbulo que llevaba a ella. En el extremo contrario del gran salón se elevaba una tarima a la que ascendían anchos escalones de lapislázuli, y en la tarima destacaba un trono enorme con brazos ornamentados y un respaldo alto que sin duda sostuvo en el pasado un baldaquín de oro. Conan soltó un ruidoso juramento y se le iluminaron los ojos. ¡El trono de oro de Alkmeenon del que hablaban las leyendas! Estimó su peso con mirada experta. Por sí mismo representaba una fortuna, de haber podido cargar con él. La riqueza que representaba disparó su imaginación en cuanto al tesoro en sí y lo hizo arder de impaciencia. Sus dedos ansiaban hundirse entre las joyas que había oído describir a los cuentistas de las plazas de mercado de Keshia, que relataban historias transmitidas oralmente a lo largo de siglos; joyas que no tenían igual en el mundo: rubíes, esmeraldas, diamantes, heliotropos, ópalos y zafiros, el botín del mundo antiguo.

Había esperado encontrar la efigie del oráculo sentada en el trono, pero no estaba allí, así que lo más probable era que la hubiesen colocado en alguna otra parte del palacio... suponiendo que tal oráculo existiera de verdad. Tantos mitos habían demostrado ser realidades desde que se había fijado en Keshan que no dudaba de que encontraría algún tipo de imagen o dios.

Detrás del trono había una estrecha puerta arqueada que sin duda habría estado oculta con cortinajes en la época en que vivió Alkmeenon. Se asomó y vio que daba a una alcoba vacía de la cual salía en ángulo recto un pasadizo estrecho. Se apartó de ella y vio otro arco a la izquierda de la tarima, que, a diferencia de los demás, estaba tapado por una puerta. No se trataba de una puerta corriente;

era del mismo metal que el trono y estaba labrada profusamente con extraños arabescos.

La puerta se abrió con tanta suavidad al toque de Conan que las bisagras tenían que haber sido lubricadas hacía poco tiempo. Entró y se detuvo.

Se encontraba en una sala cuadrada no muy grande, cuyas paredes de mármol ascendían hasta un techo adornado con incrustaciones de oro. Por toda la base y el remate de las paredes corrían frisos de oro, y no tenía más puertas que aquella por donde había entrado. Conan captó de forma distraída de todo aquello; su atención se centraba por completo en la forma acostada en un estrado de marfil.

Había esperado encontrar una imagen, posiblemente tallada con las habilidades de un arte olvidado. Pero ningún arte podía igualar la perfección de la figura que yacía ante él.

No era una efigie de piedra, metal o marfil. Era el cuerpo real de una mujer, y Conan no se podía ni imaginar qué artes oscuras de la antigüedad habían conservado aquella figura impoluta durante tantas eras. Incluso las prendas que vestía estaban intactas, lo que le hizo fruncir el ceño; una vaga inquietud se agitó en el fondo de su mente. Las artes que habían preservado el cuerpo no deberían haber afectado a la ropa. Pero allí estaba: discos de oro con círculos concéntricos de pequeñas joyas que tapaban los pechos, sandalias doradas y una falda corta de seda sujeta con un cinturón enjoyado. Ni la tela ni el metal mostraban la menor señal de deterioro.

Yelaya era fríamente hermosa, incluso en la muerte. Su cuerpo era como el alabastro, esbelto y a la vez voluptuoso. Una gran joya carmesí brillaba en medio de la espuma negra que eran sus cabellos.

Conan la observó con el ceño fruncido y tocó el estrado con la espada. Pensó en la posibilidad de que hubiera un hueco que escondiera el tesoro, pero el estrado era sólido. Se giró y paseó por la estancia con indecisión. ¿Dónde debía buscar primero, dado el poco tiempo de que disponía? El sacerdote le había dicho al cortesano que el tesoro estaba oculto en el palacio, pero eso comprendía un espacio enorme. Se preguntó si no sería mejor que se escondiera hasta que los sacerdotes hubieran llegado y se hubieran ido, y reanudar la búsqueda después. Pero había bastantes posibilidades de que se llevaran con ellos las joyas cuando volvieran a Keshia, pues estaba seguro de que Thutmekri había corrompido a Gorulga.

Podía predecir los planes de Thutmekri, pues lo conocía bien. Sabía que había sido Thutmekri quien había propuesto la conquista de Punt a los reyes de Zembabwei, conquista que solo era un paso hacia su objetivo principal: apropiarse de los Dientes de Gwahlur. Aquellos reyes cautelosos exigirían pruebas de que el tesoro existía de verdad antes de realizar cualquier movimiento. Las joyas que Thutmekri había solicitado como muestra de compromiso proporcionarían esas pruebas.

Con pruebas firmes de la existencia del tesoro, los reyes de Zembabwei se pondrían en marcha. Punt sería invadido simultáneamente desde el este y el oeste, pero los zembabwos se asegurarían de que los keshios corrieran con la mayor parte del esfuerzo, y cuando tanto Punt como Keshan estuvieran agotados por el combate aplastarían a las dos razas, saquearían Keshan y se llevarían el tesoro por la fuerza, aunque tuvieran que destruir cada edificio y torturar a cada humano con vida en el reino.

Siempre existía otra posibilidad: si Thutmekri ponía las manos encima del

botín, sería propio de él engañar a sus empleadores, robar las joyas y largarse, dejando que los emisarios de Zembabwei cargaran con las consecuencias.

Conan creía que aquella consulta del oráculo era solo una artimaña para convencer al rey de Keshan de que cediera a los deseos de Thutmekri, pues no dudó ni por un instante de que Gorulga era tan sibilino y taimado como los demás participantes de aquel gran enredo. El propio Conan no había intentado tratar él mismo con el sumo sacerdote porque en el juego de sobornos no tenía la menor posibilidad contra Thutmekri, e intentarlo lo habría hecho caer directamente en las manos del estigio. Gorulga podía denunciar al cimerio a las autoridades, cimentando así su reputación de integridad y librando a Thutmekri de su rival de un solo golpe. Conan se preguntó cómo habría corrompido Thutmekri al sumo sacerdote, y qué podría haber ofrecido como soborno a un hombre que tenía al alcance de sus dedos el mayor tesoro del mundo.

En cualquier caso, estaba seguro de que harían decir al oráculo que los dioses deseaban que Keshan concediera los deseos de Thutmekri, y también estaba seguro de que tales deseos incluirían algunos detalles relativos al propio Conan. Tras eso, Keshia se volvería un lugar demasiado incómodo para el cimerio. Cierto es que no tenía ninguna intención de volver cuando emprendió su cabalgada nocturna.

La cámara del oráculo no le ofreció pistas. Regresó al gran salón del trono y posó las manos en este. Era pesado, pero pudo hacerlo girar un poco. El suelo de debajo, una gruesa tarima de mármol, era sólido. Volvió a la alcoba y se le ocurrió que podía haber alguna cripta secreta cerca del oráculo. Empezó a tantear meticulosamente las paredes y encontró una zona que sonaba a hueco en un punto opuesto a la boca del estrecho pasadizo. Miró más de cerca y vio que la grieta entre el panel de mármol de aquel punto y el siguiente era más ancha que las demás. Insertó la punta del puñal e hizo palanca.

El panel se abrió en silencio, revelando un nicho en la pared pero nada más. Masculló un juramento. La abertura estaba vacía y no parecía que hubiera servido como cripta para guardar tesoros. Se inclinó hacia el nicho y vio un grupo de pequeños agujeros en la pared, más o menos a la altura de la boca de un hombre. Miró por ellos y gruñó al comprender. Aquella pared separaba la alcoba y la cámara del oráculo. Los agujeros no eran visibles desde la cámara. Conan sonrió. Aquello explicaba el misterio del oráculo, pero era un poco más tosco de lo que había esperado. Gorulga se instalaría en el nicho, o metería a algún esbirro de confianza, y hablaría por los agujeros. Los crédulos acólitos, todos negros, lo aceptarían como la mismísima voz de Yelaya.

El cimerio recordó algo. Sacó el rollo de pergamino que le había quitado a la momia y lo desenrolló con cuidado, pues era tan viejo que parecía a punto de hacerse pedazos. Estudió los tenues caracteres que lo cubrían. En su vagabundear por el mundo, el enorme aventurero había aprendido bastantes cosas, incluyendo especialmente los lenguajes y la escritura de muchas lenguas extranjeras. Más de un erudito sedentario se habría quedado asombrado ante las habilidades lingüísticas del cimerio, quien había vivido numerosas aventuras en las que el conocimiento de una lengua extraña había significado la diferencia entre la vida y la muerte.

Los caracteres eran desconcertantes; familiares e incomprensibles al mismo tiempo, y enseguida descubrió el motivo. Eran los caracteres de pelishti arcaico, que se diferenciaba en muchos detalles de la escritura moderna, que Conan

conocía, y que tres siglos antes había sido modificado a causa de la conquista por una tribu nómada. Aquella escritura más antigua y pura lo desconcertaba, aunque distinguió una secuencia recurrente y la identificó como un nombre propio: Bit-Yakin. Dedujo que era el nombre del autor.

Con el ceño fruncido, moviendo inconscientemente los labios mientras se esforzaba en la tarea, fue recorriendo el manuscrito; la mayor parte le resultó intraducible, y casi todo lo demás, críptico.

Llegó a entender que el autor, el misterioso Bit-Yakin, había llegado de lejos con sus sirvientes y había entrado en el valle de Alkmeenon. Mucho de lo que seguía no tenía sentido, salpicado como estaba de secuencias y caracteres que Conan no conocía. Lo que pudo traducir indicaba que había transcurrido mucho tiempo. El nombre de Yelaya se repetía con frecuencia, y hacia el final del manuscrito resultó evidente que Bit-Yakin sabía que lo aguardaba la muerte. Con un leve sobresalto, Conan se dio cuenta de que la momia de la caverna debía de ser los restos del autor del manuscrito, el misterioso pelishti, Bit-Yakin. Había muerto, tal como había predicho, y sin duda sus sirvientes lo habían colocado en aquella cripta abierta en lo alto del acantilado, siguiendo las instrucciones que había dado antes de morir.

Era extraño que Bit-Yakin no se mencionara en ninguna de las leyendas de Alkmeenon. Era evidente que había llegado al valle después de que lo abandonaran los habitantes originales, eso se indicaba en el manuscrito, pero parecía curioso que los sacerdotes que acudían a consultar el oráculo no lo hubieran visto ni a él ni a sus sirvientes. Estaba seguro de que la momia y el pergamino tenían más de cien años, así que Bit-Yakin había morado en el valle cuando los sacerdotes antiguos acudían a inclinarse ante la difunta Yelaya. Pero las leyendas no decían nada sobre él y solo mencionaban la ciudad desierta, recorrida únicamente por los espíritus de los muertos.

¿Por qué había vivido el hombre en aquel lugar desolado, y hacia qué destino desconocido habían partido sus sirvientes después de atender el cadáver de su amo?

Conan se encogió de hombros y volvió a guardar el pergamino en el cinturón. Algo sobresaltó con violencia de pronto e hizo que sintiera un hormigueo en el dorso de las manos. El tañido estridente un gran gong acababa de sonar, causando una conmoción en el silencio aletargado.

Espada en mano, giró sobre los talones agachándose como un gran felino y clavó la mirada en el estrecho pasadizo del que había parecido surgir el sonido. ¿Habían llegado ya los sacerdotes de Keshia? Sabía que era poco probable; aún no habían tenido tiempo de llegar al valle. Pero el gong era una prueba indiscutible de la presencia humana.

Conan estaba predispuesto por naturaleza a la acción directa. Cualquier sutileza que poseyera la había adquirido por contacto con otras razas más taimadas. Cuando algún suceso inesperado lo pillaba por sorpresa, revertía instintivamente a su tendencia original. De modo que en vez de esconderse o marcharse en dirección opuesta, como habría hecho un hombre corriente, se lanzó por el pasadizo en dirección al sonido. Sus sandalias no hacían más ruido que el que habrían hecho las almohadillas de una pantera; sus ojos eran rendijas, y había retraído los labios sin darse cuenta. Por un instante, el pánico había tocado su alma a causa de la sorpresa de aquella reverberación inesperada, y la rabia roja del hombre primitivo, que se activa ante la amenaza de un peligro, siempre había

estado cerca de la piel del cimerio.

Salió del pasadizo a un patio abierto. Algo que brillaba al sol capturó su mirada. Era el gong, un gran disco de oro, colgado de una barra también de oro que se extendía desde la pared agrietada. Cerca yacía un mazo de cobre, pero no había sonidos ni señales de humanos. Los arcos que rodeaban el patio estaban vacíos. Permaneció agachado un buen rato en la salida del pasadizo, pero no distinguió sonido ni movimiento alguno en el gran palacio. Al final se le agotó la paciencia y se deslizó junto a la pared del patio asomándose a los arcos, listo para saltar como un relámpago en cualquier dirección o para golpear a derecha o izquierda como una cobra.

Llegó hasta el gong y se asomó al arco más cercano. Solo vio una estancia en penumbra con el suelo cubierto de escombros. Debajo del gong, las losas de mármol pulido no mostraban huellas, pero flotaba un aroma en el aire, un débil olor fétido que no pudo clasificar; sus narinas se ensancharon como las de una bestia salvaje mientras luchaba en vano por identificarlo.

Se giró hacia el arco. Las baldosas aparentemente sólidas se abrieron de repente bajo sus pies. Mientras caía abrió del todo los brazos y se sujetó a los bordes de la abertura que había aparecido bajo él. Los bordes se resquebrajaron bajo sus dedos engarfiados, y Conan cayó a la oscuridad, a unas gélidas aguas negras que lo atraparon y lo arrastraron a velocidad pasmosa.

## 2
## Una diosa despierta

Al principio el cimerio no intentó luchar contra la corriente que lo arrastraba a través de la oscuridad. Se mantuvo a flote sujetando con los dientes la espada, que no había soltado ni siquiera al caer, y no intentó adivinar a qué destino lo llevaba. Un rayo de luz perforó de pronto la oscuridad por delante de él. Vio la furiosa e hirviente superficie negra del agua, que se agitaba como si la perturbara algún monstruo de las profundidades, y se dio cuenta de que los muros de piedra desnuda del canal se curvaban abovedándose por encima de su cabeza. A cada lado se extendía una estrecha cornisa justo debajo del techo arqueado, fuera de su alcance. El techo se había roto en un punto, probablemente por un derrumbe, y la luz atravesaba la abertura. Más allá de aquel haz de luz se extendía una oscuridad absoluta, y el pánico asaltó al cimerio al darse cuenta de que sería arrastrado más allá de aquel punto de luz, de nuevo a la oscuridad desconocida.

Vio algo más: desde las cornisas hasta la superficie del agua, a intervalos regulares, se extendían unas escaleras, y justo por delante de él había una. De inmediato intentó agarrarse a ella, luchando contra la corriente que lo mantenía en el centro del canal. El agua lo arrastraba como si poseyera unas manos tangibles, animadas, resbaladizas, pero se enfrentó a la feroz marejada con la fuerza de la desesperación y se fue acercando cada vez más al borde, luchando furiosamente por cada pulgada. Al llegar a la altura de la escalera dio una brazada feroz, consiguió agarrarse al travesaño más bajo y allí se mantuvo colgado, sin aliento.

Al cabo de unos segundos se alzó con esfuerzo de las aguas bulliciosas, colgando su peso con precaución de los oxidados travesaños. Estos temblaron y se combaron, pero resistieron, y ascendió hasta la estrecha cornisa que recorría la

pared a apenas la altura de un hombre por debajo del techo abovedado. El alto cimerio se vio obligado a inclinar la cabeza al ponerse en pie. Una pesada puerta de bronce aparecía en la piedra justo a la altura de la escalera, pero no cedió a su empuje. Enfundó la espada que hasta entonces había sostenido con los dientes y escupió sangre, pues el filo le había herido los labios durante el feroz combate con el río. Después dirigió su atención al techo roto.

Alcanzaba a meter los brazos por la grieta y sujetarse al borde, y tras comprobarlo con cuidado, llegó a la conclusión de que soportaría su peso. Un instante después salía por el agujero, y se encontró en una amplia sala muy deteriorada. Casi todo el techo se había desplomado, al igual que una gran sección del suelo por encima de la bóveda del río subterráneo. Unos arcos rotos daban a otras salas y corredores, y Conan supuso que todavía estaba dentro del gran palacio. Se preguntó con inquietud cuántas estancias del lugar estaban encima de las aguas subterráneas, y cuándo podrían ceder las antiquísimas losas y baldosas y arrojarlo de nuevo a la corriente de la que acababa de escapar.

También se preguntó si la caída habría sido un accidente. ¿Las losas deterioradas habían cedido sin más bajo su peso o había una explicación más siniestra? Una cosa era evidente: no era el único ser vivo en aquel palacio. El gong no había sonado por propia iniciativa, hubiera sido o no la intención atraerlo hacia su muerte.

El silencio del palacio resultó siniestro de repente, henchido de amenaza oculta. ¿Podría haber allí alguien que tuviera las mismas intenciones que él? Recordó de repente al misterioso Bit-Yakin. ¿Sería posible que hubiera encontrado los Dientes de Gwahlur durante su larga estancia en Alkmeenon, y que sus sirvientes se los hubieran llevado con ellos al marcharse? La posibilidad de que estuviera persiguiendo un objetivo vano enfureció al cimerio.

Eligió un corredor que parecía llevarlo de vuelta a la zona del palacio por la que había entrado y se apresuró por él, pisando con cuidado al pensar en el río negro que avanzaba y bullía en algún lugar bajo sus pies.

Sus pensamientos volvían periódicamente a la cámara del oráculo y su misteriosa ocupante. En algún lugar cercano debería haber una pista sobre el misterio del tesoro, si aún seguía en su escondite inmemorial.

El gran palacio permanecía tan silencioso como siempre, perturbado tan solo por las rápidas pisadas de sus sandalias. Las salas y vestíbulos que atravesaba estaban desmoronados y en ruinas, pero a medida que avanzaba los estragos causados por el deterioro eran menos evidentes. Se preguntó por un momento cuál habría sido el propósito de las escaleras suspendidas de las cornisas del río subterráneo, pero se despreocupó del asunto con un encogimiento de hombros. No le interesaba hacer conjeturas sobre problemas de la antigüedad que no aportaban beneficios.

Inseguro de la ubicación de la cámara del oráculo respecto al lugar donde se encontraba, cruzó un arco y salió a un corredor que llevaba de vuelta al gran salón del trono. Había tomado una decisión; era inútil vagar sin objetivo por el palacio en busca del botín. Se escondería en alguna parte, esperaría la llegada de los sacerdotes de Keshan y cuando se hubieran marchado tras acabar la farsa de la consulta al oráculo los seguiría hasta el lugar donde se escondían las joyas, pues sin duda irían allí. Quizá solo se llevaran unas cuantas. Se daría por satisfecho con el resto.

Arrastrado por una fascinación morbosa, volvió a entrar en la cámara del

**oráculo y se quedó mirando la figura inmóvil de la princesa que era adorada como una diosa, hipnotizado por su fría belleza. ¿Qué secreto enigmático estaba ligado a aquella figura maravillosamente esculpida?**

**Se sobresaltó. Se quedó sin respiración y se le pusieron los pelos de punta. El cuerpo yacía tal como lo había visto la primera vez: silencioso, inmóvil, con los círculos de oro enjoyado en los pechos, las sandalias doradas y la falda de seda. Pero había una diferencia sutil. Los gráciles miembros no estaban rígidos, las mejillas mostraban un tono melocotón, los labios eran rojos...**

**Soltando una maldición horrorizada, Conan desenvainó la espada.**

**—¡Crom! ¡Está viva!**

**Al tiempo que pronunciaba esas palabras, las largas pestañas oscuras se elevaron; los ojos se abrieron y le dirigieron una mirada inescrutable, oscura, luminosa, mística. Él se quedó mirando, paralizado y sin habla.**

**La mujer se sentó con un movimiento flexible y tranquilo, manteniendo la mirada embrujadora.**

**Conan se pasó la lengua por los labios y recuperó la voz.**

**—Eres... ¿Eres Yelaya? —tartamudeó.**

**—¡Soy Yelaya! —La voz era intensa y musical, y Conan miró aún más maravillado—. No temas. No te haré daño si obedeces mi voluntad.**

**—¿Cómo puede una mujer muerta volver a la vida después de tantos siglos? —preguntó, como si dudara de lo que le decían los sentidos. En sus ojos empezó a asomar un brillo de curiosidad.**

**La mujer alzó los brazos en un gesto místico.**

**—Soy una diosa. Hace mil años descendió sobre mí la maldición de los grandes dioses, los dioses de la oscuridad más allá de los límites de la luz. La mortal que había en mí murió; la diosa que hay en mí no puede morir. Aquí he yacido durante muchos siglos, despertándome cada noche en el crepúsculo y gobernando mi corte como antaño, con espectros traídos de las sombras del pasado. ¡Si no quieres ver algo que destruirá tu alma para siempre, márchate deprisa! ¡Te lo ordeno! ¡Vete! —Su voz adquirió un tono imperioso, y su esbelto brazo se alzó y señaló.**

**Conan, los ojos convertidos en rendijas ardientes, enfundó muy despacio la espada, pero no obedeció la orden. Se acercó un paso, como impulsado por una fascinación poderosa... y sin la menor señal de aviso la sujetó con una garra de oso. La mujer lanzó un grito muy poco divino, y se oyó el sonido de la seda al rasgarse cuando le arrancó la falda con un tirón implacable.**

**—¡Diosa! ¡Ja! —Su exclamación estaba llena de desdén enfurecido. Ignoró la frenética resistencia de su cautiva—. ¡Me parecía raro que una princesa de Alkmeenon hablara con acento corintio! En cuanto se me pasó la sorpresa me di cuenta de que te había visto en algún sitio. Eres Muriela, la bailarina corintia que acompaña a Zargheba. Esa marca con forma de media luna que tienes en la cadera lo demuestra. La vi una vez que Zargheba te estaba azotando. ¡Diosa! ¡Bah! —Dio una palmada desdeñosa y resonante en la cadera traicionera, y la joven soltó un grito lastimero.**

**Había perdido todo su aire dominante. Ya no era una figura mística de la antigüedad sino una bailarina humillada y aterrorizada, como las que se podían comprar en cualquier mercado shemita. Alzó la voz y sollozó sin avergonzarse. Su captor la miró con expresión triunfal.**

**—¡Diosa! ¡Ja! Así que eras una de las mujeres con velo que Zargheba trajo de**

Keshia con él. ¿Creías que podías engañarme, pequeña idiota? Hace un año te vi en Akbitana con ese cerdo de Zargheba, y no olvido una cara... ni una figura femenina. Creo que...

Retorciéndose en la presa de Conan, Muriela le echó los esbeltos brazos al enorme cuello con el abandono del terror; las lágrimas le corrían por las mejillas, y en sus sollozos había una nota de histeria.

—¡Por favor, no me hagas daño! ¡No! ¡Tuve que hacerlo! ¡Zargheba me trajo para que actuase como oráculo!

—¡Zorrilla sacrílega! —rugió Conan—. ¿No temes a los dioses? ¡Crom! ¿Es que no queda nadie honrado?

—¡Por favor! —rogó, temblando de abyecto terror—. No podía desobedecer a Zargheba. ¿Qué iba a hacer? ¡Los dioses paganos me maldecirán!

—¿Qué crees que te harán los sacerdotes si descubren que eres una impostora? —preguntó Conan.

Ante aquel pensamiento, las piernas se negaron a sostenerla más, y se derrumbó en un amasijo incoherente. Se abrazó a las rodillas de Conan y balbuceó ruegos incoherentes de piedad y protección mezclados con protestas de inocencia y negando cualquier intención malvada. Era un cambio sustancial respecto a su pose de antigua princesa, pero no sorprendente. El miedo que la había motivado antes la derrumbaba ahora.

—¿Dónde está Zargheba? —preguntó Conan—. Deja de gimotear, maldita sea, y contéstame.

—Fuera del palacio —gimió—, esperando a los sacerdotes.

—¿Cuántos hombres lo acompañan?

—Ninguno. Ha venido solo.

—¡Ja! —Sonó como el gruñido satisfecho de un león a la caza—. Debéis de haber salido de Keshia pocas horas después que yo. ¿Trepasteis por el acantilado?

Muriela negó con la cabeza, demasiado atragantada por las lágrimas para hablar de forma coherente. Con un juramento de impaciencia, Conan la sujetó por los delgados hombros y la sacudió hasta que jadeó en busca de aliento.

—¿Quieres dejar de balbucear y contestarme? ¿Cómo habéis entrado al valle?

—Zargheba conocía la entrada secreta —jadeó—. Un sacerdote, Gwarunga, se la reveló a él y a Thutmekri. En el lado sur del valle hay un gran estanque a los pies del acantilado. Bajo la superficie, invisible a una mirada casual, está la entrada de una cueva. Nos sumergimos y entramos por allí. La superficie se eleva enseguida y la cueva cruza el acantilado. La abertura que da al valle está camuflada bajo la espesura.

—Yo trepé por los acantilados del este—murmuró Conan—. Bueno, y luego, ¿qué?

—Vinimos al palacio y Zargheba me escondió entre los árboles mientras buscaba la cámara del oráculo. Creo que no se fiaba del todo de Gwarunga. Mientras estaba sola creo que oí el sonido de un gong, pero no estuve segura. Zargheba volvió enseguida, entramos en el palacio y me trajo a esta cámara, donde la diosa Yelaya yacía en el estrado. La desnudó y me pasó la ropa y los adornos. Luego se fue a esconder el cuerpo y a vigilar la llegada de los sacerdotes. Me moría de miedo. Cuando entraste quise saltar y rogarte que me sacaras de este lugar, pero tenía miedo a Zargheba. Cuando descubriste que estaba viva, creí que podría asustarte para que te fueras.

—¿Qué ibas a decir como oráculo?

—Debía ordenar a los sacerdotes que cogieran los Dientes de Gwahlur y entregasen unos cuantos a Thutmekri como muestra de compromiso, como deseaba, y que llevaran el resto al palacio de Keshia. Tenía que decirles que una amenaza espantosa se cerniría sobre Keshan si no aceptaban la propuesta de Thutmekri. Y, ah, sí, tenía que decirles que debían desollarte vivo de inmediato.

—Thutmekri quería tener el tesoro donde él o los zembabwos pudieran echarle mano con facilidad —murmuró Conan, sin dar importancia a la parte que se refería a él—. Le arrancaré el hígado. ¿Gorulga es parte de este enredo, supongo?

—No. Cree en los dioses y es incorruptible. No sabe nada de esto y obedecerá al oráculo. Todo el plan es de Thutmekri. Al saber que los keshani consultarían el oráculo, hizo que Zargheba me trajese aquí desde la embajada de Zembabwei, cubierta de velos, y me mantuvo recluida.

—¡Que me cuelguen! —masculló Conan—. Un sacerdote que cree honradamente en su oráculo y al que no se puede sobornar. ¡Crom! Me pregunto si fue Zargheba quien hizo sonar el gong. ¿Sabía que estoy aquí? ¿Sabría de la maldita losa? ¿Dónde está ahora, muchacha?

—Se ha escondido en un bosquecillo de lotos, cerca de la antigua avenida que lleva al palacio desde los acantilados del sur —respondió Muriela. Entonces renovó sus peticiones—: ¡Oh, Conan, apiádate de mí! Este lugar antiguo y maligno me da miedo. Estoy segura de que he oído pasos sigilosos a mi alrededor. ¡Llévame contigo! Zargheba me matará cuando haya cumplido sus propósitos aquí, ¡lo sé! Los sacerdotes también me matarán si descubren el engaño.

»Zargheba es un demonio. Me compró a un tratante de esclavos que me raptó de una caravana que viajaba por el sur de Koth, y desde entonces he sido un peón en sus intrigas. ¡Aléjame de él! No puedes ser tan cruel como él. ¡No me dejes para que me maten aquí! ¡Por favor! ¡Por favor!

Estaba de rodillas, abrazada histéricamente a Conan, con el hermoso rostro manchado de lágrimas vuelto hacia él y el sedoso pelo negro flotando desordenado sobre sus blancos hombros. Conan la levantó y la sentó en su rodilla.

—Escúchame. Te protegeré de Zargheba. Los sacerdotes no descubrirán el engaño. Pero debes hacer lo que yo te diga.

Muriela derramó promesas de obediencia incondicional, abrazada al cuello robusto como buscando seguridad en el contacto.

—Bien. Cuando vengan los sacerdotes, actúa como Yelaya, tal como Zargheba planeó; será de noche, y a la luz de las antorchas no notarán la diferencia. Pero debes decirles esto: «Es la voluntad de los dioses que el estigio y sus perros shemitas sean expulsados de Keshan. Son ladrones y traidores que planean robar a los dioses. Que los Dientes de Gwahlur queden al cuidado del general Conan. Que él guíe los ejércitos de Keshan, pues es el amado de los dioses».

Muriela se estremeció y en su rostro apareció una expresión desesperada, pero asintió.

—¿Y Zargheba? ¡Me matará!

—No te preocupes por Zargheba —gruñó Conan—. Me encargaré de ese perro. Tú haz como te he dicho. Vamos, arréglate el pelo, lo tienes despeinado por los hombros y se te ha caído la joya.

Colocó la gran joya reluciente él mismo y asintió con aprobación.

—Ella sola vale por una habitación llena de esclavos. Toma, ponte la falda.

Está rota por un lado, pero los sacerdotes nunca se darán cuenta. Límpiate la cara; una diosa no llora como una chiquilla azotada. ¡Por Crom que pareces Yelaya! Cara, pelo, figura y todo lo demás. Si actúas ante los dioses tan bien como hiciste conmigo, no te costará engañarlos.

—Lo intentaré. —Tembló.

—Bien. Voy a buscar a Zargheba.

Al oír aquello, el pánico la atrapó otra vez.

—¡No! ¡No me dejes sola! ¡Este sitio está hechizado!

—Aquí no hay nada que te pueda hacer daño —le aseguró Conan con impaciencia—. Excepto Zargheba, y voy a por él. No tardaré en volver. Estaré vigilando cerca por si algo sale mal durante la ceremonia, pero si actúas correctamente, nada irá mal.

Se dio la vuelta y salió de la cámara del oráculo; a su espalda, Muriela dejó escapar un gemido miserable al verlo marchar.

Había caído el crepúsculo. Los grandes salones y vestíbulos estaban envueltos en sombras; los frisos de cobre brillaban apagados en la penumbra. Conan cruzaba los grandes salones como un fantasma silencioso, con la sensación de que desde los huecos en sombras lo observaban espectros invisibles del pasado. No era de extrañar que la muchacha estuviera nerviosa en ese entorno.

Se deslizó por los escalones de mármol como una pantera furtiva, empuñando la espada. El silencio reinaba en el valle, y sobre el borde de los acantilados parpadeaban las estrellas. Si los sacerdotes de Keshia habían entrado en el valle, ningún sonido y ningún movimiento de la vegetación los traicionaban. Conan distinguió la antigua avenida de losas quebradas que se dirigía hacia el sur, perdida entre grupos de matorrales y arbustos de hojas gruesas. La siguió con cautela caminando por el borde del pavimento, donde las sombras de los arbustos eran más densas, hasta que por delante de él distinguió vagamente en la penumbra el grupo de árboles de loto, aquella extraña planta exclusiva de las tierras negras de Kush. Según Muriela, allí era donde Zargheba estaría acechando. Conan se convirtió en el sigilo personificado. Se mezcló con la espesura como una sombra calzada de terciopelo.

Se acercó al grupo de lotos dando un rodeo, y ni el rumor de las hojas traicionaba su paso. Se detuvo de súbito en la linde de la arboleda, agazapado como una pantera desconfiada entre los espesos matorrales. Delante de él, entre las densas hojas, aparecía un óvalo pálido, difuso en aquella luz incierta. Podría haber sido una de las grandes flores blancas que relucían entre las ramas, pero Conan sabía que era la cara de un hombre. Y estaba vuelta hacia él. Se hundió rápidamente a más profundidad en las sombras. ¿Lo habría visto Zargheba? Miraba directamente hacia él. Pasaron los segundos. El tenue rostro no se había movido. Conan podía distinguir el mechón oscuro de la corta barba negra.

De repente, fue consciente de algo antinatural. Sabía que Zargheba no era alto. Completamente erguido, su cabeza apenas le llegaría al cimerio a los hombros, pero aquella cara estaba al nivel de la suya. ¿Estaría subido encima de algo? Se inclinó y dirigió la mirada al suelo, al punto justo debajo de la cara, pero la maleza y los gruesos troncos de los árboles le bloqueaban la visión. Vio algo más, y se tensó. Por un hueco en la espesura vio el tronco del árbol bajo el cual, aparentemente, estaba de pie Zargheba. La cara estaba directamente en la línea del árbol. Bajo ella no debería ver el tronco, sino el cuerpo del shemita. Pero no había ningún cuerpo allí.

Tenso como un tigre que acecha una presa, Conan penetró más en la espesura, y un momento después apartó una rama cargada de hojas y miró aquel rostro que no se había movido. Ni se volvería a mover jamás por voluntad propia. Estaba contemplando la cabeza cortada de Zargheba, colgada de la rama del árbol por su larga melena negra.

## 3
## El regreso del oráculo

Conan giró veloz sobre los talones y escrutó las sombras con mirada feroz. No había rastro del cuerpo del hombre asesinado; pero se veía que la hierba espesa y alta había sido pisoteada y aplastada y el césped había quedado oscurecido y húmedo. Conan se irguió, conteniendo la respiración, y se concentró en escuchar en el silencio. Los árboles y arbustos con las grandes flores pálidas se alzaban oscuros, inmóviles y siniestros, recortados contra la oscuridad creciente del crepúsculo.

Miedos primitivos susurraron al fondo de su. ¿Era obra de los sacerdotes de Keshan? Y si era así, ¿dónde estaban? ¿Había sido Zargheba quien había golpeado el gong? De nuevo recordó a Bit-Yakin y a sus misteriosos sirvientes. Bit-Yakin estaba muerto, reducido a un amasijo de piel arrugada y encajado en su cripta hueca para saludar eternamente al sol naciente. Pero de sus sirvientes no se sabía nada. No había pruebas de que jamás hubieran abandonado el valle.

Pensó en la muchacha, Muriela, sola y sin protección en el gran palacio sombrío. Giró sobre los talones y echó a correr por la avenida en sombras como correría una pantera desconfiada: preparado incluso en plena marcha para girar a derecha o izquierda y lanzar golpes letales.

El palacio se alzaba entre los árboles, y Conan vio algo más: el resplandor del fuego que arrancaba reflejos rojos del mármol pulido. Se fundió con los arbustos que bordeaban la avenida en ruinas y se deslizó por la espesura hasta llegar al límite con el espacio abierto ante el pórtico. Oyó voces; vio el brillo de las antorchas oscilantes reflejado en hombros de ébano. Los sacerdotes de Keshan habían llegado.

No habían recorrido la amplia avenida como Zargheba había esperado que hicieran. Obviamente, había más de una entrada secreta al valle de Alkmeenon.

Ocupaban los anchos escalones de mármol, sosteniendo las antorchas en alto. Encabezando el desfile vio a Gorulga, su perfil cobrizo recortado por el brillo de una antorcha. Los demás eran acólitos: gigantescos negros con la piel iluminada por las antorchas. Al final de la procesión caminaba un inmenso negro de semblante inusualmente malévolo, y al verlo, Conan soltó un gruñido. Era Gwarunga, el que según Muriela era el hombre que había revelado a Zargheba el secreto de la entrada del estanque. Conan se preguntó hasta qué punto estaba mezclado en las intrigas del estigio.

Corrió hacia el pórtico, rodeando el espacio abierto para mantenerse entre las sombras. No habían dejado guardias en la entrada. Las antorchas avanzaban con seguridad por el largo vestíbulo oscuro. Antes de que llegaran a la puerta doble del otro extremo, Conan había subido los escalones de la entrada y estaba en el vestíbulo, tras ellos. Escurriéndose con agilidad junto a la pared flanqueada de columnas llegó a la puerta cuando los otros entraban en el gran salón del trono,

con las antorchas haciendo retroceder las sombras. No miraron atrás. En fila de uno, balanceando las plumas de avestruz, con las túnicas de piel de leopardo ofreciendo un extraño contraste con el marfil y los arabescos de metal del vetusto palacio, recorrieron la amplia sala y se detuvieron ante la puerta dorada a la izquierda de la tarima del trono.

La voz de Gorulga atronó siniestramente en el gran espacio vacío, formando frases sonoras que el oyente agazapado no consiguió entender. El sumo sacerdote empujó la puerta dorada y entró, inclinándose hasta la cintura repetidas veces. Detrás de él, las antorchas descendieron y se alzaron soltando lenguas de llamas mientras los adoradores imitaban a su amo. La puerta de oro se cerró tras ellos, cortando el paso al sonido y a la luz, y Conan atravesó corriendo el salón del trono y entró en la alcoba de detrás. Hizo menos ruido que una brisa que cruzara la estancia.

Minúsculos rayos de luz atravesaron las aberturas de la pared cuando el cimerio abrió el panel secreto. Se deslizó en el nicho y miró a través. Muriela estaba sentada erguida en el estrado, los brazos cruzados, la cabeza echada hacia atrás y apoyada en la pared, a poca distancia de los ojos de Conan, que podía captar el delicado perfume de su pelo esponjoso. No podía verle la cara, por supuesto, pero su actitud era como si tuviera la mirada perdida en algún meandro lejano del espacio, por encima y más allá de las cabezas afeitadas de los gigantes negros que se arrodillaban ante ella. Conan sonrió aprobadoramente. «La zorrilla es toda una actriz», se dijo. Sabía que debía de estar temblando de terror, pero no mostraba señal alguna. A la luz incierta de las antorchas parecía exactamente la diosa que había visto yaciendo en aquel mismo estrado, si uno pudiera imaginarse a aquella diosa imbuida de vitalidad vibrante.

Gorulga entonaba con voz profunda un cántico en un acento que Conan no identificó, y que probablemente era alguna invocación en la antigua lengua de Alkmeenon, transmitida de generación en generación por los sumos sacerdotes. Parecía interminable. Conan se fue inquietando. Cuanto más durara aquello, más aterrorizada y tensa estaría Muriela. Si se desmoronaba... Preparó la espada y el puñal. No iba a permitir que fuera torturada y asesinada por negros.

Pero el cántico, profundo, grave e indescriptiblemente ominoso, concluyó por fin, y un grito de aclamación de los acólitos marcó su término. Alzando la cabeza y estirando los brazos hacia la silenciosa figura del estrado, Gorulga clamó en la profunda y resonante voz que era el atributo natural del sacerdote keshani:

—¡Oh, gran diosa, moradora en la grandeza de la oscuridad, deja que tu corazón se funda, que tus labios se abran para los oídos de tus esclavos, cuya cabeza se apoya en el polvo a tus pies! ¡Habla, gran diosa del valle sagrado! Conoces los senderos que se abren ante nosotros; la oscuridad que nos ciega es como la luz del sol de mediodía para ti. ¡Baña con el resplandor de tu sabiduría el camino de tus siervos! Dinos, oh, voz de los dioses: ¿cuál es su voluntad en cuanto a Thutmekri el estigio?

La melena bruñida recogida sobre la cabeza que atrapaba la luz de las antorchas en reflejos de bronce apagado tembló ligeramente. Un impetuoso suspiro se alzó de las gargantas negras, mitad asombro, mitad miedo. La voz de Muriela llegó con claridad a los oídos de Conan en el silencio expectante, y parecía fría, distante e impersonal, aunque Conan se encogió al notar el acento corintio.

—¡Es la voluntad de los dioses que el estigio y sus perros shemitas sean

expulsados de Keshan! —Estaba repitiendo las palabras exactas de Conan—. Son ladrones y traidores que planean robar a los dioses. Que los Dientes de Gwahlur queden al cuidado del general Conan. ¡Que él guíe los ejércitos de Keshan, pues es el amado de los dioses!

Le tembló levemente la voz al llegar al final, y Conan empezó a sudar, pensando que estaba cerca el sufrir un colapso histérico. Pero los negros no se dieron cuenta, igual que no habían notado el acento corintio, que les era desconocido. Unieron despacio las palmas de las manos y un murmullo de maravilla y asombro se alzó del grupo. Los ojos de Gorulga brillaron con fanatismo a la luz de las antorchas.

—¡Yelaya ha hablado! —gritó con voz exaltada—. ¡Es la voluntad de los dioses! Mucho tiempo atrás, en los días de nuestros antepasados, fueron declaradas tabú y ocultas siguiendo las órdenes de los dioses, quienes las arrancaron de las espantosas fauces de Gwahlur, el rey de la oscuridad, cuando nació el mundo. Por orden de los dioses, los Dientes de Gwahlur fueron ocultados; por orden de los dioses saldrán a la luz de nuevo. ¡Oh, diosa nacida de las estrellas, concédenos tu venia para marchar al escondite secreto de los Dientes, para entregárselos al amado de los dioses!

—¡Tenéis mi permiso para marchar! —respondió la falsa diosa, despachándolos con un gesto imperioso que hizo sonreír a Conan de nuevo, y los sacerdotes retrocedieron, plumas de avestruz y antorchas elevándose y descendiendo al ritmo de sus genuflexiones.

La puerta se cerró. Con un gemido, la diosa se derrumbó sin fuerzas en el estrado.

—¡Conan! —gimió débilmente—. ¡Conan!

—¡Shhh! —siseó él por las aberturas; se giró, salió del nicho y cerró el panel. Una ojeada por la jamba de la puerta tallada le mostró las antorchas alejándose por el gran salón del trono, aunque notó un resplandor que no procedía de las antorchas. Se sobresaltó, pero el misterio quedó resuelto de inmediato: la luna había salido y su luz atravesaba la cúpula perforada, y algún ingenioso trabajo de artesanía la intensificaba. La cúpula resplandeciente de Alkmeenon no era una fábula, entonces. Quizá su interior estaba construido con el curioso cristal llameante que solo se encontraba en las montañas de los países negros. La luz bañó el salón del trono y penetró en las estancias unidas a este.

Pero mientras Conan se disponía a cruzar la puerta que daba al salón del trono, un sonido que parecía provenir del pasadizo que salía de la alcoba atrajo su atención. Se agachó en la boca del pasadizo y escrutó el interior, recordando el resonar del gong que había llegado por allí y lo había llevado hasta una trampa. La luz de la cúpula penetraba muy poca distancia en el estrecho corredor, y solo le mostraba espacio vacío. Pero habría jurado que había oído unos pasos furtivos en algún lugar más adentro.

Mientras vacilaba, lo enervó el grito ahogado de una mujer detrás de él. Al salir de un salto por la puerta de detrás del trono, se encontró con un espectáculo inesperado a la luz del cristal.

Las antorchas de los sacerdotes habían abandonado ya el gran vestíbulo exterior, pero aún quedaba un sacerdote en el palacio: Gwarunga. La furia crispaba sus rasgos malévolos, y sujetaba a la aterrorizada Muriela por el cuello, ahogando sus intentos de gritar y rogar y sacudiéndola brutalmente.

—¡Traidora! —La voz siseó como una cobra entre los gruesos labios rojos—.

¿A qué estás jugando? ¿No te dijo Zargheba qué tenías que decir? ¡Sí, Thutmekri me lo contó! ¿Estás traicionando a tu amo, o él está traicionando a sus amigos usándote a ti? ¡Zorra! Te arrancaré esa cabeza mentirosa, pero primero...

Los ojos encantadores de la cautiva se abrieron ampliamente mientras miraba por encima de los hombros del inmenso negro, y aquello lo alertó. La soltó y giró sobre los talones justo cuando la espada de Conan golpeaba. El impacto lo hizo caer de espaldas en el suelo de mármol, donde yació temblando mientras la sangre manaba de una gran brecha en el cráneo.

Conan se acercó a él para rematar la faena, pues sabía que el movimiento súbito del negro había hecho que la hoja golpease con el lado plano, pero Muriela lo rodeó convulsamente con los brazos.

—¡He hecho lo que me ordenaste! —jadeó histéricamente—. ¡Sácame de aquí! ¡Oh, por favor, sácame de aquí!

—No podemos irnos todavía —gruñó él—. Quiero seguir a los sacerdotes y ver de dónde sacan las joyas. Puede que haya más botín escondido allí. Pero puedes venir conmigo. ¿Dónde está la gema que llevabas en el pelo?

—Debe de habérseme caído en el estrado —tartamudeó, tanteándose el pelo —. Estaba tan asustada... Cuando los sacerdotes se marcharon, salí corriendo a buscarte, pero este gran bruto se había quedado atrás, y me atrapó...

—Bueno, vete a buscarla mientras me encargo de estos despojos —le ordenó Conan—. ¡Vamos! Esa gema vale una fortuna por sí misma.

Muriela vaciló, como si le repugnase volver a entrar en esa cámara misteriosa; luego, mientras Conan cogía a Gwarunga por el cinturón y lo arrastraba hacia la alcoba, se volvió y entró en la sala del oráculo.

Conan arrojó al suelo al negro inconsciente y levantó la espada. El cimerio había vivido demasiado tiempo en las tierras salvajes del mundo para albergar fantasías sobre la piedad. El único enemigo inofensivo era el enemigo decapitado. Pero antes de que pudiera golpear, un grito agudo hizo vibrar el arma alzada. Venía de la cámara del oráculo.

—¡Conan! ¡Conan! ¡Ha vuelto! —El alarido terminó con un gorgoteo y un ruido de arrastre.

Lanzando un juramento, Conan echó a correr fuera de la alcoba y a través del salón del trono, y entró en la cámara del oráculo casi antes de que cesara el grito. Allí se detuvo, observando asombrado. A todos los efectos parecía que Muriela estuviera plácidamente acostada en el estrado, con los ojos cerrados, dormitando.

—¿Qué infiernos estás haciendo? —preguntó con voz acre—. No es momento de andar con bromas...

La frase se quedó en el aire. Su mirada recorrió el muslo marfileño moldeado por la ajustada falda de seda. Aquella falda debería estar rota desde la cintura hasta el borde. Lo sabía porque había sido su propia mano la que la desgarró cuando arrancó la prenda sin contemplaciones del cuerpo estremecido de la bailarina. Pero aquella falda estaba intacta. Un solo paso lo llevó junto al estrado, y puso la mano en el cuerpo de marfil...para apartarla como si hubiera tocado hierro al rojo en vez de la fría inmovilidad de la muerte.

—¡Crom! —murmuró, los ojos convertidos súbitamente en rendijas de fuego—. ¡No es Muriela! ¡Es Yelaya!

Entonces comprendió el grito frenético que había brotado de los labios de Muriela cuando entró en la cámara. La diosa había regresado. Zargheba había

desnudado el cuerpo para vestir a la impostora, pero en aquel momento volvía a estar cubierta de seda y joyas tal como Conan la había visto por primera vez. Un extraño hormigueo le recorrió el cuero cabelludo.

—¡Muriela! —gritó de repente—. ¡Muriela! ¿Dónde diablos estás?

Las paredes, burlonas, le devolvieron el eco de su voz. La estancia no tenía más entrada visible que la puerta de oro, y nadie podía haber entrado o salido sin que él se hubiera dado cuenta. Una cosa era indiscutible: Yelaya había sido devuelta al estrado en los escasos minutos transcurridos desde que Muriela había salido de la cámara y Gwarunga la había atrapado; aún le pitaban los oídos con los ecos del grito de Muriela, pero la chica corintia se había desvanecido en el aire. Sólo había una explicación, si rechazaba las conjeturas sombrías que sugerían lo sobrenatural: en algún lugar de la cámara había una puerta secreta. Y en el mismo momento en que la idea le pasaba por la cabeza, la vio.

En lo que había parecido una lámina de mármol sólido, distinguió una fina ranura perpendicular, y en la ranura colgaba un trozo de seda. Al instante se inclinó sobre él. El retal pertenecía a la falda desgarrada de Muriela. La implicación era inconfundible: lo había atrapado la puerta al cerrarse mientras arrastraban a la joven por la abertura cualesquiera que fueran sus macabros captores. El fragmento de tela había impedido que la puerta se ajustara a la perfección en su marco.

Conan introdujo en la ranura la punta del puñal e hizo palanca con el musculoso antebrazo. La hoja se dobló, pero estaba forjada con el irrompible acero akbitano. La puerta de mármol se abrió. La espada de Conan ya estaba alzada cuando el cimerio se asomó a la abertura, pero no vio señales de amenazas. La luz que se filtraba en la cámara del oráculo reveló unos pocos escalones tallados en el mármol. Conan abrió la puerta del todo y encajó el puñal en una grieta del suelo para mantenerla abierta. Después bajó los escalones sin vacilar. No vio ni oyó nada. Una docena de escalones más abajo, la escalera terminaba en un estrecho corredor que se adentraba recto en la oscuridad.

Se detuvo de repente, inmóvil como una estatua al pie de la escalera, contemplando las pinturas que adornaban las paredes, apenas visibles en la escasa luz que se filtraba desde el exterior. El estilo era indudablemente pelishti; había visto frescos de idénticas características en los muros de Asgalún. Pero las escenas representadas no tenían relación con nada que fuera pelishti, salvo por una figura humana que aparecía a menudo: un anciano delgado de barba blanca cuyas características raciales eran inconfundibles. Parecían representar diversas secciones del palacio de más arriba. Varias escenas mostraban una cámara que reconoció como la del oráculo, con la figura de Yelaya tendida en el estrado de marfil y un gran negro arrodillado ante este. Al pie del muro, en el nicho, se agazapaba el viejo pelishti. Había también otras figuras que recorrían el palacio desierto, cumpliendo las órdenes del pelishti, y sacaban cosas innombrables del río subterráneo. En los escasos segundos que Conan permaneció inmóvil, frases del manuscrito antes incomprensibles destellaron en su cerebro con escalofriante claridad. Los cabos sueltos encajaron en su lugar. El misterio de Bit-Yakin había dejado de ser un misterio, igual que el enigma de los sirvientes de Bit-Yakin.

Conan se giró y escrutó la oscuridad, con un dedo gélido recorriéndole la columna vertebral. Avanzó después sin vacilar por el corredor, silencioso como un gato, adentrándose cada vez más en la oscuridad conforme se alejaba de la escalera. En el aire flotaba pesadamente el olor que había captado en el patio del

gong.

Ya en la oscuridad absoluta, oyó un sonido delante de él: el roce de pies descalzos o el de la seda contra la piedra, no podía distinguirlo bien. Un instante después, su mano extendida topó con una barrera que identificó como una enorme puerta de metal tallado. La empujó sin éxito, y la punta de su espada buscó en vano una grieta. Encajaba en el marco y las jambas como si la hubieran moldeado allí. Aplicó todas sus fuerzas; los pies clavados en el suelo, las venas de las sienes hinchadas. Era inútil, una carga de elefantes apenas habría hecho temblar aquel portal titánico.

Apoyado en la puerta, captó un sonido al otro lado que sus oídos identificaron de inmediato: un crujido de hierro oxidado, como una palanca rozando su ranura. La acción siguió instintivamente al reconocimiento, de forma tan espontánea que sonido, impulso y acto fueron prácticamente simultáneos. Mientras su salto prodigioso lo impulsaba hacia atrás, se oyó el rumor de una gran masa en lo alto, y un choque atronador llenó el túnel de vibraciones ensordecedoras. Lo golpearon algunas esquirlas al vuelo; un gran bloque de piedra, lo supo por el sonido, había caído en el punto que acababa de abandonar. Si el pensamiento o el salto hubieran sido una fracción de segundo más lentos, lo habría aplastado como una hormiga.

Retrocedió. En algún lugar al otro lado de aquella puerta de metal, Muriela estaba cautiva, si aún seguía con vida. Pero no podía atravesar esa puerta, y si se quedaba en el túnel podría caer otra roca, y la próxima vez quizá no sería tan afortunado. A la muchacha no le serviría de ninguna ayuda que acabase convertido en un amasijo de pulpa. Tenía que volver al nivel superior y buscar otro camino.

Se giró y corrió hacia la escalera, suspirando al emerger a la zona comparativamente mejor iluminada. Algo bloqueó la luz cuando pisó el primer escalón y la puerta de mármol se cerró por encima de él con una reverberación resonante.

Algo parecido al pánico hizo presa en el cimerio en aquel momento, atrapado en aquel túnel negro. Subió a la escalera, giró sobre los talones, alzó la espada y dirigió una mirada asesina a la oscuridad que se extendía ante él, esperando la carga de unos asaltantes demoníacos. Pero no oyó ni vio nada en el túnel. ¿Acaso creían los hombres al otro lado de la puerta, si es que eran hombres, que se habían librado de él con la roca caída, que indudablemente había sido liberada por algún tipo de mecanismo?

Pero en ese caso, ¿por qué habían cerrado la puerta superior? Conan abandonó las conjeturas y subió la escalera a tientas, con el vello erizado, esperando a cada paso sentir un cuchillo en la espalda, anhelando ahogar el conato de pánico en un estallido bárbaro de derramamiento de sangre.

Empujó la puerta superior y maldijo enérgicamente al descubrir que no cedía ante sus esfuerzos. Al levantar la espada con la mano derecha para picar el mármol, su mano izquierda tropezó con un pestillo de metal que sin duda se había deslizado en su lugar al cerrarse la puerta. Descorrió el pestillo, y la puerta cedió cuando volvió a empujar. Entró de un salto en la cámara como una rugiente encarnación de la furia, con los ojos convertidos en rendijas y un deseo salvaje de encontrarse con el enemigo que lo estaba acosando.

El puñal había desaparecido del suelo. La cámara estaba vacía, y también el estrado. Yelaya había vuelto a desvanecerse.

—¡Por Crom! —masculló el cimerio—. ¿Acaso está viva, después de todo?

Salió al salón del trono, desconcertado. Asaltado por una idea repentina, pasó por detrás del trono y se asomó a la alcoba. Había sangre en el mármol pulido donde había arrojado el cuerpo de Gwarunga, y eso era todo. El negro se había desvanecido tan completamente como Yelaya.

## 4
## Los dientes de Gwahlur

La rabia y la frustración confundían el cerebro de Conan el cimerio. No tenía más idea de cómo buscar a Muriela que la que tenía antes de cómo buscar los dientes de Gwahlur. Lo único que se le ocurrió fue seguir a los sacerdotes. Quizá en el escondrijo del tesoro encontrase alguna pista. Era una posibilidad muy débil, pero era mejor que vagar sin objetivo.

Mientras se apresuraba por el gran vestíbulo en penumbra que llevaba al pórtico, medio esperó que las sombras acechantes cobraran vida ante él armadas con colmillos y garras. Pero su única compañía bajo la luna cuya luz salpicaba el mármol reluciente fue el latido de su acelerado corazón.

Al pie de los anchos escalones escudriñó al resplandor de la luna en busca de alguna pista que le indicase la dirección en que debía ir. La encontró; varios pétalos esparcidos por la hierba le señalaron el lugar donde un brazo o una prenda había rozado una rama cargada de flores. La hierba estaba aplastada por el paso de pies pesados. Para alguien que había rastreado lobos en sus montañas natales era un juego de niños seguir el camino de los sacerdotes keshani.

El rastro lo alejó del palacio. Atravesó setos apelotonados en los que grandes flores pálidas abrían los pétalos temblorosos y esparcían un perfume exótico y verdes arbustos enredados que desprendían flores al tocarlos. Al fin llegó a un gran saliente de piedra que despuntaba de los acantilados como el castillo de un titán, en el punto más cercano al palacio, aunque quedaba casi oculto a la vista por enredaderas entrelazadas. Estaba claro que el sacerdote charlatán de Keshia se había equivocado al decir que los Dientes estaban escondidos en el palacio. Aquella pista lo había llevado lejos del lugar donde había desaparecido Muriela, pero estaba cada vez más seguro de que todo el valle estaba conectado con el palacio mediante túneles subterráneos.

Agachado en las sombras de terciopelo negro de los arbustos, estudió el gran saliente de roca que destacaba orgullosamente a la luz de la luna. Estaba cubierto de grabados extraños y grotescos, que representaban hombres, animales y criaturas semibestiales que podían haber sido dioses o demonios. El estilo de los grabados era tan sorprendentemente distinto del que se veía en el resto del valle que Conan se preguntó si no pertenecería a una era y una raza diferentes, si sería una reliquia de un tiempo perdido y olvidado del remotísimo pasado que las gentes de Alkmeenon habían encontrado cuando entraron en aquel valle hechizado.

En la roca vertical del acantilado se abría una puerta, alrededor de la que habían tallado una gigantesca cabeza de dragón, de forma que la puerta semejaba sus fauces. La puerta en sí era de bronce labrado y parecía pesar varias toneladas. Conan no alcanzaba a ver ninguna cerradura, pero una serie de pestillos que asomaban a lo largo del borde del masivo portal, que ahora estaba abierto, le indicaron que existía algún sistema para correrlos y descorrerlos que sin duda solo

conocían los sacerdotes de Keshan.

La pista indicaba que Gorulga y sus acólitos habían cruzado aquella puerta. Pero Conan vaciló. Si esperaba a que salieran vería cómo cerraban la puerta ante sus narices, y quizá no fuera capaz de resolver el misterio de su apertura. Por otro lado, si entraba tras ellos, quizá salieran y lo encerraran en la caverna.

Arrojando a un lado la cautela, se deslizó por el gran portal. En alguna parte de la caverna estaban los sacerdotes, los Dientes de Gwahlur y quizá una pista sobre el destino de Muriela. El riesgo personal jamás lo había disuadido de ningún propósito.

La luz de la luna iluminaba durante algunos pasos el amplio túnel donde se encontraba. En algún lugar por delante de él distinguió un resplandor débil y oyó el eco de un cántico extraño. Los sacerdotes no estaban tan lejos como había pensado. El túnel desembocaba en una amplia estancia antes de que desapareciera la luz de la luna; una caverna vacía de dimensiones reducidas pero con un alto techo abovedado en el que brillaban incrustaciones fosforescentes, lo que, por lo que Conan sabía, era un fenómeno corriente en aquella parte del mundo. Creaban una penumbra fantasmal, en la que fue capaz de ver una imagen bestial acuclillada sobre un altar y las bocas negras de seis o siete túneles que salían de la cámara. En el más ancho de ellos, el que estaba directamente detrás de la imagen agachada que miraba hacia el pasadizo exterior, distinguió el brillo de antorchas oscilantes, distinto a la luz fija del resplandor fosforescente, y oyó que el cántico aumentaba su volumen.

Entró en el túnel sin pararse a pensar en las consecuencias y se encontró en una caverna más grande que la que acababa de abandonar. Allí no había fosforescencia, pero la luz de las antorchas caía sobre un altar más grande en el que estaba agachado otro dios de aspecto más obsceno y repulsivo aún, con forma de sapo. Ante aquella repugnante deidad se arrodillaron Gorulga y los acólitos, y se inclinaron hasta tocar el suelo con la frente sin interrumpir su cántico monocorde. Conan entendió por qué su avance había sido tan lento. Sin duda acercarse a la cripta secreta que guardaba los Dientes requería un ritual complicado y elaborado.

Esperó con nerviosa impaciencia hasta que terminaron los cánticos y las reverencias, y acto seguido se levantó y entró en el túnel que se abría detrás del ídolo. Las antorchas se alejaron en la bóveda oscura y Conan las siguió con rapidez. No corría mucho peligro de que lo descubrieran. Se deslizaba por las sombras como una criatura de la noche, y los sacerdotes estaban concentrados por completo en su pantomima ceremonial. Al parecer, ni siquiera habían notado la ausencia de Gwarunga.

Salieron a otra caverna de dimensiones colosales, por cuyas paredes curvadas corrían filas de cornisas dispuestas como gradas, y empezaron de nuevo su ceremonia ante un altar que era aún más grande y un dios más espantoso que ninguno de los encontrados hasta aquel momento.

Conan se agachó en la boca negra del túnel y observó las paredes que reflejaban el escabroso resplandor de las antorchas. vio una escalera tallada en la piedra que ascendía de un nivel a otro de las cornisas. El techo se perdía en la oscuridad.

Se sobresaltó violentamente, a la vez que el cántico se interrumpía y los negros arrodillados volvían la cabeza. Una voz inhumana resonó desde muy alto por encima de ellos. Se quedaron paralizados, de rodillas, con las caras vueltas

hacia arriba teñidas de un tono azul espectral en el súbito resplandor de una luz extraña que estalló cegadoramente, cerca del elevado techo, y después ardió con un brillo pulsante. El resplandor iluminó una de las cornisas y el sumo sacerdote lanzó un grito, que sus acólitos repitieron estremecidos. El estallido de luz había mostrado fugazmente una delgada figura blanca de pie y muy erguida, envuelta en un brillo de sedas y destellos de oro con joyas incrustadas. Entonces el resplandor se redujo a una luminosidad pulsante en la cual no se distinguían los detalles, y la esbelta figura se convirtió en un borrón ondulante de marfil.

—¡Yelaya! —gritó Gorulga, con sus rasgos morenos del color de la ceniza—. ¿Por qué nos has seguido? ¿Qué deseas?

Una voz inhumana descendió desde el techo y el eco de la bóveda la amplificó y la alteró hasta que fue irreconocible.

—¡Desdicha para los incrédulos! ¡Desdicha para los falsos hijos de Keshia! ¡Perdición para los que reniegan de su deidad!

Los sacerdotes lanzaron un grito de horror. Gorulga parecía un buitre conmocionado a la luz de las antorchas.

—¡No comprendo! —balbuceó—. somos fieles. En la cámara del oráculo dijiste...

—¡No hagáis caso de lo que oísteis en la cámara del oráculo! —resonó la voz terrible, multiplicada hasta que pareció que una miríada de voces atronaba y murmuraba la misma advertencia—. ¡Guardaos de los falsos profetas y los falsos dioses! Un demonio con mi apariencia os habló en el palacio y dictó falsas profecías. ¡Ahora, escuchad y obedeced, pues solo yo soy la auténtica diosa y os daré una oportunidad para salvaros de la perdición!

»Tomad los Dientes de Gwahlur de la cripta donde fueran guardados tanto tiempo atrás. Alkmeenon ya no es sagrado, pues ha sido profanado por blasfemos. Entregad los Dientes de Gwahlur en las manos de Thutmekri, el estigio, para que los guarde en el santuario de Dagon y Derketo. Solo esto puede salvar a Keshan del desastre que han planeado los demonios de la noche. Tomad los Dientes de Gwahlur y marchad; volved de inmediato a Keshia; allí, entregad las joyas a Thutmekri, y capturad al diablo extranjero llamado Conan y desolladlo vivo en la gran plaza.

No hubo vacilaciones al obedecer. Parloteando llenos de miedo, los sacerdotes se dispersaron y corrieron hacia la puerta que se abría tras el dios bestial. Gorulga encabezaba la carrera. Por un instante se atascaron en la entrada, gritando cuando las antorchas oscilantes tocaban cuerpos negros que se retorcían. Pero acabaron por pasar y el sonido de las pisadas a la carrera se perdió por el túnel.

Conan no los siguió. Lo consumía un deseo feroz de averiguar la verdad sobre aquel asunto fantástico. ¿Era realmente Yelaya, como le decía el sudor frío del dorso de las manos, o aquella zorrilla de Muriela había resultado ser una traidora después de todo? Si era...

Antes de que la última antorcha hubiera desaparecido por el túnel, Conan ya corría vengativamente por la escalera de piedra. El resplandor azul se estaba apagando, pero aún distinguía la figura de marfil de pie e inmóvil en la cornisa. Al acercarse se le heló la sangre, pero no vaciló. Llegó con la espada alzada y se irguió como una amenaza de muerte sobre aquella forma inescrutable.

—¡Yelaya! —masculló—. ¡Muerta como ha estado durante mil años! ¡Ja!

Por la negra boca de un túnel que tenía detrás embistió una forma oscura. Pero el roce repentino y mortal de unos pies descalzos había llegado a los

aguzados oídos del cimerio, que giró como un gato y esquivó el golpe asesino dirigido a su espalda. Cuando el brillo del acero en una mano oscura siseó junto a él, golpeó con la furia de una pitón enroscada, y su larga espada recta empaló al atacante y asomó un palmo y medio entre los hombros.

—¡Vaya! —Conan liberó la espada mientras la víctima caía retorciéndose al suelo, jadeando y gorgoteando. El hombre se estremeció un instante y luego se quedó rígido. A la luz mortecina, Conan vio un cuerpo negro y unos rasgos de ébano, repugnantes bajo el resplandor azul. Había matado a Gwarunga.

Conan se apartó del cadáver y se volvió hacia la diosa. Unas tiras de cuero le rodeaban las rodillas y el pecho y la mantenían erguida contra una columna de piedra, y el pelo negro, atado a la columna, le sostenía la cabeza. A pocos pasos de distancia, las ligaduras eran invisibles en aquella luz incierta.

—Debió de recuperar la consciencia después de que yo bajara al túnel —musitó Conan—. Debió de sospechar que yo estaba allí, así que desclavó el puñal —Conan se agachó y arrancó el arma de entre los dedos rígidos, la miró y se la guardó en la funda— y cerró la puerta. Entonces trajo aquí a Yelaya para engañar a los idiotas de sus hermanos. El que gritó antes era él. Era imposible reconocer la voz bajo los ecos de este techo. Y la llamarada azul... Ya me parecía conocida. Un truco de los sacerdotes estigios. Thutmekri debió de ponerlo en manos de Gwarunga.

No debía de haberle costado llegar a aquella cueva antes que sus compañeros. Estaba claro que conocía la distribución de las cavernas, bien por haberlas oído describir, bien por mapas entregados a los sacerdotes, y había entrado después de los otros, cargado con el cuerpo de la diosa; había seguido alguna ruta tortuosa por túneles y cámaras y se había escondido en la cornisa junto con su carga mientras Gorulga y los acólitos se entretenían con los interminables rituales.

El resplandor azul se había apagado, pero Conan era ahora consciente de otro brillo que emanaba de la boca de uno de los corredores que daba a la cornisa. Reconoció el brillo débil y constante y supuso que más adelante en el pasadizo había otro campo de fósforo. El corredor iba en la misma dirección que habían seguido los sacerdotes, y decidió seguirlo en vez de descender en la oscuridad a la gran caverna de abajo. Sin duda estaría conectado con otra galería en alguna otra cámara, que podía ser el destino de los sacerdotes. Lo recorrió deprisa, y a cada paso la iluminación iba ganando en intensidad, hasta que pudo distinguir las paredes y el suelo del túnel. Por delante de él y más abajo podía oír los cánticos de los sacerdotes.

De repente, en la pared de la izquierda vio una puerta perfilada por la luz fosforosa, y a sus oídos llegó el sonido de unos sollozos suaves y nerviosos. Giró sobre los talones y se asomó.

Estaba mirando de nuevo una cámara tallada en la roca sólida, no una caverna natural como las demás. El techo abovedado brillaba fosforescente, y las paredes estaban cubiertas casi por completo con arabescos de oro fundido.

Cerca de la pared del fondo, en un trono de granito, mirando eternamente hacia la puerta arqueada, se sentaba el monstruoso y obsceno Pteor, el dios de los pelishti, forjado en bronce, con los atributos exagerados que reflejaban la zafiedad de su culto. En su regazo yacía una figura blanca desmadejada.

—¡Que me cuelguen! —murmuró Conan.

Echó una ojeada desconfiada por la cámara, y al no ver más entradas ni señales de más ocupantes, avanzó en silencio con la vista clavada en la muchacha

cuyos delicados hombros se agitaban a causa de aquellos sollozos de abyecta desdicha, la cara hundida entre las manos. De unas gruesas bandas de oro en los brazos del ídolo salían unas estrechas cadenas doradas que las unían a otras bandas más pequeñas en las muñecas de la mujer. Le puso una mano en el hombro desnudo y ella se sobresaltó convulsamente, gritó y giró hacia él la cara manchada de lágrimas.

—¡Conan!

Realizó un esfuerzo espasmódico para abrazarse como hacía siempre, pero las cadenas se lo impidieron. Conan cortó el oro blando tan cerca de las muñecas de ella como pudo.

—Tendrás que llevar estos brazaletes hasta que encuentre un cincel o una lima —gruñó—. ¡Suéltame, maldita sea! Las actrices sois demasiado emocionales. ¿Qué te pasó?

—Cuando volví a la cámara del oráculo —gimoteó— vi que la diosa estaba acostada en el estrado, igual que la vi la primera vez. Te llamé y eché a correr hacia la puerta, pero algo me sujetó por detrás. Me tapó la boca con una mano y me llevó por un panel que había en la pared, por unos escalones y por un corredor oscuro. No vi lo que me sujetaba hasta que cruzamos una gran puerta de metal y entramos en un túnel con el techo iluminado como el de esta cámara.

»¡Oh, casi me desmayé cuando lo vi! ¡No son humanos! Son demonios grises y peludos que caminan como hombres y hablan en una jerga que ningún humano podría entender. Permanecieron allí y parecía que estaban esperando algo, y en un momento dado creí oír a alguien empujando la puerta. Entonces, una de esas cosas tiró de una palanca de metal, y algo cayó al otro lado.

»Luego me llevaron por túneles retorcidos y subimos por unas escaleras de piedra hasta esta cámara, donde me encadenaron sentada en las rodillas de este ídolo abominable y se marcharon. Oh, Conan, ¿qué son?

—Los sirvientes de Bit-Yakin —gruñó—. Encontré un manuscrito que me explicó algunas cosas, y luego tropecé con unos frescos que me contaron el resto. Bit-Yakin era un pelishti que llegó a este valle con sus sirvientes después de que la gente de Alkmeenon lo abandonara. Encontró el cuerpo de la princesa Yelaya, y descubrió que los sacerdotes venían de vez en cuando a hacerle ofrendas, pues incluso entonces la adoraban como una diosa.

»La convirtió en un oráculo, y él le ponía voz, hablando desde un nicho que talló en la pared tras el estrado de marfil. Los sacerdotes nunca lo sospecharon y nunca lo vieron a él o a sus sirvientes, pues siempre se escondían cuando llegaban los hombres. Bit-Yakin vivió y murió aquí sin que los sacerdotes lo descubrieran jamás. Crom sabrá cuánto tiempo estuvo aquí, pero debieron de ser siglos. Los sabios de pelishti saben cómo alargar cientos de años la extensión de sus vidas. Yo mismo he visto a algunos. Por qué vivió aquí a solas y por qué se hizo pasar por oráculo, ningún humano puede imaginarlo, pero creo que la parte del oráculo debió de ser para mantener la ciudad inviolada y sagrada, para que nadie lo molestara. Comía los alimentos que los sacerdotes traían como ofrenda a Yelaya, y sus sirvientes comían otras cosas... Siempre he sabido que existía un río subterráneo que nace en el lago donde la gente de las montañas de Punt arroja a sus muertos. Ese río pasa por debajo de este palacio. Los sirvientes tienen escaleras suspendidas sobre el agua, y se cuelgan de ellas y pescan los cadáveres que llegan flotando. Bit-Yakin anotó todo en el pergamino y en las pinturas de las paredes.

»Al final murió, y sus sirvientes lo momificaron siguiendo sus instrucciones y lo metieron en una cueva en el acantilado. El resto es fácil de adivinar. Los sirvientes, que eran casi más inmortales que él, siguieron viviendo aquí, pero en la siguiente ocasión en que un sumo sacerdote vino a consultar el oráculo, al no tener un amo que los controlase lo hicieron pedazos. Desde entonces, hasta Gorulga, nadie ha venido a hablar con el oráculo.

»Es evidente que han estado renovando la vestimenta y los adornos de la diosa, como habían visto hacer a Bit-Yakin. Sin duda existe en alguna parte una cámara cerrada donde se guarda la seda para que no se estropee. Vistieron a la diosa y la llevaron de nuevo a la cámara del oráculo después de que Zargheba se la llevara. Ah, por cierto, le cortaron la cabeza a Zargheba y la colgaron de un árbol.

Muriela se estremeció, pero al mismo tiempo exhaló un suspiro de alivio.

—Nunca volverá a azotarme con el látigo.

—No a este lado del infierno —coincidió Conan—. Pero, vamos. Gwarunga arruinó mis posibilidades con su diosa robada. Voy a seguir a los sacerdotes e intentar robarles el botín después de que lo cojan. Y tú quédate cerca de mí. No puedo pasar toda la noche buscándote.

—Pero ¡los sirvientes de Bit-Yakin! —susurró con temor.

—Tendremos que arriesgarnos. No sé qué piensan, pero hasta el momento no han mostrado ninguna disposición a luchar en terreno abierto. Vamos.

Le cogió la muñeca, salieron de la cámara y emprendieron el camino por el corredor. Mientras avanzaban, oyeron los cánticos de los sacerdotes, y mezclado con el suave murmullo del agua. La luz se intensificó cuando salieron a una galería de techo alto que daba a una gran caverna, y al mirar hacia abajo contemplaron una escena extraña y fantástica.

Sobre ellos, el techo fosforescente; decenas de varas más abajo se extendía el suelo liso de la caverna. En el lado más alejado, el suelo quedaba cortado por una corriente profunda y estrecha que corría por el canal de roca. Surgía de una penumbra impenetrable, cruzaba la caverna arremolinándose y se perdía de nuevo en la oscuridad. La superficie visible reflejaba el resplandor del techo, las oscuras y furiosas aguas centelleaban como si estuvieran salpicadas de joyas vivientes de colores: azul helado, rojo mortecino, verde trémulo y una iridiscencia siempre cambiante.

Conan y su compañera se encontraban en una cornisa que seguía la curva de la inmensa pared, y desde la cornisa, un puente natural de piedra trazaba un arco impresionante sobre el vasto hueco de la caverna hasta unirse con una cornisa más pequeña en la pared opuesta, al otro lado del río. Unas cuatro varas más abajo, otro arco más ancho cruzaba la cueva. En cada extremo, una escalera tallada en la piedra unía los arcos.

La mirada de Conan siguió la curva del arco que partía de la cornisa donde estaban y captó un destello que no procedía de la fosforescencia de la caverna. En la cornisa más pequeña del otro extremo había una abertura en la pared a través de la cual centelleaban las estrellas.

No podía apartar la mirada de la escena a sus pies. Los sacerdotes habían llegado a su destino. En un ángulo agudo de la pared de la caverna se alzaba un altar de piedra, pero sobre él no había ningún ídolo. Si había algo detrás, Conan no podía estar seguro, porque algún efecto óptico o el ángulo de la pared dejaba en completa oscuridad el espacio tras el altar.

Los sacerdotes habían encajado las antorchas en agujeros practicados en el suelo de piedra, formando un semicírculo de fuego a varios pasos de distancia del altar. Luego los propios sacerdotes formaron otro semicírculo dentro del creciente de las antorchas, y Gorulga, tras elevar los brazos en invocación, se inclinó ante el altar y puso las manos encima. El altar se elevó y se inclinó hacia atrás sobre el eje inferior, como si fuera la tapa de un cofre, revelando una pequeña cripta.

Gorulga metió el largo brazo en el hueco y extrajo un pequeño cofre de cobre. Volvió a colocar el altar en su posición, puso encima el cofre y levantó la tapa. Para las miradas ansiosas de los ocupantes de la cornisa pareció que la acción había liberado una llamarada de fuego viviente que latía y se estremecía sobre el cofre abierto. A Conan se le aceleró el pulso, y llevó la mano a la empuñadura de la espada. ¡Los Dientes de Gwahlur, al fin! Aquel tesoro convertiría a su poseedor en el hombre más rico del mundo. Exhaló con fuerza entre los dientes apretados.

Fue consciente de pronto de que un nuevo elemento había entrado en la luz de las antorchas y del techo fosforescente, anulando ambas. La oscuridad rodeó el altar excepto en el punto brillante de radiación maligna emitida por los Dientes de Gwahlur, y aquel brillo creció cada vez más. Los negros se quedaron inmóviles como estatuas, con sus sombras extendiéndose de manera grotesca tras ellos.

El altar estaba inundado del brillo, y las asombradas facciones de Gorulga quedaron resaltadas como en un bajorrelieve. El misterioso espacio detrás del altar quedó bañado por la iluminación creciente. Poco a poco, bajo la luz reptante, se hicieron visibles unas figuras, como formas nacidas de la noche y el silencio.

Al principio, las siluetas inmóviles parecían estatuas de piedra gris; peludas, con cierto aire humano, pero de una humanidad espantosa. Pero los ojos estaban vivos, como chispas frías de fuego gris gélido. Cuando aquel extraño resplandor iluminó sus rostros bestiales, Gorulga gritó y cayó de espaldas, estirando los brazos hacia delante en un gesto de horror demencial.

Un brazo más largo se extendió desde detrás del altar y una mano deforme lo agarró por el cuello. Gritando y luchando, el sumo sacerdote fue arrastrado hacia el altar. Un puño como una maza golpeó y silenció los gritos de Gorulga. Quedó tirado sobre el altar, fláccido y destrozado, con los sesos derramándose del cráneo partido. En ese momento los sirvientes de Bit-Yakin surgieron como un torrente del infierno y cayeron sobre los sacerdotes negros, que estaban paralizados como imágenes golpeadas por el terror.

Se desató una carnicería macabra y espantosa.

Conan vio cuerpos negros que caían como rastrojos bajo las manos inhumanas de los asesinos, contra cuya agilidad y fuerza horribles los puñales y las espadas de los sacerdotes no servían de nada. Vio hombres alzados en vilo, y vio como sus cabezas se aplastaban contra el altar de piedra. Vio una antorcha llameante sujeta por una mano monstruosa que se hundía inexorablemente en la garganta de un desgraciado agonizante que se retorcía en vano contra los brazos que lo sujetaban. Vio a un hombre partido en dos igual que un pollo, y los fragmentos ensangrentados arrojados al otro lado de la caverna. La masacre fue tan breve y devastadora como el paso de un huracán. Un estallido rojo de ferocidad atroz, y todo había acabado, salvo por un pobre diablo que huyó gritando por el camino por el que habían llegado los sacerdotes, perseguido por un enjambre de horribles figuras ensangrentadas que tendían las manos hacia él. Fugitivo y perseguidores desaparecieron por el túnel negro, y los gritos del humano fueron disminuyendo y apagándose en la distancia.

Muriela estaba de rodillas, abrazada a las piernas de Conan; había apretado la cara contra una rodilla del cimerio y mantenía los ojos cerrados con fuerza. Era una masa gimoteante y temblorosa de abyecto terror. Pero Conan estaba electrizado. Una ojeada rápida por la abertura en la que brillaban las estrellas, una mirada hacia abajo al cofre que aún resplandecía abierto en el altar manchado de sangre, y vio y aceptó la apuesta desesperada.

—¡Voy a por el cofre! —dijo con los dientes apretados—. ¡Quédate aquí!

—¡Oh, Mitra! ¡No! —Presa del terror cayó al suelo y se aferró a una sandalia del bárbaro—. ¡No! ¡No! ¡No me dejes!

—¡Quédate tumbada y mantén la boca cerrada! —espetó, liberándose del frenético agarre.

Desdeñó la escalera tortuosa y saltó de una cornisa a la siguiente a velocidad vertiginosa. No había señales de los monstruos cuando sus pies tocaron el suelo. Algunas antorchas seguían encendidas, encajadas en los huecos de la roca, la luz fosforescente latía y temblaba, y el río corría emitiendo un murmullo inarticulado, centelleando con resplandores imposibles. El brillo que había precedido la aparición de los sirvientes se había desvanecido con ellos. Solo la luz de las joyas del cofre de cobre vibraba y palpitaba.

Conan cogió el cofre, dirigiendo una ávida mirada al contenido: joyas extrañas, de formas curiosas, que ardían con un fuego helado nada terrenal. Cerró la tapa, se encajó el cofre bajo el brazo y corrió escalera arriba. No tenía ningún deseo de enfrentarse a los infernales sirvientes de Bit-Yakin. Al verlos en acción se había disipado cualquier esperanza relativa a sus capacidades de combate. Era incapaz de decir por qué habían esperado tanto antes de atacar a los invasores. ¿Quién podía adivinar los motivos o los pensamientos de aquellas monstruosidades? Habían demostrado poseer una habilidad y una inteligencia igual a la de los humanos, y en el suelo de aquella caverna yacían las pruebas carmesíes de su ferocidad bestial.

La muchacha corintia seguía acurrucada en la cornisa donde la había dejado. La cogió por una muñeca y la puso en pie.

—¡Hora de marcharnos! —masculló.

Demasiado estupefacta a causa del terror para ser consciente del todo de lo que pasaba, la muchacha permitió que la llevara sobre aquel abismo mareante. No fue hasta que se situaron encima del torrente que miró hacia abajo; emitió un grito ahogado y habría caído si Conan no la hubiera rodeado con su musculoso brazo. Gruñendo para sí un juramente, la levantó en vilo con el brazo libre y corrió con ella, en un revoltijo de brazos y piernas desmadejados, por encima del arco y hacia la abertura del otro extremo. Sin molestarse en dejarla en el suelo atravesó a la carrera el corto túnel en el que se abría aquella salida. Un instante después emergieron a una cornisa estrecha en la cara exterior del acantilado que rodeaba el valle. A menos de cuarenta varas por debajo de donde estaban la jungla ondulaba a la luz de las estrellas.

Conan miró hacia abajo y dejó escapar un suspiro de alivio. Creía que podía descender sin problemas, incluso estorbado por las joyas y la muchacha, aunque dudaba que hubiera podido ascender por aquel punto. Dejó en la cornisa el cofre, aún manchado de la sangre y los sesos de Gorulga, y estaba a punto de quitarse el cinturón para atarlo cofre a su espalda cuando lo paralizó un sonido detrás de él; un sonido siniestro e inconfundible.

—¡Quédate aquí! —le gritó a la aturdida muchacha corintia—. ¡No te muevas!

Desenfundó la espada y se deslizó por el túnel, la vista clavada en el interior de la caverna.

A medio camino del arco superior vio una figura deforme y gris. Uno de los sirvientes de Bit-Yakin les seguía el rastro. No había duda de que aquella bestia los había visto e iba tras ellos. Conan no vaciló. Sería más fácil defenderse del monstruo dentro del túnel, pero aquel combate debía finalizar deprisa, antes de que llegaran más sirvientes.

Corrió por el arco, directo hacia el monstruo que se acercaba. No era ni simio ni humano. Era un horror deforme nacido en las misteriosas e innominadas junglas del sur, donde extrañas formas de vida medraban en la podredumbre hedionda más allá de los dominios de la humanidad, y los tambores resonaban en templos que jamás habían sido hollados por pies humanos. Cómo había conseguido dominarlos el anciano pelishti, y con ello verse exiliado de la humanidad para siempre, era una paradoja sobre la que Conan no estaba interesado en hacer conjeturas, incluso de haber tenido la oportunidad.

Hombre y monstruo chocaron en el punto más alto del arco, donde muchas varas más abajo corrían las furiosas aguas negras. cuando la figura monstruosa de cuerpo gris leproso y los rasgos de un ídolo inhumano tallado se alzó sobre él, Conan golpeó como golpea un tigre herido, con cada onza de músculo y furia reunidas detrás del golpe. Aquel tajo habría cortado por la mitad a un ser humano, pero los huesos del sirviente de Bit-Yakin eran como acero forjado. Aún así, ni el acero forjado habría podido resistir por completo aquel golpe salvaje. La clavícula y las costillas se partieron y la sangre manó de la gran herida.

No había tiempo para un segundo golpe. Antes de que el cimerio pudiera alzar otra vez la espada o apartarse, un brazo gigantesco barrió a Conan del arco como si espantase una mosca de la pared. Mientras caía, el rugido del río era como una campana de difuntos en sus oídos, pero retorció el cuerpo y cayó en parte sobre el arco inferior. Se balanceó precariamente durante un momento escalofriante, y luego sus dedos hicieron presa en el borde contrario y se aupó hasta la seguridad, sujetando aún la espada en la otra mano.

Al ponerse en pie vio que el monstruo, chorreando sangre espantosamente, corría hacia el extremo del arco superior, con la intención evidente de bajar por la escalera que unía ambos y reanudar el combate. Cuando ya había llegado casi a la cornisa, la bestia se detuvo en seco al ver, igual que Conan, a Muriela, que con el cofre de joyas bajo el brazo y la mirada desquiciada estaba erguida en la boca del túnel.

Con un grito triunfal, el monstruo la cogió bajo un brazo, agarró el cofre con la otra mano cuando ella lo soltaba, giró sobre los talones y avanzó cojeando por el puente de roca. Conan maldijo apasionadamente y corrió también hacia el otro lado. No creía que pudiese subir la escalera y llegar al arco superior a tiempo para interceptar a la bestia antes de que se metiera en el laberinto de túneles del otro lado.

Pero el monstruo iba cada vez más despacio, como si se le acabara la cuerda. La sangre manaba de la terrible herida del pecho, y se tambaleó de un lado al otro. De repente tropezó, retrocedió un paso y cayó a un lado, se inclinó sobre el borde del arco y se despeñó. La muchacha y el cofre cayeron de sus manos inertes, y el grito horrorizado de Muriela se elevó sobre el rugido del agua.

Conan estaba justo casi debajo del punto desde donde había caído la criatura. El monstruo rebotó en el arco inferior y continuó su caída, pero la sinuosa figura

de la muchacha consiguió agarrarse; cerca de ella cayó el cofre. Cada uno quedó a un lado de Conan. Ambos al alcance de su brazo. Durante una fracción de segundo, el cofre se mantuvo en equilibrio inestable en el borde del arco, y Muriela permaneció agarrada con una sola mano, con el rostro vuelto desesperadamente hacia Conan, los ojos dilatados por el miedo a la muerte y los labios abiertos en un grito de desesperación.

Conan no vaciló, y ni siquiera echó una mirada al cofre que contenía las riquezas de toda una era. Con una velocidad que habría avergonzado a un jaguar hambriento, saltó, agarró el brazo de la muchacha justo cuando los dedos de esta resbalaban de la piedra pulida y la alzó con un violento tirón. El cofre cayó y chocó con las aguas treinta varas más abajo, donde el cuerpo del sirviente de Bit-Yakin ya había desaparecido. Un chapoteo y un destello de espuma marcaron el punto donde los Dientes de Gwahlur desaparecieron para siempre de la vista de los hombres.

Conan no desperdició una mirada hacia abajo. Corrió por el arco y subió por la escalera como un gato, cargando con la muchacha como si hubiera sido una niña. Un aullido atroz hizo que mirara a su espalda al llegar al arco superior, y vio que otros sirvientes entraban a la carrera en la caverna de abajo, con los colmillos desnudos goteando sangre. Subieron corriendo por la escalera que llevaba a la base de los arcos, emitiendo rugidos de venganza, pero Conan se echó al hombro a la muchacha sin más ceremonias, recorrió a toda velocidad el túnel y empezó a descolgarse por el acantilado como si él mismo fuera un simio, dejándose caer y saltando de un asidero a otro con temeridad suicida. Cuando las criaturas feroces se asomaron por la cornisa, fue para ver que el cimerio y la muchacha desaparecían en la selva que rodeaba los acantilados.

—Bueno —dijo Conan, dejando a la muchacha en el suelo al abrigo de la pantalla de ramas—, ya podemos tomarlo con calma. No creo que esas bestias nos persigan fuera del valle. Además, tengo un caballo atado junto a una charca por aquí cerca, si no se lo han comido los leones. ¡Diablos de Crom! ¿Por qué lloras ahora?

Muriela se cubrió con las manos la cara manchada de lágrimas y sus hombros esbeltos se sacudieron con los sollozos.

—Perdí las joyas —gimió miserablemente—. Fue culpa mía. Si te hubiera obedecido y me hubiera quedado en la cornisa, ese bruto nunca me habría visto. ¡Deberías haber cogido las joyas y haber dejado que me ahogara!

—Sí, supongo que sí —coincidió Conan—. Pero olvídalo. nunca te preocupes por lo que ya es el pasado. Y deja de llorar, ¿quieres? Así está mejor. Vamos.

—¿Quieres decir que vas a conservarme? ¿Me vas a llevar contigo? —preguntó esperanzada.

—¿Qué voy a hacer, si no? —Paseó una mirada aprobadora por la figura de la muchacha y sonrió al ver la falda rota que revelaba una generosa porción de curvas marfileñas tentadoras—. Puedo usar a una actriz como tú. No tiene sentido volver a Keshia, en Keshan no hay ya nada que me interese. Iremos a Punt. Las gentes de Punt adoran a una mujer de marfil, y sacan oro de los ríos en cestas de mimbre. Les diré que Keshan está intrigando con Thutmekri para esclavizarlos, lo que es cierto, y que los dioses me han enviado para protegerlos... por una buena cantidad de oro. ¡Si consigo colarte en su templo y dar el cambiazo con su diosa de marfil, les pelaremos hasta los dientes antes de que hayamos acabado con ellos!

# MÁS ALLÁ DEL RÍO NEGRO

## 1
## Conan pierde el hacha

El silencio del sendero del bosque era tan primigenio que los pasos de los pies calzados con botas ligeras causaban un estruendo extraordinario. Así le sonaban al caminante, aunque avanzaba con la cautela obligada para cualquiera que se aventurara más allá del río Trueno. Era un joven de estatura media, con el rostro despejado coronado por una mata alborotada de pelo castaño que no confinaba ningún sombrero o casco. Su ropa era la habitual en aquel territorio: túnica áspera sujeta con un cinturón, calzas cortas de cuero y botas ligeras de ante que llegaban casi hasta las rodillas. De la caña de una bota asomaba la empuñadura de un cuchillo. El ancho cinturón de cuero sostenía una espada corta y pesada y una bolsita de cuero. No había agitación en los grandes ojos que escrutaban los muros verdes que bordeaban el sendero. Aunque no era alto, tenía una constitución robusta, y las mangas cortas y amplias de la túnica dejaban a la vista la musculatura compacta de los brazos.

Siguió adelante con paso imperturbable, aunque la última cabaña de colonos quedaba a leguas a sus espaldas y cada paso lo llevaba más cerca del siniestro peligro que flotaba como una sombra amenazante en el bosque ancestral.

No tenía la sensación de estar haciendo mucho ruido, aunque sabía bien que las débiles pisadas de sus pies calzados con botas serían como una sirena de alarma para los feroces oídos que podían estar acechando en aquella traicionera espesura verde. Su actitud despreocupada no era real, sus ojos y oídos permanecían agudamente alerta; especialmente los oídos, pues ninguna mirada podía penetrar el follaje más de unos pocos pasos en cualquier dirección.

Fue el instinto, más que cualquier aviso de los sentidos externos, lo que hizo que se detuviera de repente, con la mano en la empuñadura de la espada. Permaneció inmóvil en mitad del sendero, conteniendo la respiración sin darse cuenta, preguntándose qué había oído y si, de hecho, había oído algo en realidad. El silencio parecía absoluto. Ni chasquidos de ardillas ni trinos de pájaros. Su mirada se quedó fija por sí misma en una masa de arbustos junto al sendero, unos pasos por delante de él. No había brisa, pero había visto temblar una rama. Se le puso el vello de punta y se mantuvo quieto durante un instante, indeciso, seguro de que un movimiento en cualquier dirección haría que la muerte se lanzara hacia él desde los arbustos.

Un fuerte chasquido de rotura sonó entre las hojas. Los arbustos se sacudieron con violencia a la vez que una flecha salía volando erráticamente de ellos y se desvanecía entre los árboles del borde del sendero. El caminante siguió su vuelo al tiempo que se lanzaba sin pensarlo en busca de refugio.

Agachado tras un grueso tronco, con la espada temblando en el puño, vio que

los arbustos se separaban y una figura alta entraba con despreocupación en el sendero. El caminante la observó con sorpresa. El desconocido estaba vestido de forma muy parecida a la suya en cuanto a botas y calzas, aunque las del otro eran de seda en vez de cuero. Llevaba una cota de malla oscura y sin mangas en vez de túnica, y un casco le cubría la cabellera negra. El casco ocultaba la mirada del desconocido; no tenía cresta, sino que lo adornaban un par de cuernos de toro cortos. Era un accesorio que no había fabricado ninguna mano civilizada. Como tampoco era civilizada la cara que se veía bajo el casco: oscura, cubierta de cicatrices, de ojos azules brillantes, era tan indómita como el bosque primitivo que le servía de fondo. Sostenía una gran espada en la mano derecha; el filo estaba manchado de rojo.

—Sal —llamó, con un acento desconocido para el caminante—. Estás a salvo. Solo había uno de esos perros. Vamos, sal.

El otro salió con desconfianza y se quedó mirando al desconocido. Se sintió curiosamente indefenso y pequeño al contemplar las proporciones del montaraz: el pecho masivo cubierto de hierro y el brazo que sostenía la espada ensangrentada, oscurecido por el sol y cuajado de voluminosos músculos. Se movía con la peligrosa elegancia de una pantera; tenía una constitución demasiado desarrollada para ser producto de la civilización, incluso de esa civilización limitada creada en las fronteras exteriores.

Se giró, volvió a los arbustos y los apartó. Aún no muy seguro de lo que había ocurrido, el caminante que venía del este avanzó y miró entre las hojas. Allí yacía un hombre de baja estatura, piel oscura y densos músculos, desnudo a excepción de un taparrabos de piel, un collar de dientes humanos y un brazalete de cobre. Llevaba una espada corta encajada en el cordón del taparrabos, y la mano aún empuñaba un grueso arco negro. Había tenido el pelo negro; eso era lo único que el caminante podía decir sobre su cabeza, pues sus rasgos eran una máscara de sangre y sesos. Le habían partido el cráneo hasta los dientes.

—¡Un picto, por los dioses! —exclamó el caminante.

Los ardientes ojos azules se volvieron hacia él.

—¿Te sorprende?

—En Velitrium y en las cabañas de los colonos a lo largo del camino me dijeron que esos diablos a veces cruzaban la frontera, pero no esperaba tropezarme con ninguno tan al interior.

—Estás a poco más de una legua al este del río Negro —dijo el desconocido—. Los han visto a menos de un tercio de legua de Velitrium. Ningún colono entre el río Trueno y el fuerte Tuscelan está realmente a salvo. Esta mañana encontré el rastro de este perro una legua al sur del fuerte, y lo he estado siguiendo desde entonces. Aparecí tras él justo cuando te apuntaba con la flecha. Un instante más tarde y el infierno tendría un nuevo habitante. Pero le estropeé la puntería.

El caminante miraba con ojos desorbitados a aquel gigante, asombrado al darse cuenta de que había estado siguiendo la pista de uno de los demonios del bosque y lo había matado cogiéndolo por sorpresa. Aquello implicaba una habilidad inconcebible, incluso para Conajohara.

—¿Formas parte de la guarnición del fuerte? —preguntó.

—No soy un soldado. Recibo la paga y el rancho de un oficial de la frontera, pero trabajo en el bosque. Valanus sabe que soy más útil rondando por el río que encerrado en el fuerte.

Con un movimiento casual, empujó con el pie el cadáver más hacia el interior

de la espesura, colocó los arbustos cubriéndolo y echó a andar por el sendero. El otro lo siguió.

—Me llamo Balthus —dijo—. Estaba en Velitrium anoche. Aún no he decidido si tomar una parcela de tierra o alistarme en el fuerte.

—Las mejores tierras cerca del río Trueno ya las han ocupado —dijo el gigante con un gruñido—. Aún hay buenas tierras entre el fuerte y el arroyo de la Cabellera, que cruzaste hace algo más de una legua, pero están condenadamente cerca del río. Los pictos lo cruzan para incendiar y asesinar, como hizo ese de antes, y no siempre vienen de uno en uno. Algún día intentarán barrer a los colonos de Conajohara, y quizá lo consigan; de hecho, probablemente lo conseguirán. Esto de la colonización es una locura, en cualquier caso. Hay buenas tierras de sobra al este de las Marcas Bosonias. Si los aquilonios recortaran algunos de los estados de sus barones y sembraran trigo donde ahora solo se cazan ciervos, no tendrían que cruzar la frontera y quitarles las tierras a los pictos.

—Curiosa forma de hablar para un hombre al servicio del gobernador de Conajohara —señaló Balthus.

—A mí me da igual. Soy un mercenario. Alquilo mi espada al mejor postor. Nunca he sembrado trigo y nunca lo haré mientras haya otras cosas que pueda cosechar con la espada. Pero los hibóreos os habéis expandido tan lejos como os lo van a permitir. Habéis cruzado las marcas, quemado unas cuantas aldeas, exterminado unos pocos clanes y empujado la frontera hasta el río Negro, pero dudo que seáis capaces de conservar lo que habéis conquistado, y no podréis empujar la frontera más hacia el oeste. El idiota de vuestro rey no entiende lo que pasa aquí. No os envía bastantes refuerzos y no hay bastantes colonos para contener un ataque organizado desde el otro lado del río.

—Pero los pictos están divididos en clanes pequeños —insistió Balthus—. Nunca se unirán. Podemos con cualquier clan por separado.

—O incluso con dos o tres clanes —admitió el otro—. Pero, algún día, aparecerá alguien que una treinta o cuarenta clanes, como ocurrió entre los cimerios cuando los gunderios intentaron empujar la frontera hacia el norte, hace años. Intentaron colonizar la frontera sur de Cimeria; destruyeron unos cuantos clanes menores y construyeron la fortaleza de Venarium... Ya conocerás la historia.

—Así es —dijo Balthus, parpadeando. El recuerdo de aquel desastre ensangrentado era una mancha negra en las crónicas de un orgulloso pueblo guerrero—. Mi tío estaba en Venarium cuando los cimerios saltaron las murallas. Fue uno de los pocos que escaparon a la matanza. Le he oído contar la historia muchas veces. Los bárbaros salieron de las montañas como una horda rabiosa, sin previo aviso, y cayeron sobre Venarium con tal furia que nadie pudo resistirlos. Mataron a hombres, mujeres y niños. Venarium quedó reducida a una masa de ruinas calcinadas, y así sigue hasta hoy. Los aquilonios fueron expulsados de la frontera y nunca han vuelto a intentar colonizar el territorio cimerio. Pero hablas de Venarium con familiaridad. ¿Estuviste allí?

—Y tanto que sí —gruñó el otro—. Era parte de la horda que salió de las montañas. Aún no había cumplido quince inviernos, pero mi nombre ya era citado en los fuegos del consejo.

Balthus retrocedió involuntariamente, con la mirada fija. Le parecía increíble que aquel hombre que caminaba tranquilamente a su lado hubiera sido uno de aquellos demonios aulladores y sedientos de sangre que cayeron sobre los muros

de Venarium aquel largo día e hicieron que las calles se tiñeran de rojo.

—¡Tú también eres un bárbaro! —exclamó sin poder contenerse.

El otro asintió, sin mostrar señales de sentirse ofendido.

—Soy Conan; cimerio.

—He oído hablar de ti.

Un nuevo interés apareció en la mirada de Balthus. ¡No era de extrañar que el picto hubiera caído víctima de su misma clase de sutileza! Los cimerios eran bárbaros tan feroces como los pictos, y mucho más inteligentes. Era evidente que Conan había pasado mucho tiempo entre hombres civilizados, aunque estaba claro que aquel contacto no lo había ablandado ni había embotado sus instintos primitivos. El temor de Balthus se convirtió en admiración al fijarse en el tranquilo paso felino y el silencio desenvuelto con que el cimerio avanzaba por el sendero. Los aros aceitados de la cota de malla no producían sonido, y Balthus estuvo seguro de que Conan podía deslizarse por la maleza más densa y el bosque más espeso tan silenciosamente como cualquier picto.

—¿No eres gunderio? —Fue más una afirmación que una pregunta. Balthus negó con la cabeza.

—Soy taurano.

—He conocido a tauranos bastante buenos en el bosque. Pero los bosonios llevan demasiados siglos protegiéndoos de las tierras salvajes a los aquilonios. Vas a tener que endurecerte.

Aquello era cierto. Las Marcas Bosonias, con sus ciudades fortificadas llenas de implacables arqueros, hacía mucho tiempo que servían a Aquilonia como pantalla contra los bárbaros exteriores. Ahora, entre los colonos de más allá del río Trueno, estaba naciendo una raza de montaraces capaz de enfrentarse a los bárbaros en su propio juego, pero aún eran pocos. Como Balthus, la mayoría de la gente de la frontera eran colonos que no estaban acostumbrados al bosque salvaje.

El sol no se había puesto, pero ya no estaba a la vista, oculto tras la densa pared del bosque. Las sombras se alargaban y se volvían más oscuras mientras los dos compañeros recorrían el sendero.

—Se hará de noche antes de que lleguemos al fuerte —comentó Conan de pasada. De pronto—: ¡Escucha!

Se detuvo en seco, medio agachado, con la espada lista, transformado en una figura salvaje de sospecha y amenaza, preparado para saltar y desgarrar. Balthus también lo oyó: un alarido salvaje que se cortó al llegar a la nota más alta. Era el grito de un hombre presa del terror o el dolor más intensos.

Conan corría por el sendero un instante después, cada paso aumentando la distancia entre él y su esforzado compañero. Balthus soltó una maldición entre jadeos. En los asentamientos tauranos tenía fama de buen corredor, pero Conan lo estaba dejando atrás con una facilidad irritante. Olvidó su exasperación cuando sus oídos fueron asaltados por el grito más terrorífico que había oído jamás. No era un grito humano; era un aullido demoníaco de triunfo atroz que parecía alzarse sobre la humanidad caída despertaba ecos en ensenadas oscuras más allá de la experiencia humana.

Aflojó el paso y la piel se le cubrió de sudor. Pero Conan no vaciló; dobló a la carrera un recodo del sendero y desapareció, y Balthus, aterrorizado y viéndose solo con aquel horrible grito del que aún resonaban ecos lúgubres en el bosque, aceleró y se lanzó tras él.

El aquilonio se detuvo trastabillando y estuvo a punto de chocar con el cimerio, que estaba inmóvil en el camino sobre un cuerpo desplomado. Pero Conan no miraba el cadáver que yacía en el polvo empapado de sangre, sino que escrutaba el bosque profundo a cada lado del sendero.

Balthus murmuró un juramento horrorizado. Era el cuerpo de un hombre lo que había en el sendero; un hombre bajo y gordo con botas doradas y, a pesar del calor, la túnica ribeteada de armiño de un rico mercader. Su cara regordeta y pálida estaba retorcida en una mueca de horror helado; el grueso cuello cortado de oreja a oreja por una hoja afiladísima. La espada corta aún enfundada parecía indicar que lo habían matado sin darle la oportunidad de luchar por su vida.

—¿Un picto? —susurró Balthus, girándose para mirar las sombras cada vez más oscuras del bosque.

Conan negó con la cabeza, se irguió y miró al muerto.

—Un diablo del bosque. ¡Este es el quinto, por Crom!

—¿Qué quieres decir?

—¿Has oído hablar de un brujo picto llamado Zogar Sag?

Balthus negó con la cabeza, intranquilo.

—Vive en Gwawela, la aldea más cercana al otro lado del río. Hace tres meses se escondió junto a este camino y robó un hato de mulas cargadas de una caravana que iba al fuerte; de algún modo drogó a los arrieros. Las mulas pertenecían a este hombre. —Conan señaló el cadáver con el pie—. Tiberias, un mercader de Velitrium. Iban cargadas de barriles de cerveza, y el viejo Zogar se paró a beber antes de cruzar el río. Un montaraz llamado Soractus le siguió el rastro, y guio a Valanus y a tres soldados al lugar donde dormía la borrachera bajo un arbusto. A petición de Tiberias, Valanus arrojó a Zogar Sag a una celda, que es el insulto más grande que se le puede hacer a un picto. Se las arregló para matar al guardia y escapar, y envió el mensaje de que iba a matar a Tiberias y a los cinco hombres que lo capturaron de una forma que haría que los aquilonios temblaran de miedo durante siglos.

»Soractus y los soldados están muertos. A Soractus lo mataron junto al río; a los soldados, casi a la sombra del fuerte. Y ahora Tiberias está muerto. No los mató ningún picto. A todas las víctimas, excepto a Tiberias, como ves, les faltaba la cabeza. Sin duda ahora están adornando el altar del dios particular de Zogar Sag.

—¿Cómo sabes que no los mataron los pictos? —preguntó Balthus. Conan señaló el cadáver del mercader.

—¿Te parece que eso lo ha hecho un cuchillo o una espada? Mira con más atención y verás que solo una garra podría abrir una brecha así. La carne está desgarrada, no cortada.

—Quizá una pantera… —empezó a decir Balthus, poco convencido.

Conan negó con la cabeza con impaciencia.

—Un taurano no confundiría la marca de las garras de una pantera. No. Es un demonio del bosque invocado por Zogar Sag para ejecutar su venganza. Tiberias fue un idiota al viajar a Velitrium a solas y tan cerca del anochecer. Pero todas las víctimas parecen haber sido golpeadas por la locura justo antes de su perdición. Mira aquí; las señales están claras. Tiberias vino por el sendero montado en su mula, quizá con fardo de pieles atado en la silla para venderlas en Velitrium, y la cosa saltó sobre él desde detrás de aquel arbusto. Mira las ramas aplastadas.

»Tiberias gritó una vez, y entonces le cortaron la garganta y ahora venderá sus

pieles de nutria en el infierno. La mula huyó corriendo por el bosque. ¡Escucha! Incluso ahora se la puede oír pisoteando entre los árboles. El demonio no tuvo tiempo de llevarse la cabeza de Tiberias; escapó al oírnos llegar.

—Al oírte llegar —corrigió Balthus—. No debe de ser una criatura tan terrible si huye de un hombre armado. Pero ¿cómo sabes que no era un picto con alguna especie de gancho que desgarra en vez de cortar? ¿Lo viste?

—Tiberias estaba armado —gruñó Conan—. Si Zogar Sag puede traer demonios para que lo ayuden, puede decirles qué hombres debe matar y a cuáles debe dejar. No; no lo vi. Solo vi los arbustos agitándose cuando salió del sendero. Pero si quieres más pruebas, ¡mira aquí!

El asesino había pisado el charco de sangre en el que yacía desmadejado el muerto. Bajo los arbustos al borde del sendero había una huella sanguinolenta en el barro endurecido.

—¿Hizo eso un hombre? —preguntó Conan.

Balthus sintió que se le erizaba el vello. Ni hombre ni ninguna bestia alguna que hubiera visto podrían haber dejado aquella huella extraña, monstruosa, de tres dedos, que combinaba curiosamente características de ave y de reptil, pero que no era de ninguno de los dos. Abrió la mano sobre la huella, con cuidado de no tocarla, y soltó una maldición. No podía cubrir la marca.

—¿Qué es? —susurró—. Nunca vi una bestia que dejara una huella así.

—Ni nadie que esté cuerdo —respondió Conan, sombrío—. Es un demonio del pantano; abundan como murciélagos en las ciénagas más allá del río Negro. En las noches cálidas se les oye aullar como almas condenadas cuando sopla con fuerza el viento del sur.

—¿Qué hacemos? —preguntó el aquilonio, mirando con inquietud las oscuras sombras azuladas. La expresión aterrorizada del cadáver lo angustiaba. Se preguntó qué cabeza monstruosa habría visto aquel desgraciado saltando hacia él desde la espesura, para que le hubiera helado la sangre a causa del terror.

—No tiene sentido seguir a un demonio —gruñó Conan, y se descolgó del cinto un hacha corta de leñador—. Intenté seguir al que había matado a Soractus, y perdí la pista a la docena de pasos. Quizá extendió unas alas y salió volando, o se hundió en la tierra camino del infierno. No lo sé. Tampoco voy a ir a buscar la mula. Volverá por su cuenta al fuerte o a la cabaña de algún colono.

Mientras hablaba se dedicó a trabajar con el hacha al borde del sendero. Con un par de golpes cortó unos arbolillos de unas tres varas de largo, y luego quitó las ramas. Después cortó un trozo de una enredadera que serpenteaba por los arbustos cercanos, ató un extremo a una de las pértigas, a un par de palmos del final, la pasó por el otro arbolillo y la fue entrelazando de un lado a otro. Al cabo de unos momentos había construido una camilla tosca pero resistente.

—El demonio no se va a llevar la cabeza de Tiberias si puedo evitarlo —gruñó —. Llevaremos el cadáver al fuerte, solo está a una legua. El gordo idiota nunca me cayó bien, pero no podemos dejar que los demonios pictos corran alegremente por ahí con cabezas de blancos.

Los pictos eran una raza blanca, aunque de piel morena, pero los habitantes de la frontera nunca los consideraban así.

Balthus cogió la parte de atrás de la camilla, en la que Conan arrojó sin ceremonia al desafortunado mercader, y echaron a andar por el sendero tan deprisa como pudieron. Conan no hacía más ruido llevando su fúnebre carga que cuando andaba sin trabas. Formó un lazo con el cinturón del mercader y

transportó su parte del peso con una sola mano, la otra aferrada a la espada desenvainada, y no dejó de recorrer con la mirada las siniestras paredes que se alzaban a los lados. Las sombras se espesaban. Una niebla azulada desdibujaba los perfiles de la espesura. El bosque se oscureció en el crepúsculo y se convirtió en una guarida azul de misterio que alojaba criaturas desconocidas.

Habían avanzado un tercio de legua, y los músculos de los robustos brazos de Balthus empezaban a dolerle, cuando un grito surgió del bosque, donde las sombras azules se estaban transformando en púrpura oscuro.

Conan se irguió de repente, y Balthus estuvo a punto de soltar las pértigas.

—¡Una mujer! —gritó el joven—. ¡Por Mitra, eso es un grito de mujer!

—La mujer de un colono, que anda por el bosque —gruñó Conan, dejando en el suelo su extremo de la camilla—. Buscando una vaca, seguramente, y... ¡Quédate aquí!

Se sumergió en el muro de follaje como un lobo a la caza. A Balthus se le puso el pelo de punta.

—¿Que me quede a solas con el cadáver, con un demonio escondido en el bosque? —gritó—. ¡Voy contigo!

Actuando al tiempo que hablaba, se lanzó tras el cimerio. Conan le echó una mirada, pero no protestó, aunque tampoco redujo su paso para adaptarlo a las piernas más cortas de su compañero. Balthus perdió aliento en maldiciones cuando el cimerio empezó a dejarlo atrás de nuevo, corriendo como un fantasma entre los árboles. El cimerio salió de repente a un claro en penumbra y se detuvo agachado, mostrando los dientes, con la espada alzada.

—¿Por qué paramos? —jadeó Balthus; se limpió el sudor de los ojos y desenvainó su espada corta.

—El grito vino de este claro, o de muy cerca —respondió Conan—. Nunca confundo el origen de los sonidos, ni siquiera en el bosque. Pero ¿dónde...?

Se oyó el sonido otra vez... tras ellos; en la dirección de la que venían, desde el sendero que acababan de abandonar. Se alzaba agudo y lastimero; el grito de una mujer presa del terror... Y de pronto, increíblemente, chillido se transformó en una risa burlona que podría haber salido de los labios de un demonio del infierno.

—En nombre de Mitra, ¿que...? —La cara de Balthus era una mancha pálida en la penumbra.

Con una maldición, Conan giró sobre los talones y echó a correr por donde había llegado, y el aquilonio se tambaleó desconcertado tras él. Se dio de bruces contra el cimerio cuando este se detuvo en seco, y rebotó en sus hombros musculosos como si hubiera chocado con una estatua de hierro. Jadeando por el impacto, oyó a Conan sisear entre los dientes. El cimerio parecía helado.

Mirando por encima del hombro de Conan, Balthus sintió que se le erizaba el pelo. Algo que ni caminaba ni volaba, sino que parecía deslizarse como una serpiente se movía a través de los arbustos que bordeaban el sendero. Pero no era una serpiente. Su silueta estaba indefinida, pero era más alto que un hombre, y poco corpulento. Emitía un resplandor extraño, como una débil llama azul. De hecho, aquel fuego espectral era lo único tangible que mostraba. Podría haber sido una llama corpórea que se moviera con razón y propósito a través de los bosques en sombras.

Conan masculló una maldición salvaje y arrojó el hacha con ferocidad. Pero la cosa siguió deslizándose sin alterar su curso. Aquella ojeada que duró unos

instantes fue lo único que tuvieron: una cosa alta de llamas neblinosas que parecía flotar por la espesura. Desapareció enseguida, y el bosque se cubrió de un silencio ahogado.

Con un gruñido, Conan atravesó la maleza y salió al sendero. Los juramentos que lanzó mientras Balthus salía a su vez fueron terribles y vehementes. El cimerio estaba junto a la camilla en la que yacía el cadáver de Tiberias. El cuerpo ya no tenía cabeza.

—¡Nos engañó con esos malditos chillidos! —rugió Conan lleno de rabia, agitando la espada sobre la cabeza—. ¡Tenía que haberlo sabido! ¡Tenía que haber imaginado que era un truco! Ahora serán cinco las cabezas que adornen el altar de Zogar.

—Pero ¿qué cosa es esa que puede gritar como una mujer y reír como un demonio, y brilla como un fuego fatuo mientras se desliza entre los árboles? —jadeó Balthus, limpiándose el sudor de la cara pálida.

—Un demonio del pantano —respondió Conan de mal humor—. Coge la camilla; llevaremos el cadáver de todas formas. Al menos ahora será un poco más ligero.

Con esa filosofía macabra, agarró la lazada de cuero y echó a andar por el camino.

## 2
## El brujo de Gwawela

El fuerte Tuscelan se alzaba en la orilla oriental del río Negro, cuyas aguas rozaban la base de la empalizada. Estaba construida con troncos, al igual que todos los edificios de su interior, incluida la torre del homenaje, si es que merecía tal apelativo, en la que estaban los aposentos del gobernador, que dominaban la empalizada y el lúgubre río. Más allá de este se extendía un inmenso bosque, que alcanzaba una densidad casi selvática a lo largo de las orillas fangosas. Los centinelas recorrían día y noche las pasarelas montadas en el parapeto de troncos, vigilando el gran muro verde. Rara vez aparecía alguna figura amenazadora, pero sabían que ellos también estaban siendo observados con ferocidad y ansia, con la implacabilidad de un odio ancestral. El bosque más allá del río podía parecer desolado y carente de vida a ojos ignorantes, pero bullía de vida; no solo aves, bestias y reptiles, sino hombres, la más feroz de las bestias de presa.

En aquel fuerte acababa la civilización. Era el último puesto de avanzada del mundo civilizado y representaba la ofensiva más occidental de las razas hibóreas dominantes. Más allá del río, los primitivos seguían reinando en los bosques sombríos, en las chozas de paja donde colgaban cráneos humanos sonrientes, tras los cercados de barro donde ardían hogueras, sonaban tambores y afilaban sus lanzas hombres oscuros y silenciosos con pelo negro enredado y ojos de serpiente. Aquellos ojos a menudo observaban entre los arbustos el fuerte construido en la otra orilla del río. Hubo un tiempo en que hombres de piel oscura habían construido sus chozas allí donde se alzaba el fuerte, sí, y las chozas se habían alzado también donde ahora estaban los campos y las cabañas de colonos de pelo rubio, más allá de Velitrium, desde aquella ciudad fronteriza tosca y turbulenta en la orilla del río Trueno hasta las orillas del otro río que delimitaba las Marcas Bosonias. Habían venido mercaderes, y sacerdotes de Mitra que caminaban con los

pies desnudos y las manos vacías, y la mayoría había muerto horriblemente. Pero en pos de ellos llegaron soldados, hombres que empuñaban hachas, y mujeres y niños en carretas arrastradas por bueyes. Hasta el río Trueno, y más allá, hasta el río Negro, los aborígenes habían sido empujados con carnicerías y masacres. Pero el pueblo de piel oscura no había olvidado que en el pasado Conajohara había sido suya.

El guardia de la puerta oriental dio la voz de alto. Una antorcha parpadeó por una abertura protegida con barrotes y arrancó destellos de un casco de acero y de los ojos desconfiados que aparecían bajo aquel.

—Abre la puerta —bufó Conan—. Ves que soy yo, ¿no?

La disciplina militar le hacía rechinar las muelas.

La puerta se abrió hacia dentro y Conan y su compañero la cruzaron. Balthus se fijó en que la puerta estaba flanqueada por sendas torres, cuya parte más alta se elevaba por encima de la empalizada. Vio las troneras de los arqueros.

Los guardias gruñeron al ver la carga que portaban los recién llegados. Sus picas se enredaron cuando empujaron la puerta para cerrarla, apelotonándose.

—¿No habíais visto nunca un cadáver decapitado? —preguntó Conan, malhumorado.

Los rostros de los soldados se veían pálidos a la luz de la antorcha.

—Es Tiberias —espetó uno—. Reconozco su túnica ribeteada de armiño. Valerius me debe cinco lunas; le dije que Tiberias había oído la llamada de la locura cuando salió por la puerta montado en su mula y con una mirada vidriosa. Le aposté que volvería sin cabeza.

Conan soltó un gruñido enigmático, hizo un gesto a Balthus para que dejase la carga en el suelo y echó a andar hacia los aposentos del gobernador, seguido de cerca por el aquilonio. El joven de pelo enmarañado miraba por encima del cimerio con curiosidad e interés, fijándose en las filas de barracones a lo largo de la muralla, en los establos, en los tenderetes de los mercaderes, en la torre del homenaje y en los demás edificios, con la plaza abierta en el centro, donde los soldados entrenaban y donde, en aquel momento, ardían hogueras y pasaban el rato los hombres fuera de servicio. Ahora se apresuraban a sumarse con curiosidad morbosa al grupo reunido en torno a la camilla, junto a la entrada. Las ágiles figuras de los piqueros aquilonios y los montaraces se mezclaban con las formas más bajas y robustas de los arqueros bosonios.

No le sorprendió mucho que el gobernador los recibiera en persona. Las sociedades aristocráticas, con rígidas reglas de castas, estaban al este de las Marcas. Valanus era todavía un hombre joven, de buena figura y rasgos elegantes en los cuales ya se había cincelado la seriedad a causa de las penurias y las responsabilidades.

—Me dijeron que saliste del fuerte antes del amanecer —le dijo a Conan—. Había empezado a temer que los pictos te hubieran atrapado al fin.

—Cuando me corten la cabeza, el río entero lo sabrá—gruñó Conan—. Oirán los gritos de las mujeres pictas llorando a sus muertos hasta en Velitrium. Me fui a explorar en solitario. No podía dormir; oía los tambores hablando al otro lado del río.

—Hablan todas las noches —le recordó el gobernador, con la mirada ensombrecida fijada con atención en Conan. Había aprendido que era poco inteligente ignorar los instintos salvajes del cimerio.

—Anoche eran diferentes —gruñó Conan—. Lo han sido desde que Zogar Sag

volvió a cruzar el río.

—Deberíamos haberle hecho regalos y enviado a casa, o haberlo ahorcado. —El gobernador suspiró—. Nos lo aconsejaste, pero...

—Pero a los hibóreos os cuesta aprender cómo funcionan las tierras salvajes— dijo Conan—. Bueno, ya no tiene remedio; pero no habrá paz en la frontera mientras Zogar viva y recuerde la celda en la que lo arrojaron. Estaba siguiendo a un guerrero que cruzó el río para grabar algunas muescas en su arco. Después de aplastarle el cráneo me encontré con este; se llama Balthus y ha venido de Tauran para ayudar a mantener la frontera.

Valanus dirigió una mirada de aprobación a los rasgos sinceros y la figura robusta del joven.

—Me alegro de darte la bienvenida, Balthus. Ojalá vinieran más de los tuyos. Necesitamos hombres habituados a la vida en el bosque. Muchos de nuestros soldados y algunos de los colonos son de provincias orientales y no saben nada de las tierras salvajes, y a veces ni siquiera de agricultura.

—No hay muchos así a este lado de Velitrium —gruñó Conan—. Aunque esa ciudad está llena de ellos. Pero escucha, Valanus; encontramos el cadáver de Tiberias en el sendero. —En pocas palabras relató el macabro asunto.

Valanus palideció.

—No sabía que había dejado el fuerte. ¡Debió de volverse loco!

—Así fue —respondió Conan—. Igual que los otros cuatro. Todos, cuando llegó su hora, enloquecieron y corrieron al bosque, al encuentro de la muerte, como una liebre corre hacia las fauces de una pitón. Algo los llamó desde lo profundo del bosque, algo a lo que los soldados se refieren como la llamada de la locura, a falta de un nombre mejor, pero que solo los condenados pueden oír. Zogar Sag ha creado una magia que la civilización aquilonia no puede vencer.

Valanus no respondió a la pulla; se secó la frente con una mano temblorosa.

—¿Lo saben los soldados?

—Dejamos el cadáver en la puerta oriental.

—Deberías haber ocultado lo ocurrido; haber escondido el cadáver en algún lugar del bosque. Los soldados ya están bastante nerviosos.

—Lo habrían descubierto igual. Si hubiera escondido el cadáver, habría vuelto al fuerte igual que el de Soractus: atado fuera de la puerta para que los hombres lo encontrasen por la mañana.

Valanus se estremeció. Se dirigió a una ventana y contempló en silencio el río, negro y reluciente bajo la luz de las estrellas. Más allá del río se alzaba la jungla como una muralla de ébano. El rugido lejano de una pantera rompió el silencio. La noche impuso su presencia, apagando los sonidos de los soldados fuera de la fortificación y amortiguando el resplandor de las hogueras. Una brisa susurró entre las ramas negras y agitó las aguas oscuras. Cabalgando sobre ella llegó un sonido grave y rítmico, siniestro como las pisadas de un leopardo.

—Después de todo, ¿qué sabemos? —dijo Valanus, como si estuviera pensando en voz alta—. ¿Qué sabe nadie de las cosas que oculta la jungla? Hemos oído rumores difusos sobre grandes pantanos y ríos, y un bosque que se extiende interminable por llanuras y colinas para acabar por fin a orillas del océano occidental. Pero lo que hay entre este río y aquel océano, no podemos ni imaginarlo. Ningún hombre blanco se ha adentrado allí y ha vuelto para contar lo que encontró. Confiamos en nuestros conocimientos civilizados, pero esos conocimientos solo llegan hasta ahí, hasta la orilla occidental de ese antiguo río.

¿Quién sabe qué formas terrenas y ultraterrenas pueden acechar más allá del débil círculo de luz que ha arrojado nuestro conocimiento?

»¿Quién sabe qué dioses se adoran bajo las sombras de ese bosque pagano, o qué demonios salen arrastrándose del limo negro de los pantanos? ¿Quién puede estar seguro de que todos los habitantes de ese país negro son naturales? Zogar Sag... Un erudito de las ciudades orientales se burlaría de su magia primitiva y la calificaría de trucos de faquir. Pero ha conseguido enloquecer y asesinar a cinco hombres de una forma que nadie puede explicar. Me pregunto si será humano del todo.

—Si consigo tenerlo a tiro de hacha, resolveré esa cuestión —gruñó Conan; se sirvió una copa del vino del gobernador y dio otra a Balthus, que la cogió vacilante y dirigió una mirada insegura a Valanus.

El gobernador se volvió hacia Conan y lo miró pensativamente.

—Los soldados, que no creen en fantasmas ni demonios, están casi desquiciados por el miedo. Tú, que crees en fantasmas, demonios, trasgos y todo tipo de criaturas sobrenaturales, no pareces temer ninguna de esas cosas en las que crees.

—En el universo no hay nada que el acero no pueda cortar —respondió Conan —. Le arrojé mi hacha al demonio y no sufrió daño, pero pude haber fallado en la penumbra, o una rama haber desviado el vuelo del arma. No me voy a poner a buscar diablos, pero no voy a desviarme del camino para dejarlos pasar.

Valanus alzó la cabeza y cruzó una mirada directa con el cimerio.

—Conan, de ti depende más de lo que crees. Conoces la debilidad de esta provincia, es una cuña estrecha encajada en un territorio salvaje e indómito. Sabes que la vida de todos al oeste de las Marcas depende de este fuerte. Si fracasamos, hachas teñidas de rojo estarán destrozando las puertas de Velitrium antes de que un jinete pueda cruzar las marcas. Su majestad, y los consejeros de su majestad, han ignorado mi petición de más tropas para defender la frontera. No saben nada de las condiciones aquí, y son reacios a gastar más dinero en esta dirección. El destino de la frontera depende de los hombres que la defienden ahora.

»Sabes que la mayor parte del ejército que conquistó Conajohara ha sido retirada. Sabes que la fuerza que ha permanecido es insuficiente, sobre todo desde que ese diablo de Zogar Sag se las arregló para envenenar nuestra reserva de agua y murieron cuarenta hombres en un día. Muchos de los otros están enfermos, o han sido mordidos por serpientes o heridos por bestias salvajes que parecen pulular cada vez más en las cercanías del fuerte. Los soldados creen que Zogar se jacta de que puede invocar a las bestias del bosque para matar a sus enemigos.

»Dispongo de trescientos piqueros, cuatrocientos arqueros bosonios y quizá cincuenta hombres que, como tú, son expertos en moverse por el bosque. Cada uno vale por diez soldados, pero son muy pocos. Sinceramente, Conan, mi situación es cada vez más precaria. Los soldados hablan en susurros de desertar; tienen la moral baja y creen que Zogar Sag ha lanzado demonios contra nosotros. Temen la peste negra con las que nos ha amenazado; la terrible muerte negra de las tierras pantanosas. Cuando veo un soldado enfermo, empiezo a sudar de miedo a ver que se pone negro y se marchita y muere ante mis ojos.

»Conan, si nos cae encima la peste, ¡los soldados desertarán en masa! La frontera quedará desprotegida y nada contendrá el avance de las hordas de piel oscura hasta las mismas puertas de Velitrium, ¡y quizá más allá! Si no podemos mantener el fuerte, ¿cómo van ellos a mantener la ciudad?

»Zogar Sag debe morir si queremos conservar Conajohara. Has penetrado en lo desconocido más que ningún otro hombre del fuerte; sabes dónde está Gwawela, y conoces parte del bosque al otro lado del río. ¿Comandarás un grupo de hombres esta noche para ir a matarlo o capturarlo? Sí, ya sé que es una locura. No hay ni una posibilidad entre mil de que ninguno regrese con vida. Pero si no acabamos con él, moriremos todos. Puedes llevarte todos los hombres que necesites.

—Para un trabajo así, una docena es mejor que un regimiento —respondió Conan—. Quinientos hombres no podrían abrirse paso luchando hasta Gwawela y luego volver, pero una docena puede entrar y salir sigilosamente. Déjame elegir a los hombres. No quiero ningún soldado.

—¡Déjame ir! —exclamó animoso Balthus—. Toda la vida he cazado ciervos en Tauran.

—De acuerdo. Valanus, iremos a comer al cobertizo donde se reúnen los montaraces y elegiré a mis hombres. Nos pondremos en marcha dentro de una hora, cruzaremos el río en un bote hasta un punto por debajo de la aldea y después avanzaremos sigilosamente hacia ella por el bosque. Si sobrevivimos, deberíamos estar de regreso al amanecer.

## 3
## Furtivos en las sombras

El río era una línea difusa entre muros de ébano. Las palas que impulsaban el gran bote que se deslizaba sigiloso por las espesas sombras de la orilla oriental se hundían con suavidad en el agua, sin hacer más ruido que el pico de una garza. Los anchos hombros de la figura frente a Balthus parecían azules en la densa penumbra. Sabía que ni siquiera la mirada aguda del hombre arrodillado en la proa era capaz de ver más allá de unos cuantos palmos por delante de ellos. Conan detectaba el camino gracias a su instinto y a un extenso conocimiento del río.

Nadie hablaba. Balthus había echado una buena mirada a sus compañeros en el fuerte antes de que salieran de la empalizada y se dirigieran a la orilla donde esperaba la canoa. Pertenecían a una nueva raza, nacida al mundo en el límite salvaje de la frontera; hombres a quienes la necesidad más extrema había enseñado las artes del bosque. Aquilonios de la provincia occidental todos ellos, tenían numerosos puntos en común. Vestían de forma parecida: botas de ante, calzas de cuero y camisas de piel de venado, con anchos cinturones que sostenían hachas y espadas cortas; y todos eran delgados, de mirada dura, cargados de cicatrices, nervudos y taciturnos.

Eran hasta cierto punto hombres salvajes, y sin embargo los seguía separando un gran trecho del cimerio. Eran hijos de la civilización que habían revertido al semibarbarismo. Conan era un bárbaro, descendiente de mil generaciones de bárbaros. Ellos habían aprendido sigilo y habilidades, pero él ya había nacido con todo aquello. Los superaba incluso en la ágil economía de movimientos. Ellos eran lobos; él, un tigre.

Balthus los admiraba, a ellos y a su líder, y sentía una punzada de orgullo por haber sido admitido en su compañía. Estaba orgulloso de que su pala no hiciera más ruido que las de ellos. En ese aspecto al menos, era su igual, aunque las artes del bosque que había aprendido cazando en Tauran nunca igualarían a las desarrolladas en el alma de los hombres de la frontera salvaje.

Algo más allá del fuerte, el río trazaba una gran curva. Las luces del puesto avanzado se perdieron de vista rápidamente, pero la canoa mantuvo el rumbo durante un tercio de legua, evitando obstáculos y troncos flotantes con precisión casi sobrenatural.

Un leve gruñido de su líder hizo que giraran la proa y enfilasen hacia la orilla opuesta. Emerger de las sombras negras de la espesura que bordeaba el río y navegar por la corriente abierta creó la extraña sensación de quedar expuestos. Pero las estrellas daban muy poca luz, y Balthus sabía que a menos que los estuvieran buscando ni la mirada más aguda distinguiría la forma oscura de la canoa que cruzaba el río.

Entraron bajo los arbustos colgantes de la orilla occidental; Balthus extendió una mano, tanteó una raíz saliente y se agarró a ella. Nadie habló. Se habían dado todas las instrucciones antes de que el grupo abandonara el fuerte. Silencioso como una gran pantera, Conan se descolgó por la borda y desapareció entre los arbustos. Nueve hombres lo siguieron, igual de silenciosos. A Balthus, sujeto a la raíz y con la pala sobre las rodillas, le pareció increíble que diez hombres pudieran desvanecerse en el bosque enmarañado sin producir sonido alguno.

Se dispuso a esperar. No cruzó ninguna palabra con el otro hombre que se había quedado con él. En algún lugar, a un tercio de legua al noroeste, la aldea de Zogar Sag se alzaba rodeada por el espeso bosque. Balthus entendía sus órdenes: él y su compañero tenían que esperar el regreso de la partida de asalto. Si Conan y los demás no habían vuelto al primer indicio del amanecer, debían cruzar el río, volver al fuerte e informar de que el bosque había cobrado su peaje inmemorial a la raza invasora. El silencio era opresivo. No llegaba sonido alguno del bosque negro, invisible tras la masa oscura de arbustos colgantes. Balthus había dejado de oír los tambores. Habían estado en silencio durante horas. Siguió parpadeando, intentando ver a través de la densa oscuridad sin darse cuenta de ello. Los húmedos olores nocturnos del río y el bosque pantanoso le causaban angustia. En algún lugar cercano se produjo un sonido, como si un gran pez hubiera saltado y chapoteado en el agua. Balthus pensó que había saltado tan cerca de la canoa que había golpeado el casco, pues esta vibró levemente. La popa empezó a girar, apartándose un poco de la orilla. Sin duda el montaraz a su espalda había soltado la rama que sujetaba. Giró la cabeza para sisear una advertencia y apenas pudo distinguir la figura de su compañero, un bulto un poco más oscuro que densa oscuridad que los rodeaba.

El montaraz no respondió. Balthus se preguntó si se habría quedado dormido; extendió una mano y le tocó el hombro. Para su sorpresa, el cuerpo se derrumbó bajo el toque y quedó tendido en el fondo de la canoa. Retorciendo a medias el cuerpo, Balthus lo tanteó, con el corazón en un puño. Sus dedos vacilantes palparon el cuello... y solo la tensión convulsiva de los músculos que apretaron las mandíbulas contuvo el grito que pugnaba por salir de los labios del joven. Sus dedos encontraron una herida abierta y sangrante; a su compañero le habían cortado la garganta de oreja a oreja.

Presa del horror y el pánico Balthus empezó a incorporarse; un brazo musculoso surgió de la oscuridad y le rodeó con fuerza el cuello, estrangulando su grito. La canoa se agitó de un modo salvaje. La mano de Balthus empuñaba el cuchillo, aunque el joven no recordaba haberlo sacado de la bota, y apuñaló a ciegas y con rabia. Sintió que la hoja se hundía hasta el fondo, y un fiero aullido resonó junto a su oreja, respondido de un modo atroz mientras la oscuridad

parecía cobrar cobrar vida a su alrededor. Un clamor bestial se alzó por todas partes, y otros brazos lo sujetaron. Bajo el peso de la masa de cuerpos que se retorcían, la canoa volcó. Antes de que Balthus se hundiera con ella, algo le golpeó la cabeza y la noche quedó iluminada brevemente por un cegador estallido de fuego antes de convertirse en una oscuridad en la que ni las estrellas brillaban.

## 4
## Las bestias de Zogar Sag

El fuego deslumbró de nuevo a Balthus mientras recobraba poco a poco el sentido. Parpadeó y sacudió la cabeza. El brillo le hacía daño en los ojos. Una mezcla confusa de sonidos se alzó a su alrededor, volviéndose más nítida a medida que se iba despejando. Levantó la cabeza y miró confuso en torno. Lo rodeaban figuras negras perfiladas contra las lenguas carmesí de las llamas.

De inmediato recordó y comprendió. Estaba atado de pie a un poste en un espacio abierto, rodeado de figuras feroces y terribles. Más allá de aquel anillo ardían hogueras atendidas por mujeres desnudas de piel oscura. Pasadas las hogueras distinguió chozas de barro y cañizo, techadas con arbustos. Tras las chozas había una empalizada con una gran puerta. Vio todo eso de pasada; incluso las misteriosas mujeres oscuras con sus extraños peinados las percibió de un modo distraído. Toda su atención estaba fijada con horrorizada fascinación en los hombres que estaban ante él y lo observaban.

Eran bajos, de hombros anchos, pecho hundido y caderas estrechas. Estaban desnudos a excepción de los exiguos taparrabos de piel. La luz del fuego resaltaba su densa musculatura. Sus rostros oscuros permanecían inmóviles, pero los ojos entrecerrados brillaban con el fuego que arde en la mirada de un tigre al acecho. Llevaban las cabelleras enredadas sujetas con aros de cobre, y empuñaban hachas y espadas. Unos vendajes toscos cubrían las extremidades de algunos, y en la piel oscura mostraban manchas de sangre seca. Habían estado luchando hacía poco, y había sido una lucha letal.

Balthus apartó los ojos de la mirada inescrutable de sus captores, y reprimió un grito de terror. A pocos pasos de donde se encontraba se alzaba una pirámide macabra de escasa altura: estaba construida con cabezas humanas ensangrentadas. Los ojos muertos contemplaban vidriosos el cielo nocturno. Aturdido, reconoció los rostros vueltos en su dirección: eran las cabezas de los hombres que habían acompañado a Conan al bosque. No fue capaz de distinguir si el cimerio se encontraba entre ellos; solo veía unas pocas caras. Le pareció que habría al menos diez u once cabezas. Lo invadió una sensación mortalmente enfermiza, y tuvo que contener el deseo de vomitar. Más allá de las cabezas yacían los cadáveres de media docena de pictos, y al verlos lo invadió una alegría feroz. Los montaraces habían vendido caras sus vidas, al menos.

Apartó la cabeza del macabro espectáculo y se dio cuenta de que cerca de él había otro poste, una estaca pintada de negro, igual que aquella a la que estaba atado. Un hombre se debatía en sus ataduras, desnudo a excepción de las calzas de cuero, y Balthus lo reconoció como uno de los hombres de Conan. Le salía sangre por la boca, y también le manaba lentamente de una herida en el costado. El hombre alzó la cabeza y se lamió los labios pálidos.

**—¡Así que también te atraparon a ti! —murmuró, haciéndose oír con dificultad por encima del clamor de los pictos.**

**—Se acercaron por el agua y le cortaron el cuello al otro —gimió Balthus—. No los oímos hasta que no los tuvimos encima. Mitra, ¿cómo pueden moverse tan silenciosamente?**

**—Son demonios —musitó el hombre de la frontera—. Deben de habernos estado vigilando desde que cruzamos el centro del río. Nos metimos de cabeza en una trampa. Nos acribillaron a flechas desde todas partes antes de que lo supiéramos. La mayoría caímos en la primera andanada. Tres o cuatro saltamos a los arbustos y luchamos cuerpo a cuerpo, pero eran demasiados. Quizá Conan haya escapado, no he visto su cabeza. Para ti y para mí habría sido mejor que nos mataran directamente. No puedo culpar a Conan. En condiciones normales habríamos llegado a la aldea sin ser descubiertos, no tienen vigías en la orilla del río tan corriente abajo, donde desembarcamos. Debemos de habernos tropezado con una gran partida que venía río arriba desde el sur. Hay algo diabólico en marcha. Hay demasiados pictos aquí. No todos son de Gwawela; hay también gente de las tribus occidentales, de río arriba y de río abajo.**

**Balthus observó las figuras feroces. No sabía mucho de las costumbres pictas, pero era consciente de que la cantidad de hombres reunida a su alrededor era desproporcionada al tamaño de la aldea. No había bastantes chozas para acomodarlos a todos. Se dio cuenta en ese momento de que había diferencias entre los dibujos tribales bárbaros pintados en caras y pechos.**

**—Algo diabólico —murmuró el montaraz—. Puede que se hayan reunido para presenciar la magia de Zogar. Hará algún conjuro extraño con nuestros restos. Bueno, un hombre de la frontera no espera morir en la cama. Pero ojalá hubiera acabado como los demás.**

**El aullido lobuno de los pictos aumentó en volumen y exultación, y un movimiento entre sus filas produjo un agrupamiento excitado. Balthus dedujo que se acercaba alguien importante. Forzó el cuello y vio que estaban clavando unas estacas ante un edificio grande, más largo que las demás chozas, decorado con cráneos humanos colgados de los aleros. Por la puerta de aquella estructura apareció danzando una figura fantástica.**

**—¡Zogar! —masculló el montaraz; su rostro ensangrentado torció lobunamente los rasgos cuando de forma inconsciente empezó a tensar las ligaduras.**

**Balthus vio una figura delgada de estatura mediana, casi cubierta por completo de plumas de avestruz sujetas a un arnés de cuero y cobre. Entre las plumas distinguió un rostro atroz y malévolo. Las plumas desconcertaron a Balthus. Sabía que eran originarias del sur, de un lugar a medio mundo de distancia. Se agitaban y susurraban perversamente con los saltos y giros del chamán.**

**Dando brincos y haciendo cabriolas increíbles entró en el anillo y giró ante sus cautivos amarrados y silenciosos. En otro hombre, aquello habría resultado ridículo: un estúpido salvaje dando saltos sin sentido en un remolino de plumas. Pero el rostro salvaje que asomaba entre la masa esponjosa daba a la escena un sentido macabro. Nadie con una cara como esa podría parecer ridículo, ni otra cosa excepto el demonio que era.**

**Se detuvo de repente y quedó rígido como una estatua; las plumas temblaron una vez y cayeron a su alrededor. Los guerreros aullantes guardaron silencio.**

Zogar Sag estaba erguido e inmóvil, y pareció volverse más alto, crecer y expandirse. Balthus experimentó la ilusión de que el picto se alzaba sobre ellos, mirándolos despectivamente desde una gran altura, aunque sabía que el chamán no era tan alto como él. Se sacudió la ilusión con dificultad.

El chamán estaba hablando ahora; una entonación seca y gutural que sin embargo transmitía el siseo de una cobra. Adelantó la cabeza sobre el largo cuello hacia el herido atado a la estaca; sus ojos brillaban rojos a la luz del fuego. El montaraz le escupió en plena cara.

Con un aullido demoníaco, Zogar saltó convulsamente en el aire, y los guerreros lanzaron un aullido que ascendió tremolante hacia las estrellas. Se lanzaron hacia el hombre atado a la estaca, pero el chamán los apartó a golpes. Ladró una orden y envió a los guerreros a la puerta. Estos la abrieron de par en par, se giraron y volvieron corriendo al círculo. El anillo de pictos se dividió con velocidad desesperada, abriéndose a izquierda y derecha. Balthus vio que las mujeres y los niños desnudos entraban corriendo en las chozas, y luego se asomaban con cautela por puertas y ventanas. Quedó abierto un amplio camino hasta la puerta abierta, tras la que se alzaba amenazador el bosque negro, extendiéndose sombrío más allá del claro, sin que lo alcanzase la luz de las hogueras.

Reinó un tenso silencio mientras Zogar Sag se volvía hacia el bosque, se ponía de puntillas y lanzaba un grito inhumano que retumbó en la noche. Un grito más profundo le respondió desde algún lugar lejano del bosque negro. Balthus se estremeció. Por el timbre de aquel grito, sabía que no había surgido de una garganta humana. Recordó que Valanus había dicho que Zogar se jactaba de poder invocar a bestias salvajes para que cumplieran sus órdenes. El montaraz había palidecido bajo su máscara de sangre. Se lamió los labios espasmódicamente.

La aldea contuvo la respiración. Zogar Sag se mantuvo quieto como una estatua, con las plumas temblando levemente a su alrededor. De pronto, la puerta ya no estaba vacía.

Un jadeo estremecido salió de todas las gargantas, y los pictos retrocedieron con prisa, apelotonándose entre las chozas. Balthus sintió que se le ponía el pelo de punta. La criatura que se alzaba en la puerta era la encarnación de una pesadilla legendaria. Tenía un color extrañamente pálido que la hacía parecer fantasmal e irreal a la escasa luz. Pero no había nada de irreal en la salvaje cabeza gacha y en los largos colmillos curvados que desprendían reflejos a la luz del fuego. Sus pies almohadillados avanzaron sin ruido como un espectro del pasado. Era un superviviente de una edad más antigua, más brutal; el ogro de muchas leyendas antiguas: un tigre de dientes de sable. Ningún cazador hibóreo había visto desde hacía siglos una de esas bestias primitivas. Mitos inmemoriales dotaban a aquellas criaturas de una cualidad sobrenatural, inducida por su color fantasmal y su ferocidad maligna.

La bestia que se deslizaba hacia los hombres atados a las estacas era más larga y pesada que el tigre rayado común, casi tan grande como un oso. Sus hombros y sus patas delanteras eran tan masivas y musculosas que le daban un aspecto extrañamente pesado, aunque sus cuartos traseros eran más poderosos que los de un león. Las mandíbulas eran enormes, pero la cabeza tenía una forma bestial. Su capacidad cerebral era pequeña; no tenía espacio para ningún instinto que no fuera de destrucción. Era una aberración carnívora, una evolución desbocada en un horror de colmillos y garras.

**Aquella era la monstruosidad que Zogar Sag había invocado del bosque. Balthus ya no dudaba de que la magia del chamán fuera real. Solo las artes oscuras podrían establecer un dominio sobre aquel monstruo de escaso cerebro y poderosos músculos. En el fondo de su consciencia, como un susurro, apareció el vago recuerdo del nombre de un antiguo dios de la oscuridad y el miedo primordial, ante el cual se inclinaban tanto hombres como bestias, y cuyos hijos, susurraban los hombres, aún acechaban en los rincones más oscuros del mundo. Un nuevo horror tintó la mirada que fijó en Zogar Sag.**

**El monstro pasó junto al montón de cadáveres y las cabezas apiladas, aparentemente sin prestarles atención. No era un carroñero. Solo cazaba presas vivas, en una vida dedicada en exclusiva a la matanza. Un hambre terrible ardía con un fuego verdoso en los grandes ojos que no parpadeaban; no era solo el hambre del estómago vacío, sino el ansia por dispensar la muerte. Abrió las mandíbulas salivantes. El chamán retrocedió un paso y señaló con la mano al montaraz.**

**El gran felino se encogió, agazapándose, y Balthus recordó aturdido relatos que hablaban de su asombrosa ferocidad; de cómo podía saltar sobre un elefante y hundir los colmillos semejantes a espadas tan profundamente en el cráneo del titán que después no podía retirarlos, quedando clavado a su víctima y muriendo de hambre. El chamán emitió un grito agudo, y con un rugido ensordecedor, el monstruo saltó.**

**Balthus no habría podido imaginar ni en sueños un salto como aquel, el lanzamiento de esa destrucción encarnada en la gigantesca masa de músculos de hierro y garras cortantes. Golpeó de lleno en el pecho del montaraz, y la estaca se partió por la base, cayendo a tierra por el impacto. Un instante después, el tigre de dientes de sable se deslizaba hacia la puerta, medio arrastrando y medio llevando en vilo una espantosa masa carmesí que solo recordaba vagamente a un hombre. Balthus lo observó casi paralizado; su cerebro se negaba a dar crédito a lo que sus ojos acababan de presenciar.**

**Con el salto, la gran bestia no solo había roto la estaca; había arrancado el cuerpo mutilado de su víctima del poste al que estaba atada. En aquel instante de contacto, las inmensas garras habían destripado y parcialmente descuartizado al hombre, y los colmillos gigantes habían arrancado media cabeza, atravesando el cráneo con la misma facilidad que la carne. Las gruesas cuerdas de cuero habían cedido como si fueran de papel, y allí donde habían resistido, habían cedido la carne y los huesos. Balthus sintió una arcada. Había cazado osos y panteras, pero jamás había imaginado que una bestia viva pudiera convertir a un hombre en una ruina roja en apenas un parpadeo.**

**El dientes de sable desapareció por la puerta, y unos instantes después, un rugido profundo resonó en el bosque y se perdió en la distancia. Pero los pictos seguían encogidos contra las chozas, y el chamán seguía de frente a la puerta que semejaba una abertura negra dispuesta para dejar pasar a la noche.**

**Un sudor frío cubrió de repente la piel de Balthus. ¿Qué nuevo horror entraría por esa puerta para convertirlo en carroña? Lo asaltó un pánico enfermizo y se retorció en vano en sus ligaduras. La noche presionaba, negra y terrible, más allá de la luz de las hogueras. El mismo fuego brillaba siniestro como las llamas del infierno. Sintió que los ojos de los pictos se clavaban en él; cientos de ojos hambrientos y crueles que reflejaban el ansia de almas que carecían por completo de humanidad tal como él la conocía. Ya no parecían hombres; eran demonios de**

aquella jungla negra, tan inhumanos como las criaturas que el diablo con plumas de avestruz invocaba en la oscuridad.

Zogar envió otra llamada que resonó en la noche, y fue totalmente diferente al primer grito. Había en ella una sibilancia espantosa, y Balthus se quedó helado ante la implicación. Si una serpiente pudiera sisear con tanta fuerza, ese sería el sonido que emitiría.

En aquella ocasión no hubo respuesta, solo un periodo de silencio sofocado en el cual los latidos del corazón del Balthus lo estrangulaban. Se oyó entonces un sonido deslizante al otro lado de la puerta, un roce seco que envió escalofríos por la columna vertebral del joven. De nuevo la luz de las hogueras junto a la puerta iluminó a su espantoso ocupante.

Balthus reconoció también al monstruo de las viejas leyendas. Había visto y conocía a la antigua y maligna serpiente que se balanceaba allí, con su cabeza en forma de cuña, grande como un caballo, tan alta como la cabeza de un hombre, y con el cuerpo redondo que desprendía un brillo pálido y se retorcía detrás. Una lengua bifurcada salía y entraba de la boca, y la luz del fuego se reflejaba en los colmillos desnudos.

Balthus fue incapaz de sentir emoción; el horror de su destino lo paralizaba. Aquel era el reptil al que los antiguos llamaban la Serpiente Fantasma, el pálido terror abominable que antaño se arrastraba en las chozas por la noche y devoraba familias enteras. igual que una pitón, aplastaba a sus víctimas, pero a diferencia de otras constrictoras, sus colmillos inyectaban un veneno que inducía locura y muerte. También se la creía extinta desde hacía mucho tiempo. Pero Valanus había dicho la verdad: los hombres blancos ignoraban qué formas merodeaban por los grandes bosques más allá del río Negro.

Se acercó en silencio, arrastrándose por el suelo, con la espantosa cabeza al mismo nivel y el cuello ligeramente curvado hacia atrás para lanzar el golpe. Balthus contempló con una mirada vidriosa e hipnotizada aquellas fauces abominables que pronto lo engullirían, y no fue consciente de más sensaciones que una ligera náusea.

Algo que desprendió un reflejo a la luz del fuego surgió de pronto de las sombras de las chozas, y el gran reptil se sacudió y empezó a retorcerse. Como en un sueño, Balthus vio que una lanza atravesaba el poderoso cuello justo detrás de las mandíbulas abiertas. El astil sobresalía por un lado; la punta de acero, por el otro.

Retorciéndose en curvas espantosas, el enloquecido reptil rodó contra el círculo de hombres, que retrocedieron apartándose. La lanza no le había cortado el espinazo, solo había atravesado los grandes músculos del cuello. Los furiosos latigazos de la cola barrieron a una docena de hombres, y las mandíbulas entrechocaron convulsivamente, salpicando a otros con un veneno que quemaba como un fuego líquido. Aullando, maldiciendo y gritando, se dispersaron frenéticamente ante la serpiente, tropezando y haciéndose caer unos a otros en la huida, pisoteando a los caídos y atravesando las chozas. La serpiente gigante rodó sobre una hoguera, esparciendo chispas y brasas, y el dolor la hizo redoblar su frenesí. La pared de una choza cedió bajo el impacto de la cola, y sus ocupantes se dispersaron lanzando alaridos.

Los hombres corrieron pisoteando las hogueras, esparciendo la leña en todas direcciones. Las llamas se avivaron por un momento, y luego se apagaron. Un débil brillo rojizo fue lo único que iluminó la escena de pesadilla mientras el reptil

gigante golpeaba y rodaba, y los hombres arañaban y gritaban en su huida frenética.

Balthus sintió un tirón en las muñecas, y de pronto se vio libre milagrosamente y una mano fuerte lo apartó del poste. Miró confuso a Conan, y sintió la mano de hierro del cimerio sujetándole el brazo. Tenía sangre en la cota de malla, y sangre seca en la espada que empuñaba con la mano derecha; se alzaba sombrío y gigantesco a la luz mortecina.

—¡Vamos! ¡Antes de que superen el pánico!

Balthus sintió que le encajaban en la mano el mango de un hacha. Zogar Sag había desaparecido. Conan arrastró a Balthus tras él hasta que el cerebro entumecido del joven se despertó y empezó a mover las piernas por voluntad propia. El cimerio lo soltó y echó a correr hacia la choza donde colgaban los cráneos, con Balthus justo detrás. Distinguió un macabro altar de piedra, débilmente iluminado por el resplandor del exterior; cinco cabezas humanas sonreían en aquel altar, y había algo espantosamente familiar en los rasgos de la más fresca; era la del mercader, Tiberias. Tras el altar había un ídolo, oscuro, impreciso, bestial, pero con una silueta vagamente humana. Un horror renovado ahogó a Balthus cuando la cabeza de la figura se alzó de repente con un rechinar de cadenas y alzó unos brazos largos y deformes en la penumbra.

La espada de Conan golpeó y atravesó carne y huesos. el cimerio arrastró a Balthus tras el altar, pasaron sobre la figura desmadejada del suelo y llegaron a una puerta en la parte trasera de la choza alargada. Al cruzarla se vieron de nuevo dentro del cercado, pero a pocos pasos de distancia se alzaba la empalizada.

El terreno tras la choza del altar estaba a oscuras. La estampida enloquecida de los pictos no los había llevado en aquella dirección. Junto a la empalizada, Conan se detuvo, agarró a Balthus y lo levantó a la altura de sus brazos extendidos como si hubiera levantado a un niño. Balthus se agarró a los extremos de los troncos clavados en el barro secado por el sol, trepó y pasó sobre el borde, ignorando los destrozos que sufrió su piel. Tendió una mano hacia abajo para ayudar al cimerio, cuando de repente, por la esquina de la choza del altar, apareció un picto que huía a la carrera. Se detuvo en seco al ver al hombre encaramado al muro, a la pálida luz de las hogueras. Conan arrojó el hacha con mortal puntería, pero el guerrero ya había abierto la boca para lanzar un grito de advertencia, que resonó con fuerza por encima del alboroto y se cortó en seco cuando cayó con el cráneo destrozado.

El terror ciego no había anulado los instintos arraigados. Cuando aquel grito salvaje se elevó por encima del clamor, hubo un instante de calma, y luego un centenar de gargantas aulló una respuesta furiosa, y los guerreros acudieron en masa para rechazar el ataque que presagiaba el grito de alerta.

Conan dio un gran salto y se agarró no a la mano de Balthus, sino a su brazo casi a la altura del hombro, y se aupó a lo alto de la empalizada. Balthus rechinó los dientes al soportar la tensión. Un instante después, el cimerio estaba en lo alto junto a él, y los fugitivos se dejaron caer al otro lado.

## 5
## Los hijos de Jhebbal Sag

—¿Hacia dónde está el río? —Balthus estaba desorientado.

—No podemos intentar ir hacia allí ahora —gruñó Conan—. El bosque entre la aldea y el río está infestado de guerreros. ¡Vamos! Iremos en la dirección que menos se esperan, ¡hacia el oeste!

Balthus miró a su espalda cuando entraron en la espesura, y vio que sobre la empalizada asomaban montones de cabezas negras de salvajes que intentaban mirar por encima. Los pictos estaban desconcertados. No habían trepado al muro a tiempo de ver esconderse a los fugitivos; habían acudido a la carrera esperando tener que rechazar un ataque masivo, y habían encontrado el cadáver del guerrero que dio la alarma. Pero no había enemigos a la vista.

Balthus se dio cuenta de que aún no habían descubierto que el prisionero se había escapado. De otros sonidos dedujo que los guerreros, dirigidos por la voz estridente de Zogar Sag, estaban destruyendo a flechazos a la serpiente herida. El monstruo estaba fuera del control del chamán. Un momento después, el tono de los gritos cambió. Aullidos de rabia se alzaron en la noche.

Conan sonrió torvamente. Guiaba a Balthus por un estrecho sendero que corría hacia el oeste bajo las ramas negras, con pisadas tan rápidas y firmes como si caminara por una carretera bien iluminada. Balthus, que se guiaba tanteando las densas murallas que tenía a cada lado, se tambaleó tras él.

—Vendrán tras nosotros. Zogar ha descubierto que te has ido, y sabe que mi cabeza no estaba en la pila delante de la choza del altar. ¡El muy perro! Si hubiera tenido otra lanza, lo habría atravesado con ella antes de ensartar a la serpiente. Mantente en el sendero. No pueden rastrearnos a la luz de las antorchas, y hay un par de decenas de caminos que salen de la aldea. Primero seguirán los que se dirigen al río, y formarán un cordón de guerreros una legua a lo largo de la orilla, esperando que intentemos atravesarlo. No entraremos en el bosque hasta que sea necesario; iremos más rápido por el sendero. Ahora, haz un esfuerzo y corre como nunca has corrido.

—¡Se repusieron del pánico condenadamente deprisa! —jadeó Balthus, obedeciendo y apretando el paso.

—No temen nada durante mucho tiempo —gruñó Conan.

Durante un rato, no hablaron. Los fugitivos concentraron toda su atención a ampliar la distancia. Estaban penetrando cada vez más profundamente en el bosque salvaje y se alejaban de la civilización a cada paso, pero Balthus no cuestionó la sabiduría de Conan. En un momento dado, el cimerio se tomó un instante para decir:

—Cuando estemos bastante lejos de la aldea volveremos hacia el río trazando un círculo amplio. No hay más poblados en leguas a la redonda de Gwawela; todos los pictos están reunidos en sus alrededores. Los rodearemos. No pueden seguir nuestra pista hasta que amanezca. Entonces encontrarán nuestro rastro, pero antes del amanecer dejaremos el sendero y nos adentraremos en el bosque.

Siguieron avanzando. Los gritos se apagaron tras ellos. Balthus respiraba entre los dientes apretados. Sintió un dolor en el costado y correr se convirtió en una tortura. Tropezó con los arbustos a ambos lados del sendero. Conan se detuvo de repente, se giró y observó el sombrío camino que acababan de recorrer.

En algún lugar se estaba elevando la luna; un brillo blanco apagado entre las ramas enmarañadas.

—¿Entramos en el bosque? —jadeó Balthus.

—Déjame el hacha —murmuró Conan en un susurro—. Algo nos sigue de cerca.

—¡Entonces salgamos del camino! —exclamó Balthus.

Conan negó con la cabeza y llevó a su compañero tras un espeso arbusto. La luna se elevó más e iluminó tenuemente el sendero.

—¡No podemos luchar contra toda la tribu! —susurró Balthus.

—Ningún ser humano habría podido encontrar nuestro rastro tan pronto, ni seguirnos con tanta rapidez —murmuró Conan—. No hagas ruido.

Siguió un tenso silencio en el que Balthus tuvo la impresión de que se podían oír los latidos de su corazón a leguas de distancia. Entonces, de repente, sin ningún sonido que anunciara su llegada, una cabeza salvaje apareció en el sendero en penumbra. A Balthus le dio un vuelco el corazón; en un primer vistazo temió estar viendo la horrible cabeza del dientes de sable. Pero esta era más pequeña y estrecha; un leopardo se había detenido, emitiendo un gruñido grave y observando el sendero. El viento soplaba en dirección a los dos hombres escondidos, dispersando su olor. La bestia agachó la cabeza y olisqueó el camino, y después siguió avanzando indecisa. Un escalofrío recorrió el espinazo de Balthus. Era indudable que la bestia los seguía.

Y desconfiaba. Levantó la cabeza; sus ojos brillaban como bolas de fuego. Emitió un rugido grave. En ese preciso instante, Conan arrojó el hacha.

Toda la fuerza del brazo y el hombro de Conan impulsó el lanzamiento, y el hacha trazó una estela de plata bajo la tenue luna. Casi antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, Balthus vio que el leopardo se revolcaba por el suelo en su agonía, con el mango del hacha sobresaliendo de su cabeza. La hoja del arma había partido en dos el estrecho cráneo.

Conan salió de los arbustos, arrancó el hacha y arrastró el cuerpo inerte entre los árboles, ocultándolo de miradas casuales.

—Ahora, vamos, ¡y deprisa! —gruñó, saliendo del sendero y guiando el camino hacia el sur—. Vendrán guerreros detrás de ese gato. En cuanto Zogar se paró a pensar un poco lo mandó a buscarnos. Los pictos lo seguirían, pero los habrá dejado bastante atrás. Rodearía la aldea hasta que dio con nuestra pista y vino detrás de nosotros como una centella. Los pictos no podían igualar su velocidad, pero tienen una idea general de la dirección que tomamos. Lo seguirán esperando oír su rugido. Bueno, ya no lo oirán, pero encontrarán la sangre en el sendero, y cuando busquen alrededor, darán con su cuerpo entre los arbustos. Ahí encontrarán nuestro rastro, si son capaces. Camina con cuidado.

Esquivó las zarzas colgantes y las ramas bajas sin esfuerzo, deslizándose entre los árboles sin tocar los brotes y posando siempre los pies en lugares calculados para dejar la mínima prueba de su paso, pero con Balthus la tarea era más lenta y trabajosa.

No les llegó ningún sonido desde atrás. Habían recorrido más de un tercio de legua cuando Balthus habló:

—¿Zogar Sag captura cachorros de leopardo y los entrena como sabuesos?

Conan negó con la cabeza.

—Ese era un leopardo al que llamó del bosque.

Balthus insistió:

—Pero si puede ordenar a las bestias que cumplan su voluntad, ¿por qué no reúne a todas y las lanza tras nosotros? El bosque está lleno de leopardos, ¿por qué enviar solo uno?

Conan no respondió durante un rato, y cuando habló, lo hizo con cierta reticencia.

**—No puede dar órdenes a todos los animales. Solo a los que recuerdan a Jhebbal Sag.**

**—¿Jhebbal Sag? —Balthus repitió titubeante el antiguo nombre. No lo había oído pronunciar más que tres o cuatro veces en toda su vida.**

**—Hubo un tiempo en que todos los seres vivos lo adoraban. Eso fue hace mucho, cuando bestias y hombres hablaban el mismo idioma. Los hombres lo han olvidado; incluso las bestias olvidan. Solo unos cuantos lo recuerdan. Los hombres y las bestias que recuerdan a Jhebbal Sag son hermanos y hablan la misma lengua.**

**Balthus no respondió; había estado atado a una estaca picta y había visto que la jungla nocturna enviaba sus horrores dentados obedeciendo la llamada del chamán.**

**—Los hombres civilizados se ríen —dijo Conan—. Pero ninguno me puede explicar cómo puede Zogar Sag invocar pitones y tigres y leopardos salidos de la jungla y hacer que lo obedezcan. Dirán que es mentira, si se atreven. Así son los hombres civilizados: cuando no pueden explicar algo con su ciencia incompleta, se niegan a creerlo.**

**Los habitantes de Tauran estaban más cerca de los primitivo que la mayoría de los aquilonios; las supersticiones persistían, supersticiones cuyo origen se perdía en la antigüedad. Y Balthus había visto cosas que aún lo acosaban. No podía negar la monstruosidad que implicaban las palabras de Conan.**

**—He oído decir que en algún lugar de este bosque existe una antigua arboleda sagrada dedicada a Jhebbal Sag —dijo Conan—. No lo sé; nunca la he visto. Pero en este territorio lo recuerdan más bestias que en ninguno que haya estado nunca.**

**—Entonces, ¿nos estarán siguiendo otras?**

**—Ahora sí —fue la inquietante respuesta de Conan—. Zogar nunca encargaría nuestra búsqueda a una sola bestia.**

**—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Balthus con nerviosismo, apretando con fuerza el mango del hacha mientras observaba las ramas sombrías por encima de su cabeza. Su carne se estremecía ante la expectativa de que unas garras y unos colmillos saltaran desde las sombras.**

**—¡Espera!**

**Conan se giró, se agachó y con el cuchillo empezó a dibujar un extraño símbolo en el barro. Balthus se detuvo a observar y sintió que un escalofrío le recorría el espinazo, aunque no sabía por qué. Ninguna brisa le golpeó la cara, pero hubo un agitar de hojas sobre ellos, y un extraño gemido barrió espectral las ramas. Conan miró hacia lo alto con expresión inescrutable, y después se levantó y observó con gesto sombrío el símbolo que acababa de dibujar.**

**—¿Qué es eso? —susurró Balthus. Parecía arcaico y no tenía sentido para él. Supuso que era su desconocimiento lo que le impedía identificarlo como uno de los diseños convencionales de alguna cultura establecida. Pero aunque hubiera sido el mayor experto en arte del mundo no habría estado más cerca de la solución.**

**—Lo vi grabado en la pared de roca de una cueva que ningún humano había visitado en un millón de años —murmuró Conan—, en las montañas deshabitadas al otro lado del mar de Vilayet, a medio mundo de aquí. Más tarde vi a un cazador de brujas de Kush grabarlo en la arena de un río sin nombre. Me explicó parte de su significado; es sagrado para Jhebbal Sag y todas las criaturas que lo adoran.**

**¡Observa!**

**Se ocultaron entre la densa espesura, a unos pasos de aquel punto, y aguardaron en tenso silencio. Hacia el este resonaron unos tambores, y desde el norte y el oeste respondieron otros. Balthus se estremeció, aunque sabía que leguas de bosque negro lo separaban de los torvos hombres que golpeaban aquellos tambores, cuyo sonido apagado era una obertura siniestra que preparaba el sombrío escenario para un drama sangriento.**

**Balthus contuvo la respiración. Entonces, con un leve temblor de hojas, los arbustos se abrieron y apareció antes sus ojos una imponente pantera. La luz de la luna que se filtraba entre las hojas relució en la piel lustrosa que se ondulaba con el movimiento de los grandes músculos que cubría.**

**Se dirigió hacia los hombres con la cabeza gacha. Estaba olfateando el rastro. Entonces se detuvo, paralizada, con el hocico casi tocando el símbolo grabado en el barro. Durante un largo momento se quedó agachada, inmóvil; aplastó el largo cuerpo y apoyó la cabeza en el suelo, ante la marca. Balthus sintió que se le erizaba el vello, pues la actitud del gran carnívoro era de sobrecogimiento y adoración.**

**La pantera se alzó y retrocedió con cuidado, casi rozando el suelo con el vientre. Cuando sus cuartos traseros llegaron a los arbustos, giró como presa del pánico y desapareció como un relámpago de luz moteada.**

**Balthus se secó el sudor de la frente con una mano temblorosa y miró a Conan.**

**Los ojos del bárbaro brillaban con fuegos que nunca habían iluminado los ojos de hombres criados en las ideas de la civilización. En aquel instante era puro salvajismo, y había olvidado al hombre que estaba a su lado. En su mirada ardiente, Balthus entrevió y reconoció vagamente imágenes primigenias y recuerdos medio encarnados, sombras del amanecer de la vida, olvidadas y rechazadas por las razas sofisticadas; fantasmas antiguos y primordiales innominados e innombrables.**

**Luego los fuegos profundos quedaron cubiertos y Conan abrió camino silenciosamente, adentrándose en el bosque.**

**—Ya no tenemos que temer más a las bestias —dijo al cabo de un rato—, pero hemos dejado una huella que los hombres pueden leer. No seguirán nuestra pista con facilidad, y hasta que no encuentren el símbolo no estarán seguros de que nos dirigimos hacia el sur. Incluso entonces, no les será fácil rastrearnos sin la ayuda de las bestias. Pero los bosques al sur del sendero se llenarán de guerreros en nuestra busca. Si seguimos avanzando después de que amanezca, seguro que nos tropezaremos con algunos. En cuanto encontremos un lugar adecuado nos esconderemos y esperaremos a que se haga de noche otra vez, y luego intentaremos llegar al río. Tenemos que advertir a Valanus, pero no le seremos de ayuda si nos hacemos matar.**

**—¿Advertir a Valanus?**

**—¡Infiernos, el bosque a este lado del río está infestado de pictos! Por eso nos atraparon. Zogar está cocinando magia de guerra; esta vez no será una simple incursión. Ha hecho algo que ningún picto ha conseguido nunca, que yo recuerde: unir hasta quince o dieciséis clanes. Lo consiguió con su magia; seguirán a un brujo mucho más de lo que seguirían a un jefe guerrero. Ya viste la muchedumbre de la aldea, y no puedes ver los centenares más escondidos a lo largo de la orilla del río. Y siguen llegando otros, de las aldeas más lejanas. Tendrá al menos tres**

mil guerreros. Yo estaba escondido entre los arbustos y los oí hablar cuando pasaban. Tienen intención de atacar el fuerte; cuándo, no lo sé, pero Zogar no se atreverá a retrasarlo mucho tiempo. Los ha reunido y azuzado hasta el frenesí; si no los guía pronto a la batalla, empezarán a pelearse unos con otros. Son como tigres enloquecidos por el olor de la sangre.

»No sé si podrán tomar el fuerte o no. En cualquier caso, tenemos que cruzar el río y dar la alarma. Los colonos de la carretera de Velitrium deben refugiarse en el fuerte o retroceder hasta la ciudad. Mientras los pictos asedian el fuerte, habrá partidas que recorrerán la carretera hacia el este; quizá incluso crucen el río Trueno y ataquen el territorio más poblado que se extiende tras Velitrium.

Mientras hablaba abría el camino, adentrándose más y más en el antiguo bosque. De repente soltó un gruñido de satisfacción. Habían llegado a un punto donde la vegetación era menos densa, y dieron con un afloramiento rocoso que se extendía hacia el sur. Balthus se sintió más seguro al seguirlo; ni siquiera un picto podía seguir un rastro en la roca desnuda.

—¿Cómo escapaste? —preguntó.

Conan se dio unos golpecitos en la cota de malla y el casco.

—Si más hombres de la frontera llevaran armadura, habría menos cráneos colgando de las chozas de los altares. Pero la mayoría hacen ruido cuando llevan armadura. Nos estaban esperando a los dos lados del camino, sin moverse. Y cuando un picto permanece inmóvil, hasta las bestias del bosque pueden pasar a su lado sin verlo. Nos divisaron cuando cruzamos el río y se emboscaron. Si hubieran empezado a esconderse después de que llegáramos a la orilla, me habría dado cuenta de algo. Pero estaban esperando, y no temblaba ni una hoja. Ni el mismo diablo habría sospechado. La primera señal que tuve fue cuando oí el asta de una flecha rozando la madera de un arco al tensarlo. Me tiré al suelo y les grité a los hombres que hicieran lo mismo, pero fueron demasiado lentos, tomados así por sorpresa.

»La mayoría cayó en la primera andanada que nos llovió desde los dos lados. Algunas flechas pasaron sobre el sendero y se clavaron en pictos que estaban al otro lado. —Sonrió con satisfacción salvaje—. Algunos de los que quedábamos nos lanzamos a la espesura y nos enfrentamos a ellos. Cuando vi que los demás habían caído o habían sido capturados, rompí el cerco y en la oscuridad dejé atrás a los demonios pintados. Pero estaban por todas partes a mi alrededor. Corrí y me arrastré y avancé con sigilo, y a veces permanecí tumbado pegado al suelo mientras pasaban a mi lado.

»Intenté llegar a la orilla y la encontré repleta de pictos, esperando a que hiciera algo así. Pero me habría abierto paso a tajos y me habría arriesgado a nadar si no hubiera oído los tambores en la aldea y sabido que habían capturado a alguno con vida.

»Estaban tan concentrados en la magia de Zogar que pude trepar la empalizada detrás de la choza del altar. Había un guerrero montando guardia allí, pero estaba agachado detrás de la choza y miraba la ceremonia desde una esquina. Me acerqué por su espalda y le rompí el cuello con las manos antes de que supiera qué ocurría. Fue su lanza la que le arrojé a la serpiente, y tú empuñas su hacha.

—Pero ¿qué era esa… esa cosa que mataste en la choza del altar? —preguntó Balthus, sintiendo un escalofrío al recordar aquel horror entrevisto.

—Uno de los dioses de Zogar. Uno de los hijos de Jhebbal que no recordaba y había tenido que encadenar al altar. Un simio gigante. Los pictos creen que son

sagrados para el Dios Peludo que vive en la luna, el dios gorila de Gullah.

»Pero se acerca el amanecer. Allí hay un buen lugar para escondernos hasta que veamos cómo de cerca nos siguen. Posiblemente tengamos que esperar hasta la noche para volver al río.

Por delante se alzaba una pequeña colina, circundada y cubierta de árboles y arbustos. Cerca de la cumbre, Conan se deslizó por un afloramiento rocoso coronado por densos arbustos. Tumbado entre ellos podía ver sin ser visto el bosque que se extendía debajo. Era un buen lugar para esconderse o defenderse. Balthus no creía que ni siquiera un picto pudiera haberles seguido la pista por el terreno rocoso de la última legua o legua y media, pero temía a las bestias que obedecían a Zogar Sag. Su fe en el extraño símbolo se había debilitado un poco. Pero Conan había descartado la posibilidad de que alguna bestia los rastreara.

Una blancura espectral se extendió por la densa espesura; las zonas de cielo visible cambiaron de tonalidad, pasando de rosa a azul. Balthus sintió el aguijón del hambre, aunque había calmado la sed en un arroyo que habían cruzado. El silencio era absoluto, salvo por el trino ocasional de algún pájaro. Los tambores habían dejado de sonar. Los pensamientos de Balthus volvieron a la escena macabra ante la choza del altar.

—Esas plumas de avestruz que llevaba Zogar Sag —dijo—. Las he visto en los cascos de caballeros que cabalgaban desde el este para visitar a los barones de la frontera. No hay avestruces en este bosque, ¿verdad?

—Las trajeron de Kush —respondió Conan—. Al oeste de aquí, a muchos días de camino, está la costa. De vez en cuando llega algún barco de Zingaria y comercia con armas, ornamentos y vino con las tribus de la costa, llevándose a cambio mineral de cobre y polvo de oro. A veces traen plumas de avestruz adquiridas a los estigios, que a su vez las consiguieron de las tribus negras de Kush, que está al sur de Estigia. Los chamanes pictos las valoran muchísimo. Pero es un comercio muy peligroso. Los pictos suelen intentar capturar las naves. Y la costa es peligrosa; he navegado por ella cuando estaba con los piratas de las islas Baracha, que están al sur de Zingaria.

Balthus miró a su compañero con admiración.

—Sabía que no habías pasado toda la vida en esta frontera. Has mencionado varios lugares lejanos. ¿Has viajado mucho?

—He ido lejos; mucho más que cualquier otro hombre de mi raza. He visto todas las grandes ciudades de los hibóreos, los shemitas, los estigios y los hirkanios. He recorrido los países desconocidos al sur de los reinos negros de Kush, y he ido al este del mar de Vilayet. He sido capitán mercenario, corsario, kozaki, vagabundo sin blanca y general de un ejército. Diablos, lo he sido todo excepto rey de un país civilizado, y quizá lo sea antes de morir. —La idea lo complació y sonrió con dureza. Luego se encogió de hombros y estiró su poderosa figura en las rocas—. Esta es una vida tan buena como cualquiera. No sé cuánto tiempo estaré en la frontera; una semana, un mes, un año. Me gusta vagar. Pero en la frontera estoy tan bien como en cualquier otro sitio.

Balthus se acomodó para observar el bosque que tenían debajo. A cada momento esperaba ver rostros feroces pintados apareciendo entre las hojas. Pero las horas pasaron y ningunos pasos sigilosos perturbaron la calma inquietante. Balthus supuso que los pictos habían perdido el rastro y abandonado la caza. Conan estaba cada vez más intranquilo.

—Deberíamos haber visto grupos recorriendo el bosque en nuestra busca. Si

han abandonado la caza, es porque persiguen una presa mayor. Quizá se estén reuniendo para cruzar el río y atacar el fuerte.

—¿Bajarían tanto hacia el sur si hubieran perdido nuestra pista?

—La pista la han perdido, desde luego; de lo contrario ya se nos habrían lanzado al cuello hace tiempo. En circunstancias normales explorarían el bosque muchas leguas en todas las direcciones. Algunos habrían quedado a la vista desde esta colina. Tienen que estar preparándose para cruzar el río. Tenemos que arriesgarnos e intentar llegar a él.

Al descender por las rocas, Balthus sintió que la carne se le encogía entre los hombros, esperando que en cualquier momento cayera sobre ellos una lluvia de flechas surgida de la masa verde sobre su cabeza. Temía que los pictos los hubieran descubierto y se hubieran emboscado. Pero Conan estaba convencido de que no había enemigos cerca, y el cimerio tenía razón.

—Estamos leguas al sur de la aldea —gruñó Conan—. Iremos directamente hacia el río. No sé hasta qué distancia río abajo se habrán extendido, esperemos llegar antes que ellos.

A una velocidad que a Balthus se le antojó temeraria, corrieron hacia el este. El bosque parecía vacío de vida. Conan creía que todos los pictos se habían reunido en los alrededores de Gwawela, si, de hecho, no habían cruzado el río ya. Sin embargo, no creía que fueran a cruzarlo de día.

—Sin duda los vería algún montaraz y daría la alarma. Cruzarán por encima y por debajo del fuerte, fuera de la vista de los centinelas. Entonces, otros irán directamente en canoas hacia la muralla que da al río. Tan pronto como ataquen, los que estén ocultos en el bosque a lo largo de la orilla asaltarán el fuerte por los demás lados. Lo han intentado antes, y acabaron destripados. Pero esta vez disponen de bastantes hombres para lanzar un verdadero asalto.

Siguieron avanzando sin detenerse, aunque Balthus observó anhelante las ardillas que saltaban entre las ramas, que podría haber acertado lanzando el hacha. Con un suspiro se ajustó el ancho cinturón. El silencio y la penumbra omnipresentes del bosque primitivo empezaban a deprimirlo. Se descubrió pensando en las llanuras abiertas y los prados bañados por el sol de Tauran, en la alegre vivienda de su padre, de planta rectangular y tejado inclinado, en las vacas rollizas que pastaban en la hierba alta y lozana y en el compañerismo sincero de los campesinos y pastores fornidos y de brazos musculosos.

Se sentía solo a pesar de su compañero. Conan era tan parte de aquella tierra salvaje como Balthus era ajeno a ella. El cimerio podía haber pasado años en las grandes ciudades del mundo; podía haber caminado entre los gobernantes de la civilización; podía incluso hacer realidad algún día su sueño salvaje y llegar a ser rey de una nación civilizada; cosas más raras habían ocurrido. Pero seguía siendo un bárbaro. Solo lo preocupaban los fundamentos desnudos de la vida. Las intimidades cálidas de las cosas pequeñas y gentiles, los sentimientos y las deliciosas trivialidades que formaban gran parte de las vidas de los hombres civilizados, no tenían sentido para él. Un lobo no era menos lobo porque la casualidad lo hubiera llevado a correr junto a los perros guardianes. El derramamiento de sangre, la violencia y el salvajismo eran los elementos naturales de la vida que Conan conocía; no podía, y no podría nunca, entender los pequeños detalles tan apreciados por los hombres y las mujeres de la civilización.

Las sombras se alargaban cuando llegaron al río y se asomaron entre los

arbustos que lo ocultaban. Podían ver la corriente hasta casi un tercio de legua en ambas direcciones. Las aguas lúgubres permanecían desnudas y vacías. Conan escrutó la orilla opuesta.

—Tenemos que arriesgarnos aquí. Debemos cruzar a nado. No sabemos si los pictos han cruzado ya o no; el bosque al otro lado puede estar infestado de ellos. Pero tenemos que correr el riesgo. Estamos a un par de leguas al sur de Gwawela.

Giró sobre los talones y se agachó cuando sonó el tañido de la cuerda de un arco. Algo semejante a un destello de luz blanca atravesó los arbustos. Balthus sabía que era una flecha. Con un salto de tigre, Conan atravesó los arbustos y Balthus captó el brillo del acero cuando este trazó un arco con la espada. Oyó un grito de muerte. Un instante después había cruzado los arbustos tras el cimerio.

Un picto con el cráneo roto yacía boca abajo en el suelo, con los dedos crispados arañando la hierba. Media docena más se lanzaba contra el cimerio alzando espadas y hachas. Habían tirado los arcos, inútiles a tan corta distancia. Llevaban la mandíbula inferior pintada de blanco, y los dibujos pintados en los pechos musculosos eran diferentes a cualquier otro que hubiera visto Balthus.

Uno de los pictos arrojó el hacha a Balthus y corrió hacia él con el cuchillo alzado. El aquilonio lo esquivó y aferró la muñeca que empujaba el cuchillo directamente hacia su cuello. Cayeron juntos al suelo y rodaron. El picto era como una fiera salvaje, con músculos como cables de acero.

Balthus luchaba por mantener agarrada la muñeca del salvaje y utilizar su propia hacha, pero el combate era tan rápido y furioso que cada intento de golpear acababa interceptado. El picto se retorcía furiosamente para liberar la mano del cuchillo, agarraba el hacha de Balthus y lanzaba rodillazos a la entrepierna del joven. De repente intentó pasar el cuchillo a la mano libre, y en ese instante, Balthus, alzándose sobre una rodilla, abrió la cabeza pintada con un hachazo desesperado.

Se levantó de un salto y buscó con la mirada a su compañero, esperando verlo superado por el mero número. Fue entonces cuando descubrió la verdadera fuerza y ferocidad del cimerio. Conan pasó por encima de dos atacantes, casi partidos por la mitad por aquella espada terrible, y mientras Balthus miraba, el cimerio desvió la estocada de una espada corta y esquivó un hachazo con un salto felino hacia un lado, que lo llevó a la distancia de un brazo de un salvaje agachado que intentaba coger un arco. Antes de que el picto pudiera erguirse, la espada enrojecida descendió y lo cortó del hombro al esternón, donde se quedó atascada. Los otros guerreros cargaron hacia él, uno por cada lado. Balthus arrojó el hacha con una puntería que redujo los atacantes a uno, y Conan, abandonando el intento de liberar la espada, giró sobre los talones y recibió al picto con las manos desnudas. El robusto guerrero, una cabeza más bajo que su enemigo, saltó y golpeó con el hacha al mismo tiempo que lanzaba una puñalada asesina con la otra mano. El cuchillo se quebró contra la cota de malla de Conan, y el hacha se detuvo en el aire cuando los dedos del cimerio se cerraron como grilletes de hierro en el brazo que descendía. Se oyó el ruidoso chasquido del hueso al romperse, y Balthus vio que el picto se paralizaba con una mueca de dolor. Al momento siguiente fue arrancado del suelo y alzado sobre la cabeza del cimerio; se retorció en el aire un instante, pateando y revolviéndose, y entonces fue arrojado al suelo con tal fuerza que el cuerpo rebotó y después yació inmóvil, en una postura que hablaba de extremidades rotas y espinazo partido.

—¡Vamos! —Conan liberó su espada y cogió un hacha—. ¡Coge un arco y un

puñado de flechas, y date prisa! Tenemos que correr de nuevo; habrán oído ese grito. Estarán aquí enseguida. Si intentamos nadar ahora, nos acribillarán a flechazos antes de que lleguemos al centro del río.

## 6
## Hachas rojas en la frontera

Conan no se adentró demasiado en el bosque. A cien pasos del río, alteró su trayecto oblicuo y empezó a correr en paralelo a este. Balthus reconoció la adusta determinación a no dejarse alejar de la corriente que debían cruzar si querían avisar a los hombres del fuerte. Tras ellos sonaron con más fuerza los gritos de pictos; Balthus supuso que habían llegado al claro donde yacían los cadáveres de sus compañeros. Los aullidos que se alzaron a continuación indicaron que los salvajes se habían lanzado a perseguirlos por el bosque. Habían dejado un rastro que cualquier picto podía seguir.

Conan aceleró el paso, y Balthus apretó los dientes y consiguió mantenerse a los talones del cimerio, aunque sintió que iba a desplomarse en cualquier momento. Parecía que habían pasado siglos desde la última vez que comió algo. Siguió adelante más por fuerza de voluntad que por otra cosa. La sangre le latía tan furiosamente en los tímpanos que no se dio cuenta de que los gritos tras ellos habían cesado.

Conan se detuvo de repente. Balthus se apoyó en un árbol, jadeando.

—¡Han abandonado! —gruñó el cimerio, frunciendo el ceño.

—Vienen... con... sigilo... —resopló Balthus. El cimerio negó con la cabeza.

—En una persecución tan corta como esta habrían aullado cada palmo del camino. No. Se han retirado. Me pareció haber oído que alguien gritaba detrás de ellos unos segundos antes de que el ruido empezara a apagarse. Los han llamado de vuelta. Y eso es bueno para nosotros, pero condenadamente malo para los del fuerte. Significa que los guerreros han sido convocados para el ataque. Los pictos de los que huíamos eran guerreros de una tribu asentada río abajo. No hay duda de que se dirigían a Gwawela para unirse al ataque al fuerte. Maldita sea, estamos más lejos que nunca. Tenemos que cruzar el río.

Giró hacia el este y se apresuró a través de la espesura sin intentar camuflarse. Balthus lo siguió, sintiendo por primera vez el escozor de las heridas del pecho y el hombro recibidas en su salvaje pelea contra el picto. Estaba abriéndose paso entre los espesos arbustos que colgaban sobre el río cuando Conan tiró de él hacia atrás. Oyó un chapoteo rítmico, y al mirar entre las hojas vio una canoa que subía por el río, con su único ocupante impulsándose con fuerza contra la corriente. Era un picto musculoso, con una pluma blanca de garza encajada en un aro de cobre que le sujetaba la melena.

—Es un hombre de Gwawela —musitó Conan—. Un emisario de Zogar. La pluma blanca lo indica. Habrá ido a parlamentar con las tribus río abajo y ahora intenta volver para echar una mano en la matanza.

El embajador solitario estaba ya casi a la altura del escondrijo. De repente Balthus estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón al oír justo a su lado los sonidos guturales de la lengua picta. Se dio cuenta de que Conan había llamado al remero en su propio idioma. El picto se sobresaltó, escrutó los arbustos y respondió algo, y luego echó una mirada al otro lado del río, se inclinó y empezó a

remar hacia la orilla occidental. Sin comprender, Balthus vio que Conan le quitaba de la mano el arco que había recogido en el claro y encajaba una flecha.

El picto había acercado la canoa a la orilla, y mirando hacia los arbustos dijo algo. La respuesta le llegó en forma de un tañido del arco y el vuelo relampagueante de una flecha que se hundió hasta las plumas en su ancho pecho. Con un grito ahogado, cayó a un lado y se sumergió en las aguas poco profundas. Un instante después, Conan había bajado a la orilla y vadeaba para atrapar la canoa que empezaba a arrastrar la corriente. Balthus se tambaleó tras él, y aún confuso, trepó a la canoa. Conan lo siguió, cogió la pala de remo e impulsó la embarcación a toda velocidad hacia la orilla oriental. Balthus contempló con envidiosa admiración el juego de los grandes músculos bajo la piel tostada por el sol. El cimerio parecía un hombre de hierro, incapaz de sentir fatiga.

—¿Qué le dijiste al picto? —preguntó Balthus.

—Que se acercara a la orilla; que había un montaraz blanco al otro lado e intentaba dispararle una flecha.

—No parece juego limpio —protestó Balthus—. Creyó que le estaba hablando un amigo. Imitaste perfectamente a un picto…

—Necesitábamos la canoa —gruñó Conan sin dejar de remar—. Era la única forma de que se acercara. ¿Qué es peor, traicionar a un picto que se habría divertido desollándonos vivos o traicionar a los hombres del otro lado del río cuyas vidas dependen de que crucemos?

Balthus meditó un instante sobre aquella cuestión ética, y luego se encogió de hombros.

—¿A qué distancia estamos del fuerte? —preguntó.

Conan señaló un arroyo que se unía al río Negro por el este, a unos cientos de varas por detrás de ellos.

—Ese es el arroyo del Sur; desemboca a algo más de tres leguas del fuerte y marca el límite sur de Conajohara. Al sur de él se extienden varias leguas de marjales; no hay peligro de que llegue un asalto desde allí. Tres leguas por encima del fuerte está el arroyo Norte, el otro límite, y también hay marjales a continuación. Por eso el ataque llegará desde el oeste, cruzando el río Negro. Conajohara es como una lanza con una punta de seis leguas de ancho clavada en territorio picto.

—¿Por qué no seguimos en la canoa y viajamos por el río?

—Porque, teniendo en cuenta la corriente que tenemos que superar y los recodos del río, iremos más deprisa a pie. Además, recuerda que Gwawela está al sur del fuerte; si los pictos están cruzando el río, nos toparemos directamente con ellos.

Empezaba a caer el crepúsculo cuando desembarcaron en la orilla oriental. Sin hacer ninguna pausa, Conan empezó a andar hacia el norte, a un paso que hizo que las robustas piernas de Balthus le empezaran a doler.

—Valanus quería construir fuertes en las desembocaduras de los arroyos Norte y Sur —gruñó el cimerio—. Así se podría patrullar continuamente el río. Pero el gobierno se negó.

»Idiotas de vientre blando sentados en cojines de terciopelo con muchachas desnudas sirviéndoles vino sentadas en las rodillas. Conozco el tipo. No ven más allá de la pared de su palacio. Diplomacia… ¡Infiernos! Luchan contra los pictos con teorías sobre la expansión territorial. Valanus y los hombres como él tienen que obedecer las órdenes de un hatajo de condenados idiotas. Nunca tomarán más

tierras pictas, igual que nunca reconstruyeron Venarium. ¡Llegará el día en que vean a los bárbaros cayendo en hordas sobre las murallas de las ciudades orientales!

Una semana antes, Balthus se habría reído ante una idea tan descabellada. Ahora no contestó. Había visto la indómita ferocidad de los habitantes del otro lado de la frontera.

Se estremeció y miró de reojo la lúgubre corriente, apenas visible entre los arbustos, y las ramas de los árboles apelotonados junto a las orillas. No olvidaba la posibilidad de que los pictos pudieran haber cruzado ya el río y estuvieran emboscados entre ellos y el fuerte. Oscurecía con rapidez.

Un leve sonido por delante de ellos le puso el corazón en un puño, y la espada de Conan centelleó en el aire. La bajó cuando un perro, un animal enorme, demacrado y cubierto de cicatrices, salió de entre los arbustos y se detuvo observándolos.

—Ese perro era de un colono que intentó construir su cabaña cerca de la orilla del río, a una legua al sur del fuerte—gruñó Conan—. Los pictos cruzaron y lo mataron, por supuesto, y quemaron la cabaña. Lo encontramos muerto entre las brasas, y al perro, caído sin sentido entre los tres pictos que había matado. Casi lo habían hecho pedazos. Lo llevamos al fuerte y le curamos las heridas, pero después de recuperarse se marchó al bosque y se asilvestró. ¿Qué pasa, Matador? ¿Estás dando caza a los que asesinaron a tu amo?

La enorme cabeza se inclino hacia un lado y hacia el otro, y los ojos desprendieron un brillo verde. No gruñó ni ladró. Se colocó detrás de ellos silencioso como un fantasma.

—Deja que nos acompañe —murmuró Conan—. Olfateará a esos demonios antes de que los veamos.

Balthus sonrió y acarició la cabeza del perro. Los labios del animal se retrajeron involuntariamente, mostrando los colmillos brillantes; pero entonces, la gran bestia bajó la cabeza tímidamente y sacudió la cola con inseguridad, como si casi hubiera olvidado las emociones de la amistad. Balthus comparó mentalmente aquel cuerpo flaco y endurecido con los gordos y lustrosos sabuesos que alborotaban peleando juguetonamente en la perrera de su padre. Suspiró. La frontera no era menos dura para los animales que para los hombres. Aquel perro casi había olvidado el significado de la amabilidad y la amistad.

Matador echó a andar y Conan dejó que los guiase. El último resplandor del crepúsculo dio paso a una densa oscuridad. Las leguas fueron quedando atrás bajo sus pasos firmes. Matador parecía mudo. De repente se detuvo, tenso, alzando las orejas. Un instante después, los hombres lo oyeron: un aullido demoníaco río arriba, por delante de ellos, débil como un susurro.

Conan maldijo como un demente.

—¡Han atacado el fuerte! ¡Llegamos demasiado tarde! ¡Vamos!

Apretó el paso, confiando en que el perro olfatease cualquier emboscada. Bajo una oleada de tensa excitación, Balthus olvidó su hambre y su cansancio. Los aullidos sonaron con más fuerza según avanzaban, y por encima del escándalo diabólico oyeron los gritos profundos de los soldados. Justo cuando Balthus empezaba a temer que se toparían con los salvajes, que parecían estar justo delante de ellos, Conan giró, apartándose del río y trazando un gran semicírculo que los llevó a una loma baja desde la cual podían otear por encima del bosque. Vieron el fuerte, iluminado por antorchas alzadas por encima del parapeto sobre

largas pértigas. Emitían una luz temblorosa e incierta que bañaba el claro, y a aquella luz vieron una masa de figuras desnudas y pintadas que cubrían todo el borde. El río estaba infestado de canoas. Los pictos habían rodeado el fuerte por completo.

Una lluvia incesante de flechas caía contra la empalizada desde el bosque y el río. El tañido profundo de los arcos se elevaba sobre los gritos. Aullando como lobos, varios cientos de guerreros desnudos que empuñaban hachas salieron corriendo de entre los árboles y cargaron contra la puerta oriental. Habían llegado a ciento cincuenta pasos de distancia de su objetivo cuando una explosión de flechas surgió de la muralla, cubrió el terreno de cadáveres y envió a los supervivientes de vuelta a los árboles. Los hombres de las canoas lanzaban sus embarcaciones hacia la empalizada del lado del río, y los recibió otra lluvia de proyectiles y una descarga de los fundíbulos montados en las torres de aquel lado de la empalizada. Piedras y troncos volaron por los aires y destrozaron y hundieron media docena de canoas, matando a sus ocupantes. El resto de las canoas retrocedió hasta quedar fuera de alcance. Un rugido de triunfo surgió del interior del fuerte, y fue respondido por un aullido bestial desde todas las direcciones.

—¿Intentamos romper el cerco? —preguntó Balthus, temblando de ansiedad.

Conan negó con la cabeza. Se irguió con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente inclinada; una figura sombría y amenazante.

—El fuerte está condenado. Los pictos están sedientos de sangre y no se detendrán hasta que hayan matado a todos. Y son demasiados para que los hombres del fuerte puedan acabar con ellos. No podríamos cruzar el cerco, y si lo hiciéramos, no podríamos hacer nada más que morir junto a Valanus.

—Entonces, ¿no podemos hacer más que salvar el pellejo?

—Así es. Tenemos que avisar a los colonos. ¿Sabes por qué los pictos no intentan prender fuego al fuerte con flechas incendiarias? Porque no quieren que las llamas alerten a la gente que está al este. Su plan es aplastar el fuerte, y después seguir hacia el este antes de que nadie sepa que ha caído. Podrían cruzar el río Trueno y tomar Velitrium antes de que la gente sepa qué ha pasado. Como mínimo, matarán a todo el mundo entre el fuerte y el río Trueno.

»Hemos fracasado en alertar al fuerte, y ahora veo que aunque hubiéramos tenido éxito no habría servido de nada. La dotación era demasiado escasa. Unas pocas cargas más, y los pictos superarán la empalizada y romperán las puertas. Pero podemos alertar a los colonos de aquí a Velitrium. ¡Vamos! Estamos fuera del círculo de pictos que envuelve el fuerte. Los rodearemos.

Avanzaron en un arco amplio, escuchando los ascensos y caídas del volumen de los gritos, que marcaban cada carga y rechazo. Los hombres del fuerte estaban aguantando el terreno, pero los aullidos de los pictos no disminuían su salvajismo. Resonaban con un tono que transmitía su seguridad de que al final vencerían.

Antes de que Balthus se diera cuenta de que ya estaban cerca, salieron a la carretera que llevaba hacia el este.

—Y ahora, ¡corre! —gruñó Conan.

Balthus apretó los dientes. Había más de seis leguas hasta Velitrium, y más de una legua hasta el arroyo de la Cabellera, tras el cual empezaban los asentamientos. El aquilonio tenía la impresión de que llevaban siglos luchando y corriendo. Pero la excitación nerviosa que corría por su sangre lo estimuló para realizar un esfuerzo hercúleo.

Matador corría por delante de ellos, con la cabeza cerca del suelo y emitiendo un gruñido grave, el primer sonido que le habían oído producir.

—¡Pictos por delante! —masculló Conan; echó una rodilla a tierra y escrutó el terreno a la luz de las estrellas. Sacudió la cabeza, desconcertado—. No puedo decir cuántos. Una pequeña avanzadilla, seguro. Unos cuantos que no podían esperar a tomar el fuerte. ¡Se han adelantado para asesinar a los colonos en sus lechos! ¡Vamos!

En ese momento distinguieron un leve resplandor entre los árboles, oyeron un cántico feroz y salvaje. El camino trazaba una curva allí; lo abandonaron y atajaron la curva cruzando la espesura. Momentos después contemplaron una escena atroz. En medio de la carretera, una carreta de bueyes cargada con los escasos muebles de un hogar estaba envuelta en llamas; los bueyes yacían cerca con la garganta cortada. Un hombre y una mujer estaban tendidos en la carretera, desnudos y mutilados. Cinco pictos bailaban a su alrededor girando y dando saltos, y agitando hachas ensangrentadas. Uno de ellos agitaba el vestido cubierto de sangre de la mujer.

Ante aquella visión, una niebla roja cubrió la mirada de Balthus. Levantó el arco, apuntó a la arrogante figura, una silueta negra recortada contra el fuego, y disparó. El asesino saltó convulsamente y cayó muerto con la flecha atravesándole el corazón. Entonces los dos hombres blancos y el perro cayeron sobre los sorprendidos supervivientes. A Conan lo animaba meramente su espíritu luchador y un antiguo odio racial, pero Balthus ardía de ira.

Hizo frente al primer picto que se le opuso con un golpe feroz que partió en dos el cráneo pintado, y mientras el cuerpo caía saltó por encima de él para enzarzarse con los otros. Conan ya había matado a los dos que había elegido, y el salto del aquilonio se produjo un segundo tarde; el guerrero estaba en el suelo, atravesado por la espada larga del cimerio, mientras Balthus aún levantaba el hacha. Al girarse hacia el picto que quedaba, Balthus vio que Matador se alzaba sobre su víctima con las mandíbulas goteando sangre.

Balthus no dijo nada al mirar a las desdichadas figuras de la carretera, tendidas al lado de la carreta en llamas. Ambos eran jóvenes; la mujer, poco más que una muchacha. Por un capricho de la suerte, los pictos habían dejado su rostro intacto, e incluso en la agonía de aquella muerte horrible se veía que era hermosa. Pero su joven cuerpo había sido espantosamente desgarrado por muchos cuchillos; una niebla cubrió los ojos de Balthus y el joven tragó saliva. La tragedia lo abrumó. Sintió el impulso de dejarse caer al suelo y llorar y morder la tierra.

—Una pareja joven que iba a instalarse por su cuenta —decía Conan mientras limpiaba la espada, imperturbable—. De camino al fuerte se cruzaron con los pictos. Quizá el muchacho iba a alistarse, o a ocupar tierras junto al río. Bueno, esto es lo que les ocurrirá a todos los hombres, mujeres y niños a este lado del río Trueno si no conseguimos llevarlos rápidamente a Velitrium.

Balthus siguió a Conan con las rodillas temblando. Pero no había el menor indicio de debilidad en las amplias zancadas del cimerio. Había una cierta semejanza entre él y la gran bestia que trotaba a su lado. Matador había dejado de gruñir con la cabeza pegada al suelo: el camino estaba despejado por delante de ellos. Los gritos procedentes del río llegaban débiles, pero Balthus creía que el fuerte seguía resistiendo. Conan se detuvo de repente, soltando un juramento.

Le señaló a Balthus un sendero que se dirigía hacia el norte desde la carretera. Era un sendero antiguo, parcialmente cubierto de vegetación nueva, que había

sido aplastada hacía poco tiempo. Balthus se dio cuenta de ello más por una sensación que gracias a los ojos, aunque Conan parecía ver como un gato en la oscuridad. El cimerio le mostró el punto donde las ruedas de una carreta se apartaban de la carretera principal, profundamente marcadas en el barro del bosque.

—Colonos de camino a las salinas —gruñó—. Están al borde del marjal, a unas tres leguas de aquí. ¡Maldita sea! ¡Les cortarán el paso y los masacrarán a todos! Escucha: basta uno para alertar a la gente a lo largo de la carretera. Adelántate, reúnelos y llévalos a Velitrium. Yo iré a por los buscadores de sal; habrán acampado al pie de la salina. No volveremos por aquí; seguiremos atravesando directamente el bosque.

Sin más comentarios, Conan echó a correr por el estrecho sendero, y Balthus, tras mirar un instante cómo se alejaba, siguió adelante por la carretera. El perro se había quedado con él y trotaba suavemente a sus talones. Balthus había recorrido unas cuantas varas cuando oyó gruñir al animal. Giró sobre los talones y miró el camino que acababa de recorrer, y se sorprendió al descubrir un vago resplandor fantasmal que desaparecía en el bosque en la dirección que había seguido Conan. Matador gruñó desde el fondo de su garganta, con el pelo del cuello erizado y los ojos convertidos en esferas de fuego verde. Balthus recordó la macabra aparición que se había llevado la cabeza de Tiberias, el mercader, no muy lejos de aquel mismo lugar, y vaciló. Aquella cosa debía de estar siguiendo a Conan. Pero el gigantesco cimerio había demostrado numerosas veces su capacidad para cuidarse a sí mismo, y Balthus sintió que su obligación era hacia los colonos indefensos que salpicaban la ruta del tornado rojo. El horror causado por el feroz fantasma palidecía ante el horror ante aquellos cuerpos inertes y destrozados que yacían junto al carro de bueyes.

Se apresuró por la carretera, cruzó el arroyo de la Cabellera y vislumbró la primera de las cabañas de colonos, una estructura larga y achaparrada construida con troncos arrastrados por bueyes. Un instante después estaba golpeando la puerta. Una voz soñolienta preguntó qué ocurría.

—¡Levantaos! ¡Los pictos han cruzado el río!

Aquello provocó una respuesta inmediata. Un grito apagado coreó sus palabras y una mujer con una exigua túnica abrió de golpe la puerta. El pelo le caía desordenado sobre los hombros desnudos; sostenía una vela en una mano y un hacha en la otra. Estaba pálida y tenía los ojos desorbitados por el terror.

—¡Entra! —rogó—. Defenderemos la cabaña.

—No. Debemos partir hacia Velitrium. El fuerte no podrá contenerlos; quizá haya caído ya. No pierdas tiempo vistiéndote; coge a tus hijos y vámonos.

—¡Pero mi hombre ha ido con los otros a buscar sal! —gimió, agitando las manos. Tras ella asomaron tres chiquillos, parpadeando asombrados.

—Conan ha ido a buscarlos. Los pondrá a salvo. Tenemos que darnos prisa para avisar a las otras cabañas.

El rostro de la mujer se cubrió de alivio.

—¡Gracias a Mitra! —exclamó—. Si el cimerio ha ido con ellos están a salvo, si es que puede salvarlos un mortal.

En un torbellino de actividad, cogió al chiquillo más pequeño y azuzó a los otros para que cruzaran la puerta. Balthus cogió la vela y la apagó de un pisotón. Se detuvo un instante a escuchar. Ningún sonido llegaba por la oscura carretera.

—¿Tienes un caballo?

—En el establo —gimió ella—. ¡Oh, deprisa!

Balthus la apartó a un lado mientras intentaba apartar las barras con manos temblorosas. Sacó el caballo y montó a los chiquillos, diciéndoles que se agarraran a las crines y unos a otros. Lo miraron con expresión seria, sin llorar. La mujer cogió el ronzal y emprendió la marcha por la carretera. Aún seguía aferrando el hacha y Balthus supo que si los acorralaban lucharía con el valor de una pantera.

Se mantuvo detrás, escuchando. Le angustiaba la idea de que el fuerte hubiera caído bajo el ataque y que las hordas de piel oscura ya estuvieran recorriendo la carretera a Velitrium, ebrios por la matanza y anhelando más sangre. Llegarían a la velocidad de una manada de lobos hambrientos.

Vio otra cabaña por delante. La mujer empezó a gritar una advertencia, pero Balthus la detuvo. Corrió hasta la puerta y llamó. Le respondió una voz de mujer. Repitió la advertencia, y la cabaña no tardó en vaciarse de sus ocupantes: una anciana, dos mujeres jóvenes y cuatro niños. Al igual que el marido de la primera mujer, sus hombres habían ido a las salinas la víspera, sin sospechar peligro alguno. Una de las jóvenes parecía aturdida; la otra, cercana a la histeria. Pero la anciana, una endurecida veterana de la frontera, las mandó callar sin contemplaciones; ayudó a Balthus a sacar los dos caballos del corral abierto tras la cabaña y montó en ellos a los niños. Balthus le rogó que montara con ellos, pero la anciana negó con la cabeza y puso a cabalgar a una de las mujeres.

—Está embarazada —gruñó—. Yo puedo andar. Y también luchar, si es necesario.

Cuando se pusieron en marcha, una de las jóvenes dijo:

—Una pareja joven pasó por la carretera al anochecer; les aconsejamos que pasaran la noche en la cabaña, pero estaban impacientes por llegar al fuerte. ¿Qué...?

—Se encontraron con los picos —respondió Balthus lacónicamente, y la mujer ahogó un sollozo horrorizado.

Apenas habían perdido de vista la cabaña cuando, a cierta distancia tras ellos, resonó un aullido agudo.

—¡Un lobo! —exclamó una de las jóvenes.

—Un lobo pintado con un hacha en la mano —murmuró Balthus—. ¡Seguid! Despertad a los colonos a lo largo de la carretera y llevadlos con vosotros. Yo cubriré la retaguardia.

Sin decir una palabra, la anciana arreó a sus protegidas y marchó tras ellas. Mientras desaparecían en la oscuridad, Balthus pudo ver los óvalos pálidos de los rostros de los chiquillos, vueltos sobre los hombros y mirando hacia él. Recordó a su gente de Tauran y un vértigo momentáneo lo invadió. El instante de debilidad le hizo clavar una rodilla en tierra; gimió y rodeó con su brazo musculoso el grueso cuello de Matador, y sintió que la lengua húmeda del perro le tocaba la cara.

Alzó la cabeza y sonrió con un doloroso esfuerzo.

—Vamos, chico —musitó, poniéndose en pie—. Tenemos trabajo.

Entre los árboles se distinguió con claridad un resplandor rojizo. Los pictos habían incendiado la primera cabaña. Balthus sonrió. Zogar Sag soltaría espuma por la boca cuando supiera que sus guerreros habían permitido que su naturaleza destructora los dominase. El fuego avisaría a los colonos carretera adelante. Estarían despiertos y alerta cuando la columna de fugitivos los alcanzara. Pero su expresión se tornó sombría. Las mujeres viajaban con lentitud, a pie y con caballos

sobrecargados. Los veloces pictos las alcanzarían antes de una legua, a menos que... Se instaló tras un montón de troncos caídos al pie del camino. La carretera hacia el oeste estaba iluminada por la cabaña en llamas, y cuando los pictos llegaron, los vio primero: negras figuras furtivas recortadas contra el resplandor lejano.

Apuntó con una flecha, disparó y una de las figuras se desplomó. El resto se dispersó por el bosque a ambos lados de la carretera. Al lado de Balthus, Matador emitió un gemido henchido de ansia de matar. De repente, una figura apareció en el borde del camino, bajo los árboles, y empezó a avanzar sigilosamente hacia los troncos caídos. La cuerda del arco de Balthus tañó y el picto soltó un grito ahogado, se tambaleó y cayó en las sombras con la flecha atravesándole el muslo. Matador se apartó de los troncos con un salto y desapareció en la espesura, que se sacudió con violencia. Un instante después, el perro volvió al lado de Balthus, con las fauces teñidas de rojo.

No hubo más avances por el camino; Balthus empezó a temer que lo estuvieran adelantando sigilosamente a través del bosque, pero entonces oyó un débil sonido a su izquierda y disparó el arco a ciegas. Maldijo al oír que la flecha se partía contra un árbol, pero Matador se deslizó tan silenciosamente como un fantasma, y al momento se oyó un golpe y un gorgoteo; el perro volvió a aparecer entre los arbustos y frotó su enorme cabeza, manchada de sangre, contra el brazo de Balthus. La sangre manaba de una herida en su hombro, pero los sonidos del bosque habían cesado para siempre.

Los hombres ocultos al borde de la carretera adivinaron el destino de su compañero, y decidieron que era preferible una carga abierta a ser arrastrados a la oscuridad por aquella bestia diabólica que no podían ver ni oír. Quizá se habían dado cuenta de que solo un hombre se ocultaba tras los troncos. Se abalanzaron de repente, saliendo de sus escondrijos a ambos lados del camino. Cayeron tres, atravesados por flechas, y la pareja restante vaciló. Uno giró sobre los talones y echó a correr por la carretera, pero el otro se asomó sobre el parapeto, los ojos y los dientes brillando en la pálida luz, con el hacha levantada. El pie de Balthus resbaló al levantarse el joven, pero el resbalón le salvó la vida. El hacha le cortó un mechón de cabello, y el picto rodó sobre los troncos por el impulso del golpe fallido. Antes de que pudiera volver a levantarse, Matador le desgarró la garganta.

A aquello siguió un tenso periodo de espera, en el que Balthus se preguntó si el hombre que había huido sería el único superviviente de la avanzadilla. Era evidente que se trataba de una pequeña banda que, o bien había abandonado el ataque al fuerte, o se había adelantado para explorar antes de que la siguiera el grupo principal. Cada momento que pasaba aumentaba las posibilidades de que las mujeres y los niños que corrían hacia Velitrium alcanzaran la seguridad.

Sin previo aviso, una lluvia de flechas pasó por encima de su refugio. Un aullido salvaje se alzó del bosque que flanqueaba la carretera. O el superviviente había ido en busca de ayuda, u otra avanzadilla se había unido a la primera. La cabaña incendiada aún seguía ardiendo, proporcionando un poco de luz. Cayeron sobre él, deslizándose entre los árboles que bordeaban el camino. Balthus disparó tres flechas y arrojó a un lado el arco. Como si presintieran su situación crítica, avanzaron, pero ahora no aullando sino en un silencio mortal, solo hollado por el sonido suave de muchas pisadas.

Balthus abrazó con ferocidad la cabeza del enorme perro que gruñía a su lado

y musitó:

—Muy bien, chico, ¡mándalos al infierno!

Se levantó de un salto, empuñando el hacha. Las figuras oscuras saltaron por encima de los troncos y se desencadenó una tormenta de hachas, puñales y colmillos desgarradores.

## 7
## El demonio en el fuego

Cuando Conan se alejó de la carretera de Velitrium, esperaba tener que correr cerca de tres leguas y se aplicó a la tarea. Pero apenas había recorrido una cuando oyó delante de él los sonidos de un grupo de hombres. Por el ruido que hacían mientras avanzaban supo que no eran pictos. Los llamó.

—¿Quién está ahí? —replicó una voz dura—. Quédate quieto hasta que te identifiquemos o te atravesaré con una flecha.

—No podrías acertar a un elefante en esta oscuridad —respondió Conan con impaciencia—. Ven, idiota; soy yo, Conan. Los pictos han cruzado el río.

—Lo sospechábamos —respondió el jefe mientras se acercaban; hombres altos y delgados, de rostros adustos, armados con arcos—. Uno del grupo hirió a un antílope y siguió el rastro hasta cerca del río Negro. Oyó los gritos en el río y volvió corriendo al campamento. Dejamos la sal y los carros, soltamos a los bueyes y vinimos tan deprisa como pudimos. Si los pictos están asediando el fuerte, habrá partidas de guerra por la carretera que lleva a nuestras cabañas.

—Vuestras familias están a salvo —gruñó Conan—. Mi compañero se adelantó para llevarlas a Velitrium. Si volvemos al camino principal nos tropezaremos con toda la horda; atajaremos hacia el sudeste, por el bosque. Id delante, cubriré la retaguardia.

Un momento después, la banda entera se apresuraba en dirección sudeste. Conan los siguió más despacio, manteniéndolos al alcance de sus oídos. Maldijo el escándalo que armaban; un grupo igual de grande de pictos o cimerios habría atravesado el bosque sin hacer más ruido que el viento al pasar entre las oscuras ramas. Acababa de cruzar un pequeño claro cuando se giró sobre los talones, respondiendo a la convicción de sus instintos primitivos de que lo estaban siguiendo. Permaneció inmóvil entre los arbustos y oyó cómo se apagaba el sonido de los colonos en retirada. Entonces una voz débil lo llamó desde el camino que acababa de recorrer.

—¡Conan! ¡Conan! ¡Espérame, Conan!

—¡Balthus! —Soltó un juramento, asombrado. Contestó con cautela—: ¡Aquí estoy!

—¡Espérame, Conan! —La voz sonó con más claridad.

Conan salió de las sombras, con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos haces aquí?... ¡Crom!

Se agazapó; un escalofrío le recorrió el espinazo. No era Balthus quien apareció por el otro lado del claro. Un brillo sobrenatural ardió entre los árboles. Se movió hacia él, oscilando extrañamente: un fuego fatuo verde que se movía con intención y propósito.

Se detuvo a pocos pasos de Conan, que lo escrutó intentando distinguir los rasgos camuflados por el fuego neblinoso. La llama oscilante tenía un núcleo

sólido; el fuego era solo un ropaje verde que enmascaraba una entidad maligna, pero el cimerio fue incapaz de distinguir su forma o su aspecto. Asombrosamente, una voz le habló desde el centro de la columna llameante.

—¿Por qué estás quieto como una oveja esperando al matarife, Conan?

La voz era humana, pero arrastraba vibraciones extrañas que no lo eran.

—¿Una oveja? —La rabia de Conan superó al momentáneo asombro—. ¿Crees que me da miedo un maldito demonio del pantano picto? Un amigo me llamó.

—Te llamé yo con su voz—respondió el otro—. Los hombres a los que sigues pertenecen a mi hermano; no le robaré la sangre a su cuchillo. Pero tú eres mío. Oh, idiota, has venido desde las grises montañas de Cimeria para encontrar tu perdición en los bosques de Conajohara.

—Ya tuviste tu oportunidad conmigo antes —bufó Conan—. ¿Por qué no me mataste entonces, si podías?

—Mi hermano no había pintado una calavera negra por ti ni la había arrojado al fuego que arde eternamente en el altar negro de Gullah. No había susurrado tu nombre a los fantasmas negros que rondan por las colinas de la Tierra Oscura. Pero un murciélago ha volado sobre las Montañas de los Muertos y ha dibujado tu imagen con sangre en la piel del tigre blanco que cuelga ante la cabaña alargada de los Cuatro Hermanos de la Noche. La gran serpiente se enrosca a sus pies y las estrellas arden como luciérnagas en su cabello.

—¿Por qué me han condenado a muerte los dioses de la oscuridad? —gruñó Conan.

Algo... Una mano, pie o garra, no podía distinguir qué, salió del fuego y dibujó algo en el barro. Un símbolo resplandeció allí, marcado con fuego, y se fue desdibujando, pero no antes de que Conan lo reconociera.

—Osaste dibujar el símbolo que solo un sacerdote de Jhebbal Sag se atreve a formar. El trueno rugió en la negra Montaña de los Muertos y la choza del altar de Gullah fue derribada por un viento procedente del Golfo de los Fantasmas. El somormujo, heraldo de los Cuatro Hermanos de la Noche, voló con presteza y susurró tu nombre en mi oído. Tu carrera se ha acabado. Ya eres un hombre muerto. Tu cabeza colgará en la choza del altar de mi hermano. Los Hijos de Jhil, de alas negras y pico afilado, devorarán tu cuerpo.

—¿Quién diablos es tu hermano? —preguntó Conan. Ya empuñaba la espada desenvainada, y estaba sacando con disimulo el hacha del cinturón.

—Zogar Sag; un hijo de Jhebbal Sag que todavía visita de vez en cuando su arboleda sagrada. Una mujer de Gwawela durmió en una cueva consagrada a Jhebbal Sag. Su hijo fue Zogar Sag. Yo también soy hijo de Jhebbal Sag, nacido de un ser de fuego de un reino muy lejano. Zogar Sag me invocó y me trajo de las Tierras Neblinosas. Con hechizos y brujería y su propia sangre me materializó en la carne de su propio planeta. Somos uno, atados por hilos invisibles. Sus pensamientos son los míos; si recibe un golpe, yo tengo la herida. Si me cortan, él sangra. Pero ya he hablado suficiente. En breve tu fantasma hablará con los fantasmas de la Tierra Oscura, y ellos te hablarán de los antiguos dioses que no están muertos, sino que duermen en los abismos exteriores y despiertan de vez en cuando.

—Me gustaría ver qué aspecto tienes —musitó Conan, liberando el hacha—, tú que dejas una huella como la de un pájaro, que ardes como una llama pero hablas con voz humana.

—Lo verás —respondió la voz entre las llamas—. Observa, y lleva contigo ese

conocimiento a la Tierra Oscura.

Las llamas oscilaron y se encogieron, menguando y apagándose. Un rostro empezó a tomar forma en la penumbra. Al principio, Conan pensó que era el propio Zogar Sag quien estaba allí, envuelto en fuego verde. Pero aquella cara estaba más alta que la suya propia, y los rasgos tenían algo demoníaco. Conan había notado algunas deformidades en los rasgos de Zogar Sag: una inclinación de los ojos, un afilamiento en las orejas, una estrechez lobuna en los labios. Aquellas peculiaridades se presentaban exageradas en la aparición que se balanceaba delante de él. Los ojos eran rojos como brasas encendidas.

Aparecieron más detalles a la vista. De cintura para arriba, un torso delgado, cubierto de escamas serpentinas, con cierto parecido a un torso humano del que salían brazos semejantes a los humanos. Por debajo, unas piernas largas como las de una grulla que terminaban en pies extendidos de tres dedos, parecidos a los de la gran ave. El fuego azul parpadeó y corrió por las piernas monstruosas. Las vio como envueltas en una niebla reluciente.

De repente, la figura se alzaba sobre él, aunque no la había visto moverse. Un largo brazo, que por primera vez Conan notó que estaba armado con garras curvas parecidas a una guadaña, se elevó y cayó hacia su cuello. Con un grito feroz, rompió el hechizo y saltó a un lado, arrojando el hacha. El demonio esquivó el arma con un movimiento increíblemente rápido de su estrecha cabeza y de nuevo estuvo sobre Conan, envuelto en el rumor siseante de las llamas encendidas.

Pero el miedo había luchado a su favor cuando mató a sus anteriores víctimas, y Conan no estaba asustado. Sabía que cualquier ser de carne material se podía matar con armas materiales, por terrorífica que fuera su forma.

El golpe de un brazo terminado en garra le arrancó el casco de la cabeza. Si hubiera ido un poco más bajo, lo habría decapitado. Una alegría feroz inundó al cimerio cuando hundió salvaje y profundamente la espada en el vientre del monstruo. Saltó hacia atrás para esquivar otro golpe y desclavó la espada al apartarse. Las garras le golpearon el pecho y rasgaron la cota de malla como si hubiera sido tela. Pero el salto con el que contraatacó fue como el de un lobo hambriento. Pasó bajo los brazos que se sacudían y hundió de nuevo la espada en el vientre de la bestia. Los brazos de esta lo rodearon y Conan sintió que las garras le arrancaban la cota de malla de la espalda mientras buscaban sus órganos vitales; estaba envuelto y deslumbrado por las llamas azules, que eran frías como el hielo. Pero se desprendió con un movimiento feroz de los brazos que ya se estaban debilitando, y su espada cortó el aire con un golpe impresionante.

El demonio se tambaleó y cayó de lado, con la cabeza sostenida solo por una estrecha tira de carne. Los fuegos que lo camuflaban se elevaron bruscamente, ahora rojos como la sangre, y ocultaron la figura. El olor de la carne quemada llenó la nariz de Conan. Sacudiéndose la sangre y el sudor de los ojos, giró sobre los talones y echó a correr tambaleándose por el bosque. La sangre le goteaba por las extremidades. En algún lugar, leguas al sur, vio el débil resplandor de las llamas que señalaban una cabaña incendiada. Detrás de él, hacia la carretera, se alzó un aullido lejano que lo espoleó a correr aún más deprisa.

## 8
## El fin de Conajohara

Se había batallado en el río Trueno; combates feroces ante los muros de Velitrium; hachas y antorchas habían corrido arriba y abajo por la orilla, y muchas cabañas de colonos se habían convertido en cenizas antes de que la horda pintada se viera forzada a retirarse.

Una extraña calma siguió a la tormenta; la gente se reunía y hablaba en susurros, y hombres con vendajes ensangrentados bebían cerveza en silencio en las tabernas de la orilla del río.

Conan el cimerio, taciturno, bebía a grandes tragos un vaso de vino. Se le acercó un montaraz demacrado que llevaba la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo. Era el único superviviente del fuerte Tuscelan.

—¿Fuiste con los soldados a las ruinas del fuerte?

Conan asintió.

—Yo no podía —murmuró el otro—. ¿No había lucha?

—Los pictos se han retirado al otro lado del río Negro. Algo debió desalentarlos, aunque solo el diablo sabe qué habrá sido.

El montaraz se miró el brazo vendado y suspiró.

—Dijeron que no quedaban cadáveres que mereciera la pena enterrar.

Conan negó con la cabeza.

—Cenizas. Los pictos los apilaron y prendieron fuego al fuerte antes de cruzar el río. A sus muertos y a los hombres de Valanus.

—Valanus fue de los últimos en morir; en el combate cuerpo a cuerpo cuando los pictos rompieron la barrera. Intentaron cogerlo con vida, pero los obligó a que lo mataran. A diez de los que quedábamos nos cogieron prisioneros, cuando ya estábamos tan débiles que no podíamos seguir luchando. Mataron a nueve, uno a uno. Entonces Zogar Sag murió y tuve la oportunidad de liberarme y escapar.

—¿Zogar Sag ha muerto? —exclamó Conan.

—Así es. Lo vi morir. Por eso los pictos no atacaron Velitrium con tanta ferocidad como habían atacado el fuerte. Fue extraño. No recibió ninguna herida en la batalla. Estaba bailando entre los asesinados, agitando el hacha con la que acababa de romperle el cráneo a mis compañeros. Vino hacia mí aullando como un lobo... y entonces se tambaleó, soltó el hacha y empezó a correr en círculos, gritando como jamás he oído gritar a un hombre o a una bestia. Cayó entre la hoguera que habían prendido para asarme vivo y yo, atragantándose y escupiendo espuma por la boca, y después se quedó rígido y los pictos gritaron que estaba muerto. En la confusión me libré de las ataduras y corrí al bosque.

»Lo vi tumbado a la luz de la hoguera. Ningún arma lo había tocado, pero tenía marcas que parecían las heridas de una espada en la entrepierna, el vientre y el cuello; la del cuello era como si le hubieran separado la cabeza casi por completo del cuerpo. ¿Qué te parece?

Conan no respondió, y el montaraz, conocedor de la reticencia de los bárbaros en algunos temas, prosiguió:

—Vivía por la magia, y de algún modo murió por la magia. Fue el misterio de su muerte lo que descorazonó a los pictos. Ninguno de los que lo presenciaron estuvo en el ataque a Velitrium; se apresuraron a cruzar el río negro. Los que atacaron en el río Trueno eran guerreros que habían llegado antes de que Zogar Sag muriera, y no eran suficientes para tomar la ciudad ellos solos.

»Vine por la carretera, detrás de su fuerza principal, y supe que ninguno me siguió desde el fuerte. Me colé entre sus filas y entré en la ciudad. Trajiste a los colonos y llegasteis bien, pero sus mujeres y sus hijos entraron en Velitrium justo

por delante de esos diablos pintados. Si el joven Balthus y el viejo Matador no los hubieran contenido algún tiempo, habrían asesinado a todas las mujeres y los niños de Conajohara. Pasé por el lugar donde Balthus y el perro libraron su batalla final. Yacían sobre una pila de pictos muertos. Conté siete, descalabrados por su hacha o destripados por los colmillos del perro, y había más en la carretera, con flechas clavadas. ¡Dioses, qué combate debió de ser!

—Era un hombre —dijo Conan—. Bebo por su sombra, y por la sombra del perro, que no conocía el miedo. —Bebió un trago del vaso de vino y derramó el resto en el suelo, en un extraño gesto pagano, y luego aplastó el vaso—. Las cabezas de diez pictos pagarán por la suya, y siete cabezas por el perro, que fue mejor guerrero que muchos hombres.

El montaraz, contemplando aquellos ojos azules, taciturnos y ardientes, supo que aquella promesa bárbara se cumpliría.

—¿Reconstruirán el fuerte?

—No. Aquilonia ha dado Conajohara por perdida. La frontera retrocederá; el río Trueno será el nuevo límite.

El montaraz suspiró y fijó la vista en la mano callosa, curtida por el contacto con el mango del hacha y la empuñadura de la espada. Conan alargó el brazo y cogió la jarra de vino. El montaraz lo observó, comparándolo con los hombres que los rodeaban y los hombres que habían muerto junto al río perdido; comparándolo con los hombres salvajes que habitaban al otro lado. Conan no pareció ser consciente de su mirada.

—La barbarie es el estado natural de la humanidad —dijo el montaraz, aún observando sombríamente al cimerio—. La civilización es antinatural. Es un capricho de las circunstancias. Y al final siempre triunfará la barbarie.

# EL FÉNIX EN LA ESPADA

## 1

*Has de saber, oh, príncipe, que en los años que median entre el hundimiento de la Atlántida y las ciudades resplandecientes y la ascensión de los hijos de Aryas hubo una época de ensueño en que reinos rutilantes se extendían por el mundo como mantos zafiro tachonados de estrellas: Nemedia; Ofir; Britunia; Hiperbórea; Zamora, con sus mujeres de pelo negro y sus misteriosas y sobrecogedoras torres; Zingaria, con su caballería; Koth, que lindaba con los pastizales de Shem; Estigia, con sus tumbas custodiadas por tinieblas; Hirkania, cuyos jinetes vestían de acero, seda y oro... Pero no había reino más magnificente que Aquilonia, cuyos dominios abarcaban el esplendoroso oeste. Allí apareció, espada en mano, Conan el cimerio, de pelo negro y mirada taciturna, ladrón, saqueador y asesino, tan desbordante de melancolía como de júbilo, dispuesto a hollar con sus sandalias los engalanados tronos de la Tierra.*

**—Las crónicas nemedias**

**La oscuridad y el silencio espectrales que preceden al alba se extendían sobre los tenebrosos chapiteles y las torres rutilantes. En un callejón umbrío, uno más en un auténtico laberinto de misteriosos caminos serpenteantes, cuatro figuras enmascaradas salieron deprisa por una puerta que una mano oscura abrió furtivamente. Sin cruzar palabras desaparecieron con rapidez en las sombras, envueltos en sus capas ceñidas, con el mismo sigilo con que los fantasmas de los asesinados desaparecen en la oscuridad. Tras ellos, un rostro sardónico quedó enmarcado por la puerta entreabierta; dos ojos perversos brillaron en la penumbra con malevolencia.**

**—Entrad en la noche, criaturas de la noche —dijo una voz burlona—. Oh, idiotas, la perdición camina en pos vuestro como un perro ciego, y vosotros lo ignoráis. —El dueño de la voz cerró la puerta y corrió el pestillo, y después se giró y avanzó por el corredor, vela en mano. Era un gigante sombrío, cuya piel oscura revelaba su sangre estigia. Pasó a una sala interior, donde un hombre alto y delgado con prendas de terciopelo desgastado se recostaba como un gran felino perezoso en un diván de seda, bebiendo vino de una gran copa dorada.**

**—Bueno, Ascalante —dijo el estigio, dejando la vela—, tus incautos corretean por las calles como ratas salidas de la madriguera. Trabajas con herramientas extrañas.**

**—¿Herramientas? —replicó Ascalante—. Es lo que me consideran ellos. Desde hace meses, desde que los Cuatro Rebeldes me hicieron venir del desierto del sur, he estado viviendo justo en medio de mis enemigos, ocultándome de día en esta casa lóbrega y rondando de noche por callejones oscuros y pasillos aún más oscuros. Y he conseguido lo que esos nobles rebeldes no pudieron. Trabajando con**

**ellos y con otros agentes, muchos de los cuales nunca me han visto la cara, he plagado el imperio de sedición y malestar. En resumen: yo, trabajando en las sombras, he empedrado el camino de la caída del rey que se sienta en el trono bajo el sol. Por Mitra, fui un político antes de ser un proscrito.**

**—¿Y esos idiotas que creen que son tus amos?**

**—Seguirán creyendo que estoy a su servicio hasta que hayamos terminado nuestra tarea. ¿Quiénes son para rivalizar con el ingenio de Ascalante? Volmana, el enano conde de Karaban; Gromel, el gigante que comanda la Legión Negra; Dion, el gordo barón de Attalus; Rinaldo, el estúpido juglar. Soy la fuerza que ha fundido en una pieza el acero que hay en cada uno, y gracias a la arcilla que hay en cada uno los aplastaré cuando llegue el momento. Pero eso es el futuro; esta noche, el rey morirá.**

**—Hace unos días vi que los escuadrones imperiales salían de la ciudad —dijo el estigio.**

**—Marcharon hacia la frontera que están asediando los paganos pictos... gracias al licor fuerte que les he pasado de contrabando para enloquecerlos. La gran riqueza de Dion lo hizo posible. Y Volmana hizo posible despachar el resto de las tropas imperiales que seguían en la ciudad. A través de su parentela principesca de Nemedia, fue fácil convencer al rey Numa para que solicitase la presencia del conde Trócero de Poitain, senescal de Aquilonia; y, por supuesto, para rendirle los honores debidos, lo acompañará una escolta imperial, además de sus propias tropas, y Próspero, la mano derecha del rey Conan. Eso deja en la ciudad únicamente la guardia personal del monarca, además de la Legión Negra. Usando a Gromel he corrompido a un oficial de esa guardia que tiene el defecto de ser demasiado derrochador, y lo he sobornado para que a medianoche aleje a la guardia de la puerta de los aposentos del rey.**

**»Entraré en el palacio por un túnel secreto con dieciséis bribones desesperados a mi cargo. Cuando el asunto esté despachado, incluso si la gente no se alza a darnos las gracias, la Legión Negra de Gromel será suficiente para conservar la ciudad y la corona.**

**—¿Y Dion cree que la corona se le entregará a él?**

**—Sí. El gordo idiota la reclama porque posee vestigios de sangre real. Conan cometió un grave error dejando con vida a gente que presume de descender de la antigua dinastía a la que arrancó el trono de Aquilonia.**

**»Volmana desea volver a gozar del favor real, igual que ocurría en el antiguo régimen, para poder devolver sus dominios empobrecidos a su antigua grandeza. Gromel odia a Pallantides, el comandante de los Dragones Negros, y desea estar al mando de todo el ejército con toda su testarudez bosonia. De todos nosotros, solo Rinaldo carece de ambiciones personales. Considera a Conan un bárbaro de manos ensangrentadas y pies callosos que vino del norte a saquear una tierra civilizada. Idealiza al rey que Conan asesinó para conseguir la corona, del que solo recuerda que a veces patrocinaba las artes. Ha olvidado todas las perversiones de su reinado, y está consiguiendo que la gente olvide también. Ya hay quien canta abiertamente el *Lamento por el Rey*, en el que Rinaldo loa al villano ensalzado y denuncia a Conan como «ese salvaje de corazón negro surgido del abismo». Conan se ríe, pero la gente se enardece.**

**—¿Por qué odia a Conan?**

**—Los poetas siempre odian al que ostenta el poder. Para ellos, la perfección está siempre a la vuelta de la esquina, o después de la siguiente. Escapan del**

**presente en sueños del pasado y el futuro. Rinaldo es una antorcha encendida de idealismo, alzada, así lo cree, para derribar a un tirano y liberar al pueblo. En cuanto a mí... Bueno, hace unos meses había perdido toda ambición salvo asaltar caravanas el resto de mi vida; ahora se agitan antiguos sueños. Conan morirá; Dion subirá al trono. Luego él morirá también. Uno a uno, morirán todos los que se me oponen; por el fuego, o por el acero, o por esos vinos letales que tan bien sabes destilar. ¡Ascalante, rey de Aquilonia! ¿Qué tal suena?**

**El estigio encogió sus anchos hombros.**

**—Hubo un tiempo en que también tuve ambiciones —dijo con amargura no disimulada—, ante las cuales las tuyas parecen vulgares e infantiles. ¡Cuán alto he caído! ¡Mis antiguos iguales y rivales se quedarían asombrados si pudieran ver a Tot Amón del Anillo sirviendo como esclavo a un extranjero, por añadidura un proscrito, y secundando las mezquinas ambiciones de barones y reyes!**

**—Pones tu confianza en la magia y en pantomimas —respondió Ascalante con desdén—. Yo confío en mi ingenio y mi espada.**

**—Ingenio y espadas son como briznas de hierba contra la sabiduría de la Oscuridad —gruñó el estigio; en sus ojos parpadearon luces y sombras amenazadoras—. Si no hubiera perdido el Anillo, nuestras posiciones serían las inversas.**

**—Pero luces en tu espalda las marcas de mi látigo —replicó el proscrito con impaciencia—, y es probable que continúes luciéndolas.**

**—¡No estés tan seguro! —El odio maligno del estigio brilló rojo por un instante en su mirada—. Algún día, de algún modo, volveré a encontrar el Anillo, y cuando lo haga, por los colmillos de Set que vas a pagar...**

**El irascible aquilonio se levantó y lo golpeó con fuerza en la boca. Tot retrocedió, manándole sangre por los labios.**

**—Te estás volviendo impertinente, perro —gruñó el proscrito—. Ten cuidado; sigo siendo tu amo y conozco tu oscuro secreto. Sube a los tejados y grita que Ascalante está en la ciudad conspirando contra el rey... si te atreves.**

**—No me atrevo —murmuró el estigio, limpiándose la sangre de los labios.**

**—No; no te atreves. —Ascalante mostró una sonrisa torva—. Porque si muero por un ardid o una traición tuya, un sacerdote ermitaño del desierto del sur lo sabrá, y romperá el sello del manuscrito que dejé en sus manos. Y tras leerlo, una palabra será susurrada en Estigia, y un viento vendrá del sur a medianoche. ¿Y dónde esconderás entonces la cabeza, Tot Amón?**

**El esclavo se estremeció y su rostro oscuro adquirió el color de la ceniza.**

**—¡Ya está bien! —Ascalante cambió a un tono perentorio—. Tengo un trabajo para ti. No me fío de Dion. Le mandé que cabalgara de vuelta a sus dominios y se quedara allí hasta que se hubiera ejecutado el trabajo de esta noche. El gordo idiota nunca podría ocultar su nerviosismo ante el rey, hoy. Cabalga tras él, y si no lo alcanzas en el camino, sigue hasta su mansión y quédate con él hasta que lo mandemos llamar. No lo pierdas de vista. Está aturdido de miedo, y podría desquiciarse; hasta podría ir corriendo ante Conan y revelar el plan con la esperanza de salvar su pellejo. ¡Ve!**

**El esclavo hizo una reverencia, ocultando el odio en su mirada, y obedeció la orden. Ascalante siguió bebiendo vino. Sobre los chapiteles enjoyados empezaba a elevarse un amanecer carmesí como la sangre.**

# 2

*Cuando yo era un guerrero, saludaban a mi paso;*
*todo eran lisonjas, tambores y guirnaldas.*
*Hoy soy un gran rey y hay veneno en mi vaso,*
*y he de vigilar los puñales por la espalda.*
**—El camino de los reyes**

**La cámara era grande y muy ornamentada, con ricos tapices en las pulidas paredes artesonadas, gruesas alfombras en el suelo de mármol y el alto techo decorado con tallas intrincadas y volutas de plata. Tras un escritorio de marfil con incrustaciones de oro se sentaba un hombre cuyos anchos hombros y piel bronceada por el sol parecían fuera de lugar en aquel entorno lujoso. Tenías aspecto de pertenecer más al sol, el viento y los lugares montañosos de tierras extranjeras. Hasta el más pequeño de sus movimientos indicaba músculos de acero unidos a una mente afilada, con la coordinación de quien ha nacido para el combate. No había nada circunspecto o comedido en sus acciones: o estaba completamente quieto, inmóvil como una estatua de bronce, o estaba en movimiento, no con la rapidez espasmódica de unos nervios en tensión sino con una velocidad felina que confundía la mirada de quien intentara seguirlo.**

**Su ropa era de tejidos lujosos, pero de corte sencillo. No llevaba anillos ni adornos, y la melena negra, cortada recta, estaba sujeta tan solo con un aro plateado a la altura de las sienes.**

**Dejó el estilo de oro con el que había estado escribiendo laboriosamente en papiro encerado, apoyó la barbilla en un puño y fijó con envidia los brillantes ojos azules en el hombre que tenía delante. Aquella persona estaba ocupada en sus propios asuntos en aquel momento, dedicada a enhebrar las lazadas de su armadura dorada mientras silbaba distraídamente; una actuación bastante poco convencional, considerando que estaba en presencia de un rey.**

**—Próspero —dijo el hombre de la mesa—, estos asuntos de estado son más agotadores que ningún combate en que haya luchado.**

**—Gajes del oficio, Conan —respondió el poitano de ojos oscuros—. Eres el rey, tienes que cumplir la tarea del rey.**

**—Ojalá pudiera cabalgar contigo a Nemedia —dijo Conan con envidia—. Parece que han pasado eras desde la última vez que monté a caballo... Pero Publius dice que los asuntos de la ciudad requieren mi presencia. ¡Maldito sea!**

**»Cuando derroqué a la antigua dinastía las cosas eran lo bastantes sencillas, aunque en su momento parecieron complicadas —prosiguió, hablando con la cómoda confianza que existía solo entre el poitano y él—. Mirando hacia atrás ahora, al camino salvaje que he recorrido, todos esos días de esfuerzos, intrigas, matanzas y tribulaciones parecen un sueño.**

**»No soñé bastante lejos, Próspero. Cuando el rey Numedides yacía muerto a mis pies y arranqué la corona de su cabeza ensangrentada y la puse en la mía, llegué al límite de mis sueños. Me había preparado para conseguir la corona, no para conservarla. En los antiguos días de libertad, lo único que quería era una espada afilada y un camino directo hacia mis enemigos. Ahora, ningún camino es directo, y mi espada es inútil.**

**»Cuando derroqué a Numedides fui el Liberador; ahora escupen a mi sombra. Han alzado una estatua de ese cerdo en el templo de Mitra y la gente va a**

lamentarse ante ella, saludándola como la efigie sagrada de un monarca santo asesinado por un bárbaro de manos ensangrentadas. Cuando, como mercenario, guie sus ejércitos a la victoria, Aquilonia pasó por alto el hecho de que fuera un extranjero; ahora no puede perdonármelo.

»Van al templo de Mitra y queman incienso en memoria de Numedides hombres a quienes sus verdugos mutilaron y cegaron, hombres cuyos hijos murieron en sus mazmorras y cuyas mujeres e hijas fueron arrastradas a su harén. ¡Idiotas veleidosos!

—Mucha culpa la tiene Rinaldo —respondió Prospero, dando otra puntada al cinturón de la espada—. Canta canciones que vuelven loca a la gente. Cuélgalo de la torre más alta de la ciudad con su traje de bufón. Que se dedique a rimar para los buitres.

Conan sacudió su cabeza leonina.

—No, Próspero, está fuera de mi alcance. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Sus canciones son más poderosas que mi cetro, pues casi me arrancó el corazón del pecho cuando eligió cantar para mí. Moriré y seré olvidado, pero las canciones de Rinaldo vivirán para siempre.

»No, Próspero —continuó el rey, con una sombra de duda en los ojos—. Hay algo oculto, una corriente profunda de la que no somos conscientes. La siento como en mi juventud sentía al tigre escondido entre la hierba alta. Hay una inquietud indefinida en el reino. Soy como un cazador agachado al lado de su pequeña hoguera en medio del bosque, oyendo unas pisadas sigilosas en la oscuridad y casi viendo el brillo de unos ojos ardientes. ¡Si pudiera encontrar algo tangible a lo que pudiera clavar mi espada! Te digo que no es casualidad que los pictos hayan atacado la frontera con tanta fiereza últimamente, hasta el punto de que ha habido que enviar a los bosonios para que ayuden a rechazarlos. Debería haber cabalgado con las tropas.

—Publius temía que fuera un plan para atraparte y matarte al otro lado de la frontera —replicó Prospero, alisando el sobreveste de seda sobre la cota de malla reluciente y admirando su figura alta y esbelta en un espejo de plata—. Por eso te rogó que te quedaras en la ciudad. Esas dudas tuyas nacen de tus instintos bárbaros. ¡Deja que la gente se queje! Los mercenarios son nuestros, y los Dragones Negros, y hasta el último bergante de Poitain jura por ti. El único peligro que corres es ser asesinado, y eso es imposible pues hombres de las tropas imperiales te guardan día y noche. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Un mapa —respondió Conan con orgullo—. Los mapas de la corte muestran bien los países del sur, el este y el oeste, pero en el norte están mal definidos y llenos de errores. Estoy incluyendo yo mismo las tierras norteñas. Aquí está Cimeria, donde nací. Y…

—Asgard y Vanaheim. —Próspero estudió el mapa—. Por Mitra, casi creía que eran países de fantasía.

Conan mostró una sonrisa salvaje y se tocó involuntariamente las cicatrices de su rostro moreno.

—¡Tendrías otra idea si hubieras pasado tu juventud en las fronteras septentrionales de Cimeria! Asgard está justo al norte, y Vanaheim al noroeste de Cimeria, y las fronteras están siempre en guerra.

—¿Cómo son esos hombres del norte? —preguntó Prospero.

—Altos, rubios y de ojos azules. Su dios es Ymir, el gigante de hielo, y cada tribu tiene su propio rey. Son indisciplinados y feroces. Pelean todo el día y beben

cerveza y rugen sus canciones salvajes toda la noche.

—Entonces te pareces a ellos. —Próspero soltó una carcajada—. Ríes a lo grande, bebes un montón y cantas a voz en grito buenas canciones. Aunque nunca vi a otro cimerio que bebiera otra cosa que agua, o que riera jamás, o que cantara algo aparte de cantos fúnebres.

—Quizá es por la tierra donde viven —comentó el rey—. Nunca ha existido una tierra más sombría: montañas cubiertas de bosques oscuros, bajo cielos siempre grises, con vientos que gimen lúgubres por los valles.

—No es raro que sus gentes sean taciturnas —dijo Próspero encogiéndose de hombros, pensando en las llanuras bañadas por el sol y los tranquilos ríos azules de Poitain, la provincia meridional de Aquilonia.

—No tienen esperanza ni aquí ni en el más allá —dijo Conan—. Sus dioses son Crom y la raza oscura de este, que gobiernan en un lugar sin sol cubierto por una niebla eterna, donde habitan los muertos. ¡Mitra! Las costumbres de los aesires me gustan mucho más.

—Bueno —Prospero sonrió—, dejaste muy atrás las oscuras montañas de Cimeria. Y ahora me voy. Vaciaré una copa de vino blanco nemedio a tu salud cuando esté en la corte de Numa.

—Bien —gruñó el rey—, pero a las bailarinas de Numa bésalas solo de tu parte, ¡no quiero un conflicto diplomático!

Su risa tempestuosa acompañó a Prospero mientras el poitano salía de la cámara.

## 3

*Set duerme enroscado en pirámides cavernosas;*
*sus sirvientes oscuros recorren tumbas misteriosas.*
*En abismos sin sol te invoco en confianza:*
*envíame un sirviente que ejecute mi venganza.*

El sol se ponía, tiñendo brevemente de oro el verdor brumoso del bosque. Los menguantes rayos arrancaban destellos de la gruesa cadena de oro que Dion de Attalus retorcía sin cesar en su mano rechoncha, sentado en medio del bullicio colorido de los brotes de los árboles en flor de su jardín. Revolvió su obesa figura en el asiento de mármol y miró a su alrededor furtivamente, como si buscara algún enemigo al acecho. Estaba sentado dentro de un plantel circular de arbolillos, cuyas ramas entrelazadas arrojaban una densa sombra sobre él. Cerca tintineaban los chorros plateados de una fuente, y otras fuentes ocultas a la vista en otros rincones del gran jardín susurraban una eterna sinfonía.

Estaba a solas, a excepción de la gran figura oscura que descansaba en otro banco de mármol y observaba al barón con ojos profundos y sombríos. Dion no prestaba mucha atención a Tot Amón. Tenía la idea difusa de que era un esclavo en el que Ascalante depositaba demasiada confianza, pero al igual que tantos otros hombres ricos, Dion apenas se fijaba en aquellos a quienes consideraba sus inferiores.

—No tienes por qué estar nervioso —dijo Tot—. El plan no puede fallar.

—Ascalante puede cometer errores igual que cualquiera —espetó Dion, sudando ante la mera idea de fracasar.

—No; Ascalante no. —El estigio sonrió salvajemente—. De lo contrario, yo no sería su esclavo sino su amo.

—¿Qué forma de hablar es esa? —replicó Dion malhumorado, prestando atención a la conversación solo a media.

Tot Amón entrecerró los ojos. Pese a su férreo autocontrol, estaba a punto de estallar a causa de la vergüenza, el odio y la rabia largamente acumuladas, listo para aprovechar cualquier oportunidad por desesperada que fuera. No se daba cuenta de que Dion no lo veía como un ser humano con un cerebro y una voluntad, sino como un simple esclavo, y por tanto, una criatura indigna de su atención.

—Escúchame —dijo Tot—. Serás rey. Pero sabes muy poco de la mente de Ascalante. No puedes confiar en él después de que hayan matado a Conan. Yo puedo ayudarte. Si me proteges cuando llegues al poder, te ayudaré.

»Escucha, mi señor. Fui un gran hechicero en el sur. Los hombres hablaban de Tot Amón como hablaban de Rammon. El rey Tesifonte de Estigia me concedió un gran honor al expulsar los magos de sus altas posiciones y exaltarme por encima de ellos. Me odiaban, pero me temían, pues yo controlaba seres del exterior que acudían a mi llamada y cumplían mis órdenes. ¡Por Set, mis enemigos no podían saber cuándo se despertarían por la noche sintiendo en su garganta los dedos con garras de algún horror innombrable! Realicé magias oscuras y terribles con el Anillo de la Serpiente de Set, que encontré en una tumba tenebrosa a una legua bajo la superficie de tierra, olvidada desde antes de que el primero de los hombres se arrastrase del mar pantanoso.

»Pero un ladrón robó el Anillo y destruyó mi poder. Los magos se alzaron para matarme, y hui. Disfrazado de camellero, viajaba en una caravana por la tierra de Koth cuando los saqueadores de Ascalante cayeron sobre nosotros. Mataron a todos los de la caravana menos a mí; salvé la vida revelando mi identidad a Ascalante y jurando servirle. ¡Amarga ha sido esa atadura!

»Para tenerme bien sujeto, escribió sobre mí en un manuscrito, lo selló y se lo entregó a un ermitaño que habita en la frontera sur de Koth. No me atrevo a clavarle un puñal mientras duerme o a traicionarlo a sus enemigos, pues en ese caso, el ermitaño abriría el manuscrito y lo leería; así se lo ordenó Ascalante. Y llevaría la noticia a Estigia...

Tot se estremeció otra vez y una palidez cenicienta le cubrió las facciones oscuras.

—Los hombres no saben que estoy en Aquilonia —dijo—. Pero si mis enemigos en Estigia supieran dónde estoy, ni medio mundo de distancia sería suficiente para salvarme de una maldición que arrancaría el alma de una estatua de bronce. Solo un rey, con castillos y huestes de jinetes, podría protegerme. De modo que te he contado mi secreto, y te exhorto a que hagas un pacto conmigo. Yo te puedo ayudar con mi sabiduría, y tú puedes protegerme. Y algún día encontraré el Anillo...

—¿Anillo? ¿Qué anillo? —Tot había subestimado el absoluto egoísmo de aquel hombre. Dion no había escuchado ni una de las palabras del esclavo, concentrado en exclusiva en sus propios pensamientos, pero la última palabra agitó levemente su egocentrismo—. ¿Anillo? —repitió—. Eso me recuerda... Mi anillo de la suerte. Lo obtuve de un ladrón shemita que juró que se lo había robado a un mago del sur y que me daría suerte. Mitra sabe que le pagué bien. Por los dioses, necesito toda la suerte que pueda tener, con Volmana y Ascalante arrastrándome a sus malditas

**conjuras... Cogeré el anillo.**

**Tot se levantó de golpe, con la sangre subiéndole al rostro, mientras sus ojos llameaban con la furia atónita de un hombre que percibe de repente en toda su profundidad la estupidez porcina de un idiota. Dion no se fijó en él. Levantó una tapadera secreta del asiento de mármol y rebuscó un momento entre una pila de cachivaches variados; talismanes bárbaros, trozos de hueso, piezas de bisutería, amuletos y fetiches que su naturaleza supersticiosa le había impulsado a reunir.**

**—¡Aquí está!**

**Alzó triunfante un anillo de extraña manufactura. Era de un metal parecido al cobre, y tenía la forma de una serpiente escamosa enroscada en tres bucles, con la cola en la boca. Los ojos eran gemas amarillas que desprendían un brillo siniestro. Tot Amón gritó como si lo hubiera golpeado un rayo, y Dion giró sobre los talones y lo miró con la boca abierta, palideciendo de repente. Los ojos del esclavo ardían, tenía la boca abierta, sus grandes manos oscuras se extendían como garras.**

**—¡El Anillo! ¡Por Set! ¡El Anillo! —aulló—. Mi Anillo... robado...**

**El acero brilló en la mano del estigio, y con una sacudida de sus grandes hombros oscuros, hundió la daga en el gordo cuerpo del barón. El chillido agudo de Dion se rompió en un gorgoteo estrangulado y su flácida figura se vino abajo como mantequilla fundida. Un idiota hasta el final, murió loco de terror sin saber por qué. Apartando el cadáver desmadejado, ya olvidado al instante, Tot cogió el anillo con ambas manos. Sus ojos brillaron con una avidez terrorífica.**

**—¡Mi Anillo! —susurró con terrible alegría—. ¡Mi poder!**

**Ni siquiera el estigio supo cuánto tiempo permaneció agachado sobre el funesto objeto, inmóvil como una estatua, absorbiendo el aura maligna en su alma oscura. Cuando se sacudió de encima el ensueño y retiró su mente de los abismos tenebrosos en que se había sumergido, la luna se estaba alzando y arrojaba largas sombras sobre el suave respaldo de mármol del asiento del jardín, a cuya base se extendía la sombra más oscura que había sido el señor de Attalus.**

**—¡Se acabó, Ascalante! ¡Se acabó! —susurró el estigio, y sus ojos ardieron en la penumbra rojos como los de un vampiro. Se puso en pie, recogió en el cuenco de la mano un poco de sangre del charco viscoso en que yacía su víctima y frotó con ella los ojos de la serpiente de cobre hasta que las chispas amarillas quedaron cubiertas por una máscara carmesí—. Cierra tus ojos, serpiente mística —entonó en un susurro que helaba la sangre—. ¡Cierra tus ojos a la luz de la luna y ábrelos en aguas más oscuras! ¿Qué ves, oh, serpiente de Set? ¿A quién llamas de los abismos de la Noche? ¿De quién es la sombra que cae sobre la Luz que se apaga? ¡Llámalo para mí, oh, serpiente de Set!**

**Acarició las escamas con un extraño movimiento circular de los dedos, un movimiento que siempre llevaba estos de vuelta al lugar de partida, y su voz se hizo aún más baja mientras susurraba nombres oscuros y hechizos macabros olvidados en el mundo salvo en las siniestras regiones interiores de la oscura Estigia, donde formas monstruosas se mueven entre el polvo de las tumbas.**

**Se produjo un movimiento en el aire por encima de él, un remolino como el que aparece en el agua cuando alguna criatura sale a la superficie. Un viento innominable y gélido sopló brevemente sobre el estigio, como si se hubiera abierto una Puerta. Tot sintió una presencia a su espalda, pero no miró. Mantuvo los ojos fijos en el espacio de mármol iluminado por la luna, sobre el cual flotaba una sombra tenue. Mientras seguía con su conjuro susurrado, la sombra creció en tamaño y nitidez, hasta que se alzó definida y terrorífica. Tenía una silueta**

**parecida a un babuino gigante, pero ningún babuino así caminó sobre la tierra, ni siquiera en Estigia. Tot siguió sin mirar, pero sacó de su cinturón una sandalia de su amo, que siempre llevaba con la lejana esperanza de poderla utilizar alguna vez, y la arrojó tras él.**

**—¡Estúdiala bien, esclavo del Anillo! —exclamó—. ¡Encuentra a su propietario y destrúyelo! ¡Mira a sus ojos y destruye su alma antes de desgarrarle la garganta! ¡Mátalo! ¡Sí! —Y añadió en un ciego estallido de pasión—: ¡Y a todos los que estén con él!**

**En la sombra perfilada en la pared iluminada por la luna, Tot vio que aquel horror agachaba la cabeza deforme y olfateaba como un monstruoso sabueso. Entonces, la horrible cabeza se echó hacia atrás, la cosa giró sobre los talones y desapareció como el viento entre los árboles. El estigio alzó los brazos con júbilo enloquecido, y sus ojos y sus dientes brillaron a la luz de la luna.**

**Un soldado que montaba guardia junto al muro lanzó un grito sobresaltado de horror cuando una gran sombra negra con ojos llameantes saltó el muro y pasó corriendo a su lado como un torbellino. Pero desapareció tan deprisa que el asombrado guerrero se preguntó si habría sido un sueño o una alucinación.**

## 4

*El mundo era joven. El hombre era débil.*
*A sus anchas campaba la prole de Set.*
*Con fuego y acero, con rabia y fiereza,*
*con ojo certero a los monstruos maté.*

*El tiempo ha pasado y la edad no perdona.*
*Sobre mí ya se cierne la sombra final.*
*¿Habéis olvidado, hermanos y amigos,*
*a aquel que os salvó de la oscuridad?*

**A solas en el gran dormitorio de techo abovedado con adornos de oro, el rey Conan dormitaba y soñaba. Entre unos remolinos de niebla gris oyó una extraña llamada, débil y lejana, y aunque no entendía las palabras, le parecía imposible ignorarla. Penetró en la niebla espada en mano, como un hombre caminaría entre las nubes, y la voz se oyó más clara mientras avanzaba, hasta que entendió la palabra pronunciada: era su propio nombre el que alguien llamaba a través de los abismos del espacio y el tiempo.**

**La niebla se fue despejando, y vio que estaba en un gran pasillo oscuro que parecía tallado en la sólida roca negra. No estaba iluminado, pero gracias a alguna magia podía ver con claridad. El suelo, el techo y las paredes se veían pulidos desprendían un resplandor apagado, y en ellas había relieves esculpidos que representaban a héroes antiguos y dioses medio olvidados. Sintió un escalofrío al ver los enormes perfiles sombríos de los Antiguos Sin Nombre, y supo de algún modo que aquel corredor no había sido hollado por pies mortales durante siglos.**

**Llegó a una escalera ancha tallada en la roca sólida, cuyos laterales estaban adornados con símbolos esotéricos tan antiguos y horribles que al rey Conan se le erizó la piel. Los escalones tenían grabada la aborrecible figura de la Antigua Serpiente, Set, de modo que en cada escalón plantaba el pie sobre la cabeza de la**

Serpiente, como se pretendía desde la antigüedad. Pero eso no lo hacía sentirse más tranquilo.

La voz seguía llamándolo, y por fin, en una oscuridad que habría sido impresentable para sus ojos materiales, llegó a una extraña cripta y vio una figura de barba blanca, sentada en una tumba. A Conan se le puso el pelo de punta y apretó con fuerza la espada, pero la figura habló con voz sepulcral:

—Oh, humano, ¿me conoces?

—¡No, por Crom! —juró el rey.

—Humano —dijo el anciano—, soy Epimetreus.

—¡Pero Epimetreus el Sabio lleva mil quinientos años muerto! —tartamudeó Conan.

—¡Escucha! —habló el otro con voz imperiosa—. Igual que un guijarro arrojado a un lago levanta ondas que llegan hasta la orilla más lejana, sucesos en el mundo Invisible han perturbado como ondas mi descanso. Te he marcado bien, Conan de Cimeria, y la huella de acontecimientos poderosos y grandes gestas está sobre ti. Pero hay fatalidades sueltas por el mundo, contra las cuales tu espada no te puede ayudar.

—Hablas en enigmas —dijo Conan, incómodo—. Déjame ver a mi enemigo y le aplastaré el cráneo.

—Libera tu furia bárbara contra tus enemigos de carne y hueso —respondió el anciano—. No es contra hombres contra los que debo protegerte. Hay mundos oscuros apenas conocidos por los humanos, donde acechan monstruos sin forma; enemigos que pueden ser invocados de los Vacíos Exteriores para que tomen forma material y destruyan y devoren a las órdenes de magos malvados. Hay una serpiente en tu casa, oh, rey; una víbora en tu reino, llegada de Estigia, con la oscura sabiduría de las sombras en su alma turbia. Igual que un hombre dormido sueña con la serpiente que se arrastra cerca de él, he sentido la hedionda presencia del neófito de Set. Está embriagado de un terrible poder, y los golpes que asestará a su enemigo bien podrían derribar el reino. Te he llamado a mi presencia para darte un arma contra él y su jauría infernal.

—Pero ¿por qué? —preguntó Conan asombrado—. Los hombres dicen que duermes en el corazón negro de Golamira, desde donde envías tu espectro sobre alas invisibles para ayudar a Aquilonia en momentos de necesidad, pero yo... Yo soy un extranjero y un bárbaro.

—¡Paz! —Los tonos fantasmales reverberaron en la gran caverna sombría—. Tu destino está ligado al de Aquilonia. Acontecimientos inmensos se están formando en la tela y el seno del Destino, y un hechicero sediento de sangre no se atravesará en el camino del destino imperial. Eras atrás, Set se enroscaba en torno al mundo como una serpiente alrededor de su presa. Toda mi vida, tan larga como la vida de tres hombres, he luchado contra él. Lo empujé a las sombras del misterioso sur, pero en la oscura Estigia los hombres siguen adorando a quien para nosotros es el archidemonio. Igual que luché contra Set, luche contra sus seguidores, sus adeptos y sus acólitos. Alza tu espada.

Intrigado, Conan obedeció, y en la gran hoja, cerca de la pesada guardia de plata, el anciano trazó con un dedo huesudo un símbolo extraño que brilló como fuego blanco en las sombras. Y en ese instante, cripta, tumba y anciano se desvanecieron, y Conan, desconcertado, saltó de su lecho en la gran habitación abovedada. Ya en pie, aturdido por lo extraño del sueño, se dio cuenta de que empuñaba la espada. Se le erizó el vello al ver que la ancha hoja tenía grabado un

**símbolo: el perfil de un fénix. Recordó que en la tumba de la cripta había visto una figura similar, grabada en la piedra. Ahora se preguntaba si habría sido realmente una figura de piedra, y sintió un escalofrío ante lo extraño de todo el asunto.**

**En ese momento, un sonido sigiloso en el pasillo, al otro lado de la puerta, lo sacó de su estupor, y sin detenerse a investigar empezó a ponerse la armadura; de nuevo era el bárbaro, desconfiado y alerta como un lobo gris acorralado.**

## 5

*Poco sé de modales y oropeles,*
*de mentiras corteses y afectadas maneras.*
*En tierra sombría nací en la batalla*
*y hombre me hice en agrestes laderas.*

*Ni astucia ni engaño podrán detener*
*el canto letal que entona la espada.*
*¡Venid y morid, perros rabiosos!*
*Rey, sí, mas hombre soy antes que nada.*
**—El camino de los reyes**

**Veinte figuras furtivas avanzaban en el silencio que envolvía el corredor del palacio real. Los pies sigilosos, descalzos o calzados con cuero suave, no despertaban sonidos ni en las alfombras ni en las baldosas de mármol. Las antorchas encajadas en nichos a lo largo de los pasillos arrancaban reflejos rojos de puñales, espadas y hachas afiladas.**

**—¡Silencio todos! —siseó Ascalante—. ¡Quien quiera que sea, que deje de resollar con tanta fuerza, maldición! El jefe de la guardia de noche ha retirado a casi todos los centinelas de estos pasillos y ha emborrachado a los demás, pero de todos modos debemos tener cuidado. ¡Atrás! ¡Viene la guardia!**

**Se apelotonaron detrás de un grupo de columnas talladas, y casi de inmediato, diez gigantes con armadura negra pasaron al lado en formación. Sus caras mostraban expresiones de duda mientras observaban al oficial que los alejaba de su puesto. El oficial mostraba cierta palidez; mientras los guardias pasaban por delante del escondite de los conjurados, vieron que se limpiaba el sudor de la frente con una mano temblorosa. Era joven, y no estaba encajando bien aquella traición al rey. Maldijo mentalmente la vanagloria extravagante que lo había dejado en deuda con los prestamistas y lo había convertido en un peón de políticos insidiosos.**

**Los guardias desaparecieron por el pasillo.**

**—¡Bien! —Ascalante sonrió—. Conan duerme sin guardia. ¡Deprisa! Si nos atrapan matándolo, estamos perdidos. Pero pocos seguirán fieles a la causa de un rey muerto.**

**—¡Sí, deprisa! —gritó Rinaldo; sus ojos azules igualaban el brillo de la espada que alzaba sobre la cabeza—. ¡Mi hoja está sedienta! ¡Oigo cómo se reúnen los buitres! ¡Adelante!**

**Echaron a correr por el pasillo sin tomar más precauciones. Se detuvieron ante una puerta con adornos dorados que lucía el emblema del dragón, el símbolo**

de Aquilonia.

—¡Gromel! —espetó Ascalante—. ¡Abre esta puerta!

El gigante inspiró profundamente y lanzó su poderosa figura contra los paneles, que crujieron y se doblaron con el impacto. Volvió a encogerse y a golpear. Con un chasquido de metal de los pestillos y un crujido de la madera, la puerta se rompió hacia dentro.

—¡Adelante! —rugió Ascalante, ardiendo con el espíritu de la acción.

—¡Adelante! —gritó Rinaldo—. ¡Muerte al tirano!

Se detuvieron en seco. Conan se alzaba ante ellos; no un hombre desnudo, confundido y desarmado, recién arrancado del sueño profundo y al que sacrificar como una oveja, sino un bárbaro despierto por completo y alerta, con parte de la armadura puesta y una enorme espada en la mano.

—¡Adelante, canallas! —gritó el proscrito—. ¡Es solo uno contra veinte y no tiene casco!

Era cierto; Conan no había tenido tiempo para colocarse el casco emplumado ni atarse las placas laterales de la coraza, ni tampoco para coger el gran escudo colgado en la pared. Aun así, estaba más protegido que cualquiera de sus enemigos a excepción de Volmana y Gromel, que llevaban la armadura completa.

El rey los miró, perplejo ante sus identidades. A Ascalante no lo conocía, no podía ver las caras ocultas por viseras de los conjurados que vestían armadura y Rinaldo se había calado la visera hasta los ojos. Pero no había tiempo para hacer conjeturas. Con un grito que se alzó hasta el techo, los asesinos invadieron la habitación, con Gromel en cabeza. Embistió como un toro, con la cabeza gacha y la espada baja para lanzar un golpe destripador. Conan saltó a su encuentro, concentrando toda su fuerza de tigre en el brazo que blandía la espada. Trazando un arco sibilante, la gran hoja destelló en el aire y chocó con el casco del bosonio. Hoja y casco se partieron, y Gromel rodó sin vida por el suelo. Conan saltó hacia atrás, aún empuñando el arma rota.

—¡Gromel! —escupió, con los ojos brillando de asombro, cuando el casco roto dejó a la vista la cabeza rota.

El resto del grupo cayó sobre él. La punta de un puñal le rozó las costillas entre las piezas delantera y trasera de la coraza; el filo de una espada brilló ante sus ojos. Empujó a un lado con el brazo izquierdo al hombre del puñal, y golpeó con la empuñadura de su espada rota la sien del espadachín. Los sesos del hombre se desparramaron por el suelo.

—¡Cinco de vosotros, cubrid la puerta! —gritó Ascalante, bailando en el límite del torbellino de acero, pues temía que Conan pudiera abrirse paso a golpes y escapar. Los asesinos retrocedieron un instante mientras su líder tiraba de algunos y los empujaba hacia la puerta, y Conan aprovechó el breve respiro: saltó hacia la pared y descolgó una vieja hacha de batalla que, intocada por el tiempo, había colgado de allí medio siglo.

Con la espalda contra la pared afrontó durante un instante fugaz el círculo que se cerraba, y entonces saltó hacia el grueso de los atacantes. No era un luchador defensivo; incluso en una situación de desventaja abrumadora, siempre llevaba el combate hacia el enemigo. Cualquier otro habría muerto allí, y ni siquiera Conan esperaba sobrevivir, pero lo dominaba el deseo de causar el máximo daño posible antes de caer. Su alma de bárbaro estaba en llamas, y los cantos de antiguos héroes resonaban en sus oídos.

Cuando saltó desde la pared, su hacha derribó a un forajido destrozándole el

hombro, y en el rebote descargó un golpe terrible en el cráneo de otro. Las espadas zumbaron venenosas a su alrededor, la muerte lo pasó rozando a escasa distancia. El cimerio se movía como una mancha de velocidad cegadora; saltaba como un tigre entre babuinos, esquivaba y giraba, ofrecía siempre un blanco móvil mientras su hacha dibujaba una reluciente rueda de muerte a su alrededor.

Por un breve instante, los asesinos lo rodearon con ferocidad, lanzando golpes ciegamente y estorbándose por su mero número. Entonces retrocedieron de repente; dos cadáveres en el suelo eran testimonio mudo de la furia del rey, aunque el propio Conan sangraba por heridas en un brazo, el cuello y las piernas.

—¡Canallas! —gritó Rinaldo, quitándose el sombrero emplumando y mirando con furia—. ¿Rehuís el combate? ¿Debe vivir el déspota? ¡Acabad con él!

Se lanzó hacia delante, lanzando tajos como un demente. Pero Conan, al reconocerlo, le rompió la espada con un hachazo terrorífico, y empujándolo brutalmente con una mano abierta lo mandó rodando por el suelo. Una estocada de Ascalante le hirió el brazo izquierdo, y el proscrito salvó la vida por los pelos al agacharse y saltar hacia atrás para alejarse de la trayectoria del hacha. De nuevo los lobos se arremolinaron, y el hacha de Conan cantó y destrozó. Un bribón peludo se escurrió por debajo de un golpe y se lanzó a las piernas del rey, pero tras tirar durante un instante de lo que parecía una torre de hierro sólido, levantó la vista a tiempo de ver que el hacha caía, pero no de esquivarla. En ese intervalo, uno de sus camaradas alzó con las dos manos su espada larga y asestó un golpe en la hombrera izquierda del rey, hiriendo el hombro que protegía. Al momento, la coraza de Conan se cubrió de sangre.

Volmana, apartando a los atacantes a derecha e izquierda en su impaciencia salvaje, se abrió paso y lanzó un golpe asesino a la cabeza desprotegida de Conan. El rey se agachó y la espada cortó un mechón de su negra melena al pasarle silbando por encima. Conan pivotó sobre un talón y golpeó de lado. El hacha atravesó la coraza de acero y Volmana se derrumbó con el costado izquierdo perforado.

—¡Volmana! —jadeó Conan—. ¡Conocería a ese enano hasta en el infierno! — Se irguió para hacer frente a la furia demencial de Rinaldo, que cargaba totalmente descubierto y armado solo con un puñal. Conan saltó hacia atrás y levantó el hacha.

—¡Rinaldo! —dijo con desesperación en la voz—. ¡Atrás! No quiero matarte…

—¡Muere, tirano! —gritó el enloquecido juglar, lanzándose directamente hacia el rey. Conan retrasó el golpe que era reacio a asestar, hasta que fue demasiado tarde. Solo cuando sintió el mordisco del acero en el costado desprotegido lo descargó al fin, en un frenesí de desesperación ciega.

Rinaldo cayó con el cráneo partido, y Conan retrocedió y se apoyó en la pared, con la sangre manando entre los dedos con los que apretaba la herida.

—¡Adelante, matadlo! —rugió Ascalante.

Conan apoyó la espalda en la pared y levantó el hacha. Permaneció alzado como una imagen de primitivismo inconquistable; piernas separadas y bien plantadas, cabeza inclinada hacia delante, una mano apoyada en la pared para sostenerse, la otra sosteniendo el hacha en alto, con los grandes músculos tensos como cables de hierro, los rasgos congelados en una mueca de furia mortal y los ojos brillando terribles a través de la niebla de sangre que los velaba. Los hombres vacilaron; por brutales, criminales y depravados que fueran, venían de una raza que llamaban civilizada y se habían criado en la civilización. Pero Conan era un

bárbaro, un asesino nato. Retrocedieron. El tigre moribundo aún podía dispensar muerte.

Conan sintió sus dudas y sonrió sombría y ferozmente.

—¿Quién muere primero? —murmuró a través de los labios machacados y ensangrentados.

Ascalante saltó adelante como un lobo, se detuvo casi en pleno vuelo con increíble velocidad y se tiró al suelo para evitar la muerte que siseaba en su dirección. Apartó frenéticamente los pies del camino y rodó para alejarse mientras Conan se rehacía del ataque fallido y golpeaba de nuevo. En esa ocasión, el hacha se hundió unos dedos en el suelo pulido a muy poca distancia de las piernas de Ascalante.

Otro insensato eligió ese momento para cargar, seguido con poco ánimo por sus compañeros. Intentaba matar a Conan antes de que el cimerio pudiera desclavar el hacha del suelo, pero erró el cálculo. El hacha se elevó y cayó, y una caricatura carmesí de un hombre salió catapultada contra las piernas de los atacantes.

En ese instante, un grito de terror salió de la garganta de los hombres que cubrían la puerta, cuando una sombra negra e informe se recortó en la pared. Todos menos Ascalante se giraron al oír el grito, y acto seguido, aullando como perros, salieron corriendo por la puerta en tropel y se dispersaron por los corredores en una huida escandalosa.

Ascalante no miró hacia la puerta; solo tenía ojos para el rey herido. Imaginó que el ruido de la refriega había alertado por fin al palacio y que los guardias leales habían acudido, aunque incluso en aquel momento le pareció extraño que sus endurecidos criminales gritaran aterrorizados al escapar. Conan no miró hacia la puerta porque estaba vigilando al proscrito con los ojos ardientes de un lobo moribundo. En aquella situación extrema, la filosofía cínica de Ascalante no lo abandonó.

—Parece que todo está perdido, especialmente el honor —murmuró—. Sin embargo, el rey está moribundo, y...

Cualquier otro pensamiento que pasara por su mente se perdió para la historia; dejando la frase incompleta, corrió hacia Conan justo cuando el cimerio se vio obligado a usar el brazo de la espada para limpiarse la sangre que le cegaba los ojos.

Mientras iniciaba la carga, se oyó un extraño roce en el aire y un peso enorme lo golpeó con una fuerza terrible entre los hombros. Cayó hacia delante y unas grandes garras se hundieron dolorosamente en su carne. Retorciéndose con desesperación bajo su atacante, volvió la cabeza y contempló un rostro de pesadilla y locura. Sobre él se agachaba una cosa negra y gigantesca que sabía que no había nacido en ningún mundo cuerdo o humano. Los negros colmillos goteantes se acercaban a su garganta, y el brillo de sus ojos amarillentos le consumía los miembros como un viento asesino marchita el grano joven.

La fealdad de aquel rostro trascendía la mera bestialidad. Podía haber sido la cara de una momia antigua y maligna, animada con vida demoníaca. En aquellos rasgos abominables, los ojos dilatados del proscrito creyeron ver, como una sombra en la locura que lo envolvía, un débil pero terrible parecido a los del esclavo Tot Amón. La filosofía cínica y autosuficiente de Ascalante lo abandonó en ese momento, y con un grito atroz se rindió al fantasma antes de que los colmillos goteantes lo tocaran.

**Conan, tras limpiarse la sangre de los ojos, lo observó sin moverse. Al principio creyó que era un gran sabueso negro lo que se alzaba sobre el cuerpo destrozado de Ascalante; cuando se le aclaró la vista se dio cuenta de que no era ni un sabueso ni un babuino.**

**Con un grito que era un eco del aullido de muerte de Ascalante, se apartó de la pared e hizo frente al horror que saltaba hacia él con un lanzamiento del hacha impulsado por todo el poder desesperado de sus electrificados nervios. El arma rebotó con un tañido en el cráneo inclinado que hubiera debido aplastar, y el rey se vio arrojado hasta el centro de la habitación por el impacto con aquel cuerpo gigantesco.**

**Las fauces babeantes se cerraron en el brazo que Conan levantó para protegerse la garganta, pero el monstruo no hizo ningún esfuerzo para asegurar su presa mortal. Por encima del brazo herido, miró fieramente a los ojos del rey, en los cuales empezó a reflejarse algo parecido al horror que asomaba en los ojos muertos de Ascalante. Conan sintió que el alma se le encogía y empezaba a serle arrancada del cuerpo para hundirse en los pozos amarillos de horror cósmico que brillaban espectrales en el caos informe que crecía a su alrededor y engullía toda vida y cordura. Aquellos ojos crecieron y se volvieron gigantescos, y en ellos, el cimerio vislumbró la realidad de todos los horrores abismales y blasfemos que acechan en la oscuridad exterior de vacíos sin forma y abismos tenebrosos. Abrió los labios ensangrentados para gritar su odio y su repugnancia, pero solo un gañido seco salió de su garganta.**

**Pero el horror que paralizó y destruyó a Ascalante despertó en el cimerio una furia frenética cercana a la locura. Con un tirón volcánico de todo el cuerpo se impulsó hacia atrás, sin prestar atención al dolor de su brazo desgarrado, arrastrando al monstruo con él. Su mano extendida tropezó con algo que su cerebro aturdido por el combate reconoció como la empuñadura de su espada rota. La aferró instintivamente y golpeó con todo el poder de sus nervios y músculos como si clavara un puñal. La hoja rota se hundió profundamente, y el brazo de Conan quedó liberado cuando la boca aborrecible se abrió en agonía. El rey fue arrojado violentamente a un lado, e irguiéndose apoyado en una mano contempló, perplejo, las terribles convulsiones del monstruo, que derramaba sangre espesa por la gran herida que el arma rota había abierto. Mientras miraba, el monstruo dejó de retorcerse, aunque aún se sacudió de forma espasmódica, y quedó tendido boca arriba, con sus espantosos ojos muertos clavados en el techo. Conan parpadeó y se limpió la sangre de los ojos; tuvo la impresión de que la criatura se fundía y desintegraba en una masa inestable y viscosa.**

**Le llegó a los oídos una mezcla de voces, y la habitación se llenó de gente de la corte, despierta al fin; caballeros, nobles, damas, guerreros, consejeros... Todos balbuceando, gritando y estorbándose unos a otros. Los Dragones Negros aparecieron, llenos de rabia, maldiciendo y alborotando, con las manos en las empuñaduras y juramentos extranjeros en los dientes. No se vio al joven oficial de la guardia de la puerta, ni se lo encontró más tarde, aunque se lo buscó con afán.**

**—¡La guardia está aquí, viejo idiota! —espetó descaradamente Pallantides, comandante de los Dragones negros, olvidando el rango de Publius en la tensión del momento—. Mejor que dejes de gimotear y nos ayudes a atender las heridas del rey. Se va a desangrar.**

**—¡Sí, sí! —gritó Publius, que era un hombre de planes, más que de acción—. Debemos vendar sus heridas. ¡Que acudan todos los sanguijuelas de la corte! ¡Oh,**

mi señor, qué vergüenza negra sobre la ciudad! ¿Te han matado del todo?

—¡Vino! —jadeó el rey desde el diván donde lo habían tendido. Le llevaron una copa a los labios ensangrentados y bebió como un hombre medio muerto de sed—. ¡Bien! —gruñó, y se recostó—. Matar deja la boca seca.

Habían contenido el derrame de sangre, y la vitalidad innata del bárbaro empezaba a afianzarse.

—Curad primero la puñalada del costado —ordenó a los médicos de la corte —. Rinaldo me escribió ahí una canción letal, y manejó con habilidad el estilo.

—Deberíamos haberlo colgado hace mucho —farfulló Publius—. Los poetas no sirven para nada bueno. ¿Quién es este?

Tocó nerviosamente el cadáver de Ascalante con el pie calzado con sandalia.

—¡Por Mitra! —exclamó el comandante—. ¡Es Ascalante, el antiguo conde de Thune! ¿Qué diablos lo trajo de su guarida del desierto?

—¿Por qué tiene esa mirada? —susurró Publius, apartándose con los ojos muy abiertos y sintiendo que se le ponía de punta el vello de su gruesa nuca. Los demás se quedaron en silencio al mirar al proscrito muerto.

—Su hubierais visto lo que yo —gruñó el rey, sentándose a pesar de las protestas de los sanguijuelas—, no te lo preguntarías. Mirad vosotros mismos a... —Se interrumpió en seco, con la boca abierta, señalando con el dedo inútilmente. En el lugar donde había muerto el monstruo solo se veía el suelo desnudo—. ¡Crom! —maldijo—. ¡La cosa se ha fundido de vuelta a la inmundicia que lo vio nacer!

—El rey delira —susurró un noble. Conan lo oyó y lo cubrió de maldiciones bárbaras.

—¡Por Badb, Morrigan, Macha y Nemain! —concluyó con ira—. ¡Estoy cuerdo! Era como un cruce entre una momia estigia y un babuino. Pasó por la puerta, y los sicarios de Ascalante huyeron al verlo. Mató a Ascalante, que estaba a punto de acabar conmigo. Entonces vino a por mí y lo yo maté. No sé cómo, porque mi hacha rebotó en su piel como si hubiera golpeado una roca. Pero creo que el sabio Epimetreus tuvo algo que ver...

—¡Escuchad cómo nombra a Epimetreus, muerto hace mil quinientos años! — se susurraron unos a otros.

—¡Por Ymir! —tronó el rey—. ¡Esta noche hablé con Epimetreus! Me llamó en mis sueños y caminé por un negro pasillo de piedra tallado con figuras de antiguos dioses, hasta una escalera de piedra en cuyos escalones se dibujaba Set, hasta que llegué a una cripta, y una tumba con un fénix grabado en ella...

—¡En nombre de Mitra, mi rey, guarda silencio! —Era el sumo sacerdote de Mitra quien había gritado, y estaba completamente pálido.

Conan levantó la cabeza como un león agitando la melena, y en su voz retumbaba el gruñido de un león furioso.

—¿Soy un esclavo para callar a tus órdenes?

—¡No, no, mi señor! —El sumo sacerdote estaba temblando, pero no por miedo a la ira regia—. No pretendía ofender. —Inclinó la cabeza acercándose al rey y habló en un susurro que solo llegó a los oídos de Conan—: Mi señor, esto es un asunto más allá del entendimiento humano. Solo el círculo interno de los sacerdotes sabe del pasillo de piedra negra excavado por manos desconocidas en el corazón negro del monte Golamira, y del fénix que guarda la tumba donde Epimetreus fue llevado hace mil quinientos años. Desde entonces, ningún ser humano ha entrado en ella, pues sus sacerdotes elegidos, después de colocar al

Sabio en la cripta, bloquearon la entrada exterior del corredor de modo que nadie pudiera encontrarla, y en la actualidad, ni siquiera los sumos sacerdotes saben dónde está. Solo de boca a oreja, revelado por los sumos sacerdotes a unos pocos elegidos, y guardando el secreto celosamente, el círculo interno de acólitos de Mitra sabe de la existencia de la tumba de Epimetreus en el corazón negro de Golamira. Es uno de los Misterios en que se apoya el culto de Mitra.

—No puedo explicar qué magia usó Epimetreus para llevarme hasta él —respondió Conan—. Pero hablé con él, e hizo una marca en mi espada. Si esa marca la convirtió en un arma mortal para los demonios, o qué magia está detrás de la marca, no lo sé. Aunque la espada se rompió en el casco de Gromel, el fragmento que quedó fue suficiente para matar a ese horror.

—Déjame ver la espada —susurró el sumo sacerdote, con la boca repentinamente seca.

Conan sostuvo el arma rota y el sumo sacerdote gritó y cayó de rodillas.

—¡Mitra nos guarde contra los poderes de la oscuridad! —jadeó—. ¡En verdad que el rey ha hablado esta noche con Epimetreus! En esta espada... está el signo secreto que nadie puede trazar salvo él. ¡El emblema del fénix inmortal que vela eternamente su tumba! ¡Una vela, deprisa! ¡Mirad otra vez el lugar donde el rey dice que murió el demonio!

Estaba a la sombra de un biombo roto. Apartaron a un lado el biombo y bañaron el suelo con la luz de las velas. Un silencio estremecido cayó sobre los presentes cuando miraron. Algunos se arrodillaron invocando a Mitra, y otros huyeron corriendo de la habitación.

En el suelo, donde había muerto el monstruo, se extendía como una sombra tangible una gran mancha negra que no se podría limpiar; la criatura había dejado su silueta marcada claramente con su sangre, y aquella silueta no pertenecía a ningún ser de un mundo cuerdo o normal. Macabra y horrible se extendía allí, como la sombra arrojada por uno de los dioses simios agachados en los tenebrosos altares de los lóbregos templos de la oscura tierra de Estigia.

# LA CIUDADELA ESCARLATA

## 1

*En la llanura de Shamu el León fue atrapado,*
*su cuerpo con hierro y dolor doblegaron.*
*Gritaron de gozo con fiero clamor:*
*«¡Enjaulado está para siempre el León!».*
*Mas ay de vosotros si algún día se escapa*
*y ronda de nuevo feroz y a sus anchas.*
**—Antigua balada**

**El rugido de la batalla se había apagado; los gritos de victoria se mezclaban con los de los moribundos. Como hojas coloridas tras una tormenta otoñal, los caídos cubrían la llanura; el sol poniente arrancaba destellos de los cascos bruñidos, las cotas de malla doradas, las corazas plateadas, las espadas rotas y las telas lujosamente ornadas de los estandartes, caídos entre charcos de roja sangre coagulada. En bultos silenciosos yacían los caballos de batalla y sus jinetes cubiertos de acero; las largas crines y los penachos de plumas manchados por igual en la marea roja. Alrededor de ellos y entre ellos, como los residuos de una tormenta, se esparcían cuerpos heridos y pisoteados con cascos de acero y jubones de piel: arqueros y piqueros.**

**Los cuernos barritaron una fanfarria de triunfo por toda la llanura, y los cascos de los caballos de los vencedores aplastaron los pechos de los vencidos mientras las líneas dispersas resplandecían al converger hacia el centro como los radios de una rueda rutilante, hacia el punto donde el último superviviente mantenía aún un combate desigual.**

**Conan, rey de Aquilonia, había visto a lo más selecto de su caballería caer hecha pedazos aquel día, aplastada y machacada hasta el último hombre y barrida hacia la eternidad. Había cruzado con cinco mil caballeros la frontera meridional de Aquilonia y cabalgado por las herbosas praderas de Ofir, para encontrarse con que su antiguo aliado, el rey Amalrus, se había vuelto contra él junto a las huestes de Estrabonus, el rey de Koth. Había visto la trampa demasiado tarde. Hizo todo lo que podía hacer un hombre con sus cinco mil caballeros contra los treinta mil caballeros, arqueros y piqueros de los conjurados.**

**Sin arqueros ni infantería, había lanzado a sus jinetes acorazados contra la hueste que se aproximaba; había visto a los caballeros enemigos en sus cotas de malla relucientes caer bajo sus lanzas, había destrozado el centro del enemigo y empujado ante él a las líneas adversarias, solo para descubrirse atrapado en un cepo cuando las alas intactas se cerraron a su alrededor. Los arqueros shemitas de Estrabonus habían hecho estragos entre sus caballeros, acribillándolos con proyectiles que encontraron cada hueco de las armaduras y derribaron a los**

caballos, y los piqueros kothianos se apresuraron a ensartar a los jinetes caídos. Los lanceros acorazados del centro disperso reorganizaron sus filas, reforzados por los jinetes de las alas, y cargaron una y otra vez, barriendo el campo de batalla con la fuerza del número.

Los aquilonios no huyeron; habían muerto en el campo, y de los cinco mil caballeros que habían seguido a Conan al sur, ni uno solo lo abandonó con vida. Ahora el propio rey se alzaba acorralado entre los cuerpos desgarrados de sus tropas con la espalda contra una pila de caballos y hombres muertos. Caballeros de Ofir con corazas doradas desmontaron de sus caballos sobre pilas de cadáveres, dispuestos a acabar con la figura solitaria; shemitas achaparrados de barba negroazulada y caballeros kothianos de rostro oscuro lo rodearon a pie. El clamor del acero se elevó ensordecedor; la figura envuelta en cota de malla negra del rey occidental se alzó entre el enjambre de enemigos, repartiendo golpes como un carnicero que empuñase un gran cuchillo. Caballos sin jinete corrieron por el campo; bajo sus herrados cascos crecía un anillo de cadáveres mutilados. Los atacantes retrocedieron, apartándose de aquel salvajismo desesperado, jadeante y lívido.

Entre las líneas que gritaban y maldecían cabalgaron los señores de la victoria; Estrabonus, de rostro ancho y oscuro y ojos taimados; Amalrus, esbelto, melindroso, traicionero y peligroso como una cobra, y Tsotha-lanti, un buitre flaco vestido solo con túnica de seda, de grandes ojos oscuros que brillaban en una cara semejante a la de un ave de presa. Se contaban historias sobre aquel brujo kothiano; las mujeres desgreñadas de las aldeas del norte y el oeste asustaban a los niños con su nombre, y ni siquiera el látigo hacía que los esclavos rebeldes adoptaran una actitud sumisa con tanta rapidez como la amenaza de ser vendidos a Tsotha-lanti. Se decía que tenía una biblioteca entera de libros oscuros forrados con la piel desollada de víctimas humanas vivas, y que en los pozos innombrables bajo la colina en que se asentaba su palacio, comerciaba con los poderes de la oscuridad, ofreciendo esclavas a cambio de secretos impíos entre los alaridos de las desdichadas. Era el auténtico gobernante de Koth.

En aquel momento sonrió torvamente mientras los reyes se detenían a una distancia segura de la amenazadora figura enfundada en hierro que se alzaba entre los cadáveres. Ante los salvajes ojos azules que brillaban asesinos bajo el casco abollado, hasta los más valientes se acobardaban. El rostro moreno de Conan, cubierto de cicatrices, estaba aún más oscuro a causa de la pasión; tenía la armadura negra destrozada y salpicada de sangre; su gran espada estaba roja hasta la guarda. Bajo aquella tensión, todo el barniz civilizado se había desvanecido; era un bárbaro que se enfrentaba a sus vencedores. Conan era nativo de Cimeria, uno de aquellos feroces y taciturnos montañeses que habitaban en sus sombríos y nublados dominios del norte. Su saga, que lo había llevado hasta el trono de Aquilonia, era la base de todo un ciclo de historias heroicas.

De modo que los reyes se mantenían a distancia, y Estrabonus llamó a sus arqueros shemitas para que acribillaran a su enemigo desde lejos; sus capitanes habían caído como el trigo maduro antes la espada del cimerio, y Estrabonus, tan avaro con sus caballeros como con sus monedas, lanzaba espumarajos de rabia. Pero Tsotha negó con la cabeza.

—Capturadlo con vida.

—¡Es fácil decirlo! —gruñó Estrabonus, temeroso de que el gigante de cota negra se abriera paso hasta ellos de algún modo entre las lanzas—. ¿Quién podría

atrapar con vida a un tigre devorador de hombres? ¡Por Ishtar, está pisando los cuellos de mis mejores espadachines! Hicieron falta siete años y pilas de oro para entrenar a cada uno, y ahora yacen ahí como alimento para los cuervos. ¡Flechas, digo!

—¡He dicho que no! —espetó Tsotha, desmontando. Soltó una risa helada—. ¿Aún no has aprendido que mi cerebro es más poderoso que cualquier espada?

Atravesó las líneas de piqueros, y los gigantes con cascos de acero y brigantinas acorazadas retrocedieron temerosos, como si no quisieran ni rozar las mangas de su túnica. Los caballeros con penachos tampoco fueron más lentos en dejarle espacio. Pasó sobre los cadáveres y quedó frente a frente con el torvo rey. La figura con armadura negra se alzó con terrible amenaza sobre el hombre delgado con túnica de seda, y la espada mellada y goteante quedó suspendida en lo alto.

—Te ofrezco la vida, Conan —dijo Tsotha, con un cruel tono burlón burbujeando en su voz.

—Y yo te daré la muerte, brujo —gruñó el rey, y respaldada por músculos de hierro y odio feroz, la gran espada trazó un arco destinado a cortar por la mitad el torso de Tsotha. Los testigos gritaron, pero en ese momento, el brujo dio un paso al frente, demasiado rápido para seguirlo con la vista, y en apariencia se limitó a tocar con la palma de la mano el antebrazo izquierdo de Conan, donde la cota de malla rota había dejado a la vista los prominentes músculos. La hoja sibilante se desvió de su camino y el gigante acorazado cayó pesadamente al suelo y yació inmóvil. Tsotha rio entre dientes.

—Cogedlo, y no temáis; el león ha perdido los colmillos.

Los reyes se acercaron y contemplaron con asombro al león caído. Conan yacía rígido, como un cadáver, pero sus ojos abiertos se posaron en ellos y ardieron con furia inerme.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Amalrus, nervioso.

Tsotha mostró un gran anillo de extraño diseño que llevaba en una mano. Juntó los dedos haciendo presión y una fina aguja de acero surgió como la lengua de una serpiente de la cara interna del anillo.

—Está mojada en el jugo del loto púrpura que crece en los pantanos meridionales de Estigia, recorridos por fantasmas —dijo el brujo—. Su toque causa parálisis temporal. Cargadlo de cadenas y subidlo a un carro. El sol se pone y es hora partir hacia Khorshemish.

Estrabonus se giró hacia el general Arbanus.

—Volvemos a Khorshemish con los heridos. Solo nos acompañará una tropa de la caballería real. Tus órdenes son marchar al amanecer hacia la frontera de Aquilonia y cercar la ciudad de Shamar. Los ofires os suministrarán provisiones por el camino. Nos uniremos a vosotros lo antes posible, con refuerzos.

La hueste, con sus caballeros enfundados en hierro, sus piqueros, arqueros y asistentes de campaña, acamparon en la pradera cercana al campo de batalla. A través de la noche estrellada, los dos reyes y el hechicero que era más grande que cualquier rey cabalgaron hacia la capital de Estrabonus, escoltados por la resplandeciente guardia de palacio y acompañados por una larga fila de carros cargados con los heridos. En uno de esos carros yacía Conan, rey de Aquilonia, cargado de cadenas, con el amargo sabor de la derrota en los labios y la furia ciega de un tigre atrapado en el alma.

El veneno que había paralizado sus poderosas extremidades y lo había dejado

indefenso no le había paralizado el cerebro. Mientras el carro que lo transportaba rodaba por la pradera, su mente rumiaba con desesperación las circunstancias de la derrota. Amalrus había enviado un emisario implorando ayuda contra Estrabonus, quien, afirmaba, estaba saqueando sus dominios occidentales, que se extendían como una cuña ahusada entre la frontera de Aquilonia y el vasto reino meridional de Koth. Solicitó tan solo un millar de lanceros y la presencia de Conan, para devolver el ánimo a sus desmoralizados súbditos. Conan blasfemaba para sus adentros ahora. En su generosidad había acudido con cinco veces el número de hombres que el traicionero monarca había solicitado. Había cabalgado hasta Ofir de buena fe, y se había visto frente a frente con los supuestos rivales aliados contra él. Decía mucho de su capacidad que hubieran llevado una hueste completa para atraparlo a él y a sus cinco mil.

Una nube roja le veló la visión; sus venas se hincharon de furia y el pulso le latió enloquecedoramente en las sienes. En toda su vida no había sentido una furia mayor ni más inútil. Su vida desfiló ante su ojo mental como una sucesión de escenas vertiginosas; un panorama en el que se movían figuras sombrías que eran él mismo, en muchas apariencias y condiciones: un bárbaro vestido con pieles; un espadachín mercenario con casco de cuernos y corselete de cota de malla; un corsario en una galera con proa de dragón que arrastraba una estela carmesí de sangre y pillaje a lo largo de las costas del sur; un capitán de ejércitos cubierto de acero bruñido, sobre un negro corcel encabritado; un rey en un trono dorado con el estandarte del león ondeando por encima e hileras de cortesanos y damas, con ropajes de vivos colores, arrodillados a sus pies. Pero siempre, los saltos y el chirrido del carro devolvían sus pensamientos con exasperante monotonía a la traición de Amalrus y la brujería de Tsotha. Las venas casi le estallaban en las sienes, y los gritos de los heridos transportados en los otros carros lo llenaban de una fiera satisfacción.

Antes de la medianoche cruzaron la frontera de Ofir, y al amanecer, los chapiteles de Khorshemish se alzaban resplandecientes y teñidos de rojo en el horizonte sudoriental; las esbeltas torres quedaban empequeñecidas por la sombría ciudadela escarlata, que a aquella distancia era como una salpicadura de sangre brillante en el cielo. Aquel era el castillo de Tsotha. Coronaba la colina que dominaba la ciudad y solo una calle estrecha, pavimentada con mármol y guardada por puertas de hierro macizo, llevaba hasta ella. Las laderas de la colina eran demasiado escarpadas para que se pudiera ascender a ella por cualquier otra parte. Desde los muros de la ciudadela se podían contemplar las amplias calles blancas de la ciudad, las mezquitas con sus minaretes, las tiendas, templos, mansiones y mercados. También se podía ver, mirando hacia abajo, el palacio del rey, con sus extensos jardines de muros altos y esplendorosos derroches de árboles frutales y flores, a través de los que murmuraban arroyos artificiales y fuentes plateadas salpicaban sin cesar. Sobre todo ello se alzaba la ciudadela, como un cóndor sobrevolando a su presa, sumida en sus propias meditaciones sombrías.

Las poderosas puertas entre las inmensas torres de la muralla exterior se abrieron con ruido, y el rey entró cabalgando en su capital flanqueado por filas de piqueros engalanados mientras cincuenta clarines tocaban a salve. No había muchedumbre alguna que abarrotase las calles pavimentadas de blanco para arrojar rosas ante los cascos del caballo del conquistador. Estrabonus había cabalgado por delante de las noticias de la batalla, y la gente, que simplemente se estaba levantando para emprender sus quehaceres diarios, se quedó boquiabierta

al ver que su rey regresaba con un pequeño retén, y dudaba si aquello significaba victoria o derrota.

Conan, con la vida arrastrándose de nuevo por sus venas, estiró el cuello desde el suelo del carro para ver las maravillas de aquella ciudad a la que los hombres llamaban la Reina del Sur. Había pensado cabalgar algún día a través de aquellas puertas remachadas de oro a la cabeza de sus escuadrones acorazados, con el gran estandarte del león flotando sobre su cabeza cubierta con el casco. En vez de eso entraba cargado de cadenas, despojado de su armadura y arrojado como un esclavo cautivo en el suelo de bronce del carro de su conquistador. Una risilla burlona, diabólicamente porfiada, se elevó por encima de su furia, pero para los nerviosos soldados que conducían el carro, aquella risa sonó como el gruñido de un león al despertarse.

## 2

*Leyendas ficticias de derecho divino,*
*Lustrosos disfraces de vanas mentiras.*
*La herencia os dio sin más la corona.*
*La mía pagué con sangre y porfía.*

*¡Que Crom me maldiga si acaso devuelvo*
*el trono que obtuve con dientes y manos!*
*¡No hay oro en el mundo ni joyas bastantes!*
*¡Y hasta en la muerte lo sigo aferrando!*
**—El camino de los reyes**

Un curioso cónclave penetró en la ciudadela, en una cámara abovedada con techo de azabache tallado y puertas con arcos en los que brillaban extrañas joyas oscuras. Conan de Aquilonia, con la sangre de las heridas sin vendar cubriéndole los poderosos miembros, se enfrentó a sus captores. A cada lado tenía una docena de gigantes negros que empuñaban hachas de mango largo. Frente a él, de pie, estaba Tsotha, y recostados en divanes, Estrabonus y Amalrus, con sus sedas, oro y joyas relucientes, bebiendo en copas talladas de una pieza en zafiros el vino que les servían los jóvenes esclavos desnudos que aguardaban de pie a su lado. Con ellos contrastaba intensamente Conan, adusto, manchado de sangre, desnudo salvo por un taparrabos, con grilletes en brazos y piernas y los ojos azules ardiendo bajo la enmarañada melena negra que le caía sobre la ancha frente. Dominaba la escena, convirtiendo en vano oropel la pompa de sus conquistadores solo con la vitalidad pura de su personalidad elemental, y los reyes, en su orgullo y esplendor, eran secretamente conscientes de ello en sus corazones, y se sentían incómodos. Solo Tsotha permanecía imperturbable.

—Nuestros deseos se explican brevemente, rey de Aquilonia —dijo Tsotha—. Queremos extender nuestro imperio.

—Y para eso queréis quedaros con mi reino —dijo Conan con aspereza.

—¿Qué eres sino un aventurero que tomó una corona a la que no tenías más derecho que cualquier otro vagabundo bárbaro? —replicó Amalrus—. Estamos dispuestos a ofrecerte una compensación razonable...

—¡Compensación! —Una carcajada profunda salió del pecho poderoso de

Conan—. ¡El precio de la traición y la infamia! Soy un bárbaro, así que ¿venderé mi reino y a su gente a cambio de la vida y vuestro asqueroso oro? ¡Ja! ¿Cómo conseguisteis vuestro trono, tú y ese cerdo de rostro negro que tienes al lado? Vuestros padres lucharon y sufrieron, y os entregaron las coronas en bandejas de oro. Lo que heredasteis sin levantar un dedo, excepto para envenenar a unos cuantos hermanos, yo lo conseguí peleando.

»Os sentáis en satén y bebéis vino que elaboran otros, y habláis de derechos divinos y soberanía. ¡Bah! He trepado desde el abismo de la barbarie desnuda hasta el trono, y en esa escalada he derramado mi sangre con tanta profusión como la de otros. Si cualquiera de nosotros tiene derecho a gobernar a otros hombres, ¡por Crom que soy yo! ¿En qué habéis demostrado ser superiores a mí?

»Encontré Aquilonia en las zarpas de un cerdo como vosotros, cuya genealogía se remontaba mil años. La tierra estaba arrasada por las guerras entre barones, y la gente gritaba bajo la opresión y los impuestos. Hoy, ningún noble aquilonio se atreve a maltratar al más humilde de mis súbditos, y los impuestos que estos pagan son los más bajos de cualquier lugar del mundo.

»¿Qué hay de vosotros? Tu hermano, Amalrus, gobierna la mitad oriental de tu reino y te desafía. Tus soldados, Estrabonus, asedian los castillos de una docena de barones rebeldes, o más. La gente de vuestros reinos está aplastada por levas e impuestos tiránicos. Y queréis saquear el mío. ¡Ja! ¡Soltadme las manos y barnizaré este suelo con vuestros sesos!

Tsotha sonrió torvamente al percibir la rabia de sus regios compañeros.

—Todo eso, por cierto que sea, no tiene que ver con lo que nos ocupa. Nuestros planes no son asunto tuyo. Tu responsabilidad terminará cuando firmes este pergamino, que es una abdicación en favor del príncipe Arpello de Pellia. Te daremos armas y un caballo, y cinco mil lunas de oro, y te escoltaremos hasta la frontera oriental.

—¡Me dejaréis libre donde estaba cuando entré en Aquilonia para alistarme en su ejército, salvo que con la carga añadida de tener nombre de traidor! —La risa de Conan fue como el corto ladrido de un lobo gris—. Arpello, ¿eh? Ya desconfiaba de ese carnicero de Pellia. ¿Es que ni siquiera sois capaces de robar y saquear abierta y honradamente, sino que tenéis que buscar una excusa por débil que sea? Arpello afirma tener sangre real, así que lo usaréis como excusa para el robo y para tener un sátrapa al que usar como marioneta. Antes os veré en el infierno.

—¡Eres un estúpido! —exclamó Amalrus—. ¡Estás en nuestras manos, y podemos tomar cuando queramos tu vida y tu corona!

La respuesta de Conan no fue ni regia ni digna, pero sí característicamente instintiva de él, cuya naturaleza bárbara nunca se había impregnado de su cultura adoptiva. Escupió directamente a los ojos de Amalrus. El rey de Ofir se levantó de un salto, con un grito de furia indignada, y echó mano a su elegante espada. La desenvainó y se lanzó hacia el cimerio, pero Tsotha intervino.

—Espera, majestad; este hombre es mi prisionero.

—¡Aparta, brujo! —gritó Amalrus, enloquecido por el brillo de los ojos azules de Conan.

—¡Atrás, he dicho! —rugió Tsotha, poseído por una ira extrema.

Su mano delgada salió de la manga ancha de la túnica y arrojó una lluvia de polvo al rostro contorsionado del ofíreo. Amalrus gritó y se tambaleó hacia atrás, llevándose las manos a los ojos tras dejar caer la espada, y se derrumbó en el diván. Los guardias kothianos contemplaban impasibles la escena y el rey

Estrabonus se apresuró a beber otro trago de vino, sosteniendo la copa con manos temblorosas. Amalrus bajó las manos y sacudió la cabeza con violencia; la razón regresó poco a poco a sus ojos grises.

—Me quedé ciego —gruñó—. ¿Qué me has hecho, brujo?

—Un simple gesto para recordarte quién es el amo —espetó Tsotha, dejando caer la máscara de formalidad fingida y revelando sin tapujos la personalidad maligna que había debajo—. Estrabonus ha aprendido su lección; aprende la tuya. Lo que te arrojé a los ojos solo era polvo que encontré en una tumba estigia; si vuelvo a quitarles la visión, te dejaré tanteando en la oscuridad para el resto de tu vida.

Amalrus se encogió de hombros, sonrió con elegancia y cogió una copa, disimulando su miedo y su rabia. Diplomático veterano, recuperó la compostura con rapidez. Tsotha se volvió hacia Conan, que había permanecido imperturbable durante todo el episodio. A un gesto del brujo, los guardias sujetaron al prisionero y se lo llevaron tras Tsotha, que salió de la cámara por una puerta arqueada que daba a un corredor curvado con el suelo cubierto de mosaicos de muchos colores y las paredes incrustaciones de oro y plata cinceladas. Del techo enrejado colgaban incensarios que llenaban el corredor de nubes perfumadas y ensoñadoras. Giraron por un corredor más pequeño revestido de azabache y jade negro, sombrío y desagradable, que terminaba en una puerta de cobre, en cuyo arco sonreía horrísona una calavera humana. Ante la puerta esperaba una figura gruesa y repugnante que agitaba un juego de llaves: Shukeli, el jefe de los eunucos de Tsotha, del que se contaban historias terribles; un hombre en el que un ansia bestial por la tortura ocupaba el lugar de las pasiones humanas normales.

La puerta de cobre dio paso a una estrecha escalera que parecía descender hasta las entrañas de la colina en la que se alzaba la ciudadela. El grupo bajó por la escalera y se detuvo al fin ante una puerta de hierro, cuya robustez parecía innecesaria. Era evidente que no se abría al exterior, pero estaba construida como para resistir el ataque de arietes y catapultas. Shukeli la abrió, y mientras empujaba la poderosa puerta, Conan notó la evidente incomodidad de los gigantes negros que lo vigilaban; ni siquiera Shukeli parecía libre de nerviosismo cuando escrutó la oscuridad del otro lado. Tras la gran puerta había una segunda barrera, formada por gruesos barrotes de acero. Estaba cerrada por un ingenioso pestillo que no tenía cerrojo y solo podía manejarse desde el exterior. Se descorrió el pestillo y la reja se deslizó en la pared. Cruzaron y entraron en un amplio corredor, cuyo suelo, paredes y techo parecían tallados en roca sólida. Conan sabía que estaban en un lugar muy profundo, quizá incluso por debajo de la colina. La oscuridad acechaba las antorchas de los guardias como si fuera una criatura sentiente y animada.

Encadenaron al rey a un aro empotrado en la pared de piedra. Colocaron una antorcha en un nicho en la pared sobre su cabeza, de modo que el cimerio quedó en el centro de un círculo de luz tenue. Los negros estaban ansiosos por marcharse; murmuraban entre ellos y dirigían miradas de temor hacia la oscuridad. Tsotha los despidió con un gesto, y se apresuraron a salir por la puerta tropezando entre ellos, como si temieran que la oscuridad fuera a adquirir forma tangible y saltara sobre su espalda. Tsotha se volvió hacia Conan, y el rey notó con inquietud que los ojos del brujo brillaban en la penumbra y que sus dientes parecían los colmillos de un lobo y brillaban blancos en las sombras.

—Me despido de ti, bárbaro —se burló el brujo—. Debo cabalgar a Shamar y al

**asedio. Dentro de diez días estaré en tu palacio de Tarantia[17], con mis guerreros. ¿Quieres que les transmita algún mensaje a tus mujeres antes de que les arranque sus delicadas pieles para fabricar rollos en los que escribir la crónica de los triunfos de Tsotha-lanti?**

**Conan respondió con una maldición cimeria que habría hecho estallar los tímpanos de un hombre corriente a la que Tsotha respondió con una suave risa antes de irse. Conan vislumbró su figura de buitre a través de los gruesos barrotes mientras la reja ocupaba su lugar; después la puerta de hierro se cerró con un chasquido metálico y el silencio lo envolvió como un sudario.**

## 3

*El León va cruzando con rabia el infierno.*
*Sombras sin cuento a su paso se alzan,*
*formas sin nombre que sin rumbo vagan,*
*monstruos hambrientos de fauces abiertas.*
*Se agazapan a su paso las huestes inquietas*
*cuando cruza el León con rabia el infierno.*
**—Antigua balada**

**El rey Conan puso a prueba el aro de la pared y la cadena que lo ataba. Tenía los brazos y las piernas libres, pero sabía que sus ataduras eran demasiado incluso para su fuerza férrea. Los eslabones de la cadena eran tan gruesos como sus pulgares, y esta estaba sujeta a una banda de acero que le rodeaba la cintura, tan ancha como su mano y de un dedo de grosor. Solo el peso de los grilletes habría acabado por agotamiento con un hombre más débil. los candados que unían banda y cadena eran piezas masivas que una maza apenas habría conseguido abollar. En cuanto al aro, era evidente que atravesaba la pared y estaba cerrado por el otro lado.**

**Conan maldijo y el pánico lo invadió cuando escrutó la oscuridad opresiva que rodeaba el semicírculo de luz. Todos los miedos supersticiosos del bárbaro dormían en su alma, no afectados por la lógica civilizada. Su imaginación primitiva poblaba la oscuridad subterránea de formas espantosas. La razón le decía que no lo habían encerrado allí solo para tenerlo confinado. Sus captores no tenían motivos para mantenerlo con vida. Lo habían metido en ese pozo para que sufriera un destino definido. Se maldijo por haber rechazado la oferta, a pesar de que su masculinidad testaruda se revolvía ante la idea y sabía que si lo sacaban de allí y le ofrecían otra oportunidad su respuesta sería la misma. No vendería a sus súbditos a esos carniceros. Lo curioso era que no tenía en mente el bien de nadie más que de sí mismo cuando se apropió del reino; de ese modo tan sutil penetra el instinto de la responsabilidad de un soberano, a veces incluso en un saqueador de manos ensangrentadas.**

**Pensó en la última amenaza abominable de Tsotha y gruñó de furia enfermiza, sabiendo que no era una jactancia vacía. Hombres y mujeres no eran para el brujo más de lo que un insecto que se retuerce es para un científico. Manos blancas y suaves que lo habían acariciado, labios rojos que se habían apretado contra los suyos, pechos blancos y delicados que se habían estremecido al recibir sus besos ardientes, serían despojados de la delicada piel, blanca como el marfil y rosada**

como pétalos... De los labios de Conan salió un grito tan terrorífico e inhumano en su furia demencial que alguien que lo hubiera oído se habría horrorizado al saber que procedía de una garganta humana.

Los ecos vibrantes lo sobresaltaron, y le recordaron con intensidad su propia situación. Echó una mirada alarmada a la penumbra exterior y pensó en las historias macabras que había oído contar sobre la crueldad nigromante de Tsotha; con una sensación gélida que le recorrió el espinazo se dio cuenta de que aquellos debían de ser los Salones del Horror mencionados en leyendas estremecedoras, los túneles y mazmorras donde Tsotha realizaba experimentos horribles con seres humanos, bestiales y, según se afirmaba en susurros, demoníacos, manipulando de forma blasfema los elementos básicos de la propia vida. Los rumores decían que el poeta loco Rinaldo había visitado aquellos pozos y el brujo le había mostrado horrores, y que las monstruosidades sin nombre que había insinuado en su espantoso poema «La canción del pozo» no eran las meras fantasías de un cerebro perturbado. Aquel cerebro se había convertido en pulpa bajo el hacha de batalla de Conan la noche que el rey había luchado por su vida contra los asesinos que el rimador demente había introducido a traición en el palacio, pero las estremecedoras palabras de aquella canción macabra sonaban en los oídos del rey cargado de cadenas en aquel lugar.

En medio de aquellos pensamientos, el cimerio se quedó helado al oír un sonido de roce, cuya implicación helaba la sangre. Se tensó y escuchó con atención, con una intensidad dolorosa. Una mano gélida le acarició la columna vertebral. Era el sonido inconfundible de unas escamas deslizándose suavemente sobre la piedra. La piel se le perló de sudor frío, y más allá del anillo iluminado vio una forma difusa y colosal, terrible incluso en su indefinición. Se irguió y se balanceó ligeramente, y unos ojos amarillos ardieron con fuego frío en las sombras, fijos en él. Una inmensa y repugnante cabeza con forma de cuña tomo forma poco a poco ante los ojos dilatados de Conan, y de la oscuridad surgió, en fluidos anillos escamosos, el horror definitivo del desarrollo reptiliano.

Era una serpiente que empequeñecía todas las ideas previas de Conan sobre las serpientes. Mediría treinta varas desde la cola puntiaguda a la cabeza triangular, que era más grande que la de un caballo. Las escamas brillaban fríamente en la tenue luz, blancas como la escarcha. Sin duda aquel reptil había nacido y crecido en la oscuridad, pero sus ojos estaban llenos de maldad y tenían buena vista. Enroscó en espiral su cuerpo titánico delante del cautivo, y la gran cabeza en el extremo del cuello arqueado se inclinó hasta quedar a pocos dedos de su cara. Su lengua bifurcada casi lamió los labios de Conan al entrar y salir, y su fétido olor hizo que lo invadieran las náuseas. Los grandes ojos amarillos miraron ardientes los suyos, y el cimerio devolvió la mirada de un lobo atrapado. Luchó contra el loco impulso de aferrar con sus manos el cuello arqueado. Con una fuerza que superaba la comprensión de los hombres civilizados, había roto el cuello de una pitón en una lucha salvaje en la costa estigia, en sus tiempos de corsario. Pero este reptil era venenoso; vio los grandes colmillos, de un palmo de largo, curvados como cimitarras. De ellos goteaba un líquido incoloro que Conan supo instintivamente que acarreaba la muerte. Quizá pudiera aplastar aquel cráneo con forma de cuña con un puñetazo desesperado, pero sabía que en cuanto amagara un movimiento, el monstruo golpearía como un relámpago.

No fue gracias a ningún proceso de pensamiento lógico que Conan permaneció inmóvil, pues la razón le podría haber dicho que, ya que estaba condenado de

todas formas, provocara a la serpiente para que atacase y así acabar todo de una vez; fue el instinto ciego de autoconservación el que lo mantuvo rígido como una estatua de hierro forjado. El gran cuerpo grueso como un barril retrocedió y se arqueó, y la cabeza quedó por encima de la de Conan mientras el monstruo investigaba la antorcha. Una gota de veneno cayó sobre el muslo desnudo del cimerio, y la sensación fue como si le hubieran clavado un puñal al rojo en la carne. Chorros rojos de dolor fluyeron por el cerebro de Conan, pero se mantuvo inmóvil; ni el temblor de un músculo ni el parpadeo de una pestaña traicionó el dolor de aquella herida que le dejaría una cicatriz que lo acompañaría hasta el día de su muerte.

La serpiente se balanceó sobre él, como intentando averiguar si de verdad había vida en aquella figura que se alzaba en una inmovilidad mortal. De pronto la puerta exterior, invisible en las sombras, resonó con estridencia. La serpiente, desconfiada como todas sus parientes, giró con una velocidad increíble para su masa y se desvaneció deslizándose por el corredor. La puerta se abrió y permaneció abierta. Alguien retiró el pestillo, y una inmensa figura negra quedó enmarcada por el resplandor de las antorchas del otro lado. La figura entró y cerró parcialmente la reja de acero a su espalda, dejando el pestillo descorrido. Cuando entró en el semicírculo iluminado por la antorcha que estaba sobre la cabeza de Conan, el rey vio que era un negro gigantesco, completamente desnudo, que llevaba una espada en una mano y un manojo de llaves en la otra. El negro habló en el dialecto de la costa, y Conan respondió: había aprendido esa jerga cuando era corsario en las costas de Kush.

—Desde hace mucho tiempo deseaba conocerte, Amra. —El negro se refirió a Conan con el nombre de Amra, el León, por el que lo habían conocido los kushitas en sus tiempos de pirata. La cabeza del esclavo pareció dividirse en una sonrisa animal que mostró los dientes blancos, pero sus ojos brillaron rojos a la luz de la antorcha—. ¡Me he arriesgado mucho para verte! ¡Mira! ¡Las llaves de tus cadenas! Se las he robado a Shukeli. ¿Qué me darás por ellas?

Agitó las llaves ante los ojos de Conan.

—Diez mil lunas de oro —respondió el rey rápidamente, con una nueva esperanza alzándose ferozmente en su pecho.

—¡No basta! —gritó el negro; una alegría salvaje resplandeció en sus rasgos de ébano—. No es bastante por el riesgo que corro. Las mascotas de Tsotha pueden salir de la oscuridad y devorarme, y si Shukeli descubre que le robé las llaves, me colgará de... Bueno, ¿qué me darás?

—Quince mil lunas y un palacio en Poitain —ofreció el rey.

El negro gritó y pisoteó en un frenesí de alegría bárbara.

—¡Mas! —gritó—. ¡Ofréceme más! ¿Qué me darás?

—¡Perro negro! —Una niebla roja de furia se cruzó ante los ojos de Conan—. ¡Si me libero te daré una espalda rota! ¿Te envió Shukeli para burlarte de mí?

—Shukeli no sabe que he venido, hombre blanco —respondió el negro, estirando el grueso cuello para mirar en los ojos salvajes de Conan—. Te conozco desde hace mucho, desde los días en que era jefe de un pueblo libre, antes de que los estigios me capturaran y me vendieran en el norte. ¿No recuerdas el saqueo de Abombi, cuando tus lobos de mar atacaron? Ante el palacio del rey Ajaga mataste a un jefe, y otro jefe huyó de ti. Mi hermano era el que murió; yo fui el que escapó. ¡Te exijo un precio de sangre, Amra!

—Libérame y te pagaré tu peso en oro —gruñó Conan.

Los ojos rojos brillaron y lo blancos dientes aparecieron lobunamente a la luz de la antorcha.

—Sí, perro blanco, eres como toda tu raza; pero para un hombre negro, el oro nunca puede pagar la sangre. El precio que pido es... ¡tu cabeza!

La última palabra fue un grito demencial que arrancó ecos en la cueva. Conan se tensó, tirando inconscientemente de sus ataduras por la repugnancia a la idea de morir como una oveja; entonces un horror mayor lo paralizó. Por encima del hombro negro vio una figura difusa y horrible balanceándose en la oscuridad.

—¡Tsotha nunca lo sabrá! —El negro rio malévolamente, demasiado concentrado en jactarse de su triunfo para darse cuenta de nada más; demasiado borracho de odio para saber que la muerte se balanceaba tras su hombro—. No vendrá a esta cripta hasta que los demonios hayan arrancado tus huesos de esa cadena. ¡Tendré tu cabeza, Amra!

Las piernas tensas se afianzaron como columnas de ébano y alzó la poderosa espada con las dos manos; sus grandes músculos negros se flexionaron y brillaron a la luz de la antorcha. Justo en ese instante, la sombra titánica que se alzaba tras él se impulsó hacia abajo y hacia delante, y la cabeza con forma de cuña golpeó con un ruido cuyo eco se extendió por los túneles. Ni un sonido brotó de los gruesos labios que se abrieron por el dolor. A la vez que sonaba el golpe, Conan vio que la vida abandonaba los grandes ojos negros con la brusquedad con que se apaga una vela. El impacto envió el gran cuerpo negro al otro lado del pasillo, y la gigantesca forma sinuosa se enroscó horriblemente a su alrededor en una espiral reluciente que lo ocultó de la vista; el crujido de los huesos al romperse llegó con claridad a los oídos de Conan. Entonces algo hizo que se le acelerara el pulso alocadamente: la espada y las llaves habían caído de las negras manos y tintinearon en el suelo de piedra... y las llaves estaban casi a los pies del rey.

Intentó inclinarse para recogerlas, pero la cadena era demasiado corta. Casi ahogado por los latidos desbocados de su corazón, se descalzó una sandalia y las enganchó con los dedos del pie; las levantó y las aferró con desesperación, conteniendo a duras penas el grito de alegría feroz que se elevaba instintivamente a sus labios.

Hurgó un instante en los gruesos candados y quedó libre. Cogió la espada caída y miró alrededor. Sus ojos solo encontraron la oscuridad vacía a la que la serpiente había arrastrado un objeto informe que solo recordaba vagamente a un cuerpo humano. Conan se volvió hacia la puerta abierta. Unas pocas zancadas rápidas lo llevaron al umbral, pero el chirrido de una risa aguda resonó en la cripta y la reja de acero se cerró ante sus dedos, y acto seguido se encajó el pestillo. A través de los barrotes asomaba una cara semejante a una malévola gárgola burlona: Shukeli, el eunuco, que había seguido a sus llaves robadas. En su regocijo no vio la espada en la mano del prisionero. Soltando una horrible maldición, Conan golpeó como una cobra, y la gran hoja siseó entre los barrotes; la risa de Shukeli se transformó en un grito de muerte. El gordo eunuco se dobló por la cintura, como inclinándose ante su asesino, y se vino abajo como una pila de sebo, con las manos gordezuelas intentando inútilmente sujetar las entrañas desparramadas.

Conan dejó escapar un gruñido de salvaje satisfacción, pero seguía estando prisionero. Las llaves eran inútiles contra el pestillo que solo podía ser accionado desde el exterior. Su tacto experto le dijo que los barrotes eran tan duros como la espada; cualquier intento de abrir a tajos su camino hacia la libertad solo serviría

para romper la única arma que tenía. Pero descubrió mellas en aquellas barras adamantinas, como marcas de colmillos increíbles, y se preguntó con un escalofrío involuntario qué monstruos terribles habrían atacado la barrera. En cualquier caso, solo podía emprender una acción: buscar otra salida. Sacó la antorcha del nicho y echó a andar por el corredor, espada en mano. No vio señales de la serpiente ni de su víctima, solo una gran mancha de sangre en el suelo de piedra.

La oscuridad lo seguía con pies silenciosos, apenas retenida por la antorcha parpadeante. A los dos lados vio aberturas oscuras, pero se mantuvo en el corredor principal observando con atención el suelo ante él, para evitar caer en algún pozo. De repente oyó el sonido de los sollozos lastimeros de una mujer. Otra de las víctimas de Tsotha, pensó, maldiciendo otra vez al brujo. Torció a un lado y siguió el sonido por un pequeño túnel frío y húmedo.

Según avanzaba, los sollozos se fueron oyendo con más claridad; alzó la antorcha y distinguió una forma indefinida entre las sombras. Al acercarse se detuvo con súbito horror ante el bulto amorfo desparramado ante él. Su silueta inestable sugería un pulpo, pero los tentáculos deformes eran demasiado cortos para su tamaño, y su sustancia era una materia temblorosa, semejante a jalea, que hizo que se sintiera mareado solo por mirarla. Entre aquella masa gélida y repugnante se alzó una cabeza parecida a la de un sapo, y Conan quedó paralizado por un horror vomitivo al darse cuenta de que el sonido del llanto procedía de aquellos obscenos labios hinchados. El ruido se convirtió en una risilla aguda abominable cuando los grandes ojos inconstantes de la monstruosidad se posaron en él, y desplazó hacia él su masa temblorosa. Conan retrocedió y huyó por el túnel, desconfiando de su espada. La criatura podía estar formada de materia terrenal, pero solo mirarla le sacudía el alma, y dudaba de que el poder de un arma fabricada por el hombre fuera capaz de herirla. Durante una breve distancia la oyó reptar y esforzarse por seguirlo, emitiendo una risa horrible. La inconfundible nota humana en aquella risa casi hacía perder la razón. Era exactamente la risa que había oído burbujear obscenamente en los gruesos labios de las lascivas mujeres de Shadizar la Perversa, cuando las mujeres cautivas eran desnudadas en público para ser subastadas. ¿Mediante qué artes infernales había dado vida Tsotha a aquel ser antinatural? Conan tuvo la vaga sensación de que había contemplado una blasfemia contra las leyes eternas de la naturaleza.

Corrió de vuelta al pasadizo principal, pero antes de que lo alcanzara pasó por una especie de cámara cuadrada pequeña, en la que se cruzaban dos túneles. Al llegar a esa cámara captó fugazmente un pequeño bulto encogido en el suelo, delante de él. Antes de que pudiera corregir su dirección o saltar a un lado, su pie golpeó algo que emitió un grito agudo, y Conan cayó de bruces; la antorcha se le escapó de la mano y se apagó al chocar con el suelo de piedra. Medio aturdido por la caída, Conan se levantó y tanteó en la oscuridad. Su sentido de la dirección se había desorientado, y no fue capaz de decidir hacia dónde se encontraba el corredor principal. No buscó la antorcha, pues no tenía medios para volver a encenderla. Su mano extendida descubrió las aberturas de los túneles, y eligió uno al azar. Nunca supo cuánto tiempo avanzó en la oscuridad absoluta, pero de repente, su instinto bárbaro le advirtió de un peligro cercano y lo hizo detenerse en seco.

Había tenido la misma sensación que la vez que estuvo en el borde de un gran precipicio, en medio de la oscuridad. Se puso a cuatro patas y avanzó despacio, y su mano descubrió el borde de un pozo que se abría abruptamente el suelo del

**túnel. Hasta donde pudo tantear, los lados caían en vertical, húmedos y viscosos al tacto. Estirando el brazo en la oscuridad, apenas alcanzaba a tocar el borde opuesto con la punta de la espada. Podía saltar aquella distancia, pero no tenía sentido intentarlo; había seguido el túnel equivocado y el pasillo principal estaba en algún otro lado, detrás de él.**

**Mientras pensaba aquello, sintió un débil movimiento del aire; un viento tenue que surgía del pozo le agitó la melena negra. Se le erizó la piel. Intentó decirse que aquel pozo conectaría de alguna forma con el exterior, pero sus instintos le indicaban que la causa no era natural. No estaba únicamente dentro de la colina; estaba debajo de ella, muy por debajo del nivel de las calles de la ciudad. ¿Cómo podía entonces un viento del exterior encontrar su camino hasta los pozos y soplar desde abajo? Aquel viento fantasmal arrastraba un débil latido, como el batir de unos tambores muy, muy por debajo. Un fuerte estremecimiento sacudió al rey de Aquilonia.**

**Se puso de pie y retrocedió, y mientras lo hacía, algo salió flotando del pozo. Qué exactamente, Conan no lo sabía. No podía ver nada en aquella oscuridad, pero sintió con claridad una presencia; una inteligencia invisible e intangible que flotaba maligna cerca de él. Giró sobre los talones y corrió en la dirección por la que había venido. A lo lejos, por delante, vio una minúscula chispa roja. Se dirigió hacia ella, y mucho antes de que creyera haberla alcanzado se dio de bruces con una pared sólida y vio la chispa a sus pies. Era su antorcha; la llama se había apagado, pero conservaba una brasa encendida en el extremo. La cogió con cuidado y sopló para avivarla de nuevo. Dejó escapar un suspiro cuando se alzó una pequeña llama. Estaba de vuelta en la cámara donde se cruzaban los túneles, y recuperó su sentido de la dirección.**

**Localizó el túnel por el que había abandonado el corredor principal. Mientras empezaba a andar hacia él, la llama de la antorcha se agitó salvajemente como si la hubieran soplado unos labios invisibles. Conan sintió de nuevo una presencia; alzó la antorcha y miró alrededor.**

**No vio nada, pero sentía de algún modo una cosa invisible e incorpórea que flotaba en el aire, goteando viscosamente y murmurando obscenidades que el cimerio no podía oír pero que de algún modo instintivo era consciente. Dio un golpe salvaje con la espada y sintió como si estuviera apartando telas de araña. Lo sacudió un terror frío y huyó por el túnel, sintiendo mientras corría un inmundo aliento ardiente en su espalda.**

**Pero cuando llegó al ancho corredor ya no fue consciente de ninguna presencia, visible o invisible. Siguió adelante, esperando encontrar a cada momento que algún enemigo con colmillos y garras saltara hacia él desde la oscuridad. Los túneles no eran silenciosos. Desde las entrañas de la tierra, en todas las direcciones, llegaban sonidos que no pertenecían a un mundo cuerdo. Había risillas, gritos de alegría demoníaca, largos aullidos estremecidos, y en una ocasión distinguió la inconfundible risa chirriante de una hiena, que se transformó de forma espantosa en palabras humanas que gritaban blasfemias. Oyó el sonido de pasos sigilosos, y en las bocas de los túneles captó brevemente formas sombrías con siluetas monstruosas y anormales.**

**Era como si caminara por el infierno, un infierno creado por Tsotha-lanti. Pero las cosas en sombras no salieron al corredor principal, aunque oyó claramente el chasquido ansioso de labios babeantes y sintió la mirada ardiente de ojos hambrientos. De repente supo por qué. Un sonido de algo arrastrándose tras**

él lo dejó electrizado; saltó a la oscuridad de un túnel cercano y sacudió la antorcha para sofocar la llama. Por el corredor oyó a la gran serpiente arrastrándose, en parte aletargada por su última comida macabra. A su lado, algo gimió de miedo y se hundió más en la oscuridad. Era evidente que el corredor principal era el terreno de caza de la gran serpiente, y los otros monstruos le dejaban el campo libre.

Para Conan, la serpiente era el menor de los horrores; casi sintió un parentesco con ella cuando recordó a la abominación que reía y sollozaba y la cosa goteante y murmuradora que salió del pozo. Al menos la serpiente era de materia terrenal; era una muerte reptante, pero solo amenazaba con la extinción física, mientras que los otros horrores amenazaban también el alma.

Después de que pasara ante el túnel, Conan la siguió a lo que esperaba que fuera una distancia segura, tras avivar de nuevo la antorcha. No había avanzado demasiado cuando oyó un gemido apagado que parecía proceder de la negra entrada de un túnel cercano. La cautela lo advertía en contra, pero la curiosidad lo empujó hacia el túnel, en el que entró manteniendo en alto la antorcha, que ahora era poco más que un tocón. Se preparó para encontrarse con cualquier estampa, pero lo que vio fue lo que menos habría esperado. Estaba mirando una celda amplia en la que un espacio estaba cerrado por barrotes muy juntos que se extendían desde el suelo hasta el techo, clavados profundamente en la piedra. Dentro de los barrotes yacía una figura, que, al acercarse, Conan vio que era un hombre o algo exactamente igual a un hombre, atrapado y atado por los zarcillos de una gruesa parra que parecía crecer del suelo de roca sólida. Estaba cubierta de hojas extrañamente puntiagudas y flores carmesí, pero no era el rojo satinado de los pétalos naturales, sino un rojo amoratado extravagante, una perversión de la vida vegetal. Las ramas que se enroscaban al cuerpo y las extremidades del hombre parecían acariciar la carne contraída con ávidos besos lujuriosos. Una gran flor colgaba exactamente sobre su boca. Un gemido bestial apagado salió de los labios entreabiertos; la cabeza rodó como si padeciera un dolor insoportable, y los ojos miraron directamente a Conan. Pero no había ninguna luz de inteligencia en ellos. Era una mirada vidriosa y vacua; los ojos de un idiota.

La gran flor carmesí descendió y apretó los pétalos contra los labios temblorosos. Las extremidades del desgraciado se retorcieron de angustia; los zarcillos de la planta temblaron como si estuvieran en éxtasis y vibraron en toda su longitud. Oleadas de tonos cambiantes los recorrieron; su color se volvió más intenso, más venenoso.

Conan no comprendía lo que estaba viendo, pero sabía que estaba contemplando un horror de alguna especie. Fuera hombre o demonio, el sufrimiento del cautivo llegó al corazón rebelde e impulsivo de Conan. Buscó una entrada y encontró una puerta enrejada en los barrotes, asegurada con una cerradura fuerte para la cual encontró una llave entre el manojo que había recogido. Abrió la cerradura y entró. Al instante, los pétalos de las flores moradas se abrieron como la capucha de una cobra, los zarcillos se alzaron amenazadores y la planta entera se giró hacia él. Aquello no era el crecimiento ciego de la vegetación natural. Conan percibió una inteligencia maligna; la planta podía verlo, y el cimerio sintió el odio que emanaba de ella en oleadas casi tangibles. Se acercó con cautela y localizó el tallo principal, un tronco repulsivamente flexible más grueso que su muslo. Los largos zarcillos se arquearon hacia él con un ruido de hojas sacudidas y siseos, y Conan hizo girar la espada y cortó el tallo de un solo

golpe.

De inmediato, el desdichado que tenía cautivo fue arrojado con violencia a un lado; la gran parra se sacudió y enroscó como una serpiente decapitada, hasta convertirse en una bola irregular. los zarcillos se agitaron y se encogieron, las hojas temblaron y restañaron con un sonido castañeteante, y los pétalos se abrieron y cerraron convulsivamente. Entonces toda ella se quedó fláccida, los colores vivos palidecieron y se apagaron y un líquido blanco apestoso manó del tocón cortado.

Conan se quedó mirándola, hechizado, hasta que un sonido lo hizo girar sobre los talones con la espada alzada. El hombre liberado estaba de pie y lo observaba. Conan se quedó boquiabierto. Los ojos ya no estaban vacuos en un rostro inexpresivo. Oscuros y meditativos, mostraban una inteligencia viva, y la expresión de imbecilidad había desaparecido de la cara como si fuera una máscara que se hubiera quitado de repente. La cabeza era estrecha y bien formada, de frente alta y despejada. El aspecto del hombre era del todo aristocrático, desde su figura alta y esbelta hasta los pulcros pies y manos. Sus primeras palabras fueron extrañas y sorprendentes.

—¿En qué año estamos? —preguntó en la lengua de Koth.

—Hoy es el décimo día del mes de Yuluk del año de la Gacela —respondió Conan.

—¡Yagkoolan Ishtar! —murmuró el desconocido—. ¡Diez años! —Se pasó una mano por la frente y sacudió la cabeza como si quisiera limpiar de telarañas su cerebro—. Todavía está todo confuso. Después de diez años de vacuidad, no se puede esperar que la mente funcione con toda claridad de inmediato. ¿Quién eres?

—Conan, antes de Cimeria. Ahora rey de Aquilonia.

Los ojos del otro mostraron sorpresa.

—¿Sí? ¿Y Numedides?

—Lo estrangulé en su trono la noche que tomé la ciudad real —respondió Conan.

Una cierta ingenuidad en la respuesta del rey hizo curvarse los labios del desconocido.

—Perdóname, majestad. Debería haberte dado las gracias por el servicio que me has hecho. Soy como un hombre que ha sido arrancado bruscamente de un sueño más profundo que la muerte y golpeado con dolorosas pesadillas más feroces que el infierno, pero comprendo que me has liberado. Dime... ¿Por qué cortaste el tallo de la planta Yothga en vez de arrancarla de raíz?

—Porque aprendí hace mucho tiempo a evitar tocar con mi carne las cosas que no entiendo —respondió el cimerio.

—Bien por ti —dijo el desconocido—. Si hubieras sido capaz de arrancarla, habrías encontrado cosas agarradas a las raíces que ni siquiera tu espada habría podido vencer. Las raíces de Yothga están hundidas en el infierno.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Conan.

—Los hombres me llaman Pelias.

—¡Qué! —gritó el rey—. ¿Pelias el hechicero, el rival de Tsotha-lanti, que se desvaneció de la tierra hace diez años?

—No exactamente de la tierra —respondió Pelias, con una sonrisa seca—. Tsotha prefirió mantenerme con vida, sujeto por unos grilletes más horribles que el acero oxidado. Me encerró aquí con esta flor diabólica, cuyas semillas flotaron a

la deriva desde el cosmos oscuro de Yag el Maldito y encontraron terreno fértil solo en la corrupción infestada de gusanos que alfombra los suelos del infierno.

»No podía recordar mi brujería ni las palabras y símbolos de mi poder con esa maldita cosa abrazándome y bebiendo mi alma con sus repugnantes caricias. Día y noche absorbía los contenidos de mi mente, dejando mi cerebro tan vacío como una jarra de vino rota. ¡Diez años! ¡Ishtar nos guarde!

Conan no supo qué responder, pero mantuvo en alto lo que quedaba de la antorcha y bajó la gran espada. Sin duda ese hombre estaba loco, pero no había locura en los ojos oscuros que se posaban en él con tanta tranquilidad.

—Dime, ¿el brujo negro está en Khorshemish? Pero, no... No hace falta que contestes. Mis poderes empiezan a despertar y siento en tu mente una gran batalla y un rey capturado mediante traición. Veo a Tsotha-lanti cabalgar hacia Tybor con Estrabonus y el rey de Ofir. Mejor. Tras el largo sueño, mi arte es aún demasiado frágil para enfrentarme a Tsotha ahora mismo. Necesito tiempo para recuperar las fuerzas y reunir mis poderes. Salgamos de estos pozos.

Conan agitó las llaves con desánimo.

—La reja de la puerta está cerrada con un pestillo que solo se puede abrir desde fuera. ¿Hay alguna otra salida de estos túneles?

—Solo una que a ninguno de los dos nos gustaría usar, teniendo en cuenta que va hacia abajo y no hacia arriba. —Pelias se echó a reír—. Pero no importa. Veamos esa reja.

Se dirigió hacia el corredor con pasos inseguros, caminando sobre piernas que no había usado en mucho tiempo, pero poco a poco fue recuperando firmeza. Mientras lo seguía, Conan, comentó con inquietud:

—Hay una maldita serpiente enorme que ronda por este túnel. Estemos atentos, no vayamos a topar con sus fauces.

—La recuerdo muy bien —dijo Pelias con voz amarga—. Fui obligado a mirar mientras la alimentaban con diez acólitos míos. Es Satha, la Antigua, la más importante de las mascotas de Tsotha.

—¿Tsotha excavó estos pozos para alojar a sus malditas monstruosidades? —preguntó Conan.

—No los excavó él. Cuando se fundó la ciudad hace tres mil años, había ruinas de una ciudad más antigua en la colina y alrededor. El rey Khossus V, el fundador, construyó este palacio en la colina, y al cavar los sótanos los sótanos se encontró una puerta tapiada. La derribó y descubrieron los pozos, que eran como los vemos ahora. Pero su gran visir encontró un final horrible en ellos, y Khossus, asustado, volvió a cegar la entrada. Dijo que el visir había caído a un pozo... pero hizo que rellenaran los sótanos, y más tarde abandonó el propio palacio y se construyó otro en las afueras. De ese también huyó aterrorizado al descubrir, una mañana, una especie de moho negro esparcido por el suelo de mármol del palacio.

»Partió con toda su corte al rincón más oriental del reino y construyó una ciudad nueva. El palacio de la colina dejó de usarse y cayó en ruinas. Cuando Akkutho I revivió las glorias perdidas de Khorshemish, construyó una fortaleza allí. Por último, Tsotha-lanti erigió la ciudadela escarlata y abrió otra vez el acceso a los pozos. Cualquiera que fuera el destino que sufrió el gran visir de Khossus, Tsotha lo evitó. No cayó en pozo alguno, aunque descendió a uno que encontró y salió con una extraña expresión que desde entonces no ha abandonado sus ojos.

»He visto ese pozo, pero no he querido entrar en él en busca de sabiduría. Soy

un hechicero, y más viejo de lo que recuerdan los hombres, pero soy humano. En cuanto a Tsotha... Dicen que una bailarina de Shadizar durmió demasiado cerca de las ruinas prehumanas de la colina de Dagoth y se despertó en brazos de un demonio negro; de aquella unión impía nació un híbrido maldito al que los hombres llaman Tsotha-lanti...

Conan gritó de repente y retrocedió arrastrando con él a su compañero. Ante ellos se alzó la gran figura blanca y brillante de Satha, y en sus ojos asomaba un odio ancestral. Conan se tensó preparándose para lanzar con furia asesina un ataque descabellado, para golpear al gusano fosforescente en aquella cara maligna y jugarse la vida a una estocada. Pero la serpiente no lo miraba a él. Miraba por encima de su hombro al hombre llamado Pelias, que aguardaba con los brazos cruzados, sonriendo. Y poco a poco, en los grandes y fríos ojos amarillos, el odio murió y apareció un brillo de miedo puro; fue la única vez en su vida que Conan vio esa expresión en los ojos de un reptil. Con un giro veloz semejante al barrido de una ventisca, la gran serpiente se había marchado.

—¿Qué ha visto para asustarse así? —preguntó Conan, mirando con inquietud a su compañero.

—El pueblo escamoso ve cosas que escapan a la mirada de los mortales —respondió crípticamente Pelias—. Tú ves mi envoltura de carne; él vio mi alma desnuda.

Un cosquilleo helado recorrió el espinazo de Conan, y se preguntó si, después de todo, Pelias era un hombre o era en realidad otro demonio de los pozos con una máscara humana. Evaluó hasta qué punto sería aconsejable atravesar con la espada a su compañero sin más vacilación. Pero mientras lo meditaba, llegaron a la reja de acero, perfilada en negro por las antorchas del otro lado, y al cuerpo de Shukeli, aún caído frente a los barrotes en un charco de sangre coagulada.

Pelias se echó a reír, y no era una risa agradable.

—¡Por las caderas marfileñas de Ishtar!, ¿quién es nuestro portero? ¡Vaya, si no es nada menos que el noble Shukeli, que colgó por los pies a mis jóvenes acólitos y los despellejó entre risitas! ¿Duermes, Shukeli? ¿Por qué yaces tan rígido, con tu gorda barriga rajada como la de un cerdo relleno?

—Está muerto —dijo Conan, muy nervioso al oír aquellas palabras furiosas.

—Muerto o vivo, nos abrirá la puerta. —Pelias soltó una carcajada. Dio una palmada seca y gritó—: ¡Levanta, Shukeli! ¡Levanta del infierno y levanta del suelo ensangrentado, y abre la puerta a tus amos! ¡Levanta, te ordeno!

Un gruñido atroz reverberó en la cripta. A Conan se le puso el pelo de punta, y sintió que le cubría la piel un sudor húmedo, pues el cadáver de Shukeli se tensó y se movió, agitando las manos inseguras como un bebé. La risa de Pelias era implacable como un hacha de sílex. La figura del eunuco se levantó agarrándose a los barrotes. Conan, con la vista fija en él, sintió que se le helaba la sangre y la médula de los huesos se le aguaba, pues los ojos abiertos de Shukeli estaban vidriosos y vacuos, y del gran tajo en el vientre, las entrañas colgaban flojamente hasta el suelo. Los pies del eunuco se enredaron en sus propias tripas mientras descorría el pestillo, moviéndose como un autómata sin cerebro. Cuando se movió por primera vez, Conan pensó que por alguna increíble casualidad el eunuco seguía con vida; pero el hombre estaba muerto. Llevaba muerto varias horas.

Pelias pasó por la reja abierta, y Conan lo siguió, chorreando sudor, encogiéndose para alejarse de la forma horrible que se erguía sobre piernas temblorosas contra la reja que sostenía abierta. Pelias pasó sin dirigirle una

mirada más, y Conan fue tras él, constreñido por la pesadilla y las náuseas. No había dado media docena de pasos cuando un golpe sordo hizo que se diera la vuelta. El cadáver de Shukeli yacía desmadejado al pie de los barrotes.

—Ha cumplido su tarea y el infierno lo ha vuelto a reclamar —comentó Pelias con afabilidad, fingiendo con cortesía no darse cuenta del escalofrío que sacudió la poderosa figura del cimerio.

Abrió el camino por las escaleras y una vez arriba pasó por la puerta de la calavera en el arco. Conan apretó con fuerza el puño de la espada, esperando un ataque de los esclavos, pero el silencio envolvía la ciudadela. Recorrieron el pasillo negro y llegaron al de los incensarios, nublado por las eternas volutas perfumadas. Seguían sin ver a nadie.

—Los esclavos y los soldados se alojan en otra parte de la ciudadela —comentó Pelias—. Esta noche, con su amo ausente, sin duda yacen ebrios de vino o del jugo del loto.

Conan miró por una ventana arqueada de antepecho dorado que daba a una amplia terraza, y soltó una exclamación de sorpresa al contemplar el cielo negroazulado cuajado de estrellas. Lo habían arrojado a los pozos poco después del amanecer; ahora pasaba de la medianoche. Apenas se había dado cuenta de todo el tiempo que había pasado bajo tierra. Fue consciente de repente de la sed y el hambre atroz que sentía. Pelias lo guio a una cámara de techo dorado, suelo de plata y paredes de lapislázuli interrumpidas por los altos arcos de numerosas puertas.

Con un suspiro, Pelias se dejó caer en un diván de seda.

—Oro y sedas otra vez. —Suspiró—. Tsotha presume de estar por encima de los placeres de la carne, pero es medio demonio. Yo soy humano a pesar de mis artes oscuras. Me gusta la comodidad y pasar un buen rato... y así es como Tsotha me atrapó. Me pilló indefenso a causa de la bebida. El vino es una maldición... ¡Por el busto marfileño de Ishtar! ¡Mientras estoy hablando de él, el traidor ya está aquí! Por favor, amigo, sírveme una copa... ¡Espera! Olvidaba que eres un rey. La serviré yo.

—Al diablo con eso —gruñó Conan; llenó una copa de cristal y se la ofreció a Pelias. Después alzó la jarra y bebió directamente de ella un largo trago, haciéndose eco del suspiro de satisfacción de Pelias—. Ese perro conoce el buen vino —dijo después, y se limpió los labios con el dorso de la mano—. Pero, por Crom, Pelias, ¿vamos a estar aquí sentados hasta que los soldados se despierten y nos corten el cuello?

—No temas —respondió Pelias—. ¿Te gustaría ver cómo le va a Estrabonus?

Un fuego azul ardió en los ojos de Conan, que aferró la espada con tal fuerza que los nudillos se le quedaron blancos.

—¡Oh, si lo tuviera a tiro de estocada! —rugió.

Pelias cogió de una mesa de ébano una gran esfera que desprendía un brillo apagado.

—El cristal de Tsotha. Es un juguete para niños, pero será útil a falta de tiempo para una ciencia más elevada. Mira en él, majestad.

Lo dejó en la mesa ante los ojos de Conan. El rey miró en las profundidades neblinosas, que parecieron hacerse más profundas y expandirse. Poco a poco, la niebla y las sombras cristalizaron en imágenes. Vio un paisaje conocido. Amplias llanuras se extendían desde un río serpenteante, más allá del cual, el terreno se elevaba con rapidez y se convertía en un laberinto de colinas bajas. En la orilla

norte del río se alzaba una ciudad amurallada, guardada por un foso conectado en cada extremo con el río.

—¡Por Crom! —exclamó Conan—. ¡Es Shamar! ¡Los perros la están asediando!

Los invasores habían cruzado el río y habían plantado las tiendas en la estrecha llanura entre la ciudad y las colinas. Sus guerreros asaltaban la muralla; las armaduras brillaban pálidamente a la luz de la luna. Sobre ellos llovían flechas y piedras arrojadas desde las torres, que los obligaban a retroceder; pero siempre volvían al ataque.

Conan soltó un juramento. En ese momento, la escena cambió. Altos chapiteles y cúpulas resplandecientes se alzaban en la niebla; estaba contemplando su propia capital, Tarantia, donde todo era confusión. Vio a los caballeros de Poitain, sus seguidores más fieles, salir cabalgando por la puerta con sus armaduras de acero entre gritos y abucheos de la muchedumbre que llenaba las calles. Vio revueltas y saqueos, y guerreros cuyos escudos lucían la enseña de Pellia ocupaban las torres y caminaban con insolencia por los mercados. Por encima de todo, como un espejismo fantasmal, vio el rostro oscuro con expresión triunfante del príncipe Arpello de Pellia. Las imágenes se desvanecieron.

—¡Mi pueblo se levanta contra mí en el momento en que vuelvo la espalda! —dijo Conan con rabia.

—No del todo —intervino Pelias—. Han oído que estás muerto. Creen que no hay nadie que los proteja de los enemigos exteriores y de la guerra civil. Naturalmente, se vuelven hacia el noble más fuerte para evitar el horror de la anarquía. Recuerdan guerras pasadas y no confían en los poitanos. Pero Arpello está a mano, y es el príncipe más fuerte de las provincias centrales.

—Cuando regrese a Aquilonia, será un cadáver decapitado pudriéndose en la fosa de los traidores. —Conan rechinó los dientes.

—Pero antes de que llegues a la capital —le recordó Pelias—, puede que Estrabonus ya esté allí. Como mínimo, sus jinetes estarán saqueando tu reino.

—¡Cierto! —Conan paseó por la estancia como un león enjaulado—. Con el caballo más rápido no llegaría a Shamar antes de mediodía. Incluso allí no podría hacer mucho más que morir con los míos cuando caiga la ciudad, lo que ocurrirá en pocos días en el mejor de los casos. De Shamar a Tarantia hay cinco días a caballo, incluso galopando hasta que revienten. Antes de que pueda llegar a la capital y alzar un ejército, Estrabonus estará golpeando las puertas. Y reunir un ejército va a ser casi imposible; todos mis malditos nobles se habrán dispersado de vuelta a sus condenados dominios al recibir la noticia de mi muerte. Y como la gente ha expulsado a Trócero de Poitain, no hay nadie para mantener la corona fuera del alcance de las avariciosas manos de Arpello; la corona... y el tesoro de la corona. Le entregará el país a Estrabonus a cambio de ser un rey títere, y en cuanto Estrabonus le vuelva la espalda, azuzará la revuelta. Pero los nobles no lo apoyarán, y lo único que conseguirá será dar una excusa a Estrabonus para anexionarse abiertamente el reino. ¡Oh, Crom, Ymir y Set! ¡Si tan solo tuviera alas para volar como un relámpago a Tarantia!

Pelias, que estaba tamborileando con los dedos en la mesa de jade, se detuvo de repente, se levantó con determinación y le hizo un gesto a Conan para que lo siguiera. El rey obedeció, sumido en sombríos pensamientos, y Pelias salió de la cámara y subió por una escalera de mármol y oro que llevaba al pináculo de la ciudadela, el tejado de la torre más alta. Era de noche, y un fuerte viento soplaba en el cielo cuajado de estrellas, agitando la melena negra de Conan. Muy por

**debajo de ellos centelleaban las luces de Khorshemish, que parecían más lejanas que las estrellas por encima. Pelias parecía retraído y distante allí, con una fría grandeza inhumana en compañía de las estrellas.**

**—Existen criaturas —dijo— no solo en la tierra y en el mar, sino en el aire y en los rincones más alejados del cielo, que moran aparte, sin que los hombres sepan de su existencia. Pero para quien domina los Signos y las Palabras de poder, y el Conocimiento que subyace en todo, no son malignas ni inaccesibles. Observa, y no temas.**

**Levantó las manos hacia el cielo y pronunció una larga llamada que pareció resonar interminablemente en el espacio, menguando y apagándose pero sin desaparecer nunca por completo, tan solo alejándose más y más en algún cosmos desconocido. En el silencio que siguió, Conan oyó un súbito batir de alas en las estrellas, y retrocedió cuando una inmensa criatura semejante a un murciélago aterrizó al lado. Vio los grandes ojos tranquilos que lo miraban a la luz de las estrellas; vio las quince varas de envergadura de las gigantescas alas extendidas. Y vio que no era ni ave ni murciélago.**

**—Monta —dijo Pelias—. Al amanecer estarás en Tarantia.**

**—¡Por Crom! —murmuró Conan—. ¿Esto es una pesadilla de la que despertaré en mi palacio de Tarantia? ¿Y tú? No quiero dejarte solo en medio de tus enemigos.**

**—No te preocupes por mí —respondió Pelias—. Al amanecer, la gente de Khorshemish sabrá que tiene un nuevo amo. No tengo la menor duda de que te enviaron los dioses. Me reuniré contigo en la llanura de Shamar.**

**No muy convencido, Conan trepó a la espalda de la extraña criatura y se agarró al cuello arqueado, pensando aún si no estaría en las garras de una pesadilla fantástica. Con un gran impulso atronador de las alas titánicas, la criatura se elevó por el aire, y el rey se sintió mareado al ver las luces de la ciudad empequeñecer por debajo de él.**

## 4

*La espada que extiende el rey corta las ligaduras del imperio.*
**—Proverbio aquilonio**

**Por las calles de Tarantia pululaba una turba aullante, agitando puños y picas oxidadas. Era la hora previa al amanecer del segundo día después de la batalla de Shamu, y los acontecimientos se habían sucedido a una velocidad vertiginosa. Por medios solo conocidos por Tsotha-lanti, había llegado a Tarantia la noticia de la muerte del rey solo media docena de horas después de la batalla. el resultado había sido el caos. Los barones abandonaron la capital y partieron al galope para proteger sus castillos contra las incursiones de sus vecinos. El reino bien organizado que Conan había construido parecía al borde de la disolución, y la plebe y los mercaderes temblaban ante la inminencia de un regreso al régimen feudal. La gente pedía a gritos un rey que los protegiera de sus propios aristócratas tanto como de los enemigos extranjeros. El conde Trócero, a quien Conan había dejado al cargo de la ciudad, intentó tranquilizarlos, pero en su terror irracional recordaron viejas guerras civiles y cómo aquel mismo conde había asediado Tarantia quince años antes. Se comentaba a gritos por las calles**

**que Trócero había traicionado al rey y planeaba expoliar la ciudad. Los mercenarios empezaron a saquear los barrios, sacando a rastras a mercaderes y a mujeres aterrorizadas.**

**Trócero cayó sobre los saqueadores y alfombró las calles con sus cadáveres, obligándolos a volver a sus cuarteles en la confusión, y apresó a los cabecillas. Aun así, la gente se revolvió, y sin ningún sentido empezó a clamar que el conde había incitado los disturbios con fines propios.**

**El príncipe Arpello se presentó ante el desconcertado consejo y anunció que estaba preparado para hacerse cargo del gobierno de la ciudad hasta que se decidiera un nuevo rey, ya que Conan no tenía hijos. Mientras el consejo debatía, los agentes de Arpello extendieron insinuaciones sutiles entre la gente, que se lanzó a aferrarse a cualquier brizna de realeza. El consejo oyó el escándalo fuera de las ventanas de palacio, donde la multitud clamaba por Arpello el Rescatador. El consejo se rindió.**

**Al principio, Trócero rechazó la orden de entregar el bastón de mando, pero la gente se agolpó alrededor, siseando y aullando, arrojando piedras y basura a sus caballeros. Viendo la inutilidad de una batalla callejera incierta en esas condiciones contra los seguidores de Arpello, Trócero arrojó el bastón a la cara de su rival, colgó a los cabecillas de los mercenarios en la plaza del mercado como último acto oficial, y salió cabalgando por la puerta sur a la cabeza de sus quince mil caballeros acorazados. Las puertas se cerraron tras él, y la máscara afable de Arpello cayó y reveló el rostro horrible de un lobo hambriento.**

**Con los mercenarios hechos pedazos o escondidos en sus cuarteles, los suyos eran los únicos soldados que había en Tarantia. A lomos de su caballo de batalla en la plaza del mercado, Arpello se autoproclamó rey de Aquilonia, en medio del clamor de una multitud ilusa.**

**El canciller Publius, que se opuso a aquel movimiento, fue arrojado a una celda. Los mercaderes, que habían saludado con alivio la proclamación de un rey, descubrieron con consternación que el primer acto del muevo monarca fue imponerles un impuesto desorbitado. Seis ricos mercaderes, enviados como delegación para protestar, fueron apresados y les cortaron la cabeza sin ceremonias. Un silencio estupefacto siguió a aquella ejecución. Los mercaderes, frente a un poder al que no podían controlar con dinero, cayeron sobre sus gordos vientres y lamieron las botas del opresor.**

**La gente corriente no se alteró por el destino de los mercaderes, pero empezó a murmurar cuando descubrió que la soldadesca pelia, con la excusa de mantener el orden, era tan mala como los bandidos turanios. Quejas de extorsión, asesinato y violaciones empezaron a llover sobre Arpello, que había instalado sus aposentos en el palacio de Publius, ya que los desesperados consejeros, condenados por orden del rey, impedían la entrada de los soldados en el palacio real. Sin embargo, Arpello había tomado posesión del palacio de recreo, y las mujeres de Conan fueron llevadas a sus aposentos. La gente murmuró al ver a las bellezas reales retorcerse en las manos brutales de los esbirros armados; damiselas de Poitain de ojos oscuros, esbeltas mozas de pelo negro de Zamora, Zingaria e Hirkania, rubias muchachas britunias, todas llorando de miedo y vergüenza ante aquella brutalidad desacostumbrada.**

**La noche cayó sobre una ciudad sumida en la confusión y el desorden, y antes de la medianoche se extendió misteriosamente por las calles la noticia de que los kothianos habían seguido avanzando tras su victoria y golpeaban las murallas de**

Shamar. Alguien del misterioso servicio secreto de Tsotha había hecho correr la voz. El miedo sacudió a la gente como un terremoto, y nadie se paró a preguntarse siquiera mediante qué brujería se transmitían tan deprisa las noticias. Acudieron en masa a las puertas de Arpello, exigiendo que marchase hacia el sur y expulsara al enemigo al otro lado del Tybor. Arpello podría haber indicado sutilmente que no tenía suficientes fuerzas y que no podría reunir un ejército hasta que los barones aceptaran su reivindicación de la corona, pero estaba borracho de poder y se les rio en la cara.

Un joven estudiante llamado Athemides se subió a una columna en el mercado, y con palabras ardientes acusó a Arpello de ser un títere de Estrabonus y pintó un vívido cuadro de cómo sería la existencia bajo el gobierno kothiano y con Arpello como sátrapa. Antes de que acabara, la multitud gritaba de miedo y aullaba de rabia. Arpello envió a sus soldados a capturar al joven, pero la gente lo cogió y se lo llevó de allí, a la vez que arrojaba sobre los esbirros un diluvio de piedras y gatos muertos. Una andanada de flechas de ballesta refrenó a la multitud, y una carga de caballería alfombró de cadáveres el mercado, pero Athemides fue sacado a escondidas de la ciudad para que fuera a rogar a Trócero que reconquistase Tarantia y partiese en ayuda de Shamar.

Athemides encontró a Trócero levantando el campamento fuera de las murallas, dispuesto a marchar a Poitain, en el rincón más al sudoeste del reino. A los ruegos insistentes del joven respondió que no tenía las fuerzas necesarias para atacar Tarantia, ni siquiera con la ayuda del populacho, ni para hacer frente a Estrabonus. Además, los nobles avariciosos saquearían Poitain mientras él estaba ocupado luchando contra los kothianos. Con el rey muerto, cada uno debía proteger a los suyos. Cabalgaría a Poitain, y lo defendería lo mejor que pudiera contra Arpello y sus aliados extranjeros.

Mientras Athemides suplicaba ante Trócero, la turba seguía alborotándose en la ciudad con furia impotente. La gente se agolpó bajo la gran torre al lado del palacio real y gritó su odio a Arpello, que desde una torreta se carcajeó de ellos mientras sus arqueros ocupaban los parapetos, con las saetas armadas y los dedos en los gatillos de las ballestas.

El príncipe de Pellia era un hombre corpulento de estatura media y rostro oscuro y adusto. Era un intrigante, pero también un luchador. Bajo su jubón de seda y su camisa de mangas abolsadas con bordados de oro brillaba el acero forjado. Su larga melena negra estaba rizada y perfumada, sujeta con un aro de plata, pero en su cadera colgaba una gran espada cuya empuñadura enjoyada se había desgastado en batallas y campañas militares.

—¡Idiotas! ¡Aullad cuanto queráis! ¡Conan está muerto y Arpello es el rey!

Daba igual que Aquilonia entera se aliara contra él. Tenía suficientes efectivos para defender la poderosa muralla hasta que llegara Estrabonus. Pero Aquilonia estaba dividida contra sí misma. Los barones ya se estaban preparando para tomar los tesoros de sus vecinos. Arpello solo tenía que ocuparse de la turba indefensa. Estrabonus atravesaría las líneas dispersas de los barones en guerra como un ariete atraviesa la espuma, y hasta su llegada, Arpello solo tenía que conservar la capital.

—¡Idiotas! ¡Arpello es el rey!

El sol se alzaba sobre las torres orientales. Desde el amanecer carmesí se acercó un punto que fue creciendo; primero pareció un murciélago, luego un águila. y entonces, todos cuanto lo vieron gritaron de asombro, pues sobre las

murallas de Tarantia voló una forma que los hombres solo conocían por leyendas medio olvidadas, y de entre sus alas titánicas saltó una forma humana que rugió en lo alto de la gran torre. Después, con una sacudida atronadora de las alas, la criatura se fue, y la gente se quedó parpadeando, preguntándose si habían soñado. Pero en lo alto de la torre se erguía una figura bárbara y salvaje, medio desnuda, manchada de sangre, empuñando una gran espada. Y de la multitud surgió un grito que hizo temblar las torres.

—¡El rey! ¡Es el rey!

Arpello lo contempló, paralizado. Entonces, con un grito, desenvainó la espada y se lanzó hacia Conan. Con un rugido semejante al de un león, el cimerio desvió la espada silbante, y, soltando la suya, agarró al príncipe y lo alzó sobre la cabeza sosteniéndolo por el cuello y la entrepierna.

—¡Llévate tus planes contigo al infierno! —rugió, y arrojó al príncipe de Pellia como un saco de sal por encima del parapeto, a cincuenta varas del suelo. La gente se apartó de la caída en picado de Arpello, que se estrelló en las losas de mármol salpicando sangre y sesos, y yació destrozado en su armadura rota como un escarabajo pisoteado.

Los arqueros de la torre retrocedieron desmoralizados. Huyeron, y los consejeros sitiados salieron del palacio y los atacaron con alegre abandono. Los caballeros y soldados de Pellia intentaron buscar la seguridad en las calles, pero la plebe los hizo pedazos. Los combates callejeros se multiplicaron; se formaron remolinos de yelmos emplumados y cascos de acero mezclados con cabelleras despeinadas, y luego desaparecieron; las espadas se agitaron desesperadamente en un bosque de picas, y por todas partes se alzó el rugido de la muchedumbre, voces de aclamación y gritos que pedían sangre y aullidos de dolor. Por encima de todo, la figura desnuda del rey se erguía sobre el alto parapeto, con los poderosos brazos alzados, rugiendo con una risa gargantuesca que se burlaba de todas las muchedumbres y todos los príncipes, incluso de sí mismo.

## 5

*¡Un arco largo y fuerte! ¡Que el cielo se oscurezca!*
*¡La cuerda en la muesca, la flecha en la oreja!*
*¡Apuntando al Rey de Koth directo a la cabeza!*
**—Canción de los arqueros bosonios**

El sol de media tarde se reflejaba en las plácidas aguas del Tybor y bañaba los baluartes meridionales de Shamar. Los extenuados defensores sabían que pocos de ellos volverían a ver alzarse el sol. Los pabellones de los sitiadores salpicaban la llanura. Los habitantes de Shamar no había sido capaz de impedir que cruzaran el río, estando como estaban en inferioridad numérica. Barcas encadenadas formaban un puente por el que se vertían las hordas invasoras. Estrabonus no se atrevía a adentrarse en Aquilonia con Shamar aún no sometida a su espalda. Había enviado una avanzadilla de jinetes rápidos, sus espahíes, a crear devastación, y había montado sus máquinas de asedio en la llanura. Una flotilla de barcos proporcionada por Amalrus estaba anclada en el centro del río, dominando ese lado de la muralla. Algunos barcos habían sido hundidos por las rocas lanzadas por las balistas de la ciudad, que habían atravesado las cubiertas y desgarrado los

cascos, pero el resto se mantenía en su lugar y desde las proas y las cabezas de mástil, protegidos tras gruesas esteras, los arqueros acribillaban las torretas que daban al río. Eran shemitas nacidos con el arco entre las manos, que no tenían rival entre los arqueros aquilonios.

Por el lado terrestre, las balistas arrojaban rocas y troncos de árboles a los defensores, destrozando los tejados y aplastando a los humanos como escarabajos; los arietes golpeaban incesantemente las murallas; los zapadores cavaban como topos en la tierra, minando el suelo bajo las torres. El foso había sido cegado en un extremo, vaciado de agua y rellenado con piedras, tierra y cadáveres de caballos y hombres. Al pie de los muros se amontonaban figuras con cotas de malla que golpeaban las puertas, colocaba escaleras y empujaban contra las murallas torres de asedio llenas de piqueros.

La esperanza había abandonado la ciudad, en la que apenas mil quinientos hombres resistían contra cuarenta mil guerreros. No habían llegado noticias del reino cuyo puesto más avanzado era aquella fortaleza. Conan estaba muerto, o eso gritaban con alegría los invasores. Solo la robusta muralla y el valor desesperado de los defensores había mantenido a raya a los atacantes tanto tiempo, ni la una ni el otro aguantarían para siempre. La muralla oeste era una masa de escombros en la que los defensores entablaban combate cuerpo a cuerpo con los invasores. Los otros lados de la muralla empezaban a ceder sobre el suelo minado y las torres se inclinaban peligrosamente.

En ese momento, los atacantes se estaban agrupando para cargar. Los cuernos atronaron. Las filas acorazadas formaron en la llanura. Las torres de asedio, cubiertas con pieles de toro, avanzaron. Los habitantes de Shamar vieron los estandartes de Koth y Ofir ondeando codo con codo, y en el centro, entre los caballeros de armadura reluciente, destacaban la delgada y letal figura de Amalrus, con su cota de malla dorada, y la forma achaparrada de Estrabonus, con armadura negra. Entre aquellos dos aparecía una figura que hacía que hasta los más valientes palidecieran de terror; una figura que recordaba a un buitre, vestida con una fina túnica. Los piqueros avanzaron, fluyendo sobre la llanura como las olas relucientes de un río de acero fundido; los caballeros pusieron a sus monturas al trote, con las lanzas levantadas, ondeando los estandartes. Los guerreros de la muralla tomaron aire, encomendaron el alma a Mitra y apretaron con fuerza sus armas manchadas de sangre.

Sin previo aviso, el sonido de una corneta se impuso al estrépito. Un atronar de cascos se alzó sobre el rumor de la hueste que se acercaba. Al norte de la llanura por la que avanzaba el ejército se alzaban líneas de colinas bajas, que crecían hacia el norte y el oeste como gigantescos escalones. Al pie de esas colinas, como espuma antes de una tormenta en el mar, aparecieron los espahíes que habían sido enviados a arrasar el territorio, cabalgando a toda velocidad y picando espuelas. Porque detrás de ellos centelleaban líneas de acero en movimiento. Salieron de los desfiladeros y quedaron por fin a plena vista: guerreros acorazados a caballo, y flotando sobre ellos, el gran estandarte del león de Aquilonia.

De las gargantas de los electrizados observadores de las torres surgió un grito que retumbó en los cielos. Emocionados, los guerreros golpearon con las espadas melladas los escudos hendidos, y todos en la ciudad, mendigos andrajosos y ricos mercaderes, putas con túnicas rojas y damas envueltas en seda y satín, cayeron de rodillas y gritaron de alegría dando gracias a Mitra, con lágrimas de

agradecimiento corriéndoles por la cara.

Estrabonus gritó órdenes frenéticas al general Arbanus para que hiciera girar las filas para hacer frente a aquella amenaza inesperada.

—Seguimos superándolos en número a menos que tengan reservas escondidas en las colinas —gruñó—. Los hombres de las torres de asalto pueden ocuparse de cualquiera que intente salir de la ciudad. Esos son poitanos; teníamos que habernos figurado que Trócero intentaría alguna estúpida maniobra heroica de este tipo.

Amalrus gritó con incredulidad.

—Veo a Trócero, y a Próspero, su capitán. Pero... ¿Quién cabalga entre ellos?

—¡Ishtar nos guarde! —gritó Estrabonus, palideciendo—. ¡Es el rey Conan!

—¡Estáis locos! —aulló Tsotha, sobresaltado—. ¡Conan está desde hace días en el estómago de Satha!

Se interrumpió en seco y contempló con ojos desquiciados el ejército que estaba extendiéndose, fila a fila, por la llanura. La gigantesca figura de armadura negra y dorada que cabalgaba el gran semental negro bajo los pliegues ondulantes del enorme estandarte era inconfundible. Un grito de furia felina salió de los labios de Tsotha, salpicándole de espuma la barba. Por primera vez en su vida, Estrabonus vio al mago completamente rabioso, y se encogió ante aquella imagen.

—¡Aquí ha habido brujería! —gritó Tsotha, retorciéndose con furia la barba—. ¿Cómo puede haber escapado y llegado a sus dominios con tiempo para regresar tan deprisa al frente de un ejército? ¡Esto es obra de Pelias, maldito sea! ¡Presiento su mano en todo esto! ¡Que me maldigan por no haberlo matado cuando pude!

Los reyes se quedaron boquiabiertos al oír mencionar a un hombre al que creían muerto desde hacía diez años, y el pánico que transmitían sacudió a la hueste. Todos reconocieron al jinete del semental negro. Tsotha percibió el miedo supersticioso de sus hombres, y la furia convirtió sus rostros en una máscara infernal.

—¡Atacad! —gritó, agitando alocadamente los flacos brazos—. ¡Todavía somos más fuertes! ¡Cargad y aplastad a esos perros! ¡Esta noche festejaremos en las ruinas de Shamar! ¡Oh, Set! —Alzó las manos e invocó al dios serpiente ante el horror de Estrabonus—. ¡Concédenos la victoria y juro que te ofreceré quinientas vírgenes de Shamar retorciéndose en su sangre!

Entretanto, el ejército contrario se había desplegado en la llanura. Con los caballeros llegó lo que parecía un segundo ejército, más irregular, en caballos más ligeros y duros. Los del segundo grupo desmontaron y formaron filas a pie: estólidos arqueros bosonios y fuertes piqueros de Gunderland, con sus melenas castañas agitándose al viento bajo los cascos de acero.

Era un ejército abigarrado el que Conan había reunido en las horas desquiciadas que siguieron a su regreso a la capital. Había apartado a golpes a la turba rabiosa de los soldados pellianos que guardaban la muralla exterior de Tarantia y los había alistado a su servicio. Había enviado a un jinete veloz en busca de Trócero para ordenarle volver. Con eso como núcleo de un ejército, había avanzado hacia el sur, barriendo el país recogiendo reclutas y monturas. Nobles de Tarantia y de las tierras que la rodeaban habían aumentado sus fuerzas, y había reclutado levas de cada pueblo y castillo a lo largo de la carretera. Seguía siendo una fuerza escasa la que había reunido para lanzarse contra el ejército invasor, pero tenía la calidad del acero forjado.

Lo seguían mil novecientos jinetes acorazados, cuyo grueso lo formaban los caballeros de Poitain. El resto de los mercenarios y los soldados profesionales a cargo de los nobles leales formaban su infantería: cinco mil arqueros y cuatro mil piqueros. Este ejército avanzaba ahora en orden de batalla: primero los arqueros, luego los piqueros, y tras estos, los caballeros, todos avanzando a paso de marcha.

Arbanus ordenó sus filas contra ellos, y el ejército aliado avanzó como un mar ondulante de acero. Los observadores de los muros de la ciudad menearon la cabeza al ver aquel inmenso ejército, que ensombrecía la fuerza de los rescatadores. En primer lugar marchaban los arqueros shemitas, luego los piqueros kothianos, y, por fin, los caballeros acorazados de Estrabonus y Amalrus. El intento de Arbanus era evidente: usar sus soldados a pie para barrer la infantería de Conan y abrir camino para una carga arrasadora de la caballería pesada.

Los shemitas abrieron fuego a quinientos pasos, y las flechas volaron como granizo entre los dos ejércitos, oscureciendo el sol. Los arqueros occidentales, entrenados por mil años de guerra implacable contra los salvajes pictos, siguieron avanzando imperturbables, cerrando filas cuando caían sus camaradas. Los superaban con mucho en número y los arcos shemitas tenían mayor alcance, pero en cuanto a precisión, los arqueros bosonios igualaban a sus enemigos, y equilibraban la habilidad en el tiro con su superioridad en cuanto a moral y calidad de la armadura. En cuanto llegaron a su distancia de alcance empezaron a disparar, y los shemitas cayeron por filas. Los guerreros de barba negroazulada, con sus cotas de malla ligeras, no podían soportar un castigo tan intenso como los mejor acorazados bosonios. Rompieron filas, arrojaron los arcos y huyeron en desbandada, lo que además desordenó las filas de piqueros kothianos que los seguían.

Sin el apoyo de los arqueros, la infantería cayó a centenares bajo las flechas bosonias, y cuando cargó desesperadamente para buscar el cuerpo a cuerpo fue recibida por las lanzas de los piqueros. Ninguna infantería rivalizaba con los salvajes gunderios, cuya tierra natal, la provincia más septentrional de Aquilonia, estaba a un día a caballo de la frontera de Cimeria cruzando las Marcas Bosonias; nacidos y criados para la guerra, poseían la sangre más pura de todas las razas hibóreas. Los piqueros kothianos, aturdidos por las pérdidas sufridas bajo las flechas, cayeron hechos pedazos y se retiraron desordenadamente.

Estrabonus rugió de furia al ver que su infantería estaba siendo rechazada, y ordenó una carga general. Arbanus objetó, señalando que los bosonios habían reordenado sus filas delante de los caballeros aquilonios, que habían contenido el avance de sus monturas durante la refriega. El general aconsejó una retirada momentánea para atraer a la caballería occidental fuera de la cobertura de los arcos, pero Estrabonus había enloquecido de rabia. Contempló la larga línea que formaban sus caballeros, miró el puñado de figuras armadas que tenía delante y exigió a Arbanus que diera la orden de cargar.

El general encomendó su alma a Ishtar e hizo sonar el cuerno dorado. Con un rugido atronador, el bosque de lanzas se inclinó hacia delante y el gran ejército arrolló la llanura, ganando impulso mientras avanzaba. El suelo entero tembló bajo la avalancha de cascos, y el brillo de oro y acero deslumbró a los observadores de las torres de Shamar.

Los escuadrones atravesaron las filas dispersas de piqueros, pasando por

encima de amigos y enemigos por igual, y se metieron entre los dientes de una descarga de flechas de los bosonios. Siguieron atronando la llanura, cabalgando sombríamente bajo la tormenta que dejó su camino cubierto de caballeros caídos como hojas otoñales. Cien pasos más y estarían sobre los bosonios, que caerían segados como trigo; pero la carne y la sangre no podían soportar la lluvia de muerte que ahora desgarraba y aullaba entre ellos. Hombro con hombro, con los pies bien asentados, se alzaban los arqueros, tensando las cuerdas hasta la oreja y soltándolas como un solo hombre, con gritos breves y profundos.

La primera línea de caballeros se desintegró por completo, y sobre los cadáveres erizados de flechas de caballos y jinetes, sus camaradas tropezaron y cayeron. Arbanus yacía muerto, con una flecha en la garganta y el cráneo aplastado por los cascos de su moribundo caballo de batalla, y la confusión se extendió por la hueste desordenada. Estrabonus daba una orden a gritos, Amalrus, otra distinta, y a todos los invadía el terror supersticioso que la visión de Conan había despertado.

Mientras las filas relucientes se amontonaban en confusión, las trompetas de Conan sonaron, y entre las filas ahora abiertas de los arqueros arrancó la terrible carga de los caballeros aquilonios.

El choque de los ejércitos fue como un terremoto que hizo temblar las torres tambaleantes de Shamar. Los desorganizados escuadrones de los invasores no pudieron soportar la sólida cuña de acero erizada de lanzas que los golpeó con la fuerza de un rayo. Las largas lanzas de los atacantes hicieron pedazos las líneas defensoras, y en el corazón de la hueste cabalgaban los caballeros de Poitain haciendo girar sus terribles mandobles.

El choque y el estrépito del acero fueron como un millón de martillos golpeando otros tantos yunques. Los observadores de la muralla quedaron aturdidos y ensordecidos por aquel trueno mientras se aferraban al parapeto y contemplaban el torbellino de acero, en el que los penachos se alzaban entre el fulgor de las espadas y los estandartes avanzaban y retrocedían.

Amalrus cayó y murió aplastado por los cascos de los caballos, después de que el mandoble de Próspero le hubiera partido la clavícula. La superioridad numérica de los invasores había engullido a los mil novecientos caballeros de Conan, pero contra aquella cuña compacta que penetraba más y más en la dispersa formación enemiga, los caballeros de Koth y Ofir giraban y golpeaban en vano. No podían romper la cuña.

Arqueros y piqueros, después de haber despachado a la infantería kothiana que ahora huía por la llanura, acudieron al borde de la batalla y dispararon los arcos a quemarropa, entraron corriendo y cortaron cinchas y vientres de caballos con los cuchillos y ensartaron a los jinetes con las largas picas.

En la punta de la cuña de acero, Conan rugió su grito de batalla pagano y giró la espada en un arco centelleante que convirtió en inútiles los yelmos de acero y las cotas de malla. Cabalgó directamente entre las líneas enemigas dejando una estela de destrucción, y los caballeros de Koth unieron filas tras él, separándolo de sus guerreros. Conan golpeó como golpea un relámpago, atravesando las líneas a base de velocidad y fuerza bruta, hasta que llegó ante Estrabonus, lívido entre sus tropas de palacio. La batalla no estaba en equilibrio, pues gracias a sus fuerzas superiores en número, Estrabonus aún tenía la oportunidad de recoger la victoria de las rodillas de los dioses.

Pero gritó cuando vio a su archienemigo al alcance de su brazo, por fin, y

golpeó salvajemente con su hacha. El arma golpeó en el casco de Conan haciendo saltar chispas, y el cimerio tiró de las riendas y golpeó a su vez. La hoja de casi dos varas de largo aplastó el casco y el cráneo de Estrabonus. El caballo del rey se encabritó con un relincho aterrado y arrojó de la silla el cadáver lacio y desmadejado. Se elevó un gran grito en el ejército, que titubeó y retrocedió. Trócero y sus tropas, golpeando ferozmente, se abrieron paso hasta llegar al lado de Conan, y el gran estandarte de Koth cayó. Tras los confusos y acongojados invasores se elevó un poderoso clamor y prendió la llama de una intensa conflagración. Los defensores de Shamar habían realizado una salida desesperada, liquidando a los hombres que bloqueaban las puertas, y corrían furiosos entre las tiendas de los asediadores matando a los que estaban en el campamento, prendiendo fuego a los pabellones y destruyendo las máquinas de asedio. Aquello fue la gota que colmó el vaso. El resplandeciente ejército emprendió la desbandada, y los furiosos vencedores los fueron matando en su huida.

Los fugitivos corrieron al río, pero los hombres de la flotilla, acosados por las piedras y las flechas de los reanimados ciudadanos, soltaron anclas y enfilaron hacia la orilla sur, abandonando a sus camaradas a su destino. Muchos alcanzaron la orilla y corrieron por el puente de barcas, hasta que los hombres de Shamar cortaron las amarras y lo alejaron de la orilla. El combate se tornó en carnicería. Empujados al río para que se ahogaran en sus armaduras o asesinados a lo largo de la orilla, los invasores perecieron a millares. No habían concedido cuartel; no lo recibieron.

Desde la base de las colinas hasta la orilla del Tybor, la llanura estaba cubierta de cadáveres, y el río teñido de rojo arrastraba lentamente a los muertos. De los mil novecientos caballeros que habían cabalgado al sur con Conan, apenas quinientos sobrevivieron para jactarse de sus cicatrices, y la matanza entre los arqueros y los piqueros fue espantosa. Pero la gran hueste reluciente de Estrabonus y Amalrus había sido borrada de la existencia, y los que huyeron fueron muchos menos que los que murieron.

Mientras la carnicería proseguía a lo largo del río, el acto final del drama macabro se estaba representando en la pradera al otro lado. Entre los que habían cruzado el puente de barcas antes de que fuera destruido estaba Tsotha, que cabalgaba como el viento en una montura esbelta y extraña cuyo paso no podría haber igualado ningún caballo normal. Barriendo de su camino implacablemente a amigos y enemigos, alcanzó la orilla sur; en ese momento, al echar una mirada atrás, vio una figura sombría a lomos de un gran semental negro lanzada en su persecución. Y se habían cortado las amarras y las barcas se estaban separando, pero Conan avanzó sin pensárselo, saltando de barca a barca como un hombre podría saltar de un pedazo de hielo flotante a otro. Tsotha gritó una maldición, pero el gran semental dio el último salto con un gruñido esforzado y alcanzó la orilla sur. Entonces, el brujo emprendió el galope por la pradera vacía, y tras él cabalgó el rey a toda velocidad, agitando la gran espada, que salpicó su camino de gotas carmesí.

Siguieron la carrera, perseguidor y perseguido, pero el semental negro no conseguía ganar un palmo a pesar de que iba lanzado a rienda suelta y forzando músculos y tendones. Corrieron bajo un crepúsculo de sombras tenues e ilusorias, hasta que la visión y el sonido de la matanza desaparecieron tras ellos. Entonces apareció en el cielo un punto que creció, acercándose, hasta convertirse en un águila inmensa. Bajó en picado desde el cielo y se lanzó contra la cabeza de la

**montura de Tsotha, que gritó y se encabritó, arrojando al suelo a su jinete.**

**El viejo Tsotha se levantó e hizo frente a su perseguidor; sus ojos eran como los de una serpiente enloquecida, y su cara, una máscara inhumana. En cada mano sostenía algo que brillaba, y Conan supo que aquellas cosas portaban muerte.**

**El rey desmontó y caminó hacia su enemigo con la espada en alto, haciendo tintinear la armadura.**

**—¡Volvemos a vernos, brujo! —Sonrió salvajemente.**

**—¡Atrás! —gritó Tsotha como un chacal rabioso—. ¡Te arrancaré la carne de los huesos! ¡No puedes vencerme! ¡Si me cortas en pedazos, los trozos de carne y hueso se unirán y te perseguirán hasta la muerte! Veo la mano de Pelias en todo esto, ¡pero os desafío a los dos! Soy Tsotha, hijo de...**

**Conan cargó, los ojos convertidos en rendijas. Su espada brilló. La mano derecha de Tsotha se movió hacia atrás y hacia delante, y el rey se agachó rápidamente. Algo pasó rozándole el casco y se estrelló detrás de él, haciendo arder la arena con un destello de fuego infernal. Antes de que Tsotha pudiera lanzar la esfera que sostenía en la mano izquierda, la espada de Conan segó el delgado cuello. La cabeza del mago saltó de los hombros entre un chorro de sangre, y la figura vestida con túnica se tambaleó y se derrumbó como un borracho. Pero los dementes ojos negros siguieron mirando a Conan sin que disminuyera su luz feroz, los labios se retorcieron de forma horrible y las manos tantearon como si estuvieran buscando la cabeza cercenada. Entonces, con un rápido agitar de alas, algo descendió del cielo: el águila que había atacado a caballo de Tsotha. Sus poderosas garras atraparon la cabeza goteante y el ave se lanzó hacia lo alto. Conan se quedó inmóvil, estupefacto, pues de la garganta del águila salió una carcajada humana con la voz de Pelias el hechicero.**

**Una figura horrible pasó a su lado. El cuerpo decapitado de Tsotha se había levantado de la arena y avanzó tambaleándose en una carrera espantosa sobre las piernas rígidas, con las manos ciegamente extendidas hacia el punto que se empequeñecía mientras se alejaba por el cielo crepuscular. Conan se quedó inmóvil como una piedra y contempló la figura que se alejaba rápidamente hasta que se desvaneció en la penumbra que teñía el prado de rojo.**

**—¡Crom! —Sus poderosos hombros se estremecieron—. ¡Malditas sean esas peleas de brujos! Pelias se ha portado bien conmigo, pero me alegraré si no lo vuelvo a ver. Dadme una espada limpia y un enemigo limpio en el que clavarla. ¡Maldición! ¡Qué no daría ahora por una jarra de vino!**

# LA HORA DEL DRAGÓN

# 1
# DESPIERTA, ¡OH, DURMIENTE!

La llama de los largos cirios vaciló y cubrió los muros de sombras negras; los tapices de terciopelo ondularon a pesar de que no soplaba brisa alguna en la sala. Cuatro individuos, cada uno con una extraña vela negra de llama verdosa en la mano, se reunían alrededor de una mesa de ébano en la que reposaba un sarcófago verde con brillos de jade. En el exterior caía la noche y un viento extraviado gemía entre los árboles cubiertos de sombras.

Los cuatro pares de ojos ardían con intensidad en medio del tenso silencio plagado de sombras inciertas. No se apartaban del largo féretro verde cruzado de crípticos jeroglíficos que parecían cambiar de forma ante cada capricho de la luz. El individuo al pie del sarcófago se inclinó hacia adelante, movió la vela como si escribiera y trazó un símbolo místico en el aire. Depositó después la vela en una oscura palmatoria dorada junto al féretro y, tras murmurar en dirección a sus compañeros un exordio ininteligible, metió la mano, grande y pálida, en un pliegue de sus ropajes de piel de armiño. Cuando la sacó de nuevo llevaba en la palma lo que parecía una bola de fuego.

Los otros tres contuvieron de pronto el aliento.

—¡El Corazón de Arimán! —exclamó el individuo fuerte y moreno situado a la cabecera del sarcófago.

El que estaba frente a él reclamó silencio con un gesto seco. A lo lejos, un perro empezó a aullar lastimeramente, y se oyeron pasos sigilosos más allá de la sólida puerta. Pero nadie apartó la vista del sarcófago sobre el que el hombre vestido de piel de armiño movía la enorme joya resplandeciente mientras murmuraba un encantamiento que ya era antiguo antes de la caída de la Atlántida. El brillo de la gema los deslumbraba y no estaban muy seguros de lo que veían, pero les pareció que la tapa del sarcófago reventaba y se astillaba como si estuviera sometida a una presión irresistible. Luego, los cuatro vieron al ocupante del féretro: una silueta encorvada, marchita, arrugada, de miembros resecos como madera muerta que asomaban entre las vendas que los cubrían.

—¿Vas a traer de vuelta esa... cosa? —murmuró el hombrecillo menudo de la derecha—. Se deshará en cuanto la toques. Nos hemos dejado...

—Shhh —lo interrumpió con un siseo imperativo el portador de la joya.

El sudor le caía por la frente pálida y tenía los ojos muy abiertos. Se inclinó de nuevo hacia adelante y, sin tocar la momia con la mano, dejó la resplandeciente joya sobre su pecho. Se echó luego hacia atrás y miró frente a él con intensidad mientras sus labios se movían en muda invocación.

Fue como si una bola de fuego viviente consumiera y quemara el pecho muerto y marchito de la momia. Los tres espectadores dejaron escapar el aliento sibilante a través de los dientes apretados. Mientras miraban dio inició una horrible transmutación. La forma marchita del sarcófago creció y se alargó; las vendas estallaron en llamas y cayeron convertidas en polvo parduzco, los miembros apergaminados se abultaron y enderezaron. Su tonalidad oscura empezó

a aclararse.

—¡Por Mitra! —susurró el rubio que estaba a la izquierda—. No era estigio, después de todo. Al menos esa parte es cierta.

De nuevo un dedo tembloroso reclamó silencio. Afuera, el perro había dejado de ladrar. Ahora gañía, como si tuviera una pesadilla, pero enseguida hasta aquel sonido se desvaneció. En medio del silencio, el rubio se dio cuenta de que la pesada puerta crujía como si algo poderoso empujara desde el exterior. Se volvió a medias con la mano en la espada, pero el hombre con ropajes de armiño le susurró:

—¡Alto! ¡No rompas la cadena! —Había apremio en la voz—. Y, por tu vida, ni se te ocurra ir hacia la puerta.

El rubio se encogió de hombros y volvió a girarse, solo para quedar parado en seco. Lo que había en el sarcófago estaba vivo: era un hombre alto, vigoroso, de piel blanca y pelo y barba negros. Estaba desnudo y yacía inmóvil, con los ojos abiertos de par en par y vacíos como los de un recién nacido. En su pecho la joya brillaba y lanzaba chispas.

El hombre con ropas de armiño se tambaleó como quien acaba de pasar por una tensión extrema.

—¡Por Istar! —jadeó—. ¡Es Xaltotun! ¡Y está vivo! ¿Lo veis, Valerius, Tarascus, Amalric? ¿Lo veis? Dudasteis de mí, pero no os he fallado. Hemos rozado las puertas abiertas del infierno esta noche y los habitantes de las tinieblas se han reunido a nuestro alrededor. Sí, nos han seguido hasta la misma puerta. Pero hemos devuelto a la vida al gran hechicero.

—Y hemos condenado nuestras almas al purgatorio por toda la eternidad, no me cabe duda —murmuró el más bajo, Tarascus.

Valerius, el rubio, lanzó una carcajada áspera.

—¿Hay purgatorio peor que la vida misma? Todos estamos condenados desde el día en que nacemos. Además, ¿quién no vendería su alma miserable a cambio de un trono?

—No hay inteligencia alguna en su mirada, Orastes —dijo el más alto de los cuatro.

—Ha estado muerto mucho tiempo —respondió el aludido—. Es como un recién nacido. Su mente ha quedado vacía tras el largo sueño... No, nada de sueño; estaba realmente muerto. Hemos traído su espíritu a través del vacío y las simas de la noche y el olvido. Hablaré con él.

Se inclinó al pie del sarcófago y clavó la mirada en los grandes ojos oscuros de su ocupante.

—¡Despierta, Xaltotun! —dijo muy despacio.

Los labios del otro se movieron de un modo mecánico.

—¡Xaltotun! —repitió, en un susurro tembloroso.

—¡Eres Xaltotun! —exclamó Orastes. Parecía un hipnotizador que va guiando a su víctima hacia donde quiere—. Eres Xaltotun de Pitón, Xaltotun de Aqueronte.

Una llama vacilante brilló en los ojos del ocupante del sarcófago.

—Era Xaltotun —susurró—. Pero estoy muerto.

—¡Eres Xaltotun! —gritó Orastes—. ¡Y no estás muerto! ¡Estás vivo!

—Soy Xaltotun. Pero estoy muerto. Morí en mi casa de Jemi. En Estigia.

—Sí, y los sacerdotes que te envenenaron momificaron tu cuerpo con sus artes oscuras y mantuvieron intactos tus órganos —afirmó Orastes—. Pero estás vivo. El Corazón de Arimán ha restaurado tu vida y ha invocado tu espíritu a través del

**espacio y la eternidad.**

**—¡El Corazón de Arimán! —La llama de la memoria se avivó en sus ojos—. Me lo robaron los bárbaros.**

**—Al fin recuerda —murmuró Orastes—. Sacadlo del sarcófago.**

**Los demás obedecieron a regañadientes, como si temieran tocar al hombre al que acababan de resucitar. No se tranquilizaron demasiado al sentir bajo sus manos el tacto firme de la carne, llena de sangre y vida. Pero lo pusieron de pie y Orastes lo cubrió con una extraña túnica de terciopelo negro, cuajada de estrellas doradas y lunas crecientes. Le ciñó a la frente una diadema de oro y echó para atrás los largos cabellos negros que le caían sobre los hombros. Xaltotun se dejó hacer sin decir nada incluso cuando lo sentaron en un trono tallado de alto respaldo de ébano, amplios brazos dorados y pies como garras de oro. Se sentaba totalmente inmóvil y poco a poco la inteligencia empezó a asomar a sus ojos, que parecieron volverse profundos y sorprendentemente luminosos, como hondas luces de hechicería que brillaran en el fondo de un pozo a medianoche.**

**Orastes lanzó una mirada furtiva a sus compañeros, que contemplaban fascinados a su sorprendente invitado. Sus nervios de acero habían pasado por un calvario que habría vuelto locos a hombres más débiles. Sabía que sus compañeros de conspiración no eran alfeñiques, sino individuos cuyo coraje corría a la par de su ambición y su capacidad para la perversidad. Volvió su atención a la figura sobre el trono de ébano, que por fin arrancó a hablar.**

**—Sí, ya lo recuerdo —dijo con una voz poderosa, resonante. Hablaba el nemedio con un acento curiosamente arcaico—. Soy Xaltotun, que fue sumo sacerdote de Set en Pitón, ciudad de Aqueronte. He soñado que recuperaba el Corazón de Arimán. ¿Dónde está?**

**Orastes se lo puso en la mano y Xaltotun lanzó un hondo suspiro mientras escrutaba las profundidades de la terrible joya que ardía en sus garras.**

**—Me lo robaron hace mucho tiempo —dijo—. El rojo corazón de la noche, poderoso para salvar y para condenar. Llegó de muy lejos, hace mucho tiempo. Mientras lo tuve, nada podía hacerme frente. Pero me lo robaron y Aqueronte cayó y hui al exilio en la oscura Estigia. Recuerdo muchas cosas, pero he olvidado otras muchas. He estado en una tierra distante, rodeado de espacios vacíos cubiertos de niebla, varado en las bahías de un mar de tinieblas. ¿En qué año estamos?**

**—Estamos a final del Año del León, tres mil después de la caída de Aqueronte —respondió Orastes.**

**—¡Tres mil años! —murmuró Xaltotun—. ¿Tanto? ¿Quién eres?**

**—Soy Orastes, y fui sacerdote Mitra. Este es Amalric, barón de Tor, en Nemedia, y este otro es Tarascus, hermano menor del rey de Nemedia. El más alto es Valerius, legítimo heredero al trono de Aquilonia.**

**—¿Por qué me habéis devuelto a la vida? —quiso saber Xaltotun—. ¿Qué esperáis de mí?**

**Estaba totalmente despierto y alerta y a sus ojos agudos asomaba una mente activa y afilada. No había duda o vacilación en su comportamiento; iba directamente al punto a tratar, conocedor de que nadie da nada a cambio de nada. Orastes le habló con la misma sinceridad.**

**—Esta noche hemos abierto las puertas del infierno para liberar tu alma y devolverla a su cuerpo porque necesitamos tu ayuda. Queremos poner a Tarascus en el trono de Nemedia y ganar para Valerius la corona de Aquilonia. Con tus artes oscuras puedes ayudarnos.**

La mente de Xaltotun era tortuosa y llena de recovecos inesperados.

—Tú mismo debes ser un hábil adepto de las artes, Orastes, si has sido capaz de devolverme a la vida —dijo—. ¿Cómo es que un sacerdote de Mitra sabe del Corazón de Arimán y de los conjuros de Skelos?

—Ya no soy sacerdote de Mitra —respondió Orastes—. Fui expulsado de mi orden por mi inclinación a la magia negra. De no haber sido por Amalric me habrían quemado por nigromante.

»Pero me salvó y pude seguir con mis estudios. He estudiado en Zamora, en Vendhya, en Estigia, incluso en los bosques encantados de Khitai. He leído los volúmenes de Skelos, encuadernados en hierro, y he hablado con las criaturas invisibles que moran en lo más profundo y con las formas sin rostro que viven en junglas apestosas. En cierta ocasión vi tu sarcófago en las criptas custodiadas por demonios bajo el gran templo amurallado de Set en lo más profundo de Estigia y decidí aprender las artes que podrían devolver la vida a tu cadáver marchito. Supe del Corazón de Arimán a través de manuscritos polvorientos y durante un año busqué su escondite hasta dar con él.

—En ese caso, ¿para qué molestarse en devolverme la vida? —quiso saber Xaltotun, los ojos fieros clavados en los del sacerdote—. ¿Por qué no usaste tú mismo el Corazón para incrementar tu poder?

—Porque en la actualidad no hay nadie que conozca los secretos del Corazón —respondió Orastes—. Ni siquiera las leyendas han transmitido cómo desencadenar todo su poder. Sé lo suficiente para devolver una vida, pero sus secretos más profundos me están vedados. Así que lo usé para resucitarte. Es tu sabiduría lo que buscamos. En lo que se refiere al Corazón, eres el único que conoce sus terribles secretos.

Xaltotun meneó la cabeza y escrutó pensativamente las llameantes profundidades de la joya.

—Mi conocimiento de las artes oscuras es mayor que la suma del de todos los hombres —dijo al fin—. Sin embargo, no conozco todo el poder de la joya. No intenté invocarlo en los viejos tiempos; la guardé solo para que no se usara contra mí. Pero la robaron, y un chamán emplumado de los bárbaros la usó contra mi magia más poderosa. Desapareció después y, antes de poder dar con su paradero, fui envenenado por los sacerdotes de Estigia, celosos de mi conocimiento.

—Estaba oculto en una caverna bajo el templo de Mitra, en Tarantia —dijo Orastes—. Lo descubrí por medios un tanto tortuosos, poco después de haber dado con tus restos en los subterráneos del templo de Set en Estigia.

»Fueron ladrones zamorios, protegidos por encantamientos que aprendí de fuentes de las que es mejor no hablar, los que robaron el sarcófago con tu momia bajo las mismas narices de los que lo custodiaban en la oscuridad. Me lo trajeron por caravana primero, galera después y carro de bueyes finalmente.

»Y aquellos que sobrevivieron a la primera empresa robaron el Corazón de Arimán de la caverna hechizada bajo el templo de Mitra. No fue tarea fácil. Eran hábiles y estaban protegidos por fuertes encantamientos, pero a punto estuvieron de fracasar. Solo uno sobrevivió lo suficiente para llegar a mí y entregarme la joya, antes de morir babeando y farfullando sobre lo que había visto en aquella cripta maldita. Los ladrones zamorios son los más fiables del mundo. Incluso con mis encantamientos, son los únicos que podrían haber robado el Corazón del lugar donde yacía, protegido por demonios desde la caída de Aqueronte, hace tres mil años.

Xaltotun alzó la cabeza leonina y miró a lo lejos, como si pudiera divisar todos aquellos siglos perdidos.

—¡Tres mil años! —murmuró—. ¡Set! Dime lo que ha ocurrido en el mundo.

—Los bárbaros que asolaron Aqueronte han establecido nuevos reinos —dijo Orastes—. Allí donde se extendía el imperio están ahora los reinos de Aquilonia, Nemedia y Argos, llamados así por las tribus que los fundaron. Los viejos reinos de Ofir, Corintia y Koth Occidental, antiguos vasallos de Aqueronte, consiguieron su independencia con la caída del imperio.

—¿Y qué pasó con los aquerontios? —quiso saber Xaltotun—. Cuando hui a Estigia, Pitón estaba en ruinas y las grandes ciudades de Aqueronte engalanadas de torres moradas no eran más que escombros cubiertos de barro pisoteados por las sandalias de los bárbaros.

—Aun quedan en las colinas pequeños grupos que dicen descender de Aqueronte —dijo Orastes—. En cuanto al resto, la marea de mis bárbaros ancestros los barrió como arena. Mis antepasados sufrieron cruelmente a manos de los reyes de Aqueronte.

Una sonrisa siniestra y torcida curvó los labios de Xaltotun.

—¡Cierto es! A muchos bárbaros, hombres y mujeres, hizo morir esta mano entre aullidos en el altar. He visto sus cabezas apiladas en una pirámide en la gran plaza de Aqueronte cuando los reyes volvían del oeste con botín y esclavos.

—Por eso cuando llegó el momento de saldar cuentas, la espada no fue clemente. Aqueronte dejó de existir y Pitón, de moradas almenas, se convirtió en un recuerdo de días olvidados. Nuevos reinos se crearon sobre las ruinas del antiguo imperio y crecieron vigorosos. Te hemos traído de vuelta para que nos ayudes a gobernar esos reinos; quizá no tan extraordinarios y magnificentes como la Aqueronte de antaño, pero igualmente ricos y poderosos, una presa merecedora de ser disputada. ¡Mira!

Orastes desenrolló frente a Xaltotun un mapa pintado en vitela. El aquerontio lo contempló y menó la cabeza, desconcertado.

—Hasta la forma de las tierras ha cambiado. Es como ver en sueños algo conocido, distorsionado de forma incomprensible.

—En cualquier caso —dijo Orastes, señalando con el dedo—, he aquí Belverus, capital de Nemedia. Aquí es donde estamos. Y estos son los límites del reino. Al sur y al sureste están Ofir y Corintia. Al este, Britunia y al oeste, Aquilonia.

—El mapa de un mundo que no conozco —murmuró Xaltotun, pero a Orastes no se le escapó el vívido brillo de odio que llameó en los ojos oscuros.

—Es un mapa que puedes ayudarnos a cambiar. Queremos poner a Tarascus en el trono de Nemedia y queremos hacerlo sin lucha, de modo tal que no caiga la menor sospecha sobre él. No deseamos que el país se vea desgarrado en una guerra civil; necesitamos toda nuestra fuerza para conquistar Aquilonia.

»Si el rey Nimed y sus hijos murieran de forma natural, en una peste, por ejemplo, Tarascus podría tomar el trono como heredero legítimo, en paz y sin oposición.

Xaltotun asintió en silencio y Orastes continuó:

—La siguiente empresa será más difícil. No podemos poner a Valerius en el trono de Aquilonia sin guerra y ese reino es un formidable enemigo. Sus habitantes son duros, hechos para la guerra, fortalecidos por conflictos interminables con los pictos, los zingarios y los cimerios. Aquilonia y Nemedia han estado en guerra de forma intermitente durante los últimos quinientos años y la

ventaja final siempre ha estado del lado de Aquilonia.

»Su rey actual es el guerrero de más renombre de las naciones occidentales. Es un extranjero, un aventurero que tomó la corona por la fuerza durante la última guerra civil y que estranguló al rey Namedides con sus propias manos al pie del trono. Se llama Conan y nadie le puede hacer frente en la batalla.

»Valerius es el heredero legítimo al trono. Fue exiliado por su pariente real, Namedides, y ha pasado años fuera de su patria, pero es de la sangre de la vieja dinastía y son muchos los barones que en secreto ansían librarse de Conan, que es un donnadie sin sangre noble, no digamos ya real. Es cierto que los comunes le son leales, así como la nobleza de las provincias exteriores, pero si pudiéramos derrotar a sus tropas en una batalla y matar al propio Conan, no creo que nos costara mucho poner a Valerius en el trono. De hecho, con Conan muerto no quedaría nadie para gobernar el reino; no es más que un aventurero solitario, no ha iniciado una dinastía.

—Quisiera ver a ese rey —musitó Xaltotun.

Miró de refilón el espejo plateado que había en una de las paredes. No había reflejo alguno en su superficie, pero la expresión de Xaltotun indicaba que conocía su propósito. Orastes asintió con el orgullo de un buen artesano al que un maestro le hace un cumplido por su trabajo.

—Intentaré mostrártelo —dijo.

Se sentó frente al espejo y sumergió la vista en sus profundidades. Poco a poco una forma imprecisa empezó a tomar cuerpo.

Los presentes sabían que se trataba tan solo del reflejo del pensamiento de Orastes embotellado en el espejo, igual que los pensamientos de un hechicero fluyen en un cristal mágico. Al principio era impreciso, pero luego se aclaró de repente.

Todos pudieron ver un hombre alto, de hombros poderosos y pecho amplio, con un cuello enorme y tenso y miembros fuertes y musculosos. Vestía de seda y terciopelo, con los leones reales de Aquilonia bordados en el rico jubón. La corona de Aquilonia reposaba sobre una cabeza rematada por una melena negra. Pero más propia de él que los ornamentos reales parecía la gran espada que llevaba a un costado. Las cejas, bajas y espesas, enmarcaban dos ardientes y fieros ojos de un azul volcánico. Su rostro moreno, cruzado de cicatrices y casi siniestro, era el de un guerrero; las prendas de terciopelo no podían ocultar la línea precisa y peligrosa de sus miembros.

—¡Ese hombre no es hibóreo! —exclamó Xaltotun.

—No; es un cimerio, uno de esos salvajes que habitan en las grises colinas septentrionales.

—Luché contra sus antepasados —murmuró Xaltotun—. Ni siquiera los reyes de Aqueronte pudieron conquistarlos.

—Aun causan terror entre las naciones del sur —respondió Orastes—. Conan es digno representante de su salvaje raza y hasta ahora ha demostrado ser indómito.

Xaltotun no respondió. Siguió sentando, contemplando el pozo de fuego que brillaba en su mano. En el exterior, el perro aulló de nuevo, ahora de un modo prolongado y estremecedor.

# 2
# SOPLA UN VIENTO NEGRO

**El año del dragón comenzó con guerra, enfermedad y descontento. La peste negra asoló las calles de Belverus y atacó por igual al comerciante en su establecimiento, al esclavo en su jaula y al caballero en su salón de banquetes. Se dijo que había sido enviada por el infierno como castigo por el orgullo y la lujuria de los hombres. Era veloz y mortal como el ataque de una víbora: el cuerpo de la víctima pasaba rápidamente del amoratado al negro y la muerte llegaba en cuestión de minutos. El cadáver empezaba a heder casi antes de que la muerte hubiera tenido tiempo de reclamar el alma del fallecido. Un viento cálido y seco soplaba sin cesar desde el sur y con él las cosechas se agostaban en los campos y el ganado moría en medio de los caminos.**

**Se imploró ayuda a Mitra y se murmuró contra el rey, pues de algún modo se había extendido de un confín a otro del reino el rumor de que ejercía en secreto prácticas repugnantes y se entregaba al desenfreno nocturno en lo más recóndito de palacio. No tardó en llegar allí la muerte, caminando sonriente sobre los monstruosos vapores de la peste. En una sola noche murieron el rey y sus tres hijos, y los tambores que tocaban a luto ahogaron el tintineo macabro de las campanillas de los carros que recorrían las calles recogiendo cadáveres podridos.**

**Aquella misma noche, justo antes del amanecer, el viento cálido que había estado soplando en las últimas semanas dejó de susurrar malignamente a través de las ventanas con cortinas de seda. Un poderoso viento del norte rugió entre las torres y con él vinieron la lluvia y el trueno y el rayo. El alba brilló limpia y clara en la mañana y todos pudieron ver que las cosechas resecas reverdecían y la peste se iba para siempre, sus miasmas lavadas por la tormenta.**

**Se dijo que los dioses se habían dado por contentos con la muerte del rey y su progenie, y cuando Tarascus, el hermano menor del fallecido, fue coronado en el gran salón del trono, el populacho gritó de éxtasis y hasta las torres se estremecieron ante el prolongado rugido de aclamación al monarca bendecido por los dioses.**

**Tales olas de entusiasmo y regocijo suelen ser indicios de una próxima guerra o conquista. Así que nadie se sorprendió cuando el rey Tarascus declaró rota la tregua que el fallecido rey había firmado con sus vecinos occidentales y reunió sus huestes para invadir Aquilonia. Los razonamientos del rey no podían sonar más sinceros y sus motivos, aireados a los cuatro vientos, daban a sus actos el atractivo de una cruzada. Abrazó la causa de Valerius, «legítimo heredero al trono», y se presentó, no como un enemigo de Aquilonia, sino como un amigo dispuesto a liberar al pueblo de la tiranía del usurpador extranjero.**

**Quizá hubo sonrisas cínicas en algunos círculos, y rumores acerca del buen amigo del rey, Amalric, cuya vasta riqueza personal parecía ir directa al exhausto tesoro real. Pero de ser así, pasaron desapercibidos entre el fervor, el entusiasmo y la popularidad de Tarascus. Si alguien sospechaba que tras bambalinas el verdadero rey de Nemedia era Amalric, se cuidó mucho de decirlo en voz alta. Y la**

guerra siguió su curso entusiasta.

El rey y sus aliados se dirigieron al oeste a la cabeza de cincuenta mil hombres: caballeros de brillante armadura con pendones ondeantes sobre los yelmos, alabarderos cubiertos de mallas de acero, ballesteros con jubones de cuero. Cruzaron la frontera, tomaron un castillo fronterizo y quemaron tres aldeas de montaña hasta que, finalmente, en el valle de Valkia, a dos leguas de la frontera, se encontraron con las huestes de Conan, rey de Aquilonia: cuarenta y cinco mil jinetes, arqueros y soldados, la flor y nata del poderío y la caballería de Aquilonia. Faltaban por llegar los jinetes de Poitain, comandados por Próspero, pues tenían que venir de la parte meridional del reino.

Tarascus había atacado sin previo aviso; su invasión casi se había solapado con su proclamación como rey, y no había habido declaración formal de guerra.

Los dos ejércitos se dispusieron a ambos extremos de un valle amplio y llano, rodeado de accidentados despeñaderos y cruzado por una corriente poco profunda que serpenteaba entre grupos de cañas y sauces. Los seguidores de ambos ejércitos se acercaban al arroyo a por agua y se lanzaban insultos y piedras desde la orilla.

Los últimos rayos del sol caían sobre el estandarte dorado de Nemedia con el dragón escarlata, desplegado por la brisa sobre el pabellón del rey Tarascus, en una loma de las colinas orientales. Pero la sombra de las occidentales caía como una mortaja de terciopelo morado sobre las tiendas y el ejército de Aquilonia, y sobre la bandera negra con el león dorado que tremolaba por encima del pabellón del rey Conan.

Los fuegos se mantuvieron encendidos durante toda la noche a lo largo del valle, y el viento trasladaba de un lado a otro la llamada de las trompetas, el estrépito de las armas y los agudos desafíos de los centinelas que marcaban el paso a caballo a cada lado del arroyo flanqueado por sauces.

En la hora oscura que precede al alba, el rey Conan se agitó en el lecho, poco más que una pila de sedas y pieles sobre una tarima, y despertó de repente. Se puso en pie, lanzando un grito agudo y aferrando la espada. Pallantides, su comandante, que había acudido presto al oír el grito, vio a su rey sentado muy erguido, con la mano en la empuñadura del arma mientras el sudor le perlaba el rostro sorprendentemente pálido.

—¡Majestad! —exclamó—. ¿Pasa algo malo?

—¿Qué ocurre en el campamento? —quiso saber Conan—. ¿Han salido las patrullas?

—Quinientos jinetes patrullan el río, Majestad —respondió el general—. Los nemedios no intentarán atacarnos en la oscuridad. Esperarán al alba, como nosotros.

—Por Crom —musitó Conan—. He despertado con la sensación de que un destino aciago reptaba hacia mí en medio de la noche.

Se quedó mirando la lámpara dorada que arrojaba un brillo tenue sobre los tapices y las alfombras de la enorme tienda. Estaban solos; no había esclavos o pajes durmiendo en el suelo alfombrado, pero los ojos de Conan brillaban como acostumbraban a hacer en presencia del peligro y la espada le temblaba en la mano. Pallantides, intranquilo, no apartaba la mirada de él. Conan parecía estar escuchando algo.

—¿No lo oyes? —susurró de pronto—. ¡Esos pasos furtivos!

—Siete caballeros guardan la tienda, Majestad —dijo Pallantides—. Nadie se puede acercar sin que lo vean.

—No es fuera —gruñó Conan—. Sonó como si fuese dentro de la tienda.

Pallantides echó un rápido y perplejo vistazo a su alrededor. Los tapices de terciopelo se fundían con las sombras en las esquinas, pero de haber habido alguien en el pabellón aparte de ellos mismos, lo habría visto. Meneó la cabeza.

—Aquí no hay nadie. Estás rodeado de un ejército, Majestad.

—He visto a la muerte atacar a un rey entre la multitud —murmuró Conan—. Caminando con pies invisibles, desapercibida para todos...

—Quizá estabas soñando, Majestad —dijo Pallantides, incómodo.

—Y lo estaba, en efecto. Un sueño maligno. Recorría de nuevo el largo y accidentado camino que me ha llevado al trono.

Guardó silencio y Pallantides lo contempló sin decir palabra. El rey era un enigma para el general, como lo era para la mayor parte de sus civilizados súbditos. Pallantides sabía que Conan había recorrido muchos senderos extraños en una vida salvaje y pintoresca y que había sido muchas cosas antes de que un vuelco del destino lo sentara en el trono de Aquilonia.

—Veía de nuevo el campo de batalla en el que nací —dijo Conan, con la barbilla apoyada en el enorme puño—. Me veía a mí mismo con un taparrabos de piel de pantera, arrojando mi lanza contra las fieras de las montañas. Volvía a ser una espada mercenaria, un corsario que saqueaba las costas de Kush, un pirata de las islas Barachas, un ladrón entre los montañeses himelios. He sido todas esas cosas, y todas las he soñado esta noche. Todo lo que he sido pasó ante mí en una procesión interminable, entonando una endecha con los pies sobre el polvo.

»Pero en el sueño percibí también figuras torcidas, veladas, sombras fantasmales, y una voz que se burlaba de mí. Hacia el final, me pareció verme sobre la tarima de la tienda y algo se inclinaba sobre mí, velado y encapuchado. No podía moverme y de pronto el encapuchado desapareció y una calavera descarnada me sonreía. Desperté en ese momento.

—Es un sueño maligno, Majestad —dijo Pallantides, conteniendo un escalofrío —. Pero solo un sueño.

Conan meneó la cabeza de un modo que indicaba duda, antes que negación. Procedía de una raza bárbara y la superstición y los instintos de su herencia se agazapaban justo al borde del pensamiento consciente.

—He soñado muchos sueños malignos —dijo—, y la mayoría de ellos no significaban nada. Pero, por Crom, este no era como la mayoría. Ojalá hubiera tenido lugar ya la batalla y hubiéramos ganado. Tengo un presentimiento macabro desde que el rey Nimed murió durante la peste negra. ¿Por qué la peste desapareció en cuanto hubo muerto?

—Se dice que era un pecador...

—Se dicen muchas tonterías —gruñó Conan—. Si la peste atacase a todos los pecadores, nadie se contaría entre los vivos, por Crom. ¿Y por qué los dioses, que son justos según me dicen los sacerdotes, iban a matar a quinientos campesinos, comerciantes y nobles antes de atacar al rey, si él era el objetivo desde el principio? ¿O es que golpeaban a ciegas como un espadachín entre la niebla? Por Mitra, si mi puntería fuera tan mala, hace tiempo que Aquilonia tendría un nuevo rey.

»No, la peste negra no fue una plaga común y corriente. Ha surgido de las profundidades de las criptas estigias y han sido magos quienes la han invocado.

Serví como espadachín en el ejército del príncipe Almuric cuando invadió Estigia, y de los treinta mil hombres que llevaba, quince mil perecieron bajo flechas estigias y el resto por la plaga negra que cayó sobre nosotros como un viento del sur. Fui el único superviviente.

—Pero en Nemedia solo han muerto quinientos —arguyó Pallantides.

—Quien quiera que llamase a la peste sabía cómo librarse de ella —respondió Conan—. Había un plan tras aquello, un plan astuto y diabólico. Alguien la llamó y alguien la hizo desaparecer en cuanto completó su tarea, en cuanto Tarascus se sentó en el trono y fue aclamado como el salvador del pueblo de la ira de los dioses. Por Crom, hay una inteligencia tras todo esto, oscura y retorcida. ¿Y quién es ese extraño individuo que aconseja a Tarascus?

—Lleva un velo —respondió Pallantides—. Dicen que es un extranjero, un estigio.

—¡Un estigio! —repitió Conan con el ceño fruncido—. Un nativo del infierno, más bien. ¡Ja! ¿Qué es eso?

—Las trompetas de los nemedios —exclamó Pallantides—. Escucha como les responden las nuestras. Está amaneciendo y los capitanes están preparando las tropas para el ataque. Que Mitra los acompañe, porque serán muchos los que no verán ponerse el sol tras las colinas.

—¡Que vengan mis escuderos! —exclamó Conan, mientras se ponía en pie de golpe y se quitaba las ropas de cama. Parecía haber olvidado sus presentimientos ante la perspectiva del combate—. Ve donde los capitanes y asegúrate de que todo está listo. Estaré con ellos en cuanto me haya puesto la armadura.

Buena parte del comportamiento de Conan resultaba incomprensible para las gentes civilizadas sobre las que gobernaba, incluyendo su insistencia en dormir a solas en su cámara o en la tienda. Pallantides se apresuró a cumplir sus órdenes entre los tintineos de la armadura que se había puesto a medianoche, tras unas pocas horas de sueño. Lanzó una rápida mirada al campamento, que empezaba a hervir de actividad; a lo largo de la línea de tiendas, las cotas de malla repiqueteaban y los hombres iban de un lado para otro a la luz incierta del amanecer. Aun brillaban pálidas las estrellas en el cielo occidental, pero largas flámulas rosadas asomaban por el este en el horizonte, y recortado contra él, el estandarte del dragón de Nemedia ondeaba al viento.

Pallantides fue hacia una tienda cercana, donde dormían los escuderos reales. Ya estaban en pie, despertados por las trompetas. En el mismo momento en que Pallantides les decía que se apresuraran, se quedó paralizado al oír un fiero grito y el impacto de un fuerte golpe en la tienda del rey, seguido del sonido de un cuerpo que caía. Se oyó justo después una risa que heló la sangre en las venas del general.

Soltando un grito, dio media vuelta y echó a correr hacia el pabellón. Volvió a gritar al ver el poderoso cuerpo de Conan tendido en la alfombra. El enorme mandoble del rey yacía junto a su manto y un poste astillado de la tienda parecía señalar dónde había golpeado. Con la espada desenvainada, Pallantides examinó la tienda, sin encontrar nada. Más allá del rey y de él mismo, estaba tan vacía como cuando la había dejado.

—¡Majestad!

Pallantides se puso de rodillas junto al gigante caído.

Conan abrió los ojos y miró al general, del todo consciente y alerta. Abrió los labios, pero ningún sonido salió de ellos. Parecía incapaz de moverse.

Se oyeron voces en el exterior. Pallantides se incorporó y se acercó a la entrada. Vio a los escuderos reales y a uno de los caballeros que guardaban la tienda.

—Oímos un ruido —dijo el caballero en tono de disculpa—. ¿Se encuentra bien el rey?

Pallantides lo examinó con atención.

—¿No ha entrado nadie en pabellón esta noche?

—Nadie salvo tú, excelencia —respondió el caballero, y Pallantides no dudó de que decía la verdad.

—El rey ha tropezado y ha soltado la espada —dijo—. Vuelve a tu puesto.

Mientras el caballero se iba, el general se volvió discretamente hacia los cinco escuderos reales y les indicó que lo siguieran. En cuanto hubieron entrado, cubrió con cuidado la entrada. Los escuderos se quedaron pálidos al ver al rey tirado sobre la alfombra, pero un rápido gesto de Pallantides ahogó cualquier posible exclamación.

Se inclinó sobre Conan de nuevo y este intentó hablar. Se le hincharon las venas de las sienes y los tendones del cuello se tensaron por el esfuerzo, mientras luchaba por alzar la cabeza del suelo. Al fin pudo hablar, en un murmullo casi ininteligible.

—Esa cosa... en la esquina...

Pallantides giró el rostro y examinó con aprensión cuanto lo rodeaba. Vio las caras pálidas de los escuderos iluminadas por la lámpara y las sombras de terciopelo que acechaban las paredes de la tienda. Y nada más.

—Ahí no hay nada, Majestad —dijo.

—Estaba allí, en la esquina —musitó el rey, mientras sacudía la cabeza leonina en un esfuerzo por incorporarse—. Era un hombre... o lo parecía... Un hombre envuelto en vendas, como una momia, con una capa raída y una capucha. Solo pude ver sus ojos mientras se agazapaba en las sombras. Creí que él mismo era una sombra hasta que vi los ojos. Brillaban como joyas negras.

»Lo golpeé con la espada, pero fallé... No me explico cómo... En lugar de a él le di al poste. Mientras luchaba por recuperar el equilibro, me agarró de pronto la muñeca. Sus dedos ardían como hierro al rojo. Perdí las fuerzas y el suelo me golpeó como si fuera un garrote. Desapareció y me quedé tendido en el... ¡Maldición! ¡No puedo moverme! ¡Estoy paralizado!

Pallantides alzó la mano del coloso y se estremeció. En la muñeca del rey se veían las marcas azuladas de varios dedos largos y delgados. ¿Qué mano podía agarrar tan fuerte para dejar esas marcas en la gruesa muñeca? Recordó la risa grave que había oído al ir hacia la tienda y un sudor frío bañó su piel. No había sido la risa de Conan.

—Es diabólico —susurró un tembloroso escudero—. Dicen que los hijos de las tinieblas hacen la guerra con Tarascus.

—¡Silencio! —ordenó Pallantides con severidad.

Afuera, el amanecer ocultaba las estrellas. Una brisa ligera soplaba desde las colinas y traía con ella la fanfarria de mil trompetas. Al oírlo, un temblor convulso recorrió el poderoso cuerpo del rey. De nuevo las venas de las sienes se le hincharon mientras luchaba por romper los grilletes invisibles que lo habían humillado.

—Ponme la armadura y átame a la silla del caballo —susurró—. ¡Aun puedo dirigir la carga!

Pallantides meneó la cabeza.

—Mi señor, estamos perdidos si el ejército se entera de que el rey está herido —dijo uno de los escuderos mientras estrujaba nervioso su faldón—. Es el único que puede guiarnos a la victoria.

—Ayudadme a ponerlo en la tarima —dijo el general.

Obedecieron y depositaron al gigante sobre los cojines, y después le pusieron un manto de seda encima. Pallantides se volvió a los cinco escuderos y escrutó sus rostros antes de hablar.

—Vuestros labios están sellados ante lo que pase en esta tienda —dijo finalmente—. El reino de Aquilonia depende de ello. Uno de vosotros, que me traiga al oficial Valannus, el capitán de los piqueros pellianos.

Uno de los escuderos inclinó la cabeza y echó a correr fuera de la tienda. Pallantides contemplaba al rey caído mientras en el exterior sonaban las trompetas, atronaban los tambores y crecía el rugido del ejército en medio de la naciente mañana. El escudero volvió enseguida con el oficial que había nombrado Pallantides; un hombre alto, ancho y fuerte, muy parecido físicamente al rey. Como él, tenía una espesa melena negra, pero sus ojos eran grises y sus facciones no se parecían a las de Conan.

—Una extraña enfermedad ha dejado impedido al rey —dijo Pallantides—. Se te ha concedido un gran honor: llevarás su armadura y cabalgarás su caballo al frente del ejército. Nadie debe saber que no es el rey quien nos dirige.

—Por un honor así, un hombre daría gustoso la vida—balbució el capitán, sobrecogido por las noticias—. ¡Que Mitra me conceda ser digno de tal confianza!

Mientras el rey caído lo contemplaba todo con ojos ardientes de rabia y la humillación le roía el pecho, los escuderos le quitaron a Valannus la cota de malla, el yelmo y las grebas y lo vistieron con la armadura de placas negras, la celada y el negro penacho de plumas de Conan. Le pusieron encima una sobreveste de seda con el león real bordado en oro en el pecho y lo ciñeron todo con un amplio cinturón dorado del que pendía una espada con la empuñadura cubierta de gemas en una vaina trenzada de hilo de oro. Mientras trabajaban, las trompetas no dejaban de clamar y las armas resonaban en el exterior. Más allá del río se alzó un profundo rugido mientras escuadra tras escuadra ocupaban sus posiciones.

Totalmente armado, Valannus hincó la rodilla en tierra y humilló la cabeza empenachada ante la figura que yacía en la tarima.

—Mi rey, que Mitra tenga a bien que no deshonre el atuendo que visto este día.

—¡Tráeme la cabeza de Tarascus y te haré barón!

La tensión y la angustia habían borrado la delgada capa de civilización que cubría a Conan. Sus ojos centelleaban mientras apretaba los dientes, rabioso y bárbaro como cualquier nativo de las colinas cimerias.

# 3
# EL DESPEÑADERO SE ESTREMECE

La hueste aquilonia ya estaba preparada, formada en apretadas y aceradas filas de piqueros y jinetes, cuando una masiva figura vestida con armadura negra salió del pabellón real. Mientras subía a la silla del semental negro, ayudado por cuatro escuderos, un rugido que estremeció las montañas salió del ejército. Agitaron las espadas y aclamaron a su rey guerrero; caballeros de armadura dorada, piqueros con cota de malla y yelmo, arqueros con jubón de cuero y el largo arco en la mano izquierda.

El ejército al otro lado del valle ya se había puesto en movimiento e iba a buen paso en dirección a la suave pendiente que desembocaba en el río; su acero brillaba entre la niebla matutina que se arremolinaba alrededor de los cascos de los caballos.

El ejército aquilonio se movió sin prisa en su dirección. El paso acompasado de los caballos acorazados hacía temblar la tierra. Los banderizos ondeaban largos estandartes de seda en la brisa temprana. Las lanzas se balanceaban como un bosque afilado, con los gallardetes tremolando alrededor.

Guardaban el pabellón real diez soldados, veteranos taciturnos y sombríos capaces de contener la lengua. Uno de los escuderos estaba en la entrada de la tienda y atisbaba por un resquicio. Nadie más en toda la inmensa hueste sabía que no era Conan quien cabalgaba el enorme semental al frente del ejército.

Los aquilonios se desplegaron en su formación acostumbrada: el centro era la parte más nutrida y se componía por completo de caballería pesada; las alas estaban formadas por grupos más pequeños de jinetes, soldados a caballo respaldados por piqueros y arqueros. Por último, estaban los bosonios de las marcas occidentales, hombres corpulentos de estatura media con jubones de piel y yelmos de metal.

El ejército nemedio mostraba una formación similar, y los dos se movieron hacia el río, las alas más avanzadas que el centro. En medio del ejército aquilonio ondeaba el estandarte del león junto a la figura vestida de acero que cabalgaba el semental negro.

Pero en el pabellón real, tendido sobre la tarima, Conan gemía de angustia y lanzaba maldiciones bárbaras.

—Los ejércitos se aproximan —narraba el escudero desde la entrada—. ¡Resuenan las trompetas! El sol arranca fuego de las puntas de lanza y de los yelmos y tiñe de escarlata el río. Sí, y escarlata será en verdad antes de que acabe el día.

»El enemigo ha llegado al río. Las flechas vuelan entre ambos ejércitos y oscurecen el sol como nubes afiladas. ¡Ah! ¡Bien tirado, arqueros! ¡Los bosonios se han llevado la mejor parte! ¡Cómo rugen!

A los oídos del rey, más allá del estruendo de las trompetas y el resonar del acero, llegó apagado el fiero grito de los bosonios mientras soltaban las cuerdas y volvían a tensarlas al unísono.

—Sus ballesteros intentan mantener ocupados a nuestros arqueros mientras sus jinetes galopan hacia el río —dijo el escudero—. Las orillas no son empinadas, se deslizan con suavidad hasta el borde del agua. Ahí llegan los jinetes, a través de los sauces. ¡Por Mitra, cómo se cuelan las flechas de los arqueros por las junturas de sus armaduras! Los caballos caen y los hombres con ellos. Patalean y forcejean en el agua. No es profunda y la corriente es suave, pero se están ahogando por el peso de la armadura, aplastados por los caballos. ¡Ahora avanzan los jinetes de Aquilonia! Cabalgan hacia el agua y se enzarzan con los de Nemedia. El agua parece que hierva junto a los vientres de los caballos y el estruendo de las espadas es ensordecedor.

—¡Crom! —estalló Conan, desesperado.

La vida volvía poco a poco a sus venas, pero aún no podía ponerse en pie.

—Las alas se cierran —dijo el escudero—. Los piqueros y espadachines entran en el cuerpo a cuerpo en medio de la corriente y tras ellos los arqueros preparan las flechas.

»Por Mitra, los ballesteros nemedios están recibiendo una buena, los arqueros bosonios no les dan cuartel. El centro de su ejército no avanza ni un palmo y las alas retroceden fuera del río.

—¡Crom, Ymir y Mitra! —rugió Conan—. ¡Por todos los dioses y demonios, debería estar ahí luchando, aunque fuera para caer al primer golpe!

La batalla siguió a lo largo del cálido día, rugiente y trepidante. El valle temblaba ante cada carga y contracarga, ante el silbido de las flechas y el estrépito de los escudos que entrechocaban y las lanzas que se astillaban. Pero el ejército de Aquilonia mantuvo el campo. En cierto momento fueron arrojados de la orilla, pero una contracarga guiada por el estandarte negro que ondeaba sobre el gran semental les devolvió el terreno perdido. Sostuvieron la orilla derecha del río como una muralla de hierro, y no mucho tiempo después, el escudero le dijo a Conan que los nemedios se retiraban del río.

—¡Sus alas son un caos! —gritó—. ¡Sus caballeros se retiran del combate! ¡Espera! ¿Qué es eso? ¡Tu estandarte se mueve, el centro de nuestro ejército cruza el río! ¡Por Mitra, Valannus está guiando el ejército al otro lado!

—¡Idiota! —gruñó Conan—. Puede ser una trampa. Debería mantener la posición. Próspero llegará al amanecer con tropas frescas de Poitain.

—¡Una lluvia de flechas recibe a los jinetes! —gritó el escudero—. ¡Pero no flaquean! Siguen avanzando. ¡Han cruzado! ¡Cargan hacia el otro lado! Pallantides ha lanzado las alas al río para ayudarlos. Es cuanto puede hacer. El estandarte del león se mueve de un lado a otro en medio del tumulto.

»Los jinetes de Nemedia mantienen el terreno. ¡No, han roto su formación! ¡Retroceden! Su ala izquierda huye y nuestros piqueros los ensartan mientras corren. Ahí va Valannus; cabalga y golpea como enloquecido. Está ebrio de sangre. Nuestros hombres ya no hacen caso a Pallantides. Siguen a Valannus, creyendo que es Conan.

»¡Espera! ¡Hay método en su locura! Se aparta del frente nemedio con cinco mil jinetes, lo mejor del ejército. El cuerpo principal de los nemedios es pura confusión. ¡Claro! Protegen su flanco contra el despeñadero, pero hay un desfiladero que han dejado desprotegido. Es como una gran grieta que lleva directamente a la retaguardia nemedia. ¡Por Mitra, Valannus la ha visto y

aprovecha la oportunidad! Empuja el ala enemiga y guía a sus jinetes hacia el desfiladero. Se apartan del cuerpo principal de la batalla, cruzan una línea de lanceros, ¡cargan hacia el desfiladero!

—¡Es una emboscada! —aulló Conan mientras luchaba por incorporarse.

—¡No! —gritó el escudero lleno de entusiasmo—. Todo el ejército nemedio está a la vista. Se han olvidado del desfiladero. Nunca creyeron que los obligaríamos a retroceder tanto. Ah, Tarascus, has sido un necio y has cometido un error fatal. Sí, ya veo las puntas de las picas y los estandartes en el lado más alejado del desfiladero tras las líneas nemedias. Van a golpearlos por detrás y a machacarlos... ¡Por Mitra! ¿Qué es eso?

Se tambaleó mientras las paredes de la tienda temblaban violentamente. Más allá de la algarabía de la batalla se oyó un bramido profundo, indescriptiblemente ominoso.

—¡El despeñadero se estremece! —chilló el escudero—. Por los dioses, ¿qué pasa? El río se desborda de su cauce, las cumbres se hunden. ¡El suelo está temblando y jinetes y caballos caen de un lado a otro! ¡El despeñadero! ¡El despeñadero se desmorona!

Un estruendo ensordecedor acompañó estas palabras mientras el suelo empezaba a temblar. Por encima del rugido de la batalla se oyeron los gritos de terror.

—¡Se ha desplomado! —gritó el escudero, pálido como un muerto—. Se ha desmoronado sobre el desfiladero y ha aplastado todo cuanto había en él. He visto el estandarte del león flamear un instante sobre el polvo y las piedras, y luego se desvaneció. ¡Los nemedios proclaman su triunfo a gritos! Ya pueden hacerlo, el desprendimiento ha barrido a cinco mil de nuestros más bravos jinetes. ¡Oíd!

A oídos de Conan llegó un vasto torrente de gritos, cada más altos y más frenéticos:

—¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto! ¡Huid! ¡Huid! ¡El rey ha muerto!

—¡Embusteros! —gritó Conan—. ¡Perros, bellacos, cobardes! Por Crom, si pudiera ponerme en pie. Si pudiera arrastrarme hasta el río con la espada entre los dientes. Dime, muchacho, ¿están huyendo?

—Sí —sollozó el escudero—. Corren hacia el río, rotos como espuma en la tormenta. Veo a Pallantides intentando vadear la corriente. ¡Ha caído, y el caballo sobre él! ¡Todos corren hacia el río, jinetes, arqueros, piqueros, todos mezclados y revueltos en un enloquecido torrente de destrucción! Los nemedios los esperan y los siegan como grano maduro.

—Pero defenderán este lado del río, ¿verdad? —gritó el rey mientras lograba apoyarse en los codos, un esfuerzo que perló su frente de sudor.

—No —respondió el escudero—. No pueden. ¡Están quebrados, vencidos! ¡Oh, dioses, que haya vivido para ver este día!

Recordó de pronto su deber y llamó a los guardias que contemplaban impertérritos la huida de sus camaradas.

—Rápido, traed un caballo y ayudadme a subir al rey a la silla. No podemos quedarnos aquí.

Pero antes de que pudieran cumplir sus órdenes, los primeros despojos de la tormenta los alcanzaron. Jinetes, piqueros y arqueros cruzaban el campamento en su huida, llevándose por delante equipaje y cordajes. Entre ellos estaban los jinetes nemedios que herían a diestro y siniestro a cualquier desconocido. Se cortaban las cuerdas que sostenían las tiendas, el fuego se extendía por mil

lugares y los hombres se lanzaban al pillaje. Los guardias de la tienda de Conan murieron en su puesto, pisoteados y zarandeados, y sobre sus cuerpos mutilados se posaron las pezuñas de los conquistadores.

Pero el escudero cerró la tienda a tiempo y en el periodo de confusión que siguió a la matanza nadie se dio cuenta de que el pabellón no estaba vacío. Así, fugitivos y perseguidores pasaron de largo y se desparramaron por el valle. El escudero se arriesgó a atisbar fuera de la tienda y vio un grupo de hombres que se aproximaba con propósitos bastante claros.

—Se acerca el rey de Nemedia con cuatro compañeros y su escudero —dijo—. Seguro que acepta tu rendición, mi buen señor...

—¡Rendición, y un cuerno! —dijo el rey, rechinando los dientes.

Con un esfuerzo titánico, consiguió sentarse. Deslizó las piernas fuera de la tarima sin hacer caso del dolor y se incorporó a medias, tambaleante como un borracho. El escudero intentó ayudarlo, pero Conan lo apartó.

—¡Dame ese arco! —masculló, mientras señalaba un arco y una aljaba que colgaban de una cuerda.

—Pero... Majestad —gritó el escudero, confuso—. La batalla está perdida. Es tu deber rendirte con la dignidad que corresponde a la sangre real.

—No tengo sangre real —gruñó Conan—. Soy un bárbaro y mi padre era herrero.

Agarró como pudo el arco y una flecha y se tambaleó hacia la entrada de la tienda. Su aspecto impresionaba: desnudo salvo por un par de calzones cortos de cuero y una camisa abierta sin mangas que revelaba su amplio e hirsuto pecho, los miembros poderosos, los ojos azules ardiendo bajo la espesa melena negra. Al verlo, el escudero retrocedió, más asustado de su rey que del ejército nemedio.

Afianzado sobre las amplias piernas, Conan se tambaleó hasta la entrada de la tienda y se detuvo bajo el dosel. El rey de Nemedia y sus compañeros habían desmontado y se quedaron inmóviles, asombrados ante la aparición del bárbaro.

—¡Estoy aquí, chacales! —rugió el cimerio—. ¡Soy el rey! ¡Al infierno con vosotros, perros!

Se llevó el arco al rostro y soltó la cuerda. La flecha se clavó con un silbido en el pecho del caballero que estaba junto a Tarascus. Conan lanzó el arco hacia el rey de Nemedia.

—¡Malditas sean mis manos temblorosas! ¡Venid y cogedme si podéis!

Se tambaleó hacia atrás y apoyó los hombros en una de las cuerdas de la tienda. Apuntalado de esa guisa, desenvainó el mandoble.

—¡Por Mitra, si es el rey! —exclamó Tarascus. Lanzó un vistazo a su alrededor y se echó a reír—. ¡El otro era un chacal con sus arreos! ¡Vamos, perros, traedme su cabeza!

Los tres soldados con el emblema de la guardia real corrieron hacia el rey y uno de ellos derribó al escudero de un mazazo. A los otros dos no les fue tan bien. Conan los esperaba y recibió al primero con un barrido de la espada que corto varios anillos de la cota de malla y separó limpiamente la cabeza del tronco. El cuerpo se tambaleó hacia atrás y cayó sobre las piernas de su compañero. Este tropezó y, antes de que pudiera recuperarse, el mandoble del cimerio lo había atravesado.

Conan sacó la espada del cadáver con un jadeo y se apoyó de nuevo contra la cuerda. Sus poderosos brazos temblaban, respiraba entrecortadamente y el sudor le bañaba rostro y cuello. Pero los ojos aún ardían con salvaje alegría cuando

gritó:

—¿Por qué te mantienes tan alejado, perro de Belverus? Desde aquí no puedo alcanzarte. ¡Acércate y muere!

Tarascus vaciló, miró al resto de los soldados y a su escudero, un hombre de aspecto demacrado en armadura negra, y dio un paso adelante. Era muy inferior en talla y fuerza al enorme cimerio, pero llevaba armadura completa y tenía fama como espadachín. Su escudero lo detuvo.

—No, Majestad, no malgastes la vida. Haré venir a los arqueros y se encargarán del bárbaro, como lo harían con un león.

Ninguno de ellos notó el carro que se había acercado durante la refriega y que ahora llegaba a su altura. Pero Conan lo vio y una sensación helada y extraña le recorrió la espalda. Había algo vagamente antinatural en el aspecto de los caballos negros que tiraban del carruaje, pero fue el ocupante del carro el que atrajo la atención del rey.

Era alto, bien proporcionado y se cubría con una larga capa de seda sin adornos. Llevaba un tocado shemita y sus pliegues más bajos escondían sus rasgos, excepto los ojos oscuros e hipnóticos. Las manos que sujetaban las riendas y refrenaban los caballos eran pálidas pero fuertes. Conan contempló al recién llegado y todos sus instintos primitivos se pusieron alerta. Fue una sensación de amenaza, como la que causa el movimiento silencioso de una serpiente en la hierba alta.

—¡Salve, Xaltotun! —exclamó Tarascus—. ¡He aquí al rey de Aquilonia! No murió en el campo de batalla como creíamos.

—Lo sé —respondió el otro, sin molestarse en decir cómo lo sabía—. ¿Cuáles son tus intenciones?

—Ordenaré a los arqueros que lo acribillen —respondió el nemedio—. Mientras viva, es peligroso.

—Pero hasta un perro tiene su utilidad —dijo Xaltotun—. Captúralo con vida.

Conan rio, desafiante.

—¡Intentadlo! —dijo—. De no ser por mis piernas traicioneras os cortaría en dos como si fuerais leña. ¡Pero no me dejaré coger vivo, malditos!

—Me temo que dice la verdad —confirmó Tarascus—. Es un bárbaro, con la misma ferocidad irracional que tendría un tigre herido. Déjame llamar a los arqueros.

—Observa y aprende —dijo Xaltotun.

Metió la mano entre la ropa y sacó un objeto brillante, una esfera reluciente que arrojó de pronto hacia Conan. El cimerio la golpeó desdeñosamente con la espada. Con una explosión fuerte y brillante y una llamarada blanca, cayó inconsciente al suelo.

—¿Está muerto? —El tono de Tarascus casi era más de afirmación que de pregunta.

—No, solo inconsciente. Volverá en sí en pocas horas. Que tus hombres lo aten de pies y manos y lo suban a mi carro.

Tarascus ordenó por señas a sus hombres que así lo hicieran y poco después subían al rey al carro sin dejar de gruñir ante el peso. Xaltotun lo cubrió con un manto de terciopelo, de forma que lo tapara por completo. Luego tomó las riendas.

—Parto para Belverus —dijo—. Dile a Amalric que acudiré si me necesita. Pero con Conan fuera de juego y su ejército destruido, la lanza y la espada

deberían ser suficientes para lo que queda por conquistar. Próspero no llevará con él más de diez mil hombres y sin duda se retirará a Tarantia cuando le lleguen las nuevas de la batalla. No le digas ni a Amalric ni a Valerius ni a nadie una palabra de nuestro cautivo. Deja que piensen que Conan murió en el desfiladero.

Se quedó contemplando largo rato al soldado que estaba junto a su carro, hasta que este, nervioso por el escrutinio, empezó a mirar de un lado a otro.

—¿Qué llevas a la cintura? —preguntó Xaltotun.

—¿Cómo? Mi ceñidor, señor —tartamudeó el asombrado soldado.

—¡No es cierto! —La risa de Xaltotun era tan despiadada como el filo de una espada—. Es una serpiente venenosa. Insensato, llevas un reptil alrededor de la cintura.

Con ojos como platos, el soldado bajó la vista y, para su completo horror, vio que la hebilla de su ceñidor reptaba hacia él. ¡Era la cabeza de una serpiente! Vio los ojillos malignos y los colmillos goteantes, oyó un siseo y sintió el tacto repugnante de algo que se enroscaba alrededor de su cuerpo. Gritó horrorizado y manoteó la serpiente, solo para sentir sus colmillos en la carne. De pronto, se quedó rígido y cayó al suelo.

Tarascus lo contempló impasible. Solo había visto el ceñidor y la hebilla y la punta de esta clavada en la mano del soldado. Xaltotun volvió su hipnótica mirada hacia el escudero de Tarascus, que se echó a temblar.

—Déjalo, es de fiar —intervino el rey.

El hechicero tensó las riendas y dio media vuelta al carro.

—Cuidad de que esto siga siendo un secreto. Si me necesitas, deja que Altaro, el servidor de Orestes, me invoque como le he enseñado. Estaré en tu palacio en Belverus.

Tarascus alzó la mano en un saludo, pero su expresión se volvió sombría en cuanto el hechicero se alejó.

—¿Por qué ha dejado al cimerio con vida? —preguntó el aterrado escudero.

—Eso mismo me pregunto yo —gruñó Tarascus.

El carro se alejaba y el rugido de la guerra y la matanza iba decreciendo a sus espaldas. El sol poniente tiñó de escarlata los despojos de la batalla y el carro se internó en las vastas sombras azuladas del oeste.

# 4
# ¿De qué infierno has salido?

Conan no recordaría nada de la interminable cabalgada en el carro de Xaltotun. Yacía como un muerto mientras las ruedas de bronce traqueteaban sobre los accidentados caminos de las montañas y se deslizaban por la hierba alta de los valles. Finalmente descendieron de las escarpadas alturas y avanzaron con rapidez por la amplia avenida blanca que cruzaba los fértiles campos alrededor de la amurallada Belverus.

Justo antes del alba recuperó a medias la consciencia. Oyó murmullo de voces y el gemido de unas bisagras. A través de un agujero en el manto que lo cubría vio, borroso a la luz de las antorchas, el arco grande y negro de un pórtico y las caras barbudas de varios guardias, con lanzas y yelmos relucientes.

—¿Cómo fue la batalla, señor? —preguntó una voz ansiosa en nemedio.

—Bastante bien —fue la seca respuesta—. El rey de Aquilonia está muerto y su ejército, derrotado.

Se alzó un barullo de voces excitadas, acallado al instante por el rechinar de las ruedas del carro. Saltaron chispas de las llantas mientras Xaltotun guiaba sus corceles bajo el arco. Pero Conan oyó susurrar a uno de los guardias: «¡De más allá de la frontera a Belverus en menos de un día! ¡Y los caballos ni sudan! Por, Mitra, parecen...». Luego, el silencio ahogó las voces y lo único que se oyó fue el golpear de cascos y el rechinar de las ruedas en la calle en penumbra.

Lo que había oído se le quedó grabado, pero no despertó respuesta alguna en la mente de Conan. Era como un autómata sin mente que oye y ve, pero no comprende. Imágenes y sonidos pasaban a su alrededor y no significaban nada. Volvió a caer en un profundo letargo y fue consciente solo a medias de que el carro se detenía en un hondo patio amurallado y de que lo sacaban del carro y lo subían por una larga escalera de caracol para luego descender por un pasillo oscuro e interminable. A su alrededor había murmullos, ruido apagado de pasos y sonidos inconexos que le parecieron irrelevantes y lejanos.

Su despertar definitivo fue brusco y sin transición. De pronto su mente estaba despejada y recordaba todo lo ocurrido en la batalla y tras ella, y tenía una idea precisa de dónde se encontraba.

Yacía en un diván de terciopelo con las mismas ropas que el día anterior, pero sujeto por gruesas cadenas que ni siquiera él podía romper. La habitación estaba amueblada con una magnificencia sombría; las paredes, cubiertas de tapices de terciopelo negro, y el suelo, de pesadas alfombras de color morado. No se veía puerta o ventana alguna y la única iluminación era la luz vacilante de una lámpara dorada de extraño aspecto, colgada del desgastado cielorraso.

Bajo aquella luz, la figura que se sentaba frente a él en un trono plateado parecía irreal y fantástica y sus contornos imprecisos se veían acentuados por una vaporosa túnica de seda. Pero sus facciones se distinguían con claridad...,

demasiada para aquella luz tenue. Era como si un extraño halo le rodeara la cabeza y tallara el rostro barbado en relieves agudos, de forma que se convertía en la única cosa clara y real en aquella habitación imprecisa y fantasmal.

Era un rostro espléndido, de rasgos cincelados con fuerza y de belleza clásica. Había algo inquietante en su aspecto demasiado tranquilo, una impresión de sabiduría más allá de lo humano, una certeza total fuera de la comprensión del hombre. Había en él, además, una sensación de familiaridad que despertó algo en la conciencia de Conan. Nunca había visto aquel rostro, bien lo sabía, pero aquellos rasgos le recordaban algo o a alguien. Era como encontrarse cara a cara con una de esas imágenes que perturban el sueño o acosan en las pesadillas.

—¿Quién eres? —quiso saber el rey en tono beligerante, mientras luchaba por sentarse a pesar de las cadenas.

—Me llaman Xaltotun —fue la respuesta.

La voz era fuerte, clara.

—¿Dónde estoy? —preguntó Conan.

—En una cámara en el palacio del rey Tarascus, en Belverus.

Aquello no fue ninguna sorpresa para Conan. Belverus, además de la capital, era también la ciudad nemedia más cercana a la frontera.

—¿Y dónde está Tarascus?

—Con su ejército.

—Ya veo —rezongó Conan—. Si quieres matarme, ¿por qué no lo haces de una vez?

—No te salvé de los arqueros del rey para matarte aquí —respondió Xaltotun.

—¿Qué demonios me has hecho?

—Te he dejado inconsciente. No entenderías cómo lo hice. Llámalo magia negra, si quieres.

Conan ya había llegado a aquella conclusión por sí mismo y ahora le daba vueltas a otro asunto.

—Creo que sé por qué me has perdonado la vida —masculló—. Amalric me quiere como un seguro contra Valerius, por si ocurre lo imposible y este llega a rey de Aquilonia. Es bien sabido que el barón de Tor está tras este intento de poner a Valerius en mi trono. Y si conozco bien a Amalric, no tiene la menor intención de que Valerius sea más que una simple figura de paja, como Tarascus.

—Amalric no sabe nada de tu captura —respondió Xaltotun—. Ni Valerius. Los dos piensan que has muerto en Valkia.

Conan entrecerró los ojos mientras contemplaba al hechicero.

—Sabía que había un cerebro tras todo esto —murmuró—, pero siempre pensé que se trataba de Amalric. ¿Son Amalric, Tarascus y Valerius marionetas que bailan a tu son? ¿Quién eres?

—¿Importa? Si te lo contara, no me creerías. ¿Y si te digo que puedo hacer que recuperes el trono de Aquilonia?

Los ojos de Conan ardieron como los de un lobo.

—¿A qué precio?

—Obediencia.

—¡Al infierno con tu oferta! —dijo Conan—. No soy ninguna figura de paja. Gané la corona con mi espada. Además, está fuera de tu poder el comprar y vender el trono de Aquilonia según tu capricho. El reino no está conquistado; una sola batalla no decide la guerra.

—Combates contra algo más que espadas —respondió Xaltotun—. ¿Fue una

espada mortal la que cayó sobre ti en la tienda antes de la batalla? No, fue un hijo de las tinieblas, un huérfano del espacio exterior cuyos dedos arden con la frialdad absoluta de los abismos sin fin. Dedos que congelan la sangre en las venas con un solo toque. Frio tan helado que quema tu carne como hierro al rojo.

»¿Fue el azar lo que guio al hombre que llevaba tus ropas y a los jinetes con él al desfiladero? ¿El azar lo que hizo que las colinas se desmoronaran sobre ellos?

Conan lo contempló en silencio y un escalofrío le subió por la espalda. Su bárbara mitología estaba poblada de magos y hechiceros y cualquiera podía darse cuenta de aquel no era un hombre común y corriente. Conan percibía algo inexplicable alrededor de Xaltotun, un aura ultraterrena de tiempo y espacio, una sensación de antigüedad siniestra e inmensa. Pero su carácter empecinado se negaba a rendirse.

—Fue pura suerte que se desplomaran las colinas —masculló, feroz—. Y cualquiera habría ordenado una carga por el desfiladero.

—Cualquiera, no. Tú no lo habrías hecho, habrías sospechado una trampa. Para empezar, nunca habrías cruzado el río hasta estar seguro de la derrota nemedia. Tu mente no se habría rendido ante mis sugerencias hipnóticas, ni siquiera en el calor del combate. No habrías perdido el control ni te habrías lanzado a ciegas hacia la trampa que tendí, como hizo el que se hacía pasar por ti.

—Si todo estaba planeado —dijo Conan, escéptico—, si todo era parte de un plan para atrapar a mi ejército, ¿por qué tus «hijos de las tinieblas» no me mataron en mi tienda?

—Porque te quería vivo. No necesitaba la magia para predecir que Pallantides enviaría a alguien con tu armadura. Te quería vivo e ileso. Aún puede haber un lugar para ti en mis planes. Hay en ti una vitalidad que supera con creces las habilidades y astucias de mis aliados. Eres un mal enemigo, pero podrías hacer un buen vasallo.

Conan escupió con rabia al oír la palabra, pero Xaltotun no hizo caso de su furia y tomó un globo de cristal de una mesa junto a él. Lo soltó y dejó que flotara inmóvil en el aire, tan firme como si descansara en un pedestal de hierro. Conan resopló ante aquella muestra de hechicería, pero no pareció muy impresionado.

—¿Te gustaría saber lo que pasa en Aquilonia? —preguntó Xaltotun.

Conan no respondió, pero el modo en que su cuerpo se puso repentinamente rígido traicionó su pensamiento. Xaltotun contempló la superficie empañada del cristal y dijo:

—Es la tarde del día posterior a la batalla de Valkia. La pasada noche, el grueso del ejército acampó allí mismo y varios escuadrones de jinetes persiguieron a los aquilonios en fuga. Al amanecer, el ejército levantó el campamento y se dirigió hacia el oeste a través de las montañas. Próspero y sus diez mil poitainios estaban a pocas millas del campo de batalla cuando se cruzó con los supervivientes en desbandada al amanecer. Había forzado la marcha durante la noche, esperando alcanzar el campo de batalla antes de que terminase la lucha. Ahora, incapaz de recomponer los restos del ejército derrotado, se retira hacia Tarantia. Cabalga veloz y reemplaza las monturas agotadas por los corceles que encuentra en su marcha, así que casi ha llegado a la capital.

»Veo a sus agotados jinetes, las armaduras cubiertas de polvo, los estandartes humillados, los caballos cansados. También veo las calles de Tarantia. La ciudad es presa del pánico. De algún modo les ha llegado la noticia de la derrota y la muerte del rey Conan y la plebe está enloquecida de miedo. El rey ha muerto,

gritan, y no queda nadie para protegerlos de los nemedios. Sombras inmensas caen hacia Aquilonia desde el este y bandadas de buitres oscurecen el cielo.

Conan lanzó una maldición.

—Palabras, no son más que palabras —dijo—. El mendigo más harapiento puede hacer profecías mejores. Si dices que lo has visto en tu bola de cristal, entonces eres un mentiroso, además de un bellaco. Próspero defenderá Tarantia y los barones lo apoyarán. El conde Trócero de Poitain gobierna el reino en mi ausencia, y devolverá a los perros nemedios a sus perreras con el rabo entre las piernas. ¿Qué son cincuenta mil nemedios para Aquilonia, que los puede tragar de un bostezo? Nunca volverán a Belverus. Fue Conan quien cayó en Valkia, no Aquilonia.

—Aquilonia está condenada —respondió Xaltotun, impasible—. La conquistarán la lanza, el hacha y el fuego. Y si eso fracasa, se encargarán de ella poderes surgidos de las eras oscuras. Igual que las colinas se desplomaron en Valkia, así caerán las montañas y los muros de las ciudades si es necesario, y los ríos se desbordarán y anegarán provincias enteras.

»Aunque prefiero que basten para ello el acero y la cuerda del arco y no haga falta usar las artes oscuras, pues el uso constante de hechizos tan poderosos a veces pone en marcha fuerzas que harían estremecer el universo.

—¿De qué infierno has salido, perro? —murmuró Conan, sin apartar la vista de Xaltotun.

Se estremeció sin querer, asaltado por una sensación de increíble antigüedad e insuperable maldad. Xaltotun alzó el rostro, como si escuchase un susurro a través del vacío. Parecía haber olvidado al prisionero. De pronto, meneó la cabeza con impaciencia y miró a Conan con gesto inexpresivo.

—¿Infierno? Si te lo dijera, no me creerías. Pero estoy cansado de esta conversación. Fatiga menos destruir una ciudad amurallada que dar forma a mis pensamientos con palabras que un bárbaro sin cerebro pueda comprender.

—Si mis manos estuvieran libres, no tardarías en convertirte en un cadáver.

—Estoy seguro, si fuera lo bastante insensato para darte esa oportunidad —respondió Xaltotun con una palmada. Su forma de comportarse había cambiado; parecía impaciente y nervioso, aunque Conan estaba seguro de que no era por su causa—. Piensa en lo que te he dicho, bárbaro. Tendrás tiempo de sobra. Aún no he decidido qué haré contigo, depende de circunstancias que todavía no puedo vislumbrar. Pero que esto te quede claro: si decido usarte como pieza en mi tablero, será mejor para ti que te rindas sin resistencia. No querrás ser el objetivo de mi cólera.

Conan le lanzó una maldición; justo en ese momento, las cortinas que cubrían una puerta se hicieron a un lado y cuatro negros gigantescos entraron en la sala. No vestían más que un taparrabos de seda ceñido por una faja de la que pendía una gran llave.

Xaltotun señaló al rey con un gesto de impaciencia y se dio la vuelta, como si diera por concluido el asunto y otras cosas reclamaran su atención. Chasqueó los dedos de un modo peculiar, sacó un puñado de polvo de una caja de jade y lo esparció sobre el brasero que remataba el trípode dorado junto a su codo. El globo de cristal, del que parecía haberse olvidado, cayó al suelo de repente, como si alguien hubiera retirado su soporte invisible.

Los negros alzaron a Conan, incapaz de moverse a causa de las cadenas, y lo sacaron de la sala. Se volvió una última vez antes de que la pesada puerta de teca

ribeteada en oro se cerrase y vio a Xaltotun sentado de nuevo en el trono con los brazos cruzados; junto a él, una delicada voluta de humo salía del brasero. Se le pusieron los pelos de punta. Había visto aquel polvo antes, en Estigia, el antiguo y maligno reino del lejano sur. Era el polen del loto negro, que causaba un sueño similar a la muerte y traía ensoñaciones terribles. Conan sabía que solo los macabros brujos del Círculo Negro, el pináculo de la perversidad, buscaban deliberadamente las pesadillas del loto negro con el fin de revivir sus poderes nigrománticos.

Para la mayoría de los habitantes del mundo occidental, el Círculo Negro era una fábula o una patraña, pero Conan conocía su terrible existencia y sabía de sus sombríos adeptos y de sus prácticas abominables en las negras catacumbas de Estigia y bajo las ignotas cúpulas de Sabatea la maldita. Conan volvió el rostro hacia la puerta que cruzaba y contuvo un estremecimiento ante lo que quedaba detrás.

No había manera de saber si era de noche o de día. El palacio del rey Tarascus era un lugar sombrío que rehuía la luz del sol. Una atmósfera siniestra y ominosa lo cubría y Conan supo que la causaba Xaltotun. Los negros lo trasladaron por un corredor lleno de curvas, tan tenuemente iluminado que parecían fantasmas que transportasen un cadáver, y luego descendieron por una escalera de piedra que se enroscaba interminable. La antorcha que llevaba uno de ellos convertía las sombras en las paredes en un baile macabro; era como un descenso al infierno.

Llegaron por fin a los pies de la escalera y cruzaron un largo pasillo recto. Una de las paredes estaba desnuda, interrumpida aquí y allá por pórticos en arco tras los que se veía una escalera; en la otra, se distribuían cada pocos pasos enormes puertas con barrotes.

Se detuvieron junto a una de ellas y un negro cogió la llave que colgaba de su ceñidor y la introdujo en la cerradura. Abrieron la puerta enrejada e introdujeron al cautivo en una pequeña mazmorra de paredes, suelo y techo de piedra, con otra puerta enrejada al otro extremo. Conan no podía ver lo que había más allá de ella, pero no le pareció que fuera otro pasillo. El resplandor de la antorcha, que atravesaba vacilante los barrotes, insinuaba un amplio espacio en penumbra poblado de ecos.

En una esquina, cerca de la puerta por la que habían entrado, un racimo de cadenas herrumbrosas colgaba de un enorme anillo de hierro encastrado en la piedra. Un esqueleto pendía de ellas y Conan lo contempló con cierta curiosidad. No pudo por menos que fijarse en el estado de los huesos, muchos de ellos astillados y rotos; el cráneo se había desprendido de las vértebras y había sido aplastado por un golpe salvaje y contundente.

Uno de los negros, aunque no el que había abierto la puerta, quitó las cadenas del anillo sin inmutarse y lanzó el amasijo de metal oxidado y huesos desnudos a un lado de la celda. Luego, ataron a Conan al anillo y el tercer negro metió su llave en la cerradura de la puerta más lejana, gruñendo satisfecho cuando comprobó que estaba cerrada.

Se quedaron mirando a Conan de un modo enigmático, con la luz de la antorcha reflejada en sus cuerpos oscuros y brillantes.

—¡Este es tu nuevo palacio, rey perro! —murmuró guturalmente el que llevaba la llave de la puerta por la que habían entrado—. Solo el amo y nosotros sabemos que estás aquí. Todos duermen. Nadie sabrá nada. Vivirás aquí. Y aquí morirás. ¡Como él! —Le dio una patada al cráneo destrozado que lo mandó al otro

**lado de la celda.**

**Conan no se molestó en responder a la burla. Encorajinado por el silencio del prisionero, el negro masculló una maldición, se inclinó y le lanzó un escupitajo al rostro. Fue un error. Conan se sentaba en el suelo, con los tobillos y las muñecas encadenados al anillo de la pared. No podía incorporarse ni separarse de la pared más de un paso, pero las cadenas que sujetaban sus muñecas eran bastante largas. Antes de que el negro pudiera incorporarse, Conan lo golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza con la cadena suelta. Se desplomó como un buey en el matadero. Sus compañeros, fascinados, se quedaron contemplando el cuerpo con el cráneo abierto, las orejas y la nariz convertidas en un amasijo de sangre.**

**Pero no intentaron nada contra el bárbaro ni aceptaron la invitación que Conan les hacía con la cadena ensangrentada para que se acercasen. Murmuraron algo en su parloteo simiesco y arrastraron fuera a su compañero inconsciente como si fuera un saco de trigo, con los brazos y las piernas colgando, para luego cerrar la puerta con la llave del herido, aunque no la sacaron de la cadena de oro atada a su ceñidor.**

**Se llevaron la antorcha y mientras se alejaban por el pasillo la oscuridad fue creciendo tras ellos como si estuviera viva. El sonido apagado de sus pasos se desvaneció por último junto con el resplandor de la antorcha, y la oscuridad y el silencio se volvieron definitivos.**

# 5
# El cazador en las catacumbas

Conan yacía en silencio, sopesando el peso de las cadenas y lo desesperado de la situación con el estoicismo característico de los salvajes. Intentaba moverse lo menos posible, pues el tintineo de las cadenas sonaba atronador en medio del silencio e, instintivamente, procuraba no revelar su posición. No se trataba de un proceso racional, no se mantenía inmóvil porque hubiera llegado a la conclusión de que la oscuridad ocultaba potenciales amenazas que podrían caer sobre él. Xaltotun le había asegurado que no le haría daño y Conan no dudaba del interés del brujo en mantenerlo a salvo, al menos de momento. Era puro instinto, el mismo que de niño lo hacía quedarse inmóvil cuando las bestias salvajes merodeaban alrededor de su escondite.

Ni siquiera sus penetrantes ojos eran capaces de atravesar aquella oscuridad. Sin embargo, tras un periodo de tiempo indeterminado, fue consciente de un débil resplandor, un rayo de luz mortecina que le permitió distinguir vagamente los barrotes de la puerta junto al codo e incluso el esqueleto en los otros grilletes. Aquello lo desconcertó, hasta que se dio cuenta de lo que pasaba. Se encontraba bajo tierra, en las catacumbas del palacio; pero, por alguna razón, habían construido una tronera por la que se colaba la luz de la luna. Se dio cuenta de que gracias eso podría distinguir el paso de los días y las noches. Quizá también la luz del sol se colase por la tronera, a menos que la tapasen durante el día. Tal vez la idea de permitir que el prisionero tuviera un atisbo de luz formaba parte de algún sutil método de tortura.

Su vista cayó sobre los huesos destrozados en la esquina opuesta, que brillaban tenuemente. No gastó sus pensamientos en especular a quién pertenecían aquellos restos o por qué lo habían encadenado allí, pero sí reflexionó acerca del aspecto machacado de los huesos. No habían sido quebrados en un potro de tortura, de eso estaba seguro. En ese momento se dio cuenta de un nuevo y desagradable detalle. Las espinillas habían sido abiertas longitudinalmente y solo había una explicación para algo así: alcanzar el tuétano. ¿Qué criatura, aparte del propio hombre, rompía los huesos para obtener el tuétano? ¿Eran entonces aquellos restos lo que quedaba de algún horripilante festín caníbal, o de algún pobre diablo al que el hambre había acabado volviendo loco? Conan se preguntó si alguien encontraría sus huesos en el futuro colgando de un racimo de cadenas herrumbrosas. La idea hizo que se revolviera como un lobo enjaulado.

El cimerio no juraba, maldecía, gritaba o lloraba como lo habría hecho un hombre civilizado. Pero el dolor y la agitación de su pecho no eran menos fieros. Sus enormes brazos temblaban con la intensidad de sus emociones. En alguna parte, lejos al oeste, el ejército nemedio estaba abriéndose paso a sangre y fuego por el corazón de su reino. El pequeño contingente de poitainios no podría hacerles frente. Próspero quizá mantuviera Tarantia unas semanas, incluso unos meses, pero al final, a menos que consiguiera refuerzos, tendría que rendirse ante un ejército superior. Seguramente los barones se le unirían contra los invasores,

pero entretanto, Conan debía yacer indefenso en una celda en penumbra mientras eran otros los que guiaban sus lanzas y luchaban por su reino.

Apretó los dientes, lleno de rabia.

Se quedó inmóvil de pronto, al oír el ruido de unos pasos sigilosos que se acercaban a la puerta más lejana. Entrecerró los ojos y pudo distinguir una figura imprecisa al otro lado de los barrotes. Oyó el raspar del metal contra el metal y luego el chasquido de los engranajes, como si hubieran abierto la puerta. Entonces la figura se hizo a un lado y salió de su campo de visión. Conan supuso que sería algún guardia, que estaba comprobando la cerradura. Al cabo de un rato oyó el mismo sonido más lejos, seguido del quejido de una puerta al abrirse y el murmullo apagado de unos pies que se alejaban. El silencio cayó de nuevo.

Conan trató de oír algo durante largo rato, pero ningún sonido llegó a sus oídos. Cambió de postura y las cadenas resonaron. En ese momento escuchó algo, un ligerísimo susurro de pisadas justo al otro lado de la puerta más cercana, aquella por la que lo habían metido en la celda. Poco después, una esbelta figura tomaba forma en la luz vacilante.

—¡Rey Conan! —entonó una voz delicada—. ¿Estás aquí, mi señor?

—¿Dónde iba a estar? —respondió él con prevención mientras giraba la cabeza hacia la voz.

Se trataba de una muchacha que se agarraba a los barrotes con dedos delicados. La luz vacilante a su espalda perfilaba su flexible talle a través de la seda que caía sobre su piel y arrancaba débiles destellos de la pieza enjoyada que le cubría el pecho. Sus ojos oscuros resplandecían en las sombras y los delicados brazos parecían de alabastro. Su cabello, apenas insinuado por la débil luz, se veía oscuro y esponjoso.

—¡Toma! ¡Las llaves de los grilletes y de la otra puerta! —susurró, y una mano pequeña y blanca atravesó los barrotes y dejo caer tres objetos que tintinearon junto a Conan.

—¿Qué burla esta? —preguntó—. Me hablas en nemedio y no tengo amigos aquí. ¿A qué villanía se dedica ahora tu amo? ¿Te ha enviado a burlarte de mí?

—No es ninguna burla. —La chica temblaba con violencia. Sus brazaletes y las piezas del pecho tintinearon contra los barrotes a los que se agarraba—. ¡Lo juro por Mitra! Le he robado las llaves a los carceleros negros. Son los guardianes de las catacumbas y cada uno de ellos lleva una llave que solo abre ciertas puertas. Los he emborrachado. Al que le rompiste la cabeza se lo han llevado a que lo vea una sanguijuela y no he podido hacerme con su llave. Pero robé las demás. ¡Date prisa, por favor! Más allá de las celdas están las catacumbas y son como entradas al infierno.

Impresionado a su pesar, Conan probó las llaves. Esperaba una risa burlona tras su fracaso, pero se quedó de piedra al descubrir que una de ellas realmente abría los grilletes y que encajaba no solo en los de sus miembros sino en los que se enganchaban al anillo. No tardó en ponerse en pie, libre, gozoso y fiero. De un solo paso, se acercó a los barrotes y sus dedos se cerraron alrededor de uno de ellos, atrapando la delgada muñeca pegada a él. La joven, aprisionada, alzó el rostro y devolvió con valentía la fiera mirada de Conan.

—¿Quién eres muchacha? —preguntó él—. ¿Por qué has hecho esto?

—Soy Zenobia —murmuró ella entrecortadamente, casi con temor—. Una de tantas en el serrallo del rey.

—A menos que esto sea una trampa absurda, no entiendo por qué me has

traído las llaves—masculló Conan.

Ella inclinó la cabeza solo para volver a alzarla y clavar la vista en los ojos desconfiados del bárbaro. En sus mejillas, las lágrimas brillaban como gemas.

—Una de tantas en el serrallo real —repitió, de un modo algo abyecto—. Nunca se ha fijado en mí y seguramente nunca lo haga. Significo menos para él que uno de los perros a los que les tira los restos en sus banquetes.

»Pero no soy un juguete. Soy de carne y hueso. Respiro, y odio, y tengo miedo, y río, y amo. Y te he amado, rey Conan, desde que te vi cabalgando a la cabeza de tus jinetes por las calles de Belverus cuando visitaste al rey Nimed, hace años. Mi corazón se liberó de sus riendas, saltó de mi pecho y quedó tendido a los pies de tu caballo.

Estaba enormemente pálida mientras hablaba, pero sus ojos oscuros no pestañeaban. Conan no respondió al principio; salvaje, apasionado e indómito como era, habría sido un bruto sin entrañas si no se hubiera conmovido ante el espectáculo de una mujer desnudando su alma.

Ella inclinó la cabeza en su dirección y presionó los rojos labios contra los dedos que la retenían. Alzó el rostro de repente, como si recordase de pronto dónde estaban, y el terror brilló en su mirada.

—¡Debes darte prisa! —murmuró—. Ya es más de medianoche. Debes irte.

—¿Y tú? Te despellejarán viva por haber robado las llaves.

—Nunca lo descubrirán. Si los negros recuerdan por la mañana quién les dio el vino, no se atreverán a admitir que les robaron las llaves mientras estaban borrachos. Pero no he podido conseguir la que abre esta puerta. Tienes que buscar tu ruta hacia la libertad en las catacumbas. No me atrevo a imaginar los peligros que acechan más allá de la otra puerta, pero es mayor el que te espera si te quedas aquí. El rey Tarascus ha vuelto…

—¿Cómo? ¿Tarascus?

—Sí. Ha vuelto en secreto y ha descendido a las catacumbas hace un rato, solo para salir enseguida, pálido y tembloroso como alguien que ha enfrentado un gran peligro. Le oí susurrar a Arideus, su escudero, que dijera lo que dijera Xaltotun había que darte muerte.

—¿Y qué hay de Xaltotun? —murmuró Conan.

Zenobia se estremeció.

—¡No lo nombres! A menudo los demonios acuden al sonido de su nombre. Los esclavos dicen que está en sus aposentos tras una puerta acorazada, soñando los sueños del loto negro. Creo que incluso Tarascus lo teme en secreto, o te haría matar sin tapujos. Pero ha estado esta noche en las catacumbas y solo Mitra sabe lo que ha hecho allí.

—¿Sería Tarascus el que manoseó la cerradura de la celda hace rato? —murmuró Conan.

—¡Toma! ¡Un puñal! —susurró ella, presionando un objeto contra los barrotes. Los dedos ansiosos de Conan se cerraron alrededor de un objeto familiar—. Vete por esa puerta, gira luego a la izquierda y sigue tu camino hasta que encuentras una escalera de piedra. ¡Por tu vida, no te apartes de la hilera de celdas! Sube la escalera y abre la puerta en lo alto; una de las llaves lo hace. Si Mitra así lo quiere, te estaré esperando allí.

Dio media vuelta y se fue, con un suave siseo de pies enfundados en zapatillas.

Conan se encogió de hombros y se dio la vuelta hacia la puerta del otro lado.

Quizá era todo una trampa diabólica de Tarascus, pero era mejor ir directo al lazo del cazador que quedarse sentado aguardando el destino. Examinó el arma que le había dado la muchacha y sonrió, feroz. No sabía aún qué clase de persona era, pero aquel puñal demostraba que era práctica e inteligente. No era ningún fino estilete con empuñadora enjoyada o guardas doradas, adecuado tan solo para el delicado asesinato del dormitorio de una dama. Era un puñal recto, el arma de un guerrero, de hoja ancha y más de palmo y medio de largo, rematada en una punta afilada como un diamante.

Gruñó satisfecho. El tacto de la empuñadura lo animó y le dio confianza. Ya no importaba cuántas redes de conspiración se tendieran a su alrededor, cuantas traiciones surgieran a su paso. El puñal era auténtico. Los músculos de su brazo derecho se tensaron anticipando futuros golpes.

Probó la puerta con las llaves y descubrió que estaba abierta, aunque recordaba que uno de los negros la había cerrado. Así pues, aquella figura furtiva y encorvada no había sido la del carcelero comprobando que todo estaba en orden. Había abierto la puerta y las implicaciones de aquello eran claramente siniestras. Conan no dudó, sin embargo, sino que empujó los barrotes y salió de la mazmorra hacia la oscuridad.

Tal como había supuesto, la puerta no se abría a otro pasillo. El suelo se desvanecía a lo lejos bajo sus pies y la línea de celdas iba de derecha a izquierda hasta perderse en la oscuridad, pero no fue capaz de discernir los límites del espacio en el que se encontraba. No pudo ver ni techo ni ninguna otra pared. La luz de la luna se filtraba en aquel vasto espacio a través de los barrotes de las celdas, casi consumida por la oscuridad. Ojos menos penetrantes que los suyos no habrían visto más que borrosos manchones grises flotando sobre la puerta de cada celda.

Giró a la izquierda y echó a andar de forma rápida y silenciosa a lo largo de la hilera de mazmorras. Sus pies descalzos no hacían ruido alguno sobre las baldosas. Al pasar, echaba un rápido vistazo al interior de cada celda, pero todas estaban vacías y cerradas. En algunas vio un atisbo de huesos desnudos y pálidos. Aquellas catacumbas eran una reliquia de una época más siniestra, erigidas hacía mucho tiempo, cuando Belverus era una más una fortaleza que una ciudad. Pero sin duda su uso reciente era más común de lo que se pensaba.

Frente a él vio de pronto la silueta borrosa de una escalera que ascendía empinada y supuso que debía de ser la que buscaba. Antes de poner un pie en ella se giró de repente y oteó las sombras a su alrededor.

Algo se movía a sus espaldas, algo enorme y sigiloso que se desplazaba sobre pies no humanos. Conan examinó la larga hilera de celdas, cada una de ellas con un tenue parche de luz que era poco más que oscuridad un poco menos intensa. Vio que algo se movía por aquellos parches. No sabía de qué se trataba; era grande y pesado pero se desplazaba con una rapidez y una soltura que no eran humanas. Siguió mirándolo mientras cruzaba los parches de luz y se perdía luego en las sombras como si se fundiera en la oscuridad. El efecto era irreal, como si apareciera y desapareciera en un parpadeo.

Oyó sonar los barrotes mientras aquello probaba la puerta de cada celda. Acababa de alcanzar la que había dejado Conan y la puerta se abrió en cuanto tiró de ella. Vio una figura enorme y voluminosa detenida un instante en el umbral, solo para desvanecerse enseguida dentro de la celda. El sudor bañó el rostro y las manos de Conan. Ahora sabía por qué Tarascus se había acercado a la puerta tan

silenciosamente y luego se había ido con tanta prisa. El rey había abierto la puerta de su celda y también, en lo más profundo de las catacumbas, la de la jaula o prisión que mantenía a raya a aquella monstruosidad.

La criatura salió de la celda y siguió su avance por el pasillo, con la cabeza deforme pegada al suelo. Ya no prestaba atención a las puertas, seguía el rastro por el olor. Conan pudo verla con más claridad: la luz mortecina iluminaba un gigante de cuerpo antropomorfo, pero mucho más corpulento y ancho que cualquier hombre. Se desplazaba sobre dos piernas, aunque se inclinaba hacia adelante y era gris y peludo, con el pelaje ribeteado en plata. El rostro era una macabra parodia de rostro humano y los largos brazos casi rozaban el suelo.

Conan comprendió por fin el significado de aquellos huesos destrozados de la mazmorra y supo qué era el cazador de las catacumbas. Se trataba de un simio gris, uno de aquellos siniestros devoradores de hombres que habitaban las costas orientales del Mar de Vilayet. Las leyendas hibóreas los habían convertido en un mito terrorífico, una suerte de trasgos, pero eran reales, auténticos ogros, caníbales y asesinos.

Sabía que la criatura lo había olido, pues se movía ahora más rápido, desplazando el cuerpo abarrilado sobre las largas piernas torcidas. Echó un vistazo a la empinada escalera, pero comprendió que tendría al monstruo pegado a la grupa mucho antes de que hubiera llegado a la lejana puerta. Mejor encontrárselo cara a cara.

Se colocó en el parche de luz más cercano, para tener al menos la ventaja de la luz de su lado; sabía que la bestia veía mejor en la oscuridad que él. Enseguida el monstruo lo divisó y los colmillos amarillentos brillaron en las sombras, pero no emitió sonido alguno. Hijos de la noche y del silencio, los grandes simios de Vilayet eran mudos. Pero a sus sombríos y horripilantes rasgos, parodia de un rostro humano, asomó una alegría salvaje.

Conan se mantuvo firme, sin dejar de mirar al monstruo cada vez más cercano. Sabía que tendría una sola oportunidad para usar el cuchillo y que no habría tiempo para atacar y echarse atrás. El primer golpe debía matar, y hacerlo al instante si quería sobrevivir a aquello. Pasó la vista del cuello corto y rechoncho al peludo vientre y de allí al formidable pecho de pectorales enormes como escudos. Tenía que ser en el corazón; era mejor arriesgarse a que el puñal fuera desviado por una costilla que atacar en un punto no vital. Totalmente consciente de sus posibilidades, Conan comparó sus reflejos y su fuerza con el poder y la ferocidad del devorador de hombres. Debía encontrarse con él, pecho contra pecho, y atacar como una centella, confiando luego en que su cuerpo resistiera el abrazo que sin duda iba a experimentar.

Mientras caía sobre él, balanceando los enormes brazos, Conan se deslizó entre ellos y atacó con toda la fuerza de su desesperación. Sintió que el puñal se hundía hasta la empuñadura en la bestia peluda. Al instante, volvió a sacarlo, convirtió el cuerpo en una tensa maraña de músculos y clavó el arma en el vientre del monstruo, preparándose para su letal abrazo.

Por un instante fue como si un terremoto lo descuartizase miembro a miembro. De pronto se dio cuenta de que estaba libre, tendido en el suelo, y bajo él la vida de la bestia se escapaba con sus últimos jadeos, los ojos rojos vueltos hacia arriba y la empuñadura del cuchillo asomando en el pecho.

Conan jadeada; todo el cuerpo le temblaba por el esfuerzo. Notaba desencajadas algunas de las articulaciones y la sangre goteaba allí donde se

**habían clavado las garras del monstruo. Si la bestia hubiera seguido con vida solo un segundo más seguramente lo habría descuartizado. Pero la fuerza y la resistencia del cimerio habían logrado sobrevivir al último estertor del simio, suficiente para haber partido en dos a cualquier otro.**

# 6
# A golpe de puñal

Se puso en pie y desclavó el arma del pecho del monstruo. Dio media vuelta y echó a correr escaleras arriba. No sabía qué más podía morar en aquella oscuridad y no tenía el menor deseo de averiguarlo. Aquella contienda, si bien breve, había sido suficiente para dejar agotado al enorme cimerio. La luz de la luna sobre el suelo se iba apagando, la oscuridad se hacía más cercana y el pánico le pisaba los talones mientras subía por las escaleras. Dejó escapar un hondo suspiro de alivio cuando llegó a la cima y comprobó que la tercera llave encajaba en la cerradura. Entornó la puerta, estiró el cuello y miró a su alrededor, medio esperando el ataque de un nuevo enemigo, humano o animal.

Vio un largo y mal iluminado corredor de piedra desnuda, y una figura esbelta y flexible junto a la puerta.

—¡Majestad!

Era una exclamación baja, vibrante, a mitad de camino entre el miedo y el alivio. La muchacha se hizo a un lado y luego dudó un momento, como avergonzada.

—¡Estás sangrando! —dijo—. ¡Te han herido!

Conan espantó las palabras con un gesto impaciente de la mano.

—Arañazos que no le harían daño ni a un niño. Tu pincho me vino bien, de todos modos. De no ser por él, el mono de Tarascus estaría aplastando mis huesos para sorber el tuétano. ¿Qué hacemos ahora?

—Sígueme —susurró ella—. Te haré cruzar las murallas de la ciudad. Tengo un caballo escondido allí.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el pasillo, pero una mano poderosa se posó en su hombro desnudo.

—Quédate a mi lado —la instruyó Conan con voz suave mientras pasaba el enorme brazo por la esbelta cintura de la joven—. Te has comportado cabalmente hasta ahora y creo que puedo fiarme de ti; pero no he llegado a mi edad por confiar demasiado en nadie, ya fuera hombre o mujer. Si ahora me engañas, no vivirás para contarlo.

Ella no vaciló ante la visión del puñal ensangrentado ni ante el contacto de los tensos músculos que la rodeaban.

—Apuñálame si crees que te miento —respondió—. Que tu brazo me rodee, incluso para matarme, hace realidad mis sueños.

El pasillo desembocaba en una puerta, que la joven abrió. Al otro lado yacía un enorme negro con turbante y vestiduras de seda. Estaba inmóvil y había una espada curva tirada en el suelo junto a su costado.

—Drogué el vino —susurró Zenobia, mientras se desviaba para evitar la figura reclinada—. Es el último guardián de las catacumbas, el más externo. Nadie ha escapado de ellas antes y nadie ha querido jamás venir a ellas; solo estos negros las guardan. Solo ellos de entre todos los sirvientes sabían que era el rey Conan el prisionero que Xaltotun trajo en su carro.

»La pasada noche no podía dormir y estaba tendida junto a una puerta ventana que daba al patio. Sabía que se estaba librando una batalla en el oeste y temía por ti. Vi a los negros llevarte hacia la escalera y te reconocí a la luz de las antorchas. Me deslicé en este ala de palacio al anochecer, justo a tiempo de ver cómo te llevaban a las catacumbas. No me atreví a bajar antes de que fuera noche cerrada. Debes de haber pasado todo el día sin sentido y drogado en los aposentos de Xaltotun.

»¡Tengamos cuidado! Pasan cosas extrañas en el palacio esta noche. Los criados dicen que Xaltotun duerme como de costumbre bajo el influjo del loto de Estigia, pero Tarascus está aquí. Ha venido en secreto, a través de la poterna, embozado en su capa, polvorienta tras un largo viaje, y solo ha hablado con su escudero, el silencioso Arideus. No conseguí enterarme de qué hablaban, lo siento.

Llegaron a los pies de una estrecha escalera de caracol y, tras subir por ella, atravesaron un estrecho panel en la pared que Zenobia descorrió. Una vez hubieron cruzado, volvió a ponerlo en su lugar y no había forma de distinguirlo del resto de la ornamentada pared. Estaban en un pasillo más amplio, alfombrado y cubierto de tapices, iluminado con lámparas colgantes que lanzaban destellos dorados.

Conan aguzó el oído, pero no oyó ruido alguno. No sabía en qué parte del palacio estaba o en qué dirección quedaban los aposentos de Xaltotun. La muchacha temblaba mientras lo guiaba por el pasillo, y se detuvo junto a un nicho cubierto por un tapiz. Hizo este a un lado y le indicó a Conan que entrara en el hueco que se abría detrás.

—¡Espera aquí! Tras esa puerta al final del pasillo suele haber esclavos o eunucos a cualquier hora del día o de la noche. Iré a ver si el camino está expedito, antes de seguir.

—¿Me llevas a una trampa? —preguntó él, desconfiado de nuevo.

Las lágrimas cubrieron los ojos oscuros de Zenobia. Se hincó de rodillas y tomó la mano de Conan.

—¡Oh, mi rey, confía en mí solo un poco más! —Su voz temblaba, llena de urgencia y desesperación—. Si dudas ahora estamos perdidos. ¿Por qué habría de sacarte de las catacumbas para traicionarte ahora?

—Está bien —murmuró él—. Confío en ti. Aunque no es fácil dejar a un lado las costumbres de toda una vida, por Crom. Pero no te haría daño aunque hicieras caer sobre mí a todos los espadachines de Nemedia. De no ser por ti el maldito simio de Tarascus me habría encontrado encadenado e indefenso. Haz lo que debas, muchacha.

Tras besar las manos de Conan, Zenobia se puso en pie de un brinco y echó a correr por el pasillo. No tardó en cruzar la puerta.

El cimerio la contemplaba sin dejar de preguntarse si estaría haciendo el tonto al fiarse de ella. Al cabo, se encogió de hombros y devolvió los tapices a su sitio, ocultando el nicho. No era extraño que una joven bella y apasionada arriesgase su vida para ayudarlo; le había ocurrido con cierta frecuencia. Muchas eran las mujeres que lo habían contemplado favorablemente, en sus tiempos de aventurero... y también como rey.

Pero no fue capaz de quedarse quieto en el nicho esperando el regreso de la joven. Guiado por sus instintos, exploró el lugar en busca de otra salida y acabó dando con ella, una abertura a un estrecho pasaje, oculta bajo los tapices, que

desembocaba en una puerta tallada y ornamentada, apenas visible a la escasa luz que se filtraba desde el corredor. Mientras la contemplaba oyó el ruido de una nueva puerta abriéndose y cerrándose, seguido de gritos y de varias voces mascullando algo ininteligible. Una de ellas le resultó familiar; una expresión siniestra asomó a su rostro al reconocerla. Sin un momento de vacilación, echó a andar por el pasaje y se acuclilló como una pantera al acecho junto a la puerta. No estaba cerrada con llave y, con mucho cuidado, aunque sin importarle gran cosa las consecuencias, consiguió entornarla un poco.

El otro lado estaba cubierto por un tapiz, pero a través de una delgada hendidura en el terciopelo pudo atisbar el interior de una habitación iluminada por una vela sobre una mesa de ébano. Había dos hombres en la habitación. Uno era un rufián mal encarado y de aspecto siniestro vestido con calzones de cuero y una capa raída. El otro era Tarascus, rey de Nemedia.

Parecía nervioso. Estaba muy pálido y no paraba de mirar a su alrededor, como si esperara y temiera al mismo tiempo oír ruido de pasos.

—Vete ya —decía—. Está profundamente drogado, pero no sé cuándo puede despertar.

—Es raro oír palabras teñidas de miedo saliendo de los labios de Tarascus —masculló el otro con una voz dura y profunda.

El rey frunció el ceño.

—No temo a ningún hombre común, bien lo sabes. Pero cuando vi el despeñadero desmoronarse en Valkia supe que ese demonio al que hemos resucitado no era ningún charlatán. Temo su poder porque no sé bien hasta dónde alcanza. Sé que está conectado de alguna manera con lo que le he robado. Le devolvió la vida; quizá sea la fuente de su hechicería.

»Lo había ocultado bien, pero, siguiendo mis órdenes, un esclavo lo estaba espiando y lo vio depositarlo en un cofre dorado y averiguó dónde ocultaba después el cofre. Incluso así, no me habría atrevido a robarlo si no estuviera sumido en el sueño del loto.

»Creo que es el secreto de su poder. Orastes lo devolvió a la vida gracias a él. Y con él puede convertirnos a todos en esclavos si no nos andamos con cuidado. Así que tómalo y arrójalo al mar, tal como te he dicho. Y asegúrate de que estás lejos de cualquier costa y de que ni la marea ni la tormenta pueden devolverlo a la playa. Se te ha pagado bien.

—Así es —replicó el rufián—. Y te debo algo más que oro, majestad, tengo contigo una deuda de gratitud. Hasta los ladrones podemos ser agradecidos.

—Cualquier deuda que creas tener conmigo —dijo Tarascus—, quedará saldada cuando hayas lanzado esa cosa al mar.

—Cabalgaré hasta Zingaria y tomaré un barco en Kórdava —prometió el otro —. No me atrevo a aparecer por Argos, por culpa de un asesinato sin importancia...

—No me importa cómo lo hagas. Simplemente, hazlo. Un caballo te espera en el patio. ¡Vete ya y en silencio!

Se intercambiaron algo que brilló como fuego viviente. Conan solo tuvo un atisbo de el objeto antes de que el rufián se pusiera un sombrero, se echara la capa al hombro y saliera de la habitación. Mientras la puerta se cerraba a sus espaldas, Conan se movió con la furia devastadora y la sed de sangre de un salvaje. Se había contenido tanto como había podido. La vista de su enemigo tan cerca del él le había hecho hervir la sangre y perder los estribos.

Tarascus se volvía hacia una puerta interior cuando Conan hizo a un lado el tapiz y saltó a la habitación como una pantera rabiosa. Tarascus dio media vuelta, pero antes de que hubiera reconocido a su atacante el cuchillo de Conan se clavó en sus carnes.

No era un golpe mortal y Conan se dio cuenta en el momento mismo en que golpeaba. Sus pies habían tropezado con un pliegue de las cortinas que lo había desequilibrado. La punta del arma se clavó en el hombro de Tarascus y se abrió paso hasta sus costillas mientras el rey de Nemedia gritaba.

El impacto del golpe y de la embestida de Conan los enviaron a ambos contra la mesa, donde derribaron sin querer la vela, que se apagó. Los dos cayeron al suelo llevados por el ímpetu del cimerio y se enredaron con los pliegues de los tapices. Conan acuchillaba a ciegas la oscuridad y Tarascus gritaba de puro terror. Como si el miedo le diera energía sobrehumana, el nemedio consiguió liberarse y anadeó en la oscuridad sin parar de gritar:

—¡Socorro! ¡Guardias! ¡Arideus! ¡Orastes! ¡Orastes!

Conan se puso en pie, se libró de los tapices y de la mesa rota de una patada y maldijo con amargura. Desconocía los recovecos de palacio y, aunque los alaridos de Tarascus resonaban cada vez más lejos, no tardó en oír un grito de respuesta. El nemedio había escapado hacia la oscuridad y Conan no tenía manera de saber qué camino había tomado. El apresurado intento de venganza del cimerio había fallado y ahora lo único que podía hacer era intentar salvar su propia vida.

Regresó al pasaje que había cruzado, volvió al nicho y echó un vistazo al pasillo iluminado, justo en el momento en que Zenobia llegaba corriendo, los ojos negros dilatados de terror.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¡El palacio está en pie de guerra! ¡Te juro que no te he traicionado...!

—No, fui yo mismo quien pateó el avispero —respondió él—. Intenté cobrar una deuda. ¿Cuál es el camino más rápido para salir de aquí?

Lo tomó por la muñeca y echó a correr por el pasillo. Justo antes de que llegasen a la pesada puerta del otro extremo se oyeron gritos y el marco empezó a temblar ante los embates de quien estaba al otro lado. Zenobia se retorció las manos y gimió.

—¡Nos han cortado la salida! Cerré la puerta mientras volvía, pero no tardarán en derribarla. Y para llegar a la poterna tenemos que ir por aquí.

Conan se giró. Fuera de la vista se oía un clamor creciente que indicaba que había enemigos tanto atrás como delante.

—¡Rápido! ¡Por esta puerta! —gritó desesperada la muchacha, mientras corría por el pasillo y abría la puerta de una habitación.

Conan la siguió y bajó el pestillo dorado. Estaban en una sala recargada de muebles ornamentados, vacía salvo por ellos dos, y Zenobia se arrojó contra una ventana con barrotes dorados, más allá de la que se veían varios árboles y arbustos.

—Eres fuerte —jadeó—. Si puedes doblar esos barrotes quizá puedas escapar. El jardín está lleno de guardias, pero los arbustos son densos y tal vez puedas evitarlos. El muro meridional es también la muralla exterior de la ciudad. Una vez que lo traspases, tienes una oportunidad. Te espera un caballo en un matorral a un lado del camino del oeste, a unos cien pasos al sur de la fuente de Thrallos. ¿Conoces el lugar?

—¡Sí! Pero ¿y tú? ¡Tienes que venir conmigo!

Un destello de alegría cruzo el hermoso rostro de la joven.

—¡La copa de mi felicidad rebosa! Pero no puedo obstaculizar tu fuga. Cargado conmigo podrías fracasar. No, no temas por mí. Nunca sospecharán que te ayudé voluntariamente. ¡Vete! Lo que acabas de decir iluminará mi vida para siempre.

Conan la agarró con brazos de hierro, aplastó su esbelta y vibrante figura contra él y la besó con fiereza en los ojos, las mejillas, la garganta y los labios, hasta que ella empezó a jadear en su abrazo. Borrascoso y tempestuoso como una tormenta, hasta sus maneras en el amor eran violentas.

—Me voy —murmuró—. Pero, por Crom, ¡volveré por ti!

Dio media vuelta y agarró las barras doradas y las sacó de sus soportes de un tremendo tirón. Pasó una pierna por el hueco y descendió con rapidez, agarrado a los adornos de la pared. Corría casi antes de tocar el suelo y se fundió como una sombra entre los arbustos. Miró una sola vez atrás y vio a Zenobia apoyada en la ventana, los brazos extendidos en un adiós mudo.

El jardín hervía de guardias, altos y cubiertos de corazas bruñidas y yelmos con cimera de bronce pulido, que se apresuraban en llegar al palacio, donde el clamor se hizo mayor de repente. La luz de la luna arrancaba destellos de su brillante armadura y traicionaba todos sus movimientos, si no los hubiera delatado ya el ruido que hacían al moverse. Para Conan, con sus aguzados sentidos de salvaje, aquella carrera a través de los arbustos era como una estampida ensordecedora de ganado. Algunos de los guardias pasaron a pocos pasos del denso macizo donde se ocultaba el bárbaro sin percatarse en ningún momento de su presencia. Su única meta era llegar a palacio y todo lo demás era como si no existiera para ellos. En cuanto se perdieron de vista y con ellos el griterío que armaban, Conan se puso en pie y atravesó el jardín tan silencioso como una pantera.

No tardó en llegar a la muralla sur y en subir los peldaños que llevaban al parapeto. La muralla estaba hecha para mantener fuera a la gente, no dentro, y no había un solo centinela a la vista. Agazapado en un alféizar echó un vistazo al palacio que se alzaba al otro lado, tras los cipreses. Todas las ventanas estaban iluminadas y pudo ver varias figuras revoloteando de un lado a otro, como marionetas sujetas por hilos invisibles. Sonrió feroz, alzó el puño en un gesto de despedida y amenaza y saltó desde el parapeto al exterior.

Lo recibió un árbol bajo, a unos pocos metros del parapeto, en cuyas ramas se posó Conan en silencio. Poco después, corría hacia las sombras con el paso del montañés acostumbrado a devorar millas.

Las murallas de Belverus estaban rodeadas de jardines y villas de placer. Los esclavos soñolientos, medio dormidos junto a sus lanzas, no vieron a la rápida y furtiva figura que escalaba muros, cruzaba los pasajes creados por las ramas arqueadas de los árboles y trazaba un silencioso sendero a través de huertos y viñedos. Los perros guardianes despertaron y gruñeron al paso de la sombra, medio olfateada medio presentida, que no tardó en desvanecerse.

Tarascus se retorcía y maldecía sobre un diván manchado de sangre, cuidado por los hábiles y veloces dedos de Orastes. El palacio estaba atestado de sirvientes temblorosos de ojos desorbitados, pero la habitación en la que yacía el rey se encontraba vacía salvo por el sacerdote renegado.

—¿Seguro que aún duerme? —preguntó de nuevo Tarascus, mientras apretaba la mandíbula al sentir el mordisco de los jugos de hierbas que Orastes le esparcía por hombro y costillas—. ¡Istar, Mitra y Set! ¡Esto quema como si fuera lava recién salida del infierno!

—Allí estarías ahora de no ser por tu buena fortuna —apostilló Orastes—. Quien quiera que blandiera ese puñal pretendía matarte. Sí, Xaltotun aun duerme, me lo han confirmado. ¿Por qué estás tan preocupado por eso? ¿Qué tiene que ver con lo que ha pasado?

—¿No sabes nada de lo sucedido esta noche? —Tarascus escrutó el rostro del sacerdote con intensidad.

—Nada. Ya sabes que he estado ocupado traduciendo manuscritos para Xaltotun estos meses, transcribiendo volúmenes esotéricos escritos en lenguajes modernos a idiomas que él pueda entender. No está mal versado en las lenguas y escrituras de su propia época, pero aún no ha aprendido las modernas y para ahorrar tiempo y averiguar qué nuevos conocimientos han surgido desde su época me pidió que le tradujera esas obras. No sabía que había vuelto la pasada noche hasta que me mandó llamar y me contó la batalla. Luego volví a mis estudios y no me enteré de que también habías vuelto hasta que el alboroto del palacio me hizo salir de mi celda.

—Entonces, ¿no sabías que Xaltotun trajo como cautivo al rey de Aquilonia?

Orastes menó la cabeza, sin parecer demasiado sorprendido.

—Xaltotun me dijo simplemente que Conan ya no representaba un obstáculo para nosotros. Supuse que había caído, pero no le pedí detalles.

—Xaltotun salvó su vida justo antes de que lo pudiera matar —gruñó Tarascus —. Me di cuenta enseguida de lo que pretendía. Quiere mantener a Conan cautivo y usarlo como una amenaza contra nosotros, contra Amalric, Valerius y yo mismo. Mientras Conan siga vivo es peligroso, es un elemento de unión para los aquilonios y podría ser usado para obligarnos a hacer cosas que no haríamos de otro modo. No me fío de ese pitonio resucitado. Y últimamente me inspira miedo.

»Así que seguí sus pasos, varias horas después de que él hubiera partido en dirección este. Quería saber cuáles eran sus intenciones con Conan y descubrí que lo había encadenado en las catacumbas. Decidí acabar con la vida del bárbaro, sin importar los deseos de Xaltotun. Y lo conseguí. —Alguien llamó con cautela a la puerta—. Es Arideus —masculló Tarascus—. Déjalo entrar.

El melancólico escudero cruzó la puerta, los ojos brillantes de emoción.

—¿Qué me dices, Arideus? —exclamó Tarascus—. ¿Has descubierto quién ha intentado matarme?

—¿Es que no lo viste, Majestad? —preguntó Arideus como si quisiera asegurarse de algo que ya sabía—. ¿No lo reconociste?

—No. Fue todo tan rápido y la vela se apagó en medio de la pelea... Lo único que se me ocurre es que fue alguna especie de demonio liberado por la magia de Xaltotun...

—El pitonio duerme profundamente, encerrado en su habitación. Pero he estado en las catacumbas. —Arideus crispó sus magros hombros, preso de la emoción.

—¿Y? ¡Habla de una vez! —exclamó Tarascus lleno de impaciencia—. ¿Qué has visto?

—Una mazmorra vacía —murmuró el escudero—. Y el cadáver de un enorme simio.

—¿Cómo? —Tarascus se incorporó de repente y la sangre brotó de su herida abierta.

—Sí; el devorador de hombres está muerto, apuñalado en el corazón. ¡Y Conan ha desaparecido!

El rostro de Tarascus se volvió gris mientras permitía mecánicamente que Orastes lo sentara de nuevo para que el sacerdote pudiera restañar la herida.

—¡Conan! —murmuró—. ¡No solo no es un cadáver aplastado, sino que ha huido! ¡Mitra! No es un hombre, es el propio diablo. Creí que Xaltotun estaba tras mi herida, pero ahora lo veo más claro. ¡Por todos los dioses y demonios! Fue Conan quien me apuñaló.

—Así es, Majestad.

—Registra todo el palacio, hasta el último rincón. Quizá ahora mismo está agazapado como un tigre hambriento en cualquier pasillo en penumbra. No dejes un solo hueco por registrar y ten cuidado. No es un hombre civilizado lo que estás cazando, sino un bárbaro sediento de sangre con la fuerza y ferocidad de una bestia salvaje. Registra la ciudad y los alrededores del palacio y establece un cordón alrededor de las murallas. Y si descubres que ha escapado, cosa que bien podría ser, envía un pelotón de jinetes tras él. Si ha conseguido cruzar las murallas será como cazar un lobo en la montaña. Pero date prisa y quizá aun lo podamos atrapar.

—Esto es algo que requiere habilidades más que humanas —dijo Orastes—. Quizá deberíamos pedirle consejo a Xaltotun.

—¡No! —exclamó Tarascus con violencia—. Deja que los soldados vayan tras él y le den caza. Xaltotun no nos echará nada en cara si matamos a un prisionero que intentaba huir.

—Como quieras —dijo Orastes—. No soy aquerontio, pero estoy versado en algunas de las artes y en el control de ciertos espíritus que pueden disfrazarse y tomar forma material. Quizá pueda ayudarte.

La fuente de Thrallos se alzaba en medio de un anillo de robles a un lado de la calzada, a un tercio de legua de la ciudad. Conan oyó su tintineo musical en medio del silencio cuajado de estrellas. Bebió un largo trago de la helada corriente y echó a correr hacia un matorral pequeño y denso que vio un poco más allá. Lo rodeó y descubrió un caballo blanco y de gran alzada atado a los arbustos. Dejó escapar un hondo suspiro y subió a su grupa de un salto.

De pronto una risa burlona lo hizo desmontar y escrutar a su alrededor.

Una figura en cota de malla salió de las sombras con un brillo apagado a la luz de las estrellas. No era ningún guardia de palacio pulido y empenachado, sino un individuo alto cubierto con morrión y cota de malla gris. Un Aventurero, sin duda, una clase de soldados típica de Nemedia y formada por hombres sin fortuna ni posición, ya fuera por nacimiento o porque las hubiesen perdido. Eran guerreros feroces, devotos de la guerra y las emociones fuertes y toda una categoría en sí mismos; a veces se los veía dirigiendo tropas, pero en última instancia no respondían sino ante el rey en persona. Conan era consciente de que había sido descubierto por un enemigo realmente peligroso.

Un rápido vistazo a las sombras lo convenció de que el recién llegado estaba solo. Tomó aire y alzó el pecho, mientras tensaba todo el cuerpo.

—Iba hacia Belverus cumpliendo las órdenes de Amalric —dijo el Aventurero,

**que avanzaba con cautela. La luz de las estrellas arrancó un destello del enorme mandoble que llevaba en la mano—. Oí que un caballo le relinchaba al mío desde la espesura y decidí investigar. Me pareció extraño que hubiera aquí un caballo. Confieso que no espera encontrar una presa como esta. Te conozco. Eres Conan, rey de Aquilonia. Creí verte morir en el valle de Valkia, pero…**

**Conan saltó como lo habría hecho un tigre acorralado. El Aventurero, luchador experimentado, no era consciente de la velocidad desesperada que acechaba en los talones del bárbaro. El salto lo pilló con la guardia baja, la pesada espada a medio alzar. Antes de que pudiera atacar o retroceder, el puñal del rey se había clavado en su garganta justo encima de la gorguera y buscaba el corazón. Con un gorgoteo sofocado, se tambaleó y se desplomó mientras Conan liberaba el puñal. El caballo blanco resopló con furia y retrocedió ante el aroma de la sangre en el cuchillo.**

**Con la vista clavada en el enemigo muerto, el puñal goteante en la mano y el sudor brillando en el enorme pecho, Conan parecía una estatua, inmóvil y atento a cualquier ruido. No distinguió nada, más allá del pío adormilado de los primeros pájaros de la mañana. A lo lejos, en la ciudad, oyó el tronar de una trompeta.**

**Se inclinó hacia el caído y unos segundos de rápida exploración lo convencieron de que, fuera cual fuese el mensaje que llevaba, lo habría transmitido oralmente. Se apresuró en su faena; no faltaba mucho para amanecer. Pocos minutos después el caballo blanco galopaba hacia el oeste por la blanca calzada.**

**El jinete vestía la cota de gris de un Aventurero nemedio.**

# 7
# Se rasga el velo

Conan sabía que su única posibilidad de escapar residía en su rapidez. Ni siquiera pensó en esconderse cerca de Belverus y dejar que sus perseguidores pasaran de largo. Estaba seguro de que el demoniaco aliado de Tarascus podía dar con él si se quedaba. Además, escurrir el bulto y ocultarse no era lo suyo; prefería una lucha o una persecución directas. Les llevaba una buena ventaja, de eso estaba seguro, y la carrera hasta la frontera sería emocionante.

Zenobia había tenido buen ojo al escoger el caballo blanco. Su velocidad, fortaleza y resistencia saltaban a la vista. La joven sabía de armas y caballos. Y de hombres, se dijo Conan con satisfacción.

Cabalgaba hacia el oeste, devorando leguas sin descanso, atravesando una tierra aún dormida, cruzando aldeas rodeadas de bosques y villas de murallas blancas, pasando por campos amplios y huertos extensos que se iban volviendo más y más dispersos a medida que seguía rumbo al oeste. Poco a poco, el terreno fue haciéndose más accidentado; los fuertes que asomaban en algunas cimas contaban historias de siglos de guerras fronterizas. Nadie salió de aquellos castillos para desafiarlo o darle el alto. Los señores de los fuertes seguían el estandarte de Amalric y los pendones que deberían haber flameado en sus almenas ondeaban ahora sobre las llanuras aquilonias.

Cuando hubo dejado la última villa a sus espaldas abandonó la calzada, que giraba hacia el noroeste, en dirección a los distantes pasos de montaña. Seguir por el Camino Real habría supuesto pasar junto a las torres de vigilancia fronteriza, en las que aún había guarniciones bien armadas que no lo habrían dejado pasar sin más. Además, de día era muy posible que algunos grupos de jinetes recorrieran aquel camino de vuelta de la guerra, con los heridos en carros de bueyes. Estaba seguro, por otra parte, de que no habría patrullas vigilando la frontera excepto en aquellas torres.

La calzada de Belverus era la única que cruzaba la frontera en quince leguas a la redonda, ya fuera al norte o al sur. Transitaba por varios pasos en las colinas y a cada lado se extendía una vasta cordillera, agreste y casi deshabitada. Conan guio su corcel hacia el oeste, con la idea de cruzar la frontera por las boscosas colinas que había al sur de los pasos. Era una ruta más corta y más ardua... y más segura para un fugitivo. Un hombre a caballo podía cruzar lugares por los que un ejército no lograría pasar.

Pero al alba aún no había llegado a las colinas, que se veían como una larga muralla, baja y azulada en el horizonte. No se divisaban ni granjas ni pueblos, ni asomaban villas amuralladas más allá de los árboles. El viento matutino soplaba sobre la hierba, alta y recia, y el paisaje se componía de lomas achaparradas y parduzcas cubiertas de hierba seca y, a lo lejos, las murallas sombrías de un fuerte de montaña sobre una ladera. Demasiados bandidos aquilonios habían cruzado las montañas en días no tan distantes y la comarca no estaba densamente poblada, como sí lo estaba más al este.

El amanecer se extendió como un incendio a través de los campos y en lo alto se oyó un grito mientras una bandada de gansos salvajes cruzaba el cielo hacia el sur. Conan se detuvo en una depresión cubierta de hierba y desensilló la montura, que respiraba agitada y tenía el pelaje brillante de sudor. Su jinete la había empujado sin descanso durante toda la noche.

Mientras el caballo mascaba la quebradiza hierba, Conan se tumbó en la cima de una pequeña loma orientada hacia el oeste. Al norte, a lo lejos, divisó la calzada que había abandonado, brillante como una cinta blanca y empinada. No había puntos negros que se movieran sobre ella, ni la menor indicación de que los habitantes del fuerte hubieran visto al solitario viajero.

Una hora más tarde, todo seguía igual. El único signo de vida era un resplandor metálico en las lejanas almenas y un cuervo que volaba en círculos en lo alto, moviéndose arriba y abajo como si buscase algo. Conan ensilló el caballo y se encaminó al oeste a un paso más tranquilo.

Mientras coronaba la cima más lejana de la loma oyó un chillido estridente sobre él y, al alzar la vista, divisó al cuervo aleteando y graznando sin parar. Siguió cabalgando y el cuervo fue tras él, manteniendo siempre la distancia y atormentándolo con sus estridentes graznidos, inasequible a cualquier intento de ahuyentarlo.

La situación se prolongó durante varias horas. A punto de perder los estribos, Conan habría dado su reino por la oportunidad de retorcer aquel maldito pescuezo.

—¡Por todos los demonios! —rugió, impotente, mientras agitaba el puño enguantado en dirección al frenético pájaro—. ¿Qué te he hecho para que me atormentes así? ¡Lárgate, engendro del infierno!, ¡vete a picotear grano a alguna granja!

Al subir la primera ladera de las colinas le pareció oír un eco que respondía al clamor del pájaro. Se volvió a medias y distinguió a lo lejos un punto negro recortado contra el cielo y, más allá, pudo ver el reflejo del sol sobre el acero. Aquello solo podía significar una cosa: hombres armados. Y no en la calzada, que ya había quedado más allá de su vista. No, lo estaban siguiendo. Torció el gesto y contuvo un escalofrío mientras miraba de nuevo al cuervo que seguía dando vueltas sobre él.

—Así que no eres una simple bestia —murmuró—. Esos jinetes no pueden verte, engendro del infierno, pero sí te ve el otro pájaro y ellos a él. Me sigues, él te sigue y ellos lo siguen. ¿Qué eres, condenado? ¿Un pájaro amaestrado o algún demonio disfrazado? ¿Te ha enviado Xaltotun tras de mí? ¿Acaso eres Xaltotun?

Recibió un nuevo graznido como única respuesta, y pareció que había un deje burlón en él.

Conan no malgastó más aliento con el pájaro. Sombrío, siguió su camino por las colinas, intentando no presionar demasiado al caballo. El descanso que le había concedido no había sido suficiente para refrescarlo y, aunque aún les sacaba una buena ventaja a sus perseguidores, sabía que no tardarían en acortarla. Sin duda sus caballos estaban más frescos que el suyo; seguramente habían cambiado de monturas en el fuerte junto al que había pasado.

El terreno se volvió más accidentado y difícil a medida que la pendiente cubierta de hierba se transformaba en una ladera poblada de árboles. Allí habría podido eludir a sus cazadores de no haber sido por aquel maldito pájaro que no dejaba de chillar sobre él. No podía verlos en medio del accidentado paisaje, pero

estaba seguro de que aún lo seguían, guiados por sus aliados plumíferos. El maldito cuervo era como un íncubo demoniaco, capaz de perseguirlo a través de mil infiernos. De nada sirvieron las piedras que le lanzó entre maldiciones, por más que en su juventud hubiera hecho caer halcones de una pedrada.

El caballo estaba cada vez más agotado y Conan era consciente de lo apurado de la situación. Se sentía atrapado por un destino empecinado e inexorable del que no podía escapar. Era un prisionero, tanto como lo había sido en las catacumbas de Belverus. Pero no era ningún oriental que aguardara sumiso lo inevitable. Si no podía escapar, al menos haría que algunos de sus enemigos lo acompañasen al otro lado de la eternidad. Subió hasta un grupo de alerces que crecían sobre una pendiente, buscando un lugar desde el que emboscarse.

De pronto oyó un grito extraño y estridente, humano pero de timbre insólito. Un instante después, tras atravesar una cortina de ramas, descubrió su origen. En un pequeño calvero al otro lado del saliente, cuatro soldados con cota de malla nemedia ataban una soga alrededor del cuello de una anciana con ropas de campesina. Un haz de leña atado con una cuerda a los pies de la mujer le revelaron lo que estaba haciendo cuando habían caído sobre ella aquellos perros.

Mientras se acercaba en silencio y veía a aquellos rufianes arrastrarla hacia un árbol de ramas bajas que sin duda pretendían usar como cadalso, Conan sintió que la rabia iba llenándolo poco a poco. Había cruzado la frontera hacía poco más de una hora, así que estaba en su propia tierra, contemplando el asesinato de uno de sus súbditos. La vieja se revolvía con fuerza e ímpetu sorprendentes y, mientras Conan la observaba, alzó la cabeza y lanzó de nuevo aquel extraño grito que había oído antes. El cuervo que aleteaba sobre los árboles le hizo eco, como burlándose de él. Los soldados no dejaban de reírse y uno de ellos la golpeó en la boca.

Conan bajó del agotado caballo, saltó hacia el claro y aterrizó sobre la hierba. Los cuatro soldados se giraron al oírlo y desenvainaron las espadas, contemplando boquiabiertos al gigante cubierto de cota de malla que se les enfrentaba espada en mano.

Conan lanzó una risa áspera, los ojos duros como pedernal.

—¡Perros! —gritó—. ¿Acaso los chacales nemedios actúan ahora de verdugos y cuelgan a mis súbditos cuando les place? Tendréis que cortar primero la cabeza de su rey. ¡Aquí me tenéis, dispuesto a complaceros!

Los soldados lo miraron indecisos mientras se les acercaba.

—¿Quién es ese loco? —dijo un rufián barbudo—. Lleva cota nemedia, pero habla con acento aquilonio.

—Qué más da —respondió otro—. Lo capturamos y lo colgamos con la vieja bruja.

Se lanzó hacia Conan con la espada en alto, pero antes de que pudiera golpear, la enorme hoja del rey cayó sobre él, partiéndole yelmo y cráneo. Cayó al suelo, pero los otros no se echaron atrás. Aullaron como lobos y se lanzaron contra el bárbaro. El clamor y el estruendo del acero ahogaron los gritos del cuervo que volaba sobre ellos.

Conan guardaba silencio. Sus ojos ardían con fuego azul y su sonrisa era feroz. Golpeaba con el mandoble a diestra y siniestra, veloz como un gato pese a su tamaño, siempre en movimiento, burlando una y otra vez los golpes de sus adversarios. Pero cuando atacaba, su equilibrio era perfecto y sus estocadas, mortales. Tres de los cuatro soldados yacían en el suelo, agonizando en medio de su propia sangre, y el cuarto sangraba por media docena de heridas. Tropezó,

intentando huir, mientras se defendía desesperadamente.

De pronto, la espuela de Conan se enganchó en la sobreveste de uno de los caídos. Dio un traspié y, antes de que pudiera recuperarse, el nemedio se lanzó contra él tan salvajemente que Conan tropezó y cayó sobre el cadáver en el suelo. El nemedio gritó de triunfo y dio un paso mientras alzaba la espada sobre el hombro con ambas manos, preparándose para dar el golpe final.

De improviso, algo pasó por encima del rey postrado, una silueta enorme y peluda que saltó como un relámpago sobre el pecho del soldado y convirtió su grito de triunfo en un alarido de muerte.

Conan se puso en pie y vio un enorme lobo gris sobre un cadáver con el cuello desgarrado; la bestia tenía la cabeza agachada y olfateaba la sangre que goteaba sobre la hierba.

El rey se volvió a la vez que la vieja decía algo. Se mantenía erguida frente a él, pese a sus ropas raídas, y su rostro, de facciones aquilinas y astutos ojos negros, no era el de una vulgar campesina. Llamó al lobo. El animal trotó a su lado como si fuera un perro gigantesco y frotó el enorme lomo contra la pierna de la mujer sin dejar de mirar a Conan con ojos verdes y brillantes. Ella posó distraídamente la mano sobre el cuello del animal y ambos se quedaron mirando al rey de Aquilonia. Había algo inquietante en su mirada, aunque no parecían hostiles.

—Dicen que el rey Conan murió aplastado por rocas y piedras cuando el despeñadero se desplomó en Valkia —murmuró ella.

Tenía una voz fuerte, profunda, resonante.

—Eso dicen —gruñó él.

No estaba de humor para discutir y no dejaba de pensar en los jinetes que lo perseguían, cada vez más cercanos. Sobre él, el cuervo graznaba estridente y no pudo evitar mirar hacia arriba, los dientes apretados de irritación.

El caballo, con la cabeza gacha, seguía sobre la cornisa desde la que Conan había saltado. La vieja lo miró y luego miró al cuervo, tras lo cual lanzó de nuevo el extraño grito de antes. Como si lo reconociera, el cuervo enmudeció y echó a volar hacia el este. Antes de que hubiera desaparecido, una sombra de alas poderosas cayó sobre él. Un águila se lanzó desde los árboles, lo agarró y lo lanzó al suelo. La estridente voz traicionera se apagó para siempre.

—¡Crom! —murmuró Conan, sin apartar la vista de la viaje—. ¿Eres una hechicera?

—Soy Zelata —dijo ella—. Los habitantes de estos valles me llaman bruja. ¿Ese hijo de la noche estaba guiando hombres armados hacia ti?

—Sí. —La mujer no pareció encontrar increíble la respuesta—. No creo que estén muy lejos.

—Toma tu caballo y sígueme, rey Conan —dijo ella.

Sin más, Conan subió a la cornisa y bajó el caballo al claro. Mientras lo hacía vio reaparecer al águila, que se posó perezosamente sobre el hombro de Zelata, agitando de vez en cuando las alas para no agobiarla con todo su peso.

Caminaban en silencio. La mujer iba delante, con el gran lobo trotando al lado y el águila revoloteando sobre ella. Cruzaron densos macizos, salientes resbaladizos y barrancos profundos hasta que llegaron a un sendero justo al borde de un estrecho precipicio que llevaba a una extraña morada de piedra, medio cueva medio cabaña, oculta entre las peñas bajo un farallón. El águila voló a lo alto del desfiladero y allí quedó encaramada como un centinela.

Aun en silencio, Zelata asentó el caballo en una cueva cercana en la que había varias pilas de hierba y hojas y un pequeño manantial que burbujeaba en la pared más lejana. Ya en la cabaña, hizo sentarse al rey en un banco rústico y ella misma tomo asiento en un taburete bajo junto al hogar, donde encendió un fuego de astillas de tamarindo y preparó una frugal comida. El lobo dormitaba a su lado de cara al fuego, la enorme cabeza hundida entre las pezuñas y las orejas moviéndose de un lado a otro.

—¿No tienes miedo de estar en la cabaña de una bruja? —preguntó ella al fin.

Un impaciente encogimiento de hombros fue toda la respuesta que obtuvo. La mujer le tendió un cuenco de madera lleno de fruta seca, queso y pan de cebada y una buena jarra de la fuerte cerveza de las montañas, elaborada a partir de la cebada que crecía en el valle.

—El tranquilo silencio de las cañadas me resulta mucho más placentero que el interminable murmullo de las calles de la ciudad —dijo ella—. Los hijos de la naturaleza son más gentiles que los del hombre. —Su mano acarició el cuello del lobo dormido—. Mis hijos estaban lejos hoy, o no habría necesitado tu espada, Majestad. Vinieron a mi llamada, pero estaban lejos.

—¿Qué tenían esos nemedios contra ti? —preguntó Conan.

—Hay incursores del ejército invasor esparcidos por toda la comarca, desde la frontera hasta Tarantia —respondió ella—. Para desviar la atención de sus aldeas, los cabezahuecas de los campesinos de los valles les dijeron que tengo un tesoro oculto. Me pidieron el tesoro y mis respuestas no les gustaron. Pero ni ellos ni los hombres que te persiguen podrán encontrarte aquí.

Él meneó la cabeza, sin dejar de comer con ganas.

—Voy de camino a Tarantia.

Ahora fue ella la que meneó la cabeza.

—Vas a meterte en las fauces del dragón. Mejor busca refugio fuera de aquí. Tu reino ya no tiene corazón ni espíritu.

—¿Qué quieres decir? No es la primera vez que pierdo una batalla y gano una guerra. Un reino no se pierde por una sola derrota.

—¿Estás decidido entonces a ir a Tarantia?

—Sí. Próspero la defenderá contra Amalric.

—¿Estás seguro?

—¡Por todos los demonios, vieja! —exclamó, iracundo—. ¿Qué otra cosa podría pasar?

Ella meneó la cabeza de nuevo.

—Presiento algo distinto. Aunque mejor lo vemos. No es fácil rasgar el velo, pero lo intentaré y te mostraré lo que pasa en la capital.

Conan no vio lo que la mujer lanzaba al fuego, pero el lobo gimió en sueños y un humo verde se extendió por la cabaña. Mientras miraba, las paredes y el techo de la cabaña parecieron ensancharse, alejarse y desvanecerse, fundidas en inmensidades remotas. El humo se enroscó a su alrededor, emborronándolo todo, y en sus volutas aparecieron y desvanecieron formas familiares hasta que de pronto todo se hizo asombrosamente diáfano.

Contemplaba las conocidas torres y calles de Tarantia, donde vociferaba la agitada multitud, y al mismo tiempo podía ver de algún modo los estandartes de Nemedia acercándose inexorablemente desde el este a través del humo y las llamas de la tierra arrasada. En la gran plaza de Tarantia, la multitud se movía frenética de un lado a otro entre gimoteos y gritaba que el rey había muerto, que

los barones luchaban entre ellos para repartirse el país y que el gobierno de un rey, aunque fuera Valerius, era mejor que la anarquía. Próspero, en su brillante armadura, cabalgaba entre ellos, intentando pacificarlos, pidiéndoles que confiaran en el conde Trócero, urgiéndolos a ayudar a sus caballeros en la defensa de la ciudad. Se volvían hacia él, gritando de miedo y rabia, diciendo que no era más que el matarife de Trócero, peor aun que el propio Amalric. Basura y piedras caían sobre él y sus jinetes.

La imagen parpadeó, como si se cambiase de escena, y Conan vio a Próspero y sus caballeros saliendo por las puertas de la ciudad y dirigiéndose hacia el sur. Tras ellos, la ciudad era un puro tumulto.

—¡Idiotas! —murmuró Conan—. ¡Necios! ¿Por qué no confían en Próspero? Zelata, si te estás burlando de mí, si esto es alguna clase de truco…

—Te muestro lo que ha ocurrido —respondió ella imperturbable y sombría—. Te he mostrado el atardecer del día anterior, cuando Próspero dejó Tarantia y los ejércitos de Amalric estaban casi a la vista. Desde las murallas se divisaban las llamas de sus saqueos. Así lo he visto en el humo. Al anochecer, los nemedios entraron sin oposición en Tarantia. Y ahora, en el mismísimo salón del trono…

De pronto, Conan se descubrió contemplando una inmensa sala. Valerius estaba de pie sobre la tarima real, vestido de armiño, y Amalric, aun con la armadura polvorienta y ensangrentada, posaba una enjoyada diadema sobre su cabeza. ¡La corona de Aquilonia! Los presentes los aclamaron. Largas filas de guerreros nemedios cubiertos de acero miraban hoscamente a un lado y a otro y los nobles que no habían gozado del favor de Conan se pavoneaban y contoneaban con el emblema de Valerius cosido en las mangas.

—¡Crom! —El juramento salió de sus labios como una explosión mientras se ponía en pie, los puños apretados como martillos, las venas de las sienes hinchadas y el rostro crispado—. ¡Un nemedio coronando a ese renegado! ¡En el salón del trono de Tarantia!

Como dispersado por su violencia, el humo se desvaneció y Conan vio brillar los ojos negros de Zelata en medio de la niebla.

—Ya lo has visto. La gente de la capital ha tirado a la basura la libertad que les compraste con sangre y sudor. Se han vendido a matarifes y esclavistas. Han demostrado que no confían en su destino. ¿Puedes confiar en ellos para recuperar tu reino?

—Me daban por muerto —gruñó él, recuperando la compostura—. No tengo heredero. No puedes gobernar con un recuerdo. Pero, ¿qué más da que los nemedios hayan tomado Tarantia? Aún quedan las provincias, los barones y los habitantes del campo. La gloria que ha ganado Valerius está vacía.

—Eres obstinado, no esperaba menos. No puedo mostrarte el futuro, ni enseñarte todo el pasado. De hecho, no te muestro nada. Me limito a hacer que te asomes a ventanas abiertas en el velo por poderes inciertos. ¿Quieres mirar en el pasado en busca de pistas para el presente?

Conan se sentó de modo abrupto.

—Sí —dijo.

De nuevo el humo verde giró y se enroscó. De nuevo las imágenes se desplegaron ante Conan, pero ahora eran inconexas y parecían irrelevantes. Vio murallas negras de altas torres, pedestales medio ocultos en las sombras sobre los que había imágenes de dioses impíos y bestiales. Hombres oscuros se movían entre las tinieblas, vestidos con rojos taparrabos de seda. Trasladaban un sarcófago de

jade a través de un enorme pasillo negro. Pero antes de que Conan pudiera comprender del todo lo que veía, la escena cambió. Vio una caverna sombría, en penumbra, poblada por un terror intangible. En un altar de piedra negra se veía un curioso recipiente de oro en forma de concha. Los mismos hombres de antes, o al menos parte de ellos, entraron en la cueva y tomaron el recipiente. En ese momento, las sombras cayeron sobre ellos y no se pudo distinguir lo que ocurría. Pero Conan vio un resplandor en medio del remolino de oscuridad, como una bola de fuego viviente.

De pronto, el humo no fue más que humo. Salía de las ramas de tamarindo que ardían en el hogar y se iba desvaneciendo poco a poco.

—¿Qué presagia esto? —quiso saber, desconcertado—. Puedo entender lo que vi en Tarantia, pero ¿qué significa esta visión de ladrones zamorios escabulléndose en un templo de Set en Estigia? Y esa caverna... Nunca he visto nada igual en todos mis viajes. Si puedes mostrarme todo esto, todas esas imágenes inconexas y sin significado, ¿por qué no puedes mostrarme lo que está por venir?

Zelata avivó el fuego en silencio.

—Hay leyes inmutables que gobiernan estos asuntos —dijo al fin—. No puedo hacértelo entender porque yo misma no lo entiendo del todo, aunque he buscado sabiduría en el silencio de las montañas durante más años de los que puedo recordar. No puedo salvarte, aunque lo haría si pudiera. Al final, cada uno debe arreglar sus propios asuntos. Aunque quizá la sabiduría me alcance durante el sueño y por la mañana pueda ayudarte con el enigma.

—¿Qué enigma? —quiso saber Conan.

—El misterio al que te enfrentas y que te ha hecho perder tu reino —respondió ella. Tendió una piel de oveja en el suelo, junto al hogar—. Duerme —dijo.

Sin decir una palabra, Conan se tumbó sobre la piel y cayó en un sueño inquieto pero profundo por el que se deslizaban fantasmas silenciosos y reptaban sombras grotescas e informes. Vio en cierto momento, recortados contra un horizonte escarlata y absurdo, los muros orgullosos y las altas torres de una ciudad que no podía existir en el mundo de la vigilia. Estaba poblada de columnas colosales y altos minaretes azulados que casi rozaban las estrellas y, sobre ellas, como un espejismo gigantesco, flotaba el rostro barbudo de Xaltotun.

Lo despertó el frío del alba y lo primero que vio fue a Zelata acurrucada junto a un fuego moribundo. Nada lo había despertado en toda la noche, pese a al deambular del lobo, que había estado entrando y saliendo. Estaba ahora junto al hogar, con el pelaje cubierto de rocío... y no solo de rocío. La sangre brillaba fresca en el espeso cuello y tenía un corte en el hombro.

Zelata asintió sin molestarse en mirar a su alrededor, como si leyera el pensamiento de su real invitado.

—Ha cazado justo antes del alba, y fue una cacería sangrienta. Creo que quienes pretendían capturar al rey no volverán a hacerlo, ya fueran hombres o bestias.

Fascinado, Conan no apartó la vista del enorme animal mientras se acercaba a la comida que Zelata le ofrecía.

—Cuando esté de vuelta en mi trono no lo olvidaré —dijo—. Te has portado

como una amiga. Por Crom, no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí como esta noche, a pierna suelta y a merced de alguien. Pero ¿qué hay del enigma que me ibas a descifrar esta mañana?

Un largo silenció acogió sus palabras, roto solo por el restallar de los tamarindos en el hogar.

—Encuentra el corazón de tu reino —dijo ella al fin—. Ahí reside tu derrota y tu poder. Luchas contra algo más que un mero mortal. No recuperarás tu trono a menos que encuentres el corazón de tu reino.

—¿Te refieres a la ciudad de Tarantia?

Ella meneó la cabeza.

—No soy más que un oráculo a través del que hablan los dioses. Y mis labios están sellados por temor a que diga demasiado. Debes encontrar el corazón de tu reino. No puedo decir más. Son los dioses quienes abren o sellan mis labios.

La mañana aún era pálida cuando Conan partió para el oeste. Miró atrás una última vez y vio a Zelata en la puerta de la cabaña, con el lobo al lado y tan inescrutable como siempre.

Un cielo gris se curvaba sobre él y el lamento del viento traía la promesa de un invierno frío. Las hojas marchitas caían con desgana de las ramas desnudas sobre sus hombros.

Recorrió las colinas durante todo el día, evitando caminos y aldeas. Hacia el anochecer empezó a descender al llano y, poco a poco, vio las amplias llanuras de Aquilonia extenderse frente a él.

Tendría que haber visto varias aldeas y granjas a los pies de las colinas en la ladera occidental de las montañas, pues durante casi cincuenta años la mayoría de las incursiones al otro lado de la frontera habían corrido de mano de los aquilonios. Ahora solo quedaban brasas y cenizas allí donde se habían alzado las cabañas de los campesinos y las aldeas.

En la oscuridad cada vez más intensa, Conan aminoró el paso. No había peligro de ser descubierto, ya fuera por amigos o enemigos. Los nemedios, a su paso hacia el oeste, habían llevado con ellos viejas rencillas sin zanjar, y Valerius no había hecho el menor intento de refrenar a sus aliados. Estaba claro que no le interesaba ganarse el corazón de los comunes. Habían tallado una amplia franja de desolación a través del país desde las montañas orientales. Conan maldijo una y otra vez mientras cabalgaba por antiguos campos ahora ennegrecidos por el fuego y contemplaba los destrozados travesaños de las casas quemadas recortados contra el cielo. Se movía por una tierra vacía y desierta, como un fantasma que saliera de un pasado olvidado y baldío.

La velocidad a la que el ejército había atravesado aquellas tierras mostraba cuán poca resistencia había encontrado a su paso. De haber estado Conan guiando a los aquilonios, el ejército invasor se habría visto obligado a pagar con sangre cada paso del camino.

Un sentimiento amargo se abrió paso en su cabeza. No tenía dinastía, no era más que un aventurero solitario. Incluso las pocas gotas de sangre real que tenía Valerius contaban más en la cabeza de la gente que el recuerdo de Conan y de la libertad y poderío que había imprimido al reino.

Nadie lo persiguió mientras descendía al valle. Estaba atento por si se encontraba con tropas nemedias, pero no vio a nadie. Los posibles emboscados

**que hubiera le dejaban paso franco, tomándolo por uno de ellos a causa de su armadura.**

**Recorrió la tierra arrasada y devastada, deteniéndose solo a refrescar al caballo y a dar cuenta con desgana de la comida que le había preparado Zelata, hasta que un día, oculto en la ribera de un río cubierta de un espeso racimo de sauces y robles, vio a lo lejos, más allá de los exuberantes campos punteados de ricas arboledas, las blancoazuladas y doradas torres de Tarantia.**

**Ya no estaba en una tierra desolada; todo a su alrededor bullía de vida. Su marcha a partir de ese momento fue más lenta y precavida, a través de bosques espesos y caminos poco transitados. Anochecía cuando llegó a la plantación de Servius Galannus.**

# 8
# Brasas moribundas

Los alrededores de Tarantia habían escapado al pillaje de las provincias orientales. Se veían huellas de la marcha del ejército conquistador en los setos rotos, los campos pisoteados y los graneros saqueados, pero la antorcha y la espada no habían hecho de las suyas.

El único manchón que se veía en aquel paisaje era una amplia extensión de cenizas y piedra ennegrecida en el lugar donde, como bien sabía Conan, se había alzado la villa señorial de uno de sus más firmes partidarios.

No se atrevió a acercarse de forma directa a la granja de Galannus, demasiado cerca de la ciudad. Recorrió los bosques cercanos a la luz del crepúsculo hasta que dio con la cabaña del guardabosques entre los árboles. Desmontó y, tras atar el caballo, se acercó a la robusta puerta arqueada con la intención de hacer que el guardabosques fuera a buscar a Servius. No sabía qué enemigos podían ocultarse en la mansión y, aunque no había visto tropas, sabía que podían estar acuarteladas por toda la zona.

A medida que se acercaba vio que la puerta estaba abierta y que una maciza figura en calzas de seda ricamente bordadas salía de la cabaña y se dirigía a grandes zancadas hacia el bosque.

—¡Servius!

Al oír su nombre susurrado a media voz el dueño de la plantación se giró asombrado. Se llevó la mano a la corta espada de caza que pendía de su cadera y retrocedió ante la enorme silueta borrosa que lo contemplaba a la luz del crepúsculo.

—¿Quién eres? —quiso saber—. ¿Qué te trae por...? ¡Mitra!

Se le cortó la respiración y palideció de repente.

—¡Vade retro! —profirió—. ¿Por qué vuelves de las sombrías tierras de los muertos para acecharme? Fui fiel vasallo tuyo mientras vivías.

—Como espero que lo sigas siendo —respondió Conan—. Deja de temblar. Soy de carne y hueso.

Indeciso y sudando, Servius se acercó y examinó de cerca al gigante en cota de malla. Convencido por fin de que lo que veía era real, hincó la rodilla en tierra y se quitó el penacho emplumado.

—¡Majestad! ¡Esto es un milagro! La gran campana de la ciudadela entonó tus endechas hace días. Dicen que moriste en Valkia, aplastado por un millón de toneladas de tierra y granito.

—Era otro con mi armadura —respondió Conan—. Pero hablaremos después. Si te queda algún trozo de carne en el espetón...

—Perdóname, majestad —exclamó Servius, poniéndose de pie—. El polvo del viaje se ha incrustado en tu armadura y aquí estoy yo, dejándote al raso sin ofrecerte cena ni lecho. ¡Mitra! Me doy perfecta cuenta de que estás vivo, pero cuando me volví y te vi plantado en medio del crepúsculo, el tuétano en mis rodillas se convirtió en gelatina. No es de buen augurio encontrarte al anochecer

con alguien al que crees muerto.

—Dile al guardabosques que se haga cargo de mi corcel; está atado tras aquel roble —pidió Conan.

Servius asintió y guio al rey por la senda. El patricio, ya recuperado del susto, parecía sin embargo extremadamente inquieto.

—Enviaré a un sirviente de la mansión —dijo—. El guardabosques está en su cabaña, pero no me atrevo a confiar ni en mis siervos estos días. Es mejor que sea yo el único que sabe de ti.

Se acercaban a la gran mansión que asomaba más allá de los árboles, cuando Servius giró y se metió por un sendero poco transitado que pasaba entre varios robles apretujados unos contra otros; las ramas formaban una bóveda natural que no dejaba pasar la luz mortecina del ocaso. Servius caminaba rápido y en silencio en medio de la oscuridad, y había algo que parecía pánico en sus gestos. Guio a Conan a través de una puertecita lateral hasta un pasillo estrecho y mal iluminado. Lo recorrieron rápido y en silencio y Servius llevó al rey a una habitación espaciosa con cielorraso de roble y paredes ricamente paneladas. Un fuego crepitaba en el hogar, manteniendo fuera el fresco de la noche, y una enorme empanada de carne descansaba humeante en una bandeja de piedra sobre una amplia mesa de caoba. Servius cerró la pesada puerta y apagó las velas del candelabro de plata que había en mesa. La sala quedó iluminada tan solo por el fuego del hogar.

—Perdóname, Majestad —se disculpó—. Vivimos tiempos peligrosos y hay espías por todas partes. Mejor que nadie pueda atisbar por las ventanas y reconocerte. Esta empanada acaba de salir del horno y tenía la intención de cenarla tras mi charla con el guardabosques. Si tu Majestad se digna…

—La luz es más que suficiente —murmuró Conan mientras se sentaba sin ceremonias y desenvainaba el puñal.

Escarbó voraz en el delicioso plato y lo bajó con grandes tragos de vino de los viñedos de Servius. Parecía ajeno a cualquier peligro, pero Servius, intranquilo, se sentaba junto al fuego sin dejar de jugar con la pesada cadena de oro del cuello. No hacía más que mirar a los batientes en forma de diamante, que brillaban apagados a la luz del fuego, y pegaba la oreja a la puerta como si esperase oír el paso de pies furtivos en el pasillo.

Acabada la comida. Conan se puso en pie y se acomodó también frente al hogar.

—No te pondré en peligro mucho rato con mi presencia, Servius —dijo de pronto—. El amanecer me encontrará muy lejos de tu plantación.

—Majestad…

Servius alzó las manos en señal de protesta, pero Conan lo interrumpió con un gesto.

—Sé de tu lealtad y tu coraje. Ambos están por encima de cualquier reproche. Pero si Valerius ha usurpado mi trono, darme refugio significaría tu muerte si me descubren.

—No soy lo bastante fuerte para desafiarlo públicamente —admitió Servius—. Los cincuenta hombres que podría llevar a la batalla no serían más que un haz de paja. ¿Has visto las ruinas de la plantación de Emilius Scavonus?

Conan asintió con el ceño fruncido.

—Era el patricio más fuerte de la provincia, como bien sabes. Se negó a jurar lealtad a Valerius y los nemedios lo quemaron en las ruinas de su propia villa.

Tras esto, los demás comprendimos la futilidad de la resistencia, sobre todo al ver que los habitantes de Tarantia se negaban a luchar. Nos sometimos y Valerius perdonó nuestras vidas, aunque ha subido tanto los impuestos que arruinará a más de uno. Pero, ¿qué más podíamos hacer? Pensábamos que estabas muerto. Buena parte de los barones habían sido asesinados y otros tomados prisioneros. El ejército estaba desecho y desbandado. No tenías heredero que pudiéramos elevar al trono. No había nadie para guiarnos...

—¿Y el conde Trócero de Poitain? —inquirió Conan con aspereza.

Servius extendió las manos, desvalido.

—Es cierto que su general Próspero estaba en el campo de batalla con un pequeño ejército y que se retiró ante Amalric y nos urgió a unirnos a su estandarte. Pero contigo muerto, Majestad, la gente se acordaba de las viejas guerras civiles y recordaba que Trócero y sus poitainios recorrieron las mismas provincias que ahora recorría Amalric, también con antorcha y acero en las manos. Los barones sentían celos de Trócero y hubo quien afirmó, espías de Valerius seguramente, que el conde de Poitain quería la corona para sí mismo. Los viejos odios y rencillas se inflamaron de nuevo. Si hubiéramos tenido un heredero tuyo al que seguir lo habríamos elevado al trono y habríamos ido contra los nemedios. Pero no lo había.

»Los barones que te seguían no seguirían a uno de los suyos, pues todos se consideran iguales a su vecino y todos temen las ambiciones de los demás. Eras la cuerda que sostenía el haz. Una vez cortada, los leños se dispersaron. Si hubieras tenido un hijo, los barones le habrían jurado fidelidad. Pero no había lugar alguno hacia el que dirigir su patriotismo.

»Los comunes y los comerciantes, temerosos ante la posible vuelta a la anarquía de los viejos días feudales en que cada barón era rey de su propia tierra, dijeron que cualquier rey era mejor que ninguno. Sí, hasta Valerius, que al menos tenía unas gotas de sangre de la vieja dinastía. Nadie se le opuso cuando entró a la cabeza de su ejército forrado de acero con el dragón escarlata de Nemedia ondeando sobre él y llamó con su lanza a las puertas de Tarantia.

»Sí, la gente se arrojó por las puertas e hincó la rodilla en el polvo frente a él. Se habían negado a ayudar a Próspero a defender la ciudad. Decían que preferían ser gobernados por Valerius antes que por Trócero. Decían, y tenían razón, que los barones no habrían reconocido a Trócero, pero que la mayoría aceptaría a Valerius. Decían que al postrarse ante Valerius evitaban la devastación de la guerra civil y la furia de los nemedios. Próspero se fue al sur con sus diez mil jinetes y los nemedios entraron en la ciudad pocas horas después sin molestarse en perseguirlo. Se quedaron para asegurarse de que Valerius era coronado en Tarantia.

—Así que lo que me mostró el humo de la bruja era cierto —musitó Conan, mientras un escalofrío le recorría la espalda—. ¿Amalric coronó a Valerius?

—En el salón de coronaciones, con la sangre de las matanzas no del todo seca en las manos.

—Y dime, ¿prospera nuestro pueblo bajo tan benevolente gobernante? —preguntó Conan con ironía teñida de rabia.

—Vive como un príncipe extranjero en medio de una tierra conquistada —respondió Servius con amargura—. La corte está llena de nemedios, las tropas de palacio son nemedias y una nutrida guarnición de ellos ocupa la ciudadela. Sí, en verdad la hora del dragón ha llegado.

»Los nemedios se pavonean por las calles como si fueran los amos. Diariamente las mujeres son ultrajadas y los comerciantes saqueados, y Valerius no quiere hacer nada para detenerlo, o quizá no puede. No es más que un títere, un hombre de paja. Los que conocíamos la situación sabíamos que sería así y el pueblo está empezando a verlo.

»Amalric ha partido con un numeroso ejército a pacificar las provincias periféricas en las que algunos de los barones lo han desafiado. Pero no están unidos; sus celos mutuos son mayores que su miedo ante Amalric. Los aplastará uno a uno. Son muchos los castillos y ciudades que se han dado cuenta de eso y se le han rendido sin lucha. Aquellos que resisten no durarán mucho. Los nemedios están saciando su hambre de venganza. Y muchos aquilonios han engrosado sus filas ya sea por miedo, avaricia o necesidad. Era inevitable.

Conan asintió sombrío, sin apartar la vista de los reflejos rojizos del fuego en los ricos paneles de roble.

—Aquilonia tiene un rey en lugar de la anarquía que tanto temía —dijo finalmente Servius—. Valerius no protege a sus súbditos de sus aliados y cientos de personas que no han podido pagar el rescate impuesto sobre ellos han sido vendidos a los tratantes de esclavos kothios.

Conan sacudió la cabeza y una llama mortífera asomó a sus ojos azules. Lanzó una maldición, con las poderosas manos apretadas y convertidas en martillos de hierro.

—Sí, los hombres blancos se venden unos a otros y a sus mujeres, como en la época feudal. Vivirán como esclavos en los palacios de Shem y Turán. Valerius es el rey, pero la unión que buscaba el pueblo, aunque fuera por la espada, no es más que una ilusión.

»En el norte, Gunderia no ha sido conquistada, como tampoco lo ha sido Poitain en el sur, y hay provincias rebeldes en el oeste, allí donde los barones fronterizos tienen el respaldo de los arqueros bosonios. Pero nada de eso es una amenaza real para Valerius; están siempre a la defensiva y serán afortunados si consiguen mantener su independencia. En el interior del país, Valerius y sus tropas extranjeras no tienen quien los desafíe.

—Habrá que cambiar eso, entonces —murmuró Conan, ceñudo—. No le queda mucho tiempo. El pueblo se alzará en cuanto sepan que estoy vivo y recuperaremos Tarantia antes de que Amalric vuelva con su ejército. Entonces barreremos del reino a esos perros.

Servius guardó silencio. El chisporroteo del fuego era lo único que se oía ahora.

—¿Y bien? —preguntó Conan, impaciente—. ¿Por qué te quedas ahí sentado con la cabeza gacha mirando el fuego? ¿Dudas de lo que he dicho?

Servius evitó mirar al rey a los ojos.

—Sé que harás cuanto esté al alcance de un mortal, Majestad —respondió—. He cabalgado a tu lado en la batalla y sé que no hay hombre alguno que le haga frente a tu espada.

—¿Entonces?

Servius se arrebujó en el manto de piel y contuvo un escalofrío a pesar del fuego.

—Dicen que tu caída fue causada por la hechicería —dijo al fin.

—¿Y qué?

—¿Puede un mortal luchar contra eso? ¿Quién es el embozado que

conferencia a medianoche con Valerius y sus aliados, según dicen, y que aparece y desaparece de forma misteriosa? Se murmura en las calles que es un gran mago que murió hace miles de años y que ha vuelto de las pálidas tierras de la muerte para derrocar al rey de Aquilonia y restaurar la dinastía de la que es heredero Valerius.

—¿Qué importa eso? —exclamó con rabia Conan—. Escapé de las catacumbas de Belverus, llenas de demonios, y de la brujería en las montañas. Si el pueblo se alza...

Servius meneó la cabeza.

—Tus más firmes partidarios en las provincias orientales y centrales están muertos, han huido o los han hecho prisioneros. Gunderia está demasiado al norte y Poitain muy al sur. Los bosonios se han retirado al oeste, a sus marcas. Llevaría semanas reunir todas esas fuerzas y antes de que lo hiciéramos cada uno de ellos sería atacado por separado por Amalric y destruido.

—¡Pero un alzamiento en las provincias centrales inclinaría la balanza en nuestro favor! —exclamó Conan—. Podríamos tomar Tarantia y defenderla contra Amalric hasta que lleguen gunderios y poitainios.

Servius dudaba. Su voz no era más que un susurro cuando dijo:

—Dicen que fue una maldición lo que te mató. Que el extranjero embozado te lanzó un hechizo y destrozó tu ejército. La campana tocó tus endechas. Todos te creen muerto. Y aunque te creyeran vivo, las provincias centrales no se rebelarán. No se atreverán. La hechicería te derrotó en Valkia. Y fue hechicería lo que llevó las noticias a Tarantia; la misma noche de tu derrota ya se hablaba de ello en las calles.

»Un sacerdote nemedio ha desencadenado la magia negra en la ciudad y con ella mata a los leales a tu recuerdo. Lo he visto con mis propios ojos. Docenas de hombres armados caían como moscas y morían sin que nadie entendiera cómo. Y el enjuto sacerdote no paraba de reír y decía: «Solo soy Altaro, acólito de Orastes, que no es más que un acólito de aquel que va embozado. El poder no es mío, solo pasa a través de mí».

—¿Acaso no es mejor morir de forma honorable que vivir en la infamia? —preguntó Conan con aspereza—. ¿Es peor la muerte que la opresión, la esclavitud y la degradación?

—Cuando entra en danza el miedo a la magia, la razón es inútil —replicó Servius—. El miedo en las provincias centrales es demasiado grande, no se alzarán por ti. Las provincias periféricas sí lo harían, pero la misma hechicería que golpeó tu ejército en Valkia caería de nuevo sobre ti. Los nemedios tienen el control de las regiones de Aquilonia más extensas, más pobladas y más ricas y no hay manera de derrotarlos con las fuerzas que puedas reunir. Estarías sacrificando en vano a tus súbditos leales. Lo siento, pero es así. Eres un rey sin reino, Majestad.

Conan no respondió y clavó la vista en el hogar. Un leño humeante se partió en dos entre las llamas sin siquiera soltar una chispa. Lo mismo podría haber sido la ruina humeante de su reino.

De nuevo Conan sentía la presencia de una realidad siniestra más allá del velo ilusorio de lo puramente material. Volvía a sentir el empuje inexorable de un destino inmisericorde. Un pánico furioso como el de un animal acorralado tiró de su corazón y se apoderó de él una rabia roja y salvaje que le pedía que consumiera y destrozara cuanto lo rodeaba.

—¿Dónde están los oficiales de mi corte? —consiguió decir al cabo de un

rato.

—Pallantides fue herido de gravedad en Valkia, pero su familia pagó el rescate y ahora descansa en su castillo de Attains. Tendrá suerte si vuelve a cabalgar algún día, dicen. Tu canciller, Publius, ha dejado el reino en secreto, nadie sabe dónde está. Se ha abolido el consejo; algunos de sus miembros están en prisión y otros han sido desterrados. La mayoría de tus súbditos más leales han sido condenados a muerte. Esta misma noche, sin ir más lejos, la condesa Albiona morirá bajo el hacha del verdugo.

Conan se puso en pie y contempló a Servius con tanta furia en los ojos azules que el patricio se encogió.

—¿Por qué?

—Porque se negó a ser la amante de Valerius. Le han arrebatado las tierras, han vendido a sus siervos como esclavos y su cabeza rodará a medianoche en la Torre de Hierro. Piénsalo bien, mi rey, pues para mí siempre lo serás, y huye antes de que te descubran. Nadie está a salvo hoy en día. Hay espías y delatores por todas partes y la menor señal de descontento se denuncia como traición y rebelión. Si te revelas ante tus súbditos no conseguirás más que tu propia captura y tu muerte.

»Mis caballos y todos aquellos en quienes puedo confiar están a tu disposición. Podemos estar muy lejos de Tarantia antes del alba, a medio camino en dirección a la frontera. No puedo ayudarte a recuperar tu reino, pero al menos puedo seguirte al exilio.

Conan meneó la cabeza. Servius lo observó intranquilo mientras se sentaba junto al fuego y apoyaba la barbilla en el poderoso puño. La luz del hogar brillaba rojiza en su cota de malla y sus ojos sombríos ardían como los de un lobo.

Servius fue consciente, como lo había sido en el pasado, aunque nunca tan intensamente como ahora, de cuán extranjero era en verdad el rey. El enorme cuerpo bajo la cota de malla era demasiado duro y flexible para pertenecer a un hombre civilizado y los ojos brillaban con el fuego elemental de lo primigenio. Era como si la naturaleza bárbara del rey se hiciera presente de pronto, arrojando a un lado la delgada capa de civilización que lo cubría y mostrando el núcleo primordial y salvaje que había debajo. Conan volvía a sus orígenes; ya no actuaba como lo habría hecho un hombre civilizado en su misma situación ni sus pensamientos se dirigían al mismo lugar.

Era impredecible. Estaba a un paso de dejar de ser el rey de Aquilonia para volver a ser un salvaje cubierto de pieles en las colinas cimerias.

—Quizá vaya a Poitain —dijo al cabo—. Pero iré solo. Y aun tengo un último deber como rey de Aquilonia.

—¿Qué quieres decir, Majestad? —preguntó Servius, temeroso de la respuesta.

—Iré a Tarantia a por Albiona esta noche —respondió el rey—. Les he fallado al resto de mis súbditos, por lo que parece, pero no a ella. Si le cortan la cabeza, que corten también la mía.

—¡Es una locura! —exclamó Servius mientras se tambaleaba y se llevaba la mano a la garganta como si sintiera la soga a su alrededor.

—Hay pasajes secretos en la torre que pocos conocen —dijo Conan—. En cualquier caso, sería un perro si dejase morir a Albiona a causa de su lealtad hacia mí. Quiero que me consigas un parche para el ojo, un báculo y ropas como las que llevan los peregrinos.

# 9
# ¿Es el rey o su fantasma?

**Eran muchos los que cruzaban los enormes pórticos en arco de Tarantia entre el crepúsculo y la medianoche: viajeros tardíos, comerciantes de tierras distantes con recuas de mulas o trabajadores libres de las granjas y viñedos de los alrededores. Ahora que Valerius controlaba las provincias centrales, el registro de los transeúntes no era exhaustivo y la disciplina se había relajado. Los soldados nemedios de guardia estaban medio borrachos y demasiado ocupados registrando campesinas atractivas y comerciantes opulentos para prestar atención a los trabajadores y a los viajeros, mucho menos al caminante de elevada estatura cuyo manto apenas ocultaba las abruptas líneas de su poderoso cuerpo.**

**Caminaba erguido, de ese modo casi agresivo que era tan normal en él que ni se daba cuenta. Un parche le cubría un ojo y la capucha de piel que le tapaba la frente ocultaba en parte sus rasgos. Con un largo cayado en la mano morena y fuerte, pasó a través del arco en el que ardían las antorchas y, tras ser ignorado por los guardias medio ebrios, se adentró en las amplias calles de Tarantia.**

**A lo largo de las bien iluminadas avenidas la multitud iba a lo suyo, como siempre, y la mayoría de las tiendas y los puestos de venta aun estaban abiertos y exponían su mercancía. Había un hilo común que cruzaba la abigarrada pauta de gente atareada. Los soldados nemedios, solos o en grupos, se pavoneaban entre la multitud y se abrían paso con premeditada arrogancia. Las mujeres se apartaban de su camino y los hombres se hacían a un lado con el ceño fruncido y los puños apretados. Los aquilonios eran un pueblo orgulloso y los nemedios, su enemigo tradicional.**

**Los nudillos del alto viajero se apretaron alrededor del bastón, pero se hizo a un lado como todos los demás cuando pasaron los soldados. No llamaba gran cosa la atención en medio de la abigarrada y variopinta multitud, envuelto en aquellos ropajes anodinos y polvorientos. En cierto momento, al pasar junto al puesto de un vendedor de espadas, la luz que salía de la tienda le dio de lleno en la cara y tuvo la sensación de que alguien lo miraba. Se volvió veloz, justo a tiempo de ver a un individuo con el pardo jubón de los trabajadores libres mirándolo con atención. Aunque se dio la vuelta casi enseguida y desapareció entre la multitud, Conan se desvió a un callejón lateral y apretó el paso. Podía haber sido simple curiosidad por parte del transeúnte, pero prefería no correr riesgos.**

**La Torre de Hierro se alzaba sombría y algo apartada de la ciudadela en medio de un laberinto de calles estrechas y casas abarrotadas que se habían ido adueñando del espacio libre. La torre era en realidad un castillo, una enorme y antiquísima mole de piedra y acero que había servido como ciudadela en su día, en tiempos antiguos y más peligrosos.**

**No muy lejos de ella, perdida en medio de una maraña de viviendas y almacenes abandonados, se alzaba una vieja atalaya, tan antigua y olvidada que ni siquiera aparecía en los planos más vetustos de la ciudad. Se había olvidado su propósito original y nadie se había percatado de que el candado que la protegía de**

salteadores y mendigos, en apariencia antiguo, era en realidad un dispositivo moderno y robusto astutamente camuflado para parecer una antigualla medio oxidada. Ni media docena de personas en todo el reino conocían el secreto de aquella atalaya.

No había cerradura en el enorme candado cubierto de verdín, pero los hábiles dedos de ladrón de Conan presionaron aquí y allí varias protuberancias invisibles para un ojo no entrenado. La puerta se abrió hacia adentro en silencio y Conan se internó en la oscuridad y cerró la puerta tras de sí. De haber llevado una luz habría visto la torre totalmente vacía: no era más que un enorme cilindro hueco.

Tanteó en una esquina con la confianza que da la costumbre y encontró el saliente que buscaba en una de las losas del suelo. La alzó con rapidez y se metió por el hueco sin dudarlo. Sus pies se posaron sobre un escalón de piedra y empezó a descender hacia el estrecho túnel que, bien lo sabía, llevaba a los cimientos de la Torre de Hierro, tres calles más allá.

La campana de la ciudadela, que tañía solo a medianoche o por la muerte de un rey, sonó de repente. En una habitación mal iluminada de la Torre de Hierro se abrió una puerta y una figura asomó al pasillo. El interior de la torre era tan lúgubre como parecía desde fuera; sus enormes muros de piedra estaban desnudos, sin adornos de ninguna clase. El alfombrado del suelo estaba desgastado por generaciones de pies yendo y viniendo y el cielorraso se veía sombrío a la vacilante luz de las antorchas en los nichos de la pared.

El individuo que se desplazaba por el pasillo estaba en consonancia con lo que le rodeaba. Era alto y fuerte y llevaba una ajustada malla de seda negra. Un capuchón le ocultaba por completo el rostro, en el que solo asomaban los ojos, y una capa negra le caía sobre la espalda. Llevaba un hacha al hombro que no parecía ni una herramienta ni un arma.

Mientras recorría el pasillo alguien se le acercó cojeando, un anciano hosco y encorvado por el peso de la lanza y de la linterna que llevaba en una mano.

—No eres tan rápido como tu predecesor, maese verdugo —masculló—. Ya ha sonado la medianoche y los enmascarados han ido a la habitación de la señora. Te esperan.

—Los ecos de la campana aun se oyen entre las torres —respondió el verdugo —. Y si no estoy tan presto a saltar y correr a un gesto de los aquilonios como lo estaba el perro que trabajaba aquí antes que yo, mi brazo no está menos dispuesto que el suyo. Vuelve a tus quehaceres, viejo celador, déjame a mí los míos. Y me parece que los míos son mejores, por Mitra, pues no haces más que vagabundear por pasillos helados y espiar por las cerraduras medio oxidadas de las celdas, mientras que yo voy a cortar la mejor cabeza de Tarantia esta noche.

El celador cojeó corredor abajo, aun gruñendo, y el verdugo siguió su camino. El pasillo giró unos pasos después y se dio cuenta de que a su izquierda había una puerta medio abierta. De haberlo pensado, se habría dado cuenta de que se había abierto después de que pasase el celador, pero en aquel momento no reparó en ello. Casi la había dejado atrás cuando se percató de que algo no iba bien.

Para entonces ya era demasiado tarde.

Lo alertó el ruido de unos pasos furtivos y el susurro de una capa, pero antes de que pudiera volverse, un brazo hizo presa en su garganta desde atrás e interrumpió su grito antes de que pudiera alcanzar los labios. Enseguida fue

consciente de la fuerza brutal de su atacante y, horrorizado, comprendió que no había nada que pudiera hacer. Sintió algo afilado que lo atravesaba.

—¡Perro nemedio! —El susurro en su oído estaba cargado de rabia—. ¡No vas a cortar más cabezas aquilonias!

Fue lo último que oyó.

En una húmeda mazmorra, iluminada únicamente por una antorcha a medio consumir, tres individuos permanecían de pie frente a una joven arrodillada que los miraba con ferocidad. La tapaba únicamente un exiguo retal de tela y el pelo rubio caía en lustrosos rizos sobre los blancos hombros. Tenía las manos atadas a la espalda. Incluso en aquella luz mortecina y pese a su aspecto desgreñado y la palidez de su rostro, era asombrosamente hermosa. Se mantenía arrodillada y en silencio, sin apartar la vista de sus torturadores, quienes iban enmascarados y encapuchados. Hechos como el que iban a llevar a cabo requerían de máscaras, aunque estuvieran en tierra conquistada. Ella sabía de sobra quiénes eran, pero lo que ella supiera dejaría de importar enseguida.

—Nuestro clemente soberano te ofrece una última oportunidad, condesa —decía el más alto de los tres en un aquilonio sin acento—. Me envía a decirte que si refrenas tu carácter orgulloso y rebelde, él te recibirá con los brazos abiertos. De no ser así…

Hizo un gesto en dirección a un bloque de madera en medio de la habitación. Estaba cubierto de manchas negras y mostraba muchos cortes profundos, como si un agudo filo se hubiera incrustado en la madera tras abrirse camino a través de un material más blando.

Albiona sintió un escalofrío y empalideció más aún. Hasta la última fibra de su cuerpo juvenil y vigoroso le estaba suplicando que viviera. Valerius también era joven y bien parecido y muchas lo amaban, se decía a sí misma, intentando convencerse y seguir con vida. Pero no era capaz de pronunciar la palabra que salvaría su cuerpo del bloque de madera y el hacha del verdugo. Era algo contra lo que de nada servía la razón. Solo sabía que cuando pensaba en ser abrazada por Valerius se le ponía la piel de gallina y el asco que sentía era mayor que el miedo a la muerte. Meneó la cabeza con desesperación y se rindió a aquel impulso irracional, más fuerte que el instinto de supervivencia.

—Entonces no hay nada más que decir —exclamó uno de los otros. Hablaba con acento nemedio—. ¿Dónde está el verdugo?

Como convocada por sus palabras, la puerta de la mazmorra se abrió en silencio y una figura enorme se detuvo en el umbral, igual que una sombra negra del inframundo.

A Albiona se le escapó un grito al ver aquella figura siniestra y los demás lo miraron en silencio un instante, quién sabe si ellos mismos presos de un temor supersticioso ante la silenciosa figura encapuchada. A través del capuchón, ojos como carbones azules recorrieron uno por uno a los tres hombres y, al sentir la mirada, todos experimentaron un escalofrío.

Entonces el aquilonio agarró a la joven y la arrastró hacia el bloque de madera. Ella gritó e intentó liberarse, presa del terror, pero él la obligó a ponerse de nuevo de rodillas y apoyó el cuello de la mujer contra la madera.

—¿A qué esperas, verdugo? —exclamó, lleno de rabia—. ¡Cumple con tu deber!

La respuesta que obtuvo fue un estallido de risa, breve y abrupto, que sonó indescriptiblemente amenazador. Los ocupantes de la mazmorra se quedaron paralizados donde estaban, sin poder apartar la vista del encapuchado, tanto los dos embozados como el que sujetaba a la joven.

—¿Qué significa esa estúpida risa, perro? —quiso saber el aquilonio.

El verdugo se arrancó el capuchón y lo lanzó al suelo. Se recostó luego contra la puerta cerrada y alzó el hacha.

—¿No me reconocéis, perros? —preguntó—. ¿No me reconocéis?

Un grito rompió el tenso silencio.

—¡El rey! —exclamó Albiona, mientras se liberaba de la garra, ahora débil y sin fuerzas, de su captor—. ¡Oh, Mitra, el rey!

Los otros tres se quedaron inmóviles como estatuas, hasta que el aquilonio empezó a hablar como quien no da crédito a sus sentidos:

—¡Conan! ¡Es el rey, o su fantasma! ¿Qué demonios significa esto?

—¿Demonio? Entonces estoy a vuestra altura —se burló Conan, sin parar de reírse y con los ojos echando chispas—. Vamos, acercaos, caballeros. Tenéis vuestras espadas y yo, un hacha. ¡Y creo que esta herramienta de carnicero es la más adecuada para este trabajo!

—¡A por el! —musitó el aquilonio mientras desenvainaba la espada—. ¡Es Conan! ¡O lo matamos o estamos muertos!

Como si despertasen de un trance, los nemedios desenvainaron y se lanzaron contra el rey.

El hacha del verdugo, pesada y torpe, no estaba diseñada para aquella tarea, pero Conan la blandía con la misma facilidad que un hacha de guerra y sus pies se movían tan rápido y cambiaba de lugar tan a menudo que era imposible acorralarlo.

Detuvo la hoja del primer atacante con la cabeza del hacha y luego le aplastó el pecho en un contraataque bestial antes de que el otro pudiera echarse atrás. El nemedio que quedaba esquivó un golpe brutal, pero tenía los sesos reventados antes de que pudiera recobrar el equilibrio. El aquilonio no tardó en quedar acorralado en una esquina; desviaba desesperado los golpes que le llovían de todas partes, sin tiempo siquiera para gritar pidiendo ayuda.

De pronto, Conan adelantó el brazo izquierdo y arrancó la máscara de su oponente, dejando al descubierto unos rasgos pálidos.

—¡Perro! —rugió el rey—. Sabía que eras tú. ¡Traidor! ¡Maldito renegado! Hasta este acero es demasiado honorable para tu infecta cabeza. ¡No, muere como lo haría un ladrón!

El hacha trazó un arco devastador y el aquilonio lanzó un grito y cayó de rodillas, mientras se agarraba el muñón sangriento del brazo derecho, arrancado de cuajo. El hacha había cortado por encima del codo y, llevada por el impulso, había seguido descendiendo hasta hundirse firmemente en el costado, desparramando las vísceras a su paso.

—¡Quédate y ahí y desángrate! —masculló Conan, mientras retiraba el hacha —. ¡Ven aquí, condesa!

Se agachó y cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas de la mujer. Luego, se la echó al cuello como si no pesara nada y salió de la mazmorra. Ella gemía sin parar, con los brazos firmemente agarrados al recio cuello.

—Tranquila —musitó él—. Aun no hemos escapado. Si logramos alcanzar el calabozo donde está la puerta secreta a las escaleras del túnel... ¡Maldición, han

oído el ruido que hemos hecho, incluso a través de estas paredes!

Al fondo del pasillo se oía el estrépito de hombres armados, cuyos gritos resonaban en el techo abovedado. Una figura encorvada apareció de repente con una linterna y la luz iluminó por completo a Conan y a la joven. El cimerio se lanzó sobre él con una maldición, pero el viejo celador, dejando caer tanto linterna como lanza, echó a correr en dirección contraria, pidiendo ayuda a gritos con voz cascada. Varias voces roncas le respondieron.

Conan dio media vuelta y echó a correr en sentido contrario. Le habían cortado el paso al calabozo por el que había entrado en la Torre y que pensaba usar para salir, pero conocía a la perfección aquel siniestro lugar. Antes de ser rey, había estado preso allí.

Se metió por un pasaje lateral y no tardó en salir a otro pasillo más ancho, que corría paralelo a aquel que habían dejado y que, de momento, estaba desierto. Dio varios pasos, se dio media vuelta y entró en un nuevo corredor lateral. Volvió a salir al pasillo que había dejado, justo donde pretendía. A pocos pies de él había una robusta puerta acorazada y ante ella un nemedio barbudo con coraza y yelmo que le daba la espalda a Conan mientras vigilaba el pasillo en la dirección en que habían ido los demás.

Conan no dudó. Posó a la muchacha en el suelo y, espada en mano, corrió en silencio hacia el guardia, quien se volvió justo cuando el rey llegaba a su lado. Sorprendido, intentó alzar la lanza, pero antes de que pudiera hacer nada, Conan golpeó con su espada el yelmo del guarda con fuerza suficiente para derribar un buey. Yelmo y cráneo se partieron casi a la vez y el guardia se desplomó en el suelo.

Casi al instante, Conan descorrió el enorme travesaño que bloqueaba la puerta, demasiado grande para que un hombre normal lo pudiera mover, y llamó a Albiona, que echó a correr. Tropezó, pero Conan la agarró de un brazo sin miramientos y la hizo cruzar la puerta hacia la oscuridad del exterior.

Estaban en un estrecho callejón, negro como la brea, con la Torre a un lado y las paredes de tosca piedra de un grupo de viviendas al otro. Conan recorrió rápidamente el callejón con la vista buscando señales de puertas o ventanas, pero no encontró nada.

La enorme puerta se abrió a sus espaldas y varios hombres se precipitaron al exterior, cargados de antorchas y armados con espadas. Miraron a su alrededor, incapaces de penetrar aquella oscuridad que las antorchas solo conseguían traspasar unos pies y luego echaron a correr al azar por el corredor... justo en la dirección opuesta que llevaban Conan y Albiona.

—Pronto se darán cuenta de su error —musitó él mientras apretaba el paso—. Si encontrásemos una grieta en esta maldita pared... ¡Maldición! ¡La guardia urbana!

Frente a ellos había un débil resplandor, allí donde el callejón desembocaba en una calle estrecha. Vislumbraron varias figuras recortadas contra la luz y vieron brillar el acero. Sin duda era la guardia urbana, que investigaba el ruido que habían oído salir del callejón.

—¿Quién va? —gritaron.

Conan apretó los dientes al escuchar el odioso acento nemedio.

—Quédate detrás de mí —le ordenó a la joven—. Tenemos que abrirnos paso antes de que los guardias de la torre vuelvan y nos pillen entre dos fuegos.

Agarró la espada con fuerza y echó a correr hacia los guardias. Tenía a su

favor la ventaja de la sorpresa; los veía con claridad, recortados contra una luz distante, pero ellos no podían verlo venir desde las oscuras profundidades del callejón. Estaba sobre ellos antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba y atacaba con la furia silenciosa de un león herido.

Su única esperanza residía en abrirse paso antes de que comprendieran lo que ocurría, pero eran media docena con armadura completa, encallecidos veteranos de las guerras fronterizas en los que el instinto de batalla se sobreponía a la razón. Tres de ellos habían caído antes de que vieran que era un solo hombre quien les hacía frente, y en ese momento su reacción fue instantánea.

El clamor del acero se hizo estridente. Saltaban chispas cuando la espada de Conan daba con un yelmo acorazado o una malla de acero. Él podía ver mejor que ellos, y en aquella luz vacilante se movía tan rápido que continuamente presentaba un blanco incierto. Las espadas daban en el vacío o eran detenidas por su hoja y, cuando él golpeaba, lo hacía con la rabia y la seguridad de un huracán.

Un muro de acero en movimiento se interponía aún en su camino y a sus espaldas se oyeron los gritos de los guardias de la Torre, que habían dado media vuelta en el callejón. Comprendió que estarían a su lado enseguida y, en un arranque de desesperación, redobló el ritmo de su ataque como si fuera un herrero en el yunque.

Un grupo de siluetas negras surgió de pronto de la nada y se oyó ruido de golpes. Una forma oscura y cubierta con una capa se acercó a Conan, que alzó la espada. El desconocido llevaba una espada en la mano derecha, pero tendía hacia él la otra, vacía, mientras decía:

—¡Por aquí, Majestad! ¡Rápido!

Con un grito ahogado de sorpresa, Conan agarró a Albiona y echó a correr tras su desconocido benefactor. No había tiempo para dudar, con treinta guardias a sus espaldas cada vez más cerca.

Echó a correr por el callejón, rodeado de figuras misteriosas y con la condesa en brazos como si fuera un bebé. No podía decir gran cosa de sus salvadores, excepto que llevaban capas y capuchas oscuras. No estaba seguro de poder fiarse de ellos, pero al menos habían abatido a sus enemigos; no le quedaba más remedio que seguirlos.

Como si sintiera sus dudas, el líder le tocó con suavidad el brazo y dijo:

—No temas, rey Conan, estás entre tus leales súbditos.

La voz no le resultaba familiar, pero el acento era aquilonio, de las provincias centrales.

Tras ellos, los guardias se quejaban mientras tropezaban unos con otros y, jadeantes, se lanzaban en persecución de lo que veían como una masa oscura que se movía entre ellos y la luz de una calle lejana.

Los encapuchados giraron de repente hacia lo que parecía una pared desnuda y Conan vio que se abría en ella una puerta. Musitó una maldición. Había cruzado aquel callejón cientos de veces durante el día y nunca había visto aquella entrada. La cruzó de todos modos y sintió que se cerraba tras él con el chasquido de una cerradura. No era un sonido reconfortante, pero sus guías lo instaron a continuar. Se movían con precisión y familiaridad, guiando a Conan con una mano en cada codo. Parecían estar atravesando un túnel y Conan sintió a Albiona temblar en sus brazos. Luego vio algo frente a él, una mancha un poco menos oscura que la oscuridad total en la que estaba.

La cruzaron y recorrieron siempre en silencio una sucesión de patios

**sombríos, callejones en penumbra y pasillos tortuosos hasta que por último emergieron en una habitación bien iluminada.**

**Conan no tenía ni idea de dónde estaban. La ruta retorcida que habían seguido había nublado incluso su primitivo y certero sentido de la orientación.**

# 10
# Una moneda de Aqueronte

No todos sus guías entraron en la sala. Cuando la puerta se cerró vio a un solo hombre a su lado; una figura esbelta, oculta tras una capucha y una capa negras. El hombre se echó atrás la capucha y mostró un rostro pálido de facciones tranquilas y delicadas.

El rey posó a Albiona en el suelo, pero ella siguió agarrada a él y miró con miedo a su alrededor. La sala era enorme, con paredes de mármol cubiertas en parte de colgaduras de terciopelo negro y espesas y lujosas alfombras sobre el suelo en mosaico. Estaba iluminada por el resplandor firme y suave de varias lámparas de bronce.

Conan se llevó instintivamente la mano a la empuñadura de la espada. Había sangre en ella, medio coagulada alrededor de la boca de la vaina, pues había enfundado el arma sin limpiarla.

—¿Dónde estamos? —quiso saber.

El desconocido respondió con una profunda inclinación en la que el suspicaz rey no pudo encontrar el menor asomo de ironía:

—En el templo de Asura, Majestad.

Albiona lanzó un grito y se apretujó más contra Conan, sin dejar de mirar muerta de miedo hacia las oscuras puertas ojivales, como si esperase que de alguna de ellas saliera un engendro de las tinieblas.

—No tengas miedo, señora —dijo el guía—. No hay nada aquí que te vaya a hacer daño, a pesar de la superstición que afirma lo contrario. Si tu rey creía en la inocencia de nuestra religión lo suficiente para protegernos de la persecución de los ignorantes, sin duda uno de sus súbditos compartirá su confianza.

—¿Quién eres?

—Soy Hadrathus, sacerdote de Asura. Uno de mis acólitos te reconoció cuando entraste en la ciudad y me informó.

Conan lanzó un gruñido, no muy tranquilo.

—No te preocupes, dudo que otros hayan descubierto tu verdadera identidad —le aseguró Hadrathus—. Tu disfraz habría engañado a cualquiera que no fuera un seguidor de Asura. Parte de nuestras enseñanzas consisten en descubrir lo que hay bajo las ilusiones y los engaños. Te seguimos hasta la atalaya y algunos de los nuestros se metieron en el túnel por si necesitabas ayuda al volver por esa ruta. Otros, yo incluido, rodeamos la torre. Y ahora, rey Conan, estamos a tu servicio. Aquí, en el templo de Asura, aún eres el rey.

—¿Por qué habéis arriesgado vuestras vidas por mí? —preguntó Conan.

—Nos favoreciste cuando te sentabas en el trono —respondió Hadrathus—. Nos protegiste cuando los sacerdotes de Mitra quisieron sacarnos a latigazos del país.

Conan miró a su alrededor con curiosidad. Nunca había visitado antes el templo de Asura y hasta ese momento ni siquiera había estado seguro de que hubiera uno en Tarantia. Los sacerdotes de aquella religión tenían la costumbre de

ocultar sus templos con bastante destreza. El culto a Mitra era abrumadoramente hegemónico en las naciones hibóreas, pero el de Asura se las apañaba para sobrevivir, a pesar de las prohibiciones oficiales y la hostilidad de la población. A Conan le habían contado historias espeluznantes acerca de templos ocultos donde el humo negro no dejaba de salir de altares en los que se sacrificaba a los humanos a una gran serpiente anillada, cuya terrible cabeza se balanceaba una y otra vez en medio de las tinieblas.

La persecución era la causa de que los seguidores de Asura ocultaran sus templos lo mejor posible y no dieran información acerca de sus rituales. Tal secretismo realimentaba a su vez los cuentos malignos y las sospechas de prácticas monstruosas.

Conan, con la amplia tolerancia de los bárbaros, se había negado a perseguir a los seguidores de Asura o a permitir que la gente los acosara sin más evidencias que rumores a media voz y acusaciones sin demostrar.

—Si son nigromantes —había dicho—, ¿cómo es que toleran que os metáis con ellos? Y, si no lo son, ningún mal hacen. ¡Por Crom! Dejad que la gente adore a los dioses que le dé la gana.

Se sentó en una silla de ébano tras una cortés invitación de Hadrathus, quien le señaló otra a Albiona, pero ella prefirió sentarse en un taburete dorado a los pies de Conan, apretujada contra su muslo, como si el contacto la hiciera sentir más segura. Como la mayoría de los seguidores estrictos de Mitra, sentía un horror instintivo ante el culto a Asura, instigado desde su infancia por los cuentos horripilantes de sacrificios humanos y dioses antropomórficos que reptaban por templos en penumbra.

Hadrathus se quedó frente a él, con la cabeza inclinada.

—¿Qué es lo que deseas, Majestad?

—Antes que nada, comida —masculló y el sacerdote golpeó un gong de oro con un mazo plateado.

Las melodiosas notas aun no se habían desvanecido del todo y cuatro figuras encapuchadas cruzaron un pórtico cubierto por cortinas con una enorme bandeja de plata con cuatro patas llena de platos humeantes y jarras de cristal.

La dejaron frente a Conan e hicieron una reverencia. Conan se limpió las manos en la tela damasquinada y se relamió con evidente satisfacción.

—¡Cuidado, Majestad! —susurró Albiona—. ¡Comen carne humana!

—Apostaría mi reino a que esto no es más que ternera asada —respondió Conan—. Vamos, querida, come también algo. Debes de estar hambrienta si solo has probado la comida de la cárcel.

Así aconsejada y siguiendo el ejemplo de alguien cuya palabra era para ella la ley definitiva, la condesa cedió y comió con ganas, aunque con delicadeza, mientras su señor roía hasta los huesos del asado y saboreaba el vino como si no hubiera cenado ya aquella misma noche.

—Tus sacerdotes son astutos, Hadrathus —dijo, con un enorme hueso en la mano y la boca llena de comida—. Agradeceré toda la ayuda que puedas prestarme para recuperar mi reino.

Hadrathus meneó la cabeza lentamente y Conan lanzó el hueso contra la mesa, impaciente y colérico.

—¡Por los huesos de Crom! ¿Qué os pasa a los aquilonios? Primero Servius y ahora tú. ¿Es que solo sabéis menear vuestras estúpidas cabezas cuando hablo de expulsar a esos perros?

Hadrathus suspiró y respondió con infinita calma.

—Majestad, no me gusta decirlo y ojalá pudiera afirmar otra cosa, pero la libertad se ha acabado para Aquilonia. Para el mundo entero, en realidad. Las eras se suceden en la historia del mundo, y estamos entrando en una era de terror y esclavitud, como sucedió en el pasado hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey, intranquilo.

Hadrathus se dejó caer en una silla y apoyó los codos en los muslos, con la vista clavada en el suelo.

—No es solo la rebelión de algunos nobles aquilonios y el ataque de los ejército nemedios lo que te ha traído hasta aquí —respondió—. Es la brujería. Magia negra y macabra traída de la siniestra juventud del mundo. Una figura terrible se ha alzado de las brumas del pasado y nadie puede hacerle frente.

—¿Qué quieres decir? —repitió Conan.

—Hablo de Xaltotun de Aqueronte, que murió hace tres mil años y, sin embargo, camina hoy sobre la tierra.

Conan no dijo nada mientras en su mente se formaba una imagen, la de un hombre barbado de belleza y calma inhumanas. De nuevo se sintió acosado por una extraña sensación de familiaridad. Aqueronte... El mero sonido de aquella palabra despertaba ecos y asociaciones en su memoria.

—Aqueronte —dijo en voz alta—. Xaltotun de Aqueronte. ¿Estás loco? Aqueronte ha sido un mito durante más siglos de los que recuerdo. A veces hasta me pregunto si llegó a existir de verdad.

—Fue real. Una realidad siniestra —respondió Hadrathus—. Un imperio de nigromantes, empapado de un mal olvidado desde hace mucho. Fueron derrotados por las tribus hibóreas del oeste. Los magos de Aqueronte practicaban la peor de las nigromancias, taumaturgias de la clase más terrible, magia infame aprendida en los infiernos. Y de todos esos hechiceros de ese reino maldito, ninguno era tan grande como Xaltotun de Pitón.

—Entonces, ¿cómo fue derrotado? —preguntó Conan, incrédulo.

—Le robaron una fuente de poder cósmico que guardaba celosamente y que se usó en su contra. La tiene de nuevo en su poder y eso lo vuelve invencible.

Albiona se echó la capa del verdugo por encima, sin comprender del todo la conversación entre el rey y el sacerdote. Conan meneó la cabeza.

—Te estás burlando de mí —masculló—. Si Xaltotun murió hace tres mil años, ¿cómo va a estar vivo? Seguro que es algún impostor que ha tomado su nombre.

Hadrathus se giró hacia una mesa de ébano y abrió un cofrecito dorado que reposaba sobre ella. De allí sacó algo que brilló desganado a la luz de las lámparas. Era una moneda de oro, grande y maciza, de acuñación claramente antigua.

—¿Has visto a Xaltotun sin el embozo? Entonces echa un vistazo a esto; es una moneda acuñada en Aqueronte antes de su caída. Era un imperio tan rebosante de hechicería que hasta una fruslería como esta puede usarse para hacer magia.

Conan la cogió y la examinó con el ceño fruncido. No había la menor duda de la antigüedad de la moneda y no era fácil engañarlo en esa cuestión: muchas eran las monedas que habían pasado por sus manos en su vida de pillaje y conocía bien el género. Los bordes estaban desgastados y la inscripción tan borrosa que apenas se distinguía, pero el rostro estampado en ella se apreciaba con total claridad. Conan contuvo el aliento y sintió que se le ponía la carne de gallina, a pesar de que no hacía frío en la habitación. Contuvo un escalofrío ante la visión de aquel

rostro barbado, inescrutable, de una belleza tranquila e inhumana.

—¡Por Crom! ¡Es él! —murmuró.

Comprendía ahora la sensación de familiaridad que había sentido al verlo por primera vez. Había visto monedas como esa antes, mucho tiempo atrás, en tierras lejanas.

Pese a todo, se encogió de hombros y dijo:

—Pura coincidencia. Se le parece y punto. O quizá, si es lo bastante poderoso para hacerse pasar por un mago de antaño, lo es también para adoptar su aspecto.

Pero lo decía sin verdadera convicción. Ver aquella moneda había estremecido los cimientos de su universo. Sentía que la realidad y el equilibrio se desmoronaban en el interior de un abismo de ilusiones y hechizos. Un mago era algo aceptable, pero aquello era diabólico y desafiaba la cordura.

—Es Xaltotun de Pitón, estamos seguros de ello —dijo Hadrathus—. Él fue quien hizo desplomarse las colinas en Valkia, por medio de un hechizo que esclaviza a los elementales de la tierra. Fue él quien envío a la criatura de las tinieblas a tu tienda antes del amanecer.

Conan frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

—Los seguidores de Asura tenemos nuestros propios medios para enterarnos de las cosas. Pero eso no importa. ¿Te das cuenta ahora de lo fútil que sería sacrificar a tus súbditos en un vano intento por recuperar tu corona?

Conan apoyó la barbilla en el puño y clavó la vista en la nada, ceñudo. Albiona lo contemplaba con ansiedad, mientras luchaba por recorrer el laberinto de problemas en que estaba el rey.

—¿No hay un solo mago en el mundo que pueda hacer frente a la magia de Xaltotun? —preguntó Conan por último.

Hadrathus meneó la cabeza.

—Si lo hubiera, los seguidores de Asura sabríamos de él. Dicen de nosotros que somos lo que queda de un antiguo culto estigio de adoradores de serpiente. Es falso. Nuestros antepasados vinieron de Vendhya, de más allá del Mar de Vilayet y las azuladas montañas Himelias. Somos hijos del este, no del sur, y conocemos bien a los grandes magos de oriente, mucho más poderosos que los de occidente. No hay uno que no fuera una brizna de hierba en un huracán ante el oscuro poder de Xaltotun.

—Pero lo vencieron —insistió Conan.

—Sí. Volvieron contra él una fuente cósmica de poder. Pero ahora que la tiene de nuevo en sus manos no permitirá que se la roben de nuevo.

—¿Y qué pinta tiene esa condenada fuente? —quiso saber Conan, irritado.

—Lo llaman el Corazón de Arimán. Cuando Aqueronte fue conquistado, el sacerdote medio salvaje que lo había robado y usado contra Xaltotun lo ocultó en una caverna embrujada y construyó un pequeño templo sobre ella. Lo reconstruyeron tres veces, en cada ocasión mayor y más complejo y espléndido, pero siempre en el mismo lugar que el santuario original, aunque para entonces ya se había olvidado su propósito. El recuerdo de lo que había oculto bajo él desapareció de la memoria de todo el mundo, conservado tan solo en libros píos y volúmenes esotéricos. Nadie sabe de dónde vino. Algunos dicen que en verdad es el corazón de un dios, mientras que otros afirman que es una estrella caída del cielo hace tiempo incontable. Nadie ha posado los ojos sobre él en los últimos tres mil años..., hasta que fue robado.

»Cuando la magia de los sacerdotes de Mitra fracasó contra la del acólito de Xaltotun, Altaro, recordaron la antigua leyenda del Corazón y el sumo sacerdote y su acólito descendieron a las tinieblas y cruzaron la terrible cripta oculta bajo el tempo en la que ningún sacerdote había descendido en tres mil años. Antiquísimos volúmenes encuadernados en hierro hablaban del Corazón y, aunque lo hacían de un modo críptico y lleno de metáforas, afirmaban también que el sacerdote original había dejado como guardián a una criatura de la oscuridad.

»En el rincón más remoto de la caverna, en una sala cuadrada de puertas ojivales que se abría a la oscuridad, el sacerdote y el acólito encontraron un altar de piedra negra iluminado por una luz débil e inexplicable.

»En el altar había un sorprendente recipiente de oro en forma de concha, soldado a la piedra como un percebe. Pero estaba abierto y vacío. El Corazón de Arimán ya no estaba allí. Mientras se miraban el uno al otro horrorizados, el guardián de la cripta, la criatura de la oscuridad, saltó sobre ellos y golpeó al sumo sacerdote hasta matarlo. Pero el acólito le hizo frente a aquel huérfano de las profundidades traído en tiempos remotos para guardar el Corazón y logró escapar con el cuerpo del sumo sacerdote a cuestas. Este, antes de morir, susurró las malas noticias a sus seguidores, y los conminó a guardar el secreto. Pero los sacerdotes lo hablaron entre ellos y llegó a nuestros oídos.

—¿Y Xaltotun extrae su poder de ese objeto? —preguntó Conan.

—No. Su poder surge de los abismos negros al otro lado de la noche. Pero el Corazón de Arimán viene de un lejano universo de luz ardiente y contra él los poderes de las tinieblas son inútiles cuando está en manos de alguien apto. Es una espada que puede abatirlo, no una que pueda blandir. Devuelve la vida y podría destruirla. Lo ha robado, no para usarlo contra sus enemigos, sino para que ellos no lo usen contra él.

—Un cofre dorado en forma de concha en un altar en una caverna —murmuró Conan con el ceño fruncido mientras intentaba atrapar una idea—. Eso me trae algo a la memoria, algo que he visto o me han contado. Pero, ¿qué forma tiene, por Crom, ese maravilloso Corazón?

—Es como una gran joya, como un rubí, pero dentro de él late un fuego cegador. Brilla como un fuego viviente...

Conan se incorporó de pronto y golpeó el puño derecho contra la palma izquierda.

—¡Crom! —rugió—. ¡Cómo he podido ser tan estúpido! ¡El Corazón de Arimán! ¡El corazón de mi reino! Encontrar el corazón de mi reino, es lo que me dijo Zelata. ¡Por Ymir! Cómo iba a saber que se trata de la joya que vi a través del humo verde, la joya que Tarascus le robó a Xaltotun mientras este dormía bajo el humo del loto negro.

Hadrathus se incorporó también. Todo rastro de serenidad había desaparecido de su semblante.

—¿Qué dices? ¿Se la robaron?

—¡Sí! —exclamó Conan—. Tarascus temía a Xaltotun y quería privarlo de su poder. Pensaba que este residía en el Corazón. Quizá creyó que el brujo moriría si el Corazón se perdía. ¡Por Crom! ¡Maldita sea!

Con una mueca salvaje de decepción dejó caer el puño a un costado.

—Lo había olvidado. Tarascus se lo dio a un ladrón para que lo arrojara al mar. A estas horas estará a punto de llegar a Kórdava. Antes de que pueda ir tras él, ya habrá subido a un barco y enviado el Corazón al fondo del océano.

—¡El mar no podrá contenerlo! —exclamó Hadrathus, convertido en un amasijo de nervios—. El propio Xaltotun lo habría tirado al océano hace mucho tiempo, si no hubiera estado seguro de que la primera tormenta lo devolvería a la costa. A saber en qué tierra desconocida aparecerá ahora.

—Bien. —Conan empezaba a recuperar parte de su habitual confianza—. No estamos seguros de que el ladrón se deshaga de él. Conozco a los ladrones; yo mismo lo fui en Zamora cuando era mucho más joven. No, creo que no se deshará de él. Intentará venderlo. ¡Por Crom! —Echó a andar de un lado a otro, cada vez más agitado—. Merece la pena ir a buscarlo. Zelata me urgió a encontrar el corazón de mi reino y todo lo demás que me dijo ha resultado ser cierto. ¿Será posible que el poder para conquistar a Xaltotun esté en esa burbuja carmesí?

—¡Sí! ¡Apostaría mi cabeza a que sí! —gritó Hadrathus, el rostro arrebolado de fervor, los ojos centelleantes, los puños apretados—. Con él en tus manos puedes enfrentarte al poder de Xaltotun. ¡Lo juro! Si lo recuperamos, tenemos una posibilidad de recuperar tu corona y echar a los invasores de nuestras tierras. No es a las espadas de Nemedia a lo que teme Aquilonia, sino a las negras artes de Xaltotun.

Conan lo miró largo rato, impresionado por el fervor del sacerdote.

—Es como buscar algo en medio de una pesadilla —dijo al fin—. Pero tus palabras hacen eco al pensamiento de Zelata y todo lo que ella me dijo se reveló cierto. Buscaré esa joya.

—En ella reside el destino de Aquilonia —dijo Hadrathus con convicción—. Enviaré a algunos hombres contigo...

—¡No! —exclamó el rey con impaciencia, temeroso de que los sacerdotes se convirtieran en un obstáculo por muy hábiles que fueran en sus artes esotéricas—. Esta es tarea propia de un guerrero. Partiré solo. Iré primero a Poitain y dejaré allí a Albiona con Trócero. Luego, saldré hacia Kórdava y cruzaré el mar si fuera necesario. Quizá lo sea, si el ladrón está dispuesto a cumplir la voluntad de Tarascus hasta el final. Pero incluso en ese caso, creo que le costará encontrar un barco en esta época del año.

—Si encuentras el Corazón prepararé el terreno para tu vuelta —dijo Hadrathus—. Antes de que regreses haré correr rumores a través de nuestros canales secretos de que estás vivo y que tienes una magia superior a la de Xaltotun. El pueblo estará preparado para rebelarse en cuanto estés aquí. Lo harán si están convencidos de que estás protegido contra las negras artes de Xaltotun. Te ayudaré en tu viaje.

Se puso en pie e hizo sonar el gong.

—Bajo el templo hay un túnel secreto que lleva más allá de los muros de la ciudad. Irás a Poitain en un barco de peregrinos. Nadie osará molestarte.

—Como desees. —Por fin con un objetivo claro, Conan estaba impaciente y lleno de energía—. Pero que sea lo antes posible.

Casi sin aliento, un mensajero llegó al palacio, donde Valerius se divertía con algunas bailarinas, y tras hincar la rodilla en tierra, balbuceó embarulladamente lo ocurrido en la Torre de Hierro. Terminó diciendo que el conde Thespius, encargado de la ejecución de Albiona, agonizaba y pedía hablar con Valerius antes de morir.

El rey se embozó rápidamente y acompañó al mensajero hasta el lugar donde

yacía Thespius. No había duda de que estaba al borde de la muerte: la sangre burbujeaba en las comisuras de sus labios cuando hablada y, a pesar de que el muñón del brazo había sido vendado para contener la hemorragia, el desgarrón en el costado era definitivamente mortal.

Valerius se quedó a solas con el moribundo y maldijo en voz baja.

—Por Mitra. Habría jurado que solo había un hombre en el mundo entero capaz de asestar un golpe así.

—¡Valerius! —jadeó el moribundo—. ¡Está vivo! ¡Conan está vivo!

—¿Cómo?

—¡Te lo juro por Mitra! —gorgoteó Thespius, medio ahogado por la sangre que chorreaba de su boca—. Fue él quien salvó a Albiona. No está muerto. No es ningún fantasma que regresa para atormentarnos. Es de carne y hueso y más peligroso que nunca. El callejón tras la torre está lleno de cadáveres. Ten cuidado, Valerius. Ha vuelto... Nos matará a todos...

Un temblor incontrolable sacudió el cuerpo del moribundo y de pronto se quedó inmóvil para siempre.

Valerius lo contempló con el ceño fruncido. Luego, echó un vistazo alrededor de la habitación vacía, se dirigió a la puerta y la abrió de sopetón. El mensajero y un grupo de guardias nemedios estaban apostados aquí y allá en el pasillo. Valerius susurró algo que podría haber sido tomado por satisfacción.

—¿Están cerradas todas las puertas? —quiso saber.

—Sí, Majestad.

—Triplicad la guardia en todas ellas. Que nadie entre o salga de la ciudad sin que sea examinado a fondo. Enviad patrullas y registrad los cuarteles. Ha escapado un importante prisionero con la ayuda de un rebelde aquilonio. ¿Alguno de vosotros lo reconoció?

—No, Majestad. El viejo celador pudo verlo de pasada, pero lo único que dice es que era un gigante y que llevaba las ropas del verdugo, al que hemos encontrado muerto en una celda vacía.

—Es muy peligroso —dijo Valerius—. No corráis riesgos innecesarios. Conocéis a la condesa Albiona. Buscadla y, si dais con ella, matadla inmediatamente a ella y a su compañero. No intentéis atraparlos con vida.

Tras regresar a sus aposentos, Valerius convocó a cuatro hombres de aspecto extranjero: altos, demacrados, de piel amarillenta y semblante imperturbable. Se parecían mucho unos a otros, vestidos con las mismas túnicas negras bajo las que asomaban pies calzados con sandalias y con las facciones medio ocultas bajo las capuchas. Se pusieron frente a Valerius con los brazos cruzados y las manos metidas en las amplias mangas. Valerius los contempló en silencio. No parecía muy contento.

—Cuando di con vosotros, medio muertos de hambre en las junglas de Khitai, prometisteis servirme y obedecerme —dijo de pronto—. Lo habéis hecho bien, a vuestra abominable manera. Requiero de vosotros un último servicio y os liberaré de vuestro juramento.

»Conan el cimerio, el rey de Aquilonia, sigue con vida a pesar de la hechicería de Xaltotun... o quizá a causa de ella, no lo sé. La mente tortuosa de un demonio resucitado es demasiado astuta y sutil para que un simpe mortal aventure lo que se agazapa en ella. Da igual. Mientras Conan siga con vida, no estoy a salvo. El pueblo me acepta como el menor de dos males porque piensan que está muerto. Si reaparece, perderé el trono antes de que pueda alzar una mano.

**»Quizá mis aliados pretendan reemplazarme con él, si deciden que ya he cumplido con mi propósito. No lo sé. Lo que sé es que este mundo es demasiado pequeño para dos reyes de Aquilonia. Buscad al cimerio. Usad vuestros increíbles talentos para rastrearlo allí donde se oculta o hacia donde va. Tiene muchos amigos en Tarantia; tuvo ayuda cuando rescató a Albiona. Se necesita más de un hombre, aunque sea Conan, para causar esa matanza en el callejón junto a la torre. Suficiente. Tomad vuestros báculos y seguid su rastro. No sé dónde os llevará, pero encontradlo. Y cuando lo encontréis, ¡matadlo!**

**Los cuatro khitanios se inclinaron al unísono y, completamente en silencio, dieron media vuelta y dejaron los aposentos del rey.**

# 11
# Espadas del sur

El amanecer que trepaba por las distantes colinas iluminó una de las velas del pequeño navío. Navegaba por el río que pasa a casi una milla de los muros de Tarantia para luego girar hacia el sur como una enorme serpiente de plata. No parecía un barco de pescadores o un transporte de mercancías, bajeles habituales en el ancho Khorotas. Era largo y esbelto, de proa alta y curvada y negro como el ébano, con calaveras blancas pintadas en la borda. En medio de la cubierta se alzaba un pequeño camarote, con las ventanas cuidadosamente tapadas. Los otros barcos dieron un amplio rodeo para evitarlo, pues se trataba de una de las «naves de peregrinos» que transportaban el cuerpo de un seguidor de Asura en su último peregrinaje al sur, más allá de las montañas de Poitain, donde el río desembocaba por fin en el océano. En el camarote sin duda iba el cadáver del seguidor de Asura. Todos conocían de vista aquellas siniestras embarcaciones y ni los más fanáticos fieles de Mitra se atrevían a tocarlas o interferir con su sombrío peregrinaje.

Adónde iban, nadie lo sabía. Algunos decían que a Estigia, otros que a una isla sin nombre más allá del horizonte, otros que a las misteriosas y encantadas tierras de Vendhya. En realidad, nadie lo sabía con certeza. Lo único que sabían era que, cuando moría un seguidor de Asura, el cuerpo se trasladaba al sur por el río en un barco negro en el que bogaba un esclavo gigantesco y que ni el barco ni el cuerpo ni el esclavo eran vistos de nuevo. A menos, claro, que ciertas leyendas tenebrosas fueran ciertas y que siempre fuese el mismo esclavo negro el que guiaba el mismo barco hacia el sur.

El que gobernaba este en particular era enorme y moreno como los otros, aunque un escrutinio cercano podría haber revelado el hecho de que el tono de su piel no era natural, sino producto del tinte. Llevaba un taparrabo de piel y unas sandalias y manejaba el remo con una fuerza y habilidad nada habituales. Pero nadie se acercó demasiado al siniestro bajel, pues todos sabían que los seguidores de Asura estaban malditos y que los peregrinos de los barcos estaban protegidos por magia negra. Así que los otros botes se apartaban de él y la gente murmuraba ensalmos contra el mal de ojo al pasar a su lado, sin saber que estaban ayudando a huir a su rey y a la condesa Albiona.

Era un viaje extraño de casi setenta leguas hacia el lugar donde el Khorotas giraba hacia el este, en las faldas de las montañas poitainias. El barco, negro y esbelto, se deslizaba con suavidad por las aguas, dejando atrás un paisaje eternamente cambiante. De día, Albiona yacía en el pequeño camarote, tan quieta como el cadáver por el que se hacía pasar. De noche, esperaban a que las barcazas de placer hubieran dejado el río, con sus ricos clientes repantigados sobre cojines a la luz de las antorchas sujetadas por esclavos. Solo entonces, antes de que el amanecer llenará el río de barcos de pesca, se atrevía la joven a salir. Atendía entonces el remo, bien trabado en su sitio por cordajes, mientras Conan robaba unas pocas horas de sueño. Aunque el rey necesitaba poco descanso; la fuerza de sus anhelos lo guiaba implacable, y su poderoso cuerpo era más que apto para la

tarea. Así, sin pausa alguna, siguieron navegando hacia el sur.

Río abajo, cruzaron noches en las que la corriente reflejaba el brillo de un millón de estrellas y días de sol dorado a medida que dejaban el invierno a sus espaldas. Pasaron junto a ciudades vitales y vibrantes, huertos fértiles, villas opulentas y ricas arboledas de frutales. Hasta que al fin divisaron las montañas de Poitain, cima tras cima, como sitiales de dioses, allí donde el río giraba bruscamente entre los desfiladeros y se convertía en un lugar peligroso lleno de rápidos y de espumeantes cataratas.

Conan escrutó con atención la línea de la costa y empezó a bogar con fuerza hacia la ribera, en dirección a un punto donde un pequeño espigón natural entraba en el agua, rodeado de abetos dispuestos en un anillo simétrico alrededor de una roca gris de forma estrambótica.

—No sé cómo se las apañan estos botes para cruzar las cataratas que oigo rugir río abajo —gruñó—. Hadrathus dice que pueden hacerlo, pero que debíamos detenernos aquí. Alguien tendría que estar esperándonos con caballos, pero no veo a nadie. De todos modos, no sé cómo las noticias de nuestra llegada podrían habernos precedido.

Dirigió el barco hasta la orilla y enfiló la proa hacia una raíz en arco que había en la baja ribera. Luego, se metió en el agua y se libró del tinte pardo que le cubría la piel. Emergió, goteante y con su color natural, y del camarote sacó la espada y una cota de malla aquilonia que Hadrathus le había procurado. Se vistió mientras Albiona se ponía ropas más apropiadas para un viaje por las montañas.

Completamente armado, miró a su alrededor y echó mano de pronto a la espada. Pues en la costa, bajo los árboles, había una figura encapuchada en negro que llevaba de las riendas un palafrén blanco y un caballo de guerra bayo.

—¿Quién eres? —preguntó el rey.

El encapuchado hizo una reverencia.

—Un seguidor de Asura. Llegaron órdenes y las obedezco.

—¿«Llegaron»? ¿Cómo? —quiso saber Conan.

El encapuchado se limitó a hacer otra reverencia.

—He venido para guiarte a través de las montañas hasta el primer bastión poitainio.

—No necesito guías —respondió Conan—. Conozco bien estas colinas. Te agradezco los caballos, pero la condesa y yo atraeremos menos la atención si vamos solos que si nos acompaña un acólito de Asura.

El hombre se inclinó de nuevo y le tendió las riendas a Conan. Luego saltó al barco, lo desatracó y lo llevó al centro de la rápida corriente, hacia el distante rugido de los rápidos. Conan meneó la cabeza, desconcertado, y ayudó a montar a la condesa en el palafrén, antes de subir al caballo de guerra y dirigirse hacia las cumbres que almenaban el horizonte.

La accidentada comarca a los pies de las esbeltas montañas se había convertido en una tierra fronteriza gobernada por el caos, un lugar donde los barones volvían a sus prácticas feudales y los bandoleros campaban por sus respetos. Poitain no se había independizado formalmente de Aquilonia, pero era a todos los efectos un reino separado, gobernado por Trócero, su conde hereditario. Aunque se habían sometido en teoría a Valerius, el nuevo rey no había hecho el menor intento de cruzar los pasos guardados por los fortines en los que el leopardo carmesí de Poitain ondeaba desafiante.

El rey y su hermosa compañera cabalgaron por las amplias laderas azuladas

durante toda la tarde. A medida que las montañas se hacían más altas, la comarca se extendía a sus pies como un lejano manto granate, interrumpido aquí y allá por el brillo de ríos y lagos, el amarillo de los campos de labranza y el resplandor distante de las lejanas torres. Frente a ellos, en lo alto, divisaron el primero de los fortines poitainios, una fortaleza robusta que dominaba un paso estrecho y en la que se veía el estandarte carmesí flameando contra el claro cielo.

Antes de que lo alcanzasen, un grupo de jinetes de armadura pulida salieron de entre los árboles y su comandante dio el alto a los viajeros. Todos eran individuos altos de ojos oscuros y cabellos negros.

—Alto, señor, y dinos qué asuntos te traen a Poitain.

Conan preguntó, sin apartar la vista del comandante:

—¿Acaso Poitain se ha alzado en rebelión, para que un aquilonio sea detenido e interrogado como un extranjero?

—Muchos bandidos cabalgan por Aquilonia hoy en día —respondió fríamente su interlocutor—. En cuando a la rebelión, si te refieres a una rebelión contra el usurpador, entonces en efecto Poitain es rebelde. Preferimos servir al recuerdo de un hombre muerto que al cetro de un perro vivo.

Conan se quitó el yelmo y, tras menear la negra melena se quedó mirando al comandante. El poitainio se quedó pálido, incapaz de apartar la vista.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó—. ¡El rey! ¡Vivo!

Los demás se miraron unos a otros y, de pronto, un rugido de asombro y alegría escapó de sus gargantas. Se arracimaron alrededor de Conan, sin dejar de lanzar consignas de guerra y blandiendo emocionados las espadas. El clamor de los guerreros poitainios era suficiente para aterrorizar a cualquiera.

—¡Trócero derramará lágrimas de alegría cuando te vea, Majestad! —exclamó uno de ellos.

—¡Y Próspero con él! —apostilló otro—. El general lleva envuelto en un manto de melancolía todo este tiempo y no deja de maldecirse a sí mismo por no haber llegado a Valkia a tiempo de morir con su rey.

—¡Recobraremos nuestra soberanía! —gritó un tercero mientras hacía girar la espada sobre su cabeza—. ¡Salve, Conan, rey de Poitain!

El clamor del acero y el trueno de las voces asustó a los pájaros, que se lanzaron en bandadas desde los árboles cercanos. La sangre sureña hervía y lo único que deseaban era que su soberano los guiase a la batalla y el pillaje.

—¿Cuáles son tus órdenes, Majestad? —preguntaron—. Deja que uno de nosotros se adelante y lleve las nuevas de tu llegada a Poitain. Los estandartes ondearán en cada torre, las rosas alfombrarán el camino frente a tu caballo y toda la belleza y la caballería del sur te rendirán la pleitesía que mereces.

Conan meneó la cabeza.

—¿Quién osaría dudar de vuestra lealtad? Pero el viento que sopla sobre las montañas llega a las tierras de mis enemigos y preferiría que no sepan aún que estoy vivo. Llevadme a Trócero y mantened en secreto mi regreso.

Así, en lugar del desfile triunfal que deseaban los jinetes, la marcha se convirtió en una procesión furtiva. Viajaban de prisa, sin hablar con nadie, excepto uno o dos susurros con el capitán de guardia en cada paso. Conan cabalgaba entre ellos con el visor del yelmo bajado.

Nadie vivía en las montañas, salvo los bandidos y las guarniciones que custodiaban los pasos. Los poitainios, amantes de la buena vida, preferían no tener que partirse la espalda por un sustento miserable. Y podían permitírselo. Al

sur, las amplias y ricas planicies de Poitain llegaban hasta el río Alimane y al otro lado del río empezaba el reino de Zingaria.

Incluso ahora que el invierno volvía quebradizas las hojas al otro lado de las montañas, la llanura estaba cubierta de hierba alta donde pastaban el ganado y los caballos que habían hecho famoso a Poitain. Palmeras y naranjos sonreían al sol y el vistoso púrpura y dorado de los castillos y las ciudades reflejaban la luz diurna. Era una tierra rica y efusiva, de hombres tan hermosos como feroces. Pues no son las tierras inhóspitas las únicas que crían individuos fuertes. Poitain estaba rodeada de vecinos codiciosos y sus habitantes se habían endurecido en una guerra tras otra. El norte del país estaba guardado por las montañas, pero al sur, solo el Alimane separaba las llanuras de Poitain de las de Zingaria y muchas veces en el pasado el río se había teñido de sangre. Al este estaban Argos y Ofir, reinos orgullosos y avariciosos. Los caballeros de Poitain mantenían sus tierras con el peso y el filo de las espadas, y poco sabían de paz y tranquilidad.

Conan estaba en el castillo del conde Trócero, sentado en un diván de seda en una habitación de cortinajes vaporosos que se ensortijaban en el aire cálido. Trócero iba de un lado a otro como una pantera; era un hombre ágil e incansable por el que los años no parecían pasar y tenía la cintura de una doncella y los hombros de un espadachín.

—¡Deja que te proclamemos rey de Poitain! —decía, intentando convencer a Conan—. Que esos cerdos del norte lleven el yugo ante el que han humillado los cuellos. El sur aún es tuyo. Quédate aquí y gobiérnanos, entre las flores y las palmeras.

Pero Conan meneó la cabeza.

—No hay tierra más noble en el mundo entero que Poitain. Pero ni siquiera ella podría sobrevivir por sí misma, por muy bravos que sean sus hijos.

—Lo ha hecho durante muchas generaciones —replicó Trócero, orgulloso de su linaje—. No siempre hemos sido parte de Aquilonia.

—Lo sé, pero no estamos en los viejos tiempos, cuando los reinos estaban divididos en principados que se hacían la guerra unos a otros. Los días de los ducados y las ciudades libres han pasado a la historia y los días de los imperios se avecinan. Los gobernantes sueñan ahora sueños imperiales y solo en la unidad podemos encontrar la fuerza.

—Pues unamos Zingaria y Poitain —argumentó Trócero—. Los príncipes zingarios no hacen sino pelearse con el vecino y el país está devastado por la guerra civil. Conquistémoslos uno a uno, provincia a provincia, y añadámosla a tus dominios. Luego, con la ayuda de Zingaria conquistaremos Argos y Ofir. Crearemos un imperio.

Conan meneó la cabeza de nuevo.

—Deja que otros se emborrachen con sueños imperiales. Solo quiero recuperar lo que es mío. No tengo el menor deseo de gobernar un imperio mantenido en pie por la sangre y el fuego. Una cosa es ganar el trono con la ayuda de tus súbditos y gobernar con su consentimiento y otra muy distinta subyugar un reino extranjero y gobernar con el miedo. No, seré rey de Aquilonia tan solo, o no seré rey.

—Entonces llévanos por las montañas y ataquemos a los nemedios.

Los ojos de Conan brillaron ante la idea.

—No, Trócero. Sería un sacrificio inútil. Ya te he dicho lo que debo haber para

recuperar mi reino. Tengo que encontrar el Corazón de Arimán.

—¡Pero es una locura! —protestó Trócero—. No son más que las divagaciones de un sacerdote herético y los balbuceos de una bruja loca.

—No estabas en mi tienda la noche anterior a la batalla de Valkia —respondió Conan sombrío. Sin darse cuenta, se miró la muñeca derecha, donde las marcas azules aun podían verse débilmente—. No oíste rugir las paredes del desfiladero mientras se desmoronaban y aplastaban a mi ejército. No, Trócero, estoy convencido. Xaltotun no es un simple mortal y solo el Corazón de Arimán puede hacerle frente. Así que me voy a Kórdava. Solo.

—Es peligroso.

—La vida misma es peligrosa —respondió el rey—. No iré como rey de Aquilonia, ni siquiera como rey de Poitain, sino como un mercenario errante. Así crucé Zingaria en los viejos tiempos. Sí, tengo muchos enemigos al sur del Alimane, en las tierras y los mares meridionales. Muchos que no me conocen como rey de Aquilonia me recordarán como Conan el pirata de las Islas Baracha o como Amra de los corsarios negros. Pero también tengo amigos y gente que me ayudará por sus propios motivos. —Una sonrisa preñada de recuerdos curvaba sus labios.

Trócero dejó caer las manos en un gesto de desesperación y se volvió hacia Albiona, que se sentaba en un diván cercano.

—Entiendo tus dudas —dijo ella—, pero también vi la moneda en el templo de Asura y Hadrathus dijo que había sido acuñada quinientos años antes de la caída de Aqueronte. Si Xaltotun es el hombre de la moneda, como su Majestad jura, eso significa que no es un simple mago, ni lo fue en su vida anterior. Pues las vidas de los hombres se cuentan en años, no en siglos como la suya.

Antes de que Trócero pudiera responder, llamaron respetuosamente a la puerta y una voz dijo:

—Señor, hemos capturado a alguien que rondaba el castillo y que dice que quiere hablar con tu invitado.

—Un espía de Aquilonia —siseó Trócero, echando mano de la daga.

Pero Conan alzó la voz y dijo:

—Hazlo pasar y déjame verlo.

La puerta se abrió y los guardias la cruzaron. Llevaban del brazo a un hombre delgado, vestido con un hábito con capucha.

—¿Eres un seguidor de Asura? —preguntó Conan.

El otro asintió. Los guardias, sorprendidos, miraron al conde Trócero como esperando instrucciones.

—Nos han llegado noticias del sur —dijo el encapuchado—. Más allá del Alimane no podemos ayudarte, pues nuestra secta no alcanza más al sur, aunque sí que se extiende al este con el Khorotas. Pero esto es lo que hemos sabido: el ladrón que tomó el Corazón de Arimán de manos de Tarascus no llegó a Kórdava. Fue asaltado por bandoleros en las montañas de Poitain. La joya cayó en manos del jefe de los bandidos, quien no conocía su verdadera naturaleza. Llevaba prisa, pues los caballeros poitainios le pisaban los talones, así que se lo vendió a Zorathus, mercader de Koth.

—¡Ja! —Conan se puso en pie de repente—. ¿Y qué ha pasado con Zorathus?

—Cruzó el Alimane hace cuatro días rumbo a Argos, acompañado de unos pocos sirvientes armados.

—Es una locura cruzar Zingaria en estos tiempos —murmuró Trócero.

—Sí, la cosa está revuelta al otro lado del río. Pero Zorathus es osado, incluso

**temerario a su manera. Quiere llegar a Messantia lo antes posible y espera vender allí la joya. O quizá sospecha lo que es realmente y pretende venderla en Estigia. En cualquier caso, en lugar de seguir las calzadas que cruzan Poitain hasta Argos, demasiado lejos de Messantia, ha preferido cruzar por el este de Zingaria, siguiendo la ruta más corta y directa.**

**Conan golpeó la mesa con el puño con tal fuerza que la hizo temblar.**

**—¡Por Crom! La fortuna al fin me muestra su rostro sonriente. Prepárame un caballo, Trócero, y consígueme la armadura de un Compañero Libre. Zorathus me lleva una buena ventaja, pero no tanta que no lo alcance, aunque tenga que seguirlo al fin del mundo.**

# 12
# El colmillo del dragón

Al amanecer, Conan vadeaba a caballo el Alimane y alcanzaba la amplia pista de caravanas que iba hacia el sur. Trócero lo contemplaba desde la otra orilla al frente de sus jinetes armados, el leopardo carmesí de Poitain ondeando sobre ellos en la brisa matutina. De pelo negro y acero brillante, no dijeron una sola palabra hasta que el rey se desvaneció a lo lejos.

Conan montaba un enorme semental, regalo de Trócero. No llevaba la armadura de Aquilonia; en su lugar vestía el jaez que lo identificaba como un veterano de las Compañías Libres. En la cabeza llevaba un sencillo morrión, abollado y baqueteado, el peto de cuero y malla de acero que vestía estaba gastado como si hubiera vivido mil campañas y la capa escarlata sobre sus hombros parecía manchada y algo andrajosa. Era la viva imagen de la espada de alquiler, del mercenario que ha conocido todas las vicisitudes de la fortuna y ha pasado de la riqueza a la estrechez de un día para otro.

Así era como se sentía. Viejos recuerdos volvían en tropel y rememoraba los días salvajes, enloquecidos y gloriosos de antaño que habían precedido el sendero hacia el trono, cuando no era más que un mercenario errante sin pasado ni mañana, pendenciero, voraz y temerario, sin más aspiraciones que una buena cerveza, unos labios rojos y una espada afilada que blandir en los campos de batalla.

Casi sin darse cuenta, volvía a sus viejas costumbres. Se le notaba en la forma de montar, en el modo en que guiaba el caballo. Juramentos medio olvidados le asomaban con facilidad a los labios y no dejaba de tararear viejas canciones que había coreado entre rugidos con sus compañeros de francachela y combate en innumerables tabernas, en caminos polvorientos y en campos de batalla.

Cabalgaba por un territorio inquieto. Las compañías de caballería que solían patrullar el río, alertas a una posible incursión desde Poitain, no se veían por ninguna parte. Las luchas intestinas habían dejado las fronteras sin protección y la amplia calzada blanca se extendía solitaria hasta el horizonte. No había caravanas de camellos, ni carretas traqueteando de un lado a otro, ni rebaños recorriéndola. De vez en cuando se cruzaba jinetes vestidos de cuero y acero, de rostros afilados y ojos crueles, siempre en grupos y siempre cautelosos. Escrutaban a Conan al pasar, pero seguían su camino, pues el aspecto del jinete solitario prometía más golpes que beneficios.

Los pueblos habían sido quemados y estaban abandonados y nadie se ocupaba de los campos y los prados. Solo los más osados se atrevían a usar la calzada en aquellos tiempos y la población nativa había sido diezmada por las guerras civiles y las incursiones desde el otro lado del río. En tiempos más pacíficos la calzada habría estado repleta de mercaderes rumbo a Messantia, en Argos, o de vuelta a Poitain. Pero ahora preferían usar la calzada al este Poitain y girar luego al sur hacia Argos, y hacer el mismo camino en sentido contrario. Era más largo, pero más seguro. Solo alguien extremadamente temerario arriesgaría su vida y sus

propiedades en la calzada de Zingaria.

El horizonte meridional estaba ribeteado de llamas por la noche y de amplias columnas de humo durante el día. En las ciudades y llanuras más al sur, los hombres morían, los tronos se desmoronaban y los castillos ardían. Conan notaba el viejo tirón del guerrero profesional que lo empujaba hacia la lucha, el pillaje y el saqueo, como en los viejos tiempos. ¿Para qué tomarse la molestia de volver a gobernar sobre un pueblo que ya lo había olvidado? ¿Por qué empecinarse? ¿Por qué perseguir una corona que estaba perdida para siempre? ¿No era mejor buscar el olvido, perderse en el oleaje carmesí de la guerra y la rapiña a la que se había entregado tantas veces en el pasado? ¿No podría, acaso, conquistar otro reino?

El mundo caminaba hacía una edad de hierro, guerra y ambiciones imperiales en la que por fuerza surgiría alguien lo bastante poderoso para construir un imperio sobre las ruinas de las naciones actuales. ¿Por qué no él?

Así le susurraban al oído sus antiguos demonios y de ese modo lo acosaban los fantasmas de su pasado sangriento y sin ley. Pero no dio la vuelta; siguió su camino en pos de un objetivo que parecía más etéreo a cada paso, hasta que tuvo la sensación de que perseguía un sueño irreal.

Forzaba el semental negro tanto como podía, pero la calzada seguía extendiéndose ante él, interminable, hasta el horizonte. Zorathus le sacaba una buena ventaja, pero Conan cabalgaba a buen ritmo, seguro de que iba más rápido que un grupo de mercaderes cargados con el peso de sus mercancías.

No tardó en llegar al castillo del conde Valbroso, que pendía como el nido de un buitre en una colina desnuda que dominaba aquella parte de la calzada.

Valbroso cabalgaba al frente de sus tropas, un hombre fuerte de tez morena, ojos brillantes y nariz de ave de presa. Vestía armadura de placas negras y lo seguían treinta piqueros: halcones de negro mostacho curtidos en las guerras de frontera, tan avariciosos y despiadados como él mismo. Últimamente, el peaje de las caravanas había sido magro y Valbroso culpaba a las guerras civiles por desviar de la calzada lo que debería haber sido su tráfico natural. Al mismo tiempo las bendecía por la libertad que le habían dado para rapiñar a sus vecinos.

No esperaba gran cosa del jinete solitario que había divisado desde la torre, pero era molienda para el molino, al fin y al cabo. Su experimentada vista reparó en la desgastada cota de malla de Omán y en el rostro sombrío y con cicatrices, solo para llegar a la misma conclusión que los jinetes que hasta ahora se habían cruzado con el cimerio: la bolsa vacía y la espada dispuesta.

—¿Quién eres, bribón? —quiso saber.

—Un mercenario de camino a Argos —respondió Conan—. El nombre es lo de menos.

—Vas en dirección contraria a la que deberías, si es que eres un Compañero Libre —dijo Valbroso—. En el sur la lucha es tan buena como el botín. Únete a mi compañía. No pasarás hambre. Es cierto que ya no hay mercaderes a los que esquilmar en el camino, pero pretendo llevar a mis rufianes al sur para vender nuestras espadas al que parezca más fuerte.

Conan no respondió al instante, seguro de que si rehusaba la oferta sería atacado acto seguido por los hombres de Valbroso. Antes de que pudiera decidirse, el zingario habló de nuevo:

—Vosotros, los de las Compañías Libres, siempre conocéis formas de hacer

hablar a los demás. Tengo un prisionero, el último comerciante que capturé. Por Mitra, el único que ha pasado por aquí en una semana, en realidad. El bellaco es tozudo. Tiene una caja de hierro que no hemos sido capaces de abrir y no he conseguido persuadirlo de que la abra. Por Istar, creí que conocía todos los medios de persuasión que existen, pero quizá un veterano de las Compañías Libres sepa algo que desconozco. Ven conmigo y veremos qué puedes hacer.

Las palabras de Valbroso terminaron de decidir a Conan. Podía ser Zorathus; no conocía en persona al mercader, pero cualquiera que fuera lo bastante empecinado para ir por la calzada de Zingaria en aquellos tiempos, seguro que también lo era para desafiar la tortura.

Se puso junto a Valbroso y cabalgó a su lado por el serpenteante camino que iba al castillo en lo alto de la colina. Como subordinado, debería haber ido tras el conde, pero la fuerza de la costumbre lo había vuelto descuidado, y Valbroso no le dio importancia. Años de vida en la frontera habían enseñado al conde que vivir allí no era como estar en la corte. Era consciente del carácter independiente de los mercenarios, gracias a cuya espada más de un rey había ganado su trono.

Había un foso seco medio lleno de basura en algunas zonas. Cruzaron el puente levadizo y, tras pasar bajo el pórtico en arco, oyeron caer el rastrillo a sus espaldas. Estaban en un patio desnudo, medio cubierto de hierba y con un pozo en el centro. Junto a la muralla exterior se apiñaban las chozas de los soldados a cuyas puertas había asomadas varias mujeres, algunas desaliñadas, otras con sus mejores galas. Había soldados vestidos con mallas herrumbrosas jugando a los dados bajo los estandartes de los arcos. Parecía más una guarida de ladrones que el castillo de un noble.

Valbroso desmontó y le indicó a Conan que lo siguiera. Atravesaron un pórtico que daba a un pasillo abovedado, donde se dieron de bruces con un individuo malencarado con el rostro cruzado de cicatrices que descendía por una escalera de piedra. Sin duda se trataba del capitán de la guardia.

—Hola, Beloso —saludó Valbroso—. ¿Ha hablado?

—Es tozudo —murmuró Beloso mientras lanzaba una mirada suspicaz en dirección a Conan.

Valbroso dejó escapar un juramento y empezó a subir con pasos firmes las escaleras, seguido de Conan y el capitán. Mientras ascendían pudieron oír los gemidos de un moribundo. La cámara de tortura de Valbroso estaba en lo más alto del castillo, en lugar de en una mazmorra subterránea. Allí, un individuo bestial y peludo en calzas de cuero roía vorazmente en cuclillas un hueso de ternera, al lado mismo de los bastidores, las bolas, los ganchos y demás artificios de la mente humana para arrancar carne, romper huesos y desgarrar venas y ligamentos.

Sobre un potro había un hombre desnudo, totalmente estirado, y Conan se dio cuenta de un vistazo de que agonizaba. El alargamiento antinatural de cuerpo y extremidades hablaba de articulaciones deformadas y fracturas innombrables. Era de piel oscura, rostro aquilino e inteligente y ojos negros y vivaces inyectados en sangre que giraban en agonía. El rocío de la muerte cercana perlaba su rostro y los labios dejaban ver las encías ennegrecidas, casi necróticas.

—Esta es la caja.

Valbroso golpeó de mal humor un cofre de hierro, pequeño pero pesado, que había a su lado en el suelo. Estaba tallado de un modo muy elaborado, con pequeñas calaveras y dragones que se retorcían entre ellas, pero Conan no vio signo alguno de cerradura o aldaba que pudiera abrirla. Fuego, hacha y cincel lo

habían intentado, pero solo habían dejado rasguños en la superficie.

—Esta es la caja del tesoro de ese perro —dijo Valbroso con rabia—. Todos en el sur conocen la historia de Zorathus y su cofre de hierro. Mitra sabrá lo que hay en él. Está empeñado en no revelarlo.

¡Zorathus! Así que era él. Tenía al hombre que buscaba justo delante y el corazón de Conan latió a mil por hora mientras se inclinaba sobre aquel cuerpo desfigurado, intentando no dar la menor señal de ansiedad.

—¡Afloja las cuerdas, bellaco! —le ordenó al torturador de malos modos.

Valbroso y su capitán se cruzaron una mirada. Llevado por el momento, Conan había usado su tono más imperioso y el bruto vestido de cuero había obedecido de un modo instintivo a la afilada autoridad de la voz. Soltó las cuerdas poco a poco o de otro modo habría sido un tormento aun mayor que tensarlas.

Conan tomó una jarra de vino que había a un lado y acercó el gollete a los labios del comerciante. Zorathus tragó espasmódicamente y el líquido se derramó sobre su destrozado pecho.

Un brillo de reconocimiento asomó a los ojos sanguinolentos y los labios cubiertos de espuma se entreabrieron. Un murmullo agónico en la lengua de Koth salió de ellos.

—¿Es esto la muerte? ¿Ha terminado la larga agonía? Pues eres sin duda el rey Conan y él murió en Valkia.

—No estás muerto —dijo Conan—. Pero no te queda mucho. No volverán a torturarte, me ocuparé de ello. Pero no vivirás mucho tiempo. Antes de morir dime cómo abrir la caja de hierro.

—Mi caja de hierro —masculló Zorathus, medio delirante—. El cofre forjado en los fuegos impíos de las montañas de Khrosha. El metal que ningún cincel puede cortar. ¡Cuántos tesoros ha protegido, a lo ancho y largo del mundo! Pero ninguno como el que contiene ahora.

—Dime cómo abrirlo —le urgió Conan—. A ti ya no puede ayudarte, pero quizá a mí sí.

—Sí, sin duda eres Conan —murmuró el kothio—. Te he visto sentado en el trono en el gran salón público de Tarantia, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano. Pero estás muerto. Moriste en Valkia. Así es como sé que mi propia muerte está cercana.

—¿Qué dice el perro? —quiso saber Valbroso, impaciente. No entendía el kothio—. ¿Nos dirá cómo abrir la caja?

Al sonido de la voz, una chispa de vida inflamó el pecho de Zorathus, quien volvió su rostro ensangrentado hacia él.

—Se lo diré solo a Valbroso —jadeó en zingario—. La muerte está a mi lado. ¡Acércate, Valbroso!

Así lo hizo el conde, el rostro moreno crispado de pura avaricia. Su lúgubre capitán lo siguió, pegado a su espalda.

—Presiona las siete calaveras del borde, una tras otra —jadeó Zorathus—. Luego presiona la cabeza del dragón que se enrosca alrededor de la tapa. Luego, las garras del dragón. Eso abrirá la cerradura secreta.

—¡Rápido, la caja! —gritó Valbroso.

Conan la alzó y la puso sobre una tarima, con Valbroso a un lado.

—¡Déjame abrirla! —exclamó Beloso, echado hacia adelante.

Valbroso lo echó hacia atrás con una maldición. La avaricia brillaba en sus ojos.

—¡Nadie la abrirá sino yo! —gritó.

Conan, que se había llevado la mano instintivamente a la empuñadura de la espada, miró de repente a Zorathus. Sus ojos estaban vidriados y llenos de sangre, pero estaban clavados en Valbroso con una intensidad casi sobrenatural. ¿Era acaso la sombra de una sonrisa lo que estaba torciendo los labios del moribundo? No había contado su secreto hasta no estar seguro de que se moría y Conan, desconfiado, quedó a la expectativa y dejó hacer a Valbroso, al que el moribundo seguía mirando.

A lo largo del borde de la caja había siete cráneos tallados entre las ramas entrelazadas de extraños árboles. Un dragón se retorcía alrededor de la tapa, junto a ornamentados arabescos. Valbroso presionó las siete calaveras con frenesí y mientras oprimía con el pulgar la cabeza del dragón lanzó un juramento y apartó la mano.

—Una punta afilada en unas de las tallas —murmuró—. Me ha pinchado el pulgar.

Presionó la bolita dorada pegada a las garras del dragón y la tapa se abrió de repente. Quedaron deslumbrados por el resplandor dorado que salía del cofre, como si estuviera lleno de un fuego incandescente que se derramase por los bordes y se esparciera por el aire en escamas temblorosas. A Beloso se le escapó un grito y Valbroso contuvo el aliento. Conan guardaba silencio, embelesado ante lo que veía.

—¡Por Mitra, qué joya!

La mano de Valbroso se introdujo en el cofre y cuando la sacó había en ella una esfera carmesí cuya luz centelleante inundó la sala. A su resplandor, Valbroso parecía un cadáver.

El agonizante comerciante empezó a reír de pronto, de un modo casi salvaje.

—¡Necio! —gritó—. ¡La joya es tuya! ¡Y la muerte con ella! El arañazo en tu pulgar... ¡Mira la cabeza del dragón, Valbroso!

Les tres se giraron hacia el cofre. Algo pequeño y ligeramente brillante asomaba de la boca abierta de la talla.

—¡El colmillo del dragón! —gorgoteó Zorathus—. Empapado en el veneno del escorpión negro de Estigia. Has sido un idiota al abrir la caja de Zorathus con las manos desnudas. ¡Estás muerto!

Una espuma sanguinolenta cubrió sus labios y expiró.

Valbroso se tambaleó y empezó a gritar:

—¡Mitra! ¡Me quema! ¡Es fuego líquido en mis venas! ¡Me está destrozando! ¡No! ¡La muerte! ¡La muerte en el colmillo!

Dio media vuelta y cayó al suelo. Por un momento se retorció de forma espantosa y brazos y piernas se torcieron en posturas imposibles. Se quedó quieto de pronto, totalmente inmóvil, los ojos vidriosos clavados en lo alto y las encías ennegrecidas asomando tras unos labios totalmente crispados.

—¡Está muerto! —murmuró Conan, mientras se inclinaba y cogía la joya de allí donde había caído de la mano rígida de Valbroso. Estaba en el suelo, como en medio de un estanque parpadeante de fuego crepuscular.

—¡Muerto! —susurró Beloso.

La locura brillaba en sus ojos.

Pilló a Conan con la guardia baja cuando atacó. Los ojos del bárbaro estaban cautivados por el resplandor de la gema y no se dio cuenta de las intenciones de Beloso hasta que no sintió un golpe bestial en el yelmo. El brillo de la joya fue

eclipsado por una llama aún más roja y cayó de rodillas.

Oyó ruido de pies y un bramido como el de un buey agonizante. Estaba aturdido pero no completamente inconsciente y se dio cuenta de que Beloso había cogido la caja de hierro y lo había golpeado con ella en la cabeza. Su morrión lo había salvado. Logró ponerse en pie, tambaleante, y desenvainó la espada mientras intentaba aclarar la vista. La habitación parecía girar a su alrededor, pero pudo ver la puerta abierta y oyó ruido de pasos que descendían veloces por la escalera. En el suelo, el torturador boqueaba agónicamente mientras la vida se le escapaba por una cuchillada en el costado. El Corazón de Arimán había desaparecido.

Conan salió de la habitación espada en mano, vacilante y con un reguero de sangre manando bajo el morrión. Bajó las escaleras como un borracho. Oyó ruido de espadas en el patio, gritos y finalmente el zapateo frenético de unas pezuñas. Corrió hacia las murallas solo para ver a los soldados yendo de un lado para otro sin saber lo que hacían mientras las mujeres gritaban. La poterna estaba abierta y un soldado yacía en el suelo con la cabeza partida. Los caballos, aún embridados y ensillados, relinchaban y corrían de un lado a otro del patio, el semental de Conan entre ellos.

—¡Se ha vuelto loco! —gritaba una mujer. Se retorcía las manos y corría sin saber muy bien adónde—. Salió del castillo como un animal enloquecido y se puso a acuchillar a diestro y siniestro. ¿Dónde está el conde Valbroso?

—¿Por dónde fue? —rugió Conan.

Todos se detuvieron y se quedaron mirando el rostro ensangrentado y la espada desnuda del forastero.

—¡Por la poterna! —chilló una mujer, señalando al este.

Otra berreó:

—¿Quién es este?

—Beloso ha matado a Valbroso —gritó Conan, mientras intentaba sujetar a su semental y los soldados empezaban a avanzar, indecisos, en su dirección.

Un alarido acogió las noticias y reaccionaron exactamente como el bárbaro había anticipado. En lugar de cerrar las puertas y hacerlo prisionero o de perseguir al asesino para vengar a su señor, sus palabras no hicieron más que aumentar la confusión. Eran lobos que se mantenían unidos solo por el miedo a Valbroso y no le debían lealtad al castillo o a los demás.

Se cruzaron espadas en el patio y las mujeres gritaron de nuevo. En medio de aquel caos, nadie se dio cuenta de que Conan cruzaba la poterna y galopaba colina abajo. La amplia llanura se abría ante él y al pie de la colina la pista de caravanas se bifurcaba: una rama iba al sur y la otra al este. Fue en el camino oriental donde vio a otro jinete, agachado sobre la grupa de un caballo al que no dejaba de espolear. La visión de la llanura teñida del resplandor rojizo del crepúsculo le dio vértigo; se tambaleó en la silla y tuvo que agarrarse a las crines con la mano. La sangre le manchaba la cota de malla, pero meneó la cabeza y espoleó el caballo en pos de su presa.

Tras él se veían varias columnas de humo procedentes del castillo de la colina, donde el cuerpo del conde yacía olvidado y desatendido junto al del prisionero. El sol se ponía y dos figuras galopaban contra el cielo rojizo y tenebroso. El semental no estaba fresco, pero tampoco el caballo que montaba Beloso, y la enorme bestia respondía con entrega a las exigencias del amo y sacaba fuerzas de flaqueza.

Conan no tenía ni la menor idea de por qué el zingario huía de un simple perseguidor. Un ataque de pánico fruto de la locura que brillaba en la joya, tal vez.

El sol se puso. La blanca calzada era una línea borrosa en medio de un crepúsculo fantasmal que viraba hacia un escarlata cada vez más oscuro mientras cabalgaba. El semental jadeó y siguió esforzándose. El paisaje cambiaba a medida que se cerraba la noche. La llanura descubierta dio paso a grupos de robles y alisos y en la distancia se podía apreciar la joroba rechoncha de algunas lomas. Salieron las estrellas. El semental jadeó de nuevo y se tambaleó. Frente a Conan se alzaba un espeso bosque que se extendía colina arriba hasta el horizonte y cerca de él pudo divisar la borrosa silueta del fugitivo. Forzó de nuevo al semental, pues comprendió que le estaba ganando terreno, vara a vara. Un extraño grito salió de las sombras y se sobrepuso al golpear de los cascos en el suelo, pero ni perseguido ni perseguidor se detuvieron.

Iban casi a la misma altura cuando alcanzaron las ramas más cercanas a la calzada. Conan soltó un grito seco y feroz y alzó la espada. El óvalo pálido de un rostro se giró hacia él, otra espada centelleó en una mano en penumbra y Beloso le devolvió el grito.

De pronto, el agotado semental perdió pie de un tropezón, gimió y cayó de cabeza, arrojando a su aturdido jinete de la silla. La cabeza de Conan golpeó contra una piedra y las estrellas desaparecieron del cielo para ser sustituidas por una oscuridad total.

Nunca llegó a averiguar cuánto tiempo había estado inconsciente. Despertó de pronto con la sensación de que alguien lo agarraba del brazo y lo arrastraba por el suelo pedregoso en dirección a un espeso matorral. Luego lo dejaron caer de forma descuidada y fue esa sacudida la que lo despertó del todo.

Ya no llevaba el morrión, le dolía la cabeza de un modo espantoso, sentía náuseas y la sangre se le había apelmazado en la oscura melena. Pero estaba despierto y alerta con la vitalidad característica de los salvajes y escudriñó lo que había a su alrededor.

Divisó una enorme luna rojiza a través de los árboles, lo que le hizo pensar que hacía rato que había pasado la medianoche. Había estado varias horas inconsciente, tiempo suficiente para recuperarse del golpe de Beloso y de la caída que lo había dejado sin sentido. Se sentía mucho más despejado que durante la persecución del fugitivo.

Al percibir con más claridad lo que lo rodeaba se dio cuenta con sorpresa de que no estaba tirado en la calzada. De hecho, no se veía la calzada por ninguna parte. Yacía sobre la hierba en un pequeño calvero rodeado de un muro de negros troncos y ramas entrelazadas. Tenía el rostro y las manos arañados y lacerados, como si lo hubieran arrastrado a través de zarzas. Se volvió de un lado a otro comprobando los alrededores... y alzó la cabeza de pronto con la sensación de que alguien lo acechaba desde lo alto.

Al principio dudó de su percepción y creyó que deliraba. Sin duda aquella criatura inmóvil y grisácea que se agazapaba sobre las ancas y lo contemplaba desde las alturas con ojos fríos y sin alma no podía ser real.

Se quedó inmóvil, medio esperando que se desvaneciera como la imagen de un sueño, hasta que de pronto un escalofrío le sacudió la espalda. A su mente

acudieron recuerdos medio olvidados de historias sobre las criaturas que acechaban en los bosques deshabitados a los pies de las colinas entre Zingaria y Argos. Los llamaban gules, devoradores de carne humana, prole de la oscuridad, hijos de apareamientos impíos entre razas olvidadas de demonios del inframundo. En alguna parte de aquellos bosques primitivos yacían las ruinas de una antigua ciudad maldita, se afirmaba, y entre sus tumbas reptaban lechosas formas de aspecto humano.

Conan se estremeció.

No apartó la vista de la cabeza deforme que colgaba sobre él y con mucho cuidado extendió la mano hacia la espada. Con un grito horrible que fue respondido involuntariamente por el humano, el monstruo se lanzó contra su garganta.

Conan alzó el brazo derecho y las mandíbulas, fuertes como las de un perro de presa, se hincaron en la cota de malla y clavaron los anillos de metal en la carne. Los brazos de aquella parodia semihumana se lanzaron hacia la garganta de Conan, quien logró esquivarlos con un brusco quiebro al mismo tiempo que desenvainaba el puñal con la mano izquierda.

Rodaron una y otra vez sobre la hierba, entre una maraña de golpes y quiebros. Los músculos que había bajo la piel fría y resbaladiza estaban rígidos y tensos como cables de acero y eran mucho más poderosos que los de un hombre normal. Pero también lo eran los de Conan, y la cota de malla lo protegió de los afilados colmillos y las fieras garras lo suficiente para poder clavar el puñal varias veces. La vitalidad de aquella criatura parecía inagotable y la piel de Conan no podía evitar un estremecimiento cada vez que rozaba aquella carne viscosa y resbaladiza. Puso toda su rabia y asco en los golpes del puñal y de pronto sintió que el monstruo se agitaba convulsamente bajo su cuerpo a la vez que la punta se clavaba en su horripilante corazón.

Se quedó inmóvil.

Conan se puso en pie, sacudido por las náuseas. Se quedó tambaleante en el centro del claro con la espada en una mano y el puñal en la otra. No había perdido su instintivo sentido de la orientación, pero no sabía en qué dirección estaba la calzada, pues no tenía forma de saber hacia dónde lo había arrastrado el gul. Contempló el bosque silencioso y oscuro que lo rodeaba, moteado por la luz de la luna, y sintió que un sudor frío le recorría todo el cuerpo. No tenía caballo y estaba en medio de un bosque en el que podía acechar cualquier horror, como demostraba la criatura deforme que acababa de matar. Contuvo el aliento mientras aguzaba los sentidos, tratando de distinguir el menor ruido, ya fuera el crujido de una rama al romperse o el susurro de la hierba.

Lo que oyó le hizo reaccionar de repente. De pronto, el aire le trajo el grito horrorizado de un caballo. ¡Su semental! Había panteras en los bosques, o bien los gules devoraban animales además de hombres.

Atravesó con ferocidad los arbustos en dirección al sonido, silbando estridentemente mientras lo hacía, el miedo convertido en rabia y locura. Si le mataban el caballo, cualquier oportunidad de alcanzar a Beloso y recuperar la joya se habría desvanecido. De nuevo el semental gritó de miedo y furia, algo más cerca ahora. Se oía un ruido como de garras y algo golpeaba con fuerza y cada vez más cerca.

Salió a la blanca calzada y pudo ver al semental encabritado, subiendo y bajando la cabeza a la luz de la luna, las orejas echadas hacia atrás y los ojos

**desorbitados. Golpeaba con los cascos a una sombra furtiva que se agachaba y balanceaba a su alrededor, y Conan se dio cuenta de que algo más allá se movían otras, grises y esquivas, creando un círculo alrededor del caballo. El olor era repugnante, como el de un osario.**

**Con una maldición el rey golpeó a diestro y siniestro con la espada y acuchilló cuanto pudo con el puñal. A la luz de la luna vio colmillos afilados y garras que intentaban atraparlo, pero se abrió paso hasta llegar al semental, agarró las riendas y saltó a la silla. La espada se alzó y volvió a caer, trazó un arco de escarcha a la luz de la luna y derramó sangre, cortó cabezas y atravesó cuerpos. El semental se encabritó y golpeó con los cascos. Se abrieron paso por la carretera como una explosión, rodeados a cada lado de sombras horripilantes y lechosas, que no tardaron en quedar a sus espaldas cuando coronaron una cima arbolada y dejaron atrás el bosque. Ante ellos se extendía una vasta extensión de lomas cubiertas de hierba.**

# 13
# Un fantasma del pasado

Poco después del amanecer, Conan cruzaba la frontera de Argos. No había visto el menor rastro de Beloso, así que o bien el capitán se las había apañado para dejarlo atrás del todo mientras yacía inconsciente o había sido devorado por los gules del bosque zingario. Conan encontraba improbable esto último. El hecho de que lo hubieran dejado tranquilo todo el tiempo que había estado inconsciente indicaba que los monstruos habían perdido el tiempo intentando inútilmente atrapar al capitán. Y si estaba vivo, tenía que ir por delante de él; no habría tomado aquel camino si no hubiera pretendido llegar a Argos.

Los guardias de la frontera no lo molestaron. Un mercenario solitario no requería pasaporte o salvoconducto, especialmente cuando su armadura mostraba que no estaba al servicio de ningún amo. Así que cabalgó a través de las achaparradas colinas cubiertas de hierba, pasando junto arroyos susurrantes y dejando atrás tramos cubiertos por la sombra sesgada de los robles. Seguía la calzada sin descanso, cruzando valles y lomas, con el cielo azul siempre en la distancia. Era un camino antiguo el que unía Poitain con el océano.

No había guerras en Argos. Las carretas de bueyes traqueteaban a lo largo de la calzada. Los campesinos de piel curtida y morena se afanaban en las huertas y campos de labranza que se extendían más allá de la carretera bordeada de árboles. Los ancianos se sentaban a las puertas de las tabernas bajo las ramas de los robles y saludaban a los viajeros.

Conan intentó conseguir noticias de Beloso de todos ellos: de los carreteros, de los campesinos, de los ancianos parlanchines en las tabernas donde se detenía a saciar la sed con enormes jarras de cerveza espumosa, de los mercaderes de ojos astutos con los que se encontraba en la calzada.

Oyó versiones contradictorias, pero todas coincidían en que un zingario nervudo de peligrosos ojos negros y amplio bigote había pasado por la calzada y, al parecer, se dirigía a Messantia. Era el destino lógico; todos los puertos de Argos eran lugares cosmopolitas y abiertos, al contrario que el interior, y Messantia era el más abigarrado y multicultural de todos ellos. Barcos de todas las naciones marítimas atracaban en su puerto y refugiados y fugitivos de cien lugares acababan recalando allí. La ley era laxa. Messantia prosperaba con el comercio marítimo y sus ciudadanos estaban dispuestos a mirar a otro lado en algunos de sus tratos con los marinos. Lo que fluía hacia Messantia no era solo comercio legítimo: los contrabandistas y bucaneros también jugaban su papel. Conan lo sabía de sobra, pues en los días de antaño, cuando era un pirata barachano, a menudo navegaba de noche hacia el puerto de Messantia para vender algunas mercancías. La mayoría de los piratas de las Islas Baracha, el pequeño archipiélago de la costa suroeste de Zingaria, eran marinos argóseos, y mientras se limitasen a obtener sus botines de otras naciones, las autoridades de Argos no serían demasiado estrictas en su interpretación de las leyes del mar.

Pero Conan no se había limitado a las actividades habituales de los

barachanos. También había navegado con bucaneros zingarios e incluso con los salvajes corsarios negros que venían del sur y asolaban las costas del norte, lo que lo situaba abiertamente al otro lado de cualquier ley, por laxa que fuera. Si lo reconocían en cualquier puerto de Argos, podía costarle la cabeza, lo que no lo hizo dudar ni un momento mientras seguía su camino a Messantia, parando solo para refrescar al semental o echar una cabezada.

Llegó a la ciudad sin que nadie lo detuviera, mezclado entre la multitud que entraba y salía sin cesar de aquel enorme centro de comercio. Messantia no estaba amurallada: los barcos y el mar guardaban la ciudad.

Atardecía mientras recorría sin prisa las calles que desembocaban en el puerto. Al fondo divisaba ya los malecones y los mástiles y las velas de las naves. Olía el agua salada del mar por primera vez en años y escuchaba el raspar del cordaje y el crujido de los mástiles en la brisa que agitaba las cabrillas en la lejanía. El ansía de vagabundear se apoderó de nuevo de su corazón.

Pero no descendió hasta los malecones. Se desvió a un lado y recorrió un tramo empinado cubierto de adoquines gastados que desembocaba en una amplia calle llena de ricas mansiones justo frente a los muelles. Allí vivían aquellos que se habían enriquecido con los frutos del mar: unos pocos capitanes que habían encontrado algún tesoro y muchos comerciantes y mercaderes que nunca habían pisado las resbaladizas cubiertas ni sabían lo que era una tempestad en alta mar.

Se acercó a un pórtico con molduras de oro y entró en un patio en cuyo centro había una fuente y por el que las palomas revoloteaban de un lado a otro. Un paje con jubón y calzas de seda se le acercó enseguida para preguntarle qué deseaba. Los comerciantes de Messantia trataban con toda clase de individuos, incluidos los personajes más rudos y pintorescos, pero casi siempre hombres de mar. No era común que un mercenario entrara por las buenas en el patio de un importante comerciante.

—¿El mercader Publio vive aquí?

Era más una afirmación que una pregunta, y algo en el timbre de la voz hizo que el paje se quitara el chaperón mientras se inclinaba y decía:

—En efecto, capitán.

Conan desmontó y el paje llamó a un sirviente, que llegó presuroso a hacerse cargo del semental.

—¿Está tu amo? —preguntó Conan mientras se quitaba los guanteletes y se sacudía el polvo del camino de la capa y la cota de malla.

—Está, mi capitán. ¿A quién debo anunciar?

—Me anunciaré a mí mismo —gruñó Conan—. Conozco perfectamente el camino. Quédate aquí.

El paje obedeció la orden sin dudarlo y se quedó quieto, sin apartar la vista de Conan mientras este subía por una corta escalera de peldaños de mármol. No paraba de preguntarse qué conexión habría entre su amo y aquel gigantesco guerrero con el aspecto de un bárbaro del norte y el tono imperioso de un rey.

Los sirvientes se quedaban parados y boquiabiertos al paso de Conan, quien cruzó una larga y fresca galería sobre el patio y entró en un amplio pasillo a través del que se colaba la brisa marina. A mitad de camino oyó el rasgar de una pluma y entró finalmente en una amplia habitación cuyas numerosas ventanas se abrían hacia el puerto.

Publio se sentaba en una silla de madera de teca tallada y escribía en un fino pergamino con una pluma dorada. Era un individuo bajo, de cabeza enorme y ojos negros y vivaces. Su túnica azul era de la más fina seda, bordada con hilo de oro. Una pesada cadena del mismo metal pendía del cuello gordo y pálido.

El comerciante alzó la vista al oír entrar al cimerio y lo recibió con un gesto de fastidio que se le congeló de pronto en el rostro. Abrió la boca como quien ve a un fantasma del pasado, con una expresión a mitad de camino entre la incredulidad y el miedo en los ojos abiertos de par en par.

—Vaya —dijo Conan—. ¿Ya no saludas a los viejos amigos, Publio?

El comerciante se humedeció los labios con la lengua.

—¡Conan! —musitó, incrédulo—. ¡Por Mitra! ¡Conan! ¡Amra!

—¿Quién si no? —dijo el cimerio mientras se quitaba la capa y la arrojaba junto con los guanteletes sobre el escritorio—. ¿Cómo te va? —preguntó luego con irritación—. Al menos podrías ofrecerme un trago. Tengo la garganta reseca del polvo del camino.

—¡Un trago, claro, sí, vino! —exclamó Polio mecánicamente.

Alzo la mano de forma instintiva para tocar el gong que tenía al lado, retrocedió de pronto como si se hubiera quemado y luego se estremeció.

Mientras Conan lo contemplaba con un brillo de sombría diversión en los ojos, el comerciante se puso en pie y se apresuró a cerrar la puerta, no sin antes asomarse y comprobar que no había nadie en el pasillo. Luego tomó una jarra dorada de vino de una mesa a su lado y estaba a punto de llenar un cáliz de delicada factura cuando Conan, impaciente, se la quitó de las manos y bebió directamente de ella hasta quedar saciado.

—Sí, el mismísimo Conan, está claro —musitó Publio—. ¿Acaso te has vuelto loco?

—Por Crom, Publio —dijo Conan, apartando la jarra de la boca pero sin soltarla—, tus aposentos son muy distintos de los de los viejos tiempos. Solo un comerciante de Argos sería capaz de amasar una fortuna a base de vender pescado podrido y vino barato.

—Los viejos tiempos han pasado —murmuró Publio, envolviéndose en la capa y conteniendo un escalofrío—. Me he desembarazado del pasado como si hubiera cambiado de túnica.

—De mí no vas a poder deshacerte como si fuera ropa vieja —retrucó Conan —. No quiero gran cosa de ti, pero lo que quiero, lo tendré. Sabes que no puedes negarte. Colaboramos bastante en los viejos tiempos. ¿Crees que soy tan tonto que no me doy cuenta de que esta mansión está construida sobre mi sangre y mi sudor? ¿Cuántas veces la carga de mis galeras llegó a los mercados a través de tu establecimiento?

—Todos los comerciantes de Messantia han tenido tratos con piratas en un momento u otro —musitó nerviosamente Publio.

—Pero no con corsarios negros —respondió Conan, implacable.

—¡Por el amor de Mitra, ni lo menciones! —exclamó Publio, que había empezado a sudar y se agarraba nerviosamente los bordes de la túnica.

—Solo quería asegurarme de que lo recordabas. No tengas tanto miedo. Corrías mayores riesgos en el pasado, cuando peleabas por el sustento y la riqueza en esa tienducha junto a los muelles y eras uña y carne con cualquier bucanero, contrabandista y pirata de aquí a las Baracha. La prosperidad te ha vuelto blando.

—Ahora soy respetable —empezó a decir Publio.

—O sea, que eres asquerosamente rico —replicó Conan—. ¿Y por qué te has hecho rico mucho más rápido que tus competidores? ¿Quizá porque hiciste un gran negocio con el marfil y las plumas de avestruz, el cobre, las pieles, las perlas, los adornos de oro y unas cuantas cosas más de la costa de Kush? ¿Y cómo pudiste conseguirlas tan baratas mientras los demás tenían que pagar su peso en plata a los estigios por ellas? Te lo diré por si lo has olvidado: me las compraste a un precio muy inferior a su valor y yo se las arrebaté a las tribus de la Costa Negra y a los barcos estigios. Sí, lo hice con ayuda de los corsarios negros. ¿Vas recordando ya?

—¡En el nombre de Mitra, basta! —suplicó Publio—. No lo he olvidado. Pero ¿qué estás haciendo aquí? Soy el único en todo Argos que sabe que el rey de Aquilonia fue una vez Conan el bucanero, hace mucho tiempo. En cualquier caso, nos han llegado noticias de la derrota de Aquilonia y la muerte del rey.

—Mis enemigos me han matado al menos cien veces, si hacemos caso de los rumores —replicó Conan— Y aquí estoy, sentado bien a gusto y trasegando vino de Kyros.

Hizo ciertas sus palabras, tras lo cual posó la jarra, casi vacía.

—Lo que te voy a pedir es una fruslería, Publio —dijo—. Sé que sabes cuanto pasa en Messantia. Quiero que averigües si un zingario llamado Beloso está en la ciudad. Quizá viaje bajo otro nombre. Es alto y enjuto, moreno como es habitual entre los suyos, e intentará vender una joya poco común.

Publio meneó la cabeza.

—No he oído de nadie con esas señas. Pero son miles los que vienen y van por las calles de Messantia. Si está aquí, mis agentes darán con él.

—Bien. Haz que lo busquen. Mientras tanto, que cuiden de mi caballo y sírveme algo de comer. Aquí mismo.

Publio asintió con entusiasmo y Conan terminó de vaciar la jarra de vino y la lanzó de forma descuidada contra una esquina. Se acercó luego a una ventana y aspiró profundamente el aire salado de la costa. Su vista se perdió por las calles del puerto y examinó los barcos atracados con ojo experto, tras lo cual alzó la cabeza y oteó al otro lado de la bahía, a la distante neblina que cubría el horizonte. Recordó los mares del sur, el sol ardiente, las tierras sin ley, burbujeantes de vida. Un tenue aroma de especias y palma despertó imágenes de costas desconocidas en las que crecían los mangos y se oía el latido de los tambores, de barcos enzarzados en batalla y cubiertas resbaladizas de sangre, atestadas de humo y gritos de matanza. Perdido en sus pensamientos ni se dio cuenta de que Publio abandonaba la habitación.

El mercader se sujetó la túnica y echó a correr por los pasillos hasta que llegó a una habitación en la que un hombre alto y fibroso con una cicatriz en la frente escribía en un pergamino. Había algo en él que hacía incongruente aquella actividad sedentaria.

—¡Conan ha vuelto! —le dijo Publio nada más entrar.

—¿Conan? —La pluma cayó de sus dedos—. ¿El corsario?

—Sí.

El escribiente se puso lívido.

—¿Se ha vuelto loco? Si lo descubren aquí, estamos perdidos. Colgarán a cualquiera que dé refugio o comercie con corsarios, igual que lo harían con el propio corsario. ¿Y si el gobernador descubre nuestros antiguos tratos con él?

—No se enterará —respondió Publio, sombrío—. Envía a tus hombres a los

mercados y a los muelles y averigua si un tal Beloso, un zingario, está en Messantia. Conan dice que lleva una gema de la que seguramente pretende deshacerse. Los comerciantes de joyas sabrán de él, sin duda. Y harás algo más: reúne a una docena de rufianes desesperados en los que puedas confiar para que se lleven a alguien por delante y mantengan cerrada la boca. ¿Me has comprendido?

—Te entiendo —dijo su interlocutor con un asentimiento siniestro.

—No he robado, engañado, mentido y luchado por abrirme paso hasta donde estoy para que un fantasma del pasado venga a echarlo todo a perder —murmuró Publio.

El aspecto siniestro de su rostro habría sorprendido a los adinerados nobles que compraban sus sedas y perlas. Mas cuando volvió a la habitación de Conan poco después con un plato de fruta y carne en las manos su aspecto era de pura placidez.

Conan aun estaba asomado a la ventana, contemplando el puerto y las velas moradas, carmesíes y bermejas de galeones, galeras, carracas y dromones.

—O estoy ciego o esa es una galera estigia —dijo. Señalaba a un bajel largo, bajo y esbelto de color negro algo separado de los demás, anclado en la amplia playa de arena que formaba una curva a lo largo del promontorio—. ¿Están en paz Argos y Estigia?

—Tan en paz como siempre —respondió Publio mientras posaba el plato en la mesa y suspiraba al librarse del peso—. Los puertos estigios están abiertos a nuestros barcos, de momento. Pero Mitra quiera que ninguno de mis barcos se encuentre con sus malditas galeras en mar abierto. Esa llegó la pasada noche. Ignoro lo que quiere su patrón. Hasta ahora ni han comprado ni vendido nada. No me fío de esos demonios de piel oscura. Todo cuanto es traicionero ha nacido en esa maldita tierra polvorienta.

—Bien que los hice aullar en mis tiempos —murmuró Conan con indiferencia tras abandonar la ventana—. En mi galera manejada por corsarios negros me deslicé hasta los mismísimos bastiones de los castillos negros de Jemi por la noche y quemé los galeones allí atracados. Y ya que hablamos de traición, mi querido huésped, qué tal si pruebas las viandas y echas un buen trago del vino, simplemente para asegurarme de que tu corazón está donde debe.

Publio accedió tan rápido que adormeció las sospechas de Conan, quien sin más se sentó y devoró una ración suficiente para tres hombres.

Mientras comía, los hombres de Publio recorrían los mercados y el muelle, buscando a un zingario que quisiera vender una joya... o encontrar un barco que lo llevara a puertos lejanos. Un individuo alto con una cicatriz en la frente apoyaba los codos en una mesa manchada de vino en una mugrienta bodega iluminada por una lámpara de metal de luz humeante y hablaba con varios tipos malencarados cuyas facciones siniestras y ropas raídas no dejaban dudas acerca de su profesión.

Las primeras estrellas de la noche cayeron sobre un extraño grupo que espoleaba sus monturas por la blanca calzada que iba a Messantia desde el oeste. Eran cuatro, altos, enjutos y enfundados en túnicas negras con capucha. No hablaban y forzaban sin piedad sus monturas, que como ellos eran enjutas y sudaban y jadeaban como si llevaran viajando mucho tiempo desde muy lejos.

# 14
# La mano negra de Set

Conan despertó de un profundo sueño tan rápido y alerta como un gato. Y como un gato estaba en pie antes de que quien lo había tocado pudiera dar un paso atrás.

—¿Qué has averiguado, Publio? —quiso saber en cuanto reconoció a su anfitrión.

La lámpara de oro ardía con poca intensidad y daba un aspecto fantasmagórico a los espesos tapices de las paredes y la delicada tela del sofá en el que había estado durmiendo.

Publio se recobró del susto que le había dado el vertiginoso despertar de su invitado y dijo:

—Hemos localizado al zingario. Llegó ayer al amanecer y hace unas pocas horas intentó vender una extraña joya a un mercader semita, que no quiso saber nada del asunto. Dicen que se puso pálido bajo su negra barba y que, tras cerrar su puesto, desapareció como alma que lleva el diablo.

—Sí, debe de ser Beloso —murmuró Conan, impaciente ante la proximidad de la presa—. ¿Dónde está ahora?

—Duerme en casa de Servio.

—Conozco esa cueva de ladrones. Mejor me doy prisa antes de que alguno de esos bellacos le raje la garganta por la joya.

Cogió la capa y se la pasó por los hombros, para luego calarse el yelmo que Publio le había procurado.

—Ten mi semental ensillado y listo en el patio —dijo—. Quizá vuelva algo apurado. No olvidaré lo que has hecho esta noche, Publio.

Poco después, apoyado en puertecita lateral del patio, Publio contemplaba la enorme silueta del rey mientras se perdía en la calle en penumbra.

—Adiós, corsario —murmuró—. Debe de tratarse de una joya ciertamente notable para que la busque alguien que acaba de perder un reino. Ojalá hubiera dicho a mis sicarios que esperasen a que la hubieras conseguido antes de hacer lo que les ordené. Pero no, algo podría ir mal. Que Argos se olvide de Amra y que mis tratos con él se pierdan en el polvo del pasado. Sí; en el callejón tras la casa de Servio, ahí es donde Conan dejará de ser una amenaza para mí.

La casa de Servio era una guarida sucia y de mala reputación cerca de los muelles, al lado mismo de los malecones. Era un edificio de piedra y pesadas vigas que amenazaba ruina pegado a un callejón sucio, estrecho y largo. Conan lo cruzó y cuando llegó a la casa tuvo la sensación inquietante de que lo espiaban. Escudriñó con atención una zona en sombra entre dos escuálidos edificios, pero no vio nada, aunque le pareció oír en cierto momento el susurro del cuero contra la carne.

En cualquier caso, nada de aquello se salía de lo normal. Los mendigos y los ladrones vagabundeaban por aquellos callejones durante toda la noche y estaba

seguro de que en cuanto le echaran un vistazo a su tamaño y sus armas ni pensarían en atacarlo.

De pronto se abrió una puerta en la pared que tenía enfrente y Conan se deslizó bajo la sombra de un arco. Una silueta emergió de la puerta abierta y fue hacia el callejón, no de una forma furtiva sino de un modo silenciosamente natural, como una bestia en la jungla. La luz de las estrellas se colaba en el callejón lo suficiente para distinguir el perfil del hombre cuando pasaba junto al arco donde se ocultaba Conan, quien pudo ver que se trataba de un estigio. Ni a la luz de las estrellas era posible confundir aquel rostro de halcón, la cabeza afeitada o el manto sobre los amplios hombros. Se perdió callejón abajo en dirección a la playa y a Conan le pareció que llevaba una linterna bajo la ropa, pues en cierto momento creyó ver un destello de luz mortecina justo antes de que el estigio quedara fuera de su vista.

El cimerio no tardó en olvidarlo en cuanto se dio cuenta de que la puerta por la que había salido seguía abierta. Había tenido la intención de entrar por la principal y obligar a Servio a mostrarle la habitación donde dormía el zingario. Pero si podía entrar en la casa sin llamar la atención de nadie, mucho mejor.

Un par de zancadas lo llevaron a la puerta y en cuanto sus manos tocaron la cerradura soltó un gruñido involuntario. Sus hábiles dedos, entrenados tiempo atrás entre los ladrones de Zamora, le indicaron que la cerradura había sido forzada, al parecer por una enorme presión desde el exterior que había torcido y doblado el recio cerrojo de hierro y había arrancado un trozo del marco. Conan no imaginaba cómo se las habían arreglado para causar un daño así sin despertar a todo el vecindario, pero estaba seguro de que lo habían hecho aquella misma noche. Un cerrojo roto, una vez descubierto, no quedaría sin arreglar en la casa de Servio, en aquel vecindario de ladrones y asesinos.

Entró sigilosamente cuchillo en mano, preguntándose cómo se las iba a apañar para dar con la habitación del zingario. Se movía a tientas en medio de una oscuridad total y se quedó quieto de repente. Percibía la presencia de la muerte en aquella habitación, como la habría sentido una bestia salvaje; no se trataba de un peligro que lo amenazase, sino de algo muerto recientemente. En las tinieblas, su pie se posó sobre algo duro y flexible y retrocedió al momento. Un súbito presentimiento le hizo pegarse a la pared y desplazarse de ese modo hasta que encontró el soporte que sujetaba la lámpara de metal y, junto a ella, la yesca y el pedernal. Pocos segundos después una luz vacilante e incierta iluminaba el lugar en el que se encontraba.

Una litera pegada a la tosca pared de piedra, una mesa y un banco componían el mobiliario de la humilde habitación. Había una puerta interior, cerrada y atrancada. Y en el suelo de tierra batida estaba tendido Beloso. Yacía boca arriba, con la cabeza metida entre los hombros como si examinase la techumbre con los grandes ojos vidriosos. Los labios dejaban asomar los dientes en un rictus de agonía. Llevaba la espada al costado, aún en la vaina. Le habían rasgado la camisa y en su amplio y fuerte pecho se veía la huella de una mano negra, los cinco dedos marcados con claridad.

Conan se lo quedó mirando en silencio y sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Crom! —masculló—. ¡La mano negra de Set!

Había visto aquella huella mucho tiempo atrás; era la marca de la muerte de los sacerdotes negros de Set, el tenebroso culto que gobernaba en la oscura

Estigia. Recordó de repente el extraño destello que asomaba del misterioso estigio que había visto salir del edificio.

—¡El Corazón, por Crom! —murmuró—. Lo llevaba bajo el manto. Lo ha robado. Reventó la puerta con magia y asesinó a Beloso. Era un sacerdote de Set.

Un rápido examen le confirmó la última parte de sus sospechas. La joya no estaba en el cuerpo del zingario. Tuvo la extraña sensación de que lo ocurrido no era pura casualidad ni un designio del azar, sino que la misteriosa galera estigia había ido al puerto de Messantia con una misión clara y concreta. Pero ¿cómo podían haber sabido los sacerdotes de Set que el Corazón había ido al sur? Aunque, bien pensado, aquello no era ni la mitad de fantástico que la magia negra que permitía matar a un hombre armado con un simple toque de la mano desnuda.

Un ruido de pasos sigilosos al otro lado de la puerta le hizo darse la vuelta de un salto felino. Con un gesto apagó la lámpara y desenvainó la espada. El oído le confirmó que había varios individuos agazapados en las sombras, muy cerca de la puerta. A medida que los ojos se acostumbraban a la repentina oscuridad pudo distinguir varias figuras borrosas rodeando la entrada. No tenía ni idea de quiénes eran, pero tomó la iniciativa como de costumbre: cruzó de un salto la puerta antes de que lo atacasen.

Su acción inesperada tomó por sorpresa a sus asaltantes. Oyó y vio a unos cuantos a su alrededor y distinguió una figura borrosa con una máscara de pie frente a él. Sin detenerse, envainó la espada y echó a correr callejón abajo antes de que sus atacantes, de pensamiento lento y movimientos torpes, pudieran interceptarlo.

Mientras corría oyó batir de remos frente a él y se olvidó de los hombres a sus espaldas. ¡Un bote cruzaba la bahía! Apretó los dientes y aceleró el paso, pero antes de que alcanzara la playa oyó el raspar y el chirriar de los cabestrantes y las poleas.

Nubes espesas provenientes del mar cubrieron las estrellas. En aquella espesa oscuridad alcanzó la playa y forzó los ojos tratando de distinguir algo en las oscuras aguas. Y algo se movía, una mole baja y negra que retrocedía en las tinieblas, ganando velocidad a medida que lo hacía. A sus oídos llegó el sonido rítmico de enormes remos. Apretó de nuevo los dientes, lleno de furia e impotencia. Era la galera estigia; salía al mar abierto y con ella se iba la joya que debía devolverle el trono de Aquilonia.

Con un juramento salvaje se lanzó hacia las olas que lamían la arena, mientras agarraba la cota de malla e intentaba quitársela para ir nadando tras la nave, como si nada más existiera en el mundo. El repentino sonido de unas pisadas lo devolvió al presente y recordó a sus perseguidores.

Varias figuras indistintas lo rodearon con un susurro agitado de pies sobre la arena. El primero cayó bajo la espada del cimerio, pero los demás no flaquearon. Las espadas silbaban a su alrededor en la oscuridad o le rozaban la cota de malla. Sangre y entrañas salpicaron su mano y oyó un grito mientras seguía rajando a su oponente sin misericordia. Una voz susurrante acicateaba a sus atacantes y Conan la encontró familiar, así que aprovechó el movimiento de la pelea para acercarse a ella. La luz atravesó un instante las espesas nubes e iluminó a un hombre alto y enjuto con una larga cicatriz en la frente. La espada de Conan cayó sobre su cabeza y la partió como un melón maduro.

Entonces un hacha se balanceó en la oscuridad y golpeó el yelmo del cimerio.

Los ojos se le llenaron de chispas ardientes. Se tambaleó e intentó embestir lo que tuviera delante. Sintió que su espada se clavaba decidida en algo y oyó un lamento agónico. Entonces tropezó con uno de lo cuerpos y el golpe de una porra le arrancó el yelmo. Al instante siguiente, el garrote caía sobre su desprotegida cabeza.

El rey de Aquilonia se desplomó sobre la arena mojada. Las figuras lobunas a su alrededor jadeaban en la penumbra.

—Remátalo —murmuró uno de ellos.

—Déjalo —gruñó otro—. Ayúdame a restañar mis heridas antes de que me desangre. La marea lo arrastrará hasta la bahía. ¿Veis?, está justo en la orilla y tiene la cabeza partida. Nadie sobreviviría a esto.

—Ayudadme a quitarle la ropa —dijo otro más—. Sus arreos y armadura nos darán unas cuantas piezas de plata. Démonos prisa. Tiberio está muerto y me parece oír a los marineros cantando por la playa. Vámonos.

La actividad que siguió estas palabras en la oscuridad fue frenética y luego se oyó el ruido de pisadas que se alejaban. El canto de los marinos sonó más cerca.

En su habitación, Publio se acercaba cada poco a la ventana, miraba nervioso al exterior en penumbra y contemplaba la oscura bahía. Se dio media vuelta y retrocedió de repente, los nervios a flor de piel. La habitación había sido atrancada desde el interior, pero ahora la puerta estaba abierta y cuatro individuos entraban en la cámara. Al verlos sintió un estremecimiento. A lo largo de su vida Publio había visto muchas criaturas sorprendentes, pero nada como aquellos cuatro individuos. Era altos y delgados, vestían hábitos negros y sus rostros eran óvalos amarillos enmarcados por las capuchas. No podía decir mucho más de sus facciones y, sin saber por qué, se alegró de ello. Cada uno llevaba un largo báculo tallado de un modo peculiar.

—¿Quiénes sois? —quiso saber. La voz sonó aflautada y hueca—. ¿Qué queréis?

—¿Dónde está Conan, el que fue rey de Aquilonia? —preguntó el más alto de los cuatro en un tono de voz monocorde y desapasionado que hizo estremecerse a Publio. Era como el tañido hueco de una campana khitania.

—No sé de qué me hablas —balbuceó el comerciante, su aplomo habitual alterado por el sorprendente aspecto de los recién llegados—. No conozco a nadie de ese nombre.

—Ha estado aquí —dijo el otro sin cambiar de tono—. Su caballo está en el patio. Dinos dónde ha ido antes de que tengamos que hacerte daño.

—¡Gebal! —gritó Publio frenético mientras retrocedía hasta chocar con la pared—. ¡Gebal!

Los cuatro khitanios lo contemplaban sin la menor emoción y sin que su expresión se alterase.

—Si convocas a tu sirviente, morirá —le advirtió uno de ellos.

Aquello solo sirvió para aterrorizar más aun al comerciante.

—¡Gebal! —gritó—. ¿Dónde te has metido, condenado? ¡A tu amo lo van a matar los ladrones!

Se oyeron pasos en el pasillo exterior y Gebal entró en la habitación. Era un shemita de talla media y cuerpo musculado, de barba rizada negroazulada. Llevaba una corta espada curva.

Contempló con asombro a los cuatro invasores, incapaz de comprender qué hacían allí o cómo habían llegado. Recordó haber dormitado unos instantes mientras hacía guardia en la escalera y supuso que habían aprovechado aquellos momentos para subir. Era raro, porque nunca se había quedado dormido en una guardia. Pero su amo no dejaba de gritar, totalmente fuera de sí, así que el shemita dejó aquello para más tarde. Cargó como un toro contra los extranjeros y alzó el musculosos brazo para asestar un potente golpe. Nunca llegó a completar el gesto.

Un brazo surgió de una amplia manga, agarrado a un báculo. Su extremó rozó el pecho del semita y se retiró al instante. Fue como el ataque de una víbora, igual de veloz y letal.

Gebal se detuvo a mitad de un gesto y tropezó, como si se hubiera dado de bruces contra una pared. La cabeza se hundió el pecho y la espada cayó de los dedos inanes; luego, se desplomó lentamente contra el suelo. Era como si todos los huesos de su cuerpo se hubieran convertido de pronto en gelatina.

—No grites de nuevo —advirtió el khitanio más alto—. Tus sirvientes duermen profundamente, pero si los despiertas, morirán, y tú con ellos. ¿Dónde está Conan?

—Se ha ido a la casa de Servio, cerca de los muelles, a buscar a Beloso el zingario —tartamudeó Publio, incapaz de oponer más resistencia.

El mercader no carecía de coraje, pero aquellos sorprendentes intrusos lo aterrorizaban hasta el tuétano. Se sobresaltó de pronto al oír un repentino ruido de pasos en la escalera exterior, estruendosos en medio de aquella calma ominosa.

—¿Tu sirviente? —preguntó el khitanio.

Publio meneó la cabeza en silencio, incapaz de hablar.

Uno de los khitanios cogió la cubierta de seda de un sofá y la arrojó sobre el cadáver. Entonces se ocultaron tras uno de los tapices, pero antes de que el más alto desapareciera, le dijo a Publio:

—Habla con él normalmente y haz que se vaya enseguida. Si nos traicionas, ninguno de los dos vivirá lo suficiente para llegar a la puerta. No hagas nada que le indique que no estás solo.

Y con un movimiento del báculo, el khitanio se desvaneció tras los tapices.

Publio se estremeció y aguantó las ganas de vomitar. Quizá había sido un simple truco de la luz, pero le parecía que a veces los báculos se movían por sí mismos, como si poseyeran vida propia.

Trató de recuperar su aplomo y intentó parecer tranquilo ante el rufián zarrapastroso que entraba en la habitación en aquellos momentos.

—Hemos hecho como ordenaste, excelencia —exclamó—. El bárbaro yace muerto en la arena, al borde del mar.

Publio sintió un movimiento en los tapices a sus espaldas y contuvo un escalofrío de terror. El matón seguía a lo suyo.

—Me temo que tu secretario Tiberio ha muerto. El bárbaro lo rajó, además de a cuatro de mis compañeros. Hemos dejado sus cuerpos en el lugar acordado. El bárbaro no llevaba nada de valor encima excepto unas pocas monedas de plata. ¿Algo más que quieras de nosotros?

—¡Nada! —consiguió decir Publio, cada vez más pálido—. ¡Puedes irte!

El rufián inclinó la cabeza y se fue de allí con la vaga sensación de que Publio era un hombre de poco estómago y menos palabras.

**Los cuatro khitanios salieron de detrás de los tapices.**

**—¿De quién hablaba este hombre? —quiso saber el más alto.**

**—De un vagabundo que me injurió —respondió Publio.**

**—Mientes —dijo el khitanio, imperturbable—. Hablaba del rey de Aquilonia. Lo he leído en tu rostro. Siéntate en el diván y no te muevas ni hables. Me quedaré contigo mientras mis compañeros buscan el cuerpo.**

**Publio hizo como le decían, aterrorizado y en silencio, y el inescrutable khitanio se lo quedó mirando hasta que los otros tres volvieron a la habitación con la noticia de que el cuerpo de Conan no estaba en la arena. Publio no sabía si alegrarse o no.**

**—Encontramos el sitio donde tuvo lugar la refriega —dijeron—. Había sangre en la arena, pero el rey ya no estaba.**

**El cuarto khitanio dibujó con su báculo símbolos imaginarios en la alfombra que brillaron tenuemente a la luz de lámpara.**

**—¿No leísteis nada en la arena? —preguntó.**

**—Sí —respondieron—. El rey está con vida, pero va en barco hacia el sur.**

**El khitanio más alto alzó el rostro y escrutó a Publio, que empezó a sudar profusamente.**

**—¿Qué queréis de mí? —balbuceó.**

**—Un barco —respondió el khitanio—. Un barco aparejado para un largo viaje.**

**—¿Cuán largo? —preguntó Publio, sin que se le pasase por la cabeza la idea de negarse.**

**—Hasta el fin del mundo, tal vez —respondió el khitanio—, o hasta los mares ardientes del infierno que hay al otro lado del sol.**

# 15
# El retorno del corsario

Lo primero que sintió Conan al despertar fue que se movía. No estaba en una superficie inmóvil, sino sobre algo que no dejaba de menearse y balancearse. Fue consciente después del murmullo del viento al pasar por cuerdas y largueros y comprendió que estaba en un barco, incluso antes de que su vista se aclarara por completo. Oyó rumor de voces y alguien le vació un balde de agua en la cabeza, lo que terminó de espabilarlo. Se puso en pie sin dejar de maldecir, afirmó bien las piernas y miró a su alrededor. Escuchó una risotada y el olor de cuerpos sin lavar inundó sus fosas nasales.

Estaba en la toldilla de una larga galera a la que el viento del norte empujaba con fuerza, la vela a rayas henchida y tensa. El sol acaba de salir en una llamarada deslumbrante de oro, azul y verde. A la izquierda se veía la línea de la costa, borrosa y morada. A la derecha se extendía el mar abierto. Todo esto lo vio de un vistazo que incluyó al propio barco.

Era largo y estrecho, el típico barco de comercio de las costas del sur, de popa y proa altas y con castillos en ambos extremos. Contempló la trampilla abierta junto a él, de donde surgía un olor enfermizo y repugnante. No le era desconocido. Era el olor corporal de los remeros, encadenados a sus bancos. Todos eran negros, cuarenta a cada lado, cada uno de ellos con una cadena alrededor de la cintura que luego se introducía en un pesado anillo clavado firmemente en la sólida viga que atravesaba las filas de bancos de proa a popa. La vida de un esclavo a bordo de una galera argósea era un infierno. La mayoría de ellos eran kushitas, pero al menos treinta de los negros que descansaban apoyados en los remos y miraban al extraño con curiosidad desganada eran de las más lejanas islas del sur, hogar de los corsarios. Conan los reconoció por sus facciones más finas y las extremidades más largas y esbeltas. Entre ellos reconoció a algunos que habían navegado con él en los días de antaño.

De todo esto fue consciente en un instante, con una mirada que lo abarcó todo mientras se ponía en pie, antes de prestar atención a los individuos que lo rodeaban. Se tambaleó un momento sobre las piernas entumecidas y apretó los puños con furia sin dejar de mirar a su alrededor. El marinero que le había arrojado el agua lo miraba sonriente, todavía con el caldero vacío en la mano, y Conan contuvo una maldición y echó mano de forma instintiva al cinturón. Descubrió entonces que estaba desarmado y desnudo salvo por los cortos calzones de cuero.

—¿Qué paquebote mugriento es este? —rugió—. ¿Cómo he llegado a bordo?

Los marineros argóseos se intercambiaron risas burlonas y uno de ellos, mejor vestido y con aires de mando que lo identificaban como el capitán, se cruzó de brazos y dijo en tono dominante:

—Te encontramos tirado en la arena. Alguien te había reventado la cabeza y se había llevado tus ropas. No nos venía mal otro hombre, así que te trajimos a bordo.

**—¿Qué barco es este? —quiso saber Conan.**

**—El *Aventurero*, de Messantia, con cargamento de espejos, capas de seda escarlata y escudos y espadas dorados que trocaremos con los shemitas por cobre y mineral de oro. Soy Demetrio, capitán de este bajel y tu amo a partir de ahora.**

**—Así que voy en la dirección adecuada, al fin y al cabo —murmuró Conan, indiferente al último comentario.**

**Iban hacia el sur, siguiendo la larga curva de la costa de Argos, pues aquellas naves de comercio nunca la perdían de vista. En alguna parte por delante de ellos estaba la baja galera estigia camino del sur.**

**—¿Habéis visto una galera estigia...? —empezó a preguntar.**

**El capitán sintió que la barba se le erizaba. No tenía el menor interés en responder a ninguna pregunta que aquel condenado prisionero quisiera hacer y tenía la sensación de que cuanto antes le mostrase su lugar, mucho mejor para todos.**

**—¡Ve a proa! —rugió—. ¡Ya he malgastado tiempo más que suficiente contigo! Te he hecho el honor de traerte a bordo y revivirte y ya he contestado bastantes de tus condenadas preguntas. ¡Sal de la popa! ¡Vas a trabajar de lo lindo aquí, te lo aseguro!**

**—Te compro el barco —empezó a decir Conan antes de recordar que no era más que un vagabundo sin un céntimo.**

**Un coro de risotadas acogió sus palabras y el capitán se puso morado, convencido de que se burlaban de él.**

**—¡Puerco amotinado! —bramó mientras daba un paso decidido al frente y echaba mano al cuchillo en el cinturón—. ¡Ve a proa antes de que te dé de latigazos! Mantendrás la lengua dentro de la boca o, por Mitra, haré que te encadenen con los negros y te pondré a remar.**

**La paciencia de Conan, nunca demasiado grande, se acabó de repente y su temperamento volcánico se hizo cargo de la situación. Hacía muchas años, incluso antes de ser rey, que nadie le hablaba de esa manera y se iba de rositas.**

**—Ni se te ocurra alzarme la voz, perro untado de alquitrán —exclamó en un tono tan borrascoso como un tifón mientras los marineros lo contemplaban mudos y estupefactos—. Atrévete a alzar ese juguetito contra mí y acabarás convertido en comida para peces.**

**—¿Quién demonios te has creído que eres? —jadeó el capitán.**

**—¡Deja que te lo muestre! —rugió el enloquecido cimerio.**

**Dio media vuelta y saltó hasta la borda, donde había varias armas encajadas en sus soportes.**

**El capitán desenvainó el cuchillo y corrió hacia él berreando, pero antes de que pudiera atacar, Conan lo agarró por la muñeca con una llave que le desencajó el brazo. El capitán aulló como un buey en el matadero y dio un par de vueltas aturdido, como si su atacante lo hubiera hecho a un lado con desprecio. Conan cogió una enorme hacha de la borda, se dio media vuelta con la agilidad de un gato y se enfrentó a los marineros. Se le acercaron a toda prisa, jadeantes como sabuesos, torpes y desmañados al lado de la pantera cimeria que les hacía frente. Antes de que pudieran rozarlo con los cuchillos se lanzó entre ellos dando tajos a diestro y siniestro tan rápido que era difícil de seguir. Sangre y sesos salpicaron la cubierta al tiempo que dos cadáveres se desplomaban.**

**Los cuchillos sajaban el aire con rabia cuando Conan atravesó la turba jadeante y chillona y echó a correr hacia el estrecho puente que cruzaba la**

**cubierta desde la popa al castillo de proa, por encima del alcance de los galeotes. Tras él, un puñado de marineros se debatían indecisos, intimidados por el destrozo causado entre sus compañeros. El resto de la tripulación, unos treinta, llegó corriendo por el puente hacia él, espadas en mano.**

**Conan se inclinó desde puente y quedó justo por encima de los rostros negros girados hacia arriba, con el hacha en alto y la negra melena ondeando al viento.**

**—¿Quién soy? —gritó—. ¡Miradme, perros! ¡Miradme, Ajonga, Yasunga, Laranga! ¿Quién soy?**

**De las profundidades salió un grito que se convirtió en un rugido incontenible:**

**—¡Amra! ¡Es Amra! ¡El león ha vuelto!**

**Los marineros que oyeron y comprendieron el significado de aquel alboroto palidecieron y empezaron a retroceder, sin apartar la vista, aterrados, de la salvaje figura en el puente. ¿Era aquel acaso el ogro sediento de sangre de los mares del sur que se había desvanecido años atrás, pero seguía viviendo en las leyendas más sangrientas? Los negros lanzaban espumarajos frenéticos por la boca y no dejaban de agitar las cadenas mientras entonaban el nombre «Amra» como un ensalmo. Los kushitas, que nunca habían visto a Conan antes, se unieron a la algarabía. Los esclavos en las jaulas bajo el castillo de popa empezaron a aporrear las paredes y a aullar como condenados.**

**Demetrio, que se arrastraba por la cubierta con una mano en las rodillas y estaba pálido por el dolor de su brazo dislocado, gritó:**

**—¡Matadlo, perros, antes de que se liberen los esclavos!**

**Aquellas palabras, las más temidas por los marineros, convirtieron su desesperación en valor y cargaron contra Conan desde ambos extremos. De un salto felino, este dejó el puente y se posó como un gato en el pasillo entre las bancadas de galeotes.**

**—¡Muerte a los amos! —rugió.**

**El hacha del bárbaro se alzó solo para caer con todas sus fuerzas sobre una de las argollas, que reventó como si fuera leña. Al instante, uno de los vociferantes esclavos se alzó libre e hizo astillas el remo para convertirlo en una porra. Sobre ellos, en el puente, los marineros corrían frenéticos de un lado a otro. El *Aventurero* se había convertido en una casa de locos sobre la que se desencadenaba el infierno. El hacha de Conan subía y bajaba sin pausa y a cada golpe un nuevo gigante negro se ponía en pie lanzando espumarajos, borracho de odio y rabia, ebrio de libertad y venganza.**

**Los marineros que se habían introducido bajo cubierta para detener al gigante blanco que no paraba de dar hachazos a las cadenas se encontraron de pronto agarrados por los salvajes que aun estaban encadenados mientras otros, con las cadenas rotas colgándoles de manos y pies, se lanzaban a por ellos como un torrente negro y ciego. Gritaban como demonios y usaban trozos de remo o de cadenas como armas o, cuando no tenían, pataleaban y mordían como bestias. En medio de aquella algarabía, los esclavos en las jaulas echaron abajo las mamparas y salieron a cubierta, seguidos de cerca de cincuenta negros de las bancadas. Conan dejó de dar tajos y saltó al puente para unir su hacha a las porras de los insurrectos.**

**Fue una masacre.**

**Los argóseos eran fuertes, vigorosos y temerarios como solía serlo su pueblo; habían sido entrenados, además, en la brutal escuela del mar. Pero no podían**

hacer nada contra aquellos colosos enloquecidos guiados por el tigre bárbaro. Golpes, abusos y sufrimientos sin cuento fueron vengados por una ráfaga de roja rabia que barrió el barco de un extremo a otro como un tifón. Cuando hubo pasado solo había un hombre blanco vivo a bordo, y era el gigante cubierto de sangre ante el que los negros se postraban. Cantaban a su alrededor en la ensangrentada cubierta mientras se daban de cabezazos contra el maderamen en un éxtasis de adoración.

Conan, el amplio pecho jadeante y cubierto de sudor, el hacha enrojecida en la mano cubierta de sangre, miraba a su alrededor meneando la negra melena como seguramente lo hizo el primer hombre en el alba primigenia. En aquel momento no era el rey de Aquilonia; volvía a ser el señor de los corsarios negros, que se había abierto camino al caudillaje a través de las llamas y la sangre.

—¡Amra! ¡Amra! —cantaban los negros en medio de su delirio, al menos los que podían—. ¡El león ha vuelto! ¡Ahora los estigios aullarán como perros en la noche, igual que los perros negros de Kush! ¡Sus pueblos arderán y hundiremos sus barcos! ¡Sí, las mujeres llorarán y las lanzas cantarán!

—¡Dejad de gimotear, perros! —rugió Conan con una voz que ahogó hasta el golpe del viento contra la vela—. Diez de vosotros, id abajo y liberad a los remeros que aun estén encadenados. El resto, a los aparejos, a los remos, a las drizas. Por los huesos de Crom, ¿no veis que nos hemos desviado hacia la costa durante la pelea? Lanzad esos cuerpos por la borda. Vamos, rufianes, si no queréis que os marque la piel.

Entre gritos, risas y cantos salvajes se apresuraron a obedecerle. Los cadáveres, ya fueran blancos o negros, fueron arrojados por la borda hacia las aguas en las que ya asomaban varias aletas triangulares.

Conan se quedó en la popa, contemplando ceñudo a los negros que, a su vez, lo miraban expectantes. Cruzaba los enormes brazos sobre el pecho y el pelo negro, que le había crecido en aquellos meses, ondeaba en el viento. Jamás se había visto en el puente de un barco imagen más bárbara y feroz. Pocos cortesanos de Aquilonia habrían reconocido a su rey en aquel salvaje corsario.

—¡Hay comida en la bodega! —rugió—. Y armas suficientes para todos; el barco llevaba espadas y armaduras para los semitas de la costa. Hay bastante trabajo que hacer a bordo, sí, y tendremos que luchar. Remabais encadenados para esos perros argóseos. ¡Remaréis como hombres libres para Amra!

—¡Sí! —rugieron—. ¡Somos tus hijos! ¡Llévanos donde quieras!

—Entonces id abajo y limpiadlo todo —ordenó—. Los hombres libres no trabajan entre la inmundicia. Tres de vosotros, acompañadme y coged la comida del camarote de popa. ¡Por Crom, que aun veré carne sobre vuestras costillas antes de que esto termine!

Otro grito de aprobación le respondió mientras los hambrientos negros se apresuraban a cumplir sus órdenes. El viento hinchaba la vela y el barco navegaba con rapidez, rompiendo las blancas crestas a su paso. Conan plantó los pies con firmeza en la cubierta, tomo una larga bocanada de aire y alzó los brazos.

Quizá ya no era el rey de Aquilonia, pero sin duda aun era el rey del océano azul.

# 16
# Jemi, la de negras murallas

El *Aventurero* se deslizaba hacia el sur como si fuera una criatura viva, los remos atendidos ahora por manos libres y bien dispuestas. Ya no era un pacífico mercante, sino una galera de guerra, al menos hasta donde era posible una transformación semejante. Los ocupantes de las bancadas llevaban ahora espadas al costado y yelmos en las cabezas de pelo rizado. De la borda colgaban escudos y haces de lanzas, flechas y arcos adornaban el mástil. Hasta los elementos parecían confabularse a favor de Conan, pues la amplia vela morada estaba henchida por una brisa constante que ya se prolongaba durante varios días y apenas hacía falta usar los remos.

Aunque Conan mantenía a alguien en lo alto del mástil día y noche, aún no habían visto rastro de la baja galera que los precedía en su camino al sur. Día tras día, las aguas azuladas aparecían desiertas frente a ellos, salvo por algún bote de pesca que huía en cuanto los veía y comprendía el significado de los escudos en la borda. La estación de comercio casi había pasado y no vieron más barcos.

Cuando el vigía avistaba una vela era siempre en el norte, no al sur. A lo lejos, casi en el horizonte, vieron una veloz galera con todo el trapo tendido. Los negros urgieron a Conan a dar media vuelta y asaltarla, pero él meneó la cabeza. En alguna parte al sur, una galera negra se dirigía a los puertos de Estigia.

Aquella misma noche, antes de que oscureciera por completo, al vigía le pareció ver una vela en el horizonte septentrional y al amanecer comprobaron que la galera del día anterior iba a su estela, aún muy lejana. Conan se preguntó si los estarían siguiendo, aunque no encontró ningún motivo lógico para ello. Enseguida se olvidó del asunto. Cada día que lo llevaba más al sur no hacía sino aumentar su impaciencia. Nunca lo asaltaron las dudas. Estaba tan convencido de que un sacerdote de Set había robado el Corazón de Arimán como de que el sol salía y se ponía todos los días. ¿Y dónde lo llevaría un sacerdote de Set más que a Estigia? Los negros sentían su impaciencia y bogaban como nunca lo habrían hecho bajo el látigo, aunque desconocían el objetivo de su caudillo. Contaban con que los esperaba una buena matanza y un botín abundante y eso era suficiente. Los nativos de las islas del sur no conocían otra vida y los kushitas de la tripulación se les unieron sin que la idea de masacrar a su propio pueblo los hiciera temblar. Los lazos de sangre significaban bien poco; un caudillo victorioso y la riqueza personal lo eran todo.

Pronto el aspecto de la costa empezó a cambiar. Ya no veían empinados acantilados con colinas azuladas tras ellos. La costa se había convertido en el extremo de una amplia extensión de pastizales que apenas sobresalía de las aguas y se extendía en la distancia perezosamente. Por allí había pocos puertos y lugares de atraque, pero la planicie verde estaba salpicada de ciudades shemitas. Cruzaban un mar verde que lamía el borde de una pradera interminable y los zigurats de las ciudades resplandecían a veces en la distancia.

El ganado deambulaba por las tierras de pasto igual que lo hacían jinetes

rechonchos de yelmos cilíndricos y rizadas barbas negroazuladas con arcos en la mano. En la costa de las tierras de Shem no había otra ley que la que cada ciudad-estado pudiera imponer. Conan sabía que, en el lejano este, la pradera moría en un desierto, donde no había ciudades y solo vivían las tribus nómadas.

Siguieron hacia el sur a través del monótono paisaje de la llanura salpicada de ciudades y al fin la costa empezó a cambiar de nuevo. Vieron bosquecillos de tamarindos y densos grupos de palmeras. La costa se hizo más accidentada y se transformó en una muralla interminable de verdes frondas y amplios bosques, con colinas arenosas tras ellos. Varios ríos desembocaban en el mar y en las riberas la vegetación era abundante y variada.

Pasaron junto a la desembocadura de un ancho río que casi se confundía con el propio mar y vieron las altas murallas negras de Jemi cerca del horizonte meridional.

El río era el Estigio, la verdadera frontera del país al que daba nombre, y Jemi, su puerto más importante y la ciudad más populosa. El rey vivía en Luxur, más antigua, pero en Jemi reinaba el clero, si bien se decía que el verdadero núcleo de aquella impía religión yacía tierra adentro, en una ciudad desierta y preñada de misterio cerca de la orilla del Estigio.

El río, que nacía de alguna fuente desconocida en las tierras inexploradas al sur de Estigia, trazaba su curso hacia el norte durante varios miles de millas antes de girar hacia el oeste para morir en el mar unos cientos de millas después.

El *Aventurero*, con las luces apagadas, dejó atrás el puerto durante la noche y antes del alba atracó en una pequeña bahía no muy lejos de la ciudad. Estaba rodeada por una marisma, un apretado nudo de manglares, palmeras y lianas, rebosante de cocodrilos y serpientes. Era muy poco probable que lo descubrieran. Conan conocía el lugar desde hacía mucho tiempo: se había ocultado allí antes, en sus días de corsario.

Al pasar en silencio cerca de la ciudad, pudieron ver sus negros bastiones a ambos lados de los dientes de tierra que cerraban el puerto. Las antorchas brillaban con un resplandor inquietante y a sus oídos llegó el ruido amortiguado de los tambores. En el puerto no había muchas naves, al contrario que en los puertos de Argos. Los estigios no basaban su gloria y poder en barcos y flotas. Tenían bajeles mercantes y galeras de guerra, por supuesto, pero no en la misma proporción que sus fuerzas terrestres. La mayoría de su tráfico era fluvial, río arriba y abajo, más que marítimo.

Eran una raza antigua; un pueblo de piel oscura y rostro inescrutable, poderosos e implacables. Tiempo atrás habían gobernado al norte del Estigio, más allá de las llanuras de Shem, en las tierras fértiles ahora habitadas por las gentes de Koth, Ofir y Argos. Sus fronteras habían limitado con las de la antigua Aqueronte. Pero Aqueronte había caído y los bárbaros ancestros de los hibóreos se habían desparramado por el sur enfundados en pieles de lobo y yelmos de fabricación casera, empujando a los antiguos gobernantes del territorio. Los estigios no habían olvidado esos tiempos.

El *Aventurero* permaneció todo el día anclado en la pequeña bahía, rodeado de una tupida vegetación verde por la que revoloteaban pájaros de hermoso plumaje y voces ásperas y entre la que se deslizaban silenciosos reptiles de escamas brillantes. Hacia el atardecer se arrió un pequeño bote que se deslizó en silencio por la costa hasta dar con lo que buscaba Conan: un pescador estigio en un bote de fondo plano.

Lo llevaron al *Aventurero*. Era un hombre alto, de piel oscura y bien proporcionado que miraba con terror a sus captores, pues para él eran ogros de la costa. Estaba desnudo salvo por la falda de seda; igual que los hirkanios, hasta los hombres comunes llevaban seda en Estigia. En el bote había un amplio manto como el que los pescadores se echan al hombro para protegerse del relente.

Cayó de rodillas ante Conan, convencido de que sería torturado hasta morir.

—Ponte en pie y deja de temblar —le dijo el cimerio con impaciencia. El terror abyecto era algo difícilmente comprensible para Conan—. No te haremos daño. Tan solo dime: ¿ha llegado en los últimos días una galera negra procedente de Argos?

—Sí, señor —respondió el pescador—. Ayer mismo al amanecer el sacerdote Thutothmes regresó de un viaje al norte, señor. Dicen que ha estado en Messantia, señor.

—¿Qué ha traído de Messantia?

—¡Ay, señor, no lo sé!

—¿A qué fue a Messantia? —insistió Conan.

—Señor, no soy más que un pescador, ¿cómo voy a saber lo que piensan los sacerdotes de Set? Solo puedo hablar de lo que he visto y de lo que he oído susurrar a otros en los muelles. Dicen que llegaron noticias importantes del sur, aunque nadie sabe cuáles. Y que el gran Thutothmes hizo aparejar su galera negra con enorme premura. Ahora ha vuelto, señor, pero lo que hizo en Argos o la carga que puede haber traído, nadie lo sabe, ni aquellos que aparejaron su galera. Dicen que está enfrentado con Tot Amón, quien es supremo entre todos los sacerdotes y vive en Luxur, y que Thutothmes pretende arrebatarle la supremacía. ¿Pero quién soy yo para decir nada, señor? Cuando los sacerdotes hacen la guerra entre ellos, el hombre común solo puede yacer sobre su vientre y confiar en que no lo pillen en medio.

Conan lanzó un gruñido de desprecio ante aquella filosofía servil y se giró hacia sus hombres:

—Iré a Jemi para ver a este Thutothmes. Mantened prisionero a este hombre, pero cuidad de que no se le haga daño. ¡Por los huesos de Crom, dejad de parlotear! ¿Os pensáis que podemos entrar en el puerto y tomar la ciudad al asalto? Debo ir solo.

Tras silenciar el clamor de protesta, se quitó las ropas y se vistió con la falda de seda y las sandalias del prisionero. Se puso también la cinta para el pelo del pescador, pero desechó su puñal corto. Los comunes en Estigia tenían prohibido portar espadas y el manto no era lo bastante amplio para ocultar el mandoble del cimerio, pero Conan se puso a la cadera un cuchillo ghanta, un arma forjada por los feroces beduinos que vivían en el desierto al sur de Estigia, una hoja ancha, pesada y ligeramente curva, afilada como una cuchilla de afeitar y lo bastante larga para descuartizar a alguien.

Después de dejar al prisionero en manos de los corsarios, subió al bote del pescador.

Mientras descendía por la borda, vio a los corsarios despedirse de él tristemente y en silencio. Giró la cabeza y dejó escapar una maldición silenciosa. Subió al bote, tomó los remos y dirigió la pequeña embarcación mucho más hábilmente de lo que jamás lo había hecho su dueño.

# 17
# ¡Ha matado al sagrado hijo de Set!

El puerto de Jemi yacía entre dos grandes promontorios que se extendían hasta el mar. Conan rebasó la punta meridional, coronada por los grandes bastiones negros que parecían colinas artificiales, y entró en el puerto justo al anochecer, cuando aun había luz suficiente para que los guardias reconocieran el bote de pesca y la ropa del pescador, pero no para distinguirlo con claridad. Nadie lo detuvo mientras bogaba junto a las enormes galeras de guerra, ancladas y a oscuras. Llegó junto a un tramo de escalones de piedra que salían del agua y dirigió el bote hacia un anillo de hierro clavado en la piedra, donde ya había amarradas varias embarcaciones. No había nada raro en que un pescador dejara allí el bote. El anillo solo tenía utilidad para los pescadores y era bien sabido que no se robaban entre ellos.

Nadie le lanzó más que una mirada de refilón mientras ascendía por los escalones y evitaba sin que pareciera premeditado acercarse demasiado a las antorchas que había emplazadas aquí y allá sobre las oscuras aguas. Parecía simplemente un pescador más que volvía con las manos vacías tras un día de trabajo en la costa. Si lo hubieran mirado con atención quizá habrían notado que sus pasos eran demasiado vivaces y seguros y su porte demasiado erguido y confiado para ser solo un pescador. Pero caminaba con rapidez y se mantenía entre las sombras, y las clases bajas de Estigia no se daban a las especulaciones más que las de cualquier otra nación.

De aspecto no era muy distinto a un miembro de la casta guerrera estigia, quienes solían ser altos y robustos. Bronceado por el sol, era casi tan moreno como la mayoría de ellos. Su pelo negro de corte recto, sujeto por una cinta de cobre, aumentaba el parecido. Lo único que lo distinguía de ellos era la sutil diferencia en su modo de caminar, sus rasgos extranjeros y los ojos azules.

Pero el manto era un buen disfraz y se mantenía en las zonas poco iluminadas tanto como podía, además de volver la cabeza cuando un nativo se le acercaba demasiado.

Pese a todo, era un juego desesperado y sabía que no podría mantener el engaño mucho tiempo. Jemi no era como los puertos hibóreos, repletos de individuos de todas las razas. Los únicos extranjeros allí eran los esclavos shemitas y negros y él no parecía ninguna de las dos cosas, como tampoco parecía estigio. Los extranjeros no eran bienvenidos en las ciudades de Estigia; solo se los toleraba como embajadores o comerciantes con licencia y estos no tenían permiso para bajar a la costa después del anochecer. Además, no había ningún barco extranjero en el puerto en aquellos momentos. Una extraña inquietud recorría la ciudad, el despertar de antiguas ambiciones, como un susurro que nadie podía definir salvo aquellos que lo musitaban. Conan sentía esto de un modo instintivo y caminaba con la sensación de que algo inquietante pasaba a su alrededor.

Si lo descubrían su destino sería terrible. Lo matarían simplemente por ser extranjero, pero si lo reconocían como Amra, el caudillo corsario que había

arrasado sus costas a sangre y fuego... Un escalofrío involuntario sacudió sus hombros. No temía a los enemigos humanos, ni la muerte por acero o fuego, pero estaba en la tierra negra de la hechicería y los horrores sin nombre. Se decía que Set, la vieja serpiente, desterrada hacía mucho tiempo de las tierras hibóreas, aun reptaba entre las sombras de los ignotos templos, y hechos terribles y misteriosos tenían lugar en los oscuros santuarios.

Se apartó de los caminos que daban al puerto y morían en los amplios escalones de piedra que descendían al mar y entró en las largas calles en penumbra del centro de la ciudad. No se parecía al de ninguna ciudad hibórea: no había lámparas ni fanales, ni multitudes vestidas de gris riendo y yendo de un lado a otro por el pavimento, ni tiendas o puestos de venta abiertos y con la mercancía expuesta.

Los establos se cerraban al anochecer y las únicas luces que había en las calles eran las antorchas humeantes colocadas a amplios intervalos. Pocos transeúntes recorrían la calle. Se desplazaban con prisa y en silencio y eran cada vez más escasos a medida que entraba la noche. A Conan la escena le pareció irreal y teñida de una extraña melancolía; el silencio de los transeúntes, su paso furtivo, las enormes paredes de piedra negra que había a cada lado de las calles... Había algo en la sombría enormidad de la arquitectura estigia que resultaba abrumador y opresivo.

Se veían pocas luces, salvo en las partes más altas de los edificios. Conan sabía que era común entre los estigios dormir en las amplias terrazas del tejado, bajo las estrellas y entre las palmeras de los jardines artificiales. Se oía el murmullo de una música inquietante procedente de algún lugar. De vez en cuando un carro de bronce atravesaba la calle y podía verse fugazmente a un alto noble de facciones de ave de presa envuelto en capa de seda y con el pelo sujeto por una cinta de oro rematada por una cabeza de serpiente, acompañado del desnudo auriga de piel de ébano, las fuertes y nudosas piernas contrapesando el ímpetu de los fieros caballos estigios.

Los transeúntes eran gente de clase baja, esclavos, comerciantes, prostitutas, trabajadores; se fueron haciendo más y más escasos a medida que seguía su camino. Se dirigía hacia el templo de Set, donde sabía que estaría el sacerdote que buscaba. Pensaba que reconocería a Thutothmes si lo encontraba, a pesar de haberlo visto solo una vez de pasada en la semi oscuridad de un callejón de Messantia. De lo que estaba seguro era de que el hombre que había visto era un sacerdote. Solo los más elevados adeptos del terrible Círculo Negro tenían el poder de la mano negra que mataba al toque, y solo un hombre así se habría atrevido a desafiar a Tot Amón, quien para occidente era poco más que una aterradora figura legendaria.

La callé se ensanchó y Conan se dio cuenta de que llegaba a la parte de la ciudad dedicada a los templos. Enormes estructuras alzaban sus grandes moles contra las débiles estrellas y parecían indescriptiblemente amenazadoras a la luz vacilante de las antorchas. De pronto oyó un grito apagado proveniente de una mujer al otro lado de la calle, un poco por delante de él. Era una cortesana vestida tan solo con el largo tocado de plumas característico de su gremio. Se acurrucaba contra la pared mirando algo que Conan no pudo distinguir. Al oírla, los escasos transeúntes se quedaron paralizados. En ese instante Conan sintió que algo siniestro se deslizaba frente a él; de la esquina del edificio al que se acercaba surgió de pronto una cabeza repulsiva en forma de cuña tras la cual se deslizaba

un cuerpo largo y sinuoso, oscuro y reluciente.

El cimerio retrocedió y recordó las historias acerca de las serpientes sagradas de Set, el dios de Estigia, de quien se decía que él mismo era una serpiente. Aquellos monstruos vivían en los templos de Set y cuando tenían hambre se les permitía reptar por las calles y tomar la presa que quisieran. Aquellos horrendos festines se consideraban un sacrificio al escamoso dios.

Los estigios que había a su alrededor se postraron de hinojos, tanto hombres como mujeres, y aguardaron con pasividad su destino. La gran serpiente elegiría a uno de ellos y lo ahogaría entre sus anillos hasta aplastarlo y convertirlo en una pulpa sanguinolenta que luego se tragaría como una víbora se traga un ratón. Los demás vivirían. Tal era la voluntad de los dioses.

Pero no la de Conan. La pitón se deslizó hacia él, atraída seguramente por el hecho de que era el único humano que aun estaba de pie. Conan agarró el cuchillo que llevaba bajo el manto, con la esperanza de que la bestia babosa pasara de largo. En lugar de eso, se detuvo ante él y la luz vacilante de las antorchas iluminó la horrible cabeza de lengua siseante y los ojos crueles y remotos del pueblo serpiente. Arqueó el cuello, pero antes de que pudiera atacar, Conan sacó el cuchillo del manto y golpeó como un relámpago. La ancha hoja separó la cabeza en forma de cuña del grueso cuello, donde se quedó clavada.

Conan liberó el cuchillo y se echó a un lado mientras el enorme cuerpo se retorcía, giraba y daba latigazos con la cola, ciega en su agonía. Se quedó quieto, contemplándola fascinado. Lo único que se oía eran los golpes y chasquidos de la cola contra las piedras.

De los aterrorizados fieles surgió de pronto un grito de horror:

—¡Blasfemia! ¡Ha matado al sagrado hijo de Set! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Las piedras silbaron a su alrededor y los enloquecidos estigios se lanzaron contra él sin dejar de gritar, mientras la gente se asomaba a la puerta de las casas al oír el griterío. Conan lanzó una maldición, dio media vuelta y se lanzó hacia la entrada de un callejón a oscuras. Oyó ruido de pies desnudos a sus espaldas y los muros resonaron con los gritos de venganza de los perseguidores, pero no dejó de correr, más por instinto que porque viese algo. De pronto su mano izquierda encontró una abertura en el muro, la aprovechó y se internó en un callejón aun más estrecho flanqueado por altos muros de piedra. En lo alto asomaba una fina banda de estrellas. Comprendió que aquellos muros colosales eran las paredes de los templos y a sus espaldas oyó a la turba sobrepasar la boca del callejón sin dejar de vociferar. Los gritos se fueron apagando con la distancia. Habían pasado de largo el estrecho callejón y seguían corriendo en medio de la oscuridad. Conan siguió adelante, aunque la idea de encontrarse con otro de los «hijos» de Set le provocaba escalofríos.

Vio frente a él algo brillante que se movía, como una especie de gusano luminoso. Se detuvo y se aplastó contra la pared mientras agarraba el cuchillo. Sabía perfectamente de qué se trataba, un hombre con una antorcha que venía en su dirección. Estaba ya lo bastante cerca para distinguir la mano morena que la sujetaba y el óvalo medio en sombras del rostro. Unos pasos más y el hombre lo vería. Se agazapó como un tigre... y de pronto la antorcha se detuvo. Al volverse el portador, la luz iluminó una puerta. Esta se abrió y el estigio la cruzó, dejando de nuevo el callejón a oscuras. A Conan le pareció ver algo furtivo y siniestro en sus ademanes mientras se desvanecía más allá de la puerta. Tal vez era un sacerdote que volvía de alguna oscura misión.

Avanzó a tiendas hacia la puerta. Si alguien había cruzado el callejón, podían venir más, y volver por donde había venido podía llevarlo directamente hacia la turba de la que huía. En cualquier momento podían dar media vuelta, encontrar el callejón más estrecho y atraparlo allí. Se sentía acorralado entre aquellos muros lisos, imposibles de escalar, y necesitaba salir de allí, aunque eso implicara entrar en un edificio desconocido.

La pesada puerta de bronce no estaba cerrada con llave. Se abrió bajo el empuje de sus dedos y Conan atisbó por la abertura. Vio una amplia sala cuadrada de paredes de piedra negra. Estaba vacía y una antorcha ardía en un nicho. Cruzó la puerta lacada y la cerró tras él.

Sus pies calzados con sandalias no hicieron el menor ruido mientras se desplazaba por el suelo de mármol negro. Vio una puerta de teca medio abierta y tras cruzarla cuchillo en mano salió a un lugar inmenso y sombrío cuyas paredes se curvaban hacia un altísimo cielorraso que no era más que un manchón en la oscuridad. Pórticos ojivales se abrían en todas las paredes y estaba iluminado por unas curiosas lámparas de bronce que producían una luz vacilante y extraña. Al otro lado del gran salón había unas amplias escaleras de mármol sin barandilla que ascendían hasta perderse en la penumbra. En lo alto se veían varias galerías de color pardo.

Se estremeció. Estaba en el templo de algún dios estigio; si no del propio Set, de algún otro solo un poco menos siniestro. Y el santuario no estaba vacío. En medio del gran salón se alzaba un altar de piedra negra; macizo, masivo, sombrío, sin tallas ni ornamentos, y sobre él se enroscaba una de las grandes serpientes sagradas, las escamas iridiscentes brillando a la luz. No se movía y Conan recordó relatos acerca de cómo los sacerdotes mantenían drogadas a aquellas criaturas la mayor parte del tiempo. El cimerio dio un paso inseguro hacia el interior, solo para escabullirse de nuevo, no hacia el lugar del que había salido, sino hacia un hueco cubierto de cortinas de terciopelo. Había oído ruidos de pasos que se acercaban.

De uno de los arcos emergió un individuo alto y fuerte vestido con taparrabos de seda y sandalias y un ancho manto que flameaba a su espalda. Llevaba el rostro oculto tras una máscara de rasgos horripilantes, medio bestial medio humana, coronada por una cresta en la que ondeaba un penacho de plumas de avestruz.

Los sacerdotes estigios se ponían máscaras para ciertas ceremonias. Conan esperaba pasar desapercibido, pero el recién llegado se dio la vuelta, alertado por una repentina intuición, y fue directo hacia el escondite del bárbaro. Mientras apartaba las cortinas, una mano surgió de las sombras, apagó el grito en su garganta y lo arrastró hacia el nicho, donde fue empalado por un cuchillo.

El siguiente movimiento de Conan era obvio. Le quitó la máscara al muerto y se la puso. Colocó el manto del pescador sobre el cadáver del sacerdote y lo ocultó tras las cortinas después de echarse la capa por encima. El destino le había procurado un disfraz. Todos los habitantes de Jemi estarían buscando al blasfemo que se había atrevido a defenderse de la serpiente sagrada, Pero ¿quién soñaría con hallarlo bajo la máscara de un sacerdote?

Cruzó la sala con decisión y se dirigió al azar a uno de los pórticos, pero no había dado media docena de pasos cuando se dio de nuevo la vuelta, todos los sentidos alertas ante el peligro.

Un grupo de figuras enmascaradas descendía por la escalera, vestidas igual que él. Dudó un instante, atrapado, y se mantuvo inmóvil, confiando en el disfraz

**que llevaba, aunque el sudor frío le resbalaba por la frente y el dorso de las manos. Nadie dijo nada. Descendieron como fantasmas hacia la gran sala y fueron hacia una de las negras arcadas. El jefe llevaba un báculo de ébano coronado por una sonriente calavera blanca y Conan supuso que se trataba de una procesión ritual que ningún profano comprendería pero que jugaría un papel importante, y sin duda siniestro, en la religión estigia. La última figura giró ligeramente la cabeza hacia el inmóvil cimerio, como si esperase que lo siguiera. Negarse habría despertado sus sospechas, así que se situó tras el último de los sacerdotes y acompasó su paso al de ellos.**

**Atravesaron un pasillo largo, oscuro y abovedado iluminados por un brillo fosforescente que salía de la calavera, algo que no le hizo sentir muy tranquilo a Conan. Lo asaltaba un pánico irracional, animal, que lo urgía a sacar el cuchillo, rajar a diestro y siniestro y salir a toda prisa de aquel espeluznante templo. Pero se contuvo e hizo frente a las tentaciones sombrías que surgían en su mente y que poblaban el pasillo en penumbra de formas horripilantes. Estuvo a punto de suspirar de alivio cuando cruzaron una gran puerta doble, al menos tres veces más alta que un hombre, y salieron a la luz de las estrellas.**

**Consideró la idea de escabullirse en dirección a algún callejón en sombras, pero no terminaba de decidirse y entretanto seguían recorriendo la larga calle en medio de la oscuridad y completamente en silencio. Aquellos que se cruzaban en su camino volvían la cabeza y echaban a correr en dirección contraria.**

**La procesión se mantenía alejada de las murallas; dar ahora media vuelta y lanzarse hacia un callejón habría resultado demasiado conspicuo. Se maldijo a sí mismo en silencio y se dio cuenta de que habían llegado a un bajo portal en el muro meridional y que se disponían a atravesarlo. Salieron de la ciudad; frente a ellos se desparramaban varias casas bajas de techo plano y algunos grupos de palmeras, borrosas a la luz de las estrellas. Ahora o nunca, se dijo Conan, no habría mejor momento para escabullirse.**

**Pero en cuanto hubieron cruzado la muralla sus compañeros dejaron de guardar silencio y, emocionados, empezaron a murmurar entre ellos. Dejaron de caminar del modo medido y ritual en que lo habían hecho hasta el momento, el líder se puso el báculo bajo el brazo sin más ceremonias y el grupo entero rompió filas y echó a andar más deprisa. Y Conan con ellos. Pues en los murmullos había captado una palabra que lo había cambiado todo: «Thutothmes».**

# 18
# Soy aquella que nunca murió

Conan contemplaba con abrasador interés a sus compañeros enmascarados. O bien uno de ellos era Thutothmes o se dirigían a su encuentro. Supo dónde iban cuando divisó más allá de las palmeras una mole triangular recortada contra el cielo.

Cruzaron por entre las cabañas rodeadas de árboles, y si alguien los vio, fue lo bastante cauto para que no lo vieran a él. Las cabañas estaban a oscuras y a sus espaldas las negras torres de Jemi se alzaban siniestras contra las estrellas que se reflejaban en las aguas del puerto. Frente a ellos, el desierto se extendía interminable y oscuro. Un chacal ladró en alguna parte. Las sandalias de los silenciosos adeptos no hacían ruido alguno sobre la arena. Lo mismo podrían haber sido fantasmas que se encaminaban a la colosal pirámide que se alzaba entre las tinieblas del desierto. Todo a su alrededor guardaba silencio.

El corazón de Conan se aceleró al contemplar la siniestra cuña que se recortaba contra las estrellas y su impaciencia por encontrar a Thutothmes sin importar las circunstancias se tiñó con el color del miedo a lo desconocido. Nadie podía acercarse a aquellos sombríos pilares de piedra sin sentirlo. El mismo nombre era sinónimo de horror entre las naciones septentrionales y las leyendas decían que los estigios no las habían construido, sino que estaban allí desde mucho antes de que los actuales pobladores llegaran a la tierra del gran río.

Mientras se acercaban a la pirámide distinguió un brillo apagado cerca de la base que resultó ser una puerta flanqueada por dos leones recostados con cabeza de mujer y rostro críptico e inescrutable, como dos pesadillas cristalizadas en piedra. El líder del grupo se dirigió directamente a ella y Conan divisó junto al umbral una figura en penumbra.

El líder se detuvo un momento frente a la puerta y luego se desvaneció en el oscuro interior, al igual que hicieron los demás. Al pasar junto al portal, cada sacerdote era detenido por el misterioso guardián y se intercambiaban algo, ya fuera una palabra o un gesto, que Conan fue incapaz de captar. Al verlo, el cimerio se retrasó a propósito, fingiendo atarse una de las sandalias. Esperó a que la última de las figuras enmascaradas hubiera desaparecido en el interior. Solo entonces se acercó a la puerta.

No las tenía todas consigo y no dejaba de preguntarse si los guardianes de la pirámide serían humanos, pues recordaba viejas historias que le habían contado. Pero sus dudas no tardaron en disiparse. Un pebetero de bronce junto a la puerta iluminaba un pasillo largo y estrecho que se internaba en la oscuridad y a un hombre que montaba guardia en silencio junto a la entrada, arrebujado en su amplia capa negra. No se veía a nadie más. Llevaba la capa echada sobre la cabeza y los ojos que asomaban por debajo escrutaron con intensidad a Conan. Hizo un gesto peculiar con la mano izquierda. Conan se aventuró a repetirlo, pero evidentemente no era eso lo que se esperaba de él. La mano derecha del estigio salió de debajo de la capa con un brillo acerado y lanzó una puñalada que habría atravesado el corazón de un hombre normal. Pero se las veía con alguien cuyos

reflejos estaban afinados como los de un gato montés. En el momento mismo en que el puñal robaba un brillo a la luz, Conan agarró la muñeca del guardia con una mano y golpeó su mandíbula con el puño de la otra. La cabeza del guardia cayó hacia atrás y chocó con el muro de piedra con un crujido sordo, indicativo de una fractura. Conan se quedó inmóvil un segundo, atento a cualquier sonido. La luz del pebetero vacilaba y proyectaba sombras caprichosas en la puerta. Nadie se acercó desde la oscuridad y nada se movía en el pasillo en sombras.

Le pareció oír el débil y apagado resonar de un gong.

Se inclinó y arrastró el cuerpo hasta colocarlo tras la gran puerta abierta de bronce y luego se deslizó cautelosamente hacia lo desconocido por el pasillo. No había recorrido mucho trecho cuando se detuvo, desconcertado. El pasillo se bifurcaba y no tenía manera de saber qué ramal habían tomado los sacerdotes enmascarados. Eligió al azar y entró en el de la izquierda. El suelo estaba ligeramente inclinado hacia abajo y gastado por el roce de numerosos pies. Aquí y allá se veía un pebetero que arrojaba una luz fantasmagórica. Se preguntó con inquietud cuál habría sido el propósito que guiaba a los constructores de aquellas ingentes moles en el remoto pasado. Aquella tierra era antigua como ninguna. Nadie sabía cuántas eras habían visto pasar los negros templos de Estigia.

Estrechos pasajes se abrían ocasionalmente a izquierda y derecha, pero se mantuvo en el pasillo principal, aunque poco a poco crecía en él la certeza de que se había equivocado de ramal. Incluso con la ventaja que le llevaban, debería haber alcanzado ya a los sacerdotes. Empezó a ponerse nervioso. El silencio era algo palpable, casi sólido, y tenía la sensación de que no estaba solo. Más de una vez al pasar junto a un arco, le pareció percibir el resplandor de ojos velados clavados en él. Se detuvo, medio convencido de volver al lugar donde el pasillo se bifurcaba. Dio media vuelta de repente, el cuchillo en alto y los nervios a flor de piel.

Una joven se apoyaba en la entrada de uno de los túneles más pequeños y clavaba en él los ojos. Su piel de marfil indicaba que se trataba de una estigia de familia antigua y noble y, como tal, era alta, esbelta y de formas excitantes. Su pelo era una torre de espuma negra y en él brillaba un resplandeciente rubí. Salvo por las sandalias de terciopelo y el ceñidor enjoyado alrededor de la cintura, estaba completamente desnuda.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber.

Responder a su pregunta habría sido revelar que era extranjero. Así que se quedó inmóvil, una figura sombría y siniestra con el tocado de plumas ondeando sobre la horripilante máscara. Escudriñó con atención las sombras tras la joven y le pareció que estaba sola, pero podía haber hordas de soldados no muy lejos prestos a acudir a su llamada.

Ella avanzó hacia él sin la menor aprensión, aunque con recelo.

—No eres un sacerdote —dijo—. Eres un guerrero. Salta a la vista incluso con la máscara. Hay tanta diferencia entre un sacerdote y tú como entre una mujer y un hombre. ¡Por Set! —exclamó. Se detuvo de pronto y abrió los ojos de par en par —. Creo que ni siquiera eres estigio.

Con un movimiento más rápido que el ojo, la mano de Conan se cerró alrededor de su garganta delicada como una caricia.

—¡Ni un sonido! —murmuró.

La suave carne marfileña estaba fría como el mármol, pero no había el menor miedo en los ojos enormes que no dejaban de mirarlo.

—No temas —le respondió con tranquilidad—. No te traicionaré. Pero, ¿estás loco al venir al templo de Set, tú, un extranjero?

—Busco al sacerdote Thutothmes —respondió él—. ¿Está en el templo?

—¿Qué quieres de él?

—Robó algo que es mío.

—Te llevaré donde está —se ofreció la joven, tan rápido que Conan la miró con suspicacia.

—No juegues conmigo, niña —masculló.

—No estoy jugando contigo. No siento el menor afecto por Thutothmes.

Conan dudó un instante y tomó una decisión. Al fin y al cabo, había estado a merced de ella desde el momento en que lo vio.

—Ponte a mi lado —ordenó. Pasó el brazo de la garganta de la muchacha a la cintura—. Pero despacio. Si intentas algo...

Lo llevó por empinado pasillo, cada vez más abajo, hasta que los pebeteros desaparecieron y Conan tuvo que moverse a tientas en la oscuridad, con la joven al lado. En cierto momento se volvió para decirle algo y se sobresaltó al ver sus ojos brillando en la oscuridad como llamas de oro. Dudas siniestras y sospechas aberrantes asaltaron su mente, pero siguió con ella a través de aquel laberinto de pasillos capaz de confundir incluso su primitivo sentido de la orientación. Se llamó tonto, se maldijo por haberse dejado llevar sin más a aquella oscura morada, pero era demasiado tarde para dar la vuelta. De nuevo sentía movimiento en la oscuridad a su alrededor y le pareció que algo peligroso y hambriento acechaba en las sombras. A menos que le hubieran engañado los oídos, estaba seguro de haber oído un ligerísimo sonido deslizante que había cesado de repente ante una orden musitada por la joven.

La muchacha lo llevó por fin a una sala iluminada por un candelabro de siete brazos en los que ardían extrañas velas negras. Conan se dio cuenta de que estaban bajo tierra, a mucha profundidad. La sala era cuadrada, con paredes y techo de negro mármol pulido a la manera de los antiguos estigios. Había un sofá de ébano cubierto de terciopelo negro y en un estrado de piedra negra se veía el sarcófago de una momia.

Conan se quedó inmóvil y expectante, mientras examinaba las distintas arcadas que se abrían hacia la habitación, pero la joven no hizo ademán de seguir caminando. Se repantigó en el sofá con la flexibilidad de una gata, entrelazó los dedos tras la cabeza, entrecerró los ojos y contempló al bárbaro a través de las largas pestañas.

—¿Y bien? —preguntó Conan con impaciencia—. ¿Qué haces? ¿Dónde está Thutothmes?

—No hay prisa —respondió ella con pereza—. ¿Qué es una hora, o un día, o un año, o un siglo al fin y al cabo? Quítate la máscara. Déjame verte.

Con un gruñido de fastidio Conan se quitó la pesada máscara y la joven asintió con aprobación sin apartar la vista del rostro moreno y los ojos brillantes.

—Hay fuerza en ti. Mucha. Podrías estrangular un buey con las manos.

Conan se alejó de ella, inquieto y suspicaz. Con la mano en la empuñadura del cuchillo atisbó por alguna de las arcadas.

—Si me has traído a una trampa, no vivirás para disfrutar de tu obra. ¿Vas a levantarte de ese sofá y llevarme a donde quiero o voy a tener que...?

Enmudeció de repente. Contemplaba el sarcófago, en cuya tapa se había esculpido en marfil el rostro del ocupante con la asombrosa precisión de un arte

olvidado. Había algo extrañamente familiar en aquellos rasgos y se dio cuenta de repente de que la semejanza entre la imagen tallada y la joven tendida en el sofá de ébano era increíble. Podría haber sido la modelo de las tallas, de no ser porque el retrato tenía como poco varios siglos de antigüedad. Había jeroglíficos arcaicos tallados en la tapa y trató de descifrarlos, echando mano de recuerdos medio olvidados adquiridos aquí y allá a lo largo de su azarosa vida. Consiguió deletrear lo escrito y exclamó:

—¡Akivasha!

—¿Has oído hablar de la princesa Akivasha? —preguntó la joven del sofá.

—¿Y quién no? —gruñó él.

El nombre de la antigua princesa, tan bella como malvada, aun pervivía en canciones y leyendas, aunque habían pasado diez mil años desde que la hija de Tuthamón se había deleitado en banquetes interminables tras los negros muros de la antigua Luxur.

—Su único pecado fue amar demasiado la vida y todo lo que esta representa —dijo la joven—. Para obtener más vida, cortejó la muerte. No soportaba la idea de convertirse en una vieja arrugada y marchita, ni morir como una bruja apergaminada. Cortejó a las tinieblas como a un amante y obtuvo la vida cambio, pero no la vida como la conocen los mortales, pues nunca envejecería ni se marchitaría. Y luego se internó en las sombras para engañar a la muerte y la edad...

Conan la miró a los ojos, que de pronto eran como carbones al rojo. Dio media vuelta de repente y arrancó la tapa del sarcófago. Estaba vacío. A su espalda la joven se echó a reír y el sonido heló la sangre en las venas del bárbaro. Se volvió hacia ella, con el pelo de la nuca erizado.

—¡Eres Akivasha! —exclamó.

Ella volvió a reírse y meneó los pulidos rizos mientras extendía sensualmente los brazos.

—¡Sí, soy Akivasha! Soy aquella que nunca murió, que nunca envejeció. Aquella que, según los necios, fue apartada por los dioses de la faz de la tierra en la cima de su belleza y juventud para reinar para siempre en las regiones celestes. No, ¡es en las sombras donde los mortales encuentran la inmortalidad! Hace diez mil años morí para vivir para siempre. Dame tus labios, bárbaro. —Se incorporó a medias y se le acercó, caminando de puntillas y rodeando con sus brazos el enorme cuello. Conan la contemplaba ceñudo, incapaz de librarse de la terrible fascinación de aquel rostro infinitamente bello y del miedo helado que lo acompañaba—. ¡Ámame! —susurró, la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos y los ojos cerrados—. ¡Dame algo de tu sangre para renovar mi juventud y perpetuar mi vida eterna! ¡Te haré inmortal! Compartiré contigo la sabiduría de épocas remotas, los secretos que yacen en la oscuridad bajo estos templos desde el inicio del mundo. Te convertiré en rey de la horda tenebrosa que festeja entre las tumbas de los antiguos cuando la noche vela el desierto y el murciélago revolotea hacia la luna. Estoy harta de magos y sacerdotes, y de las esclavas arrastradas entre gritos a través de los portales de la muerte. Deseo un hombre de verdad. ¡Ámame, bárbaro!

Apoyó la cabeza contra el enorme pecho de Conan y el cimerio sintió que algo punzante se le clavaba en la base de la garganta. Con una maldición, la apartó de sí y la lanzó contra el sofá.

—¡Maldito vampiro!

**La sangre le goteaba de una pequeña herida en el cuello. Ella se giró en el sofá como una serpiente preparada para atacar, con el fuego de todos los infiernos ardiendo en los ojos. Separó los labios, revelando los afilados colmillos.**

**—¡Idiota! —aulló—. ¿Crees que escaparás? Vivirás y morirás aquí, en las tinieblas. Estamos bajo el templo y nunca encontrarás el camino de vuelta por ti mismo. Nunca podrás pasar a través de los guardianes de los túneles. De no ser por mi protección hace rato que los hijos de Set te habrían devorado. ¡Idiota, aún beberé tu sangre!**

**—Mantente alejada o te haré pedazos —masculló él, mientras se estremecía de repugnancia—. Quizá seas inmortal, pero seguro que puedo descuartizarte.**

**Retrocedió hasta el arco por el que había entrado y de pronto la luz se fue. Todas las velas se extinguieron a la vez, aunque no sabía cómo, pues Akivasha no las había tocado. La risa de la vampira resonó en un eco burlón a su espalda; era dulce, como una infernal viola venenosa, y Conan sintió un sudor frío mientras tanteaba a ciegas en busca del arco. Sus dedos encontraron una abertura y saltó hacia allá, sin estar seguro de que fuera el lugar por el que había entrado y sin que le importase gran cosa. Lo único en lo que pensaba era en salir de aquella habitación encantada que había alojado a aquel demonio hermoso y letal durante tantos siglos.**

**Su vagar por aquellos pasillos negros y serpenteantes se convirtió en una pesadilla. A sus espaldas y a los lados no dejaba de oír cosas que se deslizaban o aleteaban y en cierto momento creyó escuchar un eco de la hermosa y aterradora risa de Akivasha. Tajaba a diestro y siniestro en las sombras todo lo que oía o imaginaba oír y en cierto momento su cuchillo pasó a través de algo tenue y pegajoso que quizá fueran telas de araña. Tenía la sensación desesperada de que estaban jugando con él, llevándolo más y más hacia las profundidades, hasta garras y colmillos demoniacos que darían cuenta de él.**

**El miedo iba acompañado de una repugnancia casi mareante. La historia de Akivasha era increíblemente antigua y en las leyendas que se contaban de ella había siempre una pizca de romanticismo. Para muchos soñadores, poetas y amantes no era simplemente una malvada princesa estigia, sino el símbolo de la belleza inmortal y la juventud eterna que brillaba para siempre en algún reino divino. Acababa de ver la terrible realidad. Aquella infame perversión de afilados colmillos era la verdad tras la leyenda. Su sentimiento de repugnancia corría parejo a la decepción que acompaña a los sueños rotos, cuando el dorado objeto de adoración se muestra como simple barro y basura cósmica. Una ola de futilidad lo asaltó, un miedo confuso ante la falsedad de todos los sueños y anhelos de los hombres.**

**Y ahora estaba seguro de que su oído no lo engañaba. Lo estaban siguiendo y sus perseguidores se le acercaban. Los ruidos de deslizamiento y arrastre que oía en la oscuridad no los producían pies humanos ni las pezuñas de un animal normal. El inframundo tenía, tal vez, su propia vida, y lo acechaba. Se volvió para encararlos, aunque no podía vez nada, y retrocedió poco a poco. De pronto, los sonidos cesaron, justo antes de que volviera el rostro y viese que al fondo del corredor había luz.**

# 19
# En el salón de los muertos

Conan se dirigió con precaución hacia la luz que había visto, con la cabeza medio inclinada, pero no oyó más ruidos de persecución, aunque aún sentía que la oscuridad rebosaba vida.

El resplandor no estaba inmóvil, sino que se desplazaba, meneándose ridículamente de un lado a otro. No tardó en ver de dónde venía. Frente a él, el túnel que atravesaba se cruzaba con otro, un pasillo más amplio por el que se desplazaba una sorprendente procesión. Cuatro individuos altos y delgados vestidos con túnicas negras con capucha que se apoyaban en báculos. El guía llevaba una antorcha, que era lo que brillaba de una forma extrañamente constante. Pasaron como fantasmas más allá de su limitado rango de visión y se desvanecieron, dejando tan solo un resplandor moribundo a su paso. Su apariencia era sumamente misteriosa y, desde luego, no eran estigios ni pertenecían a ningún otro pueblo que Conan conociese. Dudaba incluso de que fueran humanos. Parecían fantasmas negros que acecharan aquellos túneles malditos.

La situación de Conan no podía ser más desesperada. Antes de que el siseo de pies no humanos se reanudase en la oscuridad, echó a correr por el pasillo. Se introdujo en el otro túnel y pudo divisar, empequeñecida por la distancia, la extraña procesión en medio de una apagada esfera de luz. Se deslizó en silencio tras ellos, y se pegó contra la pared cuando se detuvieron de repente e hicieron un corro, como si estuvieran decidiendo algo. Dieron media vuelta, como si retomasen sus pasos, y se dirigieron a una arcada cercana. Tanteando en la oscuridad a la que estaba ya tan acostumbrado que casi podía ver en ella, Conan descubrió que el túnel no seguía recto, sino que giraba, y se agazapó tras la primera revuelta, para que la luz no revelara su posición cuando pasaban a su lado.

Pero mientras permanecía allí fue consciente de un bajo murmullo a sus espaldas, como de voces humanas. Tomó esa dirección y vio confirmadas sus sospechas. Decidió abandonar su intención original de seguir a los tétricos viajeros dondequiera que fuesen y echó a andar hacia las voces.

Vio una luz frente a él, giró en el pasillo y divisó un amplio arco del que salía un débil resplandor. A su izquierda, una empinada escalera iba hacia lo alto y la prudencia lo aconsejó subir por ella. Las voces que oía venían del otro lado del arco.

El sonido se desvaneció a medida que subía y por fin llegó a una puerta baja en arco que se abría a un amplio espacio que brillaba con una luz extraña.

Se encontraba en una alta galería en penumbra desde la que podía contemplar una sala de proporciones colosales tenuemente iluminada. Era un salón de los muertos, algo que pocos aparte de los silenciosos sacerdotes estigios habían visto en su vida. A lo largo de las negras paredes se veían hileras interminables de sarcófagos tallados y pintados. Cada uno estaba en su propio nicho de piedra y las

filas se extendían unas encima de otras hasta perderse en el oscuro cielorraso. Miles de máscaras talladas contemplaban impasibles a las personas que había en medio del salón, que parecían insignificantes y sin propósito en medio de aquella vasta extensión de muertos.

Diez de ellos eran sacerdotes y, aunque se habían quitado las máscaras, Conan los reconoció como los que lo habían acompañado a la pirámide. Rodeaban a un hombre alto de facciones aquilinas junto a un altar en el que yacía una momia envuelta en vendas putrefactas. El altar estaba bañado por un brillo de puro fuego viviente que pulsaba y temblaba y lanzaba escamas ardientes sobre la piedra negra en la que se apoyaba. Ese asombroso resplandor emanaba de una joya roja sobre el altar, y a su luz los rostros de los sacerdotes parecían los de cadáveres cenicientos. Mientras miraba, Conan sintió el cansancio de todos los días y las noches de su larga búsqueda y se estremeció ante la urgencia desesperada que lo impelía a bajar corriendo, abrirse paso a tajos entre los silenciosos sacerdotes y agarrar la gema roja con dedos ansiosos. Pero se contuvo y se agazapó, cubierto por las sombras en la balaustrada de piedra. De un vistazo comprobó que había una escalera que descendía al salón, pegada a la pared y medio oculta entre las sombras. Escudriñó todos los recovecos de aquel lugar inmenso buscando más sacerdotes o algún acólito, pero no había nadie más que el grupo junto al altar.

En medio de aquel enorme vacío, la voz del que parecía el jefe sonaba vacía y fantasmal:

—Así llegaron las noticias al sur. El viento nocturno las susurró, los cuervos las graznaron en su vuelo y los sombríos murciélagos se las contaron a los búhos y a las serpientes que acechan en ruinas anteriores al hombre. Licántropos y vampiros las oyeron, así como los demonios de cuerpo de ébano que acechan en la oscuridad de la noche. La soñolienta Noche del Mundo despertó y sacudió su pesada melena y los tambores sonaron en la oscuridad más profunda, y los ecos de los gritos lejanos y siniestros aterrorizaron a aquellos que se atrevían a salir al crepúsculo. Pues el Corazón de Arimán estaba de nuevo en el mundo y había llegado el momento de que cumpliera con su críptico destino.

»Os preguntáis cómo es que yo, Thutothmes de Jemi, Thutothmes de la noche, supe las noticias antes que Tot Amón, quien se llama a sí mismo príncipe de todos los magos. Hay secretos que no llegan ni a sus oídos y Tot Amón no es el único con poder en el Círculo Negro.

»Como sea, supe lo que ocurría y decidí ir a buscar el Corazón, que venía hacia el sur. Era como un imán que tiraba de mí sin posibilidad de error. Venía al sur, saltando de muerte en muerte, navegando por un río de sangre humana. La sangre lo alimenta, la sangre lo nutre cuando es derramada con violencia por su portador. Allí donde brille se vierte sangre, los reinos se tambalean y las fuerzas de la naturaleza se confunden.

»Aquí me veis ahora, dueño y señor del Corazón. Y aquí os he convocado secretamente, a vosotros que me sois fieles, para compartir conmigo el reino negro que va a nacer. Esta noche seréis testigos de la destrucción de las cadenas con las que Tot Amón nos esclaviza y del nacimiento de un imperio. Pero ¿quién soy yo, sí, yo, Thutothmes, para saber qué poderes acechan y sueñan en estas profundidades carmesí? Ha mantenido a salvo sus secretos durante tres mil años. Pero aprenderé. ¡Ellos me enseñarán! —Señaló con la mano las formas silenciosas que se alineaban en las paredes—. Mirad cómo duermen, cómo nos miran desde sus máscaras talladas. Reyes, reinas, generales, sacerdotes, magos, dinastías

reinantes y toda la nobleza de Estigia de los últimos diez mil años. El toque del Corazón los despertará de su largo sueño. Hace eras, el Corazón palpitaba y brillaba en la antigua Estigia. Este era su hogar siglos antes de que viajara a Aqueronte. Los antiguos comprendían por completo su poder y me lo dirán cuando restaure sus vidas por medio de la joya y los ponga a mi servicio. Los resucitaré, los despertaré, aprenderé todos los secretos olvidados que poseen, todo el conocimiento encerrado en sus marchitos cráneos. ¡Esclavizaremos a los vivos con el conocimiento de los muertos! Sí; reyes, generales, magos de antaño serán nuestros sirvientes y esclavos. ¿Quién podrá resistirse a nosotros? ¡Mirad! Esta cosa reseca y marchita del altar fue una vez Tot Mekri, sumo sacerdote de Set, muerto hace tres mil años.

»Era un adepto del Círculo Negro. Conocía los secretos del Corazón. Nos explicará sus poderes.

Alzó la joya y la colocó en el ajado pecho de la momia, tras lo cual alzó los brazos y empezó a recitar un ensalmo. Pero este no se completó. Se detuvo de pronto con los brazos alzados y la boca entreabierta, mirando más allá de sus acólitos, quienes se giraron en aquella dirección.

A través del negro arco de la puerta entraron cuatro formas delgadas en túnicas negras. Sus rostros eran óvalos de un amarillo ceniciento bajo la sombra de las capuchas.

—¿Quiénes sois? —exclamó Thutothmes. En su voz el peligro silbaba como el siseo de una cobra—. ¿Estáis locos que invadís el sagrado santuario de Set?

El más alto de los recién llegados dijo, con una voz átona como una campana khitania:

—Seguimos a Conan de Aquilonia.

—No está aquí —respondió Thutothmes, que hizo a un lado el manto con la mano derecha en un gesto de amenaza, como una pantera desenfundando las garras.

—Mientes. Está en este templo. Lo hemos seguido desde el cadáver que había en la puerta de bronce y a través de un laberinto de pasillos. Cuando sentimos la presencia de este cónclave seguíamos su rastro. Lo retomaremos ahora. Pero antes dadnos el Corazón de Arimán.

—La muerte es el único botín de los locos —murmuró Thutothmes, mientras se acercaba al otro.

Sus sacerdotes se situaron junto a él con movimientos felinos, pero los recién llegados no dieron muestras de haberlo notado.

—¿Quién puede contemplarlo sin desear poseerlo? —dijo el khitanio—. Hemos oído hablar de él en Khitai. Nos dará poder sobre aquellos que nos forzaron al exilio. Gloria y maravillas sin cuento reposan en sus profundidades carmesíes. Dánoslo o tendremos que matarte.

Se oyó un fiero grito a la vez que uno de los estigios saltaba adelante con un relámpago de acero. Pero antes de que pudiera atacar, un báculo se interpuso en su camino, rozó su pecho y el sacerdote cayó muerto. Al instante siguiente, la momia fue testigo de un espectáculo de sangre y horror. Cuchillos curvados relampagueaban y se enrojecían, los báculos atacaban veloces como víboras y allí donde alcanzaban su objetivo, los estigios morían entre gritos.

En cuanto vio el primer ataque, Conan se puso en pie y echó a correr hacia las escaleras. Solo tenía atisbos de la lucha veloz y encarnizada de a abajo: vio figuras tambaleantes y cubiertas de sangre; vio a uno de los khitanios, casi hecho

pedazos, pero aun en pie y repartiendo muerte; vio a Thutothmes agarrarlo del pecho con la mano abierta y luego vio desplomarse al otro, aunque el acero no había sido capaz de acabar con su vida.

Para cuando Conan llegó a los pies de la escalera, la pelea casi había terminado. Tres de los khitanios yacían en el suelo, cubiertos de heridas y casi descuartizados, pero de los estigios solo Thutothmes seguía en pie.

Se lanzó hacia el superviviente khitanio con la mano abierta extendida como un arma y Conan vio que era negra como la de un kushita. Antes de que pudiera atacar, el báculo del khitanio se lanzó hacia delante, casi como si creciera con el impulso del oriental. La punta tocó el pecho de Thutothmes y este se tambaleó. Una y otra vez el báculo atacó, y Thutothmes acabó desplomándose, el rostro ennegrecido como un tizón. Segundos después, todo su cuerpo tenía el mismo color que la mano negra.

El khitanio se volvió hacia la joya que ardía en el pecho de la momia, pero Conan le cerraba el paso.

Ambos se miraron en silencio entre los despojos de la batalla, contemplados por las máscaras de los sarcófagos que los rodeaban. La tensión entre ellos pesaba como algo físico.

—Desde muy lejos te he seguido, rey de Aquilonia —dijo el khitanio—. Río abajo y sobre las montañas, a través de Poitain y Zingaria y las colinas de Argos. Y por la costa. No fue fácil captar su rastro a partir de Tarantia, pues los sacerdotes de Asura son hábiles en sus artes. Te perdimos en Zingaria, pero encontramos tu yelmo en el bosque bajo las colinas fronterizas, donde habías peleado con los gules. Casi te habíamos perdido esta noche entre estos laberintos.

Conan se dijo que había sido afortunado al volver de la sala de la vampira por una ruta distinta a aquella por la que había entrado. De otro modo, habría ido directamente al encuentro de aquellos individuos en lugar de divisarlos de lejos mientras usaban sus misteriosas habilidades para seguir su rastro como si fueran sabuesos humanos.

El khitanio meneó la cabeza como si le leyera el pensamiento.

—Eso no importa, el rastro acaba aquí.

—¿Por qué me perseguís? —quiso saber Conan, preparado para saltar hacia cualquier parte con la velocidad de un tigre.

—Era una deuda que debíamos pagar —respondió el khitanio—. No te ocultaré nada, ya que estás a punto de morir. Éramos vasallos del rey de Aquilonia, Valerius. Durante mucho tiempo le servimos, pero somos libres por fin, mis hermanos a través de la muerte y yo gracias al cumplimiento de nuestras obligaciones. Regresaré a Aquilonia con dos corazones; el de Arimán para mí y el de Conan para Valerius. Con un beso de mi báculo cortado del árbol viviente de la muerte...

El báculo saltó como una víbora, pero el golpe del cuchillo de Conan fue más rápido. El báculo cayó partido en dos. Antes de que hubiera tocado el suelo, brilló un nuevo relámpago de acero y la cabeza del khitanio rodaba sobre las baldosas.

Conan se dio media vuelta y extendió la mano hacia la joya, solo para retroceder presa del horror.

Pues lo que había en el altar ya no era una cosa reseca y parduzca. La joya brillaba en el pecho lleno y bien formado de un hombre vivo bajo las vendas. ¿Vivo? Conan no estaba seguro. Los ojos eran como cristal turbio y bajo ellos brillaban fuegos sombríos que no parecían humanos.

Poco a poco se puso en pie y tomó la joya con la mano. Descendió a un lado del altar, moreno, desnudo, con un rostro que era como una máscara. Extendió en silencio la mano hacia Conan, con la joya palpitando como un corazón vivo en ella. Conan la tomó con la sensación escalofriante de que estaba aceptando el regalo de la mano de un muerto. Comprendió que el encantamiento había quedado a medias y que la vida no había sido restaurada por completo en aquel cadáver.

—¿Quién eres? —preguntó.

La respuesta vino en una voz átona, monótona, como perezosas gotas de agua que cayeran de una estalactita en una cueva subterránea.

—Era Tot Mekri. Estoy muerto.

—Como sea. Llévame fuera de este maldito templo. ¿Lo harás? —pidió Conan mientras contenía un escalofrío.

Con pasos medidos, mecánicos, el muerto se dirigió hacia el arco negro. Conan fue tras él. Un vistazo a sus espaldas le mostró de nuevo el inmenso y sombrío salón con sus hileras de sarcófagos y los cuerpos caídos alrededor del altar. La cabeza que había cortado lo contemplaba ciega desde las sombras.

El brillo de la joya iluminaba los oscuros pasillos como una lámpara encantada que derramase fuego dorado. A Conan le pareció ver en cierto momento un atisbo de piel marfileña entre las sombras y creyó ver a la vampira Akivasha retrocediendo ante el brillo de la gema. Y con ella otras siluetas menos humanas se apresuraron a internarse en las tinieblas.

El muerto caminaba con decisión, sin mirar a izquierda ni a derecha, el paso tan firme como el de la fatalidad. El sudor perlaba el cuerpo de Conan y su mente estaba llena de dudas. ¿Cómo sabía que aquella horrenda imagen lo llevaba a la libertad? De lo que sí estaba seguro era de que por sí mismo nunca habría podido cruzar aquel condenado laberinto de pasillos y túneles interminables. Así que seguía a su horrible guía a través de las tinieblas que los rodeaban, llenas de siluetas acechantes de horror y locura que retrocedían ante el brillo cegador del Corazón.

De pronto, la puerta de bronce estaba frente a él y sintió el frío viento de la noche y vio las estrellas y la noche desértica bajo ellas, cruzada por la enorme sombra de la pirámide. Tot Mekri señaló sin palabras hacia el desierto y luego dio media vuelta y regresó a las tinieblas. Conan se lo quedó mirando mientras volvía en silencio a la oscuridad, con el paso inexorable de quien sabe que no puede burlar al destino y debe regresar a su sueño eterno.

Con una maldición, el cimerio atravesó la entrada y echó a correr por el desierto como si lo persiguieran todos los demonios del infierno. No miró hacia atrás una sola vez; tampoco hacia las negras torres de Jemi que asomaban borrosas más allá de la arena. Se dirigía hacia el sur por la costa y corría como lo hace un hombre gobernado por el pánico. El agotador ejercicio despejó su mente y el viento fresco del desierto borró las pesadillas de su alma. Su repugnancia se convirtió en exaltación cuando el desierto dio paso a una zona pantanosa. Más allá de ella pudo ver al *Aventurero* anclado en las oscuras aguas.

Atravesó el pantano, hundido en el agua hasta la cadera. Buceó después en las aguas más profundas, sin miedo alguno a tiburones o cocodrilos para finalmente nadar hacia la galera y subir por la cadena del ancla. Estaba en cubierta, goteante y eufórico, antes de que el vigía lo viera.

—¡Despertad, perros! —rugió, haciendo a un lado la lanza que el asombrado

**guardia apuntaba a su pecho—. ¡Levad anclas! ¡Largad trapo! Dadle al pescador un yelmo lleno de oro y llevadlo a la costa. Enseguida amanecerá y antes de que salga el sol quiero que estemos en camino al puerto de Zingaria más cercano.**

**Hizo girar la enorme joya sobre su cabeza; la gema lanzó salpicaduras de luz que llenaron la cubierta de fuego dorado.**

# 20
# Del polvo resurgirá Aqueronte

El invierno llegaba a su fin en Aquilonia. Las hojas cubrían las ramas de los árboles y la hierba fresca sonreía al toque de la brisa del sur. Pero muchos campos estaban baldíos y vacíos, muchas pilas carbonizadas marcaban el lugar donde se habían alzado orgullosas villas o prósperos pueblos. Los lobos se aventuraban sin miedo por los caminos cubiertos de hierba y los bosques hervían de gente hambrienta y sin señor al que servir. Solo en Tarantia se festejaba y se comía a placer.

Valerius gobernaba con un toque de locura. Muchos de los barones que le habían dado la bienvenida ahora echaban pestes de él. Sus recaudadores de impuestos aplastaban por igual al rico y al pobre y la riqueza del esquilmado reino fluía hacia Tarantia, que, más que una capital, parecía una plaza fuerte en tierra conquistada. Sus comerciantes se enriquecían, pero era una prosperidad precaria, pues nadie sabía cuándo sería acusado de traición y sus propiedades confiscadas mientras era llevado a prisión o puesto en el potro.

Valerius no hacía el menor intento por congraciarse con sus súbditos. Se apoyaba en los soldados nemedios y en los desesperados mercenarios que contrataba. Sabía que no era más que un títere de Amalric y que reinaba solo con el consentimiento de los nemedios. Era consciente de que jamás podría unir toda Aquilonia bajo su gobierno ni librarse del yugo de sus amos y de que las provincias periféricas se le resistirían hasta la última gota de sangre. De hecho, no ignoraba que los nemedios lo arrojarían del trono si hacía el menor intento por consolidar su reino. Estaba atrapado en su propia trampa. La hiel del orgullo humillado corroía su alma mientras se lanzaba a una orgía de desenfreno como quien vive al día sin preocuparse del mañana.

Pero había un propósito en su locura, tan sutil que ni siquiera Amalric lo había adivinado. Tal vez los años que había pasado errante de un lado a otro en el exilio habían alimentado en él una amargura más allá de la razón. Y quizá su odio hacia la situación actual había aumentado la amargura hasta convertirla en demencia. En todo momento vivía empujado por un solo propósito: la ruina de aquellos que se habían asociado con él.

Sabía que su reinado llegaría a su fin en el momento en que Amalric decidiera que ya había cumplido su propósito y que mientras continuase oprimiendo a su propio reino, los nemedios lo tolerarían como gobernante, porque Amalric deseaba aplastar a Aquilonia, llevarla hasta la sumisión definitiva y total y destruir hasta la última brizna de su independencia, para luego reconstruir el país según sus designios y usar su recursos naturales y a sus habitantes para arrancar la corona de Nemedia de las manos de Tarascus. Pues la ambición final de Amalric era el trono de un imperio y Valerius lo sabía. No tenía la menor idea de si Tarascus lo sospechaba, pero no le cabía duda alguna de que el rey de Nemedia aprobaba sus métodos despiadados. Tarascus odiaba Aquilonia con un odio nacido de antiguas guerras y rencillas y lo único que deseaba era la destrucción del reino

**occidental.**

**Valerius pretendía arruinar el país de un modo tan completo que ni siquiera la riqueza Amalric pudiera reconstruirlo. Odiaba al barón tanto como odiaba a los aquilonios y su único deseo era vivir lo suficiente para ver a Aquilonia en la ruina más absoluta y a Tarascus y Amalric enzarzados en una guerra civil desesperada que acabase destruyendo por completo Nemedia.**

**Estaba convencido de que la conquista de las provincias de Gunderia, Poitain y las Marcas Bosonias, aun desafiantes, marcaría el fin de su reinado. En ese momento habría terminado su utilidad para Amalric y sería prescindible. Así que retrasaba todo lo que podía la toma de esas provincias, limitándose a realizar incursiones y ataques sin sentido y aplacando las peticiones de Amalric con una miríada de objeciones razonables y aplazamientos inevitables.**

**Su vida era una sucesión de fiestas y orgías salvajes. Se hacía traer a palacio a las más hermosas jóvenes de todo el reino, lo quisieran o no. Blasfemaba sin cesar y noche tras noche acababa borracho y despatarrado en el suelo del salón de banquetes, con la corona de oro en la cabeza y el manto púrpura real lleno de lamparones de vino derramado. Su sed de sangre tenía bien provistos los cadalsos de la plaza del mercado, en los que siempre había cadáveres colgados y donde el hacha del verdugo trabajaba sin cesar mientras sus jinetes nemedios iban de un lado a otro del país saqueando y quemando. Llevado al borde de la locura, el reino vivía en un estado constante y frenético de revuelta, aplastada de forma salvaje una y otra vez. Valerius saqueó, violó, esquilmó y arrasó hasta que incluso Amalric lo advirtió de que, si seguía así, llevaría el reino a una ruina insalvable, sin saber que eso era precisamente lo que pretendía.**

**Mientras en el norte de Aquilonia se hablaba de la locura del rey, en Nemedia se hablaba de Xaltotun, el velado. Pocos lo habían visto por las calles de Belverus y se decía que pasaba la mayor parte del tiempo en las colinas, en extraños conciliábulos con los escasos restos de una antigua raza: gente oscura y silenciosa que afirmaba descender de un antiguo reino. Se hablaba de tambores que sonaban en las distantes colinas, de fuegos que iluminaban la noche y de extraños cánticos llevados por el viento, cánticos y ritos olvidados siglos atrás, excepto un puñado de fórmulas sin sentido musitadas entre las montañas al calor del hogar en aldeas cuyos habitantes eran muy distintos a la gente de los valles.**

**Nadie conocía el motivo de esos cónclaves, a menos que lo supiera Orastes, que acompañaba al pitonio con frecuencia y cuyo rostro se iba volviendo más demacrado con el tiempo.**

**En plena primavera un rumor repentino cruzó el abatido reino y despertó nuevas esperanzas en todo el país. Llegó como un misterioso susurro procedente del sur y despertó a una población que ya se hundía en la apatía y la desesperación. Pero nadie sabía realmente dónde se había iniciado. Había quien hablaba de una anciana ceñuda y peculiar que bajó de las montañas con el pelo al viento y un gran lobo gris al lado. Otros decían que era cosa de los sacerdotes de Asura, que vagaban como fantasmas furtivos de Gunderia a las marcas de Poitain o a las aldeas forestales de los bosonios.**

**Viniera de donde viniera, la rebelión se extendió como un incendio por la frontera. Se tomaron al asalto las guarniciones nemedias y se las pasó por la espada y las cuadrillas de forrajeo fueron atacadas y descuartizadas. El oeste se alzó en armas y había algo nuevo y distinto en el alzamiento, una resolución salvaje, una ira bien centrada muy diferente de la frenética desesperación que**

había motivado anteriores revueltas. No eran solo los comunes; los barones fortificaban los castillos y desafiaban a los gobernadores de las provincias. Se había visto a grupos de bosonios desplazarse por la frontera de las Marcas: individuos bajos y decididos vestidos con brigantinas y con largos arcos en la mano. El reino salía del estancamiento inerte de la ruina y la desolación y revivía de repente, vital y peligroso. Así que a Amalric no le quedó más remedio que llamar a Tarascus, que vino al frente de un ejército.

En el palacio real de Tarantia, Amalric y los dos reyes discutían sobre el alzamiento. No habían mandado llamar a Xaltotun, inmerso en sus crípticos estudios en las colinas nemedias. Desde aquel día sangriento en el valle de Valkia no habían vuelto a usar su magia y él se había dedicado a lo suyo, aparentemente indiferente a sus intrigas y sin grandes deseos de comunicarse con ellos.

Tampoco habían mandado llamar a Orastes, pero este había venido de todos modos y estaba pálido como la espuma justo antes de la tormenta. Estaban en la dorada cámara rematada en cúpula donde los reyes solían celebrar los cónclaves, y se asombraron ante el aspecto demacrado del sacerdote. Les pareció que quizá su mente estaba siendo forzada más allá del límite.

—Pareces cansado, Orastes —dijo Amalric—. Tiéndete en este diván y haré que un esclavo te traiga vino. Has cabalgado demasiado…

Orastes espantó la invitación con un manotazo.

—He reventado tres caballos en el camino desde Belverus. No beberé vino ni descansaré hasta que no diga lo que tengo que decir.

Echó a andar de un lado a otro como si un fuego interior le impidiera permanecer inmóvil. Se detuvo de repente ante sus asombrados compañeros.

—Cuando usamos el Corazón de Arimán para devolverle la vida a un muerto —dijo de pronto—, no tuvimos en cuenta las consecuencias que acarrea escarbar en el negro polvo del pasado. Es culpa mía, como también lo es el pecado. Solo pensamos en nuestras ambiciones y ni se nos pasó por la cabeza que él pudiera tener las suyas propias. Hemos desencadenado un diablo sobre la tierra, una maldad incomprensible para la mayoría de los mortales. He escudriñado en maldades sin cuento, pero hay un límite que ni yo ni nadie cruzaría. Mis antepasados eran hombres puros, sin mancha demoniaca alguna. Solo yo me he sumergido en los abismos y mi pecado es por tanto únicamente mío. A Xaltotun lo acompañan mil siglos de magia negra y demoniaca, una antiquísima tradición de pura maldad. Está más allá de nuestro entendimiento, no porque sea un mago, sino porque desciende de una raza de magos.

»He visto cosas que han destrozado mi alma. En el corazón de las dormidas colinas he visto a Xaltotun unirse a las almas de los condenados e invocar a los demonios más antiguos de la olvidada Aqueronte. He visto a los descendientes malditos de ese imperio detestable adorarlo y proclamarlo sumo sacerdote. He visto lo que trama. Y os aseguro que es nada menos que la restauración del antiguo y espeluznante reino de Aqueronte.

—¿De qué hablas? —respondió Amalric—. Aqueronte no es más que polvo. No quedan suficientes supervivientes para crear un imperio. Ni siquiera Xaltotun puede devolver a la vida lo que ha sido polvo durante tres mil años.

—No sabes nada de sus oscuros poderes —respondió Orastes, taciturno—. He visto cómo las colinas se transformaban en algo antiguo y ajeno bajo sus hechizos.

He atisbado las siluetas borrosas de valles, bosques, montes y lagos que ya no existen, como sombras más allá de la realidad procedentes de un pasado siniestro. Incluso he percibido, más que ver, las torres moradas de la olvidada Pitón brillando como imágenes hechas de niebla en medio del ocaso.

»En el último cónclave al que lo acompañé, comprendí por fin sus poderes y su propósito mientras los tambores batían y los bestiales adoradores de Xaltotun aullaban con el rostro pegado al suelo. Os lo aseguro: restaurará Aqueronte por medio de la magia, de la hechicería surgida de un sacrificio de sangre como el mundo nunca ha visto. Esclavizará la tierra, barrerá el presente en un diluvio de sangre y restaurará el pasado.

—¡Estás loco! —exclamó Tarascus.

—¿Loco? —Orastes clavó en él sus ojos ojerosos—. ¿Acaso puede alguien ver lo que he visto y permanecer cuerdo? Pero lo que digo es cierto. Planea la vuelta de Aqueronte, con sus torres y magos y reyes. Y con todos sus horrores, tal como fue en el remoto pasado. Los descendientes de Aqueronte le servirán de núcleo sobre el que edificar, pero la sangre y la carne de los habitantes de las naciones del presente formarán el mortero que mantendrá unido el horripilante edificio. No puedo deciros cómo. Mi propia mente se rebela cuando intento comprenderlo. ¡Pero lo he visto! Aqueronte será de nuevo Aqueronte, e incluso las colinas, los bosques y los ríos recuperarán su antiguo aspecto. ¿Por qué no? Si yo, con mi pequeño caudal de conocimiento, soy capaz de devolver la vida a quien lleva muerto tres mil años, ¿por qué el mago más poderoso del mundo no va a poder devolverle la vida a un reino que lleva muerto el mismo tiempo? ¡Del polvo resurgirá Aqueronte a su mandato!

—¿Cómo lo detenemos? —preguntó Tarascus, impresionado.

—Solo hay un modo —respondió Orastes—. Debemos robarle el Corazón de Arimán.

—Pero... —empezó a decir Tarascus. Se lo pensó mejor y guardó silencio.

Nadie se había dado cuenta, pues Orastes seguía hablando:

—Es un poder que podemos usar contra él. Con él en mis manos quizá pueda desafiarlo. Pero ¿cómo lo robaremos? Lo ha escondido en algún lugar secreto del que ni siquiera un ladrón zamorio lo podría robar. No puedo descubrir su escondite. Si volviera a dormir otra vez el sueño del loto negro... Pero la última vez que lo hizo fue tras la batalla de Valkia; necesitaba recuperar fuerzas a causa de la poderosa magia que había ejecutado...

La puerta estaba cerrada y trabada, pero se abrió de pronto en silencio y Xaltotun apareció en el umbral, tranquilo, indiferente, acariciando con calma su barba patriarcal. Pero en su ojos brillaba el infierno.

—Te he mostrado demasiado —dijo imperturbable mientras señalaba a Orastes con un dedo fatídico.

Antes de que nadie pudiera moverse, lanzó un puñado de polvo a los pies del sacerdote, que parecía una estatua de mármol. El montón de polvo empezó a arder y una espiral de humo azul se enroscó alrededor de Orastes. Cuando llegó a los hombros, se lanzó como una víbora al cuello y se enrolló a su alrededor. El grito de Orastes se convirtió en un gorgoteo y se llevó las manos al cuello. Los ojos se le salían de las órbitas y tenía la lengua fuera. El humo parecía una cuerda azul alrededor de su cuello; de pronto desapareció y Orastes se desplomó sobre el suelo, muerto.

Xaltotun dio una palmada y dos individuos entraron en la sala. No era la

primera vez que se los veía en su compañía. Pequeños, repulsivamente cetrinos, de ojos enrojecidos y oblicuos y afilados dientes de rata, se movían totalmente en silencio. Cargaron con el cadáver y abandonaron la habitación.

Xaltotun dio por despachado el asunto con un gesto de la mano y se sentó en la mesa de marfil alrededor de la que se reunían los dos reyes y el barón. Los tres tenían el rostro demudado.

—¿A qué viene este cónclave? —preguntó.

—Los aquilonios se han rebelado en las provincias occidentales —respondió Amalric, que se iba recuperando del ataque de terror causado por la muerte de Orastes—. Creen que Conan está vivo y que cabalga al frente del ejército poitainio para reclamar el trono. Si hubiera aparecido justo tras lo de Valkia o si el rumor de que estaba vivo se hubiera esparcido entonces, las provincias centrales no se habrían rebelado por él, nos tendrían demasiado miedo. Pero el mal gobierno de Valerius los ha empujado más allá de la desesperación y están dispuestos a seguir a cualquiera que los una contra nosotros. Prefieren una muerte rápida a la miseria continuada en la que vivían.

»Por supuesto, la historia de que Conan no murió en Valkia circula hace tiempo, aunque hasta ahora la plebe no la creía. Pero Pallantides ha vuelto del exilio en Ofir y jura que el rey se encontraba indispuesto en su tienda aquel día y que uno de sus caballeros vestía su armadura. Un escudero que se ha recobrado hace poco de un golpe de maza sufrido en Valkia confirma su historia, o finge hacerlo.

»Una vieja que tiene un lobo por mascota va de un lado a otro del país y proclama que el rey Conan está vivo y que volverá para reclamar la corona. Y para rematar las cosas hasta los condenados sacerdotes de Asura repiten la cantinela. Afirman que han sabido por medios que no pueden revelar que Conan vuelve para reconquistar sus dominios. No hemos podido capturarlos, ni a la vieja ni a los sacerdotes. En cualquier caso, es un truco de Trócero, salta a la vista. Mis espías me dicen que hay pruebas indiscutibles de que los poitainios se preparan para invadir Aquilonia. Creo que Trócero lleva con él a un impostor que afirmará ser el rey Conan.

Tarascus lanzó una carcajada, pero no había ninguna convicción en ella. Se tocó con disimulo la cicatriz bajo el jubón y recordó los cuervos que seguían la pista del fugitivo. Recordó también el aspecto del cuerpo de su escudero, Arideus, al que habían traído de las montañas horriblemente mutilado por un lobo, según decían los aterrados soldados que lo acompañaban. Por último, recordó la joya roja robada del cofre de oro mientras su dueño dormía y prefirió no decir nada.

Valerius, por su parte, recordaba al noble muerto que había boqueado entre jadeos una historia de terror, y a los khitanios que habían desaparecido en las tierras del sur y no habían vuelto jamás. Pero contuvo la lengua, pues las sospechas y el odio hacia sus camaradas lo roían como un gusano y no había nada que desease más que ver a los rebeldes y a los nemedios enzarzados en una disputa mortal.

Amalric, por otro lado, exclamó:

—¡Pensar que Conan está vivo es una tontería!

Como respuesta, Xaltotun puso un pergamino enrollado sobre la mesa.

Amalric lo cogió y lo leyó. De sus labios se escapó un grito rabioso e incoherente. Se tranquilizó y leyó en voz alta:

—«A Xaltotun, titiritero supremo de Nemedia. Vuelvo a mi reino, perro de

Aqueronte, y voy a colgar tu piel de una zarza. Conan». ¡Una falsificación! —gritó después.

Xaltotun meneó la cabeza.

—Es genuino. He comparado la firma con los documentos reales que hay en la biblioteca de la corte. Nadie podría imitar ese garabato arrogante.

—Pero si Conan está vivo, esta revuelta no será como las otras —musitó Amalric—. Es el único que puede unir a todos los aquilonios. No, esto no es propio de Conan —rezongó—. ¿Para qué iba a ponernos en guardia jactándose? Lo lógico sería que atacase sin avisar, como hacen los bárbaros.

—Ya estábamos avisados —señaló Xaltotun—. Nuestros espías nos han hablado de los preparativos de guerra en Poitain. No podía cruzar las montañas sin que nos enterásemos, así que nos ha enviado este desafío tan típico de él.

—Pero, ¿por qué a ti? —quiso saber Valerius—. ¿Por qué no a mí o a Tarascus?

Xaltotun le lanzó al rey una mirada enigmática.

—Conan es más sabio que tú —dijo luego—. Sabe lo que vosotros no habéis aprendido aún. Que ni Valerius ni Tarascus, ni siquiera Amalric, son los verdaderos señores de las naciones occidentales; el amo es Xaltotun.

Nadie respondió. Se lo quedaron mirando, asaltados por la certidumbre paralizante de que así era realmente.

—No hay más camino para mí que el imperio —dijo Xaltotun—. Pero primero debemos aplastar a Conan. No sé cómo escapó de mí en Belverus, pues de algún modo el conocimiento de lo que pasó cuando yacía bajo el sueño del loto negro está más allá de mi alcance. Pero está en el sur y está uniendo un ejército. Es un último golpe en el que se lo juega todo y solo es posible gracias a la desesperación a que el pueblo se ha visto abocado bajo el gobierno de Valerius. Dejad que Conan lo intente, lo tengo en la palma de la mano. Esperaremos a que se lance contra nosotros y entonces lo aplastaremos de una vez para siempre.

»Luego aplastaremos Poitain y Gunderia y a esos malditos bosonios. Tras ellos caerán Ofir, Argos, Zingaria, Koth... Todas las naciones del mundo se unirán en un vasto imperio. Reinaréis como mis sátrapas. Como lugartenientes míos seréis más grandes de lo que sois hoy como reyes. Soy inconquistable, recordadlo, pues el Corazón de Arimán está oculto donde nadie podrá encontrarlo para volver a usarlo contra mí.

Tarascus esquivó su mirada, temeroso de que Xaltotun pudiera leer sus pensamientos. Sabía que el mago no había mirado en el cofre de oro con serpientes talladas desde que había depositado el Corazón en su interior. Por extraño que pareciese, Xaltotun no sabía que el Corazón había sido robado; de algún modo la joya estaba más allá del alcance de su oscura sabiduría y sus increíbles habilidades no lo habían alertado de que el cofre estaba vacío. A Tarascus le parecía que Xaltotun no sabía con exactitud todo lo que les había revelado Orastes, ya que no había hecho mención alguna a la restauración de Aqueronte, sino solo a la construcción de un nuevo imperio terrenal.

Sí; Xaltotun aun no estaba completamente seguro de sus poderes, Tarascus cada vez lo veía más claro. Si ellos lo necesitaban para cumplir sus ambiciones, él no los necesitaba menos a ellos. Hasta la magia dependía, hasta cierto punto, del filo de las espadas y el empuje de las lanzas. Sorprendió una mirada furtiva de Amalric y comprendió que estaba pensando lo mismo que él: dejemos que el mago use sus artes para derrotar a nuestro más peligroso enemigo. Tiempo habrá para

**volvernos contra Xaltotun. De un modo u otro daremos con un modo de burlar el poder que hemos despertado.**

# 21
# Tambores de amenaza

**La guerra se confirmó cuando el ejército de Poitain, diez mil hombres armados, cruzó los pasos meridionales con los estandartes al viento y el acero brillando bajo el sol. Los espías juraban que al frente cabalgaba una figura enorme en armadura negra, con el león de oro de Aquilonia bordado en el pecho de su elegante sobreveste. ¡Conan estaba vivo! ¡El rey estaba vivo! Ya no había la menor duda en la mente de nadie, ya fuera amigo o enemigo.**

**Con las noticias de la invasión del sur, los correos trajeron también las de que una hueste de gunderios se movía hacia allá, reforzados por los barones del noroeste y los bosonios del norte. Tarascus iba al frente de treinta mil hombres en dirección a Galparan, junto al río Shirki, que los gunderios tendrían que cruzar para tomar las ciudades aún en poder de los nemedios. El Shirki era una corriente rápida y turbulenta que fluía hacia el suroeste a través de gargantas y cañones y había pocos vados por los que un ejército pudiera cruzar en aquella época del año, cuando el río casi desbordaba a causa del deshielo. Todo el territorio al este del Shirki estaba en poder de los nemedios y era lógico asumir que los gunderios intentarían cruzar, ya fuera por Galparan, ya por Tanasul, al sur de Galparan. Todos los días se esperaban refuerzos procedentes de Nemedia, hasta que les llegaron las noticias de que el rey de Ofir estaba moviendo tropas hacia la frontera meridional de Nemedia y que arriesgar más hombres en Aquilonia significaría exponerse a una invasión desde el sur.**

**Amalric y Valerius salieron de Tarantia con veinticinco mil hombres, dejando tantos como pudieron para mantener el orden en la ciudad durante su ausencia. Pretendían alcanzar a Conan y aplastarlo antes de que pudiera unirse a las fuerzas rebeldes del reino.**

**El rey y sus poitainios habían cruzado las montañas, pero aún no había tenido lugar ninguna batalla ni se había atacado pueblo o fortaleza alguna. Conan había aparecido para desaparecer casi enseguida. Al parecer, se había vuelto hacia el oeste a través de la comarca de las colinas, agreste y escasamente poblada, y entrado en las Marcas Bosonias, recogiendo reclutas de la que pasaba. Amalric y Valerius con su ejército de nemedios, renegados aquilonios y feroces mercenarios, se movían a través del territorio tan furiosos como desconcertados, en busca de un enemigo que no aparecía por parte alguna.**

**A Amalric le resultaba imposible obtener nada que no fuera una descripción vaga y genérica de los movimientos de Conan. Las partidas de exploración salían para no volver con descorazonadora frecuencia y no era raro que se cruzasen con espías crucificados en algún árbol junto al camino. La comarca que cruzaban se había alzado en armas y atacaba como saben hacer los campesinos: con ferocidad, sin piedad y en secreto. Todo lo que Amalric podía decir con certeza era que había una numerosa fuerza compuesta de gunderios y bosonios septentrionales más o menos hacia el norte, más allá del Shirki. Eso y que Conan, con un pequeño ejército de poitainios y bosonios meridionales, estaba aproximadamente al**

suroeste.

Empezó a temer que si Valerius y él seguían avanzando por la zona, Conan los eludiría por completo, para rodearlos e invadir las provincias centrales. Amalric tomo la decisión de retirarse del Shirki; acampó en una llanura a un día de cabalgada de Tanasul y se dispuso a esperar. Tarascus mantenía su posición en Galparan, pues temía que las maniobras de Conan tuvieran como propósito rodearlo por el sur y dejar que los gunderios entrasen en el reino por los pasos del norte.

Xaltotun apareció de pronto en el campamento de Amalric en su carro tirado por aquellos inverosímiles caballos que no se cansaban jamás y entró en la tienda de Amalric cuando el barón conferenciaba con Valerius sobre un mapa extendido sobre una mesa de marfil.

Xaltotun estrujó el mapa y lo tiró.

—Lo que tus exploradores no puedan decir, te lo dirán mis espías —afirmó—, si bien es cierto que su información últimamente es vaga y fragmentaria, como si fuerzas invisibles se estuvieran confabulando contra mí.

»Conan avanza por el río Shirki al frente de diez mil poitainios, tres mil bosonios del sur, y varios barones del oeste y del sur con fuerzas que suman cinco mil hombres. Un ejército de treinta mil gunderios y bosonios septentrionales avanza a marchas forzadas para unírsele. Mantienen contacto por medio de una comunicación secreta creada por los malditos sacerdotes de Asura, que al parecer se me oponen, y que van a acabar en el vientre de una serpiente cuando todo esto termine. ¡Lo juro por Set!

»Ambos ejércitos se dirigen al vado de Tanasul, pero no creo que los gunderios crucen el río. Más bien me parece que será Conan quien cruce para unirse a ellos.

—¿Por qué iba Conan a cruzar el río?

—Porque le conviene retrasar la batalla. Cuando más espere, más fuerte será él y más precaria resultará nuestra posición. Las colinas al otro lado del río hierven de gente apasionadamente leal a su causa: hombres arruinados, refugiados, fugitivos de la crueldad de Valerius. Por todo el reino, la gente se apresura a unirse a su ejército, solos o en grupos. Diariamente las partidas de exploración de nuestros ejércitos son emboscadas y descuartizadas por los lugareños. La revuelta crece en las provincias centrales y pronto se convertirá en una rebelión abierta. La guarniciones que quedaron allí no serán suficientes, y no podemos contar con refuerzos de Nemedia de momento. Veo la mano de Pallantides en este alboroto en la frontera con Ofir. Tiene parientes en ese país.

»Si no alcanzamos a Conan y lo aplastamos enseguida, las provincias se alzarán en rebelión abierta a nuestro paso. Tendremos que retirarnos a Tarantia y defender lo que hemos tomado, y quizá haya que abrirse paso con las fuerzas de Conan pisándonos los talones a través de un país alzado en armas contra nosotros, para vernos sometidos después a un sitio en la propia ciudad, con enemigos tanto dentro como fuera de las murallas. No podemos permitirnos el lujo de esperar más. Debemos aplastar a Conan antes de que su ejército sea demasiado grande, antes de que las provincias centrales se rebelen. Con su cabeza clavada en una pica a las puertas de Tarantia ya veréis cómo la rebelión se desvanece enseguida.

—¿Por qué no lanzas un hecho contra su ejército para destruirlo? —preguntó Valerius, mordaz.

Xaltotun miró al aquilonio como si fuera transparente y comprendiera la mordaz locura que brillaba en sus ojos burlones.

—No te inquietes —dijo al cabo—. Mis artes aplastarán a Conan como una bota aplasta un lagarto. Pero hasta a la magia la ayudan las picas y las espadas.

—Si cruza el río y se hace fuerte en las colinas goralias, será muy difícil sacarlo de allí —dijo Amalric—. Pero si lo pillamos en el valle a este lado del río podemos destrozarlo. ¿Cuán lejos está Conan de Tanasul?

—Al ritmo al que marcha alcanzará el cruce mañana por la noche. Sus hombres son resistentes y él los está presionando todo lo que puede. Deberían llegar al menos un día antes que los gunderios.

—¡Bien! —Amalric golpeó la mesa con el puño—. Puedo llegar a Tanasul antes que él. Enviaré un jinete a Tarascus y le diré que me siga a Tanasul. Para cuando llegue habré cortado el acceso de Conan al vado y lo habré destrozado. Nuestras fuerzas combinadas podrán entonces atravesar el río y ocuparse de los gunderios.

Xaltotun meneó la cabeza con impaciencia.

—Un plan bastante bueno si estuviéramos tratando con cualquier otro, pero no con Conan. Tus veinticinco mil hombres no son suficientes para destruir a sus dieciocho mil antes de que lleguen los gunderios. Lucharán con la desesperación de panteras acorraladas. Además, supón que los gunderios llegan mientras estás enzarzado en la batalla. Te atraparían entre dos fuegos y te destruirían antes de que Tarascus pudiera llegar. No llegaría a tiempo a Tanasul para ayudarte.

—¿Qué hacemos entonces? —quiso saber Amalric.

—Mueve todas tus fuerzas contra Conan —respondió el aquerontio—. Envía a un jinete para decirle a Tarascus que se nos una aquí. Esperaremos a llegue. Y luego iremos todos a Tanasul.

—Pero mientras esperamos Conan cruzará el río y se unirá a los gunderios —protestó Amalric.

—No lo hará —respondió Xaltotun.

Amalric alzó la vista y contempló a aquellos misteriosos ojos negros.

—¿Qué quieres decir?

—Supón que hay lluvias torrenciales al norte, en las fuentes del Shirki. Supón que el río baja tan cargado que hace imposible cruzar en Tanasul. ¿No podríamos entonces reunir nuestra fuerza al completo con tranquilidad y atacar a Conan y luego, cuando baje el cauce del río, cosa que sospecho que ocurrirá al día siguiente, cruzarlo y destruir a los gunderios? Así podremos usar toda nuestra fuerza contra cada uno de ellos mientras están divididos.

Valerius rio como siempre lo hacía ante la perspectiva de la ruina de alguien, ya fuera amigo o enemigo, y se pasó una mano temblorosa por el revuelto pelo rubio. Amalric miró al aquerontio con una mezcla de terror y admiración.

—Si atrapamos a Conan en el valle del Shirki con los riscos a su derecha y el río desbordado a la izquierda, no cabe duda de que podremos aniquilarlo —concedió—. ¿De verdad crees... estás seguro... caerán realmente esas lluvias?

—Me voy a mi tienda —dijo Xaltotun mientras se incorporaba—. La necromancia es algo más que agitar una varita y hacer un pase de manos. Enviad un jinete a Tarascus y que nadie se acerque a mi tienda.

La última orden no era necesaria. No importaba cuánto dinero hubieran ofrecido, nadie en todo el ejército se habría acercado al misterioso pabellón de seda negra cuya entrada siempre estaba cuidadosamente cerrada. Solo Xaltotun entraba en la tienda, aunque a veces se oían otras voces saliendo de ella. Sus flancos se movían a veces, aunque no soplase el viento, y una música discordante salía de su interior. En ocasiones, en lo más oscuro de la noche, sus negras paredes

se volvían rojas ante lo que fuese que ardía dentro y se dibujaban contra ellas siluetas deformes que iban y venían.

Tendido en su propia tienda, Amalric oyó aquella noche el batir constante de un tambor en la de Xaltotun. El sonido llegaba claro a través de la oscuridad y a veces el nemedio habría jurado que un profundo graznido se mezclaba con el ritmo del tambor. Se estremeció, pues sabía que no era la voz de Xaltotun. El tambor susurraba como un trueno distante y antes del alba Amalric pudo ver desde su tienda el resplandor rojizo de los relámpagos a lo lejos sobre el horizonte septentrional. El resto del cielo estaba despejado y se veían las estrellas, pero los relámpagos seguían restallando en la distancia, como el reflejo carmesí del fuego en una minúscula espada que no dejase de girar.

Tarascus llegó con su ejército al ocaso del día siguiente, polvorientos y cansados tras la dura marcha, la infantería retrasada varias horas respecto a la caballería. Acamparon en una llanura cercana al campamento de Amalric y al amanecer el ejército combinado se movió hacia el oeste.

Un enjambre de exploradores iba por delante del ejército y Amalric esperaba impaciente su regreso para que le hablaran de los poitainios atrapados en la inundación. Pero cuando llegaron a la columna más adelantada del ejército fue para traer la noticia de que Conan había cruzado el río.

—¿Cómo? —exclamó Amalric—. ¿Lo hizo antes de la inundación?

—No hubo ninguna inundación —respondieron los exploradores, confusos—. A última hora de la noche llegó hasta Tanasul y cruzó con su ejército.

—¿No hubo inundación? —exclamó Xaltotun, sorprendido por primera vez desde que Amalric lo conocía—. ¡Imposible! No dejó de llover pesadamente sobre las fuentes del Shirki la pasada noche y la anterior a ella.

—Quizá sea así, excelencia —respondió el explorador—. Es cierto que el agua estaba turbia y la gente de Tanasul decía que el río había crecido cosa de un palmo desde ayer. Pero no fue suficiente para impedir que Conan cruzara.

¡La magia de Xaltotun había fallado! El pensamiento golpeó como un martillo en la mente de Amalric. Su horror ante aquel extraño individuo procedente del pasado había crecido sin parar desde aquella noche en Belverus en que había visto convertirse una momia marchita en un hombre vivo. Y la muerte de Orastes había convertido el horror en puro pánico. En lo más hondo del corazón estaba convencido de que aquel hombre, o tal vez aquel diablo, era invencible. De pronto tenía ante él una prueba irrefutable de su fracaso.

Aunque hasta el más poderoso de los nigromantes puede fallar de vez cuando, se dijo el barón. En cualquier caso, no se atrevía a oponerse al aquerontio; aun no. Orastes estaba muerto y era una sombra que vagaba por Mitra sabría qué infierno anónimo, y Amalric era consciente de que su espada no tendría la menor oportunidad allí donde la oscura sabiduría del sacerdote renegado había fallado. En cualquier caso, las siniestras abominaciones que Xaltotun pudiera concebir yacían en el impredecible futuro. Conan y su ejército eran una amenaza real y presente contra la que sin duda iban a necesitar la magia de Xaltotun antes del final.

Llegaron a Tanasul, una pequeña aldea fortificada junto a la que unos peñascos creaban un puente natural en el río, casi siempre vadeable excepto en las grandes inundaciones. Los exploradores vinieron con noticias de que Conan había

tomado posiciones en las colinas goralias, que empezaban a poco más de una legua del río. Justo antes del ocaso, los gunderios habían llegado a su campamento.

Amalric miró a Xaltotun, inescrutable y remoto a la luz de las temblorosas antorchas. Estaba anocheciendo.

—¿Y ahora? Tu magia ha fallado. Conan nos espera con un ejército casi tan fuerte como el nuestro, y tiene la posición a su favor. Tenemos que elegir el mal menor: o acampamos aquí y esperamos su ataque o nos retiramos a Tarantia y esperamos refuerzos.

—Estamos perdidos si nos quedamos —dijo Xaltotun—. Cruzaremos el río y acamparemos en la llanura. Atacaremos al alba.

—¡Pero su posición es demasiado poderosa! —exclamó Amalric.

—¡Idiota! —Un arrebato de pasión rompió la pose imperturbable del mago—. ¿Has olvidado Valkia? ¿Crees que estoy indefenso porque alguna fuerza elemental que no conozco detuvo la inundación? Pretendía que tus lanzas destruyeran al enemigo, pero no temas, serán mis artes las que aplasten su ejército. Conan ha caído en una trampa, aunque no lo sepa. Nunca verá salir el sol de nuevo. ¡Cruzad el río!

Así lo hicieron a la luz de las antorchas. Los cascos de los caballos resonaban contra el puente de rocas y salpicaban en los bajíos. El rojizo reflejo de las antorchas en los escudos se reflejaba a su vez en las aguas negras. El puente de rocas era ancho allí por donde pasaban, pero incluso así ya era pasada la medianoche cuando el ejército pudo acampar en la llanura al otro lado. Sobre ellos podían ver fuegos parpadeando en la distancia. Conan se había hecho fuerte en una depresión natural en las colinas que había servido como última línea de defensa a más de un rey aquilonio.

Amalric abandonó su pabellón e, inquieto, echó a andar por el campamento. Un extraño resplandor salía de la tienda de Xaltotun y de cuando en cuando un grito demoniaco atravesaba el silencio mientras el murmullo siniestro del tambor parecía crujir más que resonar.

Los instintos de Amalric estaban especialmente afinados por la noche y las circunstancias y sentía que lo que se oponía a Xaltotun era algo más que la simple fuerza física. Lo asaltaron dudas sobre el poder del mago. Contempló los fuegos sobre él y frunció el ceño. Estaban en medio de una tierra hostil y las colinas sobre ellos hervían de miles de figuras de aspecto lobuno de cuyos corazones había sido extirpada toda sombra de esperanza y emoción, excepto el odio frenético por sus conquistadores y un ansia inextinguible de venganza. La derrota suponía la aniquilación total, la retirada por una tierra que era un enjambre alborotado de enemigos. Y por la mañana debía enfrentarse al guerrero más inexorable de las naciones de occidente y a su horda desesperada. Si Xaltotun fallaba de nuevo...

Media docena de soldados salieron de las sombras. La luz de las hogueras se reflejaba en sus armaduras y yelmos en cresta. Medio llevaban medio arrastraban a una figura demacrada envuelta en harapos. Saludaron y el jefe del grupo dijo:

—Excelencia, este hombre se acercó a los puestos avanzados y afirmó querer hablar con el rey Valerius. Es aquilonio.

Parecía un lobo, uno al que las trampas han cubierto de cicatrices. Llagas antiguas que solo podían haber producido unos grilletes se veían en muñecas y

tobillos. Tenía el rostro desfigurado por la marca de un hierro al rojo. Los ojos brillaban a través de la maraña del pelo mientras se medio inclinaba ante el barón.

—¿Quién eres, perro sarnoso? —preguntó el nemedio.

—Llámame Tiberias —respondió el otro, y los dientes le castañetearon en un espasmo involuntario—. He venido a decirte cómo atrapar a Conan.

—Un traidor, ¿eh? —murmuró el barón.

—Dicen que tienes oro —musitó el otro, mientras temblaba bajo los harapos —. ¡Dame un poco! Dame oro y te mostraré cómo derrotar al rey.

Sus ojos brillaron con ansia y extendió las manos, engarfiadas como garras temblorosas. Amalric se encogió de hombros, asqueado. Pero no había herramienta demasiado pequeña o repugnante que no pudiera usar.

—Si me dices la verdad tendrás más oro del que puedas transportar —dijo—. Si eres un mentiroso y un espía haré que te crucifiquen cabeza abajo. Traedlo.

En la tienda de Valerius, el barón señaló al individuo que les hacía reverencias sin dejar de agarrarse los harapos.

—Dice que sabe cómo ayudarnos mañana. Y necesitaremos ayuda si el plan de Xaltotun no es mejor de lo que ha sido hasta ahora. Habla, perro.

El cuerpo del desharrapado se sacudió en extrañas convulsiones. Las palabras salieron de su boca de sopetón:

—Conan acampa en el centro del Valle de los Leones. Tiene forma de abanico, cerrado por empinadas colinas a cada lado. Si lo atacáis mañana tendréis que ir directos al valle, no podéis escalar las colinas que lo protegen. Pero si el rey Valerius se digna a aceptar mis servicios, puedo guiarlo a través de ellas y mostrarle cómo pillar al rey Conan desde la retaguardia. Si queremos hacerlo así, hay que partir de inmediato. Son muchas horas a caballo, pues debemos ir varias leguas al oeste, luego al norte y, por fin, girar hacia el este para entrar en el Valle de los Leones por la retaguardia, que es por donde llegaron los gunderios.

Amalric dudaba y se daba golpecitos en la barbilla. En aquellos tiempos caóticos no era tan raro ver a alguien dispuesto a vender su alma a cambio de unas pocas piezas de oro.

—Si me guías por mal camino, morirás —dijo Valerius—. Lo sabes, ¿verdad?

El hombrecillo tembló, pero su mirada no vaciló.

—¡Si te traiciono, mátame!

—Conan no dividirá sus fuerzas —musitó Amalric—. Necesitará todos sus hombres para repeler nuestro ataque. No creo que pueda prescindir de los suficientes para tendernos una emboscada en las colinas. Además, nuestro amigo sabe que su vida depende de que cumpla lo prometido. ¿Se sacrificaría un perro como este? ¡Ridículo! No, Valerius, creo que es sincero.

—O un ladrón más astuto de lo normal, pues va a vender a su libertador —rio Valerius—. De acuerdo, que el perro nos guíe. ¿Cuántos hombres puedes dejarme?

—Cinco mil deberían bastar —respondió Amalric—. Un ataque sorpresa por la retaguardia los sumirá en la confusión, y eso será más que suficiente. Esperaré tu ataque hacia el mediodía.

—Te enterarás sin problemas del inicio de mi ataque —respondió Valerius.

Mientras Amalric volvía a su pabellón, comprobó con regocijo que Xaltotun seguía en su tienda, a juzgar por los gritos aterradores que cruzaban el aire de vez

en cuando. Cuando oyó el tintineo del acero y el susurro de las bridas en la oscuridad del exterior esbozó una sonrisa siniestra. Valerius había cumplido su propósito. El barón sabía que Conan era como un león herido que aún puede despedazar a sus cazadores en sus últimos estertores. Cuando Valerius atacase desde la retaguardia, la defensa desesperada del cimerio tal vez barriese a su rival de la existencia antes de que él mismo sucumbiera. Mucho mejor así. Amalric creía que había llegado el momento de disponer de Valerius, toda vez que ya había pavimentado el camino para la victoria nemedia.

Los cinco mil jinetes que acompañaban a Valerius eran malencarados renegados de Aquilonia en su mayor parte. Salieron del soñoliento campamento bajo la tranquila luz de las estrellas y se encaminaron hacia el oeste, en dirección a las negras moles que se alzaban contra el cielo frente a ellos. Valerius cabalgaba a la cabeza y Tiberias iba justo tras él, con un lazo de cuero alrededor de la muñeca sujeto por un soldado que cabalgaba a su lado. El resto se mantenía cerca con las espadas desenvainadas.

—Intenta engañarnos y morirás al instante —señaló Valerius—. No conozco cada camino de cabras de estas colinas, pero las conozco lo suficiente para tener una idea general de dónde estamos y de la dirección que debemos seguir para salir tras el Valle de los Leones. Cuídate de guiarnos mal.

Tiberias agachó la cabeza y los dientes le castañetearon mientras juraba su lealtad y miraba con gesto estúpido hacia el estandarte que flameaba sobre él, la serpiente de oro de la vieja dinastía.

Giraron hacia el oeste cuando se acercaban a la ladera del extremo de las colinas que cerraban el Valle de los Leones. Tras una hora de camino volvieron a girar, ahora hacia el norte a través de una tierra accidentada y salvaje en la que apenas se veían borrosos rastros de sendas de pastores. El amanecer los encontró a poco más de una legua al noroeste de la posición de Conan y en ese momento el guía se volvió hacia el este y los condujo a través de un laberinto de riscos. Valerius asintió, tras comprobar su posición gracias a algunos picos que destacaban sobre los demás. Sabía de un modo general hacia dónde iban y estaba seguro de que marchaban en la dirección correcta.

Una masa gris y lanuda descendió del norte sin previo aviso, una niebla espesa que veló las laderas y se extendió hacia los valles. Cubrió el sol y el mundo se volvió de repente un vacío gris y cegador en el que no se veía nada más allá de unos pocos pasos. Avanzar se volvió pesado, y lo hacían a tientas y tropezando cada poco. Valerius soltó una maldición. Ya no podía ver los picos que le habían servido de referencia. Dependía enteramente del traicionero guía. La serpiente dorada del estandarte colgaba flácida en aquel entorno sin un soplo de aire.

El propio Tiberias parecía confuso. Se detuvo y miró indeciso a su alrededor.

—¿Te has perdido, perro? —preguntó con aspereza Valerius.

—¡Escucha!

Frente a ellos oyeron una lejana vibración, el rugido rítmico y profundo de un tambor.

—¡El tambor de Conan! —exclamó el aquilonio.

—Si estamos lo bastante cerca para oír el tambor —dijo Valerius—, ¿cómo es que no oímos los gritos de los soldados o el resonar de las armas? Seguro que la batalla ha empezado ya.

—Estas gargantas y el viento hacen cosas raras con el sonido —respondió Tiberias, con el castañetear de los dientes característico de aquellos que han pasado demasiado tiempo en mazmorras subterráneas—. ¡Escucha! ¡Están luchando en el valle! —gritó—. El tambor suena en las alturas. ¡Debemos darnos prisa!

Espoleó la montura en dirección al distante sonido del tambor como alguien que por fin reconoce el terreno que pisa. Valerius le siguió y maldijo la niebla. De pronto se le ocurrió que podía ayudarlo a enmascarar su avance. Conan no lo vería venir, estaría a la espalda del bárbaro antes de que el sol de mediodía dispersara la bruma.

En aquellos momentos era incapaz de ver lo que tenía alrededor, ya fueran riscos, matorrales o barrancos. El tambor resonaba sin parar, cada vez más alto a medida que avanzaban, pero aun no oían el estrépito de la batalla. Valerius seguía sin tener ni idea de hacia dónde iban, hasta que de pronto vio unos farallones de roca gris que asomaron de entre la niebla a cada lado y comprendió que atravesaban un estrecho desfiladero. El guía no parecía nervioso en absoluto y Valerius contuvo un suspiro de alivio cuando las paredes se fueron alejando y acabaron por volverse invisibles en medio de la niebla. Habían cruzado el desfiladero; de haber habido una emboscada, habría sido en aquel paso.

Tiberias se detuvo de nuevo. El tambor sonaba más alto y Valerius no era capaz de determinar de dónde venía el sonido. A veces parecía estar delante, otras detrás, y en ocasiones a un lado o al otro. Miró a su alrededor con impaciencia, sentado sobre su caballo de guerra, con girones de niebla enroscados a su alrededor y la armadura cubierta de rocío resplandeciente. Tras él, la larga línea de jinetes vestidos de acero se desvanecía a lo lejos, como fantasmas en la niebla.

—¿Por qué te paras ahora, perro? —preguntó.

Tiberias parecía estar escuchando el tambor. Poco a poco se irguió en la silla, volvió la cabeza y miró a Valerius con una sonrisa escalofriante en los labios.

—La niebla se disipa, Valerius —dijo con una voz muy distinta a la que había usado hasta entonces. Señaló con un dedo huesudo—. ¡Mira!

El tambor había callado. La niebla se estaba desvaneciendo. Primero vieron las crestas de las colinas en medio de nubes grises, altas y espectrales. La niebla reptaba hacia el fondo, encogiéndose, desapareciendo. Valerius se puso en pie sobre los estribos con un grito repetido casi al instante por sus jinetes. Estaban rodeados por todas partes de elevados riscos. No se encontraban en un valle amplio y abierto como había supuesto, sino en un barranco sin salida amurallado por elevados farallones de más de cien varas de alto. La única entrada o salida era el estrecho desfiladero por el que habían sido guiados.

—¡Perro! —Valerius golpeó a Tiberias en la boca con su guantelete—. ¿Qué maldito truco es este?

Tiberias escupió sangre y meneó la cabeza sin dejar de reír.

—¡Un truco que librará al mundo de una bestia!

Valerius volvió a gritar, más de rabia que de miedo. El desfiladero estaba bloqueado por un grupo de aspecto salvaje y terrible. Inmóviles como estatuas, andrajosos, demacrados y con lanzas en las manos. Había varios cientos. Y sobre los riscos aparecieron nuevos rostros, cientos de ellos, macilentos, lúgubres, marcados por el fuego, el hierro y el hambre.

—¡Un truco de Conan! —rugió Valerius.

—Conan no sabe nada de esto —dijo Tiberias entre risas—. Los que

**concebimos este plan éramos hombres arruinados, destrozados; hombres a los que golpeaste hasta convertirlos en bestias. Amalric tenía razón. Conan no ha dividido su ejército. No somos más que la chusma que le sigue, los lobos que se ocultan las colinas, la gente sin hogar ni esperanza. Este plan era nuestro por entero, aunque los sacerdotes de Asura nos ayudaron. ¡Míranos bien, Valerius! Cada uno de nosotros lleva encima la huella de tu mano, ya sea en el cuerpo o en el corazón.**

**»¡Mírame! ¿No me conoces?, ¿no reconoces esta cicatriz que tu verdugo quemó en mi rostro? Ah, pero me conociste, antes. Fui el barón de Amilius, el hombre a cuyos hijos asesinaste, a cuya hija violaron y mataron tus mercenarios. ¿Dijiste que no me sacrificaría para tenderte una trampa? Dioses todopoderosos, si viviera mil vidas, las daría a cambio de tu perdición.**

**»¡Y bien que la he comprado! Contempla a los hombres que destrozaste. No eres más que un muerto que jugó a ser rey y tu hora ha llegado. Este barranco es tu tumba. Intenta escalar las colinas: son empinadas y altas. Intenta abrirte paso luchando a través del desfiladero: las lanzas bloquearán tu paso y las rocas te aplastarán desde las alturas. ¡Perro! ¡Te estaré esperando en el infierno!**

**Echó hacia atrás la cabeza y empezó a reír de nuevo hasta que las rocas resonaron con su risa demente. Valerius se inclinó desde la silla y lo atravesó con la espada, cortándole el hombro y el pecho. Tiberias se desplomó en medio de un surtidor de sangre, aún riendo como un fantasma.**

**Los tambores empezaron a sonar de nuevo, llenando el barranco de un trueno gutural. Cayeron las rocas. Sobre los gritos de los moribundos, las flechas cruzaron el cielo tapando las nubes.**

# 22
# El camino de Aqueronte

El alba aún no asomaba del todo por el este cuando Amalric guio a su ejército a la entrada del Valle de los Leones. Estaba flanqueado por un grupo de colinas bajas pero empinadas, y el suelo se inclinaba en una serie de terrazas naturales de forma irregular. En la más alta de esas terrazas, el ejército de Conan mantenía sus posiciones y aguardaba el ataque. Los que se le habían unido desde Gunderia no eran tan solo piqueros; con ellos habían venido siete mil arqueros bosonios y, desde el norte y el oeste, cuatro barones con sus partidarios engrosaban ahora las filas de caballería del cimerio.

Los piqueros se distribuían en una compacta formación de cuña en el otro extremo del valle. Eran dieciocho mil, casi todos gunderios, aunque cuatro mil eran aquilonios de otras provincias. Los flanqueaban a cada lado cinco mil arqueros bosonios. Tras las filas de piqueros se sentaban los jinetes, inmóviles en sus caballos, las lanzas en ristre. Diez mil jinetes de Poitain y nueve mil aquilonios, entre los barones y sus partidarios.

Estaban en una posición fuerte. No se podían rodear los flancos, pues eso habría supuesto subir por las empinadas colinas bajo la mordedura de las flechas y las espadas bosonias. El campamento estaba directamente tras Conan, en un valle estrecho guardado por elevadas pendientes que era una prolongación natural del propio Valle de los Leones, un poco más alto que este. No temía ninguna sorpresa por la retaguardia, pues las colinas a sus espaldas hervían de refugiados cuya lealtad era incuestionable.

Pero si su posición era difícil de tomar, igualmente difícil resultaba escapar si las cosas se torcían. Era tanto una trampa como una fortaleza, una defensa desesperada por parte de quienes no esperaban sobrevivir si no alcanzaban la victoria. La única línea posible de retirada era a través del estrecho valle a su espalda.

Xaltotun se encontraba en una colina en el lado izquierdo del valle, cerca de la boca más ancha. Esta colina se alzaba por encima de las otras y se la llamaba el Altar del Rey, por motivos olvidados tiempo atrás. Solo Xaltotun lo recordaba y sus recuerdos eran de hacía tres mil años.

No estaba solo. Lo acompañaban sus dos familiares, silenciosos, peludos, furtivos y cetrinos, y con ellos traían a una joven aquilonia, atada de pies y manos. La tendieron sobre una antigua piedra extrañamente parecida a un altar que coronaba la cumbre de la colina. Durante largos siglos se había alzado allí, desgastada por los elementos hasta que la gente empezó a decir que no era más que una roca natural de aspecto pintoresco. Pero qué era realmente y por qué estaba allí, era algo que Xaltotun recordaba a la perfección. Los familiares se alejaron con las espaldas encorvadas como gnomos silenciosos, y Xaltotun, la barba negra alborotada por el viento, se quedó solo junto al altar de piedra contemplando el valle.

Podía seguir hacia el origen el curso del serpenteante Shirki, hasta lo más alto

de las colinas que dominaban el valle. Podía ver la resplandeciente cuña de acero extendida sobre las terrazas, los cascos de los arqueros centellando entre las rocas y los arbustos, los caballeros silenciosos e inmóviles en sus sementales, los pendones flameando sobre sus yelmos, las lanzas alzadas formando un afilado bosque.

En la otra dirección podía ver las largas y apretadas líneas nemedias moviéndose en escuadrones de acero brillante hacia la entrada del valle. Tras ellos, los alegres pabellones de señores y caballeros y las tiendas de los soldados de infantería llegaban casi hasta el río.

Y como un río de acero fundido fluía la hueste nemedia hacia el valle, el gran dragón escarlata flameando sobre ella. Primero los ballesteros en escuadrones pares, las ballestas medio alzadas, el mecanismo montado, los dedos en los gatillos. Tras ellos venían los piqueros y por último el verdadero poder de aquel ejército, los caballeros, con los estandartes al viento y las lanzas en ristre, cabalgando sus enormes sementales como si se dirigieran a un banquete.

Sobre ellos, el ejército aquilonio, más reducido, guardaba un tenso y hosco silencio.

Había treinta mil caballeros nemedios y, como en la mayoría de las naciones hibóreas, la caballería era la verdadera fuerza del ejército. La infantería solo se usaba para abrir camino y preparar una carga de jinetes acorazados. Se componía de veinte mil hombres, entre piqueros y ballesteros.

Estos empezaron a disparar en cuanto iniciaron el avance, sin romper filas, lanzando los proyectiles con un zumbido y un chasquido. Pero los tiros se quedaban cortos o caían inocuos sobre la apretada red de escudos de los gunderios. Antes de que los ballesteros pudieran llegar a distancia de tiro, los arqueros bosonios empezaron a sembrar el caos entre sus filas.

Hubo un fútil intento de devolver el fuego y los ballesteros nemedios no tardaron en retroceder en completo desorden. Su armadura era ligera y sus armas no eran rivales para los arcos bosonios. Los arqueros occidentales se parapetaban tras rocas y arbustos y la infantería nemedia carecía del arrojo de los jinetes, pues sabían que en realidad se los usaba simplemente para abrir paso a la caballería.

Los ballesteros se retiraron y los piqueros avanzaron por sus líneas abiertas. Eran mercenarios en su mayoría y sus amos no tenían el menor escrúpulo en sacrificarlos. Su tarea era enmascarar el avance de la caballería hasta que esta estuviera a distancia de carga. Así, mientras los ballesteros disparaban desde los flancos sin conseguir nada, los piqueros marchaban bajo la mordedura de las flechas bosonias y los jinetes iban tras ellos.

Cuando los piqueros empezaron a flaquear bajo el salvaje grito de muerte que susurraban las flechas entre sus filas, sonó una trompeta, las compañías se hicieron a un lado y a través de ellos pasó como un trueno la caballería acorazada.

Abajo en el valle, Amalric reforzaba sus filas. Tarascus luchaba con la espada desenvainada bajo el dragón escarlata, pero era el barón de Tor quien ostentaba el mando aquel día. Amalric soltó un juramento mientras contemplaba el bosque de puntas de lanza que asomaba por encima de los yelmos de los gunderios. Había esperado que una retirada nemedia forzara a los jinetes aquilonios a lanzar una carga colina abajo, para así pillarlos entre los dos fuegos de sus ballesteros y rematarlos luego con sus jinetes. Pero no se habían movido.

Los siervos traían pellejos con agua del río, los caballeros se quitaban los

yelmos y remojaban sus sudorosas cabezas. Los heridos pedían agua en vano. En lo alto del valle, los arroyos abastecían a los defensores. La sed no sería un problema para ellos en aquel largo y caluroso día de primavera.

En el Altar del Rey, junto a la antigua ara de piedra tallada, Xaltotun contemplaba las idas y venidas de la marea de acero. Ahí llegaba la caballería con sus penachos, las lanzas en ristre. A través de una espesa nube de flechas se estrellaban como una ola de tormenta contra el muro de lanzas y escudos. Las hachas subían bajaban entre los yelmos empenachados, las lanzas atacaban sin tregua, derribando a jinetes y caballos. El orgullo de los gunderios no era menor que el de los caballeros. No eran carne de cañón, sacrificados a mayor gloria de hombres superiores a ellos, sino la mejor infantería del mundo, con una tradición que los hacía inquebrantables, una lección que los reyes de Aquilonia habían aprendido hacía mucho tiempo. Mantenían su formación sin fisuras y sobre sus aceradas filas ondeaba el estandarte del león. En la punta de la cuña que formaban, una silueta en armadura negra rugía y golpeaba como un huracán con un hacha de combate que destrozaba hueso y acero sin hacer distinciones.

Los nemedios luchaban con tanta gallardía como exigían sus tradiciones de elevado coraje. Pero no podían romper la cuña de hierro y desde las lomas arboladas a ambos lados del valle llovían sin cesar nubes de flechas que diezmaban sus filas sin misericordia alguna. Sus propios ballesteros resultaban inútiles y sus piqueros no podían escalar las lomas y enfrentarse a los bosonios. Poco a poco, resistiendo con tozudez, hoscos y a regañadientes, la caballería retrocedió y contó sus bajas. Los gunderios no lanzaron grito alguno de triunfo. Cerraron filas y cubrieron los huecos dejados por los caídos. El sudor que resbalaba bajo los gorros de acero anegaba sus ojos, pero agarraron las lanzas y esperaron un nuevo ataque, henchidos de orgullo porque el rey peleaba a pie a su lado. Tras ellos, la caballería aquilonia aun no se había movido. Seguían sobre sus sementales, taciturnos e inmóviles.

Un caballero espoleó un sudoroso caballo colina arriba hacia el Altar del Rey y contempló a Xaltotun con ojos llenos de amargura.

—Amalric me envía a decirte que ha llegado el momento de que uses tu magia, brujo —dijo—. Estamos muriendo como moscas en el valle. No podemos romper su formación.

Xaltotun pareció hacerse más grande, más alto y de algún modo más terrible.

—Vuelve donde Amalric —dijo—. Dile que prepare sus filas para una carga, pero que espere mi señal. Antes de que la dé, verá algo que recordará hasta el día de su muerte.

El caballero saludó como si lo hiciera contra su voluntad y se lanzó colina abajo a un ritmo endemoniado.

Xaltotun permaneció junto al oscuro altar de piedra y contempló el valle, los muertos y heridos en las terrazas, el grupo ensangrentado y sombrío a la cabeza de las pendientes, las filas formando de nuevo en la parte inferior del valle. Miró al cielo y luego examinó la delgada y blanca figura sobre el altar de piedra. Tras alzar una daga tallada con jeroglíficos arcanos, empezó a entonar una invocación antiquísima:

—Set, dios de las tinieblas, escamoso amo de las sombras, por la sangre de una virgen y este símbolo trazado siete veces llamo a tus hijos subterráneos. Hijos

de las profundidades que yacéis bajo la tierra roja y la tierra negra, despertad y sacudid vuestras horribles crines. Que las colinas se estremezcan y que las piedras sepulten a mis enemigos. Que el cielo se oscurezca sobre ellos y la tierra tiemble bajo sus pies. Que un viento de las profundidades de la tierra se enrosque alrededor de sus piernas y las ennegrezca y marchite...

De pronto, al otro lado del altar apareció un sacerdote en una túnica con capucha, bajo la que asomaban unas facciones delicadas y dos ojos negros, tranquilos y meditabundos.

—¡Perro de Asura! —siseó Xaltotun, la voz como la de una serpiente encabritada—. ¿Estás loco o es que ansías la muerte? ¡Baal!, ¡Chiron!, ¡os invoco!

—Llámalos otras vez, perro de Aqueronte —dijo el sacerdote mientras empezaba a reírse—. Pero llámalos bien fuerte. No te oirán, a menos que tus gritos reverberen en el infierno.

De un matorral en el extremo de la cima surgió una anciana de rostro sombrío vestida de campesina, el cabello alborotado sobre los hombros y con un enorme lobo gris a los pies.

—Bruja, sacerdote y lobo —murmuró Xaltotun despectivo. Lanzó una carcajada—. ¡Necios! ¿Creéis que vuestra ridícula mascarada vale algo contra mis artes? Con un gesto de la mano os puedo borrar de mi camino.

—Tus artes son astillas en el viento, perro de Pitón —respondió Hadrathus—. ¿No te has parado a pensar por qué el Shirki no se desbordó ni atrapó a Conan en la otra orilla? En cuanto vi los relámpagos en la noche adiviné tu plan y mis hechizos dispersaron las nubes que habías invocado antes de que pudieran descargar sus torrentes. Ni siquiera te enteraste de que tu conjuro para hacer llover había fallado.

—¡Mientes! —gritó Xaltotun, pero había un hilo de duda en su voz—. He sentido el golpe de una magia poderosa que se enfrentaba a la mía, pero no hay nadie en el mundo que pueda deshacer la magia de la lluvia una vez invocada, a menos que posea el mismísimo corazón de la hechicería.

—Pero la inundación que planeabas no tuvo lugar —respondió el sacerdote— ¡Contempla a tus aliados en el valle, pitonio! ¡Los has guiado al matadero! Las fauces de la trampa se cierran sobre ellos y no puedes ayudarlos. ¡Míralos!

Señaló hacia la batalla. De un estrecho desfiladero en la parte superior del valle, a espaldas de los poitainios, llegó un jinete que hacía girar sobre la cabeza algo que arrancó un destello del sol. Descendió temerariamente por la ladera y atravesó las filas de los gunderios. Estos lo dejaron pasar con un grito ronco y clavaron sus picas y escudos en el suelo, que retumbó como el trueno. En las terrazas entre los dos ejércitos, el caballo cubierto de sudor se encabritaba y volvía a posarse mientras su salvaje jinete gritaba y hacía girar como un demente lo que había en sus manos. Se trataba del jirón de un estandarte escarlata y el sol arrancó un destello de las escamas doradas de la serpiente bordada en él.

—¡Valerius ha muerto! —exclamó Hadrathus—. ¡Niebla y tambores lo guiaron a su destino! Yo invoqué esa niebla, perro de Pitón, y yo la dispersé. Yo, con magia más poderosa que la tuya.

—¿Qué importa? —rugió Xaltotun. Su aspecto era aterrador, los ojos llameaban y sus rasgos estaban contraídos de pura furia—. Valerius era un necio. No lo necesito. Puedo aplastar a Conan sin ayuda humana.

—Entonces, ¿a qué esperas? —se burló Hadrathus—. ¿Por qué has permitido que tantos de tus aliados caigan atravesados por las flechas y ensartados por las

lanzas?

—¡Porque la sangre ayuda a la magia! —aulló Xaltotun con una voz que hizo estremecerse a las rocas. Un halo espeluznante parecía cubrir su rostro—. Porque ningún mago malgasta su fuerza sin pensarlo. Porque prefiero conservar mis poderes para los días por venir, antes que usarlos en una reyerta en las colinas. Pero ahora, por Set, desencadenaré sobre ellos el infierno. Contémplalo, perro de Asura, falso sacerdote de un dios cansado; contempla algo que destrozará tu cordura para siempre.

Hadrathus echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. El infierno mismo estaba en aquella carcajada.

—¡Contémplalo tú, demonio negro de Pitón!

Sacó la mano de debajo de la túnica y en ella había algo que brillaba y ardía como el sol, que convertía la luz en un resplandor latiente ante el que la carne de Xaltotun parecía la de un cadáver.

El aquerontio gritó como si lo hubieran apuñalado.

—¡El Corazón! ¡El Corazón de Arimán!

—¡Sí! ¡El único poder que sobrepasa al tuyo!

Xaltotun pareció marchitarse, envejecer. De repente tenía la barba vetada de gris y canas en el cabello.

—¡El Corazón! —balbuceó—. ¡Lo has robado! ¡Perro! ¡Ladrón!

—¡No; no fui yo! Ha recorrido un largo viaje hacia el sur. Pero ahora está en mis manos y tus artes negras no pueden nada contra él. Igual que te resucitó, te devolverá a la noche a la que perteneces. Recorrerás el camino de Aqueronte, el camino del silencio y la oscuridad. Y ese oscuro imperio, muerto y enterrado, seguirá siendo una leyenda y un recuerdo aciago. Conan reinará de nuevo. Y el Corazón de Arimán volverá a su caverna bajo el templo de Mitra, donde arderá como símbolo del poder de Aquilonia durante los próximos mil años.

Xaltotun lanzó un grito inhumano y echó a correr alrededor del altar con la daga en alto. Pero de alguna parte, quizá del cielo, o puede que de la joya que resplandecía en la mano de Hadrathus, surgió un rayo de cegadora luz azul. Dio directamente en el pecho de Xaltotun y las colinas resonaron con el impacto. El mago de Aqueronte se desplomó como golpeado por un rayo y antes de que tocase el suelo había cambiado. Lo que yacía junto al altar de piedra no era un cadáver fresco, sino una momia ajada y reseca, parda y marchita, un cuerpo irreconocible cubierto de vendas.

La vieja Zelata lo contempló ceñuda.

—No estaba vivo —dijo—. El Corazón le dio una falsa apariencia de vida que los engañó a todos. Incluso a sí mismo. Yo nunca vi más que una momia.

Hadrathus desataba a la joven desmayada sobre el altar cuando algo apareció entre los árboles; el carro de Xaltotun tirado por sus extraños caballos. Avanzaron en silencio hasta el altar y ahí se detuvieron, con la rueda del carro casi rozando el cuerpo desmoronado sobre la hierba. Hadrathus cogió el cadáver y lo puso en el carro. Sin más, los imposibles sementales dieron media vuelta y cabalgaron hacia el sur colina abajo. Hadrathus, Zelata y el lobo gris contemplaron durante largo rato cómo descendían por el largo camino de Aqueronte, más allá de la vista de los hombres.

Amalric se puso rígido en la silla cuando vio al jinete salvaje caracoleando

encabritado por las laderas sin dejar de agitar el estandarte ensangrentado de la serpiente. Un instinto desconocido le hizo girar la cabeza hacia el Altar del Rey y se quedó petrificado. Todos lo vieron, un torrente curvo de luz que surgía de la cima de la colina envuelta en fuego dorado y se extendía por encima de los ejércitos hasta eclipsar el sol por un instante.

—¡Esa no es la señal de Xaltotun! —rugió el barón.

—¡No! —gritó Tarascus—. ¡Es una señal para los aquilonios! ¡Mira!

Sobre ellos, las filas inmóviles por fin se ponían en camino y un rugido ronco cruzaba el valle.

—¡Xaltotun nos ha fallado! —bramó rabioso Amalric—. ¡Valerius nos ha fallado! ¡Nos hemos metido de cabeza en una trampa! Que Mitra maldiga a Xaltotun por traernos hasta aquí. ¡Toca retirada!

—¡Demasiado tarde! —exclamó Tarascus—. ¡Mira!

En las laderas, el bosque de lanzas se apartó y las filas de los gunderios se movieron a los lados como un telón que se corre. Con un rugido que era como la furia de un huracán, la caballería aquilonia descendió por la ladera.

El ímpetu de la carga fue irresistible. Los virotes lanzados por los desmoralizados ballesteros rebotaron en escudos y yelmos. Los penachos y pendones flameaban tras ellos y, con las lanzas en ristre, atravesaron las líneas de piqueros con el rugido de una marea incontenible.

Amalric gritó la orden de carga y los nemedios, con un coraje que era pura desesperación, espolearon a sus caballos hacia las laderas. Aún superaban en número a los atacantes.

Pero eran hombres cansados sobre caballos agotados cargando colina arriba. Los aquilonios iban hacia abajo, estaban frescos y galopaban como un relámpago. Y como un relámpago barrieron las líneas nemedias. Las golpearon, las hicieron pedazos, las partieron en dos y esparcieron sus restos por las laderas del valle.

Tras ellos venía la infantería gunderia, enloquecida de sed sangre, y los bosonios echaban a correr colina abajo, sin dejar de disparar a cada enemigo que se movía.

La marea de la batalla cubrió el valle y los aturdidos nemedios se dejaron llevar en la cresta de la ola. Los ballesteros tiraron las ballestas y huyeron. Los pocos piqueros que habían sobrevivido a la carga de los aquilonios fueron hechos pedazos por los despiadados gunderios.

En una confusión enloquecida, la batalla traspasó el valle y se desparramó por la llanura bajo él. Por toda ella iban los guerreros persiguiendo al enemigo, rota toda formación. La llanura era un paisaje de combates individuales y pequeños grupos de jinetes sobre caballos rabiosos. Pero los nemedios estaban rotos y eran incapaces de reorganizarse y presentar una defensa. Huyeron a cientos hacia el río. Muchos lo alcanzaron y lo cruzaron a toda prisa en dirección al este. Tenían todo el país por delante y fueron cazados como lobos salvajes. Muy pocos alcanzaron Tarantia.

El final no llegó hasta la caída de Amalric. El barón, tras intentar en vano arengar a sus hombres, picó espuelas en dirección al grupo de caballeros que iban con el gigante de la armadura negra con el león real en la sobreveste. Sobre su cabeza ondeaba el estandarte del león dorado y junto a él el del leopardo escarlata de Poitain.

Un guerrero de brillante armadura tomó su lanza y cargó al encuentro del barón de Tor. Se acometieron con rabia. La lanza del nemedio resbaló sobre el

yelmo de su enemigo, desencajó cordajes y remaches y arrancó el casco, mostrando así los rasgos de Pallantides. Pero la punta de la lanza del aquilonio atravesó el escudo y la armadura y alcanzó el corazón del barón.

Se alzó un rugido cuando Amalric se desplomó de la silla, partiendo en dos la lanza que lo había empalado. Los nemedios se dispersaron como un haz de paja tras el impacto de una ola. Echaron a correr hacia el río en una estampida a ciegas que se extendió por la llanura como un huracán.

La hora del dragón había llegado a su fin.

Tarascus no huyó. Amalric estaba muerto, el portaestandartes también y la bandera nemedia yacía pisoteada entre la sangre y el barro. La mayoría de sus caballeros huían y los aquilonios los derribaban. Tarascus sabía que el día estaba perdido, pero rodeado de un puñado de fieles solo pensaba en una cosa: encontrar a Conan.

Su deseo se cumplió.

No había el menor rastro de una formación de combate, los grupos cuidadosamente formados se habían desbandado por todas partes. El penacho de Trócero asomaba en una parte de la llanura y los de Próspero y Pallantides en otras. Conan estaba solo. Las tropas de Tarascus habían ido cayendo una a una. Los dos reyes se encontraron frente a frente.

Mientras cabalgaban el uno hacia el otro, el caballo de Tarascus gimió y se desplomó bajo él. Conan saltó de su propio semental y corrió hacia él, mientras el rey de Nemedia se ponía en pie. El acero brilló veloz bajo el sol, las espadas se acometieron y saltaron chispas azules. De pronto, se oyó un crujido salvaje y Tarascus besaba el suelo abatido por un bestial golpe de la espada de Conan.

El cimerio posó el pie enfundado en metal sobre el pecho de su enemigo y alzó la espada. No llevaba yelmo. Meneó la negra melena y los ojos azules llamearon con el viejo fuego.

—¿Te rindes?

—¿Me darás cuartel? —quiso saber el nemedio.

—Te lo doy. Mejor que el que tú me diste, perro. Vida para ti y todos aquellos que depongan las armas. Aunque debería cortarte la cabeza por lo que has hecho.

Tarascus giró el cuello y contempló la llanura. Lo que quedaba del ejército nemedio huía a través del puente de piedra con un enjambre de aquilonios victoriosos a los talones, tratando de escapar de la furia de su venganza. Los bosonios y los gunderios asaltaban el campo enemigo, destrozaban las tiendas en busca de botín o prisioneros y saqueaban sin miramientos los baúles y los carros de suministros.

Tarascus escupió una maldición y luego se encogió de hombros lo mejor que pudo, dadas las circunstancias.

—No tengo más opción que rendirme. ¿Cuáles son tus condiciones?

—Rinde ante mí todos tus puestos militares en Aquilonia. Ordena a tus guarniciones que abandonen los castillos y las ciudades que aún mantienen y que lo hagan desarmados. Saca tu maldito ejército de Aquilonia lo antes posible. Devolverás a todos los aquilonios que fueron vendidos como esclavos y pagarás una indemnización que será tasada más tarde, cuando el daño de tu ocupación del país haya sido estimado adecuadamente. Permanecerás como mi rehén hasta que estos términos se hayan cumplido.

**—Así sea —dijo Tarascus, completamente vencido—. Rendiré todos los castillos y ciudades que controlan mis tropas y todo lo demás que me has pedido. ¿No pedirás rescate por mi persona?**

**Conan lanzó una carcajada y apartó el pie del pecho acorazado de su enemigo, lo agarró por el hombro y lo puso en pie. Iba a decir algo cuando, al volverse, vio a Hadrathus que se le acercaba. El sacerdote parecía tan tranquilo e imperturbable como siempre mientras caminaba entre hileras de hombres y caballos muertos.**

**Conan se limpió el sudor del rostro con una mano ensangrentada. Había estado luchando todo el día, primero a pie con los piqueros y luego a caballo, dirigiendo la carga. Su sobreveste estaba hecha pedazos, y tenía la armadura salpicada de sangre y abollada por golpes de espada, maza y hacha.**

**Se irguió como un coloso sobre un fondo de sangre y muerte, como una especie de héroe mitológico pagano.**

**—¡Bien hecho, Hadrathus! —dijo complacido—. ¡Por Crom, no podía estar más contento cuando vi tu señal! Mis jinetes casi se habían vuelto locos de impaciencia y se morían por intercambiar golpes con el enemigo. No hubiera podido contenerlos mucho más tiempo. ¿Qué ha sido del mago?**

**—Recorre el sombrío camino que lleva a Aqueronte —respondió Hadrathus—. En cuanto a mí... Volveré a Tarantia. Mi tarea aquí esta completa y tengo algo que hacer en el templo de Mitra. Aquí hemos terminado. Hemos salvado Aquilonia en este lugar..., y mucho más que Aquilonia. Tu desfile hacia la capital será una procesión triunfal a través de un reino loco de alegría. Toda Aquilonia aclamará el retorno de su rey. Así pues, hasta que nos veamos en el gran salón del trono, adiós.**

**Conan se quedó en silencio, contemplando la marcha del sacerdote. De varias partes del campo, los caballeros se apresuraban a ir hacia él. Vio a Pallantides, a Trócero, a Próspero y a Galannus, las armaduras teñidas de escarlata. El tronar de la batalla daba paso al rugido de la victoria y la aclamación. Todas las miradas, brillantes de exaltación, se volvían hacia la poderosa figura del rey. Brazos envueltos en cota malla blandían espadas ensangrentadas. Un confuso torrente de sonido se alzó casi a la vez por todas partes, profundo y resonante como la resaca:**

**—¡Salve, Conan, rey de Aquilonia!**

**—Aun no has nombrado mi rescate —dijo Tarascus.**

**Conan se rio de nuevo y envainó la espada. Flexionó los poderosos brazos y se pasó los dedos manchados de sangre por la negra melena, como si sintiera sobre ella la corona de nuevo.**

**—Hay una joven en tu serrallo llamada Zenobia —dijo.**

**—Cierto, así es.**

**—Muy bien. —El rey sonrió como si recordara algo especialmente agradable —. Ella será tu rescate, no pediré más. Iré a Belverus a por ella tal como prometí. En Nemedia no era más que una esclava. ¡La haré reina de Aquilonia!**

# NOTAS, FRAGMENTOS, SINOPSIS Y BORRADORES

# El Fénix en la Espada
# VERSIÓN ORIGINAL
## (CAPÍTULO 2)

*Farnsworth Wright, director de* **Weird Tales***, aceptó el relato «El fénix en la espada», que sería la primera historia publicada de Conan. Sin embargo, le solicitó a Howard una revisión. Quería que lo aligerase de algunas partes en las que encontraba que apenas había acción.*

*Howard accedió y escribió la versión que finalmente fue publicada. Las partes eliminadas están casi todas en el capítulo 2, donde Conan está trazando un mapa del mundo que él conoce. En la versión original, sus explicaciones de los distintos países son más detalladas; en realidad son casi un embrión de lo que luego sería el ensayo* **La Era Hibórea***.*

*La otra parte suprimida está al final del capítulo, cuando Conan, al quedarse solo, sufre un acceso de melancolía, algo que sería eliminado por completo de la versión publicada.*

*Se reproduce aquí el capítulo 2 de esa primera versión, íntegro.*

**La cámara era grande y muy ornamentada, con ricos tapices en las pulidas paredes artesonadas, gruesas alfombras en el suelo de mármol y el alto techo decorado con tallas intrincadas y volutas de plata. Tras un escritorio de marfil con incrustaciones de oro se sentaba un hombre cuyos anchos hombros y piel bronceada por el sol parecían fuera de lugar en aquel entorno lujoso. Parecía pertenecer más al sol, el viento y los lugares montañosos de tierras extranjeras. Hasta el más pequeño de sus movimientos indicaba músculos de acero unidos a una mente afilada, con la coordinación de un hombre nacido para el combate. No había nada circunspecto o comedido en sus acciones: o estaba completamente quieto, inmóvil como una estatua de bronce, o estaba en movimiento, no con la rapidez espasmódica de unos nervios en tensión sino con una velocidad felina que confundía la mirada de quien intentara seguirlo.**

**Su ropa era de tejidos lujosos, pero de corte sencillo. No llevaba anillos ni adornos, y la melena negra, cortada recta, estaba sujeta tan solo con un aro plateado, a la altura de las sienes.**

**Dejó el estilete de oro con el que había estado escribiendo laboriosamente en papiro encerado, apoyó la barbilla en un puño y fijó con envidia sus brillantes ojos azules en el hombre que tenía delante. Aquella persona estaba ocupada en sus propios asuntos en aquel momento, dedicada a enhebrar las lazadas de su armadura dorada mientras silbaba distraídamente; una actuación bastante poco convencional, considerando que estaba en presencia de un rey.**

**—Próspero —dijo el hombre de la mesa—, estos asuntos de estado son más agotadores que ningún combate en que haya luchado.**

**—Gajes del oficio, Conan —respondió el poitainio de ojos oscuros—. Eres el rey, tienes que cumplir la tarea del rey.**

**—Ojalá pudiera cabalgar contigo a Nemedia —dijo Conan con envidia—. Parece que han pasado eras desde la última vez que monté a caballo… Pero Publius dice que los asuntos de la ciudad requieren mi presencia. ¡Maldito sea!**

»Cuando derroqué a la antigua dinastía —prosiguió, hablando con la cómoda confianza que existía solo entre el poitainio y él— las cosas eran lo bastantes sencillas, aunque en su momento parecieron complicadas. Mirando hacia atrás ahora, al camino salvaje que he recorrido, todos esos días de esfuerzos, intrigas, matanzas y tribulaciones parecen un sueño.

»No soñé bastante lejos, Próspero. Cuando el rey Namedides yacía muerto a mis pies y arranqué la corona de su cabeza ensangrentada y la puse en la mía, llegué al límite de mis sueños. Me había preparado para conseguir la corona, no para conservarla. En los antiguos días de libertad, lo único que quería era una espada afilada y un camino directo hacia mis enemigos. Ahora, ningún camino es directo, y mi espada es inútil.

»Cuando derroqué a Namedides fui el Liberador; ahora escupen a mi sombra. Han alzado una estatua de ese cerdo en el templo de Mitra y la gente va a lamentarse ante ella, saludándola como la efigie sagrada de un monarca santo asesinado por un bárbaro de manos ensangrentadas. Cuando, como mercenario, guie sus ejércitos a la victoria, Aquilonia pasó por alto el hecho de que fuera un extranjero; pero ahora no puede perdonármelo.

»Ahora van al templo de Mitra y queman incienso en memoria de Namedides hombres a quienes sus verdugos mutilaron y cegaron, hombres cuyos hijos murieron en sus mazmorras y cuyas mujeres e hijas fueron arrastradas a su harén. ¡Idiotas veleidosos!

—Mucha culpa la tiene Rinaldo —respondió Próspero, dando otra puntada al cinturón de la espada—. Canta canciones que vuelven loca a la gente. Cuélgalo de la torre más alta de la ciudad con su traje de bufón. Que se dedique a rimar para los buitres.

Conan sacudió su cabeza leonina.

—No, Próspero, está fuera de mi alcance. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Sus canciones son más poderosas que mi cetro, pues casi me arrancó el corazón del pecho cuando eligió cantar para mí. Yo moriré y seré olvidado, pero las canciones de Rinaldo vivirán para siempre.

»No, Próspero —continuó el rey, con una sombra de duda en los ojos—. Hay algo oculto, una corriente profunda de la que no somos conscientes. La siento como en mi juventud sentía al tigre escondido entre la hierba alta. Hay una inquietud indefinida en el reino. Soy como un cazador agachado al lado de su pequeña hoguera en medio del bosque, oyendo unas pisadas sigilosas en la oscuridad y casi viendo el brillo de unos ojos ardientes. ¡Si pudiera encontrar algo tangible a lo que pudiera clavar mi espada! Te digo que no es casualidad que los pictos hayan atacado la frontera con tanta fiereza últimamente, hasta el punto de que ha habido que enviar a los bosonios para que ayuden a rechazarlos. Debería haber cabalgado con las tropas.

—Publius temía que fuera un plan para atraparte y matarte al otro lado de la frontera —replicó Próspero, alisando la sobreveste de seda sobre la cota de malla reluciente y admirando su figura alta y esbelta en un espejo de plata—. Por eso te rogó que te quedaras en la ciudad. Esas dudas tuyas nacen de tus instintos bárbaros. ¡Deja que la gente se queje! Los mercenarios son nuestros, y los Dragones Negros, y hasta el último bergante de Poitain jura por ti. El único peligro que corres es ser asesinado, y eso es imposible pues hombres de las tropas imperiales te guardan día y noche. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Un mapa —respondió Conan con orgullo—. Los mapas de la corte muestran

bien los países del sur, el este y el oeste, pero en el norte están mal definidos y llenos de errores. He copiado mi mapa del mejor que encontré en los archivos, y estoy añadiendo los países del norte yo mismo.

—Por Mitra —dijo Próspero—. Pocos son los que conocen esas tierras. Todos saben que al este de Aquilonia se encuentra Nemedia, luego Britunia, luego Zamora; al sur están Koth y las tierras de Shem; al oeste, más allá de las Marcas Bosonias, se extiende la selva agreste de los pictos. Y al norte de las Marcas Bosonias está Cimeria. ¿Quién sabe lo que hay más allá?

—Yo —respondió el rey—. Y estoy plasmando mis conocimientos en este mapa. Aquí está Cimeria, donde nací. Y...

—Asgard y Vanaheim. —Próspero estudió el mapa—. Por Mitra, casi creía que eran países de fantasía

Conan sonrió y se tocó involuntariamente las diversas cicatrices del moreno rostro.

—¡Tendrías otra idea si hubieras pasado tu juventud en las fronteras septentrionales de Cimeria! Asgard está justo al norte, y Vanaheim al noroeste de Cimeria, y las fronteras están siempre en guerra. La parte occidental de Vanaheim se encuentra a lo largo de las costas del mar occidental, y al este de Asgard está el país de los hiperbóreos, que son civilizados y habitan en ciudades. Más allá de su país están los desiertos de los hirkanios.

—¿Cómo son esos hombres del norte? —preguntó Próspero.

—Altos, rubios y de ojos azules, y de sangre y lengua similares, salvo que los aesires tienen el pelo amarillo y los vanires, rojo. Su dios principal es Ymir, el gigante de hielo, y no tienen ningún señor supremo, sino que cada tribu elige un rey. Son indisciplinados y feroces. Pelean todo el día y beben cerveza y rugen sus canciones salvajes toda la noche.

—Entonces te pareces a ellos. —Próspero soltó una carcajada—. Ríes a lo grande, bebes sin mesura y cantas a voz en grito buenas canciones. Nunca he conocido a otro cimerio que bebiera algo más que agua, o que riera alguna vez, o que cantara, salvo para entonar cantos lúgubres.

—Quizá es por la tierra donde viven —comentó el rey—. Jamás ha habido en el mundo un lugar más sombrío que ese. Cubierto por completo de colinas y repleto de árboles extrañamente tenebrosos, de modo que hasta de día parece oscuro y amenazador. Hasta donde alcanza la vista no se divisa más que un paisaje de colinas interminables y cielos casi siempre grises. El viento, que transporta casi siempre lluvia, aguanieve o nieve, es frío y acerado, y gime de un modo funesto entre los pasos de montaña y por los valles. Poca alegría hay en esa tierra.

—No es raro que sus gentes sean taciturnas —dijo Próspero encogiéndose de hombros y pensando en las llanuras bañadas por el sol y los tranquilos ríos azules de Poitain, la provincia meridional de Aquilonia.

—Taciturnas y malhumoradas, en efecto —respondió Conan—. A las gentes de esas sombrías colinas la vida se les antoja dura y sin propósito y dedican demasiado tiempo a pensar en cosas ignotas y a soñar sueños monstruosos. Crom y su oscura estirpe son sus deidades y para ellos el más allá es un lugar de frías nieblas eternas al que nunca llega la luz del sol y donde los fantasmas errantes se lamentan para siempre por toda la eternidad. No tienen esperanza alguna en esta vida ni en la siguiente y viven obsesionados por la vacuidad de la existencia. He visto abatirse sobre ellos la extraña locura de la futilidad cuando cosas tan

**insignificantes como una nube de polvo, el graznido vacío de un pájaro o el gemido del viento entre las ramas desnudas llevaba a sus mentes lóbregas la idea de lo vacío de la vida y lo inútil de la existencia. Tan solo en la guerra son felices los cimerios. ¡Por Mitra! Prefiero con mucho a los aesires y su forma de ser**

**—Bueno —sonrió Próspero—, las oscuras colinas de Cimeria han quedado muy atrás. Ahora me voy. Beberé una copa de vino blanco nemedio por ti en la corte de Numa.**

**—Bien —gruñó el rey—. ¡Pero besa a las bailarinas de Numa solo en tu nombre, no vayas a causar un problema de estado!**

**Su risa rabiosa siguió a Próspero fuera de la cámara. La puerta tallada se cerró tras el poitainio, y Conan volvió a su tarea. Se detuvo un momento, escuchando ociosamente los pasos de su amigo que se retiraban, y que resonaban huecos sobre las baldosas. Como si el sonido vacío tocara una cuerda similar en su alma, una ráfaga de repulsión lo invadió. Su alegría se desprendió de él como una máscara, el rostro envejeció de repente, y el cansancio asomó a sus ojos. La irracional melancolía del cimerio cayó como un sudario sobre su alma, paralizada ante la aplastante certeza de lo inútil del esfuerzo humano y del sinsentido de la vida. Su realeza, sus placeres, sus miedos, sus ambiciones y todo lo terrenal se le reveló de repente como polvo y juguetes rotos. Las fronteras de la vida se marchitaron y las líneas de la existencia se cerraron a su alrededor, adormeciéndolo. Dejó caer la cabeza de león entre las poderosas manos y lanzó un sonoro gemido.**

**Alzó luego la cabeza como quien busca escapar y posó los ojos en una jarra de cristal con vino amarillo. Se levanto de repente, llenó la copa y la bebió de un trago. Volvió a llenarla y vaciarla, y aún lo hizo una tercera vez. Cuando la dejó en el suelo, un fino calor le recorría las venas. El mundo y los acontecimientos adquirieron nueva consistencia. Las oscuras colinas de Cimeria se desvanecieron tras él. La vida era buena, real y vibrante, después de todo, no el sueño de un dios idiota. Se estiró, perezoso como un gato gigantesco, y se sentó a la mesa, consciente de la magnitud y la importancia de su persona y su tarea. Satisfecho, mordisqueó el estilete y observó el mapa.**

**—Al sur de Hiperbórea está Britunia —murmuró.**

**Seleccionó un amplio espacio en blanco lo bastante alejado del desierto de Hirkania para desconcertar a los exploradores curiosos, y escribió laboriosamente: «Aquí hay dragones». Luego, inclinándose hacia atrás, examinó su obra con orgullo infantil.**

# Notas sobre varios pueblos de la Era Hiboria

**Aquilonios. Se trata de una raza más o menos pura, aunque modificada por el contacto con los zingarios del sur y, en menor medida, con los bosonios del oeste y el norte. Aquilonia, como el más occidental de los reinos hibóreos, conservaba tradiciones fronterizas solo igualadas Hiperbórea, mucho más antigua, y el Reino Fronterizo. Sus provincias más importantes eran Poitain en el sur, Gunderia en el norte y Attalus en el sureste. Los aquilonios eran una raza alta, con una estatura media de casi uno setenta, y en general tendían a ser espigados, aunque en las últimas generaciones los habitantes de las ciudades se inclinaban hacia la corpulencia. Su complexión variaba mucho según la localidad. Así, los habitantes de Gunderia eran uniformemente de pelo leonado y ojos grises, mientras que los de Poitain solían ser tan morenos como sus vecinos los zingarios. Todos tendían a ser dolicocéfalos, excepto algún grupo de campesinos a lo largo de las fronteras de Bosonia, cuyas características se habían visto modificadas por la mezcla con los bosonios, y aquí y allá, en las partes más primitivas del reino, donde aún existían restos de razas aborígenes sin clasificar, absorbidos por la población circundante. El pueblo de Attalus se jactaba de los mayores avances en el comercio y la cultura, aunque todo el nivel de la civilización aquilonia era envidiable. Su lengua era muy parecida a las demás lenguas hibóreas, y su dios principal era Mitra. En el apogeo de su poder, su religión era de tipo refinado e imaginativo, y no practicaban el sacrificio humano. En la guerra se apoyaban en gran medida en su caballería pesada. Sus piqueros y lanceros eran principalmente gunderios, mientras que sus arqueros se reclutaban en las Marcas Bosonias.**

**Gunderios. Gunderia fue en su día un reino independiente, pero se integró en el reino mayor, más por conquista que por acuerdo. Sus habitantes nunca se consideraron del todo aquilonios, y tras la caída del gran reino, Gunderia volvió a ser durante varias generaciones un estado soberano. Sus costumbres eran más rudas y cercanas a los hibóreos primitivos que las de los aquilonios, siendo su principal concesión a las costumbres de sus vecinos sureños más civilizados la adopción del dios Mitra en lugar del original Bori, culto al que, sin embargo, volvieron tras la caída de Aquilonia. Eran, junto a los hiperbóreos, la más alta de las razas hibóreas. Eran buenos soldados y tenían tendencia a viajar lejos. Los mercenarios de Gunderia se encontraban en todos los ejércitos de los reinos hibóreos, y en Zamora y los reinos más poderosos de Shem.**

**Cimerios. Este pueblo era descendiente de los antiguos atlantes, aunque ellos mismos desconocían su ascendencia, ya que habían evolucionado por sus propios medios a partir de los hombres-simio en los que se habían hundido sus antepasados. Eran una raza alta y poderosa, con una media de dos metros de altura. Tenían el pelo negro y los ojos grises o azules. Eran dolicocéfalos y de piel oscura, aunque no tanto como zingarios, zamorios o pictos. Eran bárbaros y belicosos, y nunca fueron conquistados, aunque, al final de la Era Hibórea, las migraciones nórdicas hacia el sur los expulsaron de su país. Eran una raza malhumorada y melancólica, cuyos dioses eran Crom y su prole. No practicaban**

**los sacrificios humanos, pues creían que sus dioses eran indiferentes al destino de los humanos. Luchaban principalmente a pie y realizaban salvajes incursiones contra sus vecinos del este, norte y sur.**

# SINOPSIS SIN TÍTULO 1

**Un escuadrón de soldados zamorios, al mando del oficial Néstor, un mercenario de Gunderia, se desplaza por una estrecha garganta en persecución de un ladrón, Conan el cimerio, cuyos robos a ricos comerciantes y nobles han enfurecido al gobierno de la ciudad zamoria más cercana. Conan ha huido de la ciudad y lo siguen hasta las montañas. Las paredes de la garganta son empinadas y el suelo está cubierto de hierba alta y espesa. Abriéndose paso por la hierba al frente de sus hombres, Néstor tropieza con algo y cae a plomo al suelo. Se trata de una cuerda de cuero sin curtir que Conan ha tendido y que activa una trampa que causa una repentina avalancha que aplasta a todos los soldados salvo a Néstor, que escapa con algún rasguño y la armadura abollada y llena de raspones. Rabioso, sigue el rastro él solo y acaba saliendo a una llanura elevada que lo lleva a la ciudad abandonada de los antiguos, donde encuentra a Conan.**

**Ataca al cimerio casi al instante. Después de un combate desesperado, este lo deja inconsciente con un golpe de espada en el yelmo y entra en la ciudad abandonada, dándolo por muerto.**

**Néstor se recupera y sigue a Conan. Este, mientras tanto, ha entrado en la ciudad encaramándose a uno de los muros, pues las puertas están cerradas, y ha encontrado a la criatura monstruosa que asola la ciudad. La mata tirándole grandes bloques de piedra desde un lugar elevado y luego desciende y la hace trizas con la espada.**

**Se abre camino hasta el gran palacio tallado en la monstruosa colina de piedra que hay en el centro de la ciudad. Mientras busca un modo de entrar, Néstor lo alcanza de nuevo, espada en mano, tras haberlo seguido por la muralla.**

**Conan, a regañadientes, le propone que en vez de luchar unan fuerzas para conseguir las fabulosas riquezas de la ciudad. Tras discutir un rato, el gunderio accede y ambos entran en el palacio. Lo recorren y acaban por llegar a una enorme cámara del tesoro, custodiada por estatuas de guerreros de tiempos remotos tallados en posturas sumamente realistas. Ambos saqueadores preparan varios paquetes de oro y piedras preciosas y tiran un dado para decidir quién se quedará con el juego de joyas emparejadas de increíble belleza que adorna el altar, sobre el que hay una serpiente de jade. Un dios, al parecer.**

**Gana Conan, quien le cede a Néstor el oro y las otras joyas y se dirige al altar a por las gemas y la serpiente de jade. Pero al quitarla del altar, los guerreros de tiempos remotos vuelven a la vida y tiene lugar una terrible batalla, en la que ambos ladrones escapan por los pelos.**

**Al salir del palacio, los guerreros gigantes los siguen, pero se convierten en polvo en cuanto les da la luz del sol. Un terrible terremoto sacude la ciudad abandonada y ambos saqueadores quedan separados.**

**Conan vuelve a la ciudad zamoria y entra en una taberna en el Mazo, en la que está su amante del momento trasegando vino. Esparce las joyas sobre la barra manchada de cerveza, pero descubre con sorpresa que se han convertido en polvo verde. Se dispone entonces a examinar la serpiente de jade, aún en la bolsa de**

**cuero. La chica alza la bolsa y la deja caer con un gritito mientras jura que ha sentido algo moverse en el interior.**

**En ese instante entra un magistrado con varios soldados y arresta a Conan, quien se pone espalda contra la pared y desenvaina la espada. Antes de que los soldados puedan aproximarse, el magistrado echa mano a la bolsa. Al parecer Néstor, que ha vuelto a la ciudad y cuyas monedas no se han estropeado, se ha emborrachado y contado lo ocurrido. Han intentado arrestarlo, pero incluso borracho se las ha arreglado para abrirse camino entre los guardias y escapar.**

**Cuando el magistrado mete la mano gordezuela en la bolsa, la retira de pronto con un grito. En sus dedos se enrosca una serpiente viva. En el tumulto subsiguiente, Conan y la chica se las arreglan para escapar.**

# SINOPSIS SIN TÍTULO 2

**El lugar: La ciudad de Shumballa, en Kush, al sur de Estigia en medio de las vastas praderas. Es la capital de Kush y estaba poblada por los gallahs, de raza negra y temperamento brutal y pendenciero. La casta gobernante son los chagas, que afirman descender de un grupo de estigios que se aventuró al sur tiempo atrás y allí crearon un reino, del que Kush no son más que los vestigios.**

**Los personajes: El rey de Kush, enloquecido y degenerado; su hermana Tananda, hermosa, sensual y cruel; Tuthmes, un noble rebelde de sangre real; Diana, una cautiva nemedia; Agara, un fanático brujo y explorador gallah; Conan el cimerio.**

**La trama: El comandante de los guerreros gallah, que es negro, ha incurrido en el desagrado de Tananda, así que es puesto en prisión en la habitación más alta de una elevada torre. Despierta en mitad de la noche solo para ser asesinado por un monstruo de aspecto porcino que ha escalado las paredes de la torre y destrozado los barrotes de la ventana. Se trata de un superviviente de una era olvidada, controlado por un cetrino aventurero de Kordafán. Descubren el cuerpo del comandante una hora más tarde y alguien avisa enseguida a Tuthmes de lo ocurrido. Le dice que, tras examinar las marcas y huellas queda claro que no fue un ser humano quien mató al comandante. Tuthmes le responde que ha llegado la ocasión perfecta para que los gallahs se rebelen contra el rey y su hermana, y le dice que vaya a por Agara, el cazador brujo, y le haga creer que fue Tananda la que ordenó matar al comandante. Tuthmes sube a la terraza de su casa y contempla la ciudad amurallada y la miríada de chozas de barro de los gallahs extendidas en las llanuras más allá de la muralla. Es él quien ha enviado al monstruo a asesinar al comandante, para que las sospechas recaigan sobre Tananda, la verdadera gobernante de Kush. Pretende derrocar la dinastía reinante y convertirse en rey con ayuda de los gallahs. Pero es una tarea arriesgada, porque los gallahs creen que quien se siente en el trono de Kush debería ser alguien de pura raza negra. Tuthmes ha dado orden de adquirir una mujer blanca para regalársela al rey y así causarle la ruina con ella como instrumento. Su emisario le ha comprado a un traficante de esclavos shemita una joven nemedia, Diana, capturada en un bajel comercial argóseo.**

**Poco después, mientras Tananda cabalga por la ciudad que hay más allá de las murallas, conocida como Punt, aparece Agara y vuelve a la gente contra ella. Asesinan a su escolta, la arrebatan de la silla y la multitud frenética le arranca las ropas. Están a punto de hacerla pedazos cuando es rescatada por Conan, que acaba de llegar a Shumballa; es un aventurero errante que no hace mucho era un corsario. Tananda ordena que el capitán de la guardia sea muerto a lanzazos por sus propios hombres y nombra capitán a Conan. Poco después, el cimerio aplasta una revuelta de los negros, lo que hace que el rey lo tenga en alta estima.**

**Tuthmes le da instrucciones a Diana, que acaba de llegar a sus manos, y luego la envía al rey. Pero Tananda hace que la rapten y Conan se siente enormemente interesado por ella en cuanto la ve.**

**La magia de Agara revela la participación de Tuthmes en el asesinato del comandante de la guardia y, al acusarlo, este hace que lo capturen y lo torturen hasta la muerte, o eso es lo que Tuthmes cree que ha pasado. Cuando este comprende que no puede derrocar al rey en tanto Conan esté vivo, envía su monstruo de Kordafa a asesinar al bárbaro.**

**Tananda le ordena a Diana que le cuente los detalles del plan de Tuthmes, pero la joven se niega, pues este la ha aterrorizado hasta casi volverla loca. Tananda la azota, pero Conan llega en ese momento y pone fin al castigo. Tananda, loca de furia, amenaza al cimerio, que se echa a reír, coge a la joven y se la lleva a su casa.**

**En la gran plaza de la ciudad interior están torturando a un hechicero mientras la multitud lo contempla y se mofa. El monstruo ataca a Conan en su casa, pero el bárbaro lo hiere de muerte y lo persigue hasta la plaza, donde la criatura logra llegar a su amo, el kordafo, justo antes de morir. La frenética multitud hace pedazos al kordafo y poco después aparece Agara, que denuncia a Tuthmes. Este también es destrozado por la multitud. Se produce una revuelta y Shumballa es destruida. Conan y Diana logran escapar.**

# SINOPSIS SIN TÍTULO 3

**Amalric, hijo de un noble de la gran casa de Valerus, en Aquilonia occidental, se detiene en un manantial rodeado de palmeras en medio de la vasta desolación desértica que se extiende al sur de Estigia. Lo acompañan dos hombres que pertenecen a la tribu los ganatas, raza negra con sangre shemita que se dedica al pillaje. Se llaman Gobir y Saidu.**

**Al anochecer, mientras se disponen a dar cuenta de su frugal cena de dátiles secos, llega el tercer miembro de la tribu: Tilután, un gigante de ébano famoso por su ferocidad y maestría con la espada. Lleva sobre el arzón de la silla una joven blanca, inconsciente, que ha encontrado medio muerta de sed y extenuación en el desierto mientras estaba cazando una extraña variedad de antílope desértico. Posa el cuerpo de la chica junto al manantial e intenta revivirla. Gobir y Saidu contemplan a Amalric, a ver si intenta rescatarla, pero finge indiferencia y les pregunta quién se ocupará de la moza una vez Tilután haya terminado con ella.**

**Los dos tribeños se enzarzan en una discusión y deciden jugársela a los dados. Mientras están agazapados y absortos en el juego, Amalric desenvaina la espada y le parte el cráneo a Gobir. Saidu lo ataca casi al instante y Tilután hace a un lado a la joven y echa a correr hacia él mientras desenvaina la enorme cimitarra.**

**Amalric pivota, de modo que es Said el que recibe el golpe en su lugar y, tras lanzar al herido contra los brazos de Tilután, se enzarza con él. Tilután lanza a Amalric al suelo y empieza estrangularlo; lo suelta y se incorpora en busca de su espada para decapitarlo. Pero al lanzarse contra él, se le suelta la faja, pisa el extremo y cae sobre ella. La espada salta de sus manos y Amalric la recoge y de un golpe casi le corta el cuello. Tras eso, cae al suelo y queda inconsciente.**

**Despierta gracias a que la joven lo está salpicando con agua. Se da cuenta de que la muchacha habla un lenguaje parecido al kothio, así que pueden entenderse. La joven le dice que se llama Lissa; es hermosa, de piel blanca y delicada, ojos violetas, y pelo negro y sedoso. Su inocencia hace que el joven soldado de fortuna se avergüence y abandone la idea de violarla. Ella cree que él ha luchado contra sus compañeros para liberarla y él no la desengaña.**

**Le dice que viene de la ciudad de Gazal que está a poca distancia al sudeste. Huyó de allí a pie, su suministro de agua se acabó y se desvaneció poco antes de que Tilután la encontrase. Amalric la sube a un camello y él monta en el caballo que les queda; los otros animales han huido al desierto durante la pelea.**

**Al amanecer casi han llegado a Gazal. Amalric se sorprende al ver que la ciudad es un amasijo de ruinas salvo por la torre del extremo suroriental.**

**Le saca el tema a Lissa, quien palidece y le suplica que no siga hablando de ello.**

**Los habitantes parecen amables, algo en las nubes y sin mucho sentido práctico, dados a la poesía y las ensoñaciones. No quedan muchos; son una raza agonizante. Cruzaron el desierto y construyeron la ciudad junto a un oasis hace mucho tiempo. Son gente culta, estudiosa, sin inclinación hacia la guerra. Nunca los ha atacado ninguna de las tribus nómadas, que a pesar de ser fieras y brutales**

**sienten un temor supersticioso ante Gazal y adoran a aquello que mora en la torre suroriental.**

**Amalric le cuenta a Lissa su historia. Ha sido soldado de fortuna en Argos al servicio del príncipe zingario Zapayo da Kova, que zarpó con una flota por la costa de Kush, desembarcó al sur de Estigia e intentó invadir el reino desde allí mientras los ejércitos de Koth atacaban desde el norte. Pero Koth, de forma traicionera, firmó la paz con Estigia y el ejército de mercenarios quedó atrapado. Les habían cortado la huida hacia el mar, así que intentaron abrirse paso hacia el este, confiando en llegar a las tierras de los shemitas. Pero fueron aniquilados en el desierto. Amalric consiguió huir con su compañero, Conan, un gigantesco cimerio, pero los atacó un grupo de salvajes jinetes de piel parda y extraña apariencia y vestiduras y Conan fue capturado. Amalric escapo al amparo de la noche y se internó en el desierto, donde el hambre y la sed lo atormentaron, hasta que dio con aquellos tres buitres ganatas.**

**Comenta luego la apariencia irreal de Gazal y Lissa le habla de su deseo, infantil pero apasionado, de huir de aquel lugar estancado y ver el ancho mundo. Luego se le entrega con la misma naturalidad que un niño y mientras yacen juntos en un diván cubierto de sedas en una habitación iluminada solo por la luz de las estrellas, oyen un grito horrísono que procede de un edificio cercano.**

**Amalric quiere investigarlo, pero Lissa se le agarra, trémula, y le cuenta el secreto de la solitaria torre. Allí mora un monstruo sobrenatural que a veces desciende a la ciudad y devora a uno de sus habitantes. Lissa no sabe qué clase de criatura es. Le habla de murciélagos que salen de la torre al anochecer y que vuelven con el alba y de los gritos lastimeros de las víctimas que son llevadas a la misteriosa torre.**

**Amalric queda intranquilo al reconocer a esa cosa como la misteriosa deidad que adoran ciertas sectas en las tribus negras. Insta a Lissa irse con él antes de que amanezca; los habitantes de Gazal han perdido tanto la iniciativa que están indefensos, como si los hubieran hipnotizado. Es lo que cree el joven aquilonio. Se va a preparar las monturas y cuando vuelve oye a Lissa lanzar un grito terrible.**

**Echa a correr, pero la habitación está vacía cuando llega. Seguro de que el monstruo la ha atrapado, echa a correr hacia la torre, sube las escaleras y llega a la habitación superior, en la que ve a un hombre blanco de extraña belleza. Recuerda un antiguo encantamiento que un kushita de una secta rival le ha recitado y lo pronuncia en voz alta, atando al monstruo a su forma humana.**

**Se produce una tremenda batalla en la que termina por atravesar con la espada el corazón de la bestia. Mientras esta muere, lanza un horrísono aullido de venganza que recibe como respuesta varias voces que le hacen eco. Tras eso se convierte en un ser horrendo y Amalric huye aterrado. Se encuentra a Lissa a los pies de las escaleras. La joven ha tenido un atisbo de la criatura arrastrando su presa humana por los pasillos, lo que la ha estremecido, y luego ha huido presa de un pánico cerval y se ha ocultado. Al darse cuenta de que su amante había ido a la torre a buscarla, se ha armado de valor y ha ido al encuentro del destino. Amalric la abraza y luego la lleva al lugar donde habían dejado sus monturas.**

**Amanece mientras se van de la ciudad, ella a lomos del camello y él en el caballo. Se vuelven para mirar a la ciudad dormida, en la que no hay ningún animal, y entonces ven salir en pos suyo siete jinetes vestidos de negro sobre escuálidos corceles negros. Se dan cuenta de que los jinetes no son humanos y se ven asaltados por el pánico.**

La persecución se prolonga durante todo el día, siempre cabalgando hacia el oeste, en dirección a la lejana costa. No encuentran agua y el caballo está al borde del agotamiento cuando cae la noche. Las figuras de negro los han seguido de forma implacable y al anochecer se acercan rápidamente. Amalric sabe que son criaturas fantasmales surgidos de los abismos, invocadas por el aullido de agonía del monstruo de la torre. La oscuridad se espesa y los jinetes se ciernen sobre ellos. Una silueta con forma de murciélago oculta la una y los fugitivos perciben el olor a osario que emana de sus perseguidores. El camello se tambalea y cae y los enemigos se lanzan a por ellos. Lissa grita. De pronto se oye ruido de cascos, el rugido de una voz bronca y una carga de caballería pone a los jinetes en fuga.

El líder de los recién llegados desmonta y se inclina sobre los dos jóvenes. La luna sale de nuevo al tiempo que deja escapar un juramento. La voz es conocida. Se trata de Conan.

Se monta un campamento y se da de comer y beber a los fugitivos. Los acompañantes del cimerio son los hombres morenos de fiero aspecto que los atacaron a él y a Amalric. Se trata de los jinetes de Tombalku, esa ciudad legendaria del desierto cuyos reyes sometieron a las tribus suroccidentales y a las razas negras de las estepas.

Conan cuenta a Amalric y a la joven que lo dejaron inconsciente y lo llevaron para mostrárselo a los reyes de Tombalku. Siempre hay dos reyes, aunque normalmente uno de ellos no es más que un hombre de paja. Lo condenaron a ser torturado hasta la muerte, a lo que él replico que por lo menos le dieran antes algo de licor mientras no dejaba de insultar a los reyes. Eso despertó el interés de uno de ellos, un negro grande y gordo, muy distinto al otro rey, de nombre Zehbeh, moreno y enjuto.

El negro, que se llamaba Sakumbe, contempló a Conan y lo saludó como Amra, el león. Se trataba de un aventurero de la costa occidental que había conocido a Conan cuando el cimerio era un corsario que asolaba la costa. Se había convertido en rey de Tombalku en parte gracias al apoyo de la población negra y en parte por las maquinaciones de Askia, un fanático sacerdote negro que superaba en poder al sacerdote de Zehbeh, Daura. Sakumbe liberó inmediatamente a Conan y lo nombró general de la caballería. Acababa de hacer que envenenasen al anterior titular, un tal Kordofo.

Hay diversas facciones en Tombalku. Por un lado están Zehbeh y sus cetrinos sacerdotes, la gente de Kordofo, a la que tanto Zehbeh como Sakumbe odian, y el propio Sakumbe y sus seguidores, de los cuales Conan es el más poderoso.

Conan, que está en una expedición contra los ladrones ganatas, le cuenta todo esto a Amalric y al día siguiente se van a Tombalku. Llegan tres días después. Se trata de una ciudad extraña y sorprendente que se alza en mitad del desierto junto a un oasis de numerosos manantiales.

Es una babel de diversas lenguas. La casta dominante, de carácter belicoso y piel aceitunada, desciende de los afaki, una tribu shemita que se internó en el desierto hace varios cientos de años y se mezcló con los habitantes negros. Los tibu, una raza del desierto de sangre negra y estigia son los principales súbditos, junto a los bag mandingo, los dongola, los bornu y otras tribus de las praderas meridionales.

Conan y los suyos llegan a Tombalku justo a tiempo para asistir a la terrible ejecución de Daura, el sacerdote afaki, a manos de Askia. Los afaki están rabiosos, pero indefensos ante la resolución de la población negra, a la que han enseñado

**las artes de la guerra.**

**Sakumbe, que en su día fue un hombre de notable valor, ha degenerado en una amalgama de grasa y lo único que le importa ahora son las mujeres y el vino. Conan juega con él a los dados, se emborracha con él y le sugiere que eliminen de una vez por todas a Zehbeh. El cimerio desea la otra corona de Tombalku para sí.**

**Persuaden a Askia de que denuncie a Zehbeh y en la sangrienta guerra civil que tiene lugar a continuación, los afaki son derrotados y Zehbeh abandona la ciudad con sus jinetes. Conan ocupa el trono junto a Sakumbe, pero no tarda en darse cuenta de que este es el verdadero gobernante de la ciudad gracias a su influencia sobre la población negra.**

**Askia empieza a sospechar de Amalric y termina por denunciarlo como asesino del dios al que adora su secta y exige que tanto él como la muchacha le sean entregados para torturarlos. Conan se niega y Sakumbe, dominado por entero por el cimerio, lo apoya. Askia se vuelve contra Sakumbe y lo elimina mediante una magia espantosa. Conan es consciente de que con Sakumbe muerto los negros irán a por él y sus amigos, así que avisa a Amalric con un grito y se abre camino a espadazos entre los asombrados guerreros. Están llegando a la muralla más externa de la ciudad cuando Zehbeh y sus afaki la atacan. En el holocausto sangriento que tiene lugar a continuación Tombalku queda casi destruida y Conan, Amalric y Lissa logran escapar.**

# FRAGMENTO SIN TÍTULO

## 1

El campo de batalla se mantenía en silencio; los charcos carmesíes que se extendían entre las figuras yacientes parecían reflejar el espeluznante crepúsculo rojizo. Entre la alta hierba se veían varias figuras furtivas; aves carroñeras descendían sobre los destrozados montones con un siniestro aleteo. Una vacilante fila de garzas alzó el vuelo como si fueran emisarios del destino y se dirigieron a las orillas del río, cubiertas de cañas. Ni el traqueteo de las ruedas de los carros ni el bramido de las trompetas perturbaba aquella ciega calma que no era más que el silencio de la muerte que sigue al rugido de la batalla.

Una figura se desplazaba por aquel amplio campo de desolación, minúscula contra el vasto cielo del crepúsculo. Se trataba de un cimerio, un gigante de negra melena y fieros ojos azules. Tanto el taparrabos con ceñidor como las altas sandalias que calzaba estaban salpicados de sangre. La enorme espada que llevaba en la mano derecha estaba manchada hasta la guarda. Tenía una fea herida en el muslo que lo hacía cojear. Se movía entre los muertos con cuidado pero con impaciencia, cojeando de cuerpo a cuerpo y lanzando terribles juramentos con cada paso. Otros habían llegado antes que él; no encontró ni un brazalete, ni un puñal enjoyado, ni siquiera una coraza de plata. Era un lobo que se había demorado demasiado en la matanza mientras los chacales se hacían con la presa.

Escudriñó la embarrada llanura, pero no vio nada que se moviese o que pudiera saquear. Los cuchillos de los mercenarios y las prostitutas de campaña habían estado atareados. Dio por perdida su empresa y se incorporó del todo mientras oteaba el otro extremo de la hundida llanura, en la que las torres de la ciudad arrancaban destellos del crepúsculo. Se volvió de pronto al oír un grito quedo y agónico, lo que indicaba que había al menos un superviviente; con suerte aún no habría sido saqueado. Cojeó con rapidez en dirección al sonido y llegó al extremo de la llanura, hizo a un lado las cañas y contempló la figura que se retorcía, debilitada, a sus pies.

Se trataba de una joven. Estaba desnuda, tenía cortes y moratones en las pálidas extremidades y el pelo, negro y largo, estaba manchado de sangre apelmazada. En sus ojos oscuros brillaba la agonía y no dejaba de gemir, delirante.

El cimerio se la quedó mirando y por un momento sus ojos se nublaron en lo que, en otro, habría sido una expresión de pena. Alzó la espada para poner fin al sufrimiento de la muchacha; mientras la hoja de balanceaba sobre ella, gimió de nuevo como una niña dolorida. El espadón quedó inmóvil en el aire y el cimerio pareció por un momento una estatua de bronce. Tomó una decisión en un parpadeo, envainó la espada y alzó a la joven en sus poderosos brazos. Ella intentó resistirse, pero estaba débil. Con ella a cuestas, fue cojeando en dirección a las orillas del río cubiertas de cañas.

La gente atrancaba puertas y ventanas en la ciudad de Yaralet al caer la noche y se sentaba trémula tras ellas, con una vela como ofrenda a sus dioses lares, hasta que el amanecer dibujaba las siluetas de los minaretes. No había guardias que patrullasen las calles ni busconas pintarrajeadas que llamasen desde la penumbra ni ladrones que robasen con dedos ágiles en las serpenteantes callejuelas. Los rufianes, al igual que la gente honrada, huían de los caminos en sombras y se reunían en guaridas malolientes o en tabernas iluminadas por velas. Desde el ocaso hasta el amanecer Yaralet se convertía en una ciudad de silencio, de calles vacías y desoladas.

Ninguno sabía muy bien a qué tenía miedo, pero todos tenían pruebas suficientes de que no cerraban las puertas contra una simple quimera. Se hablaba en susurros de sombras furtivas entrevistas entre las ventanas con barrotes o de siluetas fugaces ajenas a la humanidad y la cordura. Se hablaba de pórticos que se abrían en la noche y de gritos y aullidos humanos seguidos de significativos silencios. Se hablaba del sol naciente que caía sobre puertas reventadas que batían contra casas vacías a cuyos ocupantes no se volvía a ver jamás.

Lo más sorprendente era que hablaban también de un débil retumbar de ruedas de carros en las calles vacías y oscuras justo antes del alba, pero nadie se atrevía a ver qué producía el sonido. Se decía que un muchacho se había aventurado a mirar, pero la locura se había abatido sobre él en el acto y había muerto entre gritos y espumarajos sin ser capaz de decir qué había visto desde su ventana.

Así, aquella noche, mientras los habitantes de Yaralet se estremecían en sus casas fortificadas, tenía lugar un extraño cónclave en la pequeña habitación decorada con tapices y de lámparas cónicas en la que vivía Atalis, a quien algunos calificaban de filósofo y otros de rufián. Atalis era un individuo enjuto de altura media, con espléndida cabeza y facciones de astuto mercader. Vestía una sencilla túnica de excelente factura y llevaba la cabeza afeitada como símbolo de devoción por el estudio y las artes. Gesticulaba con la mano izquierda al hablar, pero la derecha caía en el regazo en un ángulo forzado. De vez en cuando un espasmo de dolor retorcía sus facciones, momento en el que su pie derecho, oculto bajo la larga capa, se retorcía sobre el tobillo de forma insoportable.

Hablaba con aquel a quien se conocía y apreciaba en Yaralet como el Príncipe Than, alto y delgado, joven y sin duda apuesto. El firme contorno de sus miembros y la acerada tranquilidad de sus ojos grises contradecía la impresión ligeramente afeminada que producían su ensortijado pelo negro y su emplumada capa de terciopelo.

# BORRADOR inacabado
# SIN TÍTULO 1

## 1

**Ambula despertó poco a poco, aún medio embotado por el vino que había engullido la noche anterior. Durante un confuso momento fue incapaz de recordar dónde estaba. La luna, que se colaba a través de los barrotes de la ventana, dibujaba un paisaje desconocido. Recordó enseguida que yacía en la celda superior de la torre a la que la ira de Tanada, hermana del rey de Kush, lo había llevado. No se trataba de un simple calabozo, pues ni siquiera Tanada osaría ir tan lejos en el castigo del comandante de los lanceros negros que componían la espina dorsal del ejército de Kush. Había alfombras en el suelo y tapices en las paredes, así como divanes forrados en terciopelo y varias jarras de vino.**

**Recordó de pronto que algo lo había despertado y se preguntó qué habría sido.**

**Sus ojos se posaron en el cuadrado de luz lunar de la ventana y lo que vio eliminó en parte su borrachera y lo ayudó a enfocar la vista borrosa. Los barrotes de la ventana estaban doblados, abombados y rotos; sin duda había sido el ruido producido por su desgarramiento lo que lo había despertado. Pero ¿qué podía haber causado aquello? ¿Dónde estaba el responsable?**

**Cualquier rastro de embriaguez se desvaneció de pronto y un escalofrío recorrió su espalda. Algo se había colado por la ventana y estaba con él en la habitación.**

**Con un débil gemido, se incorporó en el diván y miró a su alrededor. Quedó paralizado al divisar la figura inmóvil y estatuaria que se alzaba en la cabecera del diván; una garra helada hizo presa en el corazón de Ambula, que hasta aquel momento no había conocido el miedo. La figura silente y gris no se movió ni habló; inmóvil bajo la luz de la luna, su silueta deforme no tenía ningún sentido. Lo que Ambula estaba contemplando era una criatura en cuyo rostro destacaba un hocico de aspecto porcino cubierto de gruesas cerdas, pero que se mantenía erguida. Los amplios brazos cubiertos de abundante vello estaban rematados por manos rudimentarias.**

**Ambula lanzó un grito y se puso en pie, al tiempo que la criatura salía de su inmovilidad con la velocidad paralizante de un monstruo en una pesadilla. El comandante quedó helado ante la visión fugaz de unas mandíbulas espumeantes y afiladas de las que surgían colmillos que parecían cinceles. Luego la luz de la luna iluminó una forma negra que yacía desmadejada sobre el diván y una silueta gris se tambaleó en silencio por la celda en dirección a la ventana cuyos barrotes destrozados se recortaban contra las estrellas.**

## 2

—¡Tuthmes! —La voz sonaba apremiante, como también lo era el puño que golpeaba en la puerta de teca de la habitación en la que dormía el noble más ambicioso de Shumballa—. ¡Tuthmes! ¡Déjame entrar! ¡El diablo anda suelto por Shumballa!

Quien así hablaba era un individuo delgado y nervioso, con los ojos brillantes y la piel negra cubierta por un djebbeh blanco. Irrumpió en la habitación en cuanto se abrió la puerta y fue recibido por Tuthmes, alto y delgado, de piel oscura y altivas facciones, tal como correspondía a su linaje.

—¿De qué estás hablando, Afari?

El interpelado, que jadeaba como si hubiera venido corriendo, cerró la puerta antes de responder. Era más bajo que Tuthmes y de facciones más negroides.

—¡Ambula! ¡Está muerto! ¡En la Torre Roja!

—¿Qué? ¿Tananda ha osado ejecutarlo?

—¡No, no, no! No cometería tal estupidez, créeme. No fue ejecutado, sino asesinado. Algo se abrió paso a través de los barrotes de la celda, le desgarró la garganta, le pisoteó las costillas y le partió el cráneo. Por Set, he visto muchos muertos, pero ninguno tan poco agraciado en la muerte como Ambula. ¡Es obra de un demonio, Tuthmes! Tenía la garganta mordida y las marcas de los dientes no eran la que dejaría un león o un mono. Era como si las hubieran producido unos cinceles tan afilados como una navaja.

—¿Cuándo fue?

—Alrededor de la medianoche. Los guardias en los pisos bajos de la torre que vigilan la escalera que lleva a su celda afirman que lo oyeron gritar. Echaron a correr por las escaleras y cuando irrumpieron en la celda lo encontraron tirado como te he descrito. Tal como me ordenaste, dormía en la parte baja de la torre, y en cuanto vi lo ocurrido eché a correr hacia aquí, no sin antes pagar a los guardias para que no dijeran nada.

La sonrisa de Tuthmes no tenía nada de agradable.

—Tanto hombres como demonios estarán al servicio de alguien con arrojo —dijo—. No creo que Tananda fuera tan tonta de hacer matar a Ambula, por más que lo desease. Los negros están inquietos desde que lo mandó a prisión. No habría podido retenerlo mucho más.

»Lo ocurrido nos proporciona un arma. Si los gallahs creen que es obra suya, mejor. Cualquier resentimiento que guarden contra la dinastía reinante es un arma a nuestro favor. Ahora márchate y ataca antes de que el rey se entere de lo ocurrido. Toma un destacamento de lanceros negros y ejecuta a los guardias por haberse dormido estando de servicio. Asegúrate de que se sepa que lo haces siguiendo mis órdenes. Eso mostrará a los gallahs que he vengado a su comandante y así le quitaremos a Tananda un arma de las manos. Mátalos antes de que puedan reaccionar.

»Luego ve a Punt y localiza al viejo Ageera, el cazador-brujo. No le digas que ha sido cosa de Tananda, pero sugiérelo.

El estremecimiento de Afari fue más que evidente.

—¿Cómo puede un simple mortal mentir a ese demonio negro? Sus ojos son como ascuas de fuego rojo que ven abismos innombrables. Lo he visto alzar a los muertos y lograr que las calaveras mordieran y masticaran con las mandíbulas descarnadas.

—No le mientas —respondió Tuthmes—. Limítate a sugerirle tus sospechas. Al fin y al cabo, por mucho que fuese un demonio lo que mató a Ambula, alguien

tuvo que invocarlo. Quizá haya sido Tananda, por qué no.

Tras la marcha de Afari, que no dejó de pensar en lo que su amo le acababa de decir, Tuthmes se puso una capa de seda sobre los miembros desnudos y tras ascender por una amplia escalera de caoba pulida salió la terraza del tejado de su palacio.

Al mirar desde el parapeto divisó las silenciosas calles de la ciudad interior, los palacios, los jardines y la gran plaza que podía ser tomada casi sin aviso por los mil jinetes negros que vivían en los barracones adosados a ella.

Vio las enormes puertas de bronce y la ciudad exterior que se extendía más allá, llamada Punt para distinguirla de la interior, El Shebbeh. Shumballa yacía en medio de una amplia llanura cubierta de praderas que se extendían hasta el horizonte, rotas solo por alguna colina ocasional. Un río veloz y estrecho creaba meandros en la llanura y rozaba los dispersos límites de la ciudad. Una enorme muralla separaba El Shebbeh de Punt y circundaba los palacios de la casta gobernante, descendientes de aquellos estigios que siglos atrás habían llegado al sur para tomar al asalto un imperio negro y mezclar su altiva sangre con la de sus oscuros súbditos. El Shebbeh estaba bien trazado, con calles y plazas de forma regular, edificios de piedra y jardines; Punt era un caos desmadejado de chozas de barro, con calles que desembocaban en plazas que lo eran solo de nombre. Los negros habitantes de Kush, los gallahs, moradores originales del lugar, vivían en Punt, y solo la casta gobernante, los chagas, moraban en El Shebbeh, salvo por sus sirvientes y los jinetes negros que les servían como guardias.

Tuthmes examinó la vasta extensión de chozas. En las mugrientas plazas brillaban las hogueras y las antorchas iban y venían por las calles. De vez en cuando captaba retazos de una canción, un son bárbaro que resonaba con los tonos de la ira y la sed de sangre. Tuthmes se arrebujó en la capa y se estremeció.

Echó a andar por la terraza y se detuvo junto a una figura que dormía a la sombra de una de las palmeras del jardín artificial. El pie de Tuthmes lo despertó de una sacudida y el hombre se puso en pie.

—No hace falta que digas nada —le aconsejó Tuthmes—. Está hecho. Ambula ha muerto y antes del amanecer todo Punt sabrá que Tananda lo hizo asesinar.

—¿Y el... diablo? —susurró el otro, tembloroso.

—¡Shhh! Ha vuelto a las tinieblas de las que se lo invocó. Date prisa, Shubba, es hora de que te vayas. Ve donde los shemitas y consígueme la mujer apropiada, que sea blanca. Tráela lo antes posible. Si vuelves antes de la siguiente luna, te daré tu peso en plata. Si fallas, te colgaré de una palmera.

Shubba se postró hasta tocar el polvo con la cabeza. Luego se puso en pie y salió de la terraza tan deprisa como pudo. Tuthmes contempló de nuevo Punt. Los fuegos le parecieron de algún modo más fieros mientras un tambor iniciaba un ritmo ominoso. Un clamor repentino de gritos bestiales fluyó hacia las estrellas.

—Ya se han enterado de la muerte de Ambula —murmuró mientras de nuevo se estremecía.

## 3

La vida transcurría como de costumbre en las calles cochambrosas de Punt. Gigantescos negros se acuclillaban en el umbral de sus cabañas de paja o se recostaban a su sombra en el suelo. Las mujeres negras recorrían las calles con

calabazas de agua o canastas de fruta en la cabeza. Los niños jugaban y se peleaban en el polvo, riendo y chillando con estridencia. Los negros comerciaban en las plazas con plátanos, cerveza y ornamentos de latón laminado. Los herreros se agazapaban sobre los pequeños fuegos de carbón y se afanaban en dar forma a las puntas de lanza. El sol ardiente caía sobre todos ellos; sobre su sudor, su alegría, su ira, su desnudez y su miseria.

Un nuevo sonido introdujo de repente un cambio en aquella pauta. Un grupo de jinetes, media docena de hombres y una mujer, irrumpió en la ciudad con resonar de cascos. Quien dominaba el grupo era la mujer de piel oscura y cabello negro y espeso recogido con una cinta de oro. Su único atuendo, más allá de las sandalias, era una corta falda ceñida en la cintura. Sus oscuros pechos estaban cubiertos de placas doradas encastradas de joyería. Tenía facciones regulares y ojos desafiantes, atrevidos y chispeantes, rebosantes de seguridad. Con los pies en los amplios estribos plateados, manejaba con tranquilidad y aplomo las riendas de cuero escarlata ribeteado de oro, tan anchas como la palma de la mano de un hombre, de su esbelto corcel kushita.

Las labores y las conversaciones se interrumpieron a su paso; los rostros negros se volvieron hoscos y los turbios ojos se encendieron con una llama rojiza. Los susurros que los negros se decían unos a otros al oído se convirtieron en un murmullo arisco claramente audible.

El nerviosismo ganó al joven que cabalgaba junto a la mujer. Miró al frente, más allá de la calle serpenteante, tratando de medir la distancia hacia las puertas de bronce, que aún estaban ocultas por las casas de techo plano.

—La cosa se está poniendo fea, Tananda —murmuró—. Venir por Punt ha sido una tontería.

—Ni todos los perros kushitas me van a apartar de mi presa —respondió la mujer—. Si ves que alguno representa una amenaza, encárgate de él.

—No es tan fácil como parece —murmuró el joven, sin apartar la vista de la silenciosa multitud—. Están saliendo de las casas y ocupan toda la calle. ¡Mira!

Estaban llegando a una plaza amplia y mugrienta en la que se apiñaban los negros. A un lado se alzaba una casa de barro y vigas toscamente talladas, mayor que las demás y decorada con un racimo de cráneos colgados de la amplia puerta. Se trataba del templo de Jullah, adorado por los negros, mientras que los chagas rendían culto a Set, el dios serpiente, a imitación de sus antepasados estigios. La plaza estaba llena a rebosar de rostros negros que miraban hoscos a los jinetes. Había algo amenazador en su actitud y Tananda, que por fin sintió una punzada de inquietud, no se dio cuenta de que un nuevo jinete se acercaba a la plaza desde otra calle. En otras circunstancias, el recién llegado habría atraído la atención, pues no era ni chaga ni gallah, sino un hombre blanco de aspecto poderoso cubierto de yelmo y cota de malla. Llevaba una capa escarlata que se plegaba sobre su cuerpo.

—Estos perros no traman nada bueno —murmuró el joven junto a Tananda, la espada curva medio desenvainada.

Los guardias que los acompañaban, tan negros como la multitud a su alrededor, cerraron filas alrededor de la mujer, pero no desenvainaron las espadas. Los murmullos hostiles crecieron en intensidad, pero nadie hizo nada.

—Pasad a través —ordenó Tananda, echando el caballo hacia adelante.

Los negros cedieron a desgana ante su avance y una nueva figura salió de pronto del templo. Se trataba del viejo Ageera, cubierto tan solo de un taparrabos.

**—¡He aquí aquella cuyas manos están manchadas de sangre! —gritó al tiempo que señalaba a Tananda con el dedo—. ¡He aquí la asesina de Ambula!**

**El grito fue la gota que colmó el vaso. Un rugido inmenso surgió de la multitud, que se echó hacia adelante como uno solo aullando:**

**—¡Muerte a Tananda!**

**Cientos de manos negras se agarraron en un abrir y cerrar de ojos a las piernas de los jinetes. El joven se interpuso entre Tananda y la multitud, pero una pedrada le partió la cabeza. A los guardias, que no dejaban de sajar y lanzar tajos, se los arrebató de los caballos y se los golpeó, pateó y acuchilló hasta que estuvieron muertos. Tananda, ganada por fin por el pánico, lanzó un grito a la vez que su corcel retrocedía. Casi una veintena de enloquecidas figuras negras, masculinas y femeninas, la agarraron.**

**Un coloso la agarró del muslo y la sacó de la silla, lanzándola contra las manos rabiosas que la esperaban con ansia. Alguien le rasgó la falda y se la quitó para luego agitarla en el aire frente a ella, al tiempo que una risa primitiva surgía de la agitada multitud. Una mujer le escupió en el rostro, le arrancó las placas del pecho y le araño los pechos con las uñas ennegrecidas. Alguien lanzó una piedra que le rozó en la cabeza. Tananda gritó, presa del pánico, cuando un racimo de manos tiró de ella y casi la desmiembran. Vio una mano negra que sostenía una piedra y al dueño de la mano que intentaba abrirle la cabeza. Hubo un brillo de puñales. Lo único que la salvó de una muerte instantánea fue lo densa que era la multitud.**

**—¡Al templo! —rugió alguien, que no tardó en obtener clamorosa respuesta.**

**Tananda se dio cuenta de que medio la llevaban medio la arrastraban, agarrada por el pelo, los brazos, las piernas o cualquier parte en la que las negras manos pudiesen hacer presa. Los golpes que le lanzaban eran desviados o bloqueados por aquella masa.**

**De pronto se oyó un estrépito ante el que la multitud se tambaleó y un jinete a lomos de un poderoso corcel se lanzó contra la muchedumbre. Los hombres cayeron y fueron aplastados entre gritos por golpes los cascos. Tananda tuvo un atisbo borroso de una figura que se alzaba sobre la masa; vio un rostro moreno cubierto de cicatrices bajo un yelmo de acero, una capa escarlata que descendía sobre unos hombros poderosos cubiertos de cota de malla, una espada que se alzaba y se abatía, salpicándolo todo de gotas carmesíes.**

**Un lanza surgió de entre la multitud y evisceró el caballo, que gritó, corcoveó y finalmente se desplomó. Pero el jinete aterrizó de pie sin dejar de lanzar tajos a diestro y siniestro. Lanzas y cuchillos arrojados con ferocidad sacaron chispas del yelmo y el escudo del brazo izquierdo, mientras el mandoble hendía carne y hueso, partía cráneos, desparramaba sesos y esparcía entrañas sobre el polvoriento suelo.**

**Nadie podía con él. Tras abrirse un espacio, se agachó, tomó a la aterrorizada joven y, tras cubrirla con el escudo, retrocedió, abriéndose paso sin dar cuartel. Se retiró hasta llegar a una esquina de la muralla, dejó caer a Tananda tras él y dando un paso al frente, reanudó la matanza con un grito.**

**Se oyó ruido de cascos y un regimiento de guardias irrumpió en la plaza, arrollando a los amotinados. El capitán se acercó, un negro enorme vestido en resplandeciente seda carmesí con adornos de oro.**

**—Sí que te has tomado tu tiempo —le increpó Tananda, que se había incorporado y había recuperado buena parte de su altivez.**

El capitán se volvió, ceniciento, pero antes de que completase el gesto Tananda hizo una seña que fue interceptada por sus hombres. Uno de ellos agarró la lanza con ambas manos y la clavó entre los hombros del capitán con tal fuerza que la punta asomó por el pecho. El capitán cayó de rodillas y media docena de lanzas terminaron el trabajo.

Tananda meneó el pelo, largo, negro y alborotado, y se encaró con Conan. Sangraba de casi una veintena de rasguños en pecho y muslos, los rizos le caían en desorden por la espalda y estaba tan desnuda como había venido al mundo. Pero miró al bárbaro sin la menor inseguridad ni vacilación. Él le devolvió la mirada con franca admiración por su imperturbable aspecto y sus torneados miembros.

—¿Quién eres? —quiso saber ella.

—Conan. Soy cimerio —respondió él.

—¿A qué has venido a Shumballa?

—Vine a hacer mi fortuna. He sido corsario.

—¡Vaya! —Un interés renovado asomó a sus oscuros ojos—. Hemos oído hablar de ti. Te llaman Amra, el león. Pero si ya no eres corsario, ¿a qué te dedicas ahora?

—No soy más que un vagabundo sin dinero.

Ella meneó cabeza.

—¡No, por Set! Eres capitán de la guardia real.

Conan miró de forma indiferente a la figura desmadejada vestida de seda y acero. El panorama no alteró su hosca sonrisa.

## 4

Shubba volvió a Shumballa y fue a buscar a Tuthmes, que estaba en sus aposentos de suelos de mármol alfombrados con pieles de leopardo.

—He encontrado la mujer que querías —dijo—. Una muchacha nemedia, capturada en un barco mercante de Argos. Le pagué al traficante shemita buenas piezas de oro.

—Déjame verla —ordenó Tuthmes.

Shubba dejó la habitación y volvió poco después con una joven a la que agarraba de la muñeca. Parecía ágil, y su blanca piel contrastaba de un modo casi deslumbrante con los cuerpos cetrinos o negros a los que Tuthmes estaba acostumbrado. El pelo le descendía en una cascada de rizos dorados sobre los blancos hombros. Su única indumentaria era un trapo hecho jirones, que Shubba le arrebató, dejándola temblorosa y desnuda por completo.

Tuthmes asintió de forma impersonal.

—Es mercancía de calidad. Si no estuviera apostando por un trono, me sentiría tentado de quedármela. ¿Le has enseñado kushita, tal como te dije?

—Así es. Primero en la ciudad de los semitas y luego día a día en la caravana. Le enseñé y le dejé bien claro la necesidad de aprender usando una zapatilla, tal como hacen los shemitas. Se llama Diana.

Tuthmes se sentó un diván e indicó que la joven se sentase con las piernas cruzadas en el suelo a sus pies, cosa que ella hizo.

—Te voy a dar como regalo al rey de Kush —dijo él—. Serás su esclava en apariencia, pero en realidad me pertenecerás a mí. Se te darán ordenes regularmente y más te vale no fallar al ejecutarlas. El rey es perezoso, depravado y

**disipado, así que no debería resultarte difícil dominarlo por completo. Para que no te sientas tentada a desobedecerme cuando te creas más allá de mi alcance, en el palacio real, te voy a demostrar ahora mi poder sobre ti.**

**La tomó de la mano y la llevó por un pasillo hasta llegar a un tramo de escaleras de piedra que desembocaron en una larga habitación tenuemente iluminada. Estaba dividida en dos mitades por una pared de cristal, clara como el agua, aunque era de casi una vara de espesor y tan fuerte que habría resistido la carga de un elefante.**

**La llevó hasta la pared y allí la dejó, enfrentada a ella, mientras él retrocedía.**

**De pronto se apagó la luz. La joven se quedó inmóvil en la oscuridad, los delgados miembros temblando de pánico irracional. Poco a poco una luz fue surgiendo de las tinieblas y pudo ver un hocico bestial, dientes como cinceles, bigotes... Cuando aquel horror echó a andar hacia ella, la joven lanzó un grito, dio media vuelta y echó a correr, presa del terror, sin recordar el muro de cristal que mantenía a la bestia separada. En la oscuridad, fue directa a los brazos de Tuthmes, quien musitó en su oído:**

**—Ya has visto mi sirviente. No me falles, pues en ese caso te buscará donde quiera que estés, y no podrás escapar de él.**

**Al oír aquellas palabras siseantes, la joven se desmayó.**

**Tuthmes la llevó de vuelta a las escaleras y se la entregó a una moza negra a la que dio instrucciones de que la reviviera y que se encargase de darle vino y comida, de bañarla, perfumarla y vestirla antes de presentársela al rey.**

# BORRADOR inacabado
# SIN TÍTULO 2

**Tres individuos se acuclillaban junto al pozo bajo el cielo crepuscular que pintaba el desierto de ocres y rojos. Uno de ellos, blanco, se llamaba Amalric. Los otros dos eran ganatas y los andrajos apenas ocultaban sus nervudos cuerpos negros. Respondían a los nombres de Gobir y Saidu y parecían buitres agazapados junto al pozo.**

**Se oía el ruido cercano de un camello regurgitando la rumia junto a un par de cansados caballos que hocicaban en vano la arena desnuda. Los hombres masticaban con pesadumbre dátiles secos; los negros se concentraban en el movimiento de la mandíbulas, pero el blanco alzaba de vez en cuando la vista al sombrío cielo rojizo o contemplaba la monótona llanura tomada por sombras profundas. Fue el primero en ver al jinete que se acercaba y que de pronto tiró de las riendas y encabritó el corcel.**

**Se trataba de un gigante de pura raza negra, a juzgar por la piel, más oscura que la de los otros dos, los labios más gruesos y la nariz más ancha. Una amplia faja sobre el enorme vientre ceñía los amplios calzones de seda, recogidos alrededor de los tobillos desnudos. De la faja pendía una cimitarra de punta ancha que pocos hombres habrían podido manejar con una sola mano. La espada lo hacía famoso donde quiera que cabalgasen los oscuros jinetes del desierto, pues no era otro que Tilután, orgullo de los ganatas.**

**Sobre la silla pendía, o más bien colgaba, una figura exangüe. Un suspiro se escapó de las bocas de los ganatas al ver de refilón unos miembros pálidos. Se trataba de una joven blanca, tirada de través en el arzón de la silla de Tilután. Yacía boca abajo, y el pelo suelto se desparramaba sobre el estribo en una oleada de rizos negros. El recién llegado sonrió y mostró los blancos dientes antes de dejarla caer como si tal cosa en la arena, donde permaneció tumbada, inconsciente. Gobir y Saidu se volvieron de forma instintiva hacia Amalric mientras Tilután lo examinaba desde la silla. Tres negros contra un blanco. La irrupción en escena de la joven había cambiado la atmósfera de un modo sutil.**

**Amalric era el único al que no parecía afectarle la tensión. Se echó hacia atrás los rebeldes bucles rubios de un modo ausente y miró a la figura yaciente de la joven con indiferencia. Si por un momento sus ojos grises brillaron, los otros no fueron conscientes de ello.**

**Tilután desmontó y le tendió las riendas a Amalric en un gesto desdeñoso.**

**—Ocúpate del caballo —dijo—. Por Jhil, no he dado con ningún antílope del desierto, pero sí que he encontrado esta potranca. Se tambaleaba por las dunas y se desplomó justo cuando me acercaba. Creo que se desmayó a causa de la sed. Apartaos, chacales, y dejad que le dé de beber.**

**El enorme negro la tendió junto al pozo de agua y comenzó a lamerle la cara y las muñecas, y a dejar caer algunas gotas entre sus labios resecos. Ella gimió y se agitó un poco. Gobir y Saidu se agacharon con las manos en las rodillas,**

mirándola por encima del fornido hombro de Tilután. Amalric se mantenía un poco alejado de ellos, como si el asunto apenas le interesase.

—Está volviendo en sí —anunció Gobir.

Saidu, sin responder, se lamió los gruesos labios sin darse cuenta, como un animal.

La mirada de Amalric recorrió de forma impersonal la joven postrada, desde las sandalias rotas hasta la corona suelta de pelo negro y brillante. Su única prenda de vestir era un corpiño de seda ceñido a la cintura. Dejaba al descubierto brazos, cuello y parte del pecho, y la falda terminaba varios dedos por encima de las rodillas. En las partes que quedaban al descubierto, la mirada de los ganatas se posaba con una intensidad devoradora, clavada en los suaves contornos, infantiles en su blanca suavidad, pero redondeados por la incipiente feminidad.

Amalric se encogió de hombros.

—¿Quién va después de Tilután? —preguntó con desinterés.

Un par de cabezas se volvieron hacia él y los ojos inyectados en sangre se pusieron en blanco ante la pregunta; los negros se intercambiaron una mirada. Una repentina rivalidad crepitó como electricidad entre ellos.

—No hace falta que peléis —instó Amalric— Jugáosla a los dados

Sacó la mano de la túnica y lanzó un par de dados ante ellos. Una mano engarfiada los agarró.

—¡Sí! —exclamó Gobir—. ¡Los lanzamos! Después de que acabe Tilután, el vencedor.

Amalric lanzó una mirada hacia el gigante negro, que seguía inclinado sobre la cautiva, intentando devolver la vida a aquel cuerpo agotado. En ese momento sus largos párpados se abrieron y unos profundos ojos color violeta contemplaron desconcertados el rostro lascivo del negro. Una explosiva exclamación de alegría escapó de los labios de Tilután. Sacó un frasquito de la faja y la acercó a la boca de la joven, que bebió de forma mecánica. Amalric evitó su mirada, que no dejaba de desplazarse entre él y los tres negros; nada podía hacer contra ninguno de ellos.

Gobir y Saidu se inclinaron sobre los dados; Saidu los sostuvo en la palma de la mano ahuecada, respiró sobre ellos para darse suerte, los agitó y los lanzó. Dos cabezas de buitre se inclinaron sobre los cubos que giraban en la penumbra. Amalric desenvainó y golpeó en un solo gesto. El filo atravesó un grueso cuello, cortando la tráquea, y Gobir cayó sobre los dados, chorreando sangre, con la cabeza colgando de un jirón.

Saidu se puso en pie con la desesperada rapidez de un hombre del desierto y lanzó un golpe un feroz a la cabeza del asesino. Amalric apenas tuvo tiempo de interceptar el golpe con la espada. La silbante cimitarra golpeó la hoja recta empujándola contra la cabeza del blanco e hizo que este se tambalease. Amalric soltó la espada y agarró con los brazos a Saidu, atrayéndolo hacia el cuerpo a cuerpo, donde la cimitarra era inútil. Bajo los harapos del hombre del desierto, el enjuto cuerpo era duro como cuerdas de acero.

Tilután comprendió al instante lo que ocurría, arrojó a la chica al suelo y se levantó con un rugido. Se precipitó hacia los luchadores como un toro que embiste, con la gran cimitarra en la mano. Amalric lo vio venir y se le heló la sangre. Saidu se sacudía y se retorcía, incapacitado por la cimitarra que aún intentaba inútilmente girar contra su antagonista. Los pies de ambos se retorcían y zapateaban en la arena, los cuerpos aplastados el uno contra el otro. Amalric golpeó con el tacón de la sandalia el empeine desnudo del ganata y sintió que los

huesos cedían. Saidu aulló y se lanzó hacia adelante y Amalric saltó a su vez. Se tambalearon como borrachos hasta que Tilután lanzó un tajo con el feroz impulso de los anchos hombros. Amalric sintió el acero rozarle el brazo por debajo y penetrar profundamente en el cuerpo de Saidu. El ganata emitió un grito agónico, y su convulso arranque lo soltó de las garras de Amalric. Tilután lanzó un juramento rabioso y, tras liberar el acero, arrojó al moribundo a un lado. Antes de que pudiera volver a golpear, Amalric se agarró a él, con la piel erizada por el miedo a la gran espada curva.

La desesperación lo invadió al sentir la fuerza del negro. Tilután era más listo que Saidu. Dejó caer la cimitarra y, con un bramido, agarró la garganta de Amalric con ambas manos. Los grandes dedos negros se trabaron como si fueran de hierro, y Amalric, esforzándose en vano por romper su agarre, se vio arrastrado hacia abajo, con el gran peso del ganata inmovilizándolo contra la tierra. Se sintió sacudido como una rata en las fauces de un perro. Su cabeza se estrelló salvajemente contra la tierra arenosa. Vio el rostro furioso del negro como en una niebla roja, los gruesos labios retorcidos en una sonrisa bestial de odio y los dientes brillantes. Un gruñido bestial brotó de la gruesa garganta negra.

—¡La quieres, perro blanco! —aulló el ganata, loco de rabia y lujuria—. ¡Te voy a partir la espalda! ¡Te arrancaré la garganta! ¡Mi cimitarra! ¡Te voy a cortar la cabeza y la voy a obligar a que la bese!

Tras un último y feroz golpe de la cabeza de Amalric contra la dura arena, Tilután lo levantó a medias y lo arrojó al suelo en un estallido de pasión bestial. Se incorporó, medio encorvado como un mono, y recogió la cimitarra que yacía en la arena como una enorme media luna de acero. Gritando con feroz exultación, se volvió y cargó de nuevo, blandiendo la espada en alto. Amalric se levantó con torpeza para salir a su encuentro, aturdido, tembloroso y mareado por la paliza que había recibido.

La faja de Tilután se había desenrollado en la pelea, y el extremo colgaba a sus pies. La pisó, tropezó y cayó de cabeza, moviendo los brazos evitar el golpe. La cimitarra le voló de la mano.

Amalric, enardecido, asió la cimitarra y dio un paso de gigante. El desierto ondulaba oscuro ante sus ojos. Vio el rostro de Tilután en el crepúsculo, repentinamente ceniciento. La amplia boca se abrió y puso los ojos en blanco; se quedó quieto apoyado en la rodilla y la mano, como si fuera incapaz de moverse. La cimitarra cayó en ese momento, hendiendo la redonda cabeza afeitada hasta la barbilla, donde su curso descendente fue frenado con una sacudida enfermiza. Amalric vio de forma fugaz un rostro negro dividido por una línea roja que se ensanchaba con rapidez y se desvanecía en las sombras cada vez más densas, hasta que la oscuridad lo atrapó de repente.

Algo suave y frío tocaba la cara de Amalric con tierna insistencia. Tanteó a ciegas y cerró la mano sobre algo cálido, firme y resistente. Se le aclaró la vista y contempló un delicado rostro ovalado, enmarcado en un lustroso cabello negro. Como en un trance, la miró en silencio, explorando con avidez cada detalle de los labios rojos y carnosos, los ojos color violeta oscuro y el cuello de alabastro. Con un sobresalto, se dio cuenta de que la visión hablaba con una suave voz musical. Las palabras eran extrañas, pero poseían una ilusoria familiaridad. Una manecita blanca, que sostenía un trapo de seda chorreante, recorría con delicadeza su

rostro y su cabeza palpitante. Se incorporó, mareado.

Era de noche y el cielo estaba tachonado de estrellas. El camello seguía rumiando; uno de los caballos relinchaba inquieto. No muy lejos yacía una corpulenta figura negra con la cabeza hendida sobre un horrible charco de sangre y sesos. Amalric miró a la muchacha que se arrodillaba a su lado; no paraba de hablar en una lengua desconocida y agradable. A medida que las nieblas se despejaban en su mente, empezó a entenderla. Repasó las lenguas medio olvidadas que había conocido y hablado en el pasado y recordó una utilizada por una clase erudita en una provincia del sur de Koth.

—¿Quién eres, muchacha? —preguntó, aprisionando aquella mano casi infantil entre sus propios dedos endurecidos.

—Soy Lissa. —Pronunció el nombre con lo que parecía la sugerencia de un ceceo. Era como la ondulación de un estrecho arroyo—. Me alegro de que estés consciente. Temía que hubieras muerto.

—Un poco más y así habría sido —murmuró, la vista clavada en la espeluznante silueta que había sido Tilután.

La joven palideció y se negó a seguir su mirada. Su mano temblaba, y en su proximidad, Amalric creyó sentir el rápido latido de su corazón.

—Fue horrible —dijo ella, vacilante—. Como una pesadilla espantosa. La ira..., los golpes..., la sangre...

—Podría haber sido peor —gruñó él.

Ella reaccionaba a cada inflexión de voz o estado de ánimo. Su mano libre se acercó tímidamente al brazo de él.

—No quise ofenderte. Fue muy valiente por tu parte arriesgar tu vida por una extraña. Eres noble como los caballeros sobre los que he leído.

Le lanzó una rápida mirada. Los ojos amplios y claros de la joven se encontraron con los suyos y solo vio en ellos lo que acababa de decir. Empezó a hablar, luego cambió de opinión y preguntó:

—¿Qué haces en el desierto?

—Vengo de Gazal —respondió—. Huía... No podía aguantar más. Pero hacía calor y me sentía sola y cansada, y solo veía arena, arena... y el cielo azul ardiente. La arena me quemaba los pies, y mis sandalias se desgastaron enseguida. Tenía tanta sed que mi cantimplora no tardó en agotarse. Intenté volver a Gazal, pero a mi alrededor todo parecía igual. No sabía qué camino tomar. Tuve miedo y empecé a correr en la dirección en la que creía que estaba Gazal. Tras eso, no recuerdo gran cosa; corrí hasta que no pude más, y debí de quedarme tirada en la arena ardiente un rato. Recuerdo que me levanté y seguí tambaleándome, y me pareció oír los gritos de alguien y vi a un hombre negro montado en un caballo negro que se dirigía hacia mí. Ya no recuerdo más, hasta que me desperté y me encontré tumbada con la cabeza en el regazo de aquel hombre, mientras me daba vino. Luego hubo gritos y peleas... —Se estremeció—. Cuando todo acabó, me arrastré hasta donde yacías como un muerto, y traté de llevarte a...

—¿Por qué?

Pareció perdida.

—Porque... porque estabas herido... y es lo que habría hecho cualquiera. Además, me di cuenta de que me habías defendido de los negros. La gente de Gazal siempre dice que los negros son malvados y hacen daño a los indefensos.

—Los negros no son los únicos que se comportan así —murmuró Amalric—. ¿Dónde está esa Gazal?

**—No puede estar lejos —respondió ella—. Caminé un día entero, y no sé hasta dónde me llevó el negro, después de encontrarme. Pero creo que me descubrió hacia el atardecer, así que no pudo llegar muy lejos.**

**—¿En qué dirección?**

**—No lo sé. Iba hacia el este cuando dejé la ciudad.**

**—¿Una ciudad? ¿A un día de viaje de aquí? Creía que lo único que había en miles de leguas a la redonda era el desierto.**

**—Gazal está en el desierto. La edificaron entre las palmeras de un oasis.**

**La hizo a un lado y se puso en pie, maldiciendo en voz baja mientras se tocaba la garganta, magullada y lacerada. Examinó a los tres negros uno tras otro y no encontró rastro alguno de vida en ellos. Luego los arrastró una corta distancia hacia el desierto mientras los chacales se ponían a aullar en la distancia. Al volver al pozo, donde la muchacha se acuclillaba pacientemente, maldijo al encontrar solo al semental negro de Tilután y el camello. Los otros caballos habían roto las riendas y habían huido durante la pelea.**

**Se acercó a la chica y le ofreció un puñado de dátiles secos. Ella los mordisqueó con avidez, mientras él se sentaba y la observaba, con la barbilla apoyada en los puños y una impaciencia creciente palpitando en las venas.**

**—¿Por qué has huido? —preguntó de pronto—. ¿Eres una esclava?**

**—No tenemos esclavos en Gazal —respondió ella—. Me hastiaba la eterna monotonía. Deseaba ver algo del mundo exterior. Dime, ¿de qué tierra vienes?**

**—Nací en las colinas occidentales de Aquilonia —respondió.**

**Batió palmas, encantada, como una niña.**

**—¡Sé dónde está! Lo he visto en los mapas. Es el país más occidental de los hibóreos, y su rey es Epeus el Espadachín.**

**Amalric se sobresaltó. Levantó la cabeza y miró fijamente a su bella compañera.**

**—¿Epeus? Lleva muerto novecientos años. El nombre del rey es Vilerus.**

**—Claro —dijo ella, avergonzada—. Soy una tonta. Por supuesto, Epeus fue rey hace nueve siglos, como tú dices. Pero cuéntame... ¡Cuéntame todo sobre el mundo!**

**—No pides nada —respondió desconcertado—. ¿Nunca has viajado?**

**—Es la primera vez que me alejo de las murallas de Gazal —afirmó.**

**La mirada de él se fijó en la curva de su blanco pecho. En aquel momento no sentía el menor interés por las aventuras y le importaba poco si Gazal estaba en el infierno o en la tierra.**

**Empezó a hablar. Cambió de opinión de repente, la agarró en brazos, los músculos tensos para la lucha que esperaba. Pero no encontró resistencia. El suave cuerpo de la joven se rindió y quedó tendido sobre sus rodillas. Lo miraba sorprendida, pero sin el menor asomo de miedo o vergüenza. Podría haber sido una niña, probando un nuevo tipo de juego. Algo en su mirada directa lo confundió. Si hubiera gritado, llorado, luchado o sonreído a sabiendas, habría sabido cómo tratarla.**

**—¿Quién eres, muchacha, en nombre de Mitra? —preguntó con aspereza—. No estás trastornada por el sol ni estás jugando conmigo. Por tu forma de hablar, no eres ninguna campesina iletrada, feliz en su ignorancia. Pero no pareces saber nada del mundo ni de sus costumbres.**

**—Soy hija de Gazal —respondió ella con desesperación—. Si vieras Gazal quizá lo entenderías.**

**La levantó y la depositó en la arena. Se puso en pie, trajo una manta de la silla de montar y la extendió para ella.**

**—Duerme, Lissa —dijo, la voz áspera por las emociones encontradas—. Mañana iremos a Gazal.**

**Al amanecer se pusieron en marcha hacia el oeste. Amalric había subido a Lissa al camello y le había mostrado cómo mantener el equilibrio. Ella se aferraba a la silla con ambas manos, como si no hubiera visto un camello en lo vida, lo que de nuevo sorprendió al joven aquilonio. Había crecido en el desierto, pero nunca había subido a un camello ni había cabalgado ni la habían llevado a caballo, al menos hasta la noche anterior. Amalric le había fabricado una especie de capa, y ella se la puso sin rechistar ni preguntar de dónde había salido, aceptándola como aceptaba cuanto él hacía por ella, con gratitud, pero a ciegas, sin querer saber la razón. Amalric no le dijo que la seda que la protegía del sol había cubierto una vez la piel negra de su secuestrador.**

**Mientras cabalgaban, ella volvió a rogarle que le contara algo del mundo, como un niño que pide un cuento.**

**—Sé que Aquilonia está lejos de este desierto —dijo—. Estigia está en medio, así como las tierras de Shem, y otros países. ¿Cómo es que estás aquí, tan lejos de tu tierra natal?**

**Él cabalgó durante un rato en silencio, con la mano en la cuerda de guía del camello.**

**—Argos y Estigia estaban en guerra —dijo de pronto—. Koth se vio envuelta. Los kothios querían una invasión simultánea de Estigia, así que Argos contrató un ejército de mercenarios, que luego embarcó y navegó hacia el sur por la costa. Al mismo tiempo, una hueste kothia debía invadir Estigia por tierra. Yo formaba parte del ejército de mercenarios. Nos enfrentamos a la flota de Estigia y la derrotamos, haciéndola retroceder hasta Jemi. Tendríamos que haber desembarcado y saqueado la ciudad, para luego avanzar por el curso del Estigio, pero nuestro almirante era precavido. Nuestro líder era el Príncipe Zapayo da Kova, un zingario. Navegamos hacia el sur hasta llegar a las costas selváticas de Kush. Allí desembarcamos y los barcos echaron el ancla; el ejército avanzó hacia el este, a lo largo de la frontera de Estigia, quemando y saqueando a medida que avanzábamos. Nuestra intención era girar hacia el norte en cierto momento y atacar el corazón de Estigia, y encontrarnos con la hueste kothia que se suponía que estaba presionando desde el norte. Entonces llegó la noticia de que nos habían traicionado. Koth había firmado una paz separada con los estigios. Un ejército de Estigia se dirigía hacia el sur para interceptarnos y había otro preparado para aislarnos de la costa.**

**»El príncipe Zapayo, desesperado, concibió la loca idea de marchar hacia el este, con la esperanza de bordear la frontera de Estigia y llegar a la parte oriental de Shem. Pero el ejército del norte nos alcanzó. Nos volvimos y luchamos. Combatimos todo el día, y los hicimos retroceder hacia su campamento. Pero al día siguiente el ejército perseguidor llegó desde el oeste, y aplastado entre ambas huestes, nuestro ejército dejó de existir. Se nos quebró y destruyó. Quedábamos muy pocos; cuando cayó la noche escapé con mi camarada, un cimerio llamado Conan, un hombre salvaje con la fuerza de un toro.**

**»Cabalgamos hacia el sur, hacia el desierto, porque no había otra dirección en**

la que pudiéramos ir. Conan me dijo que ya había estado en esta parte del mundo, y creía que tendríamos una oportunidad de sobrevivir. Muy al sur encontramos un oasis, pero los jinetes de Estigia nos acosaron, así que seguimos huyendo de oasis en oasis, hambrientos y sedientos, y nos adentramos en una tierra desconocida y estéril de arena ardiente y vacía. Cabalgamos hasta que nuestros caballos casi no pudieron más; estábamos medio delirantes. Una noche vimos fuegos, y cabalgamos hacia ellos llevados por la desesperación, arriesgándonos a hacer amistad con quien hubiese allí. En cuanto nos pusimos a tiro, nos recibió una lluvia de flechas. Alcanzaron el caballo de Conan, que se encabritó y tiró a su jinete. Su cuello debió de partirse como una rama, pues se quedó inmóvil. De algún modo me las apañé para escapar en la oscuridad, aunque mi caballo murió bajo mis piernas. Vi de forma fugaz a los atacantes: hombres altos, delgados y morenos, que vestían extrañas ropas bárbaras.

»Vagué a pie por el desierto y me encontré con los tres buitres que viste ayer. Eran chacales; ganatas, miembros de una tribu de ladrones, de sangre mixta: negra y Mitra sabe qué más. La única razón por la que no me asesinaron fue porque no tenía nada que desearan. Llevo un mes vagando y robando con ellos, porque no había nada más que pudiera hacer.

—No sabía cómo era el mundo —murmuró ella con voz débil—. Se hablaba de guerras y crueldad, pero parecía un sueño y algo lejano. Oírte hablar de traiciones y batallas casi ha sido como si lo viese.

—¿Nunca han llegado enemigos a Gazal?

Ella meneó la cabeza.

—Los hombres cabalgan lejos de Gazal. A veces he visto puntos negros moviéndose en fila a lo largo del horizonte, y los viejos dijeron que eran ejércitos yendo a la guerra, pero nunca se han acercado a Gazal.

Amalric sintió una punzada de inquietud. Aquel desierto, aparentemente vacío de vida, era el hogar de las tribus más feroces de la tierra: los ganatas, hacia el este; los tibu enmascarados, que le habían dicho que habitaban al sur, y en algún lugar del suroeste se encontraba el imperio semimítico de Tombalku, gobernado por una raza salvaje y bárbara. Era extraño que una ciudad en medio de aquella tierra salvaje estuviese tan aislada que uno de sus habitantes no conociera siquiera el significado de la guerra.

Cuando volvió la mirada lo asaltaron pensamientos extraños. ¿Deliraba la chica a causa del sol? ¿Era un demonio en forma de mujer que había salido del desierto para atraerlo a un críptico destino? Una mirada a la niña que se aferraba a al elevado arzón de la silla de montar fue suficiente para disipar estas cavilaciones. Pero la duda lo asaltó de nuevo. ¿Estaba embrujado? ¿Lo había hechizado?

Avanzaron con paso firme hacia el oeste, deteniéndose solo para comer algunos dátiles y beber agua al mediodía. Amalric construyó un frágil refugio con la espada, la vaina y las mantas de la montura para protegerla del sol abrasador. Cansada y rígida por los movimientos del camello, tuvo que bajarla en brazos. Al notar de nuevo la voluptuosa dulzura del suave cuerpo, sintió que un cálido latido de pasión lo atravesaba de parte a parte. Se quedó inmóvil un instante, embriagado por su cercanía, antes de depositarla a la sombra de la improvisada tienda.

Lo irritaba un poco la mirada limpia con la que ella respondía la suya, la docilidad con la que entregaba su joven cuerpo a sus manos. Era como si no fuera

consciente de las cosas que podrían perjudicarla; su inocente confianza lo avergonzaba y hacía brotar en él una ira impotente.

Apenas saboreó los dátiles mientras comían; los ojos, ardientes, no se apartaban de ella, y bebían con avidez cada detalle de su cuerpo joven y ágil. Ella parecía tan ajena a su atención como un niño. Se estremeció cuando la levantó para colocarla de nuevo en el camello y le echó instintivamente los brazos al cuello. La subió a la montura y reanudaron el viaje.

Estaba a punto de anochecer cuando Lissa señaló y gritó:

—¡Mira! Las torres de Gazal.

Las vio justo al borde del desierto: agujas y minaretes que se alzaban en un conjunto de color jade contra el cielo azul. De no haber sido por la muchacha, habría creído que se trataba de la ciudad fantasma de un espejismo. Miró a Lissa con curiosidad; no mostraba signos de alegría por volver a casa. Suspiró y abatió los delgados hombros.

A medida que se acercaban, los detalles se volvieron más nítidos. La muralla que rodeaba las torres surgía de las arenas del desierto, y Amalric vio que el muro se estaba desmoronando en muchas partes. También notó que las torres estaban muy deterioradas. Los tejados se hundían, las almenas rotas se abrían, las agujas se inclinaban borrachas. El pánico lo asaltó. ¿Cabalgaba hacia una ciudad de los muertos guiado por un vampiro? Una rápida mirada a la chica lo tranquilizó. Ningún demonio podía acechar bajo aquel exterior divinamente moldeado. Ella lo miró con una extraña interrogación nostálgica en los profundos ojos, se volvió hacia el desierto, indecisa, y encaró la ciudad con un profundo suspiro, como si estuviera atenazada por una desesperación sutil y fatalista.

A través de las brechas de la muralla de jade, Amalric vio figuras que circulaban por la ciudad. Nadie los saludó cuando atravesaron una enorme fisura y salieron a una amplia calle. La decadencia, siluetada por la luz moribunda del sol, era más evidente a aquella distancia. La hierba crecía en las calles, empujaba el pavimento destrozado y asomaba en las pequeñas plazas. Calles y patios estaban llenos de escombros de mampostería y piedras caídas.

Las cúpulas se veían agrietadas y descoloridas. Los pórticos carecían de puertas. La decrepitud posaba la mano en todas partes.

Amalric divisó en ese momento una aguja intacta; una brillante torre cilíndrica roja que se alzaba en el extremo sureste de la ciudad. Brillaba entre las ruinas.

La señaló.

—¿Por qué esa torre está menos en ruinas que las demás? —preguntó.

Lissa se puso pálida, se echó a temblar y le cogió la mano convulsivamente.

—¡No hables de ello! —susurró—. ¡No mires hacia ella, ni siquiera pienses en ella!

Amalric frunció el ceño; lo que implicaban sus palabras hizo que, de algún modo, la misteriosa torre cambiase de aspecto. Ahora parecía la cabeza de una serpiente alzándose entre ruinas y desolación.

El joven aquilonio miró con recelo a su alrededor. No las tenía todas consigo, ni forma de saber si la gente de Gazal lo recibiría amistosamente. Vio que todos se movían con parsimonia por las calles. Se detenían y lo miraban con fijeza, lo que por alguna razón hizo que se le pusiera la carne de gallina. Eran gente de rasgos

amables y mirada apacible. Su interés parecía leve, vago e impersonal. No hicieron ningún movimiento para acercarse a él o hablarle. Actuaban como si fuese lo más normal del mundo que un jinete armado entrara a caballo en la ciudad desde el desierto; pero Amalric sabía que no era así, y el modo indiferente con el que la gente de Gazal lo recibió le causó una débil inquietud en el pecho.

Lissa se dirigió a ellos señalando a Amalric, cuya mano levantó como un niño cariñoso.

—Este es Amalric de Aquilonia, que me rescató de los negros y me ha traído a casa.

Un cortés murmullo de bienvenida surgió de la gente, y varios se acercaron y le tendieron la mano. Amalric pensó que nunca había visto rostros tan distraídos y amables; sus ojos eran suaves y apacibles, sin miedo y sin asombro. No eran los ojos de bueyes estúpidos, sino más bien los de personas sumidas en ensoñaciones.

La forma en que lo miraban le producía una sensación de irrealidad; casi no entendía lo que le decían. Su mente estaba desorientada por la extrañeza de todo aquello y por aquella gente tranquila y soñadora con túnicas de seda y delicadas sandalias, que se movía sin rumbo y de forma vaga entre las ruinas descoloridas. ¿Un paraíso de la ilusión fruto del loto? El pensamiento de la siniestra torre bermeja tañó una nota discordante.

Uno de los hombres, con el rostro terso y sin arrugas, pero con el pelo plateado, decía:

—¿Aquilonia? Nos dijeron que hubo una invasión por parte del rey Bragorus de Nemedia. ¿Cómo fue la guerra?

—Lo hicieron retroceder —respondió Amalric sin más, mientras contenía un escalofrío. Habían pasado novecientos años desde que Bragorus había llevado a sus lanceros contra Aquilonia.

Su interlocutor no insistió; la gente se alejó, y Lissa le tiró de la mano. Se volvió; le bastó mirarla para animarse. Su cuerpo suave y firme ancló sus conjeturas errantes. No era un sueño, era real, y su cuerpo, dulce y tangible como la leche y la miel.

—Venga, descansemos y comamos.

—¿Y tu gente? —objetó—. ¿No vas a contarles lo que te ha pasado?

—Solo me prestarían atención al principio —respondió ella—. Se quedarían un rato y se irían enseguida. Casi no se han dado cuenta de que me fui. ¡Vamos!

Amalric condujo el caballo y el camello a un patio cerrado donde crecía la hierba y el agua se filtraba de una fuente rota a un abrevadero de mármol. Los ató y luego siguió a Lissa. Ella lo llevó de la mano a través del patio hasta una puerta en arco. Había caído la noche y en el espacio abierto sobre el patio se arracimaban las estrellas y se veía el contorno irregular de los pináculos. Lissa atravesó varias cámaras oscuras con la seguridad que daba una larga práctica. Amalric la siguió a tientas, guiado por su pequeña mano. No le pareció una aventura agradable. El olor a polvo y podredumbre flotaba en la espesa oscuridad; sentía baldosas rotas bajo los pies y, de vez en cuando, alguna alfombra desgastada. Su mano libre tocó los arcos de las puertas. Vio brillar las estrellas a través de un techo roto; su luz le mostró un tenue pasillo sinuoso, de cuyas paredes colgaban tapices podridos. Crujían bajo una brisa tenue con un sonido burbujeante como el susurro de las brujas, lo que le puso de nuevo la piel de gallina.

Entraron en una cámara escasamente iluminada por las estrellas que se colaban por las ventanas abiertas, y Lissa le soltó la mano, tanteó un instante y

produjo una luz apagada de algún tipo. Era un pomo de cristal que brillaba con un resplandor dorado. Lo colocó sobre una mesa de mármol y le indicó a Amalric que se recostara en un sillón cubierto de sedas. Buscando a tientas en algún misterioso recoveco, sacó una vasija de oro con vino y otras que contenían alimentos desconocidos para Amalric. Había dátiles, pero no reconoció el resto de la comida, pálida e insípida para su gusto. El vino era agradable al paladar, pero no más embriagador que el agua de fregar.

Sentada en un asiento de mármol frente a él, Lissa mordisqueaba con delicadeza.

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó él—. Eres como esta gente, pero de algún modo extraño, no lo eres.

—Dicen que soy como eran nuestros antepasados —respondió Lissa—. Vinieron al desierto hace mucho tiempo y construyeron esta ciudad sobre un gran oasis que, en realidad, eran varios manantiales. Para erigirla usaron la piedra que encontraron en las ruinas de una ciudad mucho más antigua. —Bajó la voz y volvió la vista, nerviosa, hacia las ventanas que enmarcaban las estrellas—. Excepto la Torre Bermeja, que estaba en pie. Y vacía..., al menos entonces.

»Nuestros antepasados venían del sur de Koth y recibían el nombre de gazili. Se los conocía por su erudición académica. Intentaban revivir el culto a Mitra, que los kothios habían abandonado hacía tiempo, y el rey los envió al exilio. Se fueron al sur, muchos de ellos sacerdotes, eruditos, profesores, científicos, con sus esclavos shemitas.

»Erigieron Gazal en el desierto; pero los esclavos se rebelaron poco después de que se construyese la ciudad, y tras huir, se mezclaron con las tribus salvajes del desierto. Nadie los maltrató; una noche oyeron algo que los hizo huir enloquecidos de la ciudad hacia el desierto.

»Mi pueblo se quedó y aprendió a fabricar sustento y bebida con los materiales que tenía a mano. Descubrieron verdaderas maravillas. Cuando los esclavos huyeron, se llevaron con ellos todos los camellos, caballos y burros de la ciudad y nos dejaron sin comunicación con el mundo exterior. Hay cámaras enteras en Gazal llenas de mapas, libros y crónicas, pero todas tienen al menos novecientos años de antigüedad, que es cuando mi pueblo dejó Koth. Desde entonces, nadie del mundo exterior ha pisado Gazal. Y mi gente se está desvaneciendo poco a poco. Se han vuelto tan soñadores e introspectivos que no tienen ni pasiones ni ambiciones humanas. La ciudad cae en ruinas y nadie mueve una mano para repararla. El horror... —Se atragantó y se estremeció—. Cuando llegó el horror, no pudieron ni huir ni luchar.

—¿Qué quieres decir? —susurró Amalric, que sintió un escalofrío en la espalda. El crujido de los tapices podridos que colgaban en negros pasillos sin nombre despertó un temor abotargado en su alma.

Ella negó con la cabeza; se levantó, rodeó la mesa de mármol y le puso las manos en los hombros. Sus ojos estaban húmedos y brillaban de horror y de un anhelo desesperado que le causó un nudo en la garganta. Instintivamente rodeó con el brazo la esbelta figura y la sintió temblar.

—¡Abrázame! —suplicó ella—. ¡Tengo miedo! Oh, he soñado con un hombre como tú. No soy como los míos, muertos en vida que recorren calles olvidadas. ¡Estoy viva! Soy cálida y siento. Tengo hambre y sed y anhelo de vida. No puedo soportar las calles silenciosas y los salones en ruinas y la gente sombría de Gazal, aunque nunca haya conocido otra cosa. Por eso me escapé: anhelaba la vida.

Sollozaba incontroladamente en sus brazos y el pelo se desparramaba sobre el rostro de Amalric. Su cuerpo firme se tensaba contra el suyo. Estaba de las rodillas, con los brazos rodeándole el cuello. La apretó contra el pecho y aplastó con los labios los de la muchacha. Bañó en besos ardientes ojos, labios, mejillas, pelo, garganta, pechos, hasta que los sollozos de la joven se convirtieron en jadeos. Su pasión no era la rabia de un violador, y la que dormía en ella despertó en una oleada abrumadora. La bola de oro brillante, golpeada a tientas por sus dedos, cayó al suelo y se apagó. Solo la luz de las estrellas brillaba a través de las ventanas.

Tumbada en los brazos de Amalric en el sofá de seda, Lissa abrió su corazón y susurró sus sueños y esperanzas y aspiraciones, infantiles, patéticas, terribles.

—Te llevaré lejos —murmuró él—. Mañana. Tienes razón. Gazal es una ciudad de muertos; buscaremos la vida y el mundo exterior. Es violento, áspero, cruel; pero mejor eso que esta muerte en vida...

La noche se rompió con un grito estremecedor de agonía, horror y desesperación. Su timbre provocó un sudor frío en la piel de Amalric. Se levantó del sofá, pero Lissa se aferró a él con fuerza.

—¡No, no! —suplicó en un susurro frenético—. ¡No te vayas! Quédate.

—Pero están asesinando a alguien —exclamó, mientras buscaba a tientas la espada. Los gritos parecían venir del otro lado del patio. Se mezclaba con ellos un sonido indescriptible de desgarro. Se oían cada vez más débiles, insoportables en su desesperada agonía; al cabo se hundieron en el silencio tras en un largo y estremecedor sollozo—. ¡He oído gritar así a hombres que morían en el potro! —murmuró Amalric, temblando de horror—. ¿Qué obra del diablo es esta?

Lissa temblaba en un frenesí de terror. Sintió el salvaje latido de su corazón.

—¡Es el Horror del que te hablé! —susurró—. El Horror que habita en la Torre Bermeja. Vino hace tiempo; hay quien dice que habitó allí en los años perdidos y que volvió tras la construcción de Gazal. Devora a los seres humanos. Los murciélagos vuelan desde la torre. Nadie sabe lo que es, ya que nadie lo ha visto ni ha vivido para contarlo. Es un dios o un demonio. Por eso los esclavos huyeron; por eso la gente del desierto evita a Gazal. Muchos de los míos se han adentrado en su horrible vientre. Con el tiempo todos se habrán ido, y gobernará una ciudad vacía, como dicen que gobernó las ruinas sobre las que se construyó Gazal.

—¿Por qué se ha quedado la gente para que los devoren?

—No sé —gimió ella—. Sueñan...

—Hipnosis —murmuró Amalric—. Hipnosis potenciada por la decadencia. Lo vi en sus ojos. Este demonio los tiene hipnotizados. Mitra, ¡qué asqueroso secreto!

Lissa apretó la cara contra su pecho y se aferró a él.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó inquieto.

—Nada —musitó ella—. Tu espada sería inútil. Tal vez no nos haga daño. Se ha cobrado una víctima esta noche. Debemos esperar como ovejas al matarife.

—¡Que me cuelguen si lo hago! —exclamó Amalric, furioso—. No esperaremos a la mañana. Nos vamos esta noche. Haz un paquete con comida y bebida. Cogeré el caballo y el camello y los llevaré al patio. Reúnete allí conmigo.

El monstruo desconocido ya había atacado, así a Amalric le pareció que sería seguro dejar a la muchacha sola unos minutos. Pero se le erizó la piel mientras avanzaba a tientas por el sinuoso corredor y recorría las negras cámaras donde susurraban los tapices oscilantes. Encontró a las bestias, nerviosas y acurrucadas en el patio donde las había dejado. El semental relinchaba ansioso y lo acarició

con el hocico, como si percibiera el peligro en medio de la noche.

Ensilló y embridó y se apresuró a llevarlos a través de la estrecha abertura hacia la calle. Unos minutos más tarde se encontraba en el patio iluminado por las estrellas. Cuando llegó, un horrible grito que resonó estremecedor en el aire lo dejó paralizado. Procedía de la habitación donde había dejado a Lissa.

Respondió al grito lastimero con un aullido salvaje, desenvainó la espada y se precipitó a través del patio, lanzándose por la ventana. La bola dorada volvía a brillar, esculpiendo negras sombras que se encogían en los rincones. Las sedas estaban esparcidas por el suelo. El asiento de mármol se veía volcado. Pero la sala estaba vacía.

Una debilidad enfermiza se apoderó de Amalric y se tambaleó contra la mesa de mármol; sintió que se le nublaba la vista bajo aquella luz tenue. De pronto se vio arrastrado por una rabia loca. ¡La Torre Bermeja! El demonio llevaría allí a su víctima.

Volvió a cruzar el patio, salió las calles y corrió hacia la torre, que brillaba con una luz impía bajo las estrellas. Las calles no eran rectas; atravesó edificios negros y silenciosos y cruzó patios en los que el viento nocturno mecía la hierba.

Frente a él, esparcidas alrededor de la torre carmesí, se alzaban varias ruinas; allí la decadencia se había cebado con más ansia que en el resto de la ciudad. Nadie vivía entre ellas. Se tambaleaban y caían sobre la masa desmoronada de mampostería temblorosa, con la Torre Bermeja alzándose entre ellas como una flor roja y venenosa en un osario.

Para llegar a la torre tendría que atravesar las ruinas. Se adentró en la negra masa sin pensar, buscando a tientas una puerta. Encontró una y entró, la espada siempre por delante. Vio algo que parecía salido de un sueño, un largo corredor que se extendía ante él, iluminado por un resplandor débil y profano, con las negras paredes decoradas con extraños e inquietantes tapices. A lo lejos vio una figura que se alejaba; blanca, desnuda y encorvada, se tambaleaba arrastrando algo cuya visión lo llenó de horror y le causó sudores fríos. La aparición desapareció de su vista, y con ella el espeluznante resplandor. Estaba solo en medio de aquella oscuridad silenciosa, incapaz de ver ni oír nada; solo podía pensar en una figura blanca encorvada que arrastraba a un ser humano inerte por un largo pasillo negro.

Mientras avanzaba a tientas, un vago recuerdo se agitó en su mente, el de una espeluznante historia que le habían susurrado a la vera de un fuego moribundo en la cabaña llena de calaveras de un brujo negro, la historia de un dios que habitaba en una casa carmesí en una ciudad en ruinas y que era adorado por oscuras sectas en selvas sofocantes y ríos tenebrosos. También recordó un encantamiento susurrado en su oído en tonos asombrados y estremecedores, mientras la noche contenía el aliento, los leones dejaban de rugir en la orilla del río y las ramas renunciaban a chocar unas con otras.

«Ollam-onga», susurró un viento oscuro por el pasillo sin vista. «Ollam-onga», susurró el polvo que se posaba bajo sus sigilosos pies. El sudor frío le erizó el vello y la espada le tembló en la mano. Estaba la casa de un dios, y el miedo lo aferraba con dedos descarnados. La casa de un dios; el horror de la frase llenó su mente. Miedos ancestrales se agolparon sobre él, temores más antiguos que sus antepasados, más aún que la memoria primordial de su especie; un horror cósmico e inhumano que lo llenó de vértigo. Su frágil humanidad apenas logró resistir la idea de que el edificio en tinieblas que atravesaba era la morada de un dios.

A su alrededor brillaba un resplandor tan tenue que apenas era perceptible; supo que se acercaba a la torre. Cruzó a tientas una puerta en arco y tropezó con unos escalones extrañamente espaciados. Mientras ascendía lo invadió esa furia ciega que es la última defensa de la humanidad contra lo diabólico y las fuerzas hostiles del universo, y logró apaciguar el miedo. Febril, empujado por un terrible afán, siguió subiendo a través de aquella oscuridad espesa y malsana hasta que llegó a una cámara iluminada por un extraño resplandor.

Ante él se encontraba una figura blanca y desnuda. Amalric se detuvo, con la lengua pegada al paladar. Era un hombre blanco desnudo quien lo miraba, con los poderosos brazos cruzados sobre el pecho de alabastro. Los rasgos eran clásicos, tallados con delicadeza y de una belleza sobrehumana. Pero los ojos eran bolas de fuego luminoso, como nunca habían mirado desde una cabeza humana. En esos ojos Amalric vislumbró los fuegos helados de los infiernos extremos, acariciados por sombras terribles.

Con un terrible esfuerzo, el aquilonio rompió los lazos del silencio y pronunció un conjuro críptico y espeluznante. Cuando las espantosas palabras cortaron el silencio, el gigante blanco se detuvo, paralizado, y sus contornos ganaron claridad y nitidez contra el fondo dorado.

—¡Cae, maldita sea! —gritó Amalric, histérico—. ¡Te he atado a la forma humana! ¡El mago negro dijo la verdad! ¡Fue la palabra maestra que me dio! Cae, Ollam-onga. ¡Hasta que rompas el hechizo y te des un festín con mi corazón, no eres más que un hombre, como yo!

Con un rugido que sonó como la ráfaga de un viento negro, la criatura cargó. Amalric esquivó el zarpazo de aquellas manos más fuertes que un torbellino. Un dedo con garras, extendido y atrapado en la túnica, le arrancó la prenda como un trapo podrido mientras el monstruo se abalanzaba sobre él. Pero Amalric, los nervios a flor de piel por el horror de la lucha, giró de forma vertiginosa y clavó la espada en la espalda de la criatura, hasta que la punta sobresalió por el ancho pecho.

Un diabólico aullido de agonía sacudió la torre; el monstruo se giró y se abalanzó sobre Amalric, pero el joven se apartó de un salto y subió corriendo las escaleras hasta el estrado. Allí giró y, tras agarrar un asiento de mármol, lo arrojó sobre el horror que subía la escalera. El enorme proyectil golpeó de lleno en el rostro, arrastrando al demonio escaleras abajo. Se levantó chorreando sangre, un espectáculo horrible, y trató de nuevo de subir las escaleras. Desesperado, Amalric levantó un banco de jade, cuyo peso le arrancó un gemido de esfuerzo, y lo lanzó.

Bajo el impacto de la masa que se precipitaba, Ollam-onga cayó por la escalera y quedó tendido entre los fragmentos de mármol, que se mancharon con su sangre. Con un último y desesperado esfuerzo, se alzó sobre las manos con los ojos vidriosos y, echando hacia atrás la cabeza ensangrentada, lanzó un grito espantoso. Amalric se estremeció y retrocedió ante el horror abismal de aquel grito. Que obtuvo respuesta. Desde algún lugar del aire sobre la torre, un débil revoltijo de aullidos diabólicos resonó como un eco. Luego la figura blanca y destrozada se desvaneció entre los fragmentos manchados de sangre y Amalric comprendió que uno de los dioses de Kush ya no existía. El pensamiento le produjo un horror ciego e irracional.

Rodeado por una niebla de terror se precipitó por la escalera, encogiéndose ante lo que yacía en el suelo. La noche parecía gritar contra él, horrorizada por el sacrilegio. La razón, exultante por su triunfo, se sumergió en un torrente de miedo

cósmico.

Al poner llegar al pie de la escalera se detuvo en seco. Lissa se acercaba a él desde la oscuridad, con los brazos blancos extendidos y los ojos llenos de horror.

—¡Amalric!

Era un grito inquietante. La aplastó entre sus brazos.

—Lo vi —gimió ella—. Arrastraba a un hombre muerto por el pasillo. Grité y hui; luego, cuando regresé, te oí gritar, y supe que habías ido a buscarme a la Torre Bermeja.

—Y has venido a compartir mi destino.

Su voz era casi inarticulada. Cuando ella trató de mirar con temblorosa fascinación más allá de él, le cubrió los ojos con las manos y la hizo girar. Era mejor que no viera lo que había en el suelo carmesí. Mientras la guiaba y la llevaba a cuestas por las escaleras sombrías, una mirada hacia atrás le mostró que ya no yacía ninguna figura blanca y desnuda entre el mármol roto. El encantamiento había unido a Ollam-onga a su forma humana en vida, pero no en la muerte. La ceguera asaltó por un instante a Amalric; impulsado por una prisa frenética, hizo descender a Lissa por las escaleras y atravesó las oscuras ruinas.

No aflojó el paso hasta que llegaron a la calle donde el camello y el semental se acurrucaban el uno contra el otro. Subió a la muchacha a toda prisa al camello y montó en el semental. Agarró la cuerda de guía con fuerza y se lanzó hacia la brecha en la pared. Unos minutos después respiró con fuerza. El aire libre del desierto le refrescaba la sangre y ya no sentía la peste de la decadencia y aquella terrible antigüedad.

Había un odre de agua colgado del arzón. No tenían comida, y había dejado la espada en la cámara de la Torre Bermeja roja. No se había atrevido a tocarla. Se enfrentaban al desierto desarmados y sin comida, pero el peligro parecía menos sombrío que el horror de la ciudad que dejaban detrás.

Cabalgaban en silencio, hacia el sur; Amalric estaba convencido de que en esa dirección encontraría un pozo. Mientras coronaban una duna miraron hacia atrás, hacia Gazal, irreal en la luz rosada del amanecer. Amalric se puso rígido y Lissa lanzó un grito. De una brecha en la muralla salían siete jinetes; sus corceles eran negros, y los jinetes iban cubiertos de negro de pies a cabeza. No habían visto caballos en Gazal. El horror se apoderó de Amalric y, volviéndose, instó a sus monturas a seguir adelante.

El sol se alzó, primero rojo y luego dorado, para convertirse a continuación en una bola de llamas blancas. Los fugitivos siguieron avanzando, tambaleándose por el calor y la fatiga, cegados por el resplandor. De vez en cuando se humedecían los labios con agua. Tras ellos, a un ritmo uniforme, cabalgaban siete puntos negros. La tarde comenzaba a caer, y el sol se enrojecía y avanzaba hacia el borde del desierto. Una mano fría oprimió el corazón de Amalric; los jinetes estaban más cerca. A medida que la oscuridad se hacía presente, también los jinetes negros. Amalric miró a Lissa y soltó un gemido. El semental tropezó y cayó. El sol se había ocultado, y una sombra en forma de murciélago se tragó la luna. En aquella completa oscuridad, las estrellas brillaban en rojo, y tras él podía oír un ruido creciente, como el de un viento que se acercaba. Un grupo negro y veloz se recortaba contra la noche, en la que brillaban chispas de una luz espantosa.

—¡Cabalga, muchacha! —gritó desesperado—. Vamos... sálvate. ¡Es a mí a

quien quieren!

Por toda respuesta, ella se bajó del camello y lo abrazó.

—¡Moriré contigo!

Siete formas negras se recortaban contra las estrellas, veloces como el viento. Bajo las capuchas brillaban bolas de fuego maligno; los huesos de las mandíbulas parecían chocar entre sí.

De pronto un caballo pasó junto a Amalric, un bulto vago en la oscuridad antinatural. Se oyó el ruido de un impacto cuando el corcel desconocido se estrelló contra las formas que se acercaban. Un caballo gritó frenéticamente y una voz parecida a la de un toro bramó en una lengua extraña. Desde algún lugar de la noche respondió un clamor de gritos.

Se estaba produciendo algún tipo de acción violenta. Los cascos de los caballos zapateaban y repiqueteaban, se oía el impacto de golpes bestiales y la voz estentórea maldecía con vehemencia. La luna salió en aquel momento e iluminó una escena increíble.

Un hombre montado en un caballo gigante giraba, lanzaba tajos y golpeaba a lo que parecía el aire, y desde otra dirección llegaba una horda salvaje de jinetes, con las espadas curvas resplandecientes a la luz de la luna. A lo lejos, sobre la cresta de una colina, siete figuras negras se desvanecían, con los mantos flotando como alas de murciélago.

Amalric se vio rodeado de hombres salvajes que saltaron de sus caballos y se arremolinaron a su alrededor. Brazos desnudos y nervudos lo aprisionaron, y rostros de halcón pardo gruñeron en su dirección. Lissa gritó. Algo hizo a un lado de forma brutal a los atacantes, y el hombre del caballo gigantesco se abrió paso entre la multitud. Se agachó en la silla y miró de cerca a Amalric.

—¡Por todo los diablos! —rugió— ¡Amalric el aquilonio!

—¡Conan! —exclamó Amalric desconcertado—. ¡Conan! ¡Vivo!

—Más que tú, a juzgar por tu aspecto —respondió el otro—. Por Crom, parece que todos los demonios de este desierto te hubieran perseguido durante la noche. ¿Qué eran esas cosas que te daban caza? Cabalgaba alrededor del campamento que mis hombres habían montado para asegurarme de que no había enemigos escondidos, cuando la luna se apagó como una vela y oí ruidos de huida. Galopé hacia los sonidos, y por Crom, me vi de pronto entre esos demonios antes de saber lo que pasaba. Tenía la espada en la mano y les di buen uso. ¡Por Crom, aquellos ojos brillaban como fuego en la oscuridad! Sé que mi filo los mordió, pero cuando salió la luna, desaparecieron como una ráfaga de viento. ¿Eran hombres o demonios?

—Necrófagos enviados desde el infierno. —Amalric se estremeció—. No me preguntes más; hay cosas que no se pueden decir.

Conan no insistió y dio por buenas sus palabras. Las creencias del cimerio incluían a los demonios de la noche, los fantasmas, los duendes y los enanos.

—Muy propio de ti dar con una mujer, aunque estés en un desierto —dijo, mirando a Lissa, que se había arrastrado hasta Amalric y se aferraba a él, mirando con temor las figuras salvajes que los acorralaban—. ¡Vino! —rugió—. ¡Traed unos odres! ¡Tomad! —Agarró un pellejo de los que le ofrecían y lo puso en la mano de Amalric—. Dale un trago a la muchacha y bebe un poco —aconsejó—. Luego montaréis y os llevaremos al campamento. Necesitáis comer, descansar y dormir, me parece a mí.

Trajeron un caballo ricamente enjaezado; algo encabritado, no dejaba de

hacer dar cabriolas. Manos dispuestas ayudaron a Amalric a subir a la silla y le entregaron a la muchacha. Partieron luego hacia el sur, rodeados de los enjutos y pintorescos jinetes morenos medio desnudos. Conan cabalgaba al frente, tarareando una canción de cabalgada de los mercenarios.

—¿Quién es? —susurró Lissa, con los brazos alrededor del cuello de su amante; él la tenía en la silla de montar frente a él.

—Conan, el cimerio —murmuró Amalric—. El hombre con el que vagaba por el desierto tras la derrota de los mercenarios. Estos son los que lo abatieron. Lo dejé tirado bajo sus lanzas, y lo di por muerto. Y ahora me lo encuentro al mando y respetado por ellos.

—Parece terrible —susurró ella.

Él sonrió.

—Nunca has visto a un bárbaro de piel blanca. Es un vagabundo y un saqueador, y un asesino, pero tiene su propio código ético. No creo que tengamos nada que temer de él.

En su corazón no estaba seguro. Podría decirse que su camaradería con Conan había llegado su fin cuando huyó al desierto y dejó al cimerio sin sentido en el suelo. Cierto que no sabía que Conan no estaba muerto. En todo caso, Amalric no las tenía todas consigo. Conan era ferozmente leal a sus compañeros, pero su naturaleza salvaje no veía razón alguna para no saquear el resto del mundo. Vivía de la espada. Y Amalric reprimió un escalofrío al pensar en la posibilidad de que deseara a Lissa.

Tras haber comido y bebido en el campamento de los jinetes, el aquilonio se sentaba junto a una pequeña hoguera frente a la tienda de Conan; Lissa, cubierta con una capa de seda, dormitaba con la cabeza rizada sobre sus rodillas. Frente a él, la luz del fuego jugaba con el rostro de Conan, poblándolo de luces y sombras.

—¿Quiénes son estos? —preguntó el joven aquilonio.

—Los jinetes de Tombalku —respondió el cimerio.

—¡Tombalku! —exclamó Amalric—. ¡Entonces no es un mito!

—¡Para nada! —afirmó Conan—. Cuando mi maldito corcel cayó y me llevó con él quedé sin sentido, y cuando recuperé la conciencia, los demonios me tenían atado de pies y manos. Eso me enfureció, así que rompí algunas de las cuerdas con las que me tenían atado, pero las volvían a atar tan rápido como las rompía; nunca conseguía liberar una mano del todo. Al parecer, para ellos mi fuerza era notable...

Amalric miró a Conan sin hablar. Era alto y ancho como lo había sido Tilután, sin la carne sobrante del negro. Podría haber roto el cuello del ganata con las manos desnudas.

—Decidieron llevarme a su ciudad en lugar de matarme sin más —continuó Conan—. Pensaron que alguien como yo duraría bastante si lo torturaban hasta morir, lo que los mantendría entretenidos. Así que me ataron en un caballo sin montura, y fuimos a Tombalku.

»Hay dos reyes allí. Me llevaron ante ellos: un diablo delgado de piel morena llamado Zehbeh, y un negro grande y gordo que dormitaba en un trono de colmillos de marfil. Hablaban un dialecto que pude entender un poco, ya que era muy parecido al de los mandingos occidentales que habitan en la costa. Zehbeh preguntó a un sacerdote moreno, Daura, qué debía hacer conmigo, y Daura lanzó

unos dados de hueso de oveja y dijo que debía ser desollado vivo ante el altar de Jhil. Todo el mundo aplaudió y eso despertó al rey negro.

»Escupí a Daura y lo maldije con energía, así como a los reyes, y les dije que, si me iban a desollar, por Crom, exigía una buena panzada de vino antes de que empezaran, y los maldije por ladrones y cobardes e hijos de rameras.

»Al oír esto, el rey negro se despertó del todo, se sentó y me miró fijamente, y luego se levantó y gritó: «¡Amra!». Lo reconocí al instante; se trataba de Sakumbe, un suba de la Costa Negra, un gordo aventurero que había conocido bien en los días en que yo era corsario en esa costa. Traficaba con marfil, polvo de oro y esclavos, y habría timado al mismísimo diablo. Al reconocerme, descendió del trono y el rufián negro y maloliente me abrazó con alegría y me desató con sus propias manos. Luego anunció que yo era Amra, el León, su amigo, y que no debía sufrir ningún daño. Se produjo una gran discusión, porque Zehbeh y Daura querían mi piel, pero Sakumbe llamó a gritos a su cazador-brujo, Askia, y este acudió, todo plumas y cascabeles y pieles de serpiente, un brujo de la Costa Negra e hijo del diablo, de eso no me cabe ninguna duda.

»Askia se pavoneó, realizó sus conjuros, y anunció que Sakumbe era el elegido de Ajujo el Oscuro, y toda la gente negra de Tombalku gritó, y Zehbeh cedió.

»Los negros de Tombalku son el verdadero poder. Hace varios siglos, los afaki, una raza shemita, se adentraron en el desierto del sur y establecieron el reino de Tombalku. Se mezclaron con los negros del desierto y el resultado fue una raza marrón de pelo liso, que sigue siendo más blanca que negra. Son la casta dominante en Tombalku, pero están en minoría, y un rey negro puro se sienta siempre en el trono junto al gobernante afaki.

»Los afaki conquistaron a los nómadas del desierto del suroeste y a las tribus negras de las estepas que se encuentran al sur de ellos. Estos jinetes, por ejemplo, son tibu, de sangre mixta estigia y negra.

»Como sea, Sakumbe, con la ayuda de Askia, es el verdadero gobernante de Tombalku. Los afaki adoran a Jhil, pero los negros adoran a Ajujo el Oscuro, y a su parentela. Askia llegó a Tombalku con Sakumbe, y revivió el culto a Ajujo, que estaba en decadencia por culpa de los sacerdotes afaki. Askia derrotó a la hechicería de los afaki con su magia negra, y los negros lo aclamaron como un profeta enviado por los dioses oscuros. El poder de Sakumbe y Askia crece a medida que el Zehbeh y Daura disminuye.

»Dado que era amigo de Sakumbe y Askia había hablado en mi favor, los negros me recibieron con grandes aplausos. Sakumbe hizo envenenar a Kordofo, el general de los jinetes, y me cedió su lugar, lo que alegró a los negros y exasperó a los afaki.

»¡Creo que te gustará Tombalku! ¡Está hecha para que hombres como nosotros la saqueen! Hay media docena de facciones que conspiran e intrigan entre sí; hay peleas continuas en las tabernas y las calles, asesinatos secretos, mutilaciones y ejecuciones. Y hay mujeres, oro, vino... ¡Todo lo que un mercenario puede desear! ¡Y estoy en lo alto del favor y del poder! ¡Por Crom, Amalric, no podrías venir en mejor momento! ¿Qué pasa? No pareces tan entusiasta como te recuerdo en estos asuntos.

—Te pido perdón, Conan —se disculpó Amalric—. No me falta interés, pero el cansancio y la falta de sueño me superan.

Pero no era en el oro, las mujeres y las intrigas en lo que pensaba el aquilonio, sino en la muchacha que dormitaba en su regazo; no había alegría en la

**idea de llevarla a un maremágnum de intrigas y sangre como el que había descrito Conan. Un sutil cambio se había producido en Amalric, casi sin su conocimiento.**

# NOTAS SOBRE AQUILONIA

**La Marca Occidental: situada entre la Marca Bosonia y las tierras salvajes pictas.**

**Provincias: Thandara, Conawaga, Oriskonie, Schohira.**

**Situación política: Oriskonie, Conawaga y Schohira estaban gobernadas por patente real. Cada una estaba bajo la jurisdicción de un barón de los territorios occidentales, que se encuentran justo al este de la Marca Bosonia. Estos barones solo eran responsables ante el rey de Aquilonia y, en teoría, eran dueños de la tierra y recibían un cierto porcentaje de las ganancias. A cambio, suministraban tropas para proteger la frontera contra los pictos, construían fortalezas y ciudades, y nombraban jueces y otros funcionarios.**

**Su poder no era tan absoluto como parecía. Había una especie de tribunal supremo situado en la ciudad más grande de Conawaga, Scanaga, presidido por un juez nombrado directamente por el rey de Aquilonia, y un acusado tenía el privilegio, bajo ciertas circunstancias, de apelar a este tribunal.**

**Thandara era la provincia meridional; Oriskonie, la septentrional y la más escasamente poblada. Conawaga estaba al sur de Oriskonie, y al sur de Conawaga estaba Schohira, la más pequeña de las provincias. Conawaga era la más grande, rica y densamente poblada, y la única en la que los patricios terratenientes se habían asentado en cierta medida.**

**Thandara era la provincia más pionera. Originalmente había sido tan solo una fortaleza con ese nombre en el río Caballo de Guerra, construida por orden directa del rey de Aquilonia, y comandada por tropas reales. Tras la conquista de la provincia de Conajohara por parte de los pictos, los colonos de esta se desplazaron hacia el sur y se asentaron en las proximidades de la fortaleza. Habían ganado sus tierras por la fuerza de las armas, y no necesitaban ni recibieron ninguna patente. No reconocían a ningún barón como señor. Su gobernador era un comandante militar, elegido entre ellos, y su elección era siempre sometida y aprobada por el rey de Aquilonia como una cuestión de forma.**

**Nunca se enviaron tropas a Thandara. Construyeron fortalezas, más bien blocaos, y las gestionaron ellos mismos, formando compañías de cuerpos militares llamados Montaraces. Estaban en guerra incesante con los pictos.**

**Cuando llegó la noticia de que Aquilonia estaba siendo desgarrada por la guerra civil, y que el cimerio Conan estaba luchando por la corona, los habitantes Thandara se declararon instantáneamente a favor de Conan, renunciaron a su lealtad al rey Namedes y enviaron un mensaje pidiendo a Conan que apoyara a su gobernador elegido, lo que el cimerio hizo al instante.**

**Esto enfureció al comandante de un fuerte en las Marcas Bosonias, y se puso al frente de su hueste, dispuesto a asaltar Thandara. Pero los montaraces le salieron al encuentro y le infligieron una salvaje derrota, tras lo cual no hubo más intentos de inmiscuirse en Thandara.**

**La provincia estaba aislada, separada de Schohira por una franja agreste y deshabitada, y detrás de ellos se encontraban la Marca Bosonia, donde la mayoría de la gente era leal al antiguo rey. El barón de Schohira se declaró a favor de**

**Conan, y marchó para unirse a su ejército, pero no ordenó levas en Schohira, donde necesitaban a todos los hombres para vigilar la frontera.**

**En Conawaga había muchos leales al rey, y el barón de Conawaga cabalgó en persona hasta Scandaga y exigió que el pueblo le suministrara una fuerza para ayudar al rey Namedes. Eso llevó a la guerra civil en Conawaga, y el barón planeaba aplastar a todas las demás provincias y gobernarlas todas. Mientras tanto, en Oriskonie, el pueblo había expulsado al gobernador nombrado por su barón y luchaba salvajemente contra los leales al rey que se escondían entre ellos.**

# LOBOS ALLENDE LA FRONTERA
## (borrador 1)

### 1

**Fue el murmullo de un tambor lo que me alertó. Me quedé quieto entre la maleza donde me había refugiado, esforzándome en localizarlo, ya que los sonidos son ilusorios en el bosque profundo. La densa espesura que me rodeaba estaba en completo silencio. Sobre mí, las enredaderas y las zarzas se doblaban formando un espeso dosel, más allá del que se alzaba el arco más alto y sombrío de las ramas de los grandes árboles. Ni una estrella brillaba a través de aquella bóveda de hojas. Las nubes bajas parecían rozar las copas de los árboles. No había luna. La noche era oscura como el odio de una bruja.**

**Mejor para mí. Si no podía ver a mis enemigos, ellos tampoco me verían. Pero el susurro de aquel ominoso tambor atravesaba la noche: ¡Tum! ¡Tum! ¡Tum! Un monotono constante que parecía insinuar espeluznantes secretos. No había confusión posible; el único tambor del mundo que emite ese profundo retumbar, amenazante y hosco, es el tambor de guerra de los pictos, esos salvajes pintados que rondan la espesura más allá de las fronteras de la Marca Occidental.**

**Estaba al otro lado de esa frontera, solo y oculto en un matorral en medio del gran bosque sobre el que esos demonios desnudos han reinado desde los albores del tiempo.**

**Localicé el sonido; venía del suroeste, y me pareció que a no mucha distancia. Me ceñí el cinturón, coloqué el hacha de guerra y el cuchillo en sus fundas de cuentas, encordé el pesado arco y comprobé, tanteando con los dedos en la oscuridad total, que la aljaba de piel de gamo estaba en su sitio en la cadera izquierda. Luego me arrastré desde la espesura y me dirigí con extrema cautela hacia el tambor.**

**No creía que guardase relación conmigo. Si las gentes del bosque me hubieran descubierto, lo habrían anunciado con un repentino cuchillo en mi garganta, no con el batir de un tambor en la distancia. Pero el latido de un tambor de guerra tenía un significado que ningún montaraz podía ignorar. Aquel hosco palpitar era una advertencia y una amenaza, una promesa de perdición para los invasores de piel blanca cuyas cabañas solitarias y claros despejados con hachas amenazaban la soledad inmemorial de la selva. Significaba fuego, muerte y tortura, flechas incendiarias que caían como estrellas fugaces del cielo de medianoche, y el hacha goteante que hacía crujir los cráneos de hombres, mujeres y niños.**

**Me abrí paso con delicadeza entre los poderosos troncos a través de la negrura del bosque nocturno, a veces arrastrándome sobre manos y rodillas, de vez en cuando con el corazón en la garganta cuando una enredadera me rozaba la cara o la mano con la que tanteaba el camino. Aunque en la espesura habitan enormes serpientes que a veces se cuelgan por la cola de las ramas desde lo alto y atrapan así a sus presas, los seres que yo buscaba eran más terribles que cualquier serpiente, y cuanto más fuerte sonaba el tambor con más cautela me desplazaba,**

**casi como si pisara espadas desnudas. No tardé en vislumbrar un destello rojo entre los árboles, y oí un murmullo de voces feroces que se mezclaban con el tañido del tambor.**

**Cualquiera que fuese la extraña ceremonia que se estuviese celebrando bajo los negros árboles era probable que tuvieran puestos de avanzada esparcidos por el lugar, y sabía bien lo silencioso e inmóvil que podía permanecer un picto, fundiéndose con la vegetación natural del bosque incluso en la penumbra, sin que se sospechara de él hasta que su espada atravesase el corazón de su víctima. Se me puso la carne de gallina de solo pensar en toparme en la oscuridad con uno de esos sombríos centinelas; desenfundé el cuchillo y lo mantuve extendido ante mí. Sabía que ni siquiera un picto podría verme en aquella negrura de ramas enmarañadas y cielo cubierto de nubes.**

**La luz danzaba y parpadeaba; tomó la forma de una hoguera ante la cual las siluetas se cruzaban y volvían a cruzarse, como diablos negros contra los fuegos rojos del infierno. Me agaché cerca de un denso matorral de alisos y zarzas y contemplé un claro de paredes negras y las figuras que se movían en él.**

**Había cuarenta o cincuenta pictos, desnudos salvo por los taparrabos y horriblemente pintados, acuclillados en un amplio semicírculo frente al fuego, de espaldas a mí. Por las plumas de halcón de sus espesas melenas negras, supe que eran del clan de los halcones, o Skondaga. En medio del claro había un tosco altar hecho de piedras amontonadas. Me estremecí al verlo. Había visto antes esos altares pictos, carbonizados y manchados de sangre, en claros vacíos y desiertos, aunque nadie sabía exactamente para qué se utilizaban, ni siquiera los más viejos montaraces. Comprendí instintivamente que estaba a punto de presenciar la confirmación de las horribles historias que se contaban sobre ellos y los chamanes emplumados que los usaban.**

**Uno de aquellos demonios bailaba entre el fuego y el altar, una danza lenta y arrastrada que hacía que sus plumas se balancearan y oscilaran a su alrededor, pero no pude distinguir nada de sus rasgos a la incierta luz de las llamas.**

**Entre él y el grupo de guerreros en cuclillas había un hombre que se diferenciaba tanto de los demás que era evidente que no era un picto. Estos son un raza achaparrada y aquel hombre era tan alto como yo y su piel era clara a la luz caprichosa de la hoguera. Pero vestía un taparrabos de piel de ciervo y mocasines, y tenía una pluma de halcón en el pelo, por lo que supe que debía de tratarse de un socandaga, uno de esos salvajes blancos que habitan en pequeños clanes en el gran bosque, generalmente en guerra con los pictos, pero a veces en paz. Los pictos son también una raza blanca, en el sentido de que no son negros ni morenos ni amarillos, aunque tienen los ojos y el pelo negros y la piel oscura, y ni a ellos ni a los socandagas los llaman «blancos» los habitantes de La Marca Occidental, que solo designan así a alguien de sangre hibórea.**

**Mientras observaba, vi que tres pictos arrastraban a un hombre hacia el anillo de luz del fuego. Se trataba de otro picto, desnudo y manchado de sangre, al que arrojaron sobre el altar, atado de pies y manos.**

**El chamán se puso a bailar de nuevo, tejiendo intrincadas pautas alrededor del altar y del hombre que estaba sobre él, y el guerrero que tocaba el tambor pareció entrar en frenesí. En ese momento, desde una rama que sobresalía del claro, cayó una de esas grandes serpientes de las que hablaba antes. La luz del fuego se reflejaba en sus escamas mientras se retorcía hacia el altar, los ojos relucientes, la lengua bífida saliendo y volviendo a entrar en la boca. Los**

guerreros no mostraron ningún temor, aunque pasó a pocos metros de algunos de ellos, lo cual era extraño, porque esas serpientes son lo único que temen los pictos.

El monstruo alzó la cabeza sobre el cuello arqueado por encima del altar y encaró la mirada del chamán a través del cuerpo tembloroso del prisionero. El chamán bailó retorciendo cuerpo y brazos sin apenas mover los pies, y mientras bailaba, la gran serpiente empezó a danzar a su vez, girando y balanceándose como si estuviera hipnotizada. De pronto se elevó aún más y comenzó a rodear el altar y al hombre que estaba sobre él, cuyo cuerpo quedó oculto por los brillantes pliegues; solo se veía su cabeza y la gran cabeza de la serpiente que se balanceaba cerca de ella.

El chamán gritó con fuerza y arrojó algo sobre el fuego, y una gran nube verde de humo se elevó y enroscó alrededor del altar, de modo que ocultó a la pareja sobre él. Vi que algo se retorcía y cambiaba de forma horrible en medio de la nube y por un momento no pude distinguir cuál era la serpiente y cuál el hombre. Un suspiro estremecedor recorrió a los pictos reunidos como un viento que gime entre ramas nocturnas.

El humo se disipó y hombre y serpiente quedaron tendidos sobre el altar, y pensé que ambos estaban muertos. Pero el chamán los sacó de las piedras y los dejó caer sin fuerzas sobre la tierra, y cortó las correas de cuero crudo que ataban al hombre, y comenzó a bailar y a cantar a su alrededor.

El hombre se movió, pero no se levantó. Su cabeza se balanceaba de un lado a otro, y vi su lengua salir y entrar de nuevo. Y a Mitra pongo por testigo de que empezó a alejarse del fuego arrastrándose sobre el vientre, como haría una gran serpiente.

La serpiente se sacudió de repente con convulsiones y arqueó el cuello y se levantó casi en toda su longitud y cayó hacia atrás. Lo intentó una y otra vez, como un hombre que tratase de levantarse y ponerse de pie y caminar erguido tras de haber sido privado de sus miembros.

Los salvajes aullidos de los pictos sacudieron la noche. Me mareé cuando me agaché entre los arbustos y luché contra las arcadas. Había oído hablar de aquella espantosa ceremonia. El chamán había transferido el alma de un enemigo capturado a una serpiente, para que su enemigo habitara el cuerpo de una serpiente durante su próxima reencarnación.

Así se retorcieron y agonizaron uno al lado del otro, hombre y serpiente, hasta que una espada relampagueó en la mano del chamán y ambas cabezas cayeron juntas. Y por los dioses que era el tronco de la serpiente el que se estremeció y sacudió para luego quedarse quieto, y el cuerpo del hombre el que se revolvía y anudaba y se agitaba como una serpiente decapitada.

El chamán se levantó de un salto y se enfrentó al grupo de guerreros, levantó la cabeza y aulló como un lobo; la luz del fuego iluminó su rostro y lo reconocí. En ese momento, todo pensamiento de peligro personal se desvaneció, y volví a recordar mi misión. Porque aquel chamán era el viejo Garogh de los Halcones, que había quemado vivo a mi amigo Jon hijo de Galter.

En la lujuria de mi odio actué casi por instinto. Alcé el arco, tendí una flecha y la solté, todo en un instante. La luz de la hoguera era incierta, pero no estaban lejos y los habitantes de la Marca Occidental vivimos del tañido del arco. El chamán se movió justo cuando solté la flecha; lanzó un aullido gatuno y retrocedió, y sus guerreros gritaron a su vez de asombro al ver el asta que vibraba

de repente en el hombro de Garogh. El alto guerrero de piel clara se giró y, Mitra, ¡era un hombre blanco!

La horrible conmoción de aquella sorpresa me mantuvo paralizado por un momento, y casi acabó conmigo. Porque los pictos se levantaron al instante y se lanzaron hacia el bosque como panteras, con una idea aproximada del lugar del que había partido la flecha, aunque no del sitio concreto. Salí del hechizo de asombro y horror, me incorporé de un salto y me alejé corriendo, agachándome y esquivando entre los árboles, que evitaba más por instinto que por otra cosa, pues estaba más oscuro que nunca. Sabía que los pictos no podían seguir mi rastro en la oscuridad, y cazarían tan a ciegas como yo huía.

Me dirigí hacia el sur, y oí tras de mí un horrible aullido, cuya furia sanguinaria era suficiente para helar la sangre de un montaraz. Supuse que habían arrancado la flecha del hombro del chamán y habían descubierto que era de un hombre blanco.

Seguí huyendo, con el corazón palpitando de miedo y excitación, y del horror de la pesadilla que había presenciado. El hecho de que un hombre blanco, un hibóreo, se presentara allí como un invitado bienvenido y sin duda honrado era tan monstruoso que me preguntaba si en realidad no habría sido una pesadilla. Porque nunca un hombre blanco había observado una ceremonia picta, salvo como prisionero o espía, como era mi caso. No sabía qué terribles eventos presagiaba aquello, pero la idea me estremecía con presentimientos horripilantes.

A causa de mi horror fui más descuidado de lo que acostumbro, sacrifiqué el sigilo a la velocidad y tropecé de vez en cuando con un árbol que podría haber evitado si hubiera tenido más cuidado. Supongo que fue el ruido de este tropiezo lo que hizo que el picto siguiera mi rastro, pues no podría haberme visto ni a mí ni a mis huellas en aquella oscuridad.

En cuanto se acercó a menos de treinta varas de mí me localizó por los débiles ruidos que hice, y se lanzó como un demonio de la negra noche. Supe de él por el paso veloz y ligero de sus pies desnudos sobre el suelo y, aunque al girarme no logré siquiera distinguir su tenue bulto, comprendí que debía haberme localizado igual que un gato en la oscuridad. No pudo verme muy bien, porque se empaló en el cuchillo que le clavé a ciegas, y su grito de muerte sonó como una nota de fatalidad bajo el dosel del bosque mientras caía. Enseguida se vio respondido por una veintena de gritos salvajes a mis espaldas. Me di la vuelta y corrí tan rápido como pude, abandonando el sigilo en favor de la velocidad, confiando en la suerte para no romperme los sesos contra un tronco en la oscuridad.

Llegué a un lugar donde había poca maleza y algo que casi era luz se filtraba a través de las ramas, pues las nubes se estaban despejando un poco. Hui a través del bosque como un alma condenada perseguida por los demonios, hasta que los gritos se hicieron más débiles y se apagaron tras de mí; en una carrera en línea recta ningún picto puede igualar las largas piernas de un montaraz. En ese momento, mientras avanzaba, vi un resplandor entre los árboles, muy por delante de mí, y supe que era la luz del primer puesto de avanzada de Schohira.

## 2

Tal vez, antes de continuar con esta crónica de los años sangrientos, sería bueno que diera cuenta de mí mismo, y de la razón por la que atravesé la selva picta, de

noche y solo.

Mi nombre es Gault hijo de Hagar y nací en la provincia de Conajohara. Cuando tenía cinco años, los pictos cruzaron el río Negro y asaltaron el fuerte Tuscelan y mataron a toda la guarnición, salvo a uno, y expulsaron a los colonos de la provincia al este del río Trueno. Conajohara nunca fue reconquistada y volvió a ser parte de las Tierras Silvestres, pobladas solo de bestias y salvajes. Los habitantes de Conajohara se dispersaron por la Marca Occidental, en Schohira, Conawaga u Oriskonie, pero muchos de ellos se dirigieron hacia el sur y se asentaron cerca de Fuerte Thandara, un puesto aislado en el río Cabeza de Caballo, entre ellos mi familia. Allí se les unieron más tarde otros colonos que encontraban demasiado pobladas las provincias más antiguas, y así fue cómo nació la provincia de Thandara. Se la conocía como la Provincia Libre de Thandara, porque no estaba gobernada por concesión o patente de ningún señor, como las otras provincias, ya que el pueblo la había colonizado sin ayuda de la nobleza. No pagábamos impuestos a ninguno de los barones al oeste de las Marcas Bosonias que reclamaban las tierras por derecho de concesión real. Ningún señor designaba a nuestro gobernador, sino que lo elegíamos nosotros mismos de entre nuestra propia gente y solo respondía ante el rey. Gestionábamos los fuertes y nos procurábamos el sustento, tanto en la guerra como en la paz. Bien sabe Mitra que la guerra era una situación constante, pues nuestros vecinos eran los salvajes pictos de los clanes pantera, caimán y nutria, y nunca había paz entre nosotros.

Nos manteníamos firmes y rara vez nos importaba lo que pasara al este de las Marcas, en el reino de donde habían venido nuestros abuelos.

A la postre, uno de los acontecimientos de Aquilonia acabó afectando las tierras agrestes. Llegó la noticia de una guerra civil, y de un guerrero que se había alzado para arrebatar el trono a la antigua dinastía. Las chispas de esa conflagración incendiaron la frontera, y volvieron al vecino contra el vecino y al hermano contra el hermano. Ese era el motivo que me había hecho recorrer a toda prisa la selva que separaba Thandara de Schohira, con noticias que bien podrían cambiar el destino de toda la Marca Occidental.

Crucé el Río Espada al amanecer, vadeando los bajíos, y me dieron el alto en un puesto de avanzada en la otra orilla.

—¡Por Mitra! —dijo el centinela cuando supo que venía de Thandara—. Urgente debe ser tu asunto para que cruces el País del Halcón, amigo, en lugar de venir por el camino más largo.

Thandara estaba separada por el este de las demás provincias por Pequeño Agreste, donde no había pictos, y existía un sendero que lo atravesaba hasta las Marcas Bosonias y desde allí se unía al camino hacia las demás provincias.

El guardia pidió que le contara cómo iban las cosas en Thandara, pues en Schohira no sabían nada concreto, pero le dije que sabía poco, pues venía de una larga exploración del país picto, y deseaba que me dijeran si Hakon hijo de Strom estaba en el fuerte. No sabía cómo se estaban desarrollando los acontecimientos en Schohira y deseaba conocer la situación antes de hablar.

Me dijo que no estaba en el fuerte, sino en el pueblo de Schondara, a pocas leguas al este.

—Espero que Thandara se declare a favor de Conan —dijo, lanzando un juramento—. Te lo digo sin ambages: esa ha sido nuestra elección. Ahora mismo nuestro ejército se despliega más allá de Schondara, esperando la embestida del barón Brocas de Torh, y si no fuera por la necesidad de vigilar a los malditos

pictos estaríamos todos allí.

No dije nada, pero me sorprendió, pues Brocas gobernaba Conawaga, no Schohira, cuyo señor feudal era Tespio de Kormon. Sabía que Tespio estaba en Aquilonia luchando en la guerra civil, y supuse que Brocas había aprovechado la situación.

Tomé prestado un caballo del fuerte y me dirigí a Schondara. Pese a no ser más que una aldea fronteriza, era un lugar agradable de limpias casas de troncos cuadrados, algunas pintadas, pero no tenía ni foso ni empalizada a su alrededor, lo que me resultó extraño. Los de Thandara construimos nuestras viviendas para defendernos, y no hay más que una aldea en toda nuestra provincia.

En la taberna me dijeron que Hakon hijo de Strom había ido a caballo hasta el arroyo Orklay, donde acampaba la milicia de Schohira, pero que regresaría en breve. Hambriento y cansado, comí en la taberna, y luego me acosté en un rincón a dormir. Así estaba cuando Hakon regresó, cerca de la puesta de sol.

Era un hombre alto, espigado y de hombros anchos, como la mayoría de los habitantes de la Marca Occidental. Al igual que yo vestía una camisa de piel de gamo, pantalones ajustados con flecos y mocasines.

Cuando me identifiqué y le dije que tenía algo que transmitirle, me observó con atención y me invitó a sentarme en una mesa del rincón donde nuestro anfitrión nos trajo un par jarras de cerveza.

—¿De que se trata? —preguntó.

—¿No te ha llegado noticia sobre alguna el estado de los asuntos en Thandara?

—Nada fiable, solo rumores.

—Comprendo. He aquí lo que debo transmitirte en nombre de Brant hijo de Drago, gobernador de Thandara y líder del consejo de capitanes: Thandara se ha declarado a favor de Conan, y está lista para ayudar a sus amigos y desafiar a los lealistas.

Al oír esto sonrió y suspiró aliviado, y estrechó con calidez mi mano morena los dedos rugosos.

—¡Bien! —exclamó—. Una duda menos que despejar. Sabíamos que, fuera cual fuera el camino elegido por Thandara, la provincia no se quedaría quieta. Tenemos enemigos por todas partes, y temíamos una incursión desde el sur, por el país de los Halcones, en caso de que Thandara se aliara a Namedides.

—¿Qué hombre de Thandara podría olvidar a Conan? —pregunté—. Yo no era más que un niño en Conajohara, pero lo recuerdo cuando era montaraz y explorador. Cuando su jinete llegó a Thandara diciéndonos que Conan se había alzado contra el trono y requiriendo nuestro apoyo, aunque sin pedir voluntarios, porque sabía que todos nuestros hombres eran necesarios para vigilar la frontera, le respondimos con una sola frase: «Dile a Conan que no hemos olvidado a Conajohara».

»El barón Attalius vino desde las Marcas para aplastarnos, pero le tendimos una emboscada en Pequeño Agreste y despedazamos su ejército. Los arcos largos de sus bosonios fueron inútiles; los acosamos desde árboles y arbustos, y luego nos enzarzamos en el cuerpo a cuerpo y caímos sobre ellos con hachas de guerra y cuchillos y los hicimos pedazos. Llevamos a los supervivientes más allá de la frontera, y no creo que ninguno se atreva a atacar Thandara de nuevo.

—Me gustaría poder decir lo mismo de Schohira —dijo con tristeza—. El barón Tespio nos comunicó que podíamos hacer lo que quisiéramos: se ha declarado a

favor de Conan y se ha unido al ejército rebelde. Pero no alzó leva alguna aquí.

»Sin embargo, retiró las tropas del fuerte, así que lo ocupamos con nuestros propios montaraces. Entonces Brocas se movilizó contra nosotros. Al menos nueve décimas partes de los habitantes de Schohira están a favor de Conan, y los lealistas guardan silencio o han huido a Conawaga, jurando que volverán y nos degollarán. En Conawaga, Brocas y los terratenientes están a favor de Namedides y la gente que está a favor de Conan tiene miedo de hablar.

Asentí. Había estado en Conawaga antes de la revuelta, y conocía las condiciones de la zona. Era la provincia más grande, más rica y más densamente poblada de toda la Marca Occidental. Comparada con el resto, los terratenientes con título eran numerosos en ella.

—Tras aplastar la revuelta entre su propio pueblo Brocas piensa someter a Schhiro —dijo Hakon—. Creo que ese imbécil de papada negra piensa gobernar toda la Marca Occidental como virrey de Namedides. Ha cruzado la frontera con un ejército de hombres de armas aquilonios, arqueros bosonios y lealistas de Conawaga y ahora está en Coyaga, tres leguas más allá del arroyo Orklaga. Sabemos cuándo se moverá contra nosotros. Ventrium, donde se encuentra nuestro ejército, está lleno de refugiados del país oriental que ha devastado.

»No le tememos. Debe cruzar el arroyo Orklaga para atacarnos, y hemos fortificado la orilla oeste y bloqueado el camino que debe seguir su caballería. Nos superan en número, pero estaremos a la altura.

—Eso tiene que ver con mi misión —dije—. El gobernador de Thandara me ha autorizado a ofrecer los servicios de ciento cincuenta guardias thandarios. No esperamos ningún ataque de Aquilonia, y podemos prescindir de esa cantidad en nuestra guerra con los pictos pantera.

—¡Bien! —exclamó—. Cuando el comandante del fuerte se entere de esto…

—¿Cómo? ¿No eres el comandante?

—No. Es mi hermano, Dirk hijo de Strom.

—De haberlo sabido, le habría dado mi mensaje a él. Pero Brant hijo de Drago pensaba que eras tú el comandante. En fin, no importa.

—Otra jarra de cerveza y partiremos hacia el fuerte para que Dirk escuche tus noticias de primera mano.

Me di cuenta de que Hakon no era el hombre adecuado para comandar una avanzada, pues era valiente y fuerte, pero demasiado imprudente y con un diablo alegre en el corazón.

—¿Qué hay de la nobleza terrateniente? —pregunté. Cierto que eran menos en Schohira que en Conawaga, pero también había algunos.

—Han cruzado la frontera y se han unido a Brocas —respondió—. Todos excepto Valerio. Su finca está junto a la ciudad. Los otros nobles se encuentran al este. Él se ha quedado y ha despedido a sus criados y a sus guardias gunderios y ha prometido vivir en Castillo Valerio sin tomar partido. Está solo en el castillo, que se encuentra al sur de la ciudad, salvo por unos pocos sirvientes. Nadie sabe dónde han ido sus guerreros. Al parecer se ha deshecho de ellos. Fue un alivio que se declarase neutral, ya que es uno de los pocos blancos a los que esos salvajes pictos escuchan. Si se le hubiera ocurrido azuzarlos contra nuestras fronteras, nos sería difícil defendernos de ellos por un lado y de Brocas por el otro.

»Nuestros vecinos más cercanos, los Halcones, mantienen relaciones muy cordiales con Valerio, y los Gatos Salvajes y las Tortugas no le son hostiles. Incluso se dice que puede visitar a los Pictos Lobo y salir vivo.

De ser cierto, era extraño, ya que todos conocían la ferocidad de la gran confederación de clanes aliados llamada Tribu de los Lobos, que habitaba en el oeste, más allá de los terrenos de caza de las tres tribus menores que él había nombrado. En su mayoría se mantenían alejados de la frontera, pero la posibilidad de una invasión por su parte era siempre una amenaza a lo largo de las fronteras de Schohira.

Hakon alzó la vista cuando un hombre alto con calzas, botas y capa escarlata, entró en la taberna.

—He aquí al mismísimo Valerio —dijo.

Me los quedé mirando y me puse en pie.

—¿Ese? —exclamé—. ¡Lo vi anoche más allá de la frontera, en un campamento de los Halcones, presenciando el sacrificio de un prisionero de guerra!

El recién llegado se puso pálido.

—¡Maldito seas! ¡Mientes!

Apartó la capa y agarró la empuñadura de la espada. Antes de que pudiera desenvainarla, me acerqué a él y lo tiré al suelo, donde gruñó y se abalanzó hacia mi garganta como una bestia. Falló y trató de agarrarme con ambas manos. Se oyó un estrépito de pies y varios hombres nos separaron, agarrando con firmeza al noble, que se quedó pálido y jadeante de furia, con mi pañuelo de cuello entre los dedos.

—Si esto es cierto… —murmuró Hakon.

—¡Lo es! —exclamé—. ¡Mira! ¡No le ha dado tiempo a borrarse la pintura del pecho!

Se le habían desgarrado el jubón y la camisa en la refriega y pudimos ver en el pecho, medio borrado, el símbolo de la calavera que los pictos se pintan cuando quieren hacer la guerra a los blancos. Había tratado de quitárselo de la piel, pero la pintura picta es difícil de borrar.

—Llevadlo al calabozo —dijo Hakon, con los labios blancos.

—Devuélveme el pañuelo —dije, pero su señoría me escupió y metió el pañuelo dentro de la camisa.

—Cuando te lo devuelva, será anudado en un lazo de verdugo alrededor de tu cuello rebelde —gruñó mientras los otros lo agarraban y se lo llevaban.

## 3

Encontramos a alguien en el fuerte que se ofreció a llevar el mensaje a Thandara, donde tenía parientes, por lo que decidí quedarme en Schohira. Los exploradores nos informaron de que Brocas seguía acampado en Coyaga y no mostraba signos de moverse contra nosotros, lo que me hizo creer que estaba esperando a que Valerio dirigiera a sus pictos contra la frontera, para atrapar así a los hombres libres de Schohira entre dos frentes. Valerio estaba en la cárcel, un pequeño edificio de troncos tallados, y tenía por único compañero a un borracho que se había metido en una trifulca. Valerio no dijo nada; se limitó a sentarse en un rincón mientras se comía las uñas, con los ojos como los de un gato de la selva.

Dormí en la taberna, en una habitación en el piso de arriba. Durante la noche me despertó el sonido de alguien tratando de forzar la ventana. Me senté en la cama y exigí saber quién era. Algo se abalanzó sobre mí desde la oscuridad y sentí

un trozo de tela alrededor de mi cuello, que se retorcía y me estrangulaba. Busqué a tientas el hacha y le di un golpe, y la criatura cayó. Cuando se hizo la luz, vi tendida en el suelo una bestia deforme, parecida a un simio, y supe que era un chakán, uno de esos seres semihumanos que habitan en las profundidades de los bosques y olfatean los rastros como sabuesos. Todavía sostenía mi pañuelo en las manos deformes, lo que me indicó que Valerio lo había lanzado contra mi rastro.

Hakon y yo nos apresuramos a ir a la cárcel y allí encontramos al guardia tendido ante la puerta, degollado; el noble había desaparecido. El borracho de la celda de al lado estaba medio muerto de miedo, pero nos dijo que una mujer oscura, desnuda salvo por un taparrabos, se había acercado al centinela y lo había mirado a los ojos y el hombre se había vuelto como en trance. Entonces la mujer desenvainó un cuchillo y le cortó el cuello, y después liberó a Valerio. El borracho sintió algo terrible y monstruoso alrededor de la mujer, como acechando en las sombras. Así supimos que se trataba de su amante mestiza picta, gracias a la cual había ganado ascendencia sobre los salvajes; se decía que era la hija del viejo Goragh. El borracho había fingido estar dormido, así que lo dejaron vivir. Pero les oyó decir que irían a cierta cabaña junto al arroyo del Lince, a poco más de una legua de la ciudad, donde se reunirían con los criados y los guardias gunderios allí escondidos, y luego cruzarían la frontera y traerían a los Halcones y a los Gatos Monteses y a las Tortugas para que nos degollaran.

La mujer le dijo que estas tribus no se atrevían a luchar sin consultar antes al mago que habitaba en el Pantano Fantasma; él respondió que se encargaría de que el mago les dijera que lucharan.

Así que huyeron.

Hakon despertó a una docena de hombres y los seguimos, y acorralamos a los gunderios en la cabaña del Arroyo del Lince y matamos a la mayoría, pero varios de nuestros hombres también murieron, y Valerio y una docena más escaparon ilesos.

Los seguimos, y en las peleas y escaramuzas matamos a varios más, pero a la postre todos los nuestros cayeron muertos excepto Hakon y yo. Seguimos a Valerio a través de la frontera y llegamos a un campamento de las tribus guerreras cerca del Pantano Fantasma, donde los jefes iban a consultar al mago, un chamán pre-picto.

Seguimos el rastro de Valerio hasta el pantano, donde había ido en secreto a dar instrucciones a los chamanes, y Hakon esperó junto al camino para matar a Valerio mientras yo entraba en el campamento para matar al mago. Ambos fuimos capturados por este, que dio su consentimiento a la guerra y les proporcionó una magia espantosa contra los hombres blancos, y las tribus se fueron aullando hacia la frontera. Hakon y yo escapamos y matamos al mago y los seguimos, a tiempo para volver su magia contra ellos, y derrotarlos.

# LOBOS ALLENDE LA FRONTERA
## (BORRADOR 2)

### 1

Me alertó el murmullo de un tambor. Me quedé inmóvil entre la maleza donde me había refugiado, esforzándome en localizarlo, ya que los sonidos son ilusorios en el bosque profundo. El denso bosque que me rodeaba estaba en completo silencio. Sobre mí, las enredaderas y las zarzas se doblaban formando un denso dosel, más allá del que se alzaba el arco más alto y sombrío de las ramas de los grandes árboles. Ni una estrella brillaba a través de aquella bóveda de hojas. Las nubes bajas parecían rozar las copas de los árboles. No había luna. La noche era oscura como el odio de una bruja.

Mejor para mí. Si no podía ver a mis enemigos, ellos tampoco me verían. Pero el susurro de aquel ominoso tambor atravesaba la noche: ¡Tum! ¡Tum! ¡Tum! Un monotono constante que parecía insinuar espeluznantes secretos. No había confusión posible; el único tambor del mundo que emite ese profundo retumbar, amenazante y hosco, es el de guerra de los pictos, esos salvajes pintados que rondan la espesura más allá de las fronteras de la Marca Occidental.

Estaba al otro lado de esa frontera, solo y oculto en un matorral en medio del gran bosque sobre el que esos demonios desnudos han reinado desde los albores del tiempo.

Localicé el sonido; el tambor tocaba hacia el suroeste de mi posición, y me pareció que a no mucha distancia. Me ceñí el cinturón, coloqué el hacha de guerra y el cuchillo en sus fundas de cuentas, encordé el pesado arco y comprobé, tanteando con los dedos en la oscuridad total, que la aljaba estaba en su sitio en la cadera izquierda. Luego me arrastré desde la espesura y me dirigí con extrema cautela hacia el tambor.

No creía que guardase relación conmigo. Si los habitantes del bosque me hubieran descubierto, lo habrían anunciado con un repentino cuchillo en mi garganta, no con el batir de un tambor en la distancia. Pero el latido de un tambor de guerra tenía un significado que ningún montaraz podía ignorar. Era una advertencia y una amenaza, una promesa de perdición para los invasores de piel blanca cuyas cabañas solitarias y claros desbrozados con hachas amenazaban la soledad inmemorial de la selva. Significaba fuego y tortura, flechas incendiarias que caían como estrellas fugaces en la oscuridad, hachas rojas que hacían crujir los cráneos de hombres, mujeres y niños.

Me abrí paso con delicadeza entre los poderosos troncos a través de la negrura del bosque nocturno, a veces arrastrándome sobre manos y rodillas, con el corazón en la garganta cuando una enredadera me rozaba la cara o la mano con la que tanteaba el camino. Aunque en la espesura habitan enormes serpientes que a veces se cuelgan por la cola de las ramas en lo alto para atrapar a sus presas, los seres que yo buscaba eran más terribles que cualquier serpiente, así que me desplazaba como si pisara espadas desnudas. El sonido del tambor se hizo más

fuerte y no tardé en vislumbrar un destello rojo entre los árboles. Un murmullo de voces feroces se mezclaba con el tañido del tambor.

Cualquiera que fuese la extraña ceremonia que se celebrase bajo los negros árboles, era probable que hubiera puestos de avanzada esparcidos por el lugar, y sabía bien lo silencioso e inmóvil que podía permanecer un picto, fundiéndose con la vegetación del bosque incluso en la penumbra, sin que se sospechara de él hasta que su espada atravesara el corazón de su víctima. Se me puso la carne de gallina al pensar en toparme con uno de esos sombríos centinelas en la oscuridad; desenfundé el cuchillo y lo mantuve extendido ante mí. Sabía que ni siquiera un picto podría verme en aquella negrura de ramas enmarañadas y cielo cubierto de nubes.

La luz se reveló como una hoguera ante la cual se movían siluetas negras que parecían demonios recortados contra los fuegos rojos del infierno. Me agaché cerca de un denso matorral de alisos y zarzas y contemplé un claro de paredes negras y las figuras que se movían en él.

Había cuarenta o cincuenta pictos, desnudos salvo por los taparrabos, y horriblemente pintados, acuclillados en un amplio semicírculo frente al fuego, de espaldas a mí. Por las plumas de halcón de sus espesas melenas negras, supe que pertenecían al clan de los Halcones u Onayaga. En medio del claro había un tosco altar hecho de piedras amontonadas, y al verlo se me erizó la piel. Porque ya había visto antes esos altares pictos, carbonizados y manchados de sangre, en claros vacíos del bosque. Aunque nunca había presenciado los rituales en los que se utilizaban, había oído las historias que contaban sobre ellos los que habían estado cautivos entre los pictos, o los que, como yo ahora, los habían espiado.

Un chamán emplumado bailaba entre el fuego y el altar una danza lenta y perezosa, indescriptiblemente grotesca, que hacía que la plumas se balancearan y oscilaran a su alrededor; sus rasgos quedaban ocultos por una sonriente máscara escarlata que parecía el rostro de un diablo del bosque.

En medio del semicírculo de guerreros había uno en cuclillas con el gran tambor entre las rodillas. Al golpearlo con el puño emitió un sonido bajo y retumbante que sonó como el rugido de un trueno lejano.

Entre los guerreros y el chamán danzante había alguien que no era picto. Era tan alto como yo, y su piel se veía clara a la luz del fuego. Solo llevaba un taparrabos de piel de gamo y mocasines, y tenía el cuerpo pintado y una pluma de halcón en el pelo, por lo que supuse que debía ser un ligur, uno de esos salvajes de piel clara que habitan en pequeños clanes en el gran bosque, casi siempre en guerra con los pictos, aunque a veces están en paz o se alían con ellos. Su piel es blanca como la de un aquilonio. Los pictos también son blancos, en el sentido de que no son negros ni morenos ni amarillos, aunque tienen los ojos y el pelo negros y la piel oscura. Ni a ellos ni a los ligures los calificamos de blancos los habitantes de la Marca Occidental, que solo designamos así a alguien de sangre hibórea.

Mientras observaba, vi que tres guerreros arrastraban a un hombre al círculo de luz del fuego. Era otro picto, desnudo y manchado de sangre, que aún llevaba en la enmarañada melena una pluma que lo identificaba como miembro del Clan del Cuervo, con el que los Halcones estaban siempre en guerra. Sus captores lo arrojaron sobre el altar atado de pies y manos, y vi que sus músculos se tensaban y retorcían a la luz de la hoguera mientras intentaba en vano romper las correas de cuero sin curtir que lo aprisionaban.

El chamán comenzó a bailar de nuevo, tejiendo intrincados dibujos alrededor

del altar y del hombre que estaba sobre él, y el que tocaba el tambor se puso a bailar con frenesí, tronando como si estuviera poseído por un demonio. De pronto, una de esas grandes serpientes de las que he hablado cayó desde una rama. La luz del fuego brillaba en sus escamas mientras reptaba hacia el altar con los ojos brillantes; la lengua bífida salía y entraba en la boca, pero los guerreros no mostraron ningún temor, aunque pasó a pocas varas de algunos de ellos. Resultaba extraño, porque por lo general estas serpientes son las únicas criaturas vivas a las que temen los pictos.

El monstruo arqueó el cuello y alzó la cabeza sobre el altar; reptil y chamán se enfrentaron a través del cuerpo tendido del prisionero. El picto bailó, retorciendo cuerpo y brazos, sin apenas mover los pies, y la gran serpiente lo acompañó en el baile, enroscándose y balanceándose como si estuviera hipnotizada. De la máscara del chamán surgía un extraño lamento que sonaba como el viento entre los juncos secos de las marismas. El gran reptil se elevó más aún y empezó a enroscarse alrededor del altar y del hombre que estaba sobre él, hasta que el cuerpo quedó oculto por sus brillantes pliegues. Solo se veía el rostro, con la terrible cabeza en forma de cuña balanceándose cerca de él.

El chillido del chamán alcanzó un crescendo de triunfo infernal y arrojó algo al fuego. Una gran nube de humo verde se extendió alrededor del altar, de modo que casi ocultó a la pareja que estaba sobre él y volvió indistintos e ilusorios sus contornos. En medio de la nube percibí un horrible retorcimiento y vi que algo cambiaba: los contornos se fundían y fluían juntos de forma horripilante, y por un momento no pude distinguir cuál era la serpiente y cuál el hombre. Un estremecedor suspiro, como un viento que gime entre las ramas nocturnas, salió de los pictos.

El humo se disipó y hombre y serpiente quedaron tendidos sobre el altar; parecían muertos. Pero el chamán agarró el cuello de la serpiente, desenroscó el tronco inerte del altar y dejó que el gran reptil se desplomara en el suelo, para luego derribar el cuerpo del hombre, de forma que cayera al lado del monstruo. Luego cortó las correas de cuero sin curtir que le ataban muñecas y tobillos.

Empezó a bailar alrededor de ellos, cantando mientras bailaba y moviendo los brazos con gestos que parecían de loco. En ese momento el hombre se movió. Pero no se levantó. Su cabeza se balanceaba de un lado a otro, y vi que su lengua asomaba y volvía a entrar en la boca. Mitra sea mi testigo, juro que comenzó a alejarse del fuego, retorciéndose sobre el vientre como se arrastra una serpiente.

El reptil se sacudió de pronto presa de convulsiones y arqueó el cuello y se levantó casi en toda su longitud, solo para caer y volver a levantarse en vano. Era horrible, como un hombre que tratase de ponerse en pie y caminar erguido después de haber sido privado de sus miembros.

Agazapado entre los arbustos, sentí vértigo mientras los salvajes aullidos de los pictos sacudían la noche y luché con todas mis fuerzas contra las náuseas. Comprendí el significado de aquella espantosa ceremonia, de la que ya había oído hablar. Por medio de una brujería negra y primordial, que se desarrollaba en las profundidades del bosque negro y primitivo, aquel chamán pintado había transferido el alma de un enemigo capturado al asqueroso cuerpo de una serpiente. Era una venganza diabólica. Y los gritos de los pictos enloquecidos por la sangre parecían los de todos los demonios del infierno.

Las víctimas se retorcieron y agonizaron una al lado de la otra, hombre y serpiente, hasta que una espada relampagueó en la mano del chamán y ambas

cabezas cayeron juntas... Y, dioses, fue el tronco de la serpiente el que se sacudió y estremeció un poco para luego quedarse inmóvil y el del hombre el que se revolvía y anudaba y se agitaba como una serpiente decapitada.

Un desfallecimiento y una debilidad mortales se apoderaron de mí, pues ¿qué hombre blanco podría contemplar impasible semejante brujería negra? Aquellos salvajes pintados, embadurnados de pintura de guerra, aullando, que se contoneaban y celebraban su triunfo sobre la espantosa perdición de un enemigo no me parecieron humanos, sino asquerosos demonios del mundo negro; matarlos era un deber y una obligación.

El chamán se levantó de un salto y se enfrentó al grupo de guerreros y, arrancándose la máscara, levantó la cabeza y aulló como un lobo. Cuando la luz del fuego cayó de lleno sobre su rostro, lo reconocí, y con ese reconocimiento todo el horror y la repulsión dieron paso a una rabia carmesí que barrió todo pensamiento de peligro personal y el recuerdo de mi misión, mi primera obligación. Porque aquel chamán era el viejo Teyanoga de los Halcones del Sur, el que había quemado vivo a mi amigo Jon hijo de Galter.

En el frenesí de mi odio reaccioné de forma instintiva; alcé el arco, coloqué una flecha y la solté, todo en un parpadeo. La luz del fuego era incierta, pero no estaban lejos, y los de la Marca Occidental vivimos del tañido del arco. El viejo Teyanoga aulló como un gato y retrocedió, y sus guerreros chillaron de asombro al ver de repente una flecha temblando en su pecho. El guerrero alto y de piel clara se giró y por primera vez le vi la cara y, Mitra, ¡era un hombre blanco!

La horrible conmoción de esa sorpresa me mantuvo paralizado un momento y casi acabó conmigo. Porque los pictos se incorporaron al instante y echaron a correr hacia el bosque como panteras, buscando al enemigo que había disparado aquella flecha. Habían llegado a la primera franja de arbustos cuando salí de mi hechizo de asombro y horror. Me puse en pie de un salto y me alejé corriendo en la oscuridad, agachándome y esquivando los árboles que evitaba más por instinto que por otra cosa, pues estaba más oscuro que nunca. Sabía que los pictos no podían seguir mi rastro y que tendrían que cazar tan a ciegas como yo huía.

En ese momento, mientras corría hacia el norte, oí detrás de mí un horrible aullido cuya furia sanguinaria era suficiente para helar la sangre incluso de un montaraz. Supuse que habían arrancado la flecha del pecho del chamán y habían descubierto que era la de un hombre blanco. Eso haría que me persiguieran con una sed de sangre aún más feroz.

Seguí huyendo, con el corazón palpitando de miedo y excitación, y de horror por la pesadilla que había presenciado. Que un hombre blanco, un hibóreo, fuese aceptado como un invitado bienvenido y sin duda honrado, a juzgar por el cuchillo y el hacha que había visto en su cinturón, era tan monstruoso que me preguntaba si, después de todo, no habría sido una pesadilla. Nunca un blanco había observado la Danza de la Serpiente Cambiante, salvo como prisionero o como espía. No sabía qué monstruosidad presagiaba, pero la idea me estremecía de anticipación y horror.

A causa de ello fui más descuidado de lo que acostumbro, sacrifiqué el sigilo a la prisa y tropecé más de una vez con un árbol que podría haber evitado si hubiera tenido más cuidado. No dudo que fue el ruido de esta marcha tortuosa lo que atrajo al picto hacia mí, pues no podía haberme visto en aquella oscuridad total.

Tras de mí no se oían más gritos, pero comprendí que los pictos recorrían el bosque como lobos con ojos de fuego, esparcidos en un vasto semicírculo que

**peinaban sin dejar de correr. Su silencio demostraba que no habían seguido mi rastro, pues nunca gritan, excepto cuando creen que ya les falta poco y se sienten seguros de su presa.**

**El guerrero que oyó los ruidos de mi huida no podía ser uno de los integrantes de ese grupo, pues estaba demasiado lejos de ellos. Debía de tratarse de un explorador que recorría el bosque para evitar que sus compañeros fueran sorprendidos desde el norte.**

**En cualquier caso, me oyó correr cerca de él y vino como un demonio de la negra noche. Lo primero que noté fue la rápida y débil pisada de sus pies desnudos, y cuando giré ni siquiera pude distinguir su enjuta silueta, solo oí el tenue golpeteo de aquellos inexorables pies que se acercaban a mí invisibles en la oscuridad.**

**Ven como los gatos en las tinieblas, y sé que vio lo suficiente para localizarme, aunque sin duda yo no era más que un borrón en la oscuridad. Mi hacha de guerra, que alcé a ciegas, interceptó su cuchillo y él se empaló en el mío por el ímpetu de su propio salto con un grito de muerte que sonó como un tañido de perdición bajo el dosel del bosque. Un feroz clamor al sur fue su respuesta, a solo unos cientos de varas de distancia. Echaron a correr de inmediato entre los arbustos con la lengua fuera como lobos, seguros de su presa.**

**Seguí corriendo lo más rápido que pude, abandonando por completo el sigilo en aras de la velocidad, y confiando en la suerte para no partirme la crisma contra un tronco en la oscuridad.**

**El bosque empezó a ralear; la maleza desaparecía, y algo que casi era luz se filtraba a través de las ramas, pues las nubes se estaban despejando un poco. Hui como alma en pena perseguida por los demonios, espoleado por los gritos que al principio sonaban cada vez más altos, en un aullido de triunfo sediento de sangre, y que luego se volvieron más furiosos y rabiosos a medida que se desvanecían y caían tras de mí, porque en una carrera en línea recta ningún picto puede igualar las largas piernas de un montaraz del bosque.**

**Cabía la posibilidad de que hubiera otros exploradores o grupos de guerra delante de mí que podrían cortarme el paso al oír mi huida; pero era un riesgo que tenía que correr. Ninguna figura pintada surgió como un fantasma de las sombras frente a mí; a través de la espesa vegetación que indicaba la proximidad de un arroyo, vi un resplandor al otro lado de los árboles, muy por delante de mí, y supe que era la luz del Fuerte Kwanyara, el puesto de avanzada más al sur de Schohira.**

## 2

**Antes de seguir con esta crónica de los años sangrientos quizá sería buena idea que diera cuenta de mí mismo, y de la razón por la que atravesé las agrestes tierras de los pictos, de noche y a solas.**

**Mi nombre es Gault hijo de Hagar. Nací en la provincia de Conajohara. Cuando tenía diez años, los pictos cruzaron el Río Negro y asaltaron el Fuerte Tuscelan y mataron a toda la guarnición, excepto a uno, y expulsaron a los colonos de la provincia al este del Río Trueno. Conajohara volvió a formar parte de las Tierras Silvestres, poblada solo de bestias y salvajes. Sus habitantes se dispersaron por toda la Marca Occidental, en Schohira, Conawaga u Oriskawny, pero muchos se dirigieron al sur y se asentaron cerca de Fuerte Thandara, un**

puesto aislado en el río Caballo de Guerra, entre ellos mi familia. Allí se les unieron más tarde otros colonos que encontraban demasiado pobladas las provincias más antiguas, y de ese modo se desarrolló el distrito conocido como Provincia Libre de Thandara

Los propios pioneros se la habían robado a las tierras salvajes sin ayuda de la nobleza aquilonia, así que no era como las provincias al este de las Marcas, concesiones reales a grandes señores y colonizadas por ellos. No pagamos impuestos a ningún barón. Ningún noble nombra a nuestro gobernador, sino que lo elegimos de entre nuestra propia gente, y solo es responsable ante el rey. Vigilábamos y construíamos nuestras fortalezas, y éramos autosuficientes tanto en la guerra como en la paz. Mitra sabe que la guerra era una constante, pues nunca hubo paz entre nosotros y nuestros feroces vecinos, los salvajes pictos de los clanes Pantera, Caimán y Nutria.

Nos manteníamos firmes y rara vez nos preguntábamos qué ocurría al este de las Marcas, en el reino del que habían venido nuestros abuelos, aunque al final los acontecimientos de Aquilonia acabaron involucrando incluso las tierras agrestes. Llegó la noticia de una guerra civil, y de un guerrero que se había alzado para arrebatar el trono a la antigua dinastía. Las chispas de esa conflagración incendiaron la frontera, y enfrentaron al vecino con el vecino y al hermano con el hermano.

Mientras los caballeros con su reluciente acero luchaban y se mataban en las llanuras de Aquilonia, yo atravesaba tan rápido como podía el tramo de selva que separaba Thandara de Schohira con noticias que bien podrían cambiar el destino de toda la Marca Occidental.

El fuerte Kwanyara era un pequeño puesto de avanzada, una fortaleza cuadrada de troncos tallados con una empalizada en la orilla del arroyo Cuchillo. Vi el estandarte ondeando contra el rosa pálido del cielo matutino, y me di cuenta de que solo flameaba la enseña de la provincia. No había el menor rastro del estandarte real con la serpiente dorada que debería haberse alzado justo sobre ella. Aquello podía implicar mucho o nada. Aros de la frontera nos traen sin cuidado los delicados entresijos de las buenas maneras y la etiqueta que tanto significan para los caballeros allende las Marcas.

Crucé el Cuchillo al amanecer, vadeando los bajíos, y me dio el alto un piquete en la otra orilla, un hombre alto vestido con la gamuza característica de los montaraces.

—¡Por Mitra! —exclamó cuando supo que venía de Thandara—. Tu asunto debe de ser urgente para que cruces la selva en lugar de tomar el camino largo.

Thandara estaba separada de las otras provincias, como he dicho, y el Pequeño Agreste se encontraba entre ella y las Marcas Bosonias. Había un camino seguro que llevaba hasta las Marcas y de ahí a las otras provincias, pero era largo y tedioso.

Me pidió noticias de Thandara, pero le dije que sabía poco de los últimos acontecimientos, ya que acababa de regresar de una larga exploración en Otter. Era mentira, pero no tenía forma de saber el color político de Schohira, y no estaba dispuesto a traicionar el mío hasta que lo supiera. Le pregunté si Hakon hijo de Strom estaba en el Fuerte Kwanyara, y respondió que el hombre que buscaba no estaba en el fuerte, sino en el pueblo de Schondara, a poco más de una legua al este.

—Espero que Thandara se declare a favor de Conan —dijo, tras lanzar una

maldición—. Te confieso sin ambages que es lo que hemos decidido aquí. Es culpa de mi negra suerte que haya tenido que quedarme aquí con los pocos montaraces que vigilan la frontera por si atacan los pictos. Daría mi arco y mi camisa de caza por estar con nuestro ejército, que ahora mismo se despliega en Thenitea, en el arroyo Ogaha, esperando el ataque de Brocas de Torh con sus malditos renegados.

No dije nada, pero me quedé asombrado. Eran noticias sorprendentes, porque el Barón de Torh era el señor de Conawaga, no de Schohira, cuyo señor era Thasperas de Kormon.

—¿Dónde está Thasperas? —pregunté.

—Lejos, en Aquilonia, luchando por Conan —respondió él tras un momento de duda. Me miró con atención, como si empezase a preguntarse si yo era un espía.

—¿Hay alguien en Schohira con tales conexiones con los pictos que habita entre ellos, desnudo y pintado, y asiste a sus festines de sangre?

Me di cuenta de que la furia crispaba las facciones del schohirano.

—Maldito seas —exclamó, medio atragantado por la rabia—. ¿Qué pretendes insultándonos de ese modo?

En efecto, llamar a un hombre renegado era el insulto más grave imaginable en toda la Marca Occidental, aunque no había sido mi intención. Vi que el guardia no sabía nada del renegado. Sin deseo alguno de darle información, me limité a decirle que había entendido mal mis intenciones.

—Las entiendo de sobra —dijo, temblando de rencor—. Si no fuera por tu piel oscura y tu acento sureño, te consideraría un espía de Conawaga. Pero, espía o no, no puedes insultar a los hombres de Schohira de esa manera. Si no estuviera de servicio, me quitaría las armas y te mostraría la clase de hombres que criamos en Schohira.

—No quiero pelear —dije—. Pero me voy a Schondara, donde no te será difícil encontrarme, si lo deseas.

—No tardaré —dijo, sombrío—. Soy Storm hijo de Grom y me conocen en Schohira.

Lo dejé en su puesto a lo largo de la orilla, con los dedos en la empuñadura del cuchillo y el hacha como si quisiera probar su filo en mi cabeza, y me alejé del pequeño fuerte para evitar a otros exploradores o piquetes. En aquellos tiempos difíciles, las sospechas de espionaje podían caer sobre mí con facilidad. De hecho, la espesa cabeza de Storm hijo de Grom empezaba a sospechar de mí cuando la sospecha fue barrida por su resentimiento ante lo que confundió con una calumnia. Habiendo reñido conmigo, su sentido del honor no le permitiría arrestarme bajo sospecha de espionaje, aunque lo hubiera pensado. En tiempos normales, a nadie se le ocurriría detener o interrogar a un hombre blanco que cruzara la frontera, pero aquellos días eran un torbellino de locura, lo cual tenía sentido si el barón de Conawaga estaba invadiendo los dominios de sus vecinos.

El bosque había sido desbrozado alrededor del fuerte a lo largo de unos cientos de varas en cada dirección, formando un sólido muro verde. Me mantuve dentro de este muro mientras bordeaba el claro, y no me encontré con nadie, ni siquiera cuando crucé varios caminos que salían del fuerte. Evité los claros y las granjas. Me dirigí hacia el este y el sol ya estaba bajo en el cielo cuando divisé los tejados de Schondara.

El bosque llegaba a poco más de setecientas varas del pueblo, que era muy bonito para ser una aldea fronteriza, con casas limpias, la mayoría de ellas de troncos cuadrados, algunas pintadas, aunque también algunos edificios de

arquitectura elegante, algo que no tenemos en Thandara. No había ni zanja ni empalizada alrededor de la aldea, lo que me resultaba extraño. Los de Thandara construimos nuestras viviendas tanto para defendernos como para refugiarnos, y aunque no hay aldeas a lo largo y ancho de la provincia, cada cabaña es como una fortaleza en miniatura.

A la derecha del pueblo se alzaba un fuerte en medio de una pradera, con empalizada y foso, algo mayor que el Fuerte Kwanyara, pero vi pocas cabezas moviéndose sobre el parapeto, ya fuese con casco o con gorra. En el estandarte solo aleteaba el halcón rampante de Schohira. Me pregunté por qué, si Schohira era partidaria de Conan, no ondeaba el estandarte que él había elegido: el león dorado sobre campo negro, el del regimiento que comandaba como general mercenario de Aquilonia.

A la izquierda, casi en la linde del bosque, vi una gran casa de piedra en medio de jardines y huertos, y supe que era la finca de Valerio, el propietario de tierras más próspero al oeste de Schohira. Nunca lo había visto, pero sabía que era rico y poderoso. El Castillo, como solían llamarlo, parecía desierto en aquel momento.

La ciudad también parecía extrañamente despoblada, al menos de hombres, aunque había muchas mujeres y niños. Supuse que los varones habían reunido allí a sus familias por seguridad. Vi pocos adultos sanos. Numerosos ojos me siguieron con desconfianza mientras subía por la calle, pero nadie dijo nada, salvo para responder de forma seca a mis preguntas.

Unos pocos ancianos y tullidos se apiñaban en la taberna alrededor de las mesas manchadas de cerveza y hablaban en voz baja, pero toda conversación cesó cuando asomé con mis gastadas pieles de gamo, y los parroquianos se volvieron para mirarme en silencio.

El silencio fue aún más significativo cuando pregunté por Hakon hijo de Strom, y el anfitrión me dijo que Hakon había ido hacia Thenitea poco después del amanecer, donde acampaba la milicia, pero que regresaría en breve. Estaba hambriento y cansado, así que comí en la taberna, consciente de aquellos ojos interrogantes que no se apartaban de mí, y luego me acosté en un rincón sobre una piel de oso que trajo el posadero. No tardé en dormirme. Aún dormía cuando Hakon hijo de Strom regresó, cerca de la puesta del sol.

Era alto, espigado y de hombros anchos, como la mayoría de los habitantes de la Marca Occidental. Al igual que yo, vestía una camisa de piel de gamo, pantalones ceñidos con flecos y mocasines. Lo acompañaba media docena de montaraces, que se sentaron en un banco junto a la puerta y nos observaron a él y a mí por encima de las jarras de cerveza.

Cuando le dije mi nombre y le expliqué que tenía un mensaje para él, me examinó con atención y me invitó a sentarme en una mesa del rincón, donde el posadero nos trajo cerveza espumosa en jarras de cuero.

—¿Te ha llegado alguna noticia sobre cómo van las cosas por Thandara? —pregunté.

—Nada seguro; solo rumores.

—Comprendo. Te traigo noticias de Brant hijo de Drago, gobernador de Thandara y del consejo de capitanes. Por esta señal sabrás que soy sincero.

Mientras hablaba mojé el dedo en la espumosa cerveza y con él dibujé un símbolo en la mesa, y lo borré al instante. Asintió, con los ojos encendidos de interés.

—He aquí el mensaje. Thandara se ha declarado a favor de Conan y está lista para ayudar a sus amigos y desafiar a sus enemigos.

En ese momento sonrió con alegría y agarró mi mano morena con la suya.

—¡Bien! —exclamó—. Aunque no esperaba menos.

—¿Qué habitante de Thandara podría olvidar a Conan? Yo no era más que un niño en Conajohara, pero lo recuerdo cuando era montaraz y explorador. Cuando su jinete llegó a Thandara diciéndonos que Poitain se había alzado en rebeldía, que Conan luchaba por el trono y que pedía nuestro apoyo, aunque no quería voluntarios para su ejército, solo nuestra lealtad, le enviamos una sola frase: «No hemos olvidado Conajohara». Luego el Barón Attelius cruzó las Marcas contra nosotros, pero le tendimos una emboscada en Pequeño Agreste e hicimos pedazos su ejército. No creo que debamos temer una invasión en Thandara.

—Me gustaría poder decir lo mismo de Schohira —dijo con tristeza—. El barón Thasperas nos dijo que lo dejaba a nuestro criterio; él se ha declarado a favor de Conan y se ha unido al ejército rebelde. Pero no alzó levas occidentales. Tanto él como Conan saben que la Marca Occidental necesita hasta el último hombre para vigilar la frontera.

»Sin embargo, retiró sus tropas de los fuertes, y nosotros cubrimos los huecos con nuestros propios montaraces. Hubo algunas escaramuzas entre nosotros, especialmente en ciudades como Coyaga, donde habitan los terratenientes, ya que algunos de ellos se aferraron a Namedides... Bueno, los lealistas acabaron huyendo a Conawaga con sus retenedores, o se rindieron y prometieron permanecer neutrales en sus castillos, como Valerio de Schondara. Los lealistas que huyeron han prometido volver y degollarnos a todos. El barón Brocas se ha ido a la frontera.

»En Conawaga, los terratenientes y Brocas se han declarado a favor de Namedides, y hemos oído historias lamentables sobre el trato que dan a los comunes que están a favor de Conan.

Asentí, no muy sorprendido. Conawaga era la provincia más grande, rica y densamente poblada de toda la Marca Occidental, y tenía una clase más o menos nutrida y muy poderosa de terratenientes con título, algo que no tenemos en Thandara y que, si así lo quiere Mitra, nunca tendremos.

—Es una invasión en toda regla para la conquista —dijo Hakon—. Ese perro de Brocas nos ordenó jurar lealtad a Namedides. Creo que el tonto de los cojones trama someter a toda la Marca Occidental y gobernarla como virrey de Namedides. Se encuentra en Coyaga, a unas leguas más allá del arroyo Ogaha, con un ejército de soldados de Aquilonia, arqueros de Bosonia, leales a Conawaga y renegados de Schohira. Thenitea está llena de refugiados del este del país, que ha devastado.

»Estamos tranquilos, aunque nos superan en número. Deben cruzar el arroyo Ogaha para atacarnos, y hemos fortificado la orilla oeste y bloqueado el camino contra su caballería.

—Eso tiene que ver con mi misión —dije—. Estoy autorizado a ofrecer los servicios de ciento cincuenta montaraces thandarios. En Thandara somos todos del mismo parecer y no tenemos pendencias internas; podemos prescindir de esa cantidad de hombres en nuestra guerra con los pictos Pantera.

—¡Qué gran buena noticia para el comandante del Fuerte Kwanyara!

—¿Qué? ¿No eres el comandante?

—No. Es mi hermano, Dirk hijo de Strom.

—De haberlo sabido le habría dado mi mensaje a él. Brant hijo de Drago pensaba que eras el comandante de Kwanyara. Aunque en realidad no importa.

—Otra jarra de cerveza y partiremos hacia el fuerte para que Dirk oiga tus noticias de primera mano. El mando de un fuerte es una maldición. Un grupo de exploradores es suficiente para mí.

A decir verdad, Hakon no era el hombre adecuado para comandar un puesto de avanzada o cualquier cuerpo grande de hombres, pues era demasiado imprudente y apresurado, aunque era un individuo valiente y un pícaro alegre.

—Apenas os queda gente para vigilar la frontera —dije—. ¿Qué hay de los pictos?

—Mantienen la tregua que juraron —respondió—. Desde hace algunos meses hay paz a lo largo de la frontera, salvo alguna que otra escaramuza entre individuos aislados.

—El Castillo Valerio parecía desierto.

—Valerio vive solo, excepto por unos pocos sirvientes. Nadie sabe dónde ha enviado a su gente de armas. Si no hubiera dado su palabra, habríamos creído necesario ponerlo bajo custodia, pues es uno de los pocos blancos a los que los pictos hacen caso. Si se le hubiera metido en la cabeza azuzarlos contra nuestras fronteras, podríamos vernos en apuros, con los pictos a un lado y Brocas al otro.

»Los Halcones, los Gatos Salvajes y las Tortugas escuchan cuando Valerio habla. Incluso ha visitado las ciudades de los Lobos y ha salido vivo.

De ser cierto resultaba insólito; todos sabíamos de la ferocidad de la gran confederación de clanes aliados conocida como la Tribu de los Lobos, que habitaba en el oeste, más allá de los terrenos de caza de las tres tribus menores que Hakon había nombrado. Casi siempre se mantenían alejados de la frontera, pero la amenaza de su odio era un peligro constante a lo largo de las fronteras de Schohira.

Hakon alzó la vista cuando un hombre alto, con calzas, botas y capa escarlata, entró en la taberna.

—Ahí está Valerio —dijo.

Me lo quedé mirando y me puse en pie de un salto.

—¿Ese? —exclamé—. ¡Lo vi anoche allende la frontera, en un campamento de Halcones! ¡Contemplaba la Danza de la Serpiente Cambiante!

Valerio me oyó y se giró, pálido. Sus ojos ardían como los de una pantera. Hakon también se levantó.

—¿Qué dices? —gritó—.Valerio dio su palabra…

—¡No me importa! —exclamé con fiereza, avanzando a grandes zancadas para enfrentarme al alto noble—. Lo vi mientras me escondía entre los tamarugos. Ese rostro de halcón es inconfundible. Estaba allí, desnudo y pintado como un picto…

—¡Mientes, maldita sea! —gritó Valerio mientras apartaba la capa y aferraba la empuñadura de la espada.

Antes de que pudiera desenvainarla, me acerqué y lo tiré al suelo, donde se agarró a mi cuello con ambas manos, blasfemando como un loco. Se oyó ruido de pasos; nos separaron, agarrando con firmeza al noble, que se quedó blanco y jadeante de furia, aferrado todavía a mi pañuelo de cuello, que me había arrancado de la garganta en la lucha.

—¡Soltadme, perros! —despotricó—. ¡Quitadme vuestras manos de destripaterrones de encima! Voy a rajar a este mentiroso hasta la barbilla…

—No he mentido —dije con calma—. Anoche estaba tumbado entre los

tamarugos y vi al viejo Teyanoga sacar el alma del cuerpo de un jefe Cuervo y meterla en el de una serpiente arbórea. Fue mi flecha la que abatió al chamán. Te vi; un hombre blanco, desnudo y pintado, aceptado como uno del clan.

—Si esto es cierto… —comenzó Hakon.

—¡Es cierto, y ahí tienes la prueba! —exclamé—. ¡Mira! ¡En su pecho!

El jubón y la camisa se le habían desgarrado en la refriega, y allí, en el pecho desnudo, se veía el contorno de la calavera blanca que los pictos solo pintan cuando quieren hacer la guerra a los blancos. Había tratado de quitársela de la piel, pero la pintura picta es difícil de borrar.

—Desarmadlo —dijo Hakon, con los labios blancos.

—Dame mi pañuelo —exigí, pero su señoría me escupió y lo metió dentro de la camisa.

—Cuando te lo devuelvan, será anudado en un lazo de verdugo alrededor de tu cuello rebelde —gruñó.

Hakon parecía indeciso.

—Llevémoslo al fuerte —dije—. Ponedlo bajo custodia del comandante. No participó en la Danza de la Serpiente para nada bueno. Los pictos estaban pintados para la guerra. Ese símbolo en su pecho significa que pretendía participar en ella.

—¡Por el gran Mitra, es increíble! —exclamó Hakon—. ¿Un hombre blanco azuzando a esos demonios pintados contra sus amigos y vecinos?

El noble no dijo nada. Se quedó entre los que lo agarraban, lívido, con los finos labios contraídos en un gruñido que mostraba los dientes; el infierno ardía como un fuego amarillo en sus ojos, donde me pareció percibir destellos de locura.

Hakon no tenía muy claro cómo proceder. No se atrevía a liberar a Valerio, y temía el efecto que podría causar en el pueblo si veían que lo llevaban cautivo a la fortaleza.

—Querrán saber la razón —argumentó—. Y cuando sepan que ha estado tratando con los pictos, con pinturas de guerra, podría cundir el pánico. Encerrémoslo en la cárcel hasta que podamos traer a Dirk para interrogarlo.

—Es peligroso vacilar con una situación como esta —respondí sin rodeos—. Pero es tu decisión; estás al mando.

Así que sacamos a su señoría a escondidas por la puerta de atrás. Como ya había anochecido, llegamos a la cárcel sin que se diera cuenta nadie, ya que todos estaban en sus casas. Era un pequeño edificio de troncos con cuatro celdas, algo apartado de la ciudad; solo había una ocupada, la de un gordo bribón que había sido encarcelado durante la noche por embriaguez y por pelearse en la calle. Se quedó mirando a nuestro prisionero. Valerio no dijo una palabra mientras Hakon cerraba la puerta enrejada sobre él, para luego dejar a uno de los hombres de guardia. Un fuego demoníaco ardía en los ojos oscuros de Valerio, como si tras la máscara de su rostro pálido se riera de nosotros con un triunfo diabólico.

—¿Solo dejas un hombre? —pregunté a Hakon.

—No hace falta más. Valerio no puede escapar, y nadie lo va a rescatar.

Me pareció que daba demasiadas cosas por sentado, pero no era asunto mío, así que guardé silencio.

Hakon y yo fuimos al fuerte, y allí hablé con Dirk hijo de Strom, el comandante, al mando de la ciudad en ausencia de Jon hijo de Storm, el gobernador designado por el señor Thasperas, ahora al mando de la milicia de Thenitea. Recibió mi relato serio y sereno y anunció que iría a la cárcel a

interrogar a Valerio tan pronto como sus obligaciones se lo permitieran, aunque no creía que su señoría hablase, pues era de una estirpe obstinada y altiva.

Se alegró al oír lo de los hombres que Thandara que le ofrecía, y me dijo que podría encontrar a alguien para que fuese a Thandara a aceptar la oferta, si yo deseaba quedarme en Schohira un tiempo, como así era. Luego volví a la taberna con Hakon, pues era nuestro propósito dormir allí esa noche, y partir hacia Thenitea por la mañana.

Los exploradores mantuvieron a los schohiranos al tanto de los movimientos de Brocas, y Hakon, que había estado en su campamento aquel día, dijo que Brocas no mostraba señales de moverse contra nosotros, lo que me hizo creer que estaba esperando a que Valerio lanzara a sus pictos contra la frontera.

Hakon seguía dudando, a pesar de todo lo que le había dicho, creyendo que Valerio se había limitado a visitar a los pictos por amistad, como hacía a menudo. Le indiqué que a ningún blanco, por amigo que fuera de los pictos, se le permitiría presenciar una ceremonia como la Danza de la Serpiente; tendría que ser un hermano de sangre del clan.

## 3

Me desperté de repente y me senté en la cama. Había abierto la ventana para refrescarme, tanto los postigos como el cristal, ya que era una habitación en el piso superior y no había ningún árbol cercano al que pudiera acceder un ladrón. Algún ruido me había despertado; mientras miraba por la ventana, vi una figura voluminosa y deforme que tapaba el cielo estrellado. Saqué las piernas de la cama, y exigí saber quién era mientras buscaba a tientas el hacha, pero la cosa se me echó encima con una velocidad espantosa y antes de que pudiera levantarme algo me rodeó el cuello, estrangulándome.

Tenía un rostro oscuro y espantoso casi pegado a la cara, pero todo lo que pude distinguir en la oscuridad fueron dos ojos rojos y llameantes y una cabeza puntiaguda. Mis fosas nasales se llenaron de un hedor bestial.

Agarré una de las muñecas de aquella cosa; era peluda como la de un simio, gruesa, con músculos de hierro. Encontré la empuñadura del hacha de guerra, la alcé y partí aquel cráneo deforme de un solo golpe. Cayó lejos de mí y me levanté de un salto, con arcadas y jadeos; me temblaba todo el cuerpo. Encontré pedernal, acero y yesca, encendí una vela y miré con furia a la criatura que yacía en el suelo.

Su forma era similar a la de un hombre, nudoso y deforme, cubierto de grueso pelo. Sus uñas eran largas y negras, como las garras de una bestia, y su cabeza sin barbilla y con las cejas bajas era como la de un mono. Se trataba de un chakán, uno de esos seres semihumanos que habitan en las profundidades de los bosques.

Llamaron a la puerta y oí la voz de Hakon preguntando qué pasaba. Lo hice entrar. Vino corriendo, con el hacha en la mano, y sus ojos se abrieron de par en par al ver la cosa en el suelo.

—¡Un chakán! —susurró—. Los he visto, muy al oeste, olisqueando senderos a través de los bosques. ¡Malditos sabuesos! ¿Qué tiene en los dedos?

Un escalofrío de horror recorrió mi espina dorsal al ver que la criatura seguía sujetando un pañuelo que había intentado anudar como un lazo de ahorcado alrededor de mi cuello.

**—He oído que los chamanes pictos atrapan a estas criaturas, las domestican y las utilizan para rastrear a sus enemigos. Pero, ¿cómo ha podido Valerio usar uno así?**

**—No lo sé —respondí—. Pero le dieron a la bestia ese pañuelo para que, acorde con su naturaleza, siguiera mi rastro y me rompiese el cuello. Vamos a la cárcel, rápido.**

**Hakon despertó a sus montaraces y salimos a toda prisa; encontramos al guardia con la garganta cortada, tendido ante la puerta abierta de la celda vacía de Valerio. Hakon se quedó de piedra. Una débil llamada nos hizo volvernos y vimos el rostro blanco del borracho que nos miraba desde la celda de al lado.**

**—Se ha ido —dijo—. Valerio se ha ido. Escuchad: hace una hora, mientras estaba tumbado en la litera, me despertó un ruido en el exterior, y vi a una extraña mujer oscura salir de las sombras y acercarse al guardia. Este alzó el arco y le ordenó que se detuviera, pero ella se rio de él y lo miró fijamente a los ojos y lo dejó como en trance, con la mirada perdida.**

**»Ah, Mitra, le arrebató el cuchillo y le cortó la garganta y el guardia se desplomó y murió. Entonces la mujer le tomó las llaves del cinturón y abrió la puerta, y Valerio salió, riendo como un demonio escapado del infierno, y besó a la moza, y ella se unió a su risa.**

**»No estaba sola, pues algo acechaba en las sombras tras ella, un ser vago y monstruoso que nunca entró en la luz del fanal que colgaba sobre la puerta.**

**»La oí decir que era mejor matar al gordo ebrio de la celda de al lado. Por Mitra, estaba tan cerca de morir de miedo que no sabía si estaba vivo. Pero Valerio dijo que estaba demasiado borracho, y podría haberlo besado por esa palabra.**

**»Mientras se iban le oí decir que enviaría al acompañante de la mujer a una misión, y que luego irían a una cabaña en el arroyo del Lince, donde se encontrarían con su gente, escondida en el bosque desde que se habían ido de Castillo Valerio. Dijo que Teyanoga iría a buscarlos y que cruzarían la frontera y se unirían pictos, y los traerían de vuelta para degollarnos a todos.**

**Hakon parecía lívido a la luz del fanal.**

**—¿Quién es esa mujer? —pregunté con curiosidad.**

**—Su amante mestiza picta —dijo—. Mitad picta y mitad ligur. He oído hablar de ella. La llaman la Bruja de Skandaga. Nunca la he visto, nunca he dado crédito a las historias que se susurran sobre ella y Valerio. Pero son ciertas.**

**—Estaba convencido de haber matado al viejo Teyanoga —murmuré—. El viejo demonio debe de llevar protección mágica; vi mi asta temblando en su pecho. ¿Y ahora qué?**

**—Debemos ir a la cabaña del Arroyo del Lince y matarlos a todos —dijo Hakon—. Si lanzan a los pictos contra la frontera, será un infierno. No podemos prescindir de los hombres del fuerte o del pueblo. Tendremos que ir nosotros. No sé cuántos habrá en el Arroyo del Lince, y no me importa. Los tomaremos por sorpresa.**

**Salimos a la luz de las estrellas. La tierra estaba en silencio, las luces parpadeaban tenues en las casas. Hacia el oeste se alzaba el bosque negro, silencioso, primordial, una amenaza inquietante para quien se atreviese a cruzarlo.**

**Íbamos en fila de a uno, con los arcos preparados en la mano izquierda y las hachas en la derecha. Nuestros mocasines no hacían ruido en la hierba mojada por el rocío. Nos adentramos en el bosque y tomamos un sendero que serpenteaba**

entre robles y alisos. Aquí nos separamos unas cinco varas cada uno, con Hakon a la cabeza, y nos sumergimos en una hondonada de hierba, donde vimos la luz que se filtraba débilmente por las rendijas de los postigos que cubrían las ventanas de una cabaña.

Hakon se detuvo y susurró a los hombres que esperasen, mientras nosotros dos avanzábamos en silencio y los espiábamos. Caímos sobre el centinela, un renegado schohirano que, de no haber sido por el vino que traicionaba su aliento, habría oído nuestro sigiloso acercamiento. Nunca olvidaré el feroz siseo de satisfacción que salió de los dientes apretados de Hakon cuando clavó el cuchillo en el corazón de aquel villano. Dejamos el cuerpo oculto en la hierba alta, nos acercamos a la pared de la cabaña y nos atrevimos a asomarnos por una rendija. Allí estaba Valerio, los fieros ojos ardiendo, junto a una muchacha oscura, salvajemente hermosa, con un taparrabos de piel de ciervo y mocasines de cuentas, el pelo negro y bruñido atado hacia atrás con una cinta de oro de aspecto extraño.

Había media docena de renegados schohiranos, rufianes hoscos con pantalones de lana y jubones de campesino, con espadas al cinto; tres montaraces con pieles de ante, hombres de aspecto salvaje, y media docena de guardias gunderios, gente de complexión compacta con rectas melenas rubias embutidas en gorros de acero, camisotes y grebas pulidas. Llevaban espadas y puñales, sus ojos eran de color acero y hablaban con un acento muy diferente al de los nativos de la Marca Occidental. Eran robustos combatientes, despiadados y bien disciplinados, y muy populares como guardias entre los terratenientes de la frontera.

Los vimos reír y hablar entre ellos. Valerio se estaba jactando de su fuga y explicaba que había enviado un visitante a aquel maldito thandario para que se ocupase de él. Los hoscos renegados lanzaban juramentos y maldiciones contra sus antiguos amigos. Los montaraces se mantenían silenciosos y atentos. Los gunderios parecían despreocupados y joviales, lo que no ocultaba su naturaleza despiadada. En cuanto a la muchacha mestiza, a la que llamaban Kwarada, se reía y contoneaba junto a Valerio, que parecía sombríamente divertido.

Hakon se echó a temblar de furia al oírlo jactarse de cómo pensaba soliviantar a los pictos y llevarlos a través de la frontera para atacar a los schohiranos por la espalda mientras Brocas atacaba desde Coyaga.

Oímos un ligero repiqueteo de pies, nos pegamos a la pared y vimos que se abría la puerta y entraban siete pictos, figuras horribles, pintadas y con y plumas. Los dirigía el viejo Teyanoga con el pecho vendado; así fue como supe que mi flecha no había hecho más que encarnarse en aquellos apretados músculos. Me pregunté si el viejo demonio era realmente un hombre lobo al que no se podía matar con armas mortales, como él se jactaba y muchos creían.

Hakon y yo, pegados a la pared, oímos decir a Teyanoga que los Halcones, los Gatos Salvajes y las Tortugas no se atrevían a atacar a través de la frontera a menos que se estableciera una alianza con los poderosos Lobos, pues temían que estos asolasen el país mientras luchaban contra los schohiranos. Teyanoga dijo que las tres tribus menores se reunirían con los Lobos junto al Pantano Fantasma para celebrar un consejo, y que los Lobos acatarían el consejo del Brujo del Pantano.

Valerio dijo que irían al Pantano Fantasma y tratarían de persuadir al Brujo para que indujera a los Lobos a unirse a los demás. En ese momento, Hakon me dijo que me arrastrara a gatas en busca de los otros y los trajera. Vi que pensaba

**que debíamos atacar, pese a vernos superados en número. Estaba tan alterado por el infame complot que acabábamos de oír que me sentía tan ansioso como él. Volví y traje a los demás, y en cuanto nos oyó llegar, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta y la golpeó con el hacha de guerra.**

**En el mismo instante, parte del grupo irrumpió en los postigos y arrojó flechas contra la habitación, abatiendo a algunos, y luego incendiaron la cabaña.**

**Se sumieron en la confusión y no hicieron ningún intento de defender la cabaña. Las velas temblaron y se apagaron, pero el fuego proporcionaba un tenue resplandor. Se abalanzaron sobre la puerta y algunos fueron abatidos en ese momento, y otros mientras luchábamos con ellos. Casi todos huyeron al bosque, excepto los que matamos, gunderios, renegados y pictos pintados, pero Valerio y la muchacha seguían en la cabaña. Al cabo salieron y ella se echó a reír y lanzó algo al suelo que estalló y nos cegó con un humo asqueroso, gracias al cual pudieron escapar.**

**Todos los nuestros habían muerto en la desesperada lucha excepto cuatro, pero salimos inmediatamente en su persecución, enviando de vuelta a uno de los heridos para que avisara a la ciudad.**

**El sendero se adentraba en la espesura.**

# ENSAYOS

# TORRES RESPLANDECIENTES Y ALTARES ENSANGRENTADOS

## (UN VIAJE POR TIERRAS HIBÓREAS)

**Armando Boix**

### *El hombre que creaba mundos*

**A más de 250 kilómetros de Dallas o Austin, Cross Plains sigue siendo un pueblo perdido en medio de una llanura monótona, de calles poco transitadas, escasos comercios y casas bajas que se separan unas de otras con jardines tan insignificantes como estériles. No alcanza los mil habitantes, la mayor parte de raza blanca. Podemos imaginarlo en los años de la Gran Depresión, estragado económicamente y mucho más aislado del resto del mundo, salvo por la oficina de correos y la estación de tren inaugurada en 1912.**

**Alguien como Robert E. Howard, que gracias a la literatura aprendió a soñar con paisajes de bosques frondosos, escabrosas montañas, playas batidas por las olas y ciudades de minaretes enjoyados, debía sentirse igual que el náufrago a quien el infortunio arroja a una roca pelada sin posibilidad de rescate. Y la culpa no recaía solo en el paisaje. Howard difícilmente encontraría en aquel pueblo texano, entre granjeros pobres y peones de los pozos de petróleo, cómplices con quien compartir sus inquietudes. Su círculo social siempre fue pequeño y la mayor parte de sus amistades entraron en su órbita por la rara condición de una atracción común por leer y contar historias, como la maestra de escuela y aspirante a escritora Novalyne Price; Tevis Clyde Smith, coautor del relato «Espadas rojas del negro Cathay» (Red Blades of Black Cathay); o R. Fowler Gafford, para quien reescribiría la novela *West of the Rio Grande*, hoy desaparecida.**

**Howard fue un inadaptado de carácter difícil, propenso a la ira, desidioso apenas perdía el interés por algo, y no soportó la tiranía de una educación reglada o el vasallaje del trabajo asalariado. Escribir para las revistas de ficción popular supuso una vía de escape que no solo le sirvió, mal que bien, para ganarse la vida; con esa actividad también sublimó muchas de sus frustraciones y estableció una relación epistolar con escritores como E. Hoffmann Price, Donald Wollheim, August Derleth, Clark Ashton Smith o H. P. Lovecraft, que le abrirían otros horizontes y la oportunidad de intensos intercambios de opiniones. Si, al describir la obra de Howard, Lovecraft atribuyó su fuerza a que él estaba dentro de cada una de sus narraciones, nada mejor para un soñador aislado que imaginar un mundo propio donde desplegar sus aventuras.**

**Los inicios de su carrera como escritor fueron titubeantes. Muchos entre sus textos primerizos quedaron inacabados o sin publicar; solo pudo soportar esa travesía con el beneplácito de su familia, pues aceptaría que no desempeñara otro trabajo —Howard nunca abandonó el hogar paterno, salvo en sus días de**

estudiante o para viajes no demasiado alejados— hasta conseguir vender sus historias. Publicó su primer relato como profesional en 1925, «Lanza y colmillo» (Spear and Fang), y cuando llegó a imprenta la primera de sus historias sobre Conan, a finales de 1932, el joven escritor ya había conseguido el respeto de lectores y editores, al tiempo que diversificaba los temas de su narrativa para abarcar un mercado amplio. Publicaría relatos de boxeo, del oeste, sobre cruzados y vikingos, sobre detectives más hábiles con los puños que con la lógica, sobre piratas, aventureros en oriente o investigadores de lo oculto, e incluso narraciones de lo que, por aquel entonces, inocentemente se consideraba erotismo en las revistas «picantes». Muchas de sus creaciones más recordadas las reservó para la revista especializada en terror y fantasía *Weird Tales*, la primera de esos géneros en Estados Unidos.

Dentro de esta publicación, que dirigía Farnsworth Wright desde Chicago con el arrogante pero no inexacto subtítulo de «The Unique Magazine», verían la luz muchas de sus narraciones autónomas de horror, junto a otras historias agrupadas en ciclos. Las protagonizadas por Solomon Kane se situaban en Europa y el continente africano durante el siglo XVI; las de Bran Mak Morn, en unas islas británicas dominadas por el Imperio Romano; las de Turlogh Dubh O'Brien, en la Irlanda de las invasiones danesas... «Uno de los principales motivos por los que me gustan las revistas de Farnsworth Wright es que no tienes que convertir a tus héroes en verdaderos santos»[18], explicaría Robert E. Howard a Harold Preece en octubre de 1930. Con el rey Kull, Howard ofrecerá por primera vez un personaje cuyas hazañas transcurren en un mundo por completo fabuloso. Si bien escribió otras historias sobre este bárbaro entronizado en la olvidada Valusia, que fueron rechazadas y abandonadas en el cajón, Howard contempló tres narraciones sobre Kull en las páginas de *Weird Tales*, las dos primeras en 1929 y la última en 1930: «El reino de las sombras» (The Shadow Kingdom), «Los espejos de Tuzun Thune» (The Mirrors of Tuzun Thune) y lo que hoy llamaríamos un *crossover* entre Bran Mak Morn y Kull: «Reyes de la noche» (Kings of the Night).

## *Llega Conan*

En su correspondencia, Howard afirmaba que Conan surgió tras un período de bloqueo creativo. Como si un tapón se liberara y el chispeante contenido de su imaginación brotara con ímpetu incontenible, en un periodo de cuatro años redactó veintiuna historias completas dedicadas al cimerio, más algunos fragmentos y sinopsis. Una de esas narraciones tendría extensión de novela; otras, de novela corta. Sobre otros personajes escribió más relatos, pero no tantas páginas; llegaría a afirmar que parecía como si le fueran dictados por el propio protagonista, dada la facilidad con que nacían. En cualquier caso, no debemos tomar al pie de la letra todo cuanto Howard explicaba a sus conocidos, pues tenía tendencia a fabular con su biografía. La subsistencia de diversas versiones de la mayor parte de sus relatos nos revela que el proceso de escritura jamás fue tan automático y fluido como le gustaba hacer creer.

Tenemos por seguro que «¡Con esta hacha gobierno!» (By this Axe I Rule!), un texto sobre Kull rechazado por *Argosy* y *Adventure*, supondría el nacimiento de Conan como protagonista de una fecunda serie. Para no desperdiciar el trabajo invertido, Howard decidió reescribir el cuento para la revista de Farnsworth

**Wright, añadiendo elementos sobrenaturales y cambiando su escenario y su personaje central. Con el título «El fénix en la espada» (The Phoenix on the Sword), la nueva historia no sufriría así su corrección definitiva: Wright consideró que los dos primeros capítulos, donde Howard se había ocupado de introducir al lector en las peculiaridades de Era Hibórea y la personalidad de su héroe, resultaban demasiado prolijos y ralentizaban el curso de la acción, por tanto exigió condensarlos. Esta poda en la primera versión del relato propició que Howard redactara, en sustitución de la información perdida, ese potente y evocador fragmento de las *Crónicas Nemedias* que todo lector de Conan recordará:**

> Has de saber, oh, príncipe, que en los años que median entre el hundimiento de la Atlántida y las ciudades resplandecientes y la ascensión de los hijos de Aryas hubo una época de ensueño en que reinos rutilantes se extendían por el mundo como mantos de zafiro tachonados de estrellas: Nemedia; Ofir; Britunia; Hiperbórea; Zamora, con sus mujeres de pelo negro y sus misteriosas y sobrecogedoras torres; Zingaria, con su caballería; Koth, que lindaba con los pastizales de Shem; Estigia, con sus tumbas custodiadas por las tinieblas; Hirkania, cuyos jinetes vestían de acero, seda y oro… Pero no había reino más magnificente que Aquilonia, cuyos dominios abarcaban el esplendoroso oeste. Allí apareció, espada en mano, Conan el cimerio, tan desbordante de melancolía como de júbilo, dispuesto a hollar con sus sandalias los engalanados tronos de la Tierra.[19]

**Howard nos brinda, de esta forma, un breve recorrido por algunos emplazamientos de su geografía inventada. Quedaba esperar a que fuera llenándolos de detalles en historias venideras.**

## *Algo viejo, algo nuevo, algo prestado*

**Aunque su obra se contará entre las más influyentes en la evolución de ese subgénero del fantástico que llamamos ahora fantasía heroica o espada y brujería, no podemos conceder a Robert E. Howard la primicia de emplear un mundo fabuloso para sus narraciones sobre magia y aventura. La propuesta de edificar literariamente un escenario inexistente y a un tiempo lleno de coherencia viene de antiguo. Podemos remontarla a los diálogos *Timeo* y *Critias*, de Platón, donde nos presentan la Atlántida, incluso a *La República*, detallada descripción de una ciudad-estado con leyes y estructura social por completo diferentes a las de la Grecia contemporánea a su redacción. De ese modelo nacería, a lo largo de los siglos, una ingente literatura utópica y satírica, sea en las propuestas de Tomás Moro o Campanella, sea en los países imposibles imaginados por Jonathan Swift para su Gulliver o en fantasías geométricas como el *Flatland* de Edwin Abbott. Habrá que esperar al siglo XIX, con la recuperación de las sagas escandinavas, las leyendas célticas —en ocasiones apócrifas— y los cuentos feéricos, junto al gusto romántico y prerrafaelita por lo medieval, las novelas de caballería y los mitos artúricos, para que la literatura empiece a explorar de forma asidua y con intención lúdica todas las posibilidades que procura al escritor disponer, para sus tramas y personajes, de un escenario por completo maleable. No habrá límites a la imaginación, aunque serán los modelos del mundo antiguo y la Edad Media los patrones más recurrentes a la hora de coser las piezas de esas invenciones, por lo general.**

**Entre los inmediatos precedentes a Robert E. Howard podemos citar al**

pionero George MacDonald, autor de *Fantasías* (*Phantastes;* 1858); a William Morris, con obras como *El bosque del fin del mundo* (*The World Beyond the Wood*; 1884), *The House of the Wolfings* (1889) o *Historia de la llanura esplendente* (*The Story of the Glittering Plain;* 1890); al antiguo reino de Poictesme, escenario de *Jurgen* (1919) y otras obras de James Branch Cabell; a Eric Rücker Eddison y su novela *La serpiente Uróboros* (*The Worm Ouroboros*), publicada en 1922; y, por supuesto, tantos textos del narrador irlandés Lord Dunsany, del que mencionaremos *Los dioses de Pegāna* (*The Gods of Pegāna*; 1905), *La espada de Welleran* (*The Sword of Welleran*; 1908), *Cuentos de un soñador* (*A Dreamer's Tale*; 1910) o *La hija del rey del país de los elfos* (*The King of Elfland's Daughter*; 1924). Incluso Tolkien había empezado, a finales de los años veinte, a construir su impresionante Tierra Media, aunque la primera novela terminada, *El hobbit* (The Hobbit), no llegaría a imprenta hasta 1937, después de muerto Robert E. Howard.

Por lo que sabemos, los libros que Howard adquirió eran en gran parte obras de ensayo sobre historia, folclore, mitología y viajes, destinados a material de documentación. Mucha de la ficción que disfrutaba procedería de préstamos o de los *pulp magazines*, aunque sí poseía algunos títulos de autores populares, como Jack London, Edgar Rice Burroughs o Sax Rohmer. Es dudoso, por tanto, que los precedentes citados le influyeran, con la sola excepción de Cabell, un autor muy conocido y polémico en su tiempo. Tenemos la certeza, gracias al legado de su padre a la Howard Payne Library, de que nuestro escritor era propietario al menos de uno de sus libros, *The Cream of the Jest*, cuya trama en parte transcurre en el castillo de un mítico país medieval. Por lo que se refiere a Lord Dunsany, H. P. Lovecraft no se cansaba de recomendarlo a sus corresponsales y Howard estaría informado de su obra; lo que no me consta es que poseyera alguno de sus libros y desconozco si llegó a leerlo de otra forma.

También podría tentarnos pensar que Robert E. Howard encontró inspiración en los cuentos de Lovecraft de corte dunsaniano y los de Clark Ashton Smith sobre una Hiperbórea perdida en el pasado y la agonizante Zothique de un futuro lejano. Los horrores informes y las arquitecturas prehumanas de Lovecraft fueron modelo para muchos de los cuentos de Howard —véase, por ejemplo, «La piedra negra» (The Black Stone), «Los pasos en el interior» (The Footfalls Within) o «La ciudadela escarlata» (The Scarlet Citadel)—; de todos modos, la ambientación y atmósfera de sus relatos de fantasía deben más a la narrativa histórica que Howard leía en las páginas de *Adventure* que al onirismo propio del primer periodo del autor de Providence. Por lo que se refiere a Smith, aunque era trece años mayor que Howard no empezó a publicar ficción popular en *Weird Tales* hasta 1926, un año después que su colega texano. Howard conocía muy bien la poesía y los cuentos de Smith; no obstante, su influencia se advierte poco profunda y solo en último término, cuando la construcción de la Era Hibórea ya estaba en marcha. Muy pocos de los relatos de los citados ciclos sobre Zothique e Hiperbórea, con sus hechiceros, demonios y ciudades orientalizantes, habían sido publicados ya cuando Howard imaginó la Valusia de Kull: la obra de ambos creadores fue escribiéndose casi en paralelo. Con modestia, en una carta a Donald Wandrei datada el 21 de febrero de 1933, Howard compara uno de sus primeros relatos de Conan con otro de Clark Ashton Smith, situándose a sí mismo algunos peldaños por debajo: «Me temo que "La torre del elefante" no resiste la comparación con "La isla de los torturadores" de Smith».[20]

Si el personaje de Conan surgió en la imaginación de Howard de repente, de

**creer sus palabras, elaborar el marco donde transcurrirán sus peripecias fue un proceso más lento, en varias etapas. Incluso cuando trabajó en la única novela de la serie, *La hora del dragón* (*The Hour of the Dragon*), todavía añadió detalles a la historia de su mundo que no había considerado con anterioridad, como la antigua Aqueronte, de donde procede el sumo sacerdote Xaltotun.**

**Estudiosos de la obra de Howard como Patrice Louinet aseguran que al escribir los tres relatos iniciales sobre Conan, «El fénix en la espada», «La hija del gigante de hielo» (The Frost Giant's Daughter) y «El dios del cuenco» (The God in the Bowl), aún no había ideado su Era Hibórea en toda su profundidad histórica y riqueza de pueblos y costumbres. Prueba de ello son unas notas redactadas por Howard en marzo de 1932, momento de ponerse a trabajar en aquellas narraciones. Gracias a esos apuntes comprobamos que solo había concebido, sin ahondar en sus peculiaridades, las posiciones relativas de Aquilonia, Cimeria, Hirkania, Asgard y Vanaheim, con unas marcas que defendían al más grande de aquellos reinos de sus vecinos bárbaros. Nemedia y Zamora reciben una única mención como lugares situados al este de Aquilonia y, por lo que se refiere a Britunia, aún parece dudar si sería más oportuno colocarla al este o al sur. Llega, incluso, a imaginar un rey de Cimeria, Cumal, que jamás utilizará. Una lista de nombres propios para posibles personajes nos indica su concepción de los cimerios como gaélicos irlandeses, a vanires y aesires como escandinavos y a la aquilonia como una cultura de corte grecolatino.**

**Con tan livianos mimbres e improvisando sobre la marcha, Howard se puso a trabajar en su nuevo personaje heroico, sin imaginar que lo convertiría en un icono popular de la talla de Tarzán, Sherlock Holmes, Fu-Manchú o James Bond, y que gracias a él se labraría fama imperecedera.**

**A la hora de bautizar a su protagonista, Howard quizá pensó en un relato que había publicado poco tiempo atrás: «El pueblo de la oscuridad» (People of the Dark; *Strange Tales*, junio de 1932). Se trata de una historia de memoria racial sobre un guerrero celta de negra cabellera a quien llama Conan de los salteadores y que persigue por el bosque a una muchacha enemiga con las intenciones que podemos imaginar: una situación paralela a la que nos contará en «La hija del gigante de hielo». No hay que buscar premeditación alguna en Howard, pues en bastantes ocasiones se dejaba llevar por la inercia al buscar nombres a sus protagonistas y los repetía sin complejos. Conan es un nombre gaélico de larga tradición y no pocos personajes importantes en las Islas Británicas lo han llevado, como podemos comprobar en la crónica de Geoffrey de Monmouth sobre sus antiguos reyes.**

**El argumento de «El fénix en la espada» repite el elenco de personajes de «¡Con esta hacha gobierno!», con idénticas características y motivaciones; incluso conserva algunos de sus apelativos. Importantes pasajes del texto son puro transvase de su plantilla original, sobre todo antes de reescribirlo a instancias del editor de *Weird Tales*. Se trata, por tanto, de una sencilla intriga palaciega, ahora con elementos de brujería, que concluye con un intento fallido de asesinar a Conan, rey de Aquilonia tras deponer al anterior monarca.**

**Lo significativo es que Howard nos presenta un escenario enriquecido considerablemente. En los únicos relatos publicados sobre Kull, el lector solo llegaría a saber de la existencia de Siete Imperios, entre los cuales Valusia es el más poderoso, de otras tierras llamadas Mu, Ka-nu y Lemuria, de unas montañas orientales, unas selvas australes y unas islas occidentales donde moran los pictos,**

además de otra isla habitada por sus enemigos ancestrales: la Atlántida. Valusia, cuyo trono ha ganado Kull por el expeditivo método de asesinar al rey, es un régimen autocrático apoyado sobre leyes milenarias y una aristocracia amiga de las conspiraciones. Es descrito como una amalgama entre imperio oriental de la edad antigua, con sus tropas de élite llamadas asesinos rojos, que podrían recordarnos a los Inmortales persas, y elementos de inspiración medieval, sobre todo por lo que se refiere a la corte, con sus damas, caballeros y juglares impertinentes. De su religión conocemos que juran por Valka, una suerte de Zeus supremo, y que persiste un viejo culto a la serpiente. En estas pocas líneas se reúne todo cuanto Robert E. Howard explicará sobre el mundo donde vivió Kull. Es cierto que tampoco necesitaba más. Howard ofrece pinceladas de ambiente y deja que el lector construya el resto en su fantasía, entrando velozmente en materia.

En la historia para Conan, suma detalles y localizaciones a la muy primitiva concepción inicial presente en sus notas. Permanecen los pictos, pero en lugar de aliados son una fuerza que amenaza las fronteras de Aquilonia y es necesario el envío de tropas para contenerla. Mitra sustituye al Valka de Valusia y, por primera vez, se menciona Estigia, el culto a Set, y se nos presenta a Tot Amón. Está lejos aún de la figura magnífica y amenazadora que nos dibujará más tarde: se trata solo de un hechicero caído en desgracia, esclavizado y atemorizado, al que su amo golpea con su puño y humilla con el látigo. Posteriores pastiches y, sobre todo, los cómics, querrán convertirlo en el archienemigo de Conan, como Sherlock Holmes sufrió a su Moriarty. Tenemos pruebas de que este personaje no era un secundario irrelevante para Howard, pues lo hizo trascender más allá de las aventuras de Conan: su figura aparece mencionada en textos ajenos al ciclo, como una primera versión inédita de «Los caminantes de Valhalla» (Marchers of Valhalla) y en el relato de horror «El morador del anillo» (The Haunter of the Ring).

La primera versión de «El fénix en la espada» era incluso más rica en la construcción de ese mundo. En un momento del segundo capítulo, Conan se entretiene dibujando un mapa, insatisfecho ante los que se archivan en la corte. En ese mapa aparece Nemedia al este de Aquilonia, más allá Britunia y luego Zamora. Al sur aguardan Koth y las tierras de Shem, mientras al oeste de Aquilonia se halla el salvaje país de los pictos, contenidos por las marcas bosonias.

Cimeria, Asgard y Vanaheim admiran al senescal Próspero, quien los creía países legendarios. Conan le hablará de las guerras perpetuas en esos lugares y del carácter de sus gentes. Al este de Asgard se encuentra la tierra de los hiperbóreos, y al oriente de Hiperbórea, los desiertos hirkanios.

Este exuberante tapiz que Howard procuró trenzar para introducir la Era Hibórea desapareció, en una parte significativa, de la versión publicada del relato y sus lectores jamás lo conocieron. Sin los párrafos desechados, la panorámica se estrecha y se encierra la trama, como ocurría en el relato de Kull.

«El fénix en la espada» trascurre casi por completo en espacios cerrados —el jardín de una villa, la estancia de unos conspiradores y las habitaciones del rey en palacio—, de modo que podría representarse sin problemas sobre un escenario de teatro. En el segundo relato que Howard escribió sobre Conan, «La hija del gigante de hielo», saltamos al exterior, hacia un telón de fondo no menos uniforme: las nevadas montañas del norte, lejos de todo enclave humano. En el tercero, «El dios del cuenco», volvemos a encontrarnos en un entorno por completo limitado: las

salas del museo de antigüedades conocido como Templo de Kallian Público. Esta historia, que transcurre en la capital de Nemedia, es de las menos convincentes de toda la serie en cuanto a ambientación se refiere. En un escenario que quiere evocar el mundo romano, porque sus personajes se llaman Demetrio, Dionus, Prómero o Petanius, conducen sus carros por la Vía Palia y visten túnicas con el color púrpura, nos presenta a un anacrónico cuerpo regular de policía con insignias y alabardas... Es como si Howard no se sintiera seguro para explorar en serio la variedad y colorido del vasto entorno que empezaba a diseñar.

Para que Robert E. Howard compusiera uno de sus relatos más memorables, «La torre del elefante» (The Tower of the Elephant), y moviera por primera vez a sus personajes a lo largo de un fascinante entorno urbano, por esas callejas y tabernas de los barrios bajos donde se congregan ladrones, asesinos y rameras mientras aventureros llegados de lejanas regiones se reúnen a contar sus hazañas o a encontrar un socio para su nuevo golpe, era necesario que se sentara a plantearse, con minuciosidad, el aspecto y la idiosincrasia de las tierras por donde viajará su héroe.

Howard llegó a dibujar dos mapas de los países de la Era Hibórea en tiempos de Conan, que por fortuna se han conservado. Algún concepto desaparecería en los relatos, como el Reino Fronterizo (*Border Kingdom*) que separaba Cimeria de Nemedia y Britunia. El segundo boceto lo amplió hacia el sur y, sobre todo, hacia oriente, presentando a Turán y desplazando las tierras de los hirkanios al este del mar de Vilayet, en ese instante aún con el único nombre de Mar Interior (*Inland Sea*). Vemos en él que, para trazar sus fronteras, trabajó sobre un esbozo de las costas de Europa y el norte de África, lo que nos confirma que tuvo siempre presente esos referentes verdaderos a la hora de concebir los rasgos de sus pueblos fabulosos.

Le quedaba redactar en 1932 el pseudoensayo histórico «La Era Hibórea», del que llegó a preparar cuatro versiones progresivamente más complejas. No apareció publicado de forma parcial hasta cuatro años después, en la revista de aficionados *The Phantagraph*. Howard nos dice: «Cuando empecé a escribir sobre Conan, hace unos años, preparé esta "historia" de su entorno y de los pueblos de su época con el objetivo de que tanto el personaje como los relatos me parecieran más verosímiles».[21] A través de este texto crearía una cronología y geografía casi completas, unas culturas consistentes; sobre todo, una profundidad en el tiempo que compitiera en solidez con la mejor narrativa histórica, aquella que a él le gustaba tanto leer y escribir, aunque entrañaba un trabajo de documentación previo reñido con las prisas del escritor *freelance* para las revistas de ficción. Sin duda autores como Rudyard Kipling —además de sus relatos sobre la India, recordemos los dedicados a romanos, pictos, vikingos y sajones—, Harold Lamb, Hugh Pendexter, Rafael Sabatini y, sobre todo, Talbot Mundy, marcaron de modo indeleble la ficción de Howard.

En ocasiones se le ha reprochado a Robert E. Howard, y también lo expresaría Lovecraft, que usara para sus tierras de ficción una toponimia emparentada con lugares auténticos, cuya etimología e historia conocemos bien; eso vuelve inaceptable la presunción de que tales nombres pervivieron como una suerte de nebuloso recuerdo, hasta ser utilizados de nuevo después del cataclismo que transformó el mundo hibóreo. No creo que la decisión la tomara por incapacidad o pereza, sino siendo consciente del ahorro narrativo, aunque pusiera en riesgo la verosimilitud. Sus relatos estaban pensados para incluirse en revistas populares,

**no lo olvidemos, y cuando nos habla de shemitas, kozakis o corintios, el lector mínimamente formado adquirirá una imagen de cómo son su cultura, su aspecto racial y su indumentaria sin necesidad de demasiados detalles añadidos. Unas pocas pinceladas más de descripción impresionista y evocadora bastarán para completar el cuadro en la imaginación. No hay que subestimar, tampoco, su utilidad mnemotécnica, tanto para el lector como para mismo autor, pues sería mucho más fácil extraviarse en un universo con nombres inventados por entero.**

**¿Qué nos cuenta Robert E. Howard en «La Era Hibórea»? Aunque el interesado puede acudir al texto en toda su extensión dentro de *Las Crónicas Nemedias I: Nacerá una bruja*, merece la pena refrescar la memoria con una descripción sucinta.**

## *La Era Hibórea adquiere una historia*

**Ambicioso, Howard retrotrae su crónica a la era de Kull. Las zonas pobladas se concentran en las islas de pictos, atlantes y lemurios, y en un continente principal, el thurio, donde se halla Valusia. Es interesante que el autor mencione la existencia de otro continente al este de las islas lemurias, fuente de una civilización misteriosa: eso le proporcionara coartada para las muchas amenazas inhumanas procedentes de un pasado remoto y olvidado, como las que luego encontraremos con frecuencia en las aventuras de Conan.**

**Cuando la civilización thuria vivía su decadencia, un cataclismo natural cambió la faz del mundo. La Atlántida y Lemuria desaparecieron bajo las aguas, mientras el hogar de los pictos dejaba de ser un archipiélago para convertirse en las montañas occidentales de un continente de costas desfiguradas. La civilización retrocedió a la edad de piedra y, allí donde hubo grandes ciudades, brotaron las selvas, y los ríos y lagos lo anegaron todo. Con su sociedad tribal consagrada a la guerra, solo atlantes y pictos sobrevivieron en occidente, mientras en oriente los descendientes de los lemurios permanecían esclavizados largos siglos por una raza prehumana, los habitantes de aquel continente ignoto.**

**Miles de años transcurrieron sin que la humanidad lograra otro avance a su condición cavernícola que la liberación de los lemurios de su esclavitud y la aniquilación de sus antiguos amos. Los supervivientes de aquel genocidio iniciaron un éxodo y se convertirían en fundadores de un nuevo reino: Estigia.**

**Mientras tanto, en el norte empezaron a surgir atisbos de una civilización restaurada, gracias a un pueblo conocido como hibóreo. Durante su desplazamiento migratorio hacia el sur se mezclarán con los pueblos conquistados, más primitivos, y crearán nuevas naciones. La más antigua de ellas será Hiperbórea, donde la humanidad abandonará chozas y cavernas y volverá a descubrir la arquitectura en piedra para construir sus ciudades.**

**A lo largo de un período de mil quinientos años se van formando los reinos hibóreos que conoceremos durante la vida de Conan. Howard, en su intención de resultar plausible, no se contenta con terminar ahí su pseudoensayo; va más allá, enlazando ese pasado con la historia conocida y dando explicación a porqué terminó sumiéndose en el olvido.**

**Narra cómo Aquilonia expande su imperio mediante la conquista de reinos vecinos. Solo Nemedia resiste sus embates y crea una alianza con otras naciones libres para enfrentarse al apetito insaciable de los aquilonios. Sin embargo no**

consigue derrotarlos, ante la aparición de un nuevo enemigo procedente del este, los hirkanios, que avanzan sobre occidente con idénticas intenciones de dominio. Aquilonia sobrevive a todos sus enemigos, más poderosa que nunca. Insospechadamente, son los pueblos bárbaros quienes decidirán su caída.

Los cimerios cruzan las fronteras para entregarse al saqueo, aunque serán los pictos la amenaza más temible. Ya han abrazado el culto a Mitra, sin someterse a los preceptos benevolentes de esta religión, y conocen al fin algunas de las tecnologías hibóreas, la más relevante la obtención y forja de metal para la fabricación de armas. Bajo la jefatura de un líder capaz de unificar las distintas tribus, los pictos arrasan las marcas bosonias y caen sobre Aquilonia. Los reinos sometidos aprovechan la oportunidad para liberarse de su yugo. Aquilonia se derrumba.

El colapso del principal reino de occidente sirve para que los hirkanios intenten otra vez el avance, antes rechazado. No encontrarán ahora oposición suficiente. Las antiguas tierras hibóreas quedan reducidas a dos imperios enfrentados, el picto al este y el hirkanio al oeste, con los indomables norteños como único contrapunto, pues han llegado a conquistar Nemedia.

Durante esas tablas en la partida entre pictos e hirkanios, irrumpe un acontecimiento que trastornará la partida: el inicio de una gran glaciación y la obligada migración hacia el sur de los pueblos del norte. Los cimerios se abren paso a sangre y fuego por lo que un día fue Aquilonia, ahora bajo dominio de los pictos. Saquean Nemedia y terminan por enfrentarse a los hirkanios. El mismo reino de Turán cae ante su ferocidad y los cimerios acaban estableciéndose en ese territorio, junto al mar de Vilayet.

Todo occidente ha colapsado bajo el avance de los bárbaros, que llegan incluso hasta Estigia, donde los vanires fundarán la primera dinastía de faraones. Las ciudades son ruinas y la cultura hibórea se desvanece como polvo arrastrado por el viento. En medio de ese caos, un segundo cataclismo vuelve a sacudir la tierra y desplazar el lecho de los océanos. Así, los continentes adoptan la forma que hoy nos es familiar…

A Robert E. Howard no le importa si su crónica contradice la hipótesis de la deriva continental, ya expuesta en los años en los que escribía, o si la desmienten los hallazgos de la lingüística, la arqueología o la antropología, ciencia esta última por la que siempre sintió interés, aunque con frecuencia manejó textos por completo obsoletos en sus ideas. Howard fabula y se deja trasladar a lomos de su visión épica, sin hacer caso de los obstáculos. Aprovecha la Era Hibórea para atraer ese mundo literario hacia sus inquietudes personales. Howard no creía en un progreso indefinido. A lo sumo, concebiría el curso de la civilización semejante a la trayectoria de una flecha lanzada al aire: posee su mayor fuerza en el momento del lanzamiento, llega a conseguir una altura máxima y luego, en parábola descendente, termina por caer, agotada su energía. La civilización es una consecuencia inevitable de la actividad humana y contiene, en su propio desarrollo, las semillas de su decadencia y posterior aniquilación a manos de los bárbaros no reblandecidos por su influjo. Con toda su magnificencia, los reinos por los que deambulará el cimerio apenas son un remanso en un río proceloso; nacen a resultas de un cataclismo y perecen en una nueva catástrofe, sin dejar recuerdo entre las generaciones posteriores.

Podemos decir que Robert E. Howard contempla la historia desde una perspectiva dramática. Entre los dolores del parto y la agonía de la muerte, la

civilización, como el hombre, es algo sumamente frágil. Admiraba el carácter vital e indómito de la barbarie, pero no se engañaba Howard creyendo en un buen salvaje, superior, de natural sabio, y apreciaba, como todos, los placeres que proporciona la vida moderna; estaba convencido, eso sí, de que en la lucha por la supervivencia, la sofisticación y la cultura no aportarían ninguna ventaja, todo lo contrario. Por eso sus héroes, nunca tan estúpidos como la caricatura pretende hacernos creer, recurren siempre a la solución más simple para escapar a las amenazas: ponen distancia de por medio o, en el caso de verse acorralados, se fían de su habilitad en el combate y de una fuerza física capaz de vencer a la fatiga y el dolor.

Con la redacción de «La Era Hibórea», los pilares del universo de Conan quedaban establecidos. Solo restaba que Robert E. Howard fuera llenando sus estancias de detalles en futuras narraciones. Viajemos ahora por ese mundo, ciñéndonos a lo que el autor texano escribió.

## *Los reinos de occidente*

La nación más poderosa en los tiempos de Conan es Aquilonia, así que en este lugar empezaremos nuestro recorrido.

Existe una localidad italiana de idéntico nombre; tal vez Howard lo escogió por su semejanza con la Aquitania francesa o el Aquisgrán de Carlomagno. Por otra parte, el término latino «aquila» no deja de tener resonancias imperiales. Sea como fuere, su capital Tarantia («Tamar» la llamará Howard cuando la cite por primera vez en «La ciudadela escarlata») tiene mucho de gran ciudad medieval sede del poder político y religioso, y al describir la provincia más meridional del reino, Poitain, como tierra llana, soleada y de ríos tranquilos, con palmeras, naranjos y jardines de rosas, no podemos dejar de pensar en la Provenza. Solo bastaría añadir a la argumentación que, en el mapa dibujado por Robert E. Howard, Aquilonia ocupa un espacio muy semejante al del Imperio Carolingio, llegando a incluir la Marca Hispánica. El autor no se priva de añadir a ese entorno medieval un aroma orientalizante o de la antigüedad pagana, como prueba la presencia de un serrallo en palacio.

Aunque Aquilonia haya sufrido convulsiones, la más evidente protagonizada por Conan al estrangular al rey Numedides —Namedides en *La hora del dragón*— para arrebatarle el trono, sus fronteras permanecieron inalterables durante siglos, si bien en el pasado absorbió reinos independientes que permanecerían después bajo la corona como provincias. Entre ellas, al norte, se encuentra Gunderland. Sus habitantes de leonadas melenas nunca se han sentido del todo aquilonios y su temperamento se muestra bastante más primitivo que el de sus vecinos. El único cambio en sus costumbres, tras su integración en Aquilonia, fue sustituir el original culto a Borin por el de Mitra. Su naturaleza poco domesticada los convirtió en excelentes soldados y muchos de ellos combatirán como mercenarios en casi cualquier ejército de la Era Hibórea.

Poitain se encuentra al sur, como hemos dicho, y es de agradable clima. Ahí termina, en unos rápidos, el trayecto navegable del río Khorotas, que atraviesa el reino y discurre a poca distancia de la misma capital. Al oeste están las marcas bosonias, con sus enclaves amurallados dedicados principalmente a la agricultura. Atalus, al sudeste, es la región que más aporta al reino en cultura y comercio.

**Los aquilonios son gentes altas y delgadas, salvo los malogrados por la vida muelle. En su raza casi pura se han mezclado trazas de sus meridionales vecinos zingarios, por tanto en provincias como Poitain abundan las personas morenas, mientras en el norte son de tez mucho más pálida. Durante el reinado de Conan, su régimen feudal aflojó la tenaza sobre los siervos, se limitó la esclavitud y las rencillas entre los barones quedaron aplacadas. No fue una paz apreciada por todos ni duradera.**

**Aquilonia resulta un temible adversario en la guerra, por más que practique una religión pacífica, consagrada a Mitra, quien no demanda sacrificios de sangre. Su ejército tiene una infantería regular, las Legiones Negras, y otra de élite, los Dragones Negros, cuyo comandante es jefe de todos los ejércitos. Una guardia imperial protege al rey. En batalla, la fuerza de choque aquilonia más importante es su caballería pesada de jinetes acorazados, no en vano el acero aquilonio es célebre por su dureza. Soldados de Gunderland forman las filas de piqueros y bosonios son los arqueros, verdaderos especialistas en esta arma, con una habilidad adquirida al defender sus marcas de las incursiones pictas. El estandarte del rey es un león.**

**Tres narraciones escribió Robert E. Howard con Conan como rey de Aquilonia: «El fénix en la espada», «La ciudadela escarlata» y *La hora del dragón*. Esta última, la única con extensión de novela, fue redactada por Howard en la primavera de 1934 con un destinatario distinto a *Weird Tales*, aunque terminó serializada en la revista. En su intento por abrir nuevos mercados, Howard ofreció una antología de sus relatos a un editor británico. Este no se sintió interesado; no obstante, le gustó lo suficiente la inventiva de Howard para preguntarle si tenía alguna novela que ofrecerle: de este modo surgió el proyecto de escribir *La hora del dragón*. Concebida, por tanto, como una obra que se dirigiría a un público no familiarizado con las anteriores aventuras del cimerio, Howard construyó la novela como una síntesis de elementos ya utilizados con anterioridad. Nos presenta a Conan inicialmente en el trono de Aquilonia; su derrota ante Nemedia, propiciada por las artes de un temible hechicero, le empujará a una larga peripecia durante la cual visitará distintas naciones. Por desgracia para Howard, el editor inglés acabó desdiciéndose de su palabra y no publicó la que fue su primera novela terminada.**

**Uno de los responsables de los sinsabores de Conan en *La hora del dragón* es Nemedia, cuyo nombre toma Howard de los nemedios de la mitología celta. Se encuentra al este de Aquilonia, compartiendo una larga línea fronteriza sembrada de castillos. Produce vino y ganado. En los días en los que Conan ocupó el trono se convertirá en uno de los rivales más temibles para su reino. La capital se sitúa en la amurallada Belverus, próxima a la frontera, y su rey fue Nemed, hasta que una peste invocada mágicamente terminó con su vida y la de sus tres hijos, siendo sustituido por su conspirador hermano Tarascus. La muerte de Nemed significó la quiebra de los tratados de paz con Aquilonia.**

**Más allá de Nemedia, en dirección a oriente, tenemos Britunia, de habitantes rubios, con ojos claros, piel pálida y buena estatura. Poco más sabemos de este reino, pues ninguno de los viajes de Conan le llevará a esas tierras. Otro de los puntos oscuros de su geografía es Hiperbórea, en el norte, casi en la misma latitud que los vanires y aesires. Aunque, como hemos señalado, aparece en el momento primero de la concepción de Conan, de este país solo conocemos que es civilizado y que sus habitantes viven en ciudades; de hecho, Hiperbórea es el reino hibóreo**

de mayor antigüedad. En la tradición griega se llamó así a la nación más septentrional del mundo conocido, dotándola de rasgos legendarios.

Al suroeste de Aquilonia encontramos Zingaria. Su población nace del triple mestizaje entre nativos, pictos y conquistadores hibóreos, y se caracteriza por su piel cetrina. El fino bigote será el adorno capilar predilecto entre los varones y gustan de las joyas y las lujosas ropas de seda, llamativas, llenas de color. De la fusión entre zíngaros y zamorios huidos hacia oriente nacerá la actual raza gitana. Los nombres de muchos personajes zingarios nos recuerdan a los de los tópicos y pintorescos gitanos centroeuropeos que poblaban la literatura popular y el cine durante los años treinta, como testimonian las películas de la Universal. No es probable que en Cross Plains Howard tuviera contacto con ninguna persona real de esta etnia errabunda. Zingaria también desprende un aire hispano en su cultura, como demuestra el nombre de una de sus ciudades más renombradas, célebre por sus productos de cuero: la portuaria Kórdava. Zingaria posee zonas pantanosas y grandes campos de cultivo, para los que importa mano de obra esclava de los reinos negros del sur. Salvo cuando las frecuentes guerras civiles lo desaconsejan, sus caminos son rutas muy transitadas por los comerciantes, que conducen mercancías desde los puertos marítimos hasta las grandes capitales en el interior, pasando por Poitain.

Vecina de Zingaria es la también marítima Argos. Sus habitantes son de constitución recia y escasa estatura. Al estar situados junto al océano, practican el comercio con las regiones del sur mediante la navegación de cabotaje. Su puerto más importante es Messantia, punto de arribada para naves de muchas naciones y, como tal, ciudad sumamente cosmopolita y bastante disipada, pues no hay nada que antes desee el marinero cuando desembarca que gastar su paga con mujeres y tabernas. Como es de imaginar, el contrabando y la venta del pillaje pirata son otras de sus grandes fuentes de riqueza.

Siendo uno de los más orientales entre los reinos hibóreos, Zamora, y sus ciudades más importantes, Shadizar la Perversa y Yezud, donde las muchachas danzan en el templo de su dios araña, son un cruce de caminos donde recalan trúhanes y aventureros de dispersa procedencia, y en el barrio del Mazo (*Maul*, en inglés), a la sombra de torres engalanadas con joyas y brujería, prospera la peor ralea. Allí llegará Conan a edad temprana, dispuesto a ganarse el sustento con cualquier actividad, por más que sea ilícita, como vemos en «La torre del elefante».

Los naturales de Zamora son de piel morena, como los zingarios, aunque ninguna conexión racial los emparenta. Tienen costumbres complejas y muy antiguas, disfrutan de los laberintos de la filosofía y adoran a innumerables dioses, no todos benignos; el más curioso para nosotros será Bel, patrón de los ladrones. Sus reyes, con frecuencia, se han visto domeñados bajo el capricho de sus validos, el más poderoso de los cuales fue el brujo Yara.

Al sur de Nemedia se encuentran Ofir y Corintia. Tampoco sabemos demasiado de las costumbres e historia de Corintia, a la que Howard nos retrata como semejante a Zamora, con sus sacerdotes brujos aferrados a puestos de poder político y barrios bajos donde se sobrevive por cualquier medio e ignorando los problemas ajenos. Menos se nos habla de Ofir, con alianzas oscilantes que acaban por convertir a sus poco fiables reyes en títeres de Koth. Casi el único dato anecdótico que podemos extraer es la superioridad de sus talleres textiles.

Extendiéndose al sur de Ofir, Corinthia y Zamora, y al norte de Shem, en el

**espacio que hoy ocupan el sur de Italia y Grecia, Koth debió de ser un lugar mucho más árido sin el alivio del mar, pues Howard menciona su paisaje desértico por el que circulan caravanas de camellos. Sus regiones septentrionales, en cambio, están formadas por llanuras fértiles. Desde luego, la descripción de sus ciudades, entre las cuales la principal es Khorshemish, conocida como la Reina del Sur, remite a un escenario norteafricano equivalente a Túnez, Argel o Marruecos, con suntuosos palacios, mezquitas y minaretes. Koth ha recibido la influencia semita y estigia, por lo cual sus habitantes son de piel oscura, y, al contrario que el resto de naciones hibóreas, los kothios han abandonado el culto a Mitra en favor de la deidad shemita Istar. Sus artesanos son especialmente duchos en el trabajo del metal.**

**Con el tiempo, Koth desarrollará poderío militar suficiente para provocar a Aquilonia y poner en jaque a una Estigia decadente. Su rey será Strabonus, con quien Conan tendrá un significativo conflicto, como nos narra Robert E. Howard en «La ciudadela escarlata».**

### *Imperios y satrapías en torno al mar de Vilayet*

**Las estepas al este de los reinos hibóreos están habitadas por nómadas dedicados al pastoreo, pescadores y tribus de sangre shemita, estas últimas sobre todo en sus regiones meridionales. De los pueblos que transitarán esas estepas el más importante es el hirkanio, descendiente de aquellos antiguos lemurios que exterminaron a sus crueles amos. Algunos de ellos se agruparon en hordas nómadas de habilidosos jinetes y arqueros; otros se asentarán a orillas del mar interior de Vilayet, fundando el reino de Turán, de gran ímpetu guerrero. Shem, Zamora y algunas provincias orientales de Koth le rendirán tributo.**

**Vilayet puede recordarnos al mar Negro, aunque también al Mediterráneo por sus islas llenas de piratas y ruinas de civilizaciones extintas. Turán evoca la cultura, estructura política y potencia militar del Imperio Otomano en sus días de esplendor y mayores ansias de conquista. No olvidemos que Howard toma el nombre de «Vilayet» de una división administrativa dentro del Imperio Otomano, equivalente a una provincia. En consonancia con ese ambiente oriental, las mujeres hirkanias llevarán velo para esconder su faz de los extraños. Tarim es su dios más importante.**

**Los turanios están gobernados por un señor absoluto, que delega en sátrapas el gobierno de sus ciudades y territorios conquistados, como Khawarizm, Sultanapur, Shahpur, Khorusun o la fronteriza Zamboula, arrebatada a los estigios. Agrapur, importante puerto, es la capital donde reside el Gran Monarca. Robert E. Howard, en sus relatos «Sombras de hierro a la luz de la luna» (Iron Shadows in the Moonlight) y «El diablo de hierro» (The Devil in Iron), menciona como rey de Turán a Yildiz primero y Yezdigerd después. No sabemos si un monarca sucedió al otro o si fue un despiste o arrepentimiento de Howard al nombrarlo; los autores de pastiches y guiones para cómic han asumido que fueron padre e hijo.**

**Los turanios, en las narraciones de Conan, desempeñan siempre un rol antagonista y se nos representan agresivos, crueles, ambiciosos y lujuriosos. Howard refleja así su antipatía natural por los grandes imperios, y le suma una aprensión, teñida de prejuicios raciales, hacia un oriente amenazante y ávido,**

capaz de engullir al mundo occidental. En una posición similar, los turcos recibirán protagonismo en otros relatos de Howard, como los selyúcidas de Saladino en sus historias sobre las Cruzadas, los ejércitos de Solimán el Magnífico a las puertas de Viena en «La sombra del buitre» (The Shadow of the Vulture) o los otomanos contemporáneos en las aventuras de El Borak y O'Donnell.

Shem, tierra de praderas y desiertos con pueblos pastores, fue sojuzgado durante siglos por Estigia, aunque en los tiempos de Conan se encuentra bajo la férula de Koth, menos ingrata. A Shem no podemos entenderlo como un reino unificado; en realidad se trata de un conjunto de ciudades-estado independientes, unidas solo por vínculos culturales. Sus nativos se caracterizan por su nariz aguileña, sus ojos oscuros y sus cabellos rizados y negroazulados. Es habitual que los hombres usen barba y destacan como buenos arqueros, habilidad que no dudan en poner al servicio de potencias extranjeras. No es necesario ser muy perspicaz para darse cuenta de que Howard está reproduciendo a los reales pueblos semitas de Oriente Medio, en especial los árabes, aunque como muchos de sus contemporáneos se encapricha de un término estrictamente lingüístico para concederle significado racial. Su panteón, sin embargo, es un batiburrillo de referentes fenicios, asirios y babilónicos al que se rinde culto en zigurats: Ashtoreth, Derketo, Shumir, Bel e Istar. La adoración a muchas de estas deidades se exportará a otras regiones, en especial el culto a Istar.

Emparedado en las montañas entre Koth y Shem se encuentra el pequeño reino de Khoraja, de costumbres shemitas. En su territorio, el paso de Shamla es un punto estratégico, pues facilita el tránsito entre las naciones del norte y del sur. Conan servirá allí como mercenario y llegará a convertirse en comandante en jefe de su ejército; será esta la primera vez que tomará el mando sobre la tropa. Khoraja se convertirá en escenario para el relato «Coloso negro» (Black Colossus). Es plausible que Howard se sintiera influido por la reciente publicación de *La máscara de Fu-Manchú*, de Sax Rohmer; pero su argumento, la aparición de un líder religioso capaz de reunir alrededor a tribus dispersas para lanzarlas a una guerra de conquista, tiene mucho en común con la revuelta de los derviches del Mahdí, que Howard conocía por su lectura de biografías sobre el general Gordon. Ese mismo escenario histórico le servirá para su relato «Los cañones de Jartum» (Guns of Khartum).

Otro minúsculo reino al sudeste de las naciones hibóreas es Khauran, fronterizo con Shem, donde trascurren los incidentes narrados en «Nacerá una bruja» (A Witch Shall Born). Sus campos fértiles son enormemente productivos y en los desiertos tras su gran río habitan los nómadas zuagires. Conan llegó a convertirse en capitán de su guardia real en los días en los que Taramis ocupaba el trono. Como otras naciones orientales, Khauran adora por tradición a la diosa Istar, aunque en algunos momentos tormentosos de su historia se vio sustituida por dioses extranjeros más inquietantes. No es el único reino en utilizar la cruz como medio de ejecución, aunque ahí tendrá lugar uno de los momentos más icónicos en la biografía de Conan: su suplicio clavado a un aspa de madera.

Con Estigia, patria de oscuras hechicerías y cultos nefandos, Howard efectúa la traducción más inconfundible de una civilización conocida a su Era Hibórea: Egipto. Inconsecuente en apariencia, escoge un nombre que procede de la mitología griega, el de un río, en el Hades, frontera entre el mundo de los vivos y los muertos. De este modo logra transmitir de inmediato el concepto de una siniestra cultura necrófila, ribereña —en su mapa, Howard bautizará sin ambages

al río como Nilo, aunque en los relatos posteriores lo llamará Estigio (Stix)—, con pirámides, que algunos afirman son anteriores a la llegada a aquella tierra de los mismos estigios, y templos donde una casta de sacerdotes brujos adora en sus altares a dioses de forma animal. La principal y más poderosa de esas deidades es el archidemonio Set, la serpiente, encarnación del mal y rival de Mitra. Tot Amón se convertirá en el primero entre sus sacerdotes. En relatos como «El fénix en la espada» o «El dios del cuenco» conoceremos otros dioses estigios, como los dioses-mono, Ibis o Derketo, a quien se adora en Luxur. Howard menciona otras ciudades estigias: Sabatea, uno de los lugares de reunión para el cónclave de los más poderosos hechiceros estigios, llamado el Anillo Negro; o Kheshatta, ciudad de los magos. ¿Será el emplazamiento donde los brujos reciben formación sobre sus artes? No lo sabemos, ante la falta de más información. En Luxur, tierra adentro, se establece la residencia de su rey; en cambio, su capital religiosa es Khemi, ciudad de negra arquitectura en la desembocadura del río Estigio.

Estigia es una nación que ha perdido parte de su antiguo poder, viéndose obligada a replegar sus fronteras bajo la presión de Koth y Turán. Pese a ese declive, sigue siendo un enemigo a considerar, con carros de combate como más temible arma. Howard nos describe a su pueblo como personas de piel oscura, aunque existen diferentes raciales indicativas del estatus social. Las endogámicas clases altas muestran fenotipos estigios más puros, de piel clara, mientras las bajas presentan mestizaje con los pueblos vecinos, shemitas o negros.

### *El profundo sur y el lejano oriente*

Al sur de Estigia se encuentran los reinos negros de Zembabwei, Kush, Keshan, Punt, Amazon y Atlaia. Cuando Howard menciona a Zembabwei como un imperio, podemos pensar que esta nación desarrolló una cultura urbana similar al histórico Imperio Songhai. Su economía se sustenta en el comercio, su destino se rige bajo la dirección de dos reyes gemelos y adoran a Dagón y Derketo. En realizad sabemos muy poco más de estos lugares: solo Keshan y Kush aparecen como escenario en las historias de Conan. El primer reino, situado al este de Kush y enemigo atávico de Punt, señala el final de las densas selvas y el inicio de las praderas. Sus gobernantes, afincados en la ciudad de Keshia, son de tez parda y se arrogan un glorioso pasado como descendientes directos de una cultura desaparecida, mientras las clases inferiores pertenecen a la raza negra. En las costas de Kush, Conan desarrolla sus actividades como pirata al lado de Bêlit. En esos pocos relatos —«La reina de la Costa Negra» (Queen of the Black Coast) y «El valle de las mujeres perdidas» (The Vale of Lost Women)—, la trama discurre en selvas despobladas o habitadas solo por pequeñas tribus semidesnudas bajo el liderato de caciques insignificantes. Los comerciantes hibóreos llegan a sus playas para, a cambio de productos manufacturados, obtener marfil, copra, cobre, perlas y esclavos; por eso es tan frecuente encontrar kushitas sometidos a un estado servil en otras tierras. Su ferocidad los convierte en enemigos temibles, de ahí que militen como mercenarios en ejércitos extranjeros, en especial los estigios.

Es cierto, como señala Louinet, que la «tendenciosidad racista» de estos cuentos de ambiente pseudoafricano «resulta perturbadora para una audiencia más moderna»; con todo, no son más agresivos en ese aspecto que la mayor parte de la cultura popular de la época. No es necesario recurrir a ejemplos extremos

como *El nacimiento de una nación*, de Griffith; en cualquier narración de las revistas *pulp*, en las tiras de prensa o en los números del teatro variedades, la caracterización de gentes de razas diferentes a la blanca oscilaba siempre entre lo siniestro y lo cómico. Howard no era otra cosa que hombre de su tiempo y, además, uno que había visto muy poco mundo.

Los relatos de Conan que transcurren en los émulos hibóreos de la India y Afganistán son muy deudores de la obra del escritor Talbot Mundy, su gran ídolo literario, a quien imitará de modo más trasparente en sus series dedicadas a Francis X. Gordon «El Borak» y Kirby O'Donnell. De sus novelas, toma nombres para personajes y localizaciones geográficas solo levemente disimulados. Así mismo adquirirá información sobre aquellos lejanos países a través de libros de viajes como *Beyond Khiber Pass into Forbidden Afghanistan*, del periodista Lowell Thomas.

En la novela corta «El pueblo del Círculo Negro» (The People of the Black Circle), Howard sitúa la acción en Vendhya, su equivalente a la India. Por ese texto conocemos el nombre de uno de sus reyes, Bhunda Chan, muerto bajo los dardos de la hechicería, y a su hermana la Devi Yasmina, que lo sucederá en el trono. Residen en su palacio de Ayodhya. En una sociedad estratificada en castas, los kshatriyas son sus guerreros. El dios principal entre los vendhyos es Asura, cuyo culto se extendió a los reinos hibóreos y allí se practica en la clandestinidad, a causa de su mala reputación como religión sangrienta. «Asura» es, en realidad, una palabra del sánscrito que denomina al grado más bajo entre los dioses, unos seres que casi podríamos considerar demonios. Pocas veces es más caprichoso Howard que cuando forja la terminología referente a Vendhya, clara indicación de que no conocía el verdadero significado de las palabras que empleaba, cuando no las inventa directamente.

Turán albergó ambiciones sobre este vasto territorio; sin embargo, sus planes nunca se saldaron con éxito. El clima en Vendhya es muy cálido, con selvas densas en algunos lugares y llanuras en otros, como las planicies que rodean la ciudad de Peshkhauri, al norte, en las estribaciones de los montes himelios, su frontera natural con Khitai. Durante su estancia en estas tierras, Conan se unirá a las irreductibles y belicosas tribus del Afgulistán, cercanas a Peshkhauri, tras el paso de Zhaibar. Estos clanes constituyen un verdadero dolor de cabeza para los vendhyos.

Otro de los reinos del sureste más lejano es Iranistán. Equivalente en la Era Hibórea del actual Irán, ninguna de las historias escritas por Howard trascurre allí, por lo cual solo sabemos de su existencia por la aparición de algunos personajes procedentes de esas tierras, y a través de ellos deducimos que su cultura está emparentada con los pueblos hirkanios.

China, que en la Europa de la Edad Media fue conocida también como Catay, se representaba a la imaginación occidental como un exótico y lejano país envuelto en las brumas de la leyenda, hasta que los primeros mercaderes, diplomáticos y misioneros empezaron a difundir informes de sus viajes. Algo parecido ocurre con el Khitai de la Era Hibórea. Howard no concreta demasiados detalles sobre su geografía, historia o formas de gobierno. Cuatro hechiceros khitanios tendrán un papel importante en la novela *La hora del dragón* y Howard nos habla, en otros relatos, de la ciudad de Paikang, la de las torres púrpuras, y de sus selvas con templos perdidos, donde solo habitan los monjes de Yun, sabios en las artes de la magia. Allí crece el poderoso loto negro, capaz de provocar la

**muerte con el contacto de su savia y cuyo aroma es narcótico.**

**Por cierto, el loto es una planta de facultades asombrosas, según sus distintas variedades. Si el negro es letal, el amarillo provoca sueños clarividentes, mientras el loto púrpura produce una parálisis completa. Con el zumo de esta planta también se confeccionan bebidas embriagadoras.**

**Otro eco de la cultura china en el mundo de Conan, extendido a todas sus latitudes, es su calendario: en la Era Hibórea se designan los años con nombres de animales. De ese modo, por ejemplo, sabemos que Aquilonia es derrotada por los nemedios a principios del año del León y que eso ocurre tres mil años después de la caída de Aqueronte… Aunque eso tampoco signifique demasiado para nosotros.**

## *Bárbaros, nómadas y forajidos sin patria*

**Situados en los márgenes de las naciones civilizadas, siguen existiendo pueblos de estructura tribal que combaten entre ellos en disputas territoriales y, con cierta frecuencia, traspasan los límites de los reinos cercanos en incursiones de pillaje. Para el lector, el más conocido de esos pueblos es el cimerio, pues a él pertenece Conan.**

**En el imaginario de Robert E. Howard, Cimeria era un trasunto del Dark Valley que habitó en su infancia. Aunque lo abandonó con dos años recién cumplidos y los recuerdos que podía guardar de aquel lugar, si existieron, solo serían difusos, mitificó aquel paisaje como símbolo de un pasado poco feliz. Así lo describirá en una carta dirigida a su amigo H. P. Lovecraft:**

> Era un valle largo y angosto, solitario y aislado, en la región montañosa de Palo Pinto. Estaba muy poco poblado y su nombre, Dark Valley, resultaba muy descriptivo. Tan altas eran las crestas, tan gruesos y altos los árboles de roble, que estaba oscuro incluso durante el día, y por la noche era tan oscuro como un bosque de pinos, y nada es más oscuro en este mundo. Las criaturas de la noche susurraban y se llamaban entre sí, los débiles vientos nocturnos murmuraban entre las hojas y de vez en cuando entre las ramas ligeramente onduladas se podía vislumbrar el brillo de una estrella lejana. Sin duda, el silencio, la soledad melancólica, el sombrío misticismo de ese valle solitario penetró en parte en mi naturaleza vagamente formada. En la desembocadura del valle había una cabaña desierta y en descomposición donde se produjo a medianoche un asesinato a sangre fría; las lechuzas se llamaban extrañamente sobre sus ruinas a la luz de la luna, y los murciélagos revoloteaban en el crepúsculo.[22]

**Los cimerios tienen negros los cabellos, la tez bastante bronceada, ojos azules o grises y mayor altura que el común de sus contemporáneos. Son probablemente los guerreros más formidables de la Era Hibórea, en competición con los indómitos y menudos pictos, e incluso sus mujeres acuden a la hora del combate. Sabremos que son descendientes directos de los atlantes, quienes habrían degenerado a una condición casi simiesca tras el cataclismo que hundió su isla, antes de retomar el camino de la evolución. Conan, por tanto, pertenece a la misma raza que el rey Kull. En los relatos de Howard jamás visitaremos Cimeria, pues Conan no volverá a esa tierra tenebrosa y violenta; ni siquiera nos mostrará a otros personajes de su pueblo, en acertada decisión para convertir a Conan en un personaje único y con un aura de superioridad respecto a los decadentes civilizados que le rodean. Todo cuanto sabremos acerca de los cimerios, por tanto, será a través de los recuerdos de Conan.**

**Los cimerios son de ánimo más melancólico que sus vecinos vanires y aesires y, al contrario que Conan, singular incluso entre su propia gente, jamás beben otra cosa que agua. En la primera versión de «El fénix en la espada», expurgada para su publicación definitiva en *Weird Tales*, encontraremos en boca del propio rey una descripción valiosa de la que fue su tierra. Merece la pena citarla en extenso:**

> Jamás ha habido en el mundo un lugar más sombrío que ese. Cubierto por completo de colinas y repleto de árboles extrañamente tenebrosos, de modo que hasta de día parece oscuro y amenazador. Hasta donde alcanza la vista no se divisa más que un paisaje de colinas interminables y cielos casi siempre grises. El viento, que transporta casi siempre lluvia, aguanieve o nieve, es frío y acerado, y gime de un modo funesto entre los pasos de montaña y por los valles. Poca alegría hay en esa tierra.
> (…)
> A las gentes de esas sombrías colinas la vida se les antoja dura y sin propósito y dedican demasiado tiempo a pensar en cosas ignotas y a soñar sueños monstruosos. Crom y su oscura estirpe son sus deidades y para ellos el más allá es un lugar de frías nieblas eternas al que nunca llega la luz del sol y donde los fantasmas errantes se lamentan para siempre por toda la eternidad. No tienen esperanza alguna en esta vida ni en la siguiente y viven obsesionados por la vacuidad de la existencia. He visto abatirse sobre ellos la extraña locura de la futilidad cuando cosas tan insignificantes como una nube de polvo, el graznido vacío de un pájaro o el gemido del viento entre las ramas desnudas llevaba a sus mentes lóbregas la idea de lo vacío de la vida y lo inútil de la existencia. Tan solo en la guerra son felices los cimerios. ¡Por Mitra! Prefiero con mucho a los aesires y su forma de ser.[23]

**Parte de estas ideas, resumidas y muy condensadas y, especialmente, la idea del más allá de los cimerios, acabarían pasando a «La Reina de la Costa Negra» cuando Conan y Bêlit se interrogan sobre sus respectivas creencias.**

**Se ha sugerido que el nombre de Cimeria pudo tomarlo Howard en préstamo de Herodoto, si bien poco cuenta el cronista de Halicarnaso sobre esta nación (Libro IV de su *Historia*), salvo su éxodo ante la invasión escita. No es probable que el texano leyera a Herodoto, y si lo conoció sería por citas en los libros de divulgación que tanto le gustaban. Al contrario que los cimerios históricos, los imaginados por Howard no dejaron nunca que sus tierras les fueran arrebatadas. Cuando los hombres de Gunderland intentaron establecer un puesto de avanzada dentro de Cimeria, las tribus se unieron para asaltar sus murallas y masacrar a todos los colonos, hombres, mujeres y niños. Un joven Conan estaba entre aquellos salvajes sedientos de sangre.**

**En esas notas de marzo de 1932 a las que nos hemos referido antes, Howard otorga a los cimerios un panteón de siete divinidades; al final se olvidará de ellas, salvo en un pasaje de «El fénix en la espada», donde Conan jura por Badb, Morrigan, Macha y Nemain. En su boca, el poder sobrenatural más mentado será Crom. Se inspiraría seguramente en un dios de la fertilidad entre los celtas de Irlanda, Crom Cruach, a quien los textos cristianos adjudican sacrificios humanos hasta que San Patricio destruyó su ídolo a martillazos. Howard advierte que los cimerios nunca practicaron tales sacrificios. Crom, que vive en lo alto de una montaña, se nos presenta como un dios indiferente al destino de los hombres y ninguna tutela dispensa a su pueblo, salvo concederle valor en la batalla. Dedicarle culto u oración sería completamente vano, si no contraproducente. Es mejor no tentar a la suerte reclamando su atención en demanda de ayuda, porque si hay algo que Crom deteste es a los débiles. Curiosamente, la visión de ultratumba entre los cimerios se aproxima más a la religión sumeria que a la nórdica: siendo irrelevantes sus méritos, las almas de los muertos quedan**

**confinadas en un reino tenebroso donde vagan tristes por toda la eternidad. Una invitación a vivir el momento, pues no es posible esperar ninguna recompensa póstuma.**

**Aesires y vanires, que Howard nos describe altos, de ojos azules, con tópicos yelmos astados, cotas de escamas y mayoritariamente rubios los primeros y pelirrojos los segundos, son pueblos guerreros reunidos en clanes, como los cimerios. Buenos bebedores de cerveza, les gusta cantar en la noche. Ocupan, respectivamente, los territorios de Asgard y Vanaheim. El autor toma los nombres, como resulta evidente, de la mitología escandinava, y podemos asociarlos con los noruegos y daneses que asolaron la costa de Europa durante la Alta Edad Media. En aquella mitología, los aesires o ases son el panteón de dioses encabezados por Odín, al que pertenecen también Thor, Baldr o Tyr; los vanires forman otro grupo de dioses enfrentados a los aesires y cuyo líder es Njörör. Ambos bandos habitan la mítica Asgard.**

**Los Vanaheim y Asgard de la Era Hibórea lindan por el sur con la Cimeria septentrional. Ahí nos encontraremos a Conan en el relato «La hija del gigante de hielo», combatiendo junto a los aesires en batalla campal contra los vanires. Es interesante señalar que Robert E. Howard escribió una variante de este relato, «Dioses del norte» (The Gods of the North), con cambios formales en el redactado pero no en el argumento. La más importante diferencia reside en el detalle de que el protagonista se nos presenta bajo el nombre de Amra, familiar al lector de *La hora del dragón*. Fue una sencilla estratagema, antes de entregarlo en 1934 a la revista amateur *The Fantasy Fan*, para desfigurar su naturaleza como relato de Conan, cuyas aventuras se habían publicado exclusivamente en *Weird Tales*. Lo curioso y contradictorio es que en «Dioses del norte» Howard intercala un párrafo que hace aún más identificable su escenario con la Era Hibórea:**

> —No puedo decir —afirmó él— si eres de Vanaheim y enemiga, o de Asgard y amiga. He estado en muchos sitios, vagado desde Zingara hasta el mar de Vilayet, por Estigia y Kush, y por el país de los hirkanios; pero jamás he visto a nadie como tú. Tus rizos me ciegan con su resplandor. Nunca he visto un cabello como el tuyo, ni siquiera entre las aesires más hermosas. Por Ymir...[24]

**En su atracción por la barbarie y su ansia de libertad frente a enemigos poderosos, Howard siempre sintió simpatía por la figura histórica de los pictos, pueblo que habitó la actual Escocia y se enfrentó a la Roma invasora. Con un barniz de pura fantasía, convirtió a su caudillo Bran Mak Morn en protagonista de una serie de relatos, entre los que destaca el magnífico «Gusanos de la tierra» (Worms of the Earth). Volvería a utilizar pictos en cuentos consagrados a los guerreros gaélicos Turlogh O'Brien y Cormac Mac Art, y en la serie del rey Kull, dotándolos así de un pasado mítico.**

**Las islas occidentales de los días de Kull, a consecuencia del cataclismo, se han convertido en montañas durante la Era Hibórea. Los pictos son de escasa estatura, de piel oscura y ojos y pelo negros. Visten pieles, se adornan con collares de dientes y amuletos de bronce. Sus herramientas aún son de piedra. Practican el sacrificio humano y tienen la poco agradable costumbre de quemar vivos a sus prisioneros. Solo en épocas posteriores a los días de Conan aceptarán el liderato de un caudillo único; hasta entonces permanecerán agrupados en clanes que se identifican con nombres de animales: Panteras, Lobos, Águilas, Caimanes, Nutrias, Tucanes... Los pictos, en el mundo hibóreo, cumplen el papel de los pieles rojas en los *westerns* tradicionales: salvajes sigilosos perfectamente adaptados a su entorno,**

**luchadores feroces e implacables, siempre dispuestos a alzarse en guerra ante la aparición de cualquier intruso que pise sus tierras. El río Trueno es la línea que separa los últimos asentamientos del hombre blanco del país de los pictos, aunque algunos piratas barachanos han osado desembarcar ocasionalmente en sus costas. Colonos aquilonios intentaron establecerse en territorio picto y fundaron, para defenderse, el fuerte Tuscelan, punta de lanza en aquellos bosques indómitos. Terminarían aniquilados por los nativos, de modo que la prueba no se repetiría.**

**Algo que no podía faltar en una geografía pensada para la aventura es la actividad de los piratas, esos maleantes tan siniestros en la realidad como atractivos en la ficción. Howard escribió algunos relatos excelentes sobre piratería, entre ellos la breve serie centrada en Terence Vulmea, y no dudó en trasladar ese ambiente al cajón para todo que significaba la Era Hibórea. De hecho, cuando le fue rechazado uno de los relatos de Conan, «El extranjero negro» (The Black Stranger), decidió reconvertirlo en una aventura de piratería convencional. La historia de esta narración es compleja. Con una extensión propia de una novela corta en su texto primigenio, Howard lo recortó considerablemente para su versión protagonizada por Vulmea, que también permaneció sin publicar. Cuando Sprague de Camp la recuperó para Gnome Press, le cambió el título por «El tesoro de Tranicos» y retocó su redacción, creando un híbrido a medio camino, por longitud, entre las versiones de Conan y Vulmea. Hasta 1987, «El extranjero negro» no pudo ser leído como había sido concebido en su origen.**

**Los piratas más célebres de la Era Hibórea son los fondeados en las islas Barachas, con puerto principal en Tortage, al sur de las costas de Zingaria. Sus tripulaciones están compuestas sobre todo por argóseos y el mismo Conan fue capitán entre ellos. No son los únicos forajidos en aquellas aguas, pues los zingarios se dedican igualmente a esta actividad, aunque prefieren denominarse a sí mismos filibusteros, para dignificarse frente a sus colegas barachanos.**

**El mar de Vilayet también es frecuentado por piratas que asaltan naves hirkanias. Se les conoce allí como la Hermandad Escarlata. Muchos de ellos fueron esclavos en galeras de Turán y en su código de honor se contempla que cualquier miembro de la Hermandad puede alcanzar la capitanía si reta y vence al presente líder.**

**Al oeste del Vilayet, ya en tierra, encontraremos a los kozakis, quienes prefieren llamarse a sí mismos los Compañeros Libres. Son hombres desesperados, desertores y esclavos fugitivos reunidos en hordas que suelen alquilarse como mercenarios, aunque si se encuentran sin empleador no dudan en dedicarse al saqueo. Sus correrías son una amenaza para el Imperio de Turán, quien se ha enfrentado a ellos repetidas veces en batalla. Conan lideró una de aquellas bandas, siendo derrotado a orillas del río Ilbars.**

## *Las lámparas expiran*

**Desde 1957, a partir de la publicación en Gnome Press de *El regreso de Conan* (*The Return of Conan*), de Bjorn Nyberg y L. Sprague de Camp, han aparecido numerosos pastiches literarios sobre Conan. A ellos se sumaría en los años setenta Roy Thomas como guionista de la adaptación al cómic del personaje y, más tarde, películas y series para la televisión, de escasa enjundia. El universo de la Era Hibórea ha crecido mucho con todo ese material añadido y casi ninguno de sus**

rincones ha quedado sin explorar. Con la excepción del cine, que ha mezclado o inventado de forma innecesaria cuando el utillaje de partida era de sobras interesante, la mayor parte de esas historias nuevas respetaron a grandes rasgos el marco ideado por Robert E. Howard; aunque el lector seguramente estará de acuerdo conmigo en que casi todas palidecen al compararlas con los textos originales, dotados de una fuerza elemental, una particular habilidad para la descripción de la violencia física y una fluidez expositiva propia de un narrador de raza.

Lamentamos que a causa de su temprano fallecimiento, con solo treinta años, Robert E. Howard no nos legara más aventuras de Conan. La duda es si le quedaba algo por contar. Sus últimos textos dedicados al cimerio, «Más allá del río Negro» (Beyond the Black River) y «Clavos rojos» (Red Nails), están entre los mejores, lo que no indicaría síntomas del agotamiento que a menudo Howard sentía al tratar otros personajes. Podemos barruntar, con más fundamento, razones comerciales dictando un punto y final.

Desde finales de 1933, Robert E. Howard escribió veintiséis relatos centrados en el desmesurado vaquero Breckinridge Elkins, más que los dedicados a cualquier otro de sus personajes, con la excepción del marinero boxeador Steve Costigan, y el primer libro publicado con el nombre de Howard en cubierta fue la buscadísima primera edición británica, impresa en 1937, de *Un caballerete de Bear Creek* (*A Gent of Bear Creek*), novela donde se fusionaron diversos episodios de Elkins. No fue el único de sus héroes con el gatillo fácil: Pike Bearfield, Grizzly Elkins y Buckner Jeopardy Grimes encabezaron series propias en aquellos últimos años creativos, sin olvidarnos de otros *westerns* independientes.

En una carta escrita a E. Hoffman Price el 3 de junio de 1936, solo una semana antes de su suicidio, Howard menciona que no se encuentra con muchos ánimos para escribir a causa de la enfermedad de su madre y pasa lista a todo lo que había vendido a las revistas en los últimos tiempos. Salvo un cuento «picante», el resto son historias del oeste para *Argosy*, *Action* y *Popular's Star Western*. Por tanto, no es demasiado arriesgado suponer que, de haber seguido con vida, Howard se habría volcado cada vez más en este género, de entre los que se sentía dotado para practicar, pues era el que le abría mayores puertas a la publicación y seguiría siendo muy popular entre los lectores de ficción durante décadas. *Weird Tales* pagaba tarde y mal, como Howard comprobó en sus propias carnes, y los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial no fueron muy prósperos para las revistas consagradas al terror y la fantasía. De hecho, muchos colegas de Howard debieron cultivar otros géneros, saltaron al guion radiofónico, televisivo y cinematográfico o sencillamente dejaron de escribir. El éxito comercial de la espada y brujería aún quedaba lejano en el tiempo, cuando las ediciones económicas en Estados Unidos de *El señor de los anillos* atrajeron de nuevo la atención hacia aquellas historias de aventuras en un pasado mítico.

Nos movemos en el terreno de la especulación y tal vez carezca de sentido, dado que Howard debía llevar bastante tiempo alimentado sus lúgubres intenciones. No parece que su suicidio fuera consecuencia de un impulso repentino. Muy poco antes de su carta a Price, el 9 de mayo, Howard le escribiría a August Derleth: «No quiero vivir para convertirme en viejo. Quiero morir cuando llegue mi hora, rápida y repentinamente, en el cénit de mi fuerza y salud».[25]

Un disparo, en el interior del automóvil aparcado frente a su casa, cercenó cualquier futuro.

# MUCHO MÁS QUE CONAN

## (OTROS PERSONAJES Y OTRAS SERIES DE ROBERT E. HOWARD)

**Antonio Rivas**

**Conan el cimerio es uno de los personajes más famosos de la literatura popular, y sin duda el más famoso de los creados por Robert E. Howard. Aunque las bases del género «espada y brujería» ya habían sido establecidas antes (en parte por el propio Howard, con otros personajes), fueron las historias de Conan las que las asentaron definitivamente y con ellas se extendieron a otros medios más allá del literario. Es una gesta importante, pero Conan por sí mismo no habría podido llevarla a cabo sin la ayuda de todo el entorno creado por Howard alrededor del cimerio, tanto en la ambientación como en sus compañeros de viaje. Y con «compañeros de viaje» me refiero no solo a los personajes secundarios, aliados o antagonistas, que aparecen en sus historias, sino también al resto de creaciones de Howard, que sirvieron como precedentes, o práctica, al desarrollar el personaje, o que posteriormente fueron influenciadas por él.**

**Mi primer contacto con Conan tuvo lugar en mi adolescencia temprana, sin tener ninguna idea ni referencia sobre lo que estaba leyendo, y fue un «amor a primera vista» con el que me volví aficionado al género para siempre. Lo curioso del caso es que, precisamente al carecer de esas referencias, tampoco era consciente de estar leyendo un relato perteneciente a una serie sobre un personaje; de hecho, confundí al protagonista. Esa historia era «Más allá del Río Negro», incluida en este volumen, una historia «de frontera» en un territorio hostil plagado de enemigos salvajes; casi toda la narración, incluida la imagen de Conan, nos llega a través de los ojos de Balthus, un aquilonio aspirante a colono que tiene un papel central en la historia, como actor y como testigo de los hechos. A la hora de entrar en el relato, el lector se identifica con facilidad con él, al ser un personaje mucho más cercano que el bárbaro. Conan es un arquetipo heroico, pero lo observamos desde fuera, por lo que pese a su papel también central viene a ser un secundario de la historia de Balthus. En ausencia de cualquier referencia previa (esto es: no haber leído nunca nada de Conan), la confusión era explicable.**

**No tardé en colocar las cosas en el punto de vista correcto, claro, pues a partir de ese momento me dediqué a buscar y devorar cualquier cosa firmada por Robert E. Howard, pero la impresión inicial quedó ahí. De hecho, a mi modo de ver, las mejores historias de Conan son aquellas en las que no tiene el papel más importante, o no lo tiene en exclusiva. El cimerio es un personaje bastante sencillo en el fondo, con unos «métodos de resolución de problemas» igual de directos y sencillos, y bien podría haberse convertido en un cliché de pronto olvido de no haber sido por la riqueza de los elementos (humanos o no) que lo rodean. En realidad, esta es una característica general de la mayoría de los héroes de Howard, pero no lo menciono como un demérito; al contrario, es una muestra de la**

efectividad de la prosa y la capacidad evocadora del autor.

No dedicaré esta introducción a hablar extensamente de los personajes secundarios de los relatos de Conan. La mejor forma de conocerlos es con la lectura de los propios cuentos, de modo que cada uno tenga la oportunidad de causar su propia impresión a los lectores. Además, en muchos casos, los personajes secundarios aparecen por primera vez y desaparecen para siempre dentro de un mismo relato, por lo que una enumeración sería tan tediosa como irrelevante. Howard suele describirlos en pocas líneas, de una forma potente y eficaz, y pasa a usarlos de inmediato en lo que cuenta: la acción. Su validez y su profundidad queda demostrada, no obstante, cuando otros autores los han recuperado en nuevas historias haciendo que regresen a la vida del cimerio por alguna circunstancia (esto es algo que ha sido bastante aprovechado en los cómics, por ejemplo, y de vez en cuando por L. Sprague de Camp en las historias inconclusas de Conan que completó o en las historias de otros personajes de Howard que «reconvirtió» en historias de Conan). Las siguientes páginas se dedicarán a conocer a otros personajes protagonistas de Howard. Este será un repaso breve y por fuerza incompleto; es imposible detallar todos los que creó, teniendo en cuenta la cantidad de relatos individuales de temáticas muy diversas de toda su producción, pero aparecen los más importantes y de mayor influencia y calidad literaria. Tal como se suele decir: no están todos los que son, pero son todos los que están.

## *Lanza y colmillo*

En su adolescencia, Howard ya había tenido la oportunidad de contemplar con disgusto los efectos de la «civilización» cuando se descubrió petróleo en Cross Plains, la localidad rural donde su familia se había trasladado cuando él tenía trece años, y el boom subsiguiente llevó a la masificación y los efectos negativos que la acompañan. Lector voraz de revistas pulp desde que las descubrió poco después, a los quince, sumó este bagaje a sus aficiones lectoras y escritoras previas (London, Kipling, aventuras y lugares exóticos) y se dedicó a enviar relatos a las revistas de la época, sin éxito ni respuesta, por lo que su formación como escritor fue autodidacta. Aficionado a los deportes, especialmente el boxeo, al acabar el instituto se entregó también al ejercicio físico hasta convertirse en un tipo grande y musculoso. Se dedicó a varios trabajos que no lo satisficieron nunca y siguió escribiendo, y a sus dieciocho años[26] colocó por primera vez un relato en *Weird Tales*, lo que dio comienzo a su colaboración con esta revista y a su carrera de escritor profesional. El cuento, «Spear and Fang», ya poseía las características que se pulirían y desarrollarían en su obra posterior, empezando por los propios personajes.

> Ga-nor no tenía un aspecto desagradable. Era alto, de más de metro ochenta, de figura esbelta, con hombros poderosos y caderas estrechas, la estructura de un luchador. Tenía las manos y los pies largos y esbeltos, y sus rasgos, perfilados con nitidez por la parpadeante luz de la antorcha, eran inteligentes, con una frente ancha y alta rematada por una melena rubio rojiza.[27]

El resto de las ideas sigue en esa línea; frente a los excepcionales especímenes cromañones destinados a alcanzar la supremacía en el mundo estaban los toscos, brutales y salvajes neandertales, que eran:

> [...] los monstruos peludos de una era pasada [...] de gran fuerza y escasa mente, salvajes, bestiales y caníbales, que inspiraban a la gente de la tribu desprecio y horror; un horror transmitido a lo largo de los tiempos en cuentos de ogros y trasgos, de hombres lobo y hombres bestia.[28]

**La pauta va quedando clara y es fácil imaginar el resto: monstruo rapta a chica, héroe la busca, combate contra el monstruo, vence y la rescata, chica que cae en brazos de su rescatador. Fin. Un poco ingenuo todo, sobre todo si lo vemos con ojos de lectores veteranos, pero la descripción de la acción es tan viva y eficaz como las que encontraremos en adelante en todas las historias de Howard. Todas las bases ya estaban ahí, las positivas y las que vistas hoy no lo son tanto (el papel de la mujer, el toque de racismo, el ciclo de decadencia de un pasado sustituido por una pujante raza nueva más noble) pero que eran lógicas en la época y entorno en que se había criado el autor. A partir de esta historia primeriza se desarrolló el fascinante universo literario que hemos llegado a conocer.**

## *De Montour*

**La publicación de «Spear and Fang» fue el comienzo de la carrera literaria profesional de Howard, pero los efectos no fueron inmediatos.** ***Weird Tales*** **pagaba a la publicación y el cuento aún tardaría un tiempo en aparecer (en julio de 1925), por lo que Howard tuvo que seguir buscándose la vida. Trabajó en un periódico local, en la oficina de correos, en una compañía de gas, como prospector, como estenógrafo... Nada le duraba demasiado. Entre tanto, seguía escribiendo y publicando esporádicamente en la revista, sobre todo poemas. Aunque acabó por dejar a un lado la poesía como actividad regular (pagaban demasiado poco y los cuentos eran más lucrativos), la práctica lo ayudó desarrollar sus capacidades para las metáforas sugerentes, algo que se nota en las descripciones que aparecen en sus textos.**

**En cualquier caso, Howard no tardó en convertirse en un nombre habitual en** ***Weird Tales*****, y había empezado a tocar el tema fantástico. En 1925 publicó «In the Forest of Villefère», y en 1926, «Wolfshead», dos relatos ambientados en una época indeterminada, quizá tardomedieval o renacentista, protagonizados por De Montour, un hombre lobo, del que llegó a escribir un tercer relato, publicado póstumamente. En ellos aparece otro tema que llegaría a ser otra constante en la obra fantástica de Howard:**

> En el principio, el mundo era extraño e informe. Bestias grotescas deambulaban por sus selvas. Empujados desde otro mundo, demonios y monstruos antiguos llegaron en gran número y se instalaron en este mundo nuevo y más joven. Durante mucho tiempo combatieron las fuerzas el bien y el mal. Una bestia extraña, conocida como hombre, caminó entre las otras bestias, y dado que el bien y el mal deben de adoptar una forma concreta para cumplir sus deseos, los espíritus del bien entraron en el hombre. Los demonios entraron en otras bestias, reptiles y aves, y lucharon ferozmente y durante largo tiempo la antigua guerra. Pero el hombre prevaleció.[29]

**Esta idea de la historia del mundo como el resultado de una pugna entre la humanidad y otras fuerzas ancestrales se acabó puliendo hasta considerar la presencia de la humanidad y en concreto la civilización como algo transitorio, algo que se expresará explícitamente en más de una historia posterior (incluso en**

**alguna del propio Conan).**

**La calidad de los relatos de De Montour no desmerece de la producción posterior de Howard; sin embargo, este no quedó muy satisfecho del resultado y abandonó el personaje. Por aquel entonces, trabajaba en una tienda y odiaba el trabajo por el exceso de horas que tenía que dedicarle y los efectos negativos que tenía en su salud, y sus escapismos eran la escritura y el boxeo; la mezcla de ejercicio físico y ejercicio mental, por así decirlo. La combinación de esos escapismos lo llevó a abandonar el trabajo y dar su siguiente salto como escritor.**

## *Kull*

**En 1926, a los veinte años, Howard empezó a trabajar en el cuento «The Shadow Kingdom», la que sería la primera historia del rey Kull. No la terminó hasta el año siguiente, tras haber pasado por un periodo de estudios y exámenes, una enfermedad y la escritura de algunos cuentos de boxeo para la revista *The Yellow Jacket*, donde probó otros estilos (relatos de tono humorístico, narración en primera persona). Una vez terminado «The Shadow Kingdom» lo envió a *Weird Tales*, y la combinación de elementos de acción, fantasía, terror y mitología de una forma que no se había hecho antes acabó por concretarse en el género que acabó llamándose «espada y brujería».**

**Kull de Atlantis (luego de Valusia, al convertirse en su rey) es el antecedente más directo de Conan. Howard escribió poco más de una docena de historias y borradores, aunque solo tres se publicaron en vida del autor. Nacido bárbaro y llegado a rey, fue esclavo, pirata, forajido... Un esquema muy similar al de Conan, aunque situado en la época precataclísmica anterior a la de este. La diferencia fundamental es el tono de las historias; allá donde Conan es vitalista ante todo, Kull es más introspectivo, y el tono se transmite también a la descripción del mundo en el que tienen lugar sus aventuras. El mundo de Conan es más enérgico y pujante, es una civilización en su cénit, mientras que el de Kull lo encontramos ya envuelto en una atmósfera más decadente y depresiva, la sensación es de «algo que se acaba». Este espíritu se ve reflejado también en la actitud de ambos personajes. Debo confesar que, como lector, Kull nunca consiguió atraerme del todo, ni en los relatos ni en las adaptaciones al cómic (de hecho «Los espejos de Tuzun Thune», la última historia de Kull, me dejó el ánimo hundido en las dos versiones). No sé si por ese motivo o por algún otro, el caso es que tras las tres primeras historias publicadas, Kull acumuló rechazos de la revista pese a la recepción positiva inicial, y Howard acabó abandonando la serie. Pero no hay que olvidar las palabras «recepción positiva inicial»; el nuevo género había gustado a los lectores, y se afianzaría en el futuro. El relato «By This Axe, I Rule», reescrito años después como «El fénix en la espada», se convertiría en la primera historia de Conan y el inicio de la serie más famosa de Howard.**

## *Solomon Kane*

**En 1928, Howard envió un relato titulado «Red Shadows» a la revista *Argosy*, que lo rechazó. Tras unos retoques probó suerte en *Weird Tales*, y el relato y su protagonista fueron un éxito inmediato.**

**Solomon Kane es un puritano que vive a caballo entre el siglo XVI y principios del XVII. Es un individuo alto y más bien enjuto, aunque en buena forma física,[30] de aspecto sombrío, piel pálida, rasgos severos y mirada fría, vestido siempre de negro, con sombrero de ala ancha; armado con espada ropera, puñal, pistolas de chispa y, más adelante, cuando lo consigue en una de sus aventuras, un bastón con propiedades mágicas que lo defienden contra el mal. Sus características lo convierten en un personaje solitario que va desfaciendo entuertos y enfrentándose a monstruos y enemigos sobrenaturales mientras vagabundea por Europa y, en ocasiones, por África.**

**Howard escribió nueve relatos del puritano, varios poemas y unos cuantos fragmentos de otras historias que, como ha sido habitual, fueron completados póstumamente por otros autores. Si bien fue creado después que Kull, apareció en *Weird Tales* en 1928 y antes que el rey atlante, por lo que, desde el punto de vista de la publicación, Solomon Kane inauguró el género de espada y brujería.**

**La respuesta a la novedad del género y la calidad literaria de Howard convirtieron a este en un favorito de los lectores de *Weird Tales*, al menos durante algún tiempo. En 1930, el interés en Solomon Kane empezó a decaer, y Kull no había conseguido afianzarse nunca del todo, por lo que Howard empezó a dedicarse a otros personajes. Pero antes de seguir con la espada y brujería, echaremos un vistazo a otra faceta que desarrolló en esa época.**

## *Boxeadores*

**Como he mencionado antes, el boxeo fue una de las actividades favoritas de Howard, como aficionado y como practicante. Tuvo consecuencias variadas; practicar este tipo de deportes desarrolla la forma física y la actitud, pero también contribuye a conocer de primera mano cómo es un enfrentamiento físico. Es una teoría mía sin confirmación documental, pero como dice la frase: «no tengo pruebas, pero tampoco dudas» de que mucho del realismo de las escenas de lucha y acción que Howard reparte por todas sus historias proviene de que, hasta cierto punto, hablaba de algo que conocía. Nunca pierde el tiempo en descripciones inútiles, filigranas elaboradas y combates interminables donde los luchadores se toman todo el tiempo del mundo para insertar diálogos ocurrentes y lucir estilo, a diferencia de lo que ocurre con otros autores más «sedentarios». Cuando se está peleando, se está a lo que se está y se intenta acabar rápido, como se podrá comprobar en cualquier escena de lucha de los cuentos contenidos en este mismo volumen.**

**En 1929, Howard intentó ampliar clientela y público, más allá del cómodo hueco que se había abierto en *Weird Tales*. Su primer intento con éxito fue para la revista *Ghost Stories*, donde colocó «The Apparition in the Prize Ring», una historia donde hace su aparición Ace Jessel, un boxeador bien dotado pero con algunas limitaciones:**

> Era un gigante de ébano, de más de metro noventa de estatura y cien kilos de peso. Se movía con la suavidad de un enorme leopardo y sus flexibles músculos de acero se retorcían bajo su piel brillante. Un boxeador inteligente pese a su tamaño, transmitía el impulso de un martillo pilón en cada uno de sus inmensos puños. Creo que estaba a la altura de cualquiera los boxeadores de esa época... salvo por un defecto fatal: carecía de instinto asesino.[31]

**Howard nos cuenta que Jessel era admirador de un antiguo campeón negro, Tom Molyneaux (detalle que se verá importante en su momento). El relato sigue explicando la situación del protagonista, dejando caer algunos entresijos del boxeo de la época, y lleva hasta la celebración de un combate de importancia vital. En la última parte, Howard describe el combate con un talento periodístico (he leído buenas crónicas de boxeo, y no tiene nada que envidiarlas), y ya al final, al borde de la derrota, entra el componente fantástico y el espectro de Molyneaux echa una mano. Dicho sea de paso, el tropo del «aparición de ultratumba que ayuda al héroe en el momento decisivo» nos lo encontraremos de vez en cuando en historias de espada y brujería, incluida alguna de Conan. Howard fue afinando sus herramientas en muchas historias.**

**El cuento tuvo un gran éxito, y Howard colocó otra historia de boxeo con elementos sobrenaturales en *Argosy*, pero no desarrolló series con estos personajes; había descubierto un filón diferente. Ese mismo año creó el personaje de Steve Costigan para la revista *Fight Stories*, ya sin ningún componente ultramundano y dando rienda suelta al manejo de temas más realistas y al humor. Costigan, marino mercante y boxeador, recorre los mares de Asia acompañado de Mike, su fiel bulldog, y vive mil peripecias, en las que siempre, en algún momento, hay que resolver situaciones a puñetazo limpio en escenarios exóticos. Es un personaje moderno, nada que ver con los héroes bárbaros y las historias fantásticas, y da prueba de su éxito el hecho de que el número de relatos de Costigan, más de veinte, supera al de todos los héroes de espada y brujería de Howard, a excepción de Conan.**

**Lo cierto es que Howard se sentía a gusto con este tipo de historias mezcla de humor socarrón, aventuras, enredos y exageración texana, y volvió a dedicarse a ello más adelante con otra temática, el *western*, aunque de esto hablaré más adelante. En cuanto a los boxeadores, el éxito de Costigan, con sus «puños de acero, voluntad de hierro y cabeza de madera», fue tan indiscutible que dio lugar a otras dos series. Dennis Dorgan es exactamente el mismo personaje de Costigan, nacido de una forma curiosa: Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, creó otra revista llamada *Magic Carpet*, y Howard envió allí algunos de los cuentos de Costigan. Wright no quería repetir nombre en las dos revistas y pidió a Howard que firmara con seudónimo, y este eligió el de «Patrick Ervin». Como habría resultado raro que «otro» autor firmara los cuentos de un personaje de Howard, este cambió el nombre del protagonista, el de su barco y el del perro, dejando el resto igual. De esta guisa aparecieron diez cuentos más. El tercer boxeador apareció cuando debido al éxito de las historias publicadas en las revistas ya mencionadas y en *Action Stories*, otra publicación, *Sport Stories*, le ofreció a Howard comprar el personaje; este no quiso, pero creó para ellos un nuevo boxeador, Kid Allison, del cual apareció casi otra decena de cuentos más.**

**Lo más relevante de todo esto es que, aparte de exponer esta faceta de Howard prácticamente desconocida para los aficionados al género fantástico (injustamente desconocida, pues se trata de relatos de aventuras de calidad, pero los editores de género no suelen ser muy eclécticos), es que se podría decir que gracias a ella tenemos todo lo demás, y en especial a Conan. Fue esta fuente de publicaciones e ingresos constantes la que permitió a Howard abandonar definitivamente estudios y la necesidad de otro trabajo con el que subsistir; las aventuras de boxeadores nos dieron al escritor cien por cien profesional.**

## *Cormac Fitzgeoffrey y Turlogh Dubh O'Brien*

**En 1930, y ya asentada su carrera como escritor profesional, Howard dirigió su atención a otros temas que le interesaban personalmente. Los temas célticos lo fascinaban, en parte debido a su ascendencia irlandesa, y empezó a profundizar en ellos y, especialmente, a escribir sobre ellos. Aquel año, Farnsworth Wright creó una nueva revista, *Oriental Stories*, dedicada a temas exóticos y aventureros. Al ser temas que lo apasionaban, Howard creó para la revista algunas de sus mejores historias, y se estrenó combinando esa temática con el tema céltico, con la creación de Cormac Fitzgeoffrey, un guerrero medio celta, medio normando, que participó en la Tercera Cruzada. Los relatos son meramente históricos-aventureros, y Howard escribió dos cuentos completos («Hawks of Outremer» y «The Blood of Belshazzar») y una sinopsis para un tercero («The Slave Princess») que, tras su muerte, fue completado por otro autor. Aunque estas historias carecen de componente fantástico, están muy en la línea de su producción general del género de espada y brujería, hasta el punto de que los tres cuentos fueron adaptados a los cómics como historias de Conan sustituyendo al personaje protagonista y retocando la ambientación para adaptarla a la Era Hibórea.**

**Turlogh Dubh O'Brien, o Turlogh el Negro, un guerrero celta de la Irlanda del siglo XI, es un personaje mucho más interesante y con más entidad, aunque Howard tampoco escribió una serie larga sobre él. Desde el punto de vista de la cronología interna de la serie, aunque no se publicaron en ese orden (las dos primeras aparecieron en 1931 en orden inverso), esta empieza con «The Dark Man», donde O'Brien tiene la misión de rescatar a la hija del rey Brian Boru. Lo más significativo de esta historia es la aparición de otra creación de Howard, Bran Mak Morn (del que hablaremos a continuación), la relación con los mitos de Cthulhu vía la figura del «Hombre Oscuro», y su temática netamente de espada y brujería, hasta el punto de que fue adaptada como una historia de Conan en los cómics. La sigue «The Gods of Bal-Sagoth», que también fue adaptada como historia de Conan, «The Shadow of the Hun», que quedó incompleta, y «The Spears of Clontarf», narración histórica en el escenario de la batalla de Clontarf (suceso histórico real, 1014), que quedó inédita. Howard reescribió esta última añadiéndole un componente fantástico y retitulándola como «The Grey God Passes», haciendo un paralelo entre la caída de los cultos paganos ante el cristianismo y la batalla que enfrenta a irlandeses y vikingos; la historia resulta fascinante y contiene algunas de las imágenes más potentes que ha manejado Howard. Fue publicada póstumamente.**

## *Bran Mak Morn y otros pictos*

**Antes he mencionado la fascinación de Howard por los temas célticos. Dentro de ella, sentía un interés especial por los pictos, según lo que se conocía de ellos en su época, y los consideraba como unos antepasados muy lejanos suyos. (La teoría en la que se basaba fue desmentida con el tiempo, algo que a Howard no llegó a afectarle pues ocurrió después de su muerte). Debido a ello, desarrolló su propia mitología e historia, situando sus orígenes como una raza primitiva en los tiempos**

de Kull. Pictos y atlantes tenían una rivalidad ancestral, pero pese a ella, uno de los secundarios más importantes de las historias de Kull es Brule el Lancero, aliado y amigo del rey de Valusia. Esta raza noble degeneró hasta convertirse en los salvajes que encontramos en las historias de Conan, y volvió a «elevarse» de nuevo en tiempos históricos más recientes.[32]

La primera aparición en la obra de Howard de los pictos con un papel destacado tiene lugar en 1927, en el relato «The Lost Race», una historia de pictos, celtas y britanos, con temas de guerra y amistad y en la que los pictos están comenzando a ascender de nuevo por la escala evolutiva y abandonando el salvajismo (siempre han estado presentes, pero como criaturas obligadas a ocultarse y posible origen de las historias sobre elfos oscuros y enanos), pero no vuelven a tomar un papel protagonista hasta 1930, cuando vuelve a interesarse por estos temas y ya se ha asentado como escritor profesional. Es entonces cuando crea el personaje de Bran Mak Morn, rey de los pictos en el siglo III de nuestra era, con la isla de Gran Bretaña bajo la dominación romana y las tribus aborígenes luchando contra el invasor. Howard no escribió muchos relatos sobre él, y en su mayor parte lo escrito se limita a poemas y sinopsis, pero la entidad del personaje se nutre de las apariciones secundarias (a veces cameos) en otras series. Ya mencioné antes su aparición en «The Dark Man», y sus historias están conectadas con el universo de los mitos de Cthulhu, sobre los que Howard escribió algunos relatos. A su vez, estos mitos también conectan con la historia completa más importante de Bran Mak Morn, «Worms of the Earth», donde hay menciones a los dioses oscuros de R'lyeh y a Dagon. El propio Lovecraft (amigo de Howard, como ya sabemos) menciona a Bran Mak Morn en alguna historia suya.

Howard no termina aquí su «historia» de los pictos. Bran Mak Morn es deificado a su muerte y es origen de leyendas. En una historia que tiene lugar en la época Artúrica, «Tigers of the Sea», los pictos aparecen como antagonistas. Cormac Mac Art, un pirata medieval y protagonista de otro par de relatos de Howard (y dos fragmentos completados por otro autor), los tiene como aliados o como enemigos según convenga. Y en «The Children of the Night», ambientada en la época contemporánea a Howard y perteneciente a sus historias de los mitos de Cthulhu, aparece un culto a Bran cuyos adoradores son descendientes modernos de los pictos. Es muy posible que dada su fascinación por estos Howard hubiera podido a recopilar y crear una historia más completa con ellos como hilo conductor, pero de haber tenido alguna intención de ese tipo, quedó truncada por su prematura muerte.

### *Los Mitos de Cthulhu. John Kirowan*

La relación de Howard con H. P. Lovecraft ya ha sido tratada en las introducciones de los volúmenes anteriores, por lo que no me extenderé sobre ella aquí. Me limitaré a comentar que escribió casi una veintena de relatos independientes ambientados en el universo de los mitos (y algunos poemas y sinopsis, a veces también completadas por otros autores). Ni la temática ni el tono general se alejan demasiado de los fijados por Lovecraft, aunque con el estilo menos recargado propio de Howard. Dentro de estos cuentos destaca la miniserie protagonizada por John Kirowan, un estudiante de los mitos que viaja por el mundo en busca de conocimientos ocultos, por motivos personales y para protegerse de amenazas

**sobrenaturales. El primero de los cuentos de esta serie, «The Children of the Night», se publicó en 1931, y como ya he comentado antes, contiene referencias al culto a Bran Mak Morn. Pero no es el único enlace de estas historias con las de espada y brujería. En «The Haunter of the Ring», el anillo del título es el que encontraremos en este volumen en el relato «El fénix en la espada»; es el anillo de Tot Amón, que fue**

> pasado de mano a mano por malignos cultos de hechiceros desde los tiempos de la olvidada Estigia.[33]

**Después de haber leído los cuentos, me atrevería a decir que Howard nunca se acabó de sentir cómodo escribiendo sobre invenciones ajenas; aunque los relatos tienen calidad (sin olvidar su componente lucrativo al publicarlos), no son fuera de serie, y de vez en cuando cedió a la tentación de enlazarlos con material propio. Es una conjetura, por supuesto; no debe tenerse por más que eso.**

## *Conan el gaélico*
### *(Sí, estimado lector; has leído bien)*

**Dado que esta introducción está dedicada a otras creaciones de Howard, no voy a extenderme sobre un personaje que ha sido ya tratado ampliamente en los demás volúmenes de las Crónicas Nemedias. En 1932 nació el personaje más famoso de Howard, primero como idea fantástica de un lugar, el poema «Cimeria», y luego materializado al sustituir a Kull de Valusia en la reescritura de «El fénix en la espada», dando comienzo a la serie de relatos a la que pertenece el volumen que tienes en las manos.**

**Pero Howard ya había creado a un Conan el año anterior. Un celta enorme, musculoso, de pelo negro, gran guerrero, saqueador, etcétera, que jura por el trueno de Crom y se enfrenta a un enemigo ultraterreno y reptiliano y a otros adversarios siguiendo el procedimiento habitual. El relato, titulado «People of the Dark» se publicó en *Strange Tales* y ya tenía prácticamente todas las características del cimerio, incluido el nombre.**

**Este relato es también el primer recurso que hace Howard al esquema «recuerdo de vidas pasadas», que se convertiría en la serie de James Allison (de la que hablaré a continuación). El personaje protagonista, aproximadamente contemporáneo del autor, es John O'Brien, que con intenciones de venganza entra en una cueva en Gran Bretaña (llamada la cueva de Dagon; Howard seguía enlazando referencias), pero un accidente provoca una caída que lo deja inconsciente, y cuando despierta…**

> Vi un objeto a mis pies, me agaché y lo recogí. Era una pesada espada de hierro, cuya amplia hoja estaba manchada de sangre. Mis dedos se ajustaron instintivamente a la empuñadura con la familiaridad de un largo uso. Entonces recordé de repente y me reí al pensar que una caída de cabeza me había dejado a mí, Conan de los saqueadores, tan completamente atontado.[34]

**A partir de aquí, la historia se desarrolla de la forma habitual en las de espada y brujería, con ocasionales momentos de recuerdos por parte de O'Brien, que siente que es a la vez O'Brien y Conan. Las dos historias (la presente y la pasada) se cruzan al final, y O'Brien se da cuenta de que la suya de la actualidad completa**

y paga una deuda de la vida/encarnación anterior.

Tras este relato, Howard dio a su protagonista arcaico un nuevo uso (es curiosa la forma en que Conan de Cimeria nace de reciclados y se convierte en el personaje más fundamental de todo un género), pero no abandonó el concepto que sustentaba la historia.

## *James Allison*

El esquema del relato de John O'Brien quedó aparcado por un tiempo, pero algo en este debió de resultarle interesante a Howard, y un par de años después se dedicó a explorarlo con más profundidad.

Ya hemos visto que sentía disgusto hacia la «civilización» y tanto en su época de lector como luego al dedicarse a escribir se inclinaba hacia mundos fantásticos, lejanos y exóticos, donde la vida era más simple (aunque más dura) y que aunque también tenían sus propias civilizaciones, estas eran contempladas con cierto desdén por sus héroes bárbaros. Es casi redundante comentar que su vida material en Cross Plains lo agobiaba, y es posible que James Allison fuese una representación sobre el papel de cómo se sentía a veces. Allison (creado hacia 1932-1933) es un texano discapacitado que compensa de cierto modo su situación desvalida del presente con el recuerdo de otras vidas pasadas en otras épocas más elementales.

> No puedo explicar mi conocimiento de este hecho por ningún medio oculto o esotérico, ni voy a intentarlo. Un hombre recuerda su vida pasada; yo recuerdo mis vidas pasadas. Tal como un individuo normal recuerda las formas que eran él en su infancia, adolescencia y juventud, yo recuerdo las formas que fueron James Allison en épocas olvidadas. Por qué tengo estos recuerdos, no puedo decirlo [...]. Pero mientras espero a que la muerte me libere de mi larga enfermedad, veo con una mirada nítida y segura el gran paisaje de las vidas que se extienden como una estela detrás de mí. Veo a los hombres que han sido yo, y veo las bestias que han sido yo.[35]

Howard escribió tres relatos de Allison (y fragmentos de otros cinco más, completados tras su muerte por otros autores y que no tienen el mismo interés). Y quizá porque sintonizaba de una forma especial y personal, están entre sus creaciones más logradas. En los tres es un aesir (uno distinto cada vez), aunque no acaba de quedar claro si se trata de vikingos de tiempos históricos, de los aesires de la Era Hibórea o de otros de un tiempo diferente o inventado; en cada relato varían las posibilidades. Resulta un detalle curioso dada la querencia general de Howard hacia las etnias célticas, y convierten estas tres historias en las «historias de vikingos» de Howard, ya que en ningún otro caso aparecen más que como secundarios, relleno o meras menciones.

«Marchers of Valhalla», la primera historia de la serie, fue publicada póstumamente, quizá porque no encontró hueco debido a su extensión; es más bien una novela corta. Narra el viaje de un grupo de guerreros aesires por una tierra desconocida, hasta que se encuentran con una ciudad cuyos habitantes, que recuerdan a los indígenas mesoamericanos, al igual que su civilización, los reciben amistosamente al principio. Al final se desencadena el caos y la guerra. La segunda, «The Garden of Fear», publicada en 1934, es una historia más doméstica que involucra al protagonista, su esposa, un rapto y un enemigo más directo. Pero

la última y definitiva (también publicada en 1934) es la más famosa y espectacular: «The Valley of the Worm», en la que el protagonista, Niord, auxiliado por su improbable acompañante picto, Grom (improbable porque aesires y pictos son enemigos), se enfrenta a un enemigo inhumano en un combate épico. Muchos la hemos conocido en la versión en cómic adaptada y dibujada por Richard Corben: *Bloodstar*, que añade algunos extras argumentales que dan más volumen a la historia, pero el texto de Howard tiene la misma fuerza, con el valor de ser la versión original.

## *Cambio de rumbo*

Hacia 1934, Howard había empezado a perder interés en las historias de espada y brujería y se sentía más inclinado a escribir sobre otros temas, algo que ya había venido haciendo en los años anteriores y que en esta época se agudizó. Le interesaba especialmente el *western*, y de hecho, historias de Conan como «Más allá del Río Negro» (publicado en 1935) eran relatos «de frontera» con algún componente fantástico y pictos en el papel de los indios americanos. Otro relato en esta línea, «Lobos más allá de la frontera», quedó inconcluso. La despedida fue espectacular, sin embargo, pues el último cuento que escribió (publicado en 1936) fue «Clavos rojos» (presente en este volumen). Sin embargo, había llegado el momento de buscar otros aires.

En 1932 había publicado «The Horror from the Mound» y creado con ella el género «weird western», historias del oeste con elementos sobrenaturales y de terror. Escribió una docena de relatos, la mayoría publicados tras su muerte, pero no creó ninguna serie con protagonista fijo. En 1934 lo intentó con las historias de detectives, pero ese género no le gustaba como lector y menos aún lo atraía como escritor. Cierto que creó un par de series: la del detective policía Steve Harrison, que se metía en enredos con elemento de misterio y toques de «peligro amarillo», y la de los detectives privados Kirby y Gorman, uno de gatillo ligero y otro aficionado a las broncas a cuchillo, y también metidos en historias de amenazas orientales y cultos fanáticos. Pero escribió pocos cuentos, publicó menos aún, y no tuvo mucho éxito. De las «historias picantes» casi no merece la pena hablar.

Mucho más éxito tuvo, sin embargo, con las historias de aventuras históricas y, por supuesto, el *western*.

## *El Borak y Kirby O'Donnell*

Francis Xavier Gordon, un pistolero de El Paso del siglo XX, se instala en Afganistán tras viajar por Asia, y allí vive abundantes aventuras en las que se gana el sobrenombre de El Borak («el rápido») por su velocidad tanto con el revólver como con el cerebro. Allí resuelve problemas y media entre las tribus usando el ingenio cuando es posible, y las balas cuando no. Todos son relatos de aventura sin elementos fantásticos. Howard escribió algo menos de una veintena de historias, aunque solo cinco se publicaron durante su vida, acompañado en algunas de ellas por The Sonora Kid, del que también escribió una serie propia de media docena de relatos y otros tantos inconclusos.

Un detalle curioso es que Howard creó a El Borak cuando tenía diez años,

**inspirado por sus lecturas habituales y por algunos personajes reales como el explorador Richard Burton y Lawrence de Arabia. Obviamente no lo llegó a desarrollar en serio hasta su edad adulta, cuando publicó el primero de sus cuentos, «The Daughter of Erlik Khan», en 1934.**

**Kirby O'Donnell es un personaje similar en ciertos aspectos: incluso comparten la ascendencia «Black Irish», la preferencia por el uso del ingenio en vez de la fuerza para resolver los problemas y el escenario de Afganistán de principios del siglo XX, aunque en este caso sus aventuras son las de un buscador de tesoros, un poco a lo Indiana Jones, que se mueve por el territorio disfrazado de comerciante kurdo. Howard solo escribió tres relatos de este personaje.**

### *Agnes la Sombría de Chastillon y Sonya la Roja de Rogatino*

**En los relatos de Conan aparecen básicamente dos clases de mujeres con papeles importantes: las voluptuosas y las guerreras (aparte están las antagonistas malvadas, pero en general se pueden encajar en esas categorías también). Llegado el momento de convertirlas en protagonistas absolutas, Howard no tuvo más que un tipo.**

**Agnes de Chastillon habita en la Francia del siglo XVI. En su origen se libra de un matrimonio forzado matando al prometido y escapando. Tras estar a punto ser vendida como prostituta, un capitán mercenario la acoge y le enseña a manejar la espada. Howard escribió dos relatos completos: «Sword Woman», la historia de su origen, y «Blades for France», donde Agnes se ve envuelta en una intriga internacional. También dejó un borrador, «Mistress of Death», que tras la muerte de Howard fue completado por otro autor, que le añadió elementos fantásticos (las dos historias de Howard son completamente realistas) y modificó al personaje para hacerlo «más femenino» (y estropeándolo, en mi opinión); esta historia fue posteriormente adaptada a una de Conan para los cómics, sustituyendo a Dark Agnes por Red Sonja de Hirkania.**

**Sonya de Rogatino solo aparece en un relato de Howard, «The Shadow of the Vulture», ambientado en 1529 en el asedio de Viena. Sus características son muy similares a las de Agnes: pelo rojo, mal genio y habilidad con la espada, y las tres historias escritas por Howard (descarto la inconclusa) son muestras excelentes del dominio que tenía para narrar historias de acción. Se ha considerado la posibilidad de que Howard basara estos personajes en Novalyne Price, amiga suya en Cross Plains y quizá su único interés romántico conocido (aunque hay dudas sobre el alcance de su relación). Como curiosidad: Price, maestra de escuela y escritora, fue la autora de *One Who Walked Alone*, la biografía de los años finales de Howard.**

**En cualquier caso, y esto debe quedar bien claro, aunque Red Sonja de Hirkania esté basada en una combinación de Agnes y Sonya, no es en absoluto creación de Howard; la inventaron para los cómics.**

### *Otros personajes de relatos históricos*

**Howard escribió gran cantidad de relatos de aventuras en escenarios históricos,**

**aunque en su mayoría fueron historias independientes con las que no desarrolló series de un personaje. Merecen mención algunas «miniseries»: el ya mencionado Cormac Mac Art, pirata irlandés del Medioevo (dos relatos y dos fragmentos inconclusos); Lal Singh, personaje histórico real y comandante del ejército sij en la primera guerra anglo-sij (tres relatos), y Black Bulmea, otro pirata irlandés, en esta ocasión de la época más clásica de los piratas del Caribe (dos relatos). Es interesante el detalle de que una de las historias de Black Bulmea, «Swords of the Red Brotherhood», es una reescritura del relato de Conan «El extranjero negro» (publicado en el segundo volumen de estas Crónicas Nemedias), y posteriormente adaptado de nuevo como historia de Conan por Sprague de Camp como «El tesoro de Tranicos». Como es sabido, muchos de los héroes de Howard son bastante intercambiables, lo que llevó a que bastantes historias que no eran en principio del cimerio se transformaron en historias de este, sobre todo en el cómic. En este caso, fue una transformación de ida y vuelta, pues el relato original ya era de Conan.**

### *Breckinridge Elkins*

**He dejado como último personaje de este catálogo al que fue de hecho el último personaje seriado de Howard, con el que trabajó hasta el momento de su muerte y quizá al que más interés dedicó. A la vez, es probablemente el más desconocido de los lectores hispanohablantes de Howard, que hemos tenido contacto con su obra desde el género fantástico y de aventuras por ser lo único que se ha publicado en nuestro idioma.**

**Comenté antes que hacia 1934, Howard había empezado a perder interés en los personajes y temas que había tratado con más frecuencia, le habían dado la fama y habían sido su centro como escritor profesional. Señalé también que lo que más le apetecía escribir eran historias del oeste. Y sin abandonar del todo otros temas, a eso se dedicó.**

**Mencioné de pasada el personaje de Steve Allison, alias The Sonora Kid, que aparte de sus historias propias apareció en algunas de El Borak, y los diversos relatos «weird western», que, siendo estrictos, no se pueden encuadrar en esta sección. A esto hay que añadir una docena de historias del oeste independientes, *westerns* en el sentido más clásico, con pistoleros de gatillo fácil e historias en la línea más tradicional.**

**Pero, sobre todo, escribió a Breckinridge «Breck» Elkins.**

**Con Breck Elkins, Howard retomó el tono desenfadado y humorístico del que había hecho gala un lustro antes, con las historias del marino boxeador Steve Costigan. Elkins es un paleto montañés de Bear Creek, una localidad ficticia de las montañas de Nevada. De figura imponente (casi en la línea de los héroes bárbaros) y mal genio, tiene fama de luchador temible, capaz de soportar un castigo increíble sin inmutarse (en una ocasión comenta despreocupadamente que «me pareció que alguien me tocaba en la cabeza con un palo» después de que un bandido lo atacara a traición mientras se lavaba en un río y le partiese una rama en la cabeza, tras lo cual levantó la vista para ver qué había sido ese pequeño incordio). Tocado habitualmente con un gorro de piel y cola de mapache y en compañía de Cap'n Kidd, un caballo igual de pendenciero y arisco que su dueño, su exceso de músculo y carencia de cerebro lo mete en mil líos, ya por sus actos**

**bienintencionados pero torpes con intención ayudar a alguien, ya en busca de intereses amorosos. Fue ocupante permanente de *Action Stories* desde 1934 hasta 1937 (algunas historias se publicaron póstumamente), apareciendo en todos los números, ya que Howard llegó a escribir cerca de treinta historias (superando incluso a Conan), y fue su mayor éxito comercial y de recepción del público durante su vida. Además, Howard escribió estos relatos en primera persona (algo muy poco habitual en él) e imitando en los diálogos el dialecto de los *hillbillies*. Algún crítico de la época llegó a comentar que «Por fin podemos escuchar la auténtica voz narrativa de Robert, sin los filtros de los libros y las historias imaginarias, y en el medio que mejor conoce».**

**Sería difícil resumir las tramas múltiples y variadas, un poco como querer resumir las historias de Groo el Vagabundo de Sergio Aragonés (personaje con el que comparte no pocas características y que, curiosamente, nació como parodia de Conan: todo vuelve a Howard). Solo señalaré que las historias, recopiladas al fin en un libro (el primero publicado de Howard; nunca lo había conseguido antes) terminan con un final feliz para su protagonista, algo también poco habitual. Howard, antes de morir, se dedicó a algo que quería hacer y disfrutó mientras lo hacía.**

**Como también he disfrutado yo repasando todos estos personajes howardianos. Espero que mis palabras os hayan animado a acercaros a otras historias de Robert E. Howard más allá de las de Conan.**

# EL PESO DE LA CORONA

## Santiago L. Moreno

**Como todos sabemos, la vida es insatisfactoria. Robert E. Howard intentó encontrar una solución recurriendo a dos métodos distintos, el segundo de ellos definitivo. Durante gran parte de su existencia inventó otras vidas y nuevas realidades en las que desarrollarlas. Si hacemos caso a sus escritos, a veces las creyó ecos de su propio pasado, a veces proyecciones de otro tiempo que, como musas, ponían en su cabeza la semilla de las historias que ideaba. Cuando incluso esas vidas ficticias fueron insuficientes, decidió hacer algo radicalmente distinto. A la edad de treinta años, entró en su automóvil, sacó un Colt del calibre 38 de la guantera y se pegó un tiro en la cabeza. Este y otros detalles biográficos del autor son, en su mayoría, conocidos por sus aficionados. La figura de Robert E. Howard ha despertado tal devoción a lo largo del tiempo que cualquier ensayo, cualquier introducción o prólogo a sus relatos, cualquier mínima reflexión que se haya podido escribir sobre su obra han remitido, de uno u otro modo, a su persona. Basta leer alguna de las muchas antologías que recogen sus cuentos para toparse con los detalles de su vida.**

**Los textos sobre las narraciones y la vida de Howard se convirtieron pronto en una indagación de pequeñas pistas, de deducciones personales sacadas de cada recoveco entrevisto en sus escritos. Su narrativa y sus intercambios epistolares han pasado a ser el objeto de estudio del que extraer cualquier tipo de anécdota incluida en una vida que, por otra parte, no contuvo nada extraordinario o llamativo más allá de, obviamente, su abrupta conclusión. Howard no fue Hemingway o Conrad, no estuvo en guerras, no viajó por el mundo. Como los miembros de la Generación Perdida, publicó su obra en el periodo interbellum, pero esta no pudo tratar temáticas más distintas. No la basó en sus propias experiencias, como hicieron muchos de aquellos escritores, pues su vida estuvo exenta de grandes aventuras, sino en su imaginación. Permaneció los treinta años de su existencia en el estado de Texas sin experimentar grandes acontecimientos, sin sufrir mayores peripecias que las vividas en sus pequeños viajes por los alrededores de su región o algún estado vecino. Sin embargo, en los habituales textos biográficos que sirven de introducción a sus numerosas obras se sigue insistiendo en extraer significados personales de sus textos, detalles de una vida poco emocionante cuyo interés se reduce a una serie de hechos convencionales.**

**Los hitos en la vida de Robert E. Howard se pueden resumir en un párrafo. Nació en 1906 en Peaster, un pequeño pueblo de Texas. Su familia se trasladó de villa en villa durante su infancia hasta instalarse definitivamente no muy lejos de allí, en Cross Plains. Aquella pequeña población se vio inmersa en el *boom* texano del petróleo, que no solo multiplicó el número de habitantes, sino que cambió los modos y los medios de vida de toda la región. Howard tuvo un perro de nombre *Patches*, cuya muerte sintió profundamente, y también un caballo y un automóvil. Aficionado al boxeo, cultivó su cuerpo hasta conseguir una figura atlética. Su**

**única relación sentimental duradera la mantuvo con una profesora, Novalyne Price, quien publicó un libro sobre el tiempo que pasó con él titulado *One Who Walked Alone*. Howard cuidó de su madre enferma muchos años, durante los numerosos viajes que realizaba su padre, médico rural. El día anterior al fallecimiento de esta, se suicidó apenas alcanzada la treintena.**

**Estos datos biográficos tienen poca relevancia al lado de lo verdaderamente importante en Robert E. Howard, su faceta de escritor, uno de los mejores de las revistas *pulp*, autor de una de las obras más influyentes de los siglos xx y xxi. Sin embargo, sus lectores muestran un interés por su vida casi tan intenso como por su obra, uniendo ambas como si fueran indisolubles y se trataran de una misma cosa, buscando una sinergia en sentido contrario al habitual. Cuando lo corriente en la crítica interpretativa es indagar en las características del autor y sus intenciones para poder entender la obra (aunque la mayor parte de las veces esta escape a esa relación de causa-efecto), en el caso de Howard sucede lo opuesto, que se buscan pistas en sus creaciones para conocer al autor. De los estudios de sus narraciones y cartas, muchos obtienen una visión algo más misteriosa y emocionante que la que arroja su poco agitada vida, una crónica de introversión personal y familiar que una gran parte de los seguidores de sus ficciones pugnan por desentrañar.**

**El mayor culpable de extender esta versión enigmática del autor fue, seguramente, L. Sprague de Camp, con su polémica biografía *Dark Valley Destiny*. En ella, De Camp, quien tuvo mucho que ver tanto con la popularización como con la adulteración de la obra de Howard, propone una lectura psicoanalítica, basada en especulaciones sobre un hombre desequilibrado dependiente de su madre. Es una obra muy poco rigurosa en bastantes aspectos y está diseñada al servicio de las tesis de su autor. No es extraño, por tanto, que las sucesivas biografías posteriores coincidan en el intento de desautorización de esa versión, basándose en nuevos datos y en unas perspectivas adscritas en mayor grado a los hechos conocidos. Las más importantes son *Blood & Thunder, The Life and Art of Robert E. Howard*, de Mark Finn, y *La guía de Robert E. Howard*, de Patrice Louinet. Son estudios más rigurosos en la interpretación de los documentos, indagan más en los medios, en el efecto que pudo tener el entorno en el joven escritor y en el momento y las condiciones del ambiente literario en el que Howard tuvo que maniobrar, el mercado de las revistas *pulp*, para diversificarse y conseguir llegar al mayor número de lectores posible. Dejan menos espacio a la presunción y más a los hechos reflejados en los documentos legados tras su muerte.**

**Siendo sinceros, hay que decir que los escritos dejados por Howard representan también un pequeño problema, pues muestran a una persona tan extraordinaria como poco fiable. En los intercambios epistolares con otros escritores y en las cartas de presentación a los directores de las revistas en las que intentaba publicar, Howard se muestra como lo haría cualquier aficionado con aquellos a quienes admira. Incluso posteriormente, su modestia como autor es crónica. No duda, sin embargo, en exhibir sus grandes conocimientos en antropología y otras disciplinas. Intenta impresionar tanto a unos como a otros, lo cual lo lleva a veces a caer en exageraciones y falsedades demostradas posteriormente.**

**De algunos cuentos que, en propias palabras, le habían salido de corrido, sin trabajo, como sugeridos por sus personajes, se acabaron encontrando borradores, sinopsis y aproximaciones. Howard trabajaba y elaboraba más de lo que le gustaba**

**reconocer. Los testimonios de sus contactos directos o de quienes llegaron a conocerlo definen a una persona peculiar, imaginativa, impulsiva y a la vez melancólica. Quizás sea ese misterio, el de su inasible carácter, unido al de su abrupto fin, el que provoca un escrutinio constante de su vida. Aunque lo más probable es que tal fascinación no sea mas que un reflejo de la que despierta su obra, que la obsesión por el autor provenga de la fuerza que despliegan su narrativa, sus personajes y los mundos que creó para ellos. Debido a su suicidio, la obra de Howard, aunque prolífica, está comprendida en apenas quince años de actividad creativa. Es normal que sus lectores valoren cualquier nueva visión o texto de Robert E. Howard, por nimios que estos sean.**

## *Los orígenes*

**¿De dónde proviene la obra de Robert E. Howard? ¿Cuáles fueron los focos de influencia? ¿De dónde dimana la corriente de su portentosa imaginación? Las claves que pueden extraerse de una vida convencional se resumen pronto. Sin duda, las numerosas historias que le contaba su madre sobre una Irlanda mítica y ancestral se reflejan en muchos de sus relatos posteriores, gran parte de ellos desarrollados en las islas británicas y protagonizados por personajes autóctonos. La influencia en sus mundos imaginarios de la región en la que transcurrió su vida, de la orografía y las circunstancias sociales de su Texas natal, es más notable de lo que pudiera parecer. En este orden de cosas es obligado mencionar el paralelismo que se da, en cierto modo, con el otro gran padre de la fantasía literaria, J. R. R. Tolkien. La Comarca proviene de los recuerdos de infancia de Tolkien en Sarehole tanto como Cimeria procede del Dark Valley embellecido por los recuerdos que Howard conservaba de sus primeros años. El interés de Tolkien por la lingüística, apreciable en sus creaciones literarias, es comparable al que demuestra tener Howard por la antropología en las suyas. Tolkien, al igual que E. M. Forster y otros escritores británicos antes que él, renegaba de la Revolución Industrial y sus efectos sobre el país. Howard extrae su máxima creencia, la barbarie como un estado natural del hombre solo interrumpido por intervalos de civilización pasajeros, de la corriente de resaca producida por la ola del petróleo en Texas durante la década de 1930, años coincidentes con su producción más madura. Al respecto, el celebre párrafo final de «Más allá del río negro», uno de sus mejores cuentos, refrenda las tesis defendidas en su epistolario.**

> —La barbarie es el estado natural de la Humanidad —dijo el montaraz, aún observando sombríamente al cimerio—. La civilización es antinatural. Es un capricho de las circunstancias. Y al final siempre triunfará la barbarie.[36]

**A pesar del papel que su experiencia vital pudiera tener en la inspiración de sus obras, no es en la realidad, sino en la ficción, donde se encuentra el sustrato de su literatura. O más claramente, en sus lecturas. Sea creíble o no la anécdota que cuenta el propio Howard, quien confiesa haberse colado en una escuela lejana solo para sustraer unos cuantos libros, los volúmenes encontrados en su biblioteca tras su muerte y el vasto conocimiento que demuestra en sus cartas sobre autores y obras del momento y de la literatura universal muestran a un lector voraz, atento y con un instinto envidiable para el reciclaje. En cuanto a esto, escribe L. Sprague de Camp:**

> Las historias de Conan hacen uso de muchas situaciones y conceptos que Howard había desarrollado en relatos anteriores. Por otra parte, aquellos familiarizados con los contenidos de la biblioteca de Howard y con la literatura de comienzos del siglo xx pueden reconocer con frecuencia la página misma de dónde surgió una idea; un ejercicio detectivesco arduo pero fascinante.[37]

**En esta afirmación no solo queda clara esa obsesión indagatoria del lector howardiano a la que me referí antes, sino también uno de los aspectos más sobresalientes de Robert E. Howard: su capacidad para la reutilización y resignificación de conceptos tanto ajenos como propios. Su obra es un cúmulo de tropos y situaciones extraídas de otros autores, pero reconvertidas, impregnadas de su propio estilo narrativo de tal forma que, puede decirse, lo que sale finalmente del alambique de su imaginación son productos distintos. Por poner un ejemplo, en la propia novela que nos ocupa, *La hora del dragón*, aparece un personaje femenino de belleza arrebatadora y edad milenaria. Esta suerte de diosa que intenta seducir a Conan en las profundidades de un templo estigio se llama Akivasha, y si uno se detiene a pensarlo encuentra enseguida la referencia de Ayesha, la inmortal protagonista de *Ella*, de Henry Rider Haggard. Y no solo por proximidad fonética.**

**Si depuramos el significado de la palabra *pastiche* y lo aligeramos del tono peyorativo que ha ido adquiriendo con el tiempo, podemos decir que Robert E. Howard se contaba entre los autores que mayor jugo han sabido extraer de esa técnica. Quizás calificar los escritos howardianos como pastiches pudiera parecer excesivo, y puede que, por una equivocada evolución del concepto, incluso suene denigrante hoy en día, pero lo cierto es que un gran número de las propuestas culturales traídas por la posmodernidad parten de él. La intertextualidad, la resignificación, el *cross over*, el *reboot*, los productos generados por la cultura *remix* en general, no son más que derivaciones del pastiche. En las obras de Howard reverberan ecos del propio Haggard, Jack London, Edgard Allan Poe, Rudyard Kipling y una larga lista de autores que configuraron la literatura de aventuras entre finales del siglo xix y principios del xx. Pero no solo ellos, claro; también Sax Rohmer, Talbot Mundy, H. P. Lovecraft, Clark Ashton Smith y el propio círculo de compañeros que conformaron la literatura popular centrada en las revistas *pulp*, el medio preponderante al que se dirigió Howard para publicar sus historias y del que acabó siendo uno de sus mejores representantes.**

**Asiduo lector de *Adventure*, en cuyas páginas se narraban historias de aventureros y soldados de fortuna en las regiones más exóticas del mundo, fue en este tipo de revistas, las publicaciones *pulp*, en donde Howard volcó sus esperanzas y publicó la mayoría de sus relatos. La variedad de géneros que toca en su obra se debe, en gran medida, a la necesidad de dinero y al estado del medio en el que podía conseguirlo. Consciente de que encasillarse limitaba sus posibilidades, Howard fue tocando varios palos con el tiempo, adaptándose a las temáticas que alimentaban las revistas en las que intentaba publicar. Especialmente a partir de que Farnsworth Wright, el editor de *Weird Tales*, la revista en la que más cuentos había logrado colocar, comenzara a pagarle mal y tarde. Por eso la obra de Howard es tan variada y en ella se pueden encontrar relatos históricos, de boxeo, orientales, de aventuras marinas, eróticos, de terror, westerns e incluso alguno de ciencia ficción. Pero sobre todo de espada y brujería, subgénero de la fantasía al que el texano dio carta de naturaleza.**

**Obviamente, las características de ese medio no influyeron solo en las temáticas, se extendieron también hasta la propia narrativa. Las historias contenidas en las revistas *pulp* cumplían una serie de imperativos que Howard supo incorporar a su estilo. El primer mandamiento de aquellas publicaciones era el de enganchar a los lectores, embeber sus mentes desde el primer párrafo y no dejarles levantar la cabeza. El segundo, tener un toque personal, un elemento o estilo identificable, tratar las temáticas habituales de la publicación añadiendo algo original y personal, para que los lectores, en sus compras, buscaran sus historias por encima de las del resto. Cabe preguntarse cómo es posible que, partiendo muchas veces de referencias identificables, la obra de Robert E. Howard parezca, sin embargo, nueva. El autor cimentaba su originalidad en la vasta imaginación que supuraban sus escenarios y personajes y, sobre todo, en su adictivo estilo narrativo. El sentido de la acción, el ritmo imparable, la fuerza que transmite, son inimitables. En sus mejores relatos, la mezcla de escenarios exóticos, personajes carismáticos y acción arrolla al lector. El narrador jamás pierde tiempo en descripciones innecesarias. Las someras pinceladas con las que sintetiza las situaciones, los entornos y los personajes tienen un efecto preciso, diríase matemático. No hay largas peroratas, no hay pasajes alargados hasta el infinito como en la mayoría de narraciones de la actual fantasía. Sin embargo, las imágenes son tan sugerentes que quedan impresas en la memoria. La violencia, por otra parte, es tan febril como certera, tanto que, a veces, involuntariamente, los dedos del lector acaban apretando de más los bordes del libro.**

**En el momento más espectacular de «Coloso negro», dos ejércitos combaten en las laderas de un valle. Los soldados luchan metidos hasta los tobillos en charcos de sangre, tal es la violencia del largo enfrentamiento. En medio de la carnicería, el oscuro brujo milenario Thugra Khotan atraviesa la contienda en un carro tirado por una bestia infernal y rapta a la princesa Yasmela, que permanecía al margen de la batalla. Lo que viene a continuación corta el aliento:**

> Con un grito de rabia enfurecido, Conan recogió la espada del suelo y se interpuso en la trayectoria de aquel horror sobre ruedas. Pero mientras alzaba la espada, los cascos delanteros de la bestia negra lo golpearon como un rayo y lo lanzaron violentamente a varios pies de distancia, herido y aturdido. El alarido de Yasmela resonó desesperado en sus oídos mientras el carro se alejaba.
>
> Un grito que no tenía nada de humano salió de los labios de Conan mientras se ponía en pie y alcanzaba las riendas de un caballo sin jinete que corría a su lado. Se lanzó a la silla sin detener la montura, y galopó con una despreocupación enloquecida hacia el veloz carro.[38]

**Si aún queda alguien que no haya leído el relato, no creo que tenga problemas para imaginar cómo acaba. Lo notable en este extracto es la capacidad de transmisión que tiene. El lector llega hasta aquí ya emocionado, y la reacción del protagonista es tan física, tan directa, que uno no puede evitar compartir ese grito inhumano. Howard logra provocar ese efecto continuamente. La contundencia de su estilo, la concreción de su narrativa, logra que el foco jamás se aparte de lo importante, porque nada es de relleno. Ni en el desarrollo de la acción, ni en el escenario ni en los personajes, a los que a veces caracteriza de un plumazo. En un pasaje de *La hora del dragón*, presenta a un personaje llamado Valbroso como a alguien con «nariz de ave de presa». No elige huesuda, aguileña u otro adjetivo más común, sino que opta por una descripción que a la vez instala en nuestra mente el carácter peligroso del personaje. Es un simple detalle que ejemplifica la síntesis y agilidad que Howard imprime a sus narraciones y que se puede**

**encontrar en la mayor parte de su obra. Ni siquiera los lances de acción se extienden generalmente más allá de dos o tres párrafos. Su narrativa no deja espacio para las distracciones, no hay nada que desvíe el foco de atención de la acción.**

**Pero más allá del poder de seducción de los escenarios y de la contundencia narrativa, las narraciones de Howard son notables por la verosimilitud que poseen las estructuras y componentes sociales que aparecen en las historias. La querencia del escritor por la antropología se evidencia en cada uno de sus relatos. La mejor manera de entenderlo es leer su ensayo de ficción titulado La Era Hibórea, una guía de trabajo que describe varias edades de un universo tan imaginativo como sólidamente diseñado. La impresión que este texto tuvo sobre Lovecraft se hace evidente en la carta que el escritor de Providence envió a Donald A. Wollheim, sugiriéndole que publicara el ensayo en el fanzine** *The Phantagraph*:

> Howard es la persona que posee el más espléndido sentido del drama histórico que conozco. Tiene una visión panorámica que abarca vastos periodos de tiempo en la evolución e interacción de pueblos y naciones, y proporciona la misma escala de emoción, pero con una visión aún más amplia, que la que dan obras como La primera y la última humanidad ***de Stapledon.***[39]

**Sin embargo, en el siguiente párrafo H.P.L. incide en lo que él considera un defecto estilístico de Howard cuya controversia sigue viva en nuestros días.**

> El único defecto es la incurable tendencia de R.E.H. a inventar nombres demasiado cercanos a los auténticos de la Historia antigua, pues despiertan en nosotros un conjunto de asociaciones muy diferentes. En muchos casos lo hace a propósito (con la teoría de que los nombres familiares descienden de los reinos fabulosos que describe), pero eso queda invalidado por nuestro conocimiento de la etimología de muchos de esos términos históricos, así que no podemos aceptar la ascendencia que sugiere. E. Hoffman Price y yo hemos discutido con él sobre esta cuestión, pero no hemos hecho avance alguno.[40]

**Creo que hay una cierta cortedad de miras en el juicio de los compañeros escritores de Howard. Si nos ceñimos estrictamente a la obra, el efecto que provoca su tratamiento de esa época inventada que es la Era Hibórea resulta ser exactamente el que el texano, según el extracto reproducido, pretendía. El lector medio de literatura** *pulp* **(y, aclarémoslo, de otros muchos tipos de literatura) no cuenta, generalmente, con esos vastos conocimientos del pasado. Los significantes de la nomenclatura creada por Howard, mezcla de realidad y ficción, aluden a significados más recordados que conocidos, despiertan ecos de lugares de los cuales nuestra memoria solo conserva el exotismo y ciertos matices identificativos, pero no las localizaciones y la historia exacta. En la mayor parte de los casos, solo recordamos haber oído o leído aventuras desarrolladas en ellos. Howard pretende extraer la nota exótica de nombres que, transformados, interpelan, no a nuestro conocimiento, sino a las sensaciones que esas localizaciones geográficas producen en nuestro cerebro. Esa familiaridad juega a favor de la credibilidad de la narración debido a la minuciosidad de los datos que aporta sobre poblaciones y pobladores. El mundo que describe Howard, a pesar de ser ficticio, coincide con el que presume nuestra percepción, y es, por ello, verosímil.**

**Si vamos un poco más allá y miramos a la obra por encima de su autor, para quien ese tiempo de barbarie estaba a doce mil años de distancia en el pasado, la Era Hibórea se abre incluso a una interpretación alternativa, distinta a una lectura del pasado. Sin duda, por estética y temática, se trata de una obra fundacional de**

**la espada y brujería, una de las ramas más holladas del género de fantasía; sin embargo, permite una lectura distinta desde la ciencia ficción. Si nos olvidamos del pasado de nuestra Historia y enfocamos los relatos desde una realidad paralela en la que los sucesos ocurren en una línea temporal alternativa, con fuertes concomitancias y puntos de contacto con la nuestra, todo funciona a la perfección. Estamos ante un mundo en el que los hechos no se desarrollaron como en el nuestro, en el que las distintas civilizaciones se fueron sucediendo de otro modo, con otro ordenamiento, en el que podemos identificar ciudades, regiones, razas y sociedades que conocemos y cuya línea histórica siguió un curso distinto. La Era Hibórea de Howard puede ser interpretada no como una lectura diferente de nuestro mundo con un pasado oculto, visión esta propicia, aunque en mi opinión equivocada, para las acusaciones de Lovecraft y Price, sino como el relato histórico de una realidad alternativa. Esa posibilidad legitima y a la vez es causa de la familiaridad que despierta la nomenclatura, sin duda una virtud más que un defecto.**

**En *Almuric*, novela de ciencia ficción que respondía a un encargo que, como veremos más tarde, Howard acabó desechando en favor de *La hora del dragón*, se coquetea con el concepto de los mundos paralelos.**

> Había descubierto que, aunque los objetos animados e inanimados de Almuric imitaran con frecuencia a otros de la Tierra, había una sorprendente diferencia entre unos y otros, ya fuera en lo concerniente a la sustancia, a la cualidad, a la forma o al modo de acción. Rozaba lo absurdo que ciertas condiciones de ambos planetas pudieran concurrir en paralelo para producir un lenguaje idéntico.[41]

**Howard escribió pocos relatos de ciencia ficción, pero trufó sus historias de pequeñas tramas y personajes propios del género. Los seres terroríficos que pueblan sus páginas proceden, en muchas ocasiones, de más allá de las estrellas. En algunos casos por puro uso materialista del horror. Si bien es cierto que apenas tiene cuentos, podría decirse, lovecraftianos, la influencia del *leitmotiv* del maestro del terror cósmico en muchos de los episodios contenidos en la obra de Howard es notoria. Los demonios no suelen provenir del más allá, sino de un linaje de seres materiales caídos en la degeneración, un concepto que a Howard lo encandilaba. En muchos episodios, el elemento fantástico es un ser del espacio, como ocurre en «La torre del elefante», o una civilización entera condenada por la involución provocada por la química del río, como ensueña Conan debido al loto negro en «La reina de la Costa Negra». La presencia de monstruos prehistóricos, como el que enfrentan Valeria y el cimerio en «Clavos rojos», es numerosa, y se dan incluso viajes en el tiempo, como el que realiza el rey Kull en «Reyes de la noche». Es decir, que Robert E. Howard incluyó muchos de los tropos y subtemáticas propios de la ciencia ficción en sus obras, aunque apenas dedicara historias a este género.**

## *El pasado mítico*

**La elaboración del espacio donde tienen lugar las aventuras de Conan, el mundo Hibóreo, es fundamental en su éxito, pero también lo es la ficcionalización del tiempo, la alusión a un pasado mítico. La importancia que este tiene en muchos de los cuentos, e incluso en la categorización de la obra completa, es incuestionable. La mayoría de estudios bibliográficos de la obra de Howard suele incluir un**

capítulo dedicado a los relatos de la memoria ancestral, con el reencarnado personaje de James Allison a la cabeza. Como autor, Howard funcionaba de modo semejante a una coctelera. Leía de todo y aprovechaba todo, amoldándolo a su estilo e imaginación para elaborar un producto distinto. Ya hemos hablado de la narrativa histórica, de aventuras y de la literatura *pulp* que devoraba, pero hay que añadir una serie de lecturas menos distinguidas, libros esotéricos de los que extraía las extrañas percepciones que volcaba en sus cartas y mucho del elemento fantástico abundante en sus ficciones. Sus ideas sobre la Atlántida y Lemuria, sobre la reencarnación y las fuerzas ocultas del pasado, eran producto de la mixtura que arrojaban sus lecturas de escritores como Haggard y Burroughs sobre aventureros en reinos olvidados más las supercherías *ad hoc* encontradas en libros ocultistas. Al igual que algunos escritores utilizarían cuarenta años después el fenómeno ovni para hacer ficción sobre extraterrestres, Howard mezclaba los misterios antropológicos para enriquecer aún más sus visiones de un pasado perdido y fascinante.

De hecho, la presencia ominosa de las ruinas de mundos anteriores se convertiría en una de las claves del género de la espada y brujería. La atracción que ejercen en el lector el misterio de las civilizaciones desaparecidas y las amenazas del pasado en forma de magia antigua o monstruos desconocidos es innegable. Del poder que las ruinas tienen sobre la imaginación dan fe ejemplos del medio audiovisual moderno, como las construcciones milenarias de la Isla Calavera que pisotea en sus paseos solitarios *King Kong* o el paso de Tyrion Lannister y Jorah Mormont por la maldita Valyria en *Juego de tronos*. Si la imagen dada provoca fascinación, la palabra es imaginación en sí misma. Es casi imposible resistirse al efecto que causa el pasado incognoscible en el campo de la literatura. La imaginación se dispara y la mente es atraída por el misterio. Howard plantea la Era Hibórea como anterior a la conocida en los anales históricos, y antes que ella, sitúa una era Precataclísmica en la que también hay civilizaciones misteriosas al sur de Thuria, herederas de un pasado remoto. Gran parte de las amenazas que enfrentará el rey Kull provienen de una edad anterior. «Todos se han ido, Las mujeres-pájaro, las arpías, los hombres-murciélago, los demonios voladores, los hombres-lobo, los demonios, los duendes, todos, excepto este ser que yace a nuestros pies, y algunos hombres-lobo»[42], le dice el picto Brule al rey mientras miran el cadáver de un hombre-serpiente que yace a sus pies. «Fue el ser humano el que al final triunfó, hace tanto que lo único que han llegado nosotros son leyendas desvaídas a través de los abismos del tiempo»[43].

Los vestigios de tiempos remotos, tanto los monstruos supervivientes como los brujos milenarios o las ciudades en ruinas que ilustraron con maestría dibujantes como Roy Krenkel, Virgil Finlay o John Buscema, configuran el elemento fantástico de la mayor parte de la espada y brujería, con alguna presencia puntual de seres extraterrestres. Decir que sin esos restos palpitantes del pasado el género no sería tal cosa y pasaría por histórico entra en el campo de la especulación, pero lo cierto es que el elemento demandado por las revistas y los lectores de la época era este. De hecho, la aparición de Conan hay que agradecérsela a la falta de estos elementos en un cuento del rey Kull, rechazado por esa carencia y reconvertido como primera historia del cimerio. «¡Con esta hacha gobierno!» era el título de un relato en el que el monarca de Valusia debía enfrentar el ataque de cuatro conspiradores. Esta acción y la historia romántica de una pareja a la que la ley impide contraer nupcias es todo lo que hay en la historia. Kull parte la tabla de las

**leyes de un hachazo tras salvar la conspiración y permite la boda. Hay un encuentro en el bosque, cierta reflexión melancólica e incluso, diríase, política, y ningún elemento fantástico.**

**El cuento había sido rechazado en 1929 por las revistas *Argosy* y *Adventure*. Tres años después, en 1932, Howard reelabora el relato. Cambia el nombre de algunos personajes (Ridondo, el juglar, pasa a llamarse Rinaldo, por ejemplo), sustituye al rey Kull por un personaje nuevo, el rey Conan, elimina la historia romántica y, lo más importante, introduce elementos fantásticos en la trama. Un brujo llamado Tot Amón, esclavizado por uno de los conspiradores, recupera el anillo del que depende su poder y envía a un demonio simiesco a matarlo. Da con su objetivo justo cuando este intenta eliminar al rey Conan, que acaba con todos y se deshace del ser infernal merced al símbolo del fénix que el espíritu del antiguo rey Epemitreus, visitado en sueños, ha grabado en su espada. El cambio del elemento romántico por el fantástico se debe, como tantas otras veces, al medio al que Howard envía la nueva versión, *Weird Tales*, revista de la que ya es una presencia habitual y especializada en ese género. El editor Farnsworth Wright lo acepta en segunda instancia, tras sugerirle que reduzca una introducción demasiado extensa sobre la Era Hibórea (que alargada daría lugar al ensayo antes mencionado) y la sintetice en el párrafo de las *Crónicas Nemedias* que finalmente abre el relato y que muchos aficionados, especialmente del mundo del cómic, pueden recitar de memoria. «El fénix en la espada» se publica en el número de diciembre de 1932 y marca el nacimiento del personaje más popular del escritor y de todo el género de la espada y brujería.**

**Aunque Howard envió varios cuentos entre medias, el segundo en publicarse fue «La ciudadela escarlata», que muestra de nuevo a Conan como monarca de Aquilonia, hecho que tendrá una importancia fundamental en la percepción lectora de toda la serie. Publicado en el número del mes siguiente, enero de 1933, cuenta con una complejidad y hondura superiores. Con su ejército derrotado, el rey Conan es capturado gracias a la intervención de Tsotha-lanti, un brujo kothiano. Encadenado en las mazmorras de la ciudadela escarlata, en Khorshemish, logrará escapar de una serpiente gigante y un enemigo del pasado, recorrer los oscuros pasadizos repletos de seres extraños y liberar a otro hechicero, Pelias, enemigo mortal del kothiano. A lomos de una criatura alada, Conan llegará a tiempo de liberar Tarantia, capital de Aquilonia, y segar la cabeza del brujo. El relato es reseñable especialmente por el episodio que tiene lugar en los así llamados Salones del Horror: las mazmorras y los túneles subterráneos que Conan recorre, cruzándose con sonidos, visiones y criaturas tan extrañas como fascinantes. La abominable planta que extrae la esencia vital de Pelias es la culminación de un alucinado recorrido por la oscuridad al que Howard dota de una atmósfera siniestra difícil de imitar.**

**Lo que ocurre con el siguiente cuento, «La torre del elefante», marca el devenir futuro del personaje. Para sorpresa de los lectores, el Conan que protagoniza el relato ni es rey ni tiene una edad avanzada. Al contrario, nos encontramos con un joven recién salido de la adolescencia que inicia su andadura como ladrón en una ciudad zamoria sin nombre, que Sprague de Camp bautizaría después como Arenjun. El cuento es una declaración de intenciones, pues más allá de este dato, aumenta la complejidad del escenario de manera notable. Se alude a geografías y nacionalidades como parte de un mundo imaginario que irá creciendo en posteriores entregas. A partir de aquí, los relatos de Conan no van a limitarse a**

narrar sus días como rey, enfrentado a conspiraciones vecinas o internas, sino que van a recorrer las distintas décadas de la vida del bárbaro a partir de su llegada al mundo hibóreo civilizado. La apertura de foco, de un solo periodo a toda su carrera, de un solo país, Aquilonia, a todo un mundo complejo y fascinante, se suma al contundente modo de narrar de Howard en una promesa de diversión que ningún lector podría resistir. La ampliación de ambos elementos, periodo vital y espacio geográfico, afecta a la propia percepción lectora debido al efecto que la flecha del tiempo tiene en ambos ámbitos, corriendo de forma paralela, pero en sentido inverso.

Al presentar el escenario de la Era Hibórea como un mundo postcataclísmico en el que, relato tras relato, van apareciendo monstruos, razas y ruinas de civilizaciones anteriores, el citado tropo de los mundos perdidos pasa a ser parte del tejido formativo de las historias, aportando un elemento identificativo del subgénero que tiene la capacidad de ejercer fascinación por sí mismo. En las narraciones de Conan, lo sugerente proviene de lo anterior, de lo proemial. Las imágenes de las ruinas y los templos olvidados remiten a la grandeza de las civilizaciones de las que proceden; los demonios y brujos milenarios, como Xaltotun en *La hora del dragón*, hacen volar la imaginación hasta los tiempos en los que estos tenían sometido al mundo; las diversas razas y el ordenamiento de los reinos, con su historia y sus movimientos de conquista, alientan el deseo de saber cómo era todo en origen. El asombro por la degradación siempre remite a lo preambular, en este caso hacia la era Precataclísmica, Aqueronte mediante, e incluso más atrás.

Lo más singular en la lectura del ciclo de Conan es que el efecto de fascinación por el pasado intrínseco no proviene solo del escenario. El orden de publicación de los cuentos determina un efecto similar centrado en el propio personaje, paradójicamente, en sentido temporal inverso. La presentación inicial de Conan al lector lo muestra en el punto álgido de su recorrido vital, su posición más elevada, tras la cual no hay progresión posible. No hay alcance mayor que la corona en la Era Hibórea, y tampoco hay nada ulterior, a excepción de la muerte, que generalmente tiene lugar en el campo de batalla, a manos de un conspirador o por el propio pueblo. Así pues, Conan se nos presenta en el momento de mayor esplendor de su vida, el periodo de grandeza por el que será recordado en las Crónicas Nemedias, pero a partir del tercer episodio la historia retrocede hasta su juventud para, a continuación, ir ofreciendo con aleatoriedad entregas de sus diversas peripecias a distintas edades, en diferentes décadas. Los relatos presentarán a Conan como ladrón, mercenario, pirata, mando militar o bucanero, aventurero siempre. Pero el recuerdo de la corona se mantendrá perenne detrás de su figura y sus hazañas, como una presencia continua que alude a su grandeza. Y esto es lo paradójico, que lo proemial en el desarrollo del personaje es el futuro, hacia dónde va y no de dónde proviene. Mientras que la fascinación por las ruinas de los reinos olvidados retrotrae a un pasado de grandeza, las aventuras del personaje remiten a un futuro glorioso.

El estudioso Patrice Louinet, autor de la imprescindible *La guía de Robert E. Howard*, es contrario a aplicar lo que él denomina «épica tolkieniana» a la vida de Conan. En su opinión, la corona no es un objetivo que el personaje persiga y que, finalmente, logre conquistar; ser rey no es la motivación que mueve al bárbaro a lo largo de su vida. Para demostrarlo, el teórico francés alude a los párrafos en los que Conan se refiere a esa futura probabilidad con cierto desdén, como algo que

aceptar si viene dado, pero no como un deseo por conseguir. Sin duda, esos extractos son prueba de lo que apunta, que Conan nunca persiguió la corona, pero su número también constata la intención de Howard de que ese futuro glorioso estuviera siempre presente en la mente del lector. En «Más allá del río negro», en «Clavos rojos», en un gran número de sus relatos se alude a la futura posibilidad de ser rey. Cierto que el personaje lo hace con despreocupación y cierto desinterés, pero lo interesante es la cantidad de veces que esto ocurre. En «Coloso negro», ante la imponente figura del bárbaro dentro de la flamante armadura que la princesa Yasmela le ha proporcionado, el general Amalric no puede evitar expresar su admiración:

> —Jamás esperé verte con armadura de caballero, pero confieso que no te sienta mal. Por mis huesos, Conan, he visto a reyes llevar sus arreos mucho menos regiamente que tú.
>
> Conan no dijo nada. Una sombra, fugaz como una profecía, cruzó su mente. En los años venideros, recordaría las palabras de Amalric, cuando el sueño se hiciera realidad.[44]

El autor apuntala el recuerdo de ese pasado futuro continuamente, consciente del efecto que produce esa promisión de grandeza ya asentada en el lector. Quizás Conan no persiga la corona, como defiende Louinet, pero la presencia de su reinado en las aventuras del cimerio es continua y procura el mismo efecto a sus historias que el pasado mítico del que proceden las ruinas del mundo Hibóreo. En un nivel subliminal, la figura de Conan es inseparable de su reinado, hasta el punto de que no hay lector hoy en día, ni siquiera entre los que se acercan por primera vez a las aventuras del cimerio, que no esté enterado de la posición que alcanza en el último período de su vida. Incluso *Conan el bárbaro*, la exitosa versión cinematográfica de 1982, cerraba su metraje con un plano del protagonista interpretado por Schwarzenegger sentado en el trono. No es una decisión caprichosa de John Milius, guionista y director, sino el acto consciente de quien conoce los elementos que definen al protagonista y el efecto que producen. En la mente de todo el que ha oído hablar del personaje, Conan es un bárbaro, pero también el rey de Aquilonia. Es materia de conocimiento común. Por este motivo, ninguno de los ordenamientos modernos de sus historias, que evitan el orden original de publicación en *Weird Tales* y se decantan por la fecha de creación de los relatos o por la cronología vital del personaje, produce merma alguna en sus efectos.

## *Reyes en la noche*

Robert E. Howard ya había demostrado antes su afición por la figura de los reyes. De hecho, como ya hemos visto, la primera historia del cimerio proviene de un relato del rey Kull reconvertido. Para entonces ya se habían publicado dos cuentos del rey de Valusia. «El reino de las sombras» apareció en el número de *Weird Tales* fechado en agosto de 1929, y en él ya aparecen el fiel Brule, jefe guerrero de los pictos, y los hombres serpiente, que tienen el poder de mimetizar la figura humana pero, debido a su biología, son incapaces de pronunciar las palabras *Ka nama kaa lajerama*, la letanía que hace posible descubrirlos y que llegará hasta la posterior era Hibórea. «Los espejos de Tuzun Thune» se publicó en la misma revista al mes siguiente y muestra la caída del Tigre de Valusia en las artimañas de un hechicero de tiempos antiguos. Más allá de la absorbente trama, el relato da

cuenta de las diferencias existentes entre el rey Kull y su heredero literario proveniente de Cimeria. Kull, como el Ismael de Herman Melville, sufre accesos de melancolía que lo empujan a dejar el reino y buscar algo más. De hecho, su carácter reflexivo, muy distinto del que posteriormente mostraría Conan, es lo que posibilita su caída en la magia de los espejos de Tuzun Thune. «La forma es una sombra, la sustancia es una ilusión, la materia es un sueño; el hombre es porque cree que es»[45], llega a concluir en sus pensamientos. Kull aparecería en un tercer cuento antes de transmutarse en Conan, y, no por casualidad, para presentar a un monarca más, el rey picto Bran Mak Morn.

En noviembre de 1930 se publica en *Weird Tales* el cuento titulado «Reyes de la noche», que reúne al nuevo personaje y al propio Kull, invocado por un hechicero y traído desde el pasado para ayudar al rey picto, pariente lejano de su amigo Brule. Es notable cómo Howard alude a la figura del pasado mítico sirviéndose de la continuidad de sus propias historias. Aquí esa fascinación por lo remoto viene dada por la aparición del mitológico rey Kull en el siglo iv d.C., y por la mención de la era Thuria y los sugerentes nombres de su geografía: Valusia, Lemuria, la Atlántida... En «Hombres de las sombras», otro de los cuentos del ciclo de Bran Mak Morn escrito anteriormente por Howard, se hace un recorrido por la historia de los pictos desde tiempos remotos en la misma línea que recogería posteriormente el ensayo La Era Hibórea. En noviembre de 1932, un mes antes de la primera aparición de Conan, Bran Mak Morn aparece de nuevo en las páginas de *Weird Tales* en «Gusanos de la tierra», un relato que algunos enmarcan en los Mitos de Cthulhu, el ámbito de los dioses primordiales lovecraftianos. El propio rey picto aparece en otro relato titulado «El hombre oscuro», esta vez como percutor y centro de ese pasado mítico, encarnado en una estatua que guía a otro personaje howardiano, Turlogh O'Brien, siete siglos más tarde. La estrategia como autor de Robert E. Howard, enfocada a crear mitologías de un pasado semiolvidado, exótico y sugerente se evidencia en casi todos sus relatos de aventuras, especialmente en los pertenecientes a la espada y brujería, un subgénero en el que hablar de imperios y reinos perdidos es hacerlo de sus reyes. No es extraño, por tanto, que cuando Howard encaró el proyecto de mayor enjundia de su carrera, se acabara decantando por escribir una historia de tiempos del rey Conan. Aunque, sorprendentemente, no fuera esa la primera decisión.

En mayo de 1933, Dennis Archer, un editor británico, contactó con Howard para plantearle la posibilidad de publicar allí alguna de sus obras. El texano le envió varios cuentos, entre ellos «La ciudadela escarlata» y «La torre del elefante». La respuesta no llegó hasta enero del año siguiente. Por una parte, lamentaba tener que rechazar los cuentos debido a la baja estima que en ese momento tenían allí las antologías de relatos, pero, interesado por el contenido, le instaba a escribir algo más largo con la promesa de hacer una tirada de 5000 copias. Howard se pondría manos a la obra, intentándolo primero con la novela que años después, terminada por manos distintas, conoceríamos como *Almuric*. Protagonizada por Esau Cairn, un personaje en la onda del John Carter de Burroughs, narra las aventuras de un exboxeador en un planeta salvaje habitado por culturas primitivas en el que habrá de luchar por la supervivencia. A Howard no debió de convencerle el resultado que estaba consiguiendo, pues abandonó la historia sin haberla terminado y comenzó otra centrada, como dictaba la lógica de las ventas, en Conan. Esta historia la conoceríamos años después, al ser completada por el propio L. Sprague de Camp bajo el título de «Los tambores de

Tombalku», pues su autor original la abandonó sin llegar a las treinta páginas. Fue entonces cuando Howard por fin tuvo claro que la mejor historia posible para una novela había de tener como protagonista a Conan ya asentado en el trono de Aquilonia.

Todo jugaba a favor de esa elección. Por una parte, los lectores británicos conocerían al personaje de la misma forma que lo habían hecho los norteamericanos, en sus años de regencia, lo cual posibilitaba en adelante colocar relatos del pasado ya escritos o incluso nuevos, produciendo el mismo efecto de pasado mítico que tan buen resultado había tenido en su país. Inglaterra era, además, la tierra de las leyendas artúricas y un país en el que la historia de un monarca luchando por recuperar el trono despertaría un interés singular, como demostraba mucha de la literatura allí publicada. Por último, sería mucho más fácil escribir una historia en un escenario y con unos personajes ya conocidos que no partiendo de cero. Así pues, en apenas dos meses, entre mediados de marzo y el 20 de mayo de 1934, fecha en la que informa a Archer de que ha acabado el encargo, escribiría *La hora del dragón*, una novela de 75.000 palabras. Este hecho es extraordinario, principalmente por lo que sugiere sobre la velocidad de escritura de Howard y su aptitud creativa, pero sobre todo por la capacidad de síntesis y reelaboración que se desprende del análisis del texto.

*La hora del dragón* es la obra en la que Howard realiza una mayor canibalización, en el significado más chandleriano de la palabra, de su anterior obra y de los relatos externos cuyo aroma intenta incorporar. Como señala Louinet, hay destellos shakesperianos en los personajes y artúricos en la trama, pero la mayor deuda de la novela es para con algunos de los relatos propios. En términos biológicos, podríamos hablar de fagocitosis y de simbiosis, pues los cimientos sobre los que Howard construye la emocionante historia central se encuentran en los cuentos «El fénix en la espada», «La ciudadela escarlata» y «Natohk el velado». Los cuatro conspiradores proceden del primero; la alianza del país vecino para invadir Aquilonia y la reclusión de Conan en las mazmorras es una repetición de lo narrado en el segundo; la resurrección del brujo milenario y la causa del desvanecimiento del rey están inspirados en el tercero. Sin embargo, Howard logra no solo hacer un cesto literario nuevo con esos mimbres usados, sino darle, además, una funcionalidad para que sirva como presentación de su mundo Hibóreo.

Persiguiendo el Corazón de Arimán, la joya que haría posible derrotar al brujo Xaltotun y recuperar el reino, Conan recorre el núcleo de los países civilizados de la Era Hibórea, presentándoselos al lector británico que aún no los conociera. En su viaje se irá topando, uno a uno, con todos los elementos y personajes que simbolizan y sustentan el subgénero de la espada y brujería. Reyes, sacerdotes, hechiceros, guerreros, corsarios, señores en sus castillos, templos, tumbas, demonios con distintas formas, objetos de poder y el pasado mítico, representado en esta novela por un imperio desaparecido tres mil años atrás, Aqueronte, y por un brujo milenario que solo quiere ver arder el mundo.

> A Xaltotun lo acompañan mil siglos de magia negra y demoníaca, una antiquísima tradición de pura maldad. (...) He visto cosas que han destrozado mi alma. En el corazón de las dormidas colinas he visto a Xaltotun unirse a las almas de los condenados e invocar a los demonios más antiguos de la olvidada Aqueronte.[46]

Sorprende que el estilo de Howard no se vea afectado ni pierda su efectividad

en una extensión mucho mayor que la de los relatos. Su sello de marca es la agilidad narrativa, la acción sin descanso, valores difíciles de mantener en distancias largas. En una novela de fantasía, especialmente en las series de volúmenes gargantuescos de nuestros tiempos, hay espacios de relleno, de descanso, pero Howard no parece ser dado a ello. Desde la primera página no hay respiro, la densidad de acontecimientos no permite la desatención. Pasan cosas y más cosas. La resurrección de un brujo, la aniquilación de un ejército, la fuga de unas siniestras mazmorras y, finalmente, un viaje de persecución accidentado por media tierra hibórea. Finalizado este, la conclusión, la gran batalla final, es inmediata. Todo ello en poco más de doscientas páginas. Solo hay un capítulo dedicado a la reflexión, y es utilizado magistralmente por Howard para dar cuerpo y contenido a la trama y el escenario, para apuntalar la información que el itinerario del bárbaro por los países civilizados irá ofreciendo al lector posteriormente. En el relato del patricio Servius, el espacio geográfico de Aquilonia y la situación política y humana tras la invasión son desplegados y afianzados, breve pero efectivamente.

*La hora del dragón* es una novela que al aficionado a la obra de Robert E. Howard le permite ir un poco más allá. Se puede acometer desde el puro disfrute, y se puede releer después con afán indagatorio, para desentrañar algunos misterios centrados en las estrategias utilizadas por su autor, quien no se limita a mantener las fórmulas derivadas del *pulp*. En la novela hay decisiones casi experimentales, que evidencian una personalidad inconformista. Alguna ya la habíamos visto en relatos anteriores o en sinopsis encontradas posteriormente, pero no en un número tan elevado ni funcionando como lo hacen en *La hora del dragón*. Son varios los relatos de Howard en los que Conan no centra toda la narración, y aquí vuelve a suceder, al principio y al final, marcando una simetría en el orden de la narración. El libro comienza con un episodio en el que Conan no está presente pero sí se lo presenta, y desde el punto de vista del enemigo, que lo tiene como alguien formidable. Por hacerlo más entendible, si se me perdona la digresión cinematográfica, un poco como sucederá 80 años más tarde con el personaje de *John Wick*, cuya figura se agiganta para el espectador debido a que la impresión viene dada desde fuera, servida por la admiración de sus oponentes. Sorprendentemente, tras conceder el protagonismo de la parte central de la novela a Conan, en el capítulo final el narrador deja de seguirlo, colocando el foco de nuevo sobre los conspiradores. Con ello, las maniobras del bárbaro y su ejército en la batalla se ven, como al principio, contadas desde fuera, quizás buscando la sorpresa, quizás intentando, otra vez, engrandecer las acciones de los héroes por las impresiones que causan en los villanos. Como ocurre en la ciencia ficción con las narraciones de Philip K. Dick, a menudo extrañamente estructuradas, la estrategia busca provocar un determinado efecto en el lector. Es extraño, pero funciona.

La batalla inicial no se describe, le es narrada en directo a Conan por un escudero. Se podría pensar que lo que Howard intenta es ahorrarse páginas, más sabiendo el plazo en el que escribió la novela, aunque podría ser influencia shakespeariana (en las obras del bardo no es infrecuente encontrar estos casos de narración indirecta); al fin y al cabo, la novela se escribió pensando en el mercado inglés. En cualquier caso, con ello logra sumar la impresión desesperanzada y aterrorizada del personaje a los fríos y sangrientos hechos, que parecen horribles en la boca del testigo. El pasaje que incluye la huida de Conan de las mazmorras a

través de los subterráneos podría extenderse más, especialmente en la descripción del enfrentamiento con la criatura monstruosa, que apenas dura dos párrafos, pero es seguramente gracias a esta brevedad continua de los episodios a la que debemos que la novela tenga un ritmo tan ágil. Hay bastantes más detalles relevantes en el texto, tomas de decisión notables que indican que *La hora del dragón* es un trabajo complejo dentro de la obra de Robert E. Howard. Sería inapropiado comparar esta novela con sus relatos cortos, pues las propiedades y la recepción lectora de ambos no comparten las mismas claves. El escritor tenía el reto de elaborar una historia uniforme, no episódica, una trama que no fuera un conjunto de cuentos pegados unos a otros, mantener al lector absorto en sus páginas tal como se perseguía en los relatos de las revistas *pulp*. Enganchar. En mi opinión, no solo lo consigue, sino que incluso aporta valores a su obra que uno no esperaría encontrar en una publicación *pulp*. Al igual que hicieron Hammett o Chandler en el género de detectives, Howard llevó la ficción de aquellas revistas, y concretamente el subgénero de la espada y brujería, a un nivel superior.

Desgraciadamente, la novela no pudo aparecer en Inglaterra, pues la compañía que iba a publicarla, Pawling & Ness Ltd., entró en bancarrota, así que Howard recurrió al cauce habitual. Farnsworth Wright la aceptó al instante y, debido a su longitud, fue repartida en cinco entregas consecutivas, publicadas en *Weird Tales* entre diciembre de 1935, con portada de la habitual Margaret Brundage, y abril de 1936. Howard escribiría aún más relatos de Conan ambientados en años anteriores, pero en lo que concierne al personaje, *La hora del dragón* queda como su última historia y un digno final para toda una vida de aventuras. Al cerrar las páginas de la novela, Conan está muy lejos del bárbaro impetuoso de otros días. Es un rey responsable que ha madurado y vela por el bien de un pueblo al que no desea someter, sino servir mientras lo quieran en el trono. No quiere batallar más, ni conquistar otros reinos, solo cuidar del suyo. La búsqueda de esposa que le dé un heredero por necesidades de la corona es el último escalón en la evolución de un personaje que no ha parado de crecer y madurar a lo largo de su ajetreada vida. Es cabal pensar que, a partir de aquí, las preocupaciones de Conan ya no se limitarán a sí mismo, y que vivirá con la atención puesta en su familia, sus súbditos y las fronteras del reino.

> Creo que Conan fue rey de Aquilonia durante muchos años, y tuvo un reinado turbulento y agitado, cuando la civilización hibórea había alcanzado su máximo esplendor y todos los reyes tenían ambiciones imperiales. Al principio luchó a la defensiva, pero creo que al final se vio obligado a iniciar guerras de agresión en defensa propia y como medida de protección. No sé si tuvo éxito y logró conquistar un gran imperio, o si por el contrario pereció en el intento.[47]

Si hacemos caso a las predicciones del propio Robert E. Howard, el futuro de Conan será tan agitado como su pasado. En la carta que contiene este extracto le augura un destino propio de la era Hibórea, hecho a la medida del bárbaro.

## *Traspasando fronteras*

La creciente popularidad del personaje no solo despertó el interés de una legión de aficionados que durante décadas fueron generando un enorme fondo de ensayos, artículos de opinión y biografías en torno a la figura del bárbaro, sino también de algunos escritores que se lanzaron a ampliar y «completar» la obra dejada por

**Robert E. Howard. *La hora del dragón* es la última historia de Conan narrada por su creador, pero deja al personaje en el trono de Aquilonia, el principal reino del mundo Hibóreo, a punto de contraer nupcias con su futura reina y con una edad biológica que podríamos situar cercana a los cuarenta y cinco años, apenas cruzado el ecuador de su vida. Demasiado espacio vacío para resistirse a la tentación de rellenarlo. Fue, cómo no, el propio L. Sprague de Camp quien tomó por su cuenta la responsabilidad de narrar el ciclo vital del bárbaro a partir de donde lo dejó Howard, aunque apoyándose en otros dos escritores.**

**A finales de los años cincuenta, Martin Greenberg, en cuya editorial, Gnome Press, se había cambiado el título *La hora del dragón* por el de *Conan el conquistador*, decidió expandir el universo del personaje más allá de la obra de su creador. Los dos principales candidatos para la escritura de esos pastiches eran el consabido L. Sprague de Camp y la maestra del *pulp* de ciencia ficción y posterior guionista de éxito Leight Brackett. Es imposible saber qué habría ocurrido si Greenberg se hubiera decantado por la «reina de la *space opera*», cómo habría afectado al devenir del personaje. Seguramente, sus libros y su carrera habrían sido muy distintos, pero fue De Camp el elegido. El editor le pidió que rehiciera la novela del sueco Björn Nyberg titulada *El regreso de Conan*. El libro comienza con el rapto de la reina Zenobia. Un demonio alado se la lleva en volandas y Conan se lanza al rescate recorriendo escenarios reconocibles de su pasado, acudiendo a Khoraja o viajando por Turán y Vendhya hasta Khitai. Una de las curiosidades de la novela es esta: la presencia no solo de lugares sino también de personajes provenientes de otros relatos del bárbaro, como el brujo Pelias, el rey Yezdigerd, la princesa Yasmina o los leales Próspero y Trócero. Con el uso de estas referencias no solo se busca la complicidad del lector apelando a su memoria, es también una manera de legitimar el texto como narración oficial de Conan, integrando elementos howardianos en la historia. La trama, por su arranque, introduce un efecto de continuidad entre obras que su autor jamás dio a las historias del bárbaro.**

**En 1968 la novela volvió a ser publicada, esta vez junto con la segunda parte del ensayo La Era Hibórea, de Howard, y con un nuevo título por el que sería conocida a partir de entonces: *Conan el vengador*. En ese mismo año se publica *Conan de las islas*, obra de De Camp y Lin Carter, hábil creador de pastiches provenientes del *pulp*. En ella se narra la última historia de Conan, quien con el pelo y la barba ya canos y con Zenobia fallecida, sigue el designio del espectral rey Epemitreus, deja a su veinteañero hijo Conn en el trono y navega hacia el lejano y misterioso occidente, mas allá del mar conocido. La primera parte de la novela tiene un tono crepuscular, de reencuentro con viejos amigos y con su propia leyenda como Amra. La segunda sitúa el fin de los días del bárbaro en la versión hibórea de la región mesoamericana, en lucha con brujos y extrañas criaturas, y acaba proponiéndolo como encarnación de una deidad bastante conocida.**

**Finalmente, en 1977 apareció en las librerías la antología *Conan de Aquilonia*. Contiene cuatro relatos escritos por De Camp y Carter que transcurren en el periodo localizado entre las dos novelas anteriores. Los títulos de los cuentos son «La bruja de las brumas», «La esfinge negra de Nebthu», «La luna roja de Zembabwei» y «Sombras en la calavera». Conan está acompañado en estas historias por su hijo, el joven príncipe Conn, que apenas acaba de entrar en la adolescencia. Una sociedad de brujos lo rapta y su padre ha de ir a liberarlo. Durante los cuatro relatos recorren Hiperbórea, Zíngara y Zembabwei en persecución del cada vez más presente hechicero Tot Amón, hasta acabar en el**

**lejano sur, donde no será Conan, sino su hijo, quien acabe con la rivalidad que ambos personajes han tenido durante tantos años.**

**La culminación de todas estas reediciones y pastiches, recogidos en las ediciones de Gnome Press en los cincuenta, primera recopilación de las historias de Conan en libros de tapa dura, y Lancer/Ace Books en los setenta, que incluía tanto las maravillosas cubiertas ilustradas por Frank Frazetta como los «arreglos» con los que De Camp adulteró la obra de Howard, se tradujo en un hecho que fue trascendental para la explosión definitiva del personaje y su conquista de la cultura popular: la traslación de sus aventuras al noveno arte por parte de Marvel Comics. El enorme éxito de las colecciones de cómic *Conan el bárbaro* y *La espada salvaje de Conan,* con guiones de Roy Thomas y dibujos de John Buscema, respaldado por una serie de magníficos entintadores filipinos, expandió el horizonte de lectores de una manera exponencial, en un proceso que finalmente llevaría a su publicación en multitud de países. Puede decirse con total seguridad que, cuando llegaron las versiones cinematográficas, Conan ya era conocido en casi todo el mundo.**

**Durante décadas, Marvel adaptó al cómic todas las historias escritas por Howard y una gran parte de los pastiches realizados por sus epígonos. En lo que concierne a este ensayo, es interesante mencionar las distintas versiones que se han realizado en el medio sobre los años de la regencia de Conan. Los relatos «El fénix en la espada» y «La ciudadela escarlata» tuvieron sus adaptaciones dentro de Marvel, con Thomas siempre al guion y John Buscema, Vicente Alcázar y Frank Brunner a los lápices, pero sobre ellas sobresale la que Thomas y los dibujantes Gil Kane y John Buscema realizaron de *La hora del dragón*. Comenzó a ser dibujada por Kane en cuatro números de la colección *Giant-Size Conan*, a todo color, pero, cancelación mediante, la historia se continuó en blanco y negro en un brevísimo capítulo aparecido en *La espada salvaje de Conan* 8, aún dibujado por Gil Kane, para ser rematada por Buscema, cabe decir que con mejor resultado, en el número 10 de *La espada salvaje de Conan*, también en blanco y negro. Thomas sigue la línea general de la historia, pero introduce algún elemento de cosecha propia. El resultado final es aceptable, aunque no todo lo bueno que cabría esperar dentro del momento de enorme calidad que vivían las colecciones del bárbaro.**

**Los pastiches posteriores escritos por De Camp, Nyberg y Carter también tuvieron su adaptación, de nuevo con guion de Roy Thomas y dibujo de John Buscema. De hecho, configuraron los ocho primeros números de la colección *Conan Rey*, aunque con el orden de publicación invertido. Los cuentos de *Conan de Aquilonia* aparecieron en los números 1 a 4, mientras que la historia de *Conan el vengador*, narrada como un recuerdo, ocupó los números 5 a 8. Thomas fue aún más lejos en la búsqueda de huecos, enlazando el final de *La hora del dragón* con la novela de De Camp y Nyberg justo desde donde la dejó Howard. En los anuales 4 y 5 de la colección *Conan el bárbaro*, el cimerio viaja hasta la capital de Nemedia en busca de Zenobia. Es traicionado por el rey Tarascus, a quien Conan había perdonado la vida, y enviado al laberinto del homotauro. Logra escapar con su futura reina, y aún habrá de superar otra conspiración perpetrada por un viejo enemigo protagonista en «La ciudadela escarlata», el brujo Tsotha-lanti, antes de celebrar la boda. El anual número 6 comienza la historia de *Conan de las islas* dejándola inconclusa. Posteriormente, fue publicada completa en Marvel Graphic Novel, compartiendo colección con el resto de superhéroes de la editorial.**

**Ya en el siglo xxi, los derechos de publicación en cómic del bárbaro pasaron a**

**la editorial Dark Horse, que dedicaría una de sus colecciones a publicar, específicamente, las historias howardianas del rey Conan, divididas en cinco miniseries en grapa, recogidas posteriormente en tomos. Con Timothy Truman al guion, Tomas Giorello al dibujo y José Villarrubia como colorista, se trata sin duda de la mejor adaptación al cómic del período real realizada hasta la fecha. «El fénix en la espada» y «La ciudadela escarlata» son ejemplares en el seguimiento de las historias originales. «Lobos allende la frontera» completa la sinopsis dejada por Robert E. Howard, y se nota, pues es el único volumen al que se le pueden achacar defectos. La adaptación en dos tomos correlativos de las miniseries *La hora del dragón* y *Conan el conquistador*, sin embargo, es absolutamente irreprochable, una traslación al medio difícil de mejorar. El buen trabajo del guionista no se circunscribe únicamente a la habilidad para trasladar de manera fiel las palabras y el espíritu de Howard a otro medio, pues aporta una novedad que añade valor a la importancia que tiene el tiempo en la narración del ciclo del cimerio. Todas las historias están contadas a modo de flashbacks, como el recuerdo que un avejentado, ya canoso rey Conan, va dictando a Pramis, el escriba que habrá de engrosar con sus textos las Crónicas Nemedias. Así, la narración alude a ese pasado mítico desde un futuro aún más lejano, con un tono crepuscular, desde el cansancio vital de la vejez, que aporta lirismo y anuncia la despedida cercana del personaje. En conjunto, son cómics imprescindibles.**

**Recientemente, Marvel ha recuperado la franquicia, pues en eso se ha convertido Conan, y ha incorporado al cimerio a su legión de superhéroes, para que luche al lado de simbiontes alienígenas, personas que vuelan, mutantes de hielo o con garras de adamantium en las muñecas. Afortunadamente, también lo ha devuelto a la Era Hibórea para vivir nuevas aventuras, algunas situadas en sus tiempos de reinado. Aunque en realidad, lo más reseñable en los últimos años proviene del cómic europeo. La editorial Glénat publica desde 2018 la colección Conan le Cimmérien, en la que adapta, al estilo de la BD, únicamente los relatos escritos por Robert E. Howard, y lo hace en lujosos álbumes, todos ellos en dos versiones, a color y en blanco y negro. *L'Heure du Dragon*, de Julien Blondel y Valentin Séchell, representa la novela de Howard con un nivel artístico superlativo.**

**Conan y su Era Hibórea representan un escenario ideal para el noveno arte. Los mundos pretéritos, repletos de seres y paisajes extraños, de batallas colosales, de gestas heroicas en localizaciones exóticas, despiertan la imaginación de los guionistas y dibujantes, multiplicando la plasticidad y belleza de las imágenes. El cómic es la herramienta perfecta con la que explotar la enorme potencialidad de la imaginería presente en los relatos de Robert E. Howard, un escritor que, desde la inocencia inicial de las revistas *pulp*, fue creciendo y perfeccionando su técnica. La fascinación que produce lo howardiano proviene del ámbito de la imaginación, de la seducción que ejercen sus universos, pero también de su habilidad narrativa. Las historias de Conan seducen al lector por medio de la imagen, gracias a una Era Hibórea fascinante, pero también a cómo están contadas, sin dilaciones, sin explicaciones innecesarias, sin extensiones artificiales, con un sentido de la acción que no permite dejar la lectura hasta el final, pero a la vez con un lirismo notable. En cualquiera de sus relatos puede sentirse esa pulsión, pero es en *La hora del dragón* donde Howard muestra su mayor madurez como escritor.**

**La extensión y los elementos condensados en las páginas de esta novela, única en el ciclo de Conan, permiten al lector acceder a los valores que elevaron al**

**personaje literario hasta la condición de icono dentro de la cultura popular. Sin embargo, más allá de la narrativa, ni el imaginativo y sólido escenario, con su elaborado despliegue de historia, geografía, naciones y razas, ni el endiablado ritmo narrativo se bastan por sí solos para explicar el atractivo que ha ejercido el protagonista sobre sus aficionados a lo largo de varias décadas. El secreto del carisma del personaje puede extraerse de las reflexiones de uno de sus fieles vasallos en las páginas de este libro:**

> Conan meneó la cabeza. Servius lo observó intranquilo mientras se sentaba junto al fuego y apoyaba la barbilla en el poderoso puño. La luz del hogar brillaba rojiza en su cota de malla y sus ojos sombríos ardían como los de un lobo.
>
> Servius de nuevo fue consciente, como lo había sido en el pasado, aunque nunca tan intensamente como ahora, de cuán extranjero era realmente el rey. El enorme cuerpo bajo la cota de malla era demasiado duro y flexible para pertenecer a un hombre civilizado y los ojos brillaban con el fuego elemental de lo primigenio. Era como si la naturaleza fundamentalmente bárbara del rey se hiciera presente de pronto, arrojando a un lado la delgada capa de civilización que lo cubría y mostrando el núcleo primordial y salvaje que había debajo. Conan volvía a sus orígenes; ya no actuaba como lo habría hecho un hombre civilizado en su misma situación ni sus pensamientos se dirigían al mismo lugar.
>
> Era impredecible. Estaba a un paso de dejar de ser el rey de Aquilonia para volver a ser un salvaje cubierto de pieles de las colinas cimerias.[48]

**Conan fascina por su naturaleza forastera, tanto física como moral. Es un extraño venido de fuera, que se rige por códigos distintos de los nuestros. Representa una libertad que las convenciones de la civilización acallaron hace tiempo, es el aventurero que todo individuo moderno sometido a estos tiempos educados y anodinos quisiera ser. Es un bárbaro fuerte y desinhibido, pendenciero, ladrón y pirata, que el lector debería colocar en el lado del villano, pero que sitúa en el del héroe. Eso se debe a que, en cercanía, Conan carece de dobleces; no hay hipocresía, traición o maldad en sus acciones. Es un superviviente con una filosofía de vida limpia, carente de los vicios de la civilización. Ni siquiera al final de su vida, cuando ostenta el poder absoluto en el trono de la nación más importante de su mundo, se aprovecha de él. El éxito del personaje se debe a lo que representa: Conan es un anhelo de libertad y pureza.**

# APÉNDICES

# LA ERA HIBÓREA

## robert e. howard

**Nada de lo que sigue debe considerarse un intento de establecer una teoría opuesta a la concepción actual de la historia. Se trata simplemente de un trasfondo ficticio para una serie de relatos igualmente ficticios. Cuando empecé a escribir sobre Conan, hace unos años, preparé esta «historia» de su entorno y de los pueblos de su época con el objetivo de que tanto el personaje como los relatos me parecieran más verosímiles. Me di cuenta de que si, al escribir los relatos, seguía los «hechos» y el espíritu de esta historia, me resultaba más fácil visualizarlo y presentarlo como un personaje de carne y hueso. Al escribir sobre sus aventuras en los diversos reinos de su época nunca he ido contra los «hechos» ni contra el espíritu establecido por esta «historia»; los he seguido como habría hecho un escritor realista con los de la historia real. La he usado como guía en todos los relatos que he escrito de esta serie.**

**Poco se sabe de la época que los cronistas nemedios denominan Era Precataclísmica, salvo en los últimos años, e incluso estos se hallan velados por la niebla de la leyenda. La historia conocida comienza con el declive de la civilización precataclísmica dominada por los reinos de Kamelia, Valusia, Grondar, Thule y Commoria. Estas gentes hablaban una lengua similar y tenían un origen común. Había otros reinos, igualmente civilizados, pero habitados por pueblos aparentemente más antiguos.**

**Los bárbaros de aquella época eran los pictos, que habitaban las remotas islas del océano occidental; los atlantes, que vivían en un pequeño continente situado entre las islas pictas y la tierra principal, el continente thurio; y, por último, los lemurios, que moraban en un gran archipiélago del hemisferio oriental.**

**Había vastas regiones sin explorar. Los reinos civilizados, aunque de enorme extensión, ocupaban una parte comparativamente pequeña del planeta. Valusia era el reino más occidental de Thuria; Grondar, el más oriental. Al este de Grondar, cuya población tenía un nivel cultural algo menor que la de sus vecinos, se extendía una indómita región desértica. En las zonas menos áridas del desierto, en las junglas y entre las montañas, había clanes y tribus dispersos en estado de salvajismo. En el lejano sur existía una misteriosa civilización, sin relación ninguna con la cultura thuria, aunque con esporádicos contactos con los lemurios. Al parecer procedían de un sombrío continente sin nombre, situado al este de las islas lemurias.**

**La civilización thuria se desmoronaba; sus ejércitos estaban formados en gran medida por mercenarios bárbaros. Muchos de sus generales, estadistas e incluso reyes eran pictos, atlantes o lemurios. Las leyendas, más que la verdadera historia, nos hablan de continuas disputas entre los diferentes reinos, de guerras entre Valusia y Commoria, o de la campaña de conquista de los atlantes que dio lugar a la fundación de un reino atlante en el continente.**

**Entonces el cataclismo estremeció el mundo. La Atlántida y Lemuria se hundieron, y las islas Pictas se alzaron para formar las cadenas montañosas de un nuevo continente. Partes del continente thurio se desvanecieron bajo las olas, y aparecieron enormes lagos y nuevos mares. Surgieron volcanes, y terremotos de**

**increíble intensidad derribaron las resplandecientes ciudades de los imperios. Naciones enteras quedaron arrasadas.**

**Los bárbaros salieron un poco mejor librados que los pueblos más civilizados. Los habitantes de las islas Pictas fueron aniquilados, pero sobrevivió una gran colonia establecida en las montañas de la frontera meridional de Valusia, donde servía de tapón ante las invasiones foráneas. El reino continental de los atlantes también escapó a la destrucción, y a él llegaron miles de compatriotas que huían en barco de la isla hundida. Muchos lemurios consiguieron alcanzar la costa oriental del continente thurio, relativamente intacta. Allí fueron esclavizados por un antiguo pueblo nativo de esas tierras, y la historia de los lemurios, durante los milenios siguientes, será la de una brutal servidumbre.**

**En la parte occidental del continente, el clima cambiante dio lugar a extrañas formas de vida animal y vegetal. Espesas junglas cubrieron las llanuras; grandes ríos sumergieron las antiguas calzadas; se alzaron montañas agrestes, y los lagos anegaron los fértiles valles y cubrieron las viejas ciudades. De las zonas sumergidas surgió un enjambre de bestias y salvajes: monos y hombres mono, que cayeron sobre el reino continental de los atlantes. Forzados a una batalla interminable, se las apañaron para conservar ciertos vestigios de su anterior estado de barbarie avanzada. Privados de los metales, aprendieron a trabajar la piedra como sus lejanos ancestros, y habían alcanzado un elevado nivel artístico cuando su pujante cultura entró en contacto con la poderosa nación picta. Los pictos también habían vuelto al pedernal, pero habían avanzado más rápidamente en cuanto a población y tecnología bélica. Carecían de la naturaleza artística de los atlantes; eran un pueblo más burdo, más práctico y más prolífico. No dejaron pinturas ni tallas de ébano, como sus enemigos; sí que dejaron abundantes armas de pedernal de una eficacia sorprendente.**

**Estos reinos de la edad de piedra chocaron una y otra vez y, en una serie de sangrientas guerras, los atlantes fueron empujados a un estado de salvajismo y la evolución de los pictos se detuvo. Quinientos años tras el cataclismo, los reinos bárbaros se habían desvanecido fagocitados por una nación de salvajes, los pictos, en guerra continua con otras tribus de salvajes, los atlantes. Los pictos tenían a su favor la población superior y la unidad, mientras que los atlantes se habían dispersado en clanes. Así era occidente en aquellos tiempos.**

**En el distante oriente, separado del resto del mundo por el alzamiento de imponentes cordilleras y la formación de una vasta cadena de lagos, los lemurios seguían penando como esclavos de sus viejos amos. El lejano sur estaba envuelto el misterio. El cataclismo no lo había tocado, y su población era aún prehumana. De los pueblos civilizados del continente thurio sobrevivían restos de una de las naciones no valusias en las montañas del sureste: los zhemri. Aquí y allá, por todo el mundo se veían clanes dispersos de salvajes semihumanos, totalmente ignorantes del auge y la caída de las grandes civilizaciones. Pero en el norte más remoto, poco a poco, nacía un nuevo pueblo.**

**En la época del cataclismo, un grupo de salvajes cuyo desarrollo no era muy superior al de los neandertales huyó al norte para escapar a la destrucción. Allí encontraron tierras nevadas habitadas tan solo por feroces simios de nieve, unos animales enormes y peludos, aparentemente nativos de aquella zona. Los combatieron y los arrojaron más allá del círculo ártico, donde perecieron, o eso creyeron los salvajes, quienes se adaptaron a las duras condiciones de su nuevo hogar y prosperaron.**

**Después de que las guerras entre pictos y atlantes destruyeran los cimientos de lo que podría haber sido una nueva civilización, otro cataclismo de menor intensidad alteró el aspecto del continente: la cadena de lagos se transformó en un enorme mar interior que aumentó el cisma entre oriente y occidente. Los terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas completaron la ruina que los bárbaros habían iniciado con sus guerras tribales.**

**Mil años después del cataclismo menor, el indómito mundo occidental está dominado por junglas, lagos y ríos torrenciales. Por las colinas boscosas del noroeste vagan bandas de hombres mono que han perdido el lenguaje, el conocimiento del fuego y el uso de herramientas. Son los descendientes de los atlantes, hundidos en el caos de la bestialidad de la que sus ancestros habían logrado escapar tan laboriosamente. Al suroeste se observan clanes dispersos de cavernícolas de habla sumamente primitiva, pero que retienen el nombre de pictos, convertido simplemente en un término con el que se designan a sí mismos para distinguirse de las bestias con las que luchan por el sustento y la existencia. Es su única conexión con su pasado. Ni los escuálidos pictos ni los simiescos atlantes mantienen contacto alguno con otras tribus o pueblos.**

**En el lejano oriente, los lemurios, casi reducidos al estado de bestias por la brutalidad de su esclavitud, se han rebelado y han acabado con sus amos. Son salvajes que recorren las ruinas de una civilización ajena. Los supervivientes de esa civilización, los que lograron escapar de la furia de sus antiguos esclavos, se dirigen al oeste. Allí dan con un misterioso reino prehumano, lo conquistan e imponen su propia cultura, modificada por influencia de la del pueblo derrotado. El nuevo reino se llama Estigia y, al parecer, aunque la vieja estirpe prehumana ha sido aniquilada, algunos restos sobreviven e incluso son adorados.**

**Aquí y allá, reducidos grupos de salvajes aislados y dispersos empiezan a mostrar signos de evolución. Pero en el norte crecen las tribus. Se autodenominan hibóreos o hiboríes. Su dios parece ser Bori, un antiguo líder al que al leyenda ha vuelto aún más remoto al afirmar que fue el rey que los guio al norte durante el cataclismo, recuerdo que en las tribus se ha transmitido distorsionado.**

**Se han extendido por el norte y avanzan hacia el sur poco a poco. Hasta ahora no han entrado en contacto con otros pueblos y todas sus guerras han sido intestinas. Mil quinientos años en el norte los han convertido en un pueblo alto y vigoroso de cabello leonado y ojos grises, amante de la guerra, que ya muestra una marcada naturaleza poética y artística. Aún viven sobre todo de la caza, pero algunas de las tribus más meridionales crían ganado hace siglos. Hay una excepción a ese completo aislamiento de otros pueblos: un viajero que se ha aventurado en el remoto norte regresa con noticias de que los yermos helados, supuestamente deshabitados, están poblados por una gran tribu de hombres de aspecto simiesco, descendientes de las bestias a las que sus ancestros empujaron hacia el norte. Insta a preparar una partida de guerra y enviarla al otro lado del círculo ártico para exterminar a esas bestias que, afirma, están evolucionando hacia la auténtica humanidad. Lo abuchean casi todos, pero un pequeño grupo de jóvenes guerreros decide acompañarlo al norte. Ninguno regresa.**

**Las tribus hibóreas se van desplazando hacia el sur. A medida que crece la población, el movimiento migratorio se hace más intenso. Los siguientes años son una época de viajes y conquistas. Como ha ocurrido una y otra vez a lo largo de la**

historia, las tribus errantes cambian el panorama mundial.

Echemos un vistazo al mundo quinientos años más tarde. Las tribus hibóreas se han trasladado al sur y al suroeste, arrasando la mayoría de los clanes dispersos que allí moraban. Se han mezclado con los pueblos conquistados, de modo que su aspecto ya no es el de sus antepasados. Esta raza mixta es atacada con fiereza por nuevas migraciones del norte, de sangre más pura, que los barren con la indiferencia de una escoba. Con el tiempo, los nuevos invasores se mezclarán a su vez con la población nativa.

Pero estos conquistadores no han entrado aún en contacto con los pueblos más antiguos. Al sureste, los descendientes de los zhemri reciben un nuevo empuje a través del mestizaje con alguna tribu desconocida y empiezan a construir lo que no es sino una sombra de su antigua civilización. En el oeste, los simiescos atlantes han comenzado a ascender por la larga escalera hacia la humanidad. Han completado el ciclo de la existencia: olvidaron hace mucho su anterior condición de hombres y, carentes del menor pasado, siguen adelante sin que los ayude o los obstaculice el recuerdo de su perdida humanidad. Hacia el sur, los pictos siguen en su estado salvaje, transgrediendo las leyes de la naturaleza al no progresar ni retroceder.

En el remoto sur se alza el misterioso reino de Estigia, y por sus fronteras orientales merodean clanes de nómadas salvajes que se conocen como los Hijos de Shem.

Al lado de los pictos, al amparo de las montañas escarpadas que protegen el amplio valle de Zingg, un grupo primitivo sin nombre que se suele considerar emparentado con los shemitas ha creado una civilización agraria sumamente avanzada.

Otro factor ha determinado el imparable empuje de los hibóreos. Una tribu de ese pueblo ha descubierto el uso de la piedra en la construcción de edificios y así ha nacido el primer reino hibóreo, el reino rústico y bárbaro de Hiperbórea, que tiene sus orígenes en una tosca fortaleza de rocas erigida para repeler ataques tribales. Los hiperbóreos no tardan en cambiar la vida nómada a caballo por las casas de piedra, toscas pero recias, y así protegidos se van fortaleciendo. Hay pocos sucesos más notables en la historia que el ascenso del fiero reino de Hiperbórea, cuyos habitantes abandonaron de pronto sus costumbres nómadas para habitar poblados de piedra desnuda rodeados de enormes muros. Es la historia de un pueblo surgido del neolítico que, por azar, descubre los rudimentos de la arquitectura.

El ascenso de este reino desplaza muchas otras tribus que, derrotadas en la guerra o reacias a convertirse en tributarias de sus parientes de los castillos, emprenden migraciones masivas por todo el mundo. Así, las tribus más septentrionales empiezan a sufrir el acoso de estos salvajes gigantes rubios, no mucho más avanzados que los hombres mono.

La historia de los mil años siguientes es la del ascenso de los hibóreos, cuyas tribus guerreras dominan occidente. Reinos incipientes van tomando forma. Los rubios invasores se topan con los pictos y los empujan a las tierras áridas del oeste. Al noroeste, los descendientes de los atlantes, que han dejado atrás su

naturaleza simiesca para convertirse en salvajes primitivos, aún no se han encontrado con los conquistadores. En el lejano este, los lemurios han desarrollado poco a poco una extraña civilización. En el sur, los hibóreos han fundado el reino de Koth, en la linde de la zona de pastoreo conocida como las Tierras de Shem, mientras que los salvajes habitantes de esa región, en parte por el contacto con los hibóreos y en parte por su relación con los estigios, que los han saqueado durante siglos, están saliendo de la barbarie. Los salvajes rubios del lejano norte han crecido en población y fuerza, por lo que los hibóreos más septentrionales se desplazan al sur, desplazando a su vez a sus parientes meridionales. El antiguo reino de Hiperbórea es derrocado por una de esas tribus septentrionales, que sin embargo conserva el viejo nombre. Al sureste de Hiperbórea, los zhemri han creado un reino llamado Zamora. En el suroeste, una tribu de pictos ha invadido el fértil valle del Zingg, ha conquistado a los nativos, fundamentalmente agricultores, y se ha establecido entre ellos. Este pueblo mestizo será conquistado posteriormente por una tribu hibórea, y de la mezcla resultante saldrá el reino de Zingaria.

Quinientos años más tarde, los reinos están definidos con claridad. Los reinos hibóreos (Aquilonia, Nemedia, Britunia, Koth, Ofir, Argos, Corintia y el llamado Reino Fronterizo) dominan el mundo occidental. Zamora, al este, y Zingaria, al suroeste, están habitadas por gentes similares en cuanto a la piel cetrina y las costumbres, aunque no guardan relación entre sí. Al sur duerme Estigia, que ninguna invasión extranjera ha tocado.

Los pueblos de Shem, por su parte, han cambiado el yugo estigio por el menos mortificante de Koth, y sus antiguos amos de piel oscura han sido empujados al sur del río Estigio o Nilo, que fluye hacia el norte desde las sombrías colonias meridionales para luego girar casi en ángulo recto hacia el oeste, a través de los pastizales de Shem, hasta su desembocadura.

Al norte de Aquilonia, el más occidental de los reinos hibóreos, están los cimerios. Fieros e indómitos, no se han visto sometidos por los invasores, pero avanzan rápidamente a causa de su contacto con ellos; son los descendientes de los atlantes, que ahora evolucionan con más rapidez que sus antiguos enemigos los pictos, quienes moran en las tierras salvajes del oeste de Aquilonia.

Quinientos años después, los pueblos hibóreos poseen una civilización tan vital que su contacto arranca del marasmo de la barbarie a cualquier tribu que toque. El reino más poderoso es Aquilonia, pero otros rivalizan en fuerza. Su hegemonía es indiscutible, aunque los bárbaros de los páramos van creciendo en poderío y empuje.

En el norte, los bárbaros rubios de ojos azules descendientes de los salvajes del Ártico han expulsado a las últimas tribus hibóreas de las tierras heladas, con excepción del viejo reino de Hiperbórea, que resiste pese a todo. Llaman a esta tierra Nordheim, y está dividida entre los pelirrojos vanires de Vanaheim y los rubios aesires de Asgard.

Los lemurios entran de nuevo en la historia, ahora como hirkanios. A lo largo de los siglos han ido desplazándose hacia el oeste, y una de sus tribus se ha asentado en las orillas meridionales del gran mar interior de Vilayet y ha

**establecido el reino de Turán en las costas suroccidentales. Entre el mar interior y las fronteras orientales de los reinos del oeste se extiende una vasta extensión de estepa, y en los extremos norte y sur no hay sino desiertos. Los no hirkanios que habitan esos territorios son, en el norte, pastores de origen desconocido, y los del sur son aborígenes shemitas con unas gotas de sangre hibórea, fruto de pasadas conquistas. Hacia el final de este periodo, otros clanes hirkanios se desplazan al oeste por el extremo septentrional del mar interior y se encuentran con los puestos avanzados más orientales de los hiperbóreos.**

**Echemos un rápido vistazo a los habitantes de esa era. Los hibóreos, dominantes, dejaron hace tiempo de ser un pueblo de cabellos leonados y ojos grises. Se han mezclado con otras razas. Hay una fuerte influencia semítica e incluso estigia entre los habitantes de Koth y, en menor medida, de Argos, que ha tenido más contacto con los zingarios. Los britunios del este se han mezclado con los zamorios, de piel más oscura, y la gente del sur de Aquilonia, con los morenos zingarios, de modo que el pelo y los ojos oscuros son dominantes en Poitain, la provincia más meridional. El antiguo reino de Hiperbórea se mantiene aislado; aun así corre abundante sangre extranjera por las venas de sus habitantes a causa del rapto de mujeres hirkanias, aesires y zamorias. Solo en la provincia aquilonia de Gunderland, donde no se practica la esclavitud, se mantiene pura la sangre hibórea.**

**Los bárbaros no se han mezclado con otros pueblos. Los cimerios son altos y fuertes, de pelo negro y ojos grises o azules. Los habitantes de Nordheim son de complexión similar pero de piel más pálida, ojos azules y cabello rubio o pelirrojo. Los pictos son como siempre han sido: bajos y muy morenos, con ojos y pelo negros.**

**Los hirkanios son morenos y, por lo general, altos y delgados, aunque el tipo rechoncho de ojos rasgados se va volviendo más común entre ellos, merced al mestizaje con una raza de aborígenes, inteligentes pero de baja estatura, a la que han conquistado en las laderas occidentales de las montañas del este del mar de Vilayet.**

**Los shemitas suelen ser de estatura media, aunque el cruce con los estigios produce a veces individuos de talla gigantesca, con nariz aguileña, ojos negros y pelo negroazulado.**

**Los estigios son altos y bien formados, de piel morena y rasgos armónicos, al menos la clase gobernante. La clase baja es una horda oprimida y mestiza, una mezcla de sangre negra, estigia, shemita y hasta hibórea.**

**Al sur de Estigia están los extensos reinos negros de los amazonios, los kushitas y los atlaios, y el imperio híbrido de Zembabwei.**

**Entre Aquilonia y las tierras de los pictos se encuentran las Marcas Bosonias, pobladas por descendientes de una raza nativa conquistada por los hibóreos en los primeros tiempos de su migración. Nunca habían alcanzado el grado de civilización de los hibóreos y estos los empujaron hasta el mismo límite del mundo civilizado. Los bosonios son de estatura y complexión medianas, mesocefálicos, y de ojos pardos o grises. Viven sobre todo de la agricultura en burgos amurallados y forman parte del reino aquilonio. Las Marcas Bosonias se extienden desde el Reino Fronterizo hasta el norte de Zingaria, y forman un baluarte contra los cimerios y los pictos. Son gente obstinada que ha hecho de la defensa un arte, y siglos de guerra contra los bárbaros del norte y el oeste la han llevado a desarrollar una defensa casi invulnerable al ataque directo.**

**Cinco siglos después, la civilización hibórea ha desaparecido de la faz de la tierra. Su caída, curiosamente, no se debe a la decadencia interna, sino al poder creciente de las naciones bárbaras y de los hirkanios. Los pueblos hibóreos resultan arrasados cuando su pujante cultura se encuentra aún en la cúspide.**

**Es la codicia de Aquilonia lo que desencadena el desastre, aunque de modo indirecto. Deseosos de extender su imperio, los reyes aquilonios guerrean contra sus vecinos. Se anexionan Zingaria, Argos y Ofir, así como las ciudades más occidentales de Shem, recientemente liberadas del yugo de Koth, al igual que sus hermanas más orientales. Incluso Koth, junto con Corintia y las tribus semíticas orientales, se ve obligado a pagar tributo y ayudar a Aquilonia en sus guerras. Hiperbórea, enzarzada en una rencilla ancestral con Aquilonia, lanza sus ejércitos contra esta. Las llanuras del Reino Fronterizo son el escenario de la encarnizada batalla en la que las huestes del norte sufren la derrota definitiva y tienen que retirarse a sus páramos helados para escapar a la persecución de los victoriosos aquilonios.**

**Nemedia, que ha resistido contra su enemigo occidental durante siglos, se alía con Britunia, con Zamora y, en secreto, con Koth, y crea una alianza destinada aplastar al imperio incipiente. Pero antes de que sus ejércitos puedan entrar en combate aparece un nuevo enemigo por el este: por primera vez, los hirkanios organizan una incursión seria en el oeste. Reforzados con aventureros de las costas orientales de Vilayet, los jinetes turanios arrasan Zamora, devastan Corintia oriental y se dan de bruces en las llanuras de Britunia con los aquilonios, quienes los derrotan y los hacen huir al este.**

**Pero la alianza está rota y Nemedia se mantendrá a la defensiva en todas las guerras posteriores, ayudada ocasionalmente por Britunia e Hiperbórea. Y, como de costumbre, por Koth solapadamente.**

**La derrota de los hirkanios muestra al mundo el verdadero poder de Aquilonia, cuyos imponentes ejércitos se ven reforzados por mercenarios, muchos de ellos reclutados entre los zingarios, los salvajes pictos y los shemitas. Zamora es reconquistada de manos de los hirkanios, pero su pueblo descubre que simplemente ha cambiado un amo oriental por otro occidental. Los soldados aquilonios se acuartelan allí, no solo para proteger el reino devastado; también para impedir las insurrecciones. Los hirkanios no están convencidos de su derrota: tres veces más intentarán cruzar la frontera zamoria e invadir las tierra de Shem, para ser rechazados por los aquilonios. Pero el ejército turanio sigue creciendo, a medida que lo engrosan nuevas hordas de jinetes cubiertos de metal procedentes de las orillas meridionales del mar interior.**

**Mas es en occidente donde empieza a crecer una fuerza destinada a derribar a Aquilonia de su elevado sitial. En el norte, a lo largo de la frontera de Cimeria, las pendencias entre los guerreros de melena negra y los nórdicos son continuas. Los aesires, entre guerra y guerra con los vanires, realizan rápidas incursiones al otro lado de la frontera de Hiperbórea y destruyen una ciudad tras otra. Los cimerios luchan contra pictos y bosonios sin distinción, y más de una vez han llegado a atacar Aquilonia, aunque es más simple pillaje que una guerra de invasión.**

**Pero los pictos crecen de forma asombrosa, tanto en población como en fuerza. Por un extraño giro del destino, serán los esfuerzos de un solo hombre, un extranjero, los que los guíen hacia el camino que los llevará a crear un imperio.**

**Este individuo se llamaba Arus y fue un sacerdote nemedio con talante de reformista nato. No se ha podido esclarecer por qué centró su atención en los pictos, pero se sabe que estaba decidido a viajar a las tierras del oeste y cambiar las salvajes costumbres de aquellos paganos mediante la introducción del civilizado culto a Mitra. Sin dejarse atemorizar por los espeluznantes relatos de lo que había sucedido a mercaderes o exploradores en aquellas tierras, partió en busca de los salvajes solo y desarmado y, por algún sorprendente capricho del destino, no lo alancearon de inmediato.**

**Aunque siempre reacios al contacto con la civilización hibórea, los pictos se habían beneficiado de él. Habían aprendido a trabajar toscamente el cobre y el estaño, materiales poco abundantes en su tierra, así que a menudo realizaban incursiones en las montañas de Zingaria en busca de metal, o lo obtenían comerciando con pieles, barbas de ballena y colmillos de morsa. Ya no vivían en cuevas y refugios en los árboles, sino que construían tiendas y cabañas rudimentarias, copiadas de los bosonios. Aún subsistían principalmente de la caza, ya que sus tierras bullían de animales, y los ríos y el mar proporcionaban abundante pescado. Habían aprendido a cultivar pero no se encontraba entre sus prácticas habituales: preferían robar el grano a bosonios y zingarios. Se agrupaban en clanes que solían estar en guerra entre ellos, y sus costumbres eran sencillas, sanguinarias y difícilmente comprensibles para un hombre civilizado, como lo era Arus de Nemedia.**

**No tenían contacto directo con los hibóreos, ya que los bosonios hacían de parapeto. Pero Arus sostenía que eran susceptibles de mejorar, y los acontecimientos ulteriores demostraron que estaba en lo cierto… aunque no en el sentido en que lo decía.**

**Arus tuvo la fortuna de caer en el territorio de un jefe llamado Gorm, cuya inteligencia sobrepasaba la media de su pueblo. La existencia de Gorm no tiene más explicación que la de Gengis Kan, Utmán, Atila o cualquiera de esos individuos que, habiendo nacido en tierras salvajes entre bárbaros ignorantes, poseen el instinto de conquista necesario para construir un imperio. En una especie de bosonio degenerado, el sacerdote le explicó al caudillo su propósito y, si bien no salía de su perplejidad, Gorm le dio permiso para permanecer en su tribu con la cabeza sobre los hombros, un caso único en la historia de los pictos.**

**Tras aprender el idioma, Arus emprendió la tarea de eliminar los aspectos más desagradables de la vida picta, como el sacrificio humano, las rivalidades familiares y la quema de cautivos vivos. Arengó a Gorm largo y tendido, y en él encontró un oyente receptivo aunque insensible. Podemos reconstruir la escena con un poco de imaginación: el caudillo de pelo negro, vestido con pieles de tigre y adornado con un collar de dientes humanos, de cuclillas en el suelo de la cabaña y pendiente de la elocuencia del sacerdote, seguramente sentado en un bloque de caoba pulida cubierto de pieles, elaborado en su honor, y ataviado con la túnica de seda de los sacerdotes nemedios. Arus gesticularía incansablemente mientras exponía los derechos y la justicia que propugna Mitra, y sin duda señalaría con repugnancia las hileras de cráneos que adornaban las paredes de la cabaña e instaría a Gorm a perdonar a sus enemigos en lugar de convertirlos en vasijas. Arus era producto de una raza de instintos artísticos innatos, refinada por siglos de civilización; la herencia de Gorm eran cientos de milenios de barbarie exuberante: caminaba silencioso como un tigre; sus brazos competían en fuerza con los de un gorila; el fuego que ardía en sus ojos no era distinto del que ardía en**

los de un leopardo.

Arus, pragmático, apeló al sentido de ganancia material del salvaje. Señaló que la fuerza y el esplendor de los reinos hibóreos eran un ejemplo del poder de Mitra, cuyas enseñanzas los habían elevado a tan excelsas alturas. Habló de las llanuras fértiles, las murallas de mármol, los carros de hierro, las torres enjoyadas, los jinetes de armadura reluciente que cabalgaban hacia la batalla. Gorm, con su inequívoco instinto de bárbaro, no prestó oídos a la palabrería sobre los dioses y sus enseñanzas, concentrado en el poder y la riqueza que tan vívidamente describía el sacerdote. En aquella cabaña de suelo de arcilla, con el sacerdote vestido de seda sobre el bloque de caoba y el jefe de piel morena acuclillado y cubierto de pieles de tigre, se establecieron los cimientos de un imperio.

Como ya se ha dicho, Arus era pragmático. Vivió entre los pictos y descubrió lo mucho que podía hacer un hombre inteligente para ayudar a la humanidad, sobre todo cuando esta se viste con pieles de tigre y lleva collares de dientes humanos. Como todos los sacerdotes de Mitra, poseía amplios conocimientos de diversas materias. Descubrió grandes yacimientos de hierro en las colinas pictas y enseñó a los nativos a extraerlo, fundirlo y trabajarlo para crear aperos de labranza… o eso creía él.

Instituyó otras reformas, pero lo más importante que hizo fue lo siguiente: despertó el deseo de Gorm de conocer las tierras civilizadas; enseñó a los pictos a trabajar el hierro y los puso en contacto con la civilización. A instancias del jefe, viajó con él y algunos de sus guerreros a las Marcas Bosonias, donde los aldeanos los contemplaron asombrados.

Sin duda, Arus estaba convencido de estar realizando conversiones a diestro y siniestro, pues los pictos le prestaban atención en vez de descuartizarlo con sus hachas de bronce. Pero los pictos no eran muy dados a tomar en serio enseñanzas que hablasen de perdonar a los enemigos y abandonar el sendero de la guerra para tomar el del trabajo honrado. Se decía que carecían de sentido artístico, que toda su naturaleza estaba orientada a la guerra y la matanza. Cuando el sacerdote les hablaba de la gloria de las naciones civilizadas, sus oyentes no estaban interesados en los ideales de la religión, sino en el botín que describía sin saberlo en su narración de las espléndidas ciudades y las ricas tierras. Cuando explicó cómo había ayudado Mitra a algunos reyes a vencer a sus enemigos, no prestaron mucha atención a los milagros del dios, pero se mantuvieron pendientes de la descripción de las líneas de batalla y las maniobras de los jinetes, arqueros y lanceros. Escuchaban atentos, con los ojos alerta y el semblante inescrutable, y luego se iban sin el menor comentario y seguían con halagadora diligencia sus instrucciones sobre la siderurgia y otras industrias parecidas.

Antes de que apareciera Arus robaban armas y armaduras de acero a los bosonios y los zingarios, o martilleaban toscamente sus propias armas de cobre y bronce. Ahora se les abría un nuevo mundo, y el batir de los yunques resonaba por todo el territorio. Gorm, en virtud de sus nuevas habilidades, empezó a expandir su dominio a otros clanes, en parte mediante la guerra y en parte mediante su habilidad y diplomacia, algo en lo que, demostradamente, era muy superior a los demás bárbaros.

Los pictos cruzaban Aquilonia a su antojo bajo salvoconducto y volvían cargados de información relacionada con la forja de armaduras y espadas. Incluso entraron en el ejército de Aquilonia como mercenarios, con el comprensible

disgusto de los bosonios. Los reyes de Aquilonia acariciaban la idea de usar a los pictos contra los cimerios y así destruir ambas amenazas, pero estaban demasiado ocupados con sus guerras de conquista en el sur y el este para prestar la atención suficiente a las ignotas tierras del oeste, de las que surgían cada vez más guerreros dispuestos a engrosar sus filas como mercenarios.

Estos guerreros, una vez completado su servicio, volvían a casa con nociones bastante precisas del modo civilizado de hacer la guerra, junto con un desprecio por la civilización surgido del contacto con ella. Los tambores sonaban en las colinas; las hogueras convocaban reuniones en las lomas, y los fieros herreros pictos golpeaban el acero en innumerables yunques. Por medio de intrigas e incursiones, demasiado abundantes y arteras para enumerarlas, Gorm se convirtió en caudillo de caudillos, lo más cercano a un rey que habían tenido los pictos en miles de años. Había esperado mucho tiempo y su edad era avanzada, pero decidió cruzar las fronteras y con intención no de comerciar, sino de guerrear.

Arus comprendió su error demasiado tarde. No había llegado al alma a los paganos; en ella seguía agazapada una fiereza inmemorial. Su persuasiva elocuencia no había llegado a arañar la superficie de la conciencia picta. Gorm había cambiado la piel de tigre por una cota de malla plateada, pero bajo ella seguía siendo el mismo bárbaro de siempre, inaccesible a la teología o la filosofía, con los instintos orientados hacia la rapiña y el saqueo.

Los pictos que arrasaron las fronteras bosonias a sangre y fuego ya no vestían pieles de tigre ni blandían hachas de bronce; llevaban cotas de malla y afiladas armas de acero. En cuanto a Arus, le partió la crisma un picto borracho durante su último esfuerzo por deshacer su obra involuntaria. Gorm no era ningún ingrato; el cráneo del asesino acabó coronando el túmulo dedicado al sacerdote. Quizá una de las ironías más siniestras del universo sea que las piedras que cubrían el cadáver de Arus se adornaran con un último toque de barbarie; él, a quien resultaban repugnantes la sangre y la violencia.

Pero las nuevas armas y armaduras no eran suficientes para atravesar las líneas enemigas. Durante años, el armamento superior y el fiero coraje de los bosonios había mantenido a raya a los invasores, ayudado cuando era necesario por tropas imperiales aquilonias.

Fue una traición, que llegó de donde menos se esperaba, lo que rompió las líneas bosonias. Pero quizá convenga, antes de relatar dicha traición, presentar una visión general del imperio aquilonio.

Siempre había sido un reino rico, que había obtenido bienes sin cuento por medio de conquistas, hasta que el esplendor más suntuoso tomó el lugar de la vida sencilla y esforzada. La decadencia aún no había minado del todo al rey ni al pueblo; aunque vestían seda e hilo de oro, todavía eran un pueblo vital y fuerte. Pero la arrogancia había sustituido a la antigua sencillez. Trataban a los menos poderosos con condescendencia y exprimían cada vez más con sus tributos a los pueblos conquistados. Argos, Zingaria, Ofir, Zamora y las tierras shemitas recibían el tratamiento de provincias sometidas, lo que resultaba especialmente humillante para los orgullosos zingarios, que a menudo se alzaban en rebelión pese a las represalias.

Koth era prácticamente un estado tributario, sujeto a la «protección» de Aquilonia contra los hirkanios, pero el imperio no había sido capaz de someter a

Nemedia, aunque, en los últimos tiempos, esta se limitaba a defenderse y generalmente necesitaba la ayuda de los hiperbóreos. Las únicas derrotas que sufrió en esa época fueron el fracaso en el intento de anexionarse Nemedia, la derrota de un ejército enviado a Cimeria y la aniquilación casi completa de otro a manos de los aesires. De igual modo que los hirkanios eran incapaces de hacer frente a las cargas de caballería pesada de los aquilonios, estos, al invadir las tierras nevadas, se vieron abrumados por la fiereza en el combate cuerpo a cuerpo de los nórdicos.

Pero las conquistas de Aquilonia llegaban al Nilo, donde un ejército había sido derrotado y diezmado, a raíz de lo cual el rey de Estigia rindió tributo a Aquilonia para impedir la invasión de su reino. Britunia estaba acabada tras una larga serie de guerras relámpago y los aquilonios estaban preparados para someter por fin a Nemedia, su antiguo rival.

Con un ejército engrosado por mercenarios, los aquilonios atacaron a su enemigo ancestral y parecían destinados a aplastar la última sombra de independencia nemedia. Pero surgieron disputas entre los aquilonios y sus ayudantes bosonios.

Como resultado inevitable de la expansión de su imperio, los aquilonios se habían vuelto altivos e intolerantes. Se burlaban de los toscos bosonios, y no tardaron en surgir rencillas entre ambos grupos. Los aquilonios despreciaban a los bosonios y estos estaban resentidos por la actitud de sus amos, pues así se hacían llamar los aquilonios, que los trataban como súbditos conquistados, los gravaban con impuestos draconianos y los reclutaban para guerras de expansión que pocas ventajas les reportaban. Apenas quedaban hombres suficientes para defender la frontera en su tierra natal y, cuando les llegó noticia de las incursiones pictas, varios regimientos completos de bosonios abandonaron la campaña nemedia y se dirigieron a toda prisa a la frontera occidental, donde no tardaron en derrotar a los invasores en una cruenta batalla.

Esta deserción fue la causa directa de la derrota de Aquilonia a manos de los desesperados nemedios y atrajo sobre los bosonios la ira despiadada de los imperialistas, intolerantes y faltos de miras como suelen ser. Los regimientos aquilonios se desplazaron en secreto a la frontera de las Marcas Bosonias y se invitó a los cabecillas bosonios a un gran cónclave. Haciéndose pasar por una expedición contra los pictos, grupos de salvajes soldados shemitas se acuartelaron entre los confiados nativos. Los jefes fueron masacrados y los shemitas cayeron sobre sus asombrados anfitriones a golpe de espada y antorcha, y el ejército imperial se ensañó con los pasmados bosonios. Las Marcas quedaron arrasadas de norte a sur; después, los ejércitos aquilonios abandonaron el lugar, dejando tras de sí una tierra asolada.

Y justo en ese momento, de repente, la invasión picta se expandió a lo largo de las fronteras. No era una simple incursión, sino el ataque concertado de una nación entera, guiada por los caudillos que habían servido en los ejércitos aquilonios y planeada y dirigida por Gorm, quien ya era un anciano pero conservaba el fuego ardiente de su fiera ambición. En esta ocasión no encontraron a su paso burgos repletos de arqueros que pudieran contenerlos hasta que llegasen las tropas imperiales. Lo poco que quedaba de los bosonios fue eliminado de la faz de la tierra, y los bárbaros, enloquecidos por la sangre, cayeron sobre Aquilonia, saqueando y quemando todo a su paso antes de que las legiones, en guerra con los nemedios, pudieran volver al oeste. Zingaria aprovechó esta oportunidad para

quitarse de encima el yugo aquilonio, ejemplo que no tardaron en seguir Corintia y los shemitas. Regimientos enteros de mercenarios y tributarios se amotinaron y volvieron a sus países, dejando un rastro de devastación. Los pictos se esparcieron hacia el este sin que nadie los detuviera, y a sus pies cayó un ejército tras otro. Sin los arqueros bosonios, los aquilonios descubrieron que no podían competir con las mortíferas flechas incendiarias de los bárbaros. Se convocó a todas las legiones del imperio para hacer frente a la terrible amenaza mientras, desde las tierras salvajes, horda tras horda se lanzaba sobre ellos sin mostrar signos de diezmo.

En medio de aquel caos, los cimerios bajaron de sus colinas para rematar el desastre. Asolaron las ciudades, devastaron los campos y se retiraron a su territorio con el botín así obtenido, pero los pictos ocuparon las tierras atacadas. Así cayó el imperio aquilonio, a sangre y fuego.

Los hirkanios llegaron de nuevo desde el este. Aprovecharon la retirada de las tropas imperiales de Zamora, que ahora era presa fácil para ellos, y el rey hirkanio estableció su capital en la mayor ciudad del país. Esta invasión provenía del antiguo reino hirkanio de Turán, en las costas del mar interior, pero del norte llegó otra formada por hirkanios más fieros. Escuadrones de jinetes cubiertos de acero galoparon por el extremo norte del mar interior, atravesaron los desiertos helados, cruzaron las estepas, desplazando a los nativos a su paso, y cayeron sobre los reinos occidentales. Al principio, los recién llegados no eran aliados de los turanios; estaban en guerra con ellos, al igual que con los hibóreos. Con el tiempo, nuevas hordas de orientales se unieron a la conquista hasta que todos quedaron unidos bajo un único caudillo que, según dicen, llegó galopando de las mismísimas costas del mar oriental. Sin ejércitos aquilonios que les hicieran frente, eran imparables.

Se extendieron por Britunia y la sometieron; devastaron Corintia y el sur de Hiperbórea y se adentraron las colinas cimerias en pos de los bárbaros de pelo negro, pero la caballería era menos eficaz en aquellas tierras accidentadas. Los cimerios les hicieron frente, y una confusa y desordenada retirada tras un día interminable de lucha sangrienta impidió que los ejércitos hirkanios resultaran aniquilados por completo.

Mientras tanto, los reinos shemitas habían conquistado Koth, que otrora los había sojuzgado, pero fueron derrotados en su intento de invadir Estigia. En cuanto terminaron de humillar a Koth los invadieron los hirkanios, y descubrieron que los orientales eran amos mucho más severos que los hibóreos. Entre tanto, los pictos se habían adueñado de Aquilonia y prácticamente habían exterminado a sus habitantes. Se desparramaron más allá de las fronteras de Zingaria, y miles de zingarios acabaron huyendo de la matanza rumbo a Argos. Allí tuvieron que someterse a la clemencia de los hirkanios, quienes los trasladaron a Zamora. Tras ellos quedaba Argos, cubierto por las llamas de la matanza y el saqueo, y los pictos siguieron su camino hacia Ofir hasta darse de bruces con el ala occidental del ejército hirkanio.

Los hirkanios, tras conquistar Shem, habían derrotado al ejército estigio y lo habían hecho replegarse más allá del Nilo. Luego asolaron el país hasta llegar al reino negro de Amazonia, en el distante sur, y hacer cautivos a muchos de sus habitantes para trasladarlos a tierras shemitas. Seguramente habrían completado la conquista de Estigia y la habrían añadido a su creciente imperio de no ser por los fieros ataques de los pictos contra los territorios que se habían anexionado por occidente.

**Nemedia, invicta por los hibóreos, se debatía entre los jinetes de oriente y los espadachines de occidente cuando una tribu de aesires descendió de sus tierras nevadas. Se asentaron en el reino nemedio, donde los contrataron de mercenarios. Demostraron ser guerreros tan fieros que no solo derrotaron a los hirkanios, sino que consiguieron detener el avance de los pictos.**

**El mundo, en esa época, presenta el siguiente aspecto:**

**Un vasto imperio picto, salvaje, tosco y bárbaro, que se extiende desde la costa norteña de Vanaheim hasta la meridional de Zingaria. Más al este, incluye toda Aquilonia excepto Gunderland, la provincia más septentrional, que sobrevive a la caída del imperio como un reino aislado que mantiene su independencia. El imperio picto incluye también Argos, Ofir, la parte occidental de Koth y las tierras más occidentales de Shem.**

**Frente a este imperio bárbaro están los hirkanios, cuya frontera norte linda con Hiperbórea y que se extiende hacia el sur, hasta los desiertos meridionales de Shem. Zamora, Britunia, el Reino Fronterizo, la mayor parte de Koth y todo el este de Shem están dentro de este imperio. Las fronteras de Cimeria se mantienen: ni pictos ni hirkanios han sido capaces de someter a estos fieros bárbaros. Nemedia, dominada por los mercenarios aesires, resiste todas las invasiones.**

**En el norte, Cimeria, Nordheim y Nemedia separan ambos imperios, pero en el sur Koth, se ha convertido en un campo de batalla donde pictos e hirkanios luchan sin tregua. A veces los guerreros orientales expulsan del reino a los bárbaros, y las ciudades y llanuras vuelven a manos de los hirkanios.**

**Estigia, en el lejano sur, sacudida por las incursiones hirkanias, sufre el acoso de los reinos negros.**

**En el remoto norte, las tribus están inquietas; guerrean continuamente contra los cimerios y atacan las fronteras hiperbóreas.**

**Gorm muere a manos de Hialmar, comandante de los aesires de Nemedia. Ya es muy anciano: cuenta casi cien años. En los setenta y cinco que han pasado desde que oyó historias del oeste de labios de Arus, toda una vida para un hombre pero apenas un suspiro para una nación, ha creado un imperio a partir de clanes rivales y salvajes y ha destruido una civilización. Nacido en una cabaña de adobe con techo de paja, pasa sus últimos días en un trono de oro y come las mejores piezas de carne en vajilla de oro, servida por esclavas jóvenes que han sido hijas de reyes. Pero ni la conquista ni las riquezas han cambiado a los pictos; de las ruinas de la civilización destruida no surgirá como el fénix una nueva cultura: las funestas manos de los saqueadores que convirtieron en polvo el apogeo artístico de los conquistados nunca intentarán copiarlo. Aunque viven en las ruinas relucientes de palacios desmoronados y se visten con las sedas de reyes extintos, los pictos siguen siendo los mismos bárbaros feroces y elementales, interesados solo en los aspectos más inmediatos de la vida. No han evolucionado ni perdido su instinto para la guerra y el saqueo, y en sus corazones no hay lugar para las artes, el progreso cultural ni los gestos humanitarios.**

**Son muy distintos los aesires que se asientan en Nemedia. Estos adoptan enseguida muchos de los modos y maneras de la civilización, acomodados a su fiera idiosincrasia.**

**Durante un breve periodo, pictos e hirkanios se desafían sobre las ruinas del mundo que han conquistado. Luego empiezan las glaciaciones y la gran migración**

**septentrional. Mientras los hielos se desplazan cada vez más al sur, las tribus nórdicas emprenden una larga migración, empujando a su paso a sus parientes meridionales. Arrasan el antiguo reino de Hiperbórea y en sus ruinas tienen un encontronazo con los hirkanios. Nemedia es, de hecho, un reino nórdico, gobernado por los descendientes de los mercenarios aesires.**

**Empujados por la invasión nórdica, los cimerios se ponen en marcha, y no hay ejército o ciudad que les pueda hacer frente. Cruzan y destruyen por completo el reino de Gunderland y atraviesan la antigua Aquilonia abriéndose paso a su manera característica a través de los ejércitos pictos. Derrotan a los nemedios y saquean algunas de sus ciudades, pero no se detienen: prosiguen su marcha hacia el este y derrotan a un ejército hirkanio en la frontera de Britunia.**

**Tras ellos, hordas de aesires y vanires se desparraman por el mundo, y el imperio picto se tambalea bajo sus ataques. Una de sus víctimas, Nemedia, es derrotada y los nórdicos medio civilizados huyen de sus parientes más salvajes, dejando las ciudades abandonadas y en ruinas. Estos nórdicos, que han tomado el nombre de su reino de adopción y a los que se refiere el actual término de nemedios, llegan a la antigua tierra de Koth, expulsan a pictos e hirkanios y ayudan al pueblo de Shem a expulsar a los hirkanios de sus tierras. Por todo el mundo occidental, pictos e hirkanios sucumben ante este pueblo más joven y fiero. Un grupo de aesires expulsa a los jinetes orientales de Britunia, y allí se establecen y adoptan ese nombre para sí. Los nórdicos que han conquistado Hiperbórea mascaran a sus enemigos orientales con tal ferocidad que los descendientes de Lemuria se retiran a sus estepas y no paran hasta llegar a Vilayet.**

**Entre tanto, los cimerios, en su camino hacia el sureste, destruyen el antiguo reino hirkanio de Turán y se establecen en las costas suroccidentales del mar interior. Se ha acabado el poderío de los conquistadores de oriente. Ante los ataques de nórdicos y cimerios, destruyen su propias ciudades, ejecutan a aquellos cautivos que no parecen en buen estado para una larga marcha y luego, tras enviar miles de esclavos por delante, cabalgan de vuelta a las misteriosas tierras de oriente, bordeando las costas nororientales del mar interior, y desaparecen de la historia de occidente hasta que cabalgan de nuevo, miles de años después, como hunos, mongoles, tártaros y turcos. En su retirada los acompañan varios miles de zamorios y zingarios, que se establecen en el lejano oriente y forman la raza mestiza que emergerá tiempo después como gitana.**

**Mientras, una tribu de vanires se aventura más allá de las fronteras meridionales de los pictos y, tras atravesar la arrasada Zingaria, llega a Estigia, donde la oligarquía oprime el país, siempre acosado por los ataques de los reinos negros del sur. Los pelirrojos vanires guían a los esclavos en una revuelta general, derrotan a la clase reinante y se establecen como casta conquistadora. Someten a los reinos negros septentrionales y erigen en el sur un vasto imperio al que llamarán Egipto. De estos conquistadores pelirrojos surgen los primeros faraones.**

**El mundo occidental está ahora bajo el poder de los bárbaros nórdicos. Los pictos permanecen en Aquilonia, en parte de Zingaria y en la costa occidental del continente. Pero al este, hasta Vilayet y desde el círculo ártico hasta las tierras de Shem, los únicos habitantes son las tribus nómadas de nórdicos, con excepción de los cimerios, establecidos en el antiguo reino turanio. No hay ciudades en parte alguna, excepto en Estigia y las tierras de Shem; las oleadas invasoras de pictos, hirkanios, cimerios y nórdicos las han convertido en ruinas y los otrora**

dominantes hibóreos se han desvanecido de la faz de la tierra, dejando tan solo un pequeño rastro de su sangre en las venas de sus conquistadores. Lo único que sobrevive de las lenguas de los bárbaros son los nombres de tierras, tribus y ciudades, que acaban por mezclarse a lo largo de los siglos con leyendas distorsionadas y fábulas inexactas, hasta que toda la historia de la Era Hibórea se pierde en una maraña de mitos y fantasía. Así, en el habla de los gitanos quedarán unidos los conceptos de zíngaro y Zamora; a los aesires que dominaron Nemedia se los llamará nemedios, y más adelante desempeñarán su papel en la historia irlandesa. Los nórdicos asentados en Britunia serán conocidos como britunios, bretones o britanos.

No hubo en esa época nada que se pareciera a un imperio nórdico. Como siempre, cada tribu tenía su rey o caudillo, y luchaban salvajemente entre ellas. Nunca se sabrá cuál podría haber sido su destino, pues un nuevo cataclismo sacudió el mundo, cambiando de sitio las masas de tierra hasta darles el aspecto que tienen hoy en día.

Fue un tiempo de caos y locura. Grandes porciones de la costa occidental se hundieron; Vanaheim y la parte occidental de Asgard, deshabitadas y cubiertas por glaciares desde hacía cientos de años, se desvanecieron bajo las aguas. El océano fluyó alrededor de las montañas occidentales, desde Cimeria hasta el mar del Norte; esas montañas se convirtieron en las islas que luego se conocerían como Inglaterra, Escocia e Irlanda, y las aguas cubrieron por completo las antiguas tierras salvajes de los pictos y las Marcas Bosonias.

En el norte se formó el mar Báltico, con lo que Asgard se convirtió en las penínsulas que más adelante se conocerían como Noruega, Suecia y Dinamarca. En el lejano sur, el continente estigio quedó separado del resto del mundo por la frontera natural que formaba el tramo occidental del Nilo. En Argos, el oeste de Koth y la parte occidental de Shem, el océano inundó la cuenca creada y dio lugar a lo que luego llamaríamos el Mediterráneo. Pero mientras el resto se hundía, al este de Estigia se alzaron nuevas tierras que dieron lugar a la parte oriental del continente africano.

Los corrimientos de tierras tuvieron como resultado grandes cadenas montañosas en la parte central del continente septentrional. El territorio que rodeaba la zona ganada al mar no se vio afectado, y en sus orillas, las tribus nórdicas iniciaron una vida de pastoreo, compartiendo el terreno más o menos pacíficamente con los cimerios y mezclándose poco a poco con ellos. Los pictos, devueltos por el cataclismo a la edad de piedra, se asentaron de nuevo en las tierras occidentales con el increíble empuje que los caracteriza, hasta que, en épocas posteriores, los cimerios y los nórdicos los arrinconaron en el borde occidental de las islas. Esto ocurrió tanto tiempo después de la formación de los nuevos continentes que de los viejos imperios no quedaban sino leyendas sin sentido.

Esta última migración alcanza ya momentos conocidos por los historiadores, de modo que no es necesario entrar en detalles. Fue producto de la expansión del pueblo que se amontonaba en las estepas, al oeste del antiguo mar interior, ahora mucho más menguado y conocido como el Caspio: el crecimiento fue tan

**exagerado que se hizo necesaria una migración. Las tribus se desplazaron al sur, al oeste y al norte, hacia las tierras que ahora conocemos como India, Asia Menor, Europa Occidental y Centroeuropa.**

**Llegaron allí con el nombre de arios, pero había variaciones entre esos arios primitivos; algunas aún se reconocen hoy en día, aunque otras cayeron en el olvido. Los rubios aqueos, galos y britones, por ejemplo, descendían de los aesires de pura sangre. Los nemedios de las leyendas irlandesas eran los aesires nemedios. Los daneses eran descendientes directos de los vanires; los godos y los ancestros de otras tribus escandinavas y germánicas, entre ellos los anglosajones, descendían de una raza mestiza que contenía elementos vanires, aesires y cimerios. Los gaélicos, antepasados de los irlandeses y los *highlanders* de Escocia, eran los herederos de los clanes cimerios. Las tribus címricas de Bretaña eran una mezcla de nórdicos y cimerios que precedieron a los britones puros en las islas, lo que dio lugar a la leyenda de la supremacía gaélica. Los cimbrios que lucharon contra Roma eran de la misma sangre, al igual que los gimmerai de los griegos y asirios y los gómer de los hebreos. Otros clanes de cimerios se aventuraron al este, y unos pocos siglos más tarde, mezclados con los hirkanios, volvieron al oeste como escitas. Los ancestros originales de los gaélicos dieron su nombre moderno a Crimea.**

**Los antiguos sumerios no tenían ninguna relación con los pueblos occidentales. Eran una raza de sangre hirkania y shemita que no siguió a los conquistadores en su retirada. Muchas tribus de Shem escaparon al cautiverio, y de los shemitas de sangre pura, así como de los mezclados con nórdicos e hibóreos, descienden los árabes, los israelitas y otras etnias semíticas. Los cananeos o semitas alpinos remontan su ascendencia a shemitas y kushitas asentados entre sus amos hirkanios; los elamitas constituyen un buen ejemplo. Los bajos y robustos etruscos, base de los romanos, eran descendientes de una mezcla de estigios, hirkanios y pictos que habían vivido originalmente en el antiguo reino de Koth. Los hirkanios, al retirarse a las costas orientales del continente, derivaron en las tribus posteriormente conocidas como tártaros, hunos, mongoles y turcos.**

**Los orígenes de otras razas del mundo moderno se pueden trazar de forma similar. Casi en todos los casos, mucho más de lo que se piensa, su historia se remonta a los legendarios y nebulosos tiempos de la olvidada Era Hibórea.**

# CARTA DE ROBERT E. HOWARD A P. SCHUYLER MILLER

Apartado de Correos 313
Cross Plains, Texas
10 de marzo de 1936

Estimado señor Miller:

Me siento honrado de que usted y el doctor Clark hayan mostrado el suficiente interés en Conan para trazar un esquema de su vida y dibujar un mapa de su entorno. Ambos resultan sorprendentemente precisos, teniendo en cuenta la vaguedad de los datos con los que han tenido que trabajar. Por alguna parte tengo el mapa original que dibujé cuando empecé a escribir sobre Conan e intentaré encontrarlo y hacérselo llegar. Solo incluye los países al oeste del mar de Vilayet y al norte de Kush. Nunca he intentado realizar un mapa de los reinos meridionales ni orientales, aunque tengo una idea bastante clara de su geografía. Sin embargo, cuando escribo sobre ellos tengo la sensación de que puedo tomarme ciertas libertades, dado que los habitantes de las naciones hibóreas de occidente eran bastante ignorantes acerca de esos pueblos y países del sur y del este, tanto como lo sería un europeo medieval respecto a África o Asia. Al escribir sobre las naciones hibóreas me siento obligado a moverme dentro de unos límites precisos en los que se refiere a fronteras, territorios o conocimientos, pero al relatar acontecimientos en el resto del mundo me considero con cierta libertad para imaginarlos a vuelapluma. Digamos que al haber aceptado como "reales" ciertos conceptos étnicos y geográficos me siento obligado a seguirlos, por mor de la consistencia. Sin embargo, mis concepciones acerca del este y del sur están menos definidas y son menos arbitrarias.

Respecto a Kush, en todo caso, debo decir que es uno de los reinos negros al sur de Estigia, el más septentrional, en realidad, lo que ha hecho que se le de ese nombre a toda la costa meridional. Así, cuando un hibóreo habla de Kush, generalmente no se refiere a ese reino en concreto sino a cualquiera de los que se extienden por la Costa Negra. Así, llamará kushita a cualquier negro, sea este keshani, darfari, puntanio o realmente kushita. Es lógico, dado que los kushitas fueron los primeros negros con los que los hibóreos entraron en contacto; se trataba de piratas de las islas Baracha que traficaban con ellos y los rapiñaban.

En cuanto al destino final de Conan, me temo que no sabría decirlo con exactitud. Al escribir estas historias siempre he sentido que, más que crearlas, estaba actuando simplemente de cronista mientras él me las contaba. De ahí que salten de lugar y de época sin seguir un orden regular. El aventurero, cuando se pone a rememorar sus andanzas, rara vez sigue un plan ordenado, sino que narra los distintos episodios a medida que le vienen a la memoria, aunque estén separados por años y kilómetros.

Debo decir que su esquema sigue sus andanzas muy de cerca, tal como yo las he imaginado. Las diferencias son menores. Tal como ustedes han deducido, Conan tiene unos diecisiete años cuando es presentado al público en "La torre del

elefante". Aunque no es todavía un adulto, es más alto que el ciudadano civilizado medio de su época. Nació en un campo de batalla, durante una lucha entre su tribu y una horda de asaltantes vanires. El territorio que reclama su clan, y donde vive, está al noroeste de Cimeria, pero Conan era de sangre mestiza, si bien cimerio puro. Su abuelo era miembro de una tribu meridional; había dejado su propia tribu a causa de una deuda de sangre y, tras vagar un tiempo, acabó refugiándose entre los norteños. Había tomado parte en muchas incursiones en las naciones hibóreas en su juventud, antes de dejar su pueblo, y quizá fueron las historias que le contó a su nieto acerca de países menos agrestes y más fértiles las que hicieron que Conan, de niño, deseara ver tales lugares.

Hay muchas cosas de su vida que yo mismo no sé con certeza. Desconozco, por ejemplo, cuando fue la primera vez entró en contacto con la civilización. Puede haber sido en el fuerte de Venarium, o quizá en alguna visita pacífica a la frontera antes de eso. En Venarium ya era un enemigo a tener en cuenta, aunque solo tenía quince años. Medía más de uno ochenta y pesaba más de ochenta quilos, aunque aún estaba lejos de haber alcanzado la madurez.

Pasó más o menos un año entre el asalto a Venarium y su llegada a la ciudad de los ladrones en Zamora. Durante ese tiempo volvió a los territorios de su tribu e hizo su primer viaje más allá de las fronteras de Cimeria. Curiosamente, fue al norte, no al sur. Por qué o cómo, no lo sé con seguridad, pero pasó varios meses con una tribu de aesires y los ayudó en sus luchas con los vanires y los hiperbóreos, hacia los cuales desarrolló un odio que le duraría toda la vida e incluso afectaría su política como rey de Aquilonia. Fue capturado por ellos, escapó al sur y llegó a Zamora justo a tiempo para debutar en letras de imprenta.

No estoy seguro de que la aventura titulada "Hatajo de rufianes" tenga lugar en Zamora. La existencia de distintas facciones políticas parece indicar otra cosa, ya que en Zamora gobernaba un régimen despótico en el que las opiniones políticas diferentes no se permitían. Más bien soy de la opinión de que la ciudad era una de las pequeñas ciudades-estado que hay justo al oeste de Zamora, en cuya dirección sin duda Conan vagabundeó tras dejar este reino. Poco después de esta aventura volvió a Cimeria por un corto periodo de tiempo, como también lo haría más adelante en su vida, de vez en cuando. El orden cronológico de sus aventuras se aproxima bastante al que ustedes han desarrollado, excepto que se extiende un poco más que el suyo. Conan tiene unos cuarenta años cuando se alza con la corona de Aquilonia y más o menos cuarenta y cuatro en la época de La hora del dragón. No tenía heredero varón en ese entonces, pues no se había molestado en proclamar formalmente reina a ninguna mujer, y los hijos de las concubinas, de las cuales tuvo un buen número, no eran aceptados como herederos al trono.

Creo que fue rey de Aquilonia durante muchos años y fue el suyo un reinado turbulento y agitado, justo en la época en la que la civilización hibórea había alcanzado su cúspide y todo rey tenía ambiciones imperiales. Al principio sus guerras fueron defensivas, pero diría que al final se vio obligado a emprender guerras de agresión por pura cuestión de auto preservación. Si tuvo éxito en establecer un imperio sobre el mundo conocido o no, es algo que desconozco.

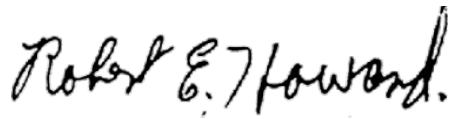
Viajó mucho, no solo antes de su reinado, sino en su etapa como rey. Fue a Khitai y a Hirkania e incluso a las regiones menos conocidas al norte de la última y al sur de la primera. Hasta visitó un continente sin nombre en el hemisferio occidental y navegó por las islas cercanas a él. Cuántos de todos estos viajes verán la luz, es algo que no sabría decir con exactitud.

Me han interesado mucho sus comentarios sobre los hallazgos en la península de Yamal, es la primera vez que oigo algo al respecto. Sin duda Conan tuvo contacto de primera mano con el pueblo que desarrolló la cultura que me han descrito. Y si no él, sus ancestros.

Espero que La Era Hibórea les parezca interesante. Les adjunto una copia del mapa original. Reconozco que, en efecto, Napoli ha hecho un gran trabajo retratando a Conan, aunque a veces le da un cierto aire latino que no acaba de cuadrarme con él, tal como lo tengo en mente. Pese a todo, ese es un detalle menor.

Espero que los datos que les adjunto respondan satisfactoriamente sus preguntas. Estaré encantado de discutir cualquier otro asunto que deseen o dar los detalles que les parezcan oportunos acerca de la vida de Conan o de la historia y geografía hibóreas. Gracias de nuevo por su interés y mis mejores deseos para usted y el doctor Clark.

Atentamente



P.S.: No menciona usted si quiere que le devuelva el mapa y la cronología, así que me tomo la libertad de quedarme con ellos para enseñárselos a algunos amigos. Si quieren que se los devuelva, por favor, háganmelo saber.

# POSIBLE BIOGRAFÍA DE CONAN

**Rodolfo Martínez**

*A partir del trabajo de P. Schuyler Miller y John D. Clark, y de las indicaciones de Robert E. Howard*

**Procede de un clan del noroeste de Cimeria. Su padre es herrero. Nace en el campo de batalla, durante una lucha contra los incursores vanires.**

**edad acontecimiento**

*15* **Recibe su bautismo de fuego en el ataque al puesto avanzado aquilonio de Venarium, en la frontera norte de Gunderland.**

*16* **(La hija del gigante de hielo) Tal vez el primer encuentro de Conan con lo sobrenatural. O tal vez no. En esa época pasa un tiempo con un grupo de aesires, ayudándolos en sus conflictos con los vanires.**

*17* **(La torre del elefante) Los hiperbóreos lo capturan, pero consigue escapar y se abre paso hacia el sur hasta la ciudad de los ladrones, en Zamora. Durante un tiempo ejerce de ladrón.**

*18* **(El dios del cuenco) Vagando hacia el oeste sin rumbo fijo, Conan se interna en el reino de Nemedia. Sigue ganándose la vida como ladrón.**

*20* **(Hatajo de rufianes) Entre Zamora y Corintia, en una ciudad-estado cuyo nombre no ha pasado a la historia, saborea por primera vez la vida del soldado de fortuna. Cansado de ganarse la vida robando, decide convertirse en mercenario.**

*22* **En Corintia entra al servicio de uno de los muchos generales del país. La profesión se le da bien, y aprende con rapidez el arte de la guerra civilizada y el manejo de las distintas armas. En algún momento de este periodo de su vida pone rumbo al este y pasa un tiempo en Turán, entre los hirkanios.**

*24-27* **(La reina de la Costa Negra) Un encontronazo en Argos con las fuerzas de la ley lo lleva a embarcarse rumbo al sur. El barco sufre el asalto de los corsarios negros, bajo el mando de Belit, quien se encapricha del bárbaro. Se convierten en pareja. Durante tres años aterrorizan las costas, y Conan se gana el apodo de Amra. Tras la muerte de Belit desembarca en la costa de Kush.**

*27* **(El valle de las mujeres perdidas) Se convierte en caudillo de guerra de los bamulas. Llega a la aldea de los bakalah. Allí rescata a una joven ofiria y la lleva hasta la frontera estigia, para luego regresar a su tribu adoptiva de los reinos negros.**

*28* **(Coloso negro) Regresa al mundo hibóreo, se emplea como mercenario y llega a capitán de una compañía, bajo el mando de Amalrus de Nemedia, que posteriormente se ve envuelta en una guerra civil en Khoraja. Conan**

**acaba al mando de las tropas del bando de Yasmela y gana la guerra; pero, llevado por el orgullo, se niega a ser rey consorte de la joven.**

**(Sombras a la luz de la luna) Continua ganándose la vida con su espada. Tras enrolarse al servicio de un príncipe rebelde de Koth, se encuentra de pronto sin trabajo cuando su patrón hace las paces con el rey. Los mercenarios se convierten en forajidos y saquean las fronteras de Koth, Zamora y Turán con el nombre de Compañías Libres. Poco después son desbandados por las tropas del rey Yildiz de Turán y, en la huida, Conan acaba convertido en pirata de Vilayet. El rey Yildiz muere y Yezdigerd, su sucesor, embarca a Turán en una campaña de expansión y conquistas.**

*29* **(Nacerá una bruja) Poco después lo encontramos en el reino fronterizo de Khauran, como capitán de la guardia de la reina Taramis. Salomé, la hermana gemela de Taramis, se apodera del trono y destroza las tropas de Conan, a quien salva in extremis uno de sus antiguos camaradas kozakis, ahora caudillo de los zuagires. Se hace con el liderazgo y reconquista Khauran para su legítima reina. En lugar de volver a su antiguo puesto, decide seguir como líder de los zuagires.**

**(Sombras sobre Zamboula) Ha dejador los zuagires y se encuentra muy al sur, cerca de la frontera nororiental de Estigia. Sigue camino hacia el norte, rumbo a Ofir.**

**(Xuthal del crepúsculo) El príncipe Almuric de Koth se rebela de nuevo contra el denostado rey Strabonus. Mercenarios de todas partes acuden a unírsele, entre ellos muchos kozakis, con Conan a la cabeza. De nuevo está al servicio de Amalrus de Nemedia, su antiguo comandante. La causa rebelde fracasa, y Amalrus y su ejército se ven empujados hacia el sur, donde las tropas estigias y negras los barren al borde del desierto meridional. Conan se interna en el desierto, encuentra la ciudad perdida de Xuthal, llega a las praderas de los reinos negros y, tras abrirse camino hacia la costa, vuelve a la civilización con un grupo de piratas barachanos.**

*30* **(El diablo de hierro) Pero un tiempo después no lo encontramos en el reino hibóreo, sino en Turán, donde se ha unido a los kozakis y hostiga duramente a Yezdigerd. El rey de Turán intenta en vano atraparlo y Conan acaba convirtiendo a los kozakis en un grupo realmente poderoso y nutrido.**

*31* **(El pueblo del círculo negro) Separado de sus kozakis, Conan llega a Vendhya, donde acaba convirtiéndose en jefe de guerra de los montañeses afghulis y pone en jaque no solo a las tropas de Yezdigerd, sino a las de la Devi de Vendhya.**

*32* **(El extranjero negro) Algún tiempo después lo encontramos en el norte, en tierras pictas y los pictos le pisan los talones. Se refugia en una cueva que es tabú para los salvajes y posteriormente se ve envuelto en una intriga alrededor del Tesoro de Tranicos, el legendario pirata, que incluye a un noble zingario y a dos piratas de las Baracha.**

**(El estanque del negro) Pasa un tiempo como pirata de las islas Baracha, hasta que se ve obligado a huir y lo recoge una nave bucanera zingaria bajo el**

**mando del capitán Zaporavo, al que no tarda en arrebatar el puesto. Ejerce un tiempo de bucanero, hasta que la armada zingaria hunde su barco frente a las costas de Shem y Conan escapa al interior.**

*36* **(Clavos rojos / Las joyas de Gwahlur) Conan se une a las Compañías Libres y va con ellas en dirección a Estigia. Pasa un tiempo en el puesto de Sukhmet, pero no tarda en cansarse de la inactividad, y cuando Valeria, una pirata que se ha unido a la Hermandad, deja el campamento hacia el sur, Conan decide seguirla. Juntos llegan a los reinos negros del sur de Estigia.**

**Valeria y Conan se separan. Este sigue deambulando por el sur y llega al reino de Punt. De allí se dirige a Zembabwei y, pasando por varias caravanas, vuelve al norte, primero a Turán y por último a los países hibóreos.**

*37* **(Más allá del río Negro) En la frontera norte de Aquilonia se enrola en el ejército de ese país para combatir a los pictos, sus enemigos ancestrales.**

**El rey Namedides de Aquilonia, de carácter débil y voluble, lo encierra en la Torre de Hierro, pero Conan consigue escapar y huye a las Marcas Bosonias. Cruza el río Trueno y atraviesa las tierras de los pictos en dirección al mar. Los pictos lo persiguen hasta la bahía de Korvela. Conan y sus aliados zarpan hacia Messantia.**

**Cuando se produce una revuelta de los barones a causa de las arbitrariedades del rey, Conan ve llegado su momento: mata a Namedides en su propio trono y se convierte en rey de Aquilonia.**

*41* **(El fénix en la espada) Como rey tiene que hacer frente a varias conspiraciones para derrocarlo. La primera la planean Amalrus de Ofir y Strabonus de Koth.**

*42* **(La ciudadela escarlata) Aquilonia entra en guerra con Koth y Ofir. Es la primera guerra de Conan como rey.**

*44* **(La hora del dragón) Un grupo de conspiradores hace regresar de la muerte a Xaltotun, el hechicero de Aqueronte, con la intención, entre otras, de arrebatar el trono a Conan.**

*45* **Se casa con Zenobia.**

*62* **Tras un reinado de más de veinte años, a lo largo del cual Aquilonia ha prosperado y se ha convertido en la nación hegemónica de Occidente, Conan abdica en su hijo y abandona Tarantia, sin que se vuelva a saber de él.**

# LAS EDICIONES DE CONAN

**A) GNOME PRESS (1950-1957)**

- *The Coming of Conan*. **Robert E. Howard. (1953)**
- *Conan the Barbarian*. **Robert E. Howard. (1954)**
- *The Sword of Conan*. **Robert E. Howard. (1952)**
- *King Conan*. **Robert E. Howard. (1953)**
- *Conan the Conqueror* (*The Hour of the Dragon*). **Robert E. Howard. (1950)**
- *Tales of Conan*. **Robert E. Howard. (1955)**
- *The Return of Conan*. **L. Sprague de Camp y Björn Nyberg (1957)**

**Primera edición en tapa dura de las historias originales de Howard. Allí se publicó todo el material que se conocía en aquel momento, incluyendo algunas historias inéditas. Todos los volúmenes contienen relatos de Howard protagonizados por Conan, excepto los dos últimos:**

*Tales of Conan* **es una compilación de historias de otros personajes de Howard reescritas por L. Sprague de Camp para que sean relatos de Conan.**

*The Return of Conan* **es un un pastiche de Conan escrito por Björn Nyberg que L. Sprague de Camp revisa para su publicación.**

**B) LANCER/ACE BOOKS (1966-1977)**

- *Conan.* **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp, y Lin Carter (1967)**
- *Conan of Cimmeria.* **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp, y Lin Carter (1969)**
- *Conan the Freebooter.* **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp (1968)**
- *Conan the Wanderer*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp (1968)**
- *Conan the Adventurer.* **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp (1966)**
- *Conan the Buccaneer.* **L. Sprague de Camp y Lin Carter (1971)**
- *Conan the Warrior.* **Robert E. Howard (1967)**
- *Conan the Usurper.* **Robert E. Howard and L. Sprague de Camp (1967)**
- *Conan the Conqueror* (*The Hour of the Dragon*). **Robert E. Howard (1967)**
- *Conan the Avenge*r (*The Return of Conan*). **Björn Nyberg y L. Sprague de Camp (1968)**
- *Conan of Aquilonia.* **L. Sprague de Camp y Lin Carter (1977)**
- *Conan of the Isles.* **L. Sprague de Camp y Lin Carter (1968)**

**La primera edición en rústica que aspiró a ser definitiva, con los relatos ordenados de acuerdo a la cronología interna de la serie y entradillas añadidas a cada uno**

**para rellenar los huecos entre historia e historia. Incluía el material original de Howard (muy revisado en algunos casos por Sprague de Camp), relatos de Howard de otros personajes adaptados para convertirlos en historias de Conan y encajados en diversos puntos de su biografía y nuevos relatos escritos ex profeso por Sprague de Camp y Lin Carter (en ocasiones partiendo de sinopsis y de fragmentos inacabados de Howard) que completaban diversas etapas en la vida del cimerio.**

**Esta edición tiene varias versiones españolas.**

**En primer lugar, Bruguera publicó en 1973 once volúmenes que se correspondían con los doce originales, excepción hecha de** *Conan of Aquilonia***. El motivo de esa omisión es sencilla: ese volumen no aparecería en inglés hasta 1977. Esta edición reproducía las portadas de Frazetta de la edición original.**

**Ediciones Fórum publicaría en 1983 la versión española de los doce volúmenes originales. Por desgracia sin las portadas de Frazetta, sustituyéndolas por diversas viñetas coloreadas de los comics de Marvel.**

**Martínez Roca, entre 1995 y 1998, reeditaría de nuevo estos libros y añadiría varios más (hasta un total de veintiuno) con historias escritas por otros autores. Las portadas eran, en buena medida, ilustraciones de agencia, que poco tenían que ver con el interior de los libros más allá de su aspecto «bárbaro».**

**C) BERKLEY (1977)**

- *The Hour of the Dragon*. **Robert E. Howard. (Agosto 1977)**
- *The People of the Black Circle*. **Robert E. Howard. (Setiembre 1977)**
- *Red Nails*. **Robert E. Howard. (Octubre 1977)**

**Esta edición incluía por primera vez solo las historias originales de Howard y en su forma previa a las revisiones de De Camp. Carece de versión española.**

**D) WANDERING STAR/DEL REY (2003-2005)**

- *Conan of Cimmeria: Volume One (1932-1933).* **Robert E. Howard. (2003)**
- *Conan of Cimmeria: Volume Two (1934).* **Robert E. Howard. (2004)**
- *Conan of Cimmeria: Volume Three (1935-1936).* **Robert E. Howard. (2005)**

**Publicada en tres volúmenes en tapa dura, recoge todo el material original de Howard sobre Conan (incluidas sinopsis y fragmentos inacabados) y lo hace en su redacción original, antes de que pasase por las manos de De Camp. Está ordenada de acuerdo al momento en que fue escrito cada relato, no a la cronología interna de la saga.**

**La edición se completa con ilustraciones de Mark Schultz, Gary Gianni y Greg Manches e incluye abundantes notas, diversos textos relacionados, esquemas y mapas de Howard.**

**Sería publicada en castellano por Timun Mas entre 2004 y 2005, respetando el formato de lujo original, aunque utilizando, al menos en el primer volumen, la traducción que hizo Beatriz Oberländer para la edición de Fórum, con lo cual los textos de esa edición española no partían de las versiones originales de Howard, sino las revisiones de De Camp.**

# LOS PASTICHES DE CONAN

**A) BANTAM (1978-1982)**

- ***Conan the Swordsman*** **(1978). L. Sprague de Camp, Lin Carter, y Björn Nyberg**
- ***Conan the Liberator*** **(1979). L. Sprague de Camp y Lin Carter ***
- ***Conan: The Sword of Skelos*** **(1979). Andrew J. Offutt ***
- ***Conan: The Road of Kings*** **(1979). Karl Edward Wagner ***
- ***Conan and the Spider God*** **(1980). L. Sprague de Camp ***
- ***Conan the Rebel*** **(1980). Poul Anderson ***
- ***Conan the Barbarian*** **(1982). L. Sprague de Camp y Lin Carter**

**Esta edición es continuación, en cierta manera, de la de Ace, que había publicado las historias originales de Howard con interpolaciones y modificaciones de Lin Carter y L. Sprague de Camp.**

**El último título es la adaptación de la primera película de Arnold Schwarzenegger.**

**Los libros marcados con asterisco (*) han sido publicados en español por Martínez Roca.**

**B) ACE MAROTO (1978-1981)**

- ***Conan and the Sorcerer*** **(1978). Andrew J. Offutt**
- ***The Treasure of Tranicos*** **(1980). Robert E. Howard y L. Sprague de Camp**
- ***Conan the Mercenary*** **(1981). Andrew J. Offutt**
- ***The Flame Knife*** **(1981). Robert E. Howard y L. Sprague de Camp**

**Esta edición incluía ilustraciones de Esteban Maroto. El segundo volumen es, en realidad, una revisión, ampliación y readaptación de «El extranjero negro», relato de Howard originalmente protagonizado por Conan pero que luego transformó en una historia de piratas del siglo XVII. De Camp recupera la ambientación hibórea y efectúa varios cambios en el relato, especialmente la aparición del brujo estigio Tot Amón y el arranque y el final, cambiados para encajar la historia justo antes del ascenso de Conan al trono de Aquilonia.**

**C) TOR (1982-2004)**

- *Conan the Invincible* (1982). Robert Jordan *
- *Conan the Defender* (1982). Robert Jordan *
- *Conan the Unconquered* (1983). Robert Jordan *
- *Conan the Triumphant* (1983). Robert Jordan *
- *Conan the Magnificent* (1984). Robert Jordan
- *Conan the Destroyer* (1984). Robert Jordan. Adaptación de la segunda película de Arnold Schwarzenegger *
- *Conan the Victorious* (1984). Robert Jordan *
- *Conan the Valorous* (1985). John M. Roberts
- *Conan the Fearless* (1986). Steve Perry
- *Conan the Renegade* (1986). Leonard Carpenter
- *Conan the Raider* (1986). Leonard Carpenter
- *Conan the Champion* (1987). John M. Roberts
- *Conan the Defiant* (1987). Steve Perry
- *Conan the Marauder* (1988). John M. Roberts
- *Conan the Warlord* (1988). Leonard Carpenter
- *Conan the Valiant* (1988). Roland Green
- *Conan the Hero* (1989). Leonard Carpenter
- *Conan the Bold* (1989). John M. Roberts
- *Conan the Great* (1989). Leonard Carpenter
- *Conan the Indomitable* (1989). Steve Perry
- *Conan the Free Lance* (1990). Steve Perry
- *Conan the Formidable* (1990). Steve Perry
- *Conan the Guardian* (1991). Roland Green
- *Conan the Outcast* (1991). Leonard Carpenter
- *Conan the Rogue* (1991). John M. Roberts
- Conan the Relentless (1992). Roland Green
- *Conan the Savage* (1992). Leonard Carpenter
- *Conan of the Red Brotherhood* (1993). Leonard Carpenter
- *Conan and the Gods of the Mountain* (1993). Roland Green
- *Conan and the Treasure of Python* (1993). John M. Roberts
- *Conan the Hunter* (1994). Sean A. Moore
- *Conan, Scourge of the Bloody Coast* (1994). Leonard Carpenter
- *Conan and the Manhunters* (1994). John M. Roberts
- *Conan at the Demon's Gate* ( 1994). Roland Green
- *Conan the Gladiator* (1995). Leonard Carpenter
- *Conan and the Amazon* (1995). John M. Roberts
- *Conan and the Mists of Doom* (1995). Roland Green
- *Conan and the Emerald Lotus* (1995). John C. Hocking
- *Conan and the Shaman's Curse* (1996). Sean A. Moore
- *Conan, Lord of the Black River* (1996). Leonard Carpenter
- *Conan and the Grim Grey God* (1996). Sean A. Moore
- *Conan and the Death Lord of Thanza* (1997). Roland Green
- *Conan of Venarium* (2003). Harry Turtledove

Sin duda la más larga y longeva serie de pastiches conanescos, reimprimió también algunas de las novelas aparecidas en otras editoriales, especialmente en Bantam.

**Los libros marcados con asterisco (*) han sido publicados en español por Martínez Roca.**

**D) AGE OF CONAN (2005-2006)**

**1. Age of Conan: Legends of Kern**

- ***Blood of Wolves* (2005). Loren L. Coleman**
- ***Cimmerian Rage* (2005). Loren L. Coleman**
- ***Songs of Victory* (2005). Loren L. Coleman**

**2. Age of Conan: A Soldier's Quest**

- ***The God in the Moon* (2006). Richard A. Knaak**
- ***The Eye of Charon* (2006). Richard A. Knaak**
- ***The Silent Enemy* (2006). Richard A. Knaak**

**3. Age of Conan: Marauders**

- ***Ghost of the Wall* (2006). Jeff Mariotte**
- ***Winds of the Wild* (2006). Jeff Mariotte**
- ***Dawn of the Ice Bear* (2006). Jeff Mariotte**

**Se trata de tres trilogías ambientadas en la Era Hibórea, pero en las que Conan no aparece como personaje.**

# CONAN EN OTROS MEDIOS

**A) CINE**

- ***Conan the Barbarian*** **(Conan el bárbaro). Dirigida por John Milius. Guion de John Milius y Oliver Stone. Producida por Rafaella de Laurentiis. Música de Basil Poledouris. Reparto: Arnold Schwarzenegger, James Earl Jones, Sandahl Bergman, Max von Sidow, Gerry López, Mako. Universal Pictures, 1982.**
- ***Conan the Destroyer*** **(Conan el destructor). Dirigida por Richard Fleisher. Guion de Stanley Mann a partir de un argumento de Roy Thomas y Gerry Conway. Producida por Rafaella de Laurentiis. Música de Basil Poledouris. Reparto: Arnold Schwarzenegger, Grace Jones, Wilt Chamberlain, Mako, Tracey Walter, Sarah Douglas, Olivia d'Abo. Dino de Laurentiis Company, 1984.**
- ***Conan the Barbarian*** **(Conan el bárbaro). Dirigida por Marcus Nispel. Guion de Thomas Dean Connelly, Joshua Oppenheimer y Sean Wood. Producida por John Baldecchi. Música de Tyler Bates. Reparto: Jason Momoa, Stephen Lang, Rachel Nichols, Ron Perlman, Rose McGowan. Dark Horse Entertainment & Paradox Entertainment, 2011.**

**B) TELEVISIÓN**

- ***Conan the Adventurer*** **(1992-1994). Serie de animación producida por Jetlag Productions y Sunbow Productions. 64 episodios.**
- ***Conan and the Young Warriors*** **(1994). Serie de animación producida por DIC Entertaiment. 13 episodios.**
- ***Conan: the Adventurer*** **(1997-1998). Serie de imagen real producida por Max A. Keller y Micheline Keller. 22 episodios.**

**C) CÓMIC**

**1. Corporación Editorial Mexicana**

**Es curioso que la primera adaptación al cómic de Conan de que se tiene notica sea en castellano. Se trata de un cómico mejicano de los años cincuenta y es una adaptación realizada sin permiso de los herederos de Howard.**

**Es sumamente larga: comienza adaptando el relato homónimo de Howard y**

**luego prolonga las aventuras de Conan (que aquí es rubio) y Bêlit prácticamente hasta el cierre de la revista.**

- ***La Reina de la Costa Negra*. En Cuentos de Abuelito, 8-61. 1952. Los números 8-12 adaptan el relato de Howard y el resto es material original.**

**2. Marvel**

**Marvel Comics tuvo los derechos de adaptación de Conan al cómic entre 1970 y 2003. En ese momento pasaron a Dark Horse, quien los mantuvo hasta finales de 2018, momento en que volvieron a Marvel, que es quien los posee en la actualidad.**

**¿Qué significa exactamente «derechos de adaptación de Conan al cómic»? Ni más ni menos que existe una empresa llamada The Cabinet Group (originalmente Conan Properties Inc. y luego Paradox Enterteinment), que ha convertido a Conan y otros personajes de Howard en marcas registradas y que licencia el uso de tales marcas para que alguien pueda usarlas en cómics y otros medios audiovisuales como cine y televisión.**

**¿Significa eso que nadie más puede hacer cómics de Conan? Glénat al parecer opina que no, ya que está publicando desde 2018 adaptaciones al cómic de los relatos originales de Robert E. Howard. Su argumento no puede ser más sencillo: la obra de Howard es de dominio público, por lo tanto cualquiera puede crear una obra derivada, como sería una adaptación al cómic, a partir de ella.**

**Pero, ¿se pueden crear cómics con nuevas aventuras de Conan que no sean adaptaciones de Howard sin la licencia de The Cabinet Group? La ley internacional de derechos de autor es muy clara al respecto: si una obra es de dominio público es legítimo crear obras derivadas a partir de ellas, lo que implica no solo adaptaciones a otros medios, sino pastiches y obras basadas o inspiradas en la original.**

**¿Dónde deja eso a The Cabinet Group? En propietarios de una marca registrada que han convencido a otros de que también poseen el personaje. Una marca, por cierto, que ni siquiera está registrada en nuestro país.**

**Una sencilla consulta en la web de la Oficina Española de Patentes y Marcas (http://www.oepm.es/) del término «Conan» os revela que en nuestro país hay siete marcas registradas que lo incluyen, como pueden ser Remolques Conan, Conan GPS o Conan Mobile. Ni rastro de un registro realizado por The Cabinet Group, curiosamente.**

**En cualquier caso, tanto durante la primera etapa de Marvel como durante la de Dark Horse fue Planeta (primero a través de su filial Comics Forum y luego directamente) la que publicó los comics de Conan en España. Con la vuelta de Conan a Marvel, es Panini quien recoge el testigo en nuestro país.**

***2.1. Series regulares***

- ***Conan the Barbarian* (1970-1993). 275 números. Serie mensual a**

**color. Diversos guionistas y dibujantes. Roy Thomas fue su guionista principal durante más de cien números. Y sin duda Barry Smith y John Buscema fueron los dibujantes principales en esa etapa. Aunque no hay que olvidar las aportaciones de Gil Kane o Neal Adams, entre otros. Fue editada en España por Fórum como *Conan el bárbaro* en dos ocasiones. La primera edición tuvo 213 números. La segunda llegó solo hasta el número 100.**

- ***Savage Tales* (1971-1975). 11 números. Revista a blanco y negro de contenido más adulto. Conan apareció solo en los cinco primeros números. Guiones de Roy Thomas. Dibujos de Barry Smith y John Buscema.**
- ***Giant Size Conan* (1974-1975). Cinco números.**
- ***Savage Sword of Conan* (1974-1995). 235 números. Título heredero del anterior, como él se trataba de una revista a blanco y negro y con contenido más adulto que el cómic mensual a color. Diversos guionistas y dibujantes aunque, de nuevo, Roy Thomas y John Buscema destacan entre el numeroso elenco de autores y artistas. Fue editada en España por Planeta como *La espada salvaje de Conan*. La primera edición constó de 170 números, la segunda de 151, la tercera de 85. A eso hay que añadir los volúmenes de *Súper Conan*, 15 tomos en tapa dura que recopilan varios números de *La Espada Salvaje de Conan*. Tuvo dos ediciones.**
- **La tira de prensa de Conan (1978-1981). Iniciada por Roy Thomas como guionista y John Buscema como dibujante. Fue editada en España en 12 cuadernillos de formato apaisado.**
- ***King Conan / Conan the King* (1980-1989). 55 números. Serie mensual a color. Diversos guionistas y dibujantes. Fue editada en España por Planeta como *Conan rey* en 70 números a color. Se reeditó luego como *El reino salvaje de Conan*, en blanco y negro.**
- ***Conan the Adventurer* (1994-1995). 14 números. Serie mensual a color. Guion de Roy Thomas y dibujo de Rafael Kayanan. Fue editado en España por Planeta como *Conan el aventurero* en 14 números a color. Posteriormente fue recopilado en un solo tomo a blanco y negro.**
- ***Conan* (1995-1996). Once números a color.**
- ***Conan the Savage* (1995-1996). 10 números. Revista a blanco y negro de contenido más adulto, en la línea de *Savage Sword of Conan*. Fue editado en España como Volumen 2 de *La Espada Salvaje de Conan*.**

### *2.2. Series limitadas*

- ***Stalker of the Woods* (1997), 3 números. Guion de Roland Green, dibujos de Claudio Castellini.**
- ***The Usurper* (1997–1998), 3 números. Guion de Chuck Dixon, dibujo de Steve Lieber.**
- ***Lord of the Spiders* (1998), 3 números. Guion de Roy Thomas. Dibujos de Stefano Raffaele**

- ***River of Blood*** **(1998), 3 números. Guion de Roland Green, dibujos de Tom Isherwood.**
- ***Return of Styrm*** **(1998), 3 números.**
- ***Scarlet Sword*** **(1998–1999), 3 números. Guion de Roy Thomas, dibujo de Stefano Raffaele.**
- ***Death Covered in Gold*** **(1999), 3 números. Guion de Roy Thomas, dibujo de John Buscema.**
- ***Flame and the Fiend*** **(2000), 3 números. Guion de Roy Thomas, dibujo de Geof Isherwood.**

### *2.3. Números unitarios*

- ***The Witch Queen of Acheron*** **(1985). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Don Kraar. lápices de Gary Kwapisz, tinta de Art Nichols.**
- ***Conan the Reaver*** **(1987). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Don Kraar, dibujo de John Severin.**
- ***Conan of the Isles*** **(1988). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Roy Thomas, dibujo de John Buscema.**
- ***The Skull of Set*** **(1989). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Doug Moench, dibujo de Paul Gulacy.**
- ***The Horn of Azoth*** **(1990). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Roy Thomas y Gerry Conway, dibujo de Mike Docherty.**
- ***Conan the Rogue*** **(1991). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Roy Thomas, dibujo de John Buscema.**
- ***The Ravagers Out of Time*** **(1992). Historia unitaria en formato de novela gráfica. Guion de Roy Thomas, dibujo de Michael Docherty.**

### *2.4. Apariciones de Conan en el mundo conteomporáneo*

- ***What if?*****. Números 13, 39 y 43 del volume I y número 16 del volumen 2.**
- ***Avengers forever*** **número 12.**
- ***Excalibur*** **número 47.**
- ***Fantastic Four*** **número 405**
- ***Green Goblin*** **número 10.**
- ***Earth X*** **número 0.**
- ***Paradis X: Heralds.*** **Número 1.**

### *2.5. Cómics de Marvel que se desarrollan en la Era Hibórea*

- ***Dr. Strange*** **volumen 3, números 11 26.**
- ***Thor Corps*** **número 3.**

- ***Marvel Feature Presents*** **número 1.**

### *2.6. Miscelanea*

- ***Conan the Barbarian*****, adaptación de la película.**
- ***Conan the Destroyer*****, adaptación de la película.**
- ***Marvel Age*** **números 1, 2, 8 y 13.**
- ***What The*** **números 5 y 23.**
- ***Conan vs Rune.***

### *2.7. En la actualidad*

- ***Conan the Barbarian*** **(2019-). Serie regular mensual.**
- ***The Savage Sword of Conan*** **(2019-). Serie mensual a blanco y negro.**
- ***Savage Avengers*****. (2019). Serie de Marvel en la que Lobezno, el Castigador, Elektra, Conan, Doctor Vudú y Veneno forman una especie de grupo superheróico.**

## 3. Dark Horse

### *3.1. Reedición del material de Marvel*

- ***The Chronicles of Conan*****. 34 números a color, que recogen la serie *Conan the Barbarian* de Marvel.**
- ***The Savage Sword of Conan*****. 22 números a blanco y negro recogen la serie Marvel del mismo título.**
- ***The Chronicles of King Conan*****. 11 números color, que recogen la serie *King Conan* de Marvel.**

### *3.2. Series regulares*

- ***Conan*** **(2003-2008). 50 números. Serie mensual a color. Diversos guionistas y dibujantes.**
- ***Conan the Cimmerian*** **(2008-2010). 25 números. Serie mensual a color. Diversos guionistas y dibujantes.**
- ***Conan: Road of Kings*** **(2010-2012). 12 Números. Serie mensual a color. Guion de Roy Thomas, dibujante principal Mike Hawthorne.**
- ***Conan the Barbarian*** **(2012-2014). 25 números. Serie mensual a color. Guion de Brian Wood. Diversos dibujantes.**
- ***Conan the Avenger*** **(2014-2016). 25 números. Serie mensual a color. Diversos guionistas y dibujantes.**
- ***Conan the Slayer*** **(2016-2017). 12 números. Serie mensual a color.**

**Diversos guionistas y dibujantes.**

- ***King Conan*** **(2011-2016). 24 números. Serie mensual a color. Diversos guionistas y dibujantes.**

### *3.3. Miniseries*

- ***Conan and the Daughters of*** **Midora (2004). 1 número. Jimmy Palmiotti.**
- ***Conan and the Jewels of Gwahlur*** **(2005). 3 números. Guion y dibujo de P. Craig Russell.**
- ***Conan and the Demons of Khitai*** **(2005). 4 números. Guion de Akira Yoshida, dibujo de Paul Lee.**
- ***Conan: Book of Thoth*** **(2006). 4 números. Guion de Kurt Busiek y Len Wein, dibujo de Kelley Jones.**
- **«Conan the Spear». Historia incluido en el especial *Star Wars / Conan* (2006).**
- ***Conan and the Songs of the Dead*** **(2006). 5 números. Guion de Joe R. Lansdale, dibujo de Timothy Truman.**
- **«Age of Conan: Hyborian Adventures». En el *Conan Funcom Special* (2006).**
- ***Conan and the Midnight God*** **(2007). 5 números. Guion de Joshua Dysart, dibujo de Will Conrad.**
- **«Conan: Trophy» en *MySpace Dark Horse Presents* número 11**
- ***Conan: Island of No Return*** **(2011). 2 números. Guion de Ron Marz, dibujo de Bart Sears.**
- ***Conan: The Phantoms of the Black Coast*** **(2012). 5 números. Guion de Victor Gischler, dibujo de Attila Futak.**
- ***Conan and the People of the Black Circle*** **(2013). 4 números. Guion de Fred Van Lente, dibujo de Ariel Olivetti.**

### *3.4. Números unitarios*

- ***Conan and the Daughters of Midor*** **(2004). Guion de Jimmy Palmiotti, dibujo de Mark Texeira.**
- ***Age of Conan: Hyborian Adventures*** **(2006). Guion de Johshua Dysart y Timothy Truman, dibujo de Tone Rodríguez y Cary Nord.**
- ***Conan: The Weight of the Crown*** **(2010). Guion y dibujo de Darick Robertson.**
- ***Conan: Kiss of the Undead*** **(2010). Guion de Ron Marz, dibujo de Bart Sears.**

## 4. Glénat

**La editorial francesa está adaptando los relatos originales de Howard en álbumes unitarios, cada uno de ellos creado por un equipo distinto.**

**Esta edición tiene la particularidad de que de todos los títulos se han editado dos versiones: una a blanco y negro y otra a color.**

- ***Conan le Cimmérien. Le Colosse Noir*. (2018). Vincent Brugeas, Ronan Toulhoat.**
- ***Conan le Cimmérien. La Reine de la Côte Noire*. (2018). Jean-David Morvan, Pierre Alary.**
- ***Conan le Cimmérien. Au-delà de la Rivière Noire*. (2018). Mathieu Gabella, Anthony Jean.**
- ***Conan le Cimmérien. La Fille du Géant du Gel.* (2019).**
- ***Conan le Cimmérien. La Citadelle Écarlate.* (2019). Luc Brunschwig, Etienne Le Roux**
- ***Conan le Cimmérien. Chimères de fer dans la clarté lunaire.* (2019). Virginie Augustin**
- ***Conan le Cimmérien. Les Clous rouges.* (2019). Régis Hautière, Olivier Vatine, Didier Cassegrain**
- ***Conan le Cimmérien. Le Peuple du cercle noir.* (2019). Sylvain Runberg. Park Jae Kwang**
- ***Conan le Cimmérien. Les Mangeurs d'hommes de Zamboula.* (2020). Gess**
- ***Conan le Cimmérien. La Maison aux trois bandits.* (2020). Patrice Louinet, Paolo Martinello**
- ***Conan le Cimmérien. Le dieu dans le sarcophage.* (2021). Doug Headline, Emmanuel Civiello**
- ***Conan le Cimmérien. Xuthal la Crépusculaire* . (2022). Christophe Bec, Stevan Subic**

**D) VIDEOJUEGOS**

- ***Conan: Hall of Volta*. 1984, Datasoft. Para Apple II, Atari 800, y Commodore 64.**
- ***Conan: The Mysteries of Time*. 1991, Mindscape. Para NES.**
- ***Conan: The Cimmerian*. 1991, Virgin Games y Synergistic. Para Amiga y DOS.**
- ***Conan*. 2004, TDK Mediactive. Juego de acción en tercera persona para Windows y consolas.**
- ***Conan*. 2007. THQ y Nihilistic: Juego de acción en tercera persona para PlayStation 3 y Xbox 360.**
- ***Age of Conan*. 2008. Funcom. Juego de rol online multijugador.**
- ***Conan: The Tower of the Elephant*. 2011. Juego de rol para iOS.**

**E) JUEGOS DE CARTAS**

- ***Conan Collectible Card Game*. 2006. Comic Images. Diseñado por Jason Robinette.**

**F) JUEGOS DE TABLERO**

- ***Age of Conan*. 2009. Fantasy Flight Games. Juego de estrategia que utiliza el escenario de la Era Hibórea.**
- ***Conan*. 2015. Monolith Board Games LLC. Juego de tablero con miniaturas basado en los relatos de Howard.**

**G) JUEGOS DE ROL**

- ***Conan Unchained!* 1984. TSR. Módulo para AD&D.**
- ***Conan Against Darkness!* 1984. TSR. Módulo para AD&D.**
- ***The Conan Role-Playing Game*. 1985. TSR, con tres escenarios oficiales: *Conan el Bucanero, Conan el Mercenario, Conan Triunfante*.**
- ***Conan: Beyond Thunder River*. 1988. GURPS.**
- ***Conan*. 1989. GURPS. Libro de reglas.**
- ***Conan and the Queen of the Black Coast*. 1989. GURPS.**
- ***Conan: Moon of Blood*. 1989. GURPS.**
- ***Conan the Wyrmslayer*. 1989. GURPS.**
- ***Conan: The Roleplaying Game*. 2004. Mongoose Publishing.**

# CONAN EN ESPAÑA
# (LOS LIBROS)

**A) BRUGUERA (1973)**

- *Conan*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan de Cimeria*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el pirata*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el Usurpador*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el Conquistador*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el vengador*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el vagabundo*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el aventurero*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el bucanero*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el guerrero*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan de las islas*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**

**La acreditación de Bruguera a cada título dejaba bastante que desear. Por ejemplo.** *Conan el Conquistador* **(que es** *La hora del dragón***), es íntegramente de Robert E. Howard.** *Conan de las Islas* **y** *Conan el Bucanero* **son novelas de Sprague de Camp y Lin Carter, sin intervención alguna de Howard.**

**B) FÓRUM (1983)**

- *Conan, origen de una leyenda*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el cimmerio*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el pirata*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el vagabundo*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el aventurero*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el bucanero*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el guerrero*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el usurpador*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el conquistador*. **Robert E. Howard**
- *Conan el vengador*. **L. Sprague de Camp y Björn Nyberg.**
- *Conan de Aquilonia*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan de las islas*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**

**C) MARTÍNEZ ROCA (1995-1998)**

- *Conan*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el cimmerio*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el pirata*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el vagabundo*. **Robert E. Howard, L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el aventurero*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el bucanero*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el invencible*. **Robert Jordan.**
- *Conan el defensor*. **Robert Jordan.**
- *Conan el guerrero*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el invicto*. **Robert Jordan.**
- *Conan el usurpador*. **Robert E. Howard y L. Sprague de Camp.**
- *Conan el conquistador*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el vengador*. **L. Sprague de Camp y Björn Nyberg.**
- *Conan y el camino de los reyes*. **Karl Edward Wagner.**
- *Conan de Aquilonia*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan la espada de Skelos*. **Andrew Offutt.**
- *Conan de las islas*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el libertador*. **L. Sprague de Camp y Lin Carter.**
- *Conan el rebelde*. **Poul Anderson.**
- *Conan y el dios araña*. **L. Sprague de Camp.**
- *Conan el triunfador*. **Robert Jordan.**
- *Conan el destructor*. **Robert Jordan.**
- *Conan el intrépido*. **Robert Jordan.**
- *Conan el victorioso*. **Robert Jordan.**

**D) LA FACTORÍA DE IDEAS (2000-2003)**

- *Conan. El tesoro de Tranicos*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el renegado*. **Leonard Carpenter.**
- *Conan el profanador*. **Leonard Carpenter.**
- *Conan el campeón*. **John Maddox Roberts.**
- *Conan y la hermandad roja*. **Leonard Carpenter.**
- *El azote de la costa sangrienta*. **Leonard Carpenter.**

**E) TIMUN MAS (2004-2008)**

**1. Edición de lujo (2004-2006)**

- *Conan de Cimmeria (1932-33)*. **Robert E. Howard.**
- *Conan de Cimmeria (1934)*. **Robert E. Howard.**
- *Conan de Cimmeria (1935-1936)*. **Robert E. Howard.**

**2. Edición en rústica (2005-2008)**

- *Conan el cimmerio 1*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el cimmerio 2*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el cimmerio 3*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el cimmerio 4*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el cimmerio 5*. **Robert E. Howard.**
- *Conan el cimmerio 6*. **Robert E. Howard.**
- *Conan y el dios Araña*. **L. Sprague de Camp.**
- *Conan y el camino de los reyes*. **Karl Edward Wagner.**

**F) SPORTULA (2018-2022)**

- *Nacerá una bruja* **(Las crónicas nemedias, 1). Robert E. Howard.**
- *El diablo de hierro* **(Las crónicas nemedias, 2). Robert E. Howard.**
- *El fénix y la espada* **(Las crónicas nemedias, 3). Robert E. Howard.**
- *La hora del dragón* **(Las crónicas nemedias, 4). Robert E. Howard.**

# CONAN EN ESPAÑA
# (LOS COMICS)

## A) VÉRTICE (1972-1980)

- *Conan el Bárbaro*. **(1972-1974). Serie regular en blanco y negro. 18 números. Su formato era aproximadamente la mitad del original de Marvel. Cada número incluía dos números del original americano y las viñetas estaban casi siempre remontadas. No incluía las portadas originales, sino ilustraciones de López Espi.**
- *Conan el Bárbaro*. **Volumen 2. (1974-1981). Serie regular en blanco y negro. 43 números. Formato ligeramente más grande que el original de Marvel. Cara número incluía dos números del original americano. Respetaba las viñetas y la composición de la página, pero no incluía las cubiertas originales sino las realizadas por López Espi.**
- *Relatos salvajes*. **(1975-1980). Serie regular en blanco y negro. 84 números. Incluía material de** *Savage Tales* **y** *Savage Sword of Conan*. **Respetaba el formato del original americano, incluidas las portadas.**
- *Antología del cómic*. **(1976). 18 números, 5 dedicados a Conan. Tomos en cartoné en blanco y negro. Recopilatorio de historias ya aparecidas en** *Relatos salvajes* **o en** *Conan el bárbaro* **(volumen 2).**
- *Conan el bárbaro anual 1980*. **Edición en formato grande y a color de los anuales americanos 3 y 4.**

## B) BRUGUERA (1981)

- *Pocket de Ases* **(1981). 9 números, 4 dedicados a Conan. Formato libro a color, si bien los colores no eran los originales. Los textos a menudo se «resumían» a causa de lo pequeño del formato.**

## C) PLANETA / FÓRUM (1982-2018)

### 1. Marvel (1982-2001)

- *La espada salvaje de Conan*. **(1982) Versión española del homónimo americano. Serie regular en blanco y negro. 171 números. Tuvo dos ediciones.**
- *Súper Conan.* **(1983). Tomos en cartoné que recopilaban números de** *Savage Sword of Conan* **no publicados en la colección regular española. 16 números. Tuvo dos ediciones: la primera con el lomo verde y la segunda con el lomo lila.**
- *Conan el bárbaro* **(1983). Serie regular a color, versión española de la homónima americana. 213 números.**
- *Conan rey* **(1984). Serie regular a color, versión española de la homónima americana. 66 números.**
- **Novelas gráficas, primera época. (1984). Albums en rústica a color. 3 números dedicados a Conan.**
- *Tiras de prensa de Conan* **(1989). Recopilación de tiras de prensa previamente publicadas como complemento a** *La espada salvaje de Conan*. **Cuadernos apaisados en blanco y negro. 12 números.**
- **Novelas gráficas Conan color. (1995). Albums en rústica, sin periodicidad. 10 números.**
- *Conan* **(1994-1996). Colección en cartoné con sobrecubierta. Interior en blanco y negro. 8 números. Recopilación del Conan dibujado por Barry Smith.**
- *Conan y Belit* **(1995). Recopilación en cartoné de esta saga, extraída de la serie mensual a color, aunque en este caso publicada a blanco y negro. 3 números.**
- *Los mejores autores Conan* **(1996). Recopilaciones varias en blanco y negro en cartoné y con cada tomo dedicado a un autor. 10 números.**
- *Conan el aventurero* **(1994). Versión española de la homónima americana. Serie regular en color. 12 números.**
- *Extra Conan* **(1997). Colección que recopila los anuales de la serie mensual a color. 11 números.**
- *La espada salvaje de Conan*. **Volumen II (1996). Versión española de la serie** *Conan the Savage*. **Blanco y negro. 10 números.**
- *Conan* **(1996). Versión española de la homónima americana. Color. 11 números.**
- *Conan. Antología 15 años*. **(1997). Número único. Recopilación miscelánea. Blanco y negro.**
- *La espada salvaje de Conan*. **Volumen III. (1997). Serie en blanco y negro. Edición de los comics italianos de Conan.**
- *Conan el bárbaro*. **Segunda edición. (1998). Serie quincenal a color. Reedición de la serie original americana con textos de Roy Thomas escritos ex profeso para la versión española. 98 números que llegan hasta el 100 americano.**
- *Conan el bárbaro* **(1998). Tomos en rústica que recopilan las miniseries aparecidas a partir de 1998. 7 números.**
- *Conan el aventurero*. **(1998). Tomo que recopila completa, pero a blanco y negro, la serie del mismo nombre.**
- *Conan el pirata*. **(1999). Tomos en cartoné en blanco y negro. 4 números.**
- *El reino salvaje de Conan*. **(2001). Edición en blanco y negro que reedita**

**el contenido ya publicado en *Conan Rey*, con historias de complemento realizadas por autores españoles. 40 números.**

**2. Dark Horse (2001-2018)**

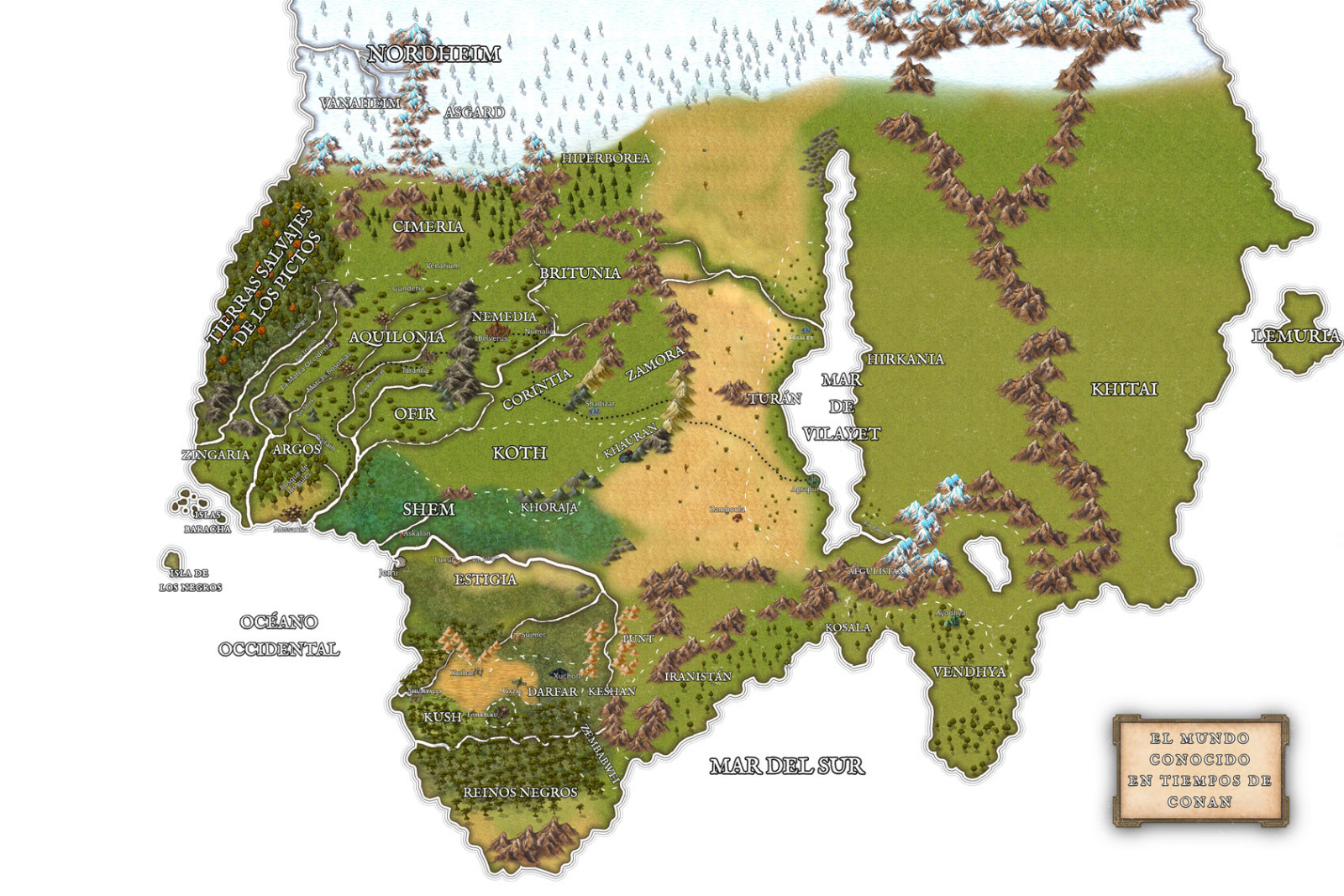
- *Las crónicas de Conan*. **(2001-2018). 34 tomos en rústica con coloreado digital. Versión española de la edición americana de Dark Horse que recopila el contenido de la serie original *Conan the Barbarian* de Marvel.**
- *Conan, la leyenda* **(2011). 12 números a color.**
- *Conan el bárbaro* **(2013). 25 números a color.**
- *Conan el bárbaro 35 aniversario*. **(2018). 1 tomo a color.**
- *Conan el bárbaro integral*. **(2018). 8 tomos a color.**
- *Conan el cimerio*. **17 números a color.**
- *Conan el asesino*. **6 números a color.**
- *Conan el vengador* **(2015). 4 números a color.**
- *Conan Rey* **(2014). 11 tomos en rústica a color.**
- *Conan Rey. La hora del dragón.* **1 tomo a color.**
- *Conan Rey.* **La ciudadela escarlata. 1 tomo a color.**
- *Conan vs Red Sonja.* **1 número a color.**
- *Conan y el dios de medianoche.* **1 número a color.**
- *Conan y el pueblo del círculo negro.* **1 número a color.**
- *Conan y los demonios de Khitai.* **1 número a color.**
- *Conan. Los fantasmas de la costa negra*. **1 número a color**
- *Groo vs Conan*. **1 número a color.**
- *La espada salvaje de Conan* **(2015-2017). 90 tomos en cartoné a blanco y negro.**
- *Clavos rojos.* **Un solo tomo a color. Edición en rústica y en tapa dura.**

**D) PANINI (2018-)**

- *Conan el bárbaro. La etapa Marvel Original* **(2018-). Colección en tapa dura que recupera el *Conan the Barbarian* de Marvel con abundante material extra y respetando el color original.**
- *La espada salvaje de Conan. La etapa Marvel original* **(2018-). Colección en tapa dura que recupera *The Savage Sword of Conan* de Marvel. Reproduce la revista completa, aunque algunas de las historias no sean de Conan**
- **Biblioteca Conan. La espada salvaje de Conan. (2020-). Colección en tapa dura que también recupera *The Savage Sword of Conan*, en tomos más pequeños y en lugar de reproducir la revista original completa se ciñe solo a las historias de Conan.**
- *Conan el bárbaro* **(2019-). Nueva serie mensual a color en grapa.**
- *La era de Conan* **(2019-). Serie mensual a color en grapa organizada en**

**miniseries de diversos personajes del entorno de Conan como Bêlit o Valeria.**

- *Salvajes Vengadores* **(2019-). Serie mensual a color en grapa que reúne a Conan con diversos personajes del universo Marvel, como Wolverine, Venom o el Punisher.**


NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HIPERBOREA
CIMERIA
TIERRAS SALVAJES DE LOS PICTOS
BRITUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
ZAMORA
CORINTIA
OFIR
ZINGARIA
ARGOS
KOTH
KHAURAN
SHEM
KHORAJA
ISLAS BARACHA
ISLA DE LOS NEGROS
ESTIGIA
OCÉANO OCCIDENTAL
PUNT
DARFAR
KESHAN
KUSH
REINOS NEGROS
IRANISTÁN
TURÁN
MAR DE VILAYET
HIRKANIA
KHITAI
LEMURIA
KOSALA
VENDHYA
MAR DEL SUR
EL MUNDO CONOCIDO EN TIEMPOS DE CONAN

# BIBLIOGRAFÍA DE ROBERT E. HOWARD

# EDICIONES y adaptaciones DE *LA HORA DEL DRAGÓN*

## ediciones

**A) EN INGLÉS**

**1935-1936:** ***Weird Tales*****. Se publica por primera vez, serializada entre los números de diciembre de 1935 y abril de 1936. El primer número le dedica la ilustración de portada, obra de Margaret Brundage.**

**1950: Gnome Press. Se le cambia el título por** ***Conan the Conqueror*** **(*Conan el conquistador*) y así seguirá hasta la edición de Berkley en 1977. La ilustración de portada, obra de John Forte, tiene un aire a medio caballo entre lo romano y lo medieval.**

**1953: Ace Books. Aparece en una colección llamada ACE Double que en cada volumen incluía dos novelas. La que acompaña a la de Howard es** ***The Sword of Rhiannon*** **(*La espada de Rhiannon*) de Leigh Brackett. La ilustración de cubierta, obra de Norman Saunders, tiene un aspecto decididamente romano.**

**1954: Boardman Books. Edición inglesa. Boardman tenía un acuerdo con Gnome Press y publicó en Inglaterra varios de sus libros. La portada no esta acreditada, pero tiene también un cierto aire romano, como las anteriores. Incluye un mapa de la Era Hibórea obra de David Kyle, que tal vez fue la misma persona que ilustró la portada, aunque no está confirmado.**

**1967: Lancer Books. Tiene un estatus de mítico entre los aficionados gracias, en buena medida, a las espectaculares portadas de Frank Frazetta, que se alejan por completo del aspecto de versiones anteriores. La forma en que Frazetta ilustra a Conan crea un nuevo paradigma visual para el cimerio en particular y el mundo de las espadas y la brujería en general. Su imagen se convierte en canónica y, con más o menos variaciones, se ha seguido con fidelidad hasta hoy.**

**1977: Berkley. Primera edición en la que se recuperan los textos de Howard sin los añadidos, cortes o modificaciones de L. Sprague de Camp. Consta de tres volúmenes y** ***The Hour of the Dragon*** **es el primero. La ilustración de cubierta, obra de Ken Kelly, tiene un indudable aire «frazetiano».**

**1989: Donald M. Grant. Utiliza la ilustración de cubierta de Frazetta de la edición de Lancer.**

**2001: Gollancz.** ***The Conan Chronicles*****, dos volúmenes que recogen todo el Conan de Howard. El segundo se titula** ***The Hour of the Dragon*** **e incluye la novela junto a otros textos. Tiene portada de John Howe, famoso sobre todo por sus ilustraciones de la obra de Tolkien.**

**2003: Wandering Star. Considerada la edición canónica de los textos de Howard. En el segundo volumen,** ***Conan of Cimmeria. Volume 2 (1934)*****, se incluye** ***The Hour of the Dragon*****. Las ilustraciones, tanto interiores como de cubierta, son obra de Gary Gianni.**

**2004: Del Rey. Versión en rústica de la edición de Wandering Star, aunque se cambian los títulos de cada volumen. En este caso, el que contiene** *The Hour of the Dragon* **es** *The Bloody Crown of Conan***.**

**2006: Gollancz. En** *The Complete Chronicles of Conan* **recopila en un solo volumen en tapa dura todas las historias del cimerio escritas por Howard, incluidos borradores, fragmentos y sinopsis. La cubierta y las ilustraciones interiores son obra de Les Edwards.**

**2014: Delphi.** *The Complete Works of Robert E. Howard***. Edición en ebook. Incluye toda su narrativa, sus poemas y sus ensayos. La cubierta es la famosa foto de Howard con el sombrero fedora.**

**B) EN CASTELLANO**

**1973: Bruguera. Reproduce la edición de Lancer, incluida la cubierta de Frazetta y, por supuesto, el retitulado de la novela como** *Conan el conquistador***.**

**1984: Forum. También sigue la edición de Lancer, aunque en lugar de las cubiertas de Frazetta usa ilustraciones tomadas de los cómics de Marvel, en este caso una de Tony de Zúñiga.**

**1996: Martínez Roca en su colección Fantasy. Al igual que las dos anteriores, sigue la edición de Lancer. La portada es obra de Ken Kelly, que ya había ilustrado la novela en la edición de Berkley. En este caso parece, vista la tónica general de la colección, una portada de agencia, no específica de la novela.**

**2005: Timun Mas. Edición española de la edición de Wandering Star (incluidas las ilustraciones) en tres volúmenes en tapa dura. El segundo incluye** *La hora del dragón***.**

**2009: Timun Mas. Versión en rústica en seis volúmenes de la edición anterior. El tercer volumen incluye** *La hora del dragón***.**

**2022: Sportula. Utiliza el texto original y el título que le dio el autor,** *La hora del dragón***. La portada es una ilustración de Breogán Álvarez. Contiene ilustraciones interiores de Juan Alberto Hernández.**

**2022: Minotauro. Nueva edición de la versión de Wandering Star en tres volúmenes en tapa dura. El primer volumen aparece en 2021. El segundo, previsto en 2022, incluirá** *La hora del dragón***.**

## adaptaciones al cómic

**A) EN INGLÉS**

**1973-1974: Marvel Cómics. Inicia la adaptación de la novela en la colección** *Giant-Size Conan the Barbarian***, números 1 al 4, a color, con guion de Roy Thomas y dibujo de Gil Kane.**

**1975: Marvel Cómics. Tras cerrar el** *Giant-Size***, la adaptación continúa en** *The Savage Sword of Conan* **8, con el mismo equipo creativo, pero a blanco y negro.**

**1976: Marvel Cómics. Se completa la adaptación en** *The Savage Sword of Conan* **10, con Thomas al guion y John Buscema como dibujante.**

**2013: Dark Horse. Con el título de** *The Hour of the Dragon* **y Timothy Truman al guion y Thomas Giorello al dibujo, se adapta la primera mitad de la novela.**

**2014: Dark Horse. Segunda mitad de la adaptación con el título de** *Conan the*

*Conqueror*, **con el mismo equipo creativo.**

**B) EN FRANCÉS**

**2021: Glénat. En su colección Conan le Cimmérien publica** *L'Heure du Dragon*, **con guion de Julien Blondel y dibujos de Valentin Sécher. Como es habitual en esta colección, se publican dos versiones del álbum, una a blanco y negro y otra a color, obra este del propio dibujante.**

**C) EN CASTELLANO**

**1796: Vértice.** *Relatos Salvajes* **25 incluye** *The Savage Sword of Conan* **8.**
**1976: Vértice.** *Relatos Salvajes* **37 incluye** *The Savage Sword of Conan* **10.**
**1977: Vértice.** *Antología del Cómic* **3 incluye** *The Savage Sword of Conan* **8 y 10.**
**1982: Planeta Cómic.** *Súper Conan* **9 publica íntegra la adaptación de la novela realizada por Thomas, Kane y Buscema. Está en blanco y negro para mantener el aspecto visual de la colección, que se nutre por lo general de historias procedentes de** *The Savage Sword of Conan* **que, en lugar de aparecer en su versión española,** *La espada salvaje de Conan*, **se agrupan en tomos, generalmente atendiendo a razones temáticas o argumentales.**
**1991: Fórum. Segunda edición del** *Súper Conan* **9. En este caso publicado por Fórum, un sello del Grupo Planeta, en lugar de por Planeta Cómic.**
**2009: Planeta DeAgostini.** *La saga de Conan* **29 reedita los cuatro** *Giant-Size* **con la primera parte de la adaptación de la novela.**
**2009: Planeta DeAgostini.** *La saga de Conan* **30 reedita los dos números de** *Savage Sword* **que completan la adaptación.**
**2014: Planeta Cómic.** *Conan rey: La hora del dragón* **recopila la miniserie de Dark Horse que adapta la primera mitad de la novela, con guion de Timothy Truman y dibujo de Tomas Giorello.**
**2014: Planeta Cómic.** *Conan rey: El conquistador* **recopila la miniserie de Dark Horse que adapta la segunda mitad de la novela, con el mismo equipo creativo que la anterior.**
**2015: Planeta DeAgostini. El coleccionable para quioscos** *La espada salvaje de Conan* **4, titulado** *Conan el conquistador y otras historias,* **incluye** *The Savage Sword of Conan* **8 y 10.**
**2019: Planeta Cómic.** *Conan Rey* **recopila todas las adaptaciones de Truman y Giorello de las historias de Howard con Conan como rey, incluidas, por supuesto,** *La hora del dragón* **y** *Conan el conquistador***.**
**2019: Panini.** *Marvel Omnibus. Conan el bárbaro. La etapa Marvel original* **2 reproduce íntegra la adaptación de** *La hora del dragón*, **tanto los cuatro números del** *Giant-Size* **como los dos de** *Savage Sword*, **estos últimos a blanco y negro.**
**2019: Panini.** *Marvel Omnibus. La Espada Salvaje de Conan. La etapa Marvel original* **1, que recopila los años 1974-1975 reproduce** *The Savage Sword of Conan* **8, donde Thomas y Gil Kane continúan la adaptación de la novela que habían iniciado en** *Giant-Size Conan the Barbarian***.**
**2019: Panini.** *Marvel Omnibus. La Espada Salvaje de Conan. La etapa Marvel original* **2, que recopila el año 1976, reproduce** *The Savage Sword of Conan* **10, donde Thomas y Buscema finalizan la adaptación de la novela.**
**2020: Panini.** *Biblioteca Conan: La espada salvaje de Conan* **4 incluye** *The Savage Sword*

*of Conan* **8 y 10.**

**2020: Panini.** *Biblioteca Conan Color. La espada salvaje de Conan: La hora del dragón* **publica la adaptación íntegra de Thomas, Kane y Buscema, en este caso a color. En las partes dibujadas por Gil Kane se ha reconstruido digitalmente el color original y en las de Buscema, originalmente a blanco y negro, se ha aplicado un color digital que no desentona con el coloreado de Marvel en la época de publicación del material original. El volumen se completa con los anuales de 1978 y 1979, donde Thomas y Buscema continuaban la peripecia de la novela y narraban el viaje de Conan en busca de Zenobia y la boda posterior.**

# HISTORIAS FANTÁSTICAS

## por ciclos narrativos

### A) CONAN

- **«The Phoenix on the Sword», Weird Tales, Diciembre, 1932.**
- **«The Scarlet Citadel», Weird Tales, Enero, 1933.**
- **«The Tower of the Elephant», Weird Tales, Marzo, 1933.**
- **«Black Colossus», Weird Tales, Junio, 1933.**
- **«Xuthal of the Dusk», Weird Tales, Setiembre, 1933.**
- **«The Pool of the Black One», Weird Tales, Octubre, 1933.**
- **«Rogues in the House», Weird Tales, Enero, 1934.**
- **«The Frost Giant's Daughter», Fantasy Fan, Marzo, 1934, como «Gods of the North».**
- **«Iron Shadows in the Moon», Weird Tales, Abril, 1934.**
- **«Queen of the Black Coast», Weird Tales, Mayo, 1934.**
- **«The Devil in Iron», Weird Tales, Agosto, 1934.**
- **«The People of the Black Circle», Weird Tales, Setiembre–Noviembre 1934. Serializado en tres partes.**
- **«A Witch Shall be Born», Weird Tales, Diciembre, 1934.**
- **«Jewels of Gwahlur», Weird Tales, Marzo, 1935.**
- **«Beyond the Black River», Weird Tales, Mayo-Junio, 1935. Serializado en dos partes.**
- **«Shadows in Zamboula», Weird Tales, Noviembre, 1935.**
- *The Hour of the Dragon*, **Weird Tales, Diciembre, 1935-Abril, 1936. Serializado en cinco partes.**
- **«Red Nails», Weird Tales, Julio-Octubre, 1936. Serializado en tres partes**
- **«The Vale of Lost Women», Magazine of Horror 15, Primavera, 1967.**
- **«The God in the Bowl»,** *The Tower of the Elephant*, **1975.**
- **«The Black Stranger»,** *Echoes of Valor*, **Febrero, 1987.**

### B) KULL

- **«The Shadow Kingdom», Weird Tales, Agosto, 1929.**
- **«The Mirrors of Tuzun Thune», Weird Tales, Setiembre, 1929.**
- **«The Altar and the Scorpion»,** *King Kull*, **1967.**
- **«The Black City»,** ١٩٦٧, *King Kull*, **1967.**
- **«By This Axe, I Rule»,** *King Kull*, **1967.**
- **«Delcardes' Cat»,** ١٩٦٧, *King Kull*, **1967.**

- **«Exile of Atlantis»**, *King Kull*, **1967.**
- **«The Skull of Silence»**, *King Kull*, **1967.**
- **«Swords of the Purple Kingdom»**, *King Kull*, **1967.**
- **«The Curse of the Golden Skull», The Howard Collector 9, Primavera, 1967.**
- **«The Striking of the Gong»**, *The Second Book of Robert E. Howard*, **1976.**
- **«Wizard and Warrior»**, *Kull*, **1978.**
- **«Riders Beyond the Sunrise»**, *Kull*, **1978.**

**C) SOLOMON KANE**

- **«Red Shadows», Weird Tales, Agosto, 1928.**
- **«Skulls in the Stars», Weird Tales, Enero, 1929.**
- **«Rattle of Bones», Weird Tales, Junio, 1929.**
- **«The Moon of Skulls», Weird Tales, Junio-Julio, 1930. Serializado en dos partes.**
- **«The Hills of the Dead», Weird Tales, Agosto, 1930.**
- **«The Footfalls Within», Weird Tales, Setiembre, 1931.**
- **«Wings in the Night», Weird Tales, Julio, 1932.**
- **«Blades of the Brotherhood»**, *Red Shadows*, **1968.**
- **«The Right Hand of Doom»**, *Red Shadows*, **1968.**

**D) BRAN MAK MORN**

- **«The Lost Race», Weird Tales, Enero, 1927.**
- **«Kings of the Night», Weird Tales, Noviembre, 1930.**
- **«Worms of the Earth», Weird Tales, Noviembre, 1932.**
- **«Men of the Shadows»**, *Bran Mak Morn*, **1969.**
- **«The Little People», Coven 13, Enero, 1970.**

**E) TURLOGH DUBH O'BRIEN**

- **«The Gods of Bal-Sagoth», Weird Tales, Octubre, 1931.**
- **«The Dark Man», Weird Tales, Diciembre, 1931.**
- **«The Shadow of the Hun»**, *Shadow of the Hun*, **1975.**
- **«Spears of Clontarf»**, *Spears of Clontarf*, **1978**

**F) JAMES ALLISON**

- **«The Valley of the Worm», Weird Tales, Febrero, 1934.**
- **«The Garden of Fear», Marvel Tales, Julio-Agosto, 1934. Serializado en dos partes.**

**G) RELATOS DE LOS MITOS DE CTHULHU**

- **«The Black Stone», Weird Tales, Noviembre, 1931.**
- **«The Children of the Night», Weird Tales, Abril-Mayo, 1931. Serializado en dos partes.**
- **«The Thing on the Roof», Weird Tales, Febrero, 1932.**
- **«Arkham», Weird Tales, Agosto, 1932.**
- **«The Haunter of the Ring», Weird Tales, Junio, 1934.**
- **«The Fire of Asshurbanipal», Weird Tales, Diciembre, 1936.**
- **«Dig Me No Grave», Weird Tales, Febrero, 1937.**
- **«The Black Bear Bites», From Beyond the Dark Gateway 3, 1974.**
- **«The Dwellers Under the Tombs», Lost Fantasies 4, 1976.**

**H) RELATOS DE TERROR**

- **«In the Forest of Villefère», Weird Tales, Agosto, 1925.**
- **«Wolfshead», Weird Tales, Abril, 1926.**
- **«The Dream Snake», Weird Tales, Febrero, 1928.**
- **«The Hyena», Weird Tales, Marzo, 1928.**
- **«Sea Curse», Weird Tales, Mayo, 1928.**
- **«Skull-Face», Weird Tales, Octubre-Diciembre, 1929. Serializado en tres partes.**
- **«The Fearsome Touch of Death», Weird Tales, Febrero, 1930.**
- **«The Horror from the Mound», Weird Tales, Mayo, 1932.**
- **«The Cairn on the Headland», Strange Tales, Enero, 1933.**
- **«The Man on the Ground, Weird Tales, Julio, 1933**
- **«Old Garfield's Heart», Weird Tales, Diciembre, 1933.**
- **«Black Talons», Strange Detective Stories, Diciembre, 1933.**
- **«The Grisly Horror», Weird Tales, Febrero, 1935.**
- **«The Challenge from Beyond», Fantasy Magazine, Setiembre, 1935.**
- **«Black Wind Blowing», Thrilling Mystery, Junio, 1936.**
- **«The Dead Remember», Argosy, Agosto, 1936.**
- **«Black Hound of Death», Weird Tales, Noviembre, 1936.**
- **«Pigeons From Hell», Weird Tales, Mayo, 1938.**
- **«For the Love of Barbara Allen», The Magazine of Fantasy & Science Fiction, Agosto, 1966.**
- **«The Shadow of Doom», The Howard Collector 8, Verano, 1966.**
- **«Secret of Lost Valley», Startling Mystery Stories 4, Primavera, 1967.**
- **«Dermod's Bane», Magazine of Horror 17, Otoño, 1967.**
- **«Out of the Deep», Magazine of Horror 18, Noviembre, 1967.**
- **«The Cobra in the Dream», Weirdbook 1, 1968.**
- **«Restless Waters», Spaceway Science Fiction, Setiembre-Octubre, 1969. Serializado en dos partes.**
- **«The Noseless Horror», Magazine of Horror 31, Febrero, 1970.**
- **«Usurp the Night», Weirdbook 3, 1970.**

- **«Black Country», Weirdbook 6, 1973.**
- **«Casonetto's Last Song», Etchings and Odysseys 1, 1973.**
- **«A Horror in the Night», Cross Plains 3, Marzo, 1974.**
- **«Devils of Dark Lake», *WT 50: A Tribute to Weird Tales*, 1974.**
- **«Serpent Vines», Witchcraft and Sorcery 10, 1974.**
- **«Spectres in the Dark», *WT 50: A Tribute to Weird Tales*, 1974.**
- **«The Brazen Peacock», REH: Lone Star Fictioneer 3, Otoño, 1975.**
- **«The Return of the Sorcerer», *Bicentennial Tribute to REH*, 1976.**
- **«The Door to the Garden», Fantasy Crosswinds 2, Enero, 1977.**
- **«The Shadow of the Beast», *The Shadow of the Beast*, 1977.**
- **«The Hand of Obeah», Crypt of Cthulhu 16, Setiembre, 1983.**
- **«The Fear-Master», Crypt of Cthulhu 22, Abril, 1984.**
- **«Guests of the Hoodoo Room», Shudder Stories 1, Junio, 1984.**
- **«The Supreme Moment», Crypt of Cthulhu 25, Setiembre, 1984.**
- **«The Spell of Damballah», Revelations of Yuggoth 1, Noviembre, 1987.**
- **«A Thunder of Trumpets», (con Frank Thurston Torbett) Weird Tales, Setiembre, 1938.**
- **«Wolfsdung», Cromlech 3, 1988.**

**I) RESTO DE RELATOS FANTÁSTICOS**

- **«Spear and Fang», Weird Tales, Julio, 1925.**
- **«The Voice of El-Lil», Oriental Stories, Noviembre, 1930.**
- **«People of the Dark», Strange Tales, Junio, 1932**
- **«Black Canaan», Weird Tales, Junio, 1936.**
- ***Almuric*, Weird Tales, Mayo-Agosto, 1939. Serializado en tres partes.**
- **«Witch from Hell's Kitchen», *Avon Fantasy Reader*, 1952.**
- **«Valley of the Lost», Magazine of Horror 13, Verano, 1966.**
- **«Delenda Est», Worlds of Fantasy 1, 1968.**
- **«Under the Baobab Tree», Cross Plains 5, 1974.**
- **«The Tomb of the Dragon», *The Shadow of the Beast*, 1977.**
- **«The Thunder-Rider», *Marchers of Valhalla*, 1977.**
- **«The Isle of the Eons», *The Gods of Bal-Sagoth*, Abril, 1979**
- **«Golnor the Ape», Crypt of Cthulhu 38, Febrero, 1985.**

## por fecha de publicación

**A) PUBLICADOS EN VIDA**

**1925**

- **«Spear and Fang».**
- **«In the Forest of Villefère».**

**1926**

- «Wolfshead».

1927

- «The Lost Race».

1928

- «The Dream Snake».
- «The Hyena».
- «Sea Curse».
- «Red Shadows».

1929

- «Skulls in the Stars».
- «Rattle of Bones».
- «The Shadow Kingdom».
- «The Mirrors of Tuzun Thune».
- «Skull-Face».

1930

- «The Fearsome Touch of Death».
- «The Moon of Skulls»,.
- «The Hills of the Dead».
- «The Voice of El-Lil».
- «Kings of the Night».

1931

- «The Children of the Night».
- «The Footfalls Within».
- «The Gods of Bal-Sagoth».
- «The Black Stone».
- «The Dark Man».

1932

- «The Thing on the Roof».
- «The Horror from the Mound».
- «People of the Dark».
- «Wings in the Night».
- «Arkham».
- «Worms of the Earth».
- «The Phoenix on the Sword».

1933

- «The Cairn on the Headland».

- **«The Scarlet Citadel».**
- **«The Tower of the Elephant».**
- **«Black Colossus».**
- **«The Man on the Ground».**
- **«Xuthal of the Dusk».**
- **«The Pool of the Black One».**
- **«Old Garfield's Heart».**
- **«Black Talons».**

**1934**

- **«Rogues in the House».**
- **«The Valley of the Worm».**
- **«The Frost Giant's Daughter».**
- **«Iron Shadows in the Moon».**
- **«The Haunter of the Ring».**
- **«The Garden of Fear».**
- **«The Devil in Iron».**
- **«Queen of the Black Coast».**
- **«The People of the Black Circle».**
- **«A Witch Shall be Born».**
- **1935**
- **«The Grisly Horror».**
- **«Jewels of Gwahlur».**
- **«Beyond the Black River».**
- **«The Challenge from Beyond».**
- **«Shadows in Zamboula».**
- *The Hour of the Dragon.*

**B) RELATOS PÓSTUMOS**

**1936**

- **«Red Nails».**
- **«Black Wind Blowing».**
- **«Black Canaan».**
- **«The Dead Remember».**
- **«Black Hound of Death»,.**
- **«The Fire of Asshurbanipal».**

**1937**

- **«Dig Me No Grave».**

**1938**

- **«Pigeons From Hell».**
- **«A Thunder of Trumpets», (con Frank Thurston Torbett).**

**1939**

- *Almuric*.

**1952**

- **«Witch from Hell's Kitchen».**

**1966**

- **«For the Love of Barbara Allen».**
- **«The Shadow of Doom».**
- **«Valley of the Lost».**

**1967**

- **«The Vale of Lost Women».**
- **«The Curse of the Golden Skull».**
- **«Secret of Lost Valley».**
- **«The Altar and the Scorpion».**
- **«The Black City».**
- **«By This Axe, I Rule».**
- **«Delcardes' Cat».**
- **«Exile of Atlantis».**
- **«The Skull of Silence».**
- **«Swords of the Purple Kingdom».**
- **«Dermod's Bane».**
- **«Out of the Deep».**

**1968**

- **«Blades of the Brotherhood».**
- **«The Right Hand of Doom».**
- **«The Cobra in the Dream».**
- **«Delenda Est».**

**1969**

- **«Men of the Shadows».**
- **«Restless Waters».**

**1970**

- **«Usurp the Night».**
- **«The Little People».**
- **«The Noseless Horror».**

**1973**

- **«Black Country».**

- «Casonetto's Last Song».

1974

- «Devils of Dark Lake».
- «Spectres in the Dark».
- «The Black Bear Bites».
- «Serpent Vines».
- «Under the Baobab Tree».
- «A Horror in the Night».

1975

- «The Brazen Peacock».
- «The God in the Bowl».
- «The Shadow of the Hun».

1976

- «The Striking of the Gong».
- «The Dwellers Under the Tombs».
- «The Return of the Sorcerer».

1977

- «The Shadow of the Beast».
- «The Thunder-Rider».
- «The Tomb of the Dragon».
- «The Door to the Garden».

1978

- «Wizard and Warrior».
- «Riders Beyond the Sunrise».
- «Spears of Clontarf».

1979

- «The Isle of the Eons».

1983

- «The Hand of Obeah».

1984

- «The Fear-Master».
- «Guests of the Hoodoo Room».
- «The Supreme Moment».

1985

- **«Golnor the Ape».**

**1987**

- **«The Black Stranger».**
- **«The Spell of Damballah».**

**1988**

- **«Wolfsdung».**

## RECOPILACIONES Y ANTOLOGÍAS

## en inglés

**2003:**

- *The Coming of Conan the Cimmerian*. **Ballantine.**
- *The Savage Tales of Solomon Kane*. **Ballantine.**

**2004:**

- *The Bloody Crown of Conan the Cimmerian*. **Ballantine.**

**2005:**

- *Bran Mak Morn, the Last King*. **Ballantine.**
- *The Conquering Sword of Conan the Cimmerian*. **Ballantine.**

**2006:**

- *The Complete Chronicles of Conan*. **Gollancz.**
- *Kull, Exile of Atlantis*. **Ballantine.**

**2007:**

- *The Best of Robert E. Howard I: Crimson Shadows*. **Ballantine.**

**2008:**

- *The Best of Robert E. Howard II: Grim Lands*. **Ballantine.**
- *The Horror Stories of Robert E. Howard*. **Ballantine.**

**2010:**

- *El Borak and Other Desert Adventures*. **Ballantine.**
- *The Early Adventures of El Borak*. **The Robert E. Howard Foundation.**

**2011:**

- *Sword Woman and Other Historical Adventures*. **Ballantine.**
- *Spicy Adventures*. **The Robert E. Howard Foundation.**
- *Steve Harrison's Casebook*. **The Robert E. Howard Foundation.**
- *Tales of Weird Menace*. **The Robert E. Howard Foundation.**

**2012:**

- *Adventures in Science Fantasy*. **The Robert E. Howard Foundation. Recopilación de sus historias de ciencia ficción.**

**2013:**

- *Western Tales*. **The Robert E. Howard Foundation.**
- *Fists of Iron Round 1*. **The Robert E. Howard Foundation. Primera recopilación de sus relatos de boxeo, en la que se recogen diversas historias sueltas junto a poemas y cuentos primerizos.**
- *Pirate Adventures*. **The Robert E. Howard Foundation. Incluye relatos, borradores, poemas y textos humorísticos.**

**2014:**

- *The Complete Works of Robert E. Howard*. **Delphi. Edición en ebook. Incluye toda su narrativa, sus poemas y sus ensayos.**
- *Swords of the North*. **The Robert E. Howard Foundation. Recopilación de sus relatos de vikingos y de celtas, junto a diferentes borradores y fragmentos.**
- *Fists of Iron Round 2*. **The Robert E. Howard Foundation. Segunda recopilación de sus relatos de boxeo, y primera dedicada a Steve Costigan.**
- *Fists of Iron Round 3*. **The Robert E. Howard Foundation. Tercera recopilación de sus relatos de boxeo, y segunda dedicada a Steve Costigan.**

**2015:**

- *Fists of Iron Round 4*. **The Robert E. Howard Foundation. Recopilación final de sus relatos de boxeo, en este caso los protagonizados por Kid Allison.**

**2016:**

- *The Adventures of Breckinridge Elkins Volume 1*. **The Robert E. Howard Foundation.**

**2017:**

- *The Adventures of Breckinridge Elkins Volume 2*. **The Robert E. Howard Foundation.**

**2018:**

- *Pictures in the Fire*. **The Robert E. Howard Foundation. Miscelánea con la ficción *weird* que no encaja en otras categorías y varios textos de carácter esotérico.**

**2019:**

- *Post Oaks and Sand Roughs & Other Autobiographical Writings*. **The Robert E. Howard Foundation.**

**2021:**

- *The Collected Letters of Robert E. Howard*. **The Robert E. Howard Foundation.**

## en castellano

**2003:**

- *Las extrañas aventuras de Solomon Kane*. **Valdemar.**

**2005:**

- *La casa de Arabu y otros relatos*. **Ediciones Jaguar.**

**2006:**

- *Espadachinas*. **La Biblioteca del Laberinto.**

**2007:**

- *La piedra negra y otros relatos de horror sobrenatural*. **Valdemar.**
- *Sangre en el desierto y otras aventuras por mar y tierra*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *El valle del gusano y otros relatos de horror sobrenatural*. **Valdemar.**

**2008:**

- *Espadas de Shahrazar*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *Las espadas de Shahrazar*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *El señor de la muerte y otros casos de Steve Harrison*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *El valle perdido de Iskander*. **La Biblioteca del Laberinto.**

**2009:**

- *Canaán negro y otros relatos de horror sobrenatural*. **Valdemar.**
- *Rostro de calavera*. **Ediciones Jaguar.**
- *El secreto de la tumba y otros casos de Steve Harrison*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *El señor de Samarkanda y otros relatos históricos*. **La Biblioteca del Laberinto.**

**2010:**

- *El hijo del lobo blanco y nuevas historias del desierto*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *La llegada de El Borak y otras aventuras inéditas de Francis Xavier Gordon*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *Santuario de buitres*. **La Biblioteca del Laberinto.**

**2011:**

- *Un caballerete de Bear Creek*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *Hombres de hierro y otros relatos del cuadrilátero*. **La Biblioteca del Laberinto.**

**2012:**

- *Almuric y otros textos de ciencia ficción*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *Los hijos del odio y otros cuentos de weird detectives*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *Sonia la Roja*. **Books4pocket.**

**2013:**

- *Los halcones de Ultramar y otras narraciones de las Cruzadas*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *La isla de los eones. Miscelánea 1*. **La Biblioteca del laberinto.**

**2014:**

- *Los gusanos de la tierra y otros relatos de horror sobrenatural*. **Valdemar.**
- *La piedra negra y otras aventuras sobrenaturales de Kirowan, Conrad y O'Donnel*. **La Hermandad del Enmascarado.**
- *La tumba del dragón. Miscelánea 2*. **la biblioteca del Laberinto.**

**2016:**

- *Los dioses de Bal-Sagoth. La saga de Turlogh el Negro*. **Costas de Carcosa.**

**2017:**

- *Cormac Mac Art: Tigres del Mar*. **Kelonia.**
- *El último rey de los pictos*. **La Hermandad del Enmascarado.**

**2018:**

- *El Libro Negro. Relatos de los Mitos de Cthulhu*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *Luna de Zambebwei y otros cuentos de vudú y magia africana*. **Costas de Carcosa.**
- *Nacerá una bruja. Las Crónicas Nemedias 1*. **Sportula.**

**2019:**

- *Canciones de un juglar loco*. **La Biblioteca del Laberinto.**
- *El diablo de hierro. Las Crónicas Nemedias 2*. **Sportula.**

**2020:**

- *El exiliado de la Atlántida. La saga completa*. **La Hermandad del Enmascarado.**

**2021:**

- *Conan de Cimmeria 1. 1932-1933*. **Minotauro.**
- *El fénix en la espada. Las Crónicas Nemedias 3*. **Sportula.**

**2022:**

- *La hora del dragón. Las Crónicas Nemedias 4*. **Sportula.**

**2023:**

- *El reino de las sombras. Las Crónicas Nemedias 0*. **Sportula.**
- *Espadas de la Hermandad Roja. Piratas, corsarios y filibusteros*. **Sportula.**

## en gallego

**2010:**

- *Solomon Kane*. **Urco.**

**2011:**

- *Conan 1*. **Urco.**
- *Conan 2*. **Urco.**
- *Conan 3*. **Urco.**
- *Relatos de terror sobrenatural*. **Urco.**

**2013:**

- *Almuric*. **Urco.**

**2015:**

- *Conan 4*. **Urco.**

**2016:**

- *Conan 5*. **Urco.**

## en catalán

**2021:**

- *Cònan el bàrbar*. **Laertes.**

**2022:**

- *La cançó de Belit*. **Laertes.**

## en asturiano

**2022:**

- *Conan el bárbaru*. **Radagast.**

# NOTAS

**1.** It may sound fantastic to link the term "realism" with Conan; but as a matter of fact —his supernatural adventures aside— he is the most realistic character I ever evolved. He is simply a combination of a number of men I have known, and I think that's why he seemed to step full-grown into my consciousness when I wrote the first yarn of the series. Some mechanism in my sub-consciousness took the dominant characteristics of various prizefighters, gunmen, bootleggers, oil field bullies, gamblers, and honest workmen I had come in contact with, and combining them all, produced the amalgamation I call Conan the Cimmerian.

**2.** Well, last night in a tavern, a captain in the king's guard offered violence to the sweetheart of a young soldier, who naturally ran him through. But it seems there is some cursed law against killing guardsmen, and the boy and his girl fled away. It was bruited about that I was seen with them, and so today I was haled into court, and a judge asked me where the lad had gone. I replied that since he was a friend of mine, I could not betray him. Then the court waxed wrath, and the judge talked a great deal about my duty to the state, and society, and other things I did not understand, and bade me tell where my friend had flown. By this time I was becoming wrathful myself, for I had explained my position.

But I choked my ire and held my peace, and the judge squalled that I had shown contempt for the court, and that I should be hurled into a dungeon to rot until I betrayed my friend. So then, seeing they were all mad, I drew my sword and cleft the judge's skull; then I cut my way out of the court.

**3.** She feared him, told herself she loathed his raw brute strength and unashamed barbarism, yet something breathless and perilous inside her leaned toward him; the hidden primitive chord that lurks in every woman's soul was sounded and responded. She had felt his hardened hand on her arm, and something deep in her tingled to the memory of that contact. Many men had knelt before Yasmela. Here was one she felt had never knelt before any one. Her sensations were those of one leading an unchained tiger; she was frightened, and fascinated by her fright.

**4.** While it is not impossible that, on some unaccompanied visit to Brownwood, his friends there took him to "Sal's House," as one of the three local whorehouses was called, the weight of such evidence as we have makes it more than likely that he died without ever having enjoyed the pleasures of sex. (…) Perhaps we owe Conan with all his flamboyant swordplay and sexual triumphs to the fact that his creator was forced to sublimate his own dreams and fancies to bring his character to life.

**5.** But I am not such a dog as to leave a white woman in the clutches of a black man. (…) If you were old and ugly as the devil's pet vulture, I'd take you away from Bajujh. simply because of the color of your hide.

**6.** Moreover, Howard accepted the then common white American's belief that Negroes were persons of arrested mental development, incapable of creativity. At the same time, his view of the black race contained a subtle paradox. Influenced by the romantic primitivism of Kipling, Burroughs, and London, and holding a jaundiced view of civilization, he could not altogether condemn barbarians for being barbarians. In many ways he found barbarism admirable. In discussing French authors, he wrote, "Dumas has a virility lacking in other French writers —I attribute it to his negroid strain."

Hence he often adhered to an indulgent if condescending view of Africans and other barbarians. Toward American Indians he was somewhat more friendly. His mother's hatred of Indians and his Texan traditions based on the depredations of the Comanches were counterbalanced by his readings of Indian lore and by his association with his part-Indian uncle. He thought the Indians had had a "raw deal" from the whites and that they might have developed their own civilization if left to themselves.

**7.** Conan agreed. He generally agreed to her plans. Hers was the mind that directed their raids, his the arm that carried out her ideas. It mattered little to him where they sailed or whom they fought, so long as they sailed and fought. He found the life good.

**8.** Howard has the most magnificent sense of the drama of "History" of anyone I know. He possesses a panoramic vision which takes in the evolution and interaction of races and nations over vast periods of time, and gives one the same large scale excitement which (with even greater scope) is furnished by things like Stapledon's *Last and First Men*.

**9.** Jerking aside the velvet curtains she dramatically indicated the Cimmerian. It was perhaps not an entirely happy moment for the disclosure. Conan was sprawled in his chair, his feet propped on the ebony table, busily engaged in gnawing a beef-bone which he gripped firmly in both hands. He glanced casually at the astounded nobles, grinned faintly at Amalric, and went on munching with undisguised relish.

10. Heimdul roared and leaped, and his sword flashed in deathly arc. Conan staggered and his vision was filled with red sparks as the singing blade crashed on his helmet, shivering into bits of blue fire. But as he reeled he thrust with all the power of his broad shoulders behind the humming blade. The sharp point tore through brass scales and bones and heart, and the red-haired warrior died at Conan's feet.

11. Any sufficiently advanced technology is indistinguishable from Magic.

12. A devil from the Outer Dark. Oh, they're nothing uncommon. They lurk as thick as fleas outside the belt of light which surrounds this world. I've heard the wise men of Zamora talk of them. Some find their way to Earth, but when they do, they have to take on earthly form and flesh of some sort. A man like myself, with a sword, is a match for any amount of fangs and talons, infernal or terrestrial.

13. Cast in the mold of humanity, they were distinctly not men. They were winged and of heroic proportions; not a branch on the mysterious stalk of evolution that culminated in man, but the ripe blossom on an alien tree, separate and apart from that stalk. Aside from their wings, in physical appearance they resembled man only as man in his highest form resembles the great apes. In spiritual, esthetic and intellectual development they were superior to man as man is superior to the gorilla. But when they reared their colossal city, man's primal ancestors had not yet risen from the slime of the primordial seas.

These beings were mortal, as are all things built of flesh and blood. They lived, loved and died, though the individual span of life was enormous.

14. "Surely he sees us," muttered Conan. "Why does he not charge us? He could break this window with ease."

Murilo realized that Conan supposed the mirror to be a window through which they were looking.

"He does not see us," answered the priest. "We are looking into the chamber above us. That door that Thak is guarding is the one at the head of these stairs. It is simply an arrangement of mirrors. Do you see those mirrors on the walls? They transmit the reflection of the room into these tubes, down which other mirrors carry it to reflect it at last on an enlarged scale in this great mirror."

Murilo realized that the priest must be centuries ahead of his generation, to perfect such an invention; but Conan put it down to witchcraft and troubled his head no more about it.

15. The Cosmos is all that is or ever was or ever will be.

16. Online en «The Barbarian Keep»:

http://www.barbariankeep.com/chronx.html

17 En el original el nombre de la capital de Aquilonia es Tamar. Howard lo cambiaría por Tarantia en *La hora del dragón*. Sprague de Camp decidiría usar siempre Tarantia y otro tanto haría Roy Thomas en los cómics. Dado, por tanto, que es el nombre más conocido y usado de la capital, hemos decidido usarlo aquí también.

18 One of the main things I like about Farnsworth Wright's magazines is you don't have to make your heroes such utter saints.

https://en.wikisource.org/wiki/Author:Robert_Ervin_Howard/Letters

19 *Know, oh prince, that between the years when the oceans drank Atlantis and the gleaming cities, and the years of the rise of the Sons of Aryas, there was an Age undreamed of, when shining kingdoms lay spread across the world like blue mantles beneath the stars—Nemedia, Ophir, Brythunia, Hyperborea, Zamora with its dark-haired women and towers of spider-haunted mystery, Zingara with its chivalry, Koth that bordered on the pastoral lands of Shem, Stygia with its shadow-guarded tombs, Hyrkania whose riders wore steel and silk and gold. But the proudest kingdom of the world was Aquilonia, reigning supreme in the dreaming west. Hither came Conan, the Cimmerian, black-haired, sullen- eyed,sword in hand, a thief, a reaver, a slayer, with gigantic melancholies and gigantic mirth, to tread the jeweled thrones of the Earth under his sandalled feet.* —The Nemedian Chronicles (The Phoenix on the Sword)

20 I appreciate your kind comments regarding my Weird Tales stories; though I'm afraid "The Tower of the Elephant" won't stack up very highly against Smith's magnificent "Isle of Tortures."

https://en.wikisource.org/wiki/Author:Robert_Ervin_Howard/Letters

21 When I began writing the Conan stories a few years ago, I prepared this 'history' of his age and the peoples of that age, in order to lend him and his sagas a greater aspect of realness.

(The Hyborian Age)

22 It was a long, narrow valley, lonesome and isolated, up in the Palo Pinto hill country. It was very sparsely settled and its name, Dark Valley, was highly descriptive. So high were the ridges, so thick and tall the oak trees that it was shadowy even in the daytime, and at night it was as dark as a pine forest – and nothing is darker in this world. The creatures of the night whispered and called to one another, faint night-winds murmured through the leaves and now and then among the slightly waving branches could be glimpsed the gleam of a distant star. Surely, the silence, the brooding

**loneliness, the shadowy mysticism of that lonesome valley entered in some part into my vague-forming nature. At the mouth of the valley stood a deserted and decaying cabin in which a cold-blooded and midnight murder had taken place; owls called weirdly about its ruins in the moonlight, and bats flitted about it in the twilight.**

**https://www.abbevilleinstitute.org/blog/robert-e-howard-southern-writer/**

23 **A gloomier land never existed on Earth. It is all of hills, heavily wooded, and the trees are strangely dusky, so that even by day all the land looks dark and menacing. As far as a man may see his eye rests on the endless vistas of hills beyond hills; the skies are nearly always gray. Winds blow sharp and cold, driving rain o sleet or snow before them, and moan drearily among the passes and down the valleys. There is little mirth in that land.**

**(…)**

**Life seems bitter and hard and futile. The men of those dark hills brood overmuch on unknown things. They dream monstrous dreams. Their Gods are Crom and his dark race, and they believe the world of the dead is a cold, sunless place of everlasting mist, where wandering ghosts go wailing forevermore. They have no hope here or hereafter, and they brood too much on the emptiness of live. I have seen the strange madness of futility fall upon them when a little thing like spinning dust-cloud, or the hollow crying of a bird, or the moan of the wind through bare branches brought to their gloomy minds the emptiness of life and the vainness of existence. Only in war are Cimmerians happy. Mitra! The ways of the Aesir are more to my liking.**

**—*The Coming of Conan*. DelRey Books, 2002. The Phoenix on the Sword (first submitted draft), en el apartado Miscellanea.**

24 **"I cannot tell," said he, "whether you are of Vanaheim and mine enemy, or of Asgard and my friend. Far have I wandered, from Zingara to the Sea of Vilayet, in Stygia and Kush, and the country of the Hyrkanians; but a woman like you I have never seen. Your locks blind me with their brightness. Not even among the fairest daughters of the Aesir have I seen such hair, by Ymir!"**

**(Gods of the North)**

25 **I don't want to live to be old. I want to die when my time comes, quickly and suddenly, in the full tide of my strength and health.**

**http://users.rcn.com/shogan/howard/letters/rehletters.htm**

26 Howard nació en 1906 y murió en 1936. Su producción profesional empezó a ser constante hacia 1926, y pasó a ser escritor a tiempo completo alrededor de 1929, con 23 años. Es a principios de la década de 1930 cuando crea la mayor parte de sus personajes. Menciono estas fechas como referencia para situar al lector; aunque trataré cada personaje en una sección separada, hay que tener en cuenta que trabajó simultáneamente con varios a la vez, así como con historias independientes no relacionadas con ninguna serie, destinados a diversas publicaciones.

27 Ga-nor was not unpleasing to the eye. Tall he was, towering well over six feet, leanly built, with mighty shoulders and narrow hips, the build of a fighting man. Both his hands and his feet were long and slim; and his features, thrown into bold profile by the flickering torch-light, were intelligent, with a high, broad forehead, topped by a mane of sandy hair.

28 [...] the hairy monsters of another age [...] Of mighty power and little mind, savage, bestial and cannibalistic, they inspired the tribesmen with loathing and horror—a horror transmitted through the ages in tales of ogres and goblins, of werewolves and beast-men.

29 In the beginning, the world was strange, misshapen. Grotesque beasts wandered through its jungles. Driven from another world, ancient demons and fiends came in great numbers and settled upon this newer, younger world. Long the forces of good and evil warred. A strange beast, known as man, wandered among the other beasts, and since good or bad must have a concrete form ere either accomplishes its desire, the spirits of good entered man. The fiends entered other beasts, reptiles and birds; and long and fiercely waged the age-old battle. But man conquered.

30 En realidad, las descripciones físicas de los héroes de Howard se limitan básicamente a dos: tipos colosales (como los héroes bárbaros Conan y Kull, y algún otro personaje como Esau Cairn, el protagonista de la novela *Almuric*) y tipos de aspecto simplemente atlético, aunque capaces de ejecutar ciertas proezas físicas: trasuntos más o menos realistas de la imagen buscada para sí por Howard, y de ahí el entrenamiento físico que realizaba. Los aspectos físicos menos amables quedaban reservados para los antagonistas, con una asociación muy poco sutil entre fealdad de aspecto y fealdad de carácter. Con los personajes femeninos tampoco cambiaba demasiado la cosa, y en el apartado «acompañantes del héroe» el catálogo se limita a «mullidas y turgentes» y «enérgicas y atléticas», siempre hermosas, por supuesto. No es necesario hacer un análisis psicológico muy profundo de esto, aunque se podría; en cualquier caso, son del tipo adecuado para las historias de acción y aventura que relataba, y no hace falta complicarlo más.

31 He was an ebony giant, four inches over six feet tall, with a fighting weight of 230 pounds. He moved with the

smooth ease of a gigantic leopard and his pliant steel muscles rippled under his shiny skin. A clever boxer for so large a man, he carried the smashing jolt of a trip-hammer in each huge fist. It was my belief that he was the equal of any man in the ring at that time--except for one fatal defect. He lacked the killer instinct.

32 Sobre la «teoría evolutiva» de Howard, véase la sección «Fantasía materialista» en la introducción de Rodolfo Martínez al primer volumen de las Crónicas Nemedias.

33 ... handed down by foul cults of sorcerers since the days of forgotten Stygia.

34 I saw an object lying at my feet, and stooped and took it up. It was a heavy iron sword, whose broad blade was darkly stained. My fingers fitted instinctively about its hilt with the familiarity of long usage. Then suddenly I remembered and laughed to think that a fall on his head should render me, Conan of the reavers, so completely daft.

35 I cannot explain my knowledge of this fact by any occult or esoteric means, nor shall I try. A man remembers his past life; I remember my past *lives*. Just as a normal individual recalls the shapes that were him in childhood, boyhood and youth, so I recall the shapes that have been James Allison in forgotten ages. Why this memory is mine I cannot say [...]. But as I lie waiting for death to free me from my long disease, I see with a clear, sure sight the grand panorama of lives that trail out behind me. I see the men who have been me, and I see the beasts that have been me.

36 **"Barbarism is the natural state of mankind," the borderer said, still staring somberly at the Cimmerian. "Civilization is unnatural. It is a whim of circumstance. And barbarism must always ultimately triumph."**

37 **The Conan stories make use of many situations and many concepts that Howard had developed in earlier tales. Moreover, people familiar with the contents of Howard's library and with early twentieth-century literature can often pick out the very page from which an idea came—a time-consuming but fascinating exercise in literary sleuthing.**

38 **With an inhuman cry Conan caught up his fallen sword and leaped into the path of the hurtling horror. But even as his sword went up, the forefeet of the black beast smote him like a thunderbolt and sent him hurtling a score feet away, dazed and bruised. Yasmela's cry came hauntingly to his stunned ears as the chariot roared by.**

**A yell that had nothing of the human in its timbre rang from his lips as Conan rebounded from the bloody earth and seized the rein of a riderless horse that raced past him, throwing himself into the saddle without bringing the charger to a halt. With mad abandon he raced after the rapidly receding chariot.**

39 **Howard has the most magnificent sense of the drama of "History" of anyone I know. He possesses a panoramic vision which takes in the evolution and interaction of races and nations over vast periods of time, and gives one the same large scale excitement which (with even greater scope) is furnished by things like Stapledon's *Last and First Men*.**

40 **The only flaw in this stuff is R.E.H.'s incurable tendency to devise names too closely resembling actual names of ancient history—names which, for us, have a very different set of associations. In many cases he does this designedly—on the theory that the familiar names descend from the fabulous realms he describes—but such a design is invalidated by the fact that we clearly know the etymology of many of the historic terms, hence cannot accept the pedigree he suggests. E. Hoffmann Price and I have both argued with Two-Gun on this point, but we make no headway whatsoever.**

41 **I had found that while animate and inanimate objects on Almuric often closely copied things on Earth, yet there was almost a striking difference somewhere, in substance, quality, shape or mode of action. It was preposterous that certain conditions on the separate planets could run such a perfect parallel as to produce an identical language.**

42 **They are gone, the bird-women, the harpies, the bat-men, the flying fiends, the wolf-people, the demons, the goblins–all save such as this being that lies at our feet, and a few of the wolf-men.**

43 **And at last man-kind conquered, so long ago that naught but dim legends come to us through the ages.**

44 **"I never expected to see you cased in coat-armor, but you do not put it to shame. By my fingerbones, Conan, I have seen kings who wore their harness less regally than you!"**

**Conan was silent. A vague shadow crossed his mind like a prophecy. In years to come he was to remember Amalric's words, when the dream became the reality.**

45 **Form is shadow, substance is illusion, materiality is dream; man is because he believes he is.**

46 **Out behind Xaltotun lie a thousand centuries of black magic and diabolism, an ancient tradition of evil. (...) I have seen things that have blasted my soul. In the heart of the slumbering hills I have**

watched Xaltotun commune with the souls of the damned, and invoke the ancient demons of forgotten Acheron.

47 He was, I think, king of Aquilonia for many years, in a turbulent and unquiet reign, when the Hyborian civilization had reached its most magnificent high-tide, and every king had imperial ambitions. At first he fought on the defensive, but I am of the opinion that at last he was forced into wars of aggression as a matter of self-preservation. Whether he succeeded in conquering a world-wide empire, or perished in the attempt, I do not know.

48 Conan shook his head. Servius glanced uneasily at him as he sat staring into the fire, his chin propped on his mighty fist. The firelight gleamed redly on his steel mail, on his baleful eyes. They burned in the firelight like the eyes of a wolf.

Servius was again aware, as in the past, and now more strongly than ever, of something alien about the king. That great frame under the mail mesh was too hard and supple for a civilized man; the elemental fire of the primitive burned in those smoldering eyes. Now the barbaric suggestion about the king was more pronounced, as if in his extremity the outward aspects of civilization were stripped away, to reveal the primordial core. Conan was reverting to his pristine type. He did not act as a civilized man would act under the same conditions, nor did his thoughts run in the same channels.

He was unpredictable. It was only a stride from the king of Aquilonia to the skin-clad slayer of the Cimmerian hills.